AMOS Y MAESTROS

BLACKISH

SERIE COMPLETA

KELLY DREAMS

AMOS Y MAESTROS
BLACKISH
SERIE COMPLETA
KELLY DREAMS

AMOS Y MAESTROS BLACKISH

Serie completa

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

AMOS Y MAESTROS BLACKISH
Serie completa
© edición 2024
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

*Para mis **Facebookeras.***
Gracias por haberme acompañado en cada nuevo viaje con los maestros.
Si esta serie ha llegado a dónde está es gracias a vosotras.
Kelly.

ARGUMENTO

La serie de romántica y suspense erótico **Amos y *Maestros del Blackish*** está compuesta por seis novelas que encontrarás en este libro:

SE BUSCA SECRETARIA DESESPERADAMENTE
EL TUTOR
MI ELECCIÓN
NI EN SUEÑOS, MAESTRO
LIBRE DE PECADOS
SUPLICANDDO PROBLEMAS
ROMPIENDO TUS BARRERAS

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
ÍNDICE
SE BUSCA SECRETARIA DESESPERADAMENTE -LIBRO 1-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO
EL TUTOR -LIBRO 2-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

EPÍLOGO
MI ELECCIÓN -LIBRO 3-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO
NI EN SUEÑOS, MAESTRO -LIBRO 4-
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
EPÍLOGO
LIBRE DE PROMESAS -LIBRO 5-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
SUPLICANDO PROBLEMAS -LIBRO 6-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
EPÍLOGO
DERRIBANDO TUS BARRERAS -LIBRO 7-
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
EPÍLOGO

SE BUSCA SECRETARIA DESESPERADAMENTE -LIBRO 1-

Garret Davids preferiría atravesar un campo de minas en pleno concierto a tener que volver a entrevistar a una sola mujer para el puesto de secretaria de la *Compañía Crossroad*, especialmente cuando acababa de despedir a la última.
Con una vida dividida, cuatro socios empeñados en que entreviste a las nuevas candidatas y el jodido Trey burlándose de él, encontrarse con una mujer que no es lo que espera, que es mucho más de lo que desea y a la que ha prometido no tocar, hará que todo se tambalee a su alrededor y se replantee sus propias necesidades.
Danielle Narrow intuía que era muy mala idea presentarse a esa entrevista de trabajo, sospecha que se hizo realidad cuando cogió el ascensor equivocado y se encontró asistiendo a la entrevista más inusual y erótica de su vida.
¿Podrán dos almas atormentadas por el pasado encontrar la luz que necesitan para continuar adelante con sus vidas o sucumbirán por el camino?

PRÓLOGO

«Cuando lo necesites, cuando creas que ya no puedes más, te enviaré un ángel para que te acompañe en el camino».
Agata Crossroad

—Y nuestra tercera secretaria en seis meses acaba de salir volando.

Brian cerró tras de sí la puerta maciza de color negro que daba a la sala de juntas. Aquel, junto con algunos muebles en el mismo tono y las paredes grises, era uno de los pocos toques de color que predominaban en una habitación dominada por el blanco.

—¿Qué le has hecho? —preguntó sin molestarse en cambiar de posición. Apoyado en el respaldo de la silla que presidía la mesa podía mirar a sus compañeros y no sucumbir al tedio.

—Abrírsela, todavía soy un caballero.

Nolan puso los ojos en blanco ante la respuesta del bombero.

—Antes de eso, genio.

Levantó las manos a modo de rendición.

—Yo nada —se defendió mientras se sentaba en una de las sillas—. Estaba subiendo cuando escuché barullo en la oficina principal, cuando entré vi a Garret acompañando a la secretaria hacia el ascensor. La chica se estaba desgañitando, no le decía precisamente cosas bonitas. En cuanto me vio la tomó conmigo, así que como caballero que soy, le abrí la puerta.

—¿Era Garret o Trey?

Camden estaba sentado a su izquierda y levantó la mirada de la Tablet en la que estaba curioseando para puntualizar un dato importante. Dependiendo de su respuesta, tendría que subir o no.

—A juzgar por cómo gritaba y nos insultaba, la mirada asesina de la mujer y la sonrisa petulante del cabronazo… era Trey.

—Joder…

—Y otra secretaria que hace historia en manos del dragón del último piso —chasqueó Camden sacudiendo la cabeza.

—¿Sigue con la terapia o la ha dejado también?

—¿Qué ha dejado ahora? —se interesó Brian mirando al hombre que acababa de hablar.

—Las clases en el conservatorio —se adelantó Nolan, las miradas de sus tres compañeros cayeron sobre él.

—Dime al menos que sigue con la medicación…

Asintió. Eso era algo con lo que se mantenía al día.

—Soy el contacto de urgencia de su psicoterapeuta y, dado que no me ha llamado, tengo que pensar que sí, que ha asistido a las sesiones —confirmó. No pudo evitar mirar hacia el techo.

—Pues está claro que la secretaria lo ha sacado de sus casillas, porque Trey ha salido a pasear.

El resoplido de Mich, quién estaba sentado al lado de Camden resonó en la sala.

—Eso quiere decir que me tocará a mí hacer el papeleo, fantástico.

—Está claro que estamos enfocando la búsqueda de secretaria por el camino equivocado —chasqueó Cam—. Necesitamos que además de secretaria, sea Rambo o algo parecido…

—Esa es una imagen que… *puaj*…

Sacudió la cabeza ante el comentario de Brian y suspiró.

—Joder, ¿no podía esperar hasta después de Navidad para largarla fuera?

—Ya ves que no —se encogió Brian de hombros—. Es un milagro que no la haya volatilizado antes.

Mich asintió conforme.

—A la chica le iba la marcha… según creo.

—Sí, es posible, pero es una marcha que no va con Garret a juzgar por las sangrientas amenazas que le dedicó ella…

—Habrá que optar por otro camino.

—Sí, pero ¿cuál? —insistió Brian.

—Podríamos empezar por no pasarla por la piedra a la primera oportunidad.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante la veraz respuesta del chef.

—Es que esta última estaba buena… —se justificó el bombero—, y no soy de los que rechaza una invitación abierta. Y esta era muy abierta.

—Pues habrá que buscar una que no sea tan abierta —replicó mirándolos a ambos—. Tendrá que ser un requisito indispensable.

Brian chasqueó la lengua.

—No sé, ¿entrar en la oficina y morirte del susto? No es algo que mi corazón pueda resistir.

—Estás dramatizando.

—Ya sabes que eso se le da de lujo.

Sacudió la cabeza y recondujo la reunión.

—Quizá debiésemos elaborar un anuncio que dejase claro el perfil de secretaria que buscamos —sugirió barajando la posibilidad.

—¿Cómo el de que esté dispuesta a hacerse cargo de las tareas de secretariado y asistir a los cinco capullos de sus jefes? —resumió Mich mirándolos a cada uno—. Y debo hacer hincapié en la palabra «asistir» y todas las implicaciones que traen consigo.

—Sin duda nuestra credibilidad quedaría entonces de puta madre —puso los ojos en blanco—. Empiezo a ver ya el rostro de Brian y el nombre de la compañía en los periódicos y en las noticias de todas las cadenas del país.

—¿Y por qué tiene que ser mi cara?

—Sea como sea, yo no puedo hacerme cargo de las tareas de administración durante más de una semana, tengo el despacho a reventar ahora mismo —añadió Mich.

Al igual que él mismo y el resto de los socios de la compañía, tenían un empleo principal que compaginar con las tareas en la Crossroad. Mich era abogado y estaba hasta arriba de litigios.

—¿Y dónde y cómo vamos a encontrar una maldita secretaria que esté dispuesta a llevar no solo las tareas administrativas de la compañía, sino también echarnos una mano a nosotros? —resumió Brian.

—Yo ya tengo secretaria —recordó Nolan.

—¿Todavía vive ese ratón de biblioteca, Nolan?

—Sí y espero que siga respirando durante un tiempo más —aceptó pensativo—. Es buena en su trabajo.

—¿Y agradable a la vista?

Brian parecía no pensar en otra cosa.

—Lo suficiente como para que no te dé una apoplejía al verla y no tanto como para que te distraiga y pienses en follártela.

—Necesitamos una de esas —apuntó Mich.

—No serviría… —negó Cam.

—¿Por qué no? —le miró.

—¿Dónde vamos a encontrar a una mujer que esté dispuesta a hacer el papeleo, que acepte que va a tener cinco jefes, no se ruborice o acabe saliendo por patas al ver lo que se cuece en la compañía y tenga los ovarios suficientes para soportar al capullo de Garret y sus peculiares necesidades?

—¿Solo las de Garret?

Puso los ojos en blanco.

—Si contratamos a una nueva secretaria…

—Urge hacerlo —apostilló Mich.

—…deberemos tener muy claro que se queda fuera del menú.

—*Puf*, eso díselo a Gar —repuso Brian—. ¿No le compensaría contratar a una asistente solo para las giras?

—Ya conoces su respuesta ante eso.

Sacudió la cabeza.

—Cada uno tenemos nuestros propios demonios y una manera de tratar con ellos —le recordó Mich.

Todos asintieron. Los hombres allí reunidos tenían sus propios problemas, sus propios secretos y un pasado con el que todavía tenían que luchar.

—Joder, porque me gusta cómo toca el violín, que sino…

Mich enarcó una ceja ante el comentario del bombero. Brian tenía una profesión que iba muy en línea con su personalidad.

—¿Y eso que tiene que ver con todo lo demás?

—Pues porque si no me gustase, me cabrearía mucho tener que aguantar una nueva selección de personal, especialmente para elegir a una posible candidata a la que no voy a poder tocarle ni un pelo.

Mich sacudió la cabeza.

—Tanto fuego te reseca el cerebro.

El bombero enarcó una ceja ante la respuesta de su compañero.

—Intoxicación de humo, Mich, intoxicación de humo —añadió Camden con ese acepto irlandés que se le marcaba de vez en cuando. Chef de profesión, solía decir las cosas como las pensaba.

—Que gracioso.

—Lo intento, socio, lo intento —le guiñó el ojo—. Ahora en serio, ¿qué vamos a hacer?

—Buscar por otros medios. La agencia de colocación no ha dado los resultados esperados.

Se giraron hacia él.

—¿Y cuáles serían esos medios, Nolan?

No vaciló. Era una solución en la que ya había estado pensando con anterioridad.

—Los clientes de Crossroad.

—Ahora sí que se te ha ido la olla por completo.

—No es tan mala idea —lo apoyó Mich.

—No, mala no, es horrorosa —se estremeció Brian—. ¿Qué te hace pensar que estarán dispuestos a colaborar?

—Dispuestas —hizo hincapié en el género—. Se trata de recurrir a las personas correctas.

—¿Y esas serían?

—Carla… —propuso, haciendo memoria de las mujeres que había conocido a través de la compañía en los últimos años—. Lena…

—¿Melanie? —sugirió Camden.

—Mel no, por dios, juró que me arrancaría los huevos la próxima vez que me viese la cara —se encogió Brian—. Esa mujer no entendió lo que significa en realidad la Crossroad.

—La compañía solo es un punto de inflexión, un cruce de caminos para reconducir a las personas en la dirección correcta —comentó Mich en tono reflexivo—. No sé si reconectar con ciertas personas, será la respuesta.

—Si no lo intentamos, no lo sabremos.

Hubo un momento de reflexión común y al final accedieron.

—Por lo pronto, hay que comentárselo a Garret —añadió mirándolos a todos—. Y después nos pondremos manos a la obra.

Mich miró el reloj e hizo una mueca.

—Avísame con lo que sea —se levantó—, tengo que volver al despacho. Tengo un juicio en dos horas y, si llego tarde, es posible que mi cliente pierda hasta la camisa.

—Que te sea leve.

—Bueno y, ¿quién se lo va a decir a Gar?

Los tres pares de ojos volaron en dirección a Brian.

—No me jodáis.

—Eso te pasa por hablar —sentenció Nolan. Entonces miró a sus compañeros—. Sea como sea, necesitamos a alguien aquí —miró hacia la puerta cerrada—. Si ese teléfono suena una sola vez más, acabaré arrancándolo de cuajo.

—Habrá que redactar el anuncio y ser creativo con ello —comentó Camden.

—Pues ya estás a ello.

El cocinero enarcó una ceja.

—Casi te sugeriría que le dijeses al genio de arriba que lo redactase él, después de todo, la última secretaria ha volado por culpa suya.

—No es mala idea —aceptó y echó un vistazo hacia el otro lado de la sala, dónde se oía el apagado sonido de un timbre—, pero antes voy a arrancar el teléfono de cuajo.

—Esto va a ser una locura.

—Pensé que eso ya había quedado claro cuando decidimos comprar el edificio entre los cinco y formar la compañía.

—Ese día estábamos todos borrachos.

Y también heridos, pensó Nolan, pues habían perdido a la luz que les había iluminado a lo largo de sus complicadas vidas. Ella había sido la que los había mantenido juntos desde el principio, la que los había reunido y hecho comprender que no eran distintos sino personas especiales y únicas. Ella les había devuelto la fe y les había puesto en la dirección correcta a sus respectivos caminos.

Y era el único motivo de que la *Crossroad* existiese. Un legado a su memoria y un tributo a ellos mismos y sus esperanzas.

CAPÍTULO 1

Le dolía la cabeza.

Era una señal inequívoca de que Trey le había hecho una visita.

Una vez más su otro yo, esa personalidad que vivía en su interior se había apropiado de su cuerpo, de su mente y de su vida.

Se miró en el espejo y contempló el reflejo que le devolvía intentando ver en él a un extraño. Pelo rubio, liso y por encima de los hombros, las puntas más claras que las raíces a pesar de ser su color natural. Tenía la misma sombra de barba que esa mañana, un indicativo de que no habían pasado tantas horas desde su estado de fuga; así era como llamaba a esos episodios de trastorno disociativo. Fugas. Seguía vistiendo la misma ropa, camisa blanca y americana y estaba en su oficina lo cual había sido lo más sorprendente de todo.

El hombre que ahora veía en el espejo era él, el empresario, el violinista, el que había fundado *Crossroad* y se subía al escenario a tocar. Lo suyo era el trabajo duro, el esfuerzo, mientras que su otra identidad era la diversión descontrolada, el insaciable apetito sexual, el que disfrutaba de la fiesta después de los conciertos, el que vivía de orgía en orgía. Con el paso del tiempo había llegado a tener cierto control sobre él, pero sabía que no era más que una ilusión, una necesidad interna de saber que era él quien llevaba la batuta y no alguien que le robaba su tiempo y le dejaba sin recuerdos de lo sucedido.

Había llegado a grabarse a sí mismo con mensajes pidiendo, exigiendo e incluso suplicando, pero ese cabrón solo se reía, una y otra vez se burlaba de su «control». Trey le había devuelto entonces el favor narrándole con todo lujo de detalles sus vivencias dejándole con una sensación de agonía y culpabilidad que lo corroía por dentro. Había llegado a sopesar la posibilidad de terminar con su vida, sin embargo, ella había estado allí entonces para impedírselo y decirle que no tenía derecho a disponer de algo tan valioso a su antojo.

Ella le había ayudado a seguir adelante, se había cruzado en su camino por casualidad y lo puso en la dirección correcta. Curiosamente había sido también la favorita de su otro yo, ambos la atesoraron como si fuese lo más precioso, la habían amado a su manera y su partida los dejó igual de desolados.

Esos ojos que ahora le miraban a través del espejo, eran los suyos, era su mente la que ahora estaba al mando, pero ¿durante cuánto tiempo?

Se salpicó una vez más la cara, se secó y le dio la espalda a su propio reflejo. Necesitaba saber qué había pasado, qué había hecho y si era tan grave como para preocuparse de ello.

—Elaine —llamó a su secretaria nada más volver a su oficina. La puerta que comunicaba la habitación con el área en la que permanecía su secretaria estaba abierta—. ¿Elaine?

No hubo respuesta. Aquello ya de por sí era extraño. La mujer que llevaba trabajando para ellos poco más de tres semanas no se callaba ni debajo del agua, de hecho, había hecho un deporte Olímpico el hecho de protestar por todo. Si no fuese tan buena en su trabajo y, bueno, en otras lides, la habría mandado a paseo a la primera de cambio.

¿Despedir a la tercera secretaria que tenían en menos de seis meses? Sus socios le irían al cuello y él mismo les daría las armas para ello.

—Elaine, ¿dónde…?

Abrió la puerta por completo y frunció el ceño al ver la mesa vacía. El perchero que había

en la esquina estaba vacío, no estaba ni el abrigo ni el bolso de la cuarentona mujer.

Un mal presentimiento emergió al momento en su interior y casi pudo escuchar a Trey riéndose en su mente.

—Cabrón hijo de puta, ¿qué has hecho? —jadeó y se pasó las manos por el pelo.

Si él había tenido algo que ver en esto…

—¿Garret?

La conocida y ronca voz de Brian resonó en el pasillo al igual que sus pisadas. Ese hombre caminaba como si el mundo le perteneciese y quisiese dejar una huella allí por dónde pasaba. Alto y fornido, de hombros anchos, el bombero vestía de calle, señal inequívoca de que tenía, al menos, la mañana libre. Con el pelo corto de punta y un rastrojo de barba acariciándole el rostro su aspecto encajaba a la perfección con su despreocupado humor.

—¿Dónde está Elaine?

Su amigo lanzó el pulgar por encima del hombro en un gesto contundente.

—Trey la despidió.

Sus peores temores se hicieron realidad.

—¿Cómo?

Su compañero, uno de los socios fundadores de la compañía, caminó hacia él. Su mirada decía que todavía tenía dudas sobre su actual identidad, pero no por ello reculó. Trey y él no se llevaban bien, a decir verdad, dudaba que ese cabrón se llevase bien con alguien.

—Solo llegué a la parte de «cabrón hijo de puta» por parte de ella y un colorido *«buen viaje, zorra»* por parte de tu coleguita.

—Mierda —siseó y golpeó la pared con el puño.

—Ey, ¿qué te ha hecho la pared? —lo distrajo con efectividad—. Te diría que le pegases al hijo de puta, pero eso sería ponerte a ti mismo un ojo a la funerala y es algo realmente estúpido.

Estúpido y que no servía para nada. ¿Pelearse con Trey? Eso solo traía un profundo dolor después para él. No, el liarse a puñetazos no era la respuesta.

Se dejó caer de espalda contra la pared, resbaló y terminó sentado en el suelo con la cabeza entre las manos.

—Estoy jodido, muy jodido —masculló sintiéndose como la mierda. La culpabilidad siempre estaba presente, la incertidumbre lo aguijoneaba con sus continuos «y si» haciendo que se sintiese como la mierda.

Brian se dejó caer a su lado, sentándose en el suelo.

—En realidad, lo estamos todos —repuso. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y extrajo una tableta de chicles y se la ofreció.

Como siempre, declinó su ofrecimiento. En cambió levantó la cabeza y dejó que la nuca golpease contra la pared, dando la bienvenida al momentáneo dolor.

—Necesitamos una nueva secretaria y la necesitamos ya.

Le miró de reojo.

—¿No me digas? —resopló—. Esa mujer fue la tercera que contratamos en menos de seis meses y no ha durado ni tres semanas.

Negó con la cabeza y empezó a mascar el chicle.

—Pues habrá que encontrar a otra que aguante más —repuso con un parco encogimiento de hombros—. Y esta vez, habrá que hacer un poco de investigación extra.

Le miró de reojo.

—¿Investigación extra?

Echó un vistazo a su alrededor y lo señaló con el dedo.

—¿Te das cuenta de que tenemos que andar casi de puntillas alrededor de nuestra secretaria? —le recordó y fijó la mirada en él—. Sí, cuando la contratamos sabe exactamente qué clase de empresa es esta o al menos, sabe lo principal, pero ¿es eso suficiente?

Frunció el ceño. Intuía por dónde iban los tiros, pero no podía afrontar esa línea de pensamiento.

—Quizá debiésemos ir más allá y buscar a alguien que no solo se haga cargo de los trabajos administrativos de la compañía, sino que nos asista a cada uno —comentó de forma razonable—. Necesitamos a alguien alrededor de la cual no haya que andar de puntillas, que sepa sin lugar a dudas que esperar y pueda hacer su trabajo al mismo tiempo.

—Ahora me queda claro que has inhalado suficiente humo para nublarte el cerebro —resopló volviendo a dejar caer la cabeza contra la pared.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Piénsalo, Garret, tiene sentido —insistió con una desacostumbrada seriedad—. No más mentiras, no más invenciones, nada de andar de puntillas. En cierto modo, sería liberador.

Sacudió la cabeza.

—Estás hablando de descubrirnos ante una completa extraña —se mofó—, dejar que una desconocida descubra los demonios internos que tenemos y que a menudo salen a pasear. No, Brian, eso no es factible.

Volvió a negar con la cabeza.

—Garret…

—He dicho que no.

No podía ni siquiera pensar en la posibilidad de que alguien entrase en Crossroad y descubriese…

—Ella ya no está con nosotros, nada podrá sustituirla jamás —concluyó, decidido a poner punto y final a ese asunto—. Nadie podrá ocupar su lugar.

—No se trata de sustituirla, Garret, se trata de seguir adelante con nuestras vidas tal y como nos pidió.

Su cabeza empezaba a acusar ya la serie de voluntarios golpes que se daba contra la pared. No quería pensar en ello, no quería siquiera que sus compañeros barajasen esa posibilidad. Nadie podía sustituirla, nadie iba a ocupar ese lugar, quedaría vacío para siempre porque así era como lo había dejado.

«Ella es insustituible».

Vio su propio rostro en su mente, su voz, pero no era su voz, era la de Trey. Por una vez, estaban de acuerdo en algo.

—Necesitamos una secretaria nueva.

Eso era algo que no podía discutirle.

—¿Y esperas encontrar a alguien que acepte ocupar el puesto de secretaria y el de asistente personal de cinco tíos? —se rio—. Buena suerte con ello.

—Necesitamos un método de búsqueda alternativo y Nolan cree haberlo encontrado.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora a nuestro contratista?

—Nuestra cartera de clientes.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Cómo? —No podía estar hablando en serio.

—Necesitamos a alguien que se quede algo más de quince días —expuso—. Y la única

forma en que eso suceda, es encontrar a alguien que no se… escandalice… por lo que aquí ocurre.

—¿Y qué tiene que ver eso con…? —Sus palabras quedaron en suspenso cuando su cerebro llegó a una única y rápida conclusión—. No. Ni hablar. No podéis estar pensando en poner en el puesto de secretaria a una de las antiguas clientes de la compañía.

Su compañero negó con la cabeza.

—No, no se trata de eso —aseguró y le puso al corriente de lo que habían estado hablando —. Las personas que han pasado por aquí saben lo que hacemos, saben lo que se puede esperar y cuál es el resultado. Nolan tiene razón al suponer que quizá, por mediación de alguna ellas, podamos encontrar a alguien adecuada al puesto.

Y esa era una idea bastante decente, después de todo.

—La cosa está en que deberíamos establecer también algunas reglas básicas para evitar llegar a estos extremos —indicó la mesa de la secretaria—. Y que conste que esto ha sido idea de Nolan.

No le sorprendía. Nolan era una de las personas más sensatas y serias que había conocido a lo largo de su vida, un hombre con las ideas claras y estabilidad que solo se veía rota en ciertos aspectos de su intimidad.

—Déjame adivinar, no tirarse a la secretaria.

—Principalmente —resopló—. Una regla que, en mi opinión, no va a funcionar. Tendría que ser la viva versión de Martha Stewart para que una mujer no me llame lo más mínimo.

Bueno, sin duda era una opción a tener en cuenta, una que no había probado todavía.

Los gustos de Trey en mujeres coincidían con los suyos y, en ocasiones iban mucho más allá. Quizá era una suerte que no se le diese en ir a por las putas y que tuviese una palpable obsesión por usar protección. Su alter ego amaba el control, deseaba tener la batuta en todo momento y controlar lo que lo rodeaba, incluyendo su propio cuerpo.

¿Una mujer poco atractiva, anodina y puede que entrada en años? Quizá funcionase.

—De acuerdo —se oyó decir a sí mismo—. Intentémoslo una vez más. Esta vez, redactaré yo el anuncio y la lista de normas interna.

Y se obligaría a cumplirla a rajatabla, así tuviese que tatuársela en la polla para que el jodido Trey se la aprendiese.

CAPÍTULO 2

Una semana después…

—Esto no es un anuncio serio.

Danielle Narrow levantó el papel que había leído y lo agitó ante su amiga cómodamente sentada en el sofá de su sala de estar.

—Te aseguro que lo es —replicó la aludida—. Lo he recibido de manos de uno de los socios de la compañía.

—Conoces a gente de lo más interesante.

El sarcasmo goteaba de su voz.

—Son buenos tíos, ayudan a la gente.

—Sí, puedo verlos con el hábito de los Dominicos —le soltó dejándose caer en el sofá a su lado—. Gracias, pero esto no es para mí.

—Dani, es un buen puesto de trabajo y está muy bien remunerado.

—Estoy segura de que lo es, para una *escort* —resopló—. Y yo ya he dejado atrás esa parte de mi vida.

—Nena, has dejado detrás de ti más que eso —sacudió la cabeza—, incluyéndote a ti misma.

—Solo intento mantenerme en el camino correcto, algo que tú no me pones fácil —le reprochó—. Se supone que tienes que apoyarme, no ponerme la zancadilla.

—Te estoy apoyando y, lo creas o no, lo hago más que nunca al hablarte de este anuncio —sacudió la cabeza y volvió al ataque—. Estoy cansada de ver a este sucedáneo de ti misma que has creado, ¿dónde ha quedado tu espíritu?

—En la calle en la que me encontraron tirada con una sobredosis —replicó de golpe—. Créeme, esa fue suficiente comunión con el de arriba como para haber decidido dejar el trabajo de acompañante. Nunca te fíes de nadie. Eso es lo que aprendí. No importa que vista de manera elegante, parezca culto y tenga dinero, un hijo de puta enganchado a las drogas, es un hijo de puta enganchado a las drogas… y puede arrastrarte con él.

—Llevas casi dos años limpia.

—Un año, nueve meses y tres días —contabilizó con orgullo—. Y pienso seguir así el resto de mi vida.

No. Nada ni nadie haría que echase por tierra todo el esfuerzo que le había costado llegar a este punto. Atrás quedaba el infierno del que a duras penas consiguió salir con vida, atrás quedaba la estúpida e ingenua muchacha que había sido y la adicta a muchas más cosas que las drogas.

Baja autoestima, traumas infantiles, malas compañías, drogadicción, desenfreno sexual… su pasado era el contenedor de basura perfecto, un recipiente del que extraer toda clase de malas decisiones que la habían llevado por el camino equivocado. Y, sobre todo, era una pesada losa, una que hacía que le costase avanzar y, en ocasiones, desprenderse de toda esa suciedad. No importaba lo limpia que estuviese, seguía sintiéndose sucia.

Miró de nuevo el papel que le había entregado su amiga y sacudió la cabeza. El trabajo que se ofrecía estaba demasiado cerca de lo que había sido una vez, de aquello que la llevó a

trabajar como *escort*, ejerciendo como acompañante remunerada de hombres de negocios, artistas o profesionales del deporte. Entonces había pensado que tenía ante sí un cambio de vida, una manera de dejar todo lo que había sido atrás y controlar su peculiar adicción, pero no fue así. No, aquello la llevó sino a ingresar en un mundo muy distinto del que le pintaban, uno en el que las drogas corrían como el agua, dónde el sexo dejaba cicatrices en el cuerpo y en el alma y dónde, una mujer con sus necesidades se vería abocada al desastre.

Sacudió la cabeza y le devolvió el papel.

—Está demasiado cerca de lo que solía ser —negó con rotundidad.

—Te juro que no hay nada ilegal en la compañía *Crossroad* —insistió ella—. Son serios y el personal lleva un completo y estricto programa de selección.

La miró con cara de chiste, levantó el papel y lo señaló.

—¿Secretaria? ¿Acompañante para eventos? ¿Profesionalidad y discreción? ¿Una cláusula de confidencialidad? —enumeró algunas de las partes que había leído—. Sin duda saben cómo cubrirse las espaldas y hacer que parezca una oferta atractiva… hasta que lees la letra pequeña. Esta que viene aquí abajo.

Ahí era dónde empezaba lo extraño.

Las postulantes debían hacerse un completo chequeo médico y analítica de sangre para descartar cualquier clase de enfermedad y presentarla con sus credenciales. Se establecía así mismo que tenían que estar libres de adicciones con un mínimo de un año, que debían vestir de manera conservadora, no llevar maquillaje y conducirse con exquisita educación. También estipulaba que deberían estar disponibles para ejercer de asistentes personales de los socios de la compañía, ya fuese para asistir a eventos de índole comercial o personal.

Sí, claro, ¿todo ello para un puesto de secretaria o asistente de dirección?

—No es un trabajo para mí, Lena, ni de lejos.

Prefería seguir trabajando por una miseria de sueldo en el *burguer* que cambiarse de nuevo las zapatillas deportivas por tacones y acceder a hacer sabe dios qué cosas.

—Sé que no es una oferta de trabajo usual, pero no te cierres todavía esa puerta —insistió. Su perseverancia empezaba a minar su paciencia—. Entiendo tus reservas. Diablos, Dani, soy tu madrina, ¿recuerdas? Jamás te presentaría tal empleo si no estuviese segura al cien por cien de que será bueno para ti y tu proceso de recuperación.

Sí, Lena era su madrina en la asociación dónde se había inscrito nada más dejar el hospital. Había estado dispuesta a buscar ayuda y la había encontrado en las reuniones semanales a las que asistía. Por primera vez en mucho tiempo —sino en toda su vida—, se abrió a alguien más y habló, sintiéndose escuchada y no juzgada. La misión de su madrina era estar allí para ella cuando tuviese dudas, momentos de recaída y ayudarla a seguir adelante. Lena misma había estado en su situación, pero llevaba ya más de cuatro años limpia.

—¿Y cómo, según tú, podría ayudarme un trabajo de estas características? —expuso lo obvio—. Sí, estoy limpia desde hace casi dos años, mis análisis son impolutos… pero tengo tratamiento para mi otra adicción y no puedo darme el lujo de suspenderla. Y ya no digamos ponerlo en un jodido impreso.

Aborrecía hablar de ello. Sabía que estaba allí, que esa otra ella existía y hasta ahora, había conseguido mantenerla a raya. Mantener sus apetitos bajo control, gracias a la terapia y la medicación, hacía que pudiese llevar una vida más o menos normal, pero no era una adicción que pudiese controlar. Había nacido entre las drogas y los excesos y le aterraba perder el control.

Hipersexualidad lo llamaban ahora, una palabra nueva y menos rimbombante que la de ninfomanía.

—Danielle, en *Crossroad* pueden ayudarte —insistió como si fuese un mantra aprendido —. ¿Recuerdas el par de meses que te dije que había estado en un seminario el verano pasado?

Sí, los recordaba perfectamente. Se había desquiciado buscándola después de que recibiese una llamada de teléfono en la que esa loca le decía que se iba de seminario. Lena había estado bastante rara las semanas anteriores, su intención había sido hablar con ella, pero su amiga le había dado esquinazo. La preocupación había crecido al punto de decidir arrastrarla a una de las sesiones y que hablase con la coordinadora del grupo, pero entonces se fue a ese seminario.

Durante más de un mes había recibido solo mensajes diciéndole que estaba bien, que no se le ocurriese faltar a las reuniones y que la llamaría pronto. Esa llamada había tardado mes y medio en llegar y lo había hecho en un tono distinto, el mismo tono optimista que había exhibido desde entonces.

Sí, había estado en un jodido seminario y no tenía ni idea de qué le habrían hecho allí, porque se negaba a hablar de ello, pero fuese lo que fuese, le había sentado a las mil maravillas. Prueba de ello era que acababa de conocer a alguien y estaba teniendo una bonita y sana relación.

—Sí, recuerdo con bastante nitidez esos días —aseguró con palpable sarcasmo—. ¿Qué tiene que ver eso con el anuncio? —Arrugó la nariz ante la peregrina idea que le pasó por la cabeza—. No me irás a decir que tu seminario fue impartido por esta compañía.

Sus ojos se encontraron y Lena asintió.

—Solo estuve en *Crossroad* una semana —confesó en voz baja, como si temiese que alguien la escuchase. Algo ridículo, puesto que estaban las dos solas en el salón de su casa—. Conocí a uno de los socios, mi… er… chico Jueves.

—¿Chico Jueves?

Se sonrojó, esa mujer de casi cuarenta y siete años se sonrojó como una colegiala.

—Cada socio se ocupa de un turno a la semana, excepto los fines de semana, dónde suelen rotar —explicó al tiempo que se aclaraba la garganta—. El caso es que Nolan supuso un antes y un después. Esa semana que estuve con él, fue todo lo que necesitaba para darme cuenta de que no era yo misma, que a pesar del tiempo que llevaba y llevo limpia, no era completamente yo. Él fue quién me recomendó el seminario y me consiguió una plaza por medio de la compañía. Fue como asistir a un balneario, mucho descanso y tiempo para pensar. Reuniones, grupos de charlas, gente dispuesta a escuchar… Para mí ha sido un punto de inflexión, uno que me puso en el camino correcto.

—Bueno, pues me alegro —le soltó con el mismo gesto irónico. Entonces reculó. Ella no tenía culpa de su mal humor—. De verdad, me alegro y mucho por ti, porque sea lo que sea, te ha reportado lo que quiera que necesitabas. Pero esto no es lo mismo, no se trata de ir como… cliente, sino trabajar con… esa gente… ¿Has dicho que son cinco socios? Eso son demasiados individuos con los que trabajar.

—Tienes un título superior en asistente de dirección y está cogiendo polvo colgado de la pared —le recordó señalando dicho título—. Tienes los conocimientos necesarios para llevar una oficina. Eres inteligente, hablas varios idiomas…

—Hablo dos y solo porque el último novio de la zorra que me engendró era español y no hablaba otro —resopló. De hecho, había tenido que aprenderlo sí o sí ya que pasaba la mayor parte del tiempo sola con él en casa, ya que su querida y putilla madre, prefería pasar el tiempo abriéndose de piernas que criar a su hija. Dentro de lo malo, al menos Mateo, que así se llamaba él, la había tratado bien y la había cuidado —a su manera— antes de terminar con un tiro en la cabeza en un mal barrio por un asunto de drogas.

Sí, su infancia había sido tan jodidamente maravillosa como su adolescencia. De no ser

por Asuntos Sociales y los hogares de acogida en los que recaló de cuando en cuando, no estaba muy segura de sí hoy estuviese allí sentada y charlando.

Con todo, su paso por los distintos hogares, el rechazo de algunas de sus familias que la consideraban difícil hizo que encaminase sus pasos hacia otros derroteros. El empezar a trabajar como *escort* había parecido la solución ideal. A partir de ese momento dispuso del dinero y los recursos que le permitieron independizarse y matricularse en una universidad a distancia para poder estudiar y sacarse el título al que Lena hacía referencia.

Al principio el trabajo de acompañante no había estado tan mal, podía elegir a sus clientes y si quería o no tener sexo; solo aceptaba aquellos que buscaban una compañera de viaje o acompañante a los eventos, sin nada más. Pero después, las carencias del pasado y lo que podía conseguir con tanta facilidad con solo agitar las pestañas empezó a dirigirla hacia el camino equivocado, uno dónde las drogas que había probado en su adolescencia se convirtieron en un incentivo muy distinto, dónde el sexo se convirtió en un juego de poder y sensualidad y el dinero, en algo codiciado.

Ese título que tenía colgado en la pared le había costado mucho más de lo que nadie sabría jamás.

—No doy el perfil que buscan, Lena —concluyó desechando la idea—, y tampoco me interesa. Además, mírame, en realidad quieren a una secretaria que vista como una monja y se comporte como una puta, ¿te parezco eso?

Su amiga la miró de arriba abajo, todavía no se había quitado el uniforme del trabajo.

—¿De verdad quieres que te responda?

La fulminó con la mirada.

—No voy a trabajar de nuevo como *escort*, por muchas palabras o términos que usen para enmascarar lo obvio en ese anuncio —le soltó señalándole lo obvio—. Esa parte de mi vida se terminó. Ahora solo soy Danielle Narrow. Casta y pura.

Si se pudiese poner los ojos más en blanco le habrían dado la vuelta en la cuenca, pensó al ver el gesto de su amiga.

—Eso… no te lo crees… ni tú… —le soltó y, para su eterna sorpresa, se levantó del lugar que ocupaba en su asiento y la asedió. Se subió a ahorcajadas sobre sus piernas y le cogió el rostro entre las manos—. ¿Casta y pura? Anda ya.

No la dejó ni protestar, en un momento estaba sentada a su lado y al siguiente la tenía encima, sus pechos rozándose con los suyos mientras le aferraba la cara y le metía la lengua en la boca.

Dejó escapar un gemido de protesta pero este pronto se convirtió en alivio. Su cuerpo reaccionó al instante, calentándose y el deseo sexual se desperezó haciendo que su sexo se humedeciese y su lengua saliese al encuentro de la de ella. Si bien era una reacción liviana, sin duda adormecida por el tratamiento, el hambre despertó en su interior sin importarle si era un hombre o una mujer quién la besaba; solo quería más.

Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para romper ese beso y empujar el cálido y voluptuoso cuerpo a un lado. Casi la derribó en su prisa por zafarse de ella y recuperar el aliento y el dominio de sí misma.

—Bien, señorita Narrow, ¿qué me decía usted?

La vergüenza y la culpabilidad la recorrieron al instante enfriándola. La dolorosa necesidad seguía presente, aturdida pero allí. Necesitaba más, sabía que necesitaba más, su hipersexualidad tiraba de ella hacia el sexo dónde fuese y con quién fuese, pero sexo y cuanto más y más variado, mejor.

—Eres… una… perra… —siseó, intentando recuperar el aliento y el dominio sobre sí misma.

Se atusó el pelo y se recolocó la ropa antes de ponerse en pie.

—Sí, lo soy —le soltó tan campante—. Y esta perra está dispuesta a emplear los trucos más sucios de su arsenal con tal de hacer que acudas a esa entrevista. Sé que será bueno para ti.

Dio un paso atrás, giró sobre sí misma para darle la espalda y no verla y hundió los dedos en el pelo, deshaciendo el moño que llevaba recogido con un lápiz.

—Así que, ¿vas a la entrevista o seguimos?

Se giró y la fulminó con la mirada.

—¿Dejarás de tocarme las narices y poner a prueba mi paciencia si lo hago?

Le dedicó la más beatífica de las sonrisas.

—Palabra de *girlscout*.

Resopló.

—Tú nunca has sido *girlscout*.

Ignoró su réplica y caminó hacia ella, pasó por su lado, cogió el bolso de la silla y la miró.

—Vamos, te invito a un helado de chocolate para que puedas bajar la temperatura —le guiñó el ojo—. Con eso y con el frío que hace fuera, estarás bien cuando lleguemos a la heladería.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Dudo que todo el chocolate del mundo sirva para compensar tus harteras mañas —rezongó, cogió su abrigo y la siguió—. Que sean dos bolas grandes y con sirope de naranja.

—No te arrepentirás, Dani, te lo aseguro —aseguró abriendo ya la puerta de su apartamento—. *Crossroad* te cambiará la vida.

CAPÍTULO 3

El cielo tenía un color gris plomizo, la lluvia había acariciado la hierba y todavía colgaba en el aire como pequeñas gotas que le limpiaban el alma.

Ella seguía allí, custodiada por un ángel, rodeada por la eternidad de los cipreses. Había sido su alma, su corazón, su luz y el camino que había querido transitar.

—Hola dulzura. —Garret acarició la figura dormida del ángel y rozó las letras que contenían su nombre—. Te he echado de menos, aunque sé que me dirás que cómo es posible ya que no te has separado de mí.

Se inclinó, posó la funda del violín a un lado y depositó una única rosa blanca a los pies de la estatua.

—La *Crossroad* sigue adelante y nosotros con ella —le contó como solía hacer en cada una de sus espaciadas visitas—. A algunos les va mejor que a otros.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—No puedo controlarle, lo intento, pero no puedo —confesó ante ella, la única que sabía por lo que había pasado, la única que le había comprendido y apoyado—. Sigue adueñándose de mi vida y siento que cada vez es más él y menos yo.

Se calló, contempló su nombre y el epitafio.

—Se ha deshecho de la secretaria —hizo una mueca—, la tercera en seis meses y a este paso, empiezo a dudar que seamos capaces de retener a alguna más tiempo.

Recuperó la funda, la abrió y extrajo el violín de color azul que siempre lo acompañaba en sus visitas, un regalo de la mujer que más habían querido y a la que habían perdido; ella.

—Nolan cree haber encontrado una solución, yo soy escéptico al respecto —negó con la cabeza—. ¿Abrirle las puertas de *Crossroad* a una completa desconocida? No se trata solo de ponerla tras un despacho, sino de mostrarle lo que es este proyecto…

Acarició el violín con reverencia.

—Sé que necesitamos a alguien que esté ahí para todo lo que necesitamos, que se comprometa y no sienta temor al descubrir los demonios que ocultan los socios de la compañía —continuó—. Con sinceridad, dudo que podamos encontrar a alguien tan fuerte o tan chalada como para aceptar tal desafío.

Se llevó el instrumento a la barbilla, lo acomodó y con el arco en posición arrancó los primeros acordes.

—Pero te prometo que, si existe ese ángel, intentaré conservarlo.

Cerró los ojos y comenzó a tocar la melodía que era solo para ella, una que había nacido de su sonrisa, de su mirada y la esperanza que nunca había perdido, una que esperaba todavía habitase también en él.

CAPÍTULO 4

Danielle no pudo evitar mirar entre embobada y recelosa el *lobby* del edificio. Con un estilo minimalista y moderno, la entrada ya daba una idea de la clase de decoración que iba a encontrarse en su interior. Esperó a que las puertas de cristal se cerraran a su espalda antes de avanzar hacia el mostrador tras el que pasaba el tiempo un guarda.

—Buenos días, vengo a una entrevista…

El hombre no la dejó terminar ni tampoco se molestó en levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Coja el ascensor del fondo, tercera planta.

Y aquel era un trabajador dedicado en cuerpo y alma a la empresa, pensó con ironía. Siguió sus indicaciones y llamó a uno de los tres ascensores que había disponibles mientras se planteaba, no por primera vez, la posibilidad de dar media vuelta y largarse de allí.

Había tenido que pedir la mañana en el trabajo para asistir a esa maldita entrevista y, a medida que iba avanzando por las dependencias del edificio, se sentía más insegura sobre su decisión de presentarse a esa entrevista.

—Bueno, Lena no podrá decir que no he venido —se dijo a sí misma—. Además, siempre puedo decirles que no me interesa después de la reunión.

Las puertas del ascensor se abrieron una vez más trayendo consigo el murmullo de la gente que se arremolinaba junto al área de recepción de la tercera planta. Un par de asientos y una pequeña mesa de café cubrían la pared frontal y a su derecha, el amplio mostrador tras el que se encontraban un hombre y una mujer presidía la amplia estancia. Varias mujeres de edades comprendidas entre los veinticinco y cuarenta años formaban corrillos, unas se giraron en su dirección, pero la ignoraron al momento, otra estaba siendo atendida por uno de los empleados de la recepción mientras un par más le dedicaban una leve sonrisa y volvían a lo suyo.

—Genial —musitó para sí misma. Miró hacia la izquierda y vio como la única puerta de doble cristal con el logotipo de la compañía se cerraba detrás de alguna candidata que se perdía por los pasillos.

Sacudió la cabeza y giró sobre los altos tacones que se había puesto para la entrevista. No, ni hablar. No iba a quedarse allí para asistir a una entrevista. Ni siquiera le interesaba el puesto.

—Lo siento, Lena, pero esta es una malísima idea.

Se adelantó con intención de llamar de nuevo al ascensor en el que había subido, pero las puertas del más cercano se abrieron y terminó golpeándose contra un muro. El impacto le arrancó el aliento y la hizo trastabillar.

—Ay dios…

Unas fuertes manos la cogieron del brazo impidiendo que terminase en el suelo.

—Despacio. —Oyó una profunda y ronca voz masculina—. ¿Sigues de una pieza?

Se llevó la mano a la cara y se colocó las gafas para luego fijarse en el propietario de esas palabras.

—Lo siento. Ha sido culpa mía. No miraba por dónde…

Las palabras se esfumaron cuando se encontró con unos profundos ojos azules en un rostro fuerte y masculino, de mandíbula cuadrada y enmarcada por una breve barba oscura.

—…iba.

Sus labios se curvaron en un breve rictus que parecía indicar una incipiente sonrisa.

—Si no ha habido daños por tu parte, por la mía tampoco —aceptó y aflojó la presión de su mano hasta terminar soltándola para luego señalar el mostrador—. ¿Ya has recogido el número y dejado tus credenciales? Las entrevistas empezarán en veinte minutos —comentó al tiempo que miraba la muchedumbre reunida—. Y parece que van a llevar su tiempo.

—En realidad, estaba esperando al ascensor —reculó, aprovechando su distracción para rodearle y meterse en el habitáculo que seguía abierto.

La siguió con la mirada y enarcó una ceja ante su declaración. La recorrió con la mirada y pareció incluso más confundido por sus palabras.

—Disculpa el atropello —se excusó y dio un paso adentro, impidiéndole alcanzarla si no se movía—. Y suerte con las entrevistas.

—Espera, ¿no has venido a…? —señaló el corrillo.

Dio un nuevo paso atrás y extendió la mano hacia el panel al tiempo que las puertas empezaban a cerrarse.

—He cambiado de idea —se encogió de hombros y mantuvo la sonrisa ante su expresión de sorpresa.

—Espera, ese ascensor no…

No llegó a escuchar el resto de sus palabras, pues las puertas eligieron ese momento para cerrarse.

—Salvada in extremis —musitó para sí. Se recostó contra la pared y dejó escapar el aire. Lo mejor sería volver a casa e inventarse una excusa creíble para Lena, algo con lo que no pudiese darle la lata.

Levantó la mirada y avanzó para marcar de inmediato el número del primer piso, pero el panel nada tenía que ver con el del otro ascensor, este era táctil y, a juzgar por la ranura que había en la parte inferior, solo funcionaba con una llave.

—Mierda —masculló perdiendo el color. Deslizó los dedos sobre el teclado, pero no obtuvo resultados. Había una tecla todavía encendida, pero era incapaz de accionar otra o cambiarla—. Perfecto, sencillamente, perfecto…

Oprimió el botón que debería abrir las puertas, pero en vez de abrirse el ascensor empezó a subir.

—No, no, no… —aporreó las teclas como si esa manera pudiese hacer algo—, no quiero subir, quiero bajar.

No hubo manera de evitar que el cubículo obedeciese así que no le quedó más remedio que esperar a que llegase a la nueva planta y, una vez allí, coger el otro ascensor o arriesgarse con las escaleras.

—¿Por qué me tiene que pasar a mí todo esto?

Dani dejó escapar un profundo suspiró y esperó paciente. Estaba dispuesta incluso a bajar por las escaleras si de ese modo podía dejar el bendito edificio.

—Como tenga que bajar nueve pisos andando, lo hago descalza —resopló mientras veía cambiar los números.

Por fin, la máquina se detuvo y las puertas se abrieron de nuevo dejándola ahora en el interior de lo que, a todas luces, era una vivienda. Un amplio salón comedor se abría ante ella, un espacio abierto y luminoso que conducía a un pasillo por el cual apareció un hombre.

—Vaya, no esperaba a nadie hasta por lo menos después del concierto, pero es agradable ver que hemos mejorado con el servicio a domicilio.

Parpadeó ante la inesperada aparición que se presentó ante ella. Un hombre con algo más

de un metro ochenta, pelo rubio oscuro mojado y una única toalla oscura envolviéndole las caderas era lo último que esperaba encontrarse en ese lugar.

CAPÍTULO 5

Danielle era incapaz de quitarle la mirada de encima al completo desconocido carente de ropa que se encontraba ante ella. Su presencia era tan inesperada como peligrosa. Sí, peligrosa. Su mente ya estaba recreando una serie de posibilidades que le hacían la boca agua y le recordaban que llevaba demasiado tiempo sin sexo o lo que, para sus estándares, era demasiado tiempo sin satisfacer sus necesidades.

—¿De dónde sales, ricura? —preguntó mirándola con abierta apreciación masculina—. No eres la clase de bocadito que suele aparecer por aquí.

Parpadeó y señaló lo evidente.

—Del ascensor —murmuró y echó el pulgar hacia atrás—, de hecho, debería volver a él y marcharme.

Como si quisiera tomarle el pelo, las puertas se cerraron al momento dejándola con un palmo de narices. Volvió a llamar, pero el maldito se negaba a abrir.

—Esto… —evitó mirarle—. ¿De causalidad no podría indicarme dónde están las escaleras? Creo que he cogido el ascensor equivocado.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

Su respuesta la llevó a girarse y mirarle con gesto incrédulo. No podía haber oído bien.

El rubio adonis había apoyado el hombro contra la puerta y la miraba con tal intensidad que el estómago empezó a encogérsele y las mariposas empezaron a revolotear.

—¿Por qué soy una completa desconocida, me he metido en su casa y debería estar en cualquier sitio menos aquí? —sugirió mostrando lo obvio—. Y estoy invadiendo su espacio personal.

Se rio, una sonora carcajada cargada de sensualidad que le puso los pelos de punta e hizo que apretase los muslos ante el repentino deseo.

—No estás tan cerca como para invadir mi espacio personal —aseguró. Dejó el lugar en el que estaba apoyado y empezó a caminar hacia ella como un ave rapaz—. De hecho, la toalla sigue en su sitio y tú conservas los zapatos.

Parpadeó ante la mención de las dos prendas.

—Pues yo mantendría la toalla en su sitio —le soltó evitando bajar la mirada a dicho elemento—. Insisto en que lo haga y me enseñe la puerta.

—Claro, está justo a tu derecha —le indicó, señalándole la dirección—, puedes ir desnudándote de camino. Primero los zapatos, por favor. Me cabrea sobremanera que los tacones rayen el parqué.

—¿Perdón?

Su sonrisa se hizo más amplia, sus dientes eran blancos y perfectos. Diablos, todo en él era devastador y hacía que le temblasen las rodillas.

—La puerta del dormitorio —le dijo y gesticuló con la cabeza en esa dirección.

—No busco la puerta del dormitorio, sino la de salida.

—Esa ya te la enseñaré después… o no —declaró acortando la distancia entre ellos—. Zapatos fuera. Ahora.

Su sexo se contrajo ante su tono de voz. Fue imposible no apreciar también su aroma desde esa distancia, uno que le gustó mucho más de lo que deseaba y tiró de su deseo. Podía

notar como se le erizaban los pezones, como palpitaba su centro y la saliva acumulándosele en la boca.

—Ne… necesito salir de aquí.

Chasqueó la lengua y le cortó toda retirada, hundiendo la mano en su pelo, aferrándolo con fuerza y levantándole con ello la nuca.

—No, no es lo que necesitas.

Su voz era como un afrodisíaco, su mente empezó a evocar toda clase de cosas eróticas que la dejaban jadeando y con ganas de suplicarle.

—Por favor.

Dios, ¿acababa de gemir? No, no, no. Tenía que centrarse, tenía que salir de allí cagando leches.

—Esa es una palabra que sin duda me gusta, sobre todo cuando estoy enterrado profundamente en una mujer —le soltó sin molestarse en disimular su obvio deseo, aferrando con más fuerza su pelo, obligándola a ponerse de puntillas—. Y mira por dónde, tú eres una mujer, una bastante apetitosa a pesar de este horrible envoltorio.

Tragó e intentó dar un paso atrás. Notó el tirón en su pelo e hizo una mueca, pero el dolor no sirvió para que su cuerpo dejase de excitarse. Se moría por restregarse contra él, quería arrancarle esa toalla, liberarse de su propia ropa y arrasar ese cuerpo como si fuese un banquete bien dispuesto y ella estuviese muerta de hambre.

—Desnúdate —le calentó el oído con su aliento.

La orden la estremeció de placer, le temblaban las manos y tuvo que apretarlas en sendos puños para no ceder y hacer lo que ella misma deseaba. Su cerebro se las ingenió para activarse y conectar con su boca.

—No.

Su negativa le causó gracia a juzgar por la forma en que sonrió, su presa sobre el pelo se aligeró y pudo dar un paso atrás para liberarse.

—¿Me has dicho que no?

Se lamió los labios.

Dios, podía imaginársela ya subida sobre esos muslos, montándole mientras le acariciaba los pechos, moviendo las caderas para…

¡Basta!

Retrocedió incluso más, poniendo distancia entre ambos.

—¡Sí! ¡Lo he dicho! —elevó más la voz de lo que esperaba—. No. Es una palabra lo suficiente clara para ser entendida.

Se llevó las manos a las caderas, la toalla no podía disimular la obvia erección que la levantaba desvergonzada.

—Mi entendimiento no es lo que era —chasqueó la lengua—, tiendo a filtrar solo lo que me interesa escuchar.

—Si quiere se lo explico.

Sonrió de soslayo y se inclinó hacia delante.

—Sabes, me pone y mucho que me trates de usted —declaró y, para hacer hincapié sobre esas palabras, deslizó la mano sobre su erección—. De hecho, ya me tienes duro.

No mires, no escuches. Da media vuelta y sal corriendo. Vamos, Dani, espabila. Este tío es un exhibicionista, no sabes quién es y… el que esté tan bueno como el pecado, no te ayuda en absoluto.

—En ese caso te tutearé y solo lo haré para pedir una única dirección, ¿la puerta de salida?

—¿Por qué no usas de nuevo el ascensor?

Enarcó una ceja.

—Claro, déjame la llave y me largaré antes de que pestañees.

Se pasó el pulgar por el mentón y la miró como si su presencia lo estuviese entreteniendo de verdad.

—Está claro que no eres una de las chicas de Garret —comentó entonces, su mirada la desnudaba sin mucho esfuerzo—. Y ese aspecto comedido, recto, casi aburrido, sin maquillaje y las gafas… Déjame adivinar, eres la nueva secretaria.

—En realidad no he llegado siquiera a hacer la entrevista —respondió y elevó la barbilla, necesitaba aparentar una seguridad que ahora mismo no tenía.

—Eso no es un problema —decidió convencido—, podemos hacerla ahora mismo. Acabo de decidir que eres perfecta para el puesto. Estás contratada… Ah, pero todavía no sé tu nombre.

—Ni lo sabrás.

Su sonrisa se volvió predadora.

—En ese caso tendré que ponerte yo uno —entrecerró los ojos y la recorrió una vez más con la mirada—. ¿Qué te parece Betsy? Sí, tienes aspecto de Betsy.

Apretó los dientes. La estaba haciendo enfurecer a propósito y esa mirada, dios, esa mirada hacía que quisiese arrancarse la ropa y lanzarse sobre él para follárselo.

No, no, no, no. Tenía que centrarse, tenía que respirar y…

—Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer Justicia, afirmar la tranquilidad interior, proveer la Defensa común, promover el bienestar general…

El gesto asombrado de su cara casi le provoca una carcajada. Casi.

—¿Estás recitando la Constitución?

—El preámbulo…

Arrugó el ceño, sus ojos se abrieron y menudos ojos. Por dios, qué sexy era, ¿por qué no se lo tiraba y ya?

—¿Por qué?

—Eso me mantiene bajo control.

Se echó a reír. Prácticamente se dobló por la mitad a carcajadas.

—Nena, eres la tía más extraña con la que me he topado en toda mi vida y aún encima eres secretaria —la hilaridad estaba presente en su voz—. De verdad, esta vez los socios se han coronado en su elección.

Arrugó la nariz y entrecerró los ojos.

—Nadie me ha elegido.

Se incorporó y la miró, tenía los ojos brillantes.

—Oh, ya lo creo que sí, Betsy, acabo de hacerlo yo.

Dios, ¿por qué demonios la llamaba así?

—No me llamo Betsy…

—Ahora sí —aseguró todo lleno de razón.

—Y una mierda —siseó—. Mi nombre es Danielle. Danielle Narrow.

La información brotó sola de sus labios.

—Así que eres Danielle —repitió como si saborease el nombre—. Dani. Sí, te pega.

Aquello empezaba a ir más allá de lo absurdo.

—¿Vas a decirme de una buena vez dónde demonios está la puerta o tendré que buscarla por mí misma?

Acortó la distancia entre los dos dejándola de nuevo sin respiración y obligándose a sí misma a mantener las manos a los lados y no posarlas en ese magnífico pecho.

—Te diré dónde está —declaró con un firme asentimiento—. De hecho, te acompañaré hasta la oficina… o quizá lo haga Garret… pero eso será después de que me des lo que quiero.

Se lamió los labios, fue incapaz de evitarlo.

—No he venido aquí para echar un polvo.

Hizo un gesto con la mano y chasqueó la lengua.

—No, seguro que no —ahora fue él quien se lamió los labios—. Pero ahora, es precisamente lo que vas a hacer.

—No, no lo haré…

¿Por qué demonios sonaba tan dudosa al respecto?

—Sí, sí lo harás.

Se arrancó la toalla, enseñándosela y dejándola caer.

—Y este es tan buen momento como otro para que lo aceptes querida Dani —bajó sobre su boca—, porque no te dejaré escapar hasta haberte follado.

CAPÍTULO 6

Danielle había perdido el control.

Su beso no había sido más que el principio de su propia caída. El sabor de su boca, su propia hambre despertando, ese magnífico y apetitoso cuerpo desnudo. Antes de que pudiese darse cuenta de lo que hacía, lo había besado, había dejado que la acariciase y le arrancase la ropa, se había restregado contra él y había disfrutado de los preámbulos antes de terminar sobre la cama, desnuda y acariciándose a sí misma.

Se sentía caliente, excitada, el deseo había tomado el control y todo lo que deseaba era satisfacer el ardor que se enroscaba en su interior. Se arrodilló sobre la cama y se llevó un dedo a la boca, chupándolo, viendo la lujuria que eso despertaba en los ojos claros. Arrastró el dedo hacia abajo, acariciándose los pechos, dejando un sendero húmedo por su estómago para atravesar su rasurado pubis hasta los desnudos pliegues de su sexo.

Él era incapaz de apartar la mirada de su mano, su sexo totalmente erecto se alzaba como un apetecible caramelo que la encendía aún más. Se masturbó delante de él, se acarició mientras se dejaba ir sobre el colchón, acostada boca arriba, con las rodillas dobladas dejándole presenciar el espectáculo.

Podía ver cómo apretaba la mandíbula, como se lamía los labios y sus ojos se abrían incluso más por el placer, sabía que deseaba ser él quien hiciera aquello, quizá incluso con su boca, algo que le había dejado claro antes. El solo pensamiento le arrancó un jadeo.

—¿Necesitas una invitación? —ronroneó contoneándose sobre la cama, mostrando unos dedos húmedos emergiendo de su interior, acariciándose el hinchado botón al tiempo que movía las caderas al compás de sus gemidos.

Lo vio avanzar hacia ella, su mirada fija en su sexo y su voz ronca por el deseo.

—¿Para un espectáculo tan erótico? —replicó relamiéndose—. Ya la tengo, en exclusiva y para la primera fila.

Se cernió sobre ella, disfrutando de ese especiado aroma a sexo, de la única fragancia femenina y del delicioso color rosado de su coño. Quería lamerla, quería sustituir esa juguetona mano y devorarla por completo. Le cogió la mano y se llevó los dedos a la boca, lamiéndolos, probando su sabor para luego bajar la mirada entre esos muslos y sonreír con pereza.

—Y creo que voy a hacer uso de mi pase VIP.

Apoyó una rodilla sobre el colchón para acercarse más a ella y mantener el equilibrio, deslizó la mano cubriendo el húmedo y cálido sexo y bajó la cabeza sobre sus pechos dispuesto a darse un festín con el rosado pezón que se erguía llamándole.

Tenía los pechos grandes, algo que sin duda aprobaba, los pezones duros y erguidos le atraían como un imán, despertaban su propia hambre. La mordió con suavidad, comprobando su grado de sensibilidad, atento a sus respuestas en forma de gemidos y deslizó los dedos en su aterciopelado y húmedo interior. La penetró un par de veces, disfrutando de la forma en que lo apretaba, de los desinhibidos gemidos y de la manera en la que movía las caderas buscando más. Era caliente, una mujer dispuesta a obtener lo que deseaba sin importar el costo, le gustaba el sexo y no tenía problemas en demostrarlo. Era exigente, sensual y estaba tan hambrienta que hacía que su propia hambre y lujuria se disparasen.

—Eres una cosita caliente, ¿eh?

Ella no respondió, se limitó a gemir, a levantar las caderas buscando más profundidad, pero no se la dio, por el contrario, se retiró frustrándola y haciéndola lloriquear.

—Oh, sí, muy caliente.

Le gustaba. Eso es lo que deseaba, una mujer dispuesta a follar, a entregarse al placer de dos cuerpos desnudos y dar rienda suelta al placer.

Cogió uno de los múltiples cuadraditos de colores que había tirado antes sobre la cama, se enfundó el preservativo y bajó de nuevo sobre ese delicioso cuerpo para retomar su asalto sobre los pechos.

—Sí, me gusta.

Le separó los muslos para hacerse sitio, dejó su pezón y la lamió entre los pechos, mordisqueándole la piel de la clavícula para hacer lo mismo con la base de su cuello. La manera en que se arqueaba, en que gemía lo ponía incluso más duro de lo que ya estaba. No dudó en introducirse en su interior, lo hizo lentamente, dispuesto a hacerla suplicar, a disfrutar de cada pequeño instante de ese inusual momento. Había algo en esa mujer que la hacía distinta a las demás, que lo llevaba a degustar de cada pequeño gemido, de cada jadeo. Se enterró poco a poco, degustando su calor, la tensión de sus músculos interiores que lo succionaban con avidez, de la estrechez y la humedad que emanaba facilitando la penetración.

La lamió, mordisqueó la piel de su cuello y subió hasta su mandíbula para terminar en su boca. La penetró con la lengua del mismo modo en que lo hacía con su pene, se impulsó en el mojado y apretado túnel, fuerte, sin barreras, quería follarla, quería montarla a placer y ella elevó las caderas animándole a hacerlo.

Empezó a bombear en su interior, disfrutando de la forma en que ese húmedo calor lo abrazaba. Estaba mojada, resbaladiza y hacía que cada incursión en su sexo fuese deliciosa. Ella lo acompasó en cada encuentro, impaciente, hambrienta y le dio lo que quería, con fuerza, salvajemente, sin control. Deslizó la mano entre sus cuerpos, moviéndola, acomodándola para poder alcanzar su clítoris y jugar con él mientras se la tiraba. Su respuesta fue inmediata, su grito ahogado por sus propios labios que saqueaban su boca y esas dulces y calientes paredes se cerraron con más fuerza alrededor de su polla, succionándolo, volviéndolo loco.

Se retiró lo justo para volver a penetrarla con fuerza y profundidad, le levantó el muslo con la mano, abriéndola, abandonando su boca y buscando sus ojos para encontrarse con la cruda lujuria en ellos. Bajó la mirada entonces entre sus cuerpos y se lamió los labios ante la erótica imagen de su pene invadiendo ese dulce coñito. Se quedó extasiado ante la imagen de su sexo húmedo por su caliente crema, de los labios rojizos que lo acogían con un ruidito de succión. El suave vello brillaba con la humedad y se mezclaba con el propio creando el cuadro perfecto para esa escena erótica. Su hambre aumentó, las ganas de follarla con más fuerza se desataron y la montó a placer.

—Eres la cosa más caliente que he probado en mi vida —declaró alzando la mirada sobre su cuerpo, devorándola con la mirada hasta encontrarse con sus ojos. Ella estaba en éxtasis, arqueaba la espalda haciendo que sus pechos resaltasen y se muriese de ganas de mordisquear de nuevo esos pezones.

Su silencio era tan extraño como erótico, esos ojos decían mucho más que un puñado de palabras y lo enardecían como el mejor de los afrodisíacos. Le cogió las manos y se las estiró por encima de la cabeza, fijándola a la cama con su cuerpo mientras seguía follándola con profundos movimientos de cadera.

—Tan deliciosa y ardiente que creo que me quedaré contigo una temporada —declaró sin pensar en ello. Ella era mucho más que cualquiera de las otras mujeres que había conocido, tenía

algo que los conectaba de una manera que solo ellos comprendían—. Sí, te follaré siempre que quiera y tú, ricura, estarás más que dispuesta.

Gimió y echó la cabeza hacia atrás, sus músculos interiores le avisaban de que estaba cerca de la liberación lo que hizo que su propio orgasmo empezase a construirse con rapidez.

—Eres mía, Dani —pronunció su nombre. Ese simple gesto trajo una respuesta inmediata en ella, lo notó en todo su cuerpo, en la manera en que se tensaba, en la forma en que luchaba consigo misma para encontrar aquello que necesitaba—. Sí, toda mía para hacer lo que yo quiera.

Salió de su interior. Ella gritó indignada, su mirada se cubrió de dolor un segundo antes de convertirse en rabia, pero era una emoción fría, controlada y no llegó a puerto. La giró sin contemplaciones, dejándola a cuatro patas, le rodeó la cintura y la atrajo hacia atrás, separándole los muslos solo para volver a introducirse de nuevo en ella con fuerza y bombear en su interior como si no existiese el mañana.

Los jadeos femeninos se unieron a sus propios gruñidos, envolvió la mano en el largo pelo y tiró de él hacia atrás, como si fuese una improvisada rienda. Buscó su boca en esa extraña posición, ella no se opuso, por el contrario, sorbió su lengua, mordiéndole los labios al tiempo que empujaba sus caderas hacia atrás, buscando más, rogando por más.

—Pídemelo —se arrancó de sus labios, tiró con fuerza de su pelo y la miró a los ojos—, pídeme que te folle, que te dé más.

La lucha estaba en sus ojos, sus labios se apretaron, pero solo hasta que tiró de nuevo de su pelo haciéndola jadear.

—Pídeme que te monte, Dani o me detendré.

—¡No!

El grito angustiado que emergió de su garganta se reflejó en sus ojos. Miedo, impotencia, dolor, vergüenza, un sinfín de emociones que le escocieron de una forma que nunca pensó posible. Este no era él, no podía importarle menos lo que quisiera su compañera de cama mientras él obtuviese el placer que deseaba, pero con Dani…

Sacudió la cabeza y le miró los labios obligándose a concentrarse en sí mismo, en lo que quería.

—Dilo, Dani, di *«fóllame, Trey»*.

Sus labios se movieron con renuencia al principio hasta que surgieron las palabras.

—Fóllame Trey.

Sonrió y empujó muy lentamente en su interior.

—Otra vez —insistió.

—Fóllame… dios… hazlo.

Se rio entre dientes, bajó la boca sobre la de ella y la devoró.

—Así me gusta.

Aflojó su agarre solo para empujarla contra la cama, dejando que sus antebrazos sostuviesen todo su peso. Esa posición la dejaba expuesta, su culo levantado lo justo para que él disfrutase de aquella posición con un simple movimiento de cadera.

La penetró con golpes rápidos y profundos, dejó que el entrechocar de sus cuerpos se convirtiese en una rítmica melodía mientras disfrutaba de esa apretada vaina succionándolo, apretándolo, amenazando con arrebatarle el control y arrancarle el orgasmo. Se movió con intensidad, sonriendo con orgullo masculino cuando la notó convulsionar a su alrededor, ciñéndose a su sexo humedeciéndose todavía más cuando empezó a correrse con un agónico gritito.

Siguió bombeando en su interior, disfrutando de esa nueva presión hasta que su orgasmo

le reclamó. Empujó con fuerza, disfrutando de su propia liberación para dejarse caer sobre ella, cubriéndola con su cuerpo y relamiéndose ante lo que planeaba iba a ser una deliciosa velada.

Trey no estaba acostumbrado a prestar tantas atenciones, pero de alguna manera, esa pequeña polvorilla sexual tiraba de él en esa dirección o quizá fuese la parte de Garret de la que no podía librarse. Su alter ego, su otro yo, alguien que se había perdido en un momento del camino y le necesitó para seguir adelante y mantener la cordura. Donde él era fuerte, su otro yo era débil, lo que a él le encantaba, al otro lo asqueaba y eso hacía que fuese todavía más divertido dar rienda suelta a sus impulsos sexuales.

Siguieron con la diversión en el cuarto de baño, en la ducha, dejó que ella se hiciese cargo del aseo de ambos, haciendo hincapié en el suyo propio para finalmente coger el relevo y dedicarse a dar rienda suelta a su maliciosa y erótica imaginación.

Se arrodilló delante de ella, le separó las piernas y la instó a apoyar un pie sobre la repisa para tener mejor acceso a su zona de juegos privada.

—Sin duda esta va a convertirse en mi zona de juegos preferida —ronroneó—. Tendré que sacarle una foto para admirarla de forma adecuada.

—Ni se te ocurra —jadeó indignada. Después del primer asalto había encontrado de nuevo la voz, aunque no era muy comunicativa al respecto.

Se rio entre dientes y se inclinó sobre su sexo, sopló sobre la dulce y caliente carne antes de deslizar la lengua por sus pliegues.

—¿Me replicas? —se rio—. Eso se merece un castigo.

—Trey…

Ignoró sus balbuceos y la succionó con fuerza un par de veces, oyéndola gemir para luego dejarla de nuevo.

—No te muevas —la aleccionó y se levantó para coger la alcachofa de la ducha.

—¿Qué…? ¿Qué vas a hacer?

Esa mirada velada por el deseo, los labios hinchados de sus besos, los pezones todavía duros. Sucumbió a su propio deseo y se cernió sobre uno de sus senos, chupó y mordió a placer una de las tiernas cúspides mientras la regaba con el agua.

—Ábrete —la instruyó y, para que no quedara ninguna duda de su orden añadió—. Separa los labios con los dedos.

Sintió su sobresalto, pero también su excitación. Vio como tragaba con nerviosismo, como temblaba mientras deslizaba la mano entre sus muslos y extendía los labios de su sexo, exponiendo el aumentado clítoris.

—Las dos manos, ricura, te quiero bien abierta.

Un nuevo estremecimiento, un jadeo ahogado y el rubor cubrió todo su cuerpo antes de obedecer sus órdenes.

—Buena chica.

Trey bajó entonces el chorro de la ducha y lo dirigió hacia su sexo, los inmediatos gemidos y jadeos de ella se hicieron eco en el pequeño habitáculo mientras ella se excitaba con aquel pequeño tormento.

—Ni se te ocurra cerrar las piernas o cambiar de posición.

Sostuvo la ducha en el lugar oyéndola maldecir y volvió a tomar posesión de esos duros y apetitosos pezones. Se amamantó de sus pechos mientras ella gemía y se retorcía, haciendo lo

imposible por mantener la misma posición, pero cediendo al final al tormento y empujando las caderas hacia delante para obtener más de aquella estimulación.

—Sí, así es como te quiero —ronroneó—, caliente y desquiciada. Rogando por más.

—Dios, sí… por favor…

Ella era caliente, malditamente caliente e insaciable y eso le encantaba, permitía que su lado pervertido saliese a la luz y disfrutaba de ello.

Abandonó sus pechos y empezó a mordisquearle la piel del vientre y la tripa, sus dedos decidieron entrar entonces en acción y se sumaron al chorro de agua, penetrándola en profundidad. Le arrancó un agónico jadeo y varios insultos entre infinitos jadeos. Se meció contra él, buscando ahondar aquella penetración y encontrar la liberación, pero él se la negó. La quería todavía más excitada, enloquecida de deseo y necesidad.

—Quiero más de ti, quiero que me des todo —declaró resbalando los dedos de su interior y deslizarlos hacia atrás, acariciándole el fruncido botón de su trasero—. Sí, te quiero también por aquí.

La notó respingar, pero pronto la sorpresa dio paso a la excitación y la escuchó gemir cuando deslizó la yema del dedo dentro de ella. Poco a poco introdujo un poco más, penetrándola con la falange hasta el nudillo, saliendo solo para volver a entrar.

—Ya veo que a ti también te gusta la idea.

Ella no respondió, pero no eran necesarias las palabras al sentir como se empujaba contra él, buscando más de esa prohibida pasión.

Empujó la alcachofa de la ducha más cerca para que incidiese directamente en su centro y la penetró de nuevo por atrás, lubricándola, incitándola y volviéndola loca.

—Trey —jadeó su nombre, enloquecida de placer, montando su dedo, intentando huir del agua solo para buscarla a continuación.

—¿Qué deseas, dulzura? —le susurró al oído—. ¿Quieres esto? ¿Quieres más? —retiró el dedo y unió un segundo para volver a penetrarla de nuevo.

—Oh dios.

—Sí, ya veo que te gusta —siguió martirizándola, encendiéndola mientras su propio sexo palpitaba ya por más—, ¿y sabes qué, nena? A mí me encanta dar por culo.

Dicho esto, volvió a colocar la ducha en su lugar, la giró de cara a la pared y la instó a levantar de nuevo la pierna, colocando el pie en el altillo para penetrar ahora su dulce y caliente sexo con los dedos.

—Y voy a hacerlo, Dani, voy a follarte por aquí —le apretó una nalga—, y vas a gritar, te vas a correr como nunca. Lo harás, ¿verdad, nena?

No le permitió responder, tampoco es que le importase su respuesta, quería follársela, quería joder ese pequeño culito que tan bien se había sentido alrededor de sus dedos.

—Respira profundamente, cariño —le sugirió con gesto divertido y malicioso antes de separarle las nalgas y lubricar su agujerito con sus propios jugos—, esto va a ser muy divertido.

—Oh, joder…

Se quedó sin aire, tembló pero no se retiró cuando introdujo la cabeza de su pene y empezó a penetrar su apretado agujero.

—Empuja hacia mí —ronroneó en su oído, clavándole los dedos en el trasero—. Oh, sí, bebé, justo así…

—Dios mío…

Se rio entre dientes y siguió empujando en su estrecho canal, jadeando al mismo tiempo al sentirse tan comprimido.

—Dios, eres fantástica, nena.

Deslizó una mano sobre su cadera y la rodeó para buscar entre sus piernas su sexo y su abultado clítoris.

—Juguemos, pequeña Dani, juguemos.

Se alojó por completo en su culo, podía sentir como los desacostumbrados músculos lo oprimían arrebatándole el aliento.

—Trey, oh dios, Trey.

Sus gemidos lo excitaban, la manera en que lo apretaba lo excitaba sobre manera.

—Sujétate, nena —le susurró al oído—, este rodeo va a ser movido.

Se retiró lentamente, trozo a trozo para luego volver a penetrarla con suavidad. Sus gemidos de placer lo enardecían y lo animaban a ir a por más, a darle más. Empujó de nuevo y volvió a salir, la montó mientras jugaba con su clítoris y penetraba con un dedo su caliente y chorreante sexo.

—Me aprietas como una jodida presa.

Y estaba en éxtasis por ello. Le gustaba la sensación que envolvía a su polla y amenazaba con arrebatarle el control. Jadeó y aferró su cadera para facilitarse el movimiento, la folló como un loco, gimiendo, gruñendo y haciéndola gritar a ella en el proceso.

Dani estaba perdida en aquella vorágine de placer, su cuerpo ya no le pertenecía, todo en lo que podía pensar era en su propia hambre, en la necesidad que la consumía y en lo delicioso que era el dolor que le atravesaba el trasero. No era la primera vez que tenía sexo anal, siempre había sido una mujer curiosa, dispuesta a experimentar y después, bueno, después todo lo que fuese sexo y apaciguase ese dolor interior había sido bienvenido. Pero esto era distinto, de alguna manera, ese hombre era tan avaricioso y estaba tan hambriento como ella misma, emparejaba sus necesidades y las convertía en suyas volviéndola loca.

No podía pensar, apenas sí podía hacer otra cosa que jadear de placer ante la sensación del grueso y largo pene atravesándola de ese modo, de sus dedos incursionando en su dolorido y hambriento sexo. Apenas conseguía respirar, la sensación era tan intensa que amenazaba con desmayarla.

Le dolían los pezones, el agua de la ducha que ahora caía sobre ella era como un millar de diminutas agujas sobre su piel y la volvía loca. Giró la cabeza en busca de su boca, quería esa lengua hundiéndose con la misma fuerza que su polla, quería que sus besos ahogaran sus gemidos y él no la defraudó.

—Trey —jadeó su nombre, lloriqueó y rogó porque ese nuevo orgasmo la saciase por completo, que se llevase durante unos momentos la loca necesidad que habitaba en su interior.

Él empezó a moverse entonces más rápido, abandonó su sexo para aferrarla por las caderas y taladrarle el culo con fuerza. Se clavó en su trasero, llenándola con fuertes golpes de su pene, dejando que el agua se vertiese sobre ellos antes de sisear y retirarse para terminar corriéndose sobre sus nalgas al mismo tiempo que la penetraba de nuevo con los dedos, le pellizcaba el clítoris y la lanzaba a un demoledor orgasmo con el que terminó gritando su nombre.

Sí, esa era una mujer que iba a conservar.

CAPÍTULO 7

Garret no podía dejar de mirar a la desnuda desconocida que dormía en la cama. No tenía la menor idea de quién diablos era esa mujer, no la había visto en su vida y, sin embargo, estaba claro que, de forma indirecta, se había acostado con ella.

¡Maldito hijo de puta! ¡Iba a matar a Trey!

Miró a su alrededor e hizo una mueca ante el fuerte aroma almizclado del sexo, se levantó y no pudo evitar protestar ante el acostumbrado dolor de sus músculos después de una sesión de sexo maratoniana. Se dirigió a la ventana y la abrió. Necesitaba un poco de aire.

¿Qué hora era? ¿Qué día era? Estaba en su propio piso, en el edificio de la compañía y, a juzgar por la pérdida de luz que atravesaba la ventana, debía estar atardeciendo.

Se pasó las manos por el pelo con gesto frustrado. Se sentía utilizado y peor aún, sentía que ella había sido también utilizada.

Pero ¿quién demonios era y qué hacía aquí? ¿Cómo había subido? ¿Quién demonios la dejó entrar?

Piensa, piensa, piensa.

Eso era siempre la peor parte, la laguna que precedía a la llegada de Trey, los lapsus de tiempo perdidos en los que no sabía que había hecho, que había dicho.

Dejó la habitación sintiéndose asqueado conmigo mismo, buscó el reloj y lo encontró con la ropa que esa misma mañana había dispuesto antes de… meterse en la ducha.

Sí, recordaba haberse duchado y entonces… Trey se había hecho con el control. Había estado tan preocupado pensando en el día que le esperaba por delante, en la tarea de encontrar una nueva secretaria que…

—¡Mierda! —Miró de nuevo el reloj. Las entrevistas estaban previstas para las diez y ya eran las siete de la tarde.

Se metió en la ducha del final del pasillo, no se atrevía a entrar de nuevo en el dormitorio dónde ella seguía durmiendo. Había visto su ropa esparcida desde el salón hasta la habitación y, a excepción de la lencería, era conservadora.

—Por favor, no dejes que ese cabrón se haya tirado a la nueva secretaria.

Se lavó rápidamente, se vistió y volvió al salón para recuperar las llaves y bajar en el ascensor hasta la oficina. La luz intermitente del teléfono le llamó la atención, tenía un mensaje de video.

—Cabrón hijo de puta.

No necesitaba saber quién lo había dejado, esos mensajes eran suyos… de su otra personalidad.

Inhaló y le dio al *play*. Su dormitorio apareció en la pantalla, la imagen moviéndose hacia la derecha hasta enfocar de nuevo a esa mujer y entonces, tras un nuevo giro se vio a sí mismo, sentándose a los pies de la cama, posando la mano sobre la cadera femenina y sonriendo con maldad.

—Ey, Garret, si estás viendo esto es que ya te has despertado. —Su misma voz, su misma cara, su mismo cuerpo y al mismo tiempo una expresión que no encajaba con la suya—. Bien, pues déjame hacer las presentaciones. Esta cosita voluptuosa y caliente es Dani. Es tu nueva secretaria. No he podido evitar hincarle el diente cuando subió en el ascensor. Deberías darle las

gracias al gilipollas que la dejó subir. Si todavía está en la cama, únete a ella y pásalo bien, te pondrá los ojos del revés y te hará suplicar. Oh, sí, si hay una palabra que defina bien a esta cosita es sexo. Ni se te ocurra echarla, ¿me oyes? No todos los días se encuentra una cosita tan apetitosa y dispuesta. Por cierto, interesante anuncio el que habéis elaborado para encontrar secretaria, pero se te olvidó mencionarle las particularidades de cada uno de sus nuevos jefes. Te alegrará saber que la he puesto al corriente… de lo nuestro.

Con aquella última declaración, retiró la sábana que cubría a la mujer y le dedicó un buen plano antes de terminar la grabación.

—Maldito hijo de la gran puta.

Apretó el móvil con tanta fuerza que temió romperlo, así que terminó lanzándolo contra el sofá.

Ese cabrón lo había hecho de nuevo, lo había metido en un lío del que nada sabía y que ahora le tocaba arreglar.

Su secretaria. Había dicho que esa mujer… Dani… era su maldita secretaria.

Sacudió la cabeza, se mesó el pelo y empezó a pasearse de un lado a otro con gesto desesperado. No, no podía estar pasándole esto. Trey no debería haber salido, no tenía motivos para ello y sin embargo, el hijo de puta se había adueñado de nuevo de su cuerpo, de su cara y de su vida y lo había jodido otra vez.

«Ni se te ocurra echarla, ¿me oyes?»

No podía dejar de replicar en su cabeza el video. El interés que había escuchado en su propia voz era genuino. Esa mujer le gustaba y eso lo hacía si cabía incluso más extraño. Trey nunca se encaprichaba con nada y menos con una hembra. Las usaba. Las follaba y luego las sacaba de su sistema, pero ahora le había dejado esa en su cama, la única que no debía estar allí si lo que decía era cierto.

Echó un último vistazo hacia el pasillo que llevaba al dormitorio y continuó hacia el ascensor solo para encontrarlo bloqueado desde ahí.

—Si no muriese yo al mismo tiempo, te mataría, cabrón.

Trey lo había bloqueado. Había impedido que alguien pudiese acceder directamente desde la oficina y, no tenía que ser un genio para suponer que habría hecho lo mismo con la puerta.

Desbloqueó el ascensor y esperó a que se abriesen las puertas para entrar y bajar a la oficina. Miedo le daba lo que iba a encontrarse allí.

—¡Al fin! —lo interceptó Nolan nada más salir del ascensor—. Dime que la chica está bien.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Quién le dejó subir?

—Nadie. Se coló.

—¿Cómo que se coló?

Su compañero señaló el ascensor.

—Acababa de bajar de tu piso para avisarte que iban a empezar las entrevistas —le recordó—. Y cuando llegué aquí, tropecé con ella. Antes de que pudiese saber qué estaba pasando se había metido en el ascensor y las puertas se cerraban.

—¿Sin llave?

Hizo una mueca. Estaba claro que había metido la pata y se sentía culpable por ello. Bien,

más le valía estarlo.

—Lo dejé programado para subir —resopló—. ¿Ella está bien?

¿Que si estaba bien?

—Todo lo bien que puede estar mi nueva secretaria después de encontrarse con Trey.

Su amigo parpadeó confundido.

—¿Cómo que tu nueva secretaria?

—No lo sé, dímelo tú —le soltó irritado—. Todo lo que sé es que el cabronazo de *Mr. Hyde* dice que es la nueva secretaria y le ha gustado lo suficiente como para hablarle del gemelo bueno y el gemelo malo.

Nolan dejó escapar un largo silbido.

—Dime que es una broma.

—Me gustaría poder hacerlo, pero conociendo a ese cabrón y su sentido del humor, no me sorprendería que en efecto lo haya hecho.

—Joder —masculló, se pasó la mano por el pelo y lo miró de nuevo—. ¿Y ella?

Señaló el techo.

—La he dejado en el dormitorio.

—¿Está…?

—En pelotas, apesta a sexo y sí, está dormida. Al menos, lo estaba cuando salí por la puerta —soltó de carrerilla—. No tengo la menor idea de quién es. No la recuerdo en absoluto y ni siquiera sé su nombre.

Mentira. Trey le había dicho que se llamaba Dani.

—Venía a la entrevista —comentó Nolan—. ¿Qué otra cosa, sino, la traería aquí?

—No lo sé —se encogió de hombros—, pero va a tocarme descubrirlo.

—Eso parece —aceptó con un resoplido—. ¿Crees que ella dará la talla para el puesto? ¿La has entrevistado?

Lo miró con cara de pocos amigos.

—¿A ti que te parece? —resopló y se pasó la mano por el pelo—. ¿Habéis seleccionado a alguien más?

Asintió.

—Después de entrevistar a todas las candidatas, a excepción de la tuya, hemos seleccionado a dos.

Suspiró y se pasó las manos por el pelo.

—En ese caso supongo que me tocará entrevistar a la tercera.

—Asegúrate, antes de nada, que firme el acuerdo de confidencialidad —sugirió—. Especialmente, dadas las… circunstancias.

—No me jodas, Nolan.

—¿Prefieres que la entreviste yo?

Negó con la cabeza.

—Trey la metió en esto, así que me corresponde a mí ver cómo diablos lo resuelvo —resopló enfurruñado—. ¿Sabemos al menos de parte de quién viene? ¿Quién la recomendó?

—Cuando sea su nombre completo, puedo averiguarlo.

Asintió de nuevo. Tendría que obtener toda la información que pudiese de esa mujer.

—Si al final nos quedamos con ella, la investigaré a fondo.

Lo miró con gesto irónico.

—Tú lo has dicho, si nos la quedamos.

El grandullón suspiró y le dijo lo único que podía en esos momentos.

—Suerte.
Sí, sin duda iba era algo que iba a necesitar.

CAPÍTULO 8

Danielle se despertó de golpe. Miró a su alrededor y empezó a hiperventilar. Estaba desnuda en una cama extraña, olía a sexo y dios, se sentía tan usada y pegajosa que empezó a sentir náuseas.

Se tapó la boca, saltó al suelo y giró sobre sí misma en búsqueda del baño. Poco a poco los recuerdos de la velada pasada empezaron a despertar su mente y con ella llegó el dolor de estómago y los remordimientos.

Vació el contenido de su estómago en el WC y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir.

¿Qué diablos había hecho? ¡Se había acostado con un completo desconocido! Se le había lanzado encima como una gata caliente y… ¡Mierda! Había sido el mejor sexo de su vida, suficiente como para noqueara.

Nunca se había sentido así de saciada, pero eso no evitaba que se sintiese tan sucia como antaño.

Miró la puerta y empezó a temblar. ¿Estaría todavía allí? Se mordió el labio inferior y corrió a echar el pestillo. Necesitaba salir de allí, pero antes, necesitaba sentirse limpia.

Una ducha rápida y lavarse el pelo hizo que se sintiese mucho mejor, pero lo que no pudo alejar de su mente eran los recuerdos de ese hombre y su inventiva. Respiró profundamente y se envolvió en el albornoz masculino. No pudo evitar excitarse ante su aroma lo que hacía que le preocupase mucho lo que pasaría cuando lo viese.

Se lamió los labios y abrió la puerta, asomó la cabeza y suspiró aliviada al ver que seguía sola. Si bien el dormitorio estaba vacío, podía escuchar música desde dónde estaba el salón.

—De acuerdo, Dani, tú puedes.

Miró a su alrededor y casi grita al ver su ropa doblada sobre una silla. Incluso sus gafas estaban allí.

Se lamió los labios y voló a vestirse. Necesitaba volver a tener algo más que un albornoz cuando se enfrentase con él.

El concierto para violín la recibió al entrar en el salón. El sonido procedía del equipo de música que había en el mueble de la televisión.

Él estaba sentado de espaldas a ella y el impacto que sufrió al verlo vestido fue tan potente como cuando estaba en cueros. Ajeno a su presencia, se tomó unos instantes para contemplarle. Había una serenidad en el hombre que no había visto antes, su mirada estaba fija en los papeles que ojeaba y el bolígrafo que agitaba entre dos dedos le daban un aspecto más serio, más profesional.

Un momento, ¿esos papeles? ¡Eran los documentos que había traído preparados para la entrevista!

—Eso es mío.

Las palabras abandonaron sus labios antes de poder contenerlas y lo alertaron de su presencia. Se giró en el asiento y esa conocida mirada azul volvió a quitarle el aliento. Ahora llevaba el pelo atado en una coleta, camisa negra y vaqueros lo que le otorgaba un aspecto muy cercano y accesible.

—Lo sé —respondió, dejó los papeles a un lado y se levantó—. Solo me estaba poniendo al día sobre tus… credenciales.

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—Ya te dije que no me presenté a la entrevista —le recordó, dios, ¿tenía que estar tan bueno incluso vestido?—. Y a estas horas, ya tendréis a alguien en mente.

—Sí, la tenemos —replicó mirándola de forma extraña—. Y tú encabezas esa lista.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¿Me dirás ahora dónde está la puerta?

Se la quedó mirando, lo hacía de una manera tan intensa que la ponía nerviosa.

—En tu informe médico pone que estás en tratamiento psiquiátrico.

Frunció el ceño ante una pregunta que ya había escuchado antes.

—Tomo medicación para controlar mi… enfermedad.

Enarcó una ceja.

—¿Esquizofrenia?

Abrió mucho los ojos y sacudió la cabeza. ¿Por qué la estaba interrogando de nuevo sobre algo de lo que ya habían hablado?

—Ya te dije que no se trata de nada de eso —hizo un mohín—. No tengo problemas psicológicos. Estoy todo lo cuerda que puede estar una mujer en mi actual situación.

—¿Tienes alguna adicción?

Entrecerró los ojos. ¿Qué demonios era aquello? ¿El tercer grado?

—Ninguna adicción química.

Ladeó la cabeza.

—¿Por qué me da la sensación de que evades mis preguntas?

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—¿Porque me preguntas cosas que ya sabes?

Apretó la mandíbula, pudo notarlo en la forma en que le palpitó una vena en el mentón.

—Ya has firmado el acuerdo de confidencialidad —no era una pregunta, sino una confirmación.

Siguió su mirada hasta dónde reposaban los papeles y luego volvió a él.

—Hice lo que me pediste —repuso un poco irritada—. Sé que no puedo divulgar nada de lo que pasa o ha pasado aquí. Por otro lado, no estoy tan loca como para hacerlo.

La recorrió con la mirada y sintió la necesidad de ponerse firme.

—¿De qué hablamos exactamente?

¿Le estaba tomando el pelo? Él… Espera, ¿de verdad no lo recordaba? Lo miró bien y recordó parte de la conversación que había mantenido entre polvo y polvo con Trey.

«Tengo lo que comúnmente se conoce como desdoblamiento de personalidad. En esta encarnación, soy Trey. En la otra, un aburrido violinista llamado Garret Davis».

Sabía lo que era, lo había visto en una de sus compañeras de terapia en grupo. Al principio había pensado que les estaban tomando el pelo, que eran gemelas y que se intercambiaban, pero eso dejó de ser una posibilidad cuando presenció una pelea de la mujer consigo misma, hablando como si fuese dos personas distintas.

—Eres…

—Garret Davis —se presentó—, y tú, Danielle Narow.

Se sintió incluso más avergonzada que antes, se llevó la mano al estómago y contuvo la respiración.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza.

—Creo que necesito vomitar.

Le señaló una puerta y corrió hacia ella, encontrándose con un nuevo aseo. Se precipitó sobre el WC y vomitó por segunda vez ese día.

—¿Necesitas alguna cosa?

Que borrase ese maldito día de su vida.

—No —negó limpiándose la boca.

—¿Seguro que estás bien?

Asintió, ¿qué podía decir? Ni siquiera debería haber ido allí, a ese lugar. Mierda, mierda, mierda.

Ambos guardaron silencio durante un rato, entonces empezó a hablar.

—Necesito saber si tomas drogas.

Lo fulminó con la mirada.

—No —fue cortante—. Estoy limpia.

No se inmutó ante su tono.

—¿Alguna adicción grave?

¿Se considera grave la adicción al sexo?

—Solo tomo las pastillas que me ha recetado mi terapeuta —declaró mirándolo—. No soy contagiosa ni tengo brotes psicóticos.

La miró de soslayo y siguió tomando apuntes o marcando cosas en los papeles.

—¿Qué tal se te da la ofimática?

¿Qué demonios era eso? ¿Una entrevista?

—La domino —replicó sin saber si mandarle a la mierda o seguirle la corriente.

—¿Idiomas?

Lo miró.

—¿Además de lo obvio?

Para su sorpresa él pareció incómodo con su respuesta, pero no se cortó y siguió con su propio plan.

—El horario es el de oficina. De lunes a viernes. Los socios rotamos cada día en la compañía, ya que tenemos ocupaciones aparte de la empresa —comenzó a enumerarle—. Los fines de semana suelen ser rotativos.

Se miraron y él prosiguió.

—Busco… buscamos alguien que se encargase del papeleo, del teléfono y de las agendas de la compañía y, en mi caso, de la personal.

—¿Cómo de personal?

—Soy violinista —le informó—. Suelo viajar bastante y dar conciertos. Necesito alguien que me asista durante los viajes y las giras.

Y eso era sin duda trabajo a tiempo completo.

—Ya has conocido a Trey —le soltó entonces—, y conoces sus necesidades.

Tragó y se ruborizó.

—Yo no…

Levantó la mano, deteniéndola.

—¿Estarías disponible para… él?

Aquello la sorprendió.

—¿Perdona?

—Sexo, Danielle, algo que ya has probado con… él —sus palabras sonaron un poco acusadoras—. Necesito saber si puedes encargarte de ello… en caso de darse… el momento.

Parpadeó intentando que no se le cayese la mandíbula al suelo.

—¿Me estás preguntando si me acostaría de nuevo contigo?

—Con él.

Y esa era toda una declaración de intenciones que su cuerpo aplaudía por repetir mientras que su cerebro gritaba que no. Ni loca.

—Has dicho que sois… cinco socios.

Necesitaba juntar toda la información.

—Así es.

Entrecerró los ojos sobre él.

—¿Todos ofrecerán lo mismo que tú?

Sonrió de soslayo y en esa sonrisa vio al hombre con el que había pasado las últimas horas entre las sábanas.

—El hecho de que estés aquí, que este anuncio haya llegado a tus manos, obedece a algo muy concreto y exclusivo —la informó—. Si solo necesitase una secretaria recurriría a una agencia de colocación.

—Lo preguntaré de otra forma, ¿necesitáis una secretaria o una puta?

La acusación fue abierta y él la recibió como tal.

—¿Qué sabes de la compañía *Crossroad*?

Optó por ignorar su previa pregunta y responderle con otra.

—No gran cosa, lo cual también me preocupa.

—Somos una compañía especializada en el bienestar personal —le dijo—. Nuestro cometido es ayudar a la gente a superar sus momentos bajos y ofrecerles una salida. Tenemos un trato personalizado, por lo que no aceptamos más de un cliente por socio y semana. Disponemos de asociaciones con clínicas, resorts y grupos de apoyo.

Y aquello encajaba con lo que había dejado caer Lena después de presionarla un poco.

—Nos tomamos nuestro cometido muy en serio —continuó—, así que si no estás dispuesta a colaborar, dímelo ahora y pasaré a la siguiente candidata.

No pudo evitar hacer un mohín ante su tono y la frialdad con la que exponía los hechos frente a la forma en la que se había comportado antes.

—Necesito una respuesta ya, tengo papeleo pendiente y un concierto el próximo fin de semana que…

Levantó la mano para frenar su diatriba e intercaló una pregunta.

—¿Qué pasó con la anterior secretaria?

La miró a los ojos.

—Se fue —declaró sin más—. No fue capaz de comprometerse.

Ladeó la cabeza y le sostuvo la mirada. Si le habían puesto las mismas condiciones que ahora le presentaba a ella, no le sorprendía lo más mínimo.

—Entonces, la oferta laboral incluye… ese inusual extra.

Dejó los papeles a un lado y optó por hablar de manera más directa y personal.

—Te mereces absoluta sinceridad al respecto, dado tu inusual… ingreso en la compañía.

Señaló las puertas de metal.

—La culpa fue del ascensor.

Él sonrió de soslayo.

—Sí o no, señorita Narrow.

Ahí estaba, la decisión final.

—No creo que pueda aceptar…

—¿Por qué?

La respuesta fue tan brusca que la sorprendió.

—Porque va en contra de mi… salud.

Su mirada se hizo más intensa.

—No dejaré que te niegues.

El cambio de actitud fue inmediato y, al mismo tiempo ni siquiera se movió.

—Y no lo harás, Dani, porque no quieres hacerlo. Quieres más.

La miró a los ojos y se estremeció, su cuerpo acusó esa mirada, ese profundo y directo tono de voz.

—Te incorporarás mañana a las ocho —le informó al tiempo que volvía sobre los papeles y extraía un par que no había visto—, y cada viernes que vengas a trabajar, lo harás sin bragas.

—¿Qué? Has perdido la cabeza por completo, yo no…

—Lo harás —la interrumpió—. Y se lo dirás al buenazo de Garret. Te inclinarás sobre él, le susurrarás al oído y le dirás que no llevas ropa interior —replicó cada uno de los pasos—. Se merece sufrir un poco por capullo.

No podía dejar de mirarle, se le aceleraba la respiración y se le humedecían las bragas.

—Sí, esa es la mirada que me gusta ver en tu rostro —sonrió de soslayo, levantó el papel y le tendió un bolígrafo—. Firma, Dani y te daré de nuevo lo que sé que deseas.

Le temblaba la mano, cogió el bolígrafo y, hizo lo más estúpido que podía hacer; firmó. Al volver a levantar la mirada se encontró de nuevo con sus ojos, su mirada era un poco ausente, pero se recompuso al instante.

Trastorno de identidad disociativo. Mierda, de verdad ese tío tenía doble personalidad y una era jodidamente intensa.

—Bien, creo que tu respuesta es clara —comentó mirando su firma y recuperando el bolígrafo.

No podía dejar de mirarle, esa dualidad era fascinante.

—Empezarás mañana —lo miró a los ojos—, ¿será posible?

Asintió casi por inercia.

—Sí, creo que puedo arreglármelas.

—Bien —aceptó y se movió—. Si me acompañas, te enseñaré cómo funciona el ascensor. Te daré un duplicado para cuando necesite que subas. Hoy es jueves, así que conocerás a Nolan, otro de los socios y, por ende, uno de tus nuevos jefes.

Dicho eso, la guio hasta la puerta y la abrió.

—Bienvenida oficialmente a la compañía *Crossroad*, Danielle.

Sí, sin duda había tenido una bienvenida por todo lo alto.

CAPÍTULO 9

—Así que ya tenemos secretaria, ¿crees que durará?

—Es posible —contestó Nolan recordando la presentación que Garret le había hecho la semana pasada—. Lo más difícil lo ha pasado y… sin presentarse a la entrevista.

Mich levantó la mirada de los papeles y enarcó una ceja.

—¿Cómo?

—Digamos que se me coló en el ascensor privado y terminó teniendo un *têt a têt* con Trey.

—¿Y salió entera?

—Sí. Y con el contrato de empleo firmado.

Silbó por lo bajo.

—Vaya, eso sí que son novedades.

—No te haces una idea.

—¿Y cómo es? ¿Estará a salvo de Brian?

—Es… una secretaria —se encogió de hombros—. Viste de manera conservadora, usa gafas, lleva el pelo recogido… Se comporta con moderada educación y profesionalidad. Lleva una semana y por ahora no he escuchado quejas al respecto.

Posó la carpeta que traía consigo sobre la mesa.

—Con todo, quiero sabes que hay más allá de la poca información que nos ha facilitado —expuso—. Su información personal es incompleta, en especial la parte médica. Garret la interrogó, pero ella se le fue por las ramas aludiendo que «eso» ya se lo había dicho… a Trey.

Cogió los papeles y los ojeó.

—¿Qué no ha quedado claro?

—Ha admitido que está bajo tratamiento psiquiátrico, pero no lo ha especificado.

Levantó la cabeza y lo miró.

—¿Depresión?

—Podría ser, pero no me dio esa sensación —negó y se frotó el mentón—. Es como si ocultase algo, un secreto que no quiere compartir.

—Y eso hace que queramos saber qué es lo que oculta.

Asintió.

—Esperaba que pudieses hacer tu magia y descubrir quién es su médico y qué esconde.

El abogado tenía entre sus habilidades, una interesante pasión por la informática y el hackeo. Toda una contradicción que un servidor de la ley la quebrantase en ocasiones con tanta alegría.

—¿Quién la recomendó? —preguntó volviendo a revisar los papeles.

—Lena York.

Conocía a la mujer personalmente. Había sido él quien se había encargado de su entrada en la *Crossroad* y de reconducir a esa perdida mujer por el camino correcto. Lena era una dama encantadora, había pasado por un bache bastante profundo, pero fue lo suficiente fuerte para superarlo y seguir adelante con su vida. El que hubiese recomendado a la nueva secretaria, solo podía indicar que creía que sería útil.

—¿Alguna cosa más a tener en cuenta?

Negó con la cabeza.

—Esta semana he tenido la oportunidad de trabajar con ella en la empresa y, es eficiente, aunque tiene una boquita que… uf —aceptó con cierta diversión—. Tiene sus propias ideas, de eso no me cabe la menor duda y sabe cómo exponerlas.

—Entonces, ¿la única duda que tenemos sobre ella y su puesto como nueva secretaria, es que tiene algún pequeño y sucio secreto que no quiere que se sepa?

Se encogió de hombros.

—Me intriga, eso es todo.

No creía que fuese peligrosa, si había sobrevivido a la presencia de Trey, tenía que ser una mujer con un par de ovarios enormes y la paciencia de una santa. Especialmente porque no le había arrancado la cabeza a Garret después y se tomó bastante bien el hecho de que tenga un TID.

—Quiero saber que oculta, solo por seguridad —insistió. Era algo que le había prometido a Garret, sobre todo después de la inusual contratación de la nueva secretaria.

—Pues pongámonos a la obra e investiguemos —canturreó el abogado, tecleó un par de comandos en el ordenador y empezó a buscar—. Veamos quién es realmente Danielle Narrow.

Dani ya se estaba arrepintiendo de haber aceptado el puesto de trabajo. ¿Cinco jefes? Apenas sí podía con uno.

La semana pasada había tenido la oportunidad de conocer a tres de ellos, si bien, con quién había trabajado de verdad había sido con Nolan Every. Curiosamente era la montaña con la que había chocado en el ascensor, un hombre educado y agradable en la medida de lo que había hablado con él, sin duda, todo lo contrario que Garret Davis con quién llevaba lidiando toda la mañana.

Los entresijos de la empresa todavía le resultaban extraños, apenas estaba empezando a familiarizarse con el papeleo y los recursos, pero todo encajaba a la perfección en la visión que le habían dado de la compañía. No sucedía así con su jefe de los viernes. Garret, como había pedido que le llamase, era un hombre de aspecto sosegado y modales directos, se mantenía en todo momento en esa eterna línea profesional que no podía evitar contrastar con lo otro que había visto de él. Parecía una persona distinta.

Lena había estado encantada con la noticia de que le hubiesen dado el trabajo. Por supuesto, ella ignoraba la verdadera forma en la que lo había adquirido y pensaba guardarlo en secreto eternamente.

Sacudió la cabeza y continuó clasificando papeles. Tenía que terminar con los pendientes y continuar con la agenda personal que le había dejado el capullo sobre la mesa desde el minuto uno.

Era violinista, y no un músico de segunda a jugar por lo que había estado investigando a través de la red. Tenía una sensibilidad y pasión a la hora de tocar que la dejó conmocionada y pegada a la pantalla del ordenador. No entendía gran cosa de música de cámara, pero si se le había erizado el vello ante una actuación grabada, no quería ni imaginarse lo que sería verlo en directo.

Ese mismo viernes tenía un concierto, un recital cuya recaudación iba destinada a un hospital para niños que investigaba sobre enfermedades raras. Esa era la vena solidaria que no le conocía, una que contrastaba de forma estrepitosa con el hombre con el que había compartido varias horas de cama. Pero entonces, ese hombre no era el mismo.

Trastorno de Identidad Disociativo, así se llamaba la enfermedad que padecía su nuevo jefe. Al llegar a casa había buscado información sobre ello y ahora estaba, si cabía, más confundida. Dos personalidades tan dispares en un único individuo. Si no lo hubiese presenciado por sí misma la semana anterior, habría pensado que no era más que una falacia destinada a tomarle el pelo.

No podía dejar de pensar en el episodio que presenció ese día. En un momento era Garret Davis, su actual jefe y en el espacio de un parpadeo, Trey había cogido el mando. Lo había notado al momento en el cambio de voz, en la intensidad de sus palabras y en la forma en la que se apropiaba de su voluntad, dominándola con su presencia solo para volver a encontrarse de nuevo con su primera personalidad, la real, como si nada.

Apretó los muslos. No le había obedecido, llevaba ropa interior y pensaba conservarla puesta todo el jodido día. Lo de esa tarde había sido una brecha en su resolución, un momento de debilidad que había sacado a la luz una parte de sí misma que necesitaba mantener a raya. No. No seguiría sus directrices y, sobre todo, no repetiría lo de ayer.

Sabía lo que había firmado y bajo qué condiciones, pero no podía darse el lujo de perderse otra vez de esa manera.

Continuó con la clasificación deteniéndose solo para atender el teléfono. Concertó citas para toda la semana, respondió a recados y pasó la mañana completando algunas tareas que habían quedado a medias por la deserción de la antigua secretaria.

—Danielle, necesito que se recojas mi traje en la tintorería y que encargues un par de cuerdas para violín en «Tribeca» —le informó saliendo de su despacho—. Diles que son para mí y que las necesito aquí antes de las dos.

Asintió y anotó los recados para ponerse a ello.

—Esta tarde tengo que estar en el auditorio a las siete, el concierto empieza a las ocho —continuó volviéndose ya para entrar de nuevo en su oficina—. Vestido de cóctel y zapatos de tacón, por favor. Procura estar lista a las seis. Sube en el ascensor, ya tienes la llave.

Se quedó con el bolígrafo en la mano y cara de póker.

—¿Perdón?

Él se detuvo y echó la cabeza hacia atrás, para mirarla.

—Concierto a las 8. Tú me acompañarás. De coctel.

Abrió la boca, pero no le dio paso a decir ni una sola palabra.

—Eres mi asistente, ¿recuerdas?

Sí, aquello era algo que le había dejado claro el primer día, un requisito que incluía otro tipo de acompañamiento con el que hoy no estaba tan conforme.

En realidad, acompañarlo a los eventos no le suponía ningún problema, puesto que ya lo había hecho antes y, en esta ocasión lo hacía además como su jefe, era la parte no convencional de dicho contrato laboral el que le suponía un camino directo al infierno.

—Si necesitas tiempo para prepararte, salir de compras o lo que sea, coge una hora más en la comida y hazlo —le soltó con esa seguridad que hacía que le rechinasen los dientes—. A las seis en punto te quiero esperando ya en mi salón.

Dicho eso volvió a desaparecer cerrando la puerta tras de sí sin darle oportunidad siquiera a protestar.

—Estupendo —resopló—, sencillamente, estupendo.

CAPÍTULO 10

Había momentos en los que no sabía si era él o era Trey el que hablaba por su boca a pesar de estar consciente de su propia personalidad. Llevaba toda la mañana intentando mantenerse distante, ver a esa mujer como su secretaria y no como la inesperada compañera de juegos de su alter ego. La empresa era de todo menos fácil, esa mujer lo encendía con su presencia y lo encendía a él, no a su otro yo. Su presencia y ese puntilloso atuendo de maestra de escuela le sacaban de quicio y había tenido que cerrar la puerta de la oficina por dentro para evitar sucumbir a una malsana tentación que podía traer consigo a su maldito alter ego.

—Nada de tirarse a la secretaria —se recordó. Tenía que grabárselo a fuego y mantener la polla dentro de los pantalones, al menos mientras que estuviese en la empresa.

«¿Y podrás hacerlo, santurrón? ¿Podrás negarte a degustar un aperitivo como ella?».

Se presionó las sienes y se impuso a su alter ego. Respiró profundamente y se tomó unos momentos para recomponerse. Necesitaba tener sus cinco sentidos el día de hoy, no podía permitirse perderse con el concierto a las puertas.

Rodeó su escritorio y ocupó su lugar, se obligó a concentrarse, a pensar en otras cosas y pareció tener éxito hasta que sonó el teléfono.

—Davis —respondió.

—Garret, soy Nolan —se presentó el contratista—. Estoy con Mich en su despacho y acabamos de hacer un… er… curioso descubrimiento sobre tu nueva secretaria.

Suspiró. Sabía que Nolan iba a investigarla, era algo común y dedicado a mantener la seguridad y el funcionamiento de la compañía.

—¿Tiene algún esqueleto en el armario del que debamos preocuparnos?

—No, nada de esqueletos —comentó—, aunque hay algunas cosas que sería bueno que tratásemos.

Frunció el ceño.

—Dime que no he empleado a una peligrosa loca.

—No, no hay nada de eso —aceptó—. Nuestra nueva secretaria está tan cuerda cómo podemos estarlo nosotros.

—¿Entonces?

—Al parecer oculta algunas cosas interesantes.

—¿Cuáles?

—Ha trabajado como *escort*, ha estado metida en las drogas aunque lleva limpia casi dos años y asiste de forma regular a charlas de terapia.

Él mejor que nadie sabía lo que era meter la pata y seguir el camino equivocado, si ahora estaba limpia y se mantenía así, además de hacer su trabajo como hasta ahora, no la echaría.

—¿Está tomando medicación para eso?

—Nop —añadió ahora Mich—. La medicación es para controlar otra adicción.

Frunció el ceño. Eso era de lo que se había negado a hablar, aludiendo a que ya se lo había dicho a Trey.

—¿Cuál?

—Bueno, eso es lo inusual —continuó Nolan—. Su enfermedad, er… adición no es… frecuente.

Resopló.

—Suéltalo ya.

—Sufre de hipersexualidad.

—¿Qué?

—Es una ninfómana —concluyó Mich—. Una adicta al sexo y lleva casi dos años en tratamiento.

El edificio era más grande de lo que había imaginado, el área de las oficinas era inmensa y cada uno de los socios tenía su propio despacho. Había recorrido el pasillo para dejar en cada oficina la correspondencia que había quedado por clasificar, estaba aclaro que la anterior secretaria se había marchado en medio del trabajo sin tener ninguna otra cosa mejor que hacer.

Ya solo le quedaban un par de sobres para su jefe de hoy. Garret se había encerrado en su oficina tras darle las instrucciones pertinentes para la tarea del día y no había vuelto a abandonar su oficina. Ni siquiera estaba segura de sí habría salido a comer.

Miró su mesa y chasqueó la lengua, había terminado de organizar todo el papeleo, tramitando algunos pedidos, liquidando cuentas e incluso se había dejado los ojos intentando organizar su agenda para todo el mes.

Recogió el material y llamó a la puerta para devolvérselo.

—Adelante.

Empujó y entró. Su jefe estaba apoyado en el escritorio, ojeando una revista que no llegó a apreciar antes de que la mirase y sonriese.

—Ah, Dani, ¿qué me traes?

Dani. El diminutivo de su nombre y el tono distendido en el que lo pronunció le evocó un escalofrío.

—La agenda con todas las citas que tienes pendiente para este mes.

Extendió la mano esperando a que ella avanzase y le entregase el material.

—Sabía que serías una secretaria muy eficiente.

Echó un fugaz vistazo a la puerta y luego a él. Se lamió los labios y avanzó.

Cogió la agenda y la ojeó. Dejó el apoyo y empezó a moverse por la oficina, rondándola.

—Um… dos conciertos para este mes, pero se ha desentendido de las clases del conservatorio —chasqueó la lengua—. Bueno, al menos podré divertirme en las fiestas.

Oyó como se cerraba la puerta y no pudo evitar dar un respingo. Se giró hacia él y vio como cerraba la agenda para luego recorrerla con la mirada. Su forma de acecharla, la manera en que dejaba caer los párpados, ese brillo en sus ojos… su sexo palpitó de interés.

—¿Has venido sin bragas tal y cómo te indiqué? —preguntó caminando hacia ella—. ¿Le has susurrado al oído a Garret que estabas desnuda debajo de la falda?

Tragó, fue incapaz de hacer otra cosa, él la hipnotizaba, la manera en que la miraba la calentaba y la hacía salivar.

—Tienes cara de culpable —le dijo rodeándola sin llegar a tocarla—. ¿Me has desobedecido?

Tragó.

—No era una petición razonable.

La miró a los ojos, levantó la mano y deslizó el dedo sobre su mejilla.

—Oh, es que no era una petición, Dani, era una orden.

Se sintió empujada, trastabilló y terminó contra el escritorio, sin aliento y con el

impresionante cuerpo masculino contra ella. Notó su erección restregándose contra su culo, dura, firme y sus pechos se hincharon en respuesta al deseo, los pezones se le endurecieron al momento.

—Cuando digo que te quiero sin bragas —declaró subiendo las manos por debajo de la falda—, es sin bragas.

Enganchó la breve tela y empezó a tirar de ella hacia abajo dejando su sexo expuesto, al aire y desnuda, tan caliente que no podía evitar sentir como se derretía y humedecía.

—Sin nada entre tu sexo y mis manos.

La acarició haciéndola jadear.

—Trey… no…

—Voy a follarte —le mordió la oreja—, y cuando lo haga dejaré que sigas con tu aburrido trabajo sin bragas.

CAPÍTULO 11

No podía librarse de él, después de ese primer encuentro no había podido quitárselo de la cabeza o peor aún, de su cuerpo. Su hambre despertó con la misma intensidad que veía en sus ojos, no protestó cuando le sujetó la barbilla con los dedos y le acarició los labios, penetrándola con la lengua y haciéndola gemir.

Jugó con su lengua, le devolvió los besos y se aferró a él como si aquello estuviese bien, como si el entregarse a ese hombre en una oficina en la que pudiese entrar cualquiera fuese lo correcto. Se apretó contra su pecho, presionando los senos y notando las puntas de sus pezones ya endurecidas bajo el sujetador y la blusa. La dura erección que contenían sus pantalones se rozaba contra su vientre mientras le apretaba las nalgas y la empujaba contra él haciéndola partícipe de su propia excitación.

—No… no eres bueno para mí…

Él se rio.

—No pretendo serlo, ricura —le aseguró rotundo—, solo pretendo meterme entre tus piernas y follarte. Me muevo por impulsos, unos que tú compartes.

Dejó caer la cabeza hacia atrás cuando abandonó sus labios y empezó a bajar por su cuello, lamiéndole la piel.

—No es verdad.

Su respuesta fue morderla, allí, justo en ese punto que la derretía y la convertía en gelatina. La lamió, chupó y acarició hasta que terminó lloriqueando de ardiente necesidad.

—Deja de protestar y disfruta —le dijo, aferrando sus caderas y empujando su erección contra ella en una imitación de lo que quería hacerle.

Volvió a besarla, un beso profundo, rápido que precedió a otro más erótico en una región inferior. De rodillas ante ella le levantó la falda y empezó a besar su estómago, su pubis para finalmente encontrar su sexo.

—Llegas justo a tiempo para el almuerzo —le guiñó el ojo—. Te sugeriría que, si vas a ponerte a gritar, te cubras la boca… a menos que te excite tener audiencia.

Le acarició el tobillo y lo rodeó con los dedos, levantándole la pierna y echándosela sobre el hombro. De no tener detrás la mesa del escritorio, se habría caído.

—Trey no…

Su cálido aliento contra su húmedo sexo acalló toda protesta. Bajó la cabeza y presionó la boca contra sus pliegues, mordiéndola, lamiéndola, entrando en ella para luego trasladarse un poco más arriba y acariciarle el clítoris, succionando el pequeño y duro brote con glotonería.

Tuvo que llevarse la mano a la boca para ahogar sus propios gemidos, apoyó el culo contra la mesa y se arqueó, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras ese hombre se daba un festín entre sus piernas. Pero era incapaz de dejar de mirar, quería verle allí, probándola, comiéndosela, viendo ahora como empujaba dos dedos en su apretada funda y bombeaba en su interior. Su húmedo y cremoso sexo lo apretaba con fuerza, succionaba sus dedos mientras los movía y atormentaba su clítoris conduciéndola al primer orgasmo que ya empezaba a asomar.

—Eres deliciosa —le escuchó murmurar contra su sexo—, tu sabor es adictivo. Tanto que no creo que me cansaré nunca de beber de ti.

Sus palabras la dejaron floja, excitándola aún más. Tuvo que luchar con sus propios gemidos ahogados tras una inestable mano, ese hombre la estaba volviendo loca, no sabía qué poder poseía, pero era capaz de tenerla desnuda y de rodillas con solo chasquear los dedos.

—Trey —gimió a través de su mano.

La lamió de nuevo, empujó la lengua dentro de ella y le acarició el clítoris.

—Córrete, quiero beberte entera.

Era una orden, un mandato que su cuerpo decidió acatar al instante. Tembló, estremeciéndose bajo esa lengua que no dejaba de atormentarla, lamiéndola, recogiendo sus jugos y disfrutando de ellos, fue incapaz de contener el impulso de sus caderas montando esos dedos que bombeaban en su interior volviéndola loca. Sucumbió, se dejó ir y apretó los labios intentando contener el grito que traía consigo el orgasmo.

—Um… todavía tengo hambre —gruñó él arrancándose de entre sus piernas para tomar ahora su boca. Se probó en sus labios, en su lengua y gimió ante la cadenciosa oscuridad del gesto. Sí, ella también quería más, necesitaba más, si la dejaba así enloquecería.

—Más, por favor… más —rogó, odiándose a sí misma por ser tan débil.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, una que fue bebida al momento por ese insaciable hombre que la devoraba con la mirada.

—¿Más, nena?

Asintió, sus ojos encontrándose con los suyos llenos de vergüenza, culpabilidad.

—Dani, Dani, Dani —canturreó su nombre, le ahuecó la cara y la besó en los labios—. Lo que tú quieres, es lo que yo deseo. No te avergüences de darme lo que quiero. Esto… —la acarició entre las piernas haciéndola respingar—, esto es lo que deseo, lo que quiero de ti. Me haces sentir fuerte, poderoso y más yo mismo que nunca. Nunca me lo niegues, nunca te avergüences de ello, nena, yo no lo hago.

La besó de nuevo, empujó la lengua en su boca y le devoró los labios. La chupó, la lamió y se dio un festín con su sabor, apretando su cuerpo, moldeándolo con las manos, mostrándole en hechos lo que decían sus palabras.

Se apretó contra él, le rodeó con los brazos y se restregó contra su cuerpo, movió sus piernas para enlazarlas alrededor de la cintura. Podía sentir su sexo cubierto por la tela del pantalón empapándose ahora por los jugos de su desnudo coño. El roce era excitante, enloquecedor y hacía que le quisiese en su interior, follándola allí, sobre la mesa, dónde cualquier podría encontrarles.

—Quiero más —susurró en voz baja, buscó sus ojos y se lamió los labios—. Te quiero dentro. Por favor.

Esos labios empezaron a curvarse en una sonrisa que conocía íntimamente, por primera vez empezó a ver las sutiles diferencias entre Garret y él; dos personalidades conviviendo en un mismo cuerpo. Diablos, tendría que sentirse como una auténtica zorra por hacerle esto a su jefe, por permitir que esto ocurriese, pero, por otra parte, ¿no era por esto por el que la había querido a ella?

—¿En qué estás pensando? —entrecerró los ojos—. Desde luego, no en mi polla enterrada en tu coñito.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza. No quería hablar de ello, no quería decirlo en voz alta y, sobre todo, no quería decírselo a él.

—Cuando la pongas dónde debes, entonces pensaré en ella.

Se rio, un sonido profundo erótico que la encendió al momento haciendo que sus caderas se moviesen por si solas.

—Hablas demasiado —sentenció él—, y cuando no necesitas hacerlo. No tengo preservativo a mano, ¿has estado con alguien más?

Sacudió la cabeza.

—¿Puedo fiarme de ti?

Resopló.

—Tú has visto mis pruebas, ¿qué hay de las tuyas?

Le mordió la oreja.

—Ese santurrón se hace pruebas todos los meses, está limpio como una patena —replicó —, así que…

Le separó los muslos y dejó que se acomodase entre sus caderas, la punta de su polla conduciéndose tan profunda y fuerte que no sabía cómo no había saltado de la mesa.

—Trey… —jadeó incapaz de contener su nombre.

Él salió solo para volver a entrar de nuevo en ella, firme, duro.

—No es suficiente —le escuchó mascullar.

—¿Qué…?

La blusa se abrió de golpe, los botones salieron volando y le levantó el sujetador por encima de los pechos, dejándoselos expuestos, el aire acariciando unos pezones que pronto conocieron la humedad de su boca.

Le aferró el pelo, echó la cabeza atrás y gimió. Ya no le importaba que la escuchasen, su mente estaba muy lejos de la cordura y nada ni nadie podría recuperarla. Sintió la succión, los pequeños mordiscos, así como su sexo clavándose en su interior, robándole la cordura y el aliento. Bombeaba en ella con fuerza, sin piedad, llevándose por delante todo lo que había en la mesa, haciendo que se clavase en la espalda el material de oficina, pero no le importaba.

Aquello era lo que quería, esa intensidad, esa crudeza, la necesita para saciar ese monstruo que vivía en su interior, esa locura que la volvía loca y la convertía en una adicta al sexo.

El eje grueso de su pene la estiraba de un modo que adoraba, sus embates la marcaban de una manera que ningún otro hombre había hecho. Por extraño que pareciera, cuando él acababa con ella no sentía la necesidad de salir por la puerta para seguir follando, lo cual era todo un cambio a cómo había sido por norma general. Quizá, eso era lo que la llevaba a permitirse estos interludios, lo que hacía que siguiese cayendo en sus manos con una facilidad pasmosa.

Se cernió sobre ella, la tumbó sobre la mesa y la montó con fuerza mientras se amamantaba de sus pechos. Sus manos se deslizaron debajo de ella, aferrándola de los hombros para sostenerla e incursionar incluso más en su interior con tal furor que la dejó sin respiración.

—Sí… dios… sí…

Quería eso, quería esa intensidad, esa necesidad salvaje y él estaba tan dispuesta a dársela como ella de recibirla.

—Trey…

Le mordió un pezón con fuerza haciéndola gemir, luego se lo lamió y salió de ella por completo. No había recuperado siquiera el aliento para protestar cuando se sintió izada, sus pies tocaron el suelo un segundo antes de que sus ojos se encontraran, le comiese la boca con un fuerte y rudo beso y la girara ahora de cara a la mesa.

—Agárrate al borde del escritorio —le susurró al oído un segundo antes de empujarla hacia delante, levantarle la falda hasta la cintura y volver a penetrarla desde atrás con la fuerza suficiente como para que sus pechos se frotasen contra la madera.

Arqueó la espalda solo para notar su mano envolviéndose en su pelo y empujarla hacia abajo. La utilizó a placer, se hundió en ella con fuerza y rapidez, no fue suave, pero tampoco

quería que lo fuese. Necesitaba esa dureza, en esos momentos solo quería el alivio que ese capullo podía darle y no esperó encontrar otra cosa en sus toscos modales.

—La próxima vez que vengas a trabajar —le susurró entonces al oído—, quiero que vengas sin bragas y traigas en el bolso un dildo. Quiero follarte el culo mientras tú te introduces una polla de goma en el lugar que ahora ocupa la mía.

Sus palabras la hicieron estremecer, su vientre se calentó y notó como su sexo se humedecía más.

—O quizá deje que uno de tus otros jefes te folle mientras te monto —ronroneó mientras jugaba ahora con uno de sus dedos acariciándole el otro orificio—. Um. Nop. Soy demasiado egoísta, tú eres solo para mí… y para el santurrón de Garret.

Su admisión la sobresaltó.

—Oh, sí —se rio en su oído—, ese idiota te codicia, pero no es lo suficiente valiente para reclamarte, así que me deja a mí el placer de hacerlo.

Dicho eso se concentró en esa placentera tarea volviéndola loca, arrancando cualquier pensamiento coherente de su mente y lanzándola a un nuevo y agónico orgasmo que la dejó temblado.

—Um… creo que hemos convertido el despacho en un campo de minas —le escuchó murmurar.

No sabía cómo lo hacía, la manera en que se reponía y volvía a ser el capullo arrogante de siempre la descolocaba. Se incorporó a duras penas, notando como las piernas le temblaban y lo vio arreglarse la ropa sin mayor esfuerzo.

Intentó hacer lo mismo, se bajó la falda, se colocó el sujetador y miró sin saber muy bien qué hacer con la blusa.

—Me has jodido la blusa —comentó poniendo en voz alta sus pensamientos.

Él se giró, la miró y sonrió satisfecho.

—Cómprate una nueva y cárgala a cuenta de la compañía —le sugirió. Entonces caminó hacia ella y, para su sorpresa, empezó a peinarle el pelo con los dedos—. Me encanta esa expresión que tienes recién follada.

Dio un paso atrás, alejándose de él. Roto el hechizo sexual, su presencia volvía a cabrearla casi tanto como la excitaba.

—Vete a la…

—No —la silenció poniendo un dedo sobre sus labios. Entonces levantó sus bragas y las balanceó en uno de sus dedos—. Y a partir de ahora, recuerda venir a trabajar sin esto.

Intentó recuperarlas, él no se lo permitió, las alejó de su alcance y tomó de nuevo su boca, besándola con dureza al principio y saboreándola una vez se rindió a su sabor.

Garret respiró en su boca, ese cuerpo suave y cálido pegado al suyo, un aroma inesperado a la par que conocido atacó sus fosas nasales. Abrió los ojos y allí estaba ella, como si sus más íntimos deseos se hubiesen hecho realidad.

—¿Danielle?

La pregunta abandonó sus labios incluso antes de poder contenerla. Era ella y estaba increíble con el rostro sonrojado, los labios hinchados y esos bonitos ojos claros oscurecidos por el deseo. Parpadeó, la tenía tan cerca, olía tan bien y esos labios… no pudo resistirse a la tentación y probó esa boca una vez más.

La besó con suavidad, degustándola, saboreando esa dulzura que había notado antes para luego apartarse de nuevo. Sus miradas se encontraron, esos bonitos ojos mostraban ahora confusión y sorpresa, pero fue durante un breve instante, ya que la vergüenza y el dolor, aparecieron al momento; dos emociones que conocía a la perfección.

—Perdón, yo no… —sacudió la cabeza y se apartó dándose cuenta de que no tenía la menor idea de qué hacía ella allí, de porqué estaba en su oficina—. Mierda.

Se sonrojó a su vez, dio un paso atrás, confundida y avergonzada. El estado de su ropa, el revuelo sobre su mesa, cosas tiradas por el suelo…

—Danielle…

Sus palabras hicieron que levantase la mirada y se sintió tan avergonzado como ella por lo que acababa de hacer. Trey había estado allí, con ella y él…

—Jefe, lo siento, yo…

No quería escuchar nada, no quería sus disculpas, ni siquiera la quería allí, no ahora.

—No hay nada que…

Sus palabras se vieron interrumpidas por unos golpes en la puerta y la consiguiente llamada.

—Ey, Garret, ¿estás ahí? —se escuchó.

Maldijo en voz baja, miró a su secretaria de soslayo y le indicó con un gesto de barbilla.

—Arréglate la blusa.

Su sonrojo aumentó, la vergüenza se hizo más acuciante y terminó cerrándose la chaqueta de modo que no se viese el destrozo.

—Jefe, yo…

—Garret, Danielle —la corrigió con sequedad—. Los formalismos están de más a la luz de los acontecimientos. Abre la puerta, por favor. Veamos que necesita Brian para haberse dejado caer por aquí hoy. Creo que todavía no le conoces, ha cambiado el turno con Nolan esta semana para hacerse cargo del fin de semana.

La vio suspirar y señaló con la barbilla.

—Quizá quieras guardar antes eso.

Siguió su mirada y se quedó atónito al ver que sostenía una pieza de lencería; unas braguitas.

—¿Gar? ¿Estás ahí dentro, tío?

Miró la prenda y a ella quién parecía entre divertida y avergonzada.

Sacudió la cabeza y se metió la prenda en el bolsillo.

—Hazle pasar, anda.

Se comprobó a sí misma, se puso las gafas y abrió la puerta.

—Ya era… Ey, ¿tú eres la nueva secretaria? —dijo el recién llegado revisándola con la mirada—. Pues no eres precisamente la Bruja del Norte.

—¿Qué?

Puso los ojos en blanco e hizo las presentaciones antes de que su socio metiese la pata por completo.

—Danielle Narrow, Brian Reynols. Suele dejarse caer los martes por aquí —los presentó —. Brian, ya tendrás tiempo para conocerla, ahora necesito que termine unas cuantas cosas —se giró hacia ella y le recordó—. A las seis en punto, veamos qué tal se te da asistirme en los conciertos.

Debería haberle dicho que se marchase a casa después del trabajo, pero eso solo le provocaría más dolores de cabeza.

—Sí, señor Davis.
Contuvo un suspiro y esperó a que saliese por la puerta para atender al recién llegado.
—¿Y bien?
—Está buena.
—No empieces.
Su amigo sonrió de soslayo.
—No, ya lo has hecho tú por mí.
No pensaba contestar a eso, ni hablar.

CAPÍTULO 12

Dani había asistido en el pasado a conciertos, se había sentado en el palco o en primera fila con sus acompañantes, pero hasta que le tocó ejercer de asistente personal de Garret Davis nunca se había encontrado entre bambalinas.

Este sería su tercer concierto, era increíble lo rápido que pasaba el tiempo, una semana había seguido a otra y a otra más y cuando vino a darse cuenta ya llevaba un mes trabajando para esos hombres.

Suspiró, sus jefes eran muy distintos entre sí, sus personalidades eran únicas como también lo era su manera de tratarles. Garret era la única excepción a la regla. La dualidad que existía entre las dos personalidades de ese hombre se acentuaban más que nunca en aquellos momentos, la seriedad y profesionalidad que exhibía en la oficina se convertía en sensualidad y una delicadeza atronadora cuando empuñaba el violín y le arrancaba esas deliciosas e intensas melodías. Su rostro cambiaba, sufría y disfrutaba con cada melodía, como si vertiese en esas representaciones todo lo que era en realidad, esa parte que no le pertenecía ni a él ni a Trey.

Trey era el otro punto de la ecuación, apenas bajaba del escenario, solo tenía que mirarle a los ojos y verle soltar el violín para que todo su cuerpo se encendiese y terminasen follando en cualquier tórrido rincón. Él es el que disfrutaba de la fiesta, de pasearse de un lado a otro con ella del brazo y, sobre todo, disfrutaba follando como un loco.

La relación que mantenían, si podía llamarse así, no era sana. Lo sabía, pero era incapaz de apartarse, él era como una nueva droga, una que no tenía más efectos secundarios que la saciedad y el aroma del sexo. Sin embargo, ella no podía evitar seguir sintiéndose culpable y avergonzada, especialmente cuando salía de esa nube de placer y los ojos que la miraban no eran los de su tórrido amante, sino los de su jefe. El dolor y la culpabilidad que había en ellos le habían calado el alma, la había empujado hacia esos brazos con la necesidad de borrar esas emociones que veía en sus ojos, pero él la alejaba, la apartaba como si le quemase, como si le diese asco su presencia.

Para Garret solo era su secretaria, la veía una vez a la semana en la empresa o más, si le tocaba trabajar en fin de semana o sustituir a alguno de los chicos. También ejercía de asistente cuando tenía algún concierto, como ocurría hoy.

La gira no empezaría hasta primavera, le había dicho, entonces sí tendría que dejar la compañía en manos de sus compañeros pues pasaría el mes fuera, viajando de un lado para otro y ella debería acompañarle.

¿Un mes a solas con ese hombre y con su alter ego? No estaba segura de sí podría conservar la cordura ante algo así.

«Estás volviendo a perderte a ti misma, Dani».

Lo sabía, lo veía y, si no le ponía pronto remedio, todo lo que había luchado hasta ahora no le serviría de nada.

—¿Danielle?

Su nombre, unido a una pequeña sacudida la devolvió a la realidad y al lugar en el que estaba. Los ojos azules de su jefe la miraban con expresión entre curiosa y preocupada.

—¿Va todo bien?

Se lamió los labios y asintió.

—Lo siento, ¿qué me decías?

Frunció el ceño, la cogió del brazo y sin mediar palabra con la gente que los rodeaba, la condujo a un lado.

—¿Qué te ocurre?

Negó con la cabeza ante su tono frío.

—Nada —negó—. Solo… me he perdido en mis pensamientos.

Esos bonitos e insondables ojos siguieron clavados en ella. Ese era Garret, el violinista, el hombre educado, el preocupado, el que sufría y se negaba a aceptar consuelo alguno.

—¿Cómo lo soportas?

La pregunta salió de sus labios sin más, cogiéndolos a ambos por sorpresa.

—¿Qué?

Se lamió los labios.

—¿Cómo puedes vivir de esta manera?

La manera en que tensó la mandíbula fue suficiente respuesta. Dio un paso atrás, apartó la mirada y negó.

—Lo siento, no es asunto mío —reculó. Estaba dispuesta a volver al camerino y esperar allí a que terminase el concierto. No estaba segura de poder enfrentarse hoy a ese lado melancólico.

Él la detuvo cogiéndola del brazo.

—Sí lo es —le dijo cogiéndola por sorpresa—. Porque lo es, ¿no es así? Desde el momento en que te obligué a formar parte de esta locura lo es.

Buscó su mirada y negó de nuevo.

—Tú no me obligaste a nada.

—No, lo hizo Trey.

No podía refutar eso.

—Y creo que es la única cosa por la que podré estarle agradecido —aceptó sin dejar de mirarla a los ojos—, y también por la que lo odio aún más.

Se sostuvieron un momento la mirada y ella fue la primera que la desvió.

—Llega un momento en la vida en la que tienes que hacer las paces contigo mismo o volverte loco —continuó entonces él—. Yo he estado sumido en la locura durante demasiado tiempo, lamentándome por lo que escapaba a mi control, doliéndome por aquello que no podía evitar y culpabilizándome, sintiendo vergüenza por no recordar aquello que había hecho porque no era mi mente la que estaba al mando, era la suya.

Volvió a levantar la mirada y se encontró con sus ojos.

—¿Volverme loco o rendirme? —Extendió los brazos—. He optado por la rendición, aunque en ocasiones sigo pensando si no habría sido mejor terminar con todo hace mucho tiempo.

Sus palabras la golpearon con la misma crueldad que lo hacía la realidad, una por la que ella misma había pasado.

—Garret…

—Señor Davis, el telón se levantará en treinta segundos.

Miró al maestro de ceremonias y asintió. Cogió el violín y el arco y le dio la espalda dispuesto a sumergirse en ese mundo en el que solo estaba él y nadie más.

—No eres el único que está en sus manos —comentó atrayendo su atención en el último momento—, pero al contrario que tú, yo no puedo huir.

No le respondió, se limitó a seguir adelante sin mirarla, sumido ya en su propio mundo.

En cierto modo le daba pena. Se veía a ella misma al principio de su andadura en él, incapaz de lidiar con sus problemas, de aceptar que la adicción que tenía podía ser hecha a un lado y dejar atrás la culpabilidad y la vergüenza que traían consigo sus actos. Pero para él tenía que ser incluso más difícil, mientras que ella había tenido la ilusión de controlar su propio cuerpo o sus decisiones, él las perdía en favor de Trey y se quedaba tan solo con un vacío insondable que solo hablaba de tiempo perdido.

Respiró profundamente, de pie en una esquina del escenario, lejos de las luces y los silbidos que se iniciaron cuando la megafonía anunció el inicio del espectáculo lo miró. Él permanecía sereno, comprobando por última vez el auricular y sosteniendo en cada mano una parte del instrumento. En cuanto se levantase el telón, daría rienda suelta a su tormento y felicidad a través de las cuerdas del violín.

Él era la víctima comprendió en ese mismo instante. De los dos, no había más víctima que él y lo sabía.

No se engañaría a sí misma concediéndose un indulto que no le correspondía, colgándose una medalla al sacrificio cuando había dado un paso adelante en esa malsana relación porque así lo había decidido. No era un alma cándida en busca de redención, solo era alguien hambriento de contacto, de deseo y sexo, una pobre diabla que se levantaba cada día rogando tener la fuerza para vivir un día más y hacerlo con toda la dignidad de la que la habían despojado.

No, Trey no la utilizaba más allá de lo que ella le utilizaba a él, si hubiese querido dejarlo, habría hecho hasta lo imposible por marchase. No lo había hecho, no solo porque le necesitaba, sino porque hacerlo sería dejar que venciese y se apoderase de la única persona inocente en esa tóxica y extraña relación.

El telón se levantó y el hombre para el que llevaba ya un mes trabajando salió a escena. Podía conocer su cuerpo, su olor, su sabor, pero no sabía nada de la persona que habitaba en su alma ni de los motivos que lo impulsaban a levantarse cada día.

No dejaba de ser curioso que, de los cinco hombres para los que trabajaba, él fuese el más cercano y al mismo tiempo el más alejado. Poco a poco iba comprendiendo los entresijos de la compañía, aunque había demasiados secretos susurrados a su alrededor que no había podido descifrar. Ese grupo de hombres parecían más una hermandad que simples socios, pero el misterio que quiera que encerrasen sus vidas tendría que ser pospuesto, ahora, tenía suficiente con su violinista.

Con más de hora y media de concierto por delante, optó por ocupar su asiento reservado y disfrutar de la actuación. Le encantaba escucharle tocar el violín, de alguna manera, con el instrumento en las manos y una exquisita ejecución, parecía decir mucho más de lo que lo hacía su boca.

—Descubriré cuál es el secreto que ocultas, Garret Davis —murmuró—, quizá entonces pueda empezar a comprenderte un poco mejor.

CAPÍTULO 13

—Buen concierto.

Dani lo recibió como siempre en el camerino. Solía adelantarse antes de que terminase de tocar y le esperaba con una botella de agua fría. Garret nunca bebía alcohol después de tocar, pero el esfuerzo y el sudor, lo obligaban a hidratarse.

Siguiendo la dinámica de siempre, guardó su violín en la funda y se tomó unos instantes para asegurarse de que su instrumento estaba bien cuidado.

—He pensado que quizá te apeteciese cambiar de aires y salir a cenar —le dijo—. Hay un muy buen restaurante que…

—Me marcho a casa.

Su inesperada respuesta la cogió por sorpresa.

—Coge un taxi y pásame la factura…

Parpadeó atónita.

—¿Qué?

Levantó la mirada y parecía tan perdido que no sabía qué hacer.

—Vete a casa, Danielle —insistió sin mirarla siquiera—. Mañana tienes que echarle una mano a Brian.

Sí, había aceptado ir el sábado para ayudar al bombero y evitar que hiciese explotar su ordenador o algo peor.

Pero eso no importaba, ya había hecho turnos extra después de los conciertos sin mayor problema. Lo que ahora le preocupaba era ese hombre que estaba ante ella, porque no era su jefe, ni su amante, solo era Garret.

—¿A dónde vas a ir?

La miró de soslayo, como si no pudiese creer que no estuviese haciendo lo que le decía y en cambio sí replicase.

—Hoy no te necesito, ni él tampoco.

Se tensó ante la crudeza de sus palabras.

—No me hables como si fuese una puta.

La miró de arriba abajo.

—No quiero tener que faltarte al respeto.

Apretó los dientes ante su actitud.

—Pues no te portes como un gilipollas —se quejó—. Y no me sentiré insultada.

Resopló.

—Solo vete —ordenó con profunda frialdad—, has cumplido con tu tarea de hoy.

Y una mierda.

—No —lo retó—. Me contrataste para vigilar a Trey y eso es lo que haré.

Entrecerró los ojos.

—¿Estás tan caliente que no soportas la idea de no follar hoy? —le soltó con cortante crueldad—. Él no va a servirte de mucho cuando acabe con él.

En ese caso, siempre puedes servirme tú, ¿no?

Escupió.

—Hoy estás siendo mucho más capullo que de costumbre y eso, me cabrea —aseguró

apretando los puños—. Así que vamos, por qué no haces lo de siempre, escondes la cabeza y dejas que él tome el mando.

La vio apretar la mandíbula, pero no contestó.

—Sí, cabréate, porque es para cabrearse —se llevó las manos a las caderas—. ¿No crees que ya está bien de huir? ¿Qué ganas dejándole a él el trabajo sucio si luego te sientes como la mierda?

La fulminó con la mirada.

—No estoy huyendo.

Entrecerró los ojos y se adelantó.

—Demuéstramelo —lo increpó—. Enfréntate a él, enfrenta todo lo que te duele de él.

Se giró de modo que quedaron cara a cara, caminó hacia ella, invadiendo su espacio personal, amedrentándola con su tamaño.

—¿Qué demonios es lo que quieres? ¿Follar? —la acusó—. ¿No te has tomado tu medicación que estás necesitada de un buen polvo?

Dio un paso atrás. El golpe fue directo, pero no se permitió retroceder, ni dejar que viese como la había golpeado.

—No sé si me das asco o pena, Garret —replicó en cambio—. O un poco de ambas. Al menos Trey no se anda con rodeos, no miente, va directo a lo que quiere y lo coge. Puede que sea un hijo de puta, ¡pero es un hijo de puta que sabe que quiere algo y no teme cogerlo!

—¿Qué diablos quieres? —la aferró del brazo. Estaba temblando, podía ver la duda en sus ojos, el temor—. Deja de jugar, no tienes idea de lo que tú… de lo que él…

Ladeó la cabeza.

—Tú y él —lo corrigió acusadora—. Te empeñas en diferenciaros, pero, Garret, ambos sois el mismo. Este es el cuerpo que goza, el que se excita, el que se retuerce de placer. Solo tienes que verlo, que sentirlo y ese abismo se cerrará lo suficiente para dejar de odiarte a ti mismo por algo que no puedes controlar.

La soltó de golpe, haciéndola trastabillar y caer sentada en uno de los taburetes.

—No te necesito —siseó señalándola con el dedo—. No os necesito a ninguno.

—Si es así, ¿por qué te mueres de celos cada vez que él me tiene? —lo acusó hiriente, estaba dispuesta a herirlo tanto como lo había herido él con sus palabras—. He visto cómo te duele, cómo te avergüenza… pero todavía no te he visto hacer algo para evitarlo o solucionarlo.

Sus palabras obtuvieron el resultado esperado.

—Eres una perra con las palabras.

Se llevó las manos a las caderas.

—Y con muchas otras cosas —aseguró levantándose del taburete—, pero no hago daño a propósito a menos que tenga una buena razón para hacerlo.

—¿Y la tienes?

Lo miró y se lamió los labios.

—¿Te parece poco tener que aguantar al gemelo malo?

Sacudió la cabeza y la miró, vencido.

—¿Qué quieres, Danielle?

Se acercó dejándole su espacio personal.

—Ahora mismo, lo mismo que tú —declaró mirándole a los ojos—. ¿Tengo que darte más explicaciones o lo pillas al vuelo?

Enarcó una ceja y resopló.

—Prometí no acostarme con la nueva secretaria.

Alzó la barbilla y, ahora sí, se pegó a él.

—Bien, porque no vas a acostarte con ella sino conmigo.

Un beso y su control se esfumó.

La deseaba, la deseaba tanto que dolía. Tenerla cerca era tan duro como el dejar de respirar, pero codiciarla no era la respuesta. Se moría cada vez que la veía lozana y saciada por alguien que no era él, pero que usaba su cuerpo; eso hacía que se revolviese por dentro. Odiaba a Trey, pero sobre todo odiaba que esa otra personalidad tuviese lo que él deseaba.

Se dejó llevar, no quiso pensar en nada que no fuese la mujer que estaba ante él y el deseo que le inspiraba. Cerró la puerta del camerino por dentro y se dedicó a lo que deseaba; arrancarle la ropa.

La despojó de la parte superior del vestido, del sujetador y rodeó sus caderas con las manos para deshacerse de la falda y las breves braguitas que llevaba. Se las bajó en un suave y largo movimiento, acuclillándose ante ella para sacárselas por los pies.

Desnuda, con la piel clara salpicada de alguna que otra cicatriz aquí y allá, era una visión perfecta. Su aroma lo embriagaba y lo dejaba absorto en esa bonita figura que permanecía de pie y quieta ante él.

Se le hizo la boca agua mientras reseguía uno de los tobillos con los dedos, una mirada a esos ojos, una caricia ascendente por una de sus piernas y ella las separó para él. Se arrodilló ante ella, sus manos continuaron ascendiendo mientras sus labios seguían la estela marcada. La besó en la rodilla, el muslo y respiró a unos centímetros de la uve de sus muslos, aspirando el especiado aroma que la envolvía. Su pubis estaba cubierto por un pequeño y pulcramente recortado nido de rizos castaños que atrajeron su atención.

Cedió a la tentación de aspirar su perfume, sus pliegues asomaban suaves y húmedos, sonrojados y eso fue su perdición.

—Me muero por probarte…

Y lo hizo, deslizó la lengua sobre la mojada hendidura, degustando su crema, sus dedos abrieron los pliegues permitiéndole ir más allá y penetrarla con la lengua.

—Garret —jadeó su nombre. El suyo y el de nadie más.

Le rodeó las nalgas y la acercó más a él, levantándola, dejándole al alcance de esa pequeña perla que empezaba a asomar y que no dudó en pellizcar con los dientes. Lo chupó extrayendo dulces y calientes gemidos de la garganta femenina antes de hundirse de nuevo en su sexo como un hombre hambriento.

—Oh dios.

Sonrió ante el gemido de Dani, su aceptación le confería poder. Siguió amamantándose de ella, empujando la lengua en su interior saboreándola y lamiéndola mientras se retorcía bajo su boca.

Siguió disfrutando del banquete unos momentos más, entonces cedió a la necesidad de sentirla alrededor de sus dedos y la penetró. Estaba tan mojada, tan caliente que no le resultó difícil invadirla con un par de dedos al momento. Notó como se ponía de puntillas, como intentaba escapar de él solo para buscarle cuando resbalaba hacia fuera. Siguió degustándola, no tenía suficiente de su sabor, de su aroma y esos pequeños gemidos que hacía lo estaban volviendo loco.

—Eres deliciosa —susurró contra su carne—, tan dulce y apretada.

Su respuesta fue echar la cabeza hacia atrás y enterrar las manos en su pelo en un intento por llamar su atención, por arrastrarle de nuevo hacia ella, una petición que le concedió pues deseaba probar de nuevo esos labios.

La besó con ardor, necesitándola, deseando como una rabia que no conocía, una nacida de los celos y la imposibilidad de dominarlos. Le devoró la boca, la asedió y la condujo contra la pared, aprisionándola y demostrándole que aquí y ahora solo existía él.

Ella gimió en respuesta, arqueó las caderas hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y se aupó, rodeándole la cintura con las piernas dejando que la erección que empujaba contra sus pantalones anidase íntimamente entre sus muslos. Sus manos ascendieron hasta su pelo, se lo soltó de la coleta en la que solía recogerlo para los conciertos y le devolvió el beso con un frenesí que no hacía más que acicatear su deseo.

—Te quiero dentro —le susurró ella al oído—, te quiero ahora, Garret. Por favor.

Escuchar su nombre de esos suaves y lujuriosos labios lo calmó en cierto modo y lo acicateó en muchos otros. Ella lo veía, más allá de su cuerpo o físico, lo veía como a él mismo y no a su otro yo.

La volvió, sosteniéndola en vilo para finalmente dejarla sobre la superficie de la estrecha mesa, de espaldas al espejo. Se encontró con su mirada, la acechaba de una manera que la ponía nerviosa y encendía, se mordió incluso el labio inferior en un obvio momento de vergonzosa incomodidad; ella estaba completamente desnuda mientras él conservaba la ropa.

—No voy a negar lo que deseo, cuando sé que tú también lo deseas —comentó ella y, como si quisiera dejar claro su comentario, deslizó la mano entre ellos y le acarició la polla por encima de la tensa tela del pantalón.

Le cogió la mano y la devolvió a la mesa, la aferró con la suya y se inclinó sobre ella.

—No tienes la menor idea de lo que deseo, Danielle —le dijo sin apartar la mirada de la de ella—, porque esto —empujó de nuevo los dedos en su húmedo y caliente profundidad—, no es más que el principio.

Le rozó el clítoris con el pulgar, dibujó pequeños círculos y sonrió para sí al escucharla contener el aliento y revolverse contra su mano.

—Sí, esto es solo el principio —declaró observando su placer, la manera tan desinhibida con la que se conducía—, y por dios que quiero más.

Extrajo los dedos de su interior y se los llevó a la boca bajo su atenta mirada, lamió su dulce y especiada humedad mientras ella jadeaba en busca de aire. Bajó la mirada entonces sobre su cuerpo, deleitándose en toda esa piel desnuda, resiguiendo las líneas blancas de algunas cicatrices, pero sin indagar en el motivo de estas. Dios sabía que él tenía secretos y no iba a indagar en los suyos.

Se relamió ante la visión de esos duros y maduros pezones y sucumbió a su propia hambre. Jugó con las cúspides, las lamió, succionó y se amamantó de sus senos con una glotonería que aumentaba la intensidad de los gemidos femeninos, le gustaba escucharla gemir, le encantaba sentir como se retorcía debajo de él, como le envolvía con las piernas acercándola más a ella y a ese húmedo y caliente centro en el que estaba deseando sumergirse.

—¿Puedo?

La suave pregunta llegó acompañada de las manos femeninas resbalando por su pecho, hundiéndose bajo la tela de la camisa, rozando los botones con un obvio interés de deshacerse de ellos.

—Solo si no te cargas los botones.

Su sonrisa fue genuina y más bonita de lo que la encontró nunca, se inclinó hacia él y le

susurró en los labios:

—Lo intentaré.

Uno a uno los botones cedieron bajo su toque, la camisa se abrió dejando a la vista su piel y fino vello que salpicaba sus pectorales y descendía desde su ombligo para ocultarse bajo la línea del pantalón. Su erección se vio también libre al retirar la tela que la comprimía, el pantalón bajó por sus caderas y se quedó atascado en sus rodillas solo para ser descartado junto con los zapatos.

La manera en que ella lo miraba era excitante y al mismo tiempo extraña, era como si estuviese viéndole por primera vez, viéndole a él y no al hombre que cuyo cuerpo había disfrutado ya del suyo.

Su pene reaccionó a su mirada, creció y se endureció curvándose contra su estómago. La manera en que la miraba y cómo se lamía los labios trajo a su mente un sinfín de agradables probabilidades.

—Me gusta la manera en la que me miras, pero creo que me gustará mucho más sentirme enterrado en tu interior.

Sus ojos se abrieron, el deseo refulgió en ellos.

—Oh sí.

Selló su boca con un beso, sus lenguas se entrelazaron y la degustó una vez más mientras se abría paso de nuevo entre sus muslos y conducía la abultada y redondeada punta de su erección a la húmeda abertura. Dani le salió al paso, elevó las caderas y se enroscó a su alrededor dejando escapar un abierto jadeo a medida que la penetraba, sintió sus uñas sobre los hombros, pero no le importó, quería estar en su interior.

Su ajuste era perfecto, una suave y caliente vaina que lo acogía y succionaba luchando por mantenerle dentro. Se echó hacia atrás, salió hasta que solo quedaron unidos por la punta de su polla y volvió a penetrarla con fuerza, haciéndola jadear, empujándola contra la estrecha superficie y obligándola a ceder el control. Giró la cadera y tiró de ella, moviéndola en un ángulo más interesante y que trajo consigo un par de divertidos y coloridos jadeos que imaginaba pretendían ser exclamaciones de placer.

Ella echó la cabeza atrás y gimió sin importarle que la escuchasen o no, sus caderas acompasaron su ritmo, uniéndose a cada embestida, disfrutando con el sexo y pidiendo más.

—Por favor, más… justo así, pero más…

Le gustaba el ronco tono de su voz cuando estaba excitada, le confería una sensualidad que lo ponía aún más, era un sonido muy erótico y encajaba con él.

—¿Así? —rotó las caderas y empujó muy lentamente, mordisqueándole la base del cuello al hacerlo.

—Joder…

—Tomaré eso como un sí —se rio entre dientes y bajó sobre sus pechos. No podía evitarlo, estaba enamorado de esas duras cúspides rosas.

Notó como contenía la respiración cuando mordió un oscuro y rosado pezón, succionándolo, haciendo círculos alrededor de la tierna carne con la lengua. Empezaba a comprender el significado de cada pequeño grito o cada jadeo a medida que iba degustando su cuerpo y los utilizaba en su beneficio. Siguió alternando sus caricias en los pechos con las embestidas, disfrutando de la manera en que lo aferraba y se contorsionaba bajo él.

—Más, por favor…

Se arqueó sobre ella, bombeando en su interior, fijándola contra el mueble y moviéndose a placer. Quería enterrarse en su interior, sentir como sus testículos golpeaban contra su sexo cada

vez que empujaba, follarla durante horas y horas, pero su propio orgasmo empezó a construirse. Imprimió mayor rapidez y fuerza a sus empujes, le alzó las caderas y la montó a placer acicateado por los propios gritos ahora contenidos por la mano femenina. Sintió su sexo oprimiéndole y su cuerpo convulsionó en una agitada liberación que catapultó la suya propia. Se corrió con un gruñido y con el orgasmo llegó una liberación que no pensó que encontraría, de alguna forma se estaba liberando de mucho más que el estrés sexual del último mes.

—Eres una pequeña bruja —jadeó saliendo de su interior, sus ojos encontrándose con los suyos.

Sus ojos claros se encontraron con los suyos, había calidez y erotismo, además de una tranquilidad contagiosa.

—Y, ¿eso es bueno? —preguntó ladeando la cabeza.

Asintió.

—Sí —aseguró y se tomó la libertad de besarla una vez más—. Lo es.

Correspondió a su beso encendiendo de nuevo su deseo y sus ganas de repetir, pero antes de que pudiese dar una pista sobre ello, lo detuvo. Se lamió los labios y le dedicó una caída de ojos destinada a ganárselo.

—En ese caso, ¿crees que podríamos continuar en un sitio más cómodo? —sugirió coqueta—. Creo que me he clavado en el culo la funda de tu violín.

Se echó a reír, el puchero que vio en su cara fue lo más divertido que había visto en mucho tiempo.

—Definitivamente, podemos seguir en otro lugar —aceptó sin dejar de mirarla—, y me inclino por una cama.

—Me gusta cómo piensas.

CAPÍTULO 14

Ese bonito y dulce culo acunaba su pene de una manera que lo hacía pensar en distintas formas de enterrarse entre sus mejillas. Habían optado por volver a su piso el edificio de la compañía, un lugar en el que él se sentía seguro y que ella ya conocía. Ninguno habló de Trey, ni de sus pasadas experiencias entre esas cuatro paredes, se limitaron a seguir con lo que habían empezado entre bambalinas.

Se desperezó y se giró para poder deslizar la mano por su costado hasta ahuecar uno de los llenos senos. Le pellizcó el pezón mientras la lamía en el hueco entre el cuello y el hombro provocándole cosquillas. Sus caderas se movieron por sí mismas deslizando su pene entre los suaves glúteos, disfrutando de la fricción y la cálida piel que lo cobijaba, pero no era suficiente. Quería más, la quería a ella y no dudó en hacérselo saber obligándola a terminar de espaldas sobre el colchón.

Se recostó sobre ella, le mordisqueó los labios y deslizó la mano por su cuerpo, jugando con sus pezones, haciéndole cosquillas, rodeando el ombligo hasta terminar entre sus piernas. Deslizó los dedos a través de sus húmedos pliegues notando la humedad y los restos de sus previos encuentros. Después del primer polvo le había entrado remordimientos por no utilizar preservativo hasta que Danielle lo tranquilizó recordándole los resultados de los exámenes que había tenido que entregar a la compañía y que, además de estar protegida, no había tenido relaciones sexuales con otro… cuerpo… que no fuese el que la estaba follando esa noche.

Empujó profundamente en su interior, una vez, dos y recibió como recompensa un suave gemido que llegó acompañado de la ondulación de sus caderas.

—¿No podías dormir que has decidido despertarme a mí también? —ronroneó ella, arqueándose bajo sus insistentes caricias.

—Algo así —respondió y se inclinó sobre ella para darse un festín con sus pechos antes de volver a su boca y tirar entonces de ella hasta incorporarla—. Te quiero de rodillas.

Ella sonrió hechicera, se lamió los labios y se giró meneando el culo en su dirección, regalándole una perfecta visión de ese bonito y excitante cuerpo.

—Una pequeña bruja —murmuró para sí antes de bajar sobre ella, ahuecándole los pechos con las manos, robándole un beso y hundiéndose en ella desde atrás.

La apretada funda de su sexo envolvió su pene mientras se deslizaba hacia atrás, solo para volver a acogerle cuando empujó con fuerza hacia delante. Abandonó sus senos y empezó a recorrer su cuerpo con las manos, dibujándolo, bajando por su espalda hasta aferrarle las caderas y empezar un movimiento de vaivén que lo llevaba a las profundidades de ese dulce y goteante coñito.

Ella gemía, jadeaba, lloriqueaba, pronunciaba su nombre y no dudaba en pedirle más cada vez que lo necesitaba. No había pudor, no había convencionalismos, era deseo puro, necesidad ardiente y él estaba más que dispuesto a darle lo que necesitaba.

Ambos sabían que estaban jugando con fuego, pero al mismo tiempo eran conscientes de que esto no era más que sexo, una necesidad y la forma de apaciguarla. Garret no necesitaba más por ahora y ella tampoco lo exigía, ambos tenían un pasado complicado, con sus propios secretos y eso los hacía los candidatos perfectos para utilizarse el uno al otro sin establecer otros vínculos.

Salió y volvió a penetrarla de golpe, fuerte, duro, buscando su propio placer,

convenciéndose a sí mismo que todo lo que necesitaba de esa mujer era ese coño caliente y húmedo dispuesto a ser follado. Ese dulce cuerpo a su disposición y esos ojos, esos ojos haciendo que se sintiese por primera vez en mucho tiempo él mismo.

—Estás tan caliente y mojada —la elogió disfrutando de esa maravilla. Se agachó sobre ella, penetrándola con más fuerza, notando como el sudor le perlaba la frente, bajó la mirada sobre sus cuerpos y se relamió ante la visión de su pene, húmedo y brillante enterrándose allí—. Grita para mí, Danielle.

Quería oírla gemir, gritar en voz alta su nombre, suplicar que le diese más, que la follase con más fuerza. Deseaba verla rendirse una vez más, lloriquear su placer mientras se corría alcanzando su liberación.

—Más… —jadeó ella—, por favor, Garret, más.

Era caliente, una zorrita caliente y adorable, tanto que tenía que recordarse a sí mismo que aquello no era más que sexo.

La empujó sobre la cama, sus hombros casi apoyados en el colchón y la mantuvo así mientras la follaba con fuerza un par de veces, para luego tirar de sus brazos hacia atrás y, sujetándola por las caderas, penetrarla así.

—Garret —jadeó su nombre con cada nuevo empellón—, por favor… ay, señor… por favor…

Clavó los dedos en la blanda carne y continuó martilleando con fuerza decidido a darle lo que necesitaba y deseaba y buscar al mismo tiempo su placer. Se corrió al mismo tiempo que esa pequeña fierecilla gritaba y se convulsionaba entre sus brazos. Empujó con más fuerza en su interior dejando que ella lo ordeñase y la inundase con su semen hasta dejarle seco, solo entonces se permitió derrumbarse a su alrededor sosteniéndola mientras temblaba y él mismo trataba de respirar.

—¿Si… sigues vivo? —Escuchó su voz ronca por los gritos.

Le hociqueó el pelo con la nariz.

—A duras penas —aceptó y se dejó caer de lado en el colchón, llevándosela consigo.

Guardaron silencio durante unos instantes, en la habitación solo se escuchaba el sonido de sus respectivas respiraciones mientras intentaban recuperar el aliento.

—¿Cómo lo haces, Danielle?

Ella levantó la cabeza al escuchar su nombre y se giró para mirarle.

—¿El qué?

Deslizó la mano sobre su sudorosa piel, le acarició el costado y evitó las blanquecinas cicatrices que salpicaban su piel.

—¿Cómo puedes seguir adelante? ¿Cómo haces para que… esto… no te afecte?

Se giró lo suficiente para estar cara a cara.

—¿A qué te refieres?

Tomó una profunda respiración y dejó que saliese a la luz la verdad.

—Tus informes no estaban completos y…

Dejó escapar un resoplido y se recostó, poniéndose ahora de espaldas.

—Me investigaste.

No iba a disculparse por ello. Había sido muy claro al redactar las normas que debían cumplirse para acceder al puesto de secretaria del Crossroad.

—Es la política de la compañía.

Se mantuvo callada durante unos instantes y pensó que en cualquier momento se levantaría y lo dejaría allí tirado.

—¿Qué sabes exactamente?

—No he indagado en tu pasado si es eso lo que quieres saber —le aseguró—. Tengo mis propios demonios, míos y de nadie más. Sé lo que es querer mantener tu pasado en secreto… Pero necesitaba saber qué clase de problema… er… adicción…

—Hipersexualidad —respondió con frialdad—. Como ves, no eres el único que tiene… fantasmas con los que tratar cada día.

—No te estoy juzgando…

—Y ese es el único motivo por el que estoy todavía aquí y en esta cama —repuso con un bajo resoplido, entonces se giró hacia él—. Pensé que tú me entenderías… que entenderías lo que es… esto… en la forma en la que se entiende algo contra lo que no puedes luchar…

Se giró hacia ella, encontrándose con sus ojos.

—Por eso te lo pregunto, ¿cómo haces para no… desmoronarte?

Se lamió los labios y le sostuvo la mirada.

—Intento recordarme cada mañana y cada noche que yo soy mi propia dueña y que mis decisiones, a pesar de todo, son siempre mías —expuso sin dejar de mirarle—. No soy una blanca paloma, Garret. He pasado por mucho y sigo vinculada a esa época por… esto. Sé que no puedo curarme por completo, pero no permitiré que eso me cueste la vida que deseo vivir.

Y esa decisión estaba presente en su voz y en su mirada. Sacudió la cabeza y se dejó caer de nuevo en el colchón, doblando el brazo para meterlo detrás de la cabeza. Antes de poder evitarlo, las palabras empezaron a brotar de sus labios.

—Hubo un tiempo en el que pensé que podía encargarme de él, pero entonces… ocurrió algo y… perdí el control por completo. Ya no soy dueño de mí mismo, no la mayor parte del tiempo.

Ella se giró de lado y se apoyó en su pecho, incorporándose lo suficiente para que la mirase.

—¿Quieres hablar de ello?

—Todavía no —negó y sonrió de medio lado—. Pero si algún día consigo soltar ese… lastre… me gustaría que fueses tú quién lo escuchase.

Se acomodó sobre su pecho y lo miró con coquetería.

—Soy tu secretaria, jefe —le guiñó el ojo—, estoy a tus órdenes.

Sonrió, no podía evitarlo. Esa pequeña bruja parecía ser la única que podía arrancarle una sonrisa.

—Eres todo un fichaje.

—A ver si los demás opinan igual —hizo una mueca al recordar a sus otros jefes—. Espera, ¿ellos también saben?

El color de su rostro empezó a evaporarse.

—No pienses en ello.

Escondió el rostro en su pecho.

—Mierda.

Le acarició el pelo y le tiró de la trenza en la que lo llevaba atado.

—¿Qué te acabo de decir?

Resopló y lo miró.

—Tengo que verlos todos los días, ¿sabes?

Enarcó una ceja.

—¿Y?

—Que la ignorancia es una bendición.

Chasqueó la lengua.

—Todo lo que tienes que hacer es seguir trabajando como hasta ahora y no tendrán nada que decir.

Resopló, puso los ojos en blanco y se inclinó sobre él para mirar el reloj que tenía sobre la mesilla.

—Debería volver a casa, mañana tengo que trabajar.

—Puedes coger un ascensor.

Ladeó la cabeza ante su sugerencia. No quería que se marchase, estaba demasiado cómodo y tampoco había terminado con ella.

—¿Necesitas más?

Se mordió el labio inferior y se relamió.

—Puedo quedarme si necesitas hablar.

La miró fijamente, entonces se inclinó sobre ella.

—¿Y si lo que quiero es volver a follarte?

Sonrió con aire inocente.

—Entonces me oirás gritar de placer.

Puede que no fuese la mejor de las relaciones, pero hoy por hoy la quería a su lado. Como bien había dicho, se entendían, de una manera única y retorcida, quizá cada uno fuese la única oportunidad que tenía el otro para superar ese bache o al menos intentar capearlo.

Sí, por ahora, eso era suficiente para Garret.

CAPÍTULO 15

Las puertas del ascensor se abrieron y salió no sin antes echar un último vistazo al hombre que continuaba en su interior.

—Recuerda que el próximo viernes tienes que asistir a una gala benéfica, te comprometiste a prestar tu imagen.

Puso los ojos en blanco y abrazó la funda del violín que llevaba consigo.

—Odio esos eventos —resopló, entonces se inclinó hacia delante, parando la puerta, evitando que se cerrase el ascensor—. Al menos ahora tengo compañía. Dejaré que hables en mi nombre, señorita asistente.

—Sigue soñando, jefe —chasqueó—. Me encargaré que te envíen el esmoquin y confirmaré tu asistencia.

—Nuestra asistencia —los señaló a ambos, entonces cogió la solapa de la chaqueta y la acercó a él—. Si no vienes, me olvidaré a propósito de ese evento.

—Eso es chantaje.

—Soy tu jefe, eres mi secretaria y asistente, así que es parte de tu trabajo —le aseguró muy seguro de sí mismo—. Que tenga usted un buen día, señorita Narrow.

—Lo mismo le digo, señor Davids.

Dio un paso atrás evitando el beso y se rio.

—Bruja —le dijo, pero sonreía. Dio un paso atrás y dejó que las puertas se cerrasen.

Una semana, llevaba una semana durmiendo con ese hombre, con su jefe y de vez en cuando lidiaba con Trey. De alguna manera, algo había cambiado en ambos desde la noche del concierto, en el caso de Garret parecía más sosegado, si bien seguía manteniendo sus propios secretos, compartía con ella pequeños comentarios que le daban pistas sobre quién era en realidad. En el caso de Trey, él se limitaba a hacer lo que más les gustaba a ambos; follar. Sin embargo, no hablaba de su alter ego, era casi como si no quisiera que Garret se interpusiese entre ellos.

Danielle tenía una extraña sintonía con ambos, era como si cada uno por su lado solo fuesen una parte de lo que formaban juntos. Había visto en primera persona lo que suponía esa dualidad y no era sorprendente que Garret hubiese estado perdido y se enfadase consigo mismo por dejar que esa otra personalidad se hiciese con el control.

Sacudió la cabeza, se arregló la chaqueta y giró sobre sus tacones para encontrarse de frente con otro de sus jefes; Nolan Every.

—¿Ese era Garret?

Siguió su mirada hacia las puertas del ascensor, entonces se volvió hacia él y asintió.

—Sí —le confirmó—. Tiene una cita para cambiar las cuerdas del violín y va a dar clases de violín en el conservatorio.

—¿Clases en el conservatorio? —entrecerró los ojos—. Así que ha decidido volver…

—¿Disculpe?

Negó con la cabeza.

—Llegas más temprano que de costumbre.

—Tengo tarea pendiente —se encogió de hombros—, necesito terminar con el papeleo.

Su mirada decía con meridiana claridad que no le creía nada en absoluto. De sus cinco

jefes, Nolan era el más serio, no se andaba con rodeos ni sutilezas. Cuando tenía que decir algo lo decía y, cuando no, callaba.

—¿Quieres un café? —sugirió cambiando de tema.

Su petición lo cogió por sorpresa.

—Depende, ¿me quemarás las pelotas con él?

Puso los ojos en blanco, aquello había sido un recibimiento en toda regla para Brian. Alguien debió advertirle que solo iba a trabajar con él como secretaria.

—No —negó y lo miró—. Es un intercambio. Tú no me haces preguntas que no quiero contestar y yo te llevo un café calentito y recién hecho cada mañana que te toque venir a la compañía.

—Danielle, mientras sigas haciendo sonreír a Garret de esa manera, no oirás ni un solo comentario de mi parte al respecto —respondió con su habitual franqueza—. Con leche y sacarina, señorita Narrow.

—Sí, señor Every —aceptó sosteniéndole la mirada—. Se lo llevaré a su despacho.

Asintió y juraría que esos labios se curvaban en una sonrisa.

—Ah, Danielle —la detuvo cuando estaba a punto de ir a cumplir con su encargo—. Localiza a Brian, Mich y Camden y diles que… —se detuvo y pareció pensarse la respuesta—. Solo recuérdales la cita del viernes.

Asintió ante su extraño encargo.

—¿Algo más?

—Nada por el momento, gracias —aceptó y le recordó su invitación—. ¿Viene ese café?

Sonrió de soslayo.

—Marchando, señor Every.

Dio media vuelta y partió para cumplir con la primera tarea de la mañana.

—Un mes y una semana —murmuró en voz alta para sí misma.

Treinta y siete días trabajando para esos hombres no era un mal recuento para ver que su amiga había tenido razón en su predicción. *Crossroad* le estaba cambiando la vida.

EPÍLOGO

Un mes después…

El sol se ponía en el horizonte, la luz del atardecer creaba sombras sobre el silencioso lugar, acariciaba los cipreses y se colaba entre ellos para tocar la piedra de la estatua del ángel dormido que custodiaba la tumba. Nolan fue el primero en detenerse ante ella, acarició las letras grabadas en el pedestal de la estatua y depositó una rosa blanca.

—No importa el tiempo que pase, sigues presente en todos nosotros.

Brian se agachó entonces, posó la flor sobre la de su amigo y acarició la piedra con los dedos.

—Hola nena, te debía una visita.

La emoción acariciaba su voz, la seriedad en su tono contrastaba con la distendida preocupación que siempre esgrimía.

Mich posó la mano sobre su hombro, se lo apretó y depositó su propia rosa.

—Te echamos de menos —murmuró el abogado—, pero seguimos en el camino que nos indicaste.

—Te alegrará saber que tu chico empieza a dejar atrás algunos demonios —añadió Camden dejando su propia rosa con las demás.

—Oh sí, dos meses en la compañía y nuestra nueva secretaria no solo no ha salido por patas, sino que nos aguanta y nos pone firmes, especialmente a Garret.

Nolan deslizó los dedos sobre la durmiente figura de piedra.

—Parece que empieza a encontrarse a sí mismo —comentó hablando con ella—. Dani es una buena chica y está consiguiendo que mantenga los pies sobre la tierra la mayor parte del tiempo.

—Aunque le faltan superficies en las que tirársela —canturreó Brian—. Pero dadas las circunstancias, creo que eso está bien.

Sus compañeros lo miraron con distintos gestos en sus rostros.

—¿Qué? —se justificó—. ¿No me iréis a decir que no os habéis dado cuenta?

—Creo que es una información que podrías… guardarte para ti.

Puso los ojos en blanco.

—Ella sabe mejor que nadie sobre la faz de la tierra cómo somos —comentó dejando que su tono de voz cambiase—. Nos conocía mejor que nosotros mismos…

Mich le apretó de nuevo el hombro a modo de apoyo y confirmación.

—¿Creéis que será la adecuada para él?

Nolan dejó escapar un pensativo suspiro.

—Dani guarda sus propios secretos —aceptó e intercambió una mirada con Mich. Ambos habían visto un vislumbre del pasado de la mujer—, pero ha conseguido mantenerse firme y seguir adelante. Su fortaleza puede ser lo que necesita Garret para mantenerse en pie y avanzar.

Brian hizo una mueca.

—Me gusta Danielle —aceptó el bombero—, pero con todo, ¿será lo bastante fuerte para

lidiar con sus demonios?

—Ha conseguido controlar a Trey y llegar a Garret, creo que es más de lo que nadie, a excepción de ella, consiguió hasta el momento —apostilló Nolan.

—Se parece a ti —comentó Mich, acuclillándose ahora delante de la tumba—. Tiene tu mismo espíritu, las mismas ganas de vivir, aunque la pierde la boca.

—¿Ya te ha insultado? —se interesó Nolan con gesto divertido.

—El primer día en que coincidimos en la oficina —asintió. Entonces dejó escapar una carcajada—. Nunca escuché tantos insultos en una sola frase.

—¿No te ha dicho todavía que, si quieres café, levantes el culo y vayas a buscarlo tú? —preguntó Brian recordando su propio encuentro con la nueva secretaria—. Eso después de tirártelo encima. Dios, todavía me duele con solo recordarlo. ¡Estaba caliente!

—He procurado no pedírselo después de la que te montó —aseguró el abogado.

Nolan sacudió la cabeza, pero estaba tan divertido como ellos, se inclinó sobre la figura dormida de piedra y le acarició la mejilla.

—Has hecho una buena elección, cariño —le confirmó recordando aquellas últimas palabras que la mujer les había dedicado a todos—, le has enviado al ángel correcto.

Contempló un instante más la tumba en silencio para luego inclinar la cabeza con respeto y despedirse. Sus compañeros siguieron su ejemplo, diciéndole adiós de distintas maneras para volver con sus vidas y continuar su propio camino.

Una suave brisa se elevó acariciando las copas de los cipreses, agitándolas con suavidad como si una cálida mano las meciese en respuesta a aquella despedida.

Las letras grabadas en la piedra recibieron el brillo de los últimos rayos del sol del atardecer, un nombre y una única frase que les acompañaría eternamente.

ÁGATA CROSSROAD

«Amada amiga, tierna amante y eterna guía».

EL TUTOR -LIBRO 2-

Cuando **Charlotte** perdió inesperadamente a su marido, el mundo de le vino abajo. Él había sido su mejor amigo, su amante y el único que la había comprendido. Por ello, cuando un año después recibe una carta suya recordándole su juego privado, sabe que solo tiene dos opciones, participar de sus planes o perderse a sí misma por completo.

Nolan prometió a su hermanastro encargarse de su mujer y lo hizo a sabiendas de lo que eso significaría para él. Ahora, tras el primer aniversario de su muerte, el fantasma de Chase vuelve a irrumpir en su vida para recordarle su promesa y darle la oportunidad de conquistar a la mujer que siempre ha deseado.

Un juego de misterio y anhelos ocultos que desvelará las más oscuras pasiones del alma y del corazón.

PRÓLOGO

—Tiene que ser una broma.

—¿Te parece que bromearía con algo así?

Nolan levantó la mirada del humeante café que tenía ante él para encontrarse con la de Chase. Su hermanastro lo había llamado el día anterior diciéndole que necesitaba verle. El hecho de que fuese un hombre que jamás pedía nada había despertado todas sus alarmas y, tras cambiar el turno con Garret en la compañía, había cogido un vuelo y cruzado el estado para ir a verle.

No estaba preparado para lo que el maldito le había vertido encima, jamás lo estaría.

—Mierda, Chase —siseó incapaz de aceptarlo.

—Son cosas que pasan.

—¡Y una mierda! —estalló.

Le miró. Él era su hermano pequeño, el que estaba casado, el que tenía una preciosa esposa que lo adoraba, ¿cómo podía ocurrirle algo así?

—¿Y Charlie? ¿Has pensado en ella? —expuso lo obvio—. No, tiene que haber algo más que se pueda hacer.

Sus ojos se encontraron con los suyos transmitiéndole esa paz de espíritu que siempre habitaba en él.

—Ella es la razón por la que te he llamado —le aseguró al tiempo que tomaba su propia taza de café, soplaba y tomaba un pequeño sorbo—. Necesito que me prometas algo.

Maldita sea, no quería hacerlo, no quería enfrentarse a la maldita realidad que le estaba lanzando a los pies, pero ambos sabían que jamás le negaba nada y no iba a empezar ahora.

—Dispara.

Chase dejó escapar un bufido mitad risa y sacudió la cabeza.

—Ahora entiendo cómo has terminado así —le soltó con diversión, una que, por desgracia, no compartía—. Nunca preguntas, solo aceptas y ya está. Un día eso hará que te metas en un buen lío, hermanito.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Qué me pedirás? ¿Qué me case contigo?

Enarcó una ceja.

—Ya estoy casado y tú no eres mi tipo.

—Entonces, sea lo que sea, podré soportarlo.

Se miraron en silencio durante unos momentos, entonces cada uno desvió la mirada. Ninguno quería aceptar el motivo que los había traído hasta allí.

¿Cómo aceptar que algo así pudiese pasarle a una de las personas más importantes de tu vida? Chase era más que el hijo de su padrastro, desde el momento en que entró en la familia con tan solo seis años se convirtió en su hermano pequeño, en su mejor amigo y en el único que no le había juzgado con el paso de los años.

—¿Has pedido una segunda opinión? —insistió.

Él asintió.

—Ayer consulté al cuatro especialista —se encogió de hombros con abierta desgana—. Está ahí, es solo cuestión de tiempo, podría ser mañana, dentro de una semana o el año que viene…

Sacudió la cabeza, sus palabras eran como un aguijón.

—Joder, Chase… no me hagas esto.

Sonrió de soslayo.

—¿Te parece que tengo ganas de hacértelo? ¿De hacérmelo a mí mismo? ¿A Lotte?

La mención del apodo que le daba a su esposa Charlotte hizo que las noticias fueran incluso más reales.

—Ya no está en mis manos —negó con esa resignación autoimpuesta que lo estaba sacando de quicio—. Por lo que pueda pasar, necesito asegurarme que Lotte va a estar bien, que no estará sola cuando yo…

Gruñó y lo apuntó con el dedo.

—Como lo digas, juro por dios que te rompo la nariz.

Resopló y le miró a los ojos.

—La quiero más que a mi vida, Nolan —le dijo con un sentimiento que hizo que se le encogiesen los intestinos—. Tú mejor que nadie puede entender…

—Charlie te eligió a ti —lo atajó, no quería que siguiese por ese camino.

—Solo porque se lo pedí antes —le aseguró y miró su café—. Pero yo no soy su único amor…

—Chase…

—Por una jodida vez en tu vida cállate y escúchame —su voz sonó fuerte, fría—. Lo sé, lo sé todo, Ágata me lo dijo y me habló de lo duro que fue para ti…

Se tensó al escuchar el nombre de su mentora, saber que ya no estaba consigo, que se había ido le había dejado un vacío que nada había podido llenar.

—Y no fuiste el único que sufrió —continuó implacable—. Lotte también lo hizo, ambos lo hicimos…

—Es tu esposa —le recordó con la misma frialdad.

—Y el amor de nuestra vida —le echó en cara.

Esa era una secreta realidad, una que llevaba mucho tiempo encerrada en su corazón y en su alma. Ambos se habían enamorado de la misma mujer, de la que se convirtió en su mejor amiga, su confidente, pero solo uno había ganado la batalla.

—No quiero volver a verla sufrir, Nolan —insistió—. No quiero que vuelva a estar sola, así que te pido que me prometas algo.

Sus ojos se encontraron una vez más.

—Prométeme que, cuando yo falte, te harás cargo de ella.

Charlotte había sido compañera de los dos en la universidad, la habían conocido en una fiesta de fraternidad y a partir de ahí se habían hecho inseparables. Ella había sido la única mujer, además de Ágata, que había significado algo para él. De hecho, había sido la única culpable de que tocase fondo, de que hubiese perdido el camino hasta que su tutora apareció en escena y le ayudó a enderezarlo.

Se pasó la mano por el pelo. Aquello no podía estar pasando, Chase no podía…

—Tiene que haber algo que se pueda hacer —insistió resistiéndose a aceptar lo inevitable —. Si es por dinero…

Negó.

—No es por dinero…

Apretó la mandíbula. No, aquello no podía pasarle a su hermanastro, no a un hombre que tenía una familia propia.

—No va a pasarte nada, podrás cuidar de ella tú mismo.

—Nolan…

—Joder, ¡no puedo, Chase!

—¡Puedes! ¡Debes hacerlo! ¡Tienes que hacerlo! —estalló y había una angustia en su voz y en su mirada que no había visto nunca antes. Estaba asustado, un hombre tan confiado como Chase y estaba aterrado—. Por favor…

Se pasó la mano por el pelo con abierta desesperación.

—Joder hermano, no me hagas esto —suplicó—. Ya he perdido a Ágata, no puedo…

—Lotte, Nolan —insistió él de manera implacable—. Solo prométeme que nuestra chica no estará sola.

Siseó y lo apuntó con el dedo.

—Te lo prometeré si así te quedas jodidamente tranquilo —resopló hastiado y negándose a afrontar la verdad—. Pero vas a estar mucho tiempo a su lado y al final, los tres nos reiremos de esto.

El alivio cruzó su rostro.

—Gracias hermanito —le agradeció con profundo sentimiento—. Sabiendo que ella te tendrá a ti, podré afrontar lo que haga falta.

Y lo había afrontado, durante casi diez meses, la sombra de la muerte lo había eludido, pero esa fortuna se esfumó el día en que recibió una llamada de teléfono.

—Nolan. —Una voz femenina que conocía muy bien, que se colaba en sus sueños e incluso en sus momentos de vigilia había susurrado su nombre—. Chase… me pidió que… que te llamase, que si le pasaba algo… que yo…

Un agónico sollozo atravesó la línea helándole la sangre.

—¿Charlie?

—¡Se ha ido, Nolan! ¡Chase se ha muerto!

Su hermano pequeño no había podido luchar contra lo inevitable y el aneurisma que le habían detectado se lo llevó dejándole a él huérfano y a Charlotte sumida en el abismo.

CAPÍTULO 1

Un año después…

—¿Quieres explicarme de qué demonios me estás hablando?

Nolan abrió la puerta de su oficina y dejó que Mich Carmody, el afroamericano socio de Crossroad y abogado, pasase al interior. Cerró tras él y atravesó la habitación a zancadas hasta su escritorio.

—Tu hermano Chase dejó una cláusula en su testamento que debía ser leída un año y dos días después de su fallecimiento —le informó posando el maletín sobre una de las sillas de cortesía—. El notario se ha puesto en contacto conmigo para que te hiciese entrega de esto.

Sacó un sobre de rafia y se lo entregó sin mayores ceremonias.

—¿Qué hizo qué? —sacudió la cabeza y recogió el sobre—. ¿Y ahora? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Yo me limito a seguir instrucciones, amigo mío —le informó sentándose en la silla vacía—. Todo lo que sé es que pasado ese periodo de tiempo debía serte entregado ese sobre si se cumplían ciertos requisitos.

—¿Qué requisitos?

—Que su viuda no se hubiese vuelto a casar y que tú estuvieses todavía soltero —se encogió de hombros.

Parpadeó, las palabras se iban filtrando en su cerebro con la misma lenta incredulidad con la que él extraía el contenido del sobre; un pendrive.

—Si se daban esas dos circunstancias, debías recibir eso y hacerlo en presencia de un abogado o notario que certificase la entrega y de testimonio de que sigues las instrucciones que hay en su interior.

Frunció el ceño y puso el sobre boca abajo para que cayese cualquier cosa que hubiese a mayores, lo cual resultó ser una pequeña hoja de papel escrita a mano.

«Si no estoy ahí dándote la lata, por favor, ve el video que va dentro del pendrive.
Te quiero hermanito.
Chase».

Se le hizo un nudo el reconocer la letra de su hermanastro, casi podía escuchar su voz pronunciando esas mismas palabras en voz alta, poniéndole la mano sobre el hombro y apretando como solía hacerlo.

—Cabrón hijo de puta —masculló arrugando el papel con tal fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

—¿Malas noticias?

Levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos color café de su amigo.

—Me ha dejado algo que quiere que vea —siseó cogiendo el pendrive entre los dedos.

El abogado miró el reloj y asintió.

—Se supone que tengo que certificar que lo verás, pero obviamente es algo privado, así que iré a hacerle una visita a tu máquina del café —declaró levantándose—. Cuando termines, avísame.

Apretó la mandíbula ante lo que solo podía considerarse una encerrona, bajó de nuevo la mirada al dispositivo y resopló mientras su compañero abría la puerta de la oficina y llegaban hasta ellos el eco de una airada voz femenina.

—¡Tres semanas! ¡Hice ese maldito pedido hace tres semanas! ¿Cómo es posible que no os figure en la base de datos? —escuchó la voz de su secretaria—. ¡Y a mí que me cuenta! ¡Hacerlo es su trabajo!

Resopló y puso los ojos en blanco ante lo que iba a ser un nuevo día en el infierno.

—¿Todavía no te has deshecho de la fiera? —murmuró Mich en tono irónico.

Resopló y se levantó, rodeó el escritorio y salió de la oficina delante de él.

—No puedo deshacerme de la mujer de mi hermano —siseó, aunque no descartaba la idea de estrangularla—. Le hice una promesa a Chase…

Señaló el pasillo con el pulgar.

—¿Y esa promesa incluía el contratar a una *banshie* para espantar a los clientes?

Se contuvo de responder como deseaba, con una interminable retahíla de insultos.

—No era así —replicó pasándose una mano por el pelo—. Te lo juro, Mich, cuando yo la conocí, no era así. La partida de Chase lo cambió todo.

—¡Haga su jodido trabajo! —Escucharon de nuevo sus gritos—. ¡Si no tengo mañana a primera hora aquí el albarán, ya pueden buscarse a otro comprador!

—¿Cuántos clientes has perdido ya desde que ella atiende el teléfono?

Cerró los ojos y respiró mientras contaba mentalmente hasta diez. Tres meses, Charlie llevaba trabajando con él tres meses y había pasado de querer consolarla a querer matarla.

—Ninguno, aunque parezca una locura, hemos conseguido dos nuevos —aceptó con un resoplido—. Pero la mayoría se niega a hablar con mi secretaria, no la tienen en muy buena estima.

—No me puedo imaginar el por qué —replicó con palpable ironía—. Quizás deberías pedirle a Dani que te eche una mano, nuestra secretaria se ha vuelto una experta en domar fieras.

Lo miró de soslayo.

—Quiero demasiado mis pelotas como para pedirle nada a esa mujer si no está relacionado con la compañía —aseguró con rotundidad—. Prefiero que siga haciendo la labor que ha realizado hasta el momento y que lidie con lo que tiene entre manos.

Su amigo asintió.

—Garret parece mucho más centrado, incluso Trey va con correa cuando ella anda a su alrededor —comentó con gesto admirado.

—Todos andamos con la correa alrededor de Danielle —aseguró con palpable ironía—. Pero no me pienso quejar al respecto. Hacía meses que no tenía que pelearme con el papeleo o adivinar qué citas correspondía a quién en la agenda semanal. No, esa mujer ha llegado como caída del cielo y si de mí depende, se quedará en ese puesto hasta el día del juicio final.

Y era una idea que compartían todos los socios. Su vida se había hecho mucho más fácil desde que la chica se había hecho cargo de todo, podían compaginar sus respectivas profesiones con los turnos en la compañía sin tener conflictos de interés o perder el pelo por el camino.

Los últimos seis meses habían sido un periodo de adaptación para todos, pero sobre todo para la secretaria, quien había empezado a comprender que la *Crossroad Company* era mucho

más de lo que parecía a simple vista.

—Ya lleva seis meses en el puesto, creo que es hora de hablar con Garret y con los demás y decidir si vamos un paso más allá con ella —comentó Mich atrayendo su atención.

—¿El *Purgatorio*?

Asintió. No hubo necesidad de más palabras.

Aquel era el corazón de *Crossroad*, el lugar dónde cada uno de ellos se permitía ser uno mismo, dónde los convencionalismos y las rígidas normas de la sociedad quedaban fuera y sus almas eran libres para expresarse.

Danielle había visto el interior de Garret, había conocido sus demonios y convivía con ellos. Los propios demonios de la mujer no podían ser menos urgentes e inquietantes, lo que la hacía una candidata adecuada para recibir la aprobación de todos los socios.

—Lo hablaré con él…

—¡Sí, y más le vale que así sea!

La airada respuesta femenina le crispó los nervios interrumpiéndole a media frase.

—Sin duda tiene unos buenos pulmones —comentó Mich intentando contener su hilaridad.

Lo miró de reojo y resopló antes de alzar él mismo la voz.

—¡Señorita Squires!

Charlotte Squires era su nombre de soltera, había vuelto adoptarlo cuando aceptó trabajar para él.

Diablos, Chase, espero que te lo estés pasando bien allá arriba porque me has dejado un jodido paquete de problemas aquí abajo.

Cuando le había prometido hacerse cargo de ella no imaginó toda la clase de problemas que se le iban a venir encima con esa mujer. La dulce y cálida muchacha que había sido un día, la tierna y respetuosa esposa, había desaparecido con el paso del tiempo para reencontrarse con esta *banshie* insufrible que le ponía los pelos de punta y la polla dura como una roca.

—¿Me llamaba, jefe?

Pequeña, curvilínea, con el pelo rubio recogido en un elegante y tirante moño y unos grandes ojos azules, era el vivo retrato de la sensualidad y la sobriedad. O al menos lo sería para alguien que no la viese como un apetitoso caramelo, que no reparase en la redondez del culo que contenía la falda, ni de los duros pezones que a veces parecían querer traspasar la blusa o las contorneadas piernas que se imaginaba alrededor de su cintura.

La deseaba, siempre la había deseado y ahora que la tenía buena parte del día pululando por la empresa ese deseo era incluso peor de llevar.

—Sí —respondió con firmeza—. ¿A qué venían esos gritos?

Los llenos y lujuriosos labios pintados de rojo se fruncieron en un pequeño mohín.

—Tenemos un retraso de tres semanas en uno de los envíos y me he encargado de solventarlo —declaró con sencillez, restándole importancia—. Nos lo entregarán mañana a primera hora junto con el albarán.

Arrugó la nariz e hizo memoria.

—¿Suministros Evergreen?

Asintió.

—Estarán aquí a primera hora —respondió con esa fría profesionalidad que hacía que le diesen ganas de sacudirla.

Esta no era la Charlie que él conocía, no era la mujer que él recordaba y su frialdad de un tiempo a esta parte, empezaba a preocuparle de veras.

Había cambiado después del funeral. Si bien al principio se había negado a abandonar su hogar, la casa de Chase, meses después le llegó el aviso de que quería venderla y que iba a mudarse a Florida. Su carácter cambió, si al principio le había pedido ayuda y compañía, después empezó a distanciarse, a revestirse con una coraza de frialdad y a tomar decisiones que, si bien habían sido concienzudamente meditadas, no encajaban con la mujer que él conocía.

—¿Podremos seguir haciendo negocios con ellos en el futuro o debo tacharlos también de la lista?

Esos bonitos ojos azules lo miraron con aburrido interés.

—No se preocupe, señor Every, seguirá contando con ellos.

Se obligó a morderse una ácida respuesta y mostrarse profesional.

—Bien, gracias —respondió y señaló a su acompañante—. Tengo una reunión privada con el señor Carmody, no me pases llamadas.

—Sí, jefe —replicó y parecía notar cierto retintín en su voz.

—Y ya que estás sin hacer nada —le soltó—, baja y tráeme un café doble y una porción de tarta de manzana.

Abrió la boca con intención de responder pero la fulminó con la mirada.

—Ahora.

No le permitió decir nada más, le dio la espalda y empezó a caminar de nuevo hacia la oficina.

—Mich —lo llamó.

El aludido le dedicó un guiño a la mujer y lo siguió.

—¿Estás seguro de que no quieres buscar una nueva secretaria? —murmuró divertido mientras él cerraba la puerta con más fuerza de la debida.

—No —sentenció con sequedad. Volvió a su escritorio, cogió el pendrive y entrecerró los ojos—. Acabemos con esto de una buena vez.

—Puedo esperar fuera… —le sugirió el siempre correcto abogado. Su amigo lo sabía todo de él, como él lo sabía de Mich, el vínculo que había entre los socios de la *Crossroad Company* se basaba en la desnuda confianza.

Negó con la cabeza.

—Sea lo que sea que haya aquí dentro —mencionó insertando el pen en el puerto correspondiente de su ordenador—, no será mucho más de lo que ya sabes de mí.

CAPÍTULO 2

«Tráeme un café doble».

Charlotte fulminó con la mirada la puerta cerrada de la oficina antes de girar sobre los altos tacones y marcharse de allí.

Que le trajese un café. ¡De lo que tenía ganas era de vertérselo en los pantalones y ver cómo se le escaldaban los huevos!

Llevaba tres meses trabajando para él, tres malditos meses en los que no había dejado de arrepentirse de haber aceptado su oferta, noventa jodidos días en los que se había sentido una traidora a la memoria de Chase, pero no podía decidirse a hacer otra cosa, no cuando Nolan era todo lo que le quedaba en un mundo que se estaba haciendo pedazos.

Incluso ahora, un año después de la muerte de su marido, seguía sin ser capaz de asumirlo por completo. La forma en la que se había ido había sido tan repentina, tan… increíble… que se había negado a creer que era verdad.

La habían llamado a media tarde del hospital en el que trabajaba su marido, lo había hecho uno de sus compañeros, alguien a quien conocía bien, con quién solían salir a divertirse, a quién había recibido en casa y había sido incapaz de creerle. Se había negado a hacerlo.

No sabía cómo había llegado al hospital, no sabía cómo había terminado delante de aquella camilla en la que descansaba un cuerpo cubierto con una sábana y tampoco sabía cómo había salido de allí, cogido el teléfono y llamado a Nolan.

Horas, días, ignoraba el tiempo que pasó sentada en una silla de plástico en alguna sala de espera, solo recordaba la presencia de ese hombre, de pie a su lado y como sus labios se habían articulado para decirle que Chase ya no estaba con ellos, que se había ido.

El hermanastro de su marido se había hecho cargo de todo a partir de ese momento. Pasó el funeral, el entierro y se encontró en una enorme casa esperando a que él entrase por esa puerta, que alguien le dijese que era una enorme broma del destino y que Chase estaba vivo.

«Prométeme que si algún día necesitas ayuda y, por el motivo que sea yo no estoy, acudirás a Nolan».

Cerró los ojos rememorando su presencia y el momento exacto en el que le había dicho aquellas palabras. Había sido en las últimas Navidades que pasaron juntos, tendidos en la alfombra delante de la chimenea, desnudos, disfrutando de ese delicioso momento post orgasmo. El inesperado comentario la había hecho reír.

—¿Piensas irte de vacaciones sin mí o algo?

La palma abierta había caído contra sus nalgas enviando un rápido picor que la hizo saltar.

—Traviesa —chasqueó con ese tono sexy y dominante que hacía que se derritiese por dentro—. ¿Dónde ha quedado el respeto hacia tu marido?

Su respuesta fue menear el trasero.

—Te gusta demasiado mi culo, admítelo.

Bajó por su espalda, besándole la columna hasta llegar a la parte superior de sus nalgas y pegarle un mordisquito.

—*Touchè* —ronroneó besando al mismo tiempo el lugar que había mordido.

Entonces se había quedado en silencio, acariciándola, escuchando crepitar la leña de la chimenea mientras el calor contribuía a adormecerla.

—Prométeme que lo harás, Lotte —su voz era seria y captó de inmediato su atención.

—¿Qué ocurre? —se había girado a él—. ¿Le ha pasado algo a Nolan?

Su abierto nerviosismo hizo que la atrajese contra él y la tumbase sobre su cuerpo.

—No, no, él está bien —la tranquilizó—. Es solo que no quiero que estés sola si da la casualidad que no estoy en casa, que tengo que ausentarme o… —sacudió la cabeza y tiró de su pelo, acercándola a su boca—. Solo prométeme que lo buscarás en caso de que yo no pueda estar contigo.

Se afirmó en las manos, empujando para incorporarse.

—¿Por qué no habrías de estarlo? Chase, ¿qué pasa? —la había puesto nerviosa—. ¿Qué no me estás contando?

Pero él la había callado con un húmedo beso que solo rompió para susurrarle al oído.

—Quieres a mi hermano y ambos lo sabemos —deslizó los dedos en su húmedo interior —, le permitirías hacer esto si yo no estuviese aquí.

Gimió e intentó acercarse más a él.

—Me casé contigo, no con Nolan.

Se rio y empujó los dedos en su interior.

—Si él hubiese estado dispuesto, tú nos habrías aceptado a los dos —le mordisqueó la oreja—. Habríamos sido un matrimonio de tres.

Se estremeció.

—No digas tonterías…

—Y no me hubiese importado —continuó ignorando sus protestas—. Habría disfrutado de verte en sus brazos, de escucharte gritar mientras él follaba este delicioso coñito…

—No, para —protestó, pero estaba caliente, sus palabras la ponían muy caliente.

—…solo para poner mi polla en este dulce agujerito —le acarició la entrada del ano con la punta del dedo haciéndola gemir de nuevo—. Sí, esta es mi Lotte, mi preciosa y hambrienta Lotte…

Jadeó ante la oscura estimulación, mordiéndose el labio para no gemir ante los juegos de su marido. Él era el culpable de alimentar a los demonios que habitaban en su interior, la había moldeado, la había arrancado de la seguridad para lanzarla sin paracaídas a un mundo de sensualidad que no debía de querer, que no debía de ansiar con tanta desesperación como él mismo.

—No —insistió jadeando en su boca—. No vas a marcharte jamás de mi lado, así que nunca estaré sola.

Pero ni sus palabras ni el ferviente deseo que existía en ellas pudo hacer que él se quedase a su lado, nada evitó que Chase la dejase sola.

Esa mañana se había despedido con un beso largo y caliente, una promesa de lo que vendría cuando volviese a casa, pero nunca había vuelto. En un abrir y cerrar de ojos había pasado de ser una satisfecha y amada esposa a quedarse viuda, de ser una persona optimista y valiente porque él estaba a su lado, a hundirse en la negación, la desesperación y perder la esencia que la caracterizaba.

Habían sido unos meses infernales, se encerró en casa, se negó a hablar con nadie, a salir, perdió incluso el trabajo y posiblemente se habría dejado morir si el hermanastro de su marido no se hubiese presentado allí y la hubiese espabilado.

—¡Él ha muerto, pero tú no! ¡Maldita sea, Charlie! ¡Reacciona!

—¡Quiero irme con él! ¿Es que no lo entiendes? ¡Quiero irme con él! ¡Quiero…!

—¡No! —la había sacudido con fuerza, obligándola a mirarle a los ojos, a ver el dolor y la

rabia en ellos—. He perdido a mi hermano, a Ágata, no puedo perderte también a ti. Así que muévete, señora Every, ya es hora de que despiertes.

Lo había hecho, no le había quedado otra salida que hacerlo y con su extraño despertar, habían llegado las decisiones, su cambio de actitud y esa coraza con la que se había vestido para poder seguir adelante.

Vendió la propiedad en la que había vivido desde que se casó y se mudó a un solitario piso, se deshizo de todos los recuerdos excepto de aquellos de los que no podía separarse y estaba dispuesta a trasladarse a Florida cuando Nolan se lo prohibió de forma tajante y la arrastró con él a Nueva York.

—No voy a dejarte sola en Florida, olvídalo.

Bufó y puso los ojos en blanco.

—No puedes pasarte toda la vida cuidando de la viuda de tu hermano.

—No tendré que hacerlo porque tú vas a encargarte de tu propio culo —le había dicho mirándola de arriba abajo—. Ya es hora de que te pongas a trabajar y, mira por dónde, tengo el puesto perfecto para ti.

—No voy a aceptarlo.

—Lo harás —había sentenciado entonces—. Le prometí a Chase que me ocuparía de ti y puedes apostar el puto culo a que lo haré.

Y Nolan siempre se tomaba las promesas muy en serio, a punto de ser desquiciante cosa que había comprobado durante estos tres meses que llevaba ejerciendo de secretaria. Había salido de un infierno solo para caer en otro mucho más caliente, uno en el que le daba demasiado placer quemarse.

Echó un último vistazo hacia la puerta cerrada de la oficina y salió a cumplir su encargo.

Podía estar continuamente irritada con él, querer retorcerle los huevos, pero al final del día, cuando volvía a casa y se quitaba esa armadura, cuando se metía sola en la cama, eran dos hombres en los que pensaba, los mismos de los que se había enamorado cuando no era más que una ingenua veinteañera.

Chase había sido un buen marido, un maravilloso amigo y un exigente amante que despertó el hambriento demonio que vivía en su interior, alimentándolo y dándole aquello que deseaba solo cuando él lo deseaba. Nolan se había convertido con el paso de los años en un deseo prohibido, un anhelo descarnado que le había provocado demasiados dolores de cabeza, de hecho, el último de ellos en forma de café y tarta de manzana.

—Café doble y tarta de manzana —repitió en voz baja—, ojalá y se te atraganten.

Cuando perdió a Ágata, Nolan pensó que el suelo bajo sus pies nunca más dejaría de moverse. Había sido como perder una parte de su corazón, otra más, pero Chase había estado allí apoyándole, acompañándole, guardando luto interiormente por la extraordinaria mujer. Él no le había permitido venirse abajo, lo había aconsejado y le había ofrecido su apoyo, instándole a mantenerse en pie a compartir su dolor con los únicos que podían entenderlo; los otros hombres de *Crossroad*.

Y ahora, ese hombre que lo había aconsejado, que lo había querido y acompañado, le pedía a través de un vídeo que hiciese lo mismo por él.

Era incapaz de apartar la mirada de la pantalla congelada con la imagen de Chase. El verle, el escuchar su voz había sido como un golpe en el estómago, un recordatorio del amor que

había sentido por su hermano, de lo mucho que lo añoraba y un recordatorio de una promesa por cumplir.

—Nolan. —Mich posó la mano sobre su hombro y se la apretó—. Te dejaré a solas para que puedas… tomar una decisión.

Su amigo, su hermano de armas, quién sabía lo que dolía una pérdida como la suya, le había acompañado en ese duro trance sirviéndole de apoyo. Ahora, como un hombre de tacto y sabiendo que necesitaba de un momento a solas, se retiraba.

—Y recuerda, hermano —le dijo—. La *Crossroad* abre siempre sus puertas ante la necesidad, para guiar a aquellos que han perdido el camino.

Tomar una decisión. Chase había vuelto desde el otro mundo para obligarle a hacer eso y entregarle en bandeja de plata aquello que siempre había deseado; a Charlotte.

La puerta de la oficina se cerró tras la salida de Mich dejándolo solo con el pasado y su propia palabra. Extendió la mano y volvió a reproducir el mensaje, sintiendo como se le encogían las entrañas al escuchar de nuevo su voz.

«Si ahora mismo estás viendo mi cara quiere decir que no me has hecho todavía tío y que nuestra mujer no ha avanzado como tenía la esperanza de que lo hiciese».

Lo vio suspirar y componer una mueca de resignación.

«Cuando Ágata partió, te dije que nos tenías a Lotte y a mí. Nunca supiste que te estaba ofreciendo lo que siempre habías querido o quizá, preferiste ignorarlo.

Nuestra chica siempre ha sido especial, tiene un corazón lo bastante grande para dar cabida a dos hombres. Una vez le dije que te buscara si te necesitaba, fui un cobarde, lo que realmente quería decirle era que fuese a ti si te amaba. Y lo hace, hermanito, nuestra pequeña Charlotte te ama tanto como me ama a mí.

Es una mujer excepcional en muchos aspectos, pero también es insegura y esa inseguridad la ha llevado a marcarla por dentro, a hacer que le cueste abrirse a los demás y sobre todo a sus verdaderos y más profundos deseos. Me ha llevado tiempo y esfuerzo sacarla de ese cascarón, moldearla y que acepte que sus deseos son tan válidos como los de cualquier otra mujer con sus apetitos.

Charlotte necesita guía, mano dura y también ternura, sé que tú podrás tutelarla tan bien o mejor de lo que lo he hecho yo, que la comprenderás, la cuidarás y la amarás como ningún otro hombre puede hacerlo.

Mi mayor temor es que se pierda a sí misma, que se hunda en la melancolía y vuelva a escapar de la realidad. Es por eso por lo que te pido, a ti por encima de todos los demás, que la aceptes en tu vida, que la acojas en tu mundo y le enseñes el sendero correcto a la mujer que ambos amamos. Sé que ella estará bien siempre y cuando esté a tu lado, como también sé que tú lo estarás al de ella.

Cuídala y quiérela tanto como la he amado y la amo yo, pues allí dónde me encuentre, haré lo que esté en mi mano para cuidar de los dos».

Apagó la pantalla y quitó el *pendrive* incapaz de seguir viendo o escuchando más.

Le había prometido a su hermano que cuidaría de ella pero ¿se atrevería a ir más allá de su promesa y ser egoísta? ¿Se atrevería a reclamar a esa pequeña mujer que lo volvía loco cada día?

Traerla a la empresa había sido un movimiento estratégico, le había ofrecido un trabajo para mantenerla cerca, con lo que no había contado entonces era con lo que esa criatura provocaría en su tranquila vida.

Habían adoptado el papel de jefe y secretaria, ¿sería capaz de encontrar ahora un resquicio en esa relación que le permitiese hacer lo que Chase le había pedido?

«Charlotte necesita guía, mano dura y también ternura, sé que tú podrás tutelarla tan bien o mejor de lo que lo he hecho yo, que la comprenderás, la cuidarás y la amarás como ningún otro hombre puede hacerlo».

Tutelarla. Esa palabra tenía una connotación muy distinta dentro de la *Crossroad* y maldito fuera allí dónde estuviese, su hermanastro lo sabía.

Chase le había dado luz blanca para conseguir lo que llevaba tanto tiempo deseando, tener a Charlotte en su vida y en su cama.

CAPÍTULO 3

Charlotte dejó el café sobre el escritorio y apartó de su camino un par de carpetas para poder posar el plato con la ración de tarta de manzana. Ese hombre tenía un serio problema con todo lo que fuese dulce. Era una de esas pequeñas cosas que había aprendido durante los meses que llevaba trabajando para él. Mientras prefería el café oscuro y solo, le gustaba acompañarlo con algo dulce y aquella tarta parecía ser su favorita.

Sentado detrás de la atestada mesa, con la pantalla del ordenador en la esquina de la ele y la impresora enterrada bajo un montón de muestras, era difícil encontrar algo. Sin embargo, Nolan parecía ser capaz de sobrevivir bajo ese caos, de hecho, había puesto el grito en el cielo cuando le ordenó la mesa por primera vez solo para resignarse después al ver que sus gritos no la habían disuadido de hacerlo en cada ocasión.

—De verdad, no sé cómo puede encontrar nada en semejante caos, jefe.

Se había acostumbrado a tratarle como a su jefe, a separar lo personal de lo profesional, aunque a veces esa línea era tan fina que no sabía si quería estrellarle una maceta al hombre o al jefe.

—Todo está dónde necesito que esté —respondió sin mirarla. Estiró la mano y esos largos y gruesos dedos se cerraron alrededor del vaso.

Puso los ojos en blanco y optó por no decir nada más. Tenía trabajo que hacer, facturas que tenía que archivar y otras cosas que la mantendrían ocupada hasta el final de la jornada. Hoy se había traído la comida hecha y no veía el momento de abandonar esas cuatro paredes y disfrutar de unos minutos para sí misma, sobre todo después de la visita del abogado de su difunto marido que había tenido dos días atrás.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado sus pensamientos y dio media vuelta dispuesta a continuar con la jornada, pero no llegó a tocar siquiera el pomo cuando la detuvieron sus palabras.

—Charlie, ¿has tenido últimamente noticias del abogado de Chase?

La pregunta la cogió por sorpresa, se giró hacia él y se encontró con sus ojos por encima del vaso de café que ya estaba degustando.

—Te ha contactado, ¿no?

Entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—¿Por eso estaba aquí Mich Carmody?

Sabía que el abogado era un buen amigo de Nolan y también el que llevaba todos los asuntos legales.

—¿También ha dejado algo para ti?

La visita del hombre que llevaba todos los temas legales de su marido y que se había encargado de gestionar el traspaso de sus bienes así como la lectura del testamento, la había cogido por sorpresa. El primer aniversario de la partida de Chase se había producido hacía apenas un par de días y él la había llamado entonces pidiéndole que acudiese a su oficina.

Miró a Nolan, quién había dejado el café sobre la mesa y la observaba.

—Estuve el lunes en el despacho del abogado —le informó con un ligero encogimiento de hombros—, me dejó una carta de su puño y letra.

Una que seguía encima de la mesa del salón, intacta, como un silencioso recordatorio del

hombre que se había ido. Aquella era una de las cosas que solía hacer en vida, uno de sus particulares e íntimos juegos, así que se había visto incapaz de abrirla; no estaba preparada para enfrentarse a su recuerdo.

—No la has abierto.

¿Por qué tenía que ser siempre tan transparente para él? Daba igual con qué coraza se vistiese, siempre conseguía ver a través de ella.

—No, no lo he hecho —aseguró con una rotundidad nacida de la incomodidad.

Suspiró, se inclinó hacia delante cruzando las manos sobre la mesa y su semblante perdió parte de esa actitud «yo soy el jefe tú la secretaria» con la que se solía envolver en su presencia. Era como si ambos estuviesen siempre con las espadas en alto, esperando a ver quién era el que asestaba el primer mandoble.

—¿Estás bien?

La pregunta la sorprendió y pellizcó esa parte de sí misma que seguía herida, sola y la cual lloraba cada noche en la soledad de su cama.

—Tan bien como puede estarlo alguien después de perder al amor de su vida —soltó sin pensar. Chase había sido su mundo, en muchos aspectos de los que no quería hablar ni pensar, él la había rescatado pero no había sido suficiente y el hombre que estaba ahora delante de ella era el único culpable—. Le echo de menos… eso es todo.

—No, no es todo y ambos lo sabemos —aseguró con su habitual franqueza—. No debes avergonzarte por extrañarle, Charlie, yo mismo lo hago.

Lo miró y sacudió la cabeza.

—No se puede vivir eternamente de los recuerdos, ¿no es eso lo que me dijiste una vez? —comentó haciendo alusión al día en el que la había arrancado de su autodestrucción para ponerla en movimiento—. Pero ¿cómo no hacerlo si insiste en volver de una manera o de otra?

—Él solo quería lo mejor para ti, por encima de todo, quería que fueses feliz…

—Entonces debió de quedarse a mí lado y no morirse —escupió rabiosa con el hombre que la había abandonado—. Debió haberme dicho que estaba enfermo, que esa maldita cosa podía romperse en cualquier momento y…

—¿Y de qué habría servido? —la interrumpió—. Si te lo hubiese dicho, te habrías consumido de la preocupación...

Se negó a seguir con aquella conversación. Sacudió la cabeza y respiró profundamente para rearmarse.

—Ahora ya da igual —declaró tajante, pero sabía que sus palabras no eran más que una jodida mentira—. Él se ha ido y yo sigo aquí. De hecho, tengo trabajo que hacer.

No esperó réplica, dio media vuelta y abrió la puerta dispuesta a salir por ella.

—No puedes pasarte la vida huyendo, Charlotte —pronunció su nombre completo.

Se giró lo justo para mirar su propio hombro.

—No, supongo que no.

Salió por la puerta y cerró tras de sí sin decir una sola palabra más.

Nolan siseó en voz baja nada más verla abandonar la oficina. Esa mujer se estaba hundiendo en el fango, estaba perdiendo la batalla consigo misma y lo hacía delante de sus ojos. Se llevó la mano a la cara y se masajeó la barbilla, le dolía la mandíbula de la fuerza con la que la apretaba para mantener la rabia que sentía ahora mismo en su interior bajo control.

La estaba perdiendo, estaba perdiendo a esa díscola gatita a pasos agigantados y no había hecho una mierda por evitarlo. La lealtad que tenía para con Chase lo había llevado a cumplir su promesa al pie de la letra, había cuidado de ella, pero lo había hecho como la mujer de su hermano, no como la que él deseaba.

«Mi mayor temor es que se pierda a sí misma, que se hunda en la melancolía y vuelva a escapar de la realidad. Es por eso por lo que te pido, a ti por encima de todos los demás, que la aceptes en tu vida, que la acojas en tu mundo y le enseñes el sendero correcto a la mujer que ambos amamos».

Respiró hondo al recordar las palabras que le había dedicado en el vídeo, la firmeza y la fuerza que había en cada una de ellas y la confianza, sobre todo la confianza en que haría lo correcto, en que tomaría como suyo aquello que se había negado anteriormente.

Hizo a un lado los papeles de la mesa hasta encontrar el teléfono, descolgó y, tras una momentánea vacilación, marcó.

—Soy Nolan —anunció nada más escuchó descolgar al otro lado—. Tenemos que hablar.

Solo existía una forma de atajar todo aquello y era una que debía afrontar por el bien de ambos.

CAPÍTULO 4

Charlotte encendió la luz y dejó caer las llaves en el recipiente de la entrada.

—Hogar dulce hogar —suspiró quitándose los zapatos y dejándolos tirados a un lado.

Estaba cansada, agotada tanto física como emocionalmente, algo que venía siendo habitual cuando se enfrentaba con Nolan. Todo lo que deseaba ahora era desnudarse y sumergirse en una bañera de agua caliente y sales perfumadas, no le haría tampoco ascos a un masaje, pero no era algo que pudieses pedir en modo servicio a domicilio, como las pizzas.

—El SPA tendrá que esperar al menos hasta el fin de semana, si es que sobrevivo —murmuró para sí.

Abandonó el recibidor y pasó al salón, el sobre que le había entregado el abogado dos días atrás seguía en el mismo lugar. Lo miró, quizá incluso le puso más atención de la que le había prestado hasta el momento y la culpa era del maldito y sexy hombre con el que tenía que vérselas todos los días en la oficina.

¿Cómo había sabido de la visita del abogado? ¿Chase le habría dejado también algo a él?

Su difunto marido adoraba a su hermanastro, si bien era el menor de los dos, sabía que había ejercido en más de una ocasión como el mayor, en especial tras la muerte de Ágata. Ella había sido un pilar importante para Nolan o eso es lo que le había dicho Chase en un inesperado arranque de celos por su parte. En vez de enfadarse, de sentirse traicionado por su explosión, por sus abiertos sentimientos hacia el hombre, se había reído y, tras volverla completamente loca con sus artimañas en la cama, le había hablado de la mujer y de su oportuna llegada a la vida del contratista.

«Ella se ha convertido en su tabla de salvación, traviesa. Ha impedido que se hundiese y le ha mostrado el camino correcto a seguir. El amor puede presentarse de muchas maneras, en muchos niveles, pero solo aquel que es sincero y busca el bien para la otra persona, es el que puede considerarse verdadero».

La había apaciguado con sus palabras, con sus gestos y no le había quedado otra que aceptar que esa misteriosa mujer a la que apenas había visto un par de veces era lo que Nolan quería y que junto a ella sería feliz.

Pero la muerte vino a llamar también a su puerta y, uno de los hombres más fuertes que había visto en su vida, cayó a sus pies, abrazado a su cintura, llorando por la pérdida de alguien amado. Chase había estado con ellos, había compartido el dolor de su hermano mientras ella lo abrazaba y lloraba con él.

Miró de nuevo el sobre, en la parte central estaba su nombre escrito de su puño y letra, la misma inclinación, los mismos giros… Conocía muy bien la letra de Chase pues había hecho una costumbre el escribirle cartas y notas, convirtiéndolo todo en un excitante juego entre los dos.

—¿Qué quieres de mí, Chase? —murmuró caminando hacia el sobre—. Te has ido, me has dejado sola, ¿por qué insistes en volver para atormentarme?

El abogado la había recibido en su despacho y le había pedido disculpas por importunarla de aquella manera, pero había una cláusula en el testamento que estipulaba que debía serle entregada esa carta al año de su fallecimiento, siempre y cuando no hubiese vuelto a contraer matrimonio.

Acarició el sobre con las yemas de los dedos y se lamió los labios.

Reconocía ese tacto, reconocía el papel, ese peculiar sobre con papel plisado y color cereza que solo utilizaba para una cosa: su código íntimo.

Él había creado un excitante juego para los dos, uno en el que su voluntad estaba atada a esas cartas desde el momento en que las abría, dónde encontraría las instrucciones exactas que debía seguir y las cuales le habían permitido encontrar una libertad que no podía comprender mucha gente.

—Te echo tanto de menos —musitó—, y sé que no soy la única. Oh, Chase, ojalá pudieras decirme qué debo hacer, cómo enfrentarme a esto que me consume y que hace que quiera estrangularle al mismo tiempo que devorarle.

Tenía miedo. Miedo de sí misma, de quién era, de en quién se había convertido y sin la guía que la había mantenido a flote, sentía que cada vez se hundía más y más. Ya no era la inocente e ingenua chica de antaño, no era la universitaria que se había acostumbrado a salir con dos hermanos, con los que se había llegado a sentir como confidente para terminar amándolos a los dos y obligándose a escoger solo a uno.

«Una copa de vino tinto, dos onzas de chocolate y una vela de vainilla encendida. Cuando tengas todo eso listo y dispuesto, vístete solo con la bata de seda y abre la carta».

Instrucciones llegadas del pasado, palabras formuladas con una caricia sensual y erótica, el código de aquel juego de mensajes.

—De acuerdo, amor —musitó cogiendo el sobre y apretándolo contra su pecho—, pero primero vas a permitirme que me dé un baño, porque si no me caeré redonda en el suelo y terminaré durmiendo sobre la alfombra.

Sonrió para sí y volvió a dejar la carta en el mismo lugar para darse ese merecido baño de inmersión al que no quería renunciar.

El aroma de la vela perfumaba el salón, se había puesto una camiseta de las que utilizaba para dormir, los calcetines y se había acurrucado en el sofá con una copa de vino en las manos. El chocolate la esperaba encima de un platillo, dos onzas perfectas y deliciosas listas para ser degustadas. Tomó un sorbo de vino, dejó la copa a un lado y se metió una onza de chocolate en la boca, saboreando el pecaminoso dulzor mientras rasgaba el borde del sobre.

El papel en su interior era el mismo que utilizaba entonces, de tacto apergaminado sobre la que destacaba una pulcra escritura. Desdobló la única hoja que había en su interior y se estremeció al leer ya solo la primera línea.

«Mi dulce traviesa».

Así era como la llamaba siempre en sus cartas, en sus momentos de intimidad y el recuerdo le acarició el alma.

Se obligó a tragar y movió en la boca el chocolate que se iba deshaciendo sobre su lengua en un intento de encontrar la energía necesaria para seguir leyendo.

«Siento no poder estar ahí ahora mismo para perderme en tus ojos y probar tus labios. Espero que estés disfrutando de nuestra pecaminosa consigna, brinda por mí y cómete también mi onza de chocolate, por favor, no dejes ni las migas».

Rio, no pudo evitarlo. Podía verle a través de sus palabras, imaginar sus gestos y dolía casi tanto como la animaba.

«Si estás leyendo estas letras es porque has tomado una decisión que sabes que yo no aprobaría. Has optado por enfrentarte a la vida sola y, si bien es algo que me enorgullece,

también me preocupa».

Se llevó el pulgar a la boca y se mordió la uña.

«Has sido y serás eternamente mi vida, no importa si ya no estoy a tu lado, haré hasta lo imposible por velar por ti allí dónde me encuentre. Por ello te escribo esta carta, porque te conozco, porque conozco tu alma y sé lo frágil que eres en ocasiones, así como también lo fuerte que puedes llegar a ser. No eres una mujer que florezca en la soledad, Lotte, necesitas de compañía, una presencia en tu vida y ya es hora de que la obtengas.

Tenía que haber arreglado las cosas de otra manera, tenía que haberte impuesto a alguien, pero sé que eso solo haría que te escondieses en tu interior y renegases de quién eres en realidad, de lo que eres; una mujer hermosa, sensual y que necesita ser guiada y sobre todo amada».

Se le secó la garganta, cada frase que avanzaba era como escucharle en su cabeza, como tenerlo justo allí hablando en voz alta.

«Así que he ideado un juego».

Sacudió la cabeza con una firme negativa.

—No, Chase, no… —se atragantó, se obligó a tragar y a no estrujar el papel—. No puedes…

«Quiero que aceptes el siguiente desafío, traviesa. Quiero que juegues, que disfrutes, te abras por completo y lo hagas en un entorno dónde estarás segura, serás cuidada y sobre todo, te comprenderán».

—¡No!

Soltó la carta como si le quemase, miró el papel ahora caído en el suelo, pero era incapaz de apartar la mirada de las letras, le quemaban los dedos por la necesidad de saber, de ver lo que seguía a continuación.

—Joder, Chase —gimió y se estiró para recuperar el papel.

«Esta vez vas a jugar sin mí, pero no quiere decir que no esté presente. Lo estoy desde este mismo instante. Estaré presente en cada paso que des, en cada decisión que tomes y en cada noche que he dispuesto para ti. Será mi mano la que te guíe cada noche hasta la puerta, la que gire ese picaporte y te deje en las manos adecuadas».

Sacudió la cabeza una y otra vez, sus labios musitando una continua negativa que se diluía bajo la inexplicable sensación de ardor y excitación que le provocaban así mismo esas palabras.

«Jugarás por y para mí. Aceptarás los deseos del tutor que he elegido para ti, sus palabras serán ley, sus órdenes tu consigna a seguir y el deseo la única recompensa que quiero para ti. Disfrutarás, te abrirás al placer, a su placer y al tuyo propio».

Se levantó de golpe.

—¡Has perdido un tornillo! —le gritó al papel—. ¡No puedo! ¡No jugaré sin ti! ¡Siempre hemos estado juntos! ¡Siempre!

Incluso cuando decidía invitar a un compañero de juegos, él siempre estaba presente, su placer inflamaba el suyo, hacía que la oscura pecaminosidad que vivía en su interior fuese correcta y se sintiese maravillosamente bien aceptando el placer que le daban. Pero esto, esto era distinto, era…

—Oh dios…

«Sé que estarás furiosa, lo más probable es que estés incluso soltando sapos y culebras por la boca, pero lo harás, Lotte. Jugarás y lo harás única y exclusivamente con el Tutor que he elegido para ti».

Se le secó la boca.

«No voy a privarte de la posibilidad de decidir, no sería justo puesto que no estoy ahí para discutir las cosas contigo. Así pues, tuya es la última palabra y dejo en tus manos la elección de jugar a esta última carta.

Hazme sentir orgulloso, mi pequeña traviesa y sobre todo, no olvides que te quiero, que cada una de mis palabras, acciones y decisiones están dispuestas para darte aquello que necesitas. Mi amor es tuyo incluso en la muerte, pero tu felicidad debe llegar en vida, no de los recuerdos, ni de la nostalgia y mucho menos del dolor. Ten confianza en ti misma, Lotte y tendrás al hombre que desees a tus pies».

No podía respirar, apenas podía asimilar lo que decían esas letras que bailaban ante sus ojos. Era él, cada una de esas palabras, cada frase, cada intención era de Chase, la forma en que la mantenía alerta, en la que tomaba las decisiones era solo suya.

Acarició la cara principal escrita y le dio la vuelta al papel solo para encontrarse una pequeña continuación en forma de un párrafo.

«Si decides jugar, llama al teléfono que adjunto al final de la carta y dales tu nombre; Charlotte Every. Pero si tu decisión es abandonar, haz que la llama de la vela consuma esta cara y el fuego se lleve el último de nuestros juegos.

No permitas que pase el tiempo, no alargues innecesariamente una elección, solo tienes las horas que te conceda la cera de la vela así que utilízalas bien.

Eternamente tuyo,

Chase Every».

Acarició su nombre con reverencia, las lágrimas que no sabía ni que brotaban de sus ojos humedecieron el papel.

—Chase —murmuró su nombre—. ¿Qué me has hecho, Chase? ¿Qué me has hecho?

La vela titiló frente a ella, reflejándose en la copa de vino que seguía sobre la mesa en una silenciosa pregunta a la que tendría que dar respuesta.

CAPÍTULO 5

Dos días después…

—Dani, cariño, ¿dónde demonios está la agenda con las citas de esta semana?

Nolan acababa de salir del ascensor cuando escuchó la voz de Brian, el bombero estaba registrando la mesa de la secretaria lo cual nunca daba buenos resultados.

—¿Te has molestado en mirar dónde te dije que la dejaba? Es decir, justo delante de tus narices y por debajo de la revista de coches que estabas ojeando —replicó la aludida apareciendo por el pasillo montando una A-Z—. Y saca las manos ahora mismo de mi mesa o te quedas sin ellas. Buenas tardes, Nolan.

Su compañero levantó la mirada y sonrió de soslayo al verlo, estaba claro que le encantaba molestar a la chica.

—Buenas tardes, Danielle —la saludó. Él era uno de los pocos miembros de la compañía a quién trataba con educación y cortesía—. ¿Garret ya ha bajado?

Había hablado con los socios un par de días atrás para exponerles el actual caso y obtener su opinión.

—Te está esperando en la sala de juntas —le informó dejando la carpeta de cartón sobre la mesa—. Camden no puede venir, ha llamado disculpándose y me ha pedido que te transmita, cito textualmente «estoy con lo que diga la mayoría».

—Ha tenido un problema en el restaurante, por lo que me ha comentado Mich —añadió su compañero—. Nada grave, pero lo suficiente importante para que se pierda la reunión.

Asintió. Hoy era una de las noches fuertes en el local que poseía el chef, así que no le sorprendía.

—Tenemos que ir a cenar un día al restaurante de Camden, Dani —le dijo el chico girándose ahora hacia ella.

—¿Te parece poco el tener que aguantaros durante mis horas de trabajo que quieres condenarme a hacerlo también durante mi tiempo libre? —replicó con gesto divertido.

—A Garret lo soportas.

—A él me lo tiro, a ti no —le soltó con absoluta franqueza—. Y además de trabajar para Crossroad, también ejerzo de asistente personal para el señor violinista.

Resopló.

—Joder, quiero una asistente personal así.

La chica le palmeó el brazo.

—Suerte con ello, *cowboy* —le dijo y desapareció dentro de la oficina.

—Esa gatita es dinamita.

—Y te explotará en la cara en forma de puño como Garret se canse de tus impertinencias con ella.

Puso los ojos en blanco.

—Me preocupa más la violencia de su alter ego —aseguró con un bufido.

Garret padecía trastorno de identidad disociativo y su segunda personalidad era de todo menos amable.

Sacudió la cabeza y vio salir de nuevo a la secretaria llevando la mentada agenda en las manos.

—Aquí tienes la agenda, jefe —canturreó con obvia mofa—. Recuerda que tienes una cita esta misma noche a las nueve. Me pediste que la apuntase la semana pasada y que te la recordase, así tuviese que darte con la agenda en la cabeza.

—Gracias, cariño, ¿qué haríamos nosotros sin ti?

Danielle llevaba más de seis meses trabajando ya para ellos, el mismo tiempo que llevaba de relación con su violinista. No dejaban de ser una pareja de lo más variopinta, sobre todo por los demonios existentes en cada uno de ellos, pero por el momento parecían estar bien juntos.

Si había alguien a quién había destrozado por completo la muerte de Ágata, ese había sido Garret, su pérdida lo había ahogado por completo dejando a Trey la batuta de su vida durante mucho tiempo. Ahora, gracias a esa mujercita, su amigo parecía empezar a despertar de su letargo y reconducir su vida en el camino correcto.

—Sí. —El bombero empezó a frotarse la barbilla con gesto pensativo. Su previo humor dio paso a una notoria seriedad, algo que solo veías en él cuando su mente se ponía en modo trabajo—. Es la criatura de la semana pasada.

—¿Tiene otra cita esta semana? —se interesó. No era nada usual que Brian se tomase más de una noche con los clientes de la compañía.

Asintió y ni siquiera sonrió.

—La necesita —declaró en voz baja, entonces cerró la agenda y se giró hacia la secretaria —. Dani, haz una reserva para dos en el Avalons.

—Reserva en Avalons, hecho —le confirmó. Entonces lo miró a él—. ¿Queréis que deje hecho café por si la reunión se alarga?

Ella no se ofrecía a preparar café a menos que detectase que se trataba de algo importante.

—No —negó, entrecerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro—. Haz esa reserva y ven a la sala de juntas.

La petición sorprendió tanto a la chica como a Brian.

—¿Estás seguro?

Si se lo hubiesen preguntado hacía un par de meses, habría tenido dudas al respecto, pero después de hablar con Garret, ambos habían llegado al mismo punto; era hora de poner a prueba a su secretaria.

—Sí.

Él asintió y se giró a la chica.

—Bueno, amor, parece que vas a conocer el verdadero corazón de la *Crossroad Company.*

La muchacha parpadeó, los miró de uno a otro y tragó.

—Haré esa reserva y me reuniré con vosotros en la sala de juntas.

—Bien.

Era hora de abrir las puertas del *Purgatorio* una vez más.

—Entonces, vas a iniciar las sesiones con ella —comentó Garret repantingado en su silla —. Te ha llevado tiempo decidirte.

—Estoy seguro de que le habría llevado más si alguien no le hubiese pegado una patada en el culo —comentó Mich dedicándole una mirada irónica.

—¿Quién? —se interesó Garret.

—Chase.

Brian enarcó una ceja.

—¿Qué hiciste? ¿Consultar a una médium?

Puso los ojos en blanco.

—No hizo falta, el hijo de puta le mandó un vídeo desde el más allá —replicó mordaz.

—¿Cómo? —El bombero parecía divertido con la situación.

—Le dejó una grabación con el abogado que debería serle entregada tras el primer aniversario de su fallecimiento a condición de que todavía estuviese soltero y disponible.

Garret dejó escapar un silbido.

—A eso le llamo yo joder a alguien desde el otro lado —aseguró el violinista—. ¿Y el contenido de ese vídeo tiene que ver con esta decisión?

—Mayoritariamente —aceptó y se pasó la mano por el pelo—. Mi hermano siempre ha tenido una forma muy peculiar para mantener a todo el mundo a su alrededor en vilo.

—Esto es para que te dé un ataque al corazón y vayas a hacerle una visita, tío —aseguró Brian—. Y no creo que sea un viaje de ida y vuelta.

—¿Qué tienes en mente? ¿Necesitarás ayuda?

La oferta de Garret curvó sus labios.

—¿No te llega con tu secretaria que quieres jugar con la mía?

Su amigo sonrió sin ambages y sacudió la cabeza.

—Danielle es suficiente para mí —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—, pero estamos unidos por un mismo juramento y si necesitas ayuda…

Los presentes asintieron con firmeza, corroborando las palabras del chico.

Sí, se habían hermanado tiempo atrás cuando decidieron levantar la Crossroad Company, incluso antes de eso, bajo el ala protectora de Ágata encontraron que tenían más similitudes que cosas que los separaban. Todas y cada una de las personas que estaban sentadas a esa mesa tenían demonios con los que pactar, una oscuridad interior que no podían permitirse sacar a la luz si no era en la más estricta intimidad.

—Ella es algo… personal —aceptó sin querer más detalles, sabiendo que ellos lo entenderían—. Alguien de quién no he podido desprenderme a pesar de haberlo intentado. Y ahora, ahora solo quiero recuperarla. Solo espero tener la fuerza suficiente para ello.

Garret extendió la mano y le apretó la muñeca.

—La tendrás.

—Y siempre te quedará Jax en caso de necesitar un empujoncito extra —comentó Brian.

—¿Ya ha salido de su retiro espiritual? —preguntó Mich.

Garret sacudió la cabeza.

—Empiezo a pensar que ha hecho su residencia permanente ahí abajo —declaró señalando el suelo con un gesto—. No hay manera de verle el pelo. La semana pasada prácticamente he tenido que arrastrarlo hasta la oficina y Danielle casi le lanza algo a la cabeza cuando le metió mano. Tengo que reconocer que me resultó bastante divertido y caliente.

Sonrió de soslayo ante las palabras del violinista.

Jax era el único de los que conocía a Ágata que no había tomado parte en la empresa, no personalmente al menos. El hombre de cuarenta y cinco años era un espíritu libre pero su alma vivía igual de atormentada que la de ellos. Al contrario que la relación de confianza que se estableció entre los cinco, el amo del *Purgatorio*, como lo llamaba a menudo Camden, era un hombre que escondía sus emociones bajo una máscara de diversión y despreocupación que lo convertía en alguien superficial. Pero había calado bastante bien al hombre, sabía que era del tipo

de personas en las que podías confiarle incluso tu vida y nunca te fallaría. La oscuridad que habitaba en su alma había hecho comunión con la suya y a menudo se habían encontrado en el *Purgatorio* y despojados de toda máscara.

—Es una opción a tener en cuenta —aceptó. No sería la primera vez que su amigo había intervenido en una de sus «sesiones» para hacer las cosas más interesantes—. Una que tú también deberías considerar.

Sus ojos se encontraron.

—Lo he considerado, créeme, lo he considerado.

—Me alegro porque aquí el señor contratista le ha dicho a nuestra caliente secretaria que se reuniese con nosotros en la sala —aseguró Brian dejando caer la información.

—¿No podías esperar?

Le sostuvo la mirada y no se amedrentó.

—Tú estás esperando demasiado —declaró—. Danielle no es tonta. Lleva tiempo con la mosca detrás de la oreja, sabe que hay mucho más que las tareas que le damos todos los días. Y, a la luz de los acontecimientos, ella ya es una *Crossroad*.

Suspiró.

—No hasta que entre en el *Purgatorio* —declaró, recordándole las normas—. Y solo si los socios la aceptan en pleno.

—No veo porqué habría de poner alguien problemas al respecto —se metió Mich—. Es una magnífica secretaria, una buena asistente personal y lleva a Trey de la correa.

Bufó ante la respuesta del abogado.

—No ha dicho nada que no sea cierto, Garret.

Se limitó a sacudir la cabeza y retomar la conversación.

—Tu chica —le recordó—. ¿Cómo tienes pensado introducirla? ¿Necesitas que se le envíe una invitación?

Se frotó la mandíbula.

—Eso es quizá lo más curioso de todo —aseguró y por más que pensaba en ello, no encontraba una explicación que le gustase—. Ella misma ha solicitado una invitación.

La sorpresa fue general.

—Vaya, eso es nuevo —silbó Brian.

—Jax recibió la llamada y, tras confirmar el nombre, se dio cuenta de que estaba en la lista.

—¿Tenemos una lista? —se interesó Mich.

Esa había sido también su pregunta cuando le llamó para avisarle de que visitaría el *Purgatorio* en breve.

—Nosotros no, la lista es de Jax —repitió lo que le había dicho el susodicho—. Y, antes de que preguntéis, se ha negado a dar más explicaciones al respecto.

—No son necesarias —murmuró Garret mirando la superficie de la mesa—, solo hay un lugar y una persona de la cual ha podido nacer esa lista.

Todos guardaron silencio, cada uno a su manera había pensado en lo mismo.

—Pero ¿cómo podía saber…? —Brian sacudió la cabeza—. Siempre me ha dado repelús la forma en que ella parecía saberlo todo, como si fuese capaz de ver a través de tu alma y más allá aún.

El silencio volvió a instalarse entre ellos pero fue roto con la llegada de Danielle.

—Er, creo que se supone… que tenía que estar aquí.

Echó la silla hacia atrás y se levantó mientras Garret le tendía la mano.

—Sí, debes estarlo —declaró y le cedió la silla—. Mi voto es afirmativo.

Con eso, le revolvió el pelo a la muchacha y salió por la puerta dejando a Garret enfrentarse con su propio destino.

CAPÍTULO 6

Los últimos seis meses habían sido como una prueba de fuego, ese hombre podía ser jodidamente complicado cuando se lo proponía, pero no iba a echarle toda la culpa cuando ella misma tenía su buena cuota. Se había acostumbrado a él, a pasar tiempo juntos no solo en la oficina o durante la última gira. Ambos tenían demonios internos con los que luchar e intentaban que eso no se metiese en la extraña relación que mantenían.

Si bien pasaba más tiempo en el apartamento de Garret que en su propia casa, ninguno había renunciado por completo a tener su propio espacio.

Y entonces estaba Trey, esa otra personalidad de su violinista que representaba su lado más oscuro, más salvaje y la empujaba a su propia oscuridad, hacia el hambre que la consumía y que él podía aplacar. Era como salir con dos gemelos, uno bueno y el otro deliciosamente perverso.

Pero era Garret el que la había conquistado y quién la acompañaba ahora en el ascensor hacia un lugar cuya existencia había desconocido.

En muchos aspectos, la *Crossroad* seguía siendo un misterio para ella, como lo eran también cada uno de sus socios.

—¿Estás segura de esto?

La preocupación en su voz la calentó. Estaba preocupado, puede que avergonzado, pero había decidido confiar en ella con aquel nuevo secreto y no dejaría que se echase atrás.

—Quiero saber quién eres, Garret —declaró—. Y si la respuesta está en ese lugar que guardáis con tanto celo, que así sea.

La miró a los ojos.

—Eres la primera mujer que conoce esta empresa y lo que encierra —comentó—, eres parte de… nosotros…

—Soy tu secretaria.

Entrecerró los ojos.

—Eres mucho más, Danielle, te lo aseguro y no solo para mí.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió a un nuevo mundo.

—Bienvenida a mi *Purgatorio*.

Dio un paso adelante y esperó a que lo siguiese.

—Un nombre interesante —comentó mirando a su alrededor—. ¿A qué se debe?

—A nosotros mismos, al lugar en el que podemos dar rienda suelta a la oscuridad que vive en nuestro interior y alimenta el malsano deseo.

Le tendió la mano y, tras mirarlo unos interminables instantes, le entregó la suya.

—Confías en mí.

Levantó la barbilla y lo miró a los ojos.

—Por extraño que parezca, sí, confío en ti —aceptó con sinceridad—. Así que no me decepciones.

Cerró los dedos alrededor de su mano y la atrajo hacia él.

—No quiero hacerlo, pero no me corresponde a mí juzgarlo.

Tiró de ella hacia unas puertas francesas y le mostró el verdadero significado de la *Crossroad Company*.

CAPÍTULO 7

Tenía que esta estar loca para haber accedido a participar en este juego, total e irremediablemente loca, pensó Charlotte mientras contemplaba su aspecto en el espejo. Se había maquillado de forma discreta, llevaba puesto un sencillo vestido con cremallera en la espalda que moldeaba su figura y dejaba las piernas al aire.

Se lamió los labios y repasó una vez más su atuendo. Se había cambiado ya tres veces, este vestido suponía la cuarta y seguía sin estar segura de sí estaba haciendo lo correcto.

—Solo es un juego, conoces las reglas, has participado más de una vez…

Pero en aquellas ocasiones siempre lo había tenido a él para guiarla y recogerla al final de la noche.

—Joder, joder, joder.

Echó la cabeza hacia atrás y resopló con fuerza. Tenía que calmarse, conocía a Chase, sabía lo cuidadoso y meticuloso que había sido siempre con este tipo de juegos y sabía que no habría dado puntada sin hilo. No la metería en nada peligroso, no la incitaría si no supiese que era algo que necesitaba. Echó un último vistazo al sobre y a la carta. Las había mantenido cerca en todo momento como si fuesen un talismán. Se sabía el contenido de memoria, conocía cada giro del bolígrafo, cada punto y coma, cada párrafo… y con cada nueva lectura pasaba por distintos estados de ánimo que iban desde la emoción a la desilusión, de la ilusión al desasosiego para terminar enrabietada y con más dudas de las que tenía ya.

—Solo tú podías hacer de nuestro juego un auténtico desafío para volverme loca.

Deslizó los dedos sobre el papel como si pudiese adquirir así la fuerza que necesitaba, insuflándose los ánimos que parecían escapar por cada poro de su piel.

—Y lo estás consiguiendo, Chase —musitó deslizando la mirada sobre la superficie para encontrarse con el papel en el que había anotado la dirección a la que debía ir y un sobre negro con letras doradas que contenía la invitación que había recogido en un apartado de correos esa misma mañana.

El juego había dado comienzo en el mismo momento en que descolgó el teléfono dos días atrás. Las instrucciones empezaron en ese mismo instante con una dirección y un código de vestimenta y se fueron espaciando a lo largo de esas cuarenta y ocho horas.

Al lado de la invitación estaba el antifaz de dormir que habían adjuntado con la invitación, un trozo de tela de terciopelo rojo destinado a dejarla sin visión.

Se mordió el labio inferior y volvió a mirarse en el espejo.

Estúpidamente estaba reluciente, había un brillo en sus ojos que hacía tiempo que no veía, un color en sus mejillas y que obedecían a la excitación que ya recorría su cuerpo. No pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad para consigo misma.

—Y la oscura Lotte quiere salir de nuevo a la superficie —musitó pronunciando el apodo que su difunto marido le había dado, poniendo en voz alta la verdad que habitaba en su interior. Esa otra ella, una que disfrutaba de los pecados y el placer de la perversión y la nocturnidad.

Tragó. Sí, estaba asustada, aterrada incluso, pero el corazón le latía acelerado, la respiración había aumentado y la pesadez de sus pechos así como la incipiente humedad entre sus piernas no venía del miedo sino de la expectación.

—Es la hora —le informó a su propio reflejo. Recogió la invitación, el antifaz y su bolso y

le dio la espalda con gesto decidido—. Que comience el juego.

Nolan se detuvo nada más salió del ascensor. El cambio de ambiente resultaba radical, era como dejar atrás el mundo moderno y real y adentrarse en uno de esos antiguos y lujosos salones de la época victoriana. El terciopelo rojo y el negro dominaban la sala dotándola de ese aire de elegante burdel que retrataban las películas y los libros, no dejaba de ser curioso y al mismo tiempo toda una declaración de intenciones del lugar al que se accedía solo por invitación.

Este era el *Purgatorio*, una pequeña antesala a la que se llegaba a través del ascensor y cuyo único par de puertas de estilo francés, conducían a la zona privada de cada uno de los socios de la compañía.

Contempló con ojo crítico cada mueble. Desde los tres sillones dispuestos en U, las pequeñas mesas que los separaban a la luz artificial que emanaban las lámparas de las paredes y la araña del techo, todo había salido de la herencia que les había dejado su ángel. No habían soportado quedarse con nada más y, si aquello lo conservaban era solo por ella, por mantener vivo su recuerdo y no dejar que sus esfuerzos se perdiesen en el olvido.

Se encontró con su reflejo en uno de los dos espejos que alternaban la sala y que ofrecían un espejismo de infinito. Había decidido vestirse de negro, pantalón de vestir, camisa de seda, incluso el antifaz que le cubría el rostro era también negro y se confundía con las lentillas color café que cubrían ahora el verdadero color de sus ojos.

Allí no era Nolan Every, era el Tutor. Un hombre entregado al placer, forjado en los más oscuros pecados y listo para reclamar los propios de la mujer que se atreviese a entrar en ese mundo de oscuridad.

—Ah, ya estás aquí.

Se giró al escuchar el sonido de las puertas francesas y al momento la voz del recién llegado. Vestido como un antiguo dandi, Jax poseía esa aura intemporal que hacía que estuviese a tono con el decorado, convirtiéndole en una parte del atrezo. El hombre de mirada verde y revuelto pelo negro parecía haber hecho un pacto con el diablo pues, a sus cuarenta y cinco años, poseía el rostro de un veinteañero; por no hablar de que su actitud, la mayor parte del tiempo, hacía juego con dicha edad.

—Tu alumna acaba de llegar —le informó con abierta afabilidad—. Iba a bajar para recibirla ahora mismo.

Asintió, echó un nuevo vistazo a su alrededor y posó la mirada sobre el ancho e iluminado pasillo que dejaban a la vista las puertas francesas. Como si se tratase de una especie de hotel, las habitaciones se dividían a cada lado y terminaba al fondo con una inquietante pintura sobre el Infierno de Dante.

—Asegúrate que trae el antifaz consigo, si no es así, dale uno nuevo.

La quería privada de visión, no solo para proteger su propia identidad, sino para desestabilizarla, para hacerla consciente de que su voluntad ya no era suya y estaría en manos de otra persona; él. El primer paso era la confianza y para ganársela, primero tenía que derribar todas sus defensas, dejarla en el limbo de modo que solo pudiese aceptar su mano o su toque, para guiarse.

—Y desnúdala —añadió sintiendo como su sexo se tensaba ante el solo pensamiento—. Vístela con una bata de seda y nada más.

Su amigo sonrió de soslayo.

—¿Estás ansioso o me lo parece a mí?

Se limitó a mirarle a los ojos, ambos se conocían bien.

—Ella es la que debe estar ansiosa, la quiero derribada a cada momento —declaró sin más —, que no tenga tiempo a pensar.

Asintió lentamente.

—La dejaré en la habitación en diez minutos.

Acordado el modus operandi de esa noche, dio media vuelta y se marchó canturreando hacia el ascensor.

Charlotte empezaba a preguntarse si había apuntado bien la dirección cuando el taxi la dejó delante de un complejo de oficinas. Las puertas de cristal de la entrada se habían abierto a los pocos segundos de estar ella allí y accedió a un solitario pasillo en el que solo había una planta y tres ascensores.

—¿Hola? —preguntó echando un vistazo hacia el final del corredor pero todo lo que había allí era una puerta cerrada.

Si bien sabía por experiencia que este tipo de lugares no están señalizados con letreros y luces de neón, siempre había alguien para conducirte o una puerta trasera por la qué acceder, pero aquí, lo máximo que había era un enorme logo en el que podía leerse *Crossroad Company*.

—Está claro que me he equivocado de portal —murmuró haciendo una mueca.

Giró sobre sus tacones dispuesta a salir por la puerta y echar un vistazo desde la calle cuando uno de los ascensores anunció su llegada y las puertas se abrieron mostrando en su interior a un atractivo hombre que poseía un aire del viejo mundo; posiblemente todo ello se debía a su forma de vestir.

—Bienvenida, Charlotte —la saludó con una voz profunda y sensual al tiempo que le tendía la mano—. Soy Jax, puedes considerarme el guardián de la entrada al *Purgatorio*.

Su voz le provocó un escalofrío y no estaba segura si se debía a sus palabras o a la manera en que la miraba.

—¿Me acompañas? —pidió tendiéndole todavía la mano.

Vaciló pero su cuerpo tomó la delantera a su cerebro y posó la mano en la masculina antes de que pudiese darse cuenta de ello. En un abrir y cerrar de ojos estaba dentro de un elegante ascensor de paneleado de madera y las puertas se cerraban para empezar el descenso. Sí, el ascensor iba hacia abajo.

—Te enviamos un antifaz, ¿lo tienes contigo?

La pregunta la llevó a parpadear y asintió.

—Sí, yo… sí —balbuceó. Sacudió la cabeza y se concentró en su bolso—. Lo tengo conmigo.

Una inesperada mano resbaló por su brazo desnudo provocándole un momentáneo escalofrío.

—Tranquila, dulzura, estarás en buenas manos.

Sus palabras hicieron que levantase la mirada y se encontrase con esos amables ojos.

—¿Me permites? —le pidió el antifaz y ella se lo entregó.

Se lo colocó con suavidad, rozándole la cara con los dedos, moviendo su pelo, tocándole el cuello dándole a su ya de por sí acelerado corazón un motivo para correr aún más.

—Así —le escuchó susurrar en su oído. Con los ojos tapados el resto de sus sentidos empezó a incrementarse al punto de que podía escuchar el latido de su propio corazón en sus

oídos—. El Tutor te recibirá esta noche y se encargará de ti durante tu estancia en el *Purgatorio*.

La palabra le provocaba escalofríos pero también evocaba todo tipo de pecados.

—Hay una serie de reglas que debes aprender y que exige que se cumplan —le informó.

—¿Reglas?

De nuevo esas manos estuvieron sobre ella, resbalando por sus brazos, ciñendo su cintura, acostumbrándola a la presencia que ahora no podía ver.

—Es un código muy sencillo —un nuevo susurro ahora en su otro oído—. Una consigna.

Se estremeció. No podía evitarlo, como tampoco el que se le secase la garganta. Estaba nerviosa, inquieta, pero ello no evitaba que su cuerpo empezase a calentarse por la excitación.

Una consigna. Sí, entendía esas reglas del juego, las había practicado antes solo que entonces, él había estado a su lado y sabía que nada malo le ocurriría.

«La consigna de esta noche es: de rodillas».

Una consigna que traía consigo todo tipo de eróticos juegos, la expectación de lo que estaba por llegar y que, a menudo, era el preludio de una sesión erótica de alto voltaje. Estaba acostumbrada a ser privada de visión, era algo de lo que él había disfrutado especialmente cuando se trataba de compartirla.

Su cuerpo acusó un ligero temblor y su sexo se humedeció al momento, el recuerdo de estar de rodillas, con los ojos vendados y abrir su boca para saborear el sexo masculino la puso caliente al instante.

Esa oscuridad que habitaba en su interior, de la que había disfrutado las ocasionales noches que su marido la llevaba a jugar a algún club o se citaban con algún amigo en común, emergía de su letargo deseando hacerse con el control, deseando más de lo que se había visto privada desde hacía más de un año.

—¿Sigues conmigo, Charlotte?

Su voz la sobresaltó y giró la cabeza en la dirección en que la había oído.

—Sí.

Le pareció oírle reír.

—Bien, en ese caso, escucha —le pidió acariciándole ahora la mejilla con los dedos—. Las reglas son muy sencillas. Deberás presentarte ante él desnuda, con solo una bata de seda la cual te facilitaré y con los ojos vendados.

Tragó. De acuerdo, eso podía hacerlo.

—¿Lo has comprendido?

—Sí.

—Bien —le acarició la parte de atrás del cuello con los dedos provocándole un nuevo estremecimiento de placer—. Si él te acepta como alumna y pasas, digamos el primer examen, recibirás una invitación como la de hoy, vendrás aquí a la misma hora y esperarás delante del ascensor hasta que yo te recoja. Seré quién te lleve a él. Solo yo. ¿Lo has entendido?

Asintió una vez más.

—Puedes hablar y preguntar lo que desees, pequeña —le acarició ahora los pechos, una breve caricia por encima de la tela que hizo que sus pezones se endureciesen—. A mí y a él. Encontrarás que es severo, pero justo. Si necesitas cualquier cosa, solo debes decírselo. ¿De acuerdo?

—Sí —aceptó una vez más.

Sus manos volvieron a deslizarse por sus brazos, arriba y abajo, con suavidad, como si quisiera calentarle la piel pero sin llegar a hacer fricción.

—Relájate, lo disfrutarás —le susurró de nuevo al oído.

No pudo responder pues en ese momento el ascensor se detuvo y escuchó el sonido de las puertas al abrirse.

—Ven —notó la mano en la suya y lo siguió con un poco de torpeza al principio—. Despacio, sigue recto, muy bien.

El cambio de aire fue instantáneo, el calor provocado por algún tipo de calefacción elevaba la temperatura e incluso había una suave melodía clásica sonando a su alrededor.

—Quédate aquí quieta —pidió susurrándole de nuevo al oído—, enseguida vuelvo.

Lo escuchó caminar, alejarse y entonces el sonido de una puerta o algo que se abría, las bisagras hicieron un minúsculo sonido pero con todos sus sentidos alerta, llegó a escucharlo con claridad.

—Bien, ya tenemos la bata —le escuchó al otro lado de la habitación, sala o dónde quiera que estuviese—, ahora, si eres tan amable de quitarte el vestido, la ropa y los zapatos, los guardaré para que puedas recogerlos después.

Tragó, su sexo acusó de nuevo una inyección de humedad y sus pezones empujaron aún más contra el sujetador. Demonios, estaba excitada.

Se lamió los labios y se echó el pelo sobre el hombro para alcanzar la cremallera y bajarla un poco.

—Permíteme —le escuchó moviéndose a su alrededor, entonces sus dedos tocaron los suyos y la cremallera bajó por completo.

—Gracias —musitó sin saber muy bien si era lo indicado a decir.

Él se rio, un sonido claro y ronco.

—Un placer, princesa, un verdadero placer.

Respiró profundamente y se quitó los zapatos, el vestido y continuó con la ropa interior hasta quedar desnuda y expuesta a quién quisiera mirarla. Ni siquiera sabía si estaban solos, si habría alguien más mirando y esa incertidumbre la ponía nerviosa y la calentaba al mismo tiempo.

Respira, Charlie, puedes hacerlo, solo respira, se animó a sí misma.

Unas perezosas manos recorrieron entonces su cuerpo haciendo que se sobresaltase, le tocaron los pechos, se los amasaron, le pellizcaron los pezones y descendieron por sus caderas para luego deslizar una de ellas entre sus piernas en una sutil caricia.

—Sí, al Tutor le vas a encantar.

Y así como vinieron, las manos se fueron antes de sentir sobre su piel el tacto fresco de la tela, metió los brazos por la bata y se mordió el labio cuando él la rodeó desde atrás para anudarla.

—Es hora de que le conozcas.

Caminaron unos cuantos pasos, sus pies solo notaban la alfombra debajo mientras el corazón le latía a toda velocidad y, entonces, se detuvieron. Escuchó como llamaba a la puerta y acto seguido el sonido de esta al abrirse.

—Aquí está tu nueva alumna, la pequeña Charlotte.

Dicho esto, notó como le cogía la cabeza por la nuca y a continuación su aliento le calentaba los labios. La lengua penetró la línea de sus dientes y se sumergió en su boca, jugando con la suya y arrancándole un gemido que terminó con el beso.

—Disfruta de la noche.

Hecha la presentación, la empujó a lo que parecía una nueva habitación. Sus pies acusaron el cambio de suelo, esta vez madera y una vez retiró la mano de su espalda notó también el aire de la puerta al cerrarse tras ella.

—Bienvenida al *Purgatorio*, Charlotte.

Se estremeció, un profundo escalofrío la atravesó por dentro y fue directo a su sexo, humedeciéndola y haciendo que se le secase la boca ante la profunda y ronca voz del hombre al que llamaban el Tutor.

CAPÍTULO 8

Nolan no podía dejar de mirarla, sin los tacones que utilizaba en la oficina, despojada de su armadura de trabajo, la curvilínea y deliciosa criatura que tenía ante él le inflamaba los sentidos. Tenía el pelo suelto, tan rubio como siempre, sus ojos cubiertos por el antifaz y la cabeza ladeada como si quisiera escuchar algo. Sonrió, ahora estaba en su terreno y solo escucharía lo que él deseaba que escuchase.

Caminó a su alrededor, la notó temblar, tensarse, pero no pasó por alto la forma en que cambiaba su respiración, apretaba los muslos o esas duras cúspides que se apretaban contra la tela de la bata.

—Respira, criatura —matizó la voz, oscureciéndola, dotándola de mayor profundidad y dejando que se reflejase también el placer y el hambre que ella le despertaba.

La vio dejar escapar el aire y volver a inspirar. Estaba nerviosa, muy nerviosa pero expectante y ese era un buen comienzo.

Llevó las manos a la parte delantera de la bata, desanudó el cinturón y separó la tela para bajarla por sus brazos. Era una visión exquisita y tentadora, sus pechos llenos, los pezones duros y rosados, toda esa piel blanca y cremosa y el delicado pubis rasurado a excepción de un pequeño y coqueto montoncito de vello rubio.

Siguió descendiendo por sus piernas hasta las uñas de sus pies, las cuales estaban pintadas de un vívido color azul cielo. Sonrió, le parecía un detalle encantador.

—Charlotte.

Pronunció su nombre para ver su reacción, para ver si le reconocía pero todo lo que hizo ella fue levantar la cabeza, atenta.

—Un nombre bastante oscuro para una mujer de piel tan blanca.

Ella se estremeció, vio cómo se lamía los labios y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no besarla y degustarlos.

—Jax te ha explicado, espero, la consigna de la noche —declaró, la rodeó y deslizó ambas manos por sus hombros, bajando por su clavícula para acunar y elevar juntos esos deliciosos pechos mientras le acariciaba el cuello con la nariz—. Te quiero desnuda cada vez que vengas a mí —le lamió el cuello y la chupó provocándole un pequeño gemido—, y llevarás ese antifaz hasta que considere que te has ganado mi confianza al entregarme la tuya.

Deslizó una de las manos hacia abajo, hundió el pulgar en su ombligo y siguió serpenteando hasta acariciar esos suaves rizos.

—Puedes preguntar lo que desees cuando lo desees —continuó deslizando los dedos hacia abajo, encontrándose con su sexo ya húmedo y caliente—, te escucharé y te daré una respuesta si considero que la necesitas —la acarició, obligándola a aflojar los muslos, pegando su espalda contra su torso—, y, por encima de todas las cosas, me obedecerás.

Se estremeció contra él y aprovechó el movimiento para penetrarla con un dedo. Dios, era tan caliente y estrecha.

—¿Lo has entendido, Charlotte?

Había algo pecaminoso y oscuro en llamarla de esa manera. Esta mujer no era su Charlie, era mucho más, era la que había estado esperando toda su vida.

—Sí —musitó con voz trémula, derritiéndose a su alrededor, humedeciéndose aún más.

—Bien —declaró subiendo la boca por su cuello, chupándole el lóbulo de la oreja y susurrarle al oído—. En ese caso, ven —abandonó su cuerpo, cogió su mano y la guio al otro lado de la habitación, a la cama—. Tiéndete boca arriba y separa las piernas y los brazos. Esta primera lección, la recibirás atada.

Notó su inmediato estremecimiento, pero no la dejó protestar, la empujó hacia atrás y la ayudó a acomodarse para luego coger su muñeca y llevarla hacia uno de los extremos para ceñir la esposa de cuero que allí había a su alrededor.

La falta de visión la ponía nerviosa y la excitaba al mismo tiempo. Su cuerpo ya estaba en llamas y él no había hecho otra cosa que acariciarla, empujarla sobre una superficie blanda y atarla.

Tiró de manos y pies y se mordió el labio al darse cuenta de que, si bien tenía cierta movilidad, las restricciones la dejaban indefensa y abierta a lo que quisiera hacerle.

Agudizó el oído, todavía le cosquilleaban los labios del inesperado beso de Jax pero el abrumador silencio la perturbaba y hacía que todos sus sentidos despertasen al mismo tiempo masificándose. Tragó, se obligó a respirar lentamente y en la oscuridad se recordó así misma que esto era lo que quería, lo que había accedido a hacer; parte del juego.

Un sonido, un pequeño clic y el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose. La respiración se le aceleró, afinó el oído, pero no escuchó nada más que el suave encuentro de la madera con el dintel al cerrarse de nuevo.

Se lamió los labios, los notaba resecos, ladeó la cabeza, pero el sonido de las sábanas provocada por su propio movimiento la distrajeron de su misión principal; localizarle.

Un suave sonido de pasos a su izquierda, bastante cerca a juzgar por la silenciosa presencia que la rondaba, escuchó el sonido metálico de algo cayendo encima de la mesilla, entonces el de algo resbalando contra la tela y…

—Espera…

Las palabras abandonaron su boca antes de que pudiese retenerlas. No había podido evitarlo, algo duro se posó sobre sus pechos y bajó resbalando hasta su estómago. ¿Un cinturón? Parecía el tacto del cuero y encajaba con el sonido que había escuchado antes.

Espero, rogó en silencio por una respuesta, pero esta no llegó, en su lugar notó el cálido aliento a menta ante sus labios, una leve caricia que no hizo más que aumentar la velocidad de sus latidos.

Se los lamió, no podía dejar de hacerlo, era un movimiento recurrente que ponía de manifiesto lo nerviosa que estaba.

—Ah… yo…

Algo duro y caliente se posó en sus labios y presionó. Un dedo, ¿la estaba mandando callar?

—Por ahora, te mantendrás callada —como si hubiese escuchado su pregunta mental, soltó un arrastrado sonido muy masculino pidiendo silencio—, solo hablarás si necesitas que me detenga.

Abrió la boca necesitando más aire del que entraba por su nariz y ese dedo abandonó sus labios solo para que la inanimada dureza que la había sobresaltado volviese a deslizarse una vez más por su piel.

Se estremeció, no pudo evitarlo, la sensación era tan intensa como erótica, apenas era una

caricia pero el rastro que dejaba sobre ella la encendía, hacía que se le llenase la boca de saliva y sintiese como se le humedecía el sexo.

Su mano se movió con pereza sobre su estómago, podía sentir como los dedos bajaban entre sus muslos hasta que uno de ellos se deslizó entre la espesa y resbaladiza crema que los humedecía. Fue un movimiento fugaz, sustituido por el tacto del cuero. Tembló reprimiendo un gemido de placer cuando la lisa superficie bajó hasta su centro y casi gritó al sentir como la esquivaba en el último minuto.

—No.

Tiró de las restricciones cuando le negó la caricia, retirándose por completo. Quiso gritar, quiso protestar, pero le recordó la consigna de esa noche.

—Silencio.

Una única palabra, una voz rasposa y profunda que hizo que moviese la cabeza en su dirección. Se obligó a apretar los labios para evitar decir algo, hacerle preguntas, rogarle… ¿qué? ¿Qué la desatase? ¿Qué siguiese con esa exquisita tortura?

Cerró los ojos detrás del antifaz y se obligó a respirar profundamente solo para acabar atragantándose cuando el suave cuero resbaló de nuevo entre sus muslos, ahora acariciándole los mojados pliegues. Contuvo el aliento, era incapaz de moverse mientras esperaba una nueva pasada del cuero y cuando llegó, lo hizo con un golpe seco sobre la desnuda carne de su sexo. La intensidad de esta resonó en la habitación y la hizo saltar en la cama. El caliente ardor del latigazo le atravesó el bajo vientre e hizo que sus intestinos se apretaran solo para notar como se humedecía aún más.

—Jo…der…

Tembló y escuchó el sonido de las restricciones al mismo tiempo que tiraba de ellas, incapaz de quedarse quieta cuando un segundo golpe, igual de caliente que el primero cayó en el centro arrancándole un quejido.

—Por favor… —tiró de las muñecas, se retorció sobre la cama, pero no sabía si para escapar o para acercarse más.

Se sentía en llamas, ese pecaminoso lado oscuro suyo quería más, quería esto.

Lo escuchó suspirar o quizá fue una risa, fuese como fuese, se movía a su alrededor, cambiando de posición como si no deseara que supiese de dónde iba a venir el próximo golpe.

—Shh —un nuevo susurro mandándola callar, el aroma de la menta y entonces unos labios estaban sobre los suyos, separándolos y la codiciosa lengua se coló en su boca socavando su voluntad en un húmedo y candente beso.

Algo la acarició al mismo tiempo, deslizándose sobre su dolorido y húmedo centro, resbalando entre la humedad de los labios y haciéndola estremecer. Un dedo, quizá dos, el talón de la mano presionando contra el vibrante calor mientras el calloso pulgar le rozaba el excitado clítoris haciéndolo salir.

Gimió en su boca cuando su dedo se deslizó en su interior. Arqueó el cuerpo ante la invasión deleitándose con la inesperada sensación. Lo introdujo hasta el fondo, lo movió y volvió a salir con pereza dejándola temblorosa y sin posibilidad de escapar. Estaba imitando los mismos movimientos que su lengua, follándola con la misma perezosa cadencia hasta que ambos apéndices la abandonaron.

Jadeó en busca de aire, se lamió los labios por acto reflejo y apenas había conseguido respirar un par de veces antes de que esa parte plana y dura cayese con fuerza sobre su palpitante coño una y otra vez.

Se retorció, no conseguía remontar el primer golpe de calor cuando llegaba otro y nunca

en el mismo lugar. La intensidad variaba también, pero no así la frecuencia hasta que ya no pudo hacer otra cosa que gemir en voz alta.

—Oh dios, oh dios, oh dios…

El dolor dejaba tras de sí un relámpago de agonizante calor, una vibración que la mantenía en el borde y rogando por ese último empujón que la mandaría de cabeza al orgasmo. Tembló, la sensación de esa herramienta de erótica tortura la hizo mojarse aún más cuando resbaló con mucha suavidad sobre su abusado sexo, entonces desapareció y ese dedo volvió de nuevo a su interior, con fuerza, arrancándole un nuevo jadeo.

El sonido de las restricciones se convirtió en una especie de banda sonora mientras tiraba de ellas, su cuerpo transpiraba, le dolían los pechos, notaba los pezones duros y solo podía rogar en silencio que ese dedo invasor terminase lo que había empezado.

—¡No!

El grito escapó de sus labios al mismo tiempo que la frustración recorría su cuerpo. La estaba torturando, la llevaba al borde solo para mantenerla allí y alejarse.

Sacudió la cabeza sobre la almohada y gritó de frustración pero él ya se había retirado. Le costó volver a concentrarse, buscarle con el oído, el corazón le latía en las sienes y hacía cada vez más difícil poder escuchar algo que no fuese su propia respiración.

—Por favor… —musitó en voz baja, apenas un hilillo.

—Gime, grita, lloriquea —escuchó su voz al oído, calentándola con su aliento—, es todo lo que quiero escuchar de tu boca.

Se lamió los labios. Su voz era firme y oscura, de una forma erótica y ajena a todo lo que había experimentado en su vida. Le escuchó moverse a su lado, el frufrú de la ropa y entonces el colchón hundiéndose bajo ella.

Su pecho recibió entonces toda la atención por la que había estado suspirando. Notó como movía la cabeza, sus labios se lanzaron sobre un duro y puntiagudo pezón, succionándolo, mordisqueándolo y tirando con vehemencia un segundo antes de que le propinase un nuevo y caliente golpe a los mojados labios de su sexo haciendo que alzase las caderas con un grito. La penetró sin previo aviso, su dedo hundiéndose con fuerza en su interior, masturbándola, volviéndola loca hasta que todo lo que pudo hacer fue correrse y gritar su liberación en voz alta.

Pero él no se detuvo, siguió amamantándose de su seno, provocándole nuevos estremecimientos y estirando el doloroso placer al volver a dejar caer de nuevo la palma abierta contra su sexo. Su clítoris recibió el impacto de la correa, hinchándose, encendiéndose todavía más y catapultándola al momento a un segundo orgasmo que se encadenó al primero.

No podía respirar, le dolía la garganta por los gritos, pero era incapaz de hacer otra cosa. Todo su cuerpo temblaba, estremeciéndose, deshaciéndose por completo bajo el ardiente placer que le había concedido un completo desconocido.

Podía sentir la palpitación entre las piernas, la humedad bañando sus muslos y, a pesar de ello, seguía queriendo más, necesitando que la llenase de nuevo, que pusiese sus dedos en aquel lugar o en su defecto, el erecto sexo que todavía no había probado.

Sorpresivamente su mente estaba tranquila, no había ni pizca de arrepentimiento o vergüenza y, cuando intentó pensar en ello, solo encontró la tranquila voz de Chase, recordándole que esto era lo que él quería, lo que le había permitido tener una vez más.

—No es suficiente.

Parpadeó detrás del antifaz. ¿Lo había escuchado de verdad o era un eco de sus propios pensamientos?

La respuesta llegó en la forma de esa codiciosa mano aferrándole el sexo, haciendo que se

arquease y tirase de nuevo de las restricciones.

—Estás empapada —le escuchó al oído, entonces su lengua lamiéndole la oreja—. Abre la boca.

Antes de poder elucubrar el motivo de tal petición uno de sus duros y largos dedos atravesó sus labios y pudo probarse a ella misma.

—Lámelo. —Una orden firme y definitiva que la empujaba a obedecer.

Se estremeció, había algo oscuro en la forma en que hablaba, algo demandante. Cerró los labios sobre la falange, la succionó con suavidad y lo lamió, jugando con la lengua.

Notó como un fuerte brazo le levantaba la cabeza y entonces las almohadas siendo recolocadas hasta que quedó ligeramente incorporada.

—Respira profundamente.

Retiró el dedo de su boca y ella lo hizo.

—Ahora abre. —Le acarició la mandíbula y al momento siguiente notó el plástico tacto de un preservativo alrededor de la gruesa cabeza que atravesaba sus labios y resbalaba sobre su lengua.

Tragó de forma instintiva y se obligó a relajar la mandíbula y abrir la boca para acoger el duro pene que le era ofrecido.

—Suave.

Sus palabras eran como una guía, como una pequeña descarga eléctrica que hacía que todo su cuerpo respondiera al momento. Le dolía el sexo, no solo por las picantes caricias, sino porque necesitaba más, quería ese pene que ahora la llenaba estirándola allá abajo.

—Un poco más.

Empujó en su boca y tuvo un momentáneo acceso de pánico que la llevó a gemir y tirar de las restricciones. Estaba completamente inmovilizada, si decidía metérsela hasta el fondo no podría hacer nada para evitarlo. Dios, era tan aterrador y al mismo tiempo tan excitante.

Intentó relajarse, respirar por la nariz y aflojar los músculos de la garganta para permitirle avanzar un poco más. No fue demasiado lejos, parecía saber con exactitud lo que hacía, hasta dónde podía llegar. Volvió a salir y volvió a entrar follándole la boca, controlando cada centímetro que introducía para no lastimarla ni ahogarla.

—Utiliza la lengua —le acarició la mandíbula, una pequeña caricia tan delicada que contrastaba con la fuerza que había en él, una que veía incluso aunque tenía los ojos vendados—. Fóllame. Quiero que me chupes con fuerza.

Lo dijo en voz baja, oscura y sexy y fue su perdición. Cerró los labios, lo apretó y deslizó la lengua sobre su longitud, acariciándole la punta y molestándole al mismo tiempo que se hubiese puesto un condón. Quería conocer su sabor, quería tragar cada gota de su excitación, pero la parte racional, esa que de vez en cuando salía a la luz, le decía que esa polla probablemente había estado en otros sitios de los que no quería saber y el condón era lo adecuado.

Retiró el miembro casi por completo de su boca para luego volver a introducirlo, le dejaba probar su gruesa longitud, tentándola, despertando esa viciosa alma que vivía en su interior, la única que él había conocido y amado, la que había sacado a la luz enseñándola a disfrutar de ello y no avergonzarse de sus preferencias.

Chase la había llevado de la mano, le había enseñado y le había permitido dar rienda suelta a su sexualidad solo para desaparecer y dejarla tan vacía que no había sabido que hacer con su vida durante todo ese último año.

Las penetraciones empezaron a hacerse un poco más profundas, más fuertes y tuvo que

concentrarse en el miembro que jugaba entre sus labios. Jugó con él, succionando la punta como si fuese un caramelo, impidiéndole penetrar más hondo antes de dejarle llegar hasta dónde deseaba.

La cama empezó a mecerse bajo ella al compás de sus embestidas, podía notar su cuerpo sobre ella, a su alrededor y con todo seguía sin conocer más tacto que el de la polla que le llenaba la boca. Aumentó la velocidad y levantó la cabeza voluntariamente para tragar unos milímetros más, para comérselo, para degustar esa dureza cada vez más hinchada hasta que escuchó su gruñido y a continuación abandonó su boca.

Se lamió los labios hinchados y abusados y no pudo evitar sonreír para sí. Le había hecho correrse, incluso sin haber probado su semen, sabía que lo había hecho.

Escuchó atenta, podía notar su movimiento, seguirle por el sonido, entonces la cama volvió a mecerse bajo ella, hundiéndose entre sus piernas cuando esa enorme figura descendiendo sobre ella.

—Húmedo, rosado, perfecto para mí.

Arqueó las caderas cuando notó como el dedo se hundía en su interior deslizándose sin dificultad. Estaba tan mojada que podía notar el frescor de la humedad en sus muslos y la fricción que ejercía la yema del pulgar sobre su clítoris la estaba enloqueciendo. Se habría sonrojado si no estuviese ya colorada cuando notó como se mojaba, los jugos manando de su sexo en una abierta invitación.

No pudo evitarlo, ya no podía contenerse y suplicó.

—Por favor…

Sus dedos se retiraron solo para sentir un punzante azote contra sus hinchadas carnes que la hicieron saltar. Al primer golpe llegó otro, y otro, y otro más hasta que todo lo que pudo hacer fue gimotear.

—He dicho, silencio, Charlotte.

Tembló, las lágrimas se escapaban de sus ojos, pero no podía evitarlo, estaba tan caliente, tan necesitaba que todo lo que quería hacer era gritarle que la follase de una maldita vez. Pero no hizo falta pues esa codiciosa boca estuvo entonces allí, dedicándole suaves caricias de la lengua que separaban sus pliegues y la volvían loca. Empezó con suavidad, probándola, degustándola hasta que encontró su entrada y penetró profundamente, succionándola y arrancándole al mismo tiempo pequeños gritos de placer.

La devoró sin reservas, succionándola, bebiendo de su húmedo sexo con ruidosa hambre para luego rodear su clítoris con la lengua. Las sensaciones eran imposibles, los colores estallaban como relámpagos detrás de sus ojos cegados y su cuerpo se deshacía ante el rabioso placer que no podía eludir y hacía que se retorciese debajo de su boca, tirando de pies y manos y se arquease echando la cabeza hacia atrás para gritar en voz alta su liberación. Tembló bajo su boca, estremeciéndose mientras él seguía lamiéndola, recogiendo sus jugos, gruñendo de lo que solo podía placer y le dejó hacer incapaz de moverse, sin fuerzas.

No sabía si habían pasado minutos u horas cuando sintió como se aflojaban las abrazaderas de los tobillos y a continuación la de las muñecas. Unos fuertes dedos le acariciaron los miembros allí donde habían estado restringidos devolviéndoles la circulación, borrando la sensación de indefensión. Apenas era consciente de la manera en que se hundía el colchón, del cambio de peso antes de que algo suave y fresco cayese sobre su cuerpo.

—Descansa unos minutos —escuchó esa dura y ronca voz—, pronto empezaremos con la lección número dos.

Dicho eso notó como le acariciaba el pelo y como el colchón cedía de nuevo bajo ella

cuando él se levantó, dejándola sola. Volvió a escuchar el sonido de la puerta al abrirse y entonces también algo parecido al correr del agua.

Respiró profundamente y permaneció allí quieta pensando en todo lo que le depararía la noche. Si esta era la primera lección, temblaba de excitación al pensar en la siguiente.

CAPÍTULO 9

Charlotte no podía dejar de mirarle. En algún momento de sus previos juegos había perdido el antifaz y ahora podía ver al hombre que la había poseído despertando ese oscuro lado de sí misma que había conseguido mantener a raya el último año. Estaba de pie a los pies de la cama, alrededor de metro ochenta o metro noventa de pura masculinidad, fuerza y una arrolladora sexualidad que le hacía la boca agua. Subió hacia su rostro y no pudo evitar sentirse un poco desilusionada al ver que llevaba una máscara negra que solo dejaba a la vista unos inteligentes ojos color café, los labios y un fuerte mentón.

—¿Lista para una nueva lección, Charlotte?

Su voz le provocó un estremecimiento de placer, su sexo reaccionó de inmediato humedeciéndose y tuvo que tragar para conseguir encontrar la voz. Si escucharle detrás del antifaz la ponía caliente, el poder hacerlo viéndole, le quitaba el aliento.

—Sí.

¿Qué podía decir? Se había arriesgado, había aceptado el juego y, después de probar lo que tenía para darle, le costaba encontrar razones para negarse y terminar con ello.

Solo esta noche, solo una carta, solo una invitación. Se había repetido esa consigna antes de salir, se había dicho que lo hacía por Chase, por su memoria, para que él no se sintiese decepcionado con ella. Pero ahora… egoístamente, quería quedarse por sí misma.

—En ese caso, ven aquí.

Tragó una vez más y cumplió con sus demandas. Estar tan cerca de él, viéndolo, siendo por primera vez consciente de su físico la puso mucho más nerviosa de lo que esperaba.

—La primera lección se trataba de confianza, de dar el primer paso, de arriesgarse ante lo desconocido —declaró sin tocarla, pero no hacía falta, su mirada parecía capaz de acariciarla—. Ahora, veamos si podemos ir un poco más allá, probar esa confianza más allá de la oscuridad. A veces cuesta mucho más entregarse viendo lo que tenemos delante, viendo nuestro propio placer que hacerlo a oscuras, dónde podemos incluso escondernos e imaginar que somos otras personas.

Sus palabras la noquearon. No solo por el contenido sino porque era algo que Chase le había dicho una vez.

«La confianza que se da con los ojos cerrados no es la misma que con los ojos abiertos. A veces el no ver nos mantiene a salvo, pero ¿qué mayor placer existe que el que se encuentra en los ojos de la persona que también lo disfruta?»

—Los nervios siempre son una buena antesala para el placer —le dijo deslizando las manos por sus brazos, rozándole los pechos, el pubis, pero sin ir más allá. Sus ojos capturaron los suyos y le sostuvo la mirada mientras hablaba—, pero el miedo debe quedar fuera de esta habitación, ¿entendido?

Asintió ante su petición.

—En voz alta, Charlotte, quiero oírte.

Se lamió los labios.

—Sí, lo he entendido.

Le acarició el rostro como había hecho antes y no pudo evitar inclinarse hacia esa caricia. Había algo en él que la tranquilizaba, que le daba la confianza que necesitaba para entregarse a este tipo de juegos. Era extraño, incomprensible para sí misma y, al mismo tiempo, no era algo

que no hubiese hecho con anterioridad.

Pero entonces tenías a Chase como vigilante.

Pensar en su marido le provocó un pequeño escalofrío, pero casi al instante lo vio en su mente, sonriendo, observándola como solía hacerlo cuando practicaban esta clase de juegos.

Estoy aquí, pequeña, siempre estaré aquí.

Se tranquilizó, se lamió los labios y levantó la mirada.

—¿Quieres compartir tus demonios? —la sorprendió con una mirada tranquila, firme y penetrante—. Está claro que algo te acaba de pasar por la mente.

Bajó la mirada turbada porque se hubiese dado cuenta y él le cogió la barbilla y le levantó de nuevo el rostro.

—A menudo la percepción de las cosas cambia la forma en la que interpretamos un escenario —le dijo mirándola a los ojos—, en la que decidimos sucumbir. Los demonios suelen utilizar el momento siguiente, cuando la mente empieza a funcionar de nuevo y crean el caos. No dejes que se adueñen de ti, no les permitas robarte aquello que te pertenece, que es tuyo y de lo que nunca debes esconderte.

Le sostuvo la mirada durante unos momentos.

—Alguien me envió aquí, alguien que ya no está en este mundo —respondió dando voz por primera vez a sus pensamientos—. Y el que no esté hace precisamente que el aceptar su última petición sea… difícil y al mismo tiempo fácil porque es lo que querría de mí.

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Y qué es lo que quieres tú, Charlotte? —le preguntó—. ¿Qué es lo que quieres tú y solo tú?

Se lamió los labios un par de veces.

—Más —murmuró—. Solo… un poco más…

El pulgar se deslizó sobre sus labios y se los acarició, separándoselos un poco antes de continuar hasta su cuello y prodigarle una pequeña caricia.

—De rodillas.

Se lamió los labios una vez más, estaba nerviosa, pero la idea de poder ver por fin ese miembro que había tenido en la boca la llenaba de curiosidad y excitación.

—Quiero tu boca y tus manos —la instruyó—. Hazlo con suavidad.

No tenía que decírselo dos veces, pensó deleitándose con la visión de la dura y caliente carne erecta ante sus ojos. Se relamió y deslizó un dedo sobre la columna disfrutando del tacto satinado de la delicada piel así como de la dureza que existía bajo esta. Unas gruesas venas marcaban la longitud mientras la cabeza hinchada y rojiza brillaba con incipiente humedad.

Respiró profundamente, abrió la boca y dejó que su lengua resbalase sobre la punta en forma de seta mientras intentaba abarcar su diámetro con los dedos en una delicada caricia. Él no se movió, pero su cuerpo respondió a sus caricias, dándole las indicaciones que necesitaba para saber que lo estaba haciendo bien. Lo lamió desde la punta hasta la base, le acarició el saco y lo pellizcó consiguiendo un siseo y un respingo de su parte.

—He dicho con suavidad, Charlotte —la amonestó—. No seas diablillo o pagarás las consecuencias.

Su oscura promesa la diluyó por dentro, su sexo acusó el golpe de sus palabras y palpitó de necesidad.

—Céntrate, alumna.

Parpadeó y se obligó a concentrarse en lo que tenía entre las manos, en esa salobre dureza que la llamaba. Abrió la boca y bajó sobre la cabeza, tragándosela, degustando su textura y

sabor, rodeándola con la lengua y acariciando la pequeña hendidura provocándole un nuevo estremecimiento que esta vez acompañó de un gruñido y de sus dedos envolviéndose alrededor de su pelo.

Chupó con suavidad, jugando con su lengua, acariciándole y bajando todo lo que podía sin ahogarse para luego retroceder. Se ayudó con las manos, apretando la base, jugando con sus testículos para luego prodigarles el mismo tratamiento con su lengua y labios. Los succionó, le mordisqueó la piel y volvió a encargarse de la dura columna como si fuese un delicioso caramelo.

Ahora podía notar como su respiración había cambiado, notar el aroma almizclado de su sexo y ver como su carne brillaba por acción de su saliva. Levantó la mirada y lo encontró mirándola, sus ojos brillando con lujuria contenida.

—Sigue —le indicó con voz rota, mucho más gruesa de lo que solía ser—, succiona más fuerte.

Lo hizo, dejó que se retirase de su boca hasta quedarse solo con la punta y apretó los labios a su alrededor, succionando con una fuerza que lo hizo gemir en voz alta y cerrar los dedos en su pelo con más fuerza, empujándola hacia abajo. Guio sus acometidas, la mantuvo quieta mientras le follaba la boca con la polla, cuidando de no lastimarla, de permitirle respirar y esa ilusión de ausencia de control la puso incluso más caliente.

Lo chupó con fuerza, apretó cuando se retiraba dejándole incursionar en su boca, en su garganta para luego torturarle con su lengua.

La presión se incrementó, notó el tirón de dolor en el cuero cabelludo así como sus caderas impulsándose hacia delante con más ímpetu. Se obligó a respirar en pequeñas dosis, a acogerle en su cavidad hasta que notó como se estremecía y un caliente y salobre chorro se precipitaba hacia su garganta. Tragó con dificultad, con él alojado todavía en su boca, dejándole vaciarse y bebiéndose todo su semen en el proceso.

—Tu boca se merece un sobresaliente —la premió dejando sus abusados e hinchados labios, los cuales no dudó en acariciar con el pulgar—. Y tú retribución por un trabajo oral bien hecho.

Tiró de ella sin previo aviso, un duro y firme brazo le rodeó la cintura y su boca encontró la suya hundiéndole la lengua para degustarse a sí mismo. La besó con ardor, succionó su lengua y disfrutó de la sensación de ese duro cuerpo pegado al suyo antes de que la soltase dejándola sobre sus tambaleantes piernas.

—Tiéndete y abre las piernas para mí.

Tragó, no pudo evitar temblar ante la manera en que se lo ordenó. Porque era obviamente una orden, una que le costaba obedecer y, sin embargo, allí de pie, con sus ojos puestos sobre ella, sentía la imperiosa necesidad de saltar y correr a seguir sus indicaciones.

No se dio prisa, se convenció a sí misma de ello, le dio la espalda y apenas había dado un paso cuando sintió una dura y caliente palmada en el culo.

—A menos que quieras que ponga esas bonitas nalgas de un vivo color rojo, muévete.

Sus palabras y la amenaza implícitas en ella fueron suficientes para que saltase a la cama y se sentase de inmediato. Lo que fuese para proteger su culo de él.

Lo vio sonreír de soslayo, un gesto que era la primera vez que veía y que le provocó un estremecimiento. Había algo peligroso en esa mueca, algo pecaminoso y travieso.

—¿Tienes ganas de desafiarme, Charlotte? —preguntó con tranquilidad, pero el brillo de diversión en sus ojos desmentía ese tono.

Tragó compulsivamente y negó con la cabeza.

—No. Ni la más mínima.

Su respuesta pareció causarle gracia, pues sacudió la cabeza, rodeó la cama y palmeó el colchón.

—Más arriba —la instruyó y, cuando estuvo en la posición que la quería, le cogió la muñeca izquierda y la llevó a las esposas forradas que salían de los extremos de la cama y la restringió allí.

Esperaba que diese la vuelta a la cama y le atase también la otra muñeca, pero lo que hizo fue bajar a los pies de la cama, cogerle los tobillos y separarle las piernas de golpe.

—Si los mueves o cierras las piernas, le daré a ese cremoso y brillante coñito un mínimo de cinco azotes con el cinturón —la previno. Tiró de sus caderas hacia abajo, dejándola totalmente extendida y retenida por una mano y bajó la cabeza entre sus piernas dónde le sopló el sexo—. Puedes gritar si quieres, pequeña, de hecho, te invito a que lo hagas.

Se incorporó para mirar esa cabeza oscura hundiéndose entre sus piernas pero volvió a dejarse caer cuando una lenta pasada de su lengua la barrió de atrás hacia delante.

—Ay madre…

A la primera pasada le siguió otra igual de lenta, aumentó la profundidad y añadió ahora un par de dedos al juego que separaron sus labios dejándola más expuesta aún.

No pudo evitar arquear las caderas, levantando la pelvis para recibir más de aquello, pero él se retiró solo para propinarle un pequeño golpe con la palma a modo de aviso. No la censuró, no la regañó, pero tampoco hizo falta cuando volvió a lamerla y hundió la lengua tan hondo como podía en su hendidura para luego succionar con fuerza.

Dejó escapar un pequeño gritito que terminó uniéndose a otros a medida que su juego se hacía más caliente y profundo. Sus manos resbalaron por debajo de sus nalgas, abriéndola todavía más y levantándola de modo que pudiese comerse su sexo.

Gimió, sacudió la cabeza, tiró de la muñeca que tenía atada y retorció las sábanas bajo la otra mientras se deshacía bajo esas atenciones.

—Oh… dios… por favor…

Se amamantó de su sexo, chupó los jugos que brotaban de su caliente e hinchado coño y le escuchó gruñir de aprobación ante su sabor. La lamió como si fuese un caramelo, alternaba pequeñas pasadas de la lengua con penetraciones sin dejar un solo centímetro desatendido.

Se mordió el labio inferior, estuvo tentada de taparse la boca para evitar gemir tan alto pero el pensamiento se esfumó tan pronto descubrió la oculta perla de su clítoris y lo torturó provocándole todo tipo de espasmos y agónicos gemidos.

—Oh dios…

Su lengua era como un látigo sobre su excitada carne, la pequeña perla empezó a crecer bajo sus atenciones como lo hacía el creciente orgasmo, todo su cuerpo transpiraba de sudor y no podía dejar de retorcerse debajo de él. ¿Cerrar las piernas? ¡Ja! Si acaso las abriera más para que le diese lo que quería.

Y entonces, sus dientes entraron en juego, la mordieron con la suficiente presión como para arrancarle el aliento de los pulmones y catapultarla directa al explosivo orgasmo.

—Um… bonito, pero todavía no es suficiente.

Bajo el murmullo de sus palabras se encontró desatada, girada boca abajo y puesta sobre manos y rodillas. Notó como la cama se movía y vio cómo se acercaba a uno de los muebles, abría un cajón y extraía de su interior un puñado de preservativos que lanzó sobre la superficie. Cogió uno, lo abrió y se enfundó en él antes de volver con ella y hacerla sentir la cabeza de su polla presionando en su sensible y chorreante coño.

—Espera… oh… dios…

—Quiero follarte sin nada —le susurró—, pero primero tendrás que confiar en mí, en que cuidaré de ti y te daré justo lo que necesitas cuando lo necesitas.

Jadeó, no podía ni respirar.

—La próxima vez, Charlotte, recuérdalo.

Todavía no había bajado a la tierra por el primer demoledor orgasmo y él ya se enterraba en ella hasta el fondo, sus manos aferrándole las caderas, hundiéndole los dedos en la carne mientras la hacía gritar con cada nueva caricia de su polla.

Empezó lentamente, como si quisiera recrearse en cada pequeña sensación, que notase cada centímetro de su miembro incursionando en ella para luego resbalar fuera y volver a entrar con más ímpetu.

La folló sin contemplaciones, el sonido de la carne golpeando con la carne se unió a sus propios gemidos, a los gruñidos masculinos y creó una especie de banda sonora que no cambió durante el tiempo que estuvieron jugando con esa intensidad.

Apenas podía respirar, el previo orgasmo no había desaparecido por completo de su organismo cuando ya se estaba construyendo uno nuevo.

—Oh señor… por favor…

La penetró con más fuerza, sus rodillas rasparon contra la sábana cada vez que empujaba, las sensaciones creciendo hasta que todo lo que podía hacer era luchar por respirar.

—Todavía no, Charlotte —susurró su nombre—, todavía no.

Sus acometidas bajaron entonces de intensidad, notó sus dedos resbalando entre ambos, penetrándola junto con su sexo antes de que se hundiesen entre sus nalgas y la sorprendiera penetrándola allí.

—¡Tutor!

El ardiente relámpago la atravesó sorprendiéndola, la doble penetración de su polla y sus dedos la enloqueció y solo pudo gritar el único nombre que conocía de él.

—Dámelo todo, pequeña, entrégate por completo —le escuchó en su oído, su voz rasgada, fuerte y erótica—, no te reserves nada, libérate de esas cadenas que aferras. No quiero nada entre tú y yo, Charlotte, absolutamente nada.

La penetró con más fuerza, su pene incursionó en su interior mientras sus dedos hacían lo mismo en su ano y acabó perdiendo la batalla con la cordura. Se dejó ir, dejó que su cuerpo tomase el relevo y se entregase al cegador placer que le era proporcionado hasta que todo a su alrededor estalló en un segundo y demoledor orgasmo acompañado por sus propios gritos.

Charlotte perdió la noción del tiempo, no podía moverse, los espasmos de la brutal liberación recorrían todavía su cuerpo cuando él salió de su interior, sentía su propio latido en los oídos y una sensación de agotamiento que iba más allá de lo físico.

Una mano le acarició la espalda, sabía que era una mano incluso sin verla, el colchón cedió a su lado y ese cuerpo enorme y cálido se mantuvo a su lado vigilante y silencioso.

—No te muevas de ahí.

Lo sintió levantarse, desaparecer en el baño unos segundos para volver de inmediato.

—Si… quieres que me vaya… vas a tener que esperar a que me funcionen… las piernas.

—¿Estás preparada para irte? —le dijo él reuniéndose con ella de nuevo en la cama.

Dios, no. No lo estaba. No quería dejar ese lugar, no quería enfrentarse de nuevo con la persona que era fuera de esas paredes, no quería volver a su solitario apartamento y no quería volver a quién era fuera de esas cuatro paredes.

—No.

Una nueva caricia, entonces un tirón en el pelo y se vio obligada a girar la cara y encontrarse con esa máscara que le ocultaba el rostro.

—No, no lo estás —aseguró sin dejar de mirarla—, pero el que seas consciente de ello, es el primer paso para graduarte, Charlotte, y también el más importante.

Bajó sobre sus labios y se los acarició con suavidad, no exigía, solo daba y ella se entregó con los ojos cerrados a esa sensación durante el resto de la noche.

CAPÍTULO 10

Garret no había desnudado su alma ante otra persona desde que lo había hecho ante Ágata y ahí estaba ahora, acompañado por ella, caminando bajo el frío de la mañana, envueltos por la niebla y en silencio. Su deliciosa secretaria lo había acompañado durante la noche, había atravesado las puertas del *Purgatorio* con ciertas dudas, pero se había mantenido estoica, a su lado, atravesando el infierno que había vivido una vez y que lo había traído hasta aquí.

Danielle era un alma tan dañada como él mismo, sus demonios colisionaban con los suyos propios, buscaba en él la fuerza que él mismo buscaba en ella. Lo aceptaba con sus defectos y esa maldita enfermedad que lo había condicionado toda su vida.

Esa noche le había desnudado el alma o al menos un fragmento de ella, le había abierto una parte de quién era y ella le había escuchado como siempre, con esa irritante tranquilidad que le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Para ser sincero consigo mismo, no sabía si la amaba, si podía pensar en ella de esa forma, pero sabía que estaba a gusto a su lado y que era la única que los aceptaba a Trey y a él.

—Um… ¿sabes? Una visita temprana al cementerio no es algo que mejore una noche llena de altibajos —le soltó ella—. Tú y yo nos entendemos en el sexo, pero cojeamos en lo de las relaciones.

Sonrió de soslayo.

—Has conocido el *Purgatorio*, pero no conoces todavía el motivo por el que se originó.

Le había hablado de un pasado marcado por ciertos sucesos, le había comentado que había podido salir, pero ahora quería presentarle a la persona que lo había ayudado a hacerlo.

—¿Y el motivo está en un cementerio? Joder, Garret…

—*Ella* está aquí.

Algo en su voz hizo que perdiera ese borde irónico.

—¿Ella?

La cogió de la mano, le besó los dedos y la guio hasta su lugar de descanso eterno.

—Ella.

Danielle se quedó mirando el dulce ángel de piedra, una figura dormida que descansaba sobre un pilar en el que podía leerse un nombre.

—Ágata Crossroad —leyó en voz alta y se guardó para sí el epitafio—. Crossroad.

Como la compañía, pensó al mismo tiempo.

—Ella fue la única que pudo ver a través de mí, a través de la autodestrucción y el despojo de humanidad que era entonces. Fue quién me enseñó que la música puede ser tan hermosa como mortal para el alma —dejó escapar un suspiro—. Por ella creé la compañía y la encaucé a ayudar a otras personas como Ágata me ayudó a mí, nos ayudó a todos.

—¿Quién era?

Danielle lo vio en sus ojos. Vio el dolor, el tormento que a veces vislumbraba en sus actuaciones con el violín.

—Fue muchas cosas distintas, pero por encima de todo, fue mía.

Se lamió los labios y volvió a mirar la estatua.

—¿La amabas?

—Tanto que cuando me dejó quise seguirla —su confesión la sacudió—, y por primera

vez en la vida, Trey hizo algo bueno por mí. Lo impidió. No dejó que saltase al vacío.

Se estremeció.

—Imagino que lo estás diciendo en sentido metafórico.

La miró y negó con la cabeza.

—Te dije que mi alma era oscura, Danielle y que si te quedabas a mi lado, no encontrarías nada más.

Le sostuvo la mirada durante unos silenciosos instantes.

—Dime solo una cosa —pidió—, no voy a preguntar nada más. Ella es tu pasado, puede que incluso haya sido tu vida, pero ahora hablamos del presente y necesito saberlo.

Entrecerró los ojos.

—¿El qué?

—¿Saltarías ahora?

Vio la respuesta en sus ojos, en la forma en que movió los labios y la fuerza de sus palabras.

—No —negó con firmeza—. Mientras tú seas ese presente, no, no lo haré.

Sus palabras la llenaron mucho más de lo que jamás había pensado que era posible.

—En ese caso solo tengo una cosa que decir al respecto.

Se acuclilló frente a la tumba y acarició la lápida.

—Gracias, Ágata Crossroad —murmuró—. A partir de aquí, ya me encargo yo. Le daré con el violín en la cabeza tantas veces como haga falta, tenlo por seguro…

Pero no dejaré que salte, no dejaré que se lleve mi corazón consigo.

Porque lo amaba, de una manera única y que solo podía darse entre ellos dos, lo quería lo suficiente para luchar por y para él, para enfrentarse a sus demonios y salir vencedora.

Levantó la mirada y se encontró con la mirada masculina empañada.

—Puede que no seamos buenos con las relaciones, Garret, pero tú acabas de darme un motivo para intentarlo con todas mis fuerzas —aceptó sin andarse por las ramas.

—¿Eso quiere decir que te conservaré como secretaria?

Bufó.

—Intenta encontrar a alguien más que aguante en el puesto el mismo tiempo que yo.

Se rio y correspondió a esa risa mientras miraba de reojo la figura del ángel.

Lo haré. Mientras él esté dispuesto a mantenerme a su lado, lo querré con toda mi alma y lucharé por él, te lo prometo.

Una silenciosa y húmeda brisa se elevó a su alrededor y, durante un insignificante momento, creyó escuchar una lejana risa de dicha.

CAPÍTULO 11

Tarde. ¡Mierda! Era la primera vez en todo el tiempo que llevaba trabajando para Nolan que llegaba tarde. Se había quedado dormida. Había sido llegar a casa, meterse en la cama y dormir como un bebé. Juraría que era la primera vez en mucho tiempo que no sucumbía a las pesadillas o a la tristeza terminando en llanto.

Si bien sentía en el cuerpo las deliciosas e intensas lecciones del tutor, había algo que hacía que se sintiese más tranquila; el conocimiento de que aquel juego había sido orquestado por el único hombre que la había conocido en realidad. De algún modo eso le producía una paz de espíritu que evitaba que el gusanillo de la culpabilidad y los reproches llamase a su puerta.

Atravesó las puertas de la oficina de la inmobiliaria y dejó la chaqueta en el colgador para dirigirse hacia su mesa.

—Buenos días, Charlie.

Se detuvo en seco y escuchó el sonido de sus propios tacones rascando el suelo al hacerlo. Giró la cabeza y se encontró con su atractivo jefe al lado de la cafetera intentando servirse un expreso.

—Buenos días.

Demasiado brusco. Por dios, si casi había gruñido. ¿Qué demonios le pasaba? A él le traía sin cuidado lo que hiciese con su vida, no iba a pedirle permiso o darle explicaciones de lo que hacía fuera de las horas de trabajo.

—¿Va todo bien?

Se obligó a adoptar su postura de siempre.

—Sí, perfectamente —declaró dejando que resbalase el bolso de su hombro y dejándolo a un lado de la mesa.

Su mirada se volvió más intensa, como si estuviese buscando algo.

—¿Estás segura?

Enarcó una ceja.

—Sí —replicó con total normalidad—. ¿A qué viene tanta pregunta?

—Bueno, eres más exacta que un reloj suizo, Charlie y has llegado… casi una hora tarde —se justificó—. Empezaba a preocuparme.

Vale, aquello tenía sentido.

—No hay nada de lo que preocuparse —declaró con sencillez. Le miró y resopló al ver que seguía sin ser capaz de sacarle un maldito expreso a esa máquina—. No ha pasado nada que no tenga arreglo.

—Entonces, sí ha pasado.

Le quitó el vaso y lo empujó a un lado.

—La lavadora decidió dejar de funcionar —soltó la primera estupidez que se le pasó por la cabeza—, no quería que se me inundase el cuarto de la colada.

—Bueno, si es por… la lavadora… me quedo más tranquilo.

Le miró de soslayo, ¿por qué le parecía que encontraba todo aquel asunto demasiado divertido?

—Tendrás que llamar al fontanero.

—Ya lo hice —atajó sacando el café y tendiéndoselo—. ¿Han traído el pedido que

faltaba?

Le indicó el escritorio con un gesto de la barbilla para luego saborear su café.

—A primera hora de la mañana, tienes el albarán y la factura con ese montón de catálogos nuevos que han llegado también —le informó.

Localizó dicho montículo de papeles y asintió.

—Bien —aceptó complacida—. Ya no tendré que extirparles las amígdalas o buscar otro proveedor.

—No sé, nena, a Chris Cooper le ha hecho tanta ilusión tu amenaza que arde en deseos de y, cito textualmente *«tengo que conocer a esa perra psicótica que tienes por secretaria, Nolan, ha hecho que mis chicos se meen en los pantalones. Estoy pensando incluso en robártela»*.

Parpadeó ante las palabras de su jefe.

—Por encima de mi cadáver —resopló ante el solo pensamiento.

—Eres una secretaria bastante eficiente, si dejamos a un lado la mala leche —le aseguró pasando a su lado de camino a su propia oficina.

Extendió la mano señalando la oficina.

—Y esta secretaria eficiente va a quedarse aquí —replicó con un bufido—. No trabajaría para ese viejo ojeroso ni por el doble de mi sueldo.

—¿Viejo ojeroso? —El apodo le causó gracia—. Chris tiene mi misma edad, cachorrita.

Lo miró de arriba abajo con suficiente disimulo. A diferencia de Cooper, él no tenía una barriga cervecera, tenía una buena mata de pelo y no era un capullo integral pendiente de un par de tetas.

—No te deprimas, Nolan, tú todavía conservas el pelo —le soltó entonces.

Las comisuras de los labios de su jefe empezaron a extenderse con notoria diversión.

—No sé si agradecerte la apreciación o correr un tupido velo.

—Sin duda lo segundo —se escabulló como pudo.

Sacudió la cabeza y señaló su oficina con el pulgar.

—Chris tiene un nuevo proyecto en la mesa que me interesa y mucho, posiblemente terminemos haciendo una sociedad para el mismo, así que procura no clavarle las tijeras en el culo si viene a verme.

—Intentaré apuntar un poco más abajo y del otro lado —rumió más para ella que para él.

Ahora sí que se rio, lo hizo por lo bajo pero era una risa pura y satisfecha.

—Te sienta bien que se te… estropee la lavadora, Charlie.

Resopló.

—Sí, tanto como salir a correr cada día a las seis de la mañana —resopló.

—Pues sería una buena manera de mantenerse en forma y llegar despejada a la oficina —le soltó él—. ¿Qué te parece si nos ponemos con ello la semana que viene?

Arrugó la nariz.

—¿El qué? ¿Correr por las mañanas?

—Es una actividad de lo más sana y hace que el cuerpo se mantenga en muy buen forma física —aseguró con tanta seguridad que empezaba a pensar que lo estaba pensando de verdad—. Además de despejar la mente.

—Mi mente está perfectamente, gracias —replicó. Aunque se inclinaba a pensar que la de ese hombre empezaba a hacerse pedazos. ¿En qué demonios estaba pensando?—. Y me mantengo en excelente forma física…

—¿Viendo una maratón de películas de amor en televisión?

Abrió la boca para protestar pero sus palabras quedaron opacadas por el grito ochentero de

la inquilina del bajo.

—¡Señor Every! ¡Sé que ha sido usted! ¡Venga aquí ahora mismo y dé la cara, *jovencito*!

Nolan dejó escapar un profundo resoplido, puso los ojos en blanco y echó la cabeza hacia atrás.

—Y aquí vamos otra vez con la loca del bajo —masculló al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. ¿Qué le ha ocurrido ahora a su local, señora Pibody?

—¡Me han cortado la luz! —escuchó a la exaltada mujer—. ¡Y es todo culpa suya! ¡Le dije que ese contador no funcionaba como debe!

No llegó a escuchar la respuesta pues su jefe ya salía de la habitación y se dirigía hacia las escaleras. El tener la oficina en un edificio de tan solo tres plantas, tener su despacho en la primera y que la mujer que poseía el bajo fuese una vieja kamikaze les había reportado toda clase de cosas insólitas.

—Charlie —la llamó asomándose por la puerta—. Contacta con una de nuestras inmobiliarias asociadas y que te den precios de estudios. Si tengo que lidiar una vez más con esta mujer, la enterraré yo mismo.

Dicho aquello salió por la puerta para poner solución a la locura del día.

CAPÍTULO 12

Si antes resultaba difícil trabajar con ella, ahora se iba a convertir en un infierno.

Nolan no podía sacarse su sabor de la boca, no podía dejar de ver su cuerpo desnudo y vibrando de placer. Al verla entrar por la puerta se había dado cuenta de que le excitaba la modosa secretaria.

La otra noche sido un sueño hecho realidad, uno en el que no solo había tenido a esa voluble hembra sino que había descubierto quién habitaba debajo de toda esa piel. En muchos aspectos, ella era como él, alguien que luchaba con los demonios que lo perseguían y le robaban la vida de la que jamás deberían haberse escondido para empezar.

Charlie era mucho más complicada de lo que pensaba, la muchacha que había conocido en su juventud nada tenía que ver con la mujer que había disfrutado del oscuro placer y, al mismo tiempo, seguía habiendo algo que le recordaba a los viejos tiempos. El tiempo había pasado para ambos, sus prioridades habían sido otras, los tres habían seguido su propio camino solo para reencontrarse años después para enfrentar los duros golpes de la vida; y ella todavía seguía luchando ahora.

Se permitió contemplarla unos momentos más en silencio, desde la puerta. La manera en que se movía lo excitaba, su polla engrosó dentro de los pantalones y el deseo lo aguijoneó otra vez. Quería volver a tenerla, quería más de ella, quería ver cómo se doblegaba su voluntad y aceptaba todo aquello que deseaba proporcionarle. La clave era la confianza y él estaba dispuesto a conseguir la suya de un modo u otro.

—Quizá es el momento adecuado para tensar un poco la cuerda y ver hasta dónde estás dispuesta a llegar —murmuró barajando ya las posibilidades.

Sabía que había empezado fuerte, pero necesitaba probarla, comprobar que esa dulce mujer podría con lo que tenía pensado para ella y le había sorprendido gratamente que así fuese.

«Ella no es ajena a estos intercambios». Le había dicho Jax tras acompañarla y pedirle un taxi. *«Está nerviosa, pero su excitación es la de alguien que disfruta del borde de la oscuridad»*.

Sí, ella no era ajena a esas prácticas y las disfrutaba, lo que le daba si cabía una esperanza mayor.

—…sí, se lo haré saber —escuchó que contestaba al teléfono—. Gracias. Que tenga un buen día.

Optó por entrar, había llegado el momento de probar a esa gatita y empujarla un poco más en la dirección que le interesaba; sus brazos.

—Juro que esa mujer va a agotarme la paciencia —le dijo haciéndola partícipe de su presencia—. No sé cómo se las arregla para meterse en problemas y culpar siempre a los demás.

Se giró y se encogió de hombros con gesto elegante.

—Llevas diciendo que quieres otro local desde que empecé a trabajar para ti —comentó a modo de recordatorio—, y seguimos en el mismo sitio.

Sonrió de soslayo. La muy ladina…

—No seguirá siendo así por mucho tiempo —le dijo, se detuvo a su lado y apoyó la cadera contra el escritorio de modo que su erección no fuere evidente. Demonios, se la follaría ahora mismo si no supiese que eso jodería todo lo que había conseguido la noche anterior.

—Bueno, entonces ¿a qué hora quieres que te recoja mañana? ¿A las seis te parece bien?

—¿Recogerme para qué?

—Correr, Charlie, habíamos quedado en que te vendría bien un poco de ejercicio.

Sacudió la cabeza.

—No, ni hablar —chasqueó la lengua—. Olvídalo.

Se inclinó hacia delante y la picó.

—¿Tienes miedo de no estar a la altura?

Se incorporó y se llevó las manos a las caderas.

—Para ponerme a tu altura no me llegarían ni mis tacones más altos.

—Deportivas, Charlie, se corre con deportivas.

Entrecerró los ojos.

—No voy a salir a correr contigo —declaró—. No voy a correr y punto. Y ahora, si no te importa, tengo cosas que hacer como seguir buscando estudios para que puedas librarte de la ochentera del bajo.

—Hoy estás mucho más… batalladora que de costumbre.

—En absoluto.

—Sí, lo estás —insistió—. Lo que hace que me vea obligado a recordarte que yo soy el jefe y tú la secretaria.

Ladeó la cabeza.

—Pues sepa usted, jefe, que esta secretaria tiene trabajo que hacer —le soltó—. Y mientras se dedica a lidiar con el señor Cooper, yo continuaré con mis pesquisas.

La miró divertido.

—Espero que tengas unas buenas zapatillas para correr.

No esperó respuesta, le dio la espalda y se encerró en su propia oficina para preparar su próximo encuentro.

No podía esperar a tenerla de nuevo.

—¿Soy yo o de repente me echas de menos?

Jax sonrió ante la respuesta que recibió al otro lado de la línea. Nolan acababa de contactarle para organizar una nueva sesión en el *Purgatorio* y no podía negar que le gustaba la idea de tenerle por allí.

Cuando los chicos se unieron para decirle que iban a crear la *Crossroad Company* sintió emociones encontradas, la partida de la pequeña estaba demasiado reciente, pero al mismo tiempo sabía que ella lo aprobaría, especialmente por Garret. Ágata se entristecería si a su chico del violín le pasaba algo.

Ambos habían sido muy parecidos, estaban solos y perdidos y se encontraron el uno al otro. Ágata fue para todos, y se incluía en ese grupo, el cabo que necesitaban para mantenerse a flote.

Pero Nolan también había pasado sus momentos de debilidad, se había enfrentado consigo mismo y había perdido el rumbo y la causante era la mujer que ahora tutelaba.

«La necesita, Jax, nunca será feliz hasta que la tenga. Y ese día llegará».

Parecía ver las cosas que nadie parecía ver, saberlas antes que ocurriesen, no sabía si llamarlo intuición o había sido algo que tenía que ver con ella, pero le había puesto los pelos de punta en más de una ocasión.

—Yo no soy el que se pasa la vida metido en un agujero —le aseguró su amigo.

Sonrió, no pudo evitarlo. Sabía lo que los socios opinaban de él y su necesidad de soledad, pero era así como le gustaba vivir. Había tenido su cuota de emociones a lo largo de su vida y ahora, lo que le apetecía era vivir cada día sin más.

—Me gusta mi agujero —le respondió jovial—. Está hecho a mi medida.

—No te lo discutiré.

—Entonces, ¿qué tienes en mente? ¿Vas a seguir tutelándola?

—Charlie ha demostrado encajar en el *Purgatorio* —se justificó—, ahora entiendo muchas de las cosas a las que Chase había hecho referencia. Siempre fue consciente de que yo la quería…

—Y se encargó de que ella estuviese abierta a esa posibilidad, ¿me equivoco?

No, no lo hacía. Había visto la mirada en la mujer, como vacilaba pero también como la excitaba todo aquel juego. Y, sobre todo, había estado allí después, su espíritu había cambiado, no sabía cómo explicarlo pero sabía que algo había cambiado y solo era el principio.

—A la luz del encargo que me ha dejado, no, no te equivocas.

Sabía que el hermanastro le había dejado un vídeo poniéndolo en un delicioso y caliente aprieto.

—Y bien, ¿qué tienes en mente?

—Algo que sin duda te va a gustar —aseguró—. Necesito empujarla un poco más, ver hasta dónde se atrevería a llegar… que aceptar…

Sonrió de soslayo.

—Aceptará tus órdenes, someterse a tu voluntad —resumió—, pero lo que necesitas saber es si ella podría con tu propia oscuridad…

—La dejé escapar una vez —suspiró—, no soportaría perderla de nuevo, no cuando sé que si lo hago, no solo me perderé yo, la perderé también a ella.

No. No lo haría, ella no lo permitiría.

—Así que necesito que me eches un cable.

Su sonrisa se amplió y no pudo evitar relamerse ante las posibilidades que implicaban sus palabras.

—De acuerdo, Nolan, soy todo oído.

CAPÍTULO 13

Charlie quería matar a su jefe casi con tanto ahínco como deseaba saltarle encima. Esa primera noche había despertado la parte que había estado dormida en su interior devolviéndole la imperiosa necesidad de contacto, uno que había añorado más de lo que debería. A la incertidumbre de cuándo sería su próxima cita, si es que la había, se le había sumado la locura deportista de Nolan.

Su jefe no había bromeado, al día siguiente se había presentado delante de su casa, había aporreado la puerta a las seis de la mañana y, tras despertarla con unas energías que ella no tenía a esas intempestivas horas, la había obligado a salir a correr.

Sí. Iba a matarle muy lentamente, luego le haría pedacitos y se los daría de comer a los peces; eso sí sobrevivía a su quinto día de carrera matutina.

El cómo había conseguido salirse con la suya era un auténtico misterio. No era deportista por naturaleza, pero para nada, Chase era el que solía salir a correr o iba al gimnasio y ella la que se beneficiaba de dichos resultados desde un cómodo sofá. Su mayor esfuerzo era levantar el libro que estuviese leyendo en esos momentos.

Aquel era un cambio radical en su vida, uno autoimpuesto por el chalado del hermanastro de su marido, el cual había pasado de no importunarla más de lo necesario a convertirse en un grano en el culo esa última semana.

Si ya de por si era difícil mantenerse al margen, el tener ese cuerpo sudoroso y atlético a su lado a primera hora de la mañana, cuando su cerebro todavía no procesaba, estaba resultando fatal para sus neuronas.

El único día que en realidad descansaba de su presencia eran los jueves y, estúpidamente, era el día en que más lo echaba de menos.

Hoy, sin embargo, su motivo de nerviosismo era otro. El mensaje que había esperado entró en su teléfono a primera hora de la mañana, la invitación la esperaba en el mismo sitio de siempre y cuando llegó la hora de presentarse de nuevo en el edificio, la excitación volvía a batallar con el sentido común.

—Bienvenida, ¿lista para una segunda noche con el Tutor?

Jax la recibió a los pocos minutos de haber entrado, las puertas del ascensor se abrieron y allí estaba él. En esta ocasión su aspecto era mucho más moderno y vestía de negro, algo que le otorgaba un aire mucho más sensual y oscuro, una invitante peligrosidad. Le recordó a una sexy y peligrosa pantera.

—Buenas noches, Jax —correspondió a su saludo—. Estoy lista.

Él asintió, le tendió la mano pidiéndole el antifaz y, una vez que se lo puso, la acompañó al igual que la otra vez, guiándola por los distintos espacios que solo podía sospechar, despojándola de su ropa, entregándole una bata y conduciéndola hasta la puerta de la habitación.

—Que disfrutes de tu próxima lección —le susurró al oído, entonces sus labios estuvieron de nuevo sobre su boca, su lengua incursionando en su interior y degustándola. No pudo evitar estremecerse de placer, ese hombre sabía cómo besar.

Le escuchó llamar suavemente, el sonido de la puerta al abrirse y ese empujoncito que hacía que la textura del suelo bajo sus pies cambiase. El ambiente era cálido y solo se vio alterado por la corriente de aire que provocó la puerta al cerrarse de nuevo.

Agudizó el oído, al principio no escuchó nada, pero entonces algo se movió, alguien se había levantado de la cama y el sonido de unos pasos terminó con unas fuertes manos posándose sobre sus hombros, retirando la tela de la bata al tiempo que una caliente boca le soplaba en el oído.

—Bienvenida de nuevo, Charlotte.

Se estremeció cuando le acarició la oreja con los labios.

—¿Estás dispuesta a continuar con las lecciones?

Dios, ¿podía un hombre tener una voz más sexual? Cada palabra que emitía la hacía estremecerse, hacía que su sexo se empapase y los pezones se endurecieren marcándose ya contra la tela.

—Sí.

Un susurro, a sus oídos quizá un poco tembloroso, pero era lo que quería, más allá de todas las excusas que presentaba su cerebro, esto era lo que deseaba.

—En ese caso, la consigna de hoy será: confianza y obediencia.

Dicho eso sintió como le retiraba el antifaz, permitiéndole ver de nuevo.

Parpadeó varias veces, el cambio de la oscuridad total a la luz, aunque esta fuese tenue la dejaba indefensa durante unos instantes, ajustándose de nuevo a la claridad y haciéndola muy consciente de su propia desnudez y del hombre, vestido de negro que permanecía ante ella.

Se lamió los labios cuando sus ojos se encontraron con un atlético pecho salpicado de vello que dejaba a la vista una camisa abierta. Sintió una punzada entre las piernas y la humedad corriendo por sus muslos al ver el cinturón que rodeaba su cintura; el recuerdo de esa correa sobre su tierno sexo la estremeció.

—Tus ojos sobre mí, Charlotte.

Sus palabras vinieron acompañadas de un único dedo debajo de su barbilla que la obligó a levantar la cabeza y encontrarse con esa profunda mirada color café. Sus ojos eran todo lo que podía apreciar bajo la oscura máscara que solo dejaba a la vista la erótica mirada y unos apetitosos labios. Su identidad era un misterio, ignoraba quién había debajo de esa máscara y, al mismo tiempo, lo hacía si cabía mucho más interesante.

—¿Vas a plegarte a mis deseos esta noche? ¿Seguirás mis órdenes al pie de la letra y confiarás en que sabré lo que necesitas y que es lo que debo darte?

Él le estaba pidiendo una confianza que iba más allá de lo que conocía, una que hacía que temblase todo en su interior y, al mismo tiempo, despertase su lado más oscuro.

—Yo…

Se lamió los labios y él cerró los dedos alrededor de su mentón, apretando ligeramente, haciéndola consciente de que estaba en sus manos.

—Sí o no —fue tajante, pero mantuvo esa mirada en ella, clavándola ahí con su sola presencia, dominándola sin necesidad de nada más—. Confianza y obediencia.

Tragó, no pudo hacer otra cosa. Estaba a punto de sucumbir, de entregarle su alma y su cuerpo al demonio y su cuerpo vibraba ante la expectación de ser ofrecido como sacrificio.

—Sí.

Él levantó un poco la barbilla, tenía un mentón fuerte, libre de barba.

—Dilo —insistió sin soltarla—. ¿Me entregarás tu confianza y me obedecerás?

Asintió.

—Te entregaré mi confianza y te obedeceré.

Él asintió complacido, entonces, todavía con su antifaz en las manos, volvió a colocárselo dejándola ciega. Sus manos estuvieron entonces sobre ella, acariciándola, calentándole la piel

mientras una de ellas se cerraba sobre su seno derecho obligándola a apretar los muslos. El duro y calloso pulgar le frotó el erecto pezón provocándole un instantáneo estremecimiento de placer.

—Y yo honraré esa confianza y haré que disfrutes de esta nueva lección —le escuchó decir—. Y recuerda, pequeña, nada de lo que aquí pase está hecho para lastimarte o herirte. Tu placer es la meta, el cómo dártelo mi elección.

Se movió inquieta, su erótica caricia la estaba calentando, podía notar el latido en su sexo, la necesidad yendo in crescendo.

—Todo lo que aquí ocurra, todo lo que intervenga será una prolongación de mí y de mi voluntad —continuó hablando, embriagándola con esa profunda voz, despertando sus sentidos —, y obedecerás.

Se lamió los labios y gimió, no pudo evitarlo.

—Quiero que hables, que no te guardes nada, dios sabe que él no se va a quedar callado.

¿Él? No tuvo tiempo de formular la pregunta cuando le sintió alejarse de ella, escuchó sus pasos por la habitación y el sonido de la puerta al abrirse. Se sintió expuesta, cohibida pero también excitada ante el inesperado giro de los acontecimientos. Estaba desnuda y sus palabras sugerían que allí, al otro lado de esa puerta abierta, había alguien más…

—Entonces, ¿estoy invitado a participar como asistente del Tutor?

El corazón le dio un vuelco al escuchar la profunda voz masculina procedente de la puerta. Se giró en su dirección y se estremeció al reconocer al propietario; Jax estaba allí.

—Adelante, la primera lección está a punto de comenzar y tu asistencia será indispensable.

Tembló, pero no de miedo, la excitación la recorrió de la cabeza a los pies, se le secó la boca y el pulso aumentó hasta llegar a escucharlo en sus sienes. Al tener los ojos tapados los demás sentidos se agudizaron y su oído empezó a captar cada pequeño detalle, cada ruido que precedió al de la puerta de la habitación cerrándose una vez más.

—Buenas noches una vez más, pequeña.

Se obligó a tragar, la saliva se le acumulaba en la boca mientras su piel adquiría incluso más calor y notaba como se tensaba su bajo vientre.

—¿También he de inculcarte buenos modales, Charlotte?

El inesperado golpe de una mano abierta sobre sus nalgas la hizo dar un respingo. Ni siquiera había advertido que el Tutor se había movido hasta que escuchó su voz.

—Buenas noches —pronunció de manera atropellada.

Una mano acarició el lugar que había azotado y supo que era la de él.

—Eso está mejor —le dijo y volvió a abandonarla solo para sentir de nuevo su contacto sobre su cuerpo, resbalando por sus brazos, por su estómago, acariciándole los muslos para volver a alejarse de nuevo—. Puedes presentarte a ti mismo, Jax.

Le escuchó reír por lo bajo, entonces otras manos resbalaron sobre su cuerpo y el cálido aliento masculino del hombre que la acompañaba hasta esa habitación cayó sobre sus labios.

—Hay cosas que no necesitan presentación, amigo mío —respondió—. Y yo soy una de ellas.

CAPÍTULO 14

Jax la besó. Una caricia de labios que empezó como un juego y fue ganando ardor a medida que invadía su boca y enlazaba la lengua en la suya en un caliente y sensual beso que la dejó jadeando por más.

Su sabor no le era extraño, había hecho una costumbre el besarla antes de entregarla al Tutor, pero esta vez había algo más en ese beso, algo que la llevó a estremecerse no sabía si de temor o placer.

No podía negar que le había admirado, era un hombre atractivo, con hombros anchos, sonrisa fácil y ojos sagaces, su altura, al igual que la de su compañero la empequeñecía y la hacía sentirse frágil y femenina.

Él la excitaba, de una manera oscura y prohibida, había encendido ese pequeño fuego que luego cobraba vida bajo las manos de su amante enmascarado. Pero una cosa era un simple beso, unas caricias cuando le quitaba la ropa y le ponía la bata y otra muy distinta, estar a merced de dos hombres devastadores y sexualmente peligrosos.

—Estás asustada.

Se sobresaltó. El Tutor estaba detrás de ella y ni siquiera se había dado cuenta de que se había movido. Su aliento le calentó el oído.

—Y bastante nerviosa —continuó cambiando ahora de oído—. Los nervios son buenos, el miedo no.

Su aliento la hizo estremecer, aunque posiblemente sus palabras tuviesen también mucho que ver en ello.

—No… no tengo miedo, solo… estoy… sorprendida —encontró la voz para replicarle.

Le escuchó bufar, algo parecido a una risita.

—Te sorprenderé más veces, Charlotte, esta solo será la primera —aseguró con esa practicidad de siempre—, y te gustará.

La seguridad que escuchó en su voz la estremeció.

—Nos encargaremos de que así sea —añadió entonces Jax al tiempo que alguien le pellizcaba un pezón haciéndola saltar y emitir un gritito.

—Relájate, cielo, ya tendrás tiempo para gritar en un rato.

Como si se tratase de uno, las manos que la habían acariciado, los labios y ese erótico calor se alejó de ella. El silencio se convirtió de nuevo en la consigna de la habitación y solo fue roto por el sonido que dejaba el frufrú de la ropa.

Se estaban desnudando, los dos.

El pensamiento la humedeció y trajo consigo un lejano recuerdo, uno que se había obligado a soterrar bajo capas y capas de determinación; la primera vez que Chase la había compartido y la sorpresa y el placer que le había reportado.

—Tiemblas —escuchó de nuevo cerca de ella, pero nadie la tocó—. Espero que sea de anticipación y no de miedo.

—No os tengo miedo.

Escuchó un nuevo sonido pero no fue capaz de identificarlo o de saber a quién de los dos pertenecía.

—Me alegra escuchar eso —ahora fue el Tutor el que habló.

Alguien se acercó entonces a ella, le acarició la mejilla con el dedo y lo deslizó a continuación por su cuello, pasando la clavícula, descendiendo por la uve de sus pechos para terminar entre sus piernas, abriéndose camino hasta su húmedo y goteante sexo.

—¿Has sido buena con tu tutor? —La voz de Jax era oscura, más seria de lo que solía ser y le provocó un estremecimiento.

—Yo…

Introdujo el dedo en su interior y pudo notar la diferencia de grosor y longitud, pero no pudo evitar gemir cuando lo movió dentro y fuera.

—Ahhh.

—Responde adecuadamente, Charlotte.

El toque de atención le llegó desde atrás al tiempo que el conocido tacto de la correa del cinturón caía sobre sus nalgas provocándole un caliente aguijonazo de dolor.

Tragó y luchó por mantenerse quieta, aunque no es que pudiese moverse con esa mole detrás de ella.

—Sí —se las ingenió para hablar—. Creo… que sí.

Jax se rio mientras el otro resoplaba.

—Ya veo que os habéis divertido.

La respuesta del Tutor fue acariciarle la cabeza, bajar las manos por sus brazos y cogerle ambas muñecas para rodearlas con sus dedos.

—Tú también obtendrás tu cuota de diversión —comentó frotándole las muñecas antes de tirar de ella y obligarla a caminar a través de la habitación.

Intentó hacer memoria, situarse en medio de su ceguera para descubrir a dónde la llevaba. Había visto el dormitorio antes, sabía que lo que había tomado como parte de decoración no era simplemente eso y sus sospechas quedaron de nuevo confirmadas cuando la hizo levantar primero un brazo y luego el otro, esposándole las muñecas a una especie de correa que colgaba del techo.

—¿Te duelen los hombros? —Deslizó los dedos sobre sus articulaciones—. ¿Notas algún calambre o molestia?

Negó con la cabeza. Siempre estaba pendiente de su bienestar cuando pasaban a este tipo de juegos, de restricciones y eso hacía que se derritiese por dentro y le fuese más sencillo depositar la confianza en sus manos.

Notó como le cogía la barbilla con la fuerza justa para captar su atención pero sin hacerle daño.

—En voz alta, por favor.

Siempre educado, siempre correcto, incluso cuando lo que quería era follarla.

Tembló y se las ingenió encontrar la voz.

—No. No siento ninguna molestia. —Hizo un esfuerzo por encontrar la voz y dar salida a las palabras.

—Diablos, eres realmente preciosa, princesa —la halagó Jax, su boca calentándole el oído desde atrás. Entonces la sintió sobre su hombro, mordiéndole la piel mientras deslizaba las manos por los brazos, sumergiéndose bajo sus pechos para abarcarlos con las manos y pellizcarle los pezones—. Me gusta lo que veo.

Y debía gustarle de veras porque empezó a jugar con ellos, apretándolos ligeramente hasta que una pequeña llamarada de caliente y erótico dolor la recorrió haciendo que se humedeciese todavía más.

—Y a ella le gusta lo que le haces. —Esa era la voz del Tutor, ronca, pecaminosa y llena

de oscuridad. Notó sus manos amasándole las nalgas, los dedos deslizándose entre ellas para acariciar su sexo desde atrás mientras el otro hombre inflamaba sus senos y le recorría la piel con pequeños besos y mordiscos.

Jadeó al sentirse penetrada, ese grueso dedo se deslizó entre los húmedos labios vaginales una y otra vez para finalmente retirarse por completo y retroceder hacia atrás, a ese lugar por el que parecía tener predilección.

—Respira profundamente —la instruyó al tiempo que deslizaba la punta de la falange en su interior con facilidad. La mantuvo allí, jugando en su trasero, probándola, empujando un poco solo para detenerse y volver a salir. Repitió la operación un par de veces más haciéndola jadear mientras la boca de Jax se cernía ahora sobre sus pezones succionándolos—. Jax. Encima de la mesa. Ya sabes dónde está.

—Eres un bastardo con suerte, ¿lo sabías?

Su Tutor se limitó a gruñir.

—Si te portas bien y Charlotte quiere, podrás follarle el culo… después.

Se quedó sin aire, las palabras volaron como pájaros asustados y apenas fue consciente de la risa del primero y de la mano que caía ahora sobre su trasero, calentándola.

—Pero ahora es mío.

La erótica declaración llegó acompañada de algo fresco penetrando en su apretado agujero, entonces su dedo penetró una vez más, ahora con mayor facilidad hasta introducirse prácticamente por completo.

—¿Vas a ser buena? —Sintió como le apretaban los pezones, como dos calientes tenazas le ceñían las sensibles cúspides haciéndola gemir mientras el aliento de Jax le calentaba el oído —. ¿Me dejarás probar ese pequeño culito tuyo después de que él te folle? O quizás prefieres que juegue aquí mientras él te penetra.

Sus palabras fueron ilustradas con un inesperado dedo resbalando entre sus labios y penetrándola con fuerza suficiente como para que se pusiese de puntillas.

—¡Oh dios!

Jax se rio, pero ella no encontró divertido el asunto, no cuando el Tutor retiró el dedo de su trasero solo para introducir ahora dos, extendiéndola, empujando hacia dentro con una facilidad que solo podía deberse a la crema que estaba utilizando.

Mientras uno se habría paso en su entrada trasera, el otro abandonaba su hambriento coño y volvía a su previa tarea con sus pezones.

No podía pensar, apenas si podía moverse, la posición en la que la tenían ambos la obligaba a tirar de las restricciones, incapaz de apartarse del sándwich en el que la convertían esos dos hombres.

—Respira, princesa, respira —la animó Jax—. Te va a gustar, no dejaremos que sea de otra forma.

Dios, quería morirse allí mismo, quería gritar pero las palabras no le salían de la garganta, todo lo que podía hacer en su lugar era retorcerse y gemir.

—Quieta.

Una inesperada y caliente azotaina cayó sobre su nalga derecha mientras sus dedos estaban todavía dentro del estrecho canal. La caliente sensación la hizo gemir en voz alta, poniendo de manifiesto lo que no quería admitir; estaba disfrutando de aquella caliente invasión.

—Por favor…

Esos dedos seguían trabajando con lentitud en su trasero, abriéndola, preparándola para llenarla con su grueso pene, haciendo que recordase con hambre y temor la primera vez que lo

había tenido de esa manera.

—Eres una gatita caliente.

No pudo evitar jadear al sentir de nuevo la codiciosa boca de Jax prendiéndose de un duro y turgente pezón. Tiró de sus restricciones pero no pudo tocarle, le dolían los dedos por acariciar a alguien, por tener ese necesario contacto, pero todo lo que le permitían hacer esos dos hombres era servirles de postre.

Su mente empezó a perder la noción del tiempo o del espacio, la fuerte succión de la boca en sus sensibles pezones la volvían tan loca como los dedos del Tutor trabajando con mayor profundidad en su culo creando una fricción que iba más allá del dolor, convirtiéndola en un creciente y caliente placer que lo obnubilaba todo.

—¿Sigues confiando en mí, Charlotte?

—¡Dios sí!

No sabía por qué, pero confiaba en él, en que la mantendría a salvo en esa vorágine de sensaciones que la recorría.

—Jax va a llenar ese hambriento coño con su polla —le susurró al oído con esa voz ronca y cargada de lujuria—. Y eso solo será el principio…

Como si su compañero estuviese esperando esa orden, abandonó sus pechos, tomó su boca en un lánguido beso y deslizó una mano por su muslo, levantándole la pierna para anclarla a su cadera al tiempo que presionaba su erecto sexo contra su húmeda entrada. El movimiento hizo que los dedos alojados en su trasero se hundiesen todavía más.

—Oh dios…

Notó como la traspasaba, como se hundía centímetro tras centímetro en su interior, estirándola, colmándola y despertando esa hambre prohibida de la que había estado intentando escapar.

—Por favor. —Echó la cabeza atrás, se recostó en la montaña humana que seguía trabajando en su culo pues era incapaz de hacer otra cosa. Unas fuertes manos se aferraron a sus caderas y ese duro miembro salió solo para volver a entrar.

—Eres dulce, princesa, caliente y apretada —ronroneó Jax—. Adoro la forma en la que me aprietas.

La penetraba con lentas estocadas, movimientos muy profundos y retiradas mortalmente agónicas en su lentitud, quería moverse, quería que le diese más, la sensación de ese pene enterrado en su interior y los dedos llenado tu trasero la volvían loca, hacía que se sintiese repleta, pero no era suficiente.

—Lo quieres, sé que lo quieres —le susurró el Tutor al oído al tiempo que retiraba los dedos por completo.

—¡No! —gimoteó. Quería más, quería más.

—Dale un poco más de lo que desea.

A su orden las embestidas del otro hombre se hicieron más intensas, sujeta ahora entre los dos empezó a temblar mientras la penetraba con decisión haciéndola gritar y lanzar la cabeza atrás.

—Esto es lo que quieres, lo que necesitas —le susurraba él, manteniendo el control de la escena, volviéndola loca con el tono oscuro de su voz—, pero aún hay más y voy a dártelo. Lo tendrás todo.

Sintió entonces como la mantenían quieta, ese duro miembro alojado en su interior mientras la cabeza de otra polla empezaba a penetrar en su trasero. Despacio, con suavidad, estirándola hasta que se quedó sin respiración y el dolor, el quemante y erótico dolor, empezaba

a dar paso al éxtasis.

—No… por favor… esto es… más… dios… no puedo…

Balbuceaba, no podía hacer otra cosa.

—Respira, princesa, déjale entrar —la animó—. Le quieres dentro, sabes que es lo que deseas.

—Oh joder… por favor… —jadeó. Ya no sabía si quería que siguiese o que se detuviese. Se sentía cada vez más llena, más estirada, empalada por ese grueso miembro que se abría paso en su trasero mientras luchaba por respirar, por acostumbrarse a esa doble penetración que la mantenía al borde de la razón.

—Dale más. —Ahora fue el turno de Jax, quién empezó a retirarse muy lentamente a medida que el otro entraba en su culo—. Llénala, es lo que quiere.

Gritó al sentir como de un golpe lento la llenaba por completo, notando su pelvis tocando ya sus nalgas.

—Mi turno.

Con esas palabras Jax penetró en su interior mientras él se retiraba y todo lo que pudo hacer al respecto fue gritar mientras tensaba los brazos, agitando las cadenas, creando un tintineo que ejercía de banda sonora de esa peculiar escena que se estaba desatando en su interior.

El Tutor empujó en su culo, una y otra vez, alternando sus entradas con las salidas de su compañero, creando una cadencia perfecta en la que todo lo que podía hacer era entregarse al placer más desgarrador, al frenesí y gritar como si no hubiese un mañana.

—Oh dios, por favor, oh dios…

No sabía ni lo que decía, su cuerpo se había convertido en una herramienta para esos dos incansables y dedicados trabajadores, ellos la utilizaban a placer, volviéndola loca, atormentándola en esa oscuridad y haciendo que ese pequeño monstruo que vivía en su interior despertase cobrando vida, levantando la cabeza con hambre.

No eran suaves, pero ella no deseaba que lo fuesen, sus gemidos se mezclaban con los suyos, sus alabanzas quedaban perdidas en el frenesí de aquella diabólica cópula que le robaba el aliento y la razón.

—Un poco más, dulzura —escuchó al oído pero no sabía de quién eran las palabras ni le importaban—, solo… un poco… más…

Sacudió la cabeza o al menos creyó hacerlo, le dolía la garganta y sus oídos parecían ser capaces de registrar tan solo unos lejanos gritos. Su cuerpo se tensó, la presión era insoportable, el placer se había hermanado con el dolor creando un nuevo ser, uno que la abrazaba y la catapultaba sin remedio a una cada vez más cercana explosión.

Les sintió temblando en su interior, alcanzando el orgasmo cuando ella misma culminó entre ellos, estremeciéndose alrededor de aquellos duros miembros que la habían robado la cordura y el aliento.

Murmullos, palabras, sensaciones, todo se entremezcló en la neblina del placer, no fue consciente de haber sido liberada de las restricciones, tampoco de haber perdido el antifaz, solo de la blandura de algo bajo ella y la somnolencia reclamándola.

—Y ahora, ¿qué harás con ella? —Creyó escucharles decir.

—Lo que debí haber hecho desde el principio —la respuesta se perdió en la inconsciencia. Era incapaz de mantener los ojos abiertos, el cansancio la reclamaba por lo que no pudo estar segura de, si lo que había escuchado, era lo que se había pronunciado en realidad: *«Reclamar lo que es mío»*.

CAPÍTULO 15

Dos semanas después…

Había momentos en los que ese hombre la dejaba sin palabras y aquel era sin duda uno de ellos. Nolan había decidido coger unas horas durante aquella semana para encargarse personalmente de la reforma de las nuevas oficinas. Había decidido alquilar una planta completa en un edificio nuevo cuyas vistas daban al lado este del río Hudson y la reforma era una de las primeras cosas en las que había querido echar mano.

Verle en vaqueros, sin camisa, con la piel bronceada y brillante por el sudor era una imagen que no contemplaba desde la universidad y dicho cuerpo había ganado sin duda con el paso de los años.

Se le secó la boca, el hombre estaba de muy buen ver, pero era incluso más que eso, verle trabajar con el cinturón de herramientas alrededor de la cintura y todos esos músculos contrayéndose al hacer fuerza sobre el taladro era muy sexy.

—¿Qué te parece? —le preguntó—. Va tomando forma, ¿no crees?

Se obligó a concentrarse en la habitación y dejar de mirarle lo cual era difícil. No sabía de qué se trataba con exactitud, pero de algún modo su semidesnudez la inquietaba y hacía que sintiese cierta familiaridad.

—No se parecen en nada.

Le escuchó resoplar.

—Te falla la imaginación —contestó ajeno al verdadero motivo de su respuesta.

Puso los ojos en blanco. Oh, imaginación tenía mucha, prueba de ello era que acababa de superponer esa imagen con la del hombre que la estaba sacando de su encierro y despertando de nuevo esa oscuridad sexual.

Los ojos azules de su jefe se encontraron con los suyos haciendo que esa imagen se desdibujase todavía más.

Estás poniendo lo que deseas con lo que te gustaría que fuese.

Esa era la realidad, pero necesitaba centrarse y no confundirse. De nada le iba a servir meterse en semejante lío, no señor.

—Todo lo que veo es la estructura de una pared, un techo levantado y suciedad por todas partes —y a ti desnudo, pero esas últimas palabras se las guardó para ella—. Mi mente no da para más.

—Mujer de poca fe —dejó las herramientas y recuperó la camiseta gris para ponérsela—. Ven, te enseñaré el diseño a ver si así puedes ver el conjunto.

Enarcó una ceja y se llevó las manos a las caderas.

—Es mi día libre, dime que no me has llamado para que vea lo mismo que vi ayer al traspasar por la puerta —siseó. La había llamado esa mañana temprano con tal premura, que prácticamente la había hecho saltar de la cama solo para darse cuenta que ese día libraba.

La miró de arriba abajo, luego a los ojos y sacudió la cabeza.

—No te he llamado para que veas lo mismo que ayer —le aseguró dándole ya la espalda —, te llamé para que me des tu opinión sobre lo que será tu nueva área de trabajo.

Resopló ante la desquiciante actitud de su jefe.

—¿Sabes? Tengo mejores cosas que hacer que pasarme por una obra en mi día libre.

Y una de esas cosas era pasarse por el salón de belleza y mimarse un poco antes de la nueva sesión que tendría aquella noche.

—No te quitaré más que un par de horas de tu valioso tiempo, Charlie, te las pagaré si eso hace que dejes de gruñir.

—Yo no gruño —replicó apretando los dedos—, y ya te he dado más horas de mi tiempo de las que debería.

—No las suficientes, nena, nunca las suficientes.

Puso los ojos en blanco.

—Espero que no explotes a tus pobres empleados de la misma manera que a mí.

—Ellos no están tan buenos y no protestan tanto —le soltó al tiempo que se detenía al lado de una precaria mesa de trabajo sobre la cual había extendidos algunos papeles—. Ahora, ¿quieres venir hasta aquí?

Resopló y se reunió con él, al otro lado de la mesa para ver todo aquel conjunto de planos y diseños.

—Como tenemos el doble de metros cuadrados, he pensado que podría aprovecharse para hacer una distribución más eficiente.

—¿Tenemos?

—Sí, tenemos —la miró a los ojos—. ¿Vas a seguir discutiendo?

—¿Yo? —señaló lo obvio—. Eres tú el que se está quejando y haciendo pucheros.

—En ocasiones tengo unas irrefrenables ganas de estrangularte —aseguró sin dejar de mirarla—, entonces recuerdo quién eres y se me pasan.

—¿Y quién soy, según tú?

La manera en que la miró la sorprendió, provocándole un escalofrío y una sensación de *deja vi* bastante extraña.

—Mi maldita secretaria —suspiró y volvió a los planos—. Ahora échale un vistazo a esto, aquí y aquí…

Perdió el hilo de lo que le estaba diciendo, esa intensidad que vio en sus ojos la dejó descolocada, no pudo evitar volver a las comparaciones pero el intenso azul no tenía nada que ver con el marrón del Tutor. Y su pelo no era tan negro, tampoco era tan ancho de hombros ni…

¿Qué demonios estaba haciendo? Nolan no era su Tutor, no podía serlo. Su voz no era tan profunda, su forma de hablar no la dominaba y le faltaba ese halo de oscuridad que envolvía a su amante.

—¿Charlie? ¿Charlie? Tierra llamando a Charlie.

Parpadeó ante la visión de la mano masculina pasando por delante de sus ojos.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Se apoyó contra la mesa y cruzó los brazos sobre el amplio pecho.

—Dímelo tú, es obvio que estás en cualquier otro lado menos aquí —aseguró con gesto receloso—. ¿Va todo bien? ¿Has tenido algún problema últimamente?

Hizo una mueca y evitó su mirada.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, cosas que hacer y me has incordiado en mi día libre —resumió quejumbrosa—. No tengo cabeza ahora mismo para unos estúpidos planos.

—¿Qué cosas? —su mirada seguía siendo inquisitiva y odiaba sentirse así de escrutada, especialmente por él.

—Ninguna que sea de tu incumbencia.

Entrecerró los ojos.

—¿Tiene esto algo que ver con la visita del abogado de Chase de hace unas semanas? —insistió—. Has estado rara desde entonces.

Resopló.

—Si lo tiene, no es asunto tuyo.

No cedió.

—Si tuvieses algún problema me lo contarías, ¿verdad?

Y ese era el bueno de Nolan, el hombre que había estado a su lado en el momento más difícil de su vida, apoyándola y sosteniéndola cuando todo se había desmoronado a su alrededor. El que la volvía loca con sus cambios de humor, quién la sorprendía arrancándola de casa a las seis de la mañana para llevarla a correr. Era el hombre en el que se había convertido el chico que una vez conoció, alguien que seguía despertando emociones dormidas y prohibidas para ella.

—Te has parado a pensar que tú podrías ser uno de esos problemas.

Se quedó blanca en el mismo momento en que las palabras surgieron de su boca.

La manera en que la miró, ese sutil cambio en sus ojos y el imperceptible movimiento de su cuerpo mientras descruzaba los brazos y se apoyaba en la mesa la alertó. Dios, ¿por qué tenía que haberle dicho eso? ¿Por qué no pensaba con la cabeza por una jodida vez?

No quería escuchar su respuesta, no quería oír nada de lo que tuviese que decir al respecto, no estaba preparada, no cuando él podía destruirla con tan solo unas palabras.

—No soy una niña, no estoy inválida y puedo tomar mis propias decisiones —atajó cualquier posible intento de réplica por su parte—, y ya es hora de que lo asumas.

—Siempre lo he sabido, Charlie.

—¿Entonces por qué eres tan capullo? —se quejó—. ¿Por qué no me permites… vivir mi propia vida?

Su acusación dio en la diana.

—No recuerdo haberte impedido hacerlo —aseguró con voz fría, seria—. Pero tampoco iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo te destruías a ti misma o te dejabas morir. Chase me perseguiría hasta el fin de los tiempos si dejo que te pase algo.

Sacudió la cabeza. Chase, siempre Chase.

—Ya no soy la mujer de tu hermanastro —le recordó con más fiereza de la que quería imprimir a sus palabras—. ¡Ya no lo soy! ¡Él se ha ido hace más de un año, Nolan! ¡Me dejó! ¡Nos dejó a ambos! ¡Y maldito sea por haberlo hecho!

Tragó con dificultad, no quería llorar, no quería volver sobre lo mismo.

—He asumido que no está, que no volveré a verle y que tengo que seguir adelante —insistió agobiada—. ¡Pero no es fácil hacerlo cuando tú estás a mí alrededor! No quiero que me cuides, no quiero que me veas como a la mujer de tu hermano, yo…

—¿Y qué es lo que quieres entonces, Charlie?

Se lamió los labios. ¿Qué decir? ¿Que lo quería a él? ¿Que todo lo que deseaba y siempre había deseado era a él? ¿Cómo explicarle a un hombre que, si bien se había casado con su hermanastro, siempre lo había deseado, añorado y que se había muerto de celos cuando sabía que estaba con otra?

—Nada de lo que tú puedes darme —replicó con la misma frialdad—. Nada, Nolan, absolutamente nada.

Abrió la boca para replicar pero no pudo hacerlo pues lo interrumpieron.

—Jefe, han llegado las planchas de yeso, ¿las subimos?

Aprovechó la interrupción para protagonizar su propia retirada.

—Tienes trabajo aquí y yo cosas que hacer —se despidió—. Será mejor que me vaya, así podrás dedicarte a la reforma.

Ni siquiera la dejó dar un paso, ignoró al hombre y la sujetó del brazo.

—No digas eso hasta saber qué podrías obtener de mí si te atrevieses a pedirlo, Charlie —la sorprendió con el tono de sus palabras—, quizá te sorprendiese mi respuesta.

Dicho eso, la soltó y se reunió con el obrero, quién parecía haberse dado cuenta de que había llegado en mal momento.

—Sí, vamos a subirlas y colocarlas ya —le escuchó replicar y la miró una última vez por encima del hombro—. Dejemos al menos algo terminado hoy.

Charlie iba a volverle loco, pensó Nolan esa misma noche. Cuando le miraba con esos ojos, cuando le hablaba de esa manera con tristeza y anhelo deseaba sacudirla, decirle que se dejase de tonterías y besarla hasta dejarla sin sentido.

A estas alturas creía comprender el motivo por el que se contenía, por qué se apartaba y no se abría a los demás. No se trataba solo del recuerdo de Chase, era por ella misma, por quién creía que era, por la oscuridad con la que revestía sus pecados y que la convertía en alguien inadecuado, en mercancía dañada. No deseaba que nadie viese la mujer que era realmente porque eso podía darle poder sobre ella.

Y maldita fuera por ello, él amaba a esa mujer, con su oscuridad, con su lujuria y todas las dudas que a menudo cruzaban sus ojos. Quizá iba siendo hora de poner término a sus lecciones y pasar a la fase final.

Esa noche habían concertado una nueva reunión, una nueva oportunidad para doblegarla, para disfrutar de su placer y verla experimentar y excitarse al ser compartida. Sorprendentemente no le molestaba cedérsela a Jax al invitarle a jugar, le resultaba caliente verla extasiada, gritando su placer cuando la follaban entre ambos.

Algo que has rechazado con Chase, porque él, al igual que tú, la amaba.

Una cosa era jugar, algo que los tres disfrutaban, pero Jax no la amaba, no tenía esa clase de emociones con ella y por ende, nunca se la quitaría.

Él, por otro lado, estaba irremediablemente perdido.

—Esa gatita tuya te ha calado muy hondo —comentó su amigo, ambos estaban disfrutando de una copa en los momentos previos a su escena de la noche. Charlie aún no había llegado.

—Es la mujer más irritante…

—Y sexy.

—…y sexy que he conocido en toda mi vida —resopló—. Y no puedo dejar que siga haciendo lo que le dé la gana.

Su amigo levantó la copa a modo de brindis.

—Ya era hora —aseguró mirándolo de reojo—. Empezaba a plantearme el tener que atarte a ti y que ella te torturase un rato.

Bufó.

—No le des ideas, la creo capaz de eso y de mucho más —aseguró pensativo—. Lo que me lleva a un asunto mucho más escabroso.

—¿Cuál?

Hizo una mueca.

—Buscar la manera de decirle quién soy sin que quiera arrancarme los huevos y ponérmelos luego de corbata.

Su amigo se terminó la copa y dejó el vaso sobre la mesa.

—Esa va a ser sin duda la batalla de tu vida —aseguró poniéndose en pie y señalando el aviso luminoso y acústico que empezó a iluminar la sala principal del *Purgatorio*—, y por tu bien y el de ella, más te vale ganarla en el primer asalto.

Señaló la puerta del ascensor.

—Prepárate para tu próxima lección, Tutor —le dijo insertando la llave y accionando las puertas—. Pronto te tocará llevar a cabo el examen final.

CAPÍTULO 16

Charlotte inspiró profundamente al ver la ardiente mirada de Jax sobre ella, disfrutando de la visión que le ofrecía la bata que él mismo le había puesto. Esta vez no se había retirado, no había habido antifaz ni subterfugios, sus ojos reflejaron el deseo por ella en todo momento haciendo que se excitase en respuesta.

Se lamió los labios y lo siguió con la mirada, consciente en todo momento del otro hombre que permanecía a su espalda. Lo vio llevarse las manos a los pantalones, sacarse el cinturón y no pudo evitar estremecerse de anticipación. La vieja Lotte había vuelto, el hambre se desenroscó en su interior y exigió ser saciada y hacerlo por ellos.

—Te ruborizas de manera excepcional cuando te excitas —comentó al tiempo que terminaba de deshacerse de los pantalones y continuaba con el resto de la ropa—. Los pezones se le marcan a través de la bata… Tutor.

Unas manos la rodearon desde atrás, tomando las turgencias en sus manos y acariciándoselos con un ligero pellizco.

—Los tiene duros, rogando por atención. —Cerró los ojos y gimió. La ausencia del antifaz todavía la abrumaba, la hacía sentirse en ciertos aspectos insegura.

—Tiemblas como un gatito —comentó Jax estirando la mano y rozándole la mejilla con el pulgar—. ¿Echas de menos el antifaz?

Tragó. Sí, lo echaba de menos. Si bien la oscuridad hacía que las emociones se incrementasen, la ayudaba también a aislarse de esa erótica realidad que tenía ante ella.

—Un poco —aceptó.

—El placer está allí dónde se pone —escuchó la voz de su tutor al oído, una de sus manos había subido a su cabeza y le sujetó la barbilla, echándosela hacia atrás para bajar sobre su boca y provocarla con un húmedo beso—. Y nosotros vamos a ponerlo en todas partes, no te perderás ni un solo momento de ello.

El conocido frufrú de la ropa la llamó hacia Jax, quién se estaba quitando los pantalones y dejaba libre el duro y lleno pene que saltó a la vista.

Se lamió los labios y al instante fue su propia ropa la que abandonó su cuerpo. La bata se deslizó por sus brazos dejándola desnuda ante esa ardiente mirada, haciendo que quisiera cubrirse ante la intensidad de esta y humedeciéndose más aún por la sensación que le provocaba.

«Has sido hecha para el placer, sería un pecado no proporcionártelo, de la manera que sea».

El pasado trajo consigo el eco de una de las muchas apreciaciones que le había hecho, la naturalidad con la que la introducía en un mundo que para cualquiera habría sido tabú y que para ella se convirtió en un modo de vida.

Solo las manos que habían resbalado de sus hombros bajaron por su espalda y le amasaban ahora el culo la devolvió al presente y a los dos hombres, tan desnudos como ella, que la acechaban con ojos hambrientos. Unos del color del chocolate y otros de un intenso azul grisáceo que la mareaban, sus cuerpos estaban hechos para disfrutar, una podía quedárseles mirando sin hacer otra cosa en todo el día.

—Me pone muy caliente esa mirada, princesa.

Las palabras de Jax la devolvieron al aquí y al ahora, al hombre que rodeaba su propia

erección con los dedos y la acariciaba con un ritmo que hacía que se le secase la boca. Cedió a la tentación y ladeó la cabeza, bajó los ojos y tragó convulsivamente al ver la oscura polla que le acariciaba la cadera, la misma que había notado en su interior, que había saboreado y que ahora se erguía orgullosa ante ella.

—Alguien está hambrienta —canturreó.

Lo vio rodear el falo con los dedos, acariciarse de manera perezosa lo que no hizo sino aumentar su propio lívido.

—Eso parece —murmuró él sin dejar de acariciarse para coger de nuevo su rostro y levantarlo hacia él—. De rodillas.

Su cuerpo obedeció antes que su cerebro y ya estaba abriendo la boca para acogerle mientras él empujaba la madura cabeza en sus labios. Respiró profundamente y relajó la mandíbula para acogerlo, lo succionó con avidez y probó su sabor, maravillándose con la sensación del tacto aterciopelado en su boca, del calor y de la dureza que degustaba.

Una mano le revolvió el pelo con suavidad, levantó la mirada y se encontró con el guiño de ese otro hombre.

—Tengo que reconocer que te encuentro realmente sexy con su polla en tu boca.

Sus palabras le provocaron un ramalazo de placer que conectó con su coño. Su sexo palpitaba, se humedecía y lloraba por atención.

—De hecho me estoy poniendo un poco celoso —ronroneó deslizando los dedos sobre la suya—, pero me conformaré —se inclinó sobre ella, su rostro a pocos centímetros de su oído—, porque voy a tener ese pequeño y dulce culo todo para mí.

Se estremeció por sus palabras y una dura mano se cerró sobre su pelo en una silenciosa advertencia de que concentrase sus esfuerzos en el miembro que tenía en la boca.

Lo lamió, degustó su sabor, dejó que abandonase su boca para lamerlo de arriba abajo, succionando la punta y obteniendo un gruñido de apreciación y palabras de ánimo que contribuyeron a envalentonarla.

«Este es tu mundo, tu cuerpo florece bajo la pasión. No eres menos mujer por afrontar tus deseos, Lotte y, cuando lo hagas, te sentirás completamente libre».

Cerró los ojos y trabajó en su polla, no quería pensar, no quería traer a este momento los recuerdos que todavía le dolían, la ausencia de alguien que le hacía mucha falta.

¿Cómo había podido saber lo que pasaría? ¿Cómo podía haber tenido tan claro que necesitaría ayuda cuando él se marchase? ¿Qué perdería su propia identidad y se escondería de quién era?

Chase lo había elegido a él y ahora sabía que había sido la decisión correcta.

La férrea presa en su pelo se hizo más tirante y antes de que pudiese reaccionar, se encontró empujada contra esa dureza, obligándola a tragar, a alojarlo mientras le follaba la boca con duros y medidos golpes. El primer chorro la sobresaltó pero tragó y siguió haciéndolo hasta que se vació y resbaló de sus labios.

—Sí, muy bonito —ronroneó Jax con voz profundamente tomada por el deseo.

Jadeó en busca del aire que había escaseado, se lamió los labios entre excitada e inquieta sin evitar sacar la mirada del oscuro miembro del otro hombre.

—Todavía no, princesa, él tiene otros planes.

Y estos fueron levantarla del suelo solo para mirarla con detenimiento, como si buscase algo en su rostro. Le acarició los hinchados labios con el pulgar y, cuando pensó que la besaría, su mirada se levantó hacia su compañero.

—¿Esperas una invitación?

—Creo que esa ya me la hiciste al principio del curso.

En un momento estaba de pie ante ellos y al siguiente yacía de espaldas en la cama, con una caliente boca sobre uno de sus pezones y la otra sobre la otra cúspide.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió, estiró los brazos para tocarles pero, como si pensasen como una unidad, cada uno de ellos le aferró una muñeca y llevaron sus brazos por encima de la cabeza.

Le comieron los pechos, degustándola, amamantándose de ellos y prodigándoles algún que otro mordisquito erótico mientras sus manos libres vagaban sobre su cuerpo como una sola. Cerró los ojos, la sensación era tan exquisita que quería saborearla plenamente. Se retorció bajo ellos, se arqueó presentándose en una ofrenda mientras los dos hombres la volvían loca. Una de las bocas siguió sobre sus pechos mientras otra continuaba un camino descendente al interior de sus piernas. Le dobló la rodilla haciendo que posase el pie en la cama dándole así el acceso necesario para darse un festín con su goteante sexo.

—Oh dios…

Se rio contra su carne y rodeó el clítoris con la lengua, prodigándole un lametón y una pequeña succión que le arrancó el aire.

—Con «oh Jax» será más que suficiente, dulce.

Y, solo para que no tuviese dudas de quién era el que la estaba complaciendo allí abajo, deslizó uno de los largos dedos en su interior, moviéndolo en círculos, profundizando solo para volver a salir haciendo que la habitación se llenase con sus gemidos.

Entre la boca que atormentaba sus pechos y la que la enloquecía amamantándose de su sexo, había perdido la cabeza por completo, ya no sabía si estaba de pie o acostada, si estaba viva o la habían matado a polvazos y, la verdad, no le importaba. Todo lo que quería era más.

—Más… —jadeó alzando las caderas hacia esa codiciosa boca, buscando la liberación de un clímax que estaba cada vez más cerca—. Más… quiero… más…

Como una sola unidad, ambos abandonaron su cuerpo pero no tuvo apenas tiempo de registrarlo y mucho menos de protestar, pues ese par de manos la giró sobre la cama. Unas tiraron de sus caderas obligándola a ponerse manos y rodillas, otro recogió todo su pelo en un puño y bajó la boca sobre la de ella en un castigador beso.

—Oh sí, mío —sintió una punzante azotaina que la calentó hasta el centro. A esa primera siguió otra y luego otra, alternando los golpes, acercándose peligrosamente a su sexo, calentándola sin que pudiese hacer más que temblar bajo aquella erótica tortura.

Entonces algo frío penetró en su trasero y al instante lo siguieron un par de dedos que jugaron en su entrada, empujando y retirándose con lentitud, haciendo de ese oscuro y pecaminoso juego una lucha de voluntades.

Sus gritos quedaron ahogados por la boca que devoraba la suya, por la lengua que la saqueaba y le impedía emitir otra cosa que una silenciosa protesta.

—Sí, te gusta, ¿no es así? —murmuró Jax—, puedo notar cómo te contraes alrededor de mis dedos y estás tan mojadita aquí abajo.

Su palma abierta golpeó contra su húmedo sexo provocándole una punzante ráfaga, el golpe se repitió ahora contra su clítoris y creyó morir cuando una nueva oleada de fiero calor la sacudió de los pies a la cabeza; una vez más y se correría.

Pero esa deseada palmada nunca llegó y los labios que la habían mantenido en silencio abandonaron los suyos al momento permitiéndole respirar de nuevo.

—Oh joder… por favor… lo necesito, lo necesito ya…

—¿Qué necesitas? —era la voz de su tutor, levantó la mirada y se encontró con sus ojos.

Se había sentado en la cama, su polla erecta y palpitante, una oscura invitación que hacía que le hormigueasen los labios—. Dilo, Charlotte.

Se lamió los labios.

—Ya conoces las reglas —le recordó—, lo que pidas te será dado.

Repitió la operación, podía sentir los labios hinchados y sensibles por su beso y la previa mamada.

—Quiero…

Dios… ¿cómo iba a decirlo? Incluso ahora, después de varias noches juntos, seguía costándole abrirse completamente a ellos.

—¿Qué deseas? —insistió, le cogió la barbilla y se la levantó—. ¿Quieres que Jax te folle? ¿Quieres que llene ese bonito culito tuyo?

Tragó con dificultad, sus palabras sonaban eróticas, decadentes y hacía que quiera seguir oyéndolas todo el tiempo.

—Porque eso es lo que va a hacer —aseguró y deslizó los labios sobre su mejilla, rozándola antes de terminar en su oído—, y cuando esté bien enterrado, te follaré ese dulce coñito hasta que no puedas hacer otra cosa que gritar.

—Allá vamos, princesa.

Las palabras del hombre que atormentaba su ajustado agujero fue toda la advertencia que obtuvo antes de notar como introducía lentamente el pene en su culo.

—Oh dios…

Se quedó sin aire. El que ya la hubiese tomado su tutor previamente no hacía aquella transición más fácil, sus músculos se estiraban con una abierta protesta, el latigazo de calor era insoportable y al mismo tiempo tan erótico que se encontró empujando hacia atrás mientras él empujaba con suavidad hacia delante. Sus manos le aferraron la cadera impidiéndole moverse.

—Joder… Jax…

Él no se detuvo, ninguno de ellos lo hizo. Mientras uno empujaba en su trasero, el otro volvió a jugar con sus pezones, presionándolos, retorciéndolos, haciendo que el placer se disparase por su cuerpo y su sexo derramase nuevos jugos por sus muslos.

—Relájate —escuchó ahora el susurro de su tutor—, respira profundamente y déjate ir. Sabes que será bueno, sabes que vas a gritar de placer.

—Oh dios… sí…

Ese caliente y duro pene se sepultó en ella, llevándola a la locura. Salió muy lentamente y volvió a penetrarla con suavidad, enloqueciéndola, haciéndola gritar sin control.

—Jax… —se atragantó con sus propios jadeos—, oh dios… dios… dios… dios…

Se rio, pudo escucharlo y pudo notarlo en su cuerpo, los dedos hundiéndose en su carne mientras trabajaba en su culo volviéndola loca.

Con él también había coqueteado con este tipo de juegos, Chase había querido que explorase todas las posibilidades, que descubriese cuales eran sus necesidades y así poder satisfacerlas, pero ni siquiera ahora podía decir si las sensaciones habían sido tan intensas, tan arrolladoras y desquiciantes como ahora.

—Por favor… —jadeó sacudiendo la cabeza, aferrando la sábana bajo ella con desesperación.

—¿Por favor qué, Charlotte? —la interrogó su tutor—. Sabes que solo tienes que pedirlo. Así que dime. ¿Qué quieres?

Rendirse. Olvidarse del pasado. Que hiciesen que todo se volatilizase, que volviese a ser la misma de siempre y no una cáscara vacía.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, sus ojos se encontraron con los de él.

—A… a ti —murmuró temblorosa, incapaz de dominarse en esa vorágine que la enloquecía—. Quiero más… necesito… necesito más… por favor.

Esos sensuales labios se movieron en una perezosa sonrisa.

—Sé más específica.

¡Maldito cabrón! Pensó desesperada. Jax seguía moviéndose en su culo, volviéndola loca, haciendo que todo su cuerpo se tensase y desease más de aquello.

—Por favor…

—¿Por favor qué?

—Quiero más… quiero esto… necesito esto —una nueva lágrima abandonó sus ojos y esta vez vino acompañada de un sollozo—. Necesito ser yo, ser lo que soy y… olvidar todo lo demás.

Le acarició la mejilla con los dedos y la miró a los ojos.

—Aquí no se trata de olvidar, Charlotte —cada vez que pronunciaba su nombre se estremecía—, se trata de descubrir, de rescatar, de recuperar quién fuiste y reunirlo con quién eres. Tienes que aceptar lo que eres porque solo así, serás plenamente libre para vivir como te plazca.

Dejó escapar un nuevo sollozo.

—Por favor, oh dios, por favor…

Le secó las lágrimas con los dedos.

—Ya estamos cerca, pequeña, todavía no ahí, pero sí cerca.

La besó suavemente, casi con ternura, entonces se incorporó y miró a Jax, quién ya transpiraba y asintió.

—De acuerdo, dulzura, terminemos la función.

Muy lentamente, como si se tratase de una estudiada coreografía, tiró de ella hacia atrás, manteniéndose enterrado en su trasero, levantándola sobre sus rodillas y sujetándola mientras su otro amante se tendía bajo ella de modo que pudiese montarle.

Charlotte jadeó y contuvo la respiración al ver esa dura y oscura polla empezando a desaparecer en su interior, la sensación se volvió insoportable, la falta de espacio la volvía loca pero eso no impedía que él siguiese ahondando en su interior.

—Respira, princesa, suave, ya sabes cómo va —la animaba Jax, quién se había dedicado a jugar con sus pezones y le mordisqueaba el hombro—. Poco a poco, sí… Dios, que bien te siento, me aprietas como si no quisieras dejarme ir.

Lanzó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el hombro de su amante y gritó por la desbordante sensación cuando los notó a ambos profundamente enterrados en su interior.

—No puedo… no puedo respirar… esto es…

—Sí puedes —susurró el hombre alojado en su trasero al tiempo que la empujaba hacia abajo.

—Déjate ir —le dijo ahora su tutor, envolviendo la mano en su pelo y bajándola sobre él —, todo lo que tienes que hacer es dejarte ir, entregarte al placer, sentirlo y bañarte en él.

Sacudió la cabeza.

—Pides… demasiado…

—Pido solo lo que sé que puedes darnos —declaró él con firmeza—. Y nos lo darás.

No la dejó ni claudicar, la besó en la boca y succionó su lengua un instante antes de que ambos empezaran a moverse y su mundo empezara a perder el color y los bordes se difuminaran para luego estallar.

La poseyeron entre ambos, la consumieron sin darle otra opción que la de gritar y recibir el despiadado placer que exprimían de su cuerpo, volatilizaron su mente y la hicieron pedazos solo para encontrar en ese lugar la tan necesaria paz que buscaba.

La follaron lentamente, disfrutando de las sensaciones, recreándose en la forma en que su cuerpo respondía, llevándola más y más alto hasta que ambos alcanzaron también el nirvana y se derramaron en su interior arrastrándola con ellos en un interminable orgasmo que destruyó hasta la última de sus reservas.

—Joder, en mi vida había experimentado algo igual —escuchó a Jax entre jadeos mientras resbalaba de su abusado culo y se dejaba caer sobre la cama.

Ella no podía moverse y tampoco quería hacerlo, estaba demasiado cómoda allí tendida intentando respirar. El mundo podía irse a la mierda por lo que a ella respetaba, su jefe podía ponerse a hacer el pino mañana si quería porque no iba a moverse. No señor, estaba muy cómoda y demasiado cansada para hacer algo más que suspirar.

Pero, obviamente, su tutor tenía otros planes, ya que la giró sobre la cama, dejándola de espaldas mientras salía de su interior. Un inesperado frío empezó a cristalizarse en su interior y el temor a sucumbir hizo que estirase la mano hacia él.

—No te vayas, por favor.

Vio esos ojos a través de la máscara y la calidez que reflejaban la bañó por entero.

—No voy a irme a ningún lado, Charlotte —la tranquilizó deslizando la mano sobre su cuerpo en suaves caricias—. La lección todavía no ha terminado.

Gimió, pero no sabía si lo había hecho como protesta o como deseo de más.

—Creo que va a ser una de las alumnas más aplicadas que has tenido en toda tu vida, amigo —se burló Jax incorporándose para bajar a continuación de la cama—. Espero que me pases el reporte de las notas.

—¿Te vas?

No pudo evitar que las dos palabras abandonasen sus labios. De una forma extraña se sentía cómoda cuando él estaba en la habitación, si bien lo hacía también una loca aventura, la presencia de Jax hacía menos intimidante la de su tutor.

—Alguien tiene que vigilar el *Purgatorio* cuando los jefes están jugando, cielo —le aseguró con un guiño—. Y hoy tenemos… invitados… Te veré pronto…

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—Que te folle bien —ronroneó—, y diviértete.

Dicho eso, dio media vuelta, se vistió y salió por la puerta sin más dejándoles a solas.

—¿Quieres bañarte?

La pregunta la sorprendió, se giró y se encontró con esos ojos color café.

Asintió, un baño ahora mismo sería muy agradable.

—Ven —tiró de ella una vez más—. Creo que podemos repasar algunas lecciones en la ducha.

No le permitió responder, le besó los labios y la arrastró al lujoso baño dónde siguieron experimentando el resto de la noche.

CAPÍTULO 17

Nolan estaba dispuesto a tener la nueva oficina lista en menos de un mes e iba camino de conseguirlo. Ya se había terminado la reforma, los muebles empezaban a llenar las desnudas paredes y a lo largo del día de hoy colocarían los rótulos.

—…no lo sé, supongo —lo escuchó Charlie moviéndose por la nueva sala—. Sí, sí, lo sé… no me he olvidado.

La vio entrar y la llamó con un dedo.

—Sí, ya… espera un momento, Cooper, tengo aquí a mi secretaria —le informó a su interlocutor, silenció la llamada y se dirigió a ella—. Charlie, necesito que me hagas un favor…

Levantó la mano y señaló el teléfono.

—No me pagas lo suficiente para ese tipo de favores —lo atajó. No iba a ir a comer con ese hombre ni aunque le pagase el doble de su sueldo.

Él puso los ojos en blanco e insistió.

—Necesito que te pases por mi casa y recojas el traje que tengo encima de la cama —miró el reloj—, no me va a dar tiempo a ir y volver. Tengo que estar en la oficina en una hora.

Miró el teléfono que todavía sostenía y sonrió con dulzura.

—Solo si me promete que no tendré que asistir con usted a esa comida de negocios, señor Every.

Sacudió la cabeza pero veía abiertamente como estaba intentando no reírse.

—No es usted nada profesional, querida secretaria.

—¿Prefieres que lo denuncie por acoso o le tire en los pantalones el vino en medio del restaurante? —Contraatacó y se cruzó de brazos—. Puedo hacerlo, no me costaría mucho.

Puso los ojos en blanco, sacó las llaves del bolsillo trasero del pantalón y se las lanzó.

—Procura estar en la oficina antes de las doce.

Miró las llaves y luego a él.

—Me vas a deber una por esto, jefe.

—Te invitaré a comer —aseguró, señaló el teléfono y continuó con la llamada—. Ya estoy de nuevo, perdona la interrupción. Mi secretaria te manda saludos.

Su respuesta fue enseñarle el dedo corazón antes de dar media vuelta y salir antes de que tuviese tiempo a pedirle algo más.

Hacía tiempo que no estaba en la casa de Nolan, la había visitado con Chase cuando la compró y luego había pasado una breve temporada viviendo en ella cuando vendió todo y se trasladó a Manhattan. Era una vivienda de planta baja y estaba situada en un apacible vecindario a las afueras de la ciudad.

Bajó del taxi tras pedirle que la esperase quince minutos y entró en la casa. Se limitó a echar un rápido vistazo a su alrededor y se encontró todo como estaba la última vez que estuvo allí, sin perder el tiempo cruzó el pasillo hacia la parte de atrás dónde estaban las habitaciones y se detuvo delante de la puerta del dormitorio principal. Aquel había sido siempre terreno prohibido para ella, una medida autoimpuesta para sí misma, para mantenerse alejada de un hombre al que siempre había deseado con fervor. Traspasar ahora el umbral la hizo sentir que se metía en un terreno que no le correspondía, que estaba violando su intimidad pero entonces él había sido el que la había mandado allí.

El traje estaba tal y como le había indicado encima de la cama en una funda de viaje, se inclinó sobre el lecho y tiró de la percha haciendo que el reloj que estaba encima y no había visto cayese hacia atrás y rodase por el suelo.

—Mierda.

Dejó de nuevo la funda en su sitio y rodeó la cama, se arrodilló y levantó el dobladillo de la colcha para buscar el maldito objeto cuando se encontró con una pequeña caja abierta de la que sobresalía una hebilla de cinturón. Se le secó la boca, el corazón empezó a palpitarle con fuerza y los dedos le temblaban mientras arrastraba la caja hacia fuera con la mirada puesta en esa peculiar hebilla y el suave y gastado tacto del cuero.

Sacudió la cabeza y dejó que sus labios se curvasen en una irónica sonrisa.

—No, no, no, estás viendo fantasmas dónde no los hay, Charlie —se dijo así misma, convenciéndose de que aquello no podía tratarse más que de una tonta coincidencia. Enrolló el cinturón dispuesta a meterlo de nuevo en su lugar cuando reparó en un pedazo de encaje que no había visto antes y que hizo que se le escapase la sangre del rostro—. No… ni hablar… no puede…

Se quedó sin palabras. Cuando la prenda colgó de su dedo y reconoció sus propias braguitas, aquellas que le habían desaparecido la primera noche que pasó en el *Purgatorio*, supo que la coincidencia acababa de convertirse en una jodida y mentirosa realidad.

—Condenado hijo de la gran… —jadeó sintiendo como todos y cada uno de los demonios del infierno se desataban en su interior—. ¡Eres hombre muerto, Nolan Every!

La había engañado, ese maldito hijo de puta la había engañado.

CAPÍTULO 18

Traspasó la puerta de la oficina y solo se detuvo delante de la mesa, levantó la mano y le giró la cara de una bofetada.

—Me das asco.

Lanzó el cinturón y su ropa interior sobre la mesa de forma acusatoria. Él ni se inmutó, la rojez de sus dedos empezaba a aparecer en su cara, bajó la mirada sobre la mesa y vio los objetos, pero no respondió. Aquello le dolió todavía más, el que no tuviese siquiera la decencia de decir algo, de esgrimir una excusa, de explicarse o algo.

La rabia empezó a dar paso a la desilusión, el peso de la traición se asentó en su pecho y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a llorar.

—No vuelvas a acercarte a mí nunca más —siseó y dejó sobre la mesa una carta, la de su renuncia—. Me largo. Puedes buscarte a otra jodida secretaria a la que embaucar.

Bajó la mirada al sobre y luego la levantó de nuevo a ella.

—¿Has terminado?

Se le erizó la piel, todo en su interior gritaba de desesperación, de rabia y de dolor, uno que no había sentido desde que Chase la había dejado.

Le dio la espalda, no podía mirarle, no quería ver esos ojos, esa mentira que había estado siempre delante de ella. Caminó con decisión hacia la puerta pero una fuerte mano la cerró antes de que pudiese alcanzarla y quedó atrapada entre la madera y el cuerpo de ese hombre.

—Déjame salir —siseó.

Se inclinó sobre su oído.

—No.

Entonces la cogió de la cintura y la volvió sin mucho esfuerzo.

—No voy a dejar que te vayas, no así, al menos —declaró con voz fría, firme—. No vas a echar por la borda todo lo que has conseguido por una simple rabieta.

Jadeó.

—¿Una rabieta? ¡Maldito hijo de puta! ¡A ti esto te parece una rabieta! —Lo empujó con ambas manos, lo acusó con la mirada, con su cuerpo—. ¡Me mentiste! ¡Me has engañado durante todo un jodido mes! ¡Y todo para follarme! ¡Eres un ser despreciable!

Le cogió las manos y la empujó contra la puerta.

—No confundas las cosas, Charlotte —se estremeció al escuchar su nombre de sus labios, juntando la imagen de su Tutor con la de Nolan—. No hice nada que tú no quisieras, que no deseases en lo más hondo de tu ser. Esta eres tú, no la maldita secretaria a la que he tenido ganas de estrangular más de una vez. Esta, pequeña mujer rabiosa, esta eres tú y es alguien a quién no he visto desde que Chase nos dejó.

Notó el dolor en su voz, el sentimiento de pérdida que ella conocía bien.

—Era mi marido…

—Y mi hermano —declaró él con fiereza. Sabía que no compartían vínculos sanguíneos, pero se habían criado como hermanos—. Y confió en mí lo suficiente como para entregarme lo más preciado que tenía; tú.

Empezó a empañársele la mirada y tuvo que morderse el labio para impedir que las lágrimas resbalasen por su cara.

—Eso no te dio derecho a…

—Me lo dio todo —la interrumpió con frialdad—. Y tú lo sabes, ambos lo sabemos.

Sus ojos la chamuscaron, la dejaron sin aliento y enrabietada al mismo tiempo.

—Chase no era tonto, dulzura, sabía que yo te deseaba, que te quería —le recordó con fiereza—, y que tú no me eras indiferente. Me conocía lo suficientemente bien para saber que si le pasaba algo, no dudaría en hacerme cargo de ti. Pero para ello tendría que ganarte, tendría que desenterrar capa tras capa hasta encontrar la mujer que eras realmente.

Intentó retroceder pero la puerta no se lo permitía.

—Has estado perdida durante demasiado tiempo, Charlotte —le aseguró inclinándose sobre ella—, y ahora que he conseguido que encuentres el camino, no voy a permitir que lo pierdas otra vez.

Estaba perdida y lo sabía. Él era el motivo por el que se había perdido, por el que había llorado amargamente algunas noches deseando algo que no comprendía, algo que no podía tener. Y Chase siempre lo había sabido, siempre había sido jodidamente consciente de que llevaba años enamorada de ese maldito capullo.

—No me hagas esto, déjalo ya —se quejó—. ¿No has jugado ya bastante? ¡Basta!

La apretó contra su cuerpo, su aliento chamuscándole los labios.

—No —su tono se suavizó tan pronto sus labios acariciaron los de ella. Se tomó su tiempo besándola, le lamió los labios, la besó en la comisura mientras su dura erección se restregaba sin reservas contra su pubis. Ni siquiera la tela de la falda era suficiente para evitar que se encendiera al momento—. Ya no habrá más juegos, Charlie. Se acabaron los antifaces, las máscaras y las noches clandestinas —profundizó su beso, su lengua entrelazándose con la suya —, se acabaron los días de oficina sin poder tocarte, el verte contonearte por ahí con esa maldita ropa de secretaria caliente. Eres mía, pequeña, no dejaré que lo niegues.

—Nolan…

Tembló cuando deslizó la boca por su barbilla, a su cuello, mordisqueándole la piel mientras sus manos ascendían por debajo de la falda y se encontraban con la desnuda piel de sus muslos.

—No más barreras, Charlie —la giró con él, poseyendo de nuevo su boca, haciéndola retroceder hasta su escritorio—. He esperado demasiado para tenerte, para recuperarte, así que acostúmbrate a ello, nena, porque el que da las lecciones aquí soy yo.

Su centro se calentó ante sus palabras, ante el oscuro tono de su voz y sintió esa palpitación entre las piernas que solo podía acallarse con su dura polla.

—Te odio —musitó contra sus labios—, te odio, te odio, te odio tanto que…

Sonrió y la levantó a pulso, dejándola sobre la mesa e introduciéndose entre sus muslos.

—Que me quieres con la misma pasión oscura y arrolladora que te quiero yo —resumió por ella—. Está bien, Charlie. Así es como tiene que ser.

Le comió la boca y barrió con el brazo el contenido de su escritorio mientras la recostaba encima. Los botones de su blusa salieron volando de un tirón y el sujetador, el cual se abría por delante, fue hecho a un lado para que esos duros y calientes labios pudieran cernirse sobre ella.

No podía respirar, apenas sí podía sobrevivir al calor que despertaba en su interior, a la pecaminosa necesidad de entregarse por completo a sus caricias, a sus demandas y exigir así mismo que la marcase como solo él sabía hacerlo.

Había pasado demasiado tiempo deseando algo que no podía tener y ahora, Nolan estaba allí, para ella, solo para ella.

Hundió los dedos en su pelo y lanzó la cabeza hacia atrás gimiendo al sentir su boca

amamantándose de su pecho, tiró de él, apretó los dientes para evitar gritar cuando le mordió dejándole sin duda su marca.

—Nolan…

Abandonó sus pechos solo para levantarse sobre ella y encontrar su mirada.

—Mía, Charlie, a partir de ahora eres mía —le repitió—. Se acabaron los juegos, se acabaron las negativas. Haré contigo lo que quiera, lo que sé que a ambos nos gustará, lo que a ti te hará delirar de placer. Seré tu tutor durante el resto de tu vida, pequeña, no hay cláusula de escape.

Una peregrina lágrima se deslizó por su mejilla.

—Le quise —confesó en voz alta—, pero también te he querido a ti… Te quiero a ti.

Asintió y bajó sobre sus labios.

—Y así es como tiene que ser —le lamió los labios una última vez—. Ahora, sé buena y no grites demasiado alto. No es que me moleste especialmente tener público, pero ahora te quiero solo para mí.

Dicho aquello resbaló sobre su cuerpo sembrando pequeños besos, mordisqueándole la piel para por fin remangarle la falda por completo y de un tirón arrancarle las bragas. Su boca estuvo al momento sobre su desnudo y húmedo sexo dándose un verdadero festín.

Charlotte no podía respirar, apenas era capaz de mantenerse sobre la mesa, así que ya no digamos el gritar. Se llevó una mano a la boca, cubriéndosela para ahogar los gemidos que emergieron de su garganta en el momento en que esa codiciosa lengua atravesó los húmedos labios.

—Olvídate del jodido café a partir de ahora, amor —ronroneó contra su sexo—. Este es el tipo de servicio que quiero. Cada día. A las doce en punto.

Se hubiese reído si hubiese tenido fuerzas o cabeza para ello, pero su boca y sus dedos hacían eso imposible. A su codiciosa lengua se le habían unido ahora un par de dedos que no dudaron en penetrar en su interior volviéndola loca mientras lamía su hinchado clítoris.

—Estás loco…

—Un mal bastante extendido —replicó antes succionarla con fuerza haciendo que un relámpago de calor la atravesase de la cabeza a los pies—. Podrás vivir con ello.

Dios. Viviría con eso y con todo él, no tendría ni que rogárselo. Le quería, le había querido durante tanto tiempo y ahora, ahora él decía que ese sentimiento era correspondido, no solo eso, no le permitiría irse.

—Podrás vivir con todo —añadió con un gruñido al tiempo que deslizaba los dedos que había tenido antes en su coño ahora dentro de su trasero provocándole un nuevo estremecimiento —. Con absolutamente todo.

Se tensó un instante antes de dejar salir un agónico gemido de oscuro placer. Señor, tenía que estar escandalizada, tenía que ponerle de los nervios que estuviese haciéndole eso en su oficina, pero todo lo que podía sentir era excitación y calor.

Su sexo palpitó y más jugos escaparon bañándole los muslos.

—Sí, sé exactamente lo que te gusta —insistió él con voz ronca sin dejar de jugar con sus dos entradas—, sé lo que te excita y pienso dártelo siempre que lo necesites. No tienes una idea de lo excitante que es ver cómo Jax te folla, como gritas cuando se introduce en tu interior. La expresión de tu rostro es perfecta en ese momento, Charlie, eres tú en todo tu esplendor.

—¿Quiere eso decir que volverás a invitarle a jugar?

Una oscura risa resonó contra su coño.

—Sabía que eras la elección correcta —declaró antes de volver a su particular festín.

Continuó excitándola, enloqueciéndola, torturando su clítoris y ensanchando su trasero con los dedos mientras se retorcía debajo de ella deseando más y más.

—Nolan… por favor…

—¿Por favor qué, Charlie?

Se mordió el labio inferior y echó a volar la precaución.

—Fóllame —jadeó—. Por favor, solo… fóllame.

Él le prodigó una última pasada de la lengua, la lamió con fruición y retiró los dedos del interior de su estrecho canal solo para levantarse, girarla sobre la mesa y empujar al momento su dura polla contra su hinchado sexo.

—La próxima vez, tendré un jodido consolador en el cajón con el que te follaré este delicioso agujerito mientras mi pene te llena completamente —le dijo al oído mientras empujaba en su interior—. Y será en esta misma oficina, a esta misma hora, solo para que recuerdes que desde este mismo momento, eres total y completamente mía.

No la dejó responder, tampoco es que pudiese dar una respuesta coherente a la intensidad que proyectaba en su cuerpo. Se limitó a gemir, a recibir sus embates y encontrarle en la medida de lo posible, dejándole saber sin necesidad de palabras que estaba dispuesta a ser la mejor alumna del mundo si con ello podía quedarse con él para siempre.

Notó de nuevo sus dedos ahondando en su trasero y gimió por la presión que ejercía ese símil de doble penetración. No pudo evitar estremecerse de anticipación ante su promesa y lo que esto significaba, ante el volver a ser compartida con Jax y liberarse de las ataduras que la habían condicionado media vida y que allí, con ese hombre, no tendría que ocultarse nunca más.

—Mía —gruñó saliendo de su ajustado sexo para invadir su trasero con premeditada lentitud, centímetro a centímetro, estirándola, volviéndola loca hasta que estuvo alojado por completo en su interior y empezó a moverse de nuevo con largas estocadas.

Deslizó los dedos bajo su cuerpo, llenando el espacio que había dejado vacío, empujándolos profundamente, follándola sin reservas mientras hacía lo propio en su culo.

Los pensamientos volaron, la razón se esfumó y solo existió el pecaminoso y oscuro placer a su alrededor el cual la catapultó a un cegador orgasmo que la dejó agotada y desmadejada. Apenas lo sintió salir de ella cuando, segundos después se sintió levantada, puesta sobre sus inestables piernas y apoyada en ese duro cuerpo.

—¿Sigues conmigo, Charlie? —le susurró, acariciándole la espalda.

—Eso espero, pero por si las moscas, no te muevas un solo centímetro.

Como era de esperar no le hizo caso, de hecho la levantó en brazos, rodeó el escritorio y se sentó con ella en su regazo.

—Voy a romper esa estúpida carta de renuncia, lo sabes, ¿no?

Levantó la mirada lo justo para mirarle.

—¿Piensas conservarme como secretaria?

Sonrió de soslayo.

—Nena, aunque a veces me entren unas enormes ganas de estrangularte, sé que no podría vivir sin ti —declaró mirándola a los ojos—. Así que intentaré no estrangularte… todavía.

Se echó a reír, esa debía ser la declaración de amor más rara del planeta, pero era de su hombre, totalmente suyo.

—Te quiero, Nolan Every —le dijo con un suspiro—, y adoro ese oscuro sentido del humor que tienes.

—Me alegra saberlo, amor mío —declaró él bajando sobre sus labios—, porque tengo otros oscuros… chistes… que compartir contigo.

EPÍLOGO

Charlie no había estado allí desde que dejó la ciudad y se mudó a Nueva York. Demasiados recuerdos se agolpaban a medida que avanzaba hacia el lugar de su descanso. Hoy, sin embargo, sus ojos no estaban empañados por las lágrimas y, si bien sentía nostalgia ya no estaba ese descarnado dolor. En su lugar había esperanza, ilusión y agradecimiento hacia el hombre que le había dado amor, la había cuidado y la había reunido con aquel que su corazón siempre había añorado.

—¿Lista?

Se giró para ver a Nolan a su lado. Ambos habían aprovechado el fin de semana posterior a la inauguración de la nueva oficina para ausentarse y visitarle.

—Todo lo lista que se puede estar.

—Le hará ilusión vernos juntos —la tranquilizó—. Después de todo lo que ha montado para reunirnos, estará dando saltos de alegría.

Asintió. Él le había hablado del vídeo que había recibido, de hecho lo habían vuelto a ver juntos y había sido todo un impacto el verle de nuevo y oír su voz. Con todo, escuchar sus palabras le había reportado paz y la había empujado a aceptar lo que el mundo le deparaba.

—Ojalá le hubiese escuchado y…

Le cubrió los labios con un dedo.

—De nada sirve rememorar el pasado cuando este no se puede cambiar o arreglar —le levantó la barbilla, obligándola a encontrarse con esa mirada limpia y directa—. Es lo que ha intentado enseñarte, lo que ha intentado transmitirnos a ambos. Tenemos un futuro por delante, cariño, es en ese camino dónde debemos concentrar a partir de ahora todos nuestros esfuerzos.

Asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Todavía no puedo creerme que haya organizado todo esto a nuestras espaldas —aceptó, era algo que le parecía asombroso.

—Ha tenido que estar riéndose de lo lindo y posiblemente tirándose también del pelo cuando las cosas no iban como deberían —aceptó con una mueca.

Sonrió. No le cabía duda de que así habría sido, pero sabía, que allí donde estuviese, estaría feliz de ver que al final se habían encontrado.

—¿Quieres que esperemos un poco más?

Negó con la cabeza.

—No. Quiero verle, quiero darle las gracias por no haberse rendido conmigo —aseguró y sonrió—. Y despedirme porque he sido incapaz de hacerlo desde que me dejó.

—Pues vamos —le cogió la mano, se la llevó a los labios y le besó los dedos.

Recorrieron juntos el sendero que llevaba a la sección dónde él descansaba y se sostuvieron el uno al otro, como un apoyo invisible que evitaba que se rompiesen al enfrentar lo que siempre sería una difícil visita. Guardaron silencio durante unos minutos hasta que Nolan lo rompió.

—Lo has conseguido, hermanito —le dijo—, y te doy las gracias por la ayuda. Gracias por hacerme el más importante de los regalos, gracias por traerla de vuelta a mi vida, Chase.

Lo vio acuclillarse y acariciar la piedra.

—Te juro que mantendré la promesa que te hice entonces —levantó la mirada hacia ella

—. La cuidaré como si fuese mía y la querré como solo se puede querer a la mujer que posee mi alma y me ha robado el corazón.

Si alguna vez se había sentido sola, si alguna vez había albergado dudas y había querido ocultarse, ahora solo se sentía afortunada por haber sentido lo que sintió. Había sido amada por dos hombres, uno la había querido y protegido en vida y el otro lo siguiese haciendo incluso desde la muerte.

Se acuclilló a su lado, depositó las dos rosas blancas ante la tumba y resumió todo lo que llevaba en su interior en dos frases.

—Te quiero —susurró—. Gracias por darme tanto amor en vida, como me lo acabas de entregar, a través de tu hermano, en la muerte.

Levantó la mirada y se encontró con la azul del hombre que amaba y que le había enseñado la más importante de las lecciones; a quererse y aceptarse a sí misma y a no avergonzarse de amar libremente.

—Y a ti —le acarició la mejilla—, gracias por rescatarme y amarme tanto como para esperarme toda tu vida.

MI ELECCIÓN -LIBRO 3-

Cuando **Camden O´Rourke** encontró a esa mujer medio muerta en la parte de atrás de su restaurante supo que iba a tener problemas. No se trataba solo del hecho de que su compañero y policía, **Logan Cooper**, hubiese estado allí para hacerse cargo del caso, sino que la víctima resultase ser una niña salida de su pasado recordándole una infantil promesa.

Siobhan Carrigan era todo lo que Cam no quería en su vida: una mujer cálida, compasiva, necesitada de afecto y con alma de sumisa, justo lo que no buscaba. Entonces, ¿cómo se las había arreglado para aceptar el encargo de uno de los amos del Blackish para cuidar de ella? ¿Por qué su compañero de casa parecía más decidido que nunca a resolver el caso y cuidar de esa mujer? ¿Y por qué diablos debía ocurrir todo eso bajo su propio techo?

Camden estaba a punto de descubrir que no siempre se obtiene lo que se quiere, sino lo que un par de maltrechos corazones necesitan.

PRÓLOGO

No había venido.

La mesa que solía ocupar en una esquina, enmarcada por las dos cortinas que dividían la estancia, estaba vacía. Lo había estado desde primera hora de la noche y ya era casi la hora del cierre. Era extraña la manera en la que podías echar en falta a una persona que no conocías de nada, pero Camden notaba su ausencia.

Cada miércoles por la noche aparecía por la puerta, saludaba al *maître* con una tibia sonrisa y ocupaba la silla pegada a la pared. Se tomaba unos minutos para ojear la carta, pero al final siempre consumía lo mismo; una copa de *chardonnay* y el plato especial de la casa.

Venía sola, no hablaba con nadie, solo respondía con cortesía a las muestras de atención de los camareros y cuando se iba, ya pasada la medianoche, dejaba siempre una tarjeta con una sencilla frase escrita a mano: *Mis felicitaciones al chef.*

Era un ritual que al principio pasó por alto. Estaba harto de adulaciones banales, por ello no salía de la cocina y la mayoría de las veces rechazaba la solicitud de su presencia sin importarle quién fuera. Pero ella había llamado su atención al punto de que, tras la cuarta tarjeta en un mes, empezó a sentir curiosidad.

La había observado a escondidas. Su único interés era quitarse la curiosidad de encima, pero entonces la había visto allí sola, con el largo pelo rojo ondulado cayéndole sobre los hombros, el tallo de cristal de la copa entre sus dedos y unos ojos que reflejaban una inmensa desesperanza; una que había habitado una vez, hacía mucho tiempo, en los suyos.

Siobhan Montgomery. Ese era el nombre al que siempre hacía la reserva y, por alguna razón, parecía un nombre demasiado intenso para alguien tan frágil.

Toda esa elegancia, los exquisitos modales y la timidez que parecía envolverla no podían ocultar a sus ojos lo que decía su lenguaje corporal o las emociones que reflejaban sus ojos. Podía ofrecer una máscara para el mundo, pero él la había visto cómo era.

Miró el reloj, echó un último vistazo a la mesa vacía y regresó a la zona de guerra. La intensidad del trasiego en la cocina había disminuido, su equipo de cocina terminaba con las últimas comandas y limpiaban ya las superficies y los utensilios. Había sido otra jornada productiva en el *Temptations*.

Cruzó la amplia habitación y comprobó con ojo crítico que todo estuviese impoluto, señalando aquí y allá cuando no era así y recibiendo un «sí, chef» a sus órdenes. Se dirigió hacia la puerta de atrás y cogió el abrigo, necesitaba un momento para sí mismo y fumarse un cigarro.

—Sabes que eso va a terminar matándote, ¿no?

Levantó la mirada lo justo para encontrarse con su amigo y vagabundo ocupacional del *Temptations*. Si había alguien que era como un enorme grano en el culo, ese era Logan Cooper. Pero también era el único que podía decirle lo que quisiera sin que lo mandase a paseo por ello. Mentira. Sí lo mandaría a paseo, pero él no le haría ni puto caso y posiblemente se quejara por la falta de atención.

El detective canadiense era, en muchas formas, su voz de la conciencia. Un año mayor que él mismo, se habían conocido cuando sus padres dejaron su Irlanda natal para irse a Ontario y lo arrastraron a él consigo; no es como si pudiesen dejar atrás a un crío de doce años. Logan había sido su primer amigo, la persona en la que más había confiado y el único que le había advertido

sobre el error que iba a cometer casándose con esa perra. No le escuchó. Se llevó la mano al costado, el dolor parecía hacerse más intenso cuando su mente vagaba por esos caminos y se hundía en el pasado. Uno que había marcado su vida por completo.

A pesar de haber tomado caminos opuestos, el destino quiso volver a reunirles y lo hizo a través de Ágata. Su pequeña traviesa le había tendido una buena emboscada y lo había obligado a enfrentar la realidad de la que renegaba, una a la que aún hoy eludía.

Ladeó la cabeza y se llevó a los labios el cigarrillo que había señalado Logan.

—Cuando llegue ese momento, asegúrate de que me incineran —le soltó, se palpó en busca de un encendedor e hizo una mueca al no encontrarlo—. Joder… ¿dónde demonios…?

—¿Chef?

Una de sus ayudantes le lanzó una caja de cerillas. Gruñó a modo de agradecimiento, le dio la espalda a ambos y se escabulló por la puerta de atrás.

—¡Estoy pensando en meterte en el horno del restaurante para así ahorrarte pasta!

Puso los ojos en blanco, dejó que la puerta se cerrase a sus espaldas y recibió con agradecimiento el frío aire de la noche.

—Si eso te hace feliz, hazlo, tío —musitó en voz baja, prendiendo la cerilla y encendiendo el cigarrillo.

Tenía que dejar de fumar. Ni siquiera debería de haber empezado de nuevo, pero no había podido evitarlo. La partida de su pequeña traviesa lo había lanzado de nuevo al abismo solo para que Logan le pegase una nueva patada en el culo para que se pusiese en marcha.

Tomó una profunda calada y dejó escapar el humo entre los labios. La echaba de menos, se había ido de manera tan inesperada que a pesar del tiempo pasado seguía esperando que ella apareciese y le rodease la cintura con esos delgados y suaves brazos.

«¿Cómo está mi irlandés favorito?».

Tomó una nueva calada y volvió a expulsar el humo. Sumergirse en el pasado no era una buena idea, había demasiado dolor en él, demasiado arrepentimiento… Le había prometido a ella que lo dejaría atrás.

Un sonido procedente del callejón que daba a la parte de atrás del restaurante lo llevó a hacer una mueca. Tiró el cigarrillo al suelo, lo apagó con el talón del zapato y chasqueó.

—Demonios, ya estamos otra vez —resopló caminando ya hacia los contenedores del final —. ¡Os he dicho mil veces que mantengáis los restos dentro de los jodidos contenedores o nunca sacaremos a ese chucho pulgoso de aquí!

Al escuchar su voz la puerta de atrás se abrió y se asomó uno de los ayudantes.

—Es imposible que esté, control de animales…

Las palabras de su ayudante dejaron de penetrar en su cerebro cuando llegó a los contenedores y se encontró con una escena que nada tenía que ver con un perro callejero hurgando en la comida.

—Jesús —jadeó incapaz de moverse, congelado por la imagen del cuerpo desmadejado y cubierto de sangre que estaba en el suelo.

—¿Chef?

—¡Logan!

Gritó llamando a su amigo, quién no tardó ni dos segundos en personarse a su lado.

—¿Qué coño…? ¡Mierda!

Un inesperado aleteo de pestañas y un quejido de los labios ensangrentados hicieron que saliese de su momentáneo estupor.

—Soy el detective Cooper, necesito una ambulancia en el…

Se lanzó al suelo, esas pestañas continuaron aleteando hasta que consiguió abrir los ojos y el reconocimiento entró en ellos.

—Lo… siento… llego… tarde.

Sus palabras surgieron como un suave suspiro de sus labios y, al verla cerrar de nuevo los ojos el pánico lo invadió. A la imagen de la mujer se superpuso la de su propia esposa y el olor de la pólvora de un disparo.

Sacudió la cabeza y una inesperada resolución se instaló en su interior.

—No, no, no —se lanzó sobre ella, examinándola y girándose de nuevo hacia Logan, quién ya estaba al teléfono—. ¡Esa ambulancia! ¡Ya!

La sangre le manchaba las manos, la empapaba a ella y la caja de cartón sobre la que había caído o la habían tirado.

—Nadie se muere en la parte de atrás de mi restaurante —siseó con profundo cabreo—, ¿me has oído? Y tú no vas a ser la primera.

Ella pareció reaccionar a su voz pues intentó abrir de nuevo los ojos.

—Eso es, pequeña, quédate conmigo —mantuvo ese tono de orden que venía con su personalidad—, ni se te ocurra irte.

Pero ella poco tenía que hacer al respecto. Había demasiada sangre, su palidez era extrema y esos ojos volvieron a cerrarse una vez más.

CAPÍTULO 1

—Dos heridas de arma blanca, una en el hombro derecho y la otra, de carácter importante, en el abdomen. Laceraciones en brazos y piernas, una fuerte contusión en la cabeza…

Siobhan dejó de escuchar el reporte médico de boca del detective, lo había oído repetidas veces en las últimas cuarenta y ocho horas y su cuerpo todavía guardaba el agónico recuerdo de haber recibido cada una de ellas. Solo el chute de analgésicos que le permitían aplicar por medio del botón del «dolor» como había decidido llamarlo, conseguían que fuese algo más tolerable.

No tenía fuerzas para enfrentarse otra vez a ese hombre y su interminable interrogatorio, apenas sí conseguía aceptar su presencia y no es que fuese desagradable a la vista. El policía era un armario. Con el pelo negro de punta, una sombra de barba cubriéndole el rostro y una camiseta negra debajo de la chaqueta de piel que marcaba un imponente torso y vaqueros gastados, le daba un nuevo significado al término agente de la ley. Llevaba la placa enganchada al cinturón dejándola a la vista y su actitud era bastante chulesca. Prueba de ello era que no se había molestado siquiera en sacarse las gafas de sol dentro de la habitación.

—…dos dedos fisurados, un hematoma en la mejilla derecha…

¿Por qué no dejaba de parlotear, daba media vuelta y se iba? No quería hablar con él, no quería tener que repetir de nuevo las cosas. Estaba cansada, quería dormir y olvidarse de toda esa locura unas cuantas horas más.

Apenas sabía cómo habían ocurrido los hechos o quién había sido su atacante, ni siquiera lo había visto venir, todo lo que recordaba era haberse bajado del taxi al final de la calle, como siempre y dirigirse hacia el restaurante. Algo punzante le atravesó entonces el hombro desde atrás, sintió un tirón y lo demás fue un sinfín de dolor, lucha y palabras que la llevaron de vuelta a un pasado que solo deseaba olvidar.

«Está muerto. Él está muerto. Lo viste con tus propios ojos. No es él. No volverá jamás».

Tenía que repetirse una y otra vez esa letanía para evitar volver a caer en la misma pesadilla que había padecido y cambiado su vida por completo cuatro años atrás. La única que la había hecho pedazos, se había llevado todo lo que conocía y la había obligado a abandonar su pueblo natal.

Y todo por haber acepado una invitación a una fiesta privada.

Conocerle había supuesto un cambio en su protegida vida, uno que pensó que la ayudaría a avanzar y que sin embargo solo consiguió arrastrarla al infierno.

La ingenuidad e inocencia de una muchacha criada en el seno de una familia católica y dentro de una comunidad con firmes y arraigadas creencias, generó también una necesidad de rebeldía y libertad que la llevó a dejar atrás todo lo que era y abrirse al mundo y a las relaciones con un hambre inusitada. La universidad fue como una ventana abierta al mundo y a cosas que no había experimentado con anterioridad y él fue el precursor de muchas de esas cosas.

Leo la había conquistado sin mucho esfuerzo, ella se había rendido por completo a sus encantos y, si bien al principio creyó estar teniendo una relación perfecta, la cosa empezó a cambiar con el tiempo. El amor, si es que alguna vez había existido, pasó a convertirse en obsesión. La necesidad de estar con ella, en una imposición hasta el punto de que acabó por sentirse asfixiada, controlada e incapaz de hacer nada sin su permiso. Las falsas acusaciones

llegaron con los gritos, los insultos y finalmente los golpes. La primera vez que le levantó la mano, fue también la última en su relación.

Pero librarse de él no era tan fácil como pensaba. Ni siquiera la denuncia por malos tratos ni por el continuo acoso que recibía hizo que él dejase de buscarla, que amenazase a sus amigas y amigos hasta el punto de quedarse aislada por completo. Él la había abordado en más de una ocasión, amenazándola con matarla, exigiéndole que volviese a su lado… Y su familia, en vez de ponerse de su parte, optó por darle la espalda.

Habían sido momentos difíciles que la habían llevado a tener que abandonar su hogar y emprender una nueva vida en una ciudad nueva, sin apoyo, sin dinero y con el miedo a ser encontrada. Con el paso del tiempo y la ausencia de noticias empezó a relajarse, logró establecerse, consiguió trabajo y conoció a su última pareja, el cual terminó convirtiéndose en su marido.

Con Nathan descubrió una forma de amor distinta, se sintió atesorada y cuidada, con él aprendió que la vida podía ser como una deseaba que fuese, que no había condiciones, que los tabúes no eran otra cosa que prejuicios impuestos por uno mismo y sus amigos se convirtieron también en los de ella… pero todo llegó al final con la reaparición de su pasado.

Leo volvió a su vida solo para destruirla por completo y acabar con ella en el proceso y lo consiguió. No solo había acabado con la vida de su marido y un par de transeúntes que paseaba en ese momento por la calle, había herido a varios otros y la habría matado también a ella si una pareja de policías que estaba por la zona no hubiese escuchado el tiroteo y hubiesen terminado por abatirlo allí mismo.

En un abrir y cerrar de ojos, su ex novio y acosador había destruido su vida por completo.

Y ahora, tres años después de aquello alguien salía de la nada y la apuñalaba hasta darla por muerta.

—Entiendo que no reconoció a su atacante —continuó el policía siguiendo con el reporte, repasando lo que ya le había dicho a él y a sus compañeros—. Pero nos sería de mucha ayuda para atraparlo el que pudiese aportarnos cualquier pista, por pequeña que sea, señora Montgomery.

Ladeó la cabeza encima de la almohada hasta encontrarse con su rostro. Ni siquiera sabía de qué color eran sus ojos con esas gafas.

—Le dije todo lo que pude recordar, detective Cooper —replicó con voz apagada. Estaba cansada, dolorida, solo quería dormir—. Era alguien corpulento y grande… como usted, pero más ancho quizá… no lo sé. Llevaba una especie de sudadera o algo con capucha, iba de oscuro y era fuerte, demasiado fuerte para mí…

Había intentado echar mano del espray de pimienta que llevaba en el bolso, pero fue incapaz de alcanzarlo después de la primera puñalada. Se defendió, luchó con todo lo que tenía y sabía que le había hecho daño, pero no el suficiente como para poder liberarse de él.

Había asistido antes a clases de defensa personal, después de lo ocurrido con Leo, Nathan la había obligado a ello, enseñándole él mismo, pero después de su asesinato, lo había dejado todo y había perdido fuerza y masa muscular. Con todo, habría sido imposible de derribar a ese tanque.

—¿Cómo terminó en el callejón de la parte de atrás del *Temptations*?

Negó con la cabeza.

—No lo sé —negó—, supongo que me arrastró hasta allí… no lo sé… yo, no lo sé…

Una fuerte mano de dedos largos se posó sobre su brazo y era más cálida de lo que pensaba.

—Tranquilícese, solo quiero coger al hijo de puta que le ha hecho esto.

Levantó la mirada y vio cómo se retiraba las gafas poniéndoselas sobre la cabeza.

—Y yo que lo coja, detective —respondió con un susurro—, pero no puedo decirle más de lo que ya le he dicho. Se lo juro.

Esos ojos verdes se posaron en ella con una intensidad que la hizo estremecer, bajó la mirada de forma instintiva y cruzó las manos sobre el regazo.

—Lamento no poder darle más información al respecto, señor.

La mano que todavía mantenía sobre su brazo la abandonó lentamente.

—¿Qué hacía a esas horas en la calle? —insistió con el mismo tono firme—. ¿De dónde venía cuando le atacaron?

Suspiró.

—Acababa de bajarme de un taxi en la esquina de *Waverly Place* con la sexta —le facilitó la información—. Tenía una reserva hecha en el restaurante *Temptations* para cenar, pero llegaba tarde.

Lo escuchó hacer un sonido con la garganta lo que hizo que levantase la mirada de nuevo hacia él.

—¿Suele ir a menudo?

Sus miradas se encontraron una vez más y esta vez se obligó a mantenerla.

—¿Qué tiene que ver eso con que me hayan atacado?

No pudo evitar ponerse a la defensiva, estaba cansada.

—Alguien la ha atacado, señora Montgomery, solo intento encontrar un posible motivo.

Hizo una mueca de dolor al intentar moverse y notó como se le revolvía el estómago.

—Siobhan —pronunció su nombre con un deje de acento irlandés que solía acompañarle en esas ocasiones—. Si vuelvo a oír una vez más señora Montgomery me pondré a gritar.

—¿No es ese su apellido?

—Lo es, el de mi marido.

—¿Y dónde está él?

Aquello ya era demasiado.

—Muerto —siseó clavando la mirada en la suya—. Lo asesinaron delante de mis narices hace tres años. Puede comprobarlo si quiere, uno de los suyos le atravesó el cráneo a su asesino.

Ambos se quedaron mirándose y durante un momento creyó ver algo parecido a la empatía en sus ojos.

—Lamento su pérdida —replicó con la misma frialdad con la que llevaba los últimos minutos interrogándola—. Le aseguro que solo intento hacer mi trabajo.

Optó por no responder a eso.

—Entonces, ¿estaba usted sola cuando la atacaron? ¿Iba a reunirse con alguien? ¿Sabía alguien que iba a cenar esa noche en el restaurante? —insistió con su batería de preguntas—. ¿Hay alguien que pudiese… querer atentar contra usted?

Gimió. Ya no lo soportaba más.

—Necesito una enfermera.

Él detuvo su diatriba y se inclinó sobre ella.

—¿Se encuentra mal?

Lo miró con ironía.

—¿A usted qué le parece? —gimió—. Me han atravesado los intestinos con un jodido cuchillo. No estoy aquí para pasar una temporada de vacaciones precisamente.

El hijo de puta se dio el lujo de sonreír o por lo menos interpretó esa mueca como una

sonrisa.

—Procure no alterarse.

—Lo haré tan pronto le pierda de vista —resopló y gimió otra vez—. Dios… quiero morirme.

—Espero que no —le soltó él—. A los médicos les ha costado bastante mantenerla en este lado del juego.

Cerró los ojos. Quizá si se hacía la dormida o la inconsciente, él se iría.

—Prometo que la dejaré descansar tan pronto me responda a una última pregunta.

Sus palabras, las cuales contenían un tinte de diversión, hicieron que abriese de nuevo los ojos.

—Recuperando la que ya le hice, ¿cree que pueda haber alguien que quisiese atentar contra usted?

Negó con la cabeza.

—La única persona que tenía interés en hacerme daño ya está muerta y espero que pudriéndose bajo tierra —declaró con frialdad—. No, detective…

—Puede llamarme Logan, siempre y cuando no haga sonar mi nombre tan insultante como lo hace con mi cargo —la interrumpió—. No soy su enemigo, Siobhan, solo intento ayudarla.

Logan Cooper, sí, le pegaba el nombre.

—Como ya le dije, esa noche tenía una reserva para cenar —suspiró—. Suelo pasarme los miércoles a tomar algo y probar la especialidad de la casa. Esta es la primera vez que me sucede algo así y no tengo la menor idea de por qué alguien querría atacarme…

Él asintió conforme con su respuesta.

—Ha tenido suerte de que Camden saliese en el momento que lo hizo a fumarse un cigarrillo —comentó, pero lo hizo en un tono tan bajo que casi juraría que hablaba consigo mismo más que con ella.

—¿Fue el… señor O´Rourke el que me encontró?

No estaba muy segura de si lo que recordaba había sido real o producto del dolor, pero habría jurado que él la había mirado, incluso que le había gritado.

Su pregunta atrajo la atención del policía una vez más, esta vez con un tinte de curiosidad que nada tenía que ver con su actitud anterior.

—¿Le conoce?

Camden O´Rourke era el chef del *Temptations*, un hombre con un rico acento irlandés al que había reconocido de casualidad a través de la prensa. Él había sido el motivo de que hubiese ido la primera vez al restaurante, le habría gustado verle, pero intuía que el chef ni siquiera la recordaría. ¿Cómo hacerlo si habían sido unos niños la última vez que se habían visto?

—Le conocí hace mucho tiempo —sonrió para sí—, de hecho, prometió que se casaría conmigo…

—Y esa es sin duda una promesa que estoy seguro de no haber hecho jamás…

El inesperado y ronco acento irlandés que acompañó a esas palabras hizo que se girase hacia la puerta, no sin dolor y lo viese llenando el umbral.

—¿…señora…?

Negó con la cabeza.

—Siobhan —replicó dándole su nombre, esperado encontrar algún reconocimiento en esos enigmáticos ojos verdes—. Y sí, la has hecho. Me la hiciste a mí cuando tenías once años.

La manera en que frunció el ceño aún más le dejó claro que no la recordaba en absoluto.

—Me temo que me confunde con alguien más…

—Soy Sio, Siobhan Carrigan —le dio su apellido de soltera—. De niña vivía al final de la calle, en la casa…

El hombre parpadeó sorprendido, sacando de sus recuerdos la respuesta.

—…azul con la puerta roja —terminó por ella. La sorpresa y la incredulidad bailaban en sus ojos mientras la recorría con la mirada—. ¿Tú eres la pequeña Sio? ¿Esa mocosa con coletas que me seguía a todos lados?

Un ligero rubor le cubrió las mejillas, bajó la mirada y señaló lo obvio.

—No soy una mocosa y ya no llevo coletas.

CAPÍTULO 2

Camden observó a la mujer tumbada sobre la cama de hospital. Al fin podía ver sus ojos, dos gemas esmeraldas. La palidez de su rostro y las heridas visibles le encogieron el corazón. ¿Cómo podía alguien ensañarse de esa manera con otra persona?

Su mirada adquirió un tono cálido, la curiosidad bailaba en esas pupilas mientras los lastimados labios se curvaban en una mueca de ilusión y no pudo evitar sentir una verdadera disociación ante lo que veía con lo que recordaba.

Siobhan Carrigan. Apenas recordaba a la niña con la que había jugado en su infancia, de hecho, era incapaz de formar un retrato exacto de quién había sido y relacionarlo con la mujer que estaba ahora ante él. Recordaba vagamente su nombre, la imagen de una niñita de coletas que había vivido al final de la calle y que había sido mucho más pequeña que él o al menos así le había parecido entonces. Viéndola ahora, la mujer debía rondar los treinta, lo que los situaba en una diferencia de seis o siete años.

—Entonces, ¿la conoces?

La curiosidad mezclada con el interés que escuchó en la voz de Logan hizo que se girase hacia él y enarcase una ceja ante su pregunta.

—Si mal no recuerdo, era la hija del predicador Carrigan —comentó rascando en su memoria—. La última vez que la vi era una mocosa de esta altura, con dos coletas en forma de tirabuzón.

Sus ojos se encontraron de nuevo, pero ella no le sostuvo la mirada, de hecho, su semblante pareció ensombrecerse un poco. Estaba agotada y dolorida, su estado de salud lo preocupó al punto de encontrarse caminando hacia la cama. Sus dedos le habían rozado ya la barbilla y se la levantaba con mucha suavidad para encontrar de nuevo esa mirada.

—Pero como ya has apuntado, ya no eres una mocosa ni llevas coletas.

La manera en que abrió los ojos y esa sutil tensión en su rostro le dijeron todo lo que necesitaba saber, estaba nerviosa y al mismo tiempo atenta a cualquier movimiento.

—Esta es una inesperada coincidencia —comentó acariciándole una vez la mejilla con el pulgar antes de dejarla ir—. Venía a interesarme por la mujer que apareció en la parte de atrás de mi restaurante y ha resultado ser mucho más que una simple desconocida.

Se sonrojó, un suave rosa tiñó sus pálidas mejillas.

—Yo… gracias —se atragantó con sus propias palabras e hizo un gesto de dolor—. Gracias por ayudarme.

La observó detenidamente y buscó por la cama el botón que accionaba los calmantes. Rodeó la cama y acercó el dispositivo hasta dejarlo cerca de la mano.

—Ya has sufrido bastante como para que aguantes todo ese dolor —le dijo mirándola ahora desde esa otra posición. Desde ese lado de la cama podía ver también a su compañero, quién parecía bastante divertido ante su inesperado despliegue de atenciones con la que se suponía era una desconocida—. Aprieta y los analgésicos empezarán a hacer efecto de un momento a otro.

Levantó la cabeza para mirarle.

—Lo hice hace unos minutos —se lamió los labios—, supongo que su efecto no es

inmediato.

Sus ojos empezaban a vidriarse, su respiración a hacerse más lenta. Sí, se los había tomado.

—Creo que ya has tenido suficientes visitas por hoy —declaró dando un paso atrás. Resultaba tan extraño hablar de tú a tú con una persona que en realidad ni siquiera conocía. Había algo que lo incitaba a preocuparse, a protegerla—. Solo quería asegurarme de que estabas fuera de peligro y, a la vista de los hechos, parece que así es.

Los párpados empezaron a descender sobre sus ojos, ascendiendo de nuevo en un movimiento espasmódico.

—Gracias por venir.

Asintió, pero era incapaz de separarse de su lado. Levantó la mirada y se encontró con la de Logan.

—¿Han avisado a su familia?

Su compañero sacudió de manera imperceptible la cabeza y la señaló. No había necesidad de palabras, solían interactuar de esa manera y entenderse sin palabras.

—¿Quieres que avisemos a alguien?

Ella negó de nuevo con la cabeza. Estaba agotada y dolorida.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba, incluso drogada con los analgésicos, la momentánea barrera que había levantado ante la sugerencia de avisar a su familia no le había pasado por alto.

—No, no lo estás. —La respuesta pareció espabilarla, sus ojos se encontraron con los suyos, parecía sorprendida de que le hubiese replicado así—. Así que o me dices a quién debo llamar o le diré al detective Cooper que lo busque.

Abrió la boca para volver a cerrarla.

—No… no hay nadie —su respuesta lo cogió por sorpresa—. Mis padres no vendrán…

—¿Y tu marido?

Ella había utilizado el apellido Montgomery cuando había hecho la reserva en el restaurante, era el apellido que aparecía en su permiso de conducir.

Negó con la cabeza una vez más y en sus ojos vio el dolor.

—No hay nadie.

—Cam —lo avisó Logan. El policía parecía opinar que la estaba empujando más de lo que debería.

Levantó la mirada y se encontró con la ligera negativa de cabeza de su compañero.

—Muy bien —optó por retirarse, se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros y extrajo su cartera. Al momento tenía una tarjeta del restaurante en las manos, se la enseñó y la dejó sobre la mesilla a su lado—. Tiene mi teléfono escrito en la parte de atrás. Si necesitas algo, diles que me llamen. ¿Entendido?

Asintió con lentitud, los analgésicos ya estaban haciendo efecto.

—Siobhan —pronunció su nombre con una baja advertencia que la espabiló e hizo que reaccionase al momento. Ese tipo de reacción, la forma en la que evitaba mirarle a los ojos—. ¿Entendido?

Se lamió los labios y volvió a asentir.

—Sí, señor.

La respuesta lo cogió por sorpresa, pero no dijo nada, se limitó a rodear la cama y reunirse con Logan.

—Volveré mañana —le informó su compañero metiéndose de nuevo en el plano

profesional—. Si recuerda alguna cosa, por muy insignificante que sea…

—Lo avisaré, detective Logan —aceptó revolviéndose inquieta. Sus ojos verdes volvieron a caer sobre él—. Gracias por venir y por todo lo demás.

Sacudió la cabeza.

—Te lo dije, no pienso permitir que nadie se muera en la puerta trasera de mi restaurante si puedo evitarlo —aseguró con una pequeña mueca—. Descansa, Siobhan Carrigan.

Sin más, palmeó el brazo de su amigo y salió por la puerta.

—Te he visto interesado otras veces, pero nunca hasta este punto —comentó Logan, quién había salido tras él de la habitación—. Si no te conociese bien pensaría que acabas de encontrar a tu nueva sumisa.

Lo miró de soslayo. Sabía que su lado dominante había salido a la luz, no podía evitarlo, especialmente cuando estaba ante una pequeña y vulnerable gatita como ella. Era parte de su instinto, parte de su necesidad de borrar toda esa tristeza y darle lo que necesitaba. Todo formaba parte de su forma de vida, de quién era y, como muy bien le había dicho Ágata una vez, no era algo que pudiese quitarse de encima pues era una parte de sí mismo.

—Ha sido toda una sorpresa que os conocierais —continuó su él ajeno a sus pensamientos —. ¿No me habías dicho que era la mujer que solía cenar sola en el restaurante?

Se frotó la barbilla y asintió.

—Sio era una mocosa de cinco o seis años la última vez que la vi —hizo memoria, esforzándose por recordarla—. Vivía en mi misma calle, como te dije, no era una zona en la que hubiese niños y ella fue mi compañera de juegos antes de que mis padres se mudasen a Canadá.

—¿Le prometiste matrimonio a una niña de cinco años? —se burló.

Resopló y puso los ojos en blanco.

—Apenas puedo acordarme de ella —rezongó señalando la habitación que acababan de dejar—. Es imposible que la reconociese.

—Pues ella sí te reconoció a ti a juzgar por sus visitas al *Temptations*.

Logan estaba al tanto de las visitas de la entonces extraña mujer que hacía una reserva semanal al restaurante y cenaba siempre sola.

—La reserva se ha hecho siempre a nombre de Siobhan Montgomery, no Carrigan —se encogió de hombros—. Ni siquiera las relacioné. Está claro que es su apellido de casada.

—Es viuda —le informó él—. O eso es lo que dejó caer durante mi previa conversación.

Lo miró.

—¿Desconfías de ella?

Se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo desconfiar de todo el mundo, Cam —le recordó. Entonces se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó su caja de chicles—. Pero no. La verdad es que no me ha dado motivos para desconfiar. Era sincera en sus palabras, evasiva con algunas respuestas, pero no he detectado ninguna mentira.

Y el policía era muy bueno en ese campo.

—Posiblemente no tenga la menor idea de quién la atacó, puede que tan solo haya estado en el lugar equivocado, pero quién quiera que haya hecho esto está ahí fuera y podría hacerlo de nuevo —replicó. Y eso era lo más preocupante de todo aquel asunto. El saber que algún malnacido estaba ahí fuera y que podía repetirlo—. De todas formas, me quedaré mucho más

tranquilo cuando la haya investigado a fondo.

—Ha sido brutalmente atacada —apretó los dientes al recordar toda la sangre, las heridas lacerantes de sus brazos—, procura no actuar como una apisonadora.

Enarcó una ceja y se llevó el chicle a la boca con gesto inocente.

—¿Quién yo? —se burló—. Has sido tú quién le ha puesto el sello de «fuera del mercado», socio. Solo te ha faltado decirle que le darías un *spanking* si se atrevía a desafiar tu autoridad. Ha sido muy divertido verte todo Dom sobre esa pequeña muñeca con tendencia sumisa.

Lo miró de soslayo con una abierta pregunta en la mirada.

—Sí, me he dado cuenta —respondió sin necesidad de abrir la boca—. He tenido la oportunidad de hablar con ella y su reacción, bueno, ha sido interesante.

Sacudió la cabeza.

—Y me acusas a mí de ir a por ella.

Se entretuvo haciendo un globo con el chicle antes de explotarlo.

—Ya veo que estás de buen humor, ¿vendrás al club esta noche?

Asintió.

—Sí. Necesito un respiro y un jodido cambio de aires si no quiero terminar ahorcando a alguno de mis empleados.

Se rio entre dientes.

—Cualquier día tus comensales se encontrarán con un nuevo plato: cocineros a la brasa —se rio por lo bajo—. En fin. Has visto el correo, ¿no?

—¿Qué correo?

—Noche temática —acotó—. Cowboys e indios.

Las noches temáticas solían ser bastante interesantes si encontrabas a una buena compañera de juegos. En el club no tenía que preocuparse por nada más que disfrutar del tiempo allí, de quién era y de sus necesidades. Como dominante sexual encontraba placer en el poder que obtenía al controlar las necesidades de una mujer y en la sumisión y completa entrega de esta. Se basaba en un intercambio de confianza, en dejar atrás los prejuicios morales y dejar salir a quién era en realidad.

Al menos allí no tenía que justificarse o dar explicaciones, no tenía que testear a sus potenciales compañeras de cama o refrenarse y mantener un tipo de relación sexual que no le llenaba. Sí, había tenido compañeras de cama vainilla, pero siempre faltaba algo, una comunicación más íntima, más cercana que hacía que se cansara enseguida de ellas.

—Después le echaré un vistazo —aceptó—. ¿Nos vemos allí?

—Dalo por hecho.

Solían jugar juntos compartiendo a una mujer o por separado, todo dependía del humor o las necesidades que se revelasen en ese momento. Se compenetraban bien, se conocían mejor que algunas parejas sin serlo y eso hacía que hubiese una innegable confianza entre ellos.

Le palmeó el hombro a modo de despedida y abandonó el hospital, era hora de pasarse por la *Crossroad* y ver qué agenda tenía para el fin de semana; esta vez le tocaba a él la guardia.

CAPÍTULO 3

—Solo te falta el caballo.

—Me habría traído las espuelas, pero el sadismo no es lo mío —replicó Camden con ironía ante el recibimiento—. Y hacen demasiado ruido.

Brian se echó a reír. Su socio en la *Crossroad* —y copropietario del club de BDSM *Blackish*— estaba vestido de indio, con el cuerpo pintado, tocado de plumas y toda la indumentaria. Él había sido quién lo había invitado la primera vez, sus demonios eran similares y eso hacía que ambos se entendiesen y acabasen cultivando una cercana amistad. Si bien cada uno de ellos era consciente de las imperfecciones y los demonios de los demás socios de la compañía, su afinidad iba más allá. Brian podía parecer despreocupado, bromista, irreverente, pero la realidad era otra. El bombero se mostraba tal y como era entre esas paredes y allí era el Amo Fire, un dominante hasta la médula.

Era un buen Dom. Paciente, recto, con una vena maquiavélica y un profundo sentido de la dominación. Al contrario que él, Brian solía llevar sus relaciones a un nivel más profundo y estricto, teniendo una pauta estudiada de puertas para dentro.

En la actualidad estaba solo. Algo debía haber ocurrido meses atrás pues había decidido quitarle el collar a su sumisa y se había limitado a mantener sus esporádicas relaciones dentro del club.

—¿No está Logan contigo?

—Iba a venir, pero lo avisaron a última hora de la oficina —le informó. El poli había estado bastante cabreado y, aunque había intentado restarle importancia sabía por su tono de voz que los sucesos que rodeaban su actual caso lo afectaban—. Se pasará más adelante.

Le había hecho prometer que lo haría. Necesitaba sacarse toda la mierda que tenía encima y, al igual que él, solo se encontraba seguro dando rienda suelta a sus necesidades entre esas cuatro paredes.

—En ese caso, aprovecha para dar una vuelta por la sala y échale un ojo a las terneritas que tenemos hoy por aquí disponibles. Disfruta de la velada —le sugirió—. Estaré en las mazmorras si me necesitas.

Sonrió de soslayo.

—No me digas que ya has encontrado a alguna nueva criatura traviesa con ganas de castigo.

Se rio.

—Hoy me limitaré a ejercer de monitor —señaló la sala principal con un gesto de la barbilla—. Al menos durante el primer turno.

—Si quieres que te sustituya para el segundo.

Le miró con esa intensidad que solo poseía un dominante.

—Parece que esta noche todos estamos un poco jodidos, ¿eh?

No contestó. No estaba seguro de cómo estaba, la visita al hospital no había ido como esperaba, de hecho, ni siquiera estaba seguro de qué esperaba.

—Te relevaré en un par de horas —respondió en cambio.

Brian asintió.

—Estaré en las mazmorras.

Se marchó con paso firme, saludando a algunos socios mientras iba hacia la parte de atrás.

El local estaba compuesto por dos plantas. La primera albergaba el área principal con el bar y las áreas públicas, la segunda, a la cual se accedía por unas escaleras, quedaba en parte abierta imitando la zona de estar de una cafetería con pequeños reservados y más allá, se extendía a una zona de habitaciones temáticas. El tono monocromático de las paredes y columnas solo se rompía aquí y allá por el color del mobiliario, el cual no solía ir más allá del rojo o discretos verdes.

La música electrónica inundaba la sala principal, una continua pulsación que encajaba a la perfección con el ambiente actual y que iría cambiando a medida que avanzase la noche hacia algo más íntimo y clásico.

Echó un vistazo hacia el bar dónde estaba atendiendo Wolf, uno de los Amos del club y lo saludó con un gesto.

—Sheriff Camden.

Una cantarina y suave voz llegó desde sus espaldas. Se giró y se encontró con una dulce y sexy india cuyo top y micro falda dejaban muy poco a la imaginación.

Los ojos verdes y el pelo rubio recogido en dos trenzas, la pequeña y vivaracha sumisa era una de las socias del club. La muchacha no tenía un Dom a cargo, solía hacer algunas escenas con Wolf, pero no buscaba una exclusividad lo cual la hacía perfecta para él esta noche. Cálida, dulce, no exigía y se conformaba con ser servicial.

—Buenas noches, mascota.

—Buenas noches, señor.

La manera educada y correcta con la que se conducía complacía a su dominante interior y todas esas curvas encajaban en sus gustos.

—Una salvaje realmente atractiva —comentó recorriéndola con la mirada. Cogió una de las trenzas entre los dedos y tiró de ella.

La muchacha se metió enseguida en su papel.

—Mi poblado ha sido asaltado y las mujeres hemos sido convertidas en cautivas y esclavas, señor —respondió bajando la mirada y la cabeza en representación de su papel—. Soy vuestra para hacer conmigo lo que deseéis, hombre blanco.

Sonrió de soslayo.

—Una esclava india suave y bien dispuesta —le apretó un seno, rozándole el pezón con el pulgar. Entonces envolvió la mano en la trenza hasta atraerla contra él—, es justo lo que necesito esta noche.

Ella lo miró, sus ojos encendidos de deseo y ganas de jugar.

—Lo que mi amo desee.

—No tenemos ni una maldita pista de quién puede ser.

Eso no era lo que Logan quería escuchar, se había pasado la tarde pendiente de la investigación, haciendo llamadas, pidiendo orden de un juez para poder conseguir los vídeos de tráfico de la zona, pero todavía no había una dirección que seguir.

Levantó la mirada y le echó un vistazo a su compañera. Elsa había sido uno de esos rollos de fin de semana que no traían demasiadas complicaciones, habían jugado, lo habían pasado bien

y después cada uno se había ido por su lado. El acostarse con una compañera de trabajo nunca era una buena idea, pero esta vez no había tenido repercusiones.

—Todo lo que tenemos hasta ahora es la declaración de la víctima de la agresión —se encogió de hombros—. Y una descripción vaga. La falta de iluminación, un ataque por sorpresa… Esa zona de la ciudad no está precisamente vacía a esas horas, ¿cómo es que nadie vio nada?

Sacudió la cabeza, su pelo recogido en un pulcro moño.

—Dice haber bajado de un taxi, doblado la esquina y caminar un par de metros antes de que alguien saliese de la nada y le clavase el cuchillo en el hombro —continuó la mujer basándose en la declaración de la testigo—. Si bien ha tenido que arrastrarla hasta el callejón, el forcejeo, sus intentos de defensa, incluso si le cubrió la boca con la mano o con algo más, alguien tuvo que escuchar algún sonido, ¿no?

Pensó en la zona en concreto y el ruido en el restaurante. Él mismo había llegado al *Temptations* alrededor de la hora en la que era probable que fuese agredida, lo había hecho caminando solo que desde la dirección contraria y no había visto demasiados transeúntes por la calle.

—No necesariamente —respondió pensando en el lugar—. No en ese rango en concreto. Ese callejón da hacia la parte de atrás de un restaurante. Si la cogió en la calle, como sugieren las pruebas y la declaración de la testigo y la arrastró hasta allí, una vez deja la vía principal, el callejón se envuelve en penumbra.

Solo estaba la farola de la calle y las dos luces del muro trasero del restaurante que Camden había hecho instalar y, maldita fuese su suerte, una de ellas se había fundido un par de días antes.

—Ha sido todo un cúmulo de desafortunados incidentes —chasqueó la mujer—. Y con su pasado, esto era lo que le faltaba.

Sus palabras le llamaron la atención. Le había pedido que hiciese un barrido en la red para ver si podían encontrar alguna cosa en relación con lo sucedido, algo común en este tipo de casos y, aunque no pensaba admitirlo en voz alta, porque sentía curiosidad por esa mujer.

—¿Qué has encontrado?

—Estuvo siendo acosada por su ex pareja durante unos… nueve u once meses —respondió, se giró y fue hacia su escritorio de dónde sacó una carpeta—. Aquí está. La primera denuncia la interpuso en el 2010. Su ex la acosaba, recibió amenazas, etc. A lo largo de ese año hay varias denuncias, llegaron a ponerle al tipo una orden de alejamiento, ya sabes, el procedimiento estándar. Entonces, la cosa salta ya al 2014. Se registra una llamada al servicio de emergencias desde un supermercado, avisan de que hay un chalado que está causando el pánico en el aparcamiento. Una patrulla se persona y se encuentra a Leo Kirbing armado, con una pistola apuntando a una pareja y profiriendo gritos. Según el relato de los agentes, intentó matar a la mujer, su marido se interpuso llevándose el primer disparo y antes de que pudiese volver a dispararle a ella o a cualquiera de los clientes que estaban agazapados y aterrorizados junto sus coches, lo redujeron metiéndole una bala en la cabeza.

—Menuda manera de reducir a alguien. —Aunque no podía lamentar que lo hubiesen hecho, a juzgar por lo que acababa de escuchar—. Y dices que eso ocurrió…

—En el 2014, septiembre para ser exactos —le tendió la carpeta—. La pobre ha tenido una jodida mala suerte.

Frunció el ceño.

—No puede tratarse de nadie de ese entorno, ha pasado demasiado tiempo.

Y Siobhan le había dicho que era viuda, no tenía ninguna relación actual, nadie que quisiera hacerle daño. Así que su breve relato coincidía con el informe que había encontrado Elsa.

—¿Hay algo en el arma con la que la agredieron?

Negó con la cabeza.

—El hijo de puta utilizó guantes, cuero según dice el informe forense, pero no hay ni una sola huella.

Asintió. Lo más extraño de todo había sido encontrar el arma dentro de uno de los contenedores, así, sin más. Como si el tipo pensase que, tras terminar el trabajo, no la necesitaba más.

—Bien, cuando tengáis alguna cosa más, avísame —pidió. Echó un vistazo al reloj e hizo una mueca. Le había dicho a Camden que se pasaría por el club cuando terminase allí, pero había pensado terminar mucho antes.

Chasqueando la lengua, recogió la chaqueta, cubriéndose el chaleco con el arma y extrajo un chicle de menta del bolsillo. Tendría que pasar por casa para darse una ducha rápida y cambiarse. En otras circunstancias pasaría de ir, pero necesitaba quitarse toda esa mierda de encima y la única forma en la que podía hacerlo era descargando toda esa tensión acumulada en el local de BDSM del que era socio.

—Buenas noches —se despidió.

No esperó por una respuesta, cruzó la amplia habitación y subió las escaleras que llevaban fuera de la comisaría de policía.

CAPÍTULO 4

Siobhan necesitaba dejar el hospital o terminaría volviéndose loca, las últimas dos semanas habían sido las más largas de su vida. Sus heridas más superficiales habían sanado, solo quedaban las líneas rosadas que se irían desvaneciendo con el tiempo. Los dedos permanecían inmovilizados con una ancha ranita y, si bien ya le habían quitado los puntos de la herida del hombro y la del abdomen estaba cicatrizando bien, todavía requería cuidados.

Logan procuraba mantenerla al tanto de la investigación. A estas alturas barajaban la posibilidad de que el ataque hubiese sido algo fortuito. Habían encontrado el arma en un contenedor de basura a un par de calles de distancia, pero ni una sola huella que pudiese ser identificada.

Los interrogatorios de los primeros días se fueron reduciendo, las constantes visitas se espaciaron al extremo de llegar a echar de menos las visitas del detective. De repente, la soledad se le hacía insoportable.

Por otro lado, Camden había vuelto a visitarla un par de veces más. Ese hombre era pura intensidad, una montaña de magnetismo masculino que la hacía olvidarse de sus propias heridas. Su presencia era tan inquietante que la hacía preguntarse una y otra vez por qué se había presentado en su restaurante para empezar, qué la había llevado a visitarle en primer lugar y continuar con esa visita cada semana. De hecho, él no había perdido el tiempo en hacerle esa misma pregunta en una de sus visitas al hospital.

—¿Qué te impulsó a hacer reserva tras reserva en el *Temptations* y reservar tu identidad? ¿Por qué no me dijiste quién eras desde el principio?

Incluso sentado en una silla, inclinado hacia delante y con las manos entrelazadas, seguía siendo el que llenaba la habitación.

—En ningún momento oculté mi identidad.

Entrecerró los ojos y bajó el tono de voz llamando su atención.

—Montgomery —replicó dejándole claro que había utilizado su apellido de casada—. Cada noche cenabas sola.

Sio se lamió los labios y se encogió de hombros.

—¿Eso es un delito?

—No, no lo es —negó sin desviar la mirada, manteniéndola prisionera de esa intensidad —. Pero el motivo sigue siendo un misterio para mí, sobre todo ahora.

—Me gusta la comida que se sirve en el restaurante.

Enarcó una ceja.

—No andes con evasivas, pequeña, y respóndeme.

—No es una evasiva —negó.

—Podrías haber dicho desde el principio quién eras —insistió, parecía un perro con un hueso—. Esa niña con coletas, la hija del predicador.

—No tuve oportunidad —respondió y, en cierto modo no era una mentira—. Cuando pregunté por el chef, me dijeron que estabas muy ocupado, que no podías atenderme y me enviaban tus disculpas. No conocía otra forma de contactarte.

—¿Cómo supiste que tenía un restaurante?

Se sonrojó, la forma en la que la miraba, esa intensidad, hacía que se sintiese cohibida, como si hubiese hecho algo malo.

—Te vi por casualidad en un reportaje en televisión, hablando de la inauguración —confesó.

Una noche de sofá y manta, haciendo zapping, un programa de entrevistas y entonces el reportaje en el que salió su nombre. Al principio le costó reconocerle. Ya no era un desgarbado niño, pero sus ojos y las expresiones de su rostro, así como el notorio parecido con su padre, se sumaron al nombre del chef que apareció en la línea informativa. La sorpresa se había mezclado con los recuerdos y la alegría de reconocer a alguien de su pasado, lo que vino después… bueno, ni ella misma podía explicárselo.

—Nunca tuve intención de molestarte, lamento haber dado esa impresión —murmuró. De algún modo, sus palabras parecían dar a entender que su presencia en el restaurante sí le molestaba—. No tendrás que preocuparte de nuevo, no volveré a…

Levantó la mano y sus labios se cerraron al momento. Había gestos que su cuerpo reconocía, un silencioso código que traía recuerdos de su pasado.

—No te estoy vetando en mi restaurante, Siobhan —le dijo con tono calmado—. Por supuesto, puedes volver cuando quieras. La próxima vez prometo salir a saludarte, es lo mínimo que puedo hacer por alguien que parece disfrutar de mi comida.

Su indirecto comentario respondía a las tarjetas que solía dejar para agradecerle la cena, un hecho que le arrancó un nuevo sonrojo.

Pero ese episodio había ocurrido hacía casi dos semanas y, durante todo ese tiempo, no había vuelvo a verle.

Suspiró y echó un nuevo vistazo a la habitación, hoy por fin le daban el alta y podría volver a casa, con sus cosas y lejos del olor a antiséptico del hospital. La idea de regresar a su solitario hogar le provocaba un nudo en la garganta, pero no podía darse el lujo de retroceder, de perder todo el camino que había ganado los últimos años, se lo debía a su marido. Ya había sido bastante malo haberle ocultado lo sucedido a su único amigo en la ciudad. Brian había sido el compañero de Nathan, habían trabajado en el mismo departamento de incendios y, desde su partida, se había convertido en su mayor apoyo. Así que cuando se enterase de lo sucedido, supiese que había estado ingresada y no le había dicho nada… algo le decía que iba a tener que suplicar y mucho. Pero ahora lo principal era volver e instalarse… ya habría tiempo para llamarle. Prefería enfrentarlo en un terreno conocido, dónde no se sintiese en inferioridad de condiciones, aunque con ese hombre en particular era imposible no sentirse así.

Metió las pocas cosas que tenía consigo en la bolsa y la cerró.

—Veo que ya estás lista para irte.

La inesperada voz la llevó a dar un respingo, se giró y allí estaba Camden, apoyado en el umbral y con el papel del alta en una mano.

—Sí —aceptó maravillándose, no por primera vez, de lo enorme que era ese hombre. No se parecía en nada al niño que recordaba de su infancia, su primer amigo—. Me han dado el alta esta mañana.

Su mirada acusadora la avisó de que estaba en problemas.

—¿Y no se te ocurrió avisarnos a Logan o a mí para que te recogiésemos?

Una pizca de rebeldía se impuso a sus palabras.

—Puedo arreglármelas sola.

Entrecerró los ojos, entró en la habitación, cogió la bolsa sobre la cama y la miró.

—Hoy no —sentenció e indicó la puerta—. Después de ti, pequeña.

Parpadeó, lo miró y solo se movió cuando enarcó una ceja. Dios. Todo en él gritaba «yo ordeno y tú obedeces», lo preocupante es que sus labios ya se movían para decirle «sí, señor».

Esa habilidad para ordenar sin hablar la ponía nerviosa y hacía al mismo tiempo que su cuerpo permaneciese alerta, reconociendo las señales, añorándolas.

Pasó por delante de él con una ligera cojera, la miró y le dedicó un guiño como si le hiciese gracia su pequeña rebeldía.

—Vamos, hay una bonita silla de ruedas esperándote en el pasillo.

—Puedo caminar.

—Pero no lo harás.

Le miró.

—¿Siempre eres tan mandón?

—Solo con las mujeres rebeldes —declaró, cogió la silla y la acercó—. Siéntate, por favor.

—Eres un mandón —protestó, pero no le quedó otra que sentarse.

—Te acostumbrarás.

—En serio, puedo pedir un taxi y…

—Sigue protestando y te doblaré sobre mis rodillas —le susurró al oído, empujando al mismo tiempo la silla.

Se estremeció y cerró la boca de inmediato cosa que le hizo sonreír.

—Eso está mejor —aceptó complacido por su claudicación—. Sigue así y nos llevaremos bien.

Se giró para mirarle, pero él ya no le prestaba atención. Sin embargo, la sonrisa satisfecha seguía curvándole los labios.

Demonios, ¿en qué se estaba metiendo? Ese hombre era demasiado peligroso para su propia salud.

Camden tuvo que contener la risa, la expresión de la chica era bastante divertida. Siobhan era como un libro abierto, su rostro era muy expresivo y sus reacciones lo atraían bastante.

La timidez que parecía envolverla contrastaba con las esporádicas salidas que tenía en algunos momentos. La muñequita tenía chispa y él se moría de curiosidad por prenderla y ver hasta dónde podía empujar para obtener una reacción.

Había dejado aviso en el hospital para que le informaran en el momento en que se le diese el alta, Logan había hecho otro tanto y, después de hablarlo, habían decidido que fuese él quien se hiciese cargo; el policía no estaba teniendo la mejor de las semanas.

De una manera inexplicable, ambos se sentían atraídos por ella, aunque Cam estaba seguro de que lo suyo no era otra cosa que curiosidad.

—Entonces, ¿de verdad te pedí matrimonio?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Sí —murmuró—. Lo hiciste para que dejase de llorar.

No tenía motivos para dudar de su palabra, por otro lado, sus recuerdos de la infancia eran bastante vagos. Apenas si recordaba alguna cosa de su tierra natal y, por supuesto, el recordar a una niña pequeña no estaría entre las prioridades de un preadolescente, como era entonces.

—¿Cuántos años tenías?

—Cinco —se lamió los labios—. Soy siete años más joven que tú.

Parpadeó, bajó la cabeza y la miró.

—¿Tienes veintinueve?

—Pareces sorprendido.

—Lo estoy —aceptó sin rodeos. Su aspecto juvenil le restaba años—. No aparentas esa edad.

—Lo sé —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Pero te aseguro que no soy una cría.

Sonrió de soslayo y se inclinó para decirle al oído.

—Con esas tetas, ese culo y esas caderas, ni se me ocurriría sugerir tal cosa.

La dejó sin palabras o eso pensó durante un instante.

—Nadie te puede acusar de no ser directo.

—No me gusta andarme con rodeos. —Y esa era una gran verdad, su propio mantra, de hecho—. Prefiero las cosas claras, cristalinas. Te evita muchos problemas.

—Ya veo.

No parecía convencida.

—Pero cuéntame, ¿cómo una pequeña irlandesa como tú ha terminado en los Estados Unidos?

La forma en que se tensó fue un claro indicativo de que la respuesta era difícil para ella.

—Es una historia complicada… y larga.

—Tengo tiempo hasta las doce —aseguró echando un vistazo al reloj. Tenía que volver al restaurante para la comida—, así que puedes empezar por el principio y ya veremos a dónde llegamos.

Se giró para mirarle.

—¿Por qué tienes interés en saberlo?

Bajó la mirada y respondió con total honestidad.

—Porque sigo sin saber quién eres.

Un pequeño ceño le arrugó la frente.

—Pensé que esa parte había quedado clara —rezongó ella.

Se detuvo y esperó a que las puertas automáticas se abrieron.

—Recuerdo vagamente a la niña de hace veinticuatro años —calculó rápidamente—. Pero la niñita pelirroja y con coletas no tiene nada que ver con la comensal que viene cada miércoles noche a mi restaurante. Esa se sienta a disfrutar de una copa de vino, pide un único plato y deja una tarjeta agradeciéndole al chef la comida. Y tampoco sé nada sobre la mujer que casi se desangra en mis brazos detrás del restaurante. Demasiadas incógnitas para una chica que dice que le he pedido matrimonio, ¿no te parece?

La escuchó resoplar.

—Me vine a los Estados Unidos en contra de la voluntad conservadora de mis padres para asistir a la universidad —declaró sin más—, trabajé para pagarme los estudios, conocí a mi marido y enviudé.

Puso los ojos en blanco ante su rápido resumen.

—Eso es la versión resumida, Siobhan, yo quiero la extendida.

Para su sorpresa, se negó.

—No te la daré.

Dejó que se saliese con la suya hasta llegar al aparcamiento y acomodarla en el interior del vehículo.

—¿Tan trágica es la historia de estos últimos veinticuatro años que no quieres hablar de

ello? —la azuzó ocupando su lugar detrás del volante después de haber entregado la silla de ruedas a un celador.

—Es mi vida…

—Una que, en cierto modo, he impedido que perdieses —replicó tomándola por sorpresa. Sabía que sonaba arrogante, que la estaba empujando sin piedad, pero quería verla reaccionar, necesitaba que lo hiciera—. Así que tienes dos opciones: hablar y dejar salir todo eso que pareces reacia a compartir o explorar otras alternativas.

Lo miró de soslayo.

—¿Cómo cuáles?

Su interés la hizo sonreír.

—Mi favorita sin duda es el sexo —le soltó dejándola pasmada—. Soy de la opinión de que si juegas bien tus cartas y eres quién las reparte, llevas las de ganar.

Parpadeó como un pequeño búho, pero no estaba asustada, al contrario. Interesante muñequita la que tenía con él en el coche.

—Eres un poquito… engreído.

—¿Solo un poquito? —se echó a reír—. No te haces una idea de lo… engreído que puedo llegar a ser con tal de salirme con la mía. ¿Y bien? ¿Tu modo o el mío?

—¿Hablas en serio? —Su asombro iba a la par que su curiosidad.

—Siempre hablo en serio —aseguró y la recorrió con la mirada—, pero ahora mismo no estás en condiciones de aguantar ni el más breve de los asaltos. No sería justo y me tengo por alguien bastante justo en esas lides.

—Estás provocando que quiera…

—¿Acostarte conmigo?

—…lanzarme del coche.

—Esa no es una opción válida. —Y para recalcar sus palabras, cerró las puertas desde su lado—. Ahora, si empiezas a hablar, quizá podamos terminar la conversación antes de llegar a tu casa.

La escuchó resoplar.

—No es una historia agradable de contar —le aseguró y lo miró a los ojos—. De hecho, te apuesto lo que quieras a que cuando termine, se te quitarán las ganas de seguir cerca de mí.

Sonrió de soslayo.

—Siobhan, eso es altamente improbable. —Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no reírse—. Pero acepto el desafío. Eso sí, te aviso que si… mis ganas de ti persisten… no te librarás de acabar en mi cama.

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua con un gesto de abierto dolor. Se había lastimado al moverse, era obvio que no estaba tan bien como quería hacer creer.

—Te duele —no era una pregunta.

—Me tira un poco —aceptó al tiempo que se recostaba en el asiento y dejaba escapar un suspiro—. No es nada.

Respiró hondo y encendió el motor.

—Debería castigarte por no haberme llamado y querer hacerlo todo por tu cuenta cuando salta a la vista que no estás bien.

No se molestó ni en mirarle.

—No eres mi dueño.

No pudo evitar responder con ironía.

—Agradece que no lo soy, pequeña, no te iban a gustar un pelo las consecuencias de

desobedecerme.

Resopló.

—Dudo que pudieses hacer algo peor de lo que ya me han hecho —farfulló ella.

La miró antes de volver a posar la mirada en la carretera.

—Dijiste que eras viuda, ¿qué le ocurrió a tu marido?

La respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo no pudo objetar.

—Le asesinaron —respondió—, y lo hicieron delante de mí.

Y aquello solo fue el comienzo de una narración dónde la víctima había pasado por un infierno, uno del que, aunque ella decía que sí, todavía no se había recuperado.

CAPÍTULO 5

Siobhan encendió el interruptor de la luz y respiró tranquila al ver que su hogar estaba igual que lo había dejado. Sabía que era una tontería preocuparse, pero la falta de noticias de su atacante y la experiencia pasada con Leo la hacía sentirse incómoda. El ver que cada cosa seguía en su lugar, que su intimidad no había sido violada, la tranquilizó.

Sí, le había dado permiso a una compañera del detective para que entrase y le cogiese algo de ropa, pero sabía que no hurgaría en sus cosas. La policía se había encargado de comprobar su domicilio e interrogaron a los vecinos, la respuesta sin embargo era siempre la misma; nadie había visto nada.

—Hogar dulce hogar.

—Si añades una pizca de entusiasmo, es posible que me lo crea.

Miró por encima del hombro para ver a Camden. Se había mantenido en silencio mientras le ofrecía una versión resumida de su pasado. Le había hablado de Leo, de su marido y cómo había terminado todo. Su respuesta había sido el silencio, lo que la había deslizado de nuevo en la inseguridad e incomodidad por su presencia. Con todo, ¿qué otra cosa podía esperar de un hombre al que prácticamente no conocía? El que se hubiesen visto de niños, el que hubiesen jugado juntos, no era suficiente motivo para que hubiese una unión ahora de adultos. La realidad era que no se conocían y, sin embargo, él no había dudado en dejar caer esa franca y abierta insinuación sexual sobre su regazo. Era un hombre extraño, pero uno que la atraía a pesar de todo.

—¡Oh hogar, mi dulce, dulcísimo hogar! —exageró y luego se giró hacia él—. ¿Mejor?

Sacudió la cabeza dejó la bolsa sobre una silla y miró a su alrededor.

—Todavía no me has dicho nada que me haya hecho cambiar de idea —le soltó sorprendiéndola—. Pero aceptaré el que casi no puedas mantenerte en pie como excusa para posponer nuestra ronda en la cama.

Abrió la boca para replicar, pero no le salió ni una sola palabra.

—Tú tienes un enorme problema de oído, confiésalo.

Sonrió, lo escuchó resoplar mientras caminaba hacia la chimenea con las manos en los bolsillos. Sobre la repisa había un par de fotos, las únicas que se había permitido conservar. No quería olvidar, no completamente.

—Estos son tus padres. —Había reconocimiento en su voz—. Te pareces a tu madre. Recuerdo haberla visto de pie delante de esa misma cerca, hablando con la mía…

Caminó hacia él y miró la foto.

—Gracias a Dios el parecido es solo físico —murmuró. Eso era lo único en lo que se parecía a ella—. Ese era mi marido, fue una de las últimas fotos que nos sacó uno de sus amigos.

Le dio la espalda a la fotografía y miró el salón sin saber muy bien que hacer ahora.

—¿Quieres un café? —sugirió entonces mirando hacia la cocina y luego a él—. Creo que es todo lo que puedo ofrecerte ahora mismo.

Él no la miraba a ella, había cogido la foto de la repisa y la contemplaba con estudiada concentración.

—Um… ¿pasa algo?

Sus ojos se deslizaron sobre ella, deteniéndose en su cuello antes de subir a su rostro. La miró en silencio, entonces dejó la fotografía en su sitio y caminó en su dirección.

—¿Dónde está tu dormitorio?

Parpadeó ante su directa pregunta.

—Retiro la oferta del café, ahí tienes la puerta.

Enarcó una ceja y casi juraría que parecía divertido.

—No voy a follarte, Sio, no cuando apenas eres capaz de mantenerte en vertical sin morirte de dolor —le soltó tan tranquilo—. Necesitas descansar y yo asegurarme de que lo haces.

—Estoy en mi casa, estaré bien —se justificó—. Ya has hecho tu buena obra del año, puedes irte.

—Deberías llamar a tu madre para que venga a echarte una mano mientras estés convaleciente —sugirió volviéndose hacia ella.

—No la necesito —replicó tensa—. No la he necesitado y no la necesitaré.

—Deduzco que no te llevas bien con tu progenitora —se cruzó de brazos—. ¿Alguna amiga con la que puedas contar?

—Tengo una compañera de trabajo.

—Llámala —fue una orden directa, seca.

Arrugó la nariz.

—No está en la ciudad —confesó. Ese había sido el motivo por el que ni siquiera había pensado en llamarla en el hospital. Además, no es como si pudiese considerarla una amiga, era solo una conocida.

Su mirada se entrecerró sobre ella.

—¿Y no hay nadie más a quién puedas recurrir?

La acusación en su voz hizo que se sintiese un poco avergonzada. Solo le quedaba Brian y no pensaba decirle una sola palabra hasta que Camden se largase y pudiese idear una buena historia que no hiciera que la estrangulase.

—Estaré bien sola —replicó con toda la seguridad que pudo reunir—. Si me siento mal…

—Me llamarás o llamarás a Logan —sentenció—. Y más te vale hacerlo, pequeña o la primera vez que estés sobre mis rodillas, no te va a gustar un pelo.

Tragó, no pudo evitarlo. Lo extraño es que no la había asustado, por el contrario, sus palabras la habían excitado.

—Tengo que estar en el restaurante en un par de horas —le informó mirando el reloj. Resopló y la miró de nuevo—. Te enviaré algo de comer con uno de nuestros repartidores.

—No es necesario que…

—No protestes —la interrumpió con un solo gesto—. Tienes mi número de teléfono, si necesitas espero que me llames. ¿Lo has entendido?

—No necesito una niñera.

Caminó hacia ella hasta quedarse a escasos centímetros.

—¿Te parece que tengo aspecto de niñera?

Apretó los labios y optó por levantar la barbilla con gesto desafiante.

—No sabría decirte, hasta ahora me has estado tratando como…

Antes de que pudiese darse cuenta de lo que estaba pasando, él había enterrado la mano en su pelo, tiró de la cabeza hacia atrás y le cubrió los labios, deslizando la lengua en su boca y robándole un beso que la dejó sin aliento.

—He hecho una pregunta, pequeña.

Tembló, no pudo evitarlo. Sacudió la cabeza en la medida que su mano le permitía.

Aferró un poco más su pelo provocándole un pequeño pinchazo en el cuero cabelludo.

—En voz alta, Siobhan.

Frunció la nariz.

—No, no tienes aspecto de niñera.

Con una última mirada asintió, la soltó y le frotó la cabeza antes de soltarla por completo.

—Recuérdalo la próxima vez que nos veamos —le dijo acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Ahora métete en la cama y descansa hasta que lleguen con la comida.

Con eso dio un nuevo paso atrás, la examinó con atención y, conforme, dio media vuelta y se marchó sin decir una sola palabra más. El sonido de la puerta al cerrarse la hizo reaccionar.

¿Qué demonios había sido todo eso?

CAPÍTULO 6

Volver a la rutina era casi tan complicado como seguir adelante desde dónde lo había dejado, sobre todo cuando esa rutina se veía alterada de manera radical. Siobhan se secó el sudor de la frente e hizo una mueca, le dolía el hombro, pero era la tirantez en su vientre la que se llevaba la peor parte. Sus heridas sanaban poco a poco pero no con tanta rapidez como le hubiese gustado que lo hiciesen. Se dejó ir de lado, se acomodó en el suelo y respiró profundamente. Había sido una estupidez volver tan pronto al trabajo, no estaba todavía al cien por cien y encargarse de los malditos hierbajos del jardín, una semana después de haber dejado el hospital, se asemejaba bastante a caminar por el desierto en pleno verano.

Se quitó los guantes, los dejó a un lado y se estiró aprovechando que el sol le daba en la cara.

—¿A eso le llamas trabajar, nena?

Dio un respingo y levantó la mirada para encontrarse con su empleador. Brian la había llamado el mes anterior para comentarle que quería hacer algo con la parte de atrás de la casa que tenía a las afueras, su segunda residencia, y quería que ella se hiciese cargo. El trabajo debería haber comenzado la semana pasada, cuando ella estaba todavía en el hospital.

—Tengo el diseño terminado —replicó con una perezosa sonrisa, indicando la mesa de hierro forjado sobre la que descansaban los planos—, lo demás, será cuestión de tiempo. Y ya he empezado a arrancar algunas hierbas, ¿ves?

Sacudió la cabeza.

—Deberías estar en casa y descansando, no arrancando hierbajos —la reprendió al tiempo que le tendía una botella de agua y una pastilla—. Todavía no te has recuperado por completo.

—No es necesario que me eches tú también la bronca —hizo un puchero—. Necesito trabajar. Las facturas no se pagan solas, Brian...

Él la miró y enarcó una ceja, se obligó a tragar, bajar los ojos y corregir su respuesta.

—Señor.

—Eso está mejor —declaró.

El hombre era un dominante hasta la médula, había jugado con él en tiempos de su marido y, una vez que se quedó sola, el bombero la había acogido bajo su ala, obligándola a salir del cascarón y dejar de esconderse del mundo.

—Todavía estoy disgustado contigo, Sio —le dijo con voz profunda y firme, lo que envió un escalofrío por su cuerpo—. Habíamos quedado en que me llamarías si necesitabas algo, lo que fuese. Y no lo hiciste.

Se lamió los labios. Y al fin llegaba la conversación que había intentado evitar durante toda la semana.

—Te llamé tan pronto llegué a casa.

Dio un paso hacia ella, haciéndola todavía más consciente de que ella estaba en el suelo y él de pie.

—Has estado un tiempo en el hospital y has estado sola —le reprochó—. Te apuñalaron, Siobhan.

Se encogió un poco ante la abierta acusación.

—No quise preocuparte —se justificó.

—Me has preocupado mucho más al no decirme nada, *mascota* —le aseguró, recordándole qué lugar ocupaba en ese momento y quién tenía la palabra—. Lo sabes.

Sí, lo había hecho. Cuando le había llamado para hablarle de su accidente, la línea se había quedado en blanco solo para escuchar un *«no te muevas de casa, voy para ahí»* y tenerle en su puerta veinte minutos después, sacándole la mierda a gritos. Era un verdadero milagro que no la hubiese puesto en ese momento sobre sus rodillas y la hubiese azotado hasta hacerla suplicar.

Pero no. Brian no hacía las cosas a la ligera, jamás tocaba a una mujer si no estaba en pleno control de sí mismo y en ese momento había sido como un maldito incendio lleno de combustible.

Sin embargo, algo le decía que ese indulto acababa de llegar a su término.

—Y esa falta de confianza, se merece un castigo.

Tragó. No le iba a gustar, no le iba a gustar ni un pelo.

—Lo siento, señor.

—Sí, cariño, sé que lo sientes —aseguró acariciándole la mejilla—. Pero ambos vamos a asegurarnos que esto no se repita.

Las lágrimas empezaron a picarle en los ojos ante el borde de decepción que escuchó en su voz. Él era su amigo, su único amigo en realidad, el único que la conocía en profundidad y le había fallado.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

El borde afilado en su voz, el tono frío con el que habló le dolió más que un bofetón.

—Yo…

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer para borrar ese gesto contrariado y de decepción en su mirada? Sabía que se merecía el castigo y que no iba a escapar de él, —ya había tenido un indulto de siete días—, así que cualquier cosa que pudiese decir ahora mismo no disminuiría su propia vergüenza por haberle fallado.

—Inclínate sobre el banco acolchado —le indicó—, y asume la postura.

Tembló. Recorrió el porche con la mirada hasta encontrar dicho banco. Las piernas parecían dispuestas a fallarle en cualquier momento mientras caminaba al lugar que le había indicado, el estómago se le encogió mientras se arrodillaba y asumía la postura de castigo. Con el vientre y las caderas afirmadas contra la suave superficie, los pechos sobresaliendo del borde del banco y las manos afirmadas en el suelo, se sintió avergonzada e irritada a partes iguales. Su Maestro y marido solía castigarla de ese modo o doblándola sobre su regazo, a veces lo hacía para estimular sus juegos, pero esta vez sabía que no habría nada erótico; diablos, iba a doler.

El pulso empezó a latirle en los oídos mientras un sinfín de probabilidades pasaba por su mente y la espera se convertía en un nuevo motivo de ansiedad. Giró la cabeza para localizar a Brian, él estaba de espaldas a ella, con los brazos a la espalda, la tensión en sus hombros rebelaba su incomodidad.

—La mirada al suelo, *sumisa*.

Su voz fue como un latigazo y la hizo obedecer al momento, reconociendo su autoridad. La frialdad en su tono provocó que le picaran los ojos y las primeras lágrimas hiciesen acto de presencia. Él era un dominante hasta la médula, su papel iba más allá de unos cuantos juegos ocasionales, era toda su vida y el que ahora estuviese sin esclava, solo podía indicar que algo le había ocurrido.

Se lamió los labios, la sangre empezaba a zumbarle en los oídos a causa de la incómoda posición y mantener la cabeza baja. Entonces la dura mano se aplanó sobre su espalda, lo sintió

más que vio acomodarse a ahorcajadas en el mismo banco.

—Mantén las palmas apoyadas en el suelo —la instruyó al tiempo que la empujaba un poco más hacia delante, desestabilizándola y obligándola al mismo tiempo a cargar con el peso de su cuerpo. Una pierna cubrió sus pantorrillas, inmovilizándola y activando el inmediato temor en su cuerpo.

—Amo Fire… —Ese era el nombre por el que se le conocía en la comunidad, en su propio club y por el respondía.

Se inclinó sobre ella y notó su aliento en el oído.

—¿Entiendes por qué vas a ser castigada?

Un pequeño gemido escapó de sus labios y asintió.

—En voz alta, Siobhan.

Se lamió los labios.

—Sí, señor —se lamió los labios. Dios, ¿le sonaba a él su voz tan temblorosa como la escuchaba ella?

—Dímelo.

—No… no te avisé… cuando estaba en el hospital.

—¿Qué más?

—No… te dije que… que todavía… todavía me dolía…

La mano que mantenía sobre su espalda se deslizó hasta su trasero, sintió como sus dedos enganchaban la cintura de los *leggins* y tiró de él, así como también de las braguitas, hacia abajo desnudando su culo.

—Me has decepcionado, Sio —le dijo con voz fría—. Serán siete azotainas.

¿Qué? ¿Siete? ¡Oh, señor! ¡Lo había cabreado, pero bien! Las lágrimas empezaron a descender por sus mejillas cuando una sensación desoladora la embargó.

—Quiero que los cuentes en voz alta.

Apretó los labios intentando no romper a llorar allí mismo.

—¿Sumisa?

—S-Sí señor.

Antes de que terminase de pronunciar la última sílaba la palma abierta de su mano cayó con fuerza sobre la mejilla derecha de su trasero, el sonido de la carne golpeando carne resonó en el solitario porche y el punzante dolor la sobresaltó.

—*Uff* —contuvo un gemido.

—¿Se te ha olvidado como se cuenta?

Apretó los ojos y respondió.

—Uno, señor.

—Mejor.

La siguiente punzada aterrizó sobre la otra nalga en la forma de un ardiente aguijonazo. Las lágrimas discurrieron por sus lágrimas y le picó la nariz. No se estaba conteniendo, lo que hacía la perspectiva de las azotainas que quedaban por delante más aterradora aún.

—Dos, señor.

La tercera aterrizó en la curva inferior, hacia el centro e instintivamente intentó levantarse, pero el antebrazo que presionó contra su espalda no se lo permitió. ¡Y dolía! ¡Joder, dolía mucho!

—¿Esa sería la tres, Sio?

—Tres, señor —su voz empezó a quebrarse.

La cuarta le arrancó un sollozo, empezaba a notar el culo caliente y le hormigueaba la piel,

a pesar de ello, él se cuidaba de no golpearla en el mismo lugar. Las lágrimas se agolparon en su pecho, el dolor físico empezó a mezclarse con el emocional y el nudo que llevaba en su interior empezó a deshacerse dando paso a un torrente de llanto. Pero eso no le detuvo. La quinta la hizo gritar, pataleó, pero eso solo le consiguió la sexta.

—No más, por favor, señor, no más —lloraba entre hipidos tras la última—. No lo volveré a hacer, no lo haré más.

—Un número, Siobhan.

Su llanto se hizo más intenso mientras balbuceaba la cuenta.

—Se…seis… amo… Fire.

—Una más y hemos terminado, amor.

La última no fue menos dolorosa, sabía que no le había golpeado con la misma fuerza, pero tenía el culo tan dolorido que se limitó a berrear como un bebé, desmadejada sobre el asiento.

—Y siete —murmuró él por ella—. Dime otra vez porqué has sido castigada.

Se ahogó en sus propios sollozos, tartamudeó una respuesta y tosió intentando decirle lo mucho que lo sentía, que no lo volvería a hacer. Se odiaba a sí misma por haberle fallado así, por no haber sido lo suficiente fuerte para haberle llamado cuando sabía que le necesitaba.

—Lo siento… lo si…siento mu… mucho. No… no lo volveré a ha…hacer —hipó, las lágrimas impidiéndole ver nada cuando notó como la liberaba y la ayudaba a incorporarse—. Yo… te… tenía miedo… de que… pasase otra vez… lo mismo… No… no quería que te hiciese… te hiciese daño. No… no quiero que hagan daño a nadie… por mi culpa. Lo siento, señor… lo siento mucho… lo siento…

Notó su mano deslizándose sobre el caliente y enrojecido trasero y no pudo evitar respingar, se limpió la cara con las manos, pero era incapaz de dejar de llorar.

—Lo siento… no… no lo volveré a hacer… te… te lo diré… te… me… me duele…

Brian quería hacer pedazos al hijo de puta que la había herido de esa manera, que casi no solo acaba con su vida, sino que había conseguido enviarla de nuevo al agujero negro en el que había vivido en el pasado. Se levantó de su asiento, todavía rígido y bajó la mirada sobre ella.

—Vamos a sacarte esto. —Un breve aviso antes de quitarle por completo los pantalones y las braguitas para dejarlas a un lado y atraerla hacia él. Tenía el culo de un precioso tono rojo, probablemente no podría sentarse con comodidad durante un día o dos, pero esa era la finalidad del castigo, que fuese consciente de su falta y recordase el por qué había sido castigada de modo que no volviese a cometer tal infracción—. No quiero castigarte más de lo que tú deseas ser castigada, Sio —continuó, le levantó el rostro y le secó la cara con los pulgares sin mucho éxito —, pero no voy a permitir que vuelvas a caer de nuevo en ese abismo. ¿Lo entiendes?

Asintió con lentitud, hipó y sorbió por la nariz. Era una mujer tan cálida y cariñosa, no era justo que le pasasen estas cosas. No se lo pensó, la levantó en brazos y se acomodó con ella en una de las amplias tumbonas, manteniéndola sobre su cuerpo, cuidando de no rozarle el abusado trasero.

—No… no quiero… yo tampoco quiero volver allí —la escuchó musitar entonces—, no dejes que vuelva allí, no dejes que lo haga, por favor, señor.

La abrazó y empezó a mecerla con suavidad, dejando que llorase, que sacase todo lo que tenía dentro. Ahora ya no estaba Nathan para cuidar de ella, para guiarla y ayudarla a mantener esa estabilidad que un hijo de puta le había robado. Si bien al principio pensó que lo estaba haciendo bastante bien, ahora se daba cuenta de que no había sido más que una fachada. Siobhan era fuerte a su manera, intentaba seguir adelante y adaptarse a las nuevas circunstancias, pero

necesitaba a alguien que estuviese ahí. Esa dulce gatita necesitaba a alguien en quien pudiese apoyarse si empezaba a flaquear, alguien por quién decidiese ser fuerte y ese alguien no podía ser él. Pero ¿qué alternativas tenía?

—*Shh* —la acarició, calmándola, dejando que la riada fuese quedando atrás y su llanto remitiese hasta convertirse en silenciosos hipidos—. Vamos a tener que buscar una alternativa para que esto no vuelva a suceder.

Levantó la carita, roja por las lágrimas, mojada y se le encogió el corazón. Necesitaba alguien que la estabilizase, que la mantuviese entera a través de este nuevo vendaval… y tenía una ligera idea de a quién podía reclutar para tal tarea.

—Y esa será la segunda parte de tu castigo.

Notó su inmediata tensión, esperando en silencio que vertiese sobre ella algún nuevo castigo, pero no era eso lo que tenía en mente, no en la forma en que sin duda ella lo estaba concibiendo ya. Sí, había necesitado esa sesión de azotes, necesitaba descargar todo lo que llevaba dentro, una pesada carga que no dudaba había llevado durante demasiado tiempo.

Y él tenía la culpa, en más de una manera, según lo veía. Se había desentendido de ella, su última compañera había sido tan absorbente que lo había llevado a dejar a un lado a sus amigos, sus noches de póker e incluso tuvo sus más y sus menos con Jax.

Sacudió la cabeza mentalmente, el que Sio no lo hubiese llamado no había sido culpa suya, él mismo se había desentendido de ella hasta que recordó que la mujer de su viejo amigo trabajaba como jardinera y paisajista.

—El próximo viernes vendrás al club conmigo.

Su sorpresa fue genuina.

—¿Al club?

Le apartó el pelo de la cara, le secó las mejillas con el pulgar y asintió.

—No he sido muy buen amigo contigo últimamente —aceptó su parte de culpa—, así que vamos a ponerle remedio.

Parpadeó.

—Tú no has sido un mal amigo, Bri… err… señor.

Sonrió.

—Está bien, Sio.

Se lamió los labios.

—No has sido un mal amigo —insistió—. Debí llamarte, pero… no quise… preocuparte o ponerte en peligro.

Asintió.

—Lo entiendo —aceptó—, aunque no lo comparto. Y por eso, vas a venir al *Blackish* de modo que pueda ponerte al cuidado de uno de mis amigos de total confianza.

La sintió tragar. Su mirada hablaba por sí sola.

—No… no creo que esté en condiciones de… dar ese paso todavía —se aventuró a responder. Su seguridad parecía mayor que cuando llegó esa mañana—. Mírame… soy… soy como el mapa de un carnicero.

Su respuesta lo hizo resoplar.

—¿Tengo que volver a azotarte para que retires esas palabras?

Dio un respingo sobre su regazo e hizo una mueca.

—Así es como me siento —escupió incómoda, queriendo ser honesta con él—. Y esto no es nada, porque me quedarán las cicatrices…

—Siobhan —le cogió la barbilla y la obligó a enfrentar su mirada—. Sabes que yo

también tengo cicatrices, las has visto, ¿eso te ha asustado o te ha echado para atrás en algún momento?

Bufó.

—No es lo mismo, tú eres un hombre, es parte de tu trabajo —resopló—. ¿Has visto alguna vez un bombero que no se queme, aunque sea una sola vez? —Sacudió la cabeza—. No, no es lo mismo, Brian —suspiró y miró sus propios brazos—. Esto es un recordatorio…

—De que has salido con vida de un maldito infierno —la interrumpió él con decisión—. Son las marcas de una guerrera. Dilo.

Hizo un puchero.

—Estoy esperando.

—Son las marcas de una guerra —repitió llena de fastidio.

Entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—Me parece que no te he azotado lo suficiente.

Jadeó en protesta y lo miró con un horrorizado puchero.

—¡No podré sentarme en una semana! —protestó—. Señor. He… he aprendido la lección.

Sacudió la cabeza.

—He sido muy negligente contigo, *sumisita* —declaró con voz profunda, ahora era el dominante quién hablaba, no el amigo—. Pero eso se va a terminar aquí y ahora.

La vio tragar, se revolvió inquieta en su regazo, apretó las manos sobre sus muslos y bajó la mirada.

—Lo siento, señor.

Le levantó de nuevo la cara con un dedo y sacudió la cabeza.

—Tiéndete —la empujó a hacerlo dejándole ahora todo el espacio en la tumbona.

Ella obedeció un poco reacia y se sobresaltó cuando tocó la fresca cicatriz en su vientre. No era médico, pero había visto bastantes heridas a lo largo de su vida como para poder calibrar sus avances.

—Tienes la cicatriz rosada —declaró. Los bordes estaban algo enrojecidos, sin duda por acción del esfuerzo y de la posición en la que la había colocado, a pesar de buscar una en la que no sufriese su herida—. ¿Te duele?

Se estremeció cuando tiró de la piel con los dedos.

—Ahora sí —musitó entre dientes.

—¿Te has tomado algo para el dolor?

Lo miró a través de sus cuerpos.

—Esta mañana, con el desayuno —aceptó.

Sacudió la cabeza y suspiró.

—Me están entrando ganas de zurrarte otra vez por no cuidar apropiadamente de ti misma.

Puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar gemir.

—Quieres que no vuelva a sentarme en la vida, admítelo, Amo Fire.

Sonrió al ver que recuperaba su espíritu y le acarició el culo escuchándola sisear.

—Solo para que recuerdes por qué te he dejado el culo caliente y dolorido —declaró deslizando la mano sobre su muslo—, así sabrás por qué no puedes sentarte.

—Eres un sádico —hizo un puchero.

—No te vas a morir por un poco de ejercicio —se inclinó sobre ella y la besó en los labios —. Y eso es exactamente en lo que te voy a meter el próximo viernes.

La vio hacer una mueca.

—¿No podemos dejarlo… no sé… para el mes que viene?

Entrecerró los ojos.

—No, no podemos.

La besó de nuevo, esta vez traspasando la barrera de sus labios y hundiendo la lengua en su boca hasta saborearla.

—No sé si puedo con esto —le dijo lamiéndose los labios—, es… demasiado pronto.

La miró detenidamente, como si buscase algo en su rostro.

—De acuerdo, te concederé una semana más —claudicó un poco—. Y esa es mi última palabra y porque quiero que estés lo más recuperada posible para tu visita.

—Brian…

—Podrás con ello, Sio, solo es cuestión de encontrar la persona adecuada para ti en estos momentos —declaró con practicidad—. No te estoy pidiendo que te comprometas y firmes un contrato, nena, pero sí necesitas salir de ese cascarón en el que has estado ocultándote del mundo. Así que ahora te vas a dar una ducha y yo veré si puedo convencer a cierto chef de hacernos una entrega a domicilio.

La luz que pasó por sus ojos y la rápida reacción de su cuerpo no le pasó desapercibido.

—No es necesario, yo puedo cocinar algo.

La examinó durante unos instantes viendo cómo se ponía cada vez más nerviosa.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Camden?

Había sido un infierno de casualidad el que su compañero de la Crossroad y ella no solo se conocieran, sino que, según Sio, hubiesen sido compañeros de juegos en su infancia. Por lo que había podido sonsacarle, tanto Camden como Logan habían estado pendientes de ella durante su estancia en el hospital; eso había sido el motivo de que hubiese retrasado el castigo hasta ahora.

—¿Qué importa eso?

Y ahí estaba, a la defensiva, con un tono resentido en la voz. Se limitó a mirarla, esperando.

—La semana pasada… comió conmigo el día después de traerme del hospital y… bueno, ha estado bastante ocupado desde entonces.

Tanto que se había limitado a llenarle la nevera una tarde luego desaparecer. El hecho de que no le hubiese dicho nada la molestaba casi tanto como la entristecía.

—¿Y Logan?

La vio componer una mueca.

—El detective Cooper parece tener predilección por mi barrio —replicó con un mohín—, se ha detenido en mi puerta al menos unas tres veces en toda la semana.

Sonrió para sí ante la información recibida, parecía que alguien estaba bastante interesado en la chica.

—Ve a ducharte —tiró de ella suavemente, poniéndola en pie—. Y cuando termines, baja al salón. Te has librado de visitar el club este viernes, pero todavía quiero que… pases tiempo con alguien. Eso te ayudará a estar mucho más cómoda cuando visites de nuevo el *Blackish*.

Arrugó la nariz.

—Pero…

La hizo callar con un gesto.

—Es parte de tu castigo, Sio —le recordó, entonces sonrió de soslayo—. Además, no creo que te cueste mucho adaptarte a su presencia, a la de ninguno de los dos en realidad.

¿Dos? ¿Por qué sentía que empezaba a hundirse como si se tratase de arenas movedizas?

—¿Por qué me da la impresión de que no va a gustarme ni un pelo lo que quiera que se te está pasando por la cabeza, señor?

Su sonrisa se extendió hasta sus ojos. Era un hombre atractivo, pero había algo en él demasiado oscuro, algo que, en cierto modo, incluso le daba miedo.

—Solo voy a depositarte en las manos de dos competentes Doms, nena.

Parpadeó como un búho ante sus palabras y sacudió la cabeza. No, eso era demasiado.

—¿Dos? Eso no es una buena idea, no es ninguna…

—Camden y Logan, Sio —la interrumpió—. Eres mi protegida, pequeña, no te dejaría al cuidado de nadie en el que no confiase plenamente.

Sus ojos se abrieron incluso más, su cerebro estaba teniendo algún que otro problema para procesar la información que estaba recibiendo.

—E… ellos… ellos son…

Un sutil brillo de diversión bailó en los ojos masculinos.

—Camden y Logan son socios del *Blackish* —le aseguró despejando cualquier posible duda—. Y sí, ambos son Dominantes. Me sorprende que no te dieses cuenta, sobre todo siendo tú una sumisa.

Se atragantó, se le atascó el aire en la garganta y todo lo que pudo hacer fue gemir ante sus palabras.

—Oh… mierda.

CAPÍTULO 7

—De acuerdo, no puedo más con la curiosidad, ¿quién es ella y por qué la evitas?

Camden se giró para mirar por encima del hombro y se encontró con la sagaz mirada de Dani. La secretaria de la *Crossroad Company* se había apoyado en el vano de la puerta, los brazos cruzados por debajo de sus pechos hacían que estos se elevasen y la blusa se abriese dejando a la vista un pedacito de encaje.

—¿Qué te hace pensar que hay una ella?

—Pues un él entonces —comentó práctica—. O ambos. Sea lo que sea está claro que alguno de los tres es o no estarías aquí a estas horas.

Enarcó una ceja.

—Es lunes, se supone que hoy trabajo aquí, amor.

Puso los ojos en blanco.

—Sí, trabajas los lunes y sueles ponerte insufrible y mandón cuando te toca también trabajar el fin de semana —le recordó con gesto divertido—, por no mencionar el hecho de que «siempre» comes fuera. Pues bien, las últimas dos semanas no has hecho nada de eso.

La miró y ella le sostuvo la mirada. La chica no solo era buena en el trabajo, de un tiempo a esta parte se había convertido en algo así como la «consejera» de la compañía. Hacía ya un año que Danielle había llegado a sus vidas, doce largos e interminables meses en los que esa pequeña conejita había rescatado a Garret del abismo, domesticado a Trey y convertido la agenda de los socios en una aprovechable jornada.

Sinceramente, si no perteneciese ya a Garret, cualquiera de ellos estaría encantado de hacer un movimiento para ganársela.

—Solo estoy adelantando trabajo, estaba pensando en tomarme unos días libres.

Y los necesitaba, sobre todo porque si no se relajaba un poco, su gente en el restaurante se sublevaría y lo mandarían a paseo.

—Me parece fantástico, pero eso no responde a mi pregunta, Jefe Cam —le soltó ella—. Sabes que puedes hablar conmigo si…

—Danielle —acarició su nombre haciéndolo rodar en su lengua—. A menos que quieras escuchar a cuatro patas y con un *plug* insertado en el…

—¡La, la, la, la! —se tapó los oídos y le dio la espalda—. Demasiada información, gracias.

La azotó en el culo y lo cierto es que lo disfrutó.

—Oye…

—Compórtate —la miró a los ojos—, o le daré a Trey algunas ideas con lo que puede hacer con ese culo.

Su respuesta fue cubrirse el trasero con las manos.

—No es divertido, jefe.

—No pretendía que lo fuese.

Resopló y se llevó las manos a las caderas. Esa mujercita no cedía un ápice.

—Me preocupas —confesó con un resoplido—. En el año que te conozco nunca te había visto así de distraído…

No, porque nunca había estado así. Nunca había sentido la necesidad de evadir a una

mujer hasta ese momento.

Miró el reloj. Tras llevar a Siobhan a casa, se había mantenido bastante al margen. Había comido con ella el primer día y se había encargado de llenarle la nevera, pero lo que había visto en esa foto… ella era alguien con quién no quería mezclarse.

Tal y como había sospechado por sus reacciones y las respuestas en su lenguaje corporal, Sio era sumisa, pero también había sido acollarada. La foto que había visto sobre la encimera de la chimenea le había revelado más de lo que quería descubrir de ella. Su postura, la mirada de su marido y dominante, así como el collar de día que llevaba al cuello proclamaban una relación cerrada; esa mujer había sido reclamada, era una sumisa con un amo y, si lo que le había dicho era verdad, había sido además asesinado delante de ella.

Eso era un jodido equipaje emocional que no estaba seguro de que hubiese podido dejar atrás. Él lo sabía mejor que nadie, ¿no había matado acaso a su propia esposa?

No, no podía seguir cerca de esa mujer, aunque todo en él tirase en esa dirección. Su inocencia, esa soledad que la había rodeado atraía demasiado su vena dominante. Como Dom, deseaba ayudar a una sumisa, pero ella estaba fuera de su menú.

—Agradezco tu preocupación, pequeña —le acarició la nariz—, pero no hay nada de lo que preocuparse.

Entrecerró los ojos.

—No me lo creo.

Su obvio desafío lo llevó a enarcar una ceja.

—¿Vas a llevarme la contraria? —se burló.

No varió su postura.

—No sería divertido si digo a todo amén, ¿no?

Tuvo que reprimir una sonrisa.

—Me están entrando ganas de zurrarte.

—Mi culo está fuera de tu jurisdicción —le echó la lengua.

—Y me lo estás poniendo más y más fácil —bajó el tono de voz, acechándola a propósito —. ¿Quieres jugar?

—Nop.

—Entonces no empujes, Dani, no soy alguien que puedas manejar.

Ella terminó por hacer una mueca y levantar las manos.

—De acuerdo. Tuyos son los problemas, tuyo el trabajo de encontrarles solución —se rindió—. ¿Quieres que te suba algo de comer? ¿Una hamburguesa?

—Si me dejas un café encima de la mesa de la oficina, será suficiente, *mascota* —la tranquilizó—. Comeré fuera.

Lo miró durante unos instantes y por fin asintió.

—De acuerdo, jefe, que sea un café entonces.

—¿Podrían ser dos, cosa bonita?

Ambos se giraron para ver a Logan, quién tenía aspecto de cansancio. Su expresión decía sin necesidad de palabras que algo malo había ocurrido.

—¿Has tenido que volver a bajar del árbol el gato de alguna ancianita?

El detective bufó y miró de reojo a la chica.

—Doble y sin azúcar, nena, por favor.

Ella intercambió sendas miradas, pero asintió.

—Os lo llevaré a la oficina.

Agradeciendo a Dani su discreción, acompañó a Logan a su oficina.

—¿Qué ha ocurrido? —Su amigo no traería esa cara si no hubiese ocurrido algo gordo.

El trabajo de Logan era algo que no le deseaba a nadie. Había visto lo que podía hacer en el alma de un hombre fuerte como su compañero, las cosas que veía y que no siempre eran fáciles de olvidar.

—Ha aparecido otra mujer acuchillada —comentó mirándole a los ojos—, y esta, no ha sobrevivido.

—Mierda —siseó. Eso no era algo que hubiese esperado, pero había sido una posibilidad con la que contar. Su mente voló de inmediato a la mujer—. ¿Hay algún peligro para Siobhan?

Se pasó la mano por el pelo.

—Eso es lo que llevo intentando descubrir desde que encontramos el cuerpo esta mañana —sacudió la cabeza como si intentase deshacerse de esas imágenes—. El mismo *modus operandi*, la misma saña… La mujer parece que opuso resistencia. El forense se está encargando de examinar el cuerpo. Si hay suerte, quizá la víctima nos dé la pista que necesitamos para dar con ese hijo de puta.

Las noticias le encogieron el estómago.

—¿Podríamos estar ante un asesino en serie?

Dejó escapar un fuerte resoplido.

—No lo sé —se mesó el pelo—. Esta mujer ha muerto desangrada, las cuchilladas le atravesaron varios órganos vitales, la saña… —sacudió la cabeza—. Es como si estuviese furioso con ella… y Siobhan… a ella solo le asestó dos puñaladas, su agresividad sobre ella se centró en golpearla… Y a pesar de todo… la nueva víctima, su color de pelo, estatura… se parece demasiado a nuestra chica.

Nuestra chica.

La forma en que lo había dicho, en que hablaba de ella, la manera en que apretaba la mandíbula decía mucho más de lo que lo hacían sus palabras. No se trataba solo de un caso más o de sentir simpatía hacia una pobre víctima, a Logan le gustaba la mujer.

—No sabemos si es algo fortuito, si se trata de una casualidad o qué —sacudió la cabeza —. Todo lo que tenemos son… supuestos, pero nada concreto —resopló enfadado—. ¿Una coincidencia? ¿Se trata de un asesino en serie que tiene una fijación con un determinado tipo de mujer? ¿Es algo personal? ¿Es algo aleatorio? —empezó a elucubrar—. El arma ha vuelto a ser encontrada esta vez todavía en el cuerpo de la mujer. No hay huellas, no hay marcas… Es como si quisiese que la encontrásemos, como si quisiera demostrar que ha estado allí y que va un paso por delante de nosotros.

Sus ojos se encontraron y sabía que había algo que no le decía.

—¿Qué? —No quería jugar a las adivinanzas.

—La víctima fue encontrada en el vecindario dónde vive Sio.

Se le encogió el estómago.

—Y no me gusta tío, no me gusta nada —declaró entonces—. Voy a ponerle protección, voy a tener a alguien pegado a ese bonito y apetitoso culo todo el jodido día.

Entendía la inquietud de su amigo, no le sorprendería si él mismo fuese el que se pegase a ese culo. Pero entonces recordó la parca explicación que le había dado Siobhan sobre su pasado.

—¿Qué sabes sobre ella? ¿La has investigado?

Sus ojos se encontraron y el detective no vaciló en responder.

—¿Te habló de su marido?

Asintió.

—Vagamente —recordó—. Entiendo que lo mataron delante de ella.

—Sí —asintió con un suspiro—. Fue sucio, Cam, muy sucio. He accedido a los documentos del caso y, no fue lo que se dice bonito. Su ex la acosó durante todo un año. Hay varias denuncias interpuestas, una orden de alejamiento… Ese cabrón la asedió, la atemorizó y amenazó antes de que consiguiese darle esquinazo. Entonces volvió a cruzarse en su camino, matando a su marido delante de ella para finalmente caer bajo el fuego de la policía. El informe dice que ella estaba allí, lo presenció todo. El marido murió en sus brazos.

Apretó los dientes. Sabía que había más de lo que ella le había contado, pero los detalles no hacían más que ensombrecer todo aquello.

—Ninguna mujer se merece tener que pasar por algo así —masculló cabreado—. Y ahora aparece ese individuo que casi la mata… —siseó—. Voy a coger a ese hijo de puta, tío, así sea lo último que haga, voy a atrapar a ese cabrón.

La vehemencia en sus palabras no hacía más que confirmar lo que ya sospechaba. Logan estaba muy interesado en la mujer.

—No cruces esa línea, socio —le advirtió—. No lo hagas.

Él levantó la mirada y sonrió de soslayo.

—¿Por qué tú ya la has cruzado?

Resopló.

—No pienso cruzar ninguna línea más en lo que me quede de vida —repuso frío. No volvería a cometer el mismo error con una mujer—. Ella no es lo que necesito, no con ese equipaje que lleva a cuestas.

—Sio no es Susan —le recordó con tacto—. No es…

Lo miró fijamente, sabiendo qué iba a decirle, lo que pensaba de su esposa y en lo que había derivado todo.

—¿La hija de puta con la que me casé? ¿La mujer desquiciada de celos a la que terminé matando? —repuso con repugnancia hacia sí mismo. Las manos empezaron a temblarse y se vio obligado a cerrarlas en sendos puños—. Ella no era así… nunca lo fue…

—Sigues excusándola… —resopló Logan—. ¿Cuándo te vas a meter en esa jodida cabeza que no fue culpa tuya? Estaba desquiciada…

—Pude haber hecho algo.

—Oh sí, podías haber dejado que te apuñalara hasta dejarte como un alfiletero y te rematara con un tiro —se cabreó el detective—. ¡Saca la cabeza del culo de una puta vez! Eras tú o ella.

Su amigo se embaló, rabiando por no haber conseguido subir antes las escaleras, evitando lo inevitable.

—Tienes que dejarla ir, Camden —aseguró calmándose un poco—. Expande tus horizontes… Ahí tienes a Sio, ¿crees que no me he dado cuenta de que te ha removido todo? Te ha interesado antes de saber que era alguien a quién conociste de niño, tu amiga de la infancia. Te gusta más de lo que estás dispuesto a admitir y…

—Ha sido acollarada —declaró dejando caer de golpe el puño sobre la mesa—. Es una sumisa…

Logan respiró hondo y suspiró.

—Lo sé —repuso con un ligero encogimiento de hombros—. No se me ha escapado la manera en que reacciona, su lenguaje corporal habla por sí solo. No se trata de un juego o una actuación, lo que es, lo es desde lo más profundo. Hay muy pocas mujeres que sean tan… especiales.

—¿Sabías también que solía frecuentar el *Blackish* con su marido? —Brian, su socio de la

Crossroad y amigo, se había presentado en el restaurante para agradecerle lo que había hecho por Siobhan. El bombero conocía a la chica desde hacía años, había conocido a la pareja pues habían sido socios del club. De hecho, la chica había seguido visitándolo hasta hacía poco menos de un par de meses.

—Curioso que nunca nos hayamos encontrado con ella —comentó el policía.

No tanto, a jugar por lo que había dejado caer el copropietario del local. Ella solía pasarse para jugar, pero su mente nunca parecía estar allí, sino mucho más lejos y eso había hecho que Brian la mantuviese muy vigilada. En cierto modo, creía que el bombero se había erigido en algo así como su guardián tras la muerte de su marido, no una pareja, pero sí un amigo con los derechos que alguien que vive ese estilo de vida puede llegar a permitirse.

—Diría incluso que eso hace las cosas mucho más fáciles —continuó el policía, su mirada fija en él—. Ella me interesa, Cam.

Respiró profundamente. Lo sabía, incluso sin que le dijese nada, lo había sabido desde el principio.

—Y a ti también.

—Te repito que no necesito a nadie con tal equipaje —insistió. No, no lo quería, era lo último que podía permitirse.

—Como si ella fuera la única que arrastrase una mochila llena de mierda —resopló—. No debería decir esto ya que va en contra de mis propios intereses, pero nunca he sido celoso en lo que a ti respecta…

Sus ojos se encontraron y lo ocurrido en el pasado volvió a él con la claridad de haber sucedido ayer. Él había estado ahí en los momentos más difíciles, había sido su roca de una manera que nadie más habría podido serlo, permaneció a su lado a pesar de todo lo que hizo…

—Logan…

—A ella le interesas y me jugaría el cuello al decir que más de lo que piensas —le soltó a bocajarro—. Solo hay que mirarla a la cara cuando se pronuncia tu nombre. No es una persona muy sutil a la hora de preguntar, su rostro la delata a menudo. El evitarla no es la respuesta, lo sabes, ¿no?

—Según veo has suplido mi falta de empatía y visitas sociales.

Mierda, ¿de dónde salían esos celos?

—No seas cabrón —puso los ojos en blanco—. No es la primera vez que compartimos una mujer… y ella no es precisamente novata en este estilo de vida.

Sacudió la cabeza y señaló lo obvio.

—Te estás olvidando de que hay un hijo de puta ahí fuera que, con toda probabilidad, como no pudo rematarla la primera vez quiera volver a intentarlo.

Sus rasgos se endurecieron.

—Y no lo conseguirá —declaró con fría intención.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Apostarte en la puerta de su casa para evitarlo?

Su gesto empezó a relajarse y una perezosa sonrisa le curvó los labios.

—No, voy a apostarla a ella en la puerta de la nuestra —declaró tan tranquilo—. De hecho, mi intención es empujarla hasta la habitación y, a partir de ahí… ya veremos que se me ocurre.

—Estás enfermo —le soltó, pero no pudo añadir más porque llamaron a la puerta.

—Jefe Camden, el café —escuchó la voz de la secretaria.

—Pasa, Dani.

Ella entró en el pequeño recinto, dejó la bandeja con café y unas galletas sobre la mesa y

lo miró.

—El capullo de Brian acaba de llamar —le informó. De sobra era conocida la peculiar relación que tenían esos dos desde el minuto uno de conocerse. El Dom la había empujado solo para encontrarse con el café en los pantalones. A partir de ese momento, había una continua guerra entre ambos, una que los llevaba a superarse el uno al otro y a cuidarse también las espaldas. Nadie en su sano juicio se metería con el bombero estando la secretaria de la compañía delante, no si quería sobrevivir—. Me ha pedido que te diga que te pases por su casa a la hora de la comida, que tiene algo para ti.

Enarcó una ceja ante el mensaje que le transmitían.

—Le comenté que estabas aquí, Logan —añadió mirando al policía—, y le hizo tanta ilusión como un día de circo. Que vayas con Camden. Os espera a ambos.

Ahora fue su amigo el que enarcó una ceja.

—¿Qué se le habrá pasado por la cabeza? —preguntó Logan curioso.

Camden entrecerró los ojos.

—No lo sé, pero viniendo de Brian, estoy seguro de que no me gustará ni un pelo.

Negando con la cabeza, agradeció a la secretaria el café y esperó a que ella dejase la oficina para continuar dónde lo habían dejado y concluir esa conversación.

—En cuanto a tu brillante idea… no la quiero en casa —lo avisó—. Te lo dije, no volveré a dejar que ninguna mujer traspase de nuevo ese umbral.

Su amigo se frotó la barbuda barbilla.

—La última vez que lo comprobé, yo también vivía ahí, socio —le soltó con ironía—, eso la convierte también en mi hogar.

En realidad, se trataba de dos viviendas unidas en una sola casa, dos plantas completamente separadas que compartían la cocina. Dados sus respectivos trabajos y el poco tiempo que pasaban en el hogar, había sido un arreglo que les había convenido a ambos… al menos al principio. Lo ocurrido a raíz de lo de Susan debería haberlo cambiado todo, pero no lo hizo. Ágata tenía razón cuando le dijo que había muchos tipos de amor y no todos ellos tenían por qué ser dañinos. Logan no lo culpó, no le pegó la patada que se merecía, ni siquiera lo abandonó cuando volvió a cometer el mismo pecado tras la muerte de su pequeño ángel. El hijo de puta había insistido en quedarse.

«No puedes flagelarte tú mismo, gilipollas, así que seré yo el único que empuñe el látigo cuando sea necesario».

El problema era que Camden no estaba seguro de quién había flagelado a quién en ese momento.

—No va a funcionar, socio —negó mirándole a los ojos—. Vas a terminar por herirnos a ambos y no sé si podré soportar de nuevo enfrentarme a esa mierda.

Posó la mano sobre su hombro y se lo apretó.

—Primero, mantengámosla a salvo —declaró él—, si después se desata el infierno… bueno, siempre me han gustado las llamas.

Sacudió la cabeza, miró el café y le dio un largo sorbo antes de dejar la taza e inclinarse sobre la mesa para coger el teléfono.

—¿Vas a llamarle? —su tono de voz sonaba entre burlón y satisfecho.

—No pienso pegarme una carrera hasta la otra punta de la ciudad sin un buen motivo para hacerlo —declaró y marcó el número del bombero—. Bien, ¿cuál es la urgencia para que necesites un chef y un policía de homicidios en la puerta de tu casa?

La respuesta fue una sonora carcajada.

CAPÍTULO 8

Siobhan bajó para encontrarse a tres hombres charlando en voz baja a un lado del salón. La forma en que se miraban, la tensión en su cuerpo y la presencia también de Logan hizo que se olvidase de la encerrona y bajase para reunirse con ellos.

Camden fue el primero en escucharla, se giró y sus ojos se encontraron. La serenidad en ellos se repetía en los otros dos hombres, una demasiado forzada para ser real, así que no era necesario sumar dos y dos para saber que algo no iba bien.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó nada más traspasó el umbral de la puerta—. ¿Ha aparecido? ¿Le habéis encontrado?

Su mirada fue de Camden a Logan y viceversa. El detective, quién seguía con las gafas puestas —empezaba a pensar que tenía un problema de visión más que tratarse de algo estético —, se las quitó y las guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de fijar la seria mirada en ella.

—Tenemos que hablar.

Sus palabras le provocaron un escalofrío, las piernas dejaron de obedecerle y se detuvo a medio camino.

—Sio, ven a sentarte —la instó ahora Brian, cuyo semblante estaba igual de serio que el de sus compañeros.

Le costó tragar el nudo que se le formó en la garganta.

—¿Qué ocurre?

Su amigo y protector se limitó a indicarle con un gesto el lugar en el que la quería, metiéndola de lleno en el protocolo que su cuerpo reconocería incluso sin palabras. Se movió a duras penas, el malestar elevándose en su interior al tiempo que sus nervios empezaban a dispararse.

—No… no le habéis encontrado, ¿verdad?

Logan se adelantó y la acompañó hasta el sofá, obligándola a sentarse para luego hacer lo mismo él sobre la robusta mesa de café mientras los otros dos hombres lo flanqueaban a ambos lados. No pudo evitar mirar de uno al otro para luego volver a él.

—Ha aparecido una nueva víctima.

El corazón le dio un vuelco y habría saltado del sofá de no haber tenido sus manos sobre los muslos y las piernas encerrando las suyas. Sus ojos estaban fijos en los de ella, escaneaba su cara como si quisiera buscar alguna reacción en concreto; un gesto bastante extendido entre dominantes.

—¿Cómo que ha aparecido una nueva víctima? —le temblaba la voz, pero no podía evitarlo—. ¿Quién? ¿Por qué?

—Ha aparecido una nueva mujer con los mismos signos de agresión —declaró con tono pausado—. La apuñalaron… varias veces.

Su respuesta la impactó, jadeó y se llevó las manos a la boca al tiempo que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Pero… no… no puede ser… —se resistía a creerlo—. Ella… ella está…

La mano de Camden cayó sobre su hombro al mismo tiempo que la mirada de Brian se oscurecía y el policía respondía con voz lineal.

—No sobrevivió a sus heridas —declaró con frialdad—. Se ha… —negó con la cabeza—, su… estado era mucho más grave que el tuyo.

La apuñalaron varias veces… Sus palabras resonaron en su mente.

—No… —se negó a aceptarlo, se negó a pensar en la posibilidad de que había alguien ahí fuera que había matado a alguien más mientras ella seguía viva—. Dios mío…

—Díselo.

La palabra surgió de boca de Camden, quién no la había soltado todavía.

Vio como los hombres intercambiaban una mirada, como los ojos del policía se ensombrecían.

—Necesita saberlo, saberlo todo —añadió Brian sin mirarla.

—¿Qué? —miró de uno a otro con nerviosismo, las manos se le crisparon y terminaron cerrándose sobre la camisa de Logan—. ¿Qué? Maldita sea, ¿qué pasa?

El hombre la miró a los ojos y habló sin más.

—La… chica… fue encontrada a dos calles de tu domicilio.

El mundo se le cayó encima.

—No sabemos si se trata de una coincidencia o algo más, pero hasta que estemos seguros no vas a volver a casa.

No estaba escuchando, su mente seguía en la anterior frase, en el hecho de que ese loco estaba ahí fuera, que lo había estado todo ese tiempo. No sabía quién era, la había atacado sin más, pero no tenía ni una sola pista de quién se escondía debajo de esa capucha. Podía ser cualquiera, podía volver y…

Se desembarazó de manos y piernas, se revolvió hasta saltar del sofá y terminar en los brazos de alguien más quién le impedía marcharse. Quería irse, quería huir, tenía que ocultarse, tenía…

—Oh dios, oh dios, oh dios…

—¡Siobhan! —La brusquedad con la que pronunciaron su nombre, las fuertes manos cerradas alrededor de la parte superior de sus brazos y el tono de orden en la voz la congeló al momento. Levantó la mirada y se encontró con los ojos verdes de Camden—. Basta.

Tembló. No pudo evitarlo, apenas sí podía controlar sus propias piernas o el apresurado latido del corazón.

—Va a matarme —musitó y las lágrimas se escurrieron por sus mejillas—. Va a matarme, va a terminar con lo que empezó. Lo sé. Dios mío…

—Nadie va a tocarte un solo pelo, nena. —Esa era la voz de Logan—. Voy a coger a ese hijo de puta antes de que haga un solo movimiento más.

Giró el rostro para ver el del policía.

—No te tocará —insistió y de una forma extraña, le creía.

—No puedes volver a casa —añadió Brian poniendo algo de sentido común a todo aquel despliegue—. Ahora ya no se trata solo de tu salud…

Abrió la boca para decir algo, pero no sabía que podía argumentar.

—Ni lo intentes —la atajó Camden al mismo tiempo, sus manos deslizándose ahora por sus brazos, envolviéndola con su presencia y esa invisible fuerza que vestía como una segunda piel—. Mientras ese hijo de puta esté ahí fuera, no volverás a ese lugar.

Lo miró con abierta angustia.

—¿Y a dónde esperas que vaya? —se giró y señaló a Brian—. No puedo exponerte a esto, no puedo dejar que…

Su amigo frunció el ceño.

—¿Tenemos que volver al punto de partida, Sio?

—Pero…

—Te vienes a casa conmigo —declaró Logan sin dejarle opción a réplica—. Mientras ese cabrón esté ahí fuera, no te quiero fuera de mi vista.

Sacudió la cabeza, no sabía qué hacer, se sentía atrapada.

—No… no puedo…

—Está ahí fuera, no sabemos quién es —la sacudió Camden, sorprendiéndola—. ¿Quieres darle otra oportunidad para terminar lo que empezó?

Su rostro reflejaba una increíble rabia contenida, pero no iba dirigida a ella.

—N-no.

Asintió con sequedad.

—Y esa es la respuesta correcta —aceptó satisfecho—. Te vienes a casa… así Logan podrá hacer su trabajo.

Miró de uno a otro, Brian se había cruzado de brazos y se limitó a asentir cuando lo miró.

—Estarás bien con ellos.

¿Con ellos? Los miró a uno y al otro y sintió que el mundo empezaba a moverse bajo sus pies.

—Preferiría no tener que exponerte de nuevo o hacerle saber a ese cabrón dónde estás —comentó Logan y tras mirarla a ella miró a Brian quién la pilló al vuelo.

—Yo me ocupo —declaró su amigo y la miró—. No te olvides de lo que te dije, te quiero el viernes de la semana que viene en el club.

Lo miró con incredulidad, todo parecía una auténtica locura desde su punto de vista.

—¿Quieres que vaya cuando hay un hijo de puta psicópata ahí fuera que me quiere cortar en pedacitos? —protestó a voz en grito—. ¡Te has vuelto loco!

Enarcó una ceja y se inclinó sobre ella.

—¿Esa es la manera en que debes dirigirte a mí?

Se quedó sin respiración.

—Brian…

Sus facciones se endurecieron y ya no era su amigo el que la estaba mirando, era el dom.

—Inténtalo de nuevo, mascota.

Tragó.

—Eres un cabrón hijo de puta, *señor* —escupió la última palabra, pero para su sorpresa él sonrió.

—Y esa es mi chica —aseguró incorporándose, entonces se volvió hacia los dos hombres, quienes parecían también sorprendidos—. Camden, ella es tuya.

—¿Perdón? —replicó el chef.

—Y tuya también, Logan.

El detective sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Esta es sin duda una manera impresionante de romper con la tensión —soltó él y la miró —. Dale las llaves de tu casa al Amo Fire, dulzura. A partir de este momento estás bajo nuestra supervisión.

Su mirada voló de nuevo de uno a otro, miró a Camden, quién seguía en silencio y después a Brian.

—No.

Con esa firme respuesta, dio media vuelta e hizo lo que no había hecho desde hacía mucho tiempo, huyó.

CAPÍTULO 9

Camden llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta. No tenía tiempo ni ganas para sutilezas, menos aun cuando ahí fuera había un chalado haciendo presa de mujeres inocentes.

No podía culpar a Siobhan por su reacción, su vida se estaba haciendo pedazos y no de una buena manera. Empujó y entró en el dormitorio de invitados. Lo que lo sorprendió fue encontrarla sentada en el suelo, en medio de la habitación, tan serena y entera que todos sus instintos le dijeron al momento que algo iba mal.

Todo era una fachada. Sus hombros estaban tensos, la forma en que se inclinaba hacia un lado hablaba de dolor en su abdomen, sus manos apoyadas sobre los muslos cerradas en rígidos puños, no era una postura de sumisión, no se trataba de protocolos establecidos, solo era una mujer herida, perdida, intentando encontrar su lugar.

—Levántate, por favor.

Dejó que el instinto le guiase, necesitaba hacerla reaccionar, quería empujarla hasta dónde pudiese sin quebrarla. Notó como temblaba acusando su orden y luchando al mismo tiempo contra la natural compulsión que la llevaba a obedecer.

—Vete —siseó entre dientes. Sí, estaba enfadada, estaba desesperada y no sabía qué hacer.

Se detuvo delante de ella, no la tocó, no le habló, se limitó a esperar. Temblaba, su cuerpo se estremecía y tenía problemas para mantener esa postura.

—Siobhan —pronunció su nombre a modo de advertencia—. Te estás haciendo daño a ti misma y eso no es aceptable.

La sintió temblar una vez más, pero esta vez abandonó esa terca posición.

—Márchate —insistió—. No es necesario que estés aquí.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿Me estás dando órdenes, pequeña *sumisa*?

La forma en que se sobresaltó, el modo en que apretó las manos delató su respuesta.

—No.

Esperó. Sabía que esa no era la manera correcta de dirigirse a él en esos momentos y debía rectificar por sí misma.

—No, señor —murmuró entonces, dejándole claro que reconocía la autoridad impresa en sus palabras.

Dios. No debía estar aquí, debería de haber mandado a Logan, pero el muy cabrón se había negado en redondo diciéndole que él necesitaba reconciliarse consigo mismo y enfrentarse a la mujer de la que estaba huyendo.

—Prefiero que me miren cuando hablo —le dijo levantándole la barbilla—. Tus ojos los quiero sobre mí.

Se encontró con su mirada y vio el dolor en las verdes profundidades, la vergüenza y la indecisión.

—No tienes la culpa de lo que ha pasado.

—Ha matado a alguien más —protestó en voz baja, dolida, nerviosa y asustada—. ¿Y si es por mí? ¿Y si me busca a mí por algún motivo que desconozco?

Su angustia era palpable y se estaba culpabilizando por algo que no podía prever.

—Levántate —pidió de nuevo con sequedad—. No lo repetiré.

Hizo una mueca, se estremeció, pero por fin obedeció.

—Tus ojos en mí, Siobhan.

Levantó la mirada lentamente.

—Logan quiere que vengas a casa —le recordó lo hablado abajo—, y he aceptado sus condiciones. Pero quiero que tú oigas las mías.

Era la única manera en la que se permitiría a sí mismo aceptarla a su alrededor, en su hogar y en su vida.

Ella parpadeó, sus ojos reflejaban la incertidumbre.

—Puedo quedarme con… Bri...

La calló con solo una mirada.

—Cuando yo hablo, tú escuchas y no interrumpes —la aleccionó—. ¿Lo has entendido?

La vio tragar, sus ojos acusando el impacto de sus palabras un segundo antes de que sus labios se moviesen.

—Sí, señor.

Asintió y esperó unos segundos, dándole tiempo para recuperarse.

—Brian nos ha puesto en antecedentes —le informó, su mirada fija en la de ella—. Te ha castigado y, como parte de tu castigo, quiere que estés bajo nuestra custodia en el club el viernes de la semana que viene.

Le dio otro momento para que las palabras se filtrasen en ella.

—Dados los últimos acontecimientos, Logan ha creído conveniente que lo mejor para ti y tu seguridad es que te vengas a casa con nosotros —continuó—, por lo que creo que es justo y necesario que estés al tanto de ciertas… normas.

Levantó la cara para encontrarse con la suya.

—Logan y yo compartimos una vivienda de dos plantas. La cocina es área común y está situada en la primera, la cual le pertenece —le explicó—. La segunda planta es la mía.

Dejó ir un poco la severidad en su voz, no se trataba de asustarla o incomodarla.

—Ocuparás una habitación en la primera planta, estarás bajo la supervisión de Logan —continuó sin vacilar, dejando claro lo que deseaba—. Ninguno de los dos te exigirá una sumisión total, ni tampoco el que estés pendiente de nosotros las veinticuatro horas, pero como sumisa, exigimos respeto por tu parte. Puedes disponer de la casa y lo que necesites, pero no debes olvidar que, desde este mismo instante, respondes ante él… y ante mí.

La vio tragar.

—Él hablará contigo y te hará saber con exactitud qué es lo que desea o cómo debes proceder en su caso —le informó—. Por mi parte, no suelo pasar mucho tiempo en casa, solo estoy por las noches y en ocasiones, paso alguna mañana.

Su mirada decía mucho más que las palabras.

—¿Por eso no te has pasado a… comer, señor?

Había cierto reproche en sus ojos, pero se lo guardó para ella.

—No te he visitado por falta de tiempo y, no te voy a mentir, porque no estoy interesado en… adoptar… a una nueva sumisa —respondió con sinceridad—. Este arreglo ha salido exclusivamente de la cabeza de mi compañero de casa y, dado que fui yo el que te encontró en la parte trasera del restaurante, me inclino a aceptar cierto grado de responsabilidad.

Sus ojos acusaron el golpe.

—No te equivoques, me resultas una mujer atractiva y deseable —puntualizó—. Estoy dispuesto a hacer alguna escena contigo en el club, puesto que estás a mi cargo, pero no busco

nada permanente.

—Nadie te puede acusar de falta de sinceridad… señor —replicó con un resoplido, cosa que lo llevó a medio sonreír.

La pequeña sumisa podía sacar las uñas de vez en cuando si así lo decidía.

—Todo lo que querré de ti es sexo, si eso es un problema para ti, dímelo ahora y así nos evitaremos malos entendidos en el futuro.

La deseaba, era un hecho irrefutable que no podía negar por mucho que quisiera hacerlo. Si estaba bajo su mismo techo era algo que sabía pasaría antes o después. Mejor establecer ahora las normas y dejar las cosas claras.

Ella lo recorrió con la mirada, un gesto bastante intenso para una pequeña sumisa.

—Yo tampoco estoy buscando algo permanente —murmuró mirándole a los ojos—, así que, si se da el caso, supongo que estaremos en el mismo barco.

—Se dará, pequeña, créeme cuando te digo que se dará —aseguró con abierta mirada sexual—. En cuanto a las normas en casa. Me llamarás «señor» cuando estemos en una dinámica «d/s» y solo entonces, para todo lo demás, llámame Cam.

Asintió.

—En voz alta, Siobhan.

—Sí, señor.

Asintió en aprobación.

—No quiero una empleada del hogar, ni una esclava, así que no quiero que te pongas a hacer las tareas de la casa, eso nos compete a Logan y a mí —le aclaró—. Además, hemos contratado un servicio de limpieza que viene una vez por semana para que no nos coma la suciedad.

—No me importa ayudar…

La miró de arriba abajo y no pudo evitar que su sexo diese un apreciativo tirón.

—Te dejaré que me ayudes con la ducha —le soltó viéndola parpadear.

—¿Con la ducha?

Reprimió una sonrisa.

—Te ducharás conmigo todas las mañanas, es el único requisito que te impondré. Lo demás… bueno, si quiero jugar contigo, lo sabrás.

Se lamió los labios y vio cómo sus ojos destellaban.

—Eres un auténtico capullo… señor.

Sonrió y le acarició los labios con el pulgar.

—Y una última cosa —la miró a los ojos—. No soy adivino, así que, por favor, si necesitas algo, si te hago algo que no te gusta o tienes problemas con ello, espero que me lo digas. De hecho, es algo que extenderé también a Logan.

—Lo tendré en cuenta.

Le sujetó la barbilla con un poco más de fuerza, haciéndola consciente de que la tenía a su merced, de que él era quién daba las órdenes.

—El poli no habla por hablar, Siobhan —acarició su nombre—. Va a coger a ese hijo de puta y pagará por lo que te hizo a ti y a esa pobre desgraciada. Lo que ha pasado no ha sido culpa tuya, tú no eres más que una víctima.

Vio ese destello pasar por sus ojos.

—¿Y si sí lo es? ¿Y si, de algún modo, es culpa mía?

—Una mala decisión una vez no te condiciona a seguir equivocándote siempre —le aseguró—. Hay cosas que escapaban a nuestras manos y no se puede hacer nada, pero eso no

significa que sea culpa nuestra.

Asintió entendiendo lo que le quería decir. Satisfecho, bajó la mirada sobre su cuerpo y vio como protegía con un brazo el costado.

—¿Te duele?

Ella bajó la mirada y retiró el brazo.

—No es…

—Siobhan, la verdad —le levantó de nuevo la barbilla—. No me gustan las mentiras, no las tolero. La verdad, siempre la verdad.

La vio tragar.

—Me duele un poco la zona —musitó con una mueca—, pero se me pasará pronto.

Sacudió la cabeza.

—El Amo Fire ya me ha leído la cartilla sobre eso, *señor*.

La miró y le sostuvo la mirada.

—Lo sé —aceptó—. ¿Te sientes con fuerzas para bajar a comer?

La vio respirar profundamente.

—No me queda otra opción, ¿no?

—Siempre hay opciones, *sumisa* —aseguró haciendo hincapié en lo que representaba ella para él—. Aquí tienes dos: *Risotto* de setas o Pavo trufado. ¿Qué prefieres?

Parpadeaba como un búho, como si no pudiese asimilar lo que acababa de decirle.

—Es el menú de hoy, pequeña, elige —se cruzó de brazos.

—*Risotto.*

—Buena chica —la premió—. ¿Vamos?

La vio dar un vacilante paso, entonces se detuvo, estaba temblando como una hoja.

—¿Siobhan?

Se lamió los labios y levantó la mirada.

—¿Puedo pedirte algo, señor?

Su educada petición y el reconocerlo como dominante le dijo que había conseguido una pequeña victoria.

—Pídemelo.

Sus mejillas se colorearon.

—¿Podrías… abrazarme unos minutos?

Y eran cosas como esa, dichas con esa voz y calidez, lo que hacían peligrosa a esa mujer.

—Ven aquí.

La abrazó, notando su pequeño cuerpo tembloroso contra el suyo, su necesidad de calor y contacto.

—Va a ser un infierno vivir contigo —masculló después de unos minutos, aflojó su agarre y buscó su rostro—. Eres demasiado apetecible como para decirte que no a algo.

—Intentaré que no tengas que decírmelo.

Sonrió, no pudo evitarlo, parecía tan sincera.

—No me conoces tan bien como para poder hacer esa promesa, Siobhan —le aseguró—. Así que abstengámonos de decir cosas que no podamos mantener, ¿te parece?

No le dejó contestar, esos suaves y apetecibles labios llevaban llamándole desde entró en esa habitación y decidió sucumbir a la tentación.

CAPÍTULO 10

Siobhan se apoyó en la superficie de mármol de la nueva cocina y miró a los dos propietarios de la casa, los mismos con los que iba a convivir los próximos días. Cada uno en su estilo eran dos auténticos sacos de testosterona. ¿Cómo demonios iba a sobrevivir a ellos?

Logan la había introducido en su coche sin darle tiempo a protestar siquiera, Brian había intentado contener la risa mientras el chef ponía los ojos en blanco e intercambiaba algunas palabras con el dom. En un abrir y cerrar de ojos su vida había vuelto a dar un nuevo giro y era incapaz de encontrar la palanca de freno. El viaje en coche era como un borrón en su mente, apenas podía recordar algunos comentarios y el haber traspasado la puerta principal de la vivienda de dos plantas en la que iba a pernoctar durante algún tiempo. El detective había ejercido de anfitrión y le había enseñado la distribución de ambas plantas había hecho hincapié en la primera; ese era su territorio. Camden había optado sin embargo por quedarse en la habitación común, sin duda prefería mantenerse al margen de todo ese loco despliegue.

—…y aquí está la cocina —finalizó el tour—. La nevera suele estar llena. Cam tiene debilidad por los *tappers* cuando no está en casa. Este es su dominio no registrado.

—Si espero que cocines tú, nos morimos de hambre.

Sonrió ante el distendido intercambio. Él estaba mucho más relajado ahora, podía no decir mucho en voz alta, pero tampoco era necesario con esas intensas miradas que le dedicaba y que parecían decirlo todo.

—Tienes un cepillo de dientes nuevo y pasta en el cuarto de baño —continuó apoyándose en la encimera—. Si necesitas algo en particular, lo anotas en la pizarra que está en la nevera y lo compramos.

—Brian te traerá una bolsa con tus cosas a lo largo de la tarde —añadió el chef y miró el reloj—. Yo tengo que volver a la compañía. Logan ha pedido la tarde libre así que lo tendrás pululando por aquí. Si tienes preguntas él estará encantado de contestarlas.

Dicho eso, palmeó la superficie de granito, se despidió con un gesto y salió de la cocina dejándolos solos.

—La sutileza nunca ha sido lo suyo —comentó el aludido al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Ve a despedirte correctamente de él, Sio, al menos que uno de los dos sí sea educado. Después, ven al salón, tú y yo tenemos que hablar de algunas cosas.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Más charlas?

Sonrió de soslayo.

—Nena, ni siquiera hemos empezado —indicó la puerta con un gesto de la barbilla—. Ve.

Resopló, pero optó por obedecer.

—Sí, señor.

Orientarse era bastante fácil, la planta principal estaba diseñada en un concepto abierto que daba luminosidad y amplitud. Cruzó el salón y salió al recibidor para ver a Camden poniéndose la chaqueta.

—Camden… —Cuando el nombre abandonó sus labios se quedó quieta—, er… *señor*.

—Está bien, Siobhan. —La tranquilizó como si le hubiese leído la mente, se estaba

poniendo el abrigo y cogiendo la bufanda—. Ahora no estamos en modo amo-sumisa, habla sin tapujos… pero sé respetuosa.

O atente a las consecuencias. Las palabras habían quedado colgadas entre ellos diciéndolo todo. Con su antiguo señor las cosas habían sido más sencillas, para él solo había sido Siobhan en público o cuando estaban con gente y amigos que no pertenecían al círculo BDSM, en su vida d/s él la había bautizado con un nombre especial, uno de sumisa solo para ella. Ese nombre la hacía quién era, había englobado todo lo que era junto a él, pero no quería volver a escucharlo en boca de nadie más.

Levantó la mirada, acortó con un par de pasos la distancia que los separaba y cruzó las manos por delante.

—Logan ha sugerido que uno de los dos fuese educado —utilizó las palabras del policía —, y parece que me toca serlo a mí… Así que te sea leve lo que te queda de jornada.

Su réplica no lo cogió por sorpresa, de hecho, ni siquiera reaccionó, se la quedó mirando en silencio, entonces sacudió la cabeza.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Ladeó la cabeza, correspondiendo a su mirada.

—¿Tengo que hacerlo? —Diablos. *Hablando de sumisas deseando inmolarse a sí mismas*, pensó con cierta ironía. Le costaba ver en él algo más que el chef del *Temptations*, el hombre en el que se había convertido su amigo de la infancia y, al mismo tiempo, esa pose dominante, sus gestos, su lenguaje corporal, todo ello hacía que quisiese arrodillarse ante él, asumir la postura correcta y servirle.

Sí, estaba empezando a perder la cabeza por completo.

—Por ahora pues venir aquí —señaló con un dedo el espacio a sus pies—, y despedirte correctamente.

Sintió un pequeño escalofrío de placer, dio un par de pasos adelante y se detuvo tan cerca que podía oler incluso su colonia.

—Esta —hundió los dedos en su pelo, aferrándole la nuca y tirando de su cabeza hacia abajo—, es la forma correcta de despedirte de tu señor.

La besó sin más, no pidió permiso, hizo suya su boca y le permitió probar su propio sabor durante unos breves instantes antes de separarse.

—Pórtate bien, pequeña.

Se lamió los labios, todavía temblorosa.

—Lo intentaré.

Sacudió la cabeza ante su respuesta, le dio la espalda y salió por la puerta dejándola temblorosa y, mierda, sí, excitada. Era tan extraño dirigirse a él de esa manera, pero la forma en que la miraba, esa dominación innata que ejercía con tan solo estar en una habitación hacía que se le aflojasen las piernas. Era algo que había visto en él desde la distancia, pero ahora era incluso más acuciante.

¿Habría sido eso lo que la había llevado a intentar verle la primera vez? ¿Ese era el motivo de que se pasase por el restaurante? Había querido pensar que su motivación se debía a la necesidad de reconectar con su pasado, con un momento de su vida en el que todo había sido… correcto, pero ahora… ahora era como volver al punto de inicio, aquel del que había querido escapar.

Sacudió la cabeza y volvió al salón para encontrarse a Logan repantingado en el sofá. La recorrió con la mirada, un examen exhaustivo que no le pasó por alto y vio cómo sus labios empezaban a curvarse.

—Ven —señaló el suelo alfombrado a sus pies—. Si te duele, puedes sentarte de lado.

Siguió con la mirada sus indicaciones, suspiró y caminó hacia él para adoptar una posición que le permitiese seguir sus instrucciones sin lastimarse.

Estaba nerviosa, no podía evitarlo, no se trataba solo de las noticias de ese nuevo asesino, sino su propia situación. Esa misma mañana se había levantado pensando en qué haría con su vida, en lo solitario y vacío que se sentía de repente su hogar y ahora, ahí estaba, instalada en la casa de dos de los hombres más sexys e inquietantes que había conocido.

—Relájate, Sio, no muerdo —sonrió mirándola—, de ninguna forma que no sea placentera, al menos.

Sus palabras le provocaron un escalofrío. Había algo en él que lo hacía más accesible que Camden, más… cercano, pero no por ello le restaba peligrosidad.

—Estás inquieta e incómoda —continuó examinándola—. Imagino que estás pensando en qué demonios has acabado metida.

Se lamió los labios, pero no se molestó en desmentir sus palabras.

—Esta mañana intentaba pensar qué hacer con mi vida y ahora, apenas puedo concentrarme en lo que haré dentro de cinco minutos —aceptó con sencillez—. Ha sido un… cambio brusco, por decirlo de alguna manera.

—No quiero romper tu rutina. Ni Camden ni yo queremos que dejes de ser quién eres, de hacer lo que deseas, pero con ese tipo ahí fuera no quiero que salgas más herida de lo que ya lo estás.

—¿Crees que volverá a…?

La miró y su gesto se endureció provocándole un escalofrío.

—No voy a dejar que siga ahí fuera por más tiempo, le cogeremos, Siobhan.

Tragó, asintió y estiró la mano hasta posarla en su rodilla.

—Gracias por ayudarme.

Se inclinó hacia ella.

—Eres una cosita dulce, ¿eh?

Se sonrojó, no podía evitarlo. Ese hombre pasaba de la seriedad a la seducción en un abrir y cerrar de ojos.

—Deduzco que Camden ya ha puesto sus cartas sobre la mesa y te ha dicho lo que espera de ti.

Asintió con una mueca.

—Algo así.

Sonrió ante su respuesta.

—Le gustas mucho más de lo que está dispuesto a admitir, pero tiene su propia forma de ver las cosas —la sorprendió con su franqueza—. Requiere un poco de paciencia entenderle, pero es un buen hombre.

Lo miró.

—Eso nunca lo he puesto en duda —aceptó—, aunque confieso que no es para nada lo que yo me había imaginado o lo que habría esperado al encontrarme de nuevo con él. Pero claro, yo recordaba al niño, nunca pensé en el hombre en el que se podía haber convertido.

—¿Y estás decepcionada con ello?

Negó con la cabeza.

—Decepcionada no, quizá un poco sorprendida —aceptó con un suspiro—. Tiene unas… normas… bastante claras.

Se rio entre dientes.

—Intuyo que ya te ha dado su extenso dossier...

Enarcó una ceja.

—En realidad se ha limitado a decirme que quiere una ayuda de cámara en el baño por las mañanas —replicó con palpable ironía.

Se echó a reír a carcajadas.

—Típico de Cam, siempre buscando el momento más divertido del día.

Sacudió la cabeza y le miró.

—Deduzco que tú también tendrás las tuyas —comentó tranquila. Él le inspiraba ese tipo de confianza y seguridad, no hacía que se sintiese fuera de balanza como lo hacía Camden—. Señor.

Los labios masculinos se estiraron en una divertida sonrisa.

—Procura decirlo sin que parezca que quieres escupirme a la cara, *sumisa* —le dijo mirándola con una intensidad que la puso inmediatamente alerta—. Aceptaré señor o Maestro Logan, nada de Amo, por favor, la esclavitud no es algo que me atraiga. Esperaré educación y cortesía de tu parte como también que te conduzcas con propiedad. ¿Puedo suponer que entiendes de alto protocolo?

Tragó, la manera en que la miraba y ese noto firme en su voz le provocó un escalofrío.

—Conozco los altos protocolos, pero nunca… no… no eran algo que… encajase conmigo.

Había acompañado a Nathan una vez a casa de unos amigos suyos dónde la sumisa era también esclava y su Dom tenía instaurado un alto protocolo. Verla arrodillada a los pies de su amo, completamente desnuda, con un collar alrededor del cuello del que salía una pequeña correa que descansaba en la mano de su dominante la había hecho sentirse inquieta. Ángela, que así se llamaba la chica, le había comentado que para ella era una liberación no tener que pensar en qué debía ponerse, cómo debía actuar o cómo llamar la atención de su amo, que disfrutaba haciendo las tareas que él le encargaba en el hogar, ya que fuera de esas paredes tenía suficiente con lo que lidiar; la mujer había resultado ser la CEO de una importante compañía.

Después de esa visita su marido le había preguntado qué opinaba sobre lo que había visto y se había reído al ver su rostro.

«Tú nunca encajarías en ese tipo de sumisión, amor. Disfrutas obedeciéndome en el dormitorio, jugando, pero antes me cortarías los huevos que andar todo el día desnuda por casa».

Cuando estaban en su hogar, sabía cómo conducirse, cómo proceder y en qué momento debía responder a su amo. Le había gustado sentarse en el suelo a su lado, disfrutar de sus atenciones e incluso comer de su mano cuando jugaban, pero le gustaba demasiado sentarse en una silla y utilizar los cubiertos como para renunciar a ello.

—Háblame, Sio —su voz la arrancó de sus pensamientos y del pasado—. ¿En qué estabas pensando? Te ha mudado el rostro.

Se lamió los labios y dijo la verdad.

—Pensaba en mi… marido —murmuró en voz baja. Sabía que él ya no estaba, era dolorosamente consciente de ello como de la necesidad de seguir adelante—, y en el tipo de protocolo que teníamos.

Asintió complacido con sus palabras.

—Háblame de ello, por favor.

Tomó una profunda respiración.

—Son lo que consideraríamos… ¿protocolos estándar? —respondió intentando explicarse —. Cuando estábamos solos, podía tutearle, aunque debía llamarle señor, sin embargo, delante

de otras personas de nuestro círculo u otros amos, siempre debía tratarle de usted. No hablar con nadie sin su permiso, no mirarle a los ojos a menos que me diese permiso o me indicase lo contrario.

Hizo una pausa recordando sus palabras, sus acciones en cada una de esas directrices.

—Está bien, Sio, puedes hacerlo.

Levantó la mirada y se encontró con esos tranquilizadores ojos azules. Se llevó la mano al cuello y cerró los dedos ante la piel vacía.

—Él… me reclamó —musitó—, un año después de casarnos, en una íntima ceremonia de iniciación en la que el Amo Fire y otro amo fueron testigos, me reclamó como suya y me puso su collar.

Una solitaria lágrima discurrió por su mejilla y la limpió al momento.

—Lo siento, señor… yo…

—Está bien, dulzura, sigue.

Se lamió los labios y buscó la fuerza necesaria para ir más allá.

—Él prefería… que no… llevase ropa interior —musitó sintiéndose un poco avergonzada de compartir aquello con él—. A menos que me indicase lo contrario.

—Algo que sin duda comparto.

Sus palabras la anclaban al presente, manteniéndola en suspenso.

—Obediencia, respetar sus decisiones, acatar sus deseos y órdenes en una escena o en el dormitorio —se encogió de hombros—. Él era… un buen hombre, un buen marido… y un gentil amo.

Se le quebró la voz y necesitó de unos momentos para reponerse, espacio que le concedió. Solo cuando sintió sus dedos sobre su hombro levantó la mirada.

—Debo suponer que también te dio entonces un nombre.

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos.

—Sí —su respuesta fue seca, preñada de dolor—. Uno que era solo suyo.

La mirada de Logan se posó en ella durante unos silenciosos instantes, entonces asintió como si comprendiese.

—Hablemos ahora de lo que yo espero de ti —continuó con tono tranquilo, firme y sexy —. Mientras esté en casa, estarás disponible para mí. Por supuesto, respetaré los momentos que pases con Camden y también los que desees tener para ti misma. Estos últimos te pediré que me los notifiques, lo hablaremos y pactaremos cómo dividir nuestro tiempo. ¿Alguna objeción?

Si algo tenían en común esos dos era la manera en que decían claramente lo que querían, estableciendo una rutina, unas peticiones y dándole la opción a aceptar o declinar.

—Ninguna, Maestro Logan.

De algún modo le pegaba lo de Maestro. De los dos hombres, él podía parecer un poco más joven, pero el aire de autoridad que lo rodeaba la dejaba a menudo tensa y pendiente de cualquier orden indirecta que fuese a darle. Le recordaba a su marido, con la excepción de que el detective parecía poseer un peculiar sentido del humor.

—Y cuando digo disponible, me refiero a una disponibilidad sexual, abierta y completa —acotó el término anterior—. ¿Será eso un problema para ti?

A juzgar por el estremecimiento de placer que la recorrió y la forma en la que se le endurecieron los pezones bajo la ropa interior, no, no sería ningún problema.

—No, señor.

—Bien —aceptó complacido y la contempló—. Tengo una ligera predilección a la hora de jugar por los *«roleplay»*. Considero que es un punto de frescura darle un poco de vidilla y

echarle imaginación a una escena. Y también por los juguetes eróticos… —entrecerró los ojos y la observó con cierta expectación—. De hecho, se me está ocurriendo algo bastante interesante ahora mismo…

Tragó, ese hombre sabía cómo descolocarla por completo, arrancarla de las garras y la morriña del pasado y enviarla de una punta pie al aquí y ahora.

—No pierdes el tiempo, señor.

Sonrió de soslayo.

—Tranquila, Sio, primero dejaré que te instales. Y a mí puedes tutearme salvo que te indique lo contrario —le aseguró echándose hacia atrás—. Brian me ha comentado que eres… ¿jardinera?

—Paisajista, pero sí —acotó al tiempo que asentía—. Se supone que tengo que reorganizar su jardín, en eso estaba esta mañana… pero… bueno, creo que he vuelto al trabajo demasiado pronto.

Asintió, se levantó y le tendió la mano.

—Ven conmigo.

Tomó su mano no sin un poco de recelo y dejó que la pusiese en pie.

—¿Todo bien? —Bajó la mirada sobre su cintura.

—Sí, creo que sí —aceptó llevándose la mano al lugar de la herida—. Ya no me molesta tanto como antes.

Asintió y la invitó a acompañarle.

—Me gustaría que le echases un vistazo a algo y me dieses tu sincera opinión como… jardinera.

Enarcó una ceja ante la inesperada petición, pero asintió.

Logan la guio a través de la casa hasta la zona de atrás, un par de puertas francesas se abrían a lo que en algún momento de su vida fue un bonito porche descuidado y una zona verde acotada por una alta empalizada en la que se entreveía una piscina. Cuando compraron la casa a medias Cam había sugerido convertir el lugar en una zona *chill out*, pero por unas cosas y otras se fue dejando hasta terminar en eso.

—Esto parece una selva.

Sonrió para sí al ver la forma en la que Siobhan se llevaba las manos a la cintura y observaba el lío de macetas con arbustos sin podar que rodeaban la cubierta de un jacuzzi, el césped sin cortar que ya se comía el camino de piedra, la piscina vacía y llena de suciedad y el abandonado porche.

—Está un poco descuidado.

—¿Un poco? —Lo miró con palpable ironía—. Eso es ser muy optimista al respecto, maestro Logan.

Correspondió a su mirada y señaló el lugar con un gesto de la barbilla.

—La idea principal era convertirlo en una zona *chill out* —comentó señalando el terreno —. Un área de relajación y esparcimiento.

—Y cuándo fue eso, ¿antes de la Segunda Guerra Mundial?

No podía evitar encontrar divertidas las respuestas de esa sumisa. Podía parecer una mujer frágil y dulce, pero tenía una vena irónica que podía competir con la de Camden.

Sí, su amigo no se iba a resistir a Siobhan por mucho tiempo. Ya era hora de que una pequeña y dulce sumisa borrase esa maldita sombra del pasado de su amigo. Cam había sufrido ya bastante, la culpa que todavía lo acechaba debía terminar y la única manera de que lo hiciese era que dejase de pensar en el pasado y le diese la bienvenida al presente.

Los demonios del chef corrían demasiado profundos, la muerte de su esposa no había sido más que el detonante, un breve momento de consuelo se había convertido en algo más grande, algo difícil de explicar y entonces Ágata le había dejado también abriendo el abismo definitivo del que a duras penas había conseguido sacarlo.

¿De verdad había sido un error lo que había sucedido entre ellos? Si era así, ¿por qué no lo sentía como tal? ¿Por qué no sentía esa misma culpabilidad y remordimiento? Sencillamente, no podía encontrar arrepentimiento, pero tampoco una razón coherente para lo que había pasado. Él era su amigo, casi un hermano y ambos sabían que uno daría la vida por el otro. No había nada que le gustase más que poder ver a ese capullo sonreír de nuevo, pero hacerlo de verdad, entregarse a quién era realmente y reclamar a una mujer como sabía le gustaba hacer, como sabía que necesitaba.

Miró de nuevo a la chica, quién estaba ojeando el paisaje, ¿sería ella la indicada? Le gustaba Siobhan, le gustaba lo suficiente como para querer disfrutar de ella, querer poseerla y, al mismo tiempo, compartirla con él.

—Haría falta un equipo de limpieza y una manguera a presión para poder limpiar eso —comentó ella mirando la piscina con una mueca—. Lo demás… creo que con que alguien corte el césped, se poden los setos y se haga una buena remodelación al porche, podría mejorar mucho la propiedad.

Su interés era genuino, profesional, Brian no se había quedado corto en sus comentarios acerca de su trabajo.

—¿Estarías interesada en hacerte cargo de ello? —preguntó al tiempo que elaboraba ya un plan en su mente.

La sorpresa bailó en sus ojos.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

Sonrió.

—En algo tendrás que entretenerte mientras estés aquí —le dedicó un guiño—, al menos cuando no estés… en nuestras camas.

Tragó, se sonrojó y dio un paso atrás.

—Yo… podría considerarlo.

—Estupendo —aceptó y caminó hacia ella, se inclinó sobre su rostro y la miró a los ojos —. Por el momento será nuestro secreto, ¿entendido, S*umi*?

Asintió sin poder hacer otra cosa, su cercanía la ponía nerviosa y caliente y esa abreviatura que utilizaba, era tan… tierna.

—Sí, Maestro Logan.

—Buena respuesta, pequeña, buena respuesta —declaró bajando la boca sobre la de ella en un húmedo beso que prometía mucho más—. Ahora, deja que te enseñe mi zona de juegos favorita.

CAPÍTULO 11

Traspasar las puertas del dormitorio de Logan era dar un paso más allá, aceptar que el hombre no solo la atraía, sino que su voz conseguía erizarle el vello y humedecerla. Había algo en él cuando se sumergía en la piel de dominante que la dejaba temblorosa y excitada.

Podía saborear todavía la menta en su boca, sus labios habían sido firmes y deliciosos, su lengua tan traviesa como él mismo y la había besado hasta dejarla mareada y casi sin aliento. No la había obligado, ni coaccionado, se trataba de una lenta seducción a la que fue incapaz de resistirse. Le permitió conducirla, guiarla sin más oposición que sus inestables pasos hasta la puerta gris que daba a un dormitorio masculino en tonos piedra, marrones y blancos. La elegancia y la decoración le llamó la atención pues podría estar más en consonancia con Camden que con el duro policía de homicidios.

La enorme cama *King Size* ocupaba buena parte de la habitación, una estructura de madera oscura, en la misma tonalidad que el suelo y la lámpara, se elevaba de cada uno de los vértices enjaulando el lecho en un cubo sin caras. En otro tipo de dormitorio probablemente resultase chocante, pero allí, con los dos bancos acolchados a los pies, la tupida alfombra blanca y el cabecero gris, creaba un conjunto armónico y perfecto.

Solo al mirarlo más de cerca reparó en unas pequeñas argollas situadas aquí y allá, así como un par de muebles, un sillón y el amplio armario empotrado que, unidos a una pequeña área de estudio, completaban el dormitorio y hacían que un ojo inexperto no reparase en ciertos elementos puestos a propósito.

—¿Tiene tu aprobado?

No pudo evitar dar un respingo al notar su respiración en el oído.

—Es una habitación muy… agradable —comentó girándose hacia él—, señor.

Se rio, sus ojos reflejando la diversión y también las intenciones que no se preocupaba en disimular.

—Agradable —repitió—. Contigo aquí no me cabe la menor duda de que se va a convertir en eso y mucho más.

Rastrilló con los dientes el labio inferior y optó por echar un nuevo vistazo a la estancia para no tener que mirarle.

—Aunque confieso hay partes de la decoración que me perturban.

Sintió su boca sobre su cuello, le apartó el pelo y la besó con lentitud, sus manos modelando su cuerpo por encima de la ropa.

—Bien, quiero perturbarte todo lo que pueda.

Le ciñó la cintura y la atrajo contra él dejándole notar la obvia erección que empujaba ya sus pantalones, le mordisqueó la piel que había besado y dedicó cada una de sus acciones a dejarla temblorosa y necesitada. No pudo evitar gemir cuando chupó con fuerza, sin duda deseando dejarle su marca.

Las codiciosas manos siguieron el descenso, los dedos arrastraron la tela del vestido de lana y tiraron de él hacia arriba permitiendo que el aire tocase su tibia piel.

—Interesante —murmuró con voz profunda, sus dedos deslizándose sobre su piel, bordeando la cenefa de las medias que le rodeaban los muslos—, debajo de esa apariencia

conservadora y cándida, se esconde una gatita revoltosa y sexy.

Una corriente de placer se instaló en la parte baja de su estómago y notó como se humedecía aún más, como sus jugos amenazaban con derramarse.

—Me encantan las medias de liga —le susurró antes de morderle con ganas el lóbulo y arrancarle un quejido—, son muy sexys.

Sus manos volvieron de nuevo a su cintura y, en un rápido giro que podría emular al de un paso de baile, estuvo frente a él, sus ojos en los de ella, sus labios curvándose en una perezosa y masculina sonrisa.

—Y esos enormes ojazos mirándome como si fuese el lobo feroz dispuesto a devorarte —resopló, pero parecía divertido por ello—. ¿Me tienes miedo, Sio?

Negó con la cabeza y él enarcó una ceja en respuesta.

—No señor —respondió de inmediato en voz alta.

—No debes tenérmelo —apuntó igualmente, sus manos deslizándose sobre su piel, amasándole las nalgas antes de envolver el pulgar en la tira del tanga—, no tengo intención de causarte daño.

—Es bueno saberlo —replicó.

Sonrió de soslayo y le sostuvo la mirada.

—¿Estarás más tranquila si instauramos desde ya una palabra de seguridad?

Parpadeó y asintió.

—Bien, ¿cuál sería adecuada y fácil de recordar para ti?

—*Espinas* —replicó entonces, dejando que la palabra brotase de sus labios—. Es… la palabra de seguridad que siempre he utilizado.

Asintió.

—Espinas entonces —aceptó mirándola a los ojos—. Tenla presente, aunque esperaré que no quieras utilizarla a menudo. Te han dejado en mis manos y en las de Camden para que te cuidemos, una tarea que empiezo a ver que tiene muchas posibilidades.

Apartó el delgado elástico del tanga al tiempo que resbalaba la mano entre sus piernas y dos gruesos dedos se sumergían en su estrecho y empapado sexo. No pudo evitar ponerse de puntillas, la invasión fue tan primitiva que le arrancó el aliento y la dejó jadeando, sus mejillas se sonrojaron y sintió la enorme necesidad de apartar la mirada.

—No. —Un toque de atención, su voz fuerte y poderosa—, tus ojos en mí, dulzura.

Se obligó a levantar la mirada y cuando se encontraron, él movió de nuevo los dedos en su interior, extrayéndolos solo para volver a entrar. Repitió el movimiento con languidez, pero aumentando la profundidad, sus labios se separaron y ya no pudo retener por más tiempo la sucesión de pequeños jadeos y gemidos que escapaban de ellos.

—Me gusta lo que veo —comentó en voz alta, inclinándose sobre ella, calentándole los labios con su propio aliento—, y se me ocurren muchas cosas que podría hacer con esa bonita y rosada boca.

Sintió la humedad emanando de ella y bañando sus dedos mientras la masturbaba, entonces la mano que había mantenido anclada en su cintura le rodeó el pecho, pellizcándole el pezón. Su cuerpo reaccionó por sí solo, arqueándose, buscando más de ese doloroso calor que la recorría en fogonazos.

—Y la primera de ellas será tenerte de rodillas y ver cómo desaparece mi polla entre tus labios, como esa pequeña lengua me lame antes de chuparme entero —insistió manteniendo la mirada en la suya, haciéndole partícipe de sus oscuros deseos—. Tu boca incita al pecado, especialmente cuando emite esos pequeños sonidos.

Se mordió el labio inferior, su voz la estaba poniendo caliente, podía imaginarse a sí misma de rodillas, desabrochándole el pantalón y descubriendo el duro miembro que se restregaba contra su bajo vientre.

—Y no es el único lugar dónde quiero enterrarme —continuó con voz profunda mientras sus dedos resbalaban de su húmedo interior y se deslizaban hacia atrás, entre sus nalgas, acariciándole el fruncido rosetón, utilizando su propia humedad natural para incursionar en las apretadas profundidades—. Quiero tu culo para mí.

Las palabras susurradas en su oído la hicieron estremecer, su sexo se llenó de humedad y estaba segura de que le estaba bañando la mano. Las suyas propias se cerraron sobre los fuertes antebrazos para sostenerse. Empezaba a sentir la imperiosa necesidad de empujar contra ese dedo juguetón, de empalarse a sí misma en él y rogarle que la tomase por allí.

No era una novata en sexo anal, había disfrutado de él, así como de otros juegos en vida de su marido. Nathan había querido que conociese todas las posibilidades, había tentado sus límites, los había empujado y descubierto qué cosas la excitaban y qué no toleraba de ninguna manera. Con él había explorado su sexualidad, se había entregado en completa confianza y, después de tanto tiempo sin alguien que la cuidara de esa manera, el tener ahora a Logan jugando en su entrada trasera, la estaba poniendo muy caliente.

Los duros dedos se hundieron cada vez más, entrando y saliendo, arrastrando la humedad de su sexo para facilitar la intrusión en su culo hasta que su apretada entrada empezó a ceder con facilidad. La estaba volviendo loca, la combinación de sensaciones estaba despertando esa hambre que habitaba en su interior y que llevaba tiempo sin hacerle el debido caso.

—Estoy en un gran dilema ahora mismo, Sio —acarició el diminutivo de su nombre mientras la masturbaba—, no sé si me apetece más ponerte de rodillas y follar esa caliente boquita o inclinarte sobre la cama y hundirme en este apetitoso culo.

Y para hacer más palpables sus palabras, empujó con fuerza sus dedos mientras su boca poseía la de ella. La besó con hambre, emulando el acto de sus dedos con su propia lengua, jugando en ambos lados dejándola temblorosa y sin respiración.

—Aunque también estoy deseoso de ver y probar esas dos montañas que se aprietan contra la pechera del vestido —comentó bajando la mirada entre sus cuerpos, relamiéndose al hacerlo —. Sé buena chica y libéralos para mí.

Jadeó, sus ojos se encontraron con los de ella.

—Es una orden, mascota —insistió con voz dura al ver que ella no obedecía con la suficiente rapidez—. Lo haría yo, pero tengo las manos ocupadas.

Sus palabras se hicieron incluso más palpables cuando su mano libre le rodeó la cadera y tiró de su pierna, anclándola a su cadera y dejándola abierta en una posición que le permitía una mayor y más profunda penetración.

—Señor —jadeó poniéndose de puntillas, aferrándose a él con mayor tensión cuando notó como la penetraba con los dedos y utilizaba el pulgar para frotar sus labios cuando los retiraba de su culo.

—Todavía no es hora de que te corras —replicó serio, pero sus ojos decían algo totalmente distinto, hablaban de una chispeante y maliciosa diversión. Maldito Dom—. El vestido, Sio, quiero tus pechos, ahora.

Gimió. Tragó con dificultad y se las ingenió para alcanzar la cremallera delantera y empezar a bajarla hasta que sus pechos asomaron. Por fortuna, el sujetador que se había puesto hoy abrochaba por delante, lo que le permitió abrirlo sin mayor dificultad, pero era incapaz de hacer mucho más en la posición en la que se encontraba.

—Yo… no puedo… no tengo espacio para…

Sus palabras quedaron interrumpidas cuando le apretó el muslo, clavando sus dedos en él a modo de advertencia.

—No bajes la pierna —la instruyó y le susurró al oído—, o te zurraré también ese húmedo coñito.

Tragó, apenas pudo volver a meter una nueva bocanada de aire en sus pulmones cuando él tiró de golpe de la tela hacia abajo, atrapando sus brazos al tiempo que liberaba sus pechos.

—Um… esta es sin duda una vista que apruebo, pequeña —se relamió y, inclinándola hacia atrás, manteniéndola todavía empalada y rodeándole ahora la cintura con el otro brazo, bajó sobre sus pechos y succionó un pezón en la húmeda y caliente boca.

Se arqueó contra él, gimió y lanzó la cabeza hacia atrás cuando sintió sus dientes mordisqueándola, succionándolo para luego lamerlo con cuidado. Cada movimiento de su lengua parecía estar perfectamente coordinado con sus dedos entrando y saliendo de su culo, aumentando el calor en su interior, haciendo que su sexo llorase por atención y toda su piel ardiese de necesidad.

Entonces, sin previo aviso sintió como sus dedos la abandonaban, el mundo giraba y en un jadeo se encontró siendo bajada al suelo, de rodillas sobre la mullida alfombra, con los brazos todavía atrapados por el vestido. Levantó la mirada y lo que vio la estremeció. Si el policía ya era enorme cuando ella estaba de pie, a sus pies parecía un coloso.

Logan se llevó las manos a los vaqueros, se deshizo del botón, bajó la cremallera y liberó su erecto sexo el cual saltó libre de restricciones, rozándole la mejilla ante su cercanía.

Su pene era largo, grueso, la piel parecía suave y la punta morada tan apetitosa que se encontró lamiéndose los labios.

—Abre la boca, cosa bonita —le dijo al tiempo que le acariciaba los labios con el pulgar —, quiero que me chupes y hagas que me corra en tu garganta.

Tragó entre excitada y temerosa, en la posición en la que estaba no podía tocarle, no podía controlar la profundidad y si él decidía tomar el mando… Se estremeció y una nueva ola de placer la atravesó humedeciéndola aún más, esa indefensión la excitaba y la obligaba a depositar su confianza en el hombre que estaba de pie ante ella, uno al que había sido entregada.

—Abre ahora.

Su orden vino acompañada de la caricia del miembro masculino sobre sus labios, una tórrida incitación de la que no pudo escapar. Abrió la boca y notó la cabeza del pene atravesando sus labios, deslizándose sobre su lengua con premeditada lentitud mientras la mano masculina envolvía la base, guiándola y evitando al mismo tiempo introducirse por completo.

—Sí, buena chica —ronroneó él—, usa la lengua.

Lo hizo, no tenía que animarla a ello. La movió bajo la carne, echó la cabeza hacia atrás haciéndose más espacio y chupó la punta obteniendo un gruñido masculino que la satisfizo.

—Chúpala, nena —su voz era ronca, oscura, pero eran sus ojos, fijos en ella los que la excitaban. El que la estuviese mirando mientras se la mamaba la estaba poniendo muy caliente. Gimió y volvió a bajar sobre él, introduciéndole más y más para luego volver a salir. Jugó con su lengua, lo lamió como si fuese un caramelo y disfrutó del sabor salobre de su carne hasta que notó como los dedos de la mano libre de Logan se envolvían en su pelo y tiraban de su cabeza hasta darle un nuevo ángulo para tomarle más profundamente.

Su pene era duro, pesado, empezaban a dolerle los labios por el esfuerzo de chuparlo, así que alternó de nuevo con pequeños toques de su lengua hasta que la mano en su pelo le provocó una pequeña descarga al tirar de su cabellera.

—Voy a follarte la boca —anunció entonces y se retiró casi por completo antes de volver a profundizar en su interior, robándole la autonomía, sujetándole la cabeza para que no pudiese escapar mientras entraba cada vez un poquito más hondo. Se obligó a relajar la mandíbula, a darle todo el espacio posible mientras escuchaba como emergían pequeños jadeos de los labios masculinos. Sus ojos seguían fijos en los suyos, oscuros, velados por el deseo y una inesperada contención. Se estaba cuidando de no hacerle daño, buscando su placer y al mismo tiempo vigilando que ello no la lastimase al mismo tiempo. El tacto que ponía contrarrestaba con esa dureza intrínseca en él e hizo que se derritiese por dentro.

—Succióname ahora, Sio —gruñó y profundizando en su boca—. Quiero correrme en tu boca y que te tragues hasta la última gota.

No tuvo que decírselo dos veces, cerró los labios alrededor de su miembro y su garganta tragó en acto reflejo, atrapándole, iniciando el orgasmo que derramó su semen llenándole la boca y obligándola a tragar mientras él se retiraba, dejándole espacio.

Bebió de él hasta la última gota, tragando de manera automática, degustándole y lamiendo la punta antes de que la retirase de sus labios, dando un paso atrás.

—Eso ha sido increíble, mascota —declaró pasándose la mano por el pelo, respirando agitado mientras la miraba todavía arrodillada en el suelo.

—Gracias, señor —murmuró en respuesta, era algo automático, algo impreso en sus genes. Pero más allá estaba su propio orgullo, el que le decía que había hecho sucumbir a alguien tan fuerte como ese policía y era una sensación que la calentaba por dentro.

—Te has ganado un premio —declaró inclinándose hacia delante, planeando sobre sus labios—, y consiste en follarte hasta dejarte sin aliento.

Su boca se cerró de nuevo sobre la suya impidiéndole respuesta alguna, como tampoco pareció importarle demasiado el que se estuviese saboreando a sí mismo en su lengua.

Dios, si esta era la manera en la que él tenía de recompensar, algo le decía que iba a hacerse adicta a esas recompensas.

CAPÍTULO 12

Algo le decía que tener a esa pequeña sumisa en sus dominios iba a ser un enorme y divertido desafío. No solo era caliente como el infierno, la dulzura que la envolvía contrastaba con ese brillo de rebeldía que había visto en algún momento en sus ojos, uno que estaba deseando sacar a la luz y ver cómo se comportaba bajo su dominación.

Dios, lo había dejado seco. Esa bonita boca de labios hinchados había sido un infierno alrededor de su polla, uno del que había disfrutado. Viéndola ahora sobre manos y rodillas encima de la cama, no podía dejar de imaginársela con uno de sus disfraces favoritos, unas orejas de gato, un cascabel al cuello, mitones, patucos y una larga cola de gato insertada por medio de un *plug* en ese bonito y respingón culo. Se relamió, de espaldas a él no podía ver cómo se le dilataban las venas de la nariz ni como su polla volvía a estar dura y lista para la acción.

Oh, sí. Quería follar ese apretado agujero que ya habían acariciado sus dedos, quería enterrarse en ella y jugar al mismo tiempo con el húmedo coñito que lloraba por atención.

Deslizó la mano entre sus piernas, sus dedos rastrillaron a través de los suaves rizos y jugaron con sus gordezuelos pliegues antes de insertar un dedo en su interior; estaba chorreando.

—Estás deliciosamente mojada —ronroneó empujando dos dedos ahora en su interior, retirándolos y volviendo a introducirlos con premeditada lentitud—, y succionas mis dedos con verdadera codicia… eso me gusta.

Ella gimió bajito.

—Hay algo que no te he dicho y que sí quiero que hagas —declaró mirando entre sus cuerpos—. Quiero este bonito montículo completamente depilado.

Ella se sobresaltó ante sus caricias y también por sus palabras.

—¿Qué?

Sonrió con oculta diversión.

—Te quiero depilada aquí abajo, dulzura —se inclinó sobre su oído—. La próxima vez que mis dedos le acaricien, quiero encontrar piel lisa, suave e invitante. Sé que a Camden también le gustará. Dile que te dé el teléfono de su salón favorito y pide una cita.

—No… no puedes estar hablando en serio —gimió.

Se retiró un poco de su interior solo para volver a entrar.

—Sí, lo estoy. Muy en serio —aseguró antes de decirle—. Pero ahora hay algo que requiere de toda mi atención.

Extrajo los dedos de su interior y resbaló hacia atrás, al rosado rosetón con el que había estado jugando.

—Voy a follarte por aquí —le aseguró inclinándose sobre ella—, voy a llenarte hasta que me supliques que haga que te corras…

La penetró tentativamente, profundizando en su interior, torturándola y viendo cómo se retorcía sobre la cama.

—Pero antes, ciertas escenas requieren de preparación —anunció abandonándola, rodeando la cama y enfrentándola ahora por el otro lado, de modo que pudiese ver su rostro—, y esta, en particular, requiere que te quedes quieta en el lugar en el que te dejo. Así que…

Se inclinó y extrajo de los cajones de la estructura un par de correas con esposas que ancló

a cada uno de los postes y cerró alrededor de sus muñecas, manteniendo su torso ligeramente elevado. Comprobó que las correas no estaban demasiado apretadas y que la piel interior de las esposas le protegería la piel ante posibles tirones.

—Recuérdame tu palabra de seguridad.

Tragó, la sensación del cuero sobre su piel la excitaba y ponía nerviosa a partes iguales.

—Espinas.

Asintió complacido.

—Si sientes algún calambre o la posición te molesta, quiero que me lo digas de inmediato —deslizó la mano sobre su hombro, comprobando la posición de la herida y la posición en que la dejaba la restricción, solo entonces se inclinó sobre ella de modo que pudiera mirarla a los ojos —. ¿Lo has entendido, Sio?

Asintió, todavía estaba aturdida por el hecho de que acabase de ser esposada a la estructura de la cama.

—En voz alta, por favor —insistió.

La vio tragar, sus ojos parecieron dejar la anterior sorpresa a un lado y asintió.

—Sí, lo he entendido —aceptó y tiró de la cadena con cuidado para probar. Hizo una mueca y le miró—. Creo que… puedo soportarlo.

Frunció el ceño y negó la cabeza.

—No, Siobhan —le dio un toque de atención—. No se trata de soportar esa clase de dolor. Estamos hablando de tu bienestar. Así que repito, ¿te molesta la posición?

Se lamió los labios volvió a probar y le miró de nuevo.

—Me molesta al tirar —aceptó sincera—, pero no me duele. Si noto un solo pinchazo te lo diré, Maestro Logan.

La concesión del título de Maestro hacía su respuesta mucho más respetuosa y directa.

Asintió satisfecho.

—Eso espero, mascota o te azotaré el culo hasta que no puedas sentarte —la previno. Y no estaba de farol.

Solo entonces dio la vuelta a la cama y procedió a hacer lo mismo con sus tobillos, separándole las piernas y manteniéndola en una postura abierta y lista para su uso y disfrute.

Resbaló la mano por su espalda y por sus costados hasta tocar la zona irregular de la cuchillada en su vientre. Una fría niebla de rabia cruzó por su mente y se obligó a hacerla retroceder.

—Y aplicaremos la misma norma a esta zona —declaró con una suave caricia—, si notas alguna molestia…

—Te lo diré tan rápido que *Speedy González* a mi lado será una tortuga con reuma —le interrumpió.

Ladeó la cabeza para encontrarse con sus chispeantes ojos.

—Um… señor.

—Te estás ganando unos azotes —aseguró y le golpeó las nalgas con la mano abierta para hacerla sentir el escozor. Estas todavía tenían un bonito color rosado del correctivo que le había aplicado Brian, lo que las dejaba prácticamente fuera de su campo de juegos, por el momento—. Compórtate, descarada.

Sonrió en secreto, tal y como había pensado, esa pequeña sumisa no era todo algodón de azúcar.

—Lo siento, señor —la escuchó canturrear.

Sacudió la cabeza y le apretó las nalgas.

—Veremos si sigues teniendo ganas de bromear cuando te clave la polla en el culo.

Notó el estremecimiento en su cuerpo, la manera en que se movió inquieta y supo al momento que sus palabras habían dado en el clavo. Se tomó su tiempo en recorrerla con las manos, acariciar su piel y se dio el lujo de azotarla un par de veces más en cada nalga antes de echar mano del tubo de lubricante.

—Um… espero que estés dispuesta a suplicar, pequeña —le advirtió acariciándole una vez más el fruncido botón para luego lubricar el pequeño agujero.

Sus gemidos empezaron a llenar de nuevo la habitación, el sonido de las cadenas al mover las restricciones coreó sus movimientos creando una cadenciosa melodía que lo puso más y más duro. Empujó primero un dedo en su interior, resbalándolo dentro y fuera, ensanchándola, rompiendo la resistencia inicial hasta que pudo introducir un segundo dedo con facilidad. Los ruiditos que emergían de su boca pronto se convirtieron en jadeos y palabras inconexas, su coño se humedecía más y más mojando ahora sus muslos todavía envueltos por los ligeros de las medias. La había desnudado dejándole tan solo las medias, un fetiche del que estaba disfrutando como nunca.

—Um… me gusta cómo me aprietas —ronroneó penetrándola una vez más con los dedos para luego retirarlos de todo y sonreír diabólicamente ante el juguete que había sacado del armario de los «juegos» para ella—. Veamos qué tal te queda una bonita cola de zorro, dulzura.

Escuchó el tironeo de las cadenas al tiempo que veía cómo se contorsionaba intentando mirar hacia atrás.

—Ay dios —la escuchó susurrar.

—Gracias, nena, pero con *«ay señor o ay maestro»* es más que suficiente —le aseguró y se inclinó entre las mejillas de su trasero, lubricó el consolador y empezó a introducirlo lentamente en el agujero destinado a ello.

—¡Oh joder!

—Respira, Sio, respira y empuja hacia mí —intentó mantener un tono de voz serio, cuando en realidad se estaba divirtiendo al torturar a esta pequeña gatita—. Así… suave, nena… bien… ya casi estamos…

Arqueó la espalda, intentó escapar, pero las correas no se lo permitían así que no le quedó más remedio que aceptar lo que le daba. Empujó un poco más hasta que el último centímetro penetró en ella llenándola por completo.

—¿Cómo vamos, nena? ¿Alguna molestia?

Examinó cada una de las restricciones y la forma en que sus muslos se contraían. Todo iba bien.

—No señor —la escuchó jadear—. Eso… eso… es grande.

Se rio entre dientes.

—Más o menos del tamaño de la polla de Cam.

Camden iba a matarle por comparar su verga con la de un consolador, pero le pareció divertido.

Le acarició una nalga y la notó respingar, hizo lo mismo con la otra y entonces resbaló la mano entre sus piernas para encontrarla más y más mojada. Perfecto.

—Me empapas los dedos, dulzura —le aseguró—. Estás muy, pero que muy húmeda.

Entonces dejó caer su palma contra sus calientes nalgas sin previo aviso, sabiendo lo que la contracción de su trasero ante el golpe haría con el consolador alojado en su interior.

—¡Señor!

Su nombre surgió en la forma de quejido y fue la cosa más erótica que escuchó en mucho

tiempo.

—Solo es un poco de calentamiento —volvió a dejar caer la mano sobre su otra nalga, entonces empezó a alternar los azotes entre un lado y otro, procurando calentarla sin golpear dos veces en el mismo sitio.

Solo cuando la tuvo jadeando, sus jugos resbalando por sus piernas, se detuvo.

—Hora de obtener tu recompensa, dulzura.

Siobhan dejó escapar un agónico jadeo cuando notó el duro miembro abriéndose camino en su ahora estrecho canal, el dildo alojado en su trasero hacía que su cuerpo se resistiera a la nueva invasión, estirándola hasta un punto de caliente dolor que la estaba volviendo loca. Tiró de las restricciones y tuvo que contener un quejido cuando su hombro se resintió, pero el dolor ya no importaba, no cuando apenas podía respirar. El placer era cegador y se iba haciendo con su cuerpo, sometiéndola a esa doble penetración y haciendo que desease más y más.

—Señor —jadeó levantando las caderas, deseando más.

—Solo un poco más, dulzura —los dedos sobre sus caderas se hundieron en su carne mientras ese duro pene se abría paso en ella hasta que notó su pelvis pegada al culo—. Oh, sí, es la gloria.

La estaba matando, poco a poco, la estaba matando y no estaba segura de sí podría soportar más tiempo esa tortura.

—Señor, por favor…

La sacó y volvió a empujar de nuevo en su interior, follándola lentamente, haciendo que dejase de importarle el juguete que tenía en el trasero, la suave cola que se movía con cada empuje acariciándole las piernas o que de su garganta ya solo saliesen palabras ininteligibles. Quería que la follase, que la poseyese con fuerza, que fuese más allá, quería más y lo quería de él.

Podía sentir cada movimiento, cada centímetro del grueso pene resbalando en su interior, entrando y saliendo, abriéndose paso a la fuerza en estrecho canal.

—A mi ritmo, pequeña sumisa —respondió con voz ronca, inclinándose sobre su espalda y pellizcándole el cuello con los dientes—. Siempre a mi ritmo.

Y su ritmo era lento, agonizante, destinado a volverla loca.

—Oh… por favor… necesito más… más fuerte… por favor… maestro, por favor…

Quería que la montase, quería que la follase sin piedad e hiciese que se corriera. Lo necesitaba, lo quería con tanta desesperación que la avergonzaba. No recordaba haber estado tan caliente en su vida, tan desesperada, ni siquiera cuando su marido la llevaba al club o participaban en alguna fiesta privada y él disfrutaba viendo mientras otro la follaba.

—Maestro Logan… por favor… —gimió una vez más, pronunciando su nombre, rogando porque le diese lo que necesitaba y pedía—. Señor por favor… más…

Volvió a morderla y un segundo después notó el consolador de su trasero moviéndose en su interior, vibrando en realidad.

—Oh joder…

Los dedos masculinos se cerraron con fuerza sobre sus caderas, sujetándola quieta en el sitio mientras empezaba a entrar y salir con más fuerza y rapidez.

—Puedo sentir la vibración del juguete en mi propia polla —gruñó él—. ¿Te gusta, Sio? ¿Te gusta que te follen por ambos lados?

No podía pensar, ni siquiera podía encontrar su voz para hacer algo más que jadear.

Siguió hundiéndose en ella, cada vez con más fuerza, más rápido, arrastrándola consigo a un creciente orgasmo que la llevó a apretarse a su alrededor al tiempo que gritaba su liberación.

—Oh, todavía no se ha terminado, nena —le pareció oírle escuchar.

El consolador que tenía alojado en el trasero desapareció y al momento siguiente, el todavía duro miembro de su maestro ocupó su lugar, hundiéndose lentamente en su trasero, arrancándole el aliento mientras temblaba todavía presa del primer orgasmo. Él empezó a moverse de nuevo, largas y profundas estocadas que movían su cuerpo en la cama y hacían que remontase ola tras ola incapaz de encontrar el aire necesario para respirar.

Comenzó empujando con suavidad, su polla abriéndose camino en su preparado trasero, volviéndola loca mientras una mano se deslizaba ahora entre sus piernas y empezaba a jugar con su abandonado clítoris.

La montó sin piedad, el sonido de la carne golpeando con la carne se unió a sus propios gritos, a la urgente necesidad que de nuevo volvía a barrer sobre ella como un huracán, la poseyó como si su cuerpo fuera suyo y solo obedeciese a sus demandas.

—Solo un poco más, dulzura —escuchó entre sus propios jadeos—, déjate ir, no lo contengas…

Su cuerpo estaba en llamas, se contorsionó, tiró de nuevo de las restricciones y gimió mientras la follaba con fuerza, cabalgándola sin piedad y construyendo un nuevo orgasmo al que no creía poder sobrevivir.

—Maestro Logan… señor… oh, señor…

—Grita para mí, Sio —le dijo al oído—. Grita para mí.

Gritó cuando el nuevo orgasmo se precipitó por ella, gritó hasta que le dolió la garganta, hasta que sus pulmones empezaron a protestar por falta de aire y su cuerpo sucumbió por completo a la liberación de su amante.

—Buena chica —le pareció escuchar en algún momento después, su cuerpo totalmente saciado, incapaz de mover un solo músculo y escuchando a lo lejos el tintineo de cadenas—. Despacio, espera… así…

Se estremeció cuando algo caliente se envolvió a su alrededor, algo cálido y mullido que olía a hombre.

—Shh —escuchó en su oído—. Descansa un poco, después continuaremos.

CAPÍTULO 13

—Entonces, ¿tu marido fue el que te introdujo en este estilo de vida?

Miró a Logan y asintió.

—Él podía ver más allá de mi misma —comentó—. Fue un buen amo, un fantástico marido y sobre todo un buen amigo. No me exigía nada a menos que pensara que era necesario. Me ayudó a dejar todo aquello atrás… y entonces, mi pasado volvió dispuesto a terminar con todo.

Lo miró y se lamió los labios.

—Deduzco que sabes más de lo que te dije sobre lo ocurrido.

No lo negó.

—Quería saber si había algún motivo o relación con el asalto, pero dudo que tenga nada que ver.

—Leo está muerto… y mis pesadillas, con él.

—Eres más fuerte de lo que puedes llegar a pensar —aseguró mirándola a los ojos—, y al mismo tiempo posees esa fragilidad que solo tiene una verdadera sumisa.

—Puedo hacerte yo una pregunta, señor —intentó seguir el protocolo que conocía, uno que llevaba tiempo impreso en su alma.

—Claro, pregunta.

—He notado que… bueno, creo que se nota cuando un Dom tiene experiencia… —se lamió los labios—. ¿Hace mucho que estás en este estilo de vida?

—Siempre he tenido una vena canalla —le guiñó el ojo—, pero este estilo de vida empezó a interesarme en la academia de policía. Conocí a alguien que estaba metido en este mundo y fue mi mentor —aceptó y le dedicó un guiño—. Me tendió una mano en el momento que más lo necesitaba y me dio una vía de escape. Le conoces bien ya que se trata del Amo Fire.

Pareció sorprendida por sus palabras, pero se limitó a asentir.

—Él fue un buen amigo de mi marido y después… bueno, cuando vine a Nueva York se convirtió en algo así como mi guardián.

—¿Por eso te ha castigado con el club?

Puso los ojos en blanco y optó por cambiar de dirección.

—¿Y tú? ¿Puedo preguntar si has estado casado?

—Poco más de un año, entonces me divorcié —aceptó tan tranquilo, dejándola salirse con la suya—. Mi ex esposa era una auténtica hija de puta y créeme cuando lo digo es por conocimiento de causa.

Su franca respuesta la llevó a arrugar la nariz.

—Acabábamos de mudarnos a Columbia, dónde me destinaron, y se pasó el primer año de nuestro matrimonio tonteando con todo tío que se le ponía por delante —hizo una mueca—. El colmo fue que intentase seducir a Cam.

—¿A Camden?

Sonrió divertido.

—Sabía que éramos amigos. Joder, si estuvo en nuestra boda —sacudió la cabeza—. Él la rechazó y ella, despechada, me vino con el cuento de que el chef andaba detrás de ella, que no la

dejaba en paz y la acosaba… Al día siguiente de tan rimbombante declaración, hice las maletas y me fui a un hotel. Una semana después le dejé la demanda de divorcio encima de la mesa de su oficina.

—No la querías…

Las palabras emergieron de su boca sin poder evitarlo.

—Lo siento, ha sido un pensamiento en voz alta. No es de mi incumbencia…

—Está bien, Sio. La realidad es que no, no la quería —se encogió de hombros—. Pensé que lo había hecho al principio, le pedí que nos casáramos porque creía que era lo correcto… pero todo resultó ser un error. Lo nuestro fue… bueno, había atracción sexual, nos entendíamos genial en la cama y supongo que también era por comodidad.

Se encogió de hombros y concluyó:

—Pero no era la indicada.

—Entiendo —aceptó en voz baja y le miró—. Imagino que después de eso, no has vuelto a tener contacto con ella.

Su respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo parecía un poco tensa.

—La última vez que la vi con vida fue en la oficina del abogado, después de que accediese a firmar los papeles del divorcio —comentó con voz lejana—. La vez siguiente a esa… estaba muerta, la aguja que le causó la sobredosis todavía colgaba de su brazo.

Se sobresaltó.

—Dios mío… ¿cómo es posible?

La miró e hizo una mueca.

—Las personas eligen su propio camino, algunas saben seguir adelante solas y otras… no.

Su voz dejaba traslucir cierto grado de responsabilidad.

—Lo siento, señor.

Él la miró y le acarició el rostro.

—Sabes, esa situación no fue agradable —le confesó—. En momentos así te sientes culpable, piensas que, si hubieses obrado de otra forma, las cosas habrían sido distintas. Pero la realidad es que cada persona elige su propio camino y es responsable de sus propias decisiones, no de las de los demás.

Y esa era una verdad indiscutible, una que ella misma había descubierto con el paso del tiempo, una que se había obligado a tatuarse en el corazón y en el alma para poder seguir adelante.

—Sabias palabras —murmuró.

Sonrió y le retiró el pelo del rostro.

—De vez en cuando soy capaz de encontrar la iluminación —se burló—. Es parte de mi trabajo.

—¿Los detectives de homicidios necesitan iluminación?

—No, pero algunas sumisas sí necesitan que se las ilumine para saber cómo tienen que complacer a sus Doms.

Y para que no le quedase ninguna duda de sus palabras, se dedicó a hacer precisamente eso, servirle de iluminación.

CAPÍTULO 14

Camden traspasó la puerta principal, el sonido de la televisión se escuchaba de fondo. A juzgar por el murmullo, su compañero debía estar viendo alguna película. Empezó a caminar hacia allí, siguiendo su usual rutina, pero se detuvo al escuchar la suave voz femenina. Sio llevaba ya tres días viviendo en su hogar, tres días en los que apenas la había visto en un par de ocasiones por decisión propia. Se había ido incluso antes de que la chica se levantase y cuando volvía, ella solía estar ocupada con Logan o alguna otra cosa, lo que le permitía escabullirse a su propio piso sin tener que dar explicaciones.

Hoy, sin embargo, ambos estaban en el salón de juegos de la planta baja viendo una película a jugar por los sonidos que surgían de la habitación.

—Eso es asqueroso —escuchó reírse a Sio—. Por favor, ¿cómo puedes ver esto?

Sonrió sin proponérselo, conociendo a Logan habría puesto alguna de sus películas de terror favoritas y estaría chantajeando a la muchacha para verla.

Le dio la espalda al sonido y caminó hacia el pasillo que conducía a su propia planta independiente. Sin embargo, su amigo parecía estar más atento a su llegada de lo que él había pensado, ya que bajó el sonido de la televisión de modo que escuchase su voz.

—¿Cam? ¿Eres tú?

Respiró profundamente, el poli le había permitido escapar las jornadas anteriores, pero sabía que había sido nada más que un momentáneo indulto.

—Sí —contestó—. Voy de retirada. Buenas noches.

Sabía que había sido seco, pero ahora mismo necesitaba espacio, no tenía ganas para enfrentarse a esos dos, como tampoco quería ver a Siobhan.

Se perdió en la primera planta de la casa dual, al contrario que el estilo rústico que prefería Logan, la decoración de su hogar era bastante vanguardista a la par que cómoda. Atravesó el abierto salón, se quitó la chaqueta y los zapatos dejándolos tirados sobre la alfombra y encendió el equipo de música. Solo quería tirarse un rato en el sofá, desconectar y por último meterse en la cama. Hoy había sido un día muy largo.

Se dejó caer cuan largo era, cerró los ojos y suspiró. Si tan solo los recuerdos pudiesen apagarse de la misma manera que se apagaba el interruptor de la luz, quizá las pesadillas no invadieran sus momentos más bajos.

El calorcillo de la calefacción empezó a adormecerlo y con el sopor llegaron de nuevo las pesadillas.

Ese día también había llegado tarde a casa, el coche se le había estropeado y Elena le había hecho el favor de traerle. Su entonces ayudante de cocina se había convertido en una buena amiga, de hecho, la chica había estado saliendo con Logan, pero la relación no había funcionado; eran demasiado distintos.

Se había despedido de ella con un inofensivo beso en la mejilla, se había reído de algún comentario y había cerrado la puerta del coche para verla marchar antes de subir los peldaños que llevaban al adosado en el que vivía con su esposa desde hacía dos años.

No sabía si fue la providencia o una simple casualidad el hecho de que Logan le llamase al teléfono en ese mismo momento para decirle que estaba por la zona e iba a recogerle en quince

minutos para ir a tomarse algo. Su amigo sabía que había estado teniendo problemas con su mujer, de hecho, si estaba a punto de entrar en casa y no se había ido directo al bar era porque todavía pensaba en que podía salvar su matrimonio.

¿Cómo era posible que cambiase tanto una persona en dos años? De la dulce y divertida mujer que había conocido en una noche de fiesta no quedaba nada. Del amor y la pasión que habían compartido solo quedaban rescoldos y de un tiempo a esta parte, los celos se habían colado en la mente femenina llenándole de acusaciones sin sentido.

Acordando verle en quince minutos en el portal, entró en su hogar solo para encontrarse con aquella que había jurado amar, cuidar y proteger en medio del salón, pegada a la ventana. Tenía los ojos rojos por haber llorado, las manos apretadas en sendos puños debajo de las largas mangas de una bata de seda que le había regalado él las pasadas Navidades.

—Sigues viéndola…

Otra vez no, pensó con hastío. Dejó la chaqueta a un lado y levantó la mirada hacia su mujer. Iba a empezar una nueva pelea y no tenía ni fuerzas ni ganas para enfrentarse a ella.

—Susan, no empecemos otra vez con lo mismo.

Ella lo miró dolida, sus ojos siempre reflejaban sus estados de ánimo, así como mostraban abiertamente su vena egoísta.

—¿Qué no empecemos con lo mismo? ¡Te has bajado del coche de tu amante delante de nuestra casa! —gritó alzando la voz—. ¡Estás destruyendo nuestro matrimonio! ¡Me estás destruyendo!

Negó con la cabeza, era imposible hablar con ella cuando se ponía así.

—Logan vendrá dentro de quince minutos, voy a salir a tomarme una copa —le avisó.

—¡Logan! ¡Siempre Logan! —escupió avanzando hacia él—. ¡Él es el único que quiere apartarte de mí! No le gusto, nunca le he caído bien y sé por qué. Oh sí, Camden, lo sé muy bien.

No se molestó en mirarla, ni siquiera quería escucharla. Ya no tenía fuerzas.

—Susan, estás viendo cosas dónde no las hay.

Notó sus pequeñas manos en el brazo antes de que tirase con desesperación de su camisa para llamar su atención.

—¡No me des la espalda cuando te hablo! —gritó desesperada—. ¡No me la des! ¿Por qué insistes en hacerme esto, Camden? Yo te quiero, amor, te quiero.

Procuró calmarla, buscar un resquicio de tranquilidad.

—Y yo te quiero a ti. —Intentó hacerla comprender, aunque últimamente esas palabras ya no tenían la misma fuerza de antaño, no las sentía tan verdaderas—. Pero no podemos seguir así, Susan. No podemos…

—Dime que no me vas a dejar por ella —tironeó de su manga con desesperación—. Dime que no lo harás… yo… yo puedo perdonarte. No me quejaré, no diré nada, pero por favor, no la veas más.

—Su, no estoy viendo a nadie —insistió—. Cariño, no hay nadie más…

Pero ella le empujó y dio un paso atrás.

—Sí, sí la hay… ella… a ella nunca la has olvidado… —lo acusó y esta vez no pudo defenderse—. Ágata siempre se interpondrá entre nosotros, cuando me dejas vas a en su busca, lo sé… ¡sigues enamorado de ella! ¡De esa perra!

—¡Basta! —se enfrentó con su esposa—, no te permito que hables así de ella.

—¿Qué no me lo permites? —se echó a reír como una loca—. ¡Eres mi marido y suspiras por una desahuciada! ¡Ojalá y se muera de una maldita vez!

Su primera reacción fue cruzarle el rostro de una bofetada, pero no lo hizo. Nunca cedería

a algo tan bajo, nunca cometería un acto tan atroz contra una mujer por muy loca que esta estuviese.

—No se puede hablar contigo —declaró y la dejó para ir a cambiarse.

—¡Camden! ¡Camden no me des la espalda!

La ignoró, ni siquiera se molestó en escucharla.

—¡No puedes dejarme! ¡La mataré, me oyes! ¡La mataré yo misma!

Cerró los ojos y respiró hondo. No podía seguir así más tiempo, Logan tenía razón, era hora de buscar un especialista e internarla si hacía falta, no podía dejar que se siguiese destrozando de esa manera, que los destrozase a ambos.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cuándo había empezado a actuar de esa manera?

La enfermedad de Ágata los había cogido a todos por sorpresa, había sido un enorme e inesperado mazazo, especialmente porque ella había mantenido oculta su condición hasta que ya no fue posible esconderlo. El cansancio, el progresivo deterioro, todo había estado ahí y no había sido capaz de verlo. Ella, de entre todas las personas era quién debería ser cuidada, mimada y querida y se había preocupado porque ninguno lo supiese para que no sufriesen. Pero ¿cómo no sufrir cuando la persona que te había dado devuelto la vida estaba perdiendo la suya? En muchas formas, lo había rescatado del abismo y encauzado en el camino correcto, el que le llevó a su esposa, a la mujer que había sido en el principio y a la que había querido con locura.

¿Dónde estaba ahora esa mujer? ¿Cuándo había dejado de verla como el amor de su vida? ¿Cuándo se habían convertido en extraños, en enemigos? ¿Había estado tan concentrado en sí mismo y en dar forma a sus sueños que la había perdido por el camino?

Miró a la mujer que estaba ante él y, por primera vez en mucho tiempo, se dio cuenta que no sentía por ella otra cosa que lástima.

—Susan, por favor, ya es suficiente —intentó dialogar con ella una última vez—. Los vecinos terminarán quejándose otra vez.

—¡Me importan una mierda los vecinos! —gritó—. ¡Que se metan en sus jodidos asuntos!

Sacudió la cabeza, ignoró sus protestas, sus acusaciones y se cambió para volver sobre sus pasos. Estaba cansado, más cansado de lo que creía posible. No podía seguir así, tenía que poner un punto y final a esa situación por el bien de los dos.

Cruzó el salón y escuchó el claxon del coche.

—Es Logan —le informó—. No me esperes levantada…

—¡No puedes irte con él! —clamó y acompañó sus palabras con un lanzamiento intensivo de objetos—. ¡Eres mío!

Se giró y la vio con los ojos abiertos de par en par y mirada enloquecida.

—¡No lo permitiré! —chilló de nuevo—. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no me doy cuenta de cómo le miras? Esa zorra te ha vuelto en mi contra, te ha metido ideas absurdas en la cabeza. ¡No es el orden natural de las cosas!

Apretó los dientes.

—¡Basta! —alzó también la voz, asustándola—. Si vuelvo a oírte decir una sola palabra más, saldré por esa puerta y no volveré a entrar jamás.

No lo haría, ni siquiera él era tan hijo de puta como para abandonar a una mujer de esa manera, pero por dios, tenía que hacer algo, no podían seguir así. Con todo, sus palabras trajeron el inmediato llanto, el recurso al que siempre recurría en esas situaciones.

—No, no, no, no —se tiró a sus pies—. No, amor, por favor. No… no lo volveré a hacer, te lo prometo. Lo siento… dios, lo siento…

—Cariño, no puedes seguir así —se agachó para recogerla del suelo—. Susan, esto tiene

que acabar. No podemos seguir así. Déjame ayudarte, déjame…

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla.

—Quieres dejarme, ¿verdad? —musitó ella. Entonces dio un paso atrás—. La prefieres a ella, siempre la has preferido, lo sé.

—Su, sabes que eso no es verdad —intentó calmarla—. Tú eres mi esposa…

—¡Una esposa a la que siempre dejas sola! —le reprochó, empujándole, apartándose de él —. ¡Una esposa a la que odias! ¡Una esposa que nunca ha estado a la altura de tu Ágata!

Hizo una pausa para recuperar el aire.

—Pero está bien… sí, lo entiendo —continuó con su monólogo, le dio la espalda y empezó a pasearse por el salón—. Siempre seré la segunda en tu vida, la reserva en tu corazón… es a ella a quién amas…

—Susan, eso no es así…

—Así que, ¿por qué no terminar ahora mismo con esto? —murmuró de espaldas a él—. Terminemos ahora y quizá entonces puedas entender lo mucho que te quiero… Nos volveremos a encontrar… y entonces seré la única para ti, ¿verdad?

Camden no tuvo tiempo de registrar sus palabras cuando se giró hacia él y lo encañó con una pistola.

—Sé que ahora no puedes amarme, pero lo harás —le decía mientras avanzaba hacia él con mano temblorosa—. Yo haré que me ames y entonces estaremos juntos para siempre.

Tragó incapaz de creer lo que estaba pasando.

—Susan, ¿de dónde has sacado esa arma? —jadeó—. Cariño, baja esa pistola, por favor…

Sonrió, una sonrisa dulce que contrastaba con la locura que bailaba en sus ojos.

—Te quiero Cam.

El horror se reflejó en su voz cuando vio como el cañón del arma giraba hacia sí misma.

—¡No!

El primer disparo reverberó en la casa, un ardiente dolor se incrustó en su hombro mientras su cuerpo chocaba bruscamente con el de ella en un intento por quitarle el arma e impedir que se matase.

—¡Camden! —la voz de Logan llegó al mismo tiempo del exterior—. Oh, joder… ¡Susan! ¡Cam!

—¡No! —gritaba ella bajo él, luchando por recuperar el arma—. ¡Ella no te tendrá! ¡Ni Ágata ni Logan! ¡Ninguno te tendrá!

—Suéltala. Por amor de dios, Susan, suéltala…

—¡Camden!

—¡Susan!

—¡Eres mío!

Un nuevo disparo reverberó en la sala cuando su mano se cerró alrededor del arma en un desesperado forcejeo, algo húmedo empezó a empaparle la mano, pero no procedía de él.

—¡Camden! ¡Cam!

Logan resbaló por el suelo, lanzándose sobre él, separándolo del cuerpo sangrante que se moría ante él.

—Su… dios mío… oh, señor… Susan… —intentó liberarse de las manos que lo sujetaban —. Su, no… Maldita sea, no nena…

—Joder —el jadeó de su amigo le acompañó cuando la recogió del suelo, sujetándola en sus brazos, sintiendo como se le escapaba la vida.

—Te lo dije… —musitó ella entre estertores—, te lo prometí en el altar… hasta que la

muerte nos se…pa…r…

Sus ojos se abrieron una nueva vez con gesto desmesurado, el aire pareció faltar de sus pulmones y entonces, la vida la abandonó.

—¿Su? ¿Susan? ¿Nena?

Pero ella nunca respondió. Nadie le dijo por qué había pasado aquello, nadie le dijo que era una pesadilla y que despertaría viendo que eso nunca había ocurrido en realidad. El peso del arma en su mano era todo lo que sentía, un mudo recordatorio de que él había sido quién la había matado. Cuando había conseguido quitarle el arma e iba a alejarla, ella le había cogido la mano y la pistola se disparó llevándose la vida de su esposa.

Sangre, gritos, el sonido del disparo, el olor del humo, su nombre en labios de su mujer, repitiéndose una y otra vez, una y otra vez…

—Camden, Cam, despierta…

La había matado…

—Camden, estás teniendo una pesadilla… Cam…

Estaba muerta y él había apretado el gatillo.

—Camden…

Abrió los ojos de golpe, jadeó en busca de aire, los recuerdos todavía presos en sus pupilas apenas le dejaban ver el rostro que estaba sobre él. Era una mujer, unos ojos claros que lo miraban con preocupación.

—Cam, ¿estás bien?

Las palabras surgieron de su boca, un eco de sus pesadillas.

—La maté.

Ella parpadeó sin comprender.

—¿Qué?

—Maté a mi esposa —respondió con voz fría, presa del recuerdo—. La maté.

La sorpresa noqueó esos dulces ojos, los labios se separaron un instante antes de ver cómo se apartaba con gesto de incredulidad. Su expresión lo espabiló por completo, se incorporó de golpe en el sofá y vio a Siobhan a su lado, mirándole entre sorprendida e incrédula.

—Vete.

Ella parpadeó, mirándole sin comprender.

—Camden…

—¡Fuera!

Gritó dando un paso hacia ella y haciendo que esta retrocediese a su vez. Sus ojos se llenaron de miedo y horror, tropezó con sus propios pies hasta terminar cayendo al suelo con un quejido.

—Yo… yo solo…

—¡He dicho que te vayas! —bramó asustándola aún más.

Sus ojos se abrieron mostrando un atronador miedo y sus labios emitió un nuevo quejido, pero eso no evitó que se las ingeniase para alejarse de él a gatas, incapaz de levantarse.

El terror en sus ojos lo devolvió a la realidad, a la mujer que reptaba por el suelo intentando huir de él.

—Jesús —masculló dándose cuenta de lo que había provocado—. Siobhan.

Cuando hizo ademán de caminar de nuevo hacia ella, la vio sobresaltarse, levantar las manos para cubrirse al tiempo que gritaba.

—¡No me toques!

Aquello fue como un puñetazo en el estómago.

—¿Siobhan? ¿Camden? ¿Qué pasa ahí arriba?

Siseó en voz baja.

—Logan, ¡trae tu culo aquí ahora mismo!

Ella no le dejaría acercarse, lo miraba como si estuviese viendo un monstruo; necesitaba a Logan.

—Siobhan… Sio…

—¿Qué coño pasa aquí? —llegó Logan. Echó un rápido vistazo y se inclinó sobre la muchacha que ya extendía los brazos hacia él—. Pero qué… ¿Qué coño le has hecho?

—Di-dijo que ma-mató a su esposa —musitó ella sin dejar de temblar—. Es-estaba gritando… quería des-despertarle… no… no iba a hacerle daño… pero… dice que mató a su esposa.

Se le encogió el corazón ante la voz temblorosa de la chica.

—Serás capullo —siseó su amigo mirándole por encima de la cabeza de la pequeña sumisa—. ¿Es que no vas a dejarlo ir nunca? ¡Maldita sea, Camden! ¡Esa zorra estuvo a punto de matarte! ¡Fue un jodido accidente!

Miró a la muchacha, no podía dejar de mirarla.

—No… no sabía que era ella, no la escuché subir —se justificó, su rabia dirigida ahora a su amigo—. ¿Qué coño hacía aquí?

Logan resopló.

—La envié yo, pedazo de imbécil —replicó sacudiendo la cabeza—. Llevas evitándola los últimos putos días. ¿Tienes idea de lo que ella piensa de…?

—Basta —musitó Siobhan—. Los dos… basta.

Su tono de voz todavía era tembloroso, pero se las ingenió para superar su miedo inicial y poner fin a la contienda entre ellos.

—Debería de meterte yo un tiro en el culo para que sepas lo que es que te peguen un tiro —replicó Logan visiblemente cabreado—. Y tú, ¿a quién piensas que estás dando órdenes?

Aquello pareció espabilarla del todo.

—¡Ni se te ocurra levantarme la voz, Logan Cooper! —exclamó haciéndolo ella—. Hice lo que me pediste y él casi me mata del susto —se giró ahora hacia él—. ¿Qué mierda es eso de que has matado a tu esposa?

—No la mató —repuso el poli con un gruñido—. Fue un puñetero accidente.

—Accidente o no, está muerta.

—¡Mejor ella que tú, imbécil! —clamó Logan—. ¿Cuándo te meterás en esa jodida cabeza, Camden, cuándo? No puedes pasarte toda la vida culpándote por algo que no habrías podido evitar.

La desesperación era palpable en la voz de su amigo, no lo había visto así desde aquel día en el que todo se había ido a la mierda.

Se levantó llevándose consigo a Sio en el proceso, solo entonces la cogió de la cintura y la empujó hacia él, enviándola a sus brazos.

—Explícaselo —lo amenazó con un dedo—, cuéntale lo ocurrido. La verdad. Por una vez en la vida, saca la cabeza del culo y acepta lo que tienes delante. Ella puede ayudarte, Camden, enséñale a hacerlo.

Dicho eso miró a Siobhan, quién se había quedado rígida en sus brazos.

—No importa lo que diga, cariño, él no la mató —añadió Logan en voz alta—. Puede ser un capullo integral y joder hasta los condones con las relaciones, pero no es un asesino.

Sin una palabra más, giró sobre sus propios pies y se marchó por dónde había venido

dejándolos a los dos solos y conmocionados.

CAPÍTULO 15

Maté a mi esposa.

Las palabras resonaban en la mente de Siobhan mientras seguía en presencia de Camden. La había hecho sentarse en el sofá, había servido dos copas de licor y le había ofrecido una mientras se bebía la suya de golpe.

La revelación la había sorprendido, pero había sido su estallido de furia lo que la había hecho temerle. Durante un breve instante revivió su pasado, los gritos y las amenazas que le profería Leo y su cuerpo solo reaccionó. Había sido el dolor en sus ojos, la tensión en su voz mientras discutía con Logan la que consiguió traerla de vuelta y verle a él y no un eco de su pasado.

Camden estaba sufriendo, lo sabía porque ella misma había conocido tal padecimiento, una emoción que podía destrozar con una facilidad pasmosa. Se necesitaba de coraje, fortaleza interior y un fuerte apoyo además de la capacidad de perdonarse a uno mismo para poder salir de ese túnel y emprender de nuevo el camino.

—¿Estás bien? —La pregunta emergió de sus labios de forma involuntaria. Vio la sorpresa y la incomprensión en sus ojos al mirarla, así como un atisbo de culpabilidad.

—Eso debería de preguntártelo yo a ti —respondió tomando asiento en el borde de la mesa del café—. Te he dado un susto de muerte.

Se lamió los labios y ladeó la cabeza.

—Sigo viva, así que de muerte no —replicó en voz baja. Los labios masculinos se curvaron unos milímetros.

—Lo siento —se disculpó una vez más—. No estoy acostumbrado a que me despierten de mis… pesadillas.

—Sé por experiencia lo que pueden hacer las pesadillas —aceptó levantando la mirada para encontrarse con la suya—. Siento haberme asustado así, es solo… trajiste al presente algunos recuerdos que están mejor en el pasado.

—Estamos realmente jodidos, ¿no? —comentó con desgana—. Ambos tenemos equipaje más que suficiente para llenar la bodega de carga de un transatlántico.

—He aprendido que suele aligerarse bastante cuando hablas de ello, cuando lo compartes con alguien que sepa escuchar —insistió ella lamiéndose los labios. Ni siquiera sabía por qué quería escuchar lo que tuviese que decir, pero quería hacerlo, si podía aliviar su carga de algún modo, quería intentarlo—. Tú ya sabes cuál es mi equipaje… ¿qué tal si me hablas del tuyo, *señor*?

La miró, parecía estar batallando consigo mismo.

—¿Qué te hace pensar que hablar de mi pasado contigo puede ayudar en algo? —replicó hastiado—. ¿Piensas que puedes hacer algo más de lo que ya han intentado psicólogos y psiquiatras?

Acusó sus palabras, pero les restó importancia, Camden era ahora mismo un animal herido, a la defensiva, listo para atacar.

—Posiblemente no, pero me lo debes por haberme tirado al suelo.

—Yo no te…

Levantó el dedo índice, señalándolo.

—Y me duele el costado.

Entrecerró los ojos.

—Así que exijo una compensación, *señor*.

Parpadeó.

—¿Exiges?

Se encogió de hombros.

—Es una forma de hablar.

—Una bastante maleducada para una sumisa —replicó él con ese gesto arrogante que la encendía.

Agitó las pestañas cual dulce damisela.

—Solo intento serviros de la mejor manera que sé, señor.

Sacudió la cabeza, o se estaba dando por vencido o no quería seguir discutiendo con ella.

—Deberías ir a buscar a Logan —la sorprendió. La estaba echando, en verdad la estaba echando—. Te necesita ahora mismo más que yo.

Se obligó a mantener la voz neutral.

—No he sido yo el que lo ha herido, señor —replicó con suavidad—, y no es él quien me necesita.

Resopló. Esa era la primera vez que la escuchaba llamarle amo y era una sensación más placentera que detestable.

—Siobhan…

—Me has estado evitando —comentó ella—. Dime, ¿he hecho algo malo?

Su pregunta pareció cogerlo por sorpresa.

—No, no has hecho nada malo.

—Entonces, ¿por qué me alejas?

Sus ojos se encontraron.

—Por que podrías convertirte en algo que podría desear —declaró con franqueza.

Se mantuvo en silencio unos momentos buscando la mejor manera de acercarse a él.

—¿Qué le pasó a tu esposa?

Sus ojos se encontraron una vez más y él no dudó en responder.

—La maté.

Se lamió los labios y deslizó las manos sobre las de él.

—Logan dijo que no fue así —respondió acariciándole las manos—. Así que dime la verdad, por favor, señor.

—¿Quién te dice que esa no es la verdad?

—Porque si lo fuese, no serías el único asesino en esta habitación —declaró sin apartar la mirada—. Mi marido murió por mi culpa, Maestro Camden. ¿Lo maté yo? No.

Él no vaciló.

—Mi mano fue la que empuñó el arma.

Se obligó a permanecer estoica.

—¿Querías matarla?

—Dios, no…

Asintió despacio.

—Entonces, no fuiste tú quién la mató —declaró con una seguridad que ni siquiera sabía de dónde había salido.

Lo vio soltar un profundo suspiro.

—No vas a darte por vencida, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No, señor, no lo haré.

Resopló, bajó la cabeza como si estuviese buscando las fuerzas que necesitaba y empezó a hablar.

—Se llamaba Susan y, hubo un momento, en que creía que era todo lo que necesitaba para que mi vida estuviese completa.

Camden se sentía extraño. Por primera vez en mucho tiempo se sentía en cierto modo un poco más ligero, como si hablarle a esa pequeña sumisa de su pasado le hubiese ayudado. La miró y se encontró con sus ojos sobre él, serena, silenciosa, le había escuchado sin interrupción, sirviéndole de soporte. Solo cuando había hecho alguna pausa había aprovechado para hacer alguna mención sobre su relato, pero no había acusación alguna en su voz; algo extraño en una mujer.

—Deberías irte —las palabras salieron de su boca sin pensar y vio la inmediata reacción en sus ojos. Sorpresa, titubeo y ¿desencanto?

Se lamió los labios como si buscase fuerzas para continuar y habló.

—A Nathan, mi marido, siempre le sentaba bien un baño después… de un día complicado —comentó eligiendo las palabras con estudiado cuidado—. Ya que una de tus… peticiones… es que comparta la ducha contigo, quizás podrías… querer hacerlo ahora, señor. Sé a ciencia cierta que el agua caliente relaja.

La miró, la vacilación acudió a sus ojos, pero la terquedad de su barbilla decía otra cosa, lo desafiaba a negarle su petición.

—La puerta de la izquierda —le indicó con un gesto de la barbilla—. Adelántate.

Su mirada pareció iluminarse durante un breve instante.

—Sí, señor.

Vio como giraba sobre sus talones y buscaba la puerta indicada para luego dirigirse hacia esa sección.

—Sumisas —musitó en voz baja, sacudiendo la cabeza.

Debería enviarla abajo, devolvérsela a Logan, pero maldito fuera, su presencia le había reportado una tranquilidad que no había tenido en mucho tiempo.

Sacudió la cabeza una vez más y echó un nuevo vistazo a su habitación. Esa pequeña gacela era la primera mujer que ponía un pie en su territorio, mientras a Logan le daba lo mismo meter a las mujeres con las que se acostaba en casa, él prefería mantener sus esporádicas relaciones en clubes, fiestas privadas o muy excepcionalmente, en el Purgatorio, pero no en su hogar, no dónde él podía permitirse ser él mismo.

—Y ahora esa gatita te está preparando un baño —bufó ante la ironía de todo ello.

Chasqueó la lengua y caminó hacia la puerta escuchando ya el correr del agua.

Una buena pregunta sería, *¿por qué demonios estaba haciendo eso?*, pensó Siobhan.

Camden no era Logan, sus maneras eran más serias, su acento todavía tenía ese deje irlandés que también conservaba ella, pero mucho más diluido, de hecho, solo salía a la luz

cuando se enfadaba o se sumergía en los recuerdos.

«Maté a mi esposa».

La sola frase era suficiente para que cualquiera se preocupase, pero su compañero de vivienda no la habría dejado sola con él, no se la habría impuesto en realidad, si no creyese que estaba a salvo. En cierto modo, las últimas palabras que le dedicó fueron como una súplica, una que le pedía que lo entendiese, que viese más allá de lo que había a simple vista. Teniendo como referencia sus propias experiencias, merecía ser escuchado.

Sacudió la cabeza y comprobó la temperatura del agua, no sabía si le gustaba más caliente que fría, así que optó por una temperatura intermedia que podría cambiar a su antojo. Se giró para ver dónde podía conseguir unas toallas, pero todo lo que pudo hacer fue contener el aire al verle allí, de espaldas a ella, terminando de desnudarse.

—Quítate la ropa.

No fue una petición, fue una orden y no esperaba discusión alguna puesto que pasó delante de ella, estiró el brazo al interior de la ducha y comprobó la temperatura del agua para luego entrar en el amplio habitáculo. El vapor empezaba a teñir de humedad el mosaico de cuadros de distintas tonalidades de marrón que contrastaba con los azulejos, mucho más claros, del resto del baño. Dos lavabos independientes, una bañera, un par de repisas y suficiente zona de almacenaje dotaban a la estancia de un aspecto a moderno spa. Con todo, era incapaz de quitarle los ojos de encima al desnudo cuerpo que tenía ante ella, por no mencionar el erecto y grueso pene que apuntaba hacia delante sin vergüenza alguna.

—Siobhan.

Su nombre fue como un pequeño latigazo, parpadeó un par de veces y notó como se sonrojaba hasta la médula al percatarse de que él la estaba mirando.

—A menos que tengas la extraña costumbre de asearte con la ropa puesta —le recordó y señaló el taburete al otro lado de la habitación—, puedes desnudarte y dejarla allí.

—Sí, señor —murmuró—. Lo siento, señor. Estaba…

¿Qué? ¿Mirándole la polla absorta? Sí, ya podía imaginarse lo bien que sonaba eso en voz alta. La manera en que clavó los ojos en ella y enarcó la ceja fue suficiente advertencia para que optase por no continuar la frase.

—Sí, señor.

El quitarse la ropa no debería haber sido tan intimidante, especialmente dado el hecho de que él ya estaba desnudo y en la ducha, con el agua corriendo sobre su cuerpo. La dejó doblada en el lugar y, tras tomar una profunda bocanada de aire, se dio la vuelta y caminó hacia la ducha.

—Hoy será una excepción —comentó sin mirarla siquiera, estaba ocupado examinando los champús y geles que había en la repisa—, pero a partir de mañana, te quiero aquí, con un albornoz y lista para empezar el día.

Parpadeó y se quedó inmóvil cuando por fin se giró hacia ella. Su mirada era abiertamente sexual, no se andaba con subterfugios, había deseo en esos ojos el mismo que evidenciaba su dura y palpitante erección. Levantó la mano y la llamó con el dedo, indicándole que continuase.

—Entra, Siobhan —la invitó a ello y acto seguido le indicó el gel escogido y una esponja que esperaban sobre un lado de la repisa—, veamos lo bien que se te da bañarme.

Cogió la esponja y, tras pasarla por el agua y aplicar un poco de jabón, formó una cantidad suficiente de espuma para empezar aquella sensual y erótica escena. Diablos, metidos en un espacio tan reducido, él parecía incluso más grande de lo que ya era.

—Um… si puedes meterte un momento debajo del chorro del agua —señaló un poco incómoda—. No… no le llego a la parte de arriba.

Y era verdad, la columna estaba colocada a una altura que se le escapaba.

Una perezosa sonrisa curvó los labios masculinos y le otorgó un aire más desenfadado y menos serio.

—Y de entre todas las sumisas existentes, tenías que ser tú —murmuró dándole la espalda, se metió bajo el chorro del agua y se enjuagó, mojándose por completo, restregando el pelo corto con los dedos.

—¿Y eso que quiere decir? —No pudo evitar preguntar, aunque a juzgar por su tono de voz no sabía siquiera si lo había escuchado.

—Empieza, pequeña, que sea para hoy.

Frunció los labios, pero optó por mantener la boca cerrada y concentrarse en su autoimpuesta tarea. Deslizó la esponja sobre sus hombros y comenzó un ligero masaje en pequeños círculos. No era la primera vez que bañaba a un hombre, a Nathan le había gustado tener ese tipo de atenciones de vez en cuando y ella había disfrutado haciéndolo, pero Camden no era su marido. Su complexión, el tono de su piel, las pecas sobre sus hombros, así como los musculosos planos de su espalda hablaban de un hombre distinto.

Uno que es un completo desconocido para ti, se recordó. Este no era el niño que recordaba, era un hombre crecido y con una maldita aura de dominación que la dejaba temblorosa. Desde su manera de caminar, como si le perteneciese el mundo, pasando por la intensidad de su mirada o su presencia hablaban de la dominación, su piel no exudaba sudor sino testosterona y eso la ponía nerviosa y caliente al mismo tiempo.

Resbaló la esponja por su columna, procurando cubrir toda esa piel con la jabonosa loción, entonces vaciló unos instantes al llegar a ese duro y delicioso culo de duros glúteos, solo para recrearse un poco más de la cuenta.

—Creo que esa parte ha quedado impoluta, sumisa.

La risa contenida bordeaba sus palabras y la puso de un intenso color rojo con lo que acabó con sus piernas y tobillos en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya… ya puedes aclararte —murmuró intentando que su voz no sonase estrangulada. ¿Qué demonios le pasaba? Jesús, nunca se había sentido tan caliente y tentada como en ese momento y todavía le faltaba la parte más interesante de su anatomía pensó con un bajo gemido.

—¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente —se apresuró a añadir, entonces volvió a humedecer la esponja y la deslizó ahora por sus brazos y clavícula.

—Te aconsejo que empieces a llevar aire a los pulmones, pequeña, no es como si estuvieses buceando o algo. —El tono canalla seguía presente en su voz. Estaba claro que se lo estaba pasando pipa a su costa—. Vamos, respira.

Lo hizo. Dentro y fuera, dentro y fuera y mientras insultaba mentalmente a todos los santos que conocía o podía recordar por haberse puesto a sí misma en semejante situación. Su pecho era ancho, trabajado en el gimnasio, pero sin llegar a la complexión y musculatura del policía. Ambos eran atléticos, pero mientras Logan poseía la constitución de un armario, Camden era más estilizado, elegante en su enormidad y carecía del suave vello que cubría el pecho de su compañero de vivienda.

Dejó escapar un resoplido al entender su alusión al salón de belleza y la maldita depilación brasileña. Maldito capullo.

—Algo te ha molestado, ¿de qué se trata?

Levantó la mirada y se encontró con esos profundos y chispeantes ojos verdes.

—No es nada —negó y continuó bajando la esponja por sus abdominales, solo para que

los fuertes dedos le rodeasen la muñeca deteniéndola en el acto.

—Inténtalo otra vez —declaró y su voz volvía a ser seria, escalofriante de una manera sexy.

—El Maestro Logan… *um*… me ha pedido algo y… me dijo que te pidiese el número de teléfono.

Eso lo hizo enarcar una ceja, no tenía la menor idea de a qué se refería.

—¿El número de teléfono de qué?

Maldito policía, pensó mortificada.

—Quiere… um… que me depile… ahí abajo —musitó en apenas un susurro.

Lo escuchó resoplar.

—Me gusta la idea —declaró sobresaltándola—. Te concertaré una cita para mañana.

Jadeó y se encontró con sus ojos, él parecía tranquilo.

—Eso va a doler —replicó con un bufido—. Mucho.

Sus labios se curvaron con pereza.

—Piensa en todos los beneficios que traerá consigo —le soltó sin más, entonces señaló de nuevo la esponja todavía en su mano—. No has terminado.

Bajó la mirada y se encontró con una más que feliz erección apuntando hacia ella. Se lamió los labios y se flageló a sí misma mentalmente antes de continuar con su tarea.

Resbaló la suave esponja alrededor de los oscuros pezones, continuó sobre los marcados, pero no exagerados abdominales y bajó esquivando a propósito el henchido pene para continuar con sus piernas y duros muslos. Ese hombre era puro cemento bajo caliente piel, una maldita obra de arte si se lo preguntaban, una que la estaba poniendo más y más caliente.

—Te queda una parte —declaró dejando claro a qué parte en concreto se refería.

Se relamió sin darse cuenta y deslizó la mano equivocada, pero él no se quejó, dejó que lo explorase y tantease el duro y grueso miembro bajo sus dedos. Ni siquiera se movió, tenía que tener una fuerza de voluntad increíble porque aquello estaba malditamente duro y parecía encantado de verla.

Un ligero carraspeo fue toda nota de advertencia. La esponja se ocupó entonces de seguir la estela que antes había trazado su dedo y bajó desde la cabeza hasta el recortado vello de la base y los pesados testículos; allí no se había depilado. ¡Ja!

Mordiéndose una frase nada halagüeña hacia los hombres y sus egos, terminó con su tarea y dio un paso atrás dejándole enjuagarse por completo.

—Ha sido sin duda interesante, pero preferiría que la próxima vez fuese un poquito más rápido, sobre todo porque por las mañanas no tengo tanto tiempo para jugar —replicó y, antes de que se diese cuenta de lo que estaba pasando, había soltado la esponja y se encontró con la pared pegada a los mojados azulejos—. Y no me estoy quejando, pequeña, por el contrario. Me has dejado tan caliente que necesito que termines el trabajo… de rodillas.

CAPÍTULO 16

Camden la miró a los ojos y esperó. ¿Se negaría? ¿Le daría la excusa que necesitaba para enviarla de vuelta con Logan? No podía negar que ese maldito baño erótico lo había dejado más duro que una piedra y deseando más, por otro lado, sucumbir al placer y reclamar a esa pequeña sumisa podía ser también un error.

Ella no era como el resto, no buscaba solo un efímero momento de placer antes de pasar al siguiente, sus necesidades eran otras y ese hijo de puta de Brian era consciente de ello cuando decidió ponerla en sus manos y en la de Logan.

Pero Siobhan volvió a sorprenderle cayendo a sus pies, el agua mojándola ahora también, empapando ese dulce y curvilíneo cuerpo que no había dejado de admirar. Los duros pezones lo atraían como bayas maduras, el suave triángulo entre sus piernas invitaba a ver que había más allá, a descubrir sus secretos. Bufó al recordar su previo comentario, el muy canalla de Logan la había puesto en un buen aprieto, uno que le gustaba más de lo que podía admitir.

Casi sin pensar, hundió los dedos en su pelo mojado y la obligó a levantar un poco la cabeza, poniéndola en la posición óptima para que la cabeza de su polla le acariciase los labios.

—Abre. —La instruyó y presionó suavemente contra ellos. No tuvo que ir mucho más allá en sus órdenes, esas carnosas y rosadas carnes se dividieron dejando que su lengua emergiese y le acariciase la gruesa cabeza con lentitud—. Buena chica.

Mantuvo la mano en su pelo, sujetándola allí dónde la quería, mirándola mientras los labios se cerraban alrededor de la hinchada cabeza y notaba su succión. Jugó con su miembro, lo lavó con la lengua y pellizcó con los dientes la suave piel haciéndole respingar.

—Pequeña harpía traviesa.

Le pareció verla sonreír alrededor de su miembro, pero no le permitió seguir por ese camino, él era quién estaba al mando, quién daba las órdenes y le permitía hacer o no hacer algo. Presionó su carne más profunda en su boca, observando cómo se estiraban los labios y ella gemía al tragar un poco más de su longitud.

—Despacio, relaja la garganta —la instruyó, guiándola con la mano anclada en su pelo, empujando un poco más y deteniéndose cuando la sentía vacilar—. Así… suave… usa tu lengua.

Guiada por sus instrucciones, lo lamió, lo chupó en su boca y dejó que la penetrara un poco más gimiendo al hacerlo. Sus manos se elevaron hasta apoyarse en sus muslos, unos perezosos dedos se movieron entre sus piernas y le acariciaron los testículos arrancándole un gruñido.

—Te estás ganando un correctivo, pequeña.

Se retiró de su boca solo para dejar que ella lo lamiese como si fuese un caramelo, usando sus dedos, masturbándole antes de volver a introducirse en ella y empujar un poco más, retirándose y volviendo a empujar. Follarle la boca estaba resultando ser mucho más erótico de lo que podía haber imaginado, ver sus ojos oscurecidos por el deseo, sus labios hinchados y estirados alrededor de su miembro provocaba una excitación en su interior que lo ponía incluso más duro.

La tentación de hundirse una y otra vez en ella empezaba a rayar en lo peligroso, quería usarla de una manera física y egoísta, quería enterrarse en su boca, sujetarle la cabeza e

impulsarse en su interior hasta correrse. No podía hacerlo, no estaba preparada para eso, no podía forzar la precaria confianza que podía haber existido en ese pequeño cuerpo después de escucharle hablar de su pasado de esa manera.

Se obligó a mantener el control un poco más, a empujarla, pero sin llegar a un punto en el que pudiese ser demasiado para la pequeña sumisa. Aferró con más fuerza su pelo, sabía que le estaba provocando un pequeño tirón, pero era mejor eso a follarle la boca como un loco. Cerró los ojos y dejó que el agua le bañase el rostro mientras esa dulce y hambrienta boca lo conducía poco a poco a la liberación que necesitaba.

—Más fuerte, chupa más fuerte.

Sus caderas se movieron involuntariamente, adelantándose, hundiéndose más en su boca y ella gimió solo para succionarle como le había pedido, más fuerte, llevándole más adentro, rompiendo con sus reservas y arrastrándole a la vorágine del inmediato deseo. Lo chupó con ahínco, disfrutando ella misma del acto, emitiendo pequeños gemidos que lo enardecían y ponían en serio peligro su contención. Jugó con la lengua, lo tomó para retirarse a continuación y retener solo la punta, era una gatita traviesa y sus travesuras hicieron que se corriese en su boca.

Le tiró del pelo sin poder contenerse, hundiéndose en ella, derramando su semen y obligándola a tragar hasta que no quedó ni una sola gota. Solo entonces se permitió retirarse de esa caliente cavidad, encontrándose con sus ojos llenos de lujuria.

—Eso ha estado bien, pequeña, muy bien.

Y lo había estado, vaya que lo había estado. No podía recordar una sola vez en la que se hubiese sentido como ahora y, lo más preocupante de todo, es que todavía no había terminado. Quería más, deseaba más y ella era la que iba a dárselo.

Tiró de Siobhan hacia arriba, tropezó con su cuerpo y la empujó una vez más contra la húmeda pared, la giró y retiró todos los botes de la jodida repisa de un manotazo antes de depositarla sobre esta.

—Pero ahora, es mi turno. —Dicho eso la besó en la boca. Un beso caliente, húmedo al que respondió al principio con timidez para luego enlazar su lengua a la suya—. Sabes a mí…

La sintió estremecer, sus ojos oscurecidos por el deseo.

—Sabes bien.

Sonrió ante la dulce respuesta y sacudió la cabeza.

—Me apuesto lo que quieras a que tú sabes incluso mejor —aseguró con tono bajo, sus ojos deslizándose una vez más por su cuerpo antes de que sus manos hiciesen lo propio y le acariciase los pezones—. Separa las piernas.

Notó su vacilación, lo que no hizo más que aumentar sus ganas de salirse con la suya. Le abrió las piernas todo lo que permitía el habitáculo y fijó la mirada en la de ella.

—Pon las manos en las rodillas —le ordenó. Esperó paciente a que obedeciese y cuando lo hizo asintió complacido—. Buena chica.

La vio lamerse los labios, estaba nerviosa, a pesar de haberle comido la polla no hacía ni unos minutos, estaba nerviosa, pero también excitada.

—Mantén las manos ahí y no cierres las piernas —la instruyó y, para que no le quedase ninguna duda al respecto añadió—. Si las cierras, no dejaré que te corras.

Sus caderas se sacudieron y escuchó como dejaba escapar un pequeño gemido cuando su lengua golpeó entre sus piernas, lamiendo su hinchado sexo mientras sus dedos encontraban el oculto clítoris. La lamió alrededor, jugando con sus dedos al mismo tiempo que la saboreaba, chupando y pellizcándole la tierna carne con los dientes, haciéndola jadear y arquearse bajo su boca. La sujetó, impidiéndole moverse mientras hundía la lengua en su interior, penetrándola

todo lo profundo que podía hasta escuchar sus gritos.

La sorbió ruidosamente, gruñó y emergió de esa dulzura solo para ir ahora a por su hinchado clítoris y succionarlo con fuerza. Sus gemidos lo enardecían y hacían que se pusiese de nuevo duro. Deseaba comerla, devorarla hasta que se corriese en su boca, pero todavía no, primero quería degustar ese delicioso coñito que ahora tenía para él. Se agachó lo justo para empujar una de sus piernas con su hombro, arrastrándola un poco más hacia fuera, sujetándola abierta y en una posición que no le permitía hacer otra cosa que entregarse al placer.

La lamió con fruición, deslizó un dedo en su interior comprobando lo resbaladiza que estaba ya, haciendo que desease hundirse hasta la empuñadura en esa suave y mojada funda y follarla sin más. Jugó entre sus pliegues y utilizó su propia humedad llevándola hacia atrás entre sus nalgas, al pequeño rosetón oculto de su ano.

Notó como se retorcía bajo él, pero no protestó, su dedo siguió jugando en la entrada para empujar y notar como se tensaba y emitía un bajo quejido.

—Sí… esto también va a ser mío —murmuró contra su sexo. Una promesa a sí mismo.

—Oh dios… señor… por favor…

La silenciosa gatita por fin decía algo coherente, pensó divertido.

—¿Por favor, qué gatita?

Su lengua volvió a sumergirse en ella, enloqueciéndola, haciéndola curvear.

—Ne… necesito… oh… dios…

Sopló sobre su suave y tierna carne.

—¿Qué necesitas, Sio? —siguió empujando al mismo tiempo el dedo en su trasero, la lengua en su apretado canal—. ¿Esto? ¿Quieres esto, pequeña?

Se arqueó bajo sus manos, lloriqueando.

—Señor… por favor…

Sus temblores le dijeron que la pequeña sumisa estaba a punto de correrse, que lo necesitaba con desesperación.

—Pídelo apropiadamente, Siobhan —la empujó—. Dime que es lo que quieres.

Se mordió el labio inferior, vio como lo hacía al levantarse y cernirse sobre ella.

—Yo… —se lamió los labios una vez más—. Quiero… te… te quiero a ti… por favor, señor.

Dejó que sus labios se curvaran muy despacio.

—¿Qué quieres de mí exactamente? —insistió, viendo cómo sus ojos oscurecidos por el deseo medio se cerraban. La necesidad bailaba con la vergüenza.

—¿Quieres mi pene enterrado en tu húmedo coñito? —sugirió y la acarició con los dedos para remarcar sus palabras—. ¿O quizás prefieres que juguemos por aquí? —le acarició ahora la entrada trasera.

—Señor, por favor… sí… —musitó, sus mejillas arreboladas—. Yo… lo que… lo que tú desees, pero por favor… te… te necesito.

Sonrió y se inclinó sobre sus labios.

—Y esa es sin duda una respuesta más que adecuada, pequeña sumisa.

Le rodeó la cintura con las manos y la arrastró hacia delante hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo.

—Las manos sobre la repisa, piernas separadas —la instruyó y le dio un golpecito al tobillo para abrirla aún más—. Y grita lo que quieras.

Se condujo profundamente en su interior haciendo que se pusiese de puntillas, no le prodigó mayor cuidado o advertencia, después de todo estaba tan mojada que entró con

asombrosa facilidad.

—Oh dios mío, Cam.

Escuchar su nombre en sus labios le resultó de lo más erótico.

—Sujétate, Sio —le susurró al oído—. Veamos qué tal se te da la monta.

Ella gimió, gritó y no dejó de hacerlo en toda la noche.

CAPÍTULO 17

—Eres un cabronazo.

Logan levantó la mirada de los papeles que estaba ojeando a la mañana siguiente y enarcó una ceja.

—Espero, por tu bien, que la hayas tranquilizado, usado y saciado —le soltó—. Alguien tenía que darte una patada en el culo. Llevas demasiado tiempo cargando con una culpa que no te corresponde.

Se dejó caer en el aliento libre.

—Susan era mi responsabilidad —comentó—. Tenía que haberme dado cuenta antes de que algo iba mal, hacer algo antes de que fuese… tarde…

Dejó los papeles a un lado y lo miró.

—Te habría matado y lo sabes —aseguró—. Había perdido la cabeza por completo, estaba viendo fantasmas dónde no los había, se hizo con el arma a tus espaldas…

—Todavía no sé cómo pudo —sacudió la cabeza—. Pudo haber sido un accidente, pero le fallé mucho antes de ese momento.

—Y ese es un error que no volverás a cometer —le aseguró—. Fue un brote psicótico. Ninguno podíamos prever algo así. No fue culpa tuya, tatúatelo si hace falta. Llevas demasiado tiempo anclado en el pasado, enganchado a un error y es hora de que pases página.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Ver la cara de Sio anoche, cuando le grité que se fuera —cerró los ojos—, eso dolió, tío. Me sentí como la mierda.

Logan resopló.

—Lo sé —asintió sin rodeos—. Pero la has compensado y deduzco que bastante bien a juzgar por el hecho de que no se ha levantado todavía. Diablos, esa mujer le da un nuevo sentido a la acción de madrugar.

Levantó la mirada como si pudiese imaginársela en su dormitorio, tendida sobre la cama, desnuda, tal y como la había dejado.

—Esa diablilla tiene la peor boca que he visto jamás en una sumisa —comentó rememorando la noche anterior—. Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero es… refrescante.

Se echó a reír.

—Entre otras muchas cosas —concordó—. Es de esa clase de mujeres que te plantearías conservar.

Se miraron y sacudió la cabeza. No iba a ir por ahí.

—No te enamores de ella, Logan —lo previno—, no sería nada inteligente.

Chasqueó la lengua.

—El amor es para quién no tiene nada que perder —se encogió de hombros—, no para un detective de homicidios.

—Sigue repitiéndotelo y quizá te funcione —replicó irónico. Miró el reloj y luego echó un vistazo general a la cocina—. Tengo que pasarme por el restaurante, tenemos un par de reservas especiales al mediodía.

—Entonces no vas a estar para la comida.

Negó con la cabeza.

—No me dará tiempo —negó y señaló la nevera—. Os tocará tirar de *tapper*.

—Bueno, veré si puedo convencer a Sio para pedir unas hamburguesas.

Puso los ojos en blanco.

—Tú y la comida basura.

Logan señaló la caja que tenía ante él.

—Soy un poli y adoro los *Donuts*.

—Morirás de un exceso de colesterol.

—Quemaré las calorías en el gimnasio —le guiñó el ojo.

—No puedo contigo.

—Logan 1, Camden 0 —canturreó y levantó el pulgar indicando el piso superior—. Yo la entretengo en la comida y tú te haces cargo de la cena. Tengo que pasarme a última hora por la central.

—¿Hay alguna novedad?

—Todavía no, pero es cuestión de tiempo —aseguró serio—. Estamos cerca, lo sé y cuando dé con él no quedará ni el recuerdo.

No podía evitar estar de acuerdo con su compañero, Siobhan no estaría tranquila hasta que todo eso se solucionase y ellos tampoco.

—Mantenme al tanto de lo que averigües.

Asintió.

—Descuida —aceptó—. Te enterarás. Y no llegues tarde.

Camden notó, por primera vez en mucho tiempo, la falta del peso que siempre le oprimía el pecho al traspasar las puertas del cementerio. Hoy no era el día en que solía visitarla, pero había sentido la imperiosa necesidad de ir a ella nada más subirse al coche. Recorrer el sendero de piedra que conducía a la apartada tumba le dio tiempo para arrepentirse varias veces, para detenerse en seco y hacer el amago de abandonar la visita, pero algo tiró de él hasta el final.

No habló durante varios minutos, limitándose a contemplar la durmiente talla y el nombre que dotaba de identidad a la sepultura. Había momentos en los que necesitaba ese silencio, en que si cerraba los ojos podía escuchar de nuevo su voz venida del pasado, su risa… la echaba tanto de menos.

—Parece que los dos hemos tenido la misma idea.

El inesperado comentario lo sobresaltó. Abrió los ojos y se giró para ver a Brian de pie a su lado con los ojos fijos en la lápida. El hombre llevaba todavía el uniforme de su unidad, así que debía haber aprovechado algún tiempo muerto estando por la zona para pasarse.

—¿También necesitabas aclararte las ideas?

Dejó escapar un risueño bufido y le palmeó el hombro.

—Más bien conseguir alguna buena y ella siempre las da —comentó acariciando ahora la placa con el nombre de esa menuda mujer que había significado tanto para ellos—. ¿No es así, mi niña?

No pudo evitar recordar al bombero la primera vez que lo vio, un crío de veintitrés años que lo había perdido todo en un abrir y cerrar de ojos. Había estado sentado en un taburete, incluso en esa posición le doblaba el tamaño a la chica. Ella tan dulce, tan frágil y él cubierto de suciedad y hollín, con un traje oscuro, empapado con algo que lo había dejado sin respiración por

lo que ello implicaba.

«¿Ágata?».

Ella se había girado hacia él al escucharle, le había sonreído con calidez y había negado con la cabeza.

«Hola Cam. Este es Brian. Se va a dar una ducha y va a comer algo. Se quedará con nosotros unos días… o más, si eso es lo que quieres». Le informó ella. Era algo que hacía continuamente. De repente llegaba a casa con alguien nuevo, un alma tan necesitada como había estado la suya propia cuando la conoció.

El chico había levantado entonces la cabeza, sus ojos verdes apagados, tan llenos de dolor y desesperación que lo había impactado tanto o más que las palabras que había musitado.

«Se han ido. Todos se han ido».

Esas palabras habían cobrado sentido horas después cuando Ágata los reunió y los sucesos salieron a la luz. Todos se habían volcado con el joven bombero, habían estado a su lado en un intento por darle apoyo moral, pero había sido ella la única en alcanzarle y arrancarle de la necesidad autodestructiva y la brutal culpabilidad que había despertado en su interior.

—¿Perdido en los recuerdos?

Sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

—Durante un breve instante —confesó con un asentimiento—. A veces es imposible detenerlos.

Le pareció ver cómo los labios masculinos se curvaban en una breve sonrisa.

—A mí me lo vas a decir —aceptó. Él mismo parecía estar en terreno cenagoso—. ¿Te acostumbras a tener a una nueva sumisa pululando a tu alrededor?

—Me temo que no he sido muy buen anfitrión. —Se fue por la tangente—. Logan es el que ha pasado más tiempo con ella.

—¿Ahora huyes de las dulces y cautas sumisas? —se burló.

—De esta en particular, confieso haberlo intentado —aceptó e hizo una mueca—. ¿Por qué demonios me la has endosado?

—Porque, de todas las mujeres que conozco, Siobhan es probablemente la única que puede entender por lo que has pasado —aseguró sin más—, y porque ella también necesita a alguien a su lado que le brinde apoyo.

—¿Y por qué no te la has quedado tú para empezar?

—Porque mi infierno la consumiría y acabaría destrozando a una buena mujer que no se lo merece —respondió con la usual practicidad de siempre—. Conocí a su marido, vi la relación que tenían, lo que eran el uno para el otro… Sio necesita algo que yo no puedo darle…

—¿Y piensas que yo sí? —bufó. Le gustaría saber cómo diablos había llegado su compañero a tal idea—. No estoy interesado en ninguna clase de relación a largo plazo, Brian, fue suficiente la primera vez y no quiero repetir.

Le miró de soslayo.

—Ella tampoco lo está, lo cual la hace perfecta en estos momentos para ti o para Logan —declaró antes de sonreír—. O para los dos.

Resopló.

—Te estás equivocando de cabo a rabo.

Desechó sus palabras con un gesto de la mano.

—No te comas el coco, Cam, limítate a disfrutar del momento y ya —le sugirió—. Si ha de llegar algo más, ya lo hará.

—Ni de broma.

Se rio y levantó las manos a modo de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo —volvió a mirar la figura del ángel—. Pero dime que al menos vendrás al club, es parte de su castigo.

—Tienes una manera muy rara de castigarla —le soltó—. Me inclino más a ver la visita al *Blackish* como una recompensa.

—Oh, amigo, cuando conozcas bien a Sio te darás cuenta de que no es así —canturreó divertido—. Mantente cerca de esa pequeña sumisa, Cam. Ella no es como las demás… no es como Susan.

Dicho eso, se inclinó para acariciar una última vez la placa con el nombre de su mentora.

—¿Verdad que no lo es? —creyó escucharle musitar. Entonces suspiró—. Hay momentos durante el día en que la echo terriblemente de menos, es como un fantasma del que no puedo deshacerme.

La admisión del hombre hizo eco en sus propias emociones. Él mismo se sentía así a menudo. La partida de Ágata los había marcado a todos de forma indeleble, quizá porque su presencia también los había marcado en vida.

—Y sabes qué es lo peor de todo, lo que me aterra hasta la médula, que su rostro empieza a desdibujarse en mi mente —continuó abriéndose como muy pocas veces lo había hecho hacerlo —. Su voz empieza a hacerse cada vez más lejana y su recuerdo se confunde con las pesadillas. Ella lo fue todo para mí, fue la luz que me arrancó de las malditas tinieblas y nunca he podido devolverle el favor.

Dejó escapar un profundo suspiro, acarició la placa con el nombre y se incorporó.

—Nuestra irritante secretaria me dijo algo que me dejó pensando. Raro en mí, lo sé —continuó con ese monólogo—. Pero creo que ha dado en el clavo. Me dijo que solo había una manera de pagar esta deuda, una que implicaba amar con el alma y no solo con el corazón.

Sopesó las palabras y dejó que su mirada vagase también sobre la estatua del ángel dormido.

—Porque así era como ella nos había amado —musitó en un hilo de voz.

Lo escuchó suspirar, entonces levantó la mirada y pudo ver en sus ojos esa oscuridad que había habitado en ellos años atrás.

—Brian…

Se limitó a componer esa enigmática sonrisa con la que no sabías si se burlaba de ti o te odiaba hasta la médula, la oscuridad se desvaneció y en su lugar quedó el hombre que era ahora.

—Sio puede ser la redención que necesitas, Camden, no la apartes todavía —le pidió con una seriedad impropia en él—. Si alguien puede devolverle la luz a un alma oscura, es esa pequeña luciérnaga.

Dicho eso, depositó un beso en la yema de sus dedos que después posó sobre la figura del ángel, le dedicó un breve gesto de despedida y se marchó con la misma silenciosa cadencia con la que había llegado.

CAPÍTULO 18

El encargarse del proyecto del espacio *chillout* de la casa hacía que Siobhan se mantuviese entretenida y se sintiese útil. No servía para pasearse por la casa de un lado a otro sin hacer nada, necesitaba actividad y, entre sus heridas y ese loco que todavía andaba suelto, no le dejaban ni abandonar el lugar.

Había querido visitar a Brian para trabajar en el jardín, pero tuvo que esperar a que Logan tuviese un rato libre para llevarla. En ciertos aspectos se sentía una prisionera, en otros un huésped, era como si no perteneciese ni a una categoría ni a otra y después de más de una semana conviviendo con esos dos, era mucho decir.

Suspiró y echó un vistazo a los planos en los que había estado trabajando. Frunció el ceño y se levantó para echar un vistazo por la ventana. Logan había pasado el corta césped, ahora solo quedaba podar los arbustos, cambiar las macetas y limpiar la piscina y el jacuzzi, entre otras cosas, como las de conseguir que el porche pareciese funcional.

—Ahí quedaría bien una barbacoa —murmuró pensativa mientras contemplaba el lugar y hacía cálculos mentales.

—¿Alguien ha dicho la palabra barbacoa?

Se giró para ver a Logan entrando en el salón con las gafas puestas y una chaqueta azul oscuro con el logo de policía a la espalda. Hoy incluso llevaba su placa a la vista, colgada del cuello.

—Hola… —lo saludó y señaló lo obvio—. Um… ¿detective?

Se rio por lo bajo.

—No me ha dado tiempo a cambiarme, vengo directamente de la comisaría —comentó acercándose a la mesa para ver los diseños en los que había estado trabajando—. Vaya, eso tiene buena pinta, cariño.

Él solía llamarla así, una muestra de ternura y picardía que a menudo los conducía a ambos a otras lides.

—He intentado aprovechar el espacio y adecuarlo al estilo de ambos —le mostró la distribución—. Y bueno, la barbacoa es algo que todos los tíos queréis tener junto con una nevera para las cervezas, ¿o no?

La miró con diversión.

—Tienes una visión un tanto trillada de lo que quieren los «tíos», *Sumi.* —Ese era su Maestro, con una sola palabra pasaba de policía a dominante.

—¿Vas a decirme que no sois de hacer hamburguesas o carne a la brasa y tomaros unas cervezas mientras disfrutáis de un domingo por la tarde, por ejemplo, señor?

Sonrió de soslayo.

—Recuérdame que cuando esto esté terminado, Cam y yo te enseñemos qué es lo que nos gustaría hacer las tardes de domingo con una sumisa pequeña y respondona como tú —replicó con gesto cálido.

Sus palabras la llevaron a pensar lo mismo que ya había barajado los últimos días.

—¿Puedo preguntarte si ya se sabe algo más de ese desgraciado, Maestro Logan?

Le acarició la cara con la mano y le ahuecó la mejilla.

—De eso venía a hablarte —le dijo y la condujo a uno de los dos asientos que acompañaban el escritorio—. Tengo noticias, pero quiero que las tomes con mucha cautela, ¿entendido?

Asintió.

—Sí, señor.

Estaba ansiosa por saber algo más al respecto.

—Al parecer la cámara de seguridad de tu vecindario ha registrado el tráfico de la noche en la que te asaltaron y del momento en que atacaron a la otra mujer —le explicó—. Se da la coincidencia de un vehículo negro, con matrícula local, estacionado en la zona en el rango de hora que ocurrieron los sucesos. El vehículo en cuestión abandonó el aparcamiento minutos después de la presunta hora de los asaltos, lo hizo en ambas ocasiones.

Se le encogió el corazón ante las noticias.

—En la última grabación se ha captado también la imagen de un hombre con capucha que encajaría en la descripción que diste de tu agresor —continuó con voz tranquila, segura, manteniéndola consciente de su presencia y la seguridad que esta le reportaba—. Ahora mismo estamos trabajando con tráfico para descubrir a quién pertenece el vehículo y si podemos hacernos con un nombre.

Las implicaciones en sus palabras la hicieron jadear.

—Entonces, ¿lo habéis encontrado? ¿Sabéis quién es?

Su excitación y nerviosismo no podía ser mayor.

—Nena, tienes que tener presente que puede que hayamos dado con una pista que no nos conduzca a ningún sitio —la previno sobre esa posibilidad—. Si el vehículo es robado, si no ha sido utilizado más que para esos momentos, puede que no tengamos nada.

—Pero entonces…

Posó la mano sobre una de las suyas y se la apretó suavemente.

—Antes o después descubriremos quién es y terminará entre rejas, Sio.

Se lamió los labios y asintió.

—Supongo que esto es mejor que nada —murmuró tocada por sus palabras—. Dios, he hecho un recuento mental de toda la gente que pudo haber tenido algo contra mí o algún problema con mi marido, incluso con mi ex… pero no sé, no encuentro nada. No conservo amistades de esa época, todos eran amistades de mi marido y se fueron quedando por el camino; con la excepción de Brian. Y no puedo pensar en nadie que encaje con lo que recuerdo de ese tipo.

La rodeó con un brazo y la atrajo hacia él.

—Antes o después resolveremos este misterio —le apretó el hombro para darle ánimos—. Ya estamos más cerca que antes. Lo resolveremos.

Eso esperaba, no quería seguir viviendo con miedo o encerrada entre cuatro paredes. Respiró profundamente y se giró hacia él.

—¿Y bien? ¿Qué te parecen entonces los diseños, señor? ¿Les das el visto bueno?

Necesitaba dejar todo eso atrás, no podía permitir que el miedo condicionase de nuevo su vida.

—Me gusta lo que he visto —aceptó y se quedó pensativo—, aunque añadiría quizá un poco de iluminación nocturna.

Tomó nota mental de su sugerencia.

—¿Vamos a seguir manteniéndolo en secreto?

Sonrió pícaro.

—Esa será tu nueva misión, *Sumi*, que Camden no se entere de la remodelación hasta que esté terminada —le acarició la nariz con un dedo—. Si lo descubre antes de que esté listo, te castigaré.

Jadeó ante las implicaciones de sus palabras.

—Eso no es justo, Maestro —hizo un puchero—. Es su casa, ¿cómo esperas que le prohíba ir a alguna zona específica?

Se inclinó sobre ella.

—Tendrás que tirar de ingenio, dulzura —le aseguró risueño—. Además, tienes cierta ventaja, nuestro chef no pasa mucho tiempo en casa.

Nuestro. Una palabra que implicaba una pertenencia compartida, una que la incluía también a ella. Un calorcillo se extendió por su interior al pensar en ello, pero se obligó a hacer a un lado sus pensamientos.

—¿Qué ha cruzado por tu mente, Sio? —le preguntó cogiéndole el rostro y girándolo hacia él—. Se te ha oscurecido la mirada.

Sacudió la cabeza. No iba a decírselo, no cuando ni siquiera ella estaba segura de tales pensamientos.

—Nada importante.

Su respuesta no pareció satisfacerle.

—Siobhan, la clave para una relación como esta es la confianza —le aseguró con gesto severo—. No tolero las mentiras o los engaños, eres consciente de ello.

Lo miró de nuevo a los ojos y se mordió el labio.

—No puedo decirte algo que ni siquiera yo misma sé, Maestro —replicó procurando ser todo lo sincera que podía sin darle la respuesta que buscaba, pues no la tenía—. A veces el silencio es la única respuesta.

Enarcó una ceja y se inclinó sobre ella.

—Ya veo —replicó y vio en sus ojos que algo había cambiado—. Pues vamos a ver si puedes mantener ese silencio mucho tiempo más. Desnúdate.

La forma en que abrió los ojos y se mojó los labios le dijo todo lo que necesitaba saber.

CAPÍTULO 19

Logan no dejó de mirarla mientras cumplía sus órdenes y se desnudaba allí mismo. Verla quitarse los malditos vaqueros, el suéter y la blusa y quedarse en ropa interior había hecho que su ya de por sí dura erección estuviese a punto de hacerle competencia al diamante. Su piel era blanca, unas suaves tonalidades amarillentas permanecían todavía como recordatorio del daño sufrido, pero era la cicatriz rosada en su vientre y que parecía ir sanando poco a poco la que hacía que lo llevasen los demonios.

¿Cómo podía alguien hacer daño a una mujer como ella? Siobhan era toda dulzura, no haría daño ni a una maldita mosca y la habían atacado de la peor manera posible.

—Estás frunciendo el ceño, señor.

Las palabras de la chica lo devolvieron al presente, se obligó a respirar y a centrarse en lo que quería.

—Lo siento, dulzura, estaba pensando en hacer pedazos a alguien.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Espero que no esté incluida en esa aseveración.

Puso los ojos en blanco.

—A ti te haré jadear, cariño, no te mataré.

—Es un alivio saberlo.

La muy condenada se estaba burlando de él. Había visto su cambio de humor y estaba haciendo lo posible por devolverle a la carretera. Sacudió la cabeza, se apoyó en el borde del escritorio y le indicó el resto de la ropa con un gesto de la barbilla.

—Todo —ordenó—. Te quiero completamente desnuda.

Su tono de voz hizo que se sumergiese de inmediato en la dinámica d/s, se quitó la ropa interior y la colocó sobre el resto que ya había doblado.

La recorrió una vez más con la mirada, disfrutando de la vista de los tersos y duros pezones y del breve nido de vello que le cubría el pubis.

—*Um*… ¿Cuándo has dicho que tienes cita para la depilación?

Su comentario la llevó a fruncir el ceño.

—No te lo he dicho, porque todavía no hay cita, Maestro —replicó con un bajo siseo, cosa que lo hizo sonreír.

—Quiero ese coñito totalmente liso, sin nada que se interponga entre mi lengua y tú, mascota —le recordó—. ¿Necesitas que te pida yo la cita?

—Ya lo ha hecho el maestro capullo barra chef.

Sus palabras, pronunciadas con un obvio rezongue, lo hicieron reír.

—Un título interesante, ¿debo suponer que tienes otro para mí?

Su respuesta fue poner los ojos en blanco.

—Ninguno que merezca la pena que escuches ahora mismo, señor.

Pequeña sumisa traviesa. Sio era como un puzle de mil piezas, cuando creías encontrar una que encajaba en el conjunto, te dabas cuenta de que era una que no habías visto antes.

—¿Tienes idea de lo que duele la depilación brasileña? —protestó una vez más, cosa que le causó gracia. Todo ese asunto la tenía bastante perturbada.

—Estoy seguro de que menos que un balazo o una puñalada —ronroneó.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla como si quisiese considerar sus opciones.

—Te quiero lista para la visita al club de este viernes —le informó, pensando en que sin duda esa sería una noche perfecta para disfrutar de esa nueva condición.

—Pero…

—No te lo estoy preguntando ni pidiendo, Siobhan, te lo estoy diciendo —concluyó, sabiendo que ella respondería mucho mejor a una sencilla orden—. Díselo a Cam, de modo que ajuste la cita.

La vio bajar la mirada, pero había un obvio cabreo en la forma en que apretaba la mandíbula. Reprimió una sonrisa, levantó la barbilla y tras repasarla una última vez con la mirada caminó hacia ella.

—Y no te enfurruñes —le dijo al llegar a su altura, le cogió el rostro y se lo levantó—. Te prometo que los beneficios compensarán con creces las molestias que tengas que pasar.

Hizo un puchero.

—Sigue poniendo los labios así y te encontrarás en un abrir y cerrar de ojos con mi polla empujando en ellos —la amenazó. Una amenaza que podía ser interesante cumplir. Le gustaba su boca. Le gustaba sobre todo cuando tenía su miembro dentro de ella, pero ahora, había otro lugar que requería su atención, uno que estaba deseando probar—. Sígueme, por favor.

La orden la pilló desprevenida, justo como esperaba que sucediese, miró a su alrededor y luego a él.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó—. Si puedo saberlo…

—El porche sería una buena opción si no fuese por el frío que hace y que está sin terminar —le dijo divertido—. Ve hacia las escaleras.

Parpadeó de nuevo, sus ojos reflejaban tanto la curiosidad como la incomprensión, pero optó por obedecer y caminó hacia la estructura metálica que dividía las dos plantas.

—Levanta los brazos, por favor.

Miró las escaleras y se quedó con la boca abierta al ver un par de esposas atadas a una argolla.

—Eso no había estado ahí antes —lo acusó—. He bajado por esa escalera varias veces y… y no estaba.

Sonrió sin más.

—¿Dónde estaría la diversión si conocieses todos los lugares de juego? —Indicó una vez más que levantase los brazos y esperó.

Ella obedeció finalmente, aunque a disgusto. Cerró las esposas alrededor de ambas muñecas y comprobó que la altura y la postura era la correcta.

—¿Y si entra alguien? —murmuró ahora.

Puso los ojos en blanco.

—Están empezando a darme ganas de dejarte ahí un ratito —le aseguró—. De hecho, podría dejarte ahí hasta que venga Camden.

Cerró la boca automáticamente, el chef no volvería hasta la noche lo que eran varias horas en una posición incómoda.

—Una protesta más y probaré la nueva pala en tu culo.

Parpadeó y abrió la boca, pero su mirada la hizo callar al instante.

—Sí, señor.

Satisfecho, recorrió las manos sobre ella, le acarició los labios con el pulgar y jugó con sus pechos sin dejar de mirarla a los ojos. Era muy expresiva, lo que hacía que fuese fácil leerla.

—No me parece tan mala idea esperar por Cam —comentó y ella se tensó en respuesta—. Creo que iba a gustarle que lo recibieses caliente, mojada y excitada —resbaló la mano entre sus piernas y notó la humedad que empezaba a filtrarse entre sus muslos—, pero hoy va a llegar un poco tarde y yo tengo hambre. Separa las piernas.

Se acuclilló ante ella, cerró ambas manos alrededor de sus tobillos y la abrió todavía más.

—Te quiero en esta posición, si cierras las piernas voy a ponerte la cola de zorro y accionar el vibrador y lo dejaré ahí hasta que te corras varias veces.

—Eres… eres…

—¿Sí, dulzura?

—Horrible, Maestro —siseó.

Se rio, deslizó un dedo a través de sus pliegues y le dedicó un guiño.

—Lo sé, es parte de mi encanto —aseguró risueño, entonces la miró de nuevo—. Tu palabra de seguridad.

Arrugó la nariz.

—Espinas.

Asintió y le acarició el muslo.

—Ahora di *bon appetit*, Maestro Logan.

No le dio ni tiempo a responder, se sumergió entre sus piernas y llevó la boca a la lisa y húmeda carne que se moría por probar. Deslizó la lengua a través del valle de los gordezuelos labios y probó su dulce crema. La escuchó jadear, el sonido de las cadenas que la anclaban tintinearon al compás de sus movimientos, pero tenía que darle crédito, no movió los pies del suelo. Se dobló para acercarse más y la lamió una y otra vez, incursionando con su lengua, penetrándola y notando su humedad, así como su estremecimiento. Su pelvis se movió hacia él, entregándose a sí misma.

Cogió uno de los tobillos y lo levantó, la hizo perder el equilibrio durante unos instantes mientras restregaba la lengua por su sexo, chupándola, bebiendo de ella para luego concentrarse en su clítoris. Utilizó los dedos de la mano libre para jugar en su humedad, para penetrarla con lentitud mientras sorbía la pequeña perla haciéndola estremecer.

—Um… deliciosa —murmuró relamiéndose, entonces dirigió su tobillo hacia uno de los escalones, obligándola a estirar la pierna y flexionarla para alcanzarlo—. Quietecita ahí.

—Esta no es una posición precisamente co… joder… maestro…

No la dejó terminar, volvió a su sexo y sorbió con fuerza mientras la penetraba con los dedos una y otra vez. Jugó con ella y la degustó a placer obteniendo unos eróticos gemidos en respuesta hasta dejarla temblando, solo entonces se apartó para mirarla y darle unos segundos para que su cuerpo se serenase.

—Si quiera sacarte unas fotos así, ¿me dejarías?

—¡No!

Su rápida respuesta no se hizo de rogar y acabó riendo.

—Cariño, no puedes decirle que no a tu maestro.

—¡Por encima de mi cadáver! —añadió al mismo tiempo—. Señor.

—Eso es ser un poco drástica, Siobhan.

Lo fulminó con la mirada.

—Nada de fotos. Nunca. Jamás en la vida.

Ladeó la cabeza y la miró durante unos instantes. Estaba nerviosa, enfadada, pero sobre todo asustada.

—¿Quién te ha sacado fotos sin tu permiso?

La sorpresa bailoteó en sus ojos.

—Así que alguien lo hizo —llegó a esa conclusión—. ¿Todavía existen?

Negó con la cabeza.

—No —musitó—. Y fue… hace mucho tiempo.

Se levantó y le cogió el rostro, acariciándole la mejilla.

—No voy a hacerte daño, Sio, ni Camden ni yo te haremos nunca daño —le aseguró pues esa era la seguridad que ella necesitaba ahora mismo—. Y gracias por ser tan sincera conmigo.

Parpadeó y asintió, estaba algo más relajada.

—No hay de que, señor —murmuró—. Dijiste que no querías mentiras…

Asintió.

—Así es y estoy orgulloso de ti por acordarte y mantener tu promesa —la premió. La besó en los labios y se separó—. Pero sigo teniendo hambre.

Bajó sobre ella una vez más y continuó dónde lo había dejado, disfrutando del festín entre sus piernas para detenerse una vez más solo cuando la tuvo jadeando y suplicando.

—Señor, por favor —gimió tirando de las muñecas—. Necesito correrme…

—Todavía no —declaró perezoso, se levantó y retrocedió hasta la mesa de café que presidía la zona más cercana del salón. Levantó la tapa y sonrió al ver los juguetes nuevos que había comprado la tarde anterior. Escogió una divertida cola de conejo, cogió el mando y tras comprobar que funcionaba se lo metió en el bolsillo—. Sí… perfecta.

Giró sobre sus talones y se deleitó con la visión de esa dulce y sexy mujer, excitada, con los pezones erectos, los labios rosados y su húmedo y vibrante sexo llamándole.

—Tengo un regalo para ti —declaró y le mostró la cola de conejo—. Es una monada, ¿no?

Ella gimió. Empezaba a conocer sus trucos y sabía lo que podía esperar de él.

—Va a encajar perfectamente en ese bonito culo —le aseguró y la deslizó entre sus piernas—, pero primero, vamos a lubricarla un poco.

Utilizó el breve consolador que venía añadido para insertarlo en su húmedo coño y la masturbó con él un rato, entonces la rodeó y tras besarla en el hombro le susurró al oído.

—Respira hondo y relájate.

El objeto entró oponiendo un poco de resistencia al principio, pero encajando finalmente en su lugar.

—Um… me gusta, conejita, me gusta mucho —ronroneó. Entonces resbaló las manos sobre su cintura y volvió a lamerla entre las piernas, degustándola, volviéndola loca, acercándola al orgasmo solo para accionar entonces la vibración de la cola.

—¡Ay dios! —la escuchó jadear—. Señor… oh… joder… Maestro Logan…

Se incorporó y se lamió los labios, le cogió el rostro y la miró a los ojos.

—Me encanta oír mi nombre en tu boca —aseguró y le lamió los labios—, pero me gusta mucho más cuando me lo dice tu lengua.

La besó, se bebió sus gemidos y descendió por su cuerpo hasta sus pezones. Se dio un festín con sus pechos, jugó con las duras cúspides y las lavó en su boca antes de darle un pequeño mordisco a cada una.

—Sí —sopló sobre las duras y rojas bayas—, te dije que no ibas a mantenerte mucho tiempo en silencio.

Ella gimió y se retorció bajo él, la observó unos instantes, disfrutando de la pátina de sudor que le cubría la piel, del deseo en sus ojos y se llevó la mano al bolsillo para aumentar el ritmo de la vibración.

—¡Logan!

Sonrió travieso al tiempo que se abría los pantalones y dejaba libre su erección.

—Grita para mí, Sio, grita para mí.

La cogió de las caderas y la levantó al tiempo que se introducía a sí mismo de golpe en su interior. Su sexo se contrajo alrededor de su pene y se estremeció de placer al notar la vibración del dildo en su culo, hundió los dedos en su carne y empezó a mecerse contra ella, aumentando el ritmo al tiempo que su propio orgasmo se construía, follándola con ganas y enviándola, gritando a su propia liberación mientras él seguía buscando la suya.

Tal y como le había prometido, fue incapaz de quedarse callada, sus gritos resonaron en toda la casa provocándole una divertida carcajada.

CAPÍTULO 20

Su móvil empezó a sonar sobresaltándola. Llevaba un buen rato sumida en el trabajo del porche trasero que ya no sabía ni dónde lo había dejado. Se levantó, se sacudió los guantes y empezó a buscar a su alrededor siguiendo el sonido.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

Sabía quién era con solo escuchar la melodía, les había asignado una canción distinta a cada uno de los dos hombres con los que vivía y en esos momentos *Uprising* de *Muse* sonaba a todo trapo diciéndole que era Camden.

—¡Te encontré! —Lo cogió y se lo llevó al oído—. ¿Sí?

—Respira, Siobhan, respira —escuchó desde el otro lado de la línea—. No estabas cerca del teléfono, por lo que escucho.

Hizo una mueca.

—Pues… no exactamente. —Ni loca le iba a decir que lo había perdido. Se suponía que el trabajo que estaba haciendo era secreto o tan secreto cómo podía serlo para el hombre que vivía en esa misma casa. Era un milagro que no se hubiese aventurado allí todavía—. Estaba lejos y he tenido que correr a atender la llamada.

—Pues recupera el aliento —le dijo. De fondo se escuchaba el clásico rumor del restaurante—. Y cuando lo hagas, sube a mi dormitorio, coge una bolsa que hay dentro del armario y sigue las instrucciones que encontrarás dentro. Pasarán a recogerte a las siete en punto. Sé puntual.

Frunció el ceño.

—¿Recogerme? ¿Quién? ¿Por qué?

—Hoy es miércoles, Siobhan —le recordó—. Tienes una reserva hecha en el *Temptations*. Recuerda, sigue las instrucciones al pie de la letra.

Dicho eso colgó el teléfono y se lo quedó mirando durante unos instantes. Entonces levantó la mirada hacia las ventanas que se encontraban justo por encima de su cabeza y se mordió el labio inferior. ¿Qué habría organizado ahora ese hombre?

En el poco tiempo que llevaba junto a él había descubierto algunas cuantas cosas sobre él, pequeños detalles que le daban carácter y dibujaban un poco la existencia del chef. Mientras Logan tenía un borde cómico y distendido que no dudaba empleaba para romper con la frialdad y la seriedad que requería su trabajo, Camden era más reservado, con un carácter fuerte y dominante que extendía más allá del dormitorio. Él no era solo un dominante sexual, era algo intrínseco en él, algo que lo hacía llevar siempre la batuta de todo lo que lo rodease, como si no desease que nada escapase a su control. Pensó en su esposa, en lo que le había contado y en lo que había podido extraer de aquí y de allá del policía. Según su amigo, Cam había cambiado mucho después del accidente, se había vuelto más frío, más reservado y sentía la imperiosa necesidad de tener siempre las cosas bajo control.

«Hay circunstancias que pueden marcar la vida de un hombre, Sio, la pérdida de alguien a quién amas, es una de ellas. Y a Camden le ha tocado pasar por ello dos veces. La primera fue la de su esposa… y si bien fue un duro golpe, no fue tanto su muerte como la manera en la que se produjo lo que lo cambio».

«¿Y la segunda?».

«Esa, dulzura, tendrás que preguntársela tú misma».

Esa otra pérdida era un auténtico misterio, uno que todavía no se había atrevido a preguntar, como tampoco se atrevía a responder a la pregunta que le había hecho él en más de una ocasión.

«¿Por qué venías a cenar cada semana al restaurante y nunca dijiste quién eras?».

¿Cómo decirle lo que había sentido al verle? ¿Cómo explicarle que había pensado en sus recuerdos de la niñez y esa infantil promesa la habían hecho sonreír cuando nada más lo hacía? ¿Cómo explicarle que una niña pequeña se había enamorado de lo que creía era su príncipe azul? Cuando lo había visto por primera vez en ese reportaje de televisión, cuando vio sus ojos le reconoció y volvió a esos momentos felices, en dónde solo era una niña y no existían todos esos problemas.

Había querido recuperar esa ilusión, había querido volver a tener un amigo, alguien que no formase parte del destrozado camino que se había iniciado con su amor de universidad. En cierto modo, había deseado encontrar a alguien que no estuviese contaminado como lo estaba ella, alguien que pudiese sacarla de ese abismo solo para darse cuenta de que él mismo formaba parte de él.

Camden era un Amo en toda la extensión de la palabra, quién caía bajo su mirada y protección, quedaba irremediablemente atada a ella. Al principio, cuando Nathan murió y la dejó sola, cuando el hombre que le había enseñado el delicioso regalo que suponía la sumisión desapareció, se encontró a la deriva y en tierra de nadie. Su necesidad de encontrar cierta estabilidad la había llevado a continuar su amistad con Brian, a pasar tiempo en el club solo para darse cuenta de que ese no era el camino indicado a seguir. No se podía sustituir el corazón, no podía obligarse a sí misma a plegarse a los deseos de alguien más allá de una ocasional escena, los celos que había sentido al ver a otras parejas la llevaron a reflexionar y tomar la decisión de apartarse y tomarse un tiempo; ese había sido el motivo por el que había terminado en el restaurante.

Pero la vida era un camino lleno de espinas, a veces tan retorcido que eras incapaz de encontrar la salida y cuando creías llegar a esta, te dabas cuenta de que volvías a estar de nuevo en el punto de partida.

Ella era sumisa de corazón, disfrutaba entregándole el poder a otra persona, plegándose a sus deseos, pero más allá de todo eso, crecía en la necesidad de dar, de ayudar y estar ahí para el Dom que la quisiese para algo más que una escena o dominación sexual. En las últimas semanas, se había dado cuenta de que deseaba que alguien la mirase como algo más que una esclava y la aceptase por la mujer que era, que viese en ella más que un icono de una consensuada esclavitud como lo hacían esos dos hombres, sus señores, los dueños de su maltrecho corazón.

¿Podía una mujer enamorarse de dos hombres? ¿Podían dos hombres amar a una misma mujer? Sabía que existían relaciones poli amorosas, había conocido a algunas parejas que vivían en ese estilo de vida y lo hacían en completa armonía y felicidad. Pero ¿ella? Una cosa era jugar, compartir un estilo de vida sexual libre y sin ataduras dónde cada decisión estaba basada en el respeto y en el consenso de todas las partes, otra sobrepasar esa línea. ¿Podía hacerlo?

Logan solía hablar a largo plazo, como si no quisiera que se marchase, pero Camden… él solo hablaba del ahora dejando claro que no quería una relación a largo plazo. En realidad, no parecía muy de acuerdo cuando Logan decidió instalarla en su hogar y solo se reunía con ella para jugar.

Se lamió los labios y apartó la mirada de la ventana para depositarla de nuevo en el

teléfono. Esta era la primera vez que le hacía una invitación, que implicaba algo más que la protección por su actual situación.

—Te estás metiendo en territorio de arenas movedizas, Sio —musitó para sí misma sabiendo que era verdad—, y si no tienes cuidado vas a terminar muy mal parada.

Tenía que ser cuidadosa, proteger su propio corazón, sabía que no sobreviviría a una pérdida más, así que tenía que evitar por todos los medios encariñarse de esos dos.

—No puedo enamorarme de ellos —negó con toda la fuerza que pudo imprimir a sus palabras—. No puedo.

Camden no estaba seguro de porqué la había invitado, ni por qué se estaba tomando tantas molestias para organizar esa cena en el restaurante. A lo largo del día había recibido miradas sorprendidas y preguntas curiosas de parte de su personal las cuales había cortado de raíz con su habitual sequedad.

Hacía tiempo que no tenía una cita real con una mujer, sus relaciones se limitaban a las escenas que hacía en el club o a los esporádicos encuentros sexuales dónde no primaba otra cosa que la satisfacción. No estaba interesado en amoríos, no quería volver a pasar de nuevo por una pérdida y el dolor que traían consigo.

«Hazlo».

«No».

«Maldita sea hazlo».

«¡No! No te golpearé, no haré nada tan horrible como eso. Esta no es la manera, Cam, no lo es».

«La he matado».

«No es verdad. Tú la amaste y lo hiciste hasta el final. Pero ella eligió su propio camino, uno al que no puedes seguirla».

«Si no lo haces, encontraré a alguien que lo haga».

«¿Y pasarle parte de tu carga?».

«Lo hice, Ágata, lo hice a pesar de que juré que nunca cedería a esa oscura tentación. ¡Y no sé cómo mirarle a la cara! ¡Por dios! ¡Es como mi hermano!».

«Te estás culpando a ti mismo por algo que ha sido de mutuo acuerdo».

«No fue así. Yo lo provoqué».

«Lo fue. Eso es lo que te carcome por dentro. Tienes que dejarlo ir, asumir tus actos y hablar con él».

«Me odiará si no es que lo hace ya».

«Camden, ¿te ha odiado alguno de tus otros hermanos por tus actos? ¿Te han dado de lado? Todos tenemos una parte oscura, lo importante es saber aceptarla y aprender a vivir con ella».

No. No se odiaban, se habían aceptado, se habían apoyado y todos ellos la habían querido de diferentes maneras. Eran una hermandad y ese dulce ángel había sido el estandarte bajo el que se habían reunido. Ágata los había acogido, les había dado cobijo cuando el resto de la sociedad les había dado la espalda, cuando la vida los habían repudiado o dado por perdidos. Ella los había amado, escuchado y había estado ahí cuando la necesitaron como ellos estuvieron con ella hasta el final.

«Eres mi hermano, no importa si no llevamos la misma sangre, formas parte de mi

corazón y no soporto ver cómo te destruyes a ti mismo, Camden. ¿Vas a seguir escondiendo la cabeza como los avestruces o vas a dar la cara? Eres un gilipollas, lo sabes, ¿no?».

Logan había sido brusco, contundente y le había quitado la mierda de encima a golpes.

«Y ahora que parece que ya has sacado la cabeza del culo, ¿nos vamos a tomarnos unas copas? Tienes la cara tan dura que me duele la mano».

«¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?».

Lo había mirado con cara de pocos amigos.

«¿Tengo que zurrarte otra vez, socio? Porque lo haré y a la mierda todo lo demás».

«Joder, Logan. Yo no puedo… lo que pasó… no puedo...».

«Somos adultos, Cam. Ambos lo aceptamos, así que deja de torturarte o juro que te sacudiré de nuevo».

Ágata había tenido razón entonces, huía por miedo, para no ser lastimado de nuevo, le daba la espalda a los que quería y al hacerlo, los hería.

No podía lastimar a Siobhan, no quería herirla, pero no podía quedársela, no podía cometer ese error otra vez.

«Amar a alguien con el corazón nunca será un error, Camden. Entregarte y tomar algo a cambio, proteger y ser protegido es la base de toda sumisión. Tú necesitas tanto dar como recibir, ese es tu camino, tu naturaleza, no huyas nunca de ella. Un día descubrirás que el amor llamará de nuevo a tu puerta, lo hará sin pedir nada a cambio y darás hasta lo que no es tuyo para conservarlo. Cuando ese día llegue, no le cierres las puertas y abrázalo como si no existiese nadie más en el mundo».

Ágata había sido una criatura especial, una mujer que siempre había visto más allá de lo que mostraban y que había tenido un ojo clínico para el porvenir; Garret y Nolan eran la prueba de ello.

Cerró los ojos y resopló. No sabía qué hacer, era incapaz de encontrar el siguiente paso y, a pesar de todo, ¿no le acababa de conceder a esa dulce sumisa la cita que nunca le concedía a nadie?

—Estoy jodido.

—¿Chef?

Miró al hombre que estaba a su lado y que lo miraba con abierta diversión.

—No hablaba contigo —puso los ojos en blanco—. Ocúpate de la cocina.

—Sí, chef.

Esa noche tenía una cena que llevar a cabo, una que empezaría con una copa de *chardonnay*. La pregunta era, ¿cómo terminaría?

Solo esperaba que lo suficiente entero para no morder el suelo otra vez.

—Si puedes escucharme, Ágata, no dejes que meta la pata con ella, no dejes que le haga daño.

CAPÍTULO 21

Estar de nuevo en el *Temptations* no solo era extraño e inesperado, era… irreal, especialmente porque mientras degustaba su copa de *chardonnay*, sentado al otro lado de la mesa se encontraba Camden. El chef había cambiado su uniforme de trabajo por un elegante pantalón y camisa con

corbata. Se revolvió en el asiento y se lamió los labios, tal y como le había ordenado no llevaba ropa interior, el vestido era elegante y atrevido y una pequeña cadenita colgaba de un lado a otro de sus pezones, simulando mantener cerrado el escote.

Estaba caliente, húmeda y con todo se sentía especial allí sentada, frente a él. El restaurante estaba lleno y siempre había alguien echando un fugaz vistazo en su dirección.

—Me siento observada.

—Lo sé.

—Es tan… decadente.

—Piensa que el único que sabe que estás desnuda bajo el vestido soy yo —comentó ocultando su sonrisa tras el borde de la copa—, y seré el único que disfrute de los beneficios.

Se lamió los labios.

—Soy muy consciente de ello… *chef*.

Sonrió y enarcó una ceja.

—Con *«señor»* me daré por satisfecho, Siobhan.

—Sí, señor —murmuró, entonces miró a su alrededor—. No… no pensé que volvería a sentarme aquí.

—Te dije que nadie se moría en mi restaurante —le recordó, deslizó la mirada sobre ella y señaló la esquina de la mesa con la mirada—. Acércate, pero mantén la distancia.

Ella parpadeó, pero obedeció.

—Abre las piernas.

—¿Qué?

Su mirada la calló.

—Sí, señor.

Separó los muslos, el aire le acarició la húmeda piel y se mordió un gemido.

—Buena chica —murmuró al tiempo que echaba mano de su copa y extraía de ella un pedazo de cubito de hielo que chupó—. Estás arrebatadora con ese vestido.

—Gracias —murmuró—. Mi señor… tiene buen gusto y…

Jadeó, conteniendo el aliento cuando sus fríos dedos le tocaron los húmedos pliegues del sexo.

—Silencio —la instruyó mientras la acariciaba y, un segundo después, el ardiente frío penetraba en su interior—. Cierra las piernas.

—Pero…

Enarcó una ceja y obedeció, moviéndose incómoda en el asiento, respirando más fuerte y jadeando.

—Bebe un sorbo de vino y disfruta.

Le temblaba la mano, pero obedeció, se mordió el labio inferior y contuvo un gemido.

—¿Te das cuenta de que estamos en un restaurante atestado de gente, señor? —musitó por lo bajo.

—Me doy cuenta de que estamos en *mi* restaurante, que eres *mi* sumisa y que no tengo por qué darte explicaciones.

Abrió la boca para replicar a eso mientras esa maldita pepita de hielo seguía derritiéndose entre sus piernas, volviéndola loca, pero la satisfacción en sus ojos la hizo callar.

—Eres un capullo —masculló—, señor.

—Me han llamado peores cosas, gatita —aseguró y levantó su copa en un mudo brindis mientras su otra mano se colaba por debajo del mantel y empezaba a subir por su muslo una vez más.

Tragó e intentó contener un pequeño estremecimiento al ver que uno de los camareros empezaba a acercarse a la mesa.

—Para…

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer, Sumi?

Oh, joder. Se estaba metiendo en problemas, pero era todo culpa suya. Sus ojos capturaron los suyos mientras bebía, sus dedos siguieron ascendiendo, colándose por debajo del vestido, acercándose peligrosamente a sus muslos cerrados.

—No, señor —repuso de inmediato—. Ni se me pasaría por la cabeza.

Se rio en voz baja.

—Ya lo veo —añadió e hizo un gesto con la ceja, un silencioso aviso de que estaba manteniendo los muslos cerrados, impidiendo avanzar a sus dedos—. Si quieres que te caliente el culo antes de jugar, por mí no hay inconveniente…

¿Una sutil advertencia de que la zurraría por no tener las piernas abiertas y estar disponible para él? El repentino golpeteo del dedo sobre su muslo, le dio la respuesta. Sí.

—Esta noche estás jugando… sucio… amo Camden…

Apenas podía articular las palabras cuando esas falanges se cernieron sobre su pulsante y caliente centro, rozándole los labios y avanzando sobre su trémula carne.

—Te compensaré con el postre —declaró clavando sus ojos en ella mientras dejaba la copa de vino sobre la mesa—. Deberías disfrutar del vino, es una fantástica cosecha.

Extendió la mano para coger la copa, pero esos malditos dedos se deslizaron a lo largo de su húmedo sexo, bañándose en la goteante humedad de la derretida pepita de hielo y sus propios fluidos.

—Despacio, pequeña —le dijo mirando su copa sin dejar de acariciarla—. Respira lentamente.

Como si fuese tan fácil, maestro del sadismo, pensó obligándose a contener un pequeño gemido cuando notó los dedos masculinos entrando en la estrecha hendidura que había estado acariciando.

—Déjate ir —le dijo mientras movía los dedos empapados en sus jugos—, esto no es más que el entrante.

—Pensé que íbamos a cenar —murmuró intentando contener las ganas de gritar.

—Y lo haremos, en un momento empezaremos con el primer plato.

No fue capaz de responder, se movió un poco en su asiento, deslizándose hacia ella, apoyándose en la mesa dando la impresión de estar manteniendo una conversación íntima, solo para introducir dos dedos en su interior, llenándola, estirándola, entrando y saliendo mientras le sostenía la mirada.

—Señor…

—Tus ojos en mí, Siobhan. —Sus dedos se movieron más profundo, abriéndose y emulando unas tijeras, haciendo que le fuese muy difícil mantenerse quieta. El sudor empezó a brotar entre sus pechos, estaba segura de que cualquiera que pasase por su mesa los vería y sabría lo que ese maldito hombre estaba haciéndole. Y si bien la sola idea la escandalizaba también la ponía muy caliente—. Un rostro precioso, con esas mejillas sonrojadas y la mirada desenfocada…

—Por favor… —se mordió el labio inferior, un susurro apenas contenido por sus labios—. No… no lo hagas…

Enarcó una ceja ante su súplica.

—¿Qué no haga qué, *Sumi*? —Abrevió la palabra sumisa, dándole un significado privado,

especial.

Tembló incapaz de hablar mientras su sexo le aprisionaba los dedos, empapándolos más.

—¿Vas a hacer que te suplique, señor? —Dios, estaba al borde de la locura.

Ladeó la cabeza y se inclinó un poco más hacia delante, sus dedos retrocediendo, saliendo de ella y volviendo a entrar con movimientos premeditadamente lentos.

—Todo tu cuerpo ya me está suplicando —le aseguró y le acarició la nariz con la mano libre—, pero es mi decisión ceder a sus súplicas… o no.

Los dedos abandonaron entonces su interior, dejándola vacía, necesitada y tan frustrada que ya estaba empezando a protestar cuando apareció el camarero.

—Eres un…

—Buenas noches, chef —se personó un hombre de alrededor de cuarenta años—. ¿Quieren empezar a cenar ya?

Los ojos verdes de Camden se encontraron con los de ella y había un brillo risueño que no dejó transmitir en sus palabras.

—Sí, gracias —aceptó girándose hacia el camarero—. Empecemos con unos entrantes, Jackson. Gracias.

El hombre asintió, le dedicó un educado saludo con la cabeza y se marchó a cumplir con sus demandas.

Su sexo latía de necesidad, echando de menos la tortura a la que acababa de someterla, una que la había excitado sobremanera.

—Ha sido bastante educado para no fijarse en la manera en que se te marcan los pezones —ronroneó él mirando la cadena que unía el vestido—. ¿Cómo se sienten, Siobhan?

Se mojó aún más ante sus palabras, sentía los pechos pesados, sus pezones hinchados y confinados con las abrazaderas que los unían por medio de la cadena haciendo que se mantuviese al mismo tiempo el vestido en su lugar.

—Te he hecho una pregunta, sumisa —bajó el tono de voz lo suficiente para recordarle quién y qué era él.

Tembló. Las ganas de levantarse y marcharse luchaban a brazo partido con la necesidad que despertaba en ella, con el hecho de que, a pesar de que se lo estaba pasando en grande torturándola, parecía disfrutar también del hecho de estar allí con ella. No se escondía y eso la calentaba por dentro. Y demonios, ella misma disfrutaba de su presencia y de las eróticas atenciones.

—Hinchados… —musitó—, doloridos… el roce de la tela…

El roce de la tela contra su carne era una tortura y contribuía a excitarla todavía más.

—El roce…

—Estás excitada.

Bajó la cabeza solo para tener un dedo suyo levantándole la barbilla.

—Hasta el postre, Sumi —le dijo buscando su mirada, acariciándola de nuevo con su voz —. Lo estás haciendo muy bien —insistió y su aprobación la hizo sentirse un poco mejor—, aguanta hasta el postre… y te compensaré.

Camden empezaba a pensar que el que no iba a aguantar hasta el postre era él. Su pene estaba duro como una piedra y le dolía por la necesidad de enterrarse en ella. La manera en que lo desafiaba, esa dulce sumisión que exhibía a pesar de sus rabietas lo había estado conduciendo

al borde y no estaba seguro de cuanto más podría aguantar.

Para su sorpresa, estaba disfrutando de su compañía más allá del hecho de querer follársela. Se encontró con una mujercita divertida e inteligente que no dejaba de arrancarle alguna carcajada o recuerdo al compartir su infancia. Sí, había momentos que recordaba, lo que lo sorprendía sobre manera era que ella, siendo mucho más pequeña en aquel entonces, se acordara de esas cosas.

Siobhan no era lo que esperaba, no era la mujer misteriosa y sensual que se había sentado sola en esa misma mesa semana tras semana, no era la niña latosa que había sido su compañera de juegos, tampoco era la dulce sumisa perdida y a la deriva que le había entregado Brian, era todo eso y al mismo tiempo era mucho más, alguien que empezaba a gustarle más de lo que debería.

—El postre. —Se presentó de nuevo el *maître* trayendo los dos platos que pondrían punto y final a esa sensual y ardiente desesperación. Ella había aguantado hasta ese momento y no sin esfuerzo y enfurruñamientos ante sus retorcidas atenciones, solo por eso la follaría nada más la tuviese fuera de esa mesa.

—Gracias —escuchó su suave voz. Vio como sonreía al camarero y la manera en que este parecía encandilado por ella. Sus ojos se encontraron y con un ligero asentimiento, agradeció el servicio de su amigo y lo despidió.

—Espero que te guste.

Levantó la mirada y le sonrió. Diablos.

—Siempre me ha gustado la comida del *Temptations*, pero sus postres —señaló el plato que tenía delante—, son mis preferidos, señor. Eres un gran cocinero.

—En ese caso, dale un par de bocados —le dijo recostándose en el asiento y terminándose su copa de vino—. Después levántate y ve hacia el tocador de señoras. Al final del pasillo hay una puerta, la encontrarás abierta. Entra y espérame.

La vio abrir los ojos, sus labios se separaron ligeramente y miró el postre con verdadera lástima.

—¿No me lo voy a poder comer todo? —Lo preguntó con voz tan apenada que estuvo tentado a cogerla, doblarla sobre la mesa y follarla allí mismo. Sí, sin duda estaba perdiendo facultades.

—Dale dos mordiscos a esa maldita cosa y obedece —bajó el tono de voz.

Miró de nuevo el postre con tal anhelo que estuvo a punto de destrozarlo solo porque parecía desear más el maldito chocolate que a él.

—Te haré uno en casa, mascota —murmuró llamando su atención—. Ahora, obedece.

Su respuesta fue hundir la cuchara en el maldito dulce y llevársela a la boca para luego hacer un sonido de lo más decadente. Joder con su sumisa.

CAPÍTULO 22

La puerta que había después de los baños conducía a un breve pasillo que llevaba a unas escaleras y, al final de estas, a una habitación; un breve dormitorio amueblado y con una decoración sobria y masculina. Echó un vistazo a su alrededor, a las paredes revestidas de madera oscura, el raso techo color crema, la enorme alfombra que cubría parte del suelo, un par de mesillas, una mesa en una esquina, un armario de dos puertas y una cama completaban el mobiliario. Sin duda se trataba de un dormitorio en el que poder echar una cabezada para descansar o utilizarlo de picadero.

Siobhan no pudo evitar preguntarse cuantas de las noches en las que ella había visitado el *Temptations* habría pasado él aquí con alguna mujer. Deambuló por la habitación, resbaló los dedos por los muebles y admiró el único cuadro que dominaba una de las paredes; un retrato nocturno de la ciudad de Nueva York.

—Qué bonito —musitó para sí.

—Sin duda tenemos una ciudad espectacular.

Su voz la sobresaltó, no había tardado ni unos minutos en seguirla, pensó al verle atravesar el umbral y cerrar la puerta.

—Interesante lugar el que tienes aquí, señor —comentó mirando a su alrededor y entonces a él—. Sin duda debe resultarte útil…

¿Era fastidio lo que oía en su propia voz? Diablos, no tenía derecho a enfadarse, pero la posibilidad de que Camden hubiese traído a otras mujeres allí le picaba.

—Cuando necesito tranquilidad para idear alguna nueva receta o descansar un par de horas y no me da tiempo de ir a casa, suelo venir aquí —aceptó caminando hacia ella.

—¿Y también cuándo deseas seducir a alguna de tus clientes?

Enarcó una ceja ante su tono de voz. ¿Qué demonios le pasaba?

—No creo que ese sea el tono correcto con el que has de dirigirte a mí, sumisa.

Sumisa, sumisa, sumisa… empezaba a odiar esa palabra. Prefería que la llamase Sumi… quería que la llamase así, que ese fuese su nombre especial, que lo eligiese para ella. Quería… quería ser suya.

Apretó los labios e inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Hay algo que quieras decirme, Siobhan?

La pregunta era pura retórica, la forma en que había pronunciado las palabras, el sentido que les daba, él sabía mucho más de lo que decía.

—Yo… la forma en que me llamas… sumisa… —bajó la voz hasta que fue solo un hilillo —, no… no me gusta, señor.

Su respuesta no pareció sorprenderle, pues ni se inmutó.

—¿Por qué no? Es lo que eres, mi sumisa.

Su afirmación la calentó por dentro, pero también la irritó, parecía incapaz de llegar a un término medio con él.

—Es… —sacudió la cabeza—. Es tu manera… de decirlo, señor.

La miró, a pesar de mantener la mirada baja, podía sentir sus ojos sobre ella evaluándola.

—¿Y cómo debería llamarte entonces, según tú?

Su voz se había endurecido. Le había desafiado, estúpidamente había desafiado su

autoridad y ahora iba a pagar por ello.

—No soy quién para deciros cómo debéis llamarme, señor —se sumergió en una inmediata sumisión y en el protocolo que la acompañaba—. Perdonad que haya sido tan maleducada. No volverá a ocurrir, esta sumisa conoce su…

—Siobhan. —La interrumpió al momento, le aferró la barbilla con un par de dedos y se la levantó hasta que sus ojos se encontraron—. Un nombre es algo que da poder, un símbolo de indiscutible pertenencia y solo el amo que te posea tiene derecho a elegirlo para ti.

Él tenía razón, lo sabía, Nathan no le había dado un nombre hasta que llevaban un tiempo juntos, hasta que comprendió que su corazón ya le pertenecía por completo.

—Lo siento, señor —murmuró en voz baja—. No tenía derecho a protestar así. Perdóname.

Se la quedó mirando unos momentos en silencio, entonces apretó su presa en la barbilla y le levantó la cara un poco más.

—No me gustan los celos —le advirtió entonces, su mirada presa de la suya—. No acepto escenas de ningún tipo, ni imposiciones. Yo soy el que dice cómo, dónde y cuándo, ¿estoy siendo claro al respecto, sumisa?

Se lamió los labios con nerviosismo, sus dedos eran firmes, pero no la lastimaba, por el contrario, parecía reafirmar su dominio sobre ella.

—Sí, señor —replicó en apenas un susurro—. Lo siento, señor.

La miró a los ojos, examinándola.

—No me conoces, Siobhan —su respuesta fue como un puñetazo en el estómago, pero tenía que darle la razón, en realidad apenas le conocía. No era el niño que recordaba, este era un hombre de lejos distinto—. No sabes absolutamente nada de mi vida, de cómo me conduzco o lo que hago en mi tiempo libre.

Empezaron a picarle los ojos por las lágrimas.

—Así que no pretendas decirme lo que debo o no debo hacer o cómo llamar a mi sumisa —concluyó. Le soltó el rostro y dio un paso atrás—. Desnúdate.

Tragó. No pudo evitarlo. La excitación que la había envuelto durante toda la cena se había ido diluyendo bajo sus palabras, el deseo se había enfriado y ahora, la frustración unida a sus palabras hacía que quisiese marcharse.

Él no esperó a ver si cumplía sus órdenes, le dio la espalda y empezó a desnudarse. Se quitó los zapatos y los calcetines, la chaqueta y el cinturón, se quitó la camisa y continuó con el pantalón.

—El vestido fuera, gatita —repitió todavía de espaldas a ella—, o te lo arrancaré yo y después saldrás de aquí desnuda.

—Eso no es…

—¿Justo? —Se giró hacia ella con las manos todavía en la cintura del pantalón—. No. Puede que no lo sea. Pero aquí y ahora, el único que posee la verdad soy yo. Tu deber es aceptarla, especialmente cuando la reconoces como tal y no enfurruñarte como una niña pequeña.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, sus mejillas se colorearon.

—Ya veo que lo has entendido —continuó, la miró unos segundos y la llamó con un dedo —. Ven aquí, por favor.

Tuvo que obligar a sus propias piernas a que se movieran, pero al final caminó hacia él.

—Te diré algo sobre mí. —La sorprendió con el cambio de tono y la caricia que le prodigó en la mejilla—. Me gusta el vino tinto, suelo participar todos los años en la maratón de Nueva York y no llevo bien los prejuicios.

Parpadeó ante su inesperado arrebato de sinceridad.

—Y también me gusta que la mujer que está conmigo sea totalmente sincera, que no se guarde nada de modo que no haya lugar a malos entendidos —concluyó—. Te molesta que te llame sumisa porque otro amo te dio un nombre. No quieres ser alguien anónimo otra vez, pero tampoco es el momento de entregarte por completo a un nuevo Dom. Esa dicotomía te enfada y hace que todos tus cimientos se tambaleen. Necesitas estructura, estabilidad, sobre todo ahora que te ha sido quitada, pero para poder aceptar el que alguien te la dé, primero tienes que poder conseguirla tú misma. No quiero que pierdas tu identidad, no quiero una cáscara o el despojo que ha dejado alguien más, quiero que seas tú por encima de todo. Y tú eres una sumisa, con un nombre o con un apodo, eres lo que eres.

Parpadeó ante sus palabras, sintiendo como se hundían en su alma y en su corazón.

—No voy a darte un nombre, mascota —declaró con frialdad, pero sus ojos no eran tan inertes como su voz—. No creo que sea el momento adecuado para ello, ni si este llegará, pero porque lo necesitas y buscas esa identidad que pareces haber perdido, dejémoslo en *«Sumi»* ya que eso no parece molestarte. ¿Estás de acuerdo?

Su sinceridad, unida al cuidado que ponía en cada una de sus acciones, buscando ayudarla, protegerla, la derritió por completo.

—Sí, señor.

Se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la cara resiguiendo su cuello para terminar sujetándoselo en la nuca.

—Y ahora, Sumi, quiero follarte —declaró con crudeza—. Me has puesto jodidamente caliente durante toda la noche. Estabas tan mojada que solo quería tirarte encima de la mesa y follarte. Así que quítate el vestido porque quiero hacer justo eso.

Se quedó sin respiración, sus palabras la calentaron de nuevo y su sinceridad la descolocó.

—Gracias, señor —murmuró.

Enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Por ver más allá de mí misma —declaró con sinceridad—, y darme el toque de atención que necesitaba para volver a ponerme en mis zapatos.

Sonrió de medio lado.

—De nada —aceptó y se inclinó sobre sus labios—. Ahora, quítate el vestido y de rodillas, pequeña. Quiero tu boca en mi polla.

Su voz le provocó un pequeño escalofrío de placer. Se lamió los labios y dio un paso atrás antes de tomar una profunda bocanada de aire y empezar a quitarse el vestido y dejarlo extendido sobre una silla.

—El tanga fuera también —la instruyó terminando de desvestirse él también, dejando libre una dura y larga erección que hizo que se le secase la boca—. Pero déjate las abrazaderas de los pezones… te sientan muy bien.

Ahora podía sentir la pequeña cadenita rozándole la piel de los pechos mientras sus pezones volvían a engrosar intentando rebasar los pequeños y ceñidos aros. La sensación de cosquilleo era de lo más erótica y pecaminosa.

—Quizá debiese regalarte unos piercings para los pezones para tu próximo cumpleaños.

Parpadeó ante semejante comentario y no pudo evitar jadear y responder con rotundidad.

—Por encima de mi cadáver —replicó dando un paso atrás—. Nadie va a hacer agujeros en este par… señor.

Se echó a reír, una verdadera carcajada que le iluminó hasta los ojos.

—Y al fin la gatita saca las uñas —se rio mirándola—. Empezaba a preguntarme si habría algo de carácter debajo de toda esa dulzura.

—Lo hay.

—Lo hay, señor —la corrigió.

—Lo hay, señor —repitió para tenerle contento—. Y te lo enseñaré como se te ocurra siquiera regalarme eso…

Sonrió de soslayo.

—Para empezar, tendría que saber cuándo cumples años, ¿no te parece?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—El cinco de octubre —murmuró por lo bajo—. ¿Contento?

Le levantó la cara y le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Estaré contento cuando dejes de hablar y pongas esta boquita sobre mi polla, Sumi —aseguró y la miró a los ojos—. Ahora. Abajo.

Bajó la mirada y luego volvió a subirla.

—Eres un amo muy complicado, señor.

—En absoluto, pequeña, soy de lo más simple —aseguró envolviendo la mano en su pelo —, ahora mismo quiero que me folles con tu boca.

Y para que no pudiese seguir discutiendo la empujó hacia abajo, dejándola frente a su duro e hinchado pene.

Se relamió de anticipación, deseando tocar esa suave piel que envolvía la dureza de su erección. Deslizó los dedos a lo largo del eje, curvándolos a su alrededor para luego acercar los labios y prodigarle un pequeño lametón a la punta.

Notó como la mano que aferraba su pelo se tensaba un poco más bajo sus atenciones, lo vio separar las piernas adquiriendo una postura más cómoda y se relajó —si es que eso era posible—, bajo su toque.

Lo lamió disfrutando de su sabor, de su textura y tomándose su tiempo como una pequeña venganza hacia lo que le había hecho durante la cena. Esos dedos en su interior, la forma en que la había vuelto loca delante de todo el restaurante, había sido pecaminoso, lujurioso y se había excitado al punto de sentirse avergonzada.

Envolvió la cabeza con lentitud, chupándola, succionándola en la húmeda cavidad de su boca mientras jugaba con su lengua gimiendo por su sabor y el erótico dolorcillo que le provocaba el ocasional tirón de pelo. Bajó sobre él, introduciéndoselo todo lo que podía para luego resbalar y deslizar la lengua sobre su eje. Lo chupó como un caramelo, notó como temblaba de vez en cuando en un intento, no le cabía duda, de retener la liberación que sin duda se arremolinaba en su interior. Chupársela la excitaba, hacía que se mojase aún más, que desease tener ese miembro enterrado entre sus piernas, la fuerza de sus caderas doblegando su voluntad como solo ese hombre parecía conseguir.

Debía de molestarle la forma en que la trataba, pero esa dominación la ponía caliente y no era como si ella no tuviese voz para replicar. ¿Piercings en los pezones? ¡Ja! Sí, claro. Cuando él se perforara la polla.

Le mordisqueó la piel y jugó con la pesada bolsa antes de volver a llevárselo a la boca y succionarlo como si fuese un polo de helado, salió y le lamió la punta solo para notar como la mano en su pelo tiraba de ella hacia atrás, apartándola.

—Suficiente pequeña descarada —la acarició el rostro con el pulgar antes de ayudarla a ponerse en pie—. Si sigues así, voy a correrme en esa dulce boquita y tengo otros planes ahora mismo.

Sus mejillas se sonrojaron, no podía evitarlo, había algo en su voz, en la manera que la miraba en ocasiones que la dejaba temblorosa, deseando más.

—¿Puedo pedirte algo, señor?

Las palabras escaparon de su boca antes de poder refrenarlas.

—¿Qué quieres?

Se lamió los labios.

—¿Puedes besarme?

Sus labios se curvaron ligeramente, le ahuecó el rostro con ambas manos y bajó sobre sus labios.

—¿Estás nerviosa, *Sumi*? —la pregunta la cogió por sorpresa y su sonrojo aumentó.

—Tú haces que me ponga nerviosa —entre otras cosas, pensó.

—¿Me tienes miedo? —su preocupación parecía genuina.

—No, Maestro Camden —contestó con absoluta sinceridad—, no te tengo miedo. ¿Cómo podría? Prometiste casarte conmigo.

Sus palabras lo hicieron sonreír.

—Eres una pequeña sumisa insistente, ¿eh? —chasqueó la lengua y bajó la boca sobre la suya, besándola, reclamándola en silenció—. ¿Tu palabra de seguridad, mascota?

—Espinas —murmuró lamiéndose los labios.

Asintió.

—Tiéndete de espaldas sobre la cama y abre las piernas…

No le dio tiempo ni a responder, la empujó sobre el lecho, le subió las rodillas y la dejó expuesta a sus caprichos.

—Sí… precioso.

Sus dedos se deslizaron sobre su húmedo sexo, atravesando los pliegues hasta descubrir el escondido brote de su clítoris el cual acarició provocándole un delicioso estremecimiento de placer.

La miró desde su posición, se elevó un poco hasta encontrar sus ojos y le ordenó.

—Las manos por encima de la cabeza, que tus dedos toquen el cabecero —le ordenó—. Dime si te molesta el hombro.

Hizo lo que le pidió y comprobó que no había tirantez en el hombro, sin embargo, la acción hizo que la cadena que unía sus pezones se tensase provocándole un pinchazo de placer dolor que la hizo saltar.

—La cadena —musitó.

Se cernió sobre su cuerpo y resbaló las manos sobre sus brazos.

—La llevarás hasta que haya acabado contigo —le aseguró y bajó la boca sobre uno de sus pezones, prodigándole un pequeño lametón, jugando con él y haciendo que se hinchase todavía más por sus atenciones. El contraste entre la dureza de los aros y la humedad de su lengua la enloquecía—. Ahora sé buena y mantén las manos dónde las tienes.

Volvió a bajar por su cuerpo llenándola de besos hasta que su boca cayó sobre su caliente y húmedo centro y todo su mundo estalló.

El orgasmo la pilló desprevenida, tembló bajo su boca, corriéndose mientras él bebía de ella, haciendo que los temblores se expandieses y su deseo no hiciese más que aumentar.

—Señor… —gimió.

—Eres tan dulce, Sio —murmuró contra su suave carne—, tan caliente.

Echó la cabeza hacia atrás y se aferró con los dedos al cabecero de la cama para no sucumbir a la tentación de tocarle.

—Por favor —le quería dentro, quería que la llenase, quería que la tomase por completo. Quería ser suya más que ninguna otra cosa—. Por favor, señor… te necesito.

Su lengua la azotó de nuevo, hundiéndose en su interior.

—Señor, por favor…

Su grueso y pesado pene se deslizó entonces sobre los resbaladizos pliegues de su sexo, untándose con sus jugos antes de encontrar la entrada y hundirse poco a poco en su interior.

—Las manos encima de la cabeza —le advirtió cuando se soltó para tocarle—, si me tocas, no me muevo.

Gimió y volvió a aferrar el cabecero, arqueó la pelvis deseando más, que la tomase más profundamente.

—Tan excitada, tan necesitada… así es como te deseo, Siobhan, justo así.

Continuó hundiéndose en ella hasta el final y entonces se quedó quieto mientras volvía sobre sus pezones, torturándola, tironeando de la carne aprisionada en la cadena y haciéndola gritar.

—Oh dios, por favor… muévete… necesito que te muevas…

—Tienes que aprender a pedir las cosas de manera apropiada, pequeña —se burló y deslizó ambas manos bajo su trasero, levantándola, tirando de ella hacia abajo para apuntalar sus pies en el borde de la cama, con las piernas flexionadas y totalmente abierta para él—. Prueba con, *«Maestro Camden, por favor, fóllame»*.

Gimió, se retorció bajo él y alzó las caderas, pero su peso sobre ella no le permitía moverse.

—Por favor… oh dios, por favor, Maestro Camden, fóllame.

—Muy bonito —replicó él y resbaló fuera de ella solo para volver a introducirse tan lentamente que pensó que moriría de un momento a otro.

Se sentía repleta, él la llenaba, la volvía loca con esos cadenciosos movimientos y hacía que quisiera gritar de placer. Notó sus dedos hundiéndose en la carne de sus caderas, manteniéndola sujeta mientras establecía un ritmo estable y vehemente. Sus ojos se encontraron con los de ella y le sostuvo la mirada mientras la poseía, sabiendo que en ese momento solo eran los dos y que le pertenecía por completo.

—Oh dios… sí…

Empezó a balbucear, ni siquiera estaba muy segura de lo que decía pues el placer se desbordaba por su cuerpo y le jodía el cerebro de tal manera que todo en lo que podía pensar era en lo bien que se sentía a su merced.

—Mía, Siobhan, toda mía —creyó escucharle murmurar mientras sus caderas golpeaban contra ella, su pene abriéndose paso en su interior, poseyéndola, arrebatándole cualquier posibilidad de decisión.

—Camden… señor… por favor… sí… dios… sí…

Empujó en su interior, su miembro llenándola por completo, acariciándola en lugares que no creía ni que existieran y construyendo un nuevo orgasmo, uno más intenso que el anterior y que amenazaba con destrozarla por completo. Iba a morirse allí mismo, entre sus brazos y no podía pensar en una sola maldita cosa para protestar.

—Ábrete para mí nena —le escuchó jadear—, entrégate por completo, dame todo lo que eres…

El placer estalló y sintió como sus propios músculos interiores lo aprisionaban, atrapándolo en su interior mientras el orgasmo barría con todo.

—Camden… —gritó su nombre, sus manos dejaron su asidero y le buscó, necesitándole,

necesitando su presencia, anclarse a él.

—Déjate ir, Sio —le escuchó al oído—, déjate ir, yo te sostengo.

—No me sueltes —musitó en respuesta—, por favor, no me sueltes nunca. No me dejes ir.

Notó como su cuerpo recibía los últimos embates de las caderas masculinas antes de que gruñese y se corriese en su interior.

—Mi pequeña Sumi —creyó oírle musitar—, ahora eres mía, ¿a dónde más podrías ir?

Satisfecha con esa respuesta, dejó que la oscuridad la envolviese y sonrió.

CAPÍTULO 23

Hacía meses que no pisaba el club, pero todo seguía igual. Era como si aquel lugar fuese un espacio sostenido entre dos planos, uno dónde nadie era juzgado por su color, su estatura, sus formas o sus preferencias. El respeto era la norma principal, nadie era considerado de manera distinta o mirado con extrañeza en una comunidad que poseía unos fuertes lazos entre sus miembros. Y a pesar de ello, no podía evitar sentirse nerviosa, casi una intrusa, demasiado expuesta e indefensa a pesar de llevar dos armarios de hombres como escolta.

—Estás temblando. —La voz de Logan se filtró en su oído—. ¿Estás bien?

—Sí. —Una pequeña mentirijilla que surgía por sí sola.

—Inténtalo otra vez, mascota.

Debería saber que el poli no compraría sus excusas.

—Estoy… nerviosa —respondió tras respirar profundamente—. No sé por qué, pero lo estoy, señor.

—Eso está mejor —aceptó y miró al otro lado. Camden permanecía en silencio, solo su presencia y el aroma de su colonia le recordaban que estaba allí.

—Esta noche estás fuera del menú —comentó el chef ladeando el rostro para encontrarse con sus ojos—. Es parte del castigo que te impuso el Amo Fire.

¿Tenía que recordarle justo ahora el motivo de su presencia allí?

—Muchas gracias, señor, casi lo había olvidado —replicó con ironía.

Camden enarcó una ceja y la miró con gesto divertido.

—Relájate, Sumi —le aconsejó con ese tono distendido—. La parte difícil ya la has superado. Si tienes alguna duda, solo debes consultárnosla a Logan o a mí.

Se lamió los labios que notaba resecos y asintió al tiempo que apartaba la mirada y echaba un vistazo al área principal del club.

—De acuerdo —murmuró en voz baja.

Un pequeño golpecito en el hombre recondujo su atención.

—Puedes quitarte el abrigo —le dio permiso para ello—. El club tiene la calefacción bastante alta.

—Brian quiere asar pollos hoy o no me lo explico.

—Es un incentivo para que las sumisas se quiten la ropa más rápido —contestó el aludido llenando desde el otro lado de la sala—. Bienvenidos Maestros. Sio, me alegra ver que sigues de una pieza. ¿Te han tratado bien?

Sus ojos se encontraron, el muy maldito se estaba riendo por dentro, podía verlo en sus pupilas.

—Sí, ambos han sido muy… hospitalarios, Amo Fire.

Logan ahogó una risa mientras Camden curvaba los labios.

—Así que hospitalarios, ¿eh? —Su respuesta le arrancó una carcajada a su anfitrión—. Diría que tendréis que esforzaros un poco más, amigos míos.

—Sí, parece que hemos sido negligentes.

El tono de voz de Camden exigía una respuesta inmediata.

—En absoluto, señor —lo miró y juntando las manos delante, inclinó la cabeza—. Gracias

por haberme recibido en vuestra casa y haber cuidado de mí hasta ahora. No teníais porque darme cobijo y lo habéis hecho. Os doy las gracias a los dos, maestros.

Punto, set y partido, pensó con una secreta sonrisa al ver la cara de asombro que se les quedó a los dos Dom.

Brian, que ya la conocía, se echó a reír.

—¿No es una monada? —declaró revolviéndole el pelo—. Tened cuidado con ella u os dejará como un par de idiotas sin que os deis cuenta.

—Lo estoy viendo —murmuró Logan entrecerrando los ojos—. Eres una cosita hartera, ¿no, Sumi?

Se encogió de hombros, Logan había adoptado el mismo nombre para ella. Sin duda, Camden había hablado con él de lo ocurrido en el apartamento del restaurante.

—¿Dónde estaría la diversión en decir a todo que sí, Maestro Logan?

El aludido dejó escapar un resoplido.

—¿Qué color queréis para esta noche? —les preguntó y supo al instante de qué estaba hablando—. ¿Dorado o plateado?

Ambos hombres se miraron y, tras el asentimiento de uno de ellos, Camden fue el que habló.

—Dorado.

Como sumisa, sin amo o maestro y acompañada en exclusividad, debía llevar un collar identificativo que hablase de su disponibilidad o falta de ella ante los miembros del club. En los últimos meses, cuando venía a jugar sola, Brian la había acollarado con su propio color, el azul. Eso dejaba claro a todos los miembros que estaba bajo su cuidado y deberían ir a él para pactar una escena si existía cualquier tipo de reticencia por su parte.

—Ya sabemos quién estará hoy al mando —se burló el poli. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído—. Sé buena, Sumi, esta noche eres de Cam.

Por algún motivo eso le provocó un delicioso escalofrío.

—Sin duda le sentará bien estar bajo vuestra… tutela —comentó Brian y sacó uno de los dos collares que llevaba en el bolsillo entregándole a Camden el dorado—. Tenéis las salas temáticas arriba, creo que ahora mismo hay un par de ellas libres, también está la mazmorra en la que el Amo Horus, mi co-socio, está dando una demostración de *Shibari* y bueno… la sala principal ya veis como está. Que disfrutéis de la velada, divertíos.

Dicho eso, le dedicó un guiño y continuó con su camino.

—El abrigo fuera, Sumi. —La voz de Camden fue firme, no admitía una segunda opción —. No hay nada que tengas que esconder.

—Y empezarás a sudar como un pollo antes de haber empezado siquiera la parte divertida.

Optó por no pensar, se llevó las manos al cinturón y luego a los botones y se deshizo de él quedándose con el breve vestido de licra que Logan le había dejado sobre la cama para que se pusiese.

—Gracias —lo recogió él.

—Levántate el pelo, por favor.

Se había atado la melena en una baja cola y la apartó mientras Camden le colocaba el collar alrededor del cuello. La sensación de esa banda contra su piel le provocó un estremecimiento. El peso le era conocido, pero de algún modo hoy resultaba opresor. Casi sin darse cuenta se llevó la mano al cuero y se encontró con los dedos de su dominante.

—Necesito… un momento… por favor, señor.

Sus ojos se encontraron.

—Respira profundamente —le ordenó y siguió sus instrucciones no sin cierto esfuerzo—. Otra vez.

Poco a poco el nerviosismo empezó a desaparecer y la opresión disminuyó. Escuchó el cierre de este y como uno de los dedos masculinos comprobaba lo ajustado del cuero contra su piel.

—Así está bien.

Tragó. Ahora, más que nunca, empezaba a ser consciente de que este era un castigo y que esos dos tenían la llave de su liberación.

—Está temblando. —Escuchó decir a Logan, obviamente no hablaba con ella.

—Sumi. —Era Camden de nuevo llamándola por ese nombre que habían acordado, por el apelativo cariñoso con el que la identificaba. Se giró hacia su voz y se encontró de nuevo con sus ojos—. Nadie va a hacerte daño, ¿lo entiendes? Estás bajo nuestra protección. Nadie te va a tocar sin nuestro permiso…

—Y créeme, ni con permiso —añadió Logan—. Esta noche eres solo nuestra.

Los miró a ambos y asintió.

—En voz alta, por favor —pidió Camden—. Quiero ver que lo entiendes.

—Lo entiendo —replicó y miró una última vez a su alrededor—, aunque puede que mis piernas todavía no lo hagan. ¿Podría sentarme unos minutos, por favor, señor?

Lo próximo que supo es que tenía unos brazos a su alrededor, que un duro y cálido cuerpo la envolvía mientras el otro bloqueaba la vista de cualquier curioso.

—Estás muerta de miedo —murmuró Cam frotándole la espalda—. Y no hay motivo para ello. Tienes una palabra de seguridad con la que podrás poner fin al juego en el acto. Recuérdanosla.

Se obligó a tragar, sentía la garganta cerrada, incapaz de pasar siquiera la saliva.

—Es… espinas —musitó en un hilillo de voz.

Siguió frotándole la espalda, apretándola con suavidad, haciéndola consciente de quién era, de los brazos que la rodeaban, de quién era su red de seguridad.

—Espinas —repitió con voz más fuerte—. Mi palabra de seguridad es espinas.

Lo sintió asentir y creyó ver a Logan sonreír en respuesta, satisfecho con su valentía.

—Muy bien —siguió frotándole la espalda—. Ahora trata de relajarte, solo vas a jugar con nosotros y lo haremos en privado.

Asintió contra su pecho. De algún modo, su aclaración sobre la privacidad la tranquilizó, algo que no tenía mucho sentido ya que se había paseado con anterioridad por ese lugar sin ropa, sola y acompañada. Con su marido había hecho escenas en público, había compartido áreas de juego en la mazmorra, pero hoy y ahora… la sola idea le provocaba un incontrolable temblor.

Reuniendo todo el coraje que pudo encontrar, no queriendo quedar como una tonta o dejarles a ellos dos en mal lugar, se las arregló para dar un paso atrás y mirar a Camden con más serenidad.

—Gracias, señor —murmuró todavía con voz temblorosa—. Ya estoy mejor.

Logan se inclinó sobre ella.

—Vamos a ver al Amo Horus en acción con esa escena de *Shibari* —sugirió Logan otorgándole tiempo para recomponerse—, será un buen calentamiento y nos dará tiempo para decidir qué hacer después.

Asintió y se miró los pies, dándose cuenta de que todavía llevaba los zapatos. Se inclinó, se desabrochó las tiras y se los sacó notando el suelo bajo sus pies.

—¿Te importaría dejarlos con mi abrigo, señor? —pidió al chef, quién había cogido su

abrigo de manos de Logan.

—Lo dejaré en el vestuario y os veré después.

Asintiendo, Logan la miró y con un único gesto de la mano, la invitó a acompañarle.

—Vamos a ver si aprendemos alguna cosa de la demostración de atadura japonesa.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 24

Estar en el club otra vez trajo recuerdos agridulces a su mente, se llevó los dedos al collar y cerró los ojos recordando quién se lo había puesto, sus manos sobre ella, su mirada, la de los dos amos que tenía consigo esa noche, estudiándola al milímetro.

Sí, estoy segura entre sus manos, estoy segura a su lado y esto es lo que quiero, lo que necesito.

Logan permanecía a su izquierda, su mano acariciándole de vez en cuando la espalda, mientras Cam cubría su flanco derecho, mientras asistían a la demostración de arte erótico japonés.

—¿Dónde estás, *Sumi*?

Se sobresaltó ante la voz de Camden en su oído. Giró el rostro y lo vio mirándola con esa intensidad que hacía que le flaqueasen las piernas y se mojase de deseo. Su presencia la reconfortaba y la ponía nerviosa, era una dualidad que casaba muy bien con él, una que se encontraba buscando a pesar de sí misma.

El chef podía no haber sido lo que esperaba encontrar, el hombre nada tenía que ver con el niño que fue, pero eso no había impedido que sus infantiles sentimientos. El bonito cuento de hadas que había preservado en un rincón de su corazón había echado raíces, los sueños infantiles dieron paso a la realidad y el príncipe terminó por convertirse en un poderoso dragón que escupía fuego.

¿Qué princesa se enamoraba de un fiero dragón? Al parecer ella. En su mente de niña Camden siempre había sido el caballero de brillante armadura, su sueño inalcanzable, uno que olvidó cuando creció y se enfrentó a la realidad, al dragón que era.

—Lleva distraída desde que llegamos —comentó Logan en el mismo tono de voz, su mano resbaló una vez más a través de su columna para detenerse en su trasero y darle un pequeño golpecito—. No presta la debida atención.

Los ojos de Logan contenían ese chisporroteo animado de siempre, una contagiosa alegría que la llevó a curvar también los labios. Era muy distinto de su amigo y compañero, eran como el día y la noche, pero había algo en él que no solo despertaba su deseo, sino también su ternura y la necesidad de tenerle cerca, ¿acaso también se había enamorado de él? No sería difícil, él era la clase de persona que le gustaba tener al lado.

—Y ahí está la prueba de ello —añadió dándole una sonora palmada en el trasero, una que picó—. ¿En qué estás pensando, dulzura?

Se lamió los labios y no pudo menos que soltar la verdad.

—En que creo que estoy cayendo a pasos agigantados dentro de una inesperada locura —comentó con un ligero encogimiento de hombros—, y la culpa es vuestra, Maestros.

Camden enarcó una ceja ante su respuesta, pero Logan se echó a reír.

—Últimamente parezco tener la culpa de muchas cosas a tus ojos, Sumi —comentó el primero mirándola de soslayo—. Me pregunto por qué.

—Si tuviera la respuesta, te la daría, señor —aseguró mirando de nuevo a Logan—, y eso va para los dos.

El poli esgrimió una petulante sonrisa.

—Creo que ya te hemos dejado tiempo más que suficiente esta noche para hacer que te relajes —declaró bajando el tono de voz, sumergiéndose en esa vena dominante que la encendía y hacía estremecer al mismo tiempo—. ¿Qué opinas, Cam?

—Estoy de acuerdo contigo, socio —aseguró bajando la mirada sobre ella, uno de sus dedos se deslizó por la argolla del collar y tiró de él, levantándole la cabeza, una muda advertencia y un firme recordatorio de a quién pertenecía esa noche—. Es hora de jugar, pequeña.

Tragó, no pudo evitarlo, la mirada en sus ojos hablaba de mucho más de lo que había tenido con ellos hasta el momento.

—Esta noche —se estremeció al notar el aliento de Logan en su oído—, nos pertenecerás a los dos.

Un caliente calor se instaló en el fondo de su vientre e hizo que sus jugos rezumasen de su ya mojado sexo.

—Bienvenida al *Blackish*, Sumi.

Las habitaciones temáticas del club estaban situadas en la primera planta y podían utilizarse a lo largo de la noche para las sesiones privadas. La mayoría de ellas emulaban desde una habitación del viejo Oeste, pasando por el estilo árabe, selvático e incluso de ciencia ficción, sin embargo, la que eligieron ellos era una de las habitaciones de gama alta. Decoradas en rojo y negro, con sábanas blancas, poseía poco mobiliario, de hecho, no tenían mucho más de una cama, un par de mesillas, un par de sillas y un amplio espejo situado en uno de los lados de la habitación. La iluminación estaba atenuada, dándole un aspecto más íntimo, erótico y decadente. Solo si mirabas con más atención veías las argollas en el cabecero, las cadenas suspendidas en el techo y otros pequeños implementos propios de un club de BDSM.

—Respira, Siobhan —le susurró Camden al oído, sus manos se cerraron sobre sus brazos, anclándola, haciéndola consciente de su presencia y de su cuerpo pegado a su espalda—. Tienes tu palabra de seguridad, puedes utilizarla si la necesitas. Pero espero que, si tienes miedo, nos lo digas, de modo que podamos evaluar la situación, ¿de acuerdo?

Se las arregló para pasar el nudo en su garganta y asintió.

Compartir, ser compartida, ser poseída por ellos dos, por dos dominantes, dos amos. Se estremeció y no pudo evitar apretar los muslos al mismo tiempo. Esta no sería la primera vez, había jugado anteriormente con su marido y con Brian, e incluso con otras personas, pero siempre había estado él vigilándola, tranquilizándola… y quizá, solo quizá, no le amaba como creía amar a estos dos malditos.

—Tu mente está dando demasiadas vueltas, Sumi —insistió él y la azotó en el culo con la mano desnuda—, detente ahora mismo.

Dio un respingo ante la segunda azotaina y suspiró.

—Lo siento, señor —replicó buscando su mirada. Él le había pedido honestidad y estaba dispuesta a dársela, al menos tan lejos como pudiese llegar sin desvelar sus propios sentimientos —. Es solo… el pasado ha llamado a la puerta…

La miró durante unos instantes, entonces asintió.

—Gracias por decírmelo —le rozó la mejilla con los dedos—. Vamos a intentar hacerlo a un lado, ¿de acuerdo?

Asintió de nuevo.

—Sí, señor. Gracias, señor.

La miró de nuevo e indicó el otro lado de la habitación con un gesto de la barbilla.

—Ve a darle un abrazo a Logan.

La orden la pilló por sorpresa, giró la cabeza en la dirección que le indicaba y vio al policía de pie, con las manos en los bolsillos, mirándola. Había algo en esa mirada… Sus piernas se movieron por sí solas, atravesó la distancia y enlazó los brazos alrededor de su cintura.

—¿Estás bien? —susurró de modo que solo él lo escuchase.

Se inclinó sobre ella y le acarició la nariz.

—¿Lo estás tú? Parecías un poco perdida.

Asintió.

—Estoy muy perdida —confesó e hizo una mueca, entonces alzó la voz—. ¿Puedo pedir que vayamos despacio? Hace algún tiempo que… que no… con dos.

El poli le apretó las nalgas.

—Ya me has tenido jugando aquí —ronroneó a su oído, pero lo dijo en tono lo bastante alto como para que su compañero lo escuchase—, te he follado también mientras llevabas un *plug*…

Se estremeció, todo su cuerpo se licuó y solo estaba utilizando palabras.

—No es lo mismo —musitó.

—No, no lo es —aceptó mirándola a los ojos—, porque ahora, esta noche, vamos a poseerte los dos.

Abrió la boca no para decir nada, sino para respirar, pero ni eso pudo hacer a derechas, pues una mano se enredó en su pelo desde atrás, tiró de ella y los caliente y masculinos labios de Camden se apoderaron de ella. Le hundió la lengua, restregándose con la suya, succionándola y devorándola hasta dejarla temblorosa.

—Desnúdate —le dijo nada más romper contacto.

Le dejaron espacio y empezaron a desvestirse también, de forma pausada, cada uno en un lado de la habitación, mirándola, devorándola con los ojos, imaginándose lo que sería de ella cuando le pusiesen las manos encima.

Tembló, no pudo evitarlo, estaba excitada, ansiosa y también acojonada. Demonios, ¿tenían que ser tan imposiblemente grandes esos dos?

Siguiendo su ejemplo se deshizo del breve vestido, de las braguitas y del sujetador hasta quedar desnuda. Apretó los muslos ante la extraña sensación de estar completamente expuesta allí abajo, cada vez que recordaba la sesión de depilación quería sacarles los ojos a ambos; solo esperaba que hubiese merecido la pena.

—*Um*… parece que nuestra chica ha hecho lo que se le pidió, socio —comentó Logan deslizando la mirada sobre su cuerpo, relamiéndose ante sus ojos.

—No le dejé otra opción —aceptó Camden, quién se libraba ya de los pantalones y la ropa interior dejando a la vista una dura y palpitante erección.

Sí, el muy cabrón no le había dejado elección. Su amenaza, unida al hecho de que la había arrastrado al lugar él mismo y recogido después, no le había dejado más salida.

—Y esa es exactamente la mirada que me dedicó cuando salió de la cita para la depilación —rio Camden—. Pero te prometo que habrá merecido la pena.

Hizo una mueca y optó por desviar la mirada hacia el otro hombre. Craso error. ¿Acaso pensaba que iba a estar más a salvo mirando a Logan? Ese hombre era puro músculo, un armario ropero ambulante y su polla, dios… ¿había mencionado ya lo bien dotados que estaban sus dos

amantes?

Se mordió el labio inferior y dudó hacia qué zona mirar ahora. Camden la libró de tal problema al envolver el pelo en sus dedos, tirando de ella hacia la alfombra que cubría cierta zona del suelo. Entonces la empujó hacia abajo con una obvia intención.

—De rodillas, Sumi —su voz profunda, dominante, no hacía más que afianzar su poder sobre ella. Sus dedos rodeaban la pesada erección acercándosela a los labios y no pudo evitar gemir de ganas—. Abre.

Separó los labios y se acercó a él, levantó la mirada al tiempo que dejaba que su lengua emergiese entre ellos y le prodigase el primer lametón.

—No seas traviesa, gatita o te zurraré —la advirtió retirándose, solo para volver a empujar en su boca, penetrando sus labios.

—Y esa es una imagen muy sexy —comentó Logan con voz profunda, erótica, disfrutando del espectáculo—. Chúpasela, nena. Puedes castigarle por haberte empujado a depilar ese dulce coñito.

Protestó alrededor del grueso eje. Maldito capullo, ¡si la idea había sido suya!

—Creo que nuestra sumisa quiere decirte algo, socio. —Camden estaba intentando no reírse.

Se le pasó por la cabeza apretar los dientes alrededor de la carne que tenía en la boca, pero conociendo al chef, no era una buena idea. Ese hombre era capaz de azotarla y luego follarla solo como castigo. Y no estaba segura de que le permitiese disfrutar de ninguna de las dos cosas.

—Ni se te ocurra —la previno al mismo tiempo el aludido, sacando su miembro húmedo y brillante por sus jugos de la boca para mirarla a los ojos—. Muérdeme y te pongo el culo del color de la colcha.

Hizo un mohín.

—Empezó él —señaló acusadora hacia Logan.

Sacudió la cabeza, le acarició los labios con el pulgar y señaló la cama.

—Sube y acuéstate a lo ancho de la cama. —La ayudó a levantarse mientras la instruía, la empujó sobre la cama y, una vez adoptó la posición que quería, se inclinó sobre ella, su sexo de nuevo cerca de sus labios—. Ahora ya puedes continuar.

Gimió cuando él se introdujo de nuevo en su boca, en esa posición tenía que esforzarse para llegar a él, para jugar como sabía que le gustaba.

—Y ahora te tengo justo dónde te quería, cariño. —La voz de Logan llegó hasta ella, sintió como le acariciaba la mejilla llena con el pene del otro hombre y, unos segundos después, eran sus manos las que cogían los tobillos, abriéndole las piernas, mientras Camden afirmaba una rodilla sobre la cama, acomodándose para que se la siguiese chupando—. Sí, justo dónde te quería.

Notó sus labios y dientes sobre el tobillo, ascendiendo por su pierna, deteniéndose a lamer aquí y allá con un objetivo claro.

Al mismo tiempo, Camden deslizaba una mano por su hombro, acariciándole la clavícula y rodeando su pecho para jugar con uno de los ya hinchados pezones.

—Estoy pensando en hacer que lleves más a menudo la cadena de los pezones —rumió él, moviendo sus caderas hacia delante cuando creía que no le estaba prestando la suficiente atención—, estabas tan sexy.

—Eso tiene que ser jodidamente caliente —rumió Logan contra su cadera, lamiéndola allí y provocándole pequeños escalofríos de placer.

—Casi tanto como verte a ti cerca de mi lugar favorito —rumió Camden. Las miradas de

los dos se encontraron y Logan sonrió divertido.

—Mío —replicó mirándola ahora a ella y guiñándole un ojo—, pero estoy dispuesto a compartir —la mordió en el muslo haciéndola saltar.

—Qué haría yo sin tu comprensión —replicó Camden con tono irónico, la mano que había estado jugando en su pezón se deslizó ahora hacia abajo, le acarició la desnuda piel del monte de venus y la sensación le provocó un estremecimiento de placer—. Te dije que habría valido la pena.

Y solo para recalcar sus palabras, hundió un par de dedos en su interior mientras su otro amante seguía lamiéndole el muslo. Gimió alrededor del duro miembro que tenía en la boca, usó su lengua para castigarlo, pero algo debió de alertarle pues se deslizó de su interior con tal lentitud que la dejó jadeando con ganas de más.

—Sumi mala, ¿qué te he dicho?

Se arqueó sobre la cama, sus dedos se hundían y salían de su coño dándole placer, volviéndola loca.

—Eres un…

—*Shhh*, cariño, no digas nada de lo que luego puedas arrepentirte —declaró Logan.

Gimió, quería maldecirlos, quería gritarles que dejaran de jugar y la follasen de una maldita vez, pero ambos parecían tener sus propias ideas.

—Será mejor que la beses, Cam, necesita consuelo.

Un segundo después su boca recibía un húmedo beso, su lengua imitó el trabajo de sus dedos en su interior y otros estuvieron de nuevo sobre sus pezones, retorciéndolos, amasando sus pechos hasta que todo lo que podía hacer era gemir y alzar las caderas.

—Mi pequeña gatita está enfurruñada —le dijo rompiendo el beso—, estás caliente y quieres más.

—Sí. —Qué demonios, era la verdad.

—Me encanta tu sinceridad —declaró, dio marcha atrás y al momento siguiente su polla volvió a empujar contra sus labios—, termina el trabajo, dulzura.

Se inclinó más sobre ella, empujando su miembro dentro de su boca, cogiendo sus manos y apretándolas con una de las suyas para que no pudiese tocarle, para que no pudiese hacer otra cosa que tomarle, que dejarle follarle los labios y maldito fuera, eso la estaba poniendo más y más caliente.

Camden estaba disfrutando más de lo que debería de aquel intercambio, la presencia de Logan lo cambiaba todo, resultaba tan erótico ver cómo deslizaba la lengua entre los muslos de la pequeña sumisa, ver como ella gemía y respondía alrededor de su polla, prestándose a los juegos de los dos. Y demonios, su boca era una maravilla, su lengua lo azotaba sin descanso, se arremolinaba alrededor de su dureza y lo succionaba haciendo que le fuese imposible no correrse en su garganta. Pero no era allí dónde quería terminar, no ahora al menos.

—Suficiente, gatita, gracias —intentó sonar sereno, pero su corazón latía a toda velocidad. Se hizo a un lado, bajó sobre su boca y la besó, bebiéndose los gemidos que escapaban de su boca mientras el otro hombre se saciaba en su coño.

Logan deslizó las manos bajo su trasero, elevándola, abriéndola más para su propio disfrute, martirizándola con pequeños lengüetazos que la hacían curvear sobre la cama.

—¿Te gusta cómo se siente su boca, Sumi? —le susurró entonces, manteniéndola sujeta

para el placer y disfrute de su compañero—. ¿Sientes cómo te lame, cómo bebe de ti?

Siobhan emitió un profundo jadeo de placer al sentir como Logan introducía los dedos en su trasero, jugando con la fruncida entrada, recogiendo parte de sus jugos para lubricarla con ellos.

—Camden —jadeó, aunque sabía que era su otro amante quién le daba placer.

—Suave, nena —le susurró al oído—, déjale que te prepare, quiero enterrarme en tu coñito mientras Logan te toma por ahí.

Sus palabras la hicieron gemir, esos dos iban a matarla y bendita forma de morir. Los dedos que la lubricaban y estiraban, provocaban pequeños espasmos de placer-dolor que chocaban con las olas de ardiente placer que le provocaba la lengua de Logan, su cuerpo ya no resistiría mucho más esa tortura, necesitaba correrse, necesitaba derribar esa barrera y dejarse ir a la deriva. Como si supiese de su dicotomía, la dura erección empezó a palpitar en su boca, chorros calientes descendieron por su garganta mientras su cuerpo sucumbía también al placer y encadenaba su propio orgasmo.

—Diablos, Cam, es preciosa cuando se corre —creyó escuchar a su alrededor.

—Preciosa —escuchó también a Camden con voz gutural, preso de su propio orgasmo. Abrió los ojos y se encontró con los suyos mientras se deslizaba fuera de sus labios, permitiéndole respirar de nuevo, saboreando todavía los restos de su eyaculación—. Realmente dulce y preciosa.

La cama cedió a su lado y se encontró con Logan, sus ojos oscurecidos por el deseo, relamiéndose antes de bajar sobre su boca y besarla con una sexy cadencia que no hizo más que avivar el deseo que no se había extinguido siquiera con esa primera liberación. Sintió por fin los brazos libres, Camden la había soltado y la acariciaba ahora con languidez, torturando sus hinchados pechos con la lengua, jugando con sus pezones, haciéndole arquear la espalda.

—Le has dejado seco, nena —ronroneaba Logan depositando besos en sus labios, en su mejilla, en su oído, siempre en un nuevo lugar—, buena chica.

Sonrió ante sus palabras, una pizca de orgullo mezclándose en su interior. Saber que le había complacido le complacía también a ella, esos dos no tomaban tanto como daban en realidad anteponiéndola casi siempre ante sus propios deseos.

Notó la dura erección de Logan frotándose contra su muslo, un palpable recordatorio de que él todavía no se había corrido.

—Logan —deslizó la mano sobre su cuerpo hasta que sus dedos tocaron su acerada calidez.

Él gruñó y le mordisqueó la oreja.

—Maestro Logan, cariño —le recordó—, aunque también responderé por «señor» si tu cerebro está en cortocircuito.

—Sí, señor —ladeó la cabeza para permitirle el acceso mientras se arqueaba bajo las calientes atenciones que su otro amante le prodigaba a los pechos.

—Sigue acariciándome así y me correré en tu mano —gruñó él retirándose—, y lo que quiero es correrme en tu coñito mientras Cam se entierra hasta las pelotas en ese bonito y ceñido culo.

Sus palabras la enardecían, sus manos seguían sobre ella, dos pares de manos volviéndola loca, calentándola de nuevo, enloqueciéndola al igual que lo hacían sus bocas.

—Sí —una respuesta clara y rotunda a sus intenciones—, por favor…

—Me parece que está lista, amigo mío —comentó Camden deslizándose por su estómago, acariciándola con sus manos y su boca.

Logan rio, volvió a besarla en la boca y la envolvió en sus brazos, girando sobre la cama e intercambiando sus posiciones, ahora ella estaba arriba y él se estiraba bajo ella.

—Móntame, dulzura —la instó a ello, a conducir ese duro miembro allí dónde lo necesitaba, dónde lloraba por él. La sujetó por las caderas y la hizo levantarse mientras Camden la empujaba hacia delante haciendo que bajase sobre la ancha cabeza del pene que penetró en ella con despiadada lentitud—. Oh sí, perfecto, me ciñes de una manera deliciosa.

La mano que todavía permanecía en su espalda la acarició, descendió por su columna hasta sus glúteos, le dio un par de calientes palmadas y deslizó los dedos entre sus mejillas, acariciando el fruncido agujero. Un segundo después algo frío se apretó contra su orificio y acto seguido los gruesos dedos masculinos empezaron a penetrarla, cada vez con mayor facilidad, lubricándola para él.

—Inclínate hacia Logan, pequeña —escuchó que susurraba en su oído, besándola allí antes de empujarla con suavidad hacia delante, dejando que su compañero la abrazase y la entretuviese con un nuevo beso.

Su cuerpo se excitó todavía más, sabía lo que estaba por venir, sabía que su chef iba a poseerla también, al mismo tiempo que el policía y su mente terminaría por hacerse añicos. No le importaba, quería eso, los quería a los dos.

—Sujétala —creyó escuchar un segundo antes de que los brazos de Logan la ciñesen y sintiese la constante y caliente presión del miembro masculino penetrando el apretado agujero.

El placer y el dolor se mezclaron enloqueciendo sus sentidos, podía sentir la lenta incursión de ese duro y enorme miembro entrando en ella, buscando un espacio que ya estaba ocupado por la polla de Logan. Gimió en su boca, luchó con la necesidad de alejarse y acercarse al mismo tiempo, gritó, pero los sonidos fueron acallados por esa codiciosa lengua.

—Dios… es el paraíso.

No podía respirar, se sentía tan repleta que no encontraba aire para sus pulmones, ambos estaban profundamente dentro de ella, poseyéndola, reclamándola por completo, haciendo que su mundo girase sin control.

—Respira, cariño, respira —le susurró alguien—. Relájate, deja que cuidemos de ti.

Se sintió sacudida entre ellos, una nueva ola de placer empezó a recorrerla cuando se movieron, acompasando sus movimientos para que uno entrase mientras el otro retrocedía. La sostuvieron entre ambos, follándola como querían, reclamándola como solo ellos podían hacerlo hasta que ya no existió más que placer a su alrededor. El orgasmo llegó sin avisar, feroz, destructor, dispuesto a destrozarla y hacerla pedazos, arrancándole la voz incluso cuando quiso gritar, pero eso no los detuvo a ellos. Siguieron empujando, marcando un ritmo propio, jadeando, gruñendo, disfrutando del momento, de esa silenciosa y prohibida comunión que los unía a los tres de una forma que nada podía hasta que ellos mismos alcanzaron la meta y explotaron en su interior.

Como una muñeca, cayó sobre Logan, intentando recuperar el aliento mientras notaba como Camden abandonaba su trasero unos segundos después y buscaba su boca para darle un húmedo y caliente beso.

—Gracias, pequeña —murmuró contra sus labios.

Logan, resbaló también de su interior y buscó su boca después que su compañero para prodigarle la misma atención.

—Has sido muy buena chica, mascota —le lamió los labios—. ¿Lista para la segunda ronda?

Gimió, esa noche en el club iba a ser memorable.

CAPÍTULO 25

Llevaba ya casi tres semanas completas viviendo con ellos cuando llegó la esperada noticia. Ni siquiera había pensado en ello, los últimos días se había limitado a dedicarse a dar forma al porche y pasar tiempo con sus maestros. Era una hazaña hacer que Camden no se diese cuenta de los grandes avances que se estaban llevando a cabo. La nueva tarima había sido colocada esa misma mañana y, a falta de que llegasen los muebles que había pedido, el nuevo espacio *chill out* estaba casi listo.

Admirando la obra que iba tomando forma y que sin duda podría tener terminada en un par de días, no dejó de resultarle sorprendente que su amigo de la infancia no se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo en la parte de atrás. ¿En qué creía que invertía todo el tiempo que pasaba en la casa sin él o Logan?

Por otro lado, se había dado cuenta de que el Dom no se interesaba gran cosa por la casa, de hecho, su rutina era entrar por la puerta, anunciarse y subir directo a su planta privada.

—Espero que con esto pueda ver este lugar como un hogar.

Le gustaría tener su aprobación y saber que disfrutaría de esta pequeña parcela que había ideado para los dos. Sería interesante ver a esos dos hombres cocinando delante de la nueva barbacoa, pensó con una sonrisa.

—Siobhan.

Escuchó su nombre seguido por el abrir y cerrar de puertas. Estaba en la parte de atrás, a la que solo podía accederse a través del estrecho pasillo que había tras dejar la cocina y la acústica no era lo que se decía muy buena.

—¿Sio?

Era la voz de Logan.

—¡Estoy en el porche! —respondió alzando la voz. Se sacó los guantes y empezó a recoger las herramientas de jardinería para luego ir a su encuentro.

—¿Dónde…?

Lo vio asomándose a través de la puerta y dejó escapar un silbido.

—Caray, nena, eso no es ni la sombra de lo que era —comentó echando un buen vistazo a la zona—. Buen trabajo, cariño.

Su aprobación la calentó.

—Gracias, señor —declaró de manera inmediata y voluntaria. No le costaba llamarle así —. Todavía no está terminado, faltan los muebles.

Él asintió, deambuló por la zona y miró la entrada con el ceño fruncido.

—Deberíamos deshacernos de ese estúpido pasillo y poner en su lugar unas puertas francesas. De ese modo se podría acceder desde la cocina —comentó y volvió a mirar a su alrededor para luego volverse hacia ella—. Se lo comentaremos a Camden a ver qué dice cuando esté todo terminado.

Asintió. Sin duda esa era una gran idea, no solo daría más luz al interior de la casa, sino que el acceso sería mucho más cómodo.

—Es una buena idea —aceptó volviéndose hacia él—. Me estabas buscando, ¿no? ¿Ha pasado algo?

Su semblante cambió un poco, señaló el interior de la casa y la instó a acompañarle.

—Ven, tenemos que hablar.

Su respuesta la puso alerta.

—¿Ha ocurrido algo? —Ante la inmediata falta de respuesta, lo siguió al interior de la casa y tiró de su chaqueta—. Logan, ¿ha habido otro…?

Negó con la cabeza y cogiendo la mano que le aferraba la guio a uno de los taburetes de la cocina y la sentó en él.

—Hemos encontrado al dueño del vehículo —le informó dejándola sin aliento—. Lo tenemos, Sio.

El aire que no sabía ni que estaba conteniendo escapó de sus pulmones.

—Oh dios —no podía decir otra cosa.

—Se ha registrado la casa y el garaje y hemos encontrado pruebas que lo incriminan directamente con el… asesinato… y también con tu agresión —le explicó—. Sé que habías declarado que te faltaba del bolso una polvera…

—Un espejo, un espejo de bolso plateado con la imagen de una orquídea rosa moteada —asintió dándole los datos precisos—. Sí, sé que la llevaba conmigo, siempre la llevaba y no estaba en el bolso y la policía no la encontró…

Asintió corroborando sus palabras.

—Se había llevado también otros trofeos de su última víctima —habló sin más, midiendo las palabras, pero sin dejar de brindarle la información que podía—. A falta de contrastar el ADN que encontramos en las uñas de la víctima con el del detenido… creo que es nuestro hombre.

Se quedó sin fuerzas. Su pesadilla por fin había llegado al final, el hombre que la había atormentado en sus sueños, que la había agredido, había sido encontrado.

—¿Quién es? —Necesitaba saberlo, necesitaba comprender el por qué había ocurrido todo aquello, porqué había ido a por ella.

—El nombre de Taker Grison te dice algo.

Le dio vueltas al nombre una y otra vez, entonces negó con la cabeza.

—No, no lo había oído nunca —aceptó, era incapaz de encontrar una sola cara que se relacionase con ese nombre—. Pero, tampoco le vi la cara… llevaba una capucha, una sudadera oscura… solo sé que era grande, ancho de hombros y enorme… o eso me pareció.

Asintió ante sus palabras.

—Los de la científica están revisando su casa y el garaje —comentó—, si conserva la prenda, la encontrarán.

Bajó la mirada. Lo habían cogido, habían cogido a su agresor. ¿Quién era? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué a ella? ¿Por qué había matado a esa mujer?

—¿Por qué?

La pregunta no lo pilló por sorpresa. Como policía Logan debía estar acostumbrado a tratar con ese tipo de cosas, debía de enfrentarse con casos así casi todos los días, ¿cómo podía resistirlo? ¿Cómo podía vivir consigo mismo?

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué yo?

—Es muy pronto para darte una respuesta a eso, cariño. Mi primera impresión es que estabas en el lugar equivocado a la hora equivocada —comentó con tacto.

—Pero a ella la mató —puntualizó hablando de la otra víctima que se le conocía—. Y… y posiblemente habría seguido haciéndolo si no se le hubiese detenido. ¿Por qué? ¿Quién es? ¿Qué le he hecho para que me hiciese eso?

—Siobhan…

—Quiero verle —la pregunta surgió sola de sus labios—. Logan, quiero verle. Quiero mirarle a la cara, necesito entender… ¿Y si está usando un nombre falso? ¿Y si le conozco?

—No estás en condiciones de enfrentarte con algo así, no después de todo lo que ha pasado —trató de dialogar, de hacerla entender—. Deja que yo me encargue de esto. Descubriremos qué demonios tenía en mente ese tío, si había un motivo que hiciese lo que hizo y…

—Quiero verlo —insistió, sus manos cerrándose sobre sus antebrazos—. Necesito hacerlo. Necesito respuestas.

La miró y supo que estaba barajando sus opciones.

—No vas a ir a ningún sitio a menos que sea estrictamente necesario para la investigación —le informó—. Lo más probable es que tengas que presentarte en el juicio como testigo, pero te ahorraré toda la mierda que pueda ahorrarte…

Dicho eso, cogió el teléfono e hizo una rápida llamada.

—Ryss, soy Cooper —respondió al cabo de un momento—. Necesito que me envíes al móvil la fotografía del hijo de puta que cogimos esta mañana. Sí, el cabrón de los cuchillos.

Escuchó un murmullo al otro lado de la línea.

—Solo hazlo —replicó tajante y al instante siguiente se oyó el sonido de un mensaje entrante—. Gracias. Sí, te veo en un rato.

Colgó el teléfono y buscó el archivo que acaba de recibir, solo entonces la miró a los ojos.

—¿Estás segura de esto?

—Lo estoy.

Necesitaba salir de dudas de una vez y por todas, necesitaba ver si se trataba de una macabra coincidencia o había alguna explicación oculta.

—De acuerdo.

Logan le tendió el teléfono, mostrando en la pantalla la imagen de un hombre blanco, con rostro anguloso y una ligerísima deformación en su ojo derecho, el cual parecía tener más bajo que el izquierdo. Tendría alrededor de cincuenta años, dudaba que fuese más joven y poseía una descuidada barba con alguna que otra cana.

Sacudió la cabeza, sus ojos todavía fijos en la foto.

—No sé quién es —respondió con congoja—. No… no le conozco. No le he visto jamás. Yo pensé, esperaba que se tratara de alguien a quien pudiese reconocer, con el que pudiese haberme cruzado alguna vez, que hubiese un motivo… pero… no le he visto jamás, no recuerdo a nadie como él.

Recogió el teléfono de sus manos, volvió a la pantalla de inicio y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo sé, Sio, lo sé —le cogió las manos, frotándoselas pues se había quedado helada—. Con todos los años que llevo trabajando y sigo sin comprender que motiva en muchas ocasiones al ser humano para cometer crímenes semejantes.

—Pensé que si lo reconocía, tendría la respuesta —murmuró mirándole a los ojos, buscando que lograse entenderla—, que entendería por qué alguien me ha hecho esto —se soltó de sus manos y se remangó la chaqueta para mostrar sus cicatrices—, pero… no lo entiendo. ¿Cómo… cómo sé que esto no ocurrirá de nuevo? ¿Cómo hago para borrar este miedo? ¿Cómo puedo recuperar mi vida, Logan? ¿Cómo?

Sus manos subieron por sus brazos y se cerraron sobre su rostro, acunándole la cara y obligándole a mantener la mirada en alto.

—Ese hombre no volverá a acercarse a ti jamás —le aseguró—. Si de mí depende, va a

refundirse en la cárcel por asesinato e intento de homicidio. Eso te lo prometo, cariño, nadie volverá a ponerte un solo dedo encima, ¿me oyes?

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla y asintió.

—Si tengo que testificar para que así sea, lo haré —murmuró con voz rota—. Haré lo que haga falta para que, si ha sido él, no vuelva a hacerle daño a nadie más.

—Esa es mi chica —comentó él en tono orgulloso y la atrajo a sus brazos—. Todo saldrá bien, nena, no dejaremos que salga de otra manera.

Se limitó a asentir contra su pecho, le rodeó la cintura con los brazos y cerró los ojos. En sus brazos se sentía segura, apreciada y cuidada, le otorgaba la seguridad que había perdido años atrás y despertaba en ella un sentimiento que creía haber olvidado por completo.

Estaba enamorada de Logan, ese maldito policía se había colado en su corazón y sabía que no era el único, pues Camden había vivido en él desde que era una niña.

CAPÍTULO 26

Había cosas que debían ser puestas sobre la mesa, ahora que ese hombre estaba entre rejas, que el peligro que envolvía su día a día había desaparecido, Siobhan sabía que era el momento de dar un paso más allá y tomar una decisión.

Comprobó que la mesa de cristal y mimbre a juego con los sillones estaba bien colocada y alineada, sobre esta había una bandeja con un par de cervezas y algo de picoteo; dos cosas indispensables cuando se trataba de hombres. La iluminación era suficiente para esa hora de la tarde, el frío helador todavía no había hecho acto de presencia y cuando lo hiciese, el porche cerrado mantendría el jacuzzi y la zona de descanso cómodamente recogida y cálida.

Aquel añadido le había valido la claudicación y la necesidad de enseñarle a Camden su trabajo antes de tiempo. El chef no solo había quedado impresionado sino que había alabado su trabajo. Había estado también de acuerdo con Camden en abrir la cocina, añadir unas puertas francesas y cerrar el porche para poder disfrutar de él de igual modo en invierno.

—Vamos, tú puedes con ellos —se infundió ánimos—. Torres más altas han caído y ellos son solo dos hombres.

Dos sexys y maravillosos dominantes que habían entrado en su vida en uno de los momentos de mayor necesidad para ahuyentar los fantasmas del pasado y dar sentido a su presente. Ahora, solo tenía que poner las cartas sobre la mesa y rogar para que ambos decidiesen arriesgarse en ese peligroso juego y quedarse con ella.

Volvió sobre sus pasos, atravesó las nuevas puertas francesas y cruzó la cocina para luego salir por el pasillo y entrar en la sala de juegos, dónde Logan veía su programa de deportes favorito mientras Camden repasaba alguna cosa en la Tablet.

—Um… Maestros —eligió a propósito el título. Sabía que Logan detestaba el título de Amo, así que aquella era una buena opción—. ¿Podría contar con vuestra presencia unos momentos en el porche, por favor?

—¿Ya has terminado con esos horribles setos? —se burló Logan.

Puso los ojos en blanco.

—Hace semanas que terminé con esos malditos setos, señor —replicó, al final casi había gritado y solo su fuerza de voluntad evitó que los arrancase de raíz y fuesen a dar a la basura—. Ha sido casi tan duro como limpiar el maldito jacuzzi antes de que recordases que teníais una máquina de agua a presión.

Camden enarcó una ceja y miró a su compañero.

—¿La dejaste limpiar esa cosa a mano?

Se encogió de hombros.

—Estaba tan decidida a hacerlo que no tuve corazón para interrumpirla —le respondió con risa contenida—. Por supuesto, tuve que apiadarme cuando vi que iba a ir a por la piscina y recordé oportunamente que teníamos la máquina en el garaje.

—Sumi, tienes mi permiso para pegarle una patada en el culo al Maestro Logan.

Sonrió de soslayo.

—Gracias por el permiso, señor, pero temo que el maestro podría tomar represalias si lo hago.

—Que no te quepa la menor duda, cariño —asintió el aludido.

Camden dejó la Tablet a un lado y se giró en el sofá.

—Bien, ¿qué es lo que requiere nuestra presencia en el porche?

—Si vienes, lo sabrás —replicó con el mismo tono desenfadado de él—, señor.

—Te das cuenta de que has interrumpido mi programa de deportes favorito, ¿verdad, nena? —añadió Logan levantándose del asiento—. Solo por eso, te pediré una compensación.

No pudo evitar estremecerse de anticipación.

—¿Puedes dejar de rezongar y venir, por favor, señor? —le soltó impaciente.

Aquello hizo reír a Camden, quién se levantó también.

—Estás caminando por la fina línea de la falta de respecto, sumisa —le anunció el chef, haciéndola muy consciente de su presencia y de lo que implicaban sus palabras. ¿Por qué tenía que sonar tan caliente cuando le decía que iba a castigarla? ¡No era justo!

—Te prometo que es por una buena causa, señor —insistió teniendo un poco más de tacto con Camden.

El hombre extendió la mano invitándola a ir delante.

—Te sigo, pequeña.

Asintió y les dio la espalda para volver a la zona de *chill out*, una vez fuera se detuvo al lado de la mesa esperando a que aparecieran. Esta sería la primera vez que viesen la zona terminada. Ambos habían pasado la mañana fuera, ese mediodía había comido con Camden en el restaurante y solo después habían vuelto a casa para seguir con sus respectivas tareas. Les había pedido a ambos que se mantuviesen alejados del lugar hasta mañana, pues quería que fuese una sorpresa.

—Joder —exclamó Logan atravesando las puertas francesas—. Esto es… una pasada.

—Muy buen trabajo, Sio —añadió Camden mirando el lugar con ojo crítico hasta que se encontró con su propio regalo, una enorme barbacoa—. ¿Eso es lo que creo que es?

—¡Oh sí! ¡Dios existe! —exclamó Logan uniéndose a él.

Como dos niños pequeños empezaron a abrir y cerrar cosas, probaron los encendedores y se completaron las frases sobre lo que iban a hacer allí.

—*Amor*, acabas de convertirte en mi chica favorita —declaró Camden girándose en su dirección.

Su inesperado apelativo hizo que tanto ella como Logan se lo quedasen mirando. Entonces el poli se echó a reír y le palmeó la espalda.

—Ya era hora de que lo admitieras.

Él pareció comprender entonces lo que acababa de decir, sus ojos se oscurecieron y ella se sonrojó.

—Um… también hay una barra con un grifo para la cerveza —apuntó rompiendo el incómodo momento.

Ambos hombres reaccionaron a la palabra cerveza y siguieron la indicación de su dedo.

—Se supone que quién debe malcriarte somos nosotros, cariño —añadió Logan risueño—, te estás ganando el mejor regalo de Navidad que hayan visto tus ojos.

¿Navidad? Estaban en Marzo.

—Faltan unos nueve meses para Navidad —murmuró en voz baja—, no sé si para entonces seguiré por aquí.

Camden fue el que la escuchó, pues se giró hacia ella y se encontró con su mirada.

—Tiempo más que suficiente para que lleguemos a un acuerdo, ¿no? —comentó en el mismo tono de voz que utilizó ella.

Se lamió los labios.

—¿Un acuerdo?

Él asintió y caminó hacia ella.

—Un acuerdo… para tres —declaró de pie ante ella, sus ojos sobre los suyos—. ¿Lo intentarías?

Se lamió los labios, las palabras brotaron al momento de su boca.

—¿Lo intentarías tú?

Se inclinó sobre ella, sus ojos clavados en los suyos.

—Señor —apuntó.

¿Por qué tenía que ser tan intenso?

—¿Lo intentarías tú, señor?

Le acarició la mejilla con un dedo.

—Si sois Logan y tú, sí —aceptó sin vacilar—. Después de todo, a él ya lo llevo sufriendo mucho tiempo y no hay manera de que se marche y tú, bueno, creo recordar que te había pedido que te casaras conmigo, ¿no?

—Eras un niño.

—Y ahora soy un hombre conquistado por una pequeña sumisa pelirroja —declaró tirándole del pelo—. Me acuerdo de unas coletas en forma de tirabuzón y una sonrisa a la que le faltaban unos cuantos dientes, de la niña que se echó a llorar porque no quería que me mudase. No quería perder al único amigo que tenía.

Abrió los ojos y jadeó.

—¡Te acuerdas!

Sonrió.

—Sí, pequeña, me acuerdo —confesó bajando sobre sus labios—, así que dime, Sumi, ¿serás mía y de Logan hasta que la muerte nos separe?

—Di que sí, Sio —apareció Logan, rodeándolos a ambos con los brazos—. Di que sí o tendré que oírle lloriquear porque ha perdido a la mujer que quiere.

Ella parpadeó, las palabras filtrándose poco a poco en su mente.

—¿Me… me quieres?

Camden miró a Logan, le dedicó un guiño y luego bajó sobre su boca.

—¿Me quieres tú a mí, amor?

—Yo pregunté primero, señor.

—Sí, lo has hecho, sumisa —aceptó risueño—. Y sí, Siobhan, te quiero, te quiero tanto como para arriesgarme a pedirte que nos aceptes a los dos.

Se mordió el labio inferior cuando le empezó a temblar, sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió.

—Sí… sí a ti —miró a Camden—, y sí a ti —hizo lo mismo con Logan—, sí a los dos —sonrió tímidamente—. No sé qué clase de mujer me hace eso pero… no puedo elegir, no quiero elegir, os quiero a ambos.

Logan le robó un beso y le limpió las lágrimas de una mejilla.

—Eso te hace nuestra, amor, toda nuestra.

—Nuestra mujer —añadió Camden—, nuestra sumisa.

—Vuestra, Maestros —miró a ambos y sonrió por primera vez con el corazón rebosante de felicidad—, ahora y para siempre.

EPÍLOGO

Un mes después…

—De verdad, Siobhan, si esos dos hombres tuyos no te hubiesen reclamado ya, lo haría yo mismo —comentó Brian observando el trabajo terminado de su jardín—. Tienes un don para la jardinería.

Sonrió de soslayo, se quitó los guantes y el sol se reflejó en las dos láminas de oro amarillo y oro blanco que se entrelazaba en su dedo.

—Puedes contratarme siempre que necesites ayuda con el jardín, Amo Fire.

La miró y sacudió la cabeza. El último mes había sido un cambio en muchos aspectos, el más remarcable que se había mudado definitivamente al hogar de sus Maestros. Sus heridas iban sanando bien, las cicatrices desaparecerían con el tiempo y las líneas que quedasen le recordarían que seguía viva.

Taker Grison había sido encontrado culpable de los cargos de asesinato e intento de homicidio. El testificar, el dar su versión de los hechos le había ayudado a dejar atrás el temor, a abandonar los miedos y encontrar la manera de seguir adelante. Logan la había mantenido al tanto de cada uno de los avances y le habló también de la declaración que había hecho el hombre, quién estaba desequilibrado y vivía obsesionado con la esposa que había fallecido un año atrás. Según los psicólogos el desgraciado vivía obsesionado con el recuerdo de la mujer y había caído en una psicosis en la que sus víctimas, las cuales eran elegidas por su parecido físico con su difunta esposa, eran un recordatorio de su traición.

Así pues, tal y como había dicho Logan, se había encontrado en el lugar equivocado en el momento menos oportuno, algo que estaba empezando a asimilar gracias a las sesiones con el psicólogo a las que Camden la había obligado a asistir; era imposible decirle que no a ese hombre.

—¿Vais a pasaros este viernes por el club? —preguntó Brian sacándola de sus cavilaciones.

El *Blackish* se había convertido en su nuevo patio de juegos. Durante el último mes había ido con Camden, cuando Logan estaba ocupado o con este último, cuando el que no podía librarse era el chef. Ambos habían optado por pasar tiempo con ella a solas de vez en cuando, permitiéndole así conocerles en profundidad, pero ninguno estaba incómodo o a disgusto cuando se juntaban los tres, de hecho, era como si todo encajase en su lugar y estuviesen completos.

—Este viernes no —negó recordando la seria conversación que había tenido con ambos a principios de semana—. El Amo Camden ha concertado una cita en *«El Purgatorio»*.

Su chef particular había estado serio cuando le había hablado de su necesidad de sincerarse, de mostrarle quién era y permitirle así decidir si realmente quería quedarse junto a él y aceptarle como su señor. Sus palabras la habían tomado por sorpresa, pero había sido el dolor y el temor que había visto en sus ojos lo que la había decidido a ir hasta el final y aceptar su invitación.

Logan había asentido en silencioso acuerdo. El más divertido y espontáneo de sus dos

compañeros se había mostrado también serio y taciturno al escuchar mencionar ese lugar.

—Así que por fin ha decidido dar el paso —comentó Brian con gesto pensativo, parecía estar hablando más para él mismo que para ella—. Será un viaje complicado al pasado de Camden… y de Logan.

Levantó la mirada y se encontró con la suya.

—Uno que no harán solos —respondió llena de seguridad.

Los labios del bombero empezaron a curvarse y vio una luz que no había visto antes en su mirada.

—Eres una buena chica, mascota —aseguró su amigo—, mantente siempre cerca de ellos y todo irá bien.

Asintió e hizo algo que sorprendió a Brian; le abrazó.

—Gracias por haber cuidado de mí todo este tiempo, señor —le susurró al oído—, y gracias por ponerme al cuidado de esos dos.

—Ha sido un placer, Siobhan, todo un placer.

La noche del viernes llegó y se encontró sumergiéndose en un nuevo cuento de hadas, uno con tintes oscuros y sensuales que la condujeron a un edificio de oficinas y al recibimiento de un encantador y atractivo Jax. Él fue quién le explicó las normas del lugar, el único que la sedujo con su voz y un caliente y tórrido beso antes de requisarle la ropa y entregarle a cambio una suave bata de seda dorada con la que cubrir su cuerpo.

—Lista para enfrentarte a uno de los amos del Purgatorio, querida —le susurró al oído un segundo antes de llamar a una de las puertas dispuestas en un breve pasillo.

Respiró profundamente y llevó las manos al cinturón de la bata, deshaciendo el lazo y dejando que la tela resbalase por sus hombros al ver a los dos hombres de su vida esperándola en el interior de una misteriosa habitación.

—Que disfrutes de una agradable noche en el Purgatorio, Siobhan Carrigan.

Y lo haría, más allá de lo que todavía le quedase por descubrir de Camden o de Logan, mientras estuviese con ellos, sabía que esa deseaba esclavitud sería únicamente de sus dos Maestros.

NI EN SUEÑOS, MAESTRO -LIBRO 4-

Luna Coulter no era la mujer que parecía... su fuerza encerraba una fragilidad que lo atraía como un imán, que hacía que desease doblegarla, reclamarla... y enseñarle qué ocultaba en lo más profundo de su ser. Ella negaba ser sumisa, ni siquiera estaba segura de que hacía en la clase de iniciación, parecía tan fuera de lugar en sus dominios que no podía evitar querer liberarla de sus propias dudas.
Brian Reynols no era el hombre adecuado para ella, ¡por dios! ¡Era un jodido Amo! Ese no era su mundo, no encajaba con su visión de las cosas... y sin embargo era el único que hacía que se derritiese con tan solo una mirada y desease entregarse por completo a sus caricias. Pero había mucho más en ese amo de lo que se veía a simple vista, una oscuridad que ocultaba un pasado difícil de olvidar.
Él prometía ser el mejor de los maestros... y ella la más traviesa de las alumnas.

CAPÍTULO 1

—Ya puedo ver los titulares: *Fanática de las películas en blanco y negro, encontrada en un set de rodaje colgada de cadenas como un jamón* —musitó con los ojos abiertos como platos—. *Probable causa de la muerte: Se murió nada más traspasar la puerta.*

Si le quedaba alguna duda al respecto de por qué no debería estar allí, la enorme sala que se extendía ante ella se la había quitado. ¿Quién en su sano juicio vendría voluntariamente a un lugar como este?

—La loca de mi hermana.

Esa manía de hablar en voz alta pensó llevándose las manos a la boca.

Y su cordura tampoco es que estuviese probada dada su presencia allí. No señor. Nadie cuerdo vendría voluntariamente a un seminario impartido en un club de BDSM.

—Segundo posible titular: Cómo morirse dentro de una peli de Gánsteres… solo que sin los chicos del traje a rayas y sí con muchos elementos de tortura y otras cosas raritas.

El decorado le iba que ni anillo al dedo al nombre del local; *Blackish*. Aquí todo era en blanco y negro, la estética monocromática llevada al extremo. Solo las plantas situadas junto a cada columna que iba del suelo al techo y que dividía la estancia sobre ella en dos pisos, así como el peculiar y acojonante mobiliario sacado de una mazmorra del siglo XIII, rompían esa dualidad de color.

Se obligó a respirar profundamente, tanto que terminó tosiendo al atragantarse con el aire atrayendo la indeseada atención de algunas de las parejas que habían entrado delante de ella y que se dividían entre charlas animadas y miradas tan acojonadas como la suya propia.

—Atención indeseada, mira qué bien —masculló entre dientes. Sonrió y sostuvo la mirada de los individuos hasta que estos la apartaron o la deslizaron sobre ella. Sí, sabía que su aspecto contrastaba bastante con la modernidad de la de ellos. Había salido directamente del trabajo y llevaba puesto su uniforme de batalla. Comparada con cualquiera de las mujeres presentes parecía recién salida de un antiguo internado para señoritas inglés; emulando al profesorado, no al tórrido alumnado—. Maldita sea, Luna, ¿por qué sigues aquí parada?

Una mujer cuerda e inteligente no estaría perdiendo el tiempo hablando consigo misma, habría hecho un giro completo y salido de allí sin respirar siquiera.

—Desgraciadamente mi cordura e inteligencia se perdieron en ese maldito cuarto de baño la semana pasada —reflexionó, una vez más, en voz alta.

Y la culpa la había tenido la reunión de antiguos alumnos a la que habían decidido asistir. ¿Por qué diablos había tenido que escuchar a Cass para empezar?

No había un solo nombre en toda la orla que pudiese recordar con un mínimo de cariño, aprecio o sin ganas de hacerle tragar tabasco extra picante. No, ni uno. De hecho, a algunos los incluiría con sumo placer en la lista de pasajeros del *Titanic*. Su etapa universitaria había sido un asco, lo único bueno que había sacado de esos años fue terminar la carrera, conseguir ese máster y conocer a su hermana de fraternidad… ¿lo peor? ¿Por dónde empezar? La lista era tan larga… Aunque el mayor de ellos era el que la encabezaba; liarse con un auténtico capullo.

Él había sido el motivo de que acabase encerrada en el baño de mujeres del restaurante, sentada sobre la impoluta tapa del W.C. y contando mentalmente hasta cien para recobrar la

serenidad.

Ni siquiera debería haberle afectado su presencia, debería incluso sentirse aliviada, pero las miradas que empezaron a volar por la sala a lo largo de la velada, los cuchicheos a sus espaldas y la radiante sonrisa de ese mentecato le dijo sin necesidad de palabras que habían esparcido algún rumor indeseado y totalmente falso en el que ella era protagonista.

—Luna, podemos coger los abrigos e irnos. No tienes que encerrarte aquí por culpa de ese imbécil, ¿has visto el pedazo lagarto que lleva colgado del brazo? No sabría distinguir cuál es el bolso y cuál el putón.

La cantarina vocecilla al otro lado de la puerta la hizo sonreír. Cassandra era su hermana de fraternidad, su mejor amiga, su compañera de piso y, en raras ocasiones, también su voz de la conciencia. Físicamente no podían ser más distintas, mientras ella era morena con ojos pardos, su amiga era rubísima, con unos bonitos ojos color miel que resaltaban en una cara de duende. Si bien ninguna era precisamente material de pasarela, ambas tenían sus atractivos, unos a los que solían sacar partido de la mejor manera posible. Otra cosa era que hubiese hombres lo suficiente inteligentes como para apreciarlos.

—No me he encerrado por culpa de él —replicó—. Ni siquiera estoy encerrada.

—Sí, ya, y yo soy Vilma Picapiedra —resopló la chica y tamborileó con los dedos en la puerta cerrada—. Ábreme, estoy segura que ahí dentro hay sitio para las dos.

Resopló, retiró el pestillo y dejó que la menuda chica se colase cerrando de nuevo tras ella.

—Es un hijo de puta y los demás son seres unineuronales con síndrome de rebaño. Ni siquiera merece que se te corra el rímel por sus balidos —declaró extendiendo los brazos hacia ella, entrelazó sus dedos y posó la frente sobre la suya como solían hacer en la hermandad—. ¿Has visto lo gordo que se ha puesto? ¿Y el horroroso tinte que lleva Judith Súper Star?

Parpadeó y la miró a los ojos.

—Ambas sabemos que el hijo de puta está en perfecta forma física —resopló, entonces chasqueó la lengua—. Pero te daré la razón con respecto al tinte, se le notan las raíces.

—La vaca tiene entradas.

Puso los ojos en blanco.

—¿Desde cuándo necesitas gafas?

—Y ha echado papada como los cerdos —insistió su amiga sin dar tregua—. Vamos, como lo que es.

—Cass…

Se separó, se llevó las manos a las caderas y resopló.

—¿Qué? ¿Ahora vas a decirme que no es un gilipollas de tomo y lomo?

—Por supuesto que no, lo es y de los grandes —aseguró—. Además de mentiroso, traidor y con un dudosísimo gusto por la moda… —se estremeció—. Dios, sigo sin poder quitarme esa imagen de la cabeza.

—Nena, alguien que se pone tus mallas, no juega en el bando correcto —aseguró llena de razón—. Él fue quien perdió la partida, no tú. La patada que le diste debió de ser incluso más grande, sobre todo después de la cerdada que te hizo.

Ese había sido precisamente el motivo por el que lo había mandado a paseo e incluso denunciado a la universidad. Pero al final, como siempre, el que tenía el dinero ganaba y ella solo tuvo la satisfacción de dejarle las pelotas azules.

—Lo único que me molesta de todo esto es que no lo hubiesen expedientado y largado de la universidad, pero no, *«fue todo parte de una broma de fraternidad»*. ¡Broma para su puta madre!

Apretó los dientes al recordar cómo había caído en su trampa, cómo le había hecho una encerrona a sus espaldas y como parte de la maldita fraternidad masculina había colaborado.

La habían asustado, la habían amenazado con armas de fuego y cuchillos que luego resultaron falsos, crearon todo un plan para fingir un secuestro y una violación… fue al llegar a ese punto que las cosas empezaron a írseles de las manos y solo gracias a su temple, a que Cass andaba con la mosca detrás de la oreja y a que algunos miembros de la hermandad decidieron que la broma estaba yendo demasiado lejos, que pudo librarse con nada más que unos rasguños y un brutal ataque de pánico.

Su denuncia en la universidad no llegó a ningún sitio, el rector era un hijo de puta machista, así que al final había tenido que coger las cosas en sus manos y vengarse.

Sí, se le daba bien llevar la revancha, especialmente cuando se trataba de ponerle las pelotas azules a alguien y, además, contaba con Cass, quién era una actriz de primera.

Así fue como el risueño y popular capitán del equipo de fútbol universitario terminó drogado, atado y vestido de mujer en los vestuarios femeninos, con los huevos y la polla atada con cinta aislante y un enorme pene hinchable atado en su lugar.

Todavía sonreía cuando le decían que había gritado como un cerdo mientras le quitaban la cinta aislante en el hospital.

Por supuesto, él había sabido que era ella, se lo había dejado muy claro, pero su acusación jamás llegó a ningún lado, puesto que toda la fraternidad de su casa *Kappa Psi Omega* habían asegurado que ella había estado con sus hermanas todo el día.

Sí, era bueno tener una fraternidad a las espaldas y una hermana como Cass.

Su ruptura había dado mucho de lo que hablar, habían especulado, unas partes culpaban a las otras, pero nadie sabía la verdad. Nadie sabía que todo había comenzado con unas mallas rosas de mujer.

—Hiciste lo que tenías que hacer —insistió su amiga—. Ese cerdo fue el que se pasó de la raya. Tú no eres de las que comparte, Luna. Nunca habrías sido feliz con alguien como él. Tienes demasiado carácter, no bajarías jamás la cabeza ante nadie que no fuese incluso más fuerte o cabezota que tú. Lo que necesitas es un buen Dom, alguien que sepa usar la polla para algo más que meneársela. Um… si no me gustasen tanto los tíos, te pervertiría y te arrastraría al lado oscuro de la fuerza.

Puso los ojos en blanco y la miró de soslayo. Su amiga era sumisa, se lo había confesado en la universidad después de haber pasado una racha realmente mala. Al principio pensó que se trataría de algo pasajero, pero con el tiempo vio que esa nueva visión la estaba ayudando a ganar confianza, la había hecho crecer en muchos aspectos y solo pudo alegrarse de que por fin hubiese encontrado lo que buscaba. Habían hablado mucho sobre el tema una vez le dijo que lo era, le había sugerido incluso que la acompañase alguna noche a su club de confianza, pero… ¿Estar bajo las órdenes y darle el control a otra persona? ¿Aceptar someterte a los caprichos de alguien más? No, eso no era para ella.

Sacudió la cabeza, miró la puerta del baño y resopló.

—Necesito una pistola de pintura y un blanco en movimiento.

La chica se rio y señaló con el pulgar por encima del hombro.

—El capullo sería el blanco perfecto para eso.

Tenía la respuesta en la punta de la lengua y estaba a punto de dejarla salir cuando se abrió la puerta del cuarto de baño y escuchó las últimas palabras de una frase.

—Eso no fue lo que yo oí —escuchó una voz femenina con un deje sureño que identificó como una de las asistentes a la reunión de antiguos alumnos—. Alonso me comentó en

confidencia que fue Josh quien la dejó… que toda la movida que se montó sobre el fingido secuestro y demás fue orquestado por ella.

—Siempre tuvo aspecto de putilla —comentó alguien más—. ¿Cómo sino iba a llevarse al tío más deseado de la universidad?

—Además, ya sabéis que a Josh le va la marcha… le gusta zurrar y esas cosas… es un Amo.

—¿Un Amo? ¿Cómo en ese rol de Amo y Esclava?

—Eso me dijo Alonso —corroboró la primera—. Y al parecer a ella… esto que no salga de aquí, chicas… le gustaba… ya sabes… más de uno a la vez.

—¿Qué me estás contando?

—No jodas…

—Por aquella época se decía que Cassandra estaba metida en esos temas y que fue Josh quién la metió… —continuó la mujer—. Parece que no solo se tiraba a Luna, sino a la otra también.

Tuvo que coger a su amiga del brazo e indicarle que guardase silencio cuando la vio dispuesta a descubrirlas y lanzárseles encima.

—Tía, pareces estar súper enterada del tema.

—Alonso quiere probar, pero yo me niego —replicó la que había hecho la aclaración—. Nadie va ponerle una mano encima a este perfecto culo.

—Pues eso no es lo que se contaba en la fraternidad.

Luna reconoció al instante esa voz y, a juzgar por la reacción de Cassandra, no fue la única. Ninguna de las dos guardaba buenos recuerdos de Judith Ivory.

Se escuchó el correr del agua y las conversaciones quedaron un poco ahogadas.

—Lo que yo oí es que fue ella quien rompió con él —comentó la chica—. En la casa había rumores sobre tonteos entre Luna y Cassandra… algunas llegamos a pensar que ellas eran pareja hasta que Luna empezó a salir con Josh. Según he oído, Josh le propuso a su chica hacer un trío con la otra y esta aceptó… parece que las dos se pusieron… ya sabéis, muy calientes y lo excluyeron.

—Qué morbo…

Un coro de risitas secundó el tono jocoso de la narradora.

—Bueno, pues debe de haber algo cierto en esto último, porque ambas han venido juntas y sin pareja —comentó alguien más—. ¿Y habéis visto el pelo de luna? ¿Quién se pone mechas azules hoy en día?

—Será que le pone a su amante.

Nuevas risitas se unieron a las primeras.

—De todas formas, haya o no algo entre ellas, está claro que a Josh todavía le llama la atención la mosquita muerta —continuó Judith—. Alonso y yo estábamos cerca de él e incluso aunque esa nueva novia suya no se despegaba de su brazo, había cierta tensión sexual no resuelta en el ambiente.

—Sería la tuya, que siempre andas más salida que el pico de una puerta.

Las risas volvieron a opacar las palabras.

—Apuesto a que, si Josh le susurra al oído, es capaz de abandonar a Cass y llevársela al baño para follársela —declaró alguien más—. ¿La habéis visto bien? Tiene el aspecto de una bibliotecaria y esas son siempre las peores.

—Leslie, trabaja en la Biblioteca Pública, eso lo dice todo —corroboró Judith—. ¿Qué podría esperarse de una putilla como ella? No sé ni cómo ha tenido el valor de dejarse caer por

aquí teniendo en cuenta todo lo que se dice de ella…

—Es el nuevo tema de conversación de esta noche —comentó la primera en tono confidente—. Después del frío saludo que corrió entre Josh y ella y la forma en que Cass la ronda, han vuelto a surgir los chismes. Con todo, hay quién dice que ella sigue bebiendo los vientos por él, que se la ve babear cuando no mira…

Las voces se fueron apagando al tiempo que se oía de nuevo la puerta del baño y las mujeres abandonaban el tocador.

—¿Puedo arrancarle los pelos ahora o me vas a tener esperando mucho rato más?

La voz de Cassandra hizo que arrastrase la mirada de la puerta en la que la había clavado de nuevo hasta su amiga.

—¿Ves? Por cosas como estas es que odio las reuniones de antiguos alumnos y no tenía ningunas ganas de venir —replicó con voz calmada.

Su amiga entrecerró los ojos, estaba que echaba humo, quería salir ahí y patear culos.

—¿Y bien? ¿Esperamos hasta que se me suba el azúcar?

Le dedicó una irónica sonrisa, quitó el pestillo de la puerta y la invito a salir.

—¿Esperar? ¿Estás loca? Vamos a patear algunos culos y arrancar algunas cabelleras.

Si había un enorme defecto del que Luna era consciente era su incapacidad para quedarse callada, uno que se había agudizado tras su paso por la universidad. Se había cansado de que la prejuzgaran. Su aspecto y profesión a menudo llevaba a la gente a tomarla por una mujer demasiado tímida, sobria incluso, pero la realidad era muy distinta. No era de las que se quedaba callada, no cuando tenía algo que decir y esa noche tenía mucho que rebatir.

—Que dé comienzo el espectáculo.

Sonrió con calidez a quienes se las quedaban mirando mientras caminaban, codo con codo hacia el otro extremo de la sala. Le dedicó un guiño a un antiguo compañero de clases y se detuvo un segundo al ver que llevaba una bebida.

—No te importa, ¿verdad? —Se la quitó de las manos, le dio un sorbo. Se lamió los labios y asintió—. Perfecta. Con mucho hielo.

Le dedicó un último guiño, giró sobre sus altos tacones y vio a Cass cuadrándose con las manos en las caderas delante de Judith, quién volvía a compartir espacio y tertulia con su ex.

No le llevó más que unos pocos pasos llegar hasta ellos.

—Josh Gardy Jr.

Su nombre resonó en la sala con suficiente contundencia como para que todos y cada uno dejasen lo que estaban haciendo y buscasen el origen de la voz. Él se giró, pues hasta ese momento había estado admirando el culo de Cass, y vio cómo sus ojos la reconocían al momento.

—*Ey*, Luna, ¿has decidido unirte a la parte interesante de la fiesta?

Se rio con suavidad, una risa sensual con la que sabía captaría su atención.

—En realidad… —deslizó la mano sobre su hombro—, he decidido que ya es hora de que zanjemos un asuntito que tenemos pendiente.

Tal y como esperaba, él se enderezó, el deseo despertando en sus ojos, sabiéndose el centro de atención.

—¿Y cuál asunto sería ese, encanto?

—El dejar claro a toda la universidad, que fuiste el hijo de puta que intentó prostituirme con tus amigos de fraternidad después de arrancarme de tu cama en plena noche a punta de cuchillo —alzó la voz haciendo que todo el mundo pudiese escucharla—, que fue el rector, el cual se tiraba a tu madre, quién te salvó el culo de ser expulsado y perder la beca deportiva y que

yo fui la que rompió contigo porque te gustaba demasiado vestirte con mis mallas rosas de hacer deporte.

Tiró de la cintura del pantalón y levantó el vaso en un obvio gesto de advertencia.

—La próxima vez que mentes mi nombre, cabrón, espero que lo hagas con absoluto decoro, para ensalzar la estupenda chica que fui contigo y la única que te ató la polla con cinta aislante, te vistió de mujer y te dejó en el vestuario de mujeres.

Dejó caer el líquido y el hielo dentro de los pantalones, le entregó el vaso a alguien que tenía al lado y le dio la espalda mientras lo oía bufar.

—Ah, una cosa más —levantó la mano manteniendo el centro de atención de todos los presentes—. A las zorras que acaban de pasar por el baño de mujeres. Ha sido una conversación de lo más interesante y vigorizante, pero por favor, la próxima vez que quieran dejar sus huellas, abran las ventanas y utilicen ambientadores, si alguien enciende una cerilla ahí dentro, saltaremos por los aires.

Jadeos de indignación, risitas, parecía que la reunión por fin empezaba a coger cuerpo.

—¿Cómo te atreves?

—Zorra mentirosa…

—¡Qué gran mentira!

Y tal y como esperaba, las damas se descubrieron a sí mismas ellas solitas.

—Cass —la invitó.

—Gracias, hermanita —canturreó ella caminando hacia las mujeres en cuestión—. Judith, querida, tú también estabas allí, como buena perra consejera que eres. Ahora, si todas me prestáis atención, gracias… me gustaría comunicar a vuestros novios y parejas… os sugeriría que no las dejaseis ir juntas al baño, chicos… la cosa ha llegado a ponerse tan intensa que los jadeos empezaban a ponerme cachonda a mí también. Y vaya, es una pena no, porque yo no soy lesbiana, pero podría hacerme si seguían con esa intensa orgía unos minutos más. Quizás deberíais invitarles a ellos a que se uniesen a la fiesta, sería una orgía bestial. Y os agradezco en el alma que hayáis pronunciado mi nombre y el de mi hermana *Kappa*, pero… es que nosotras ya tenemos pareja… y a nuestros amos no les gusta compartir.

Dicho eso, giró sobre sus talones, se echó la melena por encima del hombro y sonrió beatífica.

—Esto más que una reunión de antiguos alumnos parece una *«Convención de Zorras y Desempleados necesitados de Polvos»* —sacudió la cabeza con afectación y preguntó beatífica —. Ya me he deprimido suficiente por una noche, ¿nos vamos de marcha, Lunita?

—Después de ti, Cass, después de ti.

Sin duda había sido una noche memorable, no sabía si habrían callado muchas bocas, pero seguro que les habían dejado tema de conversación para rato.

Nada más salir del restaurante y recibir el aire de la noche en la cara, se habían mirado.

—¿Quieres que seamos perracas totales?

—¿Qué tienes en mente? —preguntó su amiga.

—La venganza definitiva.

Cass enarcó una ceja, entonces abrió los ojos como un búho.

—¿Todavía lo tienes?

—¿De verdad piensas que podría deshacerme de algo así?

—Nena, saca el móvil y mándame esa foto —sonrió pícara—. Tengo justo aquí el grupo de wasap de la reunión de antiguos alumnos.

La miró dudosa, entonces sacudió la cabeza y resopló.

—Al demonio —sacó el teléfono, buscó la famosa foto de su ex con sus mallas de deporte de color rosa y se la mandó al número de su amiga—. Haz los honores, Cass.

—Con sumo placer, Lunita, con sumo placer —declaró ella sacando el móvil para reírse a carcajadas al ver la foto—. Cielo, después de esto, necesitaré una copa.

—Apoyo la sugerencia.

—Y ahí va… —dijo enviando la foto al grupo—. Feliz noche, capullos.

—Bien, vamos a tomarnos esa copa.

—Después de ti, hermana.

Eso las había conducido a la última parte de esa desastrosa noche y al motivo por el que seguía plantada en la entrada del club, sin saber si dar un paso hacia delante o dar media vuelta y salir corriendo.

Sentadas en una mesa al final de la sala, con la luz atenuada y la música tan alta que prácticamente necesitaba gritar para hacerse entender, había levantado el tercer chupito de la noche.

—Por las exnovias inteligentes y cabronas, o sea, yo.

Se bebió el contenido de un trago mientras su hermana de fraternidad se reía.

—Es un cabrón —asintió Cass bajando su propia copa—. Pero has estado… ¡sublime! Por poco y me provocas un orgasmo allí mismo.

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua.

—No seas vulgar.

—Nunca podrás acusarme de tal cosa —canturreó—. Soy la viva imagen del decoro y la elegancia.

La miró con gesto asombrado.

—¿Quién te ha contado esa enorme mentira?

—El Amo Wolf —ronroneó. Entonces hizo una mueca y se llevó el índice a la boca, dándose unos toquecitos sobre los labios—. Aunque todavía no sé si lo decía de verdad o solo estaba siendo amable. Del Amo Horus me lo esperaría, pero de la polla caliente de Wolf…

Amo. Su mejor amiga tenía una vida sexual de lo más interesante y también aterradora.

—¿Cómo es? ¿Cómo puedes…? —sacudió la cabeza. El alcohol empezaba a hacer efecto en su cerebro—. Es igual. No creo que soporte saber lo que hacen con esos látigos, cuerdas y demás mecanismos de tortura.

Cogió otro de los vasitos que había alineados sobre la mesa y se lo bebió de golpe.

—Hablas como una vieja beata —chasqueó Cass—. Te sorprendería lo que ocurre realmente dentro de un club de BDSM, podrías incluso aprender unas cuantas cosas de ti misma. ¿Nunca lo has pensado?

La miró con ironía.

—Claro, como que ardo en deseos de entrar en uno de esos locales y dejar que alguien me zurre el culo con uno de esos látigos de tiras.

—Se llama *flogger* y… créeme, es más… caliente… de lo que tú crees.

—Caliente es cómo debe quedarte el culo después de eso —chasqueó la lengua y asintió con exageración—. *Sip*. Tiene que ser jodidamente interesante que un tío te diga lo que hacer y te zurre en el culo si no obtiene la respuesta correcta. Oh sí. Que lo intente conmigo y ya veremos quién zurra a quién.

La cantarina risa de la chica la llevó a componer una mueca.

—Tú no serías una buena sumisa, Luna, eres demasiado mandona.

Arrugó la nariz.

—No soy mandona —la apuntó con el dedo—, retira eso.

Se echó a reír y se apoyó en la mesa.

—Puedo imaginarte en medio de una escena diciéndole exactamente al amo lo que tiene que hacer —se echó a reír a carcajadas—. Ay dios, esa imagen es tan tú…

—No es verdad…

—Claro que sí, lo harías —canturreó tomándose ella uno de sus chupitos—. Es más, te reto a que vayas.

—No estoy interesada en que me zurren, gracias.

—¿Lo ves? Porque les zurrarías tú a ellos.

Nuevas risas, cada cual más alta. El alcohol empezaba a hacer estragos en ellas.

—No, no lo haría. Expondría los inconvenientes de tal ofensa con mucha clase e inteligencia.

Se inclinó hacia delante todavía entre risas y la señaló con el chupito.

—Um… el *Blackish*, el cual es mi club, por cierto, suele hacer talleres un par de veces al mes —le dijo al tiempo que sus labios se estiraban de lado a lado—. Apúntate a una de las sesiones y demuéstrales esa clase e inteligencia tuya… —se echó a reír una vez más—. Ay, qué me meo…

—¿Crees que no puedo? —entrecerró los ojos.

—Sé que no puedes —aseguró divertida—. Tú eres muy tierna, incluso tímida… te pondrías de colores nada más te digan que te arrodilles… No, espera, lo más seguro es que salieses corriendo.

—No es verdad.

—¿Qué te apuestas?

No estaba muy segura de qué había pasado a partir de ese momento, ambas habían terminado tan pedo que el levantarse al día siguiente había sido una tortura. Pero algo debían haber hecho, sobre todo ella, porque esa misma semana había recibido un correo electrónico de un tal club *Blackish* en el que le informaban de la hora y el lugar en el que iba a impartirse el taller: *Iniciación a la Sumisión y Dominación*.

Volvió a mirar a su alrededor e hizo una mueca. Estaba loca, tenía que estar totalmente demente para haber venido aquí después de todo.

—Pero no tan loca como para no pensármelo mejor —murmuró, dio media vuelta.

No lo vio venir, estaba demasiado avergonzada consigo misma que no levantó a tiempo la mirada y tropezó con alguien.

—Ey, despacio, cariño. —Unas manos la estabilizaron y, antes de que se diese cuenta, se encontró volviendo a girar sobre sus tacones y empujada suavemente en dirección contraria a la puerta—. Pasa, el taller está a punto de comenzar.

La caliente mano se deslizó por su espalda y la abandonó mientras el alto y enorme desconocido de pelo negro continuaba hacia el fondo del local. Vestido con vaqueros negros y camiseta del mismo color con el logo del club y abajo en letras blancas AMO WOLF a la espalda, el hombre debía andar cerca del metro ochenta, si no lo sobrepasaba.

—Bienvenidos al *Blackish* —levantó la mirada hacia la voz y vio bajar a dos hombres desde el piso de arriba, el cual se parecía más a la zona de estar de una cafetería que al de un club como aquel—. Soy el Amo Horus, él es el Amo Fire y el Amo Wolf acaba de unirse a vosotros —las miradas de los presentes fueron de unos a otros para finalmente detenerse en el hombre con el que había tropezado—. Seremos vuestros tutores durante el taller de hoy.

La voz masculina y profunda le provocó un escalofrío. Horus, si es que ese era su

verdadero nombre, era de tez canela, pelo negro corto, unos impresionantes ojos azules y aspecto europeo. Él era quién parecía llevar la voz cantante, a juzgar por la manera en que se movía y gesticulaba. El hombre que bajaba detrás de él, el Amo Fire, era lo contrario, con el pelo castaño claro, la piel bronceada y la constitución de un jodido armario, poseía un aura luminosa pero no por ello menos letal. El hombre no tenía un solo gramo de grasa en todo el cuerpo a juzgar por cómo se le marcaba la camiseta negra que tenía en la parte frontal logo del club. Su aspecto no era tan refinado o elegante, sus gastados vaqueros y las *Doc Martin* que calzaba, lo convertían en alguien si cabía más peligroso que su elegante compañero.

—Hoy contamos además con la presencia del Maestro Logan y su sumisa —presentó a la pareja que estaba al lado de Wolf al tiempo que se reunían todos en el centro de la sala, de modo que pudiesen atender a la clase—. Ellos son quienes harán algunas de las demostraciones prácticas de la clase de hoy.

La mirada que intercambió la pareja hablaba de complicidad. Vio la sutil caricia que él le prodigó en el brazo y la forma en que el rostro femenino se iluminó a pesar de no moverse del lugar. No pudo evitar sentir curiosidad por ella, una sumisa y esa actitud tranquila y segura que parecía esgrimir.

—Serán cuatro horas repartidas en dos turnos: dos horas de teoría y dos horas de práctica —continuó el Amo Horus, quién parecía estar al cargo de la sesión—. Como se trata de una clase de iniciación, iremos despacio. Os invito a preguntar abiertamente, si tenéis dudas, nosotros estamos para resolverlas.

—Ay madre, ¿en qué acabo de meterme? —musitó en voz baja. Miró disimuladamente a su alrededor y se mordió la lengua para no maldecir. La mayoría de los presentes eran parejas, contó cinco parejas y tres mujeres, incluyéndola a ella.

¿Sería demasiado tarde para escabullirse por la puerta e irse a casa?

CAPÍTULO 2

Brian no podía dejar de mirar esas mechas azul eléctrico que se mezclaban con el pelo negro de una de las participantes del seminario. La chica estaba nerviosa, la manera en que se movía, la tensión en su cuerpo y esas fugaces miradas a su alrededor le decía sin necesidad de palabras que estaba deseando largarse de allí a la velocidad de la luz. Posiblemente lo habría hecho si Wolf no hubiese tropezado con ella, empujándola en dirección al grupo.

Horus seguía hablando mientras les explicaba a los presentes cómo se desarrollaría el seminario, pero ella no prestaba atención. Entrecerró los ojos y la vigiló durante unos minutos, concentrándose en su lenguaje corporal, adivinando su proceder y sabiendo que debía gestarse una importante dicotomía en su interior. El curioso pelo bicolor estaba recogido pulcramente en un moño bajo, pero eso no hacía gran cosa para disimular las rayas azules que le salpicaban la cabeza y se curvaban rebeldes sobre su mejilla. Incluso su aspecto era sobrio, intentando restar importancia a un cuerpo voluptuoso y bastante sexy a su juicio: falda por debajo de la rodilla, una impecable blusa debajo de la chaqueta de traje abotonada, sencillos zapatos de elevado tacón… una pequeña y estricta secretaria.

—…y recordad que todo debe hacerse en un ambiente seguro, sano y siempre con el consenso de ambas partes —concluyó Horus con la presentación.

Ella se sobresaltó entonces, giró la cara y sus miradas se encontraron por primera vez. Esos enormes e intensos ojos pardos se encontraron con los suyos con firmeza. Estaba nerviosa, dispuesta a dar media vuelta y salir corriendo, pero eso no hizo que vacilase o apartase el rostro. La gatita poseía un espíritu que contrastaba con su apariencia. No había timidez en esos ojos, si acaso curiosidad y eso lo llevó a sonreír para sí. La saludó con un gesto de la cabeza diciéndole que la había visto y volvió a centrar su atención en las palabras de su socio. Quería ver que iba a hacer ella a continuación, cuál iba a ser su reacción sin sentirse observada y pendiente de cada uno de sus movimientos.

Su socio seguía explicando la dinámica de esa clase a los presentes, detallando las claves de la clase teórica. Algunas parejas parecían realmente interesadas, otras, posiblemente solo uno de los miembros seguiría explorando el camino que iniciasen hoy. Vio a Logan inclinándose sobre Sio por el rabillo del ojo, la pequeña sumisa asintió a algo que le había dicho su Dom y sonrió en respuesta. Estaba tranquila, radiante, en su mirada había una confianza que no había visto en meses y eso se debía a la tutela de sus dos nuevos Maestros. Camden había declinado asistir como «profesor», conocía lo suficiente al chef para saber que deseaba ese tipo de experiencia para Siobhan, que abriese sus horizontes, pero también que no estaría cómodo aleccionando a su sumisa delante de otras personas en una clase. Así que había optado por enviar al poli, quién disfrutaba de ese tipo de escenas.

—Dominantes, la seguridad de vuestra sumisa siempre es lo primero —añadió el Dom con voz clara, firme, dejando muy claro que no se aceptaría otro tipo de conducta y aleccionando a los nuevos amos—. Como amos estáis obligados a ayudar en el crecimiento de vuestras sumisas, el diálogo es una parte fundamental en toda relación, tenedlo presente. Divertíos, disfrutad y hacer disfrutar a vuestras parejas en igual medida.

Paseó la mirada sobre los presentes hasta detenerse de nuevo sobre ella, quien acusó su

atención una vez más, como si presintiese su mirada.

—Una sumisa siempre será el reflejo de su maestro. Si lo hacéis bien, encontraréis que ella también disfrutará complaciéndoos, su sumisión será el regalo más importante de todos —continuó Horus y miró a la pareja—. Logan, si te parece bien, Sio creo que puede darles a las nuevas sumisas o aquellas que estén interesadas en explorar la sumisión una visión de primera mano de cómo debe ser su comportamiento.

El poli asintió y miró a su compañera.

—Sí, señor, será un placer —replicó ella con educación, sin necesidad de más explicaciones y echó un vistazo a los presentes—. Hola a todas y todos. Mi nombre es Siobhan y llevo varios años siendo sumisa, si bien hace poco más de siete meses que he conocido a mis señores.

Pequeña valiente, pensó complacido al ver cómo se dirigía a los demás sin vergüenza o condicionamiento, Logan acusó ese orgullo de pie a su lado. No eran fáciles de entender las relaciones poli amorosas, considerándolas en ocasiones como desleales. Muchos deberían aprender de ellas.

—En una relación D/S, al igual que en cualquier otra relación, la base principal es la confianza —continuó ella—, y para una sumisa la confianza en su Dom es todo. Nosotras somos, a fin de cuentas, el reflejo de su buen hacer, por lo que debemos saber comportarnos acorde a sus necesidades y adelantarnos a ellas.

Volvió a echar un vistazo por encima del público asistente y vio a la chica de pelo azul arrugando la nariz, estaba escuchando lo que decía Sio, pero no parecía del todo conforme con sus palabras.

—Hay algunas reglas básicas que siempre debéis tener en cuenta —continuó—. Una sumisa no debe mirar a los ojos a su amo a menos que él se lo ordene o a menos que tu amo, como es mi caso, te diga expresamente lo contrario.

—Personalmente yo prefiero los ojos de Sumi sobre mí —añadió Logan—. No dicen por nada que la mirada es el espejo del alma, aunque algunas veces es el espejo de las rabietas, las miradas fulminantes, los *«te haré picadillo, maestro»*, ese tipo de cosas.

Las risas se elevaron entre los presentes, haciendo la lección más distendida.

—Una sumisa, no debe hablar a menos que su amo le dé permiso y debe mantener un tono educado en todo momento —continuó ella y miró a su maestro—, aunque a veces sintáis ganas de estrangular a vuestro señor.

—Yo también te quiero, Sumi.

A juzgar por la mirada que le dedicó Logan, la pequeña sumisa estaba metiéndose en problemas.

—Y, sobre todo, una buena sumisa no debe cuestionar las órdenes de su Dom y las acatará al momento —concluyó—. Y aquí es precisamente dónde entra lo que os decía antes sobre la confianza. Cuando conoces a tu señor y él te conoce, sabe lo que necesitas, sabe hasta dónde puede empujarte y si debe hacerlo. Si tenéis dudas, nunca os calléis y habladlo entre vosotros. Ellos pueden pretender ser grandes y malos, pero en el fondo son como ositos de peluche.

—¿Ositos de peluche? —Wolf se rio entre dientes—. Tu sumisa tiene ganas de juerga, Logan.

El aludido estaba sonriendo de oreja a oreja, mientras el público reía, pero sus ojos decían claramente que su chica iba a ser castigada.

—Gracias por la explicación, amor, creo que ha quedado muy claro que eres una sumisa muy obediente.

Ella asintió con una divertida sonrisa a la réplica de Logan.

—No hay de qué, maestro.

Sí, la pequeña Sumi iba a ser castigada, no le cabía la menor duda, pero eso era sin duda algo que estaba deseando a juzgar por el brillo de expectación en sus ojos. Sinceramente, le alegraba ver que había recuperado la confianza en sí misma al punto de empujar a su dominante sin temer las consecuencias. Ella sabía que nada malo le ocurriría en manos de Logan, que cuidaría de su bienestar y que era su deber actuar en consecuencia.

—Estas podrían considerarse reglas estándar, las que os aconsejamos tengáis presente —dijo Horus retomando la lección—. No están escritas en piedra, cada uno debéis encontrar el equilibrio que creéis necesario, aquel que os permita sentiros cómodos con vosotros mismos y vuestros actos.

Hubo un nuevo coro de murmullos mientras las parejas hablaban entre ellas, comentando con otras e intercambiando opiniones. Volvió a buscarla con la mirada y cuando la encontró parecía incluso enfurruñada, parecía estar moviendo los labios como si hablase consigo misma mientras miraba en dirección a Sio. La curiosidad le llevó a rodear el grupo y acercarse desde atrás.

—¿Osito de peluche? ¿Pero tú has visto al tío que tienes al lado, criatura? Si te pudiese merendar a cualquier hora del día —la escuchó rezongar, haciendo mohines—. No es inteligente darle tanto poder a un hombre, ¿quién demonios va a querer obedecer ciegamente? Pero ella parecía burlarse de él, lo estaba haciendo a propósito… supongo que esto es a lo que hacía alusión Cass con la confianza. Ay dios, en qué lío me he ido a meter.

¿Hablaría siempre sola o lo reservaba para los momentos en los que estaba nerviosa? Tenía que admitir que su monólogo resultaba divertido.

—En esta primera parte de la clase, os hablaremos sobre el protocolo —continuó Horus llevando el peso de la clase. Era algo que se le daba bien y, además, le gustaba enseñar—. Sobre cómo se establecen las bases, qué pactar y cómo hacerlo. Logan y su sumisa harán una demostración, para que entendáis de qué estoy hablando, después, podréis ponerlo en práctica con vuestras parejas.

—¿Y si no tenemos pareja?

La pregunta llegó en apenas un hilo de voz. Una tímida mano se levantaba al otro lado de la sala y localizó a una menuda rubia cuyos ojos se abrieron desmesuradamente al verse el centro de atención. ¿Habría puesto sus pensamientos en voz alta sin darse cuenta?

Sonrió, esa gacela era el tipo de chica que sin duda atraería a un dominante como Horus. Él sentía debilidad por las damiselas en apuros y su timidez despertaría al momento su necesidad de protegerla.

—Dado que esta es una sesión grupal, a los que hayáis asistido sin pareja se os asignará una —replicó su socio con voz firme y suave a la vez—. Y ya que estamos hablando sobre protocolo… Cuando os dirijáis a un dominante, amo o Maestro, la manera correcta de dirigirse a él es llamarle «señor» o por su título de amo. Y recordad que solo vuestro dominante tiene el honor de ser llamado «mi señor» o «mi amo», así como reconocer a una sumisa como «suya» ante la comunidad.

—Una sugerencia, omitid «Superman» —intervino él—. ¿Sabéis lo anti erótico que es verte a ti mismo como un tío vestido con mallas azules y los calzoncillos por fuera?

Nuevas carcajadas.

—No sé, señor, las últimas recreaciones de Superman han mejorado bastante su traje —comentó una de las mujeres dándole al mismo tiempo un codazo a su pareja.

Sonrió.

—Ya veo que eres una entusiasta de *Henry Cavil*.

Nuevas risas.

—Para un dominante la sumisión y la entrega de una sumisa es un inestimable regalo, uno que debe ser valorado y atesorado como tal —insistió Horus, retomando el tono formal—. Hace falta mucha confianza en una persona para permitirle que tome decisiones por ti o dirija tus actos, incluso dentro de un juego.

—¿Lo has entendido, mascota?

La chica dio un respingo, sus mejillas subieron de color y asintió tímidamente.

—En voz alta, por favor, que lo oiga —la empujó Horus. Estaba disfrutando de veras de ello.

Tuvo que contener una carcajada al ver como la pequeña se sonrojaba incluso más. Si seguía así, iluminaría ella solita la sala.

—Señor. Sí. Yo sí.

Brian se obligó a morderse la carcajada que bullía en su garganta. Tenía que reconocer que la pequeña era mona en su timidez.

—Creo que la fórmula que estás buscando es *«sí, señor»* —recomendó a la chica.

Ella se sobresaltó una vez más, lo miró y pareció incluso enrojecer todavía más antes de empezar a balbucear.

—Sí… siii señor.

Asintió risueño, entonces miró a Horus quién, tras intercambiar una mirada de complicidad y propia diversión, optó por ocuparse de la tímida sumisa.

—Um… ¿señor? —Una mano se levantó entre los presentes. Una de las mujeres que había venido solas—. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Cielo, tienes a cuatro Doms para que te la contesten —le dijo Horus visiblemente divertido—. Adelante.

Ella se sonrojó visiblemente, carraspeó y señaló a Siobhan.

—¿Por qué lleva un collar? Quiero decir, me parece muy *cuqui* y eso, pero ¿tiene algún significado en especial?

Brian se mordió una risa y miró a Horus, quién parecía igual de divertido.

—Cuando una sumisa firma un contrato permanente y es reclamada por su amo, lleva su collar —explicó respondiendo así a la pregunta.

—Ah, genial. Gracias, señor.

—No hay de qué, mascota.

Miró a los presentes esperando por si alguien más quería hacer alguna pregunta o comentario y prosiguió.

—Y ahora llegamos a la que, si cabe, es la norma más importante dentro de las prácticas de BDSM —miró a todos y cada uno—. Siempre se establecerá una palabra de seguridad antes de dar inicio a una sesión o juego. Recordar que la consigna del BDSM es: *Sano, Seguro y Consensuado*. Para que esto se dé cada parte tiene que ser muy consciente de qué límites no franquear o cuando detener una escena. Sentaos a hablar antes de hacer una escena. Decidid cuales son los límites, lo que vais a hacer y lo que no permitís o no queréis practicar. Jugad siempre con seguridad.

Wolf se adelantó entonces, reuniéndose con Logan.

—Logan y su sumisa os enseñarán ahora cómo se daría inicio a una sesión —retomó su compañero de trabajo—. Qué normas se deben observar, qué posturas debe adoptar cada parte y

cómo dar comienzo al juego.

El poli parecía genuinamente divertido por la manera en que conducía la clase, asintió y se giró hacia su compañera.

—Sumi, por favor.

Ella no vaciló.

—Sí, señor.

Se arrodilló de manera grácil, se mantuvo quieta con la mirada baja y las manos sobre los muslos parcialmente separados y con las palmas hacia arriba. Llevaba un vestido corto que se le subió dejando sus muslos cubiertos por medias de liga; sin duda un fetiche propio de Logan.

—Esta es la que se conoce como posición de espera —comentó Logan empezando a explicar el protocolo—. Podéis hacer que vuestra sumisa la adopte mientras preparáis la escena o el juego que queráis realizar, también como bienvenida a la presencia de su dominante o cuando necesitéis leerle la cartilla.

El hombre deslizó la mano por la cabeza de la chica en una tierna caricia, le rozó la mejilla con los dedos y vio el sutil movimiento de inclinación que ella le obsequió.

—Mirada baja, muslos abiertos, espalda recta… —enumeró haciendo hincapié en cada parte de la posición—, pechos dispuestos… Imaginaos las posibilidades cuando vuestra sumisa no lleva ropa alguna encima…

Hubo una serie de risitas puramente masculinas en respuesta a su comentario, así como algún que otro resoplido de parte de las compañeras. Brian deslizó de nuevo la mirada sobre la mujer de mechas azules y la encontró frunciendo el ceño; su mirada hablaba por sí sola. Era una respuesta común en alguien que se acercaba por primera vez a ese mundo, cuando lo que normalmente consideraría inaceptable o incluso degradante para una mujer entraba en conflicto con los deseos ocultos y despertaba la curiosidad.

—Si vais a dejarla mucho tiempo en esta posición, es aconsejable que esté cómoda —insistió Logan—. Un cojín, una alfombra… recordad siempre que ella es vuestra para cuidarla y protegerla, que su sumisión es una entrega voluntaria y esa entrega es solo por vosotros.

Su ceño se agudizó ante las palabras de Logan, su mirada fue del dominante a la pequeña sumisa y pareció tensarse un poco. A juzgar por la forma en la que miró disimuladamente a su alrededor esperaba encontrar su mismo pensamiento en el resto de los asistentes, pero la gran mayoría estaba concentrada en las explicaciones de Logan.

Pobrecilla. Parecía un pez fuera del agua. Su inexperiencia en ese mundo era obvia y, a juzgar por sus reacciones, no le sorprendería verla correr de un momento a otro a través de la puerta.

—Lo primero que necesitáis hacer es ganaros la confianza de vuestra sumisa —continuó el Dom—. Hablad con ella, conocerla, dejad que os conozca y ante todo que siempre haya sinceridad.

Tocó el hombro de Sio y esta obedeció al momento levantándose.

—Hay un juego que siempre recomiendo en las primeras escenas y que puede reportaros no solo placer para ambas partes, sino daros mucha información sobre vuestras sumisas —se llevó la mano al bolsillo trasero y extrajo un pañuelo—. El juego de la venda.

Sin más le vendó los ojos a su compañera y dio un paso a un lado.

—Cuando se priva del sentido de la vista, los demás sentidos se agudizan —declaró resbalando los dedos sobre el brazo desnudo de la chica—, todo se magnifica y los estímulos se desbordan. De esta manera podéis aprender lo que despierta a vuestras parejas —una nueva caricia y los labios de la sumisa se separaron en un pequeño jadeo—, dónde debéis tocarlas,

dónde son más receptivas… y, en definitiva, extraer más información.

Mientras los asistentes estaban concentrados en la escena, continuó su propio recorrido hasta situarse detrás de la incómoda mujer. Era bastante más menuda de lo que había pensado, especialmente dados los altísimos tacones que calzaba. Su figura curvilínea rellenaba la ropa de una manera dulce y tentadora. Su lenguaje corporal lo previno con hacer movimientos bruscos o abordarla de golpe, su cuerpo parecía la cuerda de un arco a punto de romperse. Se movió un poco más haciéndola consciente de la nueva presencia a su lado, levantó la mirada con un pequeño sobresalto y abrió incluso más esos curiosos ojos pardos.

—Ay dios —la escuchó farfullar.

—Tranquila —replicó en voz baja, visiblemente divertido—. El equipo de asalto todavía no ha entrado en el edificio.

Parpadeó. Tenía unas pestañas espesas y largas que se agitaron varias veces, dio un paso atrás para acomodarse a su altura y ladeó la cabeza.

—¿El qué?

La había cogido por sorpresa, descolocándola tanto con su presencia como con el inesperado comentario. Le señaló la puerta de salida con un gesto de la barbilla y mantuvo el mismo tono distendido.

—Parecías esperar que entrasen los *SWATS* o algo así.

Sus mejillas se arrebolaron, la vergüenza tiñó momentáneamente sus ojos, pero la desechó rápidamente.

—Eso sería algo altamente improbable y también una pérdida de tiempo.

Asintió de acuerdo con ella.

—Sin duda lo sería —aceptó y dio un paso más hacia delante solo para verla tensarse de nuevo. Pero no retrocedió, sin duda eso era un punto para ella—. La puerta permanece abierta, por si quieres saberlo.

Hizo una mueca, su color aumentó, pero volvió a replicar.

—Es bueno saberlo —replicó con un mohín—. Será necesario cuando empiecen a salir corriendo.

Sonrió al ver como ella barría a los presentes con la mirada.

—¿Te parece que tienen intención de hacerlo?

Se lamió los labios y lo miró de nuevo.

—Ellos puede que no, yo no estaría tan segura.

Optó por deslizar la mirada hacia la zona de demostración y señaló a la pareja con un gesto de la barbilla.

—Si prestas atención verás que Sumi no está ni siquiera un poco incómoda —comentó sin mirarla todavía—, de lo contrario, su amo lo sabría y actuaría en consecuencia.

—¿Zurrándola?

La indignación en su voz hizo que se volviese hacia ella. Pero no era eso lo que reflejaban sus ojos, sino curiosidad.

—¿Cómo te llamas?

Su inesperada pregunta hizo que se tensara de nuevo. Un nombre poseía demasiado poder, podía ver cómo funcionaba su cerebro, decidiendo que hacer a continuación.

—Yo soy Brian. —Le tendió la mano dándole su nombre real, algo poco usual. Solía utilizar un alias precisamente para mantener el anonimato, pero ella le inspiraba confianza—. Amo Fire, dentro de estas cuatro paredes.

La vio mirar su mano, entonces levantó la suya y se la estrechó con más seguridad de la

que parecía contener ese pequeño cuerpo.

—Luna Coulter —musitó—. Y sigo llamándome así tanto dentro como fuera de este edificio.

Retuvo su mano solo unos momentos antes de soltarla.

—Un placer conocerte, Luna —aceptó, entonces indicó a la pareja—. Y, en respuesta a tu pregunta. No. Su maestro nunca la castigaría por sentirse incómoda o tener miedo. Haría que se sintiese cómoda, borraría cualquier clase de temor y escucharía lo que tuviese que decirle.

La forma en que se curvaron sus labios, la fugaz mirada que le lanzó a la pareja le dijo que no estaba segura de sí creer en sus palabras o se trataba simplemente de parte del protocolo de la sesión.

—Si te quedas hasta el final de la demostración es posible que las dudas que albergas desaparezcan —comentó, ofreciéndole otra salida más aparte de la que ya barajaba.

Esos curiosos ojos volvieron a vagar entre la exhibición y la sala para luego caer sobre él.

—Si quisiera marcharme ahora, ¿podría hacerlo?

La miró con detenimiento. Su respiración se había acelerado, estaba nerviosa, miraba demasiadas veces a los lados.

—Sí, por supuesto. —Dio un paso atrás dejándole espacio para marcharse. Una muestra de que ella tenía el poder de hacer lo que desease—. Todo el mundo es libre de entrar y salir, no atamos a nadie sin su… expreso consentimiento.

La vio hacer una mueca ante su doble juego de palabras.

—Pero imagino que habrás tenido una motivación para asistir al taller en primer lugar.

Una ligerísima vacilación bailó en sus ojos.

—Enajenación mental y un montón de alcohol —replicó casi al instante y su respuesta le arrancó una sonrisa.

—Esa sin duda es una buena motivación.

Sacudió la cabeza, su pulcro peinado ni siquiera se movió.

—Ahora mismo no me la parece, la verdad.

Su nerviosismo continuaba, pero no se debía a su presencia, sino al de ella misma en ese lugar.

—Quizá deberías quedarte hasta el final —sugirió una vez más—, puede que entonces encuentres el verdadero motivo de tu presencia aquí.

—Enajenación mental y alcohol, ya te lo dije.

Sonrió de soslayo.

—Ya te lo dije, *señor*.

Su pequeña corrección la tensó al momento, pero en vez de bajar la mirada como lo haría una buena sumisa, lo enfrentó irónica.

—¿Estás en el ejército?

Su inesperada pregunta le arrancó interiormente una carcajada, pero se encargó de no dejar que se reflejase en su rostro.

—No.

—¿Militar en reserva?

Se cruzó de brazos. Esto prometía ser divertido.

—De nuevo la respuesta es no —declaró intentando no reírse.

—Entonces no veo motivo alguno para llamarte de esa manera…

—Puedes llamarme Amo Fire —la interrumpió con la misma actitud distendida.

Enarcó una ceja y replicó al momento.

—Dijiste que tu nombre era Brian —le recordó.

No pudo evitar que se le curvaran los labios, la pequeña tenía respuesta para todo.

—Muy bien, Amo Brian entonces —le permitió—. Con eso será suficiente por ahora, mascota.

El recurrente apodo la sobresaltó.

—Yo no soy ninguna mas…

Un *«shh»* llegado de alguna parte censuró su charla e hizo que ella se callase al momento, sus mejillas adquiriendo un tenue rubor.

—Deberíamos guardar silencio y atender a la demostración antes de que nos echen a los dos —atajó y utilizó esa interrupción en su beneficio. La atrajo hacia él, posando ambas manos en sus brazos, manteniéndola quieta—. Solo voy a mantenerte junto a mí, puedes desasirte si lo deseas, no te retendré. Quizá tú no quieras estar aquí, pero toda esta gente sí y deberíamos permitirles asistir a la clase.

Esperó paciente, notando su rigidez, su cuerpo tieso en un intento de mantenerse alejado del suyo. Casi esperaba que se zafase de un momento a otro y emprendiese la huida, pero la chica volvió a sorprenderle. Ya fuera por llevarle la contraria o demostrarse algo a sí misma, se quedó dónde estaba y guardó silencio mientras asistían a la demostración al otro lado de la sala.

Luna quería gritar. ¿Quién se creía ese hombre que era? ¿De verdad esperaba que le obedeciese así porque sí? Si se había quedado era para no protagonizar un espectáculo y que todo el mundo se la quedase mirando. Se marcharía, claro que sí, en cuanto terminase esa escena, se marcharía.

Lo miró por el rabillo del ojo. Era una jodida montaña. Podía sentir sus palmas calientes a través de la blusa, como si la tela no fuese suficiente para mantenerle lejos y, fiel a su palabra, no la estaba agarrando. Podía librarse de su contacto en cualquier momento, entonces, ¿por qué demonios no se movía?

Porque no quiero llamar la atención. Sí. Por eso. Me iré cuando termine la función.

Levantó la barbilla y echó un fugaz vistazo a su alrededor. Las parejas que asistían al seminario se habían acercado hacia delante, atendían con curiosidad y atención a las palabras del hombre que había vendado los ojos de la muchacha delante de ellos. Incluso la chica que había visto al principio tan perdida o más que ella observaba el espectáculo ahora acompañada por uno de los instructores.

¿Qué demonios hago aquí?

Esa era sin duda la pregunta del día.

Ni siquiera sabía por qué había venido, podía haber descartado la inscripción que no recordaba ni haber hecho y quedarse en casa o ir a pasear, como solía hacer después de salir del trabajo.

—Yo y mi enorme bocaza. —No pudo evitar musitar.

Si no hubiese asistido a esa maldita reunión el sábado pasado, nada de esto habría ocurrido para empezar. Ni ella ni Cass habrían terminado en ese pub y no se encontraría ahora en esta bizarra situación.

Pero Cassandra lo disfruta. Pensó. *Nunca la has visto tan feliz como en los últimos años, tan… ella misma.*

Su amiga había cambiado y eso era un hecho. Poseía un aura de felicidad y satisfacción

que parecía envolverla en todo momento y exhibía una serenidad interior que, para ser sincera consigo misma, envidiaba.

No. No la envidias. Tienes un trabajo estable y del que disfrutas, un techo sobre tu cabeza y no te mueres de hambre. ¿Qué más puedo necesitar?

Y sin embargo su vida era tan monótona. Todos sus días eran iguales, con una rutina aprendida, sin altibajos, ¿qué había sido de la Luna que había entrado en la universidad llena de ilusiones y sueños?

¿Qué ha pasado conmigo?

—¿Siempre hablas en voz alta contigo misma?

El inesperado murmullo en su oído la llevó a dar un respingo, giró de golpe la cabeza y se encontró con su mirada.

—No.

Sus labios se curvaron lentamente, sin llegar a sonreír, pero obviamente divertido.

—Pues para no hacerlo hablas mucho —le aseguró, entonces indicó con un gesto de la barbilla un punto por delante de ellos—. Te recomiendo que mires. Puede resultar muy instructivo.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla en el acto cuando vio como la miraba. Se giró de nuevo e intentó prestar atención.

Voy a largarme.

Dejó escapar un pequeño suspiro y levantó la mirada, su atención quedó subyugada al momento por un único motivo; la íntima caricia de los dedos que se prodigó la pareja antes de que él se separase de la mujer y su actitud cambiase a algo más oscuro, más inflexible y a la vez, terriblemente erótico.

Bueno… me iré… después de esto.

CAPÍTULO 3

Logan ajustó la venda y deslizó los dedos por la suave piel del cuello femenino que hoy lucía su collar. Sumi estaba nerviosa y expectante, sabía de qué iba la escena, lo habían hablado antes de llegar al club y había estado de acuerdo… o algo parecido.

Adoraba a esa pequeña sumisa. Se había convertido en una constante en su vida en los siete meses que llevaba compartiendo su hogar y su tiempo. Ella había dado un nuevo significado a su día a día y también había conseguido que Camden volviese a ser el hombre que fue una vez.

Cam estaba colado por ella. Podía ejercer de amo estricto, volverla loca con sus cosas, pero era el primero en consentirla, apoyarla en cada una de las decisiones y mover el maldito sol con tal de verla sonreír; la verdad era que los tenía a ambos besando el suelo por el que caminaba. Sin embargo, su amigo se regía así mismo por un código muy particular, uno que dejaba a un lado las demostraciones públicas o seminarios como aquel. Podía asistir al club siempre que podía, ya fuera solo con su sumisa o los tres, pero lo de tener audiencia que él no deseara… era demasiado celoso de la mujer que amaba.

—¿Lista, mascota?

—Sí, señor.

Su voz sonaba firme, pero su cuerpo decía otra cosa. Los nervios estaban presentes, la privación de la vista agudizaba sus otros sentidos y la hacía receptiva al placer; su placer.

—La palabra de seguridad de esta noche es *Rojo* —le comunicó al oído—. Confía en mí y en que sabré hasta dónde puedo empujar.

—Confío en ti, Maestro —musitó—. Siempre.

La besó en los labios.

—Céntrate en mí, solo en mí y estaré justo ahí para ti.

Se relajó entregándose a él y solo a él, dándole su confianza ciega a sabiendas de que la guiaría y cuidaría como solo su amo podría hacerlo. Este era el regalo de la sumisión, uno que atesoraría para siempre.

—Cuando vuestra sumisa esté privada de alguno de los sentidos o de movilidad, sois vosotros los que tenéis la batuta, pero también la responsabilidad de su cuidado —explicó en voz alta—. Sois los que guiais, los que debéis estar atentos a cada cambio de su respiración, a cada señal de su cuerpo que os indique cómo progresa la escena. Si tenéis dudas, siempre podéis preguntar. ¿Cómo estás, Sumi?

—Bien, señor —respondió ella al acto.

Acarició sus dedos, deslizó las palmas por sus brazos, le ahuecó ligeramente los pechos y le mordisqueó el cuello extrayendo de ella un pequeño jadeo y el temblor de su cuerpo.

—Todas las señales están aquí —declaró indicando varias partes del cuerpo, lo que la excitación rebelaba—, solo tenéis que estar atentos y reconocerlas.

Bajó sobre su boca, besándola en los labios, calmándola y recordándose a sí mismo lo afortunado que era de poseer a la mujer con el corazón y el alma más grande que había visto en toda su vida.

No podía olvidar esa noche en el *Purgatorio* de la *Crossroad* Company. Dudaba que

ninguno de los tres pudiese olvidarla jamás, pero en especial Camden y él. Sio les había entregado esa noche su confianza, todo lo que era y les había abierto las puertas de su corazón de par en par. Otra mujer posiblemente no habría visto más allá de las palabras que se cruzaron esa noche, de los relatos descarnados que salieron a la luz después de tanto tiempo en la oscuridad. Otra sumisa no habría llorado por ellos, no los habría abrazado y consolado, no les habría concedido el indulto que llevaban tiempo deseado obtener.

«Si tú mismo no te perdonas, ¿por qué habría de perdonarte alguien más? No es sabio anclarse en el pasado, nada bueno surge de remover las cenizas, solo tienes que ser consciente de que una vez allí hubo un fuego y tú lo apagaste. Lo importante es quién eres ahora y en quién te convertirás en el futuro».

Ágata siempre había tenido buenos consejos, había sido una mujer sabia a pesar de su juventud, una niña con alma de anciana que se había llevado con ella parte de los hombres a los que rescató de la oscuridad. De muchas formas, a esa bondadosa alma le debía el que su mejor amigo hoy siguiese allí, disfrutando por fin de la merecida felicidad.

Sio había dado sentido por fin a esas palabras, los había obligado a enfrentarse al pasado, a mirarse a los ojos y aceptar lo ocurrido sin vergüenza, sin culpabilidad y como algo que había impedido que las cosas fuesen ahora distintas.

«Si el amor, en cualquiera de sus formas, es un pecado, prefiero ser una penitente reincidente que vivir toda una vida entre mentiras y soledad. No quiero tener que elegir, no quiero amar a uno y odiar a otro. Sois los dos o ninguno. ¡Y a la mierda lo que opine la sociedad! Los dos sois mis Maestros, mis Amos y los hombres a los que he entregado mi corazón. No vine a este mundo para ser perfecta, así que espero que podáis quererme igualmente».

Su pequeña Sumi había borrado esa noche todas y cada una de las cicatrices, había perdonado cualquier pecado existente en sus almas y los había convertido a los tres en una familia; su familia.

Amaba a esa mujer, quería a su hermano de la vida y no se avergonzaba, ni se culpaba o lo culpaba a él por lo que ambos habían necesitado para emerger de la oscuridad. Había muchas formas de amor y ellos eran afortunados de haber conocido más de una.

Devoró la imagen de su sumisa con la mirada, se relamió interiormente y se inclinó para susurrarle al oído.

—Gime para mí, Sumi —ronroneó al tiempo que la desnudaba y despertaba en su cuerpo el deseo que, en estos momentos, solo le pertenecía a él.

Había muy pocas cosas que se podían ocultar en la vida, pensó Brian, y la excitación era una de ellas. Podías disimular, podías cubrirte el rostro con una máscara, pero el cuerpo al final era el que daba las pistas necesarias y descubría aquello que quería ocultarse a un ojo experto. Luna estaba subyugada por la escena, su reticencia inicial había despertado el morbo que vive dentro de todo ser humano, ya sea hombre o mujer, el que hace que te excites ante algo que solo admitirías mirar de soslayo o a través de un agujero.

Era una escena realmente caliente, la maestría de Logan correspondía a la perfección con la entrega de su sumisa, una maquinaria bien engrasada que solo funcionaba cuando dos almas se compenetraban tan bien como ellos. Resultaba hermoso verlos, de una manera tórrida y en muchas circunstancias tabú, era un espectáculo digno de apreciar.

Se movió lentamente, acercándose a ella, manteniendo las manos en todo momento en sus brazos para finalmente susurrarle al oído.

—¿Estás lista para irte ahora? —le susurró al oído y notó como temblaba un segundo antes de sobresaltarse. Miró a su alrededor como si acabase de salir de un trance, notó casi al instante sus manos y su cuerpo reaccionó tensándose—. Quieta.

Pero ella no acusó su orden, por el contrario, la escuchó gemir y empezó a debatirse como una pequeña gata obligándole a rodearla, girarla en sus brazos y atraerla contra su pecho. Le sujetó las manos a la espalda y se encontró con esos bonitos y sorprendidos ojos pardos.

—Tranquila, Luna. —Bajó el tono de voz, sumergiéndose en esa segunda piel que prefería por encima de todas las demás—. Estás a salvo.

Lo miró a los ojos, desafiante y temerosa a partes iguales.

—Suéltame. —No era una petición, ni de lejos y el hecho de que se atreviese a exigir le hizo gracia.

—Lo haré cuando te calmes —sentenció directo, observando su reacción, la forma en que tensaba los brazos y tiraba intentando deshacerse de él. La aplastó contra su cuerpo y el contacto fue como una descarga eléctrica en su interior. Le gustaba esa sensación, esa blandura contra su dureza—. Respira profundamente.

—No… no puedo… me estás espachurrando los pulmones —protestó pegada a él.

Sonrió para sí y notó como ese pequeño cuerpo se relajaba unos milímetros.

—Tienes respuesta para todo, ¿no es así?

—Lo intento. —No se molestó en negarlo—. ¿Me devuelves los pulmones, por favor?

—Por favor, señor —la aleccionó una vez más—. Inténtalo.

—No quiero. —Levantó la barbilla con gesto terco—. Dijiste que podía marcharme y da la casualidad que me estás reteniendo.

Su respiración seguía siendo acelerada pero ya no había en sus ojos ese temor y desconcierto inicial, ahora sencillamente estaba de mal humor.

Optó por soltarle las manos lentamente, dejándola tomar consciencia de su libertad paulatinamente hasta que pudo dar un paso atrás y recomponerse la ropa.

—¿Qué te ha parecido la escena? —Optó por el diálogo, ya que parecía responder bien a ello.

Levantó la barbilla después de acomodarse la blusa.

—Deplorable.

Sonrió de soslayo y bajó la mirada por su cuerpo.

—¿Y por eso frotabas los muslos?

La tensión fue instantánea y le dijo lo que sus apretados labios y sonrojadas mejillas proclamaban a voz en grito. Sus ojos se clavaron en los suyos y parecía realmente ultrajada.

—No es verdad.

Enarcó una ceja ante su vehemencia.

—Te excitó, Luna.

—De ninguna manera.

Chasqueó la lengua.

—Ya has oído al Maestro Logan, la sinceridad debe estar por encima de todo.

Ella bufó y dio un paso adelante, acercándose de nuevo a él.

—La sinceridad está sobrevalorada —declaró en voz baja, manteniendo la conversación solo entre ellos—. Y la paciencia, ya ni te cuento.

—La paciencia es todo un arte en sí mismo —declaró mirándola a los ojos—. Algunos lo

dominan y otros no.

Un nuevo resoplido.

—A mí anótame en la columna de *«ni gota de paciencia»* —replicó—. Y ahora, si me disculpas, me marcharé.

Estaba decidida a hacerlo y, sin embargo, él necesitaba empujarla, ver hasta dónde podía llegar sin que estallase. Luna prometía ser esa clase de sumisa, una que no se plegaría de buen grado a ningún dominante a menos que confiase completamente en él.

—Como ya te dije, la puerta está abierta —aseguró y, como si las luces del club se pusiesen de acuerdo con él, empezaron a bajar de intensidad.

Ella se sobresaltó ante ese inesperado cambio.

—¿Qué demonios…?

—Las luces se atenúan para la segunda parte del taller —le explicó al ver su incomprensión—. Es más fácil interactuar si se cuenta con un mínimo de privacidad. Al mismo tiempo, dado que es una clase de iniciación, hay luz suficiente para detener una escena o dirigirla.

Su mirada recorrió la sala. Las parejas hablaban ahora con Logan y con su sumisa, otros hacían algún comentario que Horus rebatía o corroboraba creándose un ambiente de consenso. La excitación estaba en el aire, había parejas que habían decidido quedarse y otras que preferían dar por terminada ahí la demostración, todas ellas encantadas o interesadas en futuros talleres.

—Si estás decidida a marcharte, adelante, si prefieres quedarte y tener una primera toma de contacto con la sumisión, será un placer guiarte. —Le ofreció las dos alternativas que había y les indicó a las dos parejas que ya se despedían—. Como ya te dije, no retenemos a nadie.

Su mirada fue de estas parejas a las otras, para finalmente caer sobre la sumisa que Horus había adoptado al principio del seminario y con quién hablaba de forma distendida. Posiblemente estaría pactando con ella alguna breve escena introductoria.

—Ella ya ha decidido —le dijo. No era muy difícil saber qué pasaba por su mente.

Los ojos pardos se volvieron hacia él y encontró de nuevo esa dicotomía. Quería irse, pero al mismo tiempo también quería quedarse.

—No confío en ti, ni siquiera te conozco.

Asintió, era una respuesta válida y aceptable dada las circunstancias.

—Motivo por el cual no saldremos de esta sala y no iremos más allá de una leve iniciación.

Entrecerró los ojos.

—Explícate.

Ah, la gatita estaba interesada.

—No entraremos en el terreno sexual —declaró sincero—. Como bien has apuntado, no me conoces y yo tampoco te conozco lo suficiente como para saber hasta dónde puedo llegar contigo en el sexo.

—No tienes problema en llamar a las cosas por su nombre.

Sonrió de soslayo.

—Una relación D/S no se diferencia mucho de una vainilla, Luna —le aseguró—. La confianza y la comunicación son la base de todo. Entonces, ¿cuál es tu respuesta, sumisita? ¿Estás dentro o te vas?

Arrugó esa pequeña y pecosa nariz.

—Nada de sexo.

Le tendió la mano.

—Parece que hoy vas a ser mi alumna.

Los delicados y largos dedos se posaron en su mano y cerró los propios alrededor, aceptando tenerla a su cuidado.

CAPÍTULO 4

En algún momento de las dos últimas horas debía habérsele fundido los plomos. Y no solo eso, sino que había adoptado una afición por los deportes de alto riesgo, ya que era la única explicación que le encontraba al hecho de aceptar quedarse a las «prácticas».

—Si te tensas un poco más te vas a romper, Luna.

Unas fuertes manos cayeron sobre sus hombros, los dedos se cerraron sobre su carne e iniciaron un lento masaje.

—No puedo evitarlo, esto es…

Sus dedos hicieron un poco más de presión y su boca descendió sobre su oído.

—Antes de que te metas en terreno cenagoso, vamos a acordar unas cuantas normas. —Su voz la sobresaltó, intentó retroceder, pero sus siguientes palabras la congelaron—. Estate quieta.

Se estremeció, durante un breve instante dejó incluso de respirar.

—En esta escena yo soy el dominante y tú la sumisa —le dijo enderezándose, dejó sus hombros y la rodeó para mirarla ahora de frente—. Y como sumisa, hay unas normas que debes observar.

Indicó con un gesto de la barbilla hacia el otro lado de la sala.

—Ya has observado la manera en que se comportó Sio durante su escena, la forma en que se espera que responda —le informó, sus ojos puestos sobre ella—. Ya que eres nueva y, deduzco que este es tu primer contacto con el BDSM…

—Lo es.

Levantó la barbilla.

—La fórmula correcta para ti es: Lo es, *señor* o lo es, *Amo Brian* —corrigió en el acto.

La manera en que se la quedó mirando y enarcó una ceja le dijo al momento que esperaba una confirmación de sus palabras.

—Lo es, señor.

Asintió complacido.

—Muy bonito —murmuró. La recorrió unos momentos con la mirada y finalmente continuó—. La escena que vamos a realizar es muy sencilla, se trata de negar un sentido para potenciar los otros. Te vendaré los ojos, pero podrás oír y sentir lo que le haga a tu cuerpo.

Tragó, de hecho, casi se atraganta con su propia saliva ante sus palabras. No pudo evitar que acudiese a su mente la escena protagonizada por la pareja y que la había puesto caliente. Tembló incapaz de retener el escalofrío y sus pupilas se dilataron lo suficiente como para que él notase esos sutiles cambios.

—Tu rostro es como un libro abierto, sumisa.

—Yo no soy…

—Lo eres, solo que careces de experiencia. —La interrumpió con voz pensativa, la miró de nuevo como si estuviese buscando algo que le confirmase su afirmación—. Quizá este sea el comienzo adecuado para probar la sumisión y decidir si es lo que necesitas o no.

Sintió como sus mejillas subían de temperatura y demonios, le cabreaba sentirse tan vulnerable y ser tan clara para un completo desconocido. Miró una vez más a su alrededor replanteándose su decisión.

—Piensas demasiado. —La sobresaltó de nuevo con ese tono de voz profundo que la atraía—. Casi puedo ver cómo giran los engranajes de tu cerebro.

Levantó la barbilla, no le gustaba estar en inferioridad y, sin embargo, se había metido precisamente en una situación en la que ella era la que estaba de rodillas.

—Tengo un cerebro muy ocupado.

Sonrió de soslayo.

—Eso puedo verlo —murmuró—, de hecho, estoy pensando en cuál sería la mejor manera de apagarlo.

Abrió la boca para responder, pero la interrumpió.

—La palabra de seguridad del club es *«rojo»*. Es un estándar y fácil de recordar —le explicó—. Piensa en ello como en los colores de un semáforo. *«Verde»*, todo va bien y podemos continuar. *«Amarillo»*, tienes dudas, miedo, necesitas preguntar algo… la pronuncias y pararemos la escena, hablaremos de lo que te inquieta y veremos cómo proceder desde ahí. Si por el contrario no quieres seguir, sientes dolor, molestias o te aterras por el motivo que sea, di «rojo» y detendré la escena en el acto. ¿Ha quedado claro?

—Como un semáforo. Sip. Lo tengo.

Su penetrante mirada sobre ella la hizo fruncir el ceño.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—No sé si eres despistada o lo haces a propósito, mascota —aseguró con un tono de voz que podía pasar por divertido—. Cuando te dirijas a mí, *«siempre»*, hazlo con el debido respeto.

Se ruborizó una vez más. *Oupss.*

—Sí, señor. Lo siento, señor —arrugó de nuevo la nariz—. Er… ¿soy a la única que le parece estar en el ejército?

—Vas a darme trabajo, ¿eh?

Se encogió ligeramente de hombros.

—Soy muy nueva en esto —aceptó sin más—. Señor.

—Nueva en casi todo, ya veo —chasqueó—. Esto va a ser interesante.

Interesante sin duda era la palabra, pensó replanteándose de nuevo su presencia en el club. Como si necesitara asegurarse de que no se había quedado sola volvió a echar un vistazo a su alrededor solo para darse cuenta de que algunas parejas se habían diseminado ya y escuchaba risitas y otros sonidos.

—Tus ojos en mí, Luna. —La orden la hizo dar un respingo y girarse de inmediato a él—. Eso está mejor. Ahora, quítate la chaqueta, por favor.

¿La chaqueta? Sí, vale. Eso no era un problema.

—Y la blusa.

—¿Disculpa?

—Y también el sujetador —insistió mirándola—. Con eso será suficiente.

—Pero…

—Cuando lo hayas hecho, permanece como estás y cruza las manos a la espalda.

Parpadeó varias veces.

—Sí, claro. Ya puestos, ¿por qué no te hago un *striptease*?

—Si eso es lo que quieres, puedes hacerlo… después. —Él ya se había dado la vuelta y caminaba hacia una de las paredes más alejadas, en las que había algunos muebles.

Abrió la boca y la cerró de golpe. ¿Cuándo aprendería a ponerse a sí misma un candado?

Estás en un club de sexo, estúpida, ¿qué esperabas? ¿Hacer manitas?

Se quitó la blusa con lentitud, le costaba desvestirse delante de un hombre, especialmente uno desconocido y, si ya quedarse en ropa interior era malo, quedarse en cueros… ni lo contaba.

Voy derechita al infierno y sin frenos. ¡Qué alguien me pare!

—Buena chica.

Su inesperado regreso y la apreciación en su voz le provocó un inesperado calorcillo en el bajo vientre o quizá fuese más bien debido a los ocasionales sonidos puramente eróticos que emergían de aquí y allá.

—Como esta es tu primera vez y no hemos jugado nunca juntos, quiero que me digas si algo resulta demasiado para ti —le informó. Entonces dejó caer al suelo una bolsa de cuero negro y tras abrirla sacó de ella una cuerda de seda japonesa de color azul—. Para hacerte las cosas más fáciles, te voy a atar las manos a la espalda ya que es obvio que no vas a mantenerlas ahí por ti misma.

Cuando cogió su muñeca derecha se quedó sin respiración. ¿Estaba hablando en serio? ¿Atarla?

—Espera, espera, espera…

—Un color, Luna —le dijo sin mirarla siquiera, haciendo una bonita atadura en su muñeca. Podía notar la cuerda suave contra su muñeca, como una ancha pulsera que la oprimía, pero no le hacía daño.

—Yo… a… amarillo… amarillo. Muy amarillo. Color limón.

Lo escuchó reírse entre dientes.

—Respira —le ordenó—. Inspira profundamente y deja salir el aire.

Se encontró respondiendo mecánicamente, permitiendo que el aire entrase en sus pulmones, atragantándose con él.

—Esto… esto no va a fun… funcionar.

La ignoró.

—Despacio. Otra vez.

Hizo un par de inspiraciones más hasta sentir que sus nervios decrecían.

—¿Mejor?

Asintió renuente.

—En voz alta, por favor.

—Sí, creo que sí.

La miró de nuevo a los ojos, un mudo recordatorio que funcionaba a la perfección.

—Sí, señor —repitió sintiendo unas inexplicables ganas de levantar la mano y hacerle un saludo militar.

Se limitó a asentir con la cabeza antes de deslizar la mano sobre su brazo desnudo, haciéndola consciente al momento de algo que había olvidado; tenía las tetas al aire.

Se mordió el labio inferior y esperó que el calor que sentía en la cara no se extendiese al resto de su cuerpo. No pudo evitar tensarse cuando esos dedos fuertes y callosos le aferraron la otra muñeca y le ató las dos a la espalda. En esa postura, sus hombros tiraban hacia atrás, obligándola a sacar pecho lo cual era incluso más indignante y, al mismo tiempo, ¿erótico?

Joder. Me estoy excitando.

El hecho le pareció tan sorprendente que no pudo evitar echar un vistazo por encima del hombro para verle. El Amo Fire, Brian como se había presentado, uno de los Doms del club *Blackish,* no era alguien que pudiese ser ignorado. La complexión de su cuerpo, unida a esos penetrantes ojos verdes y un rostro cincelado, con una sombra de barba cubriéndole el mentón y delineando su labio superior, así como el corto pelo en punta, lo convertían en un espécimen

demasiado sexy y también aterrador. Esa combinación de masculina arrogancia y peligro debería de espantarla, pero la encendía.

Levantó la mirada como si fuese consciente de que lo estaba mirando y encontró con sus ojos. No la esquivó, le devolvió la misma intensidad y eso hizo que sus labios se curvaran en una enigmática mueca que podría pasar por una sonrisa.

El contraste de él completamente vestido mientras ella estaba desnuda de cintura para arriba la puso incluso más nerviosa. Tuvo que recordarse a sí misma que él estaría más que harto de ver pechos desnudos si trabajaba allí.

—Repíteme cual es la palabra de seguridad del club, Luna.

La forma en que pronunció su nombre le provocó un nuevo escalofrío que fue reflejado por su cuerpo. Se aventuró a echar un nuevo vistazo por encima del hombro y vio como las líneas de expresión de sus ojos se arrugaban con diversión.

—Rojo, señor.

Su respuesta pareció agradarle, puesto que asintió, comprobó que las ataduras estuviesen en su sitio y la rodeó hasta quedar de nuevo delante de ella.

—¿Alguna molestia en los hombros o en las articulaciones? —preguntó deslizando ahora las manos sobre su piel desnuda y caliente—. Tira de las muñecas, dime si te molestan o las notas demasiado apretadas.

—Son cuerdas, ¿dónde has visto que una cuerda no apriete?

—Luna. —Su advertencia fue breve y directa.

—Están bien, señor.

Lo estaban si consideraba el estar atada como una diversión y el no poder defenderse en caso de necesidad. Volvió a echar un rápido vistazo a su alrededor, el corazón le latía incluso más rápido mientras su cuerpo acusaba la indefensión y el miedo hacía un salto mortal en su interior.

—O quizá no lo estén tanto… —musitó notando la boca demasiado seca, la garganta cerrándosele—. No… no puedo… respirar… no… no puedo…

—Respira. —Ambas callosas manos se deslizaron por sus brazos, proveyéndola de apoyo y calor. Su presencia la ancló de nuevo permitiéndole respirar de nuevo, haciendo a un lado el afilado miedo—. Despacio. Otra vez.

Tomó un par de bocanadas de aire, inspiró y espiró para finalmente asentir con la cabeza.

—Tus ojos en mí, Luna. —Cada vez que pronunciaba su nombre era como si sonase un timbre dentro de su cabeza, uno que pedía *«dilo otra vez»*—. Mira a tu alrededor, escucha con atención.

Lo hizo, las parejas se habían diseminado, pero podía ver las siluetas, escuchar ahora jadeos y suaves gemidos, no estaban solos en esa sala.

—Eso es. —Le acarició una vez más los hombros—. Lo estás haciendo muy bien.

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos. Dios, sentía ganas de llorar. ¿Qué demonios le pasaba?

—¿Lista para continuar?

Sacudió la cabeza. Dios, no. No lo estaba. Ni una pizca, pero las palabras no le salían de la garganta. Jesús, ¿ella sin palabras? Inaudito.

—Está bien, sigue respirando lentamente —instruyó sin dejar de tocarla—, no tenemos prisa.

Se lamió los labios. Quizá él no la tuviese, pero ella estaba más que dispuesta a salir por patas en ese mismo momento.

—No me importaría terminar con esto ya. —Se las arregló para murmurar—. De hecho, insisto.

Lo vio sonreír, una sonrisa auténtica que le iluminó hasta los ojos.

—Es una pena que tú no estés al mando —le aseguró, entonces le acarició la mejilla. Ese gesto la tomó por sorpresa, la sacudió lo suficiente como para que no le diese tiempo a protestar cuando le cubrió los ojos con un suave pañuelo de seda negra que la dejó ciega al momento.

—¡Oh, joder!

Tiró de las manos solo para comprobar que no podía soltarse, ladeó la cabeza, pero no podía ver. Estaba atrapada, completamente y no había modo de que pudiese escapar.

—Me va a dar un ataque al corazón.

Sí, era una melodramática, pero diablos, la ocasión lo requería.

—No te muevas. —Unas manos la estabilizaron, su voz se hizo incluso más profunda y exigente en esa impuesta oscuridad. Agudizó el oído intentando guiarse, saber dónde estaba él—. Respira profundamente.

Lo hizo, era eso o boquear como un pez.

—Necesito que camines en la dirección en la que voy a girarte —escuchó su voz alta y clara al oído—. Mis manos son las únicas que están sobre ti —deslizó una de ellas entre sus omóplatos—. Da pasos cortos. Empieza.

—No sé si mis piernas querrán obedecer…

—Empiezo a tener unas ganas irrefrenables de castigarte —la sobresaltó con un borde afilado—. ¿Cómo debes dirigirte a mí, sumisa?

Sumisa. Sumisa. Empezaba a odiar de veras esa palabra y no la había escuchado más que un par de veces.

—Lo siento, Amo Brian, pero me pone extremadamente de mal humor el no ver por dónde camino y estar atada con las manos a la espalda, sobre todo cuando tengo las tetas al aire.

¿No querías educación? Pues toma educación.

—Yo, por el contrario, encuentro extremadamente sexy el que esos dos bonitos y cremosos montículos estén disponibles —le soltó y, para remarcar sus palabras, sintió esas enormes y callosas manos acariciándoselas un instante antes de empujarla para que caminara—. Dos pasos más al frente.

Avanzó a tientas, con tan solo la conciencia de su presencia a través de la mano que la guiaba.

—Detente.

Empezaba a sentirse como un soldado en la instrucción, solo que en su caso tenía las manos atadas y no veía un pimiento. La privación de vista y movilidad hizo que sus otros sentidos se agudizaran, especialmente el oído y el olfato. Ahora podía reconocer el exótico *aftershave* que envolvía al dominante, una mezcla entre sándalo y algo más cítrico que le picaba en la nariz. Le gustaba el aroma pues encajaba bastante bien con el enigmático hombre en cuyas manos había depositado su estupidez. Porque sí, eso era estupidez y no confianza.

La mano que la había acompañado hasta el momento abandonó su espalda, aguzó el oído un poco más intentando escuchar sus pasos, notar su presencia, pero todo lo que oía era su propio corazón tronándole en los oídos.

—A partir de este momento no quiero oír ni una sola palabra que no sea *«amarillo»* o *«rojo»* —le susurró al oído haciéndola dar un respingo. Unos dedos se cernieron entonces alrededor de su barbilla, le levantaron la cara y al momento notó el caliente aliento de una boca cubriendo la suya. Tomó sus labios exigiendo una respuesta que llegó en forma de jadeo,

incursionó entonces con su lengua, saqueándola, haciéndola consciente de su sabor a menta y algo más oscuro, íntimo. Tiró de sus manos solo para darse cuenta de que no podía tocarle, su cuerpo acusó el recordatorio, pero no entró en pánico, por el contrario, empezó a calentarse justo en el momento en que rompió el beso—. Serán mis manos las que sientas sobre ti, mi boca o mi lengua. ¿Lo has entendido?

Asintió, aunque no le hubiese prohibido hablar, tampoco encontraría las palabras, su mente se había convertido en papilla.

—Te tocaré tan íntimamente como crea conveniente —continuó deslizando sus labios hasta su oído—, si algo no te gusta o te resulta incómodo, «Amarillo» estará bien para empezar.

Una callosa y cálida mano le cubrió el seno derecho mientras que la otra le acariciaba el costado haciéndola temblar.

—Recuerda, Luna, nada de palabras a menos que quieras que me detenga —insistió mientras el pulgar hacía círculos sobre la aureola y el pezón se endurecía al punto de resultar doloroso—. Por lo demás… puedes gemir cuanto quieras.

Tironeó de su pezón y solo pudo inhalar con fuerza ante las intensas sensaciones que la recorrieron desde los pechos al centro de su sexo.

Si antes se había mojado al ver la erótica demostración del Maestro con su sumisa, ahora su humedad amenazaba con resbalar entre sus muslos descubriendo su excitación.

Esas manos la cubrieron por completo, abarcaron cada pedazo de piel e hicieron que el calor en su bajo vientre aumentase. Podía notar cada caricia, cada pellizco con una intensidad que la apabullaba. Sus dedos se movían de un lado a otro, girando un pezón entre ellos hasta hacerla ponerse de puntillas o dedicarle una húmeda caricia con su lengua.

Las sensaciones fueron in crescendo, pasando de eróticas y tolerables a jodidamente calientes. Cuando posó los labios sobre uno de sus senos y succionó la dura cúspide notó como una oleada de humedad se escapaba entre sus piernas y le empapaba el ya mojado tanga. Se obligó a morderse el labio para no hacer otra cosa que gemir, de algún modo su voz seguía resonando en su cabeza diciéndole que si hablaba se detendría.

Estaba indefensa, completamente a merced de lo que él quisiera hacerle, de lo que un completo desconocido estaba haciendo con su cuerpo. Lo curioso es que, en vez de importarle, de pensar en lo vergonzoso del asunto, le estaba resultando más y más excitante.

¿Era esto lo que había hecho que Cass se aventurase en este estilo de vida? ¿Era el hecho de entregarse a otra persona, de dejar todo lo que eras en sus manos y no poder hacer otra cosa que rendirte lo que la había subyugado?

Jadeó cuando sintió los dientes cerrándose sobre el otro pezón creando un relámpago de caliente y excitante dolor que fue directo a su entrepierna. A estas alturas ya no podía mantener la boca cerrada, no si quería respirar pues el aire parecía ser escaso. Sus pezones parecían haber engrosado, ponerse más y más duros y era incapaz de escapar de esas sensaciones, como tampoco la de su clítoris despertando de necesidad.

Sintió un dedo deslizándose por su mejilla, resbalando sobre algo mojado, ¿estaba llorando?

—Me gusta el color que han adquirido tus mejillas, lo rojos que se han puesto tus labios y por encima de todo me gusta la música que emana de tu garganta. —La mordió allí, un suave pellizco en la piel del cuello que la hizo saltar—. Estás excitada, sonrojada… ¿y mojada?

Apretó los muslos por acto reflejo, tembló de pies a cabeza, pero no de temor. Dios, estaba tan excitada, jamás se había sentido de esa manera. Notó como una de sus manos seguía jugando con su erecto pezón mientras la otra sumergía los dedos en su moño y deshacía el recogido al

tiempo que tiraba de su cabeza hacia atrás. Su boca la succionó entonces, le lamió la junta entre la base del cuello y el esternón y continuó torturándola.

La pulsación entre sus muslos empezaba a hacerse insoportable, la necesidad pulsaba en su sexo deseosa de atención, la misma que prodigaba a sus pechos.

—Estás siendo una buena chica, mascota. —Su aliento volvió a resbalar en su oído—, una buena y dulce chica.

Sus palabras la derritieron. ¿Alguien le había hablado alguna vez con tanta ternura? No que ella recordase. El capullo de Josh había sido del tipo de hablar poco y follar mucho, solo ahora se daba cuenta de lo banal que había sido realmente esa relación, o los breves interludios que había tenido después.

—Veamos si puedo hacer que rompas las reglas…

¿Romper las reglas? Estuvo a punto de preguntar en voz alta a qué se refería, pero su lengua se trabó en el mismo instante en que la mano que jugaba en su abdomen bajó hacia la cintura de la falda. Su espalda y sus manos quedaron atrapadas contra la dura espalda masculina haciéndola todavía más consciente de lo enorme que era él y lo pequeña que eso la dejaba a ella. Notó como los duros dedos se deslizaban bajo el encaje de la ropa interior y rastrillaba el recortado vello de su pubis antes de entrar en contacto con los húmedos pliegues de su sexo.

—Mojada y calentita. —Le mordió el arco de la oreja—. Eres toda una caja de sorpresas, Luna. Te excitas de una manera adorable. Separa las piernas ahora, dulzura.

Su instinto la llevó a hacer justo lo contrario.

—Luna.

¿Por qué tenía que sonar tan sexy su nombre en boca de ese hombre? Especialmente cuando lo decía con el tonillo de un maestro de escuela aleccionando a su alumna.

Gimió interiormente, su mente quería protestar, pero su cuerpo tenía otros planes y terminó separando las piernas permitiéndole acceso a su sexo.

—Oh dios…

No pudo evitar que las dos palabras escaparan de sus labios cuando la penetró sin previo aviso con un grueso dedo. Sus caderas se arquearon por sí solas, buscando más, deseando más.

—¿Qué te dije sobre decir una sola palabra? —la reprendió, pero no había otra cosa que satisfacción en su voz, especialmente cuando incluyó un segundo dedo al primero y la hizo jadear de nuevo—. Caliente y pequeña Luna… ¿sabes lo que le ocurre a una sumisa cuando no obedece a su amo?

Sacudió la cabeza contra su hombro, sus pies se habían puesto de puntillas incluso a pesar de los tacones, necesitaba más, quería más.

—No… no tengo ni… idea… pero ahora… no es que me importe… ay dios… —Sus dedos se hundieron con más fuerza arrancándole un jadeo.

—Se la castiga, Lunita. —Utilizó el diminutivo de su nombre—. Pero esa es una lección para otra clase.

Volvió a introducir los dedos en su interior y a retirarlos, su pulgar encontró también su clítoris y la fricción que ejercía el movimiento amenazó con volverla loca.

—Córrete para mí —le susurró al oído—, dame lo que todavía no le has dado a nadie, sométete a mí.

Su cerebro se hizo pedazos en el mismo momento en el que un duro y rabioso orgasmo estallaba en su interior y barría con todo dejándola laxa en brazos de ese demonio de hombre.

—Buena chica —le pareció escucharle decir un instante antes de rodearla con los brazos y mantenerla pegada a él, como si temiese que fuese a espatarrarse en el suelo en cualquier

momento. Y la verdad, no le sorprendería si terminaba haciéndolo pues sus piernas se habían convertido en gelatina.

CAPÍTULO 5

Luna era sumisa. Podía ser nueva, no comprender todavía la dinámica de una relación D/S, de hecho, posiblemente fuese una buena candidata para las clases de iniciación, pero lo supiese o no, era lo que era.

Tenía una boca que iba a meterla en problemas con un Dom. Posiblemente pasara más tiempo siendo castigada que premiada, pero su lenguaje corporal hablaba por sí solo, era mucho más sincero que y abierto y le diría a cualquiera que supiese observar cuales eran sus necesidades. Incluso ahora, en el cuidado posterior a la escena, se reclinaba en él, entregándole una confianza de la que posiblemente ni siquiera era consciente. Le levantó una de las manos y estudió las marcas que se irían en un par de días. Su pecho subía y bajaba mostrando unos pezones rosas intenso hinchados y usados, todavía podía notar su textura en la boca; su insatisfecha polla dio un respingo.

Le había encantado hundir su pene dónde habían estado sus dedos, pero ella no estaba preparada para tal intimidad con un completo desconocido y él difícilmente podía implicarse más allá de una lección ocasional. Una cosa era jugar, hacer de instructor o realizar alguna escena con una mujer dispuesta otra distinta reclamar a una principiante como Luna como su sumisa.

Comprobó las marcas de la otra mano sintiéndola revolverse en su regazo. Le había masajeado los hombros facilitando de nuevo la circulación, vigilándola con ojo crítico mientras estaba sumergida en esa fragilidad que traía consigo el momento post orgasmo. Tenía que asegurarse de que podría caminar recta cuando decidiese marcharse.

Esa pequeña sin duda había luchado interiormente consigo misma, replanteándose una y mil veces qué demonios hacía en el club. Había tenido que empujarla un poco para obligarla a decidirse, hacer que admitiera unas necesidades que posiblemente desconocía y que ahora la harían cuestionarse su propia conducta. El descubrimiento de su condición de sumisa podía ser tanto un punto de partida como de regresión. Necesitaba sentirse segura de sus pasos, de sus decisiones y sobre todo al mando de ellas.

—¿Cómo te sientes? —rompió el silencio cuando la notó revolverse otra vez.

—Como un helado derretido —murmuró en somnolienta respuesta.

Sabiendo que debía reforzar sus enseñanzas sobre el protocolo que a menudo tendía a olvidar, le pellizcó el pezón con la dureza justa para espabilarla por completo.

—¿Cómo debes dirigirte a mí?

—¡*Auch*! Mierda… eso no fue divertido… señor.

—No pretendía que lo fuese. —Acarició suavemente la tierna carne que había pellizcado viendo como el pezón engrosaba de nuevo. Esa pequeña era una cosita receptiva.

La empujó lentamente, obligándola a dejar su regazo y ponerse en pie. Bien, las piernas le respondían.

—Arrodíllate, por favor. —La empujó ahora a ello. La vigiló mientras se dejaba caer al suelo de manera poco graciosa—. ¿Recuerdas cuál es la postura de espera que adoptó la sumisa del Maestro Logan?

Ladeó la cabeza, arrugó la nariz llena de pecas y adoptó lentamente una postura. Bastante bien para ser su primera vez, especialmente dado el hecho de que no le había replicado ni

cuestionado sus órdenes.

—Separa un poco los muslos —la instruyó—, espalda recta y mirada baja. Esto es. Esta es la postura correcta.

—Pues no es precisamente…

—Luna.

—…cómoda, señor.

Sacudió la cabeza y se reclinó en el banco para mirarla.

—Tus ojos en mí, mascota.

Levantó la mirada con un ligero ceño.

—¿Es necesario que me llames así, señor? Es… bueno… no me gusta.

La palabra que había estado a punto de saltar de sus labios sin duda sería un sinónimo de «denigrante». Ese intercambio de poder que se llevaba a cabo podía ser difícil de entender para alguien como ella.

La observó en silencio. A juzgar por su manera de hablar, su dicción y los recursos que utilizaba era una mujer culta, posiblemente con carrera universitaria lo que hacía que tuviese problemas para aceptar órdenes. ¿No le había cuestionado acaso desde el primer momento preguntándole si estaba en el ejército para tener que llamarle señor?

Sí, tenía que ser alguien en un puesto de importancia, con un trabajo en el que ella fuese la que llevaba la batuta.

—¿A qué te dedicas, Luna?

La pregunta la tomó por sorpresa. Al principio pareció dudar, pero finalmente se encogió de hombros como si hubiese llegado a la conclusión de que no había nada malo en decírselo.

—Trabajo en una biblioteca.

Su respuesta lo sorprendió. Sin duda era la última opción que habría esperado escuchar.

—Interesante.

—¿Y tú, señor?

Era una chica curiosa, ¿eh?

—Yo soy el que hace las preguntas, tú la que las responde —le recordó la posición que ocupaba cada uno. Todavía no se había terminado la clase, por lo que ella era su sumisa—. Y todavía no has respondido adecuadamente a la primera.

Enarcó una ceja, obviamente no le había gustado un pelo ese cambio de actitud.

—¿Qué sientes en estos momentos? —la empujó—. Estás de rodillas, medio desnuda, con los pezones duros y rosados.

Su cara fue aumentando de color a medida que hablaba.

—Extraña —replicó. La gatita estaba intentando mantener el tipo—. No es como si todos los días dejo que alguien me ate, me vende los ojos y me haga… esas… cosas…

Las palabras se fueron espaciando, su mirada se volvió retrospectiva y supo el momento exacto en que los hechos acontecidos se hicieron más reales en su mente. Luna empezaba a ser consciente de lo que había ocurrido, luchaba para pactar con ello.

—Dios… eso es precisamente lo que he hecho, ¿no?

Enarcó una ceja recordándole el protocolo a seguir.

—Um… señor —murmuró. Ahora estaba incómoda, consciente de su desnudez, lo que provocó que levantase los brazos.

—Luna, los brazos sobre los muslos, las palmas hacia arriba.

Su orden la sobresaltó y la bibliotecaria volvió a salir a la luz, pasando por encima de la sumisa. Luchaba contra la compulsión de obedecer, su mirada volvió a desviarse.

—Tus ojos en mí. —Imprimió una nueva orden en su voz haciéndola obedecer de inmediato—. Gracias.

Esos bonitos ojos pardos lo miraban llenos de mortificación y un toque de rebeldía.

—Está bien, Luna —la tranquilizó, suavizando ahora el tono sabiendo que lo necesitaba —. Solo piensa en cómo te has sentido, en cómo te ha hecho sentir el estar privada de elecciones, el tener que entregar el control en manos de alguien más.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, arrugó una vez más la nariz.

—No sé… yo…

—Cierra los ojos. —Se inclinó hacia ella y le tocó los párpados con los dedos—. Ahora piensa en cómo te has sentido cuando te até. En la cuerda rodeando tus muñecas, en la sensación de las ataduras cuando intentabas separar las manos… ¿Qué sentiste entonces?

La vio temblar, todo su cuerpo se estremeció y tensó al mismo tiempo.

—Enfado.

—Muy bien, estabas enfadada —confirmó sus palabras—. No podías evitar que te tocase y eso te produjo angustia… y también te excitó.

Un nuevo temblor recorrió su cuerpo.

—Y cuando te vendé los ojos, cuando la oscuridad anuló tu visión…

—Miedo —contestó al momento, su cuerpo reaccionó a sus palabras—, dudas… y… ¿expectación?

Le acarició el pelo.

—Lo estás haciendo muy bien —la premió—. Expectación… deseo… te excitabas ante lo desconocido.

Se mordió los labios y esas bonitas mejillas empezaron a enrojecer.

—Te excitó estar atada, te excitaron mis manos sobre ti y el hecho de que no podías hacer otra cosa que recibir —insistió susurrándole ahora al oído—. Tu cuerpo lo deseaba, quería esas atenciones, quería entregarse voluntariamente y dejar de preocuparse por el qué hacer…

Su cuerpo se sacudió, pero fue la forma en que intentó cerrar los muslos lo que le dijo todo lo que necesitaba.

—Esas suelen ser las necesidades de una sumisa —concluyó la explicación—. La necesidad de entregar las decisiones en manos de otras personas, de obedecer y sentirse libre por primera vez.

Abrió los ojos de golpe, su mirada colisionó con la suya y arrugó una vez más la nariz.

—Yo no soy…

Sonrió, le acarició la punta de la nariz y se levantó tendiéndole la mano.

—Es suficiente por hoy. —Decidió dar por terminada la clase, cogió su mano y tiró de ella hasta ponerla en pie—. Ha sido interesarte conocerte, Luna. —Le retuvo la mano y le levantó la barbilla con la otra—. Espero que la clase te haya servido para explorar lo que hay en tu interior.

Dicho eso, indicó el banco.

—Tienes tu ropa ahí mismo —le informó—. Pórtate bien.

Dicho eso, la comprobó una última vez y la dejó. No podía quedarse más tiempo junto a ella, su norma era jugar y marcharse.

CAPÍTULO 6

—Luna, Lunita, hora de levantarse.

El canturreo de Cassandra hizo que levantase la manta por encima de la cabeza y gimiese. No quería levantarse, apenas había podido pegar ojo. Cada vez que lo hacía lo veía a él, escuchaba su voz y notaba sus manos. Su fugaz locura la había dejado más confundida que nunca.

—Tengo el día libre —rezongó bajo las sábanas—. He cambiado el turno con Becca.

Sin saber qué iba a encontrarse y siendo una mujer previsora había preferido contar con un día libre después de su aventura; sus instintos no le habían fallado esta vez.

—He traído Donuts para desayunar —ronroneó y lo siguiente que supo es que el colchón se hundía de golpe debajo de ella y tenía a una mona titi sobre ella—. Son de cobertura de fresa con pepitas blancas.

—Eres cruel —gimió. No le quedó otra que asomar la nariz—, sabes que son mis favoritos.

Una enorme y traviesa sonrisa le curvó los labios.

—Y eso que no te he dicho todavía que también los cogí de crema de avellanas y chocolate.

Su estómago protestó en el acto recordándole que anoche no había cenado nada. Deslizó las manos fuera del calor de la cama y empujó lo justo la ropa para sacar los brazos y empezar a sentarse.

—¿Café?

—Moka y nata, como a ti te… —Sus palabras desaparecieron con un jadeo. Antes de que pudiese incorporarse bien, Cass se incorporó de un salto hasta quedar de rodillas y estudiando su muñeca—. La madre que te… ¿Lo has hecho?

Sintió como su cara empezaba a enrojecer. Sus muñecas guardaban todavía las marcas de las cuerdas, tendría que ponerse algo con puños el día de hoy.

—Lo que he hecho es cometer una enorme estupidez —replicó recuperando su mano.

Su hermana de fraternidad arrugó la nariz.

—Ay dios, esto fue por lo de los chupitos, ¿verdad? —Soltó una retahíla de insultos en voz baja—. Llamé de verdad al club para anotarte en el taller de aprendizaje. Oh, joder, ¿por qué no me pegaste con algo en la cabeza?

—Porque las dos estábamos como cubas.

—Ay dios, tenías que habérmelo dicho, habría ido contigo.

—La culpa es toda tuya —le soltó con un resoplido—. Te pasas el día hablando de los beneficios que trae consigo ser una sumisa, de cómo eso ha cambiado tu vida y me desafiaste… ¡Y ya sabes lo bien que llevo yo los desafíos!

—Soy una bocazas, ¿no? —Se mordió el labio inferior. No necesitaba preguntarle para saber que ahora se sentía culpable.

Resopló y le cogió la mano.

—No, hermanita —negó con la cabeza—. Es mi cerebro el que no funciona bien últimamente, prueba de ello es que no aguanté los chupitos y terminé asistiendo al taller.

Suspiró e hizo una mueca.

—Al menos has terminado en el club y no en otro lugar.

Ahora fue ella la que arrugó la nariz.

—¿Qué diferencia habría entre elegir ese lugar u otro? En ambos zurran, amordazan y atan a las mujeres como si fuesen… vaquillas en un rodeo.

Dejó escapar un enorme resoplido.

—No me digas que has estado jugando con el imbécil de Wolf. —Puso los ojos en blanco —. Ese Dom piensa que todas las sumisas son vacas y tiene que echar el lazo.

Sacudió la cabeza.

—Pues no, no le vi echar ningún lazo. —La frenó antes de que empezase alguna nueva cruzada—. De hecho, se limitó más bien a servir de apoyo. La clase fue impartida por el Amo Horus, con la colaboración de una pareja que llevaron a cabo la parte práctica… por decirlo así.

¿Era posible que los ojos de una persona se abriesen todavía más? Cass conseguía ese efecto y era… preocupante.

—Espera, espera, espera… —Se sentó cobre sus talones—. ¿Me estás diciendo que la clase la dio el Amo Horus?

—Básicamente. Ese tal Wolf y Brian solo intervenían para hacer acotaciones.

—Hiperventilando, hiperventilando —jadeó espatarrándose sobre la cama—. Tienes que contármelo todo, con pelos y señales, no te dejes nada.

Gimió, no quería hablar de ello. No cuando unos deliciosos Donuts la esperaban en la cocina.

—No puedes venir aquí, despertarme, decirme que mis adorados donuts y mi café me esperan y querer que te hable del mayor desastre del siglo.

Le dedicó esa mirada que ambas sabían tenía consecuencias; no saldría de esa cama hasta que hablase.

—Habla, Luna Moon o atente a las consecuencias. —Utilizó ese tonito de señorita remilgada.

—Dios, deja de llamarme así.

—Ey, es culpa de tu madre el haberte puesto el mismo nombre en dos idiomas —se justificó.

Sí, su locuaz y un poco excéntrica madre había tenido la genial idea de ponerle el mismo nombre en dos idiomas. Quién viese a la mujer de casi cincuenta y cinco años con un atuendo sacado de la época hippy pensaría que estaba chalada y no que dirigía el Departamento de Literatura Clásica de UCLA.

—Vamos, suéltalo. —Bajó la mirada sobre sus muñecas—. Es obvio que te prestaste a realizar una escena. ¿Cómo te fue? ¿Quién fue tu compañero? ¿Qué te ha parecido la experiencia?

—Cass.

—Venga, cuéntamelo —insistió—. No puedes dejarme así. No necesito detalles escabrosos… bueno, sí los necesito, pero me conformaré con un nombre para empezar.

—¿Qué parte de «fue el mayor desastre del siglo» no has comprendido?

La miró a los ojos y le costó mantener la mirada. Solo le costaba con ella.

—Sabes, la primera vez que decidí coger el toro por los cuernos y me adentré en un club, me temblaban hasta las piernas —le soltó de pronto—. Yo sí me metí en la boca del lobo, me vestí y me fui una noche a un club. Salí mucho más confundida de lo que estaba cuando llegué. Al día siguiente quería darme de cabezazos contra la pared por haber ido, por haber... permitido

que descubriesen algo que no sabía que existía dentro de mí, algo que necesitaba…

—Yo no necesito…

—Una no descubre que es una sumisa de la noche a la mañana, pero esa primera escena me ayudó a encontrar mi camino y lo que faltaba en mi vida —concluyó. Era la primera vez que hablaba abiertamente de ello, de esa manera—. Así que, creo que puedo entender, al menos un poquito, cómo te sientes ahora mismo.

Entrecerró los ojos.

—Yo no soy sumisa —siseó enfurruñada. Él había insistido en llamarla así—. Se lo dije al Amo Brian y te lo repito a ti. No soy una sumisa. Tenía curiosidad por probar, lo hice y ahí morirá el asunto. No pienso volver a ese lugar.

O a estar cerca de ese hombre, pensó para sí.

—¿Brian? ¿El Amo «soy tan caliente como el fuego» Fire?

Enarcó una ceja ante semejante apodo.

—Solo sé que tenía que llamarle *señor* o *«Amo Brian»*, ignoro lo demás —replicó, hizo a un lado las mantas y se escabulló como pudo—. Y no tengo la menor intención de… *ouch*… —se llevó las manos a los pechos cuando la tela de la camiseta le rozó los pezones recordándole al momento lo ocurrido la noche anterior.

Cassandra se rio por lo bajo, bajó los pies de la cama y se quedó allí sentada, mirándola.

—Ten cuidado cuando te pongas el sujetador —comentó inocente—. Un poco de aloe también ayuda.

La fulminó con la mirada.

—Me alegra que lo estés pasando tan bien a mi costa.

—Oh, tengo mucho más en mi repertorio —aseguró recorriéndola de la cabeza a los pies con la mirada—. ¿De qué iba la clase? ¿Formas de *bondage*?

—No voy a decir ni una sola palabra.

Hizo un puchero.

—Lunita, ¿sabes lo altamente improbable que es que el Amo Fire elija una sumisa desconocida para una escena? —le soltó—. Por debajo de menos cero.

—El taller estaba lleno de parejas —se justificó—. Yo solo era… alguien que estaba allí sola.

—Pues te has llevado el premio gordo, hermana ΚΨΩ —aseguró con un suspiro—. El Amo Fire no suele jugar con las sumisas a menos que le llamen la atención.

—No soy sumisa… —Se detuvo y frunció el ceño—. ¿Por qué utiliza un sobrenombre? ¿Lo hacen también los demás?

—Es algo común en la comunidad. No todo el mundo acepta de buen grado este tipo de prácticas —aseguró con un ronroneo puramente felino—. Dios, no sé si te envidio o te odio. ¡Has tenido una escena con el Amo Fire!

—¿Es alguna especie de eminencia y no me he enterado?

—Es uno de los propietarios del *Blackish* —le informó al momento—. Y uno de los mejores Doms que he visto actuando desde que llevo en la comunidad —ronroneó otra vez. ¿Se estaba poniendo cachonda pensando en ese hombre? Sacudió la cabeza, sí, con Cass todo era posible—. Oh, lo que daría porque me atase a mí… le dejaría hacer…

—Suficiente. —La cortó de raíz. No quería oírlo. O no, ni un poquito.

—Dime que ha sido un buen amo e hizo que te corrieses.

—¡Cass!

—¿Qué? ¿Qué hay de divertido en jugar si no se obtiene una recompensa? —Se hizo la

inocente—. Un buen dominante siempre cuida de la sumisa que tiene a cargo.

—No soy su sumisa… fui… era… lo que sea.

Volvió a mirarla de los pies a la cabeza y chasqueó la lengua.

—Hermanita, si no lo fueses, siquiera un poquitín, el Amo Fire te habría dado un *flogger* y te habría puesto delante de una o uno —aseguró con una pícara sonrisa—, y por supuesto, no te habría atado, jugado con tus pezones y… espero que mucho más.

—Basta. Ni una palabra más. Me esperan unos ricos donuts según creo.

Común a su espontánea forma de actuar, se levantó de golpe y corrió hacia ella, abrazándola.

—El sábado que viene dan una fiesta temática en el club —le dijo—. Es una mascarada. Corsés, máscaras, medias de red, tacones, tangas… ¿Por qué no vienes conmigo?

—Ya te he dicho que no pienso…

La calló poniéndole un dedo sobre los labios.

—No digas tan pronto que no, piénsatelo. —La animó a ello—. Si el próximo sábado sigues pensando lo mismo, no insistiré. Palabra de hermana *Kappa Psi Omega.*

Resopló.

—¿Puedo comerme ya esos malditos donuts? —gimoteó—. Me gustaría empezar con buen pie el día.

—Claro que sí. —La empujó de camino a la cocina—. Y después, ya que tienes libre, nos iremos de compras.

Optó por no contestar a eso, no le serviría de nada protestar, no cuando a Cass se le metía algo entre ceja y ceja. Dejaría que se saliese con la suya y volvería a su rutina habitual, era lo que necesitaba después de la aventura de la noche anterior.

CAPÍTULO 7

—¿Por qué nos toca a nosotros revisar el equipo?

Brian sacó la cabeza del compartimento que estaba revisando en el camión y se encogió de hombros.

—Porque yo le cambié el turno a Markus y tú… imagino que has perdido otra vez al póker con Carlos —aseguró convencido de que ese era el hecho por el que Wolf estuviese ahora allí con él. Los lunes solía cogerlos libres, al igual que él hacía con los martes, día que le tocaba lidiar con la Crossroad y con Dani; un día de estos la fogosa secretaria le pediría las pelotas en bandeja—. ¿No te han dicho tus papis que ni juegues con chicos mayores?

—Ja-ja. —Puso los ojos en blanco—. No, papi, se te olvidó mencionarlo en la última reunión del club.

Se rio entre dientes. Esta era gran parte del porqué le gustaba trabajar con esta unidad. Sus compañeros habían llegado a través de la policía, el ejército o unidades especiales, poseían cicatrices iguales o más grandes que las suyas, pero eso no impedía que cumpliesen con sus trabajos mejor que nadie o se apoyasen entre ellos.

—Estaba demasiado ocupado intentando que soltases el látigo—aseguró apoyando el hombro en la carrocería del coche mientras apretaba la carpeta del inventario contra la cadera.

—Solo sigo tu ejemplo, papaíto —se burló—. Solo sigo tu ejemplo.

Enarcó una ceja ante su jocosa respuesta y optó por seguir por la misma vía.

—¿Eso quiere decir que te apuntarás al *Challenger* de este año?

Pareció completamente horrorizado.

—¿Y morder el polvo? No, gracias, eso te lo dejo a ti, jefe Reynols.

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua con gesto afectado.

—¿Vas a dejarnos sin mascota? —Se llevó la mano libre al pecho—. Me rompes el corazón.

—Sobrevivirás. —Puso los ojos en blanco, entonces frunció el ceño—. ¿De verdad estás pensando en el desafío de este año?

—Podría ser.

—¿Y vas a ir tú o ejercerás de inspector capullo y nos enviarás a los demás?

—Estoy pensando seriamente en ejercer de jefe capullo y enviarte a ti.

—Ja-ja. Solo si tú me acompañas —le soltó—. Si quieres que mordamos el polvo, al menos ten la decencia de probar el suelo con nosotros. Todavía me escuecen los huevos por el tercer puesto del año pasado.

Se rio entre dientes.

—Tranquilo, Wolf, este año ganaréis el *Firefighter Combat Challenge*[1]. López quiere la revancha después de lo del año pasado —aseguró. El bombero hispano parecía un toro más que un hombre y en el anterior Desafío había estado a punto de romperle la escalera en la cabeza a uno de los de Rescate de Canadá—. Y yo también.

—Eres un sádico.

Enarcó una ceja y sonrió secretamente.

—No, ni de lejos —respondió. Terminó de comprobar el inventario y cerró las portezuelas

de la zona que había estado mirando—. Solo quiero la revancha.

Su departamento había quedado como tercer finalista el año pasado y estaba dispuesto a volver a intentarlo este año, si los chicos colaboraban.

—¿En el *FCS* en Virginia Beach de Mayo?

Sonrió ampliamente.

—Ya veo que lo captas a la primera.

Sí. Lo hacía. Al igual que a él mismo, a pesar de sus quejas, a Wolf también le gustaba competir y el tercer puesto del año pasado les había escocido un poco.

—Lo que yo te diga, un sádico —aseguró cruzándose de brazos—, lo cual encaja perfectamente con la sed de revancha que guardan algunos del año pasado. Dejaré que seas quién haga los honores. Avísame cuando pongas el aviso en el tablón. Voy a grabarlo en vídeo. Quedará para la posteridad.

Sacudió la cabeza, le entregó la tableta con las hojas del inventario y señaló el otro lado del parque con un gesto de la barbilla.

—Termina con eso hoy, te he dejado lo más divertido para ti.

Le enseñó el dedo corazón al tiempo que cogía los papeles y dio media vuelta para continuar con la jornada. Él estaba a punto de hacer lo mismo, tenía un montón de papeles encima del escritorio, un par de inspecciones que firmar y enviar, pero no llegó a cruzar siquiera el umbral de la puerta cuando lo interceptaron.

—Reynols, te buscan —le informó uno de los veteranos—. A ver si dejan de visitarte, esto empieza a parecerse a una pasarela de modas más que un parque de bomberos.

Enarcó una ceja ante el jocoso tono.

—¿Ha venido a verme alguna de mis siete novias? —le soltó.

—No, ha venido a verte tu novio —le soltó antes de dar media vuelta y perderse en el interior del edificio—, está en tu oficina.

—¿Le has ofrecido café, Lincoln?

—Que te follen, jefe —declaró enseñándole también el dedo corazón por encima del hombro.

Sus hombres estaban hoy de un maravilloso humor, a juzgar por sus respuestas. No dejaba de ser curioso que aceptasen sus órdenes, especialmente los más veteranos. No debía ser fácil ser mangoneado por alguien más joven. Si estaba hoy allí, en el puesto en el que estaba, era gracias a que su niña no le había permitido reunirse con su familia.

Haciendo a un lado los recuerdos, atravesó las instalaciones del parque de bomberos y subió las escaleras de dos en dos hasta su oficina.

—No me digas que habéis incendiado la *Crossroad*.

Jax estaba de pie al lado de la única ventana del pequeño cuarto y curvó ligeramente los labios en una especie de irónica sonrisa.

—Admito que estoy deseando verte en ese camión con las sirenas a todo trapo, pero no —negó con el mismo tono de siempre—. Danielle no ha llegado todavía al extremo de querer quemar el culo de Trey, aunque la idea seguro que le parecería tentadora de no ser porque quemaría también el de Garret en el proceso.

Sacudió la cabeza.

—Esa mujer da miedo —aseguró convencido de ello—. Por más que he intentado hacer las paces con ella, me fulmina con la mirada o amenaza con envenenarme mientras no mire.

Su compañero dejó escapar una divertida carcajada.

—Sí, esa es nuestra Dani —asintió—. Quizás deberías decirle que se te da igual de bien

que a ella empuñar el látigo o incluso mejor.

—Ya tiene suficiente con Camden —aceptó recordando cómo la chica solía pegar su espalda y trasero a las paredes cuando el Dom estaba a su alrededor. Si llegase a saber que él era quién había instruido a Cam, le daría un ataque. Por ahora, su conocimiento sobre él se limitaba a saber que trabajaba como inspector de incendios y que era copropietario del *Blackish*. No ignoraba que era un Dom, pero no parecía preocuparle tanto su presencia como la del chef.

Le gustaba Danielle. Era una mujer con un pasado difícil, oscuro, con sus propios demonios y, a pesar de ello, había salido adelante. Era lo bastante fuerte como para enfrentarse a los cinco socios y mantener siempre la cabeza alta, llevar la oficina con impecable profesionalidad y ordenar sus agendas fuera de la compañía. No le costaba admitir que gracias a ella había podido repartir mejor su trabajo.

—Bueno, si la *Crossroad* sigue de una pieza, ¿qué te ha traído por aquí? —preguntó—. Mañana tengo turno en la compañía.

Los ojos oscuros del hombre se posaron en los suyos, la simpatía desapareció de su rostro y la melancolía tomó el relevo.

—Necesito pedirte un favor.

Sus palabras lo noquearon. Jax nunca pedía favores, jamás. Desde que lo conocía, solo había existido un momento en el que les había pedido algo y había sido acondicionar el *Purgatorio*. De un modo profundo, oscuro y extraño, el hombre se parecía bastante a su mentora, quizá se debiese a que él había vivido gran parte de su vida con ella.

—Lo que necesites.

El hombre medio sonrió.

—No aceptes todavía hasta saber exactamente qué es lo que voy a pedirte, Brian —le sugirió—. Estoy a punto de dejar caer el infierno sobre ti.

Frunció el ceño.

—¿De qué…?

—Necesito que vengas conmigo a la *Crossroad Manor*.

Si le hubiese abofeteado o golpeado con una bombona de oxígeno en la cabeza no había quedado más sorprendido que con esa petición.

CAPÍTULO 8

«Bienvenido a casa, Bri».

Su voz parecía resonar en las paredes del solitario mausoleo, era como volver al pasado, al muchacho que había sido una vez, al joven solo y abandonado que había perdido a los que más quería a causa de su egoísmo.

Ella lo había arrancado de la oscuridad, lo había sacado de la miseria en la que se había convertido su vida y le había dado un motivo para vivir. Una familia igual de oscura y herida, un apoyo que hizo que ambos pudiesen sanarse unos a otros.

Recorrió la entrada principal con la mirada, podía escuchar su voz, recordar cada uno de los muebles que una vez la adornaron y que ahora formaban parte del Purgatorio.

«Bri. Qué bien que hayas venido de visita, tenía ganas de verte».

Se movió por instinto llevado por los recuerdos, esperando verla como tantas otras veces apoyada en la barandilla de la planta superior, con una amplia sonrisa en sus labios. Su pelo rubio blanquecino atado en cintas de colores, el vaporoso vestido veraniego envolviendo sus delicadas curvas; su pequeña hada de luz.

Había sido de estatura baja, de cuerpo frágil y carácter afable. Unos enormes ojos color café tan oscuros que en ocasiones parecían negros se calentaban siempre que se posaban en él. Mirada tierna, luminosa, carente del dolor que en realidad llevaba dentro, uno que se había reservado para ella misma hasta que ya no le fue posible ocultar su enfermedad.

Maldita *ELA*[2]. Esa condenada enfermedad se había saltado las estadísticas envolviéndola en su abrazo demasiado joven, robándole poco a poco la vida y la movilidad hasta arrebatársela por completo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Esa era una pregunta que se había hecho muy a menudo, que lo había llevado a odiarse a sí mismo y a todo aquello que lo rodeaba. ¿Por qué nadie lo había notado? ¿Por qué había permitido que ellos siguiesen adelante con su vida cuando la suya estaba terminando?

Ágata había luchado a solas, recluyéndose en lo más crudo de su enfermedad hasta que ya no tuvo manera de ocultarla por más tiempo y entonces el mundo de cada uno de ellos se hizo de nuevo pedazos. ¿Cómo podías vivir sin corazón? ¿Sin alma? ¿Cómo podías quedarte de brazos cruzados mientras una maldita enfermedad consumía y se llevaba a la mujer que te había salvado la vida?

Solo había existido una persona que había sido consciente de su enfermedad desde el principio, la única que guardó el secreto y que consiguió unirlos incluso tras su partida. Él había estado a su lado desde su más tierna juventud, habían crecido juntos, como hermanos sin serlo. Jax la había cuidado con dedicación, apoyándola y guardando el celoso secreto que se llevaba su vida hasta que ya no pudo ocultarlo más.

—Todavía puede sentirse su presencia.

Las palabras de su amigo resonaron en el estricto silencio haciéndole consciente de su presencia.

—Como si estuviese a punto de aparecer por el pasillo y fuese a descender las escaleras de un momento a otro —murmuró levantando la mirada hacia ese punto en concreto—. Jax… esto es el jodido infierno.

Notó su mano sobre el hombro y eso contribuyó a anclarlo un poco al presente.

—Ya te lo dije.

Volver allí después de tantos años era como clavarse a sí mismo una daga en el corazón; no sabía cómo el hombre lo soportaba. Los cinco habían renunciado a su parte de la casa y se la habían cedido, ninguno soportaría estar entre estas cuatro paredes sin ella y no tenían corazón para venderla. Jax tampoco, pero se había hecho cargo del edificio y con el tiempo había extrapolado parte de él al Purgatorio en forma de muebles y cuadros que les recordaba el lugar de dónde venían sin acecharlos como hacía esta casa.

—El Purgatorio en la tierra —murmuró él—. Este fue mi hogar durante la mayor parte de mi vida y soy incapaz de pasar en él más que unos pocos minutos. Los recuerdos, el pasado… a veces se confunde con el presente. Por eso te pedí este favor incluso sabiendo lo duro que tiene que ser para ti volver después de tanto tiempo.

La última vez que había estado en esa casa había sido para despedirse de ella. Tras el funeral había cogido la bolsa que ya tenía preparada y se había marchado sin mirar siquiera atrás, necesitando ese espacio, ese tiempo de duelo a solas.

—No… —respiró profundamente. Le temblaba la voz, no podía permitir tal cosa, necesitaba recuperar el control, ser él quien mandase por encima de todo—. No he vuelto a pisar este lugar desde que ella se fue.

Podía sentir como la piel se le ponía de gallina, pero no dejó que sus emociones se mostrasen en su rostro.

—Bien, será mejor que lo hagamos cuanto antes —declaró tomando el mando—. ¿Qué muebles hay que recuperar?

Jax dio un paso hacia delante, su semblante también mudó a una estoica expresión indescifrable, el hombre tenía un equipaje sin duda mayor que el suyo a hombros.

—La biblioteca. —Indicó con un gesto hacia las escaleras—. El diván azul y las dos estanterías de cedro.

Tragó de manera imperceptible y se obligó a dar un paso, luego otro, cada uno de ellos acercándole un poco más al pasado.

Esa habitación había sido su favorita, se había pasado infinidad de tiempo sentada en uno de los sillones, con un libro en el regazo mientras leía bajo la luz de la lámpara. El diván solo lo usaban ellos cuando le hacían compañía.

«Ah, Bri, iba a la biblioteca a leer un rato, pero ya que estás aquí, me encantará cambiar los planes, ¿me acompañas y charlamos?

Su voz resonó en sus oídos incluso cuando subía la escalera, recordando la inflexión en su voz, la diversión bailando en sus ojos. Era la única que le llamaba así *«Bra-i»*, acortando su nombre hasta convertirlo en un suave susurro.

Ella siempre los hacía hablar, tenía ese don especial para tirarles de la lengua y que saliesen todas las preocupaciones y la oscuridad que habitaba en su interior. En ocasiones, Garret se había reído diciéndole que se sentía como en una consulta del psiquiatra, solo que con un ángel por doctora.

Dios. El violinista casi se había muerto con ella, había sido un milagro que no la siguiese, uno que vino bajo la dirección de su alter ego, Trey. Ellos eran los que estaban más unidos, le constaba que se amaban, lo que hizo si cabía mucho más difícil su partida. El chico no había dejado su lado desde el momento en que se descubrió su enfermedad. Él la había acompañado en cada momento del día a pesar de sus protestas, dejándola únicamente cuando el cansancio extremo la hacía llorar de impotencia. Había sido duro, muy duro para todos.

Afortunadamente, Garret había salido adelante y su corazón empezaba a latir de nuevo gracias a una intrigante y fogosa secretaria que los traía a todos locos. Danielle había conseguido en el año y medio que llevaba en la *Crossroad* arrancarle de ese hoyo de aflicción y culpabilidad devolviéndole a la vida. Dos almas oscuras, con un pasado cargado de pecados que habían encontrado el uno en el otro la redención.

El pensar en su compañero y en la secretaria trajo un inesperado recuerdo nada lejano, la suavidad de unos pechos, el dulce gemido de una boca y un delicioso sabor que lo devolvió al presente.

—Luna.

El nombre trajo consigo una mirada inteligente y desconfiada de color pardo, una nariz salpicada de pecas y ese pelo negro con mechas azules que había captado su atención al otro lado de la sala. Su aroma a manzana ácida, su ingenuidad y natural desconfianza y falta de experiencia había sido como un lienzo en blanco que poder moldear. Era una dulce mujer dando sus primeros y tentativos pasos en un mundo que le era desconocido y sin embargo despertaba algo en su interior.

—¿Brian?

La voz de su acompañante lo llevó a levantar la mirada y encontrarle ya en la puerta que llevaba a la biblioteca. Había recorrido gran parte de la casa sin ser consciente de ello.

—¿Va todo bien?

Sacudió la cabeza y pasó ante él, sintiendo el inmediato impacto de la habitación. El aspecto fantasmagórico que le daban las sábanas que cubrían los muebles, la ausencia de cuadros, algunos de los cuales estaban en la *Crossroad*, lo hicieron colisionar una vez más con su pasado. El diván estaba en el mismo lugar de siempre, el sillón de Ágata y la lámpara que encendía para leer también. El estómago le dio un vuelco y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dar media vuelta y salir corriendo.

—Acabemos con esto de una vez —ordenó. Una motivación dedicada más a sí mismo que a Jax.

El hombre entró tras él y se pusieron manos a la obra.

Jax sabía que visitar su antiguo hogar era azuzar a los fantasmas, pero tenía que hacerlo, necesitaba terminar con la última de las habitaciones y Brian le había parecido la opción adecuada para ello. Él no solo poseía el músculo, sino la fortaleza mental para enfrentarse a esa casa y al pasado que encerraba.

«Nunca te equivocas, ¿verdad, cariño?».

Ágata siempre había tenido ese sexto sentido, sabía cuándo alguien necesitaba ayuda y no dudaba en brindársela. Era como si viese algo que otros no veían, pero jamás comprendió el motivo y ella no se lo reveló.

«No dejes que se separen, Jax. Cuando me haya ido cuida de ellos y mantenlos juntos. Déjalos que lloren, entonces, que sigan adelante con sus vidas».

El recuerdo estaba impreso a fuego en su mente. Sus palabras resonando en sus oídos como si hubiesen sido pronunciadas ahora en voz alta por ella. Acababan de recibir los resultados médicos y se había confirmado lo que tanto había temido.

—Tienes que decirles la verdad, Agie. —Había cerrado la puerta tras él al entrar en la biblioteca, los chicos habían estado fuera, ocupándose de sus respectivas cosas. Camden acababa

de casarse, Garret tenía un ensayo general y tanto Logan como Mich estaban en sus respectivas oficinas. Sus chicos, como ella los llamaba, empezaban a salir adelante después de que los hubiese encontrado y devuelto la luz que habían perdido—. No es algo que puedas ocultar.

—Lo haré —declaró categórica. No dejaba de sorprenderle lo luchadora que era esa criatura con tan solo veintitrés años—. Nadie sabrá nada de esto, lo ocultaré tanto tiempo como me sea posible. Ellos deben vivir sus vidas, Jax, no llorar la mía.

Apretó los dientes pensando en lo que quedaba por delante, en lo que le habían dicho los médicos mientras ella se vestía.

—No puedes hacerle esto a Garret —insistió. Del quinteto, él era el más cercano a su niña, el que poseía no solo su corazón sino su alma.

—Él menos que nadie, Jax. —Sus ojos color café se encontraron con los suyos llenos de dolor—. No puedo arrebatarle todo lo que le he dado, no puedo ver cómo se apaga de nuevo… no… no le haré eso. Yo… estaré bien. Sé lo que debo hacer y lo haré.

—Ágata…

—No dejes que se separen, Jax —suplicó buscando sus manos, aferrando sus delicados dedos a ellas—. Cuando me haya ido cuida de ellos y mantenlos juntos. Déjalos que lloren, entonces, que sigan su camino.

Miró a Brian, el bombero intentaba mantenerse entero pero la casa podía con él, podía con todos. Lo vio en sus ojos nada más traspasar el umbral, vio la lucha interna, el dolor y la necesidad de luchar contra el pasado… y entonces había pronunciado un nombre: Luna.

Había sido como si saliese de un trance inducido, una sacudida que lo había devuelto al presente con la fuerza de un cañonazo.

¿Quién era Luna?

Ciertamente no era ninguna de las cabezas huecas con las que solía relacionarse, no era la tonta sin cerebro que se había postrado a sus pies como una buena esclava y a la que había terminado liberando. La manera en que ese nombre había emergido lo había sorprendido incluso a él. Eso decía mucho viniendo de ese muchacho. El más joven de los socios en edad, poseía un alma tan torturada como la de los demás y quizá, fuese uno de los más cercanos a su propio corazón.

Brian había llegado a ellos después de perder a su familia en un incendio cuya investigación había sido inconclusa. Se habían barajado varias posibilidades, pero ninguna parecía encajar en la forma dantesca en la que se habían producido los hechos. Eso fue lo que lo había llevado a convertirse en inspector de incendios, lo que le hacía enfrentarse a las más horribles imágenes y al peligro día sí y día también.

Pero el hombre que estaba ante él ya no era el muchacho perdido que había traído Ágata, era un adulto que había escogido un camino en el que nadie pudiese hacerle daño, dónde él sería el único que mantendría el poder de decisión; el *Blackish* era un fiel reflejo del Dom que había nacido del fuego.

Pasaron la siguiente media hora haciendo viajes al piso de arriba y recogiendo de la biblioteca aquellos muebles que tenía en mente para acondicionar la habitación. El Purgatorio necesitaba esa nueva sala, la última que crearía y que esperaba cerrase por fin el círculo.

—Diablos, Jax, la próxima vez contrata algunos hombres si tienes intenciones de hacer una mudanza.

—Los muebles también son para ti, así que es justo que arrimes el hombro —le soltó—. Y en la *Crossroad* ya encontraré a alguien que se encargue de bajarlos y trasladarlos.

—Hoy está Camden de guardia, le va a hacer la misma gracia que a mí —replicó con un

mohín—. ¿Dónde diablos piensas meterlos? ¿En las oficinas?

—¿Y que cualquiera siente sus posaderas en unos muebles que valen una fortuna? —chasqueó la lengua—. Ni en broma. Irán para la nueva estancia del *Purgatorio*.

Frunció el ceño y se apoyó en la parte de atrás de la furgoneta que había alquilado para el momento.

—¿Qué nueva estancia?

—Una cuyas puertas se abrirán cuando esté terminada —declaró sin más—. Considéralo vuestra nueva biblioteca/salón de té.

—Salón de té —repitió visiblemente irónico—. Sí, puedo vernos a todos levantando el meñique y…

Sacudió la cabeza y lo cortó de raíz.

—¿Quién es Luna?

La manera en que perdió ese borde irónico y adoptó una expresión más estoica hablaba por sí sola.

—Nadie.

Enarcó una ceja y esperó. Ambos sabían que él podía ser el Amo, pero en cuestiones de tocar las narices, no había quién le ganase.

—¿Nunca has oído eso de que la curiosidad mató al gato?

—Este gato es lo suficiente viejo para haber reforzado sus siete vidas.

Los labios masculinos se curvaron ligeramente.

—Eso no lo discutiré.

—¿Y bien? —Se cruzó de brazos, señal inequívoca de que no tenía ninguna prisa por irse —. ¿Quién tiene un nombre tan poético?

—Una sumisa —declaró encogiéndose de hombros—. Una alumna del último taller.

—Bueno, tengo entendido de que eso es precisamente lo que suele encontrarse en tu club, ¿o has cambiado las normas?

—Por regla general, al *Blackish* suele asistir gente que está dentro de la comunidad o sabe dónde se está metiendo.

Y eso era sin duda interesante.

—¿Y ella no juega en tu liga?

Sus ojos se encontraron. Brian sabía que lo estaba empujando y no estaba dispuesto a seguir caminando.

—No hagas conjeturas, Jax, no estoy interesado en otra sumisa o esclava que adiestrar. He tenido más que suficiente con la última.

No le cabía duda de que sería así, pero al mismo tiempo esa tal Luna parecía haber dejado una huella que no se esperaba, una intranquilidad, esa era la palabra, que tenía a Brian totalmente descolocado.

—En ese caso tendrás que encontrar a alguien que sea mucho más que eso —argumentó —. Quizás esa Luna tuya, sea la respuesta.

—Concéntrate en conducir y llegar de una pieza a la compañía, viejo. —Era una despedida en toda regla—. Tengo que volver al departamento.

Sonrió para sí. A veces resultaba tan fácil sacarles de quicio.

—Gracias por el favor.

Sacudió la cabeza y miró de nuevo hacia la casa con una extraña mirada.

—No me las des —negó en voz baja—. Ambos sabemos que ella quería que volviese.

Sin más, le palmeó el hombro y se alejó de vuelta a su coche. Había cosas que

sencillamente nunca tendrían explicación y la certeza de sus palabras, era una de ellas.

CAPÍTULO 9

Luna empezaba a pensar que su semana iba en descenso hacia el infierno y sin frenos. Era la única manera que explicase que ese maldito jueves se hubiese producido un cortocircuito en el área de la biblioteca que estaban remodelando y que hubiesen saltado las alarmas de incendios. El servicio de aspersores había funcionado al momento, sí, pero no había incendio alguno que sofocar, en cambio sí la dejó hecha una sopa. Dado que el edificio tenía que cumplir una serie de normativas debido a su antigüedad y ocupación, el jefe de área había aparecido con el inspector de incendios encargado de comprobar y dar luz verde a las nuevas medidas hacía un par de meses. Así que, a dicha inesperada ducha, se le sumaba ahora el último hombre con el que querría encontrarse.

Miró al suelo rogando que la tierra se abriese, pero las malditas baldosas permanecían en su sitio y el enorme bombero también.

—Doctora Coulter, este es el inspector encargado de la revisión de nuestro sistema contra incendios, el Jefe Bryan Reynols. —Se lo presentó—. Jefe, la Doctora es nuestra analista documental del Departamento de Documentación y Clasificación. La doctora estaba en la sala cuando los sistemas empezaron a fallar.

Se obligó a mantener la mirada sobre él y conservar un tono profesional. Enderezó la espalda y le tendió la mano.

—Jefe Reynols. —Le sostuvo la mirada sin vacilar, retándole—. Todo lo que puedo decirle es que me pareció escuchar una serie de chispazos antes de que las luces empezaran a actuar de modo extraño. Acto seguido, la alarma de incendios se activó y los aspersores se activaron solos.

Sus ojos se arrugaron ligeramente en la comisura cuando correspondió a su educado saludo con un apretón de manos.

—Doctora. —Arrastró el título a propósito, sus ojos clavados en los suyos antes de deslizarse discretamente sobre ella—. Parece que la ha pillado la lluvia.

Retiró la mano tan pronto se la soltó y tuvo que luchar contra el impulso de frotársela contra la empapada falda. Apenas había tenido tiempo de quitarse la chaqueta y las medias, ponerlas a secar encima del radiador y enviarle un mensaje a Cassandra pidiéndole que le trajese ropa seca, cuando el jefe de sección apareció por su puerta con ese hombre.

—Como ya dije, el sistema de aspersión saltó de repente —contestó de manera seca. Y la había pillado a ella de lleno—. Pero no hubo humo o llamas que lo activasen.

—Los aspersores están configurados de modo que se activen ante una fuente de calor elevada o la detección de humo —le informó sin levantar siquiera la voz. Utilizaba un tono neutro y lineal que le resultaba suficiente—. Si no se ha dado ninguno de esos casos y el sistema actuó igualmente, algo ha fallado. Habrá que comprobar todos los circuitos y las alarmas de esta ala del edificio.

Le siguió con la mirada mientras examinaba con ojo crítico su oficina, tuvo que apretar los dientes para no soltar un bufido o decirle que el lugar del accidente no era ese. ¿Por qué había tenido que ser precisamente él? Ese hombre estaba vestido de pies a cabeza como un jodido bombero fuera de servicio, los parches en su chaqueta con el rango y el nombre de su unidad lo

hicieron siquiera más real. Brian Reynols, Jefe.

—Necesito saber que el seguro cubrirá los daños —observó su jefe al tiempo que miraba ya el reloj. Este hombre siempre hacía igual, no entendía cómo podía mantener el cargo cuando pasaba más tiempo fuera de la Biblioteca Nacional que dentro—. Doctora Coulter, facilítele toda la información o el acceso que sea necesario para su tarea. Inspector, le dejo en manos competentes.

Maldito capullo, pensó para sus adentros. ¿No tendrían la suerte de que lo despidiesen un día de estos? Temiendo partirse algún diente por la fuerza con la que los apretaba, se obligó a relajar la mandíbula y concentrarse en la nueva tarea que tenía entre manos.

—Gracias —asintió y ambos se quedaron mirándole durante unos instantes hasta verlo desaparecer por la puerta.

Arrugó la nariz y contuvo un estremecimiento. Estaba empapada y todo lo que había podido conseguir era la maldita toalla que tenía en un rincón de su oficina para las emergencias. Se había secado con ella el pelo, pero no había podido utilizarla para nada más que cubrirse los hombros y el sujetador que transparentaba la maldita blusa mojada.

Su idea había sido encerrarse en la oficina y ponerla a secar sobre el radiador hasta que llegase Cass con los refuerzos, pero el imbécil de su jefe se había presentado entonces con él.

—Si me acompaña, le indicaré dónde escuché los… los… chis… —Tuvo que detenerse para estornudar—. Perdón. Chispazos.

Dio un paso adelante solo para verse interceptada por su cuerpo. No hizo otra cosa que dar un paso a la izquierda, interponiéndose en su camino, pero resultó efectivo.

—Lo primero que harás es ponerte ropa seca. —La detuvo en seco con su voz, tuteándola, reconociéndola—. Estás empapada.

La forma en que le hablaba, como si fuese el dueño del mundo le crispó los nervios. Abrió la boca dispuesta a replicar, pero todo lo que pudo hacer fue volver a estornudar.

—Ahora, *mascota*.

Su voz le provocó un escalofrío o quizá fuese causado por la humedad de su ropa. Fuese lo que fuese no le gustó, no le gustaba estar tan cerca de él, como tampoco le gustó ni un pelo el calor que empezó a sentir en las mejillas bajo su firme escrutinio.

Enderezó la espalda y levantó con terquedad la barbilla.

—Ahora está usted en mi territorio, jefe Reynols. —Hizo hincapié en el título que proclamaba su chaqueta—. Y el término que busca es *«Doctora»*. Ahora, si me acompaña, le indicaré el segmento que falló y podrá hacer su trabajo.

Satisfecha con el tono impreso en su voz, dio un paso a la derecha con total intención de evitarle y salir de la habitación, pero un duro brazo le rodeó la cintura impidiéndole continuar. El cambio en su postura y su tamaño la intimidó.

—Ropa seca —repitió clavando su mirada en ella—. Ahora, Luna.

Su cercanía la hizo dar un paso atrás, buscando mantener las distancias y recuperar el terreno perdido, pero él no cedió manteniéndola atrapada. Ese hombre parecía engullirlo todo, su presencia empequeñecía la ya de por sí reducida oficina.

—Es absurdo que pilles un resfriado solo por llevarme la contraria —insistió imprimiendo en su voz ese tono que hacía que todas sus terminaciones nerviosas se pusiesen de punta—. Estás temblando de frío, —señaló lo obvio y bajó de nuevo su mirada sobre ella—, calada hasta los huesos. Deja de comportarte como una niña consentida y ponte algo seco. El circuito no se moverá de dónde está, podrá esperar unos minutos más.

Se estremeció como si su cuerpo quisiera darle la razón y eso la cabreó incluso más.

—Quítame las manos de encima —siseó, tensándose todavía más, tirando para liberarse, sus ojos clavados en los suyos, pero él no cedió ni un solo milímetro. Le sostuvo la mirada y llegó incluso a parecerle verle sonreír.

—Eres una sumisa muy terca.

La palabra, incluso pronunciada en voz baja, la hizo saltar. Cerró las manos alrededor de su brazo y le clavó los dedos en un intento por soltarse.

—No soy una…

—Luna, estate quieta o vas a terminar lastimándote y entonces sí que tendremos una larga conversación —declaró muy tranquilo al tiempo que aflojaba su agarre, permitiéndole salirse de él.

Trastabilló al verse por fin suelta y echarse hacia atrás.

—Vuelve a ponerme las manos encima y te denuncio —lo amenazó.

¿Cómo se atrevía a tratarla de esa manera? ¿A tocarla sin su permiso? Peor aún, ¿por qué demonios no podía dejar de temblar después de que él la tocase? ¿Por qué sentía un cosquilleo allí donde habían estado sus manos? Un cosquilleo nada desagradable.

Se limitó a sostenerle la mirada durante unos breves instantes, sus ojos parecieron oscurecerse y volvió a dar otro paso atrás. Maldita sea, jamás había permitido que ningún hombre la intimidase y por dios que él no sería el primero.

—No estamos en tu club, no soy tu puta y…

—¿En tan poca estima te tienes? —la interrumpió—. Quizá esté equivocado, pero no recuerdo haberte insultado, ni haber pagado por tu tiempo, me he limitado a dar una clase del taller que imparto junto con mi socio y al que tú asististe, añado, además, por voluntad propia.

Se tensó como una cuerda.

—No voy a atacarte ni saltar sobre ti, Doctora. —Pronunció su título con suavidad, una caricia que volvió a estremecerla—. Pero no sería un hombre si permitiese que una mujer, mojada de pies a cabeza, siguiese temblando de frío solo por cabezonería.

—No es cabezonería —replicó al momento.

Su mirada se dirigió hacia el radiador y lo señaló con un gesto de la barbilla.

—No tienes ropa para cambiarte. —Llegó él solito a la conclusión.

—Muy perspicaz.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué se irritaba tanto con él?

Profesionalidad, Luna, tienes que volver al modo profesional. Esto se te está yendo de las manos.

—Mire, jefe Reynols…

—Quítate la blusa.

La inesperada orden cortó su discurso al momento dejándola nuevamente pasmada.

—¿Perdona?

—No, Luna, no te perdono —negó él con total tranquilidad. Entonces se bajó la cremallera de su chaqueta y se la quitó quedándose en camiseta—. Quítate la blusa y ponla sobre el radiador. Después ponte mi chaqueta.

Su primer instinto fue replicar, como no.

—No puedes…

—Tengo trabajo que hacer, *mascota*, no puedo pasarme toda la mañana jugando contigo —le espetó.

—¿Jugando? ¡Jugando!

—Luna.

La forma en que pronunciaba su nombre, la fuerza con que lo hacía siempre la dejaba sin palabras, en muerte súbita y con el corazón a mil.

—O te desnudas tú o te desnudo yo, pero si te veo temblar una sola vez más, vas a entrar en calor, pero no de una forma que encuentres placentera.

Le tendió la chaqueta, mantuvo el brazo extendido con la prenda en la mano en espera de que optase por la opción libre. *Maldito hombre*, farfulló interiormente antes de coger la prenda de un tirón y fulminarle en el proceso con la mirada.

—Dese la vuelta.

Tenía que mantenerse en el terreno profesional, actuar en consecuencia y no enrabietarse como una niña pequeña.

—No. —Su negativa fue como una bofetada. Levantó la mirada de nuevo y se encontró con la suya y su semblante serio—. Quítate la blusa y ponte la chaqueta. Ya.

Entrecerró los ojos, si pudiese lanzarle algo a la cabeza lo haría, por dios que lo haría, pero eso no sería profesional.

Respiró profundamente y optó por seguir su plan original; profesionalidad. Le dio la espalda, dejó la chaqueta sobre la silla de su escritorio y se quitó la blusa, poniéndola a continuación sobre el radiador. Cuando se puso la chaqueta sentía que la cara le ardía, pero tenía la satisfacción de no haber dado muestra alguna de la incomodidad y la rabia que bullía en su interior.

El calor y el aroma de la nueva prenda la engulló al momento, le quedaba grande, grandísima en realidad, pero eso no quitaba que se sintiese bien. Por primera vez desde que empezó ese tira y afloja entre los dos se dio cuenta de que había estado realmente helada, tiritando.

Soy una mujer adulta, inteligente y educada, así que, actuaré como tal.

Se dio la vuelta y lo miró.

—Gracias por la chaqueta.

Su expresión pareció ablandarse un poco, asintió con la cabeza en reconocimiento y, tras hacerse a un lado para dejarle paso, se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—La sigo, doctora.

Con toda la dignidad que podía encontrar con su actual aspecto, pasó ante él y lo condujo hacia la zona afectada. Ya era hora de que se pusiese a hacer su trabajo, con suerte terminaría pronto y podría deshacerse de él.

CAPÍTULO 10

Se la engullía su chaqueta, pensó Brian. Hacía que pareciese más pequeña, pero no más frágil. Caminaba erguida, con seguridad y una abierta irritación hacia él. Sus ojos habían hablado por sí solos nada más verle, el reconocimiento inundó su mirada, puso color en sus mejillas y le arrebató el aliento. Llevaba la melena suelta entre los que destacaban los mechones azules y le acariciaban los hombros rozándole la zona superior de los pechos o, como ahora, la zona reforzada de los hombros de su chaqueta.

Parecía una niña con la prenda de su hermano mayor, solo que él no tenía hermanas y, desde luego, apreciaba esos pechos y la dulce y blanca piel de sus piernas de una manera nada fraternal. No había podido evitar preguntarse cómo se vería con sus marcas en la espalda, sobre su trasero, las líneas de su posesión destacando sobre la blanca piel, pero el pensamiento murió tan rápido como había sido creado; ella no era suya.

Verla allí había sido una inesperada sorpresa. Una analista documental, sin duda con *Doctorado de Bibliotecología y Documentación*. La pequeña sumisa era toda una caja de sorpresas. Había pensado que trabajaría como bibliotecaria dada su respuesta en el club, pero la inteligente gatita no solo era doctora, sino que trabajaba en la Biblioteca Pública de Nueva York.

La siguió disfrutando de la forma en que se movían esas piernas, porque el culo lo tenía oculto por su chaqueta. Le habría gustado ordenarle que se desvistiese completamente, envolverla en su chaqueta y después follársela sobre la mesa de su despacho… Demonios, estaba teniendo verdaderos problemas para mantener a raya su imaginación.

La había visto temblar como una hoja a pesar de su obcecación, con la toalla más húmeda que seca alrededor de los hombros en un intento por cubrir la transparencia de la blusa. La chaqueta y medias habían ido a parar sobre el radiador en un intento por secarse, el único signo de desorden en un pulcro despacho. Sin duda habría cerrado la puerta por dentro y bajado todas las persianas para desnudarse y secar su ropa si su jefe no la hubiese escogido para que hiciese su propio trabajo.

El olor a quemado le picó al momento en la nariz. La idea del cortocircuito parecía no ir demasiado desencaminada. Miró a su alrededor e hizo una mueca, el agua de los aspersores había inundado el suelo convirtiendo la sala en una piscina cubierta.

—Las luces de esta zona empezaron a parpadear un par de segundos antes de que se oyesen unos chispazos en aquella dirección—le indicó ella. Escuchó sus empapados pasos por detrás de él—. Entonces saltaron las alarmas, las luces de emergencia se encendieron aquí y allí y los aspersores se activaron dejándolo todo como puede verlo ahora.

Recorrió las cuatro paredes y el techo y frunció el ceño al ver el extintor dentro de una vitrina empotrada en la pared; eso no había sido cosa suya. Comprobó la etiqueta y se guardó sus opiniones para sí mismo; al menos su contenido era el adecuado.

—Hay que cortar la electricidad en esta planta.

No quería correr riesgos, no con toda esa agua cubriendo el suelo. Se giró hacia ella y miró sus pies los cuales chapoteaban en el agua. Estaba empapada. Apretó la mandíbula, no le correspondía a él aleccionarla y, sin embargo, prácticamente la había empujado a ponerse la chaqueta.

—No sé si sirve de algo, pero apagué todos los interruptores que encontré levantados en el panel de la sala anterior.

Levantó la mirada y se encontró con esos sagaces ojos pardos.

—Chica lista —aseguró antes de volver a examinar la sala y examinar los sistemas de aspersión. Tendría que comprobar los de toda el ala del edificio y actualizar los protocolos.

—¿El seguro va a cubrir este desastre?

—Debería hacerlo —respondió—. Habrá que comprobar los cuadros y ver qué fue lo que originó el malfuncionamiento que disparó las alarmas. Cuando demos con el problema y lo solucionemos, entonces recalibraré los sistemas para que no vuelva a pasar otra vez.

—En ese caso, si ya ha visto todo lo que necesitaba, jefe Reynols…

La miró de reojo y contuvo una risa. Ella deseaba deshacerse de él a toda costa.

—Lo he visto… por ahora.

—Siendo así…

—¿Luna? ¿Estás por aquí? He tardado porque la maldita luz sigue fallando en nuestro edificio y casi me como la mesa de la cocina. Dios, ¿habéis pensado instalar una piscina olímpica en la biblioteca o qué?… —El discurso de la inesperada mujer que atravesó la puerta se detuvo tan pronto vio que su compañera no estaba sola—. Oh, perdón. Pensé que estabas sola. Te traje lo que me pediste y…

Las palabras se perdieron y los ojos claros de la recién llegada se abrieron de par en par al detenerse por fin sobre él. En honor a la verdad debía admitir que la sorpresa fue mutua. Vaya día, no ganaba para encuentros fortuitos.

—Oh… joder… um… ¡Hola, señor!

Reprimió una risita. Conocía a la sumisa, era una de las socias del *Blackish*, una bonita y coqueta mujercita a la que había visto jugar alguna que otra vez con Wolf, y también sacarle de quicio.

Ignoraba si había algo más serio que juegos ocasionales entre su compañero de trabajo y amo del club y esta mujer, pero cuando estaban juntos saltaban chispas.

—Hola, mascota —la reconoció con una breve sonrisa—. ¿Cómo estás, Cassandra?

La chica pareció iluminarse al ver que recordaba su nombre.

—Muy bien, gracias, señor —respondió como se esperaba de una sumisa, a pesar de que no estaban ni en el club ni tenía la obligación de hacerlo en aquel momento—. Espero no haber interrumpido nada importante. Venía a traerle a Luna una muda seca.

Pasó la mirada de una a la otra, encontrándose con la esquiva de la Doctora y su palpable incomodidad. Así que esas dos se conocían, un dato interesante a tener en cuenta. De igual modo, eso también explicaba el que Luna hubiese ido a dar al club, Cassandra debía haberla inscrito para los talleres.

—En absoluto, prácticamente habíamos terminado —aceptó y se volvió hacia ella—. No se preocupe por mí, Doctora, y vaya a cambiarse. Aprovecharé el tiempo para echar un vistazo al resto de las instalaciones y comprobar que los sistemas antiincendios funcionan con regularidad.

Esperaba verla protestar, decirle que podía terminar el trabajo él solo y encontrar la salida, pero en cambio se limitó a devolverle la mirada e informarle con la misma profesionalidad que había intentado mantener hasta el momento.

—En ese caso le encontraré en diez minutos para devolverle la chaqueta, jefe Reynols.

Asintió intentando no reírse ante su tono de voz y miró a la otra mujer.

—Ha sido un placer verte, Cassandra.

—Lo mismo digo, señor.

Les dio la espalda y volvió al trabajo, aunque no se perdió el gesto airado de Luna cuando pensó que ya no le prestaba atención. La chica acababa de arrancarle la bolsa a su compañera y caminaba cual sargento sobre tacones hacia la salida.

Esa mujer era un polvorín y su desafío no hacía más que aumentar sus ganas de dominarla.

Luna hizo una mueca al ver la muda de ropa que le había traído. Al menos estaba seca, pero no era lo que tenía en mente para seguir en su jornada de trabajo.

—¿En serio? ¿No había nada más estridente en mi armario? —La fulminó con la mirada y la chica levantó las manos—. Joder, Cass.

—Nena, te recuerdo que tu armario está medio vacío —le dijo a modo de defensa—. Fue lo primero que pude encontrar y que no me pareció de putón, lo cual, dado el bailoteo que tiene la luz en el edificio, ya me lo estás agradeciendo. He tenido que contar las malditas escaleras desde el descanso o bajar corriendo cuando la luz decidía volver. Además, no creo que te apeteciese mucho ponerte ese vestidito negro con cortes desiguales que guardas en el fondo.

—No, por supuesto que no. —Ese vestido lo había comprado cuando salía con su ex, pero nunca se había atrevido a ponérselo. Los cortes estaban estratégicamente colocados para mostrar parte de las nalgas y los pechos, además de las caderas y costillas. Era como si un gato lo hubiese cogido y lo hiciese trizas—. Pero tenía un par de faldas y blusas sobre la cómoda…

—¿Dónde? ¿Debajo del montón que tienes para la donación del rastrillo o la otra? —replicó llevándose las manos a las caderas—. Cielo, puedes ser realmente ordenada y pulcra en el trabajo, pero tu dormitorio, ahora mismo, parece una leonera.

Maldijo en voz baja. Lo había olvidado por completo. Por supuesto que su armario habría estado vacío, ella misma lo había vaciado para empezar a reciclar y donar la ropa que no utilizaba al rastrillo anual que hacía una asociación vecinal. Había estado tan distraída con lo sucedido en el club y ocupada con el trabajo, que había dejado todo en montones cuya organización solo comprendía ella.

—Mierda.

Miró de nuevo los ajustados vaqueros deshilachados y con cortes y el ajustado suéter que no se había vuelto a poner desde que su barriga dejó de ser plana y se encogió por dentro. Al menos le había traído también una chaqueta de punto, la primera que tenía intención de hacer desaparecer del mapa.

—Míralo de esta manera, hermana, está seca —la animó—, y te he traído ropa interior combinada.

Bajó la cabeza con gesto derrotado y resopló.

—De verdad, hoy me ha mirado un tuerto —gimoteó.

—Yo diría que más bien te ha mirado un Dom —aseguró mirándola de reojo—. Y qué Dom. Lo tuyo es un *OMG*[3] en toda regla. Sí.

Resopló y lanzó la mano apuntando con el dedo hacia la puerta.

—Lo mío es una increíble cantidad de mala suerte —rezongó—. Brian Reynols es *inspector de incendios* y, si sé leer lo que dice aquí —tiró del parche de la chaqueta que todavía llevaba puesta—, también jefe de bomberos de la comandancia 18 en el distrito de Brooklyn…

—Y reputado Amo del club nocturno *Blackish* —terminó por ella e indicó lo obvio—, del cual, ahora que lo mencionas y no es como si no me hubiese dado cuenta antes, ¡llevas su chaqueta! Así que desembucha. ¿Qué ha pasado aquí?

Resopló y se llevó la mano a la cremallera para quitarse de inmediato la prenda.

—Vaya, vaya, muy sexy, hermana —se burló.

Resopló, comprobó que la puerta de su despacho seguía cerrada por dentro y empezó a cambiarse.

—De verdad, ¿qué demonios le he hecho yo al karma?

—Diría que te está mandando señales. —Le tendió la ropa interior seca—. Y lo hace en forma de un tío de metro ochenta y siete, más o menos, pelo castaño en punta e interesantes ojos verdes que está como un jodido queso y no te ha sacado los ojos de encima en los escasos segundos que he estado en la misma habitación. Por no decir que el llevar su chaqueta y con solo el sujetador por debajo… revelador, muy revelador.

Dejó escapar un profundo y aquejado suspiro para continuar.

—¿Te imaginas una fiesta temática de bomberos? Dios, me acaloro de solo pensarlo.

—Si necesitas agua, ponte a fumar debajo de uno de los aspersores y con suerte inundará toda la maldita biblioteca.

—Te noto muy, pero que muy irritada, Lunita.

—Por si todavía no lo has notado, ha habido un maldito cortocircuito o vete tú a saber, los aspersores han funcionado tan bien que me han empapado hasta las bragas, el hijo de puta de mi jefe se ha traído a un inspector de incendios, me lo ha endosado y se ha largado. —Hizo un alto para tomar aire—. Y como eso no era suficiente, el maldito jefe Reynols tenía que ser también el Amo con el que estuve en el taller. ¿Cómo esperas que no me irrite? ¡Esto es una jodida pesadilla!

—Respira, Luna, respira. —La calmó su amiga.

—¡No quiero respirar! —replicó de manera absurda y volvió a señalar hacia la puerta—. ¡Ese capullo me ha obligado a quitarme la blusa y ponerme su maldita chaqueta! ¡Y ni siquiera ha tenido el tacto de darse la vuelta o esperar fuera! Se cree que puede andar a mi alrededor dándome órdenes todo el tiempo y que las voy a cumplir solo porque él lo diga… ¡Y una mierda que lo haré!

—Um… hermanita, creo que tu problema no es que te den órdenes, sino quién te las da —aseguró visiblemente sorprendida por su estallido—. Y me da en la nariz que el que lo haga este Dom en particular te pone…

—Cardíaca y no en una buena forma.

—Yo iba a decir cachonda, pero vale.

—Cass —la fulminó con la mirada.

Su amiga levantó las manos.

—Yo ya he cumplido. —Se defendió al momento, miró el reloj e hizo una mueca—. Y tengo que volver al trabajo antes de que el imbécil de mi jefe se dé cuenta de que me he ido.

—¿No le has dicho que era una emergencia familiar?

—Ya he agotado esas excusas. —Le guiñó el ojo y señaló con el pulgar por encima del hombro—. Sabes, ahora más que nunca creo que deberías venirte este sábado al club. Está claro que entre tú y el Amo Fire hay algo pendiente.

Apretó los dientes y entrecerró los ojos.

—Sí, hay un jodido sistema de prevención de incendios que no funciona como debe.

Su amiga se limitó a poner los ojos en blanco, le dio un rápido beso y se marchó dejándola de nuevo sola. Volvió a mirar la chaqueta que había dejado sobre su escritorio y sintió unas inmediatas ganas de gritar.

¿Ir al club el sábado? Ni en sueños.

Brian estaba terminando de hablar por teléfono cuando la vio entrar. La recorrió lentamente con la mirada, reparando en cada curva, en lo bien que le sentaban unos vaqueros y el breve suéter que intentaba esconder debajo de una chaqueta que merecería arder en un incendio. Se había recogido el pelo en una cola bicolor y conservaba esos altos tacones. Sus pechos se elevaban de forma tentadora al traer apretada contra su estómago su chaqueta. No pudo evitar cuestionarse su edad ante el juvenil aspecto que ahora lucía.

—¿Qué edad tienes?

Una risotada al otro lado del teléfono y una rápida respuesta lo llevó a fruncir el ceño. Se había olvidado por completo que estaba hablando con Wolf.

—La pregunta no era para ti —le soltó—. Te llamo después.

Colgó el teléfono y esperó a que Luna se acercase a él, algo que parecía dispuesta a evitar a toda costa.

—¿Y bien?

Frunció el ceño, su rostro carecía ahora de rastro alguno de maquillaje, lo que le permitía ver que sus pecas no solo le salpicaban la nariz, sino también de manera menos notoria, los pómulos.

—¿Me está preguntando por mi edad, jefe Reynols? —Dicha pregunta pareció hacerle gracia—. Si lo que le preocupa es si soy menor de edad, no, no lo soy.

No pudo menos que sonreír ante su abierto desafío.

—Dime al menos que estás por encima de los veinticinco —insistió sin dejar de vigilar sus pasos y cada una de las reacciones de su cuerpo.

—Lo estoy —respondió deteniéndose a la distancia de un brazo, tendiéndole la chaqueta —. Gracias por el préstamo.

—Un placer, mascota. —Recogió la prenda y volvió a ponérsela.

El brillo en sus ojos le decía que estaba pensando seriamente en mandarlo a paseo o morderle.

—Entonces, ¿puedo suponer que ya ha terminado con la inspección?

—Tengo todo lo que necesito para mi informe, enviaré a alguien esta tarde para que revise los paneles y cambie el dañado —le confirmó sacando una pieza quemada del bolsillo—. Todo parece indicar que se trató de un cortocircuito. No debería haberse fundido de esta manera, lo que me hace sospechar que posiblemente el problema esté en otro lado. Mi gente lo comprobará.

Resopló y miró alrededor de la nueva planta que habían hecho como ampliación dentro del antiguo edificio.

—Espero que no tarden una eternidad, necesitamos esta sala acondicionada y lista para su utilización lo antes posible —suspiró y volvió a mirarle.

—Procura mantenerte seca hasta entonces, Doctora —pronunció su título a propósito, imprimiéndole una sutil caricia que no tardó en tener respuesta.

—Lo haré tanto como sus sistemas contra incendios funcionen como deben, Jefe.

Sonrió ante el abierto desafío.

—Hasta ahora han funcionado, *mascota*, hasta ahora siempre me han funcionado —declaró con segundas intenciones, arrancando en ella un bonito rubor—. Pero si te queda alguna duda de ello, este viernes, a partir de las ocho, daré una nueva clase de introducción en la sumisión.

La manera en que sus ojos se ampliaron separó los labios y el rubor aumentó en sus

mejillas fue suficiente satisfacción.

—Yo no soy…

—Piénsatelo. —La calló posando un dedo en sus labios—. Si te decides, seré de nuevo tu Maestro.

CAPÍTULO 11

A Luna le dolía la cabeza. No era un dolor intenso, sino de esos pulsantes que hacía que le molestase el ruido. Y Nueva York no era precisamente una ciudad silenciosa. Se había bajado en *Court St. Station* y había enfilado a lo largo de la calle *Montague St.* admirando la arquitectura de la zona. Le encantaban las famosas casas *Brownstone,* desde que había salido de la universidad su sueño era poder vivir en una de esas propiedades, pero de momento su economía no daba para ello.

Se detuvo al llegar al *Promerade*, las vistas que ofrecía el paseo con el río Hudson, el bajo Manhattan y el puente de Brooklyn a su derecha eran espectaculares, no se cansaba de admirar su ciudad. El sol empezaba a ponerse ya en el horizonte mientras las primeras luces de la ciudad cobraban vida y anunciaban el final de la jornada laboral.

Se dejó caer en uno de los bancos de madera y forja cobijados por los árboles, puso el bolso a su lado y estiró las piernas dejando escapar un agotado suspiro. Su vida parecía haber dado un giro de trescientos sesenta grados en las últimas dos semanas, su cotidianidad se había ido por el desagüe y en su lugar encontraba un sinfín de baches a lo largo del camino.

Cuando terminó la universidad había tenido las cosas muy claras, sabía perfectamente qué quería hacer y puso todo de su parte para conseguirlo. Trabajó como becaria hasta que una recomendación de la bibliotecaria con la que había estado trabajando, la llevó a terminar como Analista Documental en la Biblioteca Pública de Nueva York. Este sería su tercer año allí.

Hasta ahora siempre había estado convencida de que esto era lo que quería, un trabajo estable, un lugar en el que vivir y ahorrar hasta poder comprarse una casa propia. Después de lo que había pasado por culpa de ese hijo de puta en la universidad, decidió que no quería relaciones a largo plazo y se había contentado con algún que otro folleteo. Pero al final, esas salidas nocturnas con Cass a los pubs habían ido decreciendo hasta convertirse en un género extinto cuando ella descubrió los beneficios del BDSM. Las cosas habían cambiado entonces y se había terminado acomodando a su actual monotonía.

O así había sido hasta la enajenación mental que la llevó a participar de ese taller. Ahora era ella la que se estaba metiendo en un terreno cenagoso. Había probado algo que en otras circunstancias posiblemente la hubiese repelido, que la habría hecho salir corriendo y, sin embargo, su mente estaba ahora más confusa que nunca precisamente por no haberlo hecho.

«Este viernes, a partir de las ocho, daré una nueva clase de introducción en la sumisión».

No podía sacarse de la cabeza esa escena, la forma en que él se había hecho con el control haciendo a un lado sus deseos, privándola de toda posibilidad de decisión y obligándola a aceptar lo que se le daba; lo mismo que había hecho esa mañana. Brian Reynols la cabreaba y excitaba al mismo tiempo, hacía que se sintiese bipolar e incapaz de definir o procesar sus emociones en su presencia.

Suspiró, echó la cabeza atrás y dejó que la brisa la meciese. En ocasiones echaba de menos su hogar natal, pero solo a veces.

El teléfono eligió ese momento para romper la calma, estiró la mano y hurgó dentro del bolso hasta cogerlo.

—Hola, mamá.

—Luna Moon. Bebé, ¿cómo estás?

Su madre era una de las pocas personas que la llamaba por su nombre completo y, a menudo la consideraba «su bebé» aunque estuviese a punto de cumplir los treinta.

Sonrió para sí al recordar la curiosidad en la voz del jefe Reynols, la forma en que se duplicó en sus ojos y esa mirada abiertamente sexual que no se molestó en disimular.

—Pues con un enorme dolor de cabeza —aceptó y puso el manos libres—. He tenido un día de perros. El karma me odia.

—El karma no odia a nadie, Luna Moon.

Si ella supiera…

—A mí sí, créeme —suspiró—. Esta última semana es la prueba de ello.

—¿Tan mal fue la reunión de antiguos alumnos?

Puso los ojos en blanco. Al contrario que la mayoría de la gente no era alguien que estuviese siempre encima de su familia. Su madre tenía su propia forma de ver las cosas, la llamaba una cada dos semanas, una vez al mes o cuando su «instinto» la alertaba de que algo no iba bien. Su última llamada había sido precisamente la noche antes de la reunión y hacía ya casi quince días de ello.

—La estúpida reunión solo fue el principio —murmuró. Se pasó la mano por el pelo y dejó escapar un profundo suspiro—. ¿Estás sentada?

Su madre era una de esas personas a las que podías contarle cualquier cosa sin que se despeinara. La había criado con una mentalidad abierta, para no temer ser franca y directa con ella, haciendo que la considerase más una amiga que una madre propiamente dicha.

—Sentada y con una copa de vino tinto en las manos —aseguró—. Cuéntame, ¿has dejado algún cadáver a tu estela?

Hizo una mueca.

—No. O al menos ninguno que deje sangre —resopló—. El idiota de Josh volvió a hacer acto de aparición y se trajo todo el equipaje. El muy cabrón estaba extendiendo rumores sobre el motivo de nuestra ruptura… motivos nada favorecedores por mi lado y que me dejaban a mí como la única culpable de todo.

Le habló del incidente en los baños, de cómo les plantó cara apoyada por Cass y los rumores falsos que se habían extendido a lo largo de la noche.

—…pensé que me había hecho más fuerte —murmuró con un resoplido—, que no me afectarían los comentarios, pero lo que me hicieron… aquello no fue una broma, mamá, fue una maldita pesadilla.

—Si no te afectasen las cosas, por un mínimo que sea, no tendrías corazón, Luna Moon y tú lo tienes.

Su madre había sido la primera en poner al rector en su sitio, no se había amilanado, de hecho, le había hecho una señora advertencia sobre lo que podría pasarle a su puesto si a su hijita volvía a pasarle algo como aquello. Los «son bromas de fraternidad, usted sabe» no le funcionó con Audrey Coulter. Ese había sido el motivo por el que había podido terminar la carrera en la misma facultad, eso y porque no quería dejar a su hermandad o a Cass.

Se lamió los labios y sacudió alejando de su mente el pasado.

—Lo que tengo son un montón de problemas —replicó—. Y uno de ellos es… un hombre. Demonios, no te haces una idea de la locura que he cometido.

—¿Te rapaste la cabeza?

Abrió los ojos horrorizada, su pelo era una de las cosas que más quería. No se veía con el pelo corto, parecía un chico, así que ni hablemos de raparse la cabeza.

—Dios, no.

—¿Se la rapaste a Cass?

—No.

—¿Se la rapaste a ese hombre?

—Mamá.

—Luna Moon. Si sigues de una pieza, con el pelo en la cabeza y viviendo con tu hermana de fraternidad como lo has hecho desde que dejasteis la universidad, no puede ser tan malo.

—Cass y yo nos emborrachamos después de la reunión de antiguos alumnos, ella me retó a ir a un club de BDSM, me anotó a un taller, fui e hice una escena con uno de los amos que impartía la clase —le soltó de carrerilla.

—Pues espero que hayas disfrutado de la experiencia —respondió muy tranquila—. Siempre he pensado en que sería interesante iniciarse en ese mundo. La sexualidad debe ser libre, no tenemos que avergonzarnos de nuestras necesidades y…

—¡Estoy hecha un lío! —La interrumpió con un gritito—. Ay dios, ¿acabo de gritarte?

—Sí, lo has hecho —repitió con la misma calma—. Lo que quiere decir que, en efecto, estás hecha un lío. ¿Qué es lo que sientes?

Sacudió la cabeza.

—Ese es el problema, que no lo sé.

—¿Crees que has hecho algo malo?

—No… soy adulta, soy responsable de mis propias decisiones, pero…

—Tú misma acabas de definirte —la interrumpió—. Eres una mujer adulta, responsable de las decisiones que toma e inteligente. No habrías asistido si no tuvieses la necesidad de hacerlo. La pregunta que debes hacerte ahora es si ha sido suficiente.

Frunció el ceño. Desde luego, la suya no era una madre como las demás.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si persisten las dudas, quizá deberías probar una vez más —le aconsejó—. Tus dudas pueden venir del desconocimiento. Siempre te he dicho que el conocimiento es poder, cuanto más sepas, más información tendrás y con esa información vendrá la capacidad de elegir, de decidir qué es lo que quieres.

Información. Probar otra vez. Descubrir que quería en realidad. ¿No era eso precisamente lo que había estado intentando decirle Cass?

«Piénsatelo. Si te decides, seré de nuevo tu Maestro».

Las palabras de Brian se deslizaron por su mente.

—A veces no sé si eres mi madre o un oráculo.

Escuchó la sincera risa a través del teléfono.

—A veces soy un poquito de cada cosa —aseguró risueña—. A estas alturas ya deberías saberlo.

Sonrió. Sí, lo sabía.

—Bueno, ¿y tú que tal estás? —Optó por cambiar de conversación e interesarse por ella —. ¿Algún cotilleo jugoso que quieras compartir con tu hija que no decida arrancarse los ojos después?

Se pasaron los próximos veinte minutos hablando, las luces lejanas de la ciudad fueron cobrando intensidad a medida que el atardecer daba paso a la noche. Cuando colgó el teléfono su dolor de cabeza se había evaporado y tenía la mente un poco más despejada.

Ahora ya solo le quedaba una pregunta qué hacerse, ¿ir o no ir?

—Joder con la maldita luz, te juro que he pegado un salto en la escalera cuando escuché un chispazo. Juraría que venía del cuarto de la caldera —anunció nada más abrir la puerta de su piso—. Ya estoy en casa, por cierto.

—Ey, llegas tarde. —Salió desde el salón—. Estaba a punto de llamar a la *Guardia Nacional* o mejor aún, a los *Bomberos*.

Cerró la puerta tras de sí y se quedó apoyada en la madera con gesto agotado.

—¿Luna?

El siempre divertido semblante de su amiga mudó a uno de preocupación.

—Cielo, ¿va todo bien? ¿Pasó algo después de que yo me fui?

Negó con la cabeza, abandonó su apoyo y camino hacia ella.

—Nada va bien, mi vida está dirigiéndose en una carrera sin frenos hacia el infierno —aseguró gesticulando de manera exagerada.

Se llevó las manos a la cintura y ladeó la cabeza.

—Estás siendo demasiado melodramática.

—Todavía no lo suficiente —resopló—. Según mi madre estaré bien mientras no me haya rapado la cabeza.

—¿Con lo que adoras tu pelo? —se jactó—. ¿Has hablado con ella?

Asintió y abrió los brazos con gesto desenfadado.

—Sí. Sus consejos apestan tanto como los tuyos —sacudió la cabeza—. No sé por dónde empezar a desenmarañar este desastre.

Chasqueó la lengua y la dejó pasar por delante de ella hacia el salón. La hogareña habitación era una mezcla de varios estilos. Se dejó caer en el sofá, subió las rodillas y se las abrazó.

—¿Yo tenía esta pinta durante mi crisis de identidad?

Levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de su amiga.

—No solías parar mucho por casa en aquella época —aceptó echando mano de su memoria—, y cuando lo hacías era para quejarte de la vida en general.

—Así que tuve una etapa coñazo.

Se encogió de hombros.

—Lo importante es que saliste de la etapa coñazo y entraste en una mejor —aseguró con sinceridad—. Cambiaste, quizá no exteriormente, pero aquí —se tocó el pecho—, pareces otra persona, una mejor y sobre todo más feliz.

Se dejó caer a su lado en el sofá.

—Encontré lo que ni siquiera sabía que me faltaba —murmuró en voz baja, entonces la miró de reojo—. A veces pasa, ¿sabes? Necesitas algo que… que no sabes ni que echabas de menos.

—Créeme, dudo mucho que eche en falta el que alguien me dé unos azotes.

Se rio entre dientes.

—No digas eso hasta haberlo probado. —Le guiñó el ojo más relajada—. Entonces, ¿cómo te fue con el jefe Reynols después de que me marchase? ¿Hablasteis de algo más que trabajo?

Echó la cabeza hacia atrás, desenredó las manos de sus piernas y se dejó caer de lado para apoyarse en su hombro.

—Si cuenta la invitación que me hizo al próximo taller... —suspiró y sacudió la cabeza una vez más—. Ese hombre me saca de quicio. Él es…

—Intenso, un dominante de pies a cabeza, un amo que sabe lo que hace y, a juzgar por lo que vieron este par de ojitos, bastante interesado en ti.

—Se ofreció a ser mi maestro si asistía al taller de este viernes —murmuró—. Una clase de iniciación…

—¿Y vas a ir?

Ladeó la cara para poder mirarla.

—¿Crees que debería hacerlo?

—Creo que necesitas volver a probar lo que te ofrece para saber si es algo que podrías querer a largo plazo —comentó pensativa—. Una nueva toma de contacto para decidir si las dudas que tienes son porque te gusta o porque es demasiado para ti.

Se rio por lo bajo.

—¿Qué? ¿Te parece gracioso?

—Mi madre me ha dicho lo mismo —la miró—. Ella opina igual que tú.

Cassandra se echó a reír, abrazándola.

—¿Le has contado a tu madre que fuiste a un club de BDSM? Tía, eres mi heroína. Adoro a tu madre —aseguró—. Si le digo a la mía que soy sumisa, es capaz de llevarme con el pastor de nuestra iglesia para que me exorcice.

Correspondió a su sonrisa, pero no estaba ni de lejos tan animada como ella.

—¿Cómo sé que no estoy cometiendo una locura?

—Define locura, hermana.

—Aceptar su invitación e ir de nuevo al club.

—No es una locura si estás segura de que eso es lo que deseas —replicó mirándola a los ojos.

—Es que ahí está el meollo de la cuestión, que no sé qué es lo que quiero.

—¿Y no crees que ya es hora de que lo averigües? —No se anduvo por las ramas—. Plantéatelo de esta manera. ¿Sientes curiosidad?

Arrugó la nariz y lo meditó durante unos instantes.

—No vale pensárselo tanto, Luna.

—Sí… yo… supongo que sí —aceptó—. La otra vez fue… bueno… él… lo que hizo… lo que sentí… Pero esa imperiosa necesidad de dar órdenes, de… decirme que hacer y qué no, yo… arggg…

Se rio entre dientes.

—Oh, pero en eso radica lo divertido, hermanita, en poder prescindir de preocupaciones, de pensar en qué hacer o qué no hacer, si estará bien o estará mal, si no te dan opción… ¿qué motivos hay para preocuparse por ello?

Abrió la boca, pero se quedó sin saber qué decir.

—Sí, esa es la respuesta común a muchas de estas cosas —se rio y la abrazó—. No pienses en ello y sencillamente haz lo que te dicte el corazón. Y mientras ese se lo piensa, ¿quieres que te ayude a escoger algo sexy por si acaso?

CAPÍTULO 12

Brian levantó la mirada del ordenador al notar que llamaban a la puerta. Como siempre que había algún curso, la mantenía abierta, accesible para que pudiesen localizarle a la primera. Llenando el umbral estaba la última persona que esperaba ver por allí durante la jornada de hoy.

—¿Se ha incendiado el restaurante y vienes a buscarme para que te enseñe a usar el extintor?

Camden enarcó una ceja con palpable ironía, dejó el umbral y entró en la oficina.

—El *Temptations* está de una pieza y espero que siga así durante mucho tiempo —le dijo al tiempo que se acercaba a la mesa y se apoyaba en ella—. Me he escapado para poder sustituir a Logan. Le han llamado de la comisaría a última hora y ha tenido que salir disparado para allá. Al parecer él y Sumi iban a echaros una mano de nuevo en las clases. ¿Qué tal están funcionando los talleres?

Se recostó contra el respaldo y se frotó la barbilla.

—Por ahora bastante bien —aceptó—. Se está anotando gente y es posible que de aquí a unos meses contemos con un par de refuerzos permanentes en el club.

—Eso te dará un respiro —comentó su compañero. Camden sabía mejor que nadie lo que le suponía dividir su tiempo entre el trabajo, la compañía y el club, aunque este último era más un refugio que un empleo.

—Eso espero —aceptó. Entonces lo señaló con la barbilla—. ¿Y cómo es que tengo el dudoso honor de tenerte como suplente? Porque, si has venido hasta aquí, imagino que ha sido para sustituir a Logan. Lo que me lleva a la parte de, ¿dónde has dejado a Sio?

—Mi hartera y dulce sumisa está esperando en la sala principal con Horus —le informó con media sonrisa—. La muy ladina se ha pasado toda la semana llenándome la cabeza con *«por favor, mi señor»* y *«sería una nueva experiencia, Amo Camden»*. Parece que le resultó excitante formar parte de la representación de la semana pasada, que quiere más.

Soltó una carcajada.

—Y estoy seguro que tú le has dado más… por cada una de sus súplicas, ¿no? —se burló.

—Por supuesto —aseguró igual de divertido—. Aunque se ha llevado más castigos que premios, motivo por el que he decidido concederle su petición.

—Ya veo —aceptó y ladeó la cabeza, mirándole—. ¿Y vas a estar cómodo con ello? ¿Disciplinándola delante de otras personas?

—Es mía, Brian, no solo poseo su sumisión sino también su corazón —aseguró contemplativo—. Y ella sabe que tiene el mío y el de Logan para hacer un nudo con él si le place. No puedo seguir negándome a seguir adelante, no cuando tengo a las dos personas que más quiero conmigo.

Asintió, era toda una reflexión viniendo de alguien que había estado tan jodido como lo había estado Camden.

—Me alegra oírlo, hermano, de verdad —le mostró su acuerdo—. Ya era hora de que tú también siguieses adelante.

Los ojos claros del chef se encontraron con los suyos.

—No soy el único que debería hacerlo —replicó al momento—. Jax se presentó el lunes

en la compañía con algo que él y tú habéis recuperado de la mansión. Volviste allí.

No había motivo para negar lo evidente.

—Él me pidió un favor y… bueno, ¿cuántas veces nos pide ese hombre algo?

Su amigo hizo una mueca, lo vio moverse incómodo y fue su voz la que dejó traslucir las emociones.

—Cuando le vi maniobrar para meter el diván en el ascensor, pensé que estaba teniendo una jodida alucinación.

—¿No te llamó para que le ayudases con la mudanza?

—Llamó a Danielle —replicó poniendo los ojos en blanco—, la cual no solo me pasó el aviso, sino que decidió que tenía que echarnos una mano.

Sonrió para sí, la secretaria de la *Crossroad* se había convertido en una socia más.

—Esa mocosa no se separó de mí en todo el día después de eso —se rio por lo bajo—, y Sumi protagonizó una escena de celos digna de una pequeña y dulce sumisa acollarada. Ha sido una experiencia nueva para ambos.

Esos dos estaban muy unidos y por lo que podía apreciar, su complicada relación avanzaba favorablemente. No era fácil formar parte de una relación poli amorosa, pero ellos la estaban sacando adelante. Así mismo, no dejaba de ser curioso el modo en que la vida jugaba sus cartas. Camden y Siobhan habían sido compañeros de juegos en su infancia y habían vuelto a encontrarse ahora en la adultez. Ambos poseían cicatrices que los habían marcado de un modo u otro, pasados complicados que habían incidido en su futuro, el hacerlos a un lado y encontrar el equilibrio necesario para seguir adelante era algo que sin duda venía dado por el afecto, el compañerismo y el respecto que existía entre los tres. Por no hablar del hecho de que ella amaba a los dos hombres que a su vez la adoraban.

—Fue un infierno volver a ver esos muebles, recordar… dónde estaban, cómo habían sido usados y por quién —continuó Camden ajeno a sus pensamientos—. Volver a pensar en ella, recordarla como había sido antes de la enfermedad… fue duro, pero… al mismo tiempo el ver a Jax acarreando las cosas, hizo que me diese cuenta de que no son más que eso; muebles.

Levantó la mirada y se encontró con la de él.

—Sio me dijo que necesitaba perdonarla por haberse marchado, que hasta que no lo hiciese, seguiría siendo ese fantasma que nunca te abandona el alma —comentó en voz baja—. Le contamos la verdad, toda la verdad. Le hablé de Ágata, de mi esposa… de cómo me habían afectado, como nos afectó a Logan y a mí, los errores cometidos, los demonios que nos torturaban por nuestras decisiones y ella… ella sencillamente lo aceptó. No hizo preguntas, no pidió ni una sola explicación, se limitó a abrazarnos y pedirme una única cosa.

—¿El qué?

—Que la llevase a conocerla. —La sorpresa en su voz se reflejaba en sus ojos y en la tenue sonrisa que le curvó los labios—. Creo que no he estado tan perdido en mi vida como estos últimos años y solo me he dado cuenta cuando Sio ha vuelto a mi vida y las cosas empezaron a encajar en su lugar.

Sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Se lo comenté a Jax en el *Purgatorio* y el cabrón se dobló en carcajadas antes de decirme que al fin había aceptado el regalo que Ágata nos dio a cada uno de nosotros; una nueva vida.

Ese era el mantra de su niña, de su ángel. Su deseo para todos y cada uno de ellos era que tuviesen una nueva vida, una en la que encontrasen la felicidad.

—¿Crees de verdad que todavía hay esperanza para nosotros? —la pregunta emergió sin

proponérselo, dando voz a sus pensamientos.

Camden se cruzó de brazos y se quedó pensativo.

—Danielle es la de Garrett, Charlotte la de Nolan, Siobhan es sin duda la mía y la de Logan —se giró hacia él—, así que sí, tengo que creer que todavía hay esperanza. Si estoy aquí hoy para echarte una mano, es porque creo que la hay… y porque Sumi me estaría rompiendo la cabeza otra semana más.

Se rio entre dientes, la previa tensión diluyéndose en el momento.

—Está bien, pero procura no aterrorizar a los asistentes al taller, socio, es una clase de iniciación y hoy la cosa va sobre cómo corregir a una sumisa y aplicar disciplina. Si tu chica empieza a gritar, se marcharán en desbandada.

—Siempre puedo amordazarla —valoró las posibilidades con una sonrisa.

—Marca eso en tu cuaderno de apuntes —se rio a su vez—. Algo me dice que la clase de hoy va a ser difícilmente olvidable para muchos de los asistentes.

Y esperaba que entre esos asistentes estuviese una pequeña y reluctante sumisa de mechas azules. Se levantó y recogió un poco la mesa antes de acompañar a Camden de vuelta a la sala principal.

—Veamos pues que nos depara la noche.

CAPÍTULO 13

Luna estaba más nerviosa de lo que lo había estado la primera vez que puso un pie en el club. El ambiente seguía siendo el mismo, la sala estaba iluminada, las parejas, alguna de las cuales recordaba de la clase anterior, charlaban animadamente mientras la música resobaba de fondo. No era precisamente un ambiente relajante, por el contrario, estaba convencida de que utilizaban ese tipo de melodías para mantener los nervios de las pobres sumisas de punta.

Pero tú no eres una sumisa.

No. Una sumisa nunca le lanzaría algo a la cabeza de su Dom, ni tendría ganas de arrancarle la cabeza o mandarle a paseo o, en caso de querer hacer alguna de esas cosas, solo las haría en su cabeza manteniendo siempre la corrección. Cassandra le había dado unos cuantos consejos al respecto basándose en su propia experiencia, consejos que no tenía muy claro que le servirían con el hombre que seguía presente en sus pensamientos.

Echó un rápido vistazo alrededor, el Amo Horus vestía unos gastados vaqueros y la misma camiseta negra con el logo del club que ya le había visto la semana pasada y charlaba animadamente con una pareja; no había ni rastro de la muchacha con la que había interactuado en la clase anterior. El mobiliario no había variado gran cosa, si bien, esta vez, no sabía si debido a la iluminación que enmarcaba cada zona, parecía mucho más intimidante. Había una zona acordonada con colchonetas, un par de extrañas aspas de madera tamaño gigante destacaban en una de las paredes junto a unos armarios con las puertas cerradas. Al otro lado una especie de corcho contenía unos ganchos de los que colgaban varios objetos; solo reconoció algunos látigos, varas y algo parecido a una paleta de pingpong. Y luego había una especie de plinto de gimnasia y otro banco de abdominales jodidamente raro. No podía imaginarse para qué serían y, en honor a la verdad, tampoco deseaba averiguarlo.

Deambuló por la sala intentando mantener un perfil bajo algo que le parecía imposible con el vestido que llevaba puesto. Tomó una profunda respiración y tiró un poco de la tela que a duras penas le cubría las nalgas y dejaba los costados de sus muslos al descubierto con un trenzado de corsé. El escote en forma de corazón era sexy y discreto, pero sus pechos parecían querer rebosarlo como si no estuviesen cómodos en ese confinamiento; desde luego su hermana no tenía tanta delantera. Cuando se miró por primera vez en el espejo después de que Cass le hubiese entregado la indecencia se había negado en rotundo a salir de casa de esa guisa; parecía una prostituta haciendo la calle, por amor de dios. Pero su hermana *Kappa Psi Omega* se había negado a escuchar ni una sola de sus protestas, robándole incluso la goma del pelo y obligándola a marcharse con tan solo un abrigo por encima.

Y allí estaba ahora, más desnuda que vestida, incómoda, esquivando las miradas apreciativas de los hombres y manteniendo una actitud profesional y distante.

«Y recuerda dirigirte siempre a los Dom como Amo o Señor».

Había sido algo en lo que había hecho mucho hincapié su amiga, haciéndolo casi un mantra.

—Al parecer el Amo de los Incendios no ha hecho todavía acto de aparición —masculló para sí misma en apenas un hilo de voz.

Continuó deambulando, intentando no llamar demasiado la atención, contando incluso las

parejas que había en la sala encontrándose que hoy los asistentes formaban un número par, a excepción de sí misma. La sumisa que había hecho la escena de muestra la semana pasada estaba hablando con uno de los dueños y tuvo el consuelo de que su ropa era incluso más escandalosa que la suya. El vestido se mantenía unido en la parte delantera con una cadenita que desaparecía debajo de la tela a la altura de sus pechos, el escote atado en el cuello descendía luego hasta casi su ombligo, mientras la falda era tan solo una tira de tela elástica negra que le moldeaba las caderas. Empezaba a dudar que llevase siquiera ropa interior.

«Deberías ir sin ropa interior».

La sugerencia de Cass la hizo poner el grito en el cielo, no iba a ir a ningún sitio sin bragas. Así que había tenido que optar por un breve tanga y un *bustier* sin tirantes para no ir completamente desnuda debajo de aquella indecencia.

Ahora, viéndola a ella, empezaba a sentirse un poco menos expuesta. Arrugó la nariz y siguió recorriendo la sala, pero se detuvo en seco al ver como un recién llegado, alguien a quien no había visto antes rodeaba la cintura de la muchacha y la giraba hacia él. Acto seguido, recibió el beso más caliente que había visto en mucho tiempo, las manos del hombre se deslizaron sobre su cuerpo, apretándole los glúteos mientras ella respondía apretándose contra él.

Ese no había sido el Dom que la había acompañado la semana anterior. ¿No había comentado el Amo que el dominante y la sumisa eran pareja? La familiaridad con la que se trataban, la sonrisa en los labios de ella y la placidez en su mirada cuando él le acarició el collar que llevaba puesto, el cual también difería en color al de la otra noche, hablaba a gritos.

No es que le importase especialmente con quién estuviese o dejase de estar la mujer, como decía su madre, el sexo era libre, pero una inesperada imagen del Amo Brian ocupando el lugar del actual desconocido pasó fugaz por su mente y le provocó una punzada de celos.

El hombre envolvió entonces la mano en el pelo femenino, aferrándole la cabeza y obligándola a echarla hacia atrás al tiempo que se susurraba algo al oído y volvía a besarla de una forma tórrida, como si estuviese marcando su propiedad delante de todo el mundo.

El gesto le pareció tan caliente que su sexo tembló en consecuencia humedeciéndose en el acto.

—¿Te gusta lo que ves, pequeña?

La inesperada y profunda voz a su espalda la hizo respingar. El color acudió inmediatamente a sus mejillas y cuando levantó la mirada se encontró con el rostro sexy del Amo Horus. No le conocía personalmente, no había tenido oportunidad de hablar con él más allá de intercambiar un par de sonrisas cuando la había visto con Brian.

Dio un paso atrás, incómoda. El hombre era una montaña al igual que el bombero, sus ojos de azules enigmáticos, pero eran los planos angulosos de su rostro y el tono canela de su piel lo que hacía que pareciese peligroso.

—Um… hola… er… ¿señor?

Sonrió, una sonrisa abierta y genuina.

—Si lo dices sin tartamudear y sin la pregunta al final, será perfecto.

Se sonrojó, tenía un acento muy marcado.

—Hola, señor.

Asintió complacido.

—Me alegra verte de nuevo —aseguró y no disimuló la mirada sexual que le dedicó. Su escrutinio la puso tan nerviosa como caliente—. Hoy Logan no ha podido venir para realizar la parte de demostración y ha venido el otro amo de Sio.

¿Otro amo?

—¿Tiene dos amos? Ella sirve… ¿a dos hombres?

La pregunta sonó demasiado estridente incluso para sus propios oídos.

Él sonrió divertido ante su sorpresa y azoramiento.

—El *Blackish* está abierto a todas las personas de la comunidad que quieran unirse para jugar en un ambiente sano y seguro.

—Entiendo el concepto, gracias, señor —replicó, pero no pudo evitar fruncir el ceño. La chica tenía dos amos. ¿Cómo era capaz de aguantar a dos hombres? Lidiar con uno ya le parecía suficiente, si tenía que juzgar por el Amo Brian, con lo que dos… debía tener la paciencia de una santa.

Su respuesta no debió ser la adecuada, pues el tono de voz del Amo Horus cambió.

—Aceptamos a cualquier socio sin importar su inclinación sexual, si son gais, lesbianas o polis —le dijo, mirándola inquisitivo—. Nuestra política es de tolerancia y respeto, si eso supone un problema para ti, quizás no estás en el lugar adecuado.

Y aquello era una indirecta en toda regla, pensó sorprendida. ¿Qué acababa de pasar? No le había levantado la voz, no le había insultado y no había hecho ningún gesto despectivo.

—Quizá sea nueva en esto, pero hasta dónde yo sé no te he dado ningún motivo para que me hables de esa manera —replicó repentinamente tensa. Si antes le había parecido sexy, ahora le consideraba un completo capullo—. Me parece perfecto que seáis tan tolerantes, es muy loable de vuestra parte, pero sin duda falláis en una cosa; educación.

Echó la cabeza hacia atrás al ver como él se cruzaba de brazos.

—¿Así que nos falta educación, sumisa? —replicó y parecía tan sorprendido como divertido por la réplica.

—Acabas de prejuzgarme sin motivos. —Esa era la sensación que le había dado—. Por el simple hecho de hacer una pregunta. No sé tú, pero para mí, desde luego, no es común ver que una mujer con una relación tan… abierta. Y oye, genial por ella si le funciona, de verdad que sí. Viva el amor libre y todo eso. Es admirable.

—Luna, te estás pasando de la raya.

Asintió conforme.

—Sí, sin duda lo he hecho, he cruzado una que nunca debería haber traspasado, la de la puerta —replicó seria—. Así que cogeré mis escrúpulos, falta de entendimiento y represión cultural y me la llevaré conmigo fuera de estas cuatro paredes.

La risa empezó a desbancar a la sorpresa tirando de las comisuras de los ojos masculinos. Se lamió los labios y se inclinó ligeramente hacia ella.

—Termina la frase con «señor» o «Amo», y pasaremos por alto tu… ardiente defensa.

Entrecerró los ojos levantó un poco más la cabeza y replicó.

—Claro, lo haré cuando piense que has dejado de ser una garrapata.

Satisfecha consigo misma, giró sobre los tacones y echó a andar hacia la puerta por la que había llegado con toda la intención de marcharse. No necesitaba mirar a su alrededor para saber que la inesperada discusión había atraído más miradas de las deseadas…

A la mierda con la corrección.

—¿Por qué demonios he venido?

De repente el vestido parecía incluso más ceñido, más vergonzoso, su necesidad por marcharse se volvió más acuciante, pero no iba a darle la satisfacción de huir. No, señor. Se iría andando con mucha clase.

—Luna, detente ahí mismo.

Su voz tronó en la sala, superponiéndose a los murmullos, opacando incluso la música de

fondo y haciendo que le temblasen las piernas. Su cuerpo, el muy traidor, obedeció en el acto, se detuvo y se tensó como una cuerda de violín. Notó su presencia incluso antes de notar su mano sobre su hombro.

—Mírame.

Apretó los labios, se giró y levantó la cabeza. Lo miró directamente a los ojos, sosteniéndole la mirada, encontrándose con una expresión acerada y de disgusto.

—¿Qué ha pasado?

Sus labios parecieron cerrarse incluso más. No quería hablar, no quería decir una sola palabra, solo quería irse.

—Me han recordado oportunamente que este no es un lugar para alguien como yo —replicó con voz firme, carente de emoción—. Así que le estoy haciendo un favor al Amo Horus y otro a mí misma marchándome. —Miró a su alrededor, todas las miradas estaban puestas sobre ella y sintió una punzada en su interior—. No importunaré a nadie más con mi presencia.

—La culpa ha sido mía, Fire, me temo que he malinterpretado sus palabras. —Se adelantó el copropietario del club—. Aunque deberías corregirla, tiene una manera única de insultar a un Dom y hacerlo sentirse como una… *garrapata*.

Su sonrojo se agudizó, se le dispararon los colores y sintió arder las mejillas. ¡Será capullo!

Los ojos claros de inspector se posaron sobre ella una vez más.

—¿Le has faltado al respeto al Amo Horus?

Levantó la barbilla desafiante.

—Él me insultó primero —replicó molesta, su mirada clavándose ahora en el otro Dom, cuya diversión iba en aumento.

—Estaba mirando a Camden con su sumisa y me hizo notar que ella no estaba con el dominante con el que la había visto en la sesión anterior —explicó Horus—. Debí extenderme un poco más en la explicación de que Sumi tiene dos amos.

Brian volvió a mirarla y suspiró.

—Siobhan tiene dos maestros, Logan y Camden, el cual la acompaña hoy —le explicó sin dejar de mirarla—. ¿Sabes lo que es una relación poli amorosa?

La pregunta fue como otra bofetada. Sí, sabía lo que era. Su madre no había sido precisamente discreta con sus relaciones a lo largo de su vida y había estado metida en una durante algún tiempo solo para separarse finalmente y decidir ir cada uno por su lado.

«El amor puede expresarse de muchas maneras, Luna Moon, puede haber muchos tipos de amor y puedes decidir amar a más de una persona a la vez».

—Sí, sé lo que es. —Aunque no creía realmente en ellas, no negaba que existiesen—, pero hasta dónde yo sé, no es un delito hacer una pregunta, por otro lado, si alguien interpreta mis palabras de manera incorrecta…

Lo vio respirar profundamente.

—Gracias, Horus, ya me encargo yo.

—No seas muy duro con ella, yo he sido el que dio pie al malentendido y a la mordaz e insultante réplica por su parte —aceptó su parte de culpa—. Además, me ha parecido muy ingeniosa. Consérvala, Fire, promete ser una alumna de lo más traviesa.

—Mi traviesa alumna va a aprender lo que ocurre cuando una sumisa insulta a un Dom —replicó en tono serio—. Hoy vamos a tener dos demostraciones de castigo. Yo usaré la pala. Díselo a Camden.

¿Castigo? ¿La pala? ¿De qué diablos estaba hablando?

—¿Castigo? —Dio un paso atrás—. Tú no puedes…

—Luna.

Cortó su réplica de raíz. Se le había tensado la mandíbula y parecía estar luchando consigo mismo para mantener el control. Ese cambio la amedrentó, haciendo que se estremeciese y se le secase la boca. Dios, aquello no era sexy, no era erótico, no señor.

—Quiero irme…

Mierda. ¿Eran lágrimas lo que escuchaba en su propia voz? No, no, no. De eso nada. Respiró profundamente y esperó hasta que estuvo segura de que no le temblaba la voz.

—No debí venir para empezar, así que me voy a casa.

Su declaración no salió tan firme como debería, pero al menos no se le quebró la voz.

—No, Luna, todavía no.

Su tono se había suavizado un poco, levantó la mirada y vio que ya no apretaba la mandíbula, de hecho, parecía preocupado.

—Mantén la mirada baja y sígueme —le indicó—. No hablarás con nadie a menos que te dé permiso para ello. Las manos cogidas por detrás de la espalda, por favor.

—Pero…

Se inclinó sobre ella, le cogió la barbilla con dos dedos y se la apretó. Estúpidamente ese gesto la calentó por dentro. ¿Pero qué coño le pasaba?

—Calladita —la aleccionó—. Si necesitas algo o tienes alguna pregunta, primero pide permiso para hablar. Dirígete siempre a mí como amo o señor. ¿Comprendido, sumisa?

Apretó los dientes. Odiaba esa palabra, cada vez que él la pronunciaba la odiaba más.

La presión en su barbilla aumentó y llegó a sentir dolor por sus dedos.

—Sí… sí, lo entiendo —replicó intentando soltarse sin éxito—. Señor.

Se miraron el uno al otro durante unos instantes, pensaba que la soltaría, pero en vez de eso bajó su boca sobre la de ella. El corazón le dio un vuelco antes de latir a mayor velocidad, la forma en que la sujetaba mientras la besaba manteniéndola en el sitio, impidiéndole apartarse, despertó el ardor en sus venas. Tenía unos labios firmes que la tentaban buscando una respuesta en ella, que la debilitaban haciéndole abrir la boca para permitir el acceso de su lengua, la cual acarició la suya.

Empezó a derretirse bajo su toque, su sexo despertó al momento humedeciéndose, todo su cuerpo despertó al placer y sus manos eligieron por sí mismas aferrarse a su camiseta como si tuviese miedo de caer.

Sonriendo contra su boca le cogió una de las muñecas y se la llevó a la espalda, manteniéndosela allí, impidiéndole retirarla y despertando de nuevo en ella las ganas de luchar. Un error táctico la llevó a llevar la otra mano atrás para soltarse y terminó con ambas muñecas envueltas en una enorme mano, su cuerpo presionado contra el suyo, sus caderas adelantándose hasta que su pelvis se frotó contra una dura y gruesa erección que le arrancó un nuevo jadeo.

La sometió sin remedio, profundizó su beso y convirtió en papilla su cerebro mientras su cuerpo se licuaba perdiendo la batalla. Entonces el aire acarició sus labios húmedos, él había roto el contacto, limitándose a mirarla, notándola temblar mientras el suelo parecía moverse bajo sus pies y todo su cuerpo palpitaba preso de la excitación.

—Hoy este bonito culo va a conocer el calor de la pala, Luna —le dijo deslizando la mano que le había aferrado las muñecas a las nalgas para darle un apretón que la llevó a jadear—. Bienvenida de nuevo al *Blackish*.

Se estremeció, no pudo evitarlo y no sabía si se debía a sus palabras o a la excitación que todavía recorría su cuerpo después del beso.

CAPÍTULO 14

Esa nueva clase prometía ser un desastre.

El Amo Horus había estado hablando la última hora sobre la disciplina, cómo se debía corregir a una sumisa, cuándo y por qué. Ni que decir tenía que con cada nueva sugerencia se había puesto más y más blanca al punto de querer salir corriendo. Posiblemente lo habría hecho si Brian no la hubiese tenido agarrada para impedírselo.

Él estaba decidido a castigarla, ella a arrancarle la piel a tiras si tan siquiera lo intentaba.

Sin embargo, sus protestas de poco le habían servido y esa maldita cosa no ayudaba en nada a tranquilizarse y poner en funcionamiento su cerebro. ¿Cómo se atrevía a castigarla? No había hecho nada que mereciese que quisiera golpearle el culo con eso. ¡Si parecía una jodida raqueta de playa!

—Luna, ven aquí.

Negó efusivamente con la cabeza. Si pensaba que iba a caminar hacia él por voluntad propia, iba de culo. Ni loca. Ni en sus más rocambolescas pesadillas dejaría que se le acercase ni a dos metros con eso en la mano.

—Y esto es lo que se considera una sumisa rebelde —añadió el Amo Horus, quién había estado impartiendo la clase, matizando algunos términos, explicándole a los sádicos dónde debían golpear y dónde no—. Y solo hay una forma de domar a una gatita rebelde.

Lo fulminó con la mirada. Se la tenía jurada a ese hombre. Él era el culpable de todo lo que estaba pasando, si no hubiese malinterpretado sus palabras, no le habría insultado y nada de esto estaría pasando.

—¿Por qué no te metes en tus propios asuntos para variar, Amo Horus? —escupió su título con tal rencor que lo llevó a enarcar una ceja.

—Caray, sumisita, si no supiese que no nos conocemos tanto, pensaría que odias mis intestinos. —Había risa en sus ojos, en la forma en que se arrugaban las comisuras—. Quizá sería más beneficioso para ti que fuese yo el que aplicase el correctivo.

Las risas fueron generalizadas, algo que le causó incluso más rabia. No era justo, ¿por qué tenía que ser ella el centro de atención?

—Inténtalo y verás que les pasa a tus dedos, señor —replicó manteniendo un tono educado que no restaba en absoluto intención a sus palabras.

—Luna, es suficiente —la atajó el Amo Brian. Sus dedos se le cerraron alrededor del brazo como una banda—. Te lo advertí, pequeña, la desobediencia y los insultos tienen un castigo. Le debes una disculpa al Amo Horus por tu desconsideración e insultarle.

Entrecerró los ojos, sosteniéndole la mirada durante unos instantes.

—De acuerdo —aceptó tomando una profunda respiración. A juzgar por la manera en que enarcó una ceja le sorprendía enormemente que hubiese claudicado tan pronto. Estaba claro que no la conocía—. Me disculparé.

—Me alegra oírlo, mascota.

—Quiero pedirle disculpas, Amo Horus, por haberle llamado garrapata —replicó con gesto contraído, voz dulce al tiempo que juntaba las manos por delante e inclinaba la cabeza en una perfecta imitación de un exagerado saludo japonés—. He elegido mal las palabras, teniendo

en cuenta que usted malinterpretó primero las mías y decidió juzgar libremente según su criterio. Así que, le pido humildemente perdón y le prometo que no volveré a ser tan irrespetuosa con usted de nuevo, incluso si tengo motivos para mandarlo a la mierda.

Escuchó una ahogada carcajada a su derecha, echó un fugaz vistazo y vio a la sumisa Sio parpadeando como un búho, mirándola con incredulidad mientras su Dom se tapaba la cara con una mano intentando no reírse.

—Es sin duda la disculpa más sentida que he escuchado en mi vida, gracias mascota. —Horus era incapaz de mantener la expresión estoica que pretendía, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no partirse de la risa allí mismo. Su maestro de esa noche, por otro lado, tenía el ceño fruncido y la miraba visiblemente disgustado.

—Se acabó el juego, *sumisita* —declaró y volvió a agarrarla por el brazo, tirando de ella sin previo aviso—. Ya que te lo pasas tan bien mofándote de los Doms, veremos qué tal te sienta recibir el castigo de su mano. Camden, Horus. Vosotros tendréis una vuelta cada uno.

El compañero de la bonita sumisa pareció confundido.

—Agradezco la invitación, pero…

—Luna ha sido irrespetuosa con el Amo Horus porque ha malinterpretado vuestro acuerdo con la pequeña Sumi.

El aludido enarcó una ceja y la miró durante unos momentos, entonces su rostro cambió, como si hubiese comprendido el motivo.

—Entiendo —aseguró el Dom, quien se volvió hacia su compañera—. En tal caso, creo que es justo que sea mi sumisa quién imparta el castigo, ya que ha sido su nombre el que ha quedado en entre dicho.

La chica se sorprendió tanto como ella misma. ¿Qué diablos había hecho? ¿Por qué estaba pasando todo esto?

—Yo no he dicho eso… —Se mordió el labio inferior entre incómoda y azorada—. Esto se nos está yendo de las manos. Todos estáis sacando las cosas de contexto…

—¿Vas a decirme que no has cuestionado la relación de otro Dom y su sumisa?

—¡Por supuesto que no he cuestionado su relación! —estalló fulminándole con la mirada —. Me sorprendí al ver que no estaba con su pareja… es decir, con el Dom con el que asistió a la última clase, pero en ningún momento insulté a nadie. No puedes castigarme por el simple hecho de sentir sorpresa y curiosidad. Está claro que el muy… que el Amo Horus malinterpretó mis palabras, pero yo no…

—Has hecho un juicio de valor apresurado —le recordó su maestro—, y con ello has herido a varias personas, Luna. Ese es el motivo por el que vas a ser castigada.

Lo miró cuando volvió a tirar de ella, intentó clavar los pies en el suelo, pero él era mucho más fuerte y eso la asustó.

—No puedes hacer esto, no es justo. —Intentó liberarse de su mano—. No ha sido mi intención herir a nadie. Habéis malinterpretado mis palabras, las estáis tergiversando.

La frenó en seco, encarándola.

—¿Me estás diciendo que lo que acabo de exponer no es cierto? ¿Que el Amo Horus se ha equivocado en su valoración, que tú no has hecho un comentario al respecto?

—No, claro que no, pero…

Él asintió.

—Gracias por tu sinceridad —replicó y su voz ahora era más suave, su expresión se relajó.

Se mordió el labio inferior. Dios, ¿en qué mierda se había metido? Se estaba enlodando cada vez más, nadie parecía entenderla.

—Me disculparé con ellos, señor —prometió. Si de verdad había herido los sentimientos de alguien, se disculparía, no había sido su intención.

Miró a los implicados y vio la pena en el rostro de la sumisa, la forma en que su compañero la abrazaba y cómo bajó la mirada cuando se encontró con la suya. Fantástico, realmente fantástico, la había jodido a base de bien. Ahora era ella la que se sentía como una garrapata, lo último que había querido era lastimar a alguien.

—Lo siento… —musitó en voz baja empezando a sentirse realmente mal. ¿Cómo había terminado ocurriendo aquello?

—Sé que lo haces, pequeña —le acarició la mejilla—. Y ahora aprenderás que no puedes hablar sin pensar o retar a un Dom sin ganarte un castigo.

No le cabía duda que Luna sabía cómo gritar, cómo maldecir y cómo hacer que le estallasen los tímpanos. No había dejado de hacer ninguna de las tres cosas desde el momento en que la amarró al banco de azotes con la ayuda de Horus y le quitó el breve tanga. Su compañero lo miró con simpatía, arrepintiéndose él mismo de tener que llevar a cabo esa disciplina en medio de una clase, pero ambos sabían que ella había cuestionado la autoridad de un Dom, lo había insultado abiertamente y había hecho daño, posiblemente sin saberlo, a una persona inocente con sus comentarios. Era necesario que aprendiese que en ese mundo existía una jerarquía y cuál era el castigo por no seguirla.

—¡No puedes hacerme esto! ¡No es justo! ¡Me disculpé! —Chillaba tirando de las restricciones que la mantenían quieta y con el tronco inclinado hacia abajo, de modo que su trasero estuviese elevado.

—Has reconocido tu error y eso te honra, pequeña, pero nos aseguraremos de que no vuelva a pasar.

El sonido de las esposas que la retenían con los brazos estirados y las piernas abiertas, atada a cada extremo del potro parecía intensificarse en su cabeza. Demonios, esto no era lo que tenía en mente. Quería enseñarle, no lastimarla de esta manera.

Respiró profundamente y se preparó para lo que estaba por venir, aprovecharía la escena que estaba a punto de impartir para dar la clase y le proporcionaría a la muchacha algo más que dolor.

Le levantó la falda de golpe, dejando a la vista sus tiernas mejillas y resbaló la mano por la suave y pálida piel. Tenía un culo redondito, tierno de piel tan blanca que después de apretarle la nalga vio como quedaban sus dedos inscritos durante un momento. Oh, sí, ese dulce trasero iba a ponerse de un precioso rosa. Su polla se tensó ante el solo pensamiento, en cómo la marcaría, en cómo pasearía los dedos entre sus piernas para encontrarla mojada, en cada uno de los gemidos que escaparían de sus labios, posiblemente lo maldijese y protestase, pero ella se lo había buscado.

Elevó la mano y la dejó caer con un suave golpe sobre uno de los glúteos, viendo cómo se sonrosaban.

—¡Cabrón!

Reprimió una sonrisa al escucharla y optó por dirigirse a las atónitas parejas.

—Como podéis ver, Luna tiene una boquita que es un primor. —Hubo risas en respuesta, el ambiente empezando a distenderse un poco—. Ella también es nueva y se está adentrando poco a poco en la sumisión.

—¡Suéltame! ¡Suéltame ahora mismo! Volvió a tironear de las cadenas—. ¡Cuando me libere te vas a enterar, capullo!

La ignoró y le masajeó las nalgas, notando su estremecimiento, la forma en que a pesar de todo se excitaba. Estaba tan cabreada como caliente ahora mismo, aunque posiblemente ganase lo primero.

—Mi sumisa está ahora mismo en la posición perfecta para el *spanking*[4], el cual no solo sirve como método de disciplina como un juego erótico que puede llegar a ser realmente… caliente.

Nuevas risitas.

—Para realizar bien esta práctica y que vuestra sumisa no corra riesgo alguno, debéis observar varias cosas como el color de su piel, su resistencia al dolor y, sobre todo, que es lo que la excita —continuó ajeno a los siseos de la chica—. Así mismo, tenéis que ser conscientes de dónde podéis golpear con seguridad, con qué intensidad y qué objetos podéis o no usar para ello.

Deslizó ambas manos por su piel, deslizando el vestido fuera de su camino, descubriéndola y disfrutando así mismo de su anatomía.

—La distribución es la clave del *spanking*, así que intentad distribuir las palmadas o el golpe del objeto que utilicéis sobre todo el culo. —Ilustró sus palabras con varias picantes palmadas que la hicieron respingar y callaron sus protestas al momento—. Entre el setenta y ochenta de los impactos debería ser aquí —golpeó con la palma abierta la zona baja de los glúteos, sin tocar sus piernas o espalda—. Esta zona de aquí —deslizó el dedo justo por debajo de las nalgas, allí dónde se unían a las piernas—, es una zona sensible, perfecta para un par de golpes extra, pero no más allá. Es una zona delicada y podríais dañar la piel. —Volvió a dejar caer la mano con medida fuerza arrancándole un siseo antes de continuar y bajar a la zona de atrás de los muslos, allí donde el solo roce de sus dedos la hacía saltar—. Por último, esta zona es con la que debéis extremar el cuidado y suavizar los golpes, limitándolos al mínimo.

Un pequeño golpecito hizo que soltase un exabrupto y tirase de nuevo de las restricciones.

—Nunca, jamás, golpeéis ni con la mano, ni con ningún objeto de impacto la zona del coxis o superior de los glúteos y, sobre todo, evitad el área genital. —Llegados a este punto resbaló un dedo hacia abajo y gruñó para sí al notarla mojada. La pequeña traviesa estaba excitada.

—Es importante saber que, en el caso de los juguetes de impacto como la pala, la vara, el *flogger*, el látigo, etc. el resultado del impacto no es igual y ha de medirse con mucho cuidado —insistió Horus—. Observad siempre a vuestra sumisa, estableced antes de nada la palabra de seguridad y aseguraros de que no sufre daño. Vuestro placer ha de ser su placer, se trata de un juego, una escena consensuada. Las primeras veces es aconsejable que habléis entre vosotros y pactéis las cosas de ante mano, decidid hasta dónde queréis llegar, probad, pero con sentido común, cabeza y sobre todo seguridad.

Hubo un coro de murmullos, las sumisas parecían estar casi tan lívidas como la propia Luna, aunque las mejillas de esta estaban calientes por el sonrojo.

—Lo estás haciendo muy bien, mascota. —La premió deteniéndose a su lado, comprobando su respiración, la posición de sus hombros y la musculatura para asegurarse de que no tenía calambres. Sus ojos estaban brillantes, no había lágrimas en ellos, pero el desafío estaba allí—. Ahora es cuando viene lo difícil, pequeña, pero sé que podrás con ello.

—Tú… tú no sabes na… nada de mí… hijo de puta.

Le costaba hablar, estaba luchando con las lágrimas, podía verlo en el temblor de su voz, en la rabia que baila en sus ojos.

—Sé que estás excitada —dijo en un tono de voz que solo pudiese escucharlo ella y deslizó la mano sobre su cuerpo, enterrándose entre sus glúteos hasta acariciar su desnudo y húmedo sexo—, me mojas los dedos. Puede no gustarte, sé que no te gusta, pero te excita y antes de que terminemos, te prometo que estarás incluso más mojada.

Su respuesta fue apretar incluso más los dientes.

—Tu palabra de seguridad es rojo —le recordó sin dejar de mirarla, buscando su comprensión y aceptación por encima de toda esa deliciosa terquedad—. Si la dices, se termina todo y puedes irte a casa.

No respondió, sus ojos siguieron clavados en los de él.

—Luna, este no es un momento para ser terca como una mula.

—Ponme a prueba y verás… señor.

Sonrió a su pesar.

—Veamos si esa tozudez puede hacer que mantengas la boca cerrada —le acarició el rostro, cosa que ella desdeñó—. Serán tres impactos con la pala, sumisita. Pero para hacer las cosas más fáciles, te calentaré.

Antes de que pudiese replicar se incorporó y recuperó la especie de raqueta.

—La pala —le informó—. Un golpe por cada uno.

Asintió y tras coger dicha herramienta volvió a él y se la tendió.

Luna vio el objeto y su lucha se renovó al instante.

—¡No puedes! ¡No puedes pegarme con eso! ¡Estás loco! ¿Y si tiene gérmenes?

Se rio entre dientes.

—Te puedo asegurar que es nuevecita, tendrás el honor de estrenarla —le dijo con tono divertido—. Y para que veas que es solo para ti… ¿alguien tiene un rotulador que pueda prestarme?

Nuevas risas se unieron al momento, hubo murmullos, Camden sacudió la cabeza a pesar de que estaba visiblemente divertido y Horus le pasó un rotulador.

—Es permanente, así no tendrá duda de que es toda suya.

Garabateó el nombre sobre la superficie de madera del lado contrario al que iba a utilizar y le devolvió el rotulador a su dueño.

—¿Siempre andas con uno de estos permanentes encima?

Él se encogió de hombros, pero se estaba partiendo de la risa.

—Ya está. —La giró y se la enseñó. Había escrito su nombre e incluso lo había adornado con una medialuna. Él mismo estaba muriéndose de la risa por dentro—. Ahora eres su única propietaria.

—No… no lo puedo creer… tú… tú… ¡Estás loco! ¡Suéltame! ¡Suéltame ahora mismo!

Su respuesta fue darle una fuerte azotaina.

—Respira, Luna y relájate —sugirió en tono malévolo—. Esto no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO 15

¡Ese cabrón hijo de puta había puesto su nombre en una jodida paleta de madera e iba a pegarle con ella! Estaba furiosa, quería arrancarle los ojos y, al mismo tiempo, las malditas y picantes azotainas que le había dado antes la habían dejado más caliente de lo que esperaba. En cuanto se iba el dolor, su sexo parecía despertar humedeciéndose, como si cada nueva azotaina despertase algo en su interior que no comprendía.

Apretó los labios en un intento por reprimir un gemido, la forma en que la tocaba la estaba volviendo loca, sus manos parecían estar por todo su cuerpo y no podía hacer nada por evitarlo. Le acariciaba las nalgas, la espalda, bajaba por sus muslos, incluso alcanzaba por debajo de ella para torturarle los pechos y los pezones por encima de la ceñida tela. Estaba caliente y avergonzada como no lo había estado en mucho tiempo.

Prácticamente se había olvidado de quién había alrededor, había llegado a un punto en el que no podía pensar, dónde el dolor del culo se convertía en placer, pero intuía que todavía no habían llegado al punto dónde iba a arrepentirse de haber venido allí esa noche.

No podía verle, en la posición en la que estaba apenas podía girar la cabeza lo suficiente para ver de soslayo a algunas de las parejas que acudían al seminario, no quería pensar siquiera en ello o en cómo todo el mundo estaba viendo su culo desnudo.

Hablando de nudismo…

Volvió a notar como le masajeaba las nalgas, la pasada de sus dedos sobre la piel desnuda, su toque delicado e íntimo alternándose con las ocasionales bofetadas, incursionando entre sus piernas acariciándole el sexo sin siquiera penetrarla.

—Si a eso le llamas pegar, es que tu madre no te zurró como debería cuando eras un mocoso llorón.

Su respuesta fue una dolorosa bofetada en la nalga derecha, apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento cuando otra igual de intensa cayó sobre su nalga izquierda. Se atragantó, mordiendo el aire para finalmente empezar a escupir toda clase de insultos sin control.

Eso no lo detuvo, los azotes siguieron lloviendo sin piedad, alternando sobre todo su trasero, haciendo que se le curvasen los dedos de los pies con cada sonido, quemando y doliendo como si le estuviese zurrando con un palo. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Las lágrimas se congregaron en sus ojos, empezaron a resbalar mientras de sus labios ya no salía más que un bajo lloriqueo, ahora ya no le insultaba, rogaba y pedía perdón.

¿Por qué demonios lo insultaba de esa manera? ¿Por qué seguía presionándole? ¿Por qué no aceptaba que había metido la pata, se disculpaba sin burlarse y se iba a casa?

—Basta… por favor, basta… —Se odiaba a sí misma por el llanto en su voz—. Lo siento, lo siento mucho. Ha sido culpa mía… no me expresé bien… Lo siento si hice daño, no era mi intención. Lo juro. Lo siento… lo siento mucho. No volveré a replicarle al Amo Horus ni a ninguno, lo siento, lo siento…

Entonces el suave y duro tacto de sus dedos estuvo de nuevo sobre su culo, acariciándoselo, esparciendo el calor y el dolor arrancándole la respiración, creando una incongruencia en su interior que no le permitía pensar con claridad.

—Recuerda que lleva tu nombre y es solo tuya. —Escuchó en su oído la voz suave y

tierna de su maestro—. Solo tres más, Luna, puedes hacerlo.

No. No podía. Quería decirle que no podía más, que se rendía, pero su mano estaba allí cerrándose sobre su hombro, apretándoselo con suavidad antes de que un impacto más fuerte y duro de lo que había sentido hasta el momento cayese sobre sus calientes nalgas.

—Oh, joder —no pudo evitar exclamar—. Ya basta, por favor, señor… por favor…

¿Qué tenía que decir para que se detuviese*?*

—Por favor, por favor…

Su murmullo se cortó en seco cuando un nuevo golpe cayó sobre su otra nalga, esta menos intensa que la primera, pero aun así escocía.

—Muy bien, mascota, lo estás haciendo muy bien.

¿Ese era el Amo Horus? Aspiró profundamente, intentando sorber por la nariz, pero un golpe final rompió a través de su sistema nervioso haciéndola llorar como una niña.

—Lo siento, lo siento, lo siento… lo siento mucho, no volveré a hacerlo… lo siento —balbuceaba entre llanto, apretando con fuerza los ojos, rogando que le creyese—. Lo siento…

Entonces la mano que le apretaba el hombro se deslizó por su espalda en una íntima y reconfortadora caricia, volvió y le apartó el pelo que le caía a ambos lados del rostro.

—Respira, Luna.

—No —lloriqueó, incapaz de hacer otra cosa que balbucear—. No quiero…

Una risita.

—Estás empeñada en llevarme la contraria, ¿eh?

—No —lloriqueó una vez más. La verdad, no tenía la menor intención de contradecirle otra vez. Su ardiente culo era un muy buen recordatorio de por qué no debía hacerlo.

—¿No qué?

—Se… señor.

Sintió su caricia en la mejilla, unos dedos fuertes limpiándole las lágrimas.

—Voy a soltarte, ¿de acuerdo? —le dijo al oído—. Necesito que te quedes quieta.

Lo haría, se quedaría quieta, muy quieta, tanto que parecería una estatua.

Sintió como le liberaban las manos, como se aflojaban los grilletes de sus pies y, a pesar de que su cerebro prendió una chispa que la instaba a escapar, su cuerpo no le obedecía.

—Muy bien, sumisita, allá vamos.

Una mano en su codo, otra en su cintura y la cabeza empezó a darle vueltas.

—No… no… —gimió. Iba a vomitar, por dios, lo que le faltaba, vomitar en sus botas—. Por favor… señor, espera…

—¿Estás mareada?

Asintió muy lentamente.

—Sí.

Estaba mareada, sentía que le ardía el culo y su estómago parecía dispuesto a vomitar allí mismo. Qué bien.

—Respira profundamente, gatita —escuchó que alguien le decía—, ahora deja salir el aire lentamente.

Lo hizo, una vez, otra y su mundo pareció estabilizarse un poco más.

—Incorpórate muy despacio. —Era la voz del Amo Brian—. Buena chica.

—¿Por qué demonios me hablas como si fuese un gato o un perro? —protestó y escuchó a cambio una risita.

—Creo que empieza a recuperarse. —Ese era el Amo Horus y parecía aliviado.

—No lo hago —replicó él a su pregunta.

—Sí, sí lo haces, señor.

Bueno, al menos ahora lo de «señor» le salía solo.

—Batalladora hasta el final.

—¿Está bien? —Escuchó otra voz, esta poseía acento irlandés.

—Solo un poco mareada —respondió su maestro. ¿Por qué demonios escuchaba las voces y no los reconocía?—. Luna, puedes abrir los ojos.

Parpadeó un par de veces y se encontró acurrucada contra el caliente cuerpo de Brian, rodeada por el Amo Camden y su sumisa, quienes la ocultaban del resto de parejas a las que ya estaba atendiendo Horus con su acostumbrada mano dura.

—Lo siento —musitó mirándolos a uno y a otro—. De verdad que lo siento. Solo fue un comentario y entonces las cosas se sacaron de contexto. En ningún momento tuve intención de lastimaros a ninguno. —Miró a la chica—. No quería insinuar… —Sacudió la cabeza—. Solo alguien valiente y con un corazón enorme puede dar cabida a más de una persona en él.

Ella parpadeó un poco sorprendida, entonces una lenta sonrisa se extendió por sus labios.

—Yo también lo siento —asintió y miró a su propio compañero—. Yo no me sentí ofendida en ningún momento, la gente es libre de opinar como quiera, yo sé quién soy y sé a quién amo. Os amo a los dos, señor y no me avergüenzo de ello.

El Amo Camden le sonrió, acariciándole la mejilla.

—Y yo te amo a ti por ello, Sumi —le aseguró, entonces se volvió hacia ella—. No se te ha castigado por tu comentario, que sí, ha sido poco reflexivo, sino por el numerito que le montaste al Amo Horus. Por mi parte, disculpas aceptadas, mascota. Ahora, procura no meterte en más líos, ¿de acuerdo?

Asintió. Sabía que todo esto había surgido a raíz de su enorme bocaza y su incapacidad para quedarse callada. Después de esto, lo recordaría.

—Sí, señor —suspiró—. Lo intentaré.

Intentó enderezarse, pero el suelo empezó a moverse bajo sus pies y unos pequeños puntos negros saltaron delante de sus ojos.

—Um… ¿Amo Brian?

—Dime, Luna.

—Creo… creo que voy a desmayarme.

Y la creencia se convirtió en un hecho cuando todo a su alrededor dejó de existir y la envolvió la negrura.

CAPÍTULO 16

En todos los años que llevaba como Dom, esta era la primera vez que se le desmayaba una sumisa en los brazos y no era una experiencia que le diese precisamente placer. La agitación, la excitación, el ataque rotundo a sus sentidos y el dolor del trasero habían desconectado sus neuronas dejándola laxa en sus brazos. Apenas la había escuchado decirle que iba a desmayarse cuando se encontró con ella deslizándose hacia el suelo.

—¿Te suele pasar esto muy a menudo, Luna?

Levantó la mirada encontrándose con la suya. Llevaba un buen rato sosteniéndola en brazos, se había negado en rotundo a soltarla, ni siquiera cuando había vuelto en sí a los pocos minutos todavía desorientada.

—No, señor. Lo siento si te asusté. —Esbozó una media sonrisa. Todavía no estaba muy seguro de si ella estaba todavía alelada o volvía a contar con todas sus neuronas funcionales—. No es algo que ocurra a menudo, solo cuando mi tolerancia del estrés llega a su punto álgido. Creo que, con esta, solo me han pasado dos veces en mi vida y la primera de ellas no es algo que quiera recordar.

Su tono le advirtió de que en sus palabras había algo más que una constatación.

—¿Qué pasó esa primera vez? —preguntó con voz firme, una orden impresa en sus palabras que matizó arropándola de nuevo con la manta—. ¿Qué hizo que desconectases por completo?

Ella se tensó en sus brazos.

—Nada, nada que merezca la pena mencionar.

La movió un poco en su regazo, haciéndola perder el equilibrio de modo que todo su peso cayese sobre su pecho, que sintiese que él era quién tenía el control de su cuerpo y que no permitiría que le ocurriese nada.

—Si no mereciese la pena, Lunita, no estarías tensa como la cuerda de un arco —aseguró, introdujo una de las manos dentro de la manta y empezó a acariciarle el vientre con ternura—. Dímelo, déjalo salir… háblame, Luna.

—Él… él me engañó.

Esa simple frase pronunciada con pena y dolor fue la compuerta que abrió la pequeña sumisa para dejarle entrar y mostrarle quién era en realidad.

—Él… él era mi novio en la universidad, la persona que creí me quería y cuidaría de mí. Pero no lo hizo, de hecho, hizo todo lo contrario. Me asustó a muerte —musitó en voz baja, como si los recuerdos tirasen de ella—. Me… me hicieron parte de una maldita broma de fraternidad, lo que ellos dijeron que era una broma. ¿Pero qué hay de broma en que te saquen del dormitorio de tu novio en plena noche, te cubran la cabeza con una capucha y te digan que tienes un chuchillo en la garganta y que si gritas te la cortarán? ¿En qué broma te arrastran a la parte más alejada del campus, te meten en un descampado e intentan violarte?

Empezó a temblar, podía notarlo con ella pegada a su cuerpo, la forma en que las palabras se rompían y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener el tono tranquilo y seguir acariciándola como si no pasase nada.

—Está bien, Luna, estoy contigo, déjalo salir.

—Es… estaba muerta de miedo… yo… yo no sabía quiénes eran… ellos… al menos no al principio. —Tragó con dificultad—. El miedo me paralizó, tenían armas de fuego, pistolas que juraría eran auténticas y cuchillos, el cuchillo con el que me habían amenazado… Entonces uno de ellos empezó a murmurar por lo bajo, decía algo sobre una broma… sobre que estaban yendo demasiado lejos… pero ellos no se detuvieron. Me rompieron la camiseta, me sujetaron las piernas y entonces fue cuando empecé a luchar… no quería que me violasen, no quería que me tocasen, todo lo que quería era irme a casa…

La acunó en sus brazos, susurrándole palabras tranquilizadoras, pero ella parecía estar muy lejos, ni siquiera le escuchaba.

—No podía respirar… tenía tanto miedo que no podía ni respirar… —Tragó con dificultad —. Entonces él estaba allí, le escuché claramente… se reía… y Cass apareció al poco rato con unas compañeras y ellos se dispersaron.

Se detuvo para tomar una profunda bocanada de aire.

—Me desmayé. En algún momento antes de que llegase Cass, me desmayé y cuando desperté ella estaba llorando, gritando y pidiendo una ambulancia —se lamió los labios.

—¿Denunciaste los hechos?

Su voz pareció sacudirla, levantó la cabeza y se encontró con su mirada. Estaba perdida, como si durante un breve instante hubiese desconectado por completo aislándose del lugar en el que estaba.

—Sí, yo… sí, denuncié a la universidad, denuncié a ese cabrón, pero el rector… él desestimó todo diciendo que eran cosas de chicos, bromas de fraternidad —declaró intentando incorporarse y la dejó hacerlo—. Se limitaron a expulsarlo unos días a modo de disciplina, pero nada más… Así que, tuve que tomarme la justicia por mi mano.

Enarcó una ceja ante lo que sin duda debía ser algo totalmente ajeno a esa mujer. Luna no era una persona vengativa, era demasiado tímida, demasiado cálida para ello.

—¿Qué hiciste, mascota?

Lo miró a los ojos.

—Lo humillé. —Se encogió ligeramente de hombros—. El popular capitán del equipo de fútbol universitario terminó drogado, atado y vestido de mujer en los vestuarios femeninos. Le até… em… —señaló con el dedo su entrepierna—, eso… con cinta aislante y le pegué en el lugar un enorme pene hinchable.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para evitar sonreír ante la imagen. En su opinión era poco en comparación con lo que se merecía un hijo de puta como ese, pero para esta pequeña mujer debió haber sido todo un alarde de valentía, dado lo sucedido.

—Así que, ya ves que puedo ser una auténtica diabla cuando la ocasión lo merece, Amo Brian —le dijo encontrándose con su mirada—. Y quiero esa pala, quiero convertirla en un mondadientes.

Y ahí estaba de nuevo su Luna, pensó con entre divertido y aliviado.

—Ni hablar, mascota, sería una pena destrozar tal obra de arte —declaró y deslizó la mano a su inflamado culo, oyéndola respingar—. Gracias por contármelo, Luna.

—Me duele… —siseó.

—Lo sé.

Bajó sobre ella y tomó sus labios. Aferró su presa de modo que no pudiese retroceder, quería esto, necesitaba esto sobre todo después del susto que le había dado y más aún después de escucharla hablar. Le mordisqueó los labios, los repasó con la punta de la lengua en una invitadora provocación que ella no dudó en aceptar abriéndose a él. Invadió su boca y jugó con

su lengua, succionándola y obteniendo un suave gemido y la completa relajación de su cuerpo.

—Me gusta ese dulce tono rosa que tiene, el calor que te inflama las nalgas porque yo he sido el que lo puso allí —declaró sobre sus labios, sus manos cambiando de posición, moviendo su cuerpo hasta tenerlo casi bajo él de modo que ahora pudiese recorrerla libremente con las manos y la mirada—. Encuentro bastante apetecible todo lo que esconde este sexy vestido, sumisita, tanto que quiero verlo por mí mismo.

Arrastró los dedos por el escote corazón delineando el borde, tirando de la tela hacia abajo dejando a la vista un *bustier* que apenas podía disimular el color de sus rosados pezones ya erectos. Siguió más abajo, pasando sobre su estómago, tirando de la prenda en el proceso hasta arremolinarla alrededor de la cintura para deslizar la mano por encima del recortado vello púbico hasta la palpable humedad de su sexo. La acarició, empapándose con su placer antes de retirar la mano y llevársela a la boca.

—Y me gusta cómo sabes.

Se estremeció bajo él, sus ojos abriéndose ligeramente mientras sus labios se separaban con un pequeño jadeo.

—Y quiero más, quiero enterrarme en ese dulce y caliente coñito —insistió sin apartar la mirada de la suya—, quiero ver cómo suplicas mientras me hundo más y más hasta que te corras gritando. Si tienes alguna objeción a ello, este es el momento indicado para decirlo.

La vio tragar, su mirada sosteniendo la suya durante un instante que pareció interminable.

—Solo una, ¿algo de eso incluye mi nuevo mondadientes?

Se rio entre dientes, esa pequeña sumisa podía ser realmente tierna.

—Solo tú, yo… y unas esposas de cuero —informó sosteniéndole de nuevo la mirada—. Te quiero subyugada, dominada, abierta a mi placer, tu cuerpo disponible para mi uso y disfrute… Sí o no, Luna. Tú tienes el poder en este momento.

Se lamió los labios.

—¿Sigue funcionando eso de la palabra de seguridad?

Chica inteligente.

—Siempre —le confirmó—. Di *«rojo»* y todo se termina. Podrás irte si eso es lo que quieres. ¿Lo has entendido?

—Ahora que mi cerebro vuelve a funcionar, más o menos…

—Sabes que esa no es la respuesta que debes dar —la aleccionó—. Inténtalo de nuevo.

Arrugó la nariz, las pecas destacaron por sí solas dotándola de un aspecto casi juvenil.

—Sí, señor.

—Gracias —aceptó su buena disponibilidad—. ¿Y bien? ¿Qué eliges?

Las dudas bailaron un instante en su rostro, pero tan rápido como se presentaron se fueron.

—Yo… creo… ¿sí?

—¿Me lo preguntas a mí, mascota? —No pudo evitar sonreír ante su tentativa.

Sacudió la cabeza.

—No señor, solo digo que sí.

—En ese caso, terminemos con el trabajo que empezamos con el tanga. —Volvió a inclinarse sobre ella y la besó una vez más, saboreándola, degustando la suavidad de su boca para luego romper el beso—. Quítate el resto de la ropa y sube a la cama.

La vio parpadear, entonces miró a su alrededor y se percató por primera vez en los últimos minutos que ya no estaban en la sala común del club, sino en una de las habitaciones privadas.

—Está bien, Luna, seguimos en el club. —Le sopló al oído, empujándola y levantándose a su vez—. Es una de las habitaciones temáticas.

Su ansiedad disminuyó, decidiendo confiar en su palabra, una pequeña victoria más.

—Sí, señor.

—Me gusta cómo suena en tu boca —aseguró e indicó las prendas con un gesto de la barbilla—. Te quiero desnuda. Ahora.

Se estremeció bajo su mirada, la belicosa muñequita parecía sumergirse ahora en la vergüenza cuando tenía sus ojos sobre ella de manera sexual, nerviosa por lo que vendría a continuación, deseando saber qué pasaría sin tener una sola pista de ello. Ella se desvistió lentamente, sonrojándose a medida que soltaba los ganchos delanteros del *bustier* liberando unos gloriosos pechos. La pequeña sumisa era toda nata salpicada de copos de canela, tenía pecas sobre los hombros salpicándole la uve de los pechos, era realmente deliciosa.

—Eres como ese remolino de nata de los capuchinos, salpicado de canela —la admiró—. A la cama, ahora.

La vio lamerse los labios, mirar de soslayo la enorme estructura antes de volverse de nuevo hacia él.

—¿Tenéis pensado dar cabida a todo un equipo de fútbol?

Se limitó a mirarla, diciéndole sin palabras que obedeciese sus órdenes. Entonces se le ocurrió algo.

—Por cada vez que olvides añadir Señor o Amo, sumaré un azote —la avisó y miró claramente su culo rosado—. Ya estoy deseando poner de nuevo mis manos sobre ese delicioso culo.

Trepó a la cama como si le fuese la vida en ello y se arrodilló, teniendo mucho cuidado de que sus piernas no tocasen el abusado culo.

—Sabía que podías ser razonable.

—Con incentivos así, puedo serlo, Amo Brian.

Le gustaba la forma en que pronunciaba su nombre, pero quería escucharlo en una connotación distinta, sin la goteante ironía. Dejó que se fuese acostumbrando al nuevo lugar, que deambulase con la mirada mientras se desprendía de su propia ropa. Su mente ya estaba trabajando en cómo la ataría, como la inmovilizaría para disfrutar de ese cuerpo y arrancar las respuestas que quería de él. La vería retorcerse y gemir, quería que se corriese varias veces… con su boca, sus manos, su pene… Iba a tomarla, se habían terminado los juegos y las prórrogas, hoy sería completamente suya.

Esos bonitos ojos pardos volvieron en su dirección y se abrieron ligeramente ante su desnuda presencia. Sus labios se separaron, el ritmo de su respiración cambió y un suave color rosa empezó a extenderse por su cuerpo iniciándose en sus mejillas cuando deslizó la mirada hacia pesada erección que lucía. Abrió la boca como si quisiese decir algo, pero volvió a cerrarla. La incomodidad se instaló en su cuerpo, su mirada se hizo esquiva y acusó una obvia vergüenza. Interesante.

Abrió un cajón de la cómoda instalada en la pared y sacó un preservativo, el cual se enfundó al momento bajo su atenta mirada.

—Deja de pensar o quemarás los engranajes.

Ella se sonrojó incluso más, su mirada topándose ahora con la suya cuando caminó hacia la cama. La empujó por los hombros, tumbándola y cubriéndola con su cuerpo, notando su calor y toda esa blandura bajo él.

—Eres una gatita dulce y calentita —aseguró deslizando las manos sobre su cuerpo, masajeando los músculos tensos, acariciándole el estómago, los pechos, jugando con sus pezones y viendo en todo momento su reacción—, y estás excitada.

Bajó sobre ella, capturó sus labios en un breve beso, succionó el labio inferior estirándolo entre los dientes mientras la dejaba sentir la dureza de su pene contra su pelvis.

—Dame las manos.

La vio tragar, la intranquilidad palpitando en sus ojos y en su corazón. Desvió la mirada y se vio obligado a sujetarle la barbilla.

—No, los ojos sobre mí —la instruyó y extendió su palma—. Tu mano derecha, sumisa.

Odiaba esa palabra, lo sabía por la forma en que se tensaba, en que se negaba a responder, pero su cuerpo iba por delante de su mente, su mano posándose ya sobre la suya. No la dejó pensar, no le dio tiempo a llevar a cabo cualquier reacción, le aferró la muñeca con los dedos y estiró el brazo por encima de su cabeza, aprisionándola con las pulseras recubiertas de vellón.

—La otra mano. —Su reticencia fue obvia, pero optó por obedecer—. Buena chica.

—No… no me estoy sintiendo precisamente como una buena chica, señor —rezongó en voz baja y ladeó la cabeza para ver cómo le apresaba la otra muñeca—, sino como uno de esos sacrificios paganos. Dime, por favor, que no tienes un cuchillo escondido debajo de la cama.

Se rio entre dientes y bajó sobre ella, encontrándose con sus ojos.

—No, aunque debe haber un par de tijeras en algún lado —le soltó viendo cómo sus ojos se abrían desmesuradamente—. Son para cortar las cuerdas con las que se juega en caso de necesidad, de todas formas, yo soy de los que prefiere deshacer los nudos.

Deslizó un dedo por su mejilla, notando su calor y viendo cómo se estremecía por su contacto.

—Conmigo estás a salvo —la tranquilizó—. Siempre.

Se echó hacia atrás y admiró su trabajo. Los brazos extendidos sin demasiada tensión, las muñecas retenidas por las esposas de cuero, sus pechos erguidos con pezones rosados. Su respiración hacía que se elevasen una y otra vez convirtiéndolos en un manjar de lo más apetitoso. Siguió la mirada hacia abajo, hacia el nido de rizos oscuros que servía ahora de cama a sus pelotas, las anchas caderas perfectas para aferrarse a ellas mientras se impulsaba en su interior.

—Tira de las muñequeras. —Una orden seca, directa que sobresaltó el pequeño cuerpo bajo el suyo.

Su instinto la llevó a respingar debajo de él, a tirar de sus manos y darse por fin cuenta de que estaba atada, de que no podía moverse con las restricciones y su cuerpo presionando su parte inferior. Sus ojos se ampliaron, su respiración se volvió más acelerada… y ahí estaba, la reacción que esperaba.

—Despacio, Luna, despacio. —Estiró las manos y las deslizó sobre los brazos atados, acariciándola, deslizándose de nuevo hacia abajo y sopesando ahora sus pechos—. Dime, ¿te duele algo? ¿Los hombros? ¿Las manos? ¿Notas algún hormigueo?

Sacudió la cabeza con tal rapidez que algún mechón de su pelo cruzó por delante de su rostro. Se lo apartó con gentileza, le recorrió el rostro con los nudillos y aplanó la palma entre sus pechos.

—En voz alta, por favor.

—No. Pero no aprecio nadita el estar atada como un jamón —musitó—, señor.

—Procura que todo te salga en una sola frase o te contará como un azote.

Iba a protestar, pero no se lo permitió. Ya estaba bien de charlas.

—Separa las piernas, Luna, quiero ver lo mojada que estás.

Su respuesta fue apretarlas aún más. Resopló, levantó la mirada y vio la mortificación en sus ojos. Estaba incómoda, avergonzada, pero la excitación teñía al mismo tiempo de rubor su

cuerpo.

—Cada desobediencia también sumará un azote —le informó y, antes de que pudiese protestar se deslizó hacia atrás, le aferró los tobillos y se los ató a pesar de los forcejeos a los pies de la cama dejándola en la postura del águila—. Eso está mejor.

Tiró de las restricciones, las cuerdas se movieron dándole la breve movilidad que le estaba permitida, anclándola a las esposas que rodeaban sus muñecas y tobillos, dejándola completamente a su merced e imposibilitándole la opción de tomar decisiones sobre nada. La vio dar un respingo e intentar levantar el trasero, el roce de la tela contra la delicada piel la molestaba, pero su terquedad la llevó a mantener los labios apretados.

Deslizó las manos de nuevo por sus piernas en sentido ascendente, su mirada prisionera en todo momento de la de ella, atento a cada señal de su cuerpo y rostro. La quería ansiosa, pero no asustada.

—Si dejas de contorsionarte así, no te rozará la ropa de cama en el culo —le advirtió. Evitó su centro y la humedad que ya le acariciaba la cara interior de los muslos, ascendió por sus caderas provocándole pequeños estremecimientos hasta llegar a sus pechos—, por otro lado, me encanta la forma en que te contoneas.

Apretó los suaves montículos y jugó rodeando los puntiagudos pezones con los pulgares, endureciéndolos mientras su cuerpo respondía arqueando la espalda en un intento por acercarse más a él.

—Por favor…

La palabra salió como una súplica inesperada, un pequeño temblor la recorrió de los pies a la cabeza.

—Por favor, ¿qué?

Ella se lamió los labios, se mordió el inferior cuando tironeó de una de las dulces cúspides, provocándole un pequeño pinchazo de dolor, para luego calmarlo con caricias.

—Por favor, señor.

Gruñó apreciativo y bajó la boca sobre su pecho para succionar un pezón, jugando con él, mordisqueando la suave carne arrancándole un pequeño gritito.

—¿Esto es lo que quieres? —La lamió una vez más, desplazándose de un seno al otro, torturándolos, disfrutando del placer y del sabor de su piel—. Podría hacer que te corrieses así, eres realmente sensible, pero hay otra parte que hemos desatendido y requiere de cuidados.

Deslizó la boca sobre sus pechos, mordisqueándole la piel en línea recta y descendente hacia el ombligo. Le provocó cosquillas con la lengua, hizo que se retorciese bajo él, que tironease de las restricciones en un intento por cerrar los muslos, algo que no le estaba permitido.

—Quédate quieta. —Posó una mano sobre su vientre y entrecerró la mirada en la de ella —. Obedece.

Sus labios se curvaron en un coqueto y tierno puchero.

—No… no puedo —gimió—. Me… me haces cosquillas, señor.

Su avergonzada admisión lo hizo sonreír.

—Cosquillas, ¿eh? —Deslizó los dedos sobre su piel—. Veamos qué otra clase de *«cosquillas»* puedo provocarte… aquí abajo.

Estaba húmeda, lo comprobó tan pronto deslizó un dedo por encima de sus pliegues, su carne rosada expuesta a su mirada.

—Precioso —murmuró relamiéndose interiormente—. Rosado, mojado… Estás empapada, Luna.

Tembló bajo sus caricias, incluso con las manos apoyadas sobre sus muslos podía notar los

suaves estremecimientos que la recorrían.

—Muy mojada y totalmente abierta para mí. —Presionó la palma sobre su monte de venus y un suave gemido escapó de sus labios al mismo tiempo que era recompensado con más humedad entre sus piernas—. Tan suave y caliente… —Resbaló un dedo sobre su entrada, sin penetrarla, recorriendo sus labios y extendiendo la lubricación natural que la empapaba.

La tensión en sus caderas, el aire contenido de sus pulmones, los suaves jadeos cuando la acarició más íntimamente y su gemido cuando introdujo un dedo sondeando su interior le dijeron mucho más que todas las palabras que esa muchachita quisiese verter. Estaba caliente, excitada, receptiva y totalmente entregada como solo podía entregarse una pequeña sumisa rebelde como ella.

Su rendición venía también de la ausencia de estrés, había quedado completamente drenada después de batallar hasta el infinito en su escena anterior haciéndola mucho más receptiva. Cada pasada de sus dedos la estremecía, hacía que su cabeza se moviese sobre la cama y que sus labios se moviesen en renuentes súplicas y deliciosos gemidos que lo estaban poniendo si cabía más duro.

—Eres un pequeño ángel cuando no estás en modo diablillo, ¿no es así?

Sopló sobre su sexo haciendo que arquease las caderas, sonrió para sí y se permitió dar el próximo paso y probarla como quería. La cubrió con la boca, lamiéndola con extrema lentitud, disfrutando de su sabor y de los gemidos que escapaban de su garganta. La penetró con la lengua, solo para hacerlo luego con un dedo y moverse a su siguiente parada.

—¡Amo Brian!

Saltó como un resorte cuando le acarició el clítoris con la punta de la lengua. Se arqueó bajo él, empalándose en su dedo, apretándole mientras seguía jugando con ella, amamantándose ahora de la dulce perla y acercándola cada vez más al orgasmo.

En otras circunstancias habría jugado con ella manteniéndola allí, torturándola sin permitirle alcanzar la liberación, pero ahora no se trataba de castigarla, sino ganarse su confianza, atar ese fino hilo de confianza que le había otorgado y endurecerlo.

—Suave mascota. —Sopló de nuevo en su cálida carne, sin dejar de penetrarla con el dedo, lamiéndola y excitándola todavía más—. Tenemos toda la noche por delante.

Y él quería saborearla por completo. Añadió un segundo dedo a su invasión, manteniendo un movimiento lento, provocando con cada uno de ellos su clítoris y haciendo que toda ella se revolviese necesitada de más.

—Mírame, Luna —le ordenó, buscando sus ojos a través de su cuerpo, incorporándose para ver su rostro, para encontrar el rubor en sus mejillas, el brillo de deseo en sus ojos y la vidriosa mirada de la pasión—. No apartes la mirada.

Volvió a penetrarla, cambiando de posición, girando sus dedos hasta encontrar ese punto que le arrebató el aliento y la obligó a luchar contra la necesidad de perderse a sí misma. Le sostuvo la mirada, incluso cuando la llevaba más y más cerca del final, sus ojos pardos estuvieron presos de los de él hasta que las primeras lágrimas se deslizaron por sus comisuras y su sexo se contrajo alrededor de sus dedos ante los primeros espasmos de un potente orgasmo.

—Señor… —Fue una súplica, un maullido, un grito estrangulado que manó de sus labios cuando la liberación atravesó su cuerpo.

Pero él no se detuvo, siguió moviendo los dedos en su interior, volvió a bajar la boca sobre ella y sorbió su clítoris, arrancándole el aliento y haciendo que su sexo exprimiese sus dedos otra vez. Un nuevo orgasmo la sacudió dejándola completamente laxa y jadeante, cubierta de sudor y deliciosamente femenina.

CAPÍTULO 17

Luna no podía respirar. Su mente se había hecho pedazos, su cuerpo ya no le pertenecía, era como una muñeca desmadejada y no le importaba lo más mínimo.

¿Se había corrido alguna vez con tanta intensidad antes? ¿Había tenido dos orgasmos seguidos?

No podía recordarlo, no podía ni pensar, todo lo que podía hacer era respirar y ya era mucho para ella.

Sintió esos duros dedos ahora sobre su rostro, el calor de un cuerpo duro y masculino cerniéndose sobre el suyo un instante antes de que unos labios reclamasen los suyos durante unos breves instantes.

—¿Sigues conmigo, Lunita?

Lunita. Cuando lo decía él no sonaba burlón, sino sexy y caliente. Estaba loca, no había otra explicación coherente para tales pensamientos.

—Creo que sigo aquí, señor —murmuró, parpadeó un par de veces y abrió los ojos para encontrarse con ese rostro fuerte y masculino sobre ella. Los ojos oscurecidos por el deseo—. Sí, sigo aquí.

Lo vio sonreír, le apartó el pelo del rostro y la examinó como si buscase algo más.

—Bien, porque todavía no he terminado contigo.

Zambulló la lengua en su boca haciendo que se saborease a sí misma, cortando de raíz cualquier réplica. Sostuvo su cuerpo por encima del de ella y sintió sus dedos envolviéndose sobre la muñequera, soltándole la esposa que retenía su mano derecha.

—No te muevas. —Su voz fue como un latigazo. Su cuerpo obedeció al momento, casi le daba miedo respirar y desobedecerlo.

Lo siguió con la mirada mientras bajaba por su cuerpo y le soltaba también las piernas. Sus manos le masajearon los tobillos antes de aferrárselos con ambas manos y girarla de golpe dejándola boca abajo. Jadeó, incorporándose sobre el brazo que todavía libre y tensando el que permanecía atado.

—De rodillas.

Una inesperada y punzante palmada en el culo la hizo saltar sobre la cama y terminase casi con los talones apoyados en el culo mientras la réplica bullía en su lengua.

—¡Ey! ¡Esas manos!

Se cayó tan pronto lo sintió pegado a su espalda, rodeándole la cintura con el brazo y apartándole el pelo del cuello para poder acceder a su oído.

—Segundo azote añadido a la lista.

—Pero…

—¿Añadimos un tercero?

Sacudió la cabeza inmediatamente.

—¿Cómo debes responder, Luna?

—No, señor.

Le acarició el pabellón de la oreja con la lengua.

—Eso es, sumisita —replicó con voz profunda, grave y malditamente sexy. Se estremeció,

no pudo evitarlo, máxime cuando su mano subía a uno de sus pechos y empezaba a jugar con su pezón—. Pon tu mano libre sobre el cabecero —la instruyó, empujándole la espalda ahora, doblándola hacia delante—, no lo sueltes, pase lo que pase.

Se estremeció. No le gustaba no poder verle, sus ojos a menudo le decían lo que iba a hacer.

—Señor, por favor…

Sus dedos se cerraron sobre el pezón, apretándolo, causándole una punzada de dolor que fue directa a su sexo haciendo que se humedeciese todavía más.

—Inclínate hacia delante. —Presionó la palma abierta entre sus omóplatos y la instó a inclinarse, sin dejarle más opción—. Y recuerda, Luna, tu palabra de seguridad es rojo.

Su pene se deslizó entre sus húmedos pliegues desde atrás, lo inesperado de la acción unido a su tamaño le arrancaron la respiración. Él era grande, lo suficiente como para que notase una ligera reticencia al principio y le arrebatase la respiración cuando se introdujo hasta el fondo sin más aviso que sus dedos oprimiéndole la cadera.

—Ay dios —jadeó sintiéndose empalada, sin espacio ni para respirar. Sus músculos internos aferrándose a él, intentando hacerle sitio—. Señor… oh… joder…

Se soltó solo para encontrarse su mano devolviéndola a la posición original.

—Y vamos con el cuarto —le susurró al oído.

Sacudió la cabeza. No. No quería que volviese a azotarla. Ni hablar. Antes se presentaría a las Olimpiadas y correría los cinco mil batiendo el récord del mundo.

—Respira, puedes hacerlo, tu cuerpo está preparado para ello —le susurró al mismo tiempo—. Ríndete, pequeña, no hay más por lo que luchar. No hay necesidad. Me perteneces, tu cuerpo es mío para mi disfrute. No luches, sumisita.

Oh, pero eso era más fácil de decir que de hacer. Entregarse a él de esa manera significaba rendir las armas, darle una confianza que nunca había dado a otra persona y, al mismo tiempo, ¿no había sido eso lo que había estado buscando al venir aquí? ¿No era eso lo que quería?

—Por favor… —*No me hagas daño*, quiso decir en voz alta pero no se atrevió—. Por favor, señor… Quédate conmigo. —Porque si se iba ahora, si decidía parar, se moriría, quedaría hecha pedazos y no sería capaz de recoger lo que quedase de sí misma.

Sus dedos se cernieron sobre su rostro, el cogió la barbilla y le giró el rostro de modo que pudiese acceder a su boca y besarla. La distrajo con su lengua, la penetró y chupó de una forma decadente mientras su pene la llenaba por completo, una de sus manos volvió a jugar con sus pezones haciendo que su cuerpo se encendiese una vez desterrando la tensión, los miedos y dejando en su lugar solo ciego placer.

—Mi dulce y traviesa Luna —le dijo rompiendo el beso—, ya eres mía.

Salió de su cuerpo solo para volver a entrar con otro duro empuje, podía sentir sus testículos golpeando sus suaves y abusadas nalgas mientras temblaba por dentro de ardiente necesidad. Se aferró al cabecero de la cama intentando mantener la postura y al mismo tiempo no caerse de la cama, ese hombre era pura intensidad, la marcaba con cada empujón, diciéndole sin necesidad de palabras lo que le había susurrado, lo que su cuerpo ya sabía y su mente era reacia a aceptar, que era suya para hacer con ella lo que quisiera.

Gimió cuando notó los dedos clavándose en sus caderas, su pelvis chocando contra su culo con cada nuevo empellón convirtiendo los ahogados gemidos en fuertes jadeos que no podía refrenar. Estaba caliente, tan caliente que quería gritar que le diese más, que la montase más duro, más fuerte.

—Amo… —Las palabras se le atascaron en la boca cuando deslizó una mano entre sus

piernas y se encontró el duro botón de su clítoris—. ¡Brian!

Le pareció escucharle reír, pero no pudo asegurarse de ello pues su cuerpo empezaba a acusar ya los estremecimientos de un primer orgasmo demoledor que la resquebrajó con un grito.

—Uno más —gruñó en su oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja causándole una punzada de dolor antes de soltárselo—, córrete otra vez para mí, Luna, dámelo.

Como si fuese una muñeca atada a sus deseos, su sexo se estremeció oprimiéndole, temblando de nuevo y encadenando un segundo orgasmo que se llevó consigo cualquier tipo de pensamiento, coherente, quedando solo tras de sí el gruñido de placer masculino antes de enterrarse profundamente en su interior alcanzando su propia liberación.

La cabeza le daba vueltas y tuvo que obligarse a cerrar los ojos para evitar el mareo, así que no tenía idea de cuando le soltó la mano que todavía tenía retenida y la depositó de espaldas sobre la cama. El corazón le latía en los oídos y detrás de los párpados solo veía pequeños fogonazos de luz. Le costaba respirar, era como si el aire de la habitación no fuese suficiente, como si sus pulmones no diesen abasto.

—Respira despacio —oyó entre latidos en su propia cabeza, sintió el peso de algo sobre su pecho—, dentro y fuera —marcó cada pauta con un toque de sus dedos en su esternón—, lento, Luna, lento —su voz era fuerte, exigente, obligándola a cumplir con sus demandas.

El zumbido que escuchaba en sus oídos empezó a decrecer, los fogonazos detrás de sus ojos remitieron poco a poco y tras unos minutos volvió a respirar con normalidad, sin esa sensación de mareo.

—Ya puedes abrir los ojos mascota.

Se lamió los labios.

—Creo que prefiero seguir con ellos cerraros un ratito más, si no te importa, señor —musitó sintiéndose ya un poco más ella misma.

Lo escuchó reírse.

—Sí me importa, Luna —replicó con firmeza, sin dejarle más opciones—. Abre los ojos.

Lo hizo y se encontró con su rostro. Estaba apoyado sobre un codo y la miraba visiblemente divertido.

—Dime una cosa, mascota.

—Claro… cuando dejes de llamarme…

—¿Añadimos el cuarto?

Apretó los labios y arrugó la nariz.

—No, señor. Preferiría que no añadiésemos ninguno y borrásemos la cuenta que ya llevas.

—¿Y perder la oportunidad de enseñarte que los azotes no solo sirven de castigo, sino que también pueden resultar excitantes?

—Mi culo no está de acuerdo con eso, que lo sepas, Amo Brian.

—Tu culo es mío —le recordó sin más—. Así que, yo decidiré lo que le resultará excitante o no.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla. ¿De verdad tenían que discutir ahora?

—No quiero discutir. —Hizo un puchero—, por favor.

—No soy yo el que se pone belicoso, sumisita.

Volvió a morderse sus palabras y respiró profundamente, limitándose a quedarse quieta. No es que pudiese mover un solo músculo ni, aunque lo intentase.

—Lo siento, señor.

Asintió, complacido con su claudicación.

—Dime, ¿siempre te mareas tanto con un orgasmo?

Se sonrojó hasta la punta del pelo.

—No.

La miró con intensidad.

—¿Ha sido la primera vez?

—Sí.

—Luna.

Parpadeó mirándole sin comprender hasta que lo hizo.

—No, señor. No me he mareado nunca y sí, señor, ha sido la primera vez —murmuró—. Y también es la primera vez que esa pregunta hace que me muera de vergüenza, Amo Brian.

La boca masculina se curvó en una petulante sonrisa.

—Bien. Aquí tienes tu próxima tarea —le informó—. Quiero que te hagas un chequeo médico completo.

Parpadeó como un búho.

—¿Qué?

—Analítica de sangre incluida —añadió sin dejar de mirarla—. Los resultados sobre mi oficina en el *Blackish* el sábado de la semana que viene.

Abrió la boca, pero no le dio tiempo a decir ni una sola palabra.

—Podría aceptar adiestrar a una nueva sumisa, la pregunta es, ¿estás interesada en tener un maestro? —la sorprendió—. Ya has probado en lo que consiste y ambos sabemos que no es algo que te disguste, ahora, deberás preguntarte si deseas seguir experimentando la sumisión… o ha sido suficiente para ti.

—Yo…

Le cubrió la boca con un dedo.

—Tómate tu tiempo para pensarlo, Luna, porque si aceptas, querré de ti sumisión completa —declaró con firmeza—. No más desafíos, no más faltas de respeto. Si te portas mal, serás castigada. Si te comportas como una buena mascota, entonces te premiaré. ¿Lo has entendido?

Asintió y él no tardó en mostrar su descontento.

—Sí, señor —se corrigió al momento—. Lo entiendo perfectamente.

La miró durante unos segundos y finalmente asintió.

—De acuerdo, en ese caso, vamos a darnos una ducha y reunirnos con el resto en la sala principal. —Tiró de ella fuera de la cama, hacia una pequeña puerta al otro lado de la habitación —. Venga, dejaré que me laves después de que haya… enjabonado todo ese bonito y curvilíneo cuerpo.

No pudo protestar, no se lo permitió y, unos minutos después, ya no tuvo importancia.

CAPÍTULO 18

Luna bostezó y se frotó los ojos. Estaba cansada, cada vez que se movía y la tela del vestido rozaba sus tiernas nalgas sentía la necesidad de apretar los dientes, incluso la breve tela del tanga, y el *bustier* no hacían otra cosa que recordarle los deliciosos momentos que había pasado su cuerpo; aunque no estaba segura de catalogar como deliciosa la zurra con el puñetero

mondadientes.

La ducha solo fue una excusa más para volver a poseerla, doblegarla y regalarle otro increíble orgasmo. Levantó la mirada y miró la ancha espalda que caminaba delante de ella, la de un hombre estricto como Dom, que exigía, pero también daba a cambio, que conseguía de ella cosas que no había conseguido nadie más.

El Amo Brian quería que volviese, que fuese socia del club y su sumisa, ¿podría hacerlo? ¿Podría darle todo lo que quería? ¿Entregarle la confianza que exigía? ¿Renunciar a toda clase de poder y dejarlo en sus manos?

Se mordió el labio y lo soltó. Tenía una semana por delante para tomar una decisión, pero no estaba segura que siete días fuesen suficientes.

Se detuvo en seco al ver que él también lo hacía e hizo todo lo posible por no tropezar. La había instruido en que debía caminar un paso por detrás de él, a su derecha y con la mirada baja. No es que ahora mismo le costase mucho mantenerla en el suelo, lo difícil era levantarla.

—Estás agotada.

La breve frase, una firme aseveración llegó acompañada de su mirada, se había girado hacia ella y la contemplaba con gesto tranquilo.

—La ducha me relajó tanto que creo que podría dormirme de pie, señor —contestó de manera automática.

Él enarcó una ceja, sus labios curvándose solo en las comisuras. Lo de una ducha relajante cobraba un sentido bastante absurdo después de lo que habían hecho en ella, pero la parte de él enjabonándola y lavándole el pelo sí lo había sido.

Se le colorearon las mejillas, no tenía que tocárselas ni verse para saber que las tenía encendidas, podía sentir el calor.

—Bueno, el agua caliente, ya sabes…

Sacudió brevemente la cabeza y estiró la mano, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Ven, despídete de los Maestros para que pueda llevarte a casa.

Las cuatro horas del taller se habían terminado hacía algo más de treinta minutos. Al entrar en la sala principal había podido darse cuenta de que quedaban apenas un par de parejas que habían estado intercambiando algunas palabras con los Amos Horus y Camden, e incluso alguna sumisa había hablado con Siobhan antes de emprender la retirada. Ahora mismo ya solo quedaba una pareja recogiendo sus cosas y los Amos del club.

—Si me pides un taxi, estaré perfectamente bien, Amo Brian.

Él se limitó a ignorar su réplica y se detuvo al llegar a la altura de sus amigos. Horus le pasó una cerveza y ladeó la cabeza al verla, como si la estuviese estudiando. Su escrutinio la puso nerviosa y el Amo debió percibirlo pues sonrió abiertamente.

—Sí, ahora pareces una verdadera sumisa.

Enarcó una ceja ante su comentario, imitando lo que solía hacer su Maestro, pero optó por mantener la boca cerrada.

—¿Quieres sentarte? —la invitó Sio—. Parece que lo necesitas más que yo.

Recordando lo que había pasado cuando se sentó brevemente antes en el dormitorio después de salir de la ducha, negó con la cabeza.

—No, gracias.

Los hombres intercambiaron una mirada cómplice de pura satisfacción.

—No puedo creer que seas la misma sumisita belicosa que se llevó unos azotes —comentó Camden mirándola curioso, entonces se giró hacia Brian con lo que parecía genuino respeto—. Impresionante, Jefe.

—No soy una sumisita belicosa. —No pudo evitar replicar incluso en voz baja.

Horus sonrió ampliamente al escucharla.

—Sí, lo eres, Luna, pero diría que eso es en parte el motivo de que el Amo Brian te encuentra interesante —comentó. Entonces se giró hacia el mueble en el que estaba apoyado, abrió un cajón y sacó de él la maldita pala—. Esta es tuya, gatita, tiene tu nombre y te la has ganado.

Se tensó como una cuerda al ver la pala y recordar el difícil momento que le había hecho pasar. Dio un paso atrás de manera instintiva hasta chocar con un duro cuerpo. No tenía que girarse para saber qué Brian se había movido para interceptarla.

—Gracias, Horus, pero yo la guardaré.

Cuando vio como extendía la mano para cogerla se sobresaltó y, antes de que pudiese meditar su reacción, dio un paso adelante, la cogió y la apretó contra su pecho, impidiéndole tocarla.

—Es mía, tiene mi nombre y voy a convertirla en un mondadientes —replicó en voz baja, mirando a los presentes en busca de alguna objeción.

La reacción de Horus fue soltar una carcajada, Camden sacudió la cabeza y Brian, bueno, él parecía estar acostumbrándose ya a sus salidas a juzgar por la manera en que la miraba.

—No puedo creer que tenga ganas de batallar con lo agotada que está —escuchó a su espalda, había sido un susurro, pero la voz femenina la sorprendió. El comentario había venido de Siobhan.

—Mascota. —El tono de advertencia en la voz de su Maestro llevó a la sumisa a disculparse al momento.

—Lo siento, Maestro, ha sido un pensamiento puesto en voz alta.

—Esos pensamientos fueron los que metieron a Luna de lleno en un castigo, Sumi, ten cuidado a menos que quieras recibirlo tú también.

—No señor, lo siento, señor —replicó al momento y la miró—. Lo siento, Luna.

Parpadeó. Sio no había vacilado ni dos segundos en asumir la culpa por un desliz, el mismo que había cometido ella para empezar. Sacudió la cabeza.

—No tiene importancia —respondió en el mismo tono, incómoda. Entonces se giró hacia Brian, cuya mirada seguía fija en ella—. Dijiste que era mía, señor.

—Y lo es, dulzura, solo tuya, pero yo soy el que la empuña —le recordó con gesto divertido al tiempo que extendía la mano—. Dámela.

Miró la maldita pala con su nombre y luego a él.

—¿No puedo quedármela como recuerdo?

Su respuesta arrancó risas entre los Doms presentes. ¿Qué diablos les parecía tan gracioso?

—Empiezo a pensar que tu sumisa protestaría incluso dormida, Brian —comentó Camden rodeando ahora a Sio con el brazo, atrayéndola contra su costado—. Es perfecta para ti. Espero que la conserves.

Él no respondió de inmediato y no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que le escuchó hablar.

—Por ahora es mi alumna —declaró sin entrar en más detalles—, y como buen Maestro que soy y debiendo velar por tu seguridad, será mejor que te lleve a casa antes de que te quedes dormida en el sitio.

Levantó la mirada para encontrarse de nuevo con la suya. Su cercanía le provocaba calidez, le daba seguridad y eso era tan extraño como el hecho de que quisiese que la llevase a

casa.

Por regla general nunca dejaba que sus citas se acercasen siquiera a la puerta de su domicilio hasta haberlas conocido bien, por otro lado, no había tenido una cita en condiciones desde hacía más tiempo del que podía recordar. El imbécil de Josh había sido su última relación seria, una tan desastrosa que había preferido mantener contactos esporádicos… hasta que este hombre había aparecido y le había pasado por encima como una apisonadora.

—Luna.

Parpadeó al escuchar su nombre.

—¿Qué?

Nuevas sonrisas curvaron los labios de los hombres.

—Dame la pala y dime tu dirección para que pueda llevarte a casa.

Miró sus propias manos y vio que todavía aferraba el objeto. Diablos, estaba tan cansada que no tenía ganas ni fuerzas para pensar. Le entregó el objeto a regañadientes y suspiró.

—Vivo en el Lenox Hill, en el 231 de la calle 68 con la Segunda Avenida —murmuró en voz baja, miró la pala y frunció el ceño—. Guárdala bajo llave y tira la llave.

—Y hablando de llaves —intervino Horus al momento echando mano al bolsillo y lanzándole a Brian un pequeño par—. Sé que te gusta verla así, y confieso que a mí también, pero deberías quitárselo.

Lo oyó gruñir un segundo antes de girarse hacia ella.

—El collar, mascota, a menos que quieras llevártelo también de recuerdo.

Jadeó al darse cuenta de que se había acostumbrado de tal forma a su tacto que ya no recordaba que lo llevaba puesto.

—No, no quiero, señor —declaró y apartó el pelo a un lado, para que pudiese quitárselo.

Cuando se lo quitó se sintió desnuda, fuera de lugar, incluso avergonzada. Era como si ese trozo de cuero la hubiese cambiado de algún modo.

—Respira, Luna, respira profundamente.

Sacudió la cabeza e hizo lo que le pedía, ni siquiera sabía por qué se le había empañado la mirada. La nariz le picaba y le tembló la voz al replicar.

—No entiendo…

—A veces las restricciones mentales son mucho más fuertes que las físicas —le dijo mientras le frotaba el cuello con los dedos—, y cuando nos liberan de unas, pueden estar liberándonos también de las otras.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla.

—Quiero irme a casa ahora, por favor.

Estaba cansada, estaba demasiado cansada, esa era la explicación de que estuviese tan inestable emocionalmente.

Alguien le acarició la cabeza con delicadeza.

—Ha sido un inesperado placer conocerte, Luna, a pesar de las circunstancias. —Esa era la voz de Camden—. Esperamos volver a verte por el club. Siobhan está trabajando esta semana en la zona de Lenox Hill, dile a tu maestro que te dé nuestro número de teléfono. Quizá te vendría bien hablar con otra sumisa sobre cómo no meterte en problemas con tu Dom. Mi Sumi puede darte unos cuantos o decirte cuales son los castigos. Se los conoce al dedillo.

Su tono suave y tierno la tomó por sorpresa, levantó la mirada y él le dedicó un guiño mientras su compañera lo miraba con el ceño fruncido y las mejillas coloradas.

—Me encantará quedar para tomar un café —añadió Siobhan volviéndose entonces hacia ella con abierta calidez—, si te parece bien.

Curiosamente, la idea no le pareció mala, al contrario.

—Sí, me gustaría. Gracias.

La chica asintió complacida y se apoyó contra su compañero, rodeándole la cintura con ambos brazos.

—¿Lista? —le preguntó ahora su maestro, quien mantenía una de sus manos en la de él.

Asintió y miró a Horus.

—Espero verte de nuevo la semana que viene, mascota —le acarició el rostro con un dedo —. Hasta entonces, pórtate bien.

Se limitó a asentir en respuesta, miró a su acompañante y repitió el gesto.

—Estoy lista para irme a casa.

—Vamos.

Luna no había tardado más que unos pocos minutos en quedarse dormida después de haberse subido al coche. Gracias a que a esas horas no solía haber tráfico, se plantó delante de la puerta del edificio de tres plantas en poco más de veinte minutos. Ella vivía en un barrio tranquilo en la zona del *Upper East Side*, cercano a *Midtown*. Detuvo el coche a la altura de la casa con una chillona puerta roja y marco blanco, un dato fácil de localizar incluso para alguien corto de vista.

—Luna. —La espabiló, le quitó el cinturón y le apartó el pelo del rostro.

Se desperezó lentamente, abrió los ojos y lo miró un poco desorientada.

—Ya estamos en tu casa.

Se enderezó y miró a su alrededor hasta fijar la mirada a través de la ventanilla y asentir.

—Sí, esa es mi casa. —Se frotó la cara e hizo una mueca al retorcerse sobre el asiento—. Um… gracias por traerme, Amo Brian. Ha sido una noche… interesante.

—Sí, lo fue, mascota —aceptó reteniéndole el rostro para besarla en los labios a modo de despedida—. Ten cuidado al subir a la acera.

Asintió, abrió la puerta y se deslizó al frío aire de la noche.

—Buenas noches —le dijo inclinándose hacia él.

—Buenas noches, Luna.

Esperó a que subiese a la acerca, recorriese los cuatro pasos que la separaban de la puerta del edificio y la abriese para meterse dentro antes de arrancar el coche y dirigirse a su propio hogar.

CAPÍTULO 19

El tintineo de las llaves alertó al momento a su compañero de casa de que había llegado. Abrió la puerta y allí estaba él, mirándole con unos enormes ojos dorados sin pestañas, los bigotes retorcidos y las orejas recortadas. El jersey azul que le cubría la parte quemada y sin pelo podía resultar estrambótico en un gato, pero en él era como una segunda piel, un sello identificativo que lo distinguía de toda la población felina. Levantó su gordo y perezoso cuerpo del suelo y se restregó contra sus piernas, el minino era tan grande como un perro pequeño, imaginaba que en gran parte por eso habría sobrevivido.

—Hola, *Gato*. —Se inclinó a rascarle entre las orejas y obtuvo un sonoro maullido—. Sí, lo sé. Llego tarde. Pero tengo una buena excusa, una bonita sumisa que es incluso más exigente que tú.

El minino maulló en abierta protesta, a él le daba igual su vida mientras tuviese agua, comida y cama. Dejó que el gato lo siguiese mientras dejaba las llaves sobre el cuento del recibidor y seguía hacia la cocina para rellenarle los cuencos y evitar así que le diese la noche. Gato había sido el único superviviente de su pesadilla, el único que había sobrevivido al horrible incendio que lo había consumido todo, incluyendo su vida.

Habiendo perdido a sus padres muy joven, lo habían criado su tía y el gilipollas de su nuevo marido. Ella era una dama con todas las letras, él un bastardo vago y despilfarrador. Por fortuna se dio cuenta lo bastante rápido como para largarlo de su casa y seguir con su vida, o así había sido hasta esa maldita noches trece años atrás.

Miró al animal y sintió como tantas otras veces como se le encogía el estómago, el viejo gato poseía en su cuerpo las huellas del desastre, de las llamas que lo habían consumido todo y que le habían robado las vidas de las personas que más quería; su tía y su pequeña prima.

Rellenó el cuenco con agua, vació una lata de comida para gatos y llenó el otro bol con pienso seco antes de dirigirse a la nevera llena de imanes y notas y extraer de ella una cerveza fría.

—Que aproveche, socio —le dijo al minino al tiempo que retiraba el tapón de rosca y le daba un trago a su propia bebida antes de irse al salón.

Se dejó caer en el viejo butacón que no pegaba ni con cola con el sofá de dos plazas y le pegó un nuevo trago a la bebida. Por la ventana podía ver el parte del río Hudson y la iluminada Manhattan al fondo con el puente de Brooklyn a su derecha, unas vistas que, si bien le reconfortaban la mayor parte del tiempo, esta noche no eran más que un borrón en medio de los recuerdos de su pesadilla.

Sacudió la cabeza intentando hacer a un lado los recuerdos, la culpabilidad que todavía le perseguía a pesar de saber que no habría podido evitar lo ocurrido y pensó en la mujer que acababa de dejar en su casa. Luna era un enigma en sí mismo, un polvorín que se había metido bajo su piel, haciendo saltar todas sus alarmas de Dom y despertar su instinto protector. Era una auténtica deslenguada, pero debajo de toda esa belicosidad había una verdadera sumisa, una hembra dispuesta a entregarse y permitir que otros tomasen el control liberándola de una carga autoimpuesta.

Miró a su alrededor y dio gracias al cielo por no haber llevado a nadie todavía a su refugio.

La última vez que había tenido una sumisa en esa casa había sido hacía un año y medio. Entonces había estado utilizando su casa de las afueras, a dónde solía invitar a sus compañeras de cama o de juegos y dónde había decidido instalarse con su nueva sumisa. Su relación había comenzado bien, se habían conocido, habían interactuado durante un tiempo y finalmente decidieron seguir más allá y meterse en una relación 24/7 que no terminó de ser todo lo satisfactoria que debía. Ella se había convertido en una mujer totalmente absorbente que necesitaba su dirección y tutela las veinticuatro horas del día, requería de su presencia, de que le dejase listas interminables con cosas que hacer, que eligiese su ropa, sus comidas… había pasado de ser un Amo a esclavo de los deseos femeninos. Sus ausencias a causa de su horario laboral se habían traducido en reproches, en llanto y ya, cercano al punto final de su relación, a chantajes y un intento de suicidio. Eso fue lo que lo llevó a plantarse y terminar esa malsana relación, así como a mudarse definitivamente.

Responsable como se sentía por ella, la había acompañado a la *Crossroad* y la había metido en uno de sus programas asociados proveyéndole la ayuda que necesitaba para seguir adelante. A día de hoy, sabía que Linda había pasado por todo el programa y estaba en plena fase de recuperación junto a un nuevo Dom, alguien que la equilibraba y le daba lo que necesitaba sin poner en peligro su vida o su identidad.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la parte superior del asiento, se tapó el rostro con un brazo y resopló. Su vida nunca había sido fácil, lo de *«chico conflictivo»* había traído a su tía por la calle de la desesperación en su juventud, al menos hasta que asistió como espectador al *Firefighter Combat Challenge;* toda una revelación para un chico de diecisiete años.

Un año después se había presentado a las pruebas para bomberos de su ciudad suspendiendo solo para aprobar en la siguiente convocatoria y encaminar su vida de una vez y por todas.

Llevaba ya cuatro años en el cuerpo de bomberos cuando decidió presentarse por primera vez al Desafío que lo había impulsado a formar parte de esa profesión, un deseo egoísta que le había impedido estar en su hogar cuando más le habían necesitado.

«¿Estás segura de que no quieres venirte hoy conmigo? Todavía estás a tiempo de rendirte a los encantos de tu sobrino, tía Ruth».

Ella se había reído, había sacudido la cabeza y había señalado a su prima de diez años, su ojito derecho, su niña pequeña. La hija que su tía había tenido de una relación anterior a su matrimonio y de la que nunca había querido hablar.

«Cristal tiene mañana su obra de teatro. Ya ves lo enfurruñada que se ha puesto porque no vas a estar para verla».

La niña se había puesto a llorar como una magdalena cuando se enteró que él no estaría para verla. Había tenido que echar mano de todo su ingenio para asegurarle que la iba a ver en vídeo y como compensación se iban a ir los dos solos a su parque de atracciones favorito en San Diego para cortar esas lágrimas y ver de nuevo esa dulce sonrisa.

«Vete tranquilo, quédate con tus compañeros y nosotras estaremos allí en dos días para verte en acción. Sabes que no me lo perdería por nada del mundo».

Ellas nunca llegaron a verle en acción.

El incendio se había originado en el garaje, le había dicho el inspector nada más aterrizar la mañana siguiente a la trágica noche. Nadie comprendía porque no se habían dado cuenta, cómo no habían notado el humo inundando la casa, el calor o las llamas extendiéndose y llevándose por delante las viejas paredes y vigas de madera de su antiguo hogar.

Él había insistido una y otra vez que se mudaran, que buscaran algo más nuevo, aunque

fuese de alquiler, pero Ruth se había negado, no quería cargarle a él con ese tipo de gastos extra. Y esa negativa había hecho que ambas perecieran en el incendio más brutal que había enfrentado el equipo local de bomberos.

Un cortocircuito, un hornillo, la estufa de leña, incluso después de tanto tiempo las causas no estaban claras, como tampoco lograban explicarse que los cuerpos calcinados que habían encontrado en la cama de la habitación de matrimonio no se hubiesen percatado nunca de que su casa se estaba quemando.

Si bien en sus pesadillas no dejaba de oír sus gritos llamándole, pidiéndole ayuda, especialmente los de su prima, la realidad era que había estado a cientos de kilómetros de distancia, disfrutando de su primer día de juegos, de sentirse vencedor hasta que su jefe lo llamó y se lo llevó a parte para darle la mala noticia.

Había cogido el primer vuelo desesperado, negándose a creer en que lo que le decían era verdad. Llegó a su hogar para encontrarse que su tía y su prima nunca lo recibirían con los brazos abiertos, que los restos humeantes se habían llevado consigo su familia y su vida entera. Había caído de rodillas incapaz de procesar lo que estaba viendo. Le habían dicho, pues él no lo recordaba, que había intentado entrar en la destrozada casa pronunciando sus nombres a gritos, pero todo lo que había sacado de su interior había sido a Gato. Por entonces solo era un gatito de meses más muerto que vivo, la mascota de su prima.

Se había quemado las manos, la cicatriz que tenía en el hombro se debía a un madero que había caído dándole en la cabeza. En una única noche, el fuego se había llevado su vida y lo había sumido en la más completa oscuridad.

No recordaba el funeral, no recordaba la investigación posterior al incendio, no recordaba nada de las dos semanas que había pasado en paradero desconocido, pero sí recordaba el momento exacto en que ella llegó a su vida evitando que culminase con el plan que había elaborado durante su transitoria enajenación.

«¿Vas a arrebatarle a él también la única familia que le queda?».

Aún hoy seguía sin comprender qué le había sorprendido más, si ver a una delgadita veinteañera llevando en brazos al pobre gato quemado y moribundo envuelto en vendas o que se hubiese acercado a él sin miedo, cuando apestaba a gasolina de los pies a la cabeza y sostenía en la mano un encendedor con la oscura idea de reunirse con ellos y acallar así la culpabilidad que escuchaba en su interior.

«Yo no soy nadie, no soy nada, estará mejor sin mí».

Ella no lo había creído así, se había introducido entre los restos apagados y ennegrecidos en aquel atardecer, su pelo iluminado por la débil luz de la farola, el suave y apagado maullido del gato rompiendo el silencio. Se había detenido a su lado, le había quitado el mechero de las manos y le había entregado a cambio al minino.

«Acaban de entregármelo en la clínica veterinaria, no creen que sobreviva, pero eso es porque no saben lo importante que es la vida ni lo fuerte que tiene que ser un alma para desear aferrarse a ella».

Le había sonreído, ladeando la cabeza, mirándole con esos enormes ojos oscuros en los que se vio reflejado.

«Soy Ágata Crossroad, por cierto». Le había dicho al tiempo que arrugaba la nariz. *«Y creo que tú necesitas un baño con urgencia. Apestas»*.

El olor a gasolina, su ropa, el traje negro con el que había asistido al funeral sucio, manchado de sangre y empapado en combustible. Su rostro lleno de moratones, de arañazos y los ojos inyectados en sangre, el temblor de su mano cuando la adelantó hacia el espejo del que sería

durante unos años su hogar y el reflejo de su ángel salvador mirándole con ternura. No sabía que le había avergonzado más, si su propia cobardía o la valentía de una niña con un moribundo gato en brazos que llegó en el momento adecuado para salvarle del desastre.

Se había derrumbado allí mismo, llorando como un niño, como el jovencito que era y al que le habían arrebatado todo, desgarrándose por dentro y enterrando en lo más profundo de su alma el tormento que nunca le había abandonado por completo.

Ágata le había salvado entonces, devolviéndole una vida que había desdeñado, permitiéndole no solo seguir con su profesión sino especializarse también en la inspección de incendios y llenando el vacío de su alma durante unos años más, hasta que la enfermedad se la llevó.

El sonoro maullido que reverberó en su salón lo trajo de vuelta. Ladeó la cabeza y vio a Gato, ambos habían sobrevivido después de todo y, quizá, solo quizá Camden tuviese razón y el que estuviesen hoy aquí era un motivo para seguir adelante.

Se llevó la botella de cerveza que todavía conservaba en la mano a los labios y le dio otro largo trago para luego quedarse allí, en silencio, solo en la oscuridad.

CAPÍTULO 20

Luna apenas había sacado las llaves de la puerta para cerrarla tras de sí cuando se encontró con una luz enfocándola directamente.

—Luna Moon Coulter, espero que tengas una muy buena excusa para llegar a estas horas.

Bizqueó levantando la mano para protegerse de la luz.

—Y que esa excusa sea de metro ochenta y pico, hombre y te haya hecho disfrutar como una loca.

—Ay dios, Cass, baja eso —refunfuñó apartándose de la molesta linterna con la que la enfocaba—. Vas a dejarme ciega.

La apagó y la devolvió al bolsillo de su peculiar bata; un albornoz blanco con corazones rosas y rojos.

—¿Te han traído? No he visto ningún taxi dando la vuelta.

Suspiró, conocía a su hermana *Kappa* y sabía que no pararía hasta que respondiese a sus locas preguntas.

—Mira, estoy cansada y todo lo que quiero es meterme en la cama, así que abre los oídos porque esto saldrá de mi boca solo una vez en la vida —le informó, llenó los pulmones de aire y se lanzó al resumen de la noche—. Mi noche ha sido la siguiente: He jodido al Amo Horus con mi boquita, lo que nos ha llevado a una discusión en la que tuve para todos hiriendo sin pretenderlo a una encantadora sumisa con mis palabras, aunque ella dice que ni se dio por aludida y a su Dom, el cual sí tenía algo que decir al respecto. Estaba dispuesta a mandarlos a todos a la mierda e irme, pero el Amo Brian no me dejó. Aquí fue cuando la cosa se puso tensa y, lo que comenzó como un malentendido y generó una discusión, subió de nivel. Pedí disculpas, pero los muy cabrones decidieron que no era suficiente, que merecía un castigo y mi autoproclamado Maestro de la noche decidió que sería divertido rotular mi nombre en una pala y zurrarme con ella; y joder eso duele, no veas como tengo el culo. Y no sé si fue por eso, porque me cabreé como una mona o por la vergüenza que me hicieron pasar, que terminé desmayándome. —Hizo un momento para coger de nuevo aire—. Después de eso me han atado, me han follado y me corrí solo para descubrir que me mareo durante el orgasmo. Ya para terminar, me he duchado con el Amo Brian. Y oh, sí, tengo que hacerme un chequeo médico completo y análisis de sangre y presentarlos el sábado de la semana que viene en su oficina, porque ha decidido, sin consultarme siquiera, que va a ser mi maestro mientras exploro… er… esto.

Su amiga se quedó de pie, pasmada, con los ojos saliéndole casi de las órbitas, los labios moviéndose sin ser capaz de pronunciar palabra.

—Sí, eso mismo pienso yo. —Le dio un beso en la mejilla y pasó a su lado para dirigirse a su habitación—. Buenas noches, Cass. Que descanses.

Dios sabía que ella lo haría, tan pronto pillase la cama iba a dormir como un bebé.

CAPÍTULO 21

Luna llevaba los últimos días levantándose temprano y saliendo casi a hurtadillas para no tener que coincidir con Cassandra y su nuevo juego favorito; someterla al tercer grado. Ya había sido suficiente con la vergüenza que había pasado el primer día, teniendo que sentarse en el trabajo y dar saltitos cada vez que su tierno trasero le recordaba el juego del fin de semana, sin tener que enfrentar de nuevo todo aquello a plena luz del día con su mejor amiga. El dolorcillo se había ido poco a poco gracias a su consejo de que utilizase aloe, pero no estaba dispuesta a darle detalles de lo que había ocurrido en la maldita clase.

Y aunque quisiese darle una respuesta, ni siquiera la tenía ella misma. Se había hecho mil y una preguntas y para algunas había dado con las respuestas, pero otras, seguían siendo un misterio.

¿Le había gustado que la atase? Sí. Había sido excitante, eso la había encendido. ¿Le había gustado que la azotase? No. De ninguna manera. Todavía tenía la esperanza de recuperar esa maldita pala y convertirla en un mondadientes. ¿Había disfrutado del sexo con el Amo Brian? Dios. Tenía que ser estúpida para no disfrutarlo. Había sido el mejor sexo que había tenido en su vida y, no es que hubiese sido precisamente una monjita de clausura.

Pero ¿era todo eso suficiente para que quisiese volver? ¿Quería seguir incursionando en ese estilo de vida? ¿Deseaba hacerlo con él como maestro?

Pensó en los Doms que había conocido, en lo enormes y excitantes que habían sido, pero pensar en sus manos sobre su cuerpo, tocándola de la manera en que la había tocado él… Se estremeció de solo pensarlo. No estaba segura de disfrutar de tales atenciones viniendo de otro hombre, no de algo tan íntimo, ni siquiera de ellos.

Suspiró y recogió los libros que había estado consultando, tenía que devolverlos a las estanterías antes que entrase el gilipollas de su jefe y la pillase con títulos como: *BDSM. Estudios sobre la dominación y sumisión* de Thomas S. Weingber, *Trópico de Cáncer* de Henry Miller, *Dominación y Sumisión: El manual de las relaciones BDSM* de Michael Makai encima de la mesa. Había leído algunas páginas, buceado entre ellas y se había encontrado con más dudas de las que ya tenía. En algunos había visto un refuerzo de las normas que ya había aprendido sobre las relaciones BDSM y cuál era la estructura que solía llevarse a cabo, otros habían sido demasiado para ella y los había cerrado en el acto.

Con todo, la curiosidad estaba allí, especialmente ahora que sabía de primera mano lo que relataban algunas de esas páginas era solo que no podía reconciliarse con que eso fuese algo que necesitase realmente en su vida, que pudiese verlo para algo más que un juego de pareja. Si tenía que escuchar a alguien decirle desde que se levantaba hasta que se acostaba lo que tenía que hacer, como tenía que vestirse o quién podía o no hablar, le rompería el tomo más grande de la jodida biblioteca en la cabeza.

Sacudió la cabeza y dejó su oficina para dirigirse a la zona central a recolocar los libros en sus respectivas estanterías. Su jefe le había estado preguntando casi cada hora si ya habían venido a arreglar el tema del cortocircuito hasta el extremo de que lo había mandado a llamar él mismo para comprobarlo, ya que ella tenía más cosas que hacer.

La inesperada respuesta debió dejarle tan pasmado que no volvió a asomar la nariz por su

área desde media mañana. Por su culpa incluso se había perdido la hora del café y tenía hambre.

Miró el reloj y calculó lo que le llevaría ir hasta la cafetería, tomarse un café y un bollo y volver a la biblioteca. La mayor parte del trabajo que tenía previsto para esa semana ya estaba adelantado, solía ser una vía de escape para no tener que pensar y esos días la había utilizado mucho.

—Café y una deliciosa porción de *caramel cheesecake*, por favor. —Se le hacía la boca agua con solo pensar en la deliciosa tarta deshaciéndose en su lengua. Su estómago protestó uniéndose a la petición—. Sí, sí. Dejamos esto y nos vamos a comer algo. Que le den al asno.

Curiosamente no había mucha gente en la zona principal, la mayoría de las mesas estaban vacías, a excepción de algún que otro estudioso que reconocía de otras visitas, gente que preparaba algún máster o buscaba algo en concreto. Eran las tardes cuando solía llenarse de jóvenes que venían a estudiar o hacer sus trabajos de clase.

Subió al piso superior y empezó a colocar cada uno de los libros en su lugar, echándole un vistazo a otros posibles títulos y descartándolos casi al momento; iba a obsesionarse con el tema y no era de esa clase de personas. Suspiró y giró sobre sus pies solo para encontrarse al otro lado del pasillo, en la zona de Botánica a la última persona que esperaba ver en la biblioteca. Vestida con un peto vaquero, y una chaqueta ancha, Siobhan, la sumisa que había conocido en el *Blackish* se contorsionaba intentando colocar un par de enormes tomos de diseño de jardines en su lugar.

—Espera, eso pesa una tonelada. —Se encontró quitándole de los brazos un par de libros antes de que se diese cuenta.

—Gracias, pensé que se me vendría toda la estantería encima —sonrió y, al girarse hacia ella se percató de quién era—. ¡Ey! Si eres Luna.

No pudo evitar sonreír ante la sorpresa en sus ojos y la efusividad que levantó algunas miradas desde el patio de butacas.

—*Oups*. Lo siento. —Bajó la voz al momento, sus mejillas sonrojándose. Entonces la miró de arriba abajo y frunció el ceño—. Espera, ¿eres bibliotecaria?

—Analista Documental —la corrigió devolviéndole la sonrisa al tiempo que le entregaba otro de los libros y colocaba el último—. Me encargo de la clasificación de las colecciones, archivos y cosas así. Un rollazo, lo sé, pero a mí me gusta. Pero sí, trabajo en la NYPL.

—Ey, estás hablando con una chica que les habla a las plantas mientras diseña jardines —aseguró Sio en tono confidencial—, así que de rollazo, nada.

La afabilidad de la chica hacía que no se sintiese incómoda, como solía ser el caso con gente que no conocía bien y, habiendo estado en el club, no era como si fuese realmente una total desconocida.

—De hecho, estaba haciendo un poco de investigación para el encargo que acaban de hacerme —repuso con un mohín—. No te haces una idea de los gustos tan raros que tienen algunos.

Sonrió.

—Um… no sé, por aquí viene gente de lo más interesante —comentó pensando en algunos investigadores que pasaban por la biblioteca—, a veces no sabes si han salido del siglo XVIII o viven en el mismo que tú.

Se rio por lo bajo y asintió.

—Sí, lo mismo pasa con mi trabajo —aceptó comprobando que los libros habían quedado en su sitio—. Bueno, no quiero entretenerte, yo estoy en mi hora de descanso y aproveché para pasarme por aquí.

—Yo también —replicó al momento—. Quiero decir, acabo de devolver unos libros e iba a ir al Starbucks de aquí al lado a darme un capricho.

—Suena bien, ¿te importa si te acompaño? —Fue cuidadosa al auto invitarse.

Negó con la cabeza, le gustaba Siobhan y quizá no fuese tan mala idea tener a alguien con quien hablar de lo ocurrido en el club, alguien que no la conociese tan bien como Cass.

—En absoluto. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Cojo mi abrigo y nos vemos en la puerta en cinco minutos.

—Hecho —aceptó la chica, se despidió con la mano y se fue en sentido contrario.

Bueno, después de todo, la semana parecía que iba a enderezarse. Ya era hora.

CAPÍTULO 22

—Tienen que coger al cabrón que le ha hecho algo así a una mujer.

Brian levantó la mirada de la mesa tras el tembloroso comentario de Danielle, la secretaria estaba sentada a su lado, próxima a Garret y frente a Camden, solo Mich permanecía en pie, paseándose por la sala de juntas incapaz de mantenerse quieto. Nolan no estaba en la ciudad, aunque se le había informado de lo ocurrido tan pronto se supo de la noticia.

—Tienen que cogerlo y hacerle pedacitos —continuó Dani y había verdadera rabia en su voz—. No pueden seguir ocurriendo este tipo de cosas, no es justo.

—Están en ello, gatita, están en ello —aceptó Mich mirándola con gesto tranquilo—. La policía ya está sobre aviso, Logan está llevando el caso.

—¿Se sabe algo sobre cómo llegó allí? —Brian retomó el hilo de la conversación y miró a Mich.

El abogado se había presentado poco después de las seis con el rostro desencajado, la mandíbula apretada y una expresión que no había visto en él desde hacía años. Mich Carmody era un hombre sereno, con perfecto dominio de sí mismo, así que verlo en esa tesitura asustaba. Acababa de ser informado por la policía que uno de sus clientes acababa de ser encontrado en el portal de su casa con obvios signos de agresión y una brutal paliza.

El caso es que no se trataba solo de un cliente del bufete que llevaba el abogado, la chica había pasado por la *Crossroad* un par de años atrás para superar un bache y una adicción. Solían llevar un registro de todas las personas que terminaban en la compañía y, durante el primer año se les mantenía un ojo para comprobar su evolución. Según su compañero, la mujer había regentado una galería de arte que había abierto hacía poco tiempo. Tenía al día sus exámenes médicos e iba a terapia de grupo todas las semanas para mantener bajo control si adicción a los ansiolíticos. No había dado motivo alguno que levantase las alarmas hasta hoy.

El hombre de color sacudió la cabeza.

—No —negó con la cabeza—. La abandonaron en el portal de la galería después de propinarle una paliza y con obvios signos de agresión sexual. Los testigos dicen haber visto un sedán negro deteniéndose unos segundos antes de que la puerta trasera se abriera y empujaran su cuerpo a la calle. No tenía matrícula y los cristales eran tintados.

—Hijos de puta —siseó Danielle, temblando de ira contenida—. Malditos y desgraciados cabrones.

Garret le cogió la mano, calmándola, manteniéndola estable.

—Eso parece algo personal —comentó manteniendo un férreo agarre en su chica. Brian podía ver cómo le afectaban las noticias. Danielle había ejercido de *scort* antes de conocerle y había tenido que ver también la cara más amarga de la humanidad. Pero en el caso de su secretaria, su enfermedad la había llevado a buscar esa salida incluso cuando no deseaba seguir adelante—. Pero ¿por qué? La recuerdo de su paso por la compañía y no era una mujer conflictiva, diablos, si hasta era tímida.

Mich sacudió la cabeza y miró a Camden.

—Todo lo que sé es lo que me han dicho en comisaría —respondió mirando al chef. Él vivía con el poli así que era posible que tuviese más información al respecto.

—La mujer fue llevada inmediatamente al hospital y sigue inconsciente —comentó Camden—. Desconozco el parte médico, pero hasta que despierte y puedan interrogarla, va a ser difícil saber a ciencia cierta qué demonios es lo que pasó.

El abogado sacudió la cabeza con visible irritación.

—Lleva casi dos años limpia, asiste a todas las sesiones de grupo, abrió la galería en primavera y le iba bien —sacudió la cabeza—. Hasta dónde yo sé siempre ha mantenido un perfil bajo. Esto es… absurdo.

Hubo un momento de silencio mientras cada uno de los presentes se sumía en sus propios pensamientos.

—¿Estás seguro que el negocio de la galería es legal?

La pregunta que dejó salir Garret colgó sobre la sala como una espada de Damocles.

—Yo mismo he sacado los permisos, la contabilidad la lleva una de nuestras asesorías… —enumeró—. Si esto tiene que ver con su trabajo o algún posible cliente, tendría que ser gestionado a parte y no hay movimientos que hayan hecho saltar las alarmas desde que se inauguró el lugar.

—No nos precipitemos en hacer juicios o sacar conclusiones y dejemos que la policía haga su trabajo —sugirió mirando a todos los presentes—. Esperemos a ver si la chica despierta y puede arrojar algo de luz sobre lo ocurrido —dicho eso, se giró hacia Camden. Conocía muy bien a su socio y amigo, podía imaginarse lo que este asunto traía a su mente dada la forma en la que se había vuelto a encontrar con Sio—. No dejes que Logan haga ninguna gilipollez.

Sonrió de soslayo, una mueca que poco tenía de alegría o diversión.

—Estará bien, Sio le sacará la mierda con la pala del jardín si se pone tonto —replicó con palpable ironía.

La mención de la pala le llevó a recordar una herramienta muy distinta y el delicioso culo de la curvilínea mujer que no podía sacarse de la cabeza.

—Parece que os va bien con la pequeña sumisa —comentó Garret atrayendo más cerca a su compañera.

El chef asintió, su mirada se transformaba cuando se trataba de ella.

—Ha sido un cambio bienvenido y necesario —aceptó pensativo, entonces sonrió de soslayo.

—Es increíble cómo han cambiado las cosas en el último año y medio —comentó Danielle mirándolos a todos—. Nolan parece otro desde que está con Charlotte, es como si se hubiese sacado un enorme peso de encima. Tú incluso te has vuelto tratable, chef —le dijo a Camden—, y Trey va con correa.

Todos se rieron con ese último comentario.

—¿Te unirás al grupo de los socios reformados, Jefe? —Su mirada estaba ahora sobre él, curiosa.

—No corras tanto, amor, no corras tanto —la atajó al momento.

—Yo diría que ya ha empezado a ir en la dirección correcta —soltó Camden, mirándolo de soslayo—. Llevas una pala de distancia por ahora.

No pudo evitar sonreír a pesar suyo, sacudió la cabeza y se recostó en el respaldo de la silla.

—Um… ¿qué me he perdido? —preguntó Garret visiblemente interesado.

—Nada, por ahora…

—¿No me digas que has encontrado a alguien que te aguante? —le soltó Dani visiblemente sorprendida.

—Nena, si fueses mía te pegaría en ese culito respingón hasta que no pudieses volver a sentarte.

—Gracias por tu interés, Brian, pero ya lo hago yo —se rio Garret.

Sacudió la cabeza y miró a sus compañeros, sus amigos y hermanos en más de una manera.

—Parece mentira que hayan pasado ya casi siete años desde que decidiste crear la Crossroad, Gar —comentó mirando la sala a su alrededor—. A veces me parece que fue ayer.

El aludido asintió.

—Sí, a mí también.

Su tono de voz evidenciaba algo que ya suponía, algo que no estaba seguro si llegaría a desaparecer algún día.

Garret había sido el instigador de la *Crossroad Company*, su necesidad de mantener viva la memoria de Ágata, lo había llevado a reunirles a todos tras el primer aniversario de su fallecimiento y acordar levantar este lugar.

El cometido de la compañía era el mismo que había movido a su pequeño ángel, el ayudar a las personas que lo necesitaban. Gracias a los distintos contactos que poseían y, especialmente, a los de Jax, habían conseguido ventajosas asociaciones. Clínicas, empresas de colocación y otras instituciones colaboraban abiertamente con el proyecto proveyéndoles de los servicios que necesitaban. Lo que había comenzado como una pequeña agencia de apoyo emocional, había ido creciendo hasta convertirse en lo que era hoy. Los tiempos en los que se ocupaban personalmente de cada cliente habían quedado atrás, seguían prestando un servicio de atención personalizada, pero con la comodidad de que contaban con profesionales que se encargarían de las necesidades de cada individuo.

El éxito cosechado venía también dado por el sistema de anonimato y discreción. No había un enorme letrero en la puerta del edificio que dijese *«si su vida es un pozo de desesperación, acuda a nosotros»*. No había publicidad agresiva, ni anuncios televisivos o cuñas publicitarias en las emisoras de radio, no se anunciaban a bombo y platillo en las azoteas, eso no era lo que querían, no era lo que Ágata había hecho.

Pero la realidad era que, hoy por hoy, la compañía había crecido hasta tal punto que era necesario implementar algunos cambios y el principal era conseguir a gente que pudiese involucrarse a tiempo completo en el proyecto.

Últimamente se hacía cuesta arriba compaginar sus propios empleos con la gestión de la compañía, Danielle había sido uno de los mejores fichajes, pero la chica estaba exhausta y no era para menos.

—Creo que ha llegado el momento en que la Crossroad Company abra sus puertas a sangre nueva.

Su inesperada admisión hizo que todos los presentes se girasen hacia él. Camden fue el primero en dejar escapar un suspiro, se reclinó contra el respaldo de la silla y asintió.

—Me alegra ver que no soy el único que ha pensado en ello —comentó el chef—. Cada día empieza a hacerse más complicado el poder sacar tiempo y compaginar una vida con otra.

Garret se removió en su asiento, se inclinó hacia delante y cruzó las manos encima de la mesa.

—Incluso yo he pensado en ello —aceptó, lo cual fue una sorpresa para más de uno. Él el primero. Brian sabía lo mucho que ese lugar significaba para él, lo que ella había significado para él y todavía significaba—. Pero no me siento cómodo ante la idea de abrirle las puertas a alguien ajeno a nosotros.

—Tío, eso es lo que hacemos todos los días cuando recibimos a los clientes —le recordó Camden.

—Podríais hacer que Jax salga de su *Jax-cueva* y os eche una mano —sugirió Danielle mirando a su pareja.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez que Jax se ocupó de la oficina? —comentó oportunamente—. Si mi memoria no me falla, querías sus huevos en bandeja porque se había cargado todo el fichero.

La chica soltó un gemido.

—Sí, olvidad lo que dije. Pensamiento malo. Borradlo del mapa.

—Sigo pensando que eso lo hizo a propósito —dijo Mich con un bajo bufido.

—No me sorprendería —aceptó él. Entonces sacudió la cabeza y miró a Garret—. Pero deberíamos plantear esto en cuanto Nolan vuelva de viaje. No podremos seguir así mucho tiempo más. Incluso tú estás teniendo problemas para cuadrar fechas con los conciertos y atender al mismo tiempo a la empresa, y eres el que está más libre.

—Personalmente, me vendría muy bien tener un poco de ayuda —añadió Dani poniéndose de su lado—. Y vacaciones. Dios. Mataría por una semana de vacaciones sin veros la cara a ninguno… bueno, sin contarte a ti, amor.

Garret sacudió la cabeza, pero estaba sonriendo.

—Quizá ha llegado el momento de sentarnos y volver a plantearnos el futuro —recomendó Mich—. Ninguno somos ya los mismos que dejamos esa casa hace casi ocho años.

—Si hoy estamos aquí es precisamente porque se lo debemos a ella —recordó Garret levantando la mirada en respuesta.

—Sí, pero le debemos el seguir adelante con nuestras vidas, hermanito, eso es lo que nos pidió a todos —le recordó—. Y ya es hora de que lo hagamos.

Hubo un nuevo momento de silencio en la sala, entonces Garret se levantó y empezó a caminar hacia la puerta.

—Avisad a Nolan —pidió en voz baja, perdido en su propio mundo—. Cuando vuelva de viaje, nos reuniremos todos una vez más.

Abandonó la sala de juntas sin decir una sola palabra más, dejándoles a todos con un sabor agridulce en la boca.

—Maldito terco —escuchó musitar a Danielle un segundo antes de que se pusiera de pie y saliese tras él. La chica se detuvo únicamente al llegar a la puerta—. Yo… intentaré hablar con él —dicho eso, salió por la puerta.

—Tiene que empezar a dejarla ir, a dejarla marchar de verdad —dijo Camden levantándose también—, o va a terminar haciéndole daño a la persona que tiene al lado.

Las palabras de Camden penetraron también en él incluso aún sin pretenderlo.

—Hablaré con Jax —comentó entonces, dejando también su asiento—. Si alguien puede llegar a Garret, además de Dani, es él.

Sus dos compañeros asintieron.

—A veces pienso que él es el único capaz de llegar a cada uno de nosotros la mayor parte del tiempo —resopló Camden–. No tengo ni idea de cómo lo hace, pero a veces es… como si fuese Ágata la que habla a través de él.

Sí, había tenido esa misma sensación en muchas ocasiones, lo cual resultaba espeluznante.

—Y hablando de Jax, ¿qué demonios está haciendo ahora ahí arriba? —preguntó Mich—. Cam me comentó que había traído nuevos muebles.

—Remodelación, imagino. —Se encogió de hombros—. Con ese hombre nunca se sabe —

suspiró y miró a sus compañeros—. Dado que Garret va a estar con síndrome premenstrual durante un buen rato, ¿alguno puede cubrirme unos minutos mientras voy a la guarida a hablar con el ermitaño?

Camden se rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—Te cubro hasta que bajes —aceptó y echó un vistazo al reloj—. Aprovecharé para ver si Logan tiene noticias sobre lo sucedido.

—Dile que me llame tan pronto las tenga, iré al bufete y luego me pasaré por el hospital.

Asintió y ambos salieron por la puerta dejándole solo.

—De acuerdo, hora de intercambiar un par de palabras con el oráculo —murmuró para sí mismo con una mueca. Después del día de hoy, pensaba ponerse las zapatillas deportivas y salir a correr, quizá entonces pudiese dormir toda la noche de un tirón.

CAPÍTULO 23

Jax examinó con ojo crítico la nueva estancia. El diván y las estanterías ya estaban en su lugar, la alfombra, las lámparas de pie, la habitación estaba cobrando la forma de una acogedora biblioteca. Su intención era añadir también un pequeño bar en la esquina, quizá incluso un televisor en un mueble empotrado, pero tenía que estudiarlo. El área era lo bastante grande para dar cabida a toda su familia, porque esos hombres, con sus defectos, su oscuro y doloroso pasado, eran su familia.

Se giró hacia la puerta entreabierta cuando escuchó el sonido del ascensor, alguno de los socios acababa de meter la llave del Purgatorio y subía a hacerle una visita. Salió de la habitación y cerró tras él, pronto esa puerta permanecería siempre abierta pero todavía no era el momento. El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron dando paso a Brian, el más joven de los socios de la *Crossroad* y, en muchos aspectos, uno de los más maduros.

Unas visibles ojeras añadían cansancio a su agotado rostro, de algún modo las antiguas pesadillas parecían haber abierto de nuevo las puertas para colarse en su sueño.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste una noche completa?

—Creo que fue antes de la guardia del fin de semana —replicó con un encogimiento de hombros—. Me he pasado el domingo y el lunes en el cuartel, hoy dormiré como un bebé.

Sacudió la cabeza, ambos sabían que su cansancio no tenía que ver con su trabajo en el departamento de bomberos y sí con su oscuro pasado.

—¿Y allí también te visitan las pesadillas?

El chico no vaciló.

—Allí es dónde las revivo cada segundo del día, Jax —le dijo sin inflexión alguna en la voz—, y es lo que me hace ser mejor bombero. No podría serlo y permitir que la tragedia que asoló mi vida destruya la de otras.

Si había alguien digno de admirar era ese muchacho. Cada vez que salía ahí fuera en una emergencia, que se enfrentaba a un incendio, tenía que ser cómo enfrentarse a aquello que no había podido evitar, como una puñalada en el alma y a pesar de ello, seguía haciéndolo, una y otra vez. No sabía si intentaba espiar sus pecados o castigarse por ellos.

—¿Has terminado ya con la remodelación?

El cambio de tema fue bienvenido.

—No. Me llevará algún tiempo más —aceptó mirando por encima del hombro la habitación cerrada al final del corredor que se dividía en varias habitaciones—. Estará lista, cuando deba estarlo. Pero dime, ¿cómo está ese satélite tuyo?

—¿Satélite?

—La llamaste Luna. —Sonrió para sí, guardándose sus pensamientos para sí mismo—. ¿Ha vuelto por tus dominios?

Asintió dando un paso adelante y metiendo las manos en los bolsillos.

—El pasado viernes asistió a la segunda clase del seminario del club.

Y a juzgar por la manera en que lo dijo, había mucho más interés en su voz de lo que quería dejar traslucir.

—¿Y? —lo empujó.

Sus ojos se encontraron.

—Es una sumisa interesante.

Enarcó una ceja con palpable ironía.

—Un folleteo de una noche es interesante, Bri, espero por tu bien que ella haya sido algo más.

Se tensó al escuchar el diminutivo de su nombre, no lo hacía consciente, pero los recuerdos todavía estaban allí, listos para saltar y apoderarse de su alma.

—Lo fue, Jax, lo fue —aceptó rotando los hombros—. Ahora le toca a ella hacer el próximo movimiento. Si acepta mi invitación, la tomaré como sumisa y… ya veremos a dónde nos lleva eso a ambos.

—Un movimiento arriesgado —comentó sin apartar la mirada de él—. ¿Eso es lo que ella quiere? ¿Lo que tú quieres?

—Ella está confundida, muy confundida en realidad —dijo retirando las manos de los bolsillos. No estaba cómodo, no quería hablar y, sin embargo, tirarles de la lengua a los socios era su trabajo; uno en el que era endiabladamente bueno—. En cuanto a mí… digamos que ella es más interesante de lo que había pensado. Pero no vengo a que me psicoanalices —lo cortó de raíz—. Ha ocurrido algo a uno de los clientes de la compañía, una chica que está todavía bajo supervisión.

Asintió. Danielle le había puesto al tanto de lo ocurrido. Sabía que el abogado de la compañía estaba que se subía por las paredes, lo cual no era algo usual.

—Sí, nuestra apetitosa secretaria me ha informado de los detalles —aceptó y esperó a ver si tenían nuevos datos sobre lo ocurrido—. ¿Se sabe algo más?

Negó con la cabeza.

—De momento no —le dijo. Entonces se pasó la mano por el pelo corto con gesto cansado —. Pero no es eso por lo que vengo a buscarte.

Interesante.

—La *Crossroad Company* necesita sangre fresca —le soltó sin más—. He puesto la idea en conocimiento de los socios, a falta de Nolan, quién está fuera por cuestiones de negocios. Se ha decidido convocar una reunión interna cuando vuelva…

Y por fin la rueda del destino empezaba a girar, pensó con un agradecido suspiro. Aquello era algo que tenía que pasar antes o después, pero debían ser ellos los que se diesen cuenta de ello, quienes decidiesen seguir adelante y avanzar.

—Garret… él…

—Garret sigue anclado en el pasado, aferrado al recuerdo de una mujer que ya no existe… —resumió por él.

Él todavía la lloraba. Podía haberse reconciliado con su partida, haberse enamorado de Dani y quererla de corazón, pero no había dejado ir todavía el primer amor.

Había sido testigo de esa relación, de ese enamoramiento, de la profundidad con la que habían conectado, del amor que se habían profesado… había sido un infierno mantenerle anclado a la vida después de su partida pues había estado decidido a seguirla. Trey, esa otra personalidad que convivía con la propia había sido el hilo del que había tirado, el único que lo había guiado a través del dolor, volcando en él toda la rabia y la impotencia y convirtiéndose en un hijo de puta de tomo y lomo. Gracias a él había tenido tiempo para encauzarle, para que llorase incluso en su recluso lugar interior a la mujer que amaba y encontrase en la *Crossroad* un motivo para seguir hacia delante. Ahora era él quien debía darse cuenta de que el motivo ya no era la compañía, que por quién debía levantarse cada día, por quién debía respirar y desear vivir era por la secretaria

que él mismo había elegido, su amante, su compañera y el amor que intentaba enraizar en su corazón.

—Cada uno necesitamos un motor, un motivo por el que seguir adelante —comentó en voz alta, mirándole a los ojos—. Cuando Ágata os dejó, perdisteis el rumbo, algunos conseguisteis salir adelante y encontrar un puerto de abrigo en el que refugiaros momentáneamente. Durante mucho tiempo, el de Garret fue Trey, pero una vez pasada la tormenta, se debe seguir avanzando. Danielle es su meta, su destino final, es hora de que abra los ojos y lo vea. Nadie merece vivir toda la vida en soledad, ni tampoco anclado en el pasado y esto, amigo mío, va también por ti. Si Luna es la indicada, ve a por ella, envuélvela y átala con doble nudo, no hay muchas sumisas que puedan hacer frente a un dominante como tú.

Le palmeó el hombro para darle ánimos y añadió.

—Hablaré con Garret —le confirmó—. Ya es hora de que los socios de la *Crossroad* demos un nuevo paso en este camino que es la vida y dejemos paso a sangre nueva.

CAPÍTULO 24

—Debería cogerme unos días e ir a ver a mi madre, al menos sus locuras son coherentes y no me levantan dolor de cabeza —musitó Luna para sí misma—. Y pensar que todavía es martes.

Echó la cabeza hacia atrás y resopló. Había cogido el metro nada más salir del trabajo y se había venido al *Promenade*. Necesitaba despejarse, quitarse de la cabeza todo el estrés y teniendo reciente el encuentro de esa mañana con Siobhan, necesitaba más que nunca aclararse las ideas.

La mujer había resultado ser una compañía interesante, divertida, culta e inteligente, con sentido del humor y arrolladoramente sincera. No había tenido problema en hacer referencia a su encuentro del viernes y despejarle todas las dudas que pudieran surgir a raíz de su relación con dos maestros. Sin duda le había dado toda una lección de humildad.

Sio le había contado cómo había sido agredida por un asesino y dada casi por muerta, cómo conocía a Brian desde que su difunto marido la había introducido en el mundo de la dominación y sumisión y cómo gracias a él había podido encauzar de nuevo su vida. En honor a la verdad, le había sorprendido sentir una punzada de celos al escucharla hablar con tanta confianza del Maestro, pero lo había enterrado inmediatamente. La paisajista estaba muy enamorada de sus hombres y había descubierto que era muy fácil hablar con ella de cosas tan íntimas como las que le habían ocurrido en ese club.

«Al principio puede resultar muy chocante, incluso duro, no por el hecho de que eres una mujer adulta y te están tratando como una niña, sino porque te excita eso. El saber que tu amo o maestro es quién toma las decisiones, que no tienes más opción que obedecerle y aceptar lo que te dará puede resultar difícil de asimilar. Pero una vez lo haces, creo que es como si una pieza de puzle encajase en su lugar».

La incomprensión de sus propias emociones, el saber qué era realmente lo que se quería, si encajabas en ese mundo, si era lo que necesitabas o por el contrario te estabas perdiendo a ti misma. Todo ello pesaba en su mente más que en su corazón, especialmente porque era lo que le había dicho Siobhan, si bien la mente decía que aquello no estaba bien, que no lo deseaba, su cuerpo obraba en sentido contrario, disfrutando de esa pérdida de control, de no pensar, de saber que nada te haría daño porque estabas a su cuidado.

«¿Cómo supiste que esto era lo que querías? En qué momento dijiste: sí, esto es lo que necesito, lo que deseo».

Ella le había sonreído entonces, sus mejillas sonrojándose.

«Con mi marido llevaba tiempo de relación cuando me di cuenta que había algo que simplemente faltaba en mi interior, fue como si algo hiciese clic y las cosas encajasen en su lugar. Con Camden y Logan… bueno… El que uno de mis maestros sea capaz de entenderme con una mirada, que sepa lo que quiero incluso antes de que yo misma sea consciente de ello y que, con tan solo tener sus ojos sobre mi cuerpo sienta que me derrito… fue suficiente. Disfruto cuando los veo disfrutar, me siento realizada cuando sé que los complazco y no solo en el terreno sexual. Quiero decir, ¿no se te encoge el corazón cuando la persona a la que quieres está triste? ¿No quieres hacer algo para que sonría? Sucede incluso cuando ni siquiera sabes que estás enamorada, Luna, te lo aseguro».

Enamorada. Ella no estaba enamorada de Brian, era absurdo. Apenas si lo conocía, todo lo que habían hecho era follar…

—Y le has otorgado más confianza de la que nunca has puesto en manos de nadie —se recordó a sí misma.

Sacudió la cabeza. Envidiaba la tranquilidad y la aceptación que veía en los ojos de su nueva amiga, pero seguía sin estar segura si eso era algo para ella.

—¿Qué es lo que quiero? —Se planteó de nuevo en voz alta envolviendo los dedos en el forjado de la vaya, mirando la ciudad al otro lado del río y el puente de Brooklyn cada vez más cerca—. ¿Qué es lo que quieres, Luna?

Cerró los ojos y dejó que su mente volviese a esa última noche, a lo que había sentido, a cómo se había excitado y su cuerpo enseguida cobró vida. Sí, no podía negar que lo había disfrutado, que se había sentido liberada de muchas maneras, pero ¿podía ir más allá? ¿Podía arriesgarse a iniciar algo más permanente con un hombre siguiendo esta línea?

—Si pensase que el maldito río iba a aclararme las dudas, me tiraría de cabeza —masculló mirando más allá de la explanada de los diques con una mueca—. Dios, que lío.

Tamborileó con los dedos la verja que cercaba el paseo y continuó caminando hacia el puente. Tenía intención de llegar hasta la entrada y dar media vuelta. Ya había hecho un buen trecho del paseo sumida en sus cavilaciones, como siempre, la zona le reportaba tranquilidad y a esas horas de la noche, el tráfico de turistas no era tan acuciante, con lo que era una buena hora para encontrarte con gente yendo en bici o incluso haciendo deporte.

Echó un vistazo al reloj, el último metro de vuelta salía a las 21:50 con lo que tenía algo más de hora y media para cogerlo con tranquilidad. No tenía prisa en volver a casa, no cuando se encontraría con Cass dispuesta a someterla un día más al tercer grado. Desde que le había soltado de carrerilla todo aquello el pasado viernes, no había dejado de atosigarla al punto de que había terminado gritando con su hermana de fraternidad.

Ella no era así. Cassandra podía ser desquiciante a veces, pero nunca habían llegado al extremo de gritarse. La sorpresa en el rostro de su amiga la había herido, se había sentido como la mierda y había optado que lo mejor, dadas las circunstancias, era mantenerse alejada al menos mientras pudiese poner en orden sus ideas.

—Mi vida se está yendo por la alcantarilla —resopló. Tiró de su bolso bandolera, descorrió la cremallera y hurgó en su interior hasta encontrar el teléfono. Tampoco quería que su hermana se preocupase después de la discusión que habían tenido, especialmente cuando apenas se habían limitado a saludarse y poco más los últimos días.

Tomó una profunda respiración, desbloqueó la pantalla e hizo una mueca al ver que tenía un mensaje de audio de ella.

—Está claro que ambas pensamos igual —murmuró. Se apoyó de nuevo en la barandilla y se llevó el teléfono a la oreja para escuchar el mensaje—. De acuerdo, aquí vamos.

La voz de su amiga sonaba apagada, sin la chispa de costumbre, con un tono mucho más medido y calmado que le indicaba que el discurso había sido largamente meditado.

—Ey, Luna. Um… me habría gustado decirte eso en persona, de hecho, lo haré, pero está claro que estos días necesitas tiempo para ti y, bueno, que siento lo que pasó el otro día.

Hubo un momento de silencio, un suspiro y continuó.

—¿Sabes? Es verdad eso que dicen que uno solo ve la paja en el ojo ajeno y no en el propio. Me he comportado como una idiota poco reflexiva, especialmente porque yo he pasado por lo mismo que estás pasando tú ahora y en vez de apoyarte… te he presionado.

Un nuevo instante de silencio al que siguió el sonido de su amiga dejándose caer en el

sofá.

—Quiero que sepas que me tienes aquí para lo que necesites. Si quieres hablar, te escucharé, si solo quieres sentarse en silencio, te haré compañía. —Pareció tomar aire para continuar—. Y si necesitas estar sola, lo respetaré. Eres mi mejor amiga, mi hermana y te quiero, por eso no puedo evitar ser un coñazo de tía.

Su comentario le arrancó una sonrisa.

—Prometo no preguntarte, ni presionarte. A partir de ahora, esperaré a que tú decidas contármelo, si es lo que quieres. —El silencio inundó de nuevo la línea, entonces siguió—. Si te sirve de consejo: A veces la cabeza es la que tienes que dejar de escuchar, apagar el interruptor y dejar que tu cuerpo te aconseje. Te quiero mi hermana *Kappa Psi Omega*. No pases mucho tiempo vagabundeando por ahí.

Sonrió para sí. Cass la conocía muy bien, mejor que ella misma en ocasiones y el que hubiese dado un paso atrás, la honraba. Se lamió los labios, accionó el icono del micrófono y se lo llevó a los labios.

—Disculpas aceptadas, hermana y gracias por el consejo.

Se mordió el labio inferior, sacudió la cabeza y continuó.

—Estoy echa un lío, Cass, pero es algo mío, algo que necesito resolver por mí misma. Lo entiendes, ¿verdad? Y para eso necesito tiempo, al menos un poco más para entender qué es lo que quiero y si tengo el valor suficiente para arriesgarme e ir a por ello —suspiró y miró hacia la ciudad—. Estoy en el *Promenade*, cuando coja el metro de vuelta te aviso y no te preocu… No… no me jodas, ¡la madre que me parió!

Soltó el botón y se quedó con el teléfono en la mano mirando al corredor que avanzaba en su dirección totalmente ajeno a sus alrededores, controlando algo en el reloj de pulsera que llevaba. Vestido de negro de los pies a la cabeza, con una camiseta que, a medida se acercaba, empezó a reconocer como la típica del departamento de bomberos marcando la impresionante musculatura del jefe Reynols. La manera en que se movía era hipnotizante, marcaba el ritmo con cada respiración, avanzando a zancadas, la camiseta ciñéndose con cada movimiento sobre un cuerpo escultural, oscurecida por zonas, lo que hablaba de sudor, el mismo que le perlaba el rostro y el cuello. Sus ojos iban ocultos bajo unas gafas de cristales plateados que reflejaban la luz creando unos curiosos destellos.

Se encontró dando un paso atrás, buscando el aire que se le había ido de los pulmones mientras miraba a un hombre que estaba tan bueno vestido como desnudo.

Su móvil emitió un sonido en esos momentos indicando la entrada de un mensaje. Bajó la mirada lo justo para averiguar el remitente y al momento escuchó un jadeo y su nombre.

—¿Luna?

Levantó la cabeza, emitió un pequeño jadeo y allí, sacándose las gafas entre jadeos, con ese enorme cuerpo bloqueándole el camino y una chispa entre curiosa y divertida en los ojos, estaba él.

—Vaya, pequeña, ¿qué haces tú por aquí? —preguntó antes de parar algo en su reloj para luego mirarla de uno—. Esta sí que ha sido toda una sorpresa.

Se lamió los labios y asintió.

—Sí, una de proporciones catastróficas.

Brian no esperaba encontrarse con esa encantadora muñequita de mechas azules cuando

volvía de hacer sus ocho kilómetros diarios. Detuvo el cronómetro, se llevó las manos a las caderas y la contempló con curiosidad mientras recuperaba la respiración. A juzgar por su pulcro aspecto, debía haber venido directa del trabajo.

La mordaz respuesta a su pregunta lo llevó a sonreír, seguía siendo tan irónica como siempre.

—¿Qué te trae por Brooklyn? —le preguntó de nuevo—. Estás un poco lejos de tu zona.

Vio como apretaba el teléfono entre los dedos, nerviosa y también incómoda. Al igual que él se había llevado toda una sorpresa al verle allí.

—Imagino que lo mismo que a mucha gente que viene al *Promenade*, dar un paseo por una de las zonas más pintorescas de la ciudad —respondió directa, recuperándose de la sorpresa —. ¿Y tú, señor? Er… quiero decir…

Sonrió y se inclinó hacia delante. Le gustaba que lo reconociese como su amo, aunque no lo fuese, todavía.

—Puedes llamarme Brian cuando no estemos dentro de la dinámica D/S, mascota —le informó, entonces volvió a separarse para dejarle espacio—. En cuanto a tu pregunta, estaba terminando mi carrera de hoy.

Parpadeó y dio un inmediato paso a un lado.

—Oh, en ese caso, no te interrumpo, sigue.

Su pequeña y divertida sumisa lo estaba echando con cajas destempladas.

—No te preocupes ya iba de vuelta para casa.

Su respuesta hizo que ladease la cabeza y mirase a su alrededor.

—Ah, ¿vives por aquí? —La curiosidad estaba presente en su voz.

—Sí, en Montague —señaló por encima del hombro al tiempo que se le ocurría una excusa perfecta para entretenerla un rato más—. ¿Tienes prisa? Puedo invitarte a un café o una cerveza. Me temo que es lo único que hay ahora mismo.

Parpadeó visiblemente sorprendida por la invitación.

—No, yo, no hace falta y… —Se detuvo, arrugó esa pecosa nariz que tanto le gustaba y ladeó la cabeza—. ¿Has dicho que vives en la calle Montague?

El interés que detectó en su voz captó de inmediato su atención de Dom, la observó detenidamente y vio como respondía a su escrutinio sonrojándose.

—Sí, en el 7 de *Montague Terrace*, justo en frente del *Promerade* —respondió atento a su expresión y no pudo evitar sonreír interiormente—. Déjame adivinar, eres de las que le gusta la arquitectura de las casas *brownstones*.

Punto, set y partido, pensó al ver cómo se sonrojaba aún más, sus ojos adquirían un tinte de vergüenza y se ponía al momento en modo defensivo.

—La última vez que repasé la Constitución, eso no era un delito.

—Con el nuevo presidente… dale tiempo —replicó con un bufido.

Puso los ojos en blanco, no pensaba entrar a debatir sobre política.

—No me vas a llevar por ahí, Brian.

Sonrió ampliamente.

—No tenía intención, Luna. —Pronunció su nombre con la misma intención que ella había pronunciado el suyo—. Pero insistiré en mi invitación. ¿Café?

La tensión se relajó entre ellos, parecía que volvían a estar medio en paz.

—Te lo agradezco, pero es tarde y no estoy de humor para visitas sociales.

La recorrió de pies a cabeza.

—No, tampoco estás vestida apropiadamente para ello porque imagino que llevarás

bragas.

Abrió la boca para decir algo, pero optó por cerrarla al momento, sus mejillas iban a estallar en llamas de un momento a otro, era tan fácil hacerla sonrojar.

—Vamos, Luna, solo bromeaba —le dijo al tiempo que le rodeaba la cintura con el brazo y la encaminaba en la dirección correcta—. Un café y te dejaré en paz…

Lo miró de soslayo.

—Me lo pones por escrito.

—…por hoy.

—Ya decía yo.

No podía evitarlo, le encantaba hacerla rabiar.

—Hoy estás guerrillera, ¿eh, sumisita?

—Si piensas que solo es hoy, es que no has prestado mucha atención los días anteriores.

Se rio entre dientes y la obligó a caminar.

—Vamos, incluso te llevaré a casa si no quieres coger un taxi.

Sus ojos pardos volvieron a posarse en él.

—He venido en metro —le soltó muy digna—. ¿Tienes idea de lo que cuesta una carrera de taxi de aquí a Lenox?

—No, dulzura, no lo sé —replicó sin más—. Suelo ir en coche a todos lados o usar el metro como el común de los mortales.

—Y yo que pensaba que irías en patinete —masculló mordaz—, es más acorde a tu edad.

Dejó caer la mano sobre su apetitoso trasero haciendo que diese un salto.

—Esa boca, Luna, esa boca.

—Vuelve a hacer eso y…

—¿Te correrás gritando mi nombre? —sugirió apretándola más contra su costado.

—No —siseó la pequeña fiera—. Te morderé. Mucho. Hasta sacar sangre.

—*Auch.* —La miró con contenida diversión—. Ya estás sacando las uñas y todavía no has probado ni el café.

—No quiero café.

—¿Mejor una cerveza? —propuso guiándola hacia el recodo que giraba hacia su propia calle—. ¿Tengo que ordenártelo, pequeña?

Aquello hizo que saltase.

—No eres mi amo.

—No será por falta de interés de mi parte. —Y maldita fuera, porque esa era la verdad—. Piensa en las ventajas de aceptar mi invitación como amigos, Luna. Te tomarás un café, podrás ver una de las *brownstone* que parecen llamarte la atención en primera persona e incluso te ahorrarás el viaje en metro. Te llevaré a casa.

Hubo un sutil cambio en su lenguaje corporal, parecía como si su cuerpo tirase hacia un lado y su mente hacia otro. Así que lo mejor sería que él tomase las riendas y decidiese por ella.

—Vamos, si sigo esperando a que te lo pienses nos darán aquí las uvas —replicó empujándola de nuevo hacia la calle correcta—. Bienvenida a Montague Place, el número siete está por ahí.

Su reticencia quedó vencida al momento por los edificios, su cambio fue radical, pasó de estar irritada a enamorada de lo que estaba viendo. Sí, la pequeña sumisa estaba enamorada de las antiguas construcciones típicas de Brooklyn.

—Entonces, ¿sueles venir mucho por aquí? —le preguntó ahora que estaba distraída.

—Cuando puedo escaparme después del trabajo —respondió poniendo toda su atención en

los edificios, entrecerrando los ojos cuando veía algún letrero que decía alquiler. ¿Estaba buscando vivienda?—. Me gusta pasear por el *Promenade* y las vistas son espectaculares.

—Eso no lo dudo. —Él había hecho su hogar allí precisamente por eso y porque estaba lo suficiente alejado de su antigua casa.

—Por cierto. —Se volvió hacia él como si hubiese recordado alguna cosa—. ¿Quién está a cargo de la reparación del sistema anti incendios de la biblioteca pública?

Frunció el ceño ante su extraña pregunta.

—La Biblioteca está gestionada de forma privada, a mí me contrataron por medio de una empresa interna —explicó—. Trabajo de forma pública como Jefe de Bomberos y para la privada, de vez en cuando, como inspector de incendios. ¿Todavía no se ha puesto nadie en contacto para recalibrar el sistema?

Negó con la cabeza.

—Que yo sepa y, teniendo en cuenta los gritos de mi jefe esta mañana, no, nadie se ha pasado todavía —aseguró—. Si fuese otra zona, sinceramente me daría igual, pero se supone que la nueva ala es para mi departamento y ya van con un retraso brutal.

Asintió.

—Veré que ha pasado con el informe, si lo han recibido y ya han puesto a alguien a cargo —le dijo pensativo—. Creo que sé qué empresa podría encargarse de ello. Ya te diré algo.

—Te lo agradezco —aceptó ella—. Especialmente porque así no tendré que escuchar a ese capullo.

—Parece que no te cae muy bien tu jefe de sección.

—Es imbécil y no soporto la imbecilidad. —Se encogió de hombros—. Bien mirado, creo que hay muy pocas personas a las que soporte.

Se rio entre dientes.

—Nunca habría dicho que fueses una persona antisocial.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Y no lo soy —replicó con un mohín—. Soy una persona muy social, selectiva, pero social. De hecho, esta mañana me he encontrado con Siobhan y nos fuimos a tomarnos un café. Me ha caído muy bien.

Así que la pequeña sumisa había hecho migas con Sio. Eso era interesante, tendría que darle las gracias a la sumisa de Camden por prestarse a ello.

—Es una buena chica —aceptó mirándola—. Te vendrá bien contar con su amistad. Así podréis, como dice ella, chismear sobre las escenas y el tiempo en el club.

No respondió a su comentario, su mirada volvía a estar ahora puesta en su edificio. Los ojos casi le hacían chiribitas.

—¿Luna?

Se giró hacia él.

—¿Sí?

—¿Te has hecho ya las pruebas y los análisis?

Su pregunta fue como un verdadero golpe, lo vio en la forma en que la acusaron sus ojos y se replegó interiormente. *Bien, Brian, sutil, muy sutil.*

—Todavía no… sé si quiero… formar parte del club.

Tenía que agradecer su franqueza.

—Sigues teniendo dudas.

—¿No las tuviste tú también cuando entraste en este mundo?

—Las dudas empiezan a desaparecer a medida te vas adentrando en ello, a medida que

descubres si esto es lo que deseas o, por el contrario, no es para ti. —Fue muy franco—. Si me permites guiarte, quizá pueda ayudarte a descubrir qué es lo que deseas en realidad.

—Serías mi Maestro —no fue una pregunta, sino la constatación de un hecho.

—Y tú mi sumisa —asintió sin andarse con rodeos.

La vio vacilar, estaba incómoda a pesar de todo.

—Brian, yo no…

Le cubrió los labios con un dedo.

—Tienes tiempo hasta el próximo sábado. —La atajó—. Por ahora, ven, te he invitado a un café.

Le sostuvo la mirada durante unos instantes, la vio suspirar y asentir.

—De acuerdo, aceptaré tu invitación si también me enseñas la casa —pidió con gesto coqueto.

Sonrió interiormente.

—Eso está hecho, Luna, eso está hecho.

CAPÍTULO 25

Luna no sabía que decir o cómo reaccionar ante lo que estaba viendo, Brian Reynols no solo tenía una de sus casas favoritas, el capullo poseía una en la que las tres plantas eran suyas. Habían entrado desde la puerta principal la cual empezaba con un pequeño recibidor que llevaba a una sala de estar típicamente masculina, de ahí pasaba a la cocina y un pequeño comedor. La planta principal contenía también un pequeño aseo, la entrada al sótano desde la cocina y el acceso al segundo piso con una escalera abierta que se abría tras el recibidor.

—Como ves, la planta principal es de concepto abierto —le indicó apoyado en la isla de la cocina—. Luego, en el piso de arriba está el dormitorio principal con baño, mi sala de pesas y el estudio —le indicó la escalera al inicio del salón—, y por aquí se baja al sótano, —abrió una puerta al lado de los armarios de cocina—, dónde está el cuarto de la colada, una habitación llena de trastos, porque no se usa y… la mazmorra.

—¿La qué?

—Es dónde encierro a sumisas díscolas para mi propia diversión —le soltó.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Sí. —Sonrió, entonces añadió—. Y no.

—Creo que no tengo el más mínimo interés de ver tu sótano —replicó al momento—. Pero esta planta es… asombrosa. Tienes una casa preciosa.

—Gracias —asintió. Tamborileó con los dedos sobre la superficie de mármol de la moderna cocina—. ¿Te importa si me ausento cinco minutos para darme una ducha y cambiarme de ropa? Puedes curiosear por la casa, incluso te dejo que bajes al sótano si quieres ver mi patio de juegos.

Sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, gracias, puedo pasar sin ver tu colección de cromos y muñecos de acción —le soltó llena de ironía y lo despidió con la mano—. Adelante, auséntate el tiempo que necesites.

Sonrió, estiró la mano y para su sorpresa le soltó el moño.

—Tan educada. Eres una caja de sorpresas, ¿no? —le dijo soltándole el pelo—. Um… sí, esto está mejor. Me gustas más con el pelo suelto.

Dicho eso se apartó de su lado y la observó.

—Si quieres tomarte algo mientras, tienes la nevera a tu disposición —le indicó con un gesto de la barbilla.

Siguió su indicación con la mirada y vio la cafetera a un lado.

—Si quieres puedo ir haciendo el café —sugirió girándose hacia él—. Si me dices dónde guardas las cosas, lo tengo listo en cinco minutos.

—¿Estás segura de que sabrás hacerlo, mascota?

La obvia risa en su voz la llevó a entrecerrar los ojos y devolverle el desafío.

—Bueno, si quemo el café, dejaré que me des una vez con la pala —le soltó sin apartar la mirada de la suya, sobresaltándose cuando vio el brillo de deseo en sus ojos al mencionar tal sugerencia. Si creía que iba a volver a tocarla con esa cosa, la llevaba clara.

—No deberías hacer apuestas con tu Maestro, si pierdes tendrás que pagar.

Levantó la barbilla con gesto desafiante.

—En ese caso, no las haré —replicó con un ligero e inocente encogimiento de hombros—. De todas formas, no es como si te hubiese aceptado en el cargo, ¿no?

—Me están entrando ganas de volver a zurrarte el culo, Lunita.

—Pues contenlas, Jefe, contenlas —refutó—. Mi culo ha decidido quedarse fuera de tu jurisdicción.

—No tientes a tu suerte…

—No lo ha… —Perdió todo interés en replicarle cuando vio un enorme gato naranja atigrado, con las orejas recortadas, los bigotes retorcidos y con visibles calvas de pelo en patas y cola, además de una especie de jersey azul cubriendo gran parte de su voluminoso cuerpo—. Oye, ¿y tú de dónde has salido, chico?

Se agachó de manera automática, extendiendo la mano para que el gato la olisquease antes de escucharle ronronear y obtener así el permiso para rascarle entre las orejas.

—Oh, pobrecito. Mírate. Qué te ha pasado, ¿eh? —Siguió acariciándolo con mucho cuidado, intentando no tocar una piel que, si bien parecía que había cicatrizado hacía tiempo, conservaba un color y una textura extraña. Levantó la cabeza y buscó la mirada de Brian para encontrarse con sus ojos clavados en ella y el semblante serio, casi lejano—. ¿Va todo bien?

El hombre parpadeó saliendo de lo que parecía un momentáneo trance, la miró a los ojos y luego al gato.

—Lo siento, ¿qué me decías?

La manera en que reaccionó le pareció extraña. Cogió al gato entre sus brazos, un minino que pesaba lo suyo, y se incorporó.

—¿Tiene nombre?

Una inesperada sombra de dolor cruzó los ojos masculinos cuando la vio con el animal en brazos.

—¿Brian? —Le resultaba extraño pronunciar su nombre sin llamarle antes Amo o directamente señor.

—Gato, se llama Gato —le dijo de manera cortante, sobresaltándola.

Miró al minino y luego a él.

—¿Le has llamado al «gato», Gato?

—No fui yo quien le puso el nombre —dijo sin más.

Vale, estaba claro que había tocado un tema sensible.

—¿Qué le pasó? —preguntó con todo el tacto que pudo. Estaba acostumbrada a ver a ese hombre como una montaña de seguridad, alguien que podía echarse a los hombros los problemas de todo el mundo y seguir en pie. El verle tan… perdido… le afectaba más de lo que debería.

—Sobrevivió a un incendio.

Y eso explicaba la apergaminada piel y la falta de pelo.

—Cuanto lo siento, Gato —acarició al minino—, nadie debería pasar por algo tan horrible y doloroso.

El animal parecía haberse encariñado de ella, pues se puso cómodo con intención de echarse una siesta en sus brazos.

—De acuerdo, entonces. —Sonrió al micho y levantó la mirada para encontrarse de nuevo con él—. Ve a ducharte, tendré el café listo cuando vuelvas.

Su mirada cambió de nuevo, volviendo a ser la del hombre que conocía. Miró al gato y luego a ella.

—Eres capaz de domesticar a la más herida de las almas, ¿eh? —Su comentario la cogió por sorpresa. Sacudió la cabeza y señaló con el pulgar el piso de arriba—. El café está en el

primer estante de la derecha. Abre y cierra cajones y coge lo que necesites. Si no encuentras algo o me necesitas, según subes las escaleras, es la primera puerta a mano derecha, al final del pasillo. Ese es mi dormitorio.

—Lo tengo —admitió y se quedó abrazando al gato—. Vete.

Lo vio sonreír con ironía, entonces sacudió la cabeza y dio media vuelta rezongando por lo bajo.

—Increíble, la pequeña sumisa dándome órdenes en mi propia casa.

Sonrió también, no pudo evitarlo, parecía tan indignado como un crío al que no le salían las cosas como quería.

—Bueno, *Gato*, enseñémosle al Amo Brian como se hace un fabuloso café en esa cafetera suya.

El minino soltó un maullido de protesta cuando lo dejó en el suelo.

—Ya veo que te pareces a tu amo, siempre con la última palabra en la boca.

Brian dejó que el agua se deslizase por su cara, se restregó el rostro y continuó con el resto del cuerpo, enjabonándose y quitándose de encima el sudor, así como los oscuros pensamientos que habían acudido en tropel al verla sostener el gato entre sus brazos. Había sido como volver en el tiempo, ver de nuevo a Ágata con el gato en brazos, aceptándola como nunca un minino arisco como ese aceptaría las caricias de una extraña. Había estado a punto de advertirla cuando se agachó para acariciarle que el felino no se llevaba bien con los extraños, pero entonces lo había escuchado ronronear y deleitarse con los mimos.

Invitarla a subir a casa había sido un impulso, el deseo de pasar más tiempo con una mujer que le llamaba la atención y con una sumisa que despertaba en él todos sus instintos de Dom.

Casi podía imaginársela en la cocina, abriendo y cerrando armarios, maldiciendo en voz baja mientras se peleaba con la estúpida cafetera para preparar el café. Se lamió los labios al pensar de nuevo en su trasero, en su mano sobre esos glúteos volviéndolos de un bonito color rojo, en el eco de la pala sobre su piel. Sus gemidos en el club lo habían excitado, lo habían hecho ponerse tan duro como lo estaba ahora.

¿Y decirle que en el sótano estaba la mazmorra? Sonrió al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y se libraba del jabón, barriéndolo con los dedos. No, no le había mentido. En los últimos meses se había pasado los ratos libres acondicionando una de las habitaciones vacías a su gusto, convirtiéndola en una mazmorra casera, una que todavía no había recibido a ninguna sumisa. ¿Podría ser Luna la primera?

—Poco a poco, Brian, poco a poco. —Se tuvo que recordar en voz alta. Luna no era una sumisa experimentada, la mayor parte del tiempo no sabía ni lo que quería, estaba empezando a descubrirlo y debía proceder con cuidado, guiarla y tentar sus sentidos no asustarla a muerte.

Diablos. La quería, quería a esa mujer, la deseaba en su cama, atada, con una mordaza de bola callando esa petulante e insultante boca, la quería abierta y entregada a su placer.

—La quiero como mi sumisa.

La pregunta era si eso sería suficiente para Luna, si sería suficiente para él.

Cerró el grifo del agua, se limpió la humedad de la cara y se obligó a tomar una profunda bocanada de aire.

—Limítala al club —insistió hablando consigo mismo—, sedúcela y mantenla en el club, pero no te encariñes con ella.

Era peligroso cruzar esa línea, especialmente con una mujer que quizá no estuviese dispuesta a darle todo lo que quería, lo que necesitaba. Tenía que echar el freno, pisar el maldito pedal y esperar, observar y guiarla con suavidad, quizá entonces él también conseguiría despejar sus dudas.

Cuando regresó a la primera planta vestido con vaqueros y una camiseta, se la encontró canturreando mientras hacía una especie de dibujo en la segunda taza de café que ya tenía servida sobre la mesa.

—Así que, sí sabes cómo preparar un café.

Dio un salto sorprendida por su presencia, el gato seguía cerca de ella, restregándose entre sus piernas como si estuviese encantado de que esa mujer estuviese en su casa. Teniendo en cuenta que no había podido ver ni en pintura a su anterior sumisa, eso tenía que ser una señal.

—Mi madre le regaló a Cass esta misma cafetera, solo que con un patrón más… psicodélico —declaró claramente orgullosa de su manipulación—. Así que, el café está servido, señor.

Dejó escapar un pequeño bufido de risa.

—Así que, haciendo trampas, ya veo, ya.

Se llevó las manos a las caderas y le echó la lengua.

—Yo no hago trampas.

Su gesto infantil le pareció divertido y le vino que ni pintado.

—¿Acabas de echarme la lengua, mascota?

La forma en que se tensó, el sonrojo inmediato en sus mejillas le dijo que había captado el tono adecuado y respondía ante él.

—Ah… dijiste que…que me invitabas a un café. Solo café.

Chasqueó la lengua.

—Y ahora me replicas —sacudió la cabeza al tiempo que la acechaba—. Esa falta de disciplina requiere un correctivo.

Empezó a ponerse lívida, el aire escapó de su garganta y empezó a balbucear.

—Yo… yo no… no…

Empezaba a darle pena, la quería excitada, no asustada como un corderito.

—Un beso, Luna, ven aquí y dame un beso a modo de disculpa.

La aclaración surgió el efecto deseado, el color volvió a sus mejillas y la forma reticente en la que se movió le dijo que tendría que empujarla un poco más.

—Si tardas dos segundos más, cambiaré el beso por cuatro azotes en ese bonito culo, sumisita.

No había nada como ver a una pequeña gatita como ella fruncir el ceño para finalmente caminar hacia él y levantar la cabeza.

—A lo mejor, si te agachas puedo…

Capturó sus labios con suavidad, callándola, probándola desde fuera, cerrando las manos sobre su cintura para mantenerla quieta. La besó con calma, persuadiéndola poco a poco para abrir la boca y cuando por fin lo hizo, fue en busca de su lengua, succionándola, jugando con ella hasta que empezó a temblar y un dulce gemido escapó poniéndolo más duro aún.

—Gracias —le dijo mientras contemplaba como lo miraba aturdida—. Ahora, veamos cómo está el café.

La empujó suavemente hacia uno de los taburetes y la instaló.

—¿Esto te funciona siempre?

Enarcó una ceja llamándola al orden y esperó.

—Señor —concluyó no sin retintín.

—¿Besar a sumisas traviesas hasta dejarlas sin aliento? De vez en cuando.

Abrió la boca para protestar, entonces se lo pensó mejor, sacudió la cabeza y cogió su taza para darle un sorbo. El suave gemido que hizo casi lo lleva a saltar de la silla.

—*Capuchino moca* —musitó llena de deleite—. El cielo.

Iba a decirle que era exactamente el cielo en sus términos, pero un teléfono empezó a sonar en el interior del bolso que había apoyado al final de la isla.

—¡Ay dios! —Casi escupe el café—. ¡Se me había olvidado por completo! Mierda, mierda, mierda… —Se estiró para coger el bolso y sacar al momento un teléfono con una carcasa verde con florecillas rosas—. Oh… y qué narices le digo yo ahora…

Le quitó el teléfono de las manos y vio que se trataba de una llamada entrante con el nombre de *«Cassandra»*.

—Oye, eso es mío y no…

Lo mantuvo lejos de su alcance.

—¿Tu compañera de piso?

Esos bonitos ojos se entrecerraron, su nariz se arrugó y tuvo unas irrefrenables ganas de besar de nuevo esas pecas.

—Devuélveme. El. Teléfono —puntualizó cada palabra.

—Luna. —Una firme advertencia ante su tono de voz.

Ella hizo un aspaviento y se sulfuró.

—Vale, muy bien, adelante, que te grite a ti, señor —rezongó cruzándose de brazos como una niña enfurruñada.

Accionó el manos libres y, antes de que pudiese siquiera decirle que él estaba al teléfono, escuchó la voz de la compañera de Luna.

—¡Luna Moon! Más te vale que te haya atropellado un coche, un camión, una bicicleta o te haya pasado algo realmente grave para no haberme respondido de inmediato —escuchó a la decidida chica del otro lado de la línea. A juzgar por su tono de voz estaba realmente agobiada —. Por lo que más quieras, hermanita, dime que estás bien y que no te ha pasado nada grave.

—¿Luna Moon? —preguntó en voz alta.

—Er… ¿Tú no eres mi Luna? ¿Dónde está mi Luna? Y más importante aún, ¿quién coño eres tú?

—Sí, me llamo Luna Moon, puedes darle las gracias a mi madre por haber elegido un nombre tan divertido —rezongó y señaló el teléfono—. Venga, vamos, tú has respondido al teléfono, señor, así que… al toro y por los cuernos, Amo Brian.

—¿Luna? ¿Lunita eres tú? —De nuevo esa voz—. Espera… ¿has dicho…?

—Cassandra, antes de que digas algo de lo que puedas arrepentirte después, soy Brian del *Blackish* y Luna está conmigo —atajó con voz firme, intentando no reírse—. No te preocupes por ella, mascota, la llevaré a casa tan pronto hayamos terminado con nuestras tazas de café.

Escucharon una serie de ruidos, algo parecido a un exabrupto y no pudieron hacer otra cosa que mirarse.

—¿Cass? ¿Estás bien? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, sí —llegó la sofocada respuesta de la mujer—. Es que se me calló el teléfono de las manos… —Luna se tapó la cara con las manos mientras su amiga seguía—. Esto… ¡Hola, Amo Brian! Gracias por cuidar de mi hermana, señor. Oh, y no hay prisa, como si no viene a dormir. Esto… Luna, mañana hablamos, ¿vale? ¡Buenas noches!

La llamada se cortó.

—Creo que no ha entendido lo del café —murmuró ella cogiendo su taza y llevándosela a los labios.

Sonrió de soslayo, cogió el móvil y tras localizar la cámara la enfocó con ella.

—Sonríe, Luna Moon.

Ella cogió la taza, la levantó y la señaló con un dedo.

—Envíasela, así no tendrás que dar explicaciones. —Le tendió el móvil.

—Eres una mala influencia, señor. —Cogió el teléfono e hizo lo que le pidió—. Una muy mala influencia.

Resopló cogiendo su propia bebida.

—Ven el sábado al club, mascota y verás exactamente la clase de mala influencia que puedo llegar a ser para ti —la retó.

Sus ojos se encontraron, pero ninguno de los dos dijo nada, se limitaron a disfrutar en silencio de una taza de café.

CAPÍTULO 26

Luna había recogido los resultados esa misma mañana. Cassandra la había acompañado a petición propia. Ambas se habían sentado a hablar largo y tendido los últimos días y su hermana le había dado una perspectiva de las cosas más abierta y razonable.

—Los resultados están todos bien, estoy sanísima y tengo el control de natalidad al día —comentó apretando con demasiada fuerza el sobre—. Y ya me estoy arrepintiendo de hacer esto.

—Piensa en lo que hablamos —le aconsejó—. No se trata de un contrato, simplemente de los requisitos normales del club. A Brian ya lo conoces, has jugado con él, ¿por qué no explorar un poco más y decidir si es lo que quieres con alguien en quien ya confías?

Esa era una de las razones por la que estaba dispuesta a dar ese nuevo paso.

—Tú eres la que puede decidir si quiere seguir o ponerle fin —concretó—. Y estamos hablando de ir al club, de pasar tiempo en un lugar dónde siempre hay gente. Habla con él, dile cómo te sientes, convenir lo que estás dispuesta a probar y lo que no, busca un equilibrio y diviértete. Piensa en esto, Luna, si de veras te pareciese tan malo o fuese contra tus principios, ¿habrías vuelto después de la primera vez?

No, no lo habría hecho. Se estaba dando cabezazos contra una pared por el simple hecho de que quería volver, quería repetir y explorar ese nuevo mundo a pesar de que su mente le decía que no cayese de nuevo en los mismos errores.

Había aprovechado la semana para terminar su investigación, incluso la reparación del sistema de incendios había comenzado y suponía que en una semana más podrían continuar con el acondicionamiento.

Su vida era lo suficiente monótona a diario sin tener que privarse además de los momentos en los que se había sentido libre de alguna manera. Por más que quisiera negarlo, que intentase justificarse, esas dos noches en el *Blackish* habían supuesto un punto de reflexión.

Tomó una profunda bocanada de aire y lo dejó salir. Se miró en el espejo con ojo crítico, el color azul hacía juego con sus mechas, las franjas negras la estilizaban y las transparencias eran lo suficiente atrevidas como para adaptarse al código de vestimenta del club.

—*Wow*. Estás que ardes, nena —silbó Cass mirándola a través del espejo. Ella había decidido acompañarla al club del que ya era socia—. Ese vestido es espectacular. ¿Dónde lo compraste?

Se encontró con su mirada y sonrió.

—Ni te lo imaginas.

Había visitado una tienda *vintage* de segunda mano en el centro y había encontrado dos prendas por pocos dólares.

—¿No enseño demasiada carne?

—Luna. El lema del club es enseña todo lo que puedas —se rio—. Estás de muerte, hermanita.

Ella llevaba un brevísimo y ajustadísimo vestido amarillo que le levantaba los pechos, dejaba el estómago al aire y apenas le cubría las nalgas.

—Dime que llevas ropa interior.

Su respuesta fue llevarse las manos a los pechos y apretárselos.

—No —respondió traviesa y deslizó las manos hasta sus caderas—, y sí. De sabor fresa.

Enarcó una ceja.

—¿Bragas de fresa?

La chica se rio.

—Son todo un invento —le guiñó el ojo—. Entonces, ¿lista para la aventura?

Se atusó el pelo que se había dejado suelto sobre los hombros, comprobó el maquillaje y cogió el bolsito de encima de la cómoda.

—Espero no acabar metiendo la pata —le dijo a su propio reflejo antes de dar media vuelta y salir por la puerta.

El ambiente del club era totalmente distinto un sábado de lo que había sido en las clases. La música, las luces, la cantidad de gente era tal que empezaba a preguntarse si esto era lo que quería. Cass parecía estar muy a gusto, se movía como pez en el agua y sabía dónde estaba todo. Tras dejar los abrigos, se había dirigido a la recepción que hoy estaba ocupada por un atractivo hombre de a mediados de los treinta que vestía una camiseta del club que resaltaba cada uno de sus definidos músculos.

—Ey, Cassandra. Has vuelto a dejarte caer por aquí. Wolf va a tener que comerse sus palabras —la saludó con visible familiaridad—. Se te ha echado de menos, dulzura.

—Hola señor —ronroneó y bajó inmediatamente la mirada, adquiriendo un tono suave, sumiso—. También me alegro de verte, ha pasado mucho tiempo.

—Bastante, sí —aceptó el desconocido con un curioso acento tejano. Entonces se fijó en ella—. ¿Has venido con una amiga?

La forma en que la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies y frunció el ceño al mirar su pelo, resultó inquietante.

—Um… tú tienes que ser Luna.

El que supiese su nombre la cogió por sorpresa.

—Err… sí.

Clavó los ojos en ella, una advertencia no pronunciada que la llevó a dar un paso atrás.

—Deduzco que sabes cómo dirigirte a un Dom, ¿no pequeña?

Parpadeó ante el toque de atención.

—Ah, sí. Lo sé. Lo siento, señor —murmuró rápidamente.

Él la miró unos instantes más y sonrió de soslayo.

—Ya veo lo que quería decir Fire con «nueva» —comentó, entonces se giró hacia Cass—. Gatita, tú puedes pasar. —Dicho eso volvió a prestarle atención—. En cuanto a ti, el Amo Fire dejó aviso de que te enviásemos directamente a la oficina si venías.

—Um, Amo Jace.

El hombre miró a su amiga.

—No te preocupes, dulzura, la verás dentro. —Le guiñó el ojo y le tendió una pulsera de goma blanca con el nombre del club en negro.

La indecisión en su mirada le dijo que iba a meterse en problemas antes de entrar siquiera en el club, así que decidió hablar.

—Ve, Cass, nos veremos dentro.

Se mordió el labio inferior, pero asintió. Le dio un rápido abrazo y traspasó la puerta del umbral.

—Es un encanto tu amiga, ¿te pareces en algo a ella?

La pregunta hizo que se volviese de nuevo a él.

—No, ni lo más mínimo, señor.

Él pareció genuinamente sorprendido, entonces soltó una carcajada.

—Está bien saberlo —aceptó y le tendió la mano—. Soy Jace, por cierto. Me verás a menudo por aquí.

—Luna. Un placer conocerte, Amo Jace. —Le estrechó la mano.

Asintiendo, rodeó el mostrador y la invitó a acompañarle.

—Ven, te llevaré con el jefe.

La acompañó por el pasillo hacia una zona que no conocía de nada. No era de extrañar puesto que cuando había venido al seminario había entrado directamente a la sala principal. Nada más girar al fondo se encontró con una puerta medio abierta.

—Llama antes de entrar, bonita —le dijo él—. Y bienvenida al *Blackish*.

Sin más, le dedicó un guiño y se marchó por dónde había venido.

Frunció el ceño, miró a su espalda y luego la puerta que tenía ante ella. Se acercó, llamó suavemente con los nudillos y escuchó al momento la voz de Brian.

—Adelante.

Empujó hasta verle sentado detrás de la mesa, vestido con la camiseta del club y haciendo algo de papeleo.

—Um… Hola.

Levantó la mirada y, tras la primera impresión de sorpresa, pareció volver a respirar como si con su llegada le hubiese quitado un peso de encima.

—Buenas noches, mascota —la recibió—, me alegra verte por aquí.

Se lamió los labios, la miraba de una manera que la hacía estremecer, como si… la poseyese ya. Optó por distraerse, abrió el bolso y sacó el sobre.

—Los resultados de los chequeos y las analíticas. —Se lo dejó sobre la mesa—. Tan sana como una manzana.

Sacó los resultados y empezó a ojearlos mientras le indicaba que tomase asiento.

—Gracias. —Los dejó delante de él y abrió un cajón, de dónde extrajo unos impresos—. Siéntate, Luna. Solo será un momento. Necesito que rellenes el formulario de admisión con tus datos y firmes las renuncias estándares del club.

—¿Renuncias? ¿A qué? ¿A contraer la gripe? —murmuró cogiendo los papeles y empezando a hojearlos—. ¿No podíais escribirlos en una letra un poquito más pequeña?

Le escuchó bufar, pero cuando levantó la mirada estaba sonriendo.

—Es burocracia legal —le informó—. Ya sabes, que das tu consentimiento a las prácticas que se llevan a cabo y de las que aceptas formar parte, que el club no se hace responsable de tus decisiones, etc.

Sí, eso era básicamente lo que decía el papel en letra de imprenta.

—Y esta es otra lista que debes leer y cumplimentar. —Puso ante ella tres páginas más—. Es un cuestionario con los límites de prácticas en BDSM.

Empezó a hojear las preguntas por arriba y con cada nueva opción que leía empezaba a perder un poco más el color. Levantó la mirada y cogió el fajo de papeles señalándolo con un dedo.

—Tienes que estar de broma —jadeó y empezó a enumerar algunos—. Abrasión por roce o calor, adoración de botas, asfixia, bastonazos, camisas de fuerza… esta sí que os iba a hacer falta a algunos de vosotros…

—Te has ido directamente a los extremos, sumisita —le dijo con cierta jocosidad—. Empieza con ataduras, sexo oral, cosas que conozcas y otras que estarías dispuesta a probar…

Parpadeó intentando procesar lo que le estaba diciendo.

—¿De verdad quieres que rellene esto como si fuese una Quiniela? Porque va a ganar el *«por encima de mi cadáver»* con diferencia.

—Esa opción no la hay, Luna. Responde con sí, no o quizás y lo estudiaremos.

Se echó a reír, no pudo evitarlo. Dejó los papeles sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Te estás quedando conmigo, di la verdad.

Dejó lo que estaba haciendo, echó la silla hacia atrás y se levantó para terminar apoyándose en la mesa a su lado.

—¿Entiendes lo que has aceptado al venir aquí?

Señaló el papel.

—Entiendo que me niego en redondo a esas cosas —replicó tajante—. Si esperas que te deje hacerme algo… algo… así… mejor vuelve a resetearte el cerebro y piénsalo de nuevo.

Dejó escapar un pequeño bufido mitad risa y la miró.

—Déjame que te diga por qué estás aquí —le dijo entonces—. Estás aquí porque has probado lo que es la sumisión y quieres seguir explorándola. Para eso, yo, como tu Maestro, necesito saber qué clase de cosas estarías cómoda realizando, cuales te llaman la atención y cuales no permitirías jamás bajo ningún concepto.

Abrió la boca, pero la calló con tan solo un gesto.

—Hasta ahora has probado el *bondage*, la privación sensorial con vendas, las caricias y la penetración, también sabes lo que es un *spanking* y lo que es un poco de dolor erótico.

Jadeó.

—¿Un poco? ¿Erótico? ¡No pude sentarme en dos días!

—Y como sigas así de insultante, tampoco podrás sentarte mañana, Luna —la previno—. En el BDSM existe una jerarquía, un control, unas normas y ya es hora de que seas consciente de cada una de ellas, de su significado y de que aquí yo soy el dominante y tú la sumisa.

—No voy a jugar a eso. —Apuñaló la casilla en la que ponía asfixia—. Jamás en la vida.

—Pues marcamos un rotundo no —cogió un bolígrafo de la mesa e hizo precisamente eso.

—Si rompemos las tres páginas acabamos antes.

—Pero las cosas no funcionan así —le aseguró. Retiró los impresos de su alcance y empezó a marcar él—. ¿Ataduras? Sí. ¿*Bondage*? Sí. ¿Pinzas para pezones? Sí.

—Ey, estamos hablando de mis pezones y no vas a poner nada…

La ignoró deliberadamente mientras seguía marcando.

—¿Sexo oral? Sí. ¿Penetración anal? Pongamos un…

Le arrancó la lista de las manos y luego el bolígrafo.

—¿Voy a tener que pedirte permiso también para ir al baño? —le soltó cabreada.

—Hay una casilla por ahí para la negación de ir al baño, marca tu *«por encima de mi cadáver»*.

Lo fulminó con la mirada.

—Te lo estás pasando muy bien a mi costa.

—No, sumisita, no me lo estoy pasando bien —aseguró con un suspiro—. Solo intento hacer las cosas como deben hacerse, por tu bien y el mío.

Arrugó la nariz.

—En esta maldita lista hay cosas que no sé ni lo que son —replicó.

—Estoy aquí para responder a tus preguntas.

—Y para torturarme.

Sacudió la cabeza y se inclinó hasta quedar a su altura.

—Luna, has venido por tu propia elección. Si quieres quedarte lo harás como mi sumisa —le informó sin más—. Y para ello tienes que tener en cuenta que yo, como tu Dom, te exigiré obediencia, educación, te pediré cosas, empujaré tus límites y estarás totalmente bajo mi cuidado. No aceptaré un «no». Si no estás de acuerdo con algo, me lo dices y lo hablamos. Si algo no te gusta, te asusta o es demasiado para ti, tienes una palabra de seguridad que espero utilices. La escena se detendrá y hablaremos de ello. La desobediencia, será castigada, ya conoces una de las posibles formas que existen.

—Eso suena a esclavitud —protestó visiblemente ofendida—. ¿Cómo esperas que… que me pliegue a… a todo así, sin más? ¡Yo nací discutiendo!

—Y eso es algo que encuentro refrescante y tolerable hasta cierto punto —aseguró con total practicidad—. Y no es esclavitud. Esto no será una relación 24/7, sino una relación D/S puramente sexual.

—Sigo sin ver qué gana el lado sumiso en esta ecuación.

—La completa atención y dedicación de su amo o maestro —replicó una vez más. No tenía ni que esforzarse o levantar la voz—. Mi cometido, como tu dominante, es cuidar de ti, darte lo que necesitas, confía en que sabré que es y cuando debo dártelo. No habrá secretos entre nosotros, la confianza será plena y mutua. Si me necesitas, estaré ahí para ti como tú lo estarás para mí.

Confianza plena. Sin secretos. ¿Realmente podía existir algo así entre un hombre y una mujer? ¿En una relación basada en el sexo?

—Déjame enseñarte, Luna —insistió—. Permíteme ser tu maestro.

Le sostuvo la mirada, él no la empujaba, no le exigía solo le hacía una petición.

—Si digo que sí, ¿podremos ir despacio? —preguntó reacia y a pesar de todo, deseando confiar en él.

—Iremos tan despacio como crea que tú lo necesitas —respondió. No era exactamente lo que quería oír, pero tendría que valer—. Dime, ¿aceptas ser mi sumisa a partir de ahora?

—Acepto ser tu sumisa, pero solo en el *Blackish* o cuando estemos solos —le dijo necesitando dejar claro que no estaba dispuesta a ir más allá—. Lo que quiero decir… yo no sé, no creo que pueda ir más allá.

—No tienes que ir más allá, no está en tu naturaleza, Luna, no naciste para ser esclava, pero sí eres sumisa en el dormitorio. —La tranquilizó con sus palabras—. Tu obediencia y sumisión en el club y en el dormitorio, es todo lo que quiero de ti pues es todo lo que tú estarás dispuesta a darme.

Eso tendría que valer.

—De acuerdo.

La miró a los ojos y levantó la barbilla.

—¿Cuál es la respuesta correcta que debes dar, Luna?

Se lamió los labios, respiró profundamente y dejó escapar el aire muy lentamente.

—Sí, señor. Acepto.

Y al decirlo en voz alta sintió que estaba aceptando mucho más que unos cuantos juegos sexuales, algo que no prometía ser fácil.

—Bien, en ese caso, deja aquí la ropa interior —le ordenó—. A partir de ahora, cada vez que vengas al club, te encargarás de no llevar nada debajo de la ropa, a menos que yo te informe de ante mano de lo contrario. ¿Entendido?

Se lamió los labios.

—Sí, señor.

Lo había entendido, había entendido que su vida estaba a punto de cambiar rotundamente, ¿y por qué demonios la idea le parecía tan excitante cómo aterradora?

CAPÍTULO 27

Luna estaba tan tensa que se rompería de un momento a otro. Su sumisión no era completa, todavía no habían llegado a ese grado de confianza y lo más probable era que terminase volviendo a los insultos. Y hoy, esas faltas de respeto podían salirle caras.

La condenada estaba preciosa con ese vestidito, el pelo suelto y su collar nuevo marcándola como suya. Estaba tan encantadora que sentía la necesidad de mostrarla, de compartir la visión de esa encantadora mujer.

No se había dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que la vio aparecer en su oficina. En ese momento había vuelto a respirar. Esta mujer significaba mucho más de lo que debería, pero ahora que era suya esperaba que su actual obsesión por ella se desvaneciese.

—¿Vas a hacer pucheros toda la noche? —la picó buscando una reacción—. Porque si esa es tu intención, se me ocurre un mejor uso que darle a esa boquita tuya.

Su mirada voló sobre él y el destello que vio en sus ojos pardos lo hizo sonreír interiormente.

—Deberíamos probarlo —continuó—. Sí. Antes de que termine la noche tendré esos labios sobre mi polla.

Sus mejillas se sonrojaron, abrió la boca y su voz salió tan firme como podía.

—No contengas la respiración en la espera, señor.

—No. Si yo respiraré perfectamente, Luna, tú por otro lado… —Se volvió a ella, le acarició los labios con el dedo y presionó entre ellos—. Abre, pequeña.

—Estás deseando que te muerda, ¿verdad?

Aprovechó sus palabras para introducirse entre sus labios un par de centímetros.

—Y tú que te castigue. —Le acarició la lengua con la yema del dedo—. Empieza a llevar la cuenta, sumisita, acabas de ganarte tu primer azote de la noche. Veamos en cuantos termina la jornada.

Entrecerró los ojos y notó sus dientes alrededor de su dedo.

—Muérdeme y te levantó el vestido, te doblo sobre mi regazo aquí mismo y empiezo a azotarte hasta que se me canse la mano. —Sus dientes retrocedieron con un gemido de frustración—. Buena chica. Ahora usa la lengua. Imagínate que es mi pene y lámelo.

La expresión en su rostro era un poema, si los ojos pudiesen lanzar rayos X lo habría fulminado en el sitio. Tenía las mejillas rojas por la indignación y la vergüenza, estaba furiosa, pero al contrario que hacía unos minutos, la tensión había abandonado su cuerpo.

—Lo haces muy bien. Ardo en deseos de sentir tu boca alrededor de mi polla de la misma forma que ahora lo está mi dedo. —Retiró la falange de la húmeda cavidad y le apartó un rebelde mechón azul de la cara—. Vamos, saludemos a los Maestros. Te alegrará saber que esta noche está aquí Sio.

—Estoy en éxtasis por la noticia…

—Luna.

—En éxtasis, señor.

Sacudió la cabeza.

—Si tengo que corregirte otra vez, añadiré una segunda azotaina. Estás advertida.

Estaba lista para replicar, pero volvió a callarla.

—Y, por cierto, mascota, esta vez Siobhan ha venido con sus dos Maestros.

La expresión horrorizada de sus ojos le arrancó una carcajada.

—Ahora podrás disculparte con Logan por insultar a su sumisa.

—Yo no insulté a su sumisa, señor.

—Tú fuiste la que se metió solita en el problema, ahora te disculparás de nuevo por ello.

Apoyó la mano en la parte baja de su espalda y la empujó, guiándola a través de la sala llena de gente a la esquina que contenía el pequeño bar, dónde su socio y amigos estaban charlando antes de dar por empezada la noche.

—Al fin. —Los recibió Horus—. Empezaba a pensar que ella se había rajado y tú te habías largado a buscarla.

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Ya lo veo —aceptó mirándola con ojo crítico—. Buenas noches, Luna.

—Buenas noches, Amo Horus —replicó entre dientes.

—¿Soy yo o parece un pelín cabreada?

—Se le pasará. —Le restó importancia haciendo que su compañero se riese entre dientes.

—Hola otra vez, mascota. —La saludó ahora Camden, quién flanqueaba la derecha de su sumisa mientras Logan guardaba su izquierda—. Sumi nos ha comentado que habéis coincidido esta pasada semana. Me alegra saberlo.

Asintió y aventuró una mirada a la chica, quién le devolvió la sonrisa con calidez, pero mantuvo la boca cerrada. Sio estaba arrebatadora vestida únicamente con transparencias que dejaban a la vista sus pechos y el tanga bajo el vestido de encaje sin forro.

—Sí, señor —contestó de mala gana, entonces cambió el tono para con la chica—. Gracias por los consejos.

Los ojos de la sumisa brillaron, su sonrisa se amplió y miró a Logan, quién asintió con la cabeza.

—Tienes permiso para responderle, Sumi.

Así que esos dos habían instaurado el alto protocolo, ¿qué habría hecho?

—Ha sido un placer, Luna, espero que podamos quedar nuevamente para tomarnos otro café e intercambiar opiniones sobre el cuerpo humano.

Se rio entre dientes y vio como Logan hacía otro tanto mientras Camden negaba con la cabeza.

—Acabas de ganarte una escena en la cruz de San Andrés, Sumi —declaró Logan con voz fría, seria, aunque sus ojos desmentían sus palabras. Estaba encantado por el desafío. Entonces se dirigió a Luna, quién parecía haber palidecido un poco—. Hola de nuevo, Luna. Ya me han contado la travesura que iniciaste en la última sesión.

Su respuesta fue un inmediato sonrojo, dio un paso atrás y se vio obligado a cortarle la retaguardia para que no continuase.

—Ya que está aquí el Maestro Logan, puedes disculparte también con él. —Le anunció y le dio un par de golpecitos en el brazo—. De rodillas.

Estaba esperando que lo contrariase, que se quejase o protestase, pero para su sorpresa y la de los presentes, se arrodilló al momento.

—Lamento el malentendido, Maestro Logan —murmuró con voz suave, educada, la mirada baja, sumisa—. Interpreté de forma equivocada las cosas y por ello me gané un castigo. Siobhan ha sido muy amable al explicármelo. Te pido disculpas por la ofensa recibida. No volverá a pasar.

Tuvo que morderse una carcajada. Hartera muchacha, tenía recursos para todo.

—Una disculpa muy educada —replicó Logan, quien también estaba conteniendo su hilaridad—. Disculpas aceptadas, princesa. Mis chicos te han perdonado y Sumi te considera su amiga, para mí es un intercambio justo.

—Bien hecho, mascota. —La premió tendiéndole la mano para ayudarla a incorporarse. No era algo que debiese hacer para reforzar su sumisión, pero no podía dejar de ser quién era.

—Bueno, chicos, he prometido a Wolf que haría una demostración de *Shibari* —comentó Horus enfocando la mirada en Luna—. ¿Te gustaría hacer de modelo, mascota?

Una cuerda de arco no estaría jamás tan tensa como ella tras una invitación así.

—¿Incluye quedarse con la ropa puesta, Amo Horus? —preguntó entre curiosa y precavida.

—Sin ropa.

—Entonces ni de coña, señor.

Su rápida y rotunda réplica arrancó risitas en los Doms.

—Deberías enseñarle lo gratificante que resulta estar desnuda en el club, Fire —le soltó Horus—. Podría resultar interesante.

—No —replicó ella al momento.

—Luna, eso no es decisión tuya.

—No, no y no —dijo al tiempo que señalaba a todos los presentes—. Rotundamente no.

Resopló, su culo iba a terminar rojo antes de que pasase otra hora.

—Acabas de ganarte el segundo y tercer azote.

—Pero…

—Cuatro. —La doblegó con la mirada—. ¿Seguimos?

Apretó los labios e incluso llegó a contener la respiración.

—Respira, Luna, el collar no te aprieta tanto —le soltó al tiempo que la recorría con la mirada para finalmente chasquear la lengua—. Creo que voy a adelantarte el regalo que te tenía reservado para después. Dame las muñecas, mascota.

Sacó un par de sets de esposas a juego con el collar del bolsillo trasero del pantalón y se las enseñó.

—Son nuevecitas, ¿quieres que escriba también tu nombre en ellas?

CAPÍTULO 28

Luna no podía dejar de mirar las muñequeras que su Maestro estaba flexionando, moldeando el cuero mientras probaba las hebillas. Eran dos puños de cuero azul oscuro relleno con vellón de un tono más claro que sin duda hacían juego con el collar que ya llevaba puesto. Había visto antes esas esposas en algunas sumisas, pero no esperaba tener que llevarlas ella.

—Dame la muñeca derecha.

No pudo evitarlo, escondió la mano detrás del culo.

—Luna, si lo que quieres es que te caliente el culo nada más empezar, será un verdadero placer —replicó serio, sin mirarla siquiera—. Con este son cinco los azotes.

Abrió los ojos y la boca dispuesta a protestar, pero su mirada la disuadió.

—Lo siento, señor —respondió en vez de eso, buscando una fórmula que no la metiese en

más problemas—. No volverá a suceder.

Resopló.

—No prometas cosas que ambos sabemos que no podrás cumplir. —Parecía resignado y bastante cansado—. La mano. Ahora.

Se la tendió con renuencia y vio como el puño de cuero se cerraba alrededor de su muñeca. Brian ajustó la hebilla hasta ceñir la circunferencia a su mano.

—Intenta girar la muñeca.

Retiró la mano e hizo lo que le pidió, se le ajustaba bastante y le costaba mover la mano.

—Me aprieta…

Volvió a calibrar la hebilla, deslizó el dedo en su interior y volvió a cerrarla ahora satisfecho.

—La otra mano, por favor.

Repitió la operación en la otra mano y, tras comprobar que podía mover ambas y no le cortaban la circulación, añadió un par de pequeños candados a cada una.

—Yo tengo unas llaves y Horus otras. Es una maestra que abre el conjunto completo —le informó acariciándole también el collar—. Si empiezas a sentir hormigueo en las manos, me lo dices inmediatamente y, si yo no estoy disponible, se lo dices al Amo Horus. ¿Lo has entendido?

—Espero que no tengas pensado ponerme esto, atarme en algún sitio e irte —replicó en el acto incapaz de refrenar su lengua o su miedo—. Si ese es el caso, te ruego me lo digas ahora, señor, me iré tan rápido que no se verá ni mi estela.

Le ahuecó el rostro con la mano y sonrió.

—Nunca, bajo ningún concepto, vas a quedarte sola si hay restricciones de por medio —la tranquilizó—. Como tu maestro estoy a cargo de tu seguridad y enseñanza. Aunque no te prometo que no te castigue dejándote atada un ratito si sigues empujando mi paciencia hasta sus límites como pareces decidida a hacer hoy. Pórtate bien y ambos pasaremos una noche agradable.

—Lo intentaré, señor —replicó mirándose los puños los cuales, curiosamente, hacían juego con su pelo.

La sensación del cuero y el liviano peso de los candados eran extraños, sumado al collar que le rodeaba el cuello, hacía que se sintiese incluso más atrapada, sin posibilidad de escapar.

—¿En qué estás pensando, Luna?

Levantó la mirada hacia él al tiempo que se le hacía un nudo en la garganta.

—En que me siento como una prisionera —confesó dando voz a sus pensamientos—, y no me gusta esa sensación.

Un involuntario estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Cómo te sientes en estos momentos? —La estudiaba con detenimiento, como si estuviese decidiendo si le mentía o le decía la verdad—. Dame dos adjetivos.

—Atrapada. —Hizo una mueca pensando en otra palabra, pero solo encontraba miedo y un cabreo creciente—. Irritada.

Sonrió de soslayo.

—Sometida, ¿quizás?

¿A su voluntad, a su presencia, a su dominación? Desde el mismo instante en que había puesto un pie en su oficina y, eso la hacía sentirse tan extraña como excitada.

—Quizás.

—La duda en tu voz me dice otra cosa —comentó, estiró el brazo y posó la palma abierta en su espalda, empujándola hacia una zona de la sala acordonada, dónde el Amo Horus ya

preparaba el comienzo de la escena con una sumisa pelirroja que no reconoció—. Así que veamos si puedo reforzarlo para que no te queden dudas.

La guio hasta un pequeño grupo formado por dos parejas que recordaba de las clases de iniciación, otra pareja gay y el trío formado por Siobhan y sus maestros. La chica le guiñó el ojo al verla, pero se mantuvo quieta entre los dos hombres que la acompañaban justo en diagonal a dónde se habían detenido ellos.

—¿Sio siempre viene al club, señor?

—Desde que está con ellos, cada semana en la que puede arrastrar a uno de los maestros o a los dos —asintió posando las manos sobre sus hombros—. Ya te habrás dado cuenta que, a su modo, tiende a la travesura.

Levantó la mirada y se encontró con la suya.

—¿No me digas?

Entrecerró los ojos sobre ella, pero optó por continuar con sus propios planes y obviar su desafío.

—Quiero que prestes atención a la escena que está desarrollando Horus —la instruyó—. Es un maestro de *Shibari* realmente bueno, creo que puedes encontrarla muy elegante e interesante.

Shibari, el arte de la atadura erótica japonesa. Había leído sobre ello en internet cuando Cass le había comentado que había sido modelo para un practicante de la disciplina.

—¿Así que quieres que vea como envuelve en cuerdas a una sumisa *desnuda* hasta dejarla como si fuese un *roti* de cerdo?

Lo escuchó suspirar un segundo antes de que llevase la mano a la parte delantera de su vestido y tirase del escote en pico un poco hacia abajo, dejando parte de sus pechos expuestos.

—*Um*, señor, ¿puedo saber qué estás haciendo?

—Lo que quiero. —Su respuesta fue cortante—. Los brazos a ambos lados de las caderas, sumisita, la vista en la escena. Si quiero que hables, te lo haré saber.

Cuando tuvo la tela a escasos centímetros de mostrar sus pezones, introdujo la mano dentro y la cerró sobre su pecho desnudo haciéndola malditamente consciente de lo que estaba haciendo.

—Señor…

—Silencio.

Se estremeció al notar el calor y el tacto de esa enorme mano contra su piel desnuda, la forma en que le ahuecaba el pecho mientras presionaba sus caderas contra su culo haciéndola notar la dura erección que confinaban sus vaqueros.

Se obligó a morderse un gemido mientras le acariciaba el pezón con el pulgar, endureciéndolo, apretándolo y retorciéndolo entre dos dedos hasta causarle un pellizco de dolor que conectó directamente con su sexo, humedeciéndola. La avergonzaba en el alma que tal hecho la excitase, pero no podía evitar que su respiración se acelerase o mover el trasero contra su erecto pene.

—Deja de frotarte o te levantaré la falda y te la clavaré aquí mismo.

La amenaza surgió resultado, se quedó quieta al momento, pero no por ello pudo reprimir un breve estremecimiento. ¿Por qué la idea le parecía tan horrible y excitante al mismo tiempo? Al momento sintió el cálido aliento en su oreja seguido de sus palabras.

—Quizá lo haga, ya que la idea no parece disgustarte.

Se tensó como una cuerda e intentó girarse para mirarle a la cara.

—Sí, me disgusta, señor, la encuentro detestable.

Él la mantuvo firme con una mano en la cadera, apretándola contra su cuerpo, oprimiéndole de nuevo el pezón hasta el punto de que resultó doloroso, pero no de una manera erótica.

—Acabas de añadir tu sexto azote a la lista, Luna —le informó serio—. Yo en tu lugar, empezaría a obedecer como debes.

Las lágrimas acudieron a picarle en los ojos, pero logró mantenerlas a raya a base de agitar las pestañas.

—¿Cuál debe ser tu respuesta, sumisa?

Se esforzó por pasar el nudo que tenía en la garganta y asintió.

—Sí, señor.

Su agarre se aflojó y volvió a acariciarla con suavidad, inflamando sus sentidos, jugando de nuevo con su abusada carne convirtiendo el dolorcillo en algo más caliente. Su cuerpo parecía responder como un piano bien afinado, dando los acordes adecuados en todo momento, licuándola por dentro y convirtiendo el dolor y la frustración en ardiente placer que se desbordaba por sus piernas.

La mano que le ceñía la cadera empezó a perder firmeza y se encontró con esos dedos acariciándole el costado, subiendo y bajando hasta llegar al muslo y acariciárselo.

—Te excitas maravillosamente bien. —Le acarició el oído con la boca, deslizando los labios por su garganta, mordisqueándole la piel y arrancándole al mismo tiempo un pequeño gemido—. Dime, ¿ya estás llorando por mí?

Como si su cuerpo quisiera ofrecerle la respuesta, más humedad manó de su sexo.

—Responde. —Le mordisqueó una vez más el cuello mientras su mano incursionaba bajo la falda—. ¿Estás mojada?

Un jadeo a su izquierda hizo que abriese los ojos y girase la mirada en esa dirección. Una mujer de alrededor de los cuarenta señalaba la escena que veía a su compañero y comentaba algo. Su presencia la hizo repentinamente consciente de las personas que había en torno a ellos, del lugar en el que estaban, de la exposición pública y de que le estaba permitiendo hacerle. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

Se tensó al momento e intentó escapar, pero de nuevo el duro y fuerte brazo le rodeó la cintura, impidiéndole escapar.

—No te muevas —le dijo al oído—. Los ojos al frente. Ahora.

—Pero…

Su brazo la ciñó más, la mano en su seno abandonó el mismo para dirigirse al otro y pellizcarle el otro pezón.

—Empiezas a agotarme la paciencia, Luna, y ya sabes a dónde te conduce eso.

A una pala con su nombre, gimió interiormente.

—Lo siento, señor, lo siento mucho.

No quería probar de nuevo esa pala. Quería convertirla en un mondadientes, pero él se lo había impedido.

—Separa las piernas.

La nueva orden le provocó un nuevo estremecimiento.

—Por favor, Amo Brian… —Estaba dispuesta a suplicar. ¿Qué la tocase allí? ¿En público? No, ni hablar. No podía hacerle eso, no… lo quería… ¿verdad?—. Por favor.

—Las manos a ambos lados de la cadera, sumisa, abre las piernas.

Se mordió el labio inferior y se obligó a bajar las manos de nuevo; sin saberlo le había aferrado el brazo. Separar las piernas le llevó un poco más de tiempo.

—Buena chica. —La arrulló con su voz, excitándola con sus caricias, soltándola una vez más para dirigir la mano libre bajo la tela elástica del vestido y resbalar un dedo a lo largo de su empapado coño—. Quédate quieta… justo así… —Volvió a acariciarla una vez más—. Estás chorreando. Esto te excita mucho más de lo que quieres admitir. El intruso dedo la penetró finalmente haciendo que se pusiese de puntilla y pegase la espalda incluso más a su pecho. Se mordió los labios, cerró los ojos y aferró la tela de los vaqueros con los dedos.

—¿Te he dado permiso para tocarme? —Había un tono de risa en su voz.

¡Arg! ¡Maldito hombre!

Luchó por despegar los dedos para finalmente convertirlos en sendos puños, pegados a sus caderas.

—Haces que quiera levantarte la falda y enterrarme en ti —le susurró al oído con voz ronca—. Me tienes duro y palpitante. Quiero follarte con fuerza, sentir como me envuelves en ese apretado y caliente coñito y quiero hacerlo justo aquí —ronroneó con ese tono de voz tan profundo y sexy que la derretía—. ¿Serías capaz de guardar silencio?

No podía decirlo en serio, ¿verdad? ¿Y por qué demonios la ponía tan caliente el solo hecho de pensarlo siquiera? Sacudió la cabeza. No. No podía, él no le haría algo así. Pero en cambio, siguió atormentándola con su dedo, moviéndolo en su interior, haciéndola ponerse de puntillas y morderse los labios para no gemir.

—¿Confiarás en que sé que es lo que necesitas y que eso es lo que voy a darte, Luna? —le dijo de nuevo al oído—. ¿Confiarás en que no voy a hacerte daño, en que cuidaré de ti?

¿Confiar en él? ¿Darle el poder de decir? ¿De elegir? ¿Acaso no lo había hecho ya? ¿Acaso no lo hacía cada vez que él la miraba, cada vez que le decía incluso sin palabras que ya había vendido su alma al diablo?

—Dime, Lunita, ¿te someterás voluntariamente a mí?

Tembló, sintiéndole en el interior de su sexo, masturbándola, enloqueciéndola.

—Sí, Amo Brian. —Cerró los ojos y rogó por no estar equivocándose—. La respuesta es sí.

Dejó su pecho brevemente y le cogió la barbilla, girándola hacia él, mirándola a los ojos, buscando la confirmación de sus palabras en sus ojos.

—Dulce sumisita. —Le acarició la mejilla y bajó la boca sobre la suya, rozándole los labios en un tierno beso, recreándose en sus labios, acariciándoselos con la lengua antes de dejarla de nuevo jadeante—. Eres un extraño regalo, uno del que no estoy muy seguro que pueda prescindir.

Dicho eso volvió a besarla, ahora con pasión mientras le ceñía de nuevo el pecho, ahora por encima del vestido y retiraba el dedo de su interior, resbalando la mano hacia atrás, entre sus nalgas un segundo antes de sentir como la punta de su polla se adentraba en su húmeda entrada desde atrás.

—Te has ganado un premio —le dijo al oído, la punta de su erección posicionada en su húmeda entrada, su unión presente y al mismo tiempo secreta para los que estaban a su alrededor —. Te penetraré el mismo número de azotes que has ganado hasta ahora.

Se estremeció y echó la cabeza hacia atrás, contra su hombro cuando notó su miembro deslizándose en su interior con deliciosa lentitud.

—Cuenta para mí —murmuró mordiéndole el lóbulo de la ojera mientras le pellizcaba el pezón ahora por encima del vestido y la mantenía quieta con una mano en la cadera mientras se impulsaba en su interior todo lo que le permitía esa posición y volvía retirarse—. Ahora, Luna.

Jadeó al sentirse llena por él.

—Uno.

Le besó la oreja mientras se retiraba para volver a penetrarla haciendo que se pusiese de puntillas con un ahogado gemido.

—¿Luna?

—Dos.

Se rio entre dientes, su mano bailó por encima del vestido para hundirse de nuevo por debajo de la tela y acariciarla piel con piel, mientras la apretaba contra él e iniciaba de nuevo la retirada antes de hundirse de golpe en su interior.

—Joder… tres.

—Una más, dulzura —replicó retirándose para volver a embestirla con fuerza, levantándola de sus pies con solo la potencia de sus caderas.

—Cuatro —susurró derretida contra él, tan necesitada de más que le daba exactamente igual quién estuviese a su alrededor.

La quinta le arrancó un débil jadeo apenas ahogado por sus propios labios. Le ardían las entrañas, sentía los pechos inflamados, necesitaba más, quería que la montase con fuerza, que la doblase sobre lo que fuese y terminase con esa tortura.

—Brian, por favor… —gimoteó, sin darse cuenta de que había pronunciado su nombre.

—Córrete para mí —le dijo al tiempo que introducía una mano entre sus cuerpos y le pellizcaba el clítoris al mismo tiempo que se hundía por sexta vez en su interior llevándola a un caliente y tórrido orgasmo allí mismo.

—Y seis. —Se rio él en su oído, sosteniéndola, cubriéndole la boca con una mano mientras gritaba su liberación y su cuerpo sucumbía a los espasmos de la lujuriosa liberación.

Al mismo tiempo la gente a su alrededor empezó a aplaudir y emitir jadeos y comentarios sobre el asombroso trabajo de *Shibari* que representaba la sumisa atada en el recinto acordonado. Ambos se miraron y compartieron una secreta sonrisa que llevó a su maestro a reírse entre dientes mientras se recomponía discretamente el pantalón, usándola a ella de pantalla para traerla a continuación a sus brazos.

—Y ahora que por fin he conseguido que estés de buen humor, sumisita. —La besó en los labios—. Creo que el conteo final había sido seis.

Abrió los ojos de par en par. No, no podía estar hablando en serio, él no podía…

—Ven, Luna. —Le cogió la mano y tiró de ella hacia uno de los reservados—. Hora de ponernos al día con los azotes.

No había nada que le gustase más que descolocar por completo a una sumisa y si ella era Luna, el placer se multiplicaba. Esa gatita no solo se había convertido en todo un desafío, con ella disfrutaba de algo más que el sexo. Su mente despierta, su boca irreverente, todo suponía un continuo desafío que lo mantenía alerta y despierto.

Su rostro indignado estaba a punto de arrancarle una carcajada, tuvo que contenerse y no lanzarla inmediatamente sobre sus rodillas para disfrutar de ese precioso culo y volver a enterrarse de nuevo en su interior. Dios, si bien no se las había visto, tenía que tener las pelotas azules, la polla le palpitaba rabiosa, necesitada de liberación, pero él podía esperar si con ello conseguía una sumisión completa de ella, su confianza.

Se dejó caer cómodamente sobre uno de los sofás que formaban los cuatro reservados

esparcidos a lo largo de la sala y la llamó con un dedo. Las mejillas sonrojadas, los labios entreabiertos, el pelo alborotado, los pezones marcándose contra el vestido y la brillante humedad manchándole la parte interior de los muslos, ¿había algo más bonito que una sumisa bien usada?

—Boca abajo sobre mis rodillas. —Se palmeó el muslo en una abierta invitación.

Esos ojos pardos se abrieron desmesuradamente. Todavía estaba vulnerable por el orgasmo, sus emociones fuera de su eficiente control.

—Es para hoy, Luna.

—Pero…

—Sabes, el siete es mi número favorito —le soltó, entonces endureció su voz y le clavó la mirada—. Ven.

Tragó, tembló y caminó hacia él con verdadera renuencia.

—Inclínate.

Casi le daba pena, la forma en que temblaba, en que se sobresaltó cuando la hizo perder el equilibrio manteniéndola boca abajo sobre su regazo hizo que desease acariciarle el pelo y decirle que iba a disfrutar del castigo, pero no le creería, tendría que descubrirlo por sí misma. Ambos descubrirían que era lo que la encendía y, a juzgar por lo que acababa de presenciar, no le cabía duda que esto lo haría.

La colocó en una posición cómoda para él, no tanto para ella, con la mitad del torso suspendida de un lado y las piernas por el otro. La empujó un poco hacia delante, hasta que sus manos tocaron el suelo y su culo quedó elevado.

—Ay dios, va a subírseme la sangre a la cabeza.

Se rio entre dientes ante el absurdo comentario, empezaba a entender que se perdía un poco cuando las cosas se le iban de las manos.

—Esa será la menor de tus preocupaciones en un minuto.

Inmovilizó sus piernas con una suya, cruzó el brazo libre sobre su espalda y esperó a ver qué hacía ella.

—¿Cuántos azotes hemos dicho que serían?

La escuchó gemir, entonces farfullar.

—No lo sé, perdí la cuenta cuando empezaste a contar, señor —siseó—. Deberíamos dejarlo en ninguno y pasar a lo siguiente en la lista.

Ah, su pequeña traviesa empezaba a recuperar de nuevo el ánimo.

Tiró hacia arriba de la falda del vestido dejando esas bonitas nalgas a la vista, estaba impaciente por ver cómo adquirían color, como se calentaban bajo su mano y cómo respondía su díscola alumna. Le acarició las mejillas, masajeando la piel, preparándola y envolviéndola en un tranquilizador toque que cumplió con el cometido de volver a relajarla, entonces descargó la primera palmada sobre su nalga derecha.

—¡La madre que te…!

—Uno —replicó él, sujetándola para evitar que con sus contoneos terminase en el suelo antes de aplicarle una segunda palmada en la otra nalga que resonó en la habitación—. Esa sería la dos.

—¡Te voy a atizar con el monda…! ¡Ay!

—Tres. —Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no sonreír.

—¡Serás cap…! ¡Porras!

La cuarta y la quinta llegando una detrás de otra, rápidas, pero lo suficiente fuertes para que dejasen una bonita marca rojiza en su pálido culo. Era tan blanquita que la piel se le

sonrojaba enseguida. Sus exabruptos se habían convertido en bajos siseos hasta que la sexta trajo las lágrimas y la séptima un bajo lloriqueo.

—Y siete. —Terminó acariciándole el enrojecido culo, haciéndola saltar. Sus lloriqueos cesaron, como cesó su lucha quedando laxa sobre sus rodillas.

—Te… te odio… —la escuchó musitar.

Enarcó una ceja ante el tono miserable en su voz y sintió simpatía por ella. Siguió acariciándola, extendiéndose por toda la piel, deslizando los dedos entre sus glúteos, hasta la entrada de su húmedo sexo haciendo que se estremeciese.

La sujetó con un brazo, acariciándole el caliente trasero al mismo tiempo que deslizaba dos dedos en su interior, mojado nuevamente y avivaba el fuego que habitaba en su interior.

—Oh… joder…

Se rio por lo bajo y continuó acariciándola, penetrándola cada vez más rápido y fuerte hasta que notó sus músculos internos apretándose alrededor de sus dedos en un indudable orgasmo que la sacudió por entero.

—Ya te dije que ciertos castigos tenían también su parte divertida, Luna —le dijo al tiempo que le daba la vuelta y la cogía en brazos. Estaba tan confundida, con los ojos brillantes por la pasión y las lágrimas, las mejillas rojas y los labios separados en busca de aire—. Ahora ya sabes lo que se diferencia de unos azotes de castigo de unos eróticos.

La vio arrugar la nariz, sorber despacito y le recordó a una niña pequeña necesitada de mimos y de cuidados. Estaba totalmente descolocada, el agotamiento físico y mental la reclamaba mientras los últimos coletazos del orgasmo se repartían por su cuerpo. La acunó contra él, disfrutando de su peso, de su cercanía y aroma.

—Eres una cosita peligrosa, pequeña.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque podrías hacer que un Amo quisiera quedarse contigo.

Se llevó la mano a los ojos y se los frotó.

—Creo… que eso no sería tan malo —murmuró obviamente adormeciéndose—, aunque primero tendría que enseñarte modales, señor.

Sonrió ampliamente.

—¿Ah sí?

Asintió y recostó la cabeza contra su hombro, acurrucándose voluntariamente en su regazo.

—Sí —asintió con un bostezo.

—¿Luna?

—¿*Huh*?

—¿Vas a dormirte?

Tardó un poco en responder.

—No…

Bajó la mirada y sonrió con ternura ante el rostro húmedo por las lágrimas, las mejillas sonrojadas y esos labios rosados entreabiertos.

—No puedes dormirte ahora, Lunita.

—¿Por qué no?

La molestia en su voz era palpable.

—Porque todavía no hemos terminado.

Deslizó la mano entre sus piernas y le acarició el mojado sexo haciéndola jadear.

—Y, a pesar de que sé que te excita el ser tomada en público sin que nadie lo sepa —le susurró al oído—, no creo que lo aprecies igualmente cuando te haga gritar.

Sus palabras la despabilaron al momento, se incorporó en su regazo y lo miró incómoda.

—No, por favor, no. —Una suave y dulce súplica.

—Por favor no, ¿qué?

—Maestro —optó el título que le había dado.

—En ese caso, levántate, perezosa. —La empujó sobre sus piernas—, vas a continuar con esta lección en un lugar más privado.

CAPÍTULO 29

Luna estaba en ese momento post orgasmo en el que era lo suficiente dulce y maleable como para no tener demasiados deseos de protestar. Los azotes la habían cogido por sorpresa, el que el dolor hubiese activado su último orgasmo la había cogido por sorpresa dejándola si cabía más confundida de lo que ya estaba.

Miró la habitación a su alrededor, había escogido la que imitaba a una de las mazmorras que tenían en el primer piso, al fondo de la sala principal, pero para esta ocasión le permitiría un poco de privacidad.

—Esto… parece una… mazmorra de la edad media —la escuchó musitar a su espalda. Podía sentir su inquietud, su mente intentando surfear la sobredosis de emociones y encontrar una respuesta a su presencia allí—. Os habéis esmerado con el decorado, oh sí. Incluso hay cadenas y grilletes… Creo que quiero irme, pero ya…

—Ven aquí. —Le tendió la mano.

Ella no vaciló, dentro del miedo que despertaba en su interior estaba la creencia que con él estaría a salvo.

—Um, creo que la sala principal estaba perfectamente bien, señor, ¿podemos volver, por favor?

—Volveremos. —Le apartó el pelo de la cara, acariciándole la mejilla—. Después.

Su aprensión le tensó los músculos, haciéndola temblar.

—De verdad, estoy intentando ser educada, pero esto… esto es superior a mí —señaló al tiempo que se le quebraba la voz y las lágrimas le llenaban los ojos—. Quiero irme, por favor, Amo Brian, por favor.

Tiró de ella hacia sus brazos, apretándola contra él mientras le acariciaba el pelo.

—Shh, tranquila, Luna. —La acunó en sus brazos—. ¿De verdad piensas que te haría daño?

—Tú no, pero estas cosas —resopló contra su camiseta—. Prefiero que me ates a una de esas cruces de la planta principal y vuelvas a darme con la pala que quedarme aquí.

Sonrió, sabía que eso era lo último que quería hacer.

—Tienes miedo —continuó hablando con ella.

—Sí.

—Tienes miedo porque desconoces las utilidades eróticas que tiene el mobiliario de esta habitación y tu mente indagadora te ha llevado rápidamente a identificarlo con elementos típicos de tortura —le explicó con paciencia—. ¿Confiarás en mí, en que te muestre que se trata de lo primero y no lo segundo?

Se apretó incluso más contra él, como si desease fundirse con su cuerpo.

—Luna, te he hecho una pregunta.

—No quiero estar aquí —musitó.

—Pero yo sí quiero que lo estés —le dijo al oído—. Quiero tenerte solo para mí. Quiero ser el único que escuche tus jadeos, que escuche tus gemidos, que vea cómo se te endurecen los pezones, como te ruborizas y cómo te mojas esperando por mi polla.

Se estremeció de nuevo, pero ahora podía notar la diferencia. Sus palabras la encendían.

—Quiero esposarte a la Cruz de San Andrés de la pared que está detrás de ti. —La movió, haciéndola retroceder pegada todavía a su cuerpo—. Quiero acariciarte, lamerte por todos lados, chupar esos duros pezones, hundir mi lengua en tu sexo.

Un nuevo estremecimiento.

—¿Confiarás en mí para que te cuide y te de lo que necesitas? —le susurró al oído, besándoselo, mordiéndole el lóbulo al tiempo que la recorría con las manos—. ¿Para borrar ese miedo que se ha instalado en tu mente?

La separó unos centímetros de su cuerpo, buscando su boca, capturando sus labios y degustando la dulzura que encontraba en su interior mientras deslizaba la mano sobre su cuerpo. La acarició con cuidado, despertando su deseo, deteniéndose sobre un pecho, amasándolo, jugando con el pezón hasta que se puso duro y ella exhaló un pequeño gemido.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad, Luna?

Se lamió los labios, sus ojos encontrándose ahora con los suyos.

—Rojo.

Asintió y le acarició la cara.

—Si tienes miedo, si sientes molestias, dolor… dila en voz alta.

—Amo Brian —gimió lista para protestar.

—Mírame, Luna. —La obligó a sostenerle la mirada—. Te necesito ahora. Te quiero en la cruz, dispuesta a mi placer, ¿puedes darme eso? ¿Puedes confiar en que a cambio te daré tanto placer que no recordarás ni dónde estás?

Intentó mirar hacia atrás, pero no le dejó.

—Tus ojos sobre mí, sumisa —la detuvo—. Confianza, Luna. ¿Confías en mí?

Se lamió los labios, vaciló durante unos breves segundos, pero cuando asintió lo hizo con creencia, no solo por compromiso.

—Sí —musitó—. Por favor, no hagas que me arrepienta.

Le cogió el rostro entre las manos y la miró.

—Nunca haré nada que te perjudique ni que eche por tierra el enorme esfuerzo que estás haciendo al aceptar lo que te doy —la tranquilizó un momento más—. Ahora, necesito que respires profundamente un par de veces y sueltes el aire muy lentamente. Cierra los ojos…

—No… —La palabra brotó de sus labios en un agónico gemido.

Le acarició los párpados, obligándola a cerrarlos.

—Obedece —insistió con suavidad, pero sin negar por ello su orden—. Cierra los ojos.

Lo hizo, a regañadientes, pero lo hizo.

—Ahora imagínate como tu cuerpo empieza a relajarse, siente como tus dedos se aflojan. —La empujó un poco más, obligándola a retroceder, llevándola hasta la X forrada de cuero que había anclada a la pared—. Mueve los dedos, los de las manos, los de los pies… siente como tu cuerpo se vuelve más liviano, pierde su rigidez… eso es, dulzura, respira, lentamente.

Poco a poco se fue relajando, sus músculos perdieron la tensión y su respiración se hizo más pausada.

—Muy bien, pequeña, lo has hecho muy bien. —La premió con un suave beso en los labios—. Ahora abre los ojos muy despacio.

Obedeció, el tono pardo volvió a cobrar vida y había mucha más tranquilidad en esa mirada.

—¿Mejor?

Asintió.

—Sí, muchas gracias, señor.

Le acarició de nuevo la mejilla.

—El miedo a menudo nos envuelve en sus garras y nos cuesta deshacernos de él —aseguró. Entonces dio un paso atrás—. Ahora, quítate el vestido, por favor. Te quiero desnuda.

Vio el cambio en su respiración, el sobresalto en su mirada, pero la valiente sumisa obedeció al momento, quitándose el pedacito de tela y quedándose gloriosamente desnuda ante él.

—Detrás de ti. —Le puso la mano en la cintura y la instó a darse la vuelta—. Ese par de tablones forrado en forma de X se conoce como la Cruz de San Andrés. Quiero que la examines, porque en un momento te voy a tener atada a ella.

Se tensó de nuevo, le ciñó la cintura y deslizó la mano libre sobre su cuerpo.

—Toca la estructura, Luna, ve que nada puede hacerte daño —la instó a ello—. Imagínate ahí, con los brazos y las piernas separadas, atada, incapaz de moverte mientras mi boca está sobre tus pechos, en tu sexo…

Se estremeció y supo que lo estaba visualizando, la imagen excitándola.

—Quiero que sientas, que tu cuerpo sea muy consciente de todo lo que te hago —insistió acariciando ahora su oído, cogiendo su mano y presionándola contra la dura superficie de la cruz —, que no te dé tiempo para pensar por lo que voy a vendarte también los ojos.

Se giró como un resorte.

—Pero…

Le tapó los labios con un dedo.

—Tu respuesta a mis órdenes ha de ser siempre, «sí, señor» —la aleccionó—. Si necesitas llamar mi atención, puedes llamarme Amo o Maestro y responderé a tus preguntas. Si tienes miedo, te duele algo o entras en pánico, tu palabra es…

—Rojo —asintió al tiempo que tomaba una profunda respiración—. Lo tengo, señor.

—Sumisa valiente. —Le acarició el pelo—. Me gustan tus mechas, ¿sabes? El color azul siempre ha sido mi favorito.

Esa confesión pareció iluminarle la mirada durante unos instantes.

—¿Te gusta el helado?

La inesperada pregunta la cogió por sorpresa.

—Sí. Sí, señor.

Sonrió ante su rápida corrección.

—¿Chocolate? —sugirió y sus ojos chispearon—. Ya veo. Eres una chica de chocolate.

—Sí, señor.

Deslizó la mano sobre sus pechos.

—En ese caso, ese será tu premio, Luna. —La miró a los ojos.

Sin darle opción a decir nada más, la recorrió una vez con la mirada y la empujó hacia la cruz.

—Dame tu mano.

La manera en que obedeció a pensar del estremecimiento de su cuerpo lo hizo sentir orgulloso de ella, estaba dispuesta a vencer sus miedos y confiar en él.

—Buena chica. —Enganchó la argolla de sus esposas a los ganchos de los brazos de la cruz, primero un brazo, luego el otro, manteniéndola estirada, pero sin que se resintiesen sus hombros—. Preciosa.

Deslizó las manos por sus brazos, sus hombros, bajando por su clavícula, tocándole los pechos y pellizcándole los pezones hasta que arqueó la espalda y sus labios se separaron en un suave jadeo.

—Eres la cosa más bonita que he visto en mucho tiempo, Luna —la halagó, disfrutando de esa visión—. Sensual y hermosa.

Bajó sobre sus caderas, moldeándolas para luego deslizar la mano entre sus muslos, encontrándolos húmedos.

—Abre las piernas —ordenó al tiempo que deslizaba la mano por el interior de su pantorrilla, acariciándole la rodilla y provocándole cosquillas—. Voy a poner una esposa de cuero alrededor de cada tobillo —le informó sin darle otra opción. Le ciñó el pie y lo ancló a la tobillera, ajustándola de modo que mantuviese una posición cómoda antes de hacer lo mismo con el otro.

Dio un paso atrás y admiró su obra.

—Perfecta —murmuró excitado por la visión, deseoso de ir más allá, de empujarla y ver hasta dónde podía hacerla llegar. Su piel pálida contrastaba con el negro del cuero, los pezones rosados permanecían erectos por sus caricias y sus rizos brillaban de humedad—. Creo que empieza a apetecerme rasurar esta bonita mata oscura, sumisita.

Su intento por cerrar las piernas tiró de las cadenas de sus piernas y sus brazos, haciéndola consciente al momento de su inmovilidad y trayendo con ello el miedo y la ansiedad. Posó la mano en su estómago, manteniéndola quieta y se acercó de modo que le viese el rostro, sus ojos en los de ella.

—Respira —la instó a ello—. Despacio, dentro y fuera. Todo va bien. Estoy aquí.

—Esto… esto no es… esto…

Le acarició el rostro con un dedo, delineando su mandíbula y deslizó la otra mano entre sus piernas, más allá de los húmedos rizos hasta acariciar su sexo.

—Shhh. —La arrulló—. Todo va bien. Estoy justo aquí, no voy a dejarte sola. Mira, me empapas los dedos —se lo mostró—, a pesar del miedo estás mojada, muy mojada.

Sus ojos empezaron a aclararse, sus mejillas a adquirir de nuevo color y su respiración se aceleró a medida que retornaba a las caricias.

—Recuérdame una vez más tu palabra de seguridad —le dijo sin dejar de acariciarla, sosteniéndole la mirada.

—Ro… Rojo.

Asintió en respuesta, hundiendo ahora un dedo en su interior, notando como se tensaba, como aguantaba el aliento presa de la necesidad.

—Recuérdala —le dijo y se apartó de ella para abrir un cajón de un mueble cercano a la cruz y escoger un antifaz de raso azul. Sonrió para sí y volvió con ella—. Quiero que respires muy profundamente. Las manos, la boca, los dedos, el pene que sientas en tu interior, solo seré yo. Entendido.

—Sí… sí, señor.

—Eres mía, Luna —insistió reclamándola—. Me perteneces. Tu cuerpo es mío, su voluntad es mía, tú eres mía.

Sus ojos se abrieron, sus labios se separaron un segundo antes de que la cegase obligando al resto de sus sentidos a tomar el relevo.

—Respira, preciosa —le susurró al oído—, y gime para mí.

—Amo Brian —jadeó al verse privada de visión, a merced de lo que quisiera hacerle.

—Mi Luna, mi pequeña y deliciosa sumisa.

Capturó sus labios en un profundo beso hasta que la dejó jadeando y necesitada de más, solo entonces descendió sobre su cuerpo dispuesto a darse un festín.

CAPÍTULO 30

Luna sintió el propio latido de su corazón en los oídos, ciega a todo excepto a las caricias de unas manos fuertes y callosas deslizándose sobre ella, a los húmedos labios que le besaban la piel y los dientes que la mordisqueaban. Sintió que se quedaba sin respiración, intentó moverse solo para darse cuenta de que no podía, el tintineo de sus restricciones la asustaron casi tanto como la excitaron; estaba indefensa, abierta a todo lo que él quisiera hacerle.

El miedo empezó a clavar las garras en su interior, desplazando el placer y sintió las lágrimas reuniéndose tras sus ojos.

—Mi Luna, mi pequeña y deliciosa sumisa.

Escuchó su voz para luego notar sus labios sobre la boca, su lengua abriéndose paso y enlazándose con la suya, besándola tan profundamente que quiso llorar de alivio. Su cuerpo cobró vida de nuevo, el placer sobreponiéndose al miedo, el tacto conocido de esas manos apartando por completo el temor.

—Sabes a nata, cariño —la inesperada y tierna palabra la inundó como una ola de calor un instante antes de que su pecho prendiese fuego al sentir la húmeda boca cerniéndose sobre su pezón.

Temblaba, el corazón le iba a mil, la sangre bombeaba con fuerza en sus venas y su sexo latía de necesidad. Jadeó al sentir la succión sobre su pecho, incapaz de moverse, ciega a todo lo que la rodeaba, el resto de sus sentidos se había magnificado y su piel parecía haberse hecho infinitamente más sensible.

Ahogó un gemido cuando su sexo se humedeció, derramando nuevos jugos por sus muslos, reaccionando a cada tirón de esa codiciosa boca sobre sus pezones. Sus manos le acariciaban el estómago, la cara interior de los muslos, los hombros, amasaban sus pechos, pero siempre evitaban la zona en la que realmente las necesitaba.

Quiso cerrar las piernas, apretar los muslos para frotarse a sí misma pero no podía moverse, la frustración hizo mella en ella arrancándole un quejido al que siguió una risita masculina.

—Déjame adivinar, te sientes abandonada aquí abajo, ¿eh?

Su respuesta quedó atascada cuando notó una mano cerrándose sobre su sexo y un grueso dedo introduciéndose en su interior.

—¡Señor! —arqueó la espalda, sus caderas se movieron involuntariamente, buscando acercarse más a esa deliciosa intrusión. Las paredes de su coño se cerraron alrededor del dedo intruso, succionándolo a su interior. El antifaz sobre sus ojos hacía que las emociones resultasen más crudas, que cada caricia fuese como un millar de diminutas agujas sobre su piel, que su propia respiración y jadeos resonasen en sus oídos más altos que nunca. Le dolían los pechos y podía sentir el sordo latir en sus entrañas, queriendo más, necesitando más. La boca sobre su seno se hizo más insistente, la chupó, lamió y mordisqueó a placer, torturó la delicada carne hasta dejarla palpitante y tan sensible que el simple aire de la habitación le provocaba escalofríos.

Gimió, arqueando la espalda, tirando de las restricciones, necesitando tocarle, notar bajo sus manos su piel, pero no podía moverse. Estaba indefensa, atada, expuesta, disponible para su

placer y solo para su placer. Su cuerpo ya no le pertenecía, era de él, su juguete particular.

Su sexo se contrajo de nuevo al sentir la yema del pulgar acariciándole el clítoris, dejó escapar un agónico jadeo cuando el placer se derramó sobre ella, concentrándose en la parte inferior de su cuerpo. Luchó por retener sus gemidos, por acallar su placer, pero no le era posible. Ni siquiera podía cerrar las piernas o acercarse más a esa posesión que la volvía loca.

—Señor, por favor…

¿Qué? ¿Qué pedirle? ¿Qué suplicarle? ¿La escucharía siquiera?

Su respuesta no llegó en palabras sino con la calidez de su boca capturando de nuevo la suya en un brevísimo beso. Llegó en la forma de sus labios descendiendo por su cuerpo, besándola, mordisqueándola, envolviendo la lengua alrededor de su ombligo, acicateándola con la nariz solo para sentir a continuación el aliento entre sus piernas.

—Mío, Luna —escuchó su voz ronca—, mi coño, mi cuerpo, mi sumisa. Todo esto es mío.

No le dejó ni rebatirle, cualquier posible conexión neuronal quedó cortada al momento cuando su lengua se arrastró a lo largo de sus húmedos pliegues, cuando sus labios se cerraron alrededor del hinchado brote y la hizo gritar, retorciéndose bajo su boca solo para ser empujada contra la unión de las aspas, inmovilizada por su mano mientras se amamantaba de su sexo.

La intensidad empezó a crecer en su interior, la necesidad convirtiéndose en un animal hambriento y desgarrador, pero la ansiada liberación no llegaba. Ella ya no era dueña de su cuerpo, ahora le pertenecía a él y su Amo no estaba dispuesto a permitirle todavía llegar.

—Amo, por favor… necesito…

Una nueva pasada de la lengua, una nueva succión, un nuevo dedo hundiéndose en su interior le arrancó cualquier palabra de la boca haciéndola llorar.

—Yo soy el que decide lo que necesitas, pequeña —le escuchó decir con voz ronca, un segundo dedo uniéndose al primero en una muy lenta caricia que la volvía loca—. Solo yo.

Lloriqueó. Tiró de las muñequeras y se frustró cuando no pudo hacer nada, su cuerpo estaba atado, preso a sus demandas y a sus necesidades.

—Por favor, por favor, por favor. —Acabó llorando. Le dolía, era tal la necesidad que le dolía—. Me duele… por favor… necesito… necesito…

Su aliento sopló de nuevo sobre su carne, enloqueciéndola mientras su dedo martilleaba en su interior sin detenerse.

—¿Te duele aquí, dulzura? ¿Esto es lo que te duele? —Movió los dedos en su interior, ensanchándola, volviéndola loca—. Dime, Luna. ¿Te duele aquí? —Le acarició de nuevo el clítoris y rompió a llorar como una niña.

—Sí, por favor, sí.

La tortura cesó durante unos instantes, su sexo latiendo rabiosamente alrededor del par de dedos que ahora se habían quedado inmóviles. Quiso gritar, quiso llorar incluso más fuerte, pegarle, lo que fuese para que terminase con esa tortura.

—Mi pequeña y dulce sumisa —escuchó cerca de su rostro, sus labios cerniéndose de nuevo sobre los suyos—. Aguanta un poquito más, Luna, puedes hacerlo, sabes que puedes.

Sacudió la cabeza. Quería decirle que no, que la dejase ir, pero su boca volvió a adueñarse de la suya y la tortura comenzó de nuevo, masturbándola, enloqueciéndola.

—Por favor, amo, por favor —suplicó entre lloriqueos—. Lo necesito, lo necesito ya… deja que me corra.

—Y esa es una muy bonita forma de dirigirte a tu amo, cariño —escuchó de nuevo ante sus labios—. Muy bien, Luna, córrete ahora…

El pellizco sobre su clítoris y la última incursión de sus dedos hicieron que su cuerpo se rompiese en mil pedazos. El aire le escapó de los pulmones, dejándola sin aliento, sin posibilidad de hacer otra cosa que entregarse al placer, a la locura de colores que explotó tras sus ojos y que amenazaba con arrebatarle hasta la vida.

Ni siquiera fue consciente de que le había soltado uno de los tobillos, manteniéndola igualmente sujeta por los otros tres miembros hasta que notó el roce de la tela vaquera en el muslo mientras la instaba a rodearle la cadera con la pierna.

—No la muevas de ahí, sumisita —le dijo al oído. Sus pechos aplanándose contra el calor de un pecho desnudo, sus labios capturando los suyos en un tórrido beso que la hizo jadear.

Todavía vapuleada por el orgasmo, nadando en sus rescoldos, no tuvo fuerzas para protestar u oponerse a su posesión cuando se hundió sin vacilar en su interior llenándola por completo. Estaba tan mojada que no le costó nada penetrarla, salir y volver a incursionar en su interior con fuerza.

—Sí, la funda perfecta para mi pene —le escuchó ronronear un segundo antes de aferrarle las caderas y empujarla contra el respaldo de la cruz. Se hundía en su interior golpeándola con furia, marcándola con un ritmo que no le permitía pensar, que hacía que su cuerpo estuviese a su merced sin posibilidad de hacer otra cosa que recibir lo que le diese.

—Amo… señor… oh dios… Brian….

Perdió el hilo de lo que salió de su boca, se dejó ir, entregándose por completo a ese hombre que tenía una facilidad pasmosa no solo para poseer su cuerpo, sino doblegar su espíritu. La montó sin piedad, aferrándola de las caderas, demostrándole tan solo con movimientos de cadera quién tenía el poder y quién era la sometida. Por primera vez desde que lo conoció, entendía lo que era someterse por completo, lo que era entregarse por completo a otra persona y dejar que esta tomase las decisiones.

Era su sumisa, la facilidad con la que había caído a sus pies, entregándole el poder, dejándole hacer con ella lo que quisiera hablaba por sí sola. El hecho de que disfrutase de ello, que la calentase el saber que él disfrutaba con su entrega, era incluso más perturbador, pero asentó una paz en su interior que no había sentido hasta entonces.

Estaba perdida, irremediablemente perdida, ese fue el último pensamiento coherente que tuvo antes de que su mundo se rompiese de nuevo en pedazos y su mente se disociase por completo, sumergiéndose en un limbo de paz y tranquilidad absoluta.

—Bienvenida de nuevo.

La frase tardó en penetrar en su mente, al igual que lo hizo el reconocimiento del rostro que la miraba.

—Amo Brian —murmuró notando la garganta rasposa—. ¿Qué…?

—Parece que tienes un pequeño problema de desconexión, Lunita —respondió con una petulante sonrisa—. Después del segundo orgasmo, tu cuerpo desconecta y tu mente va por libre.

Arrugó la nariz y se movió solo para darse cuenta de que tenía algo calentito y mullido a su alrededor, que sus brazos estaban sobre su propio regazo y que él la sostenía en brazos. Miró a su alrededor y comprobó que seguían en la misma habitación, solo que él estaba repantingado con ella en el extraño sofá que había vislumbrado en una esquina.

—Ah… lo siento, señor.

Negó con la cabeza.

—No hay nada que sentir —replicó y la miró a los ojos—. ¿Cómo te sientes?

¿La pregunta tenía truco? Ahora mismo le pesaban hasta las pestañas.

—Me pesan hasta las pestañas, señor —confesó en voz alta, dándose cuenta de que le era mucho más fácil llamarle de la forma adecuada—. ¿Podemos quedarnos un rato aquí, por favor? Prometo que no me moveré.

Se rio y notó esa risa en sus propios huesos.

—De eso no me cabe la menor duda —aseguró y maniobró para poder apartarle el pelo de la cara—. Y sí, vamos a quedarnos un rato más —asintió al tiempo que se inclinaba hacia un lado y levantaba un botellín de agua, lo abría y se lo entregaba—. Bebe, vamos. Necesitas hidratarte. El chocolate tendremos de ir a buscarlo nosotros mismos.

—Chocolate… —La sola palabra le hizo agua la boca.

—Bebe. —Empujó la botella contra su boca, obligándola a tragar. Tras el primer sorbo se dio cuenta de que estaba sedienta—. Despacio.

Se lamió los labios y apartó la botella cuando estuvo saciada.

—Gracias, señor.

—De nada, mascota. —Dejó la botella a un lado y la arropó con la suave manta.

Un cómodo silencio se instaló entonces entre ellos, el cansancio tiraba de ella, pero se negaba a cerrar los ojos, así que para distraerse optó por tirar de los recuerdos.

—He visto que tienes fotos de una mujer y una niña en tu casa —comentó levantando la mirada para encontrarse con su rostro—. ¿Son tu familia?

La sombra de dolor y la repentina tensión que penetró en su mirada la hizo dar un respingo. Al momento se arrepintió de haber preguntado.

—Lo siento. Retiro la pregunta. —Intentó incorporarse en su regazo, pero sus brazos la aferraron con fuerza—. Lo siento, señor, no quería despertar dolorosos recuerdos. Te pido perdón.

Lo vio respirar profundamente y soltar el aire, la tensión de su cuerpo se alivió un poco y llegó la respuesta.

—Está bien, Luna, no tenías porqué saberlo —aceptó con voz lejana—. Sí, era mi familia.

Era. Pasado. Una punzada de pena y simpatía se mezcló en su interior. Acababa de traer un recuerdo doloroso cuando todo lo que había querido era distraerse.

—Fallecieron en un incendio —continuó con voz estoica, pero ya no era el Amo de siempre, este no era su Maestro, era Brian.

Levantó la mano y la posó sobre su mejilla, un gesto automático al que no le dio más importancia hasta que él la miró.

—¿Quieres contármelo? —sugirió—. Así como soy una enorme bocazas, se me da bien escuchar.

Brian se quedó mirando los ojos pardos de la pequeña sumisa. La pregunta había sido inesperada, especialmente dado el momento, pero no podía culparla. Por supuesto, había estado en su casa y habría tenido que ver las fotos. Era un milagro que todavía le preguntase ahora por ello.

—Yo no estuve allí para poder evitarlo —se encontró poniendo en voz alta algo que solo había contado a otra persona en vida, su niña, su Ágata—. Debí estarlo, pero me marché un par de días antes para asistir a un estúpido encuentro del gremio. Se suponía que ellas se reunirían conmigo allí en un par de días, pero nunca acudieron…

Esos cálidos ojos empezaron a llenarse de lágrimas y se encontró acusando el golpe como si le hubiesen dado con un mazo en el pecho.

—Luna…

Parpadeó al momento, se secó los ojos y tras sacudir esa bonita melena bicolor hizo la cosa más rara de todas, lo abrazó.

—Lo siento mucho, Brian —le susurró apretándole entre sus tibios brazos—. Siento que hayas tenido que perder así a tu familia.

Bajó la cabeza y enterró el rostro contra su cálido y suave cuello, se mantuvo así un momento, permitiéndose aceptar el consuelo que ella le brindaba, dándose cuenta de que lo necesitaba, que siempre había necesitado de unos brazos a su alrededor y eso fue incluso lo más chocante de todo. La envolvió, atrayéndola más contra sí mismo, absorbiendo su calor al tiempo que apretaba los ojos con fuerza para impedir el paso de las lágrimas.

Ya había llorado bastante en su momento, no derramaría más.

—Gracias, sumisita —le dijo acariciándole el pelo—. Han pasado ya trece años, pero a veces parece que fue ayer.

Se separó de él lo justo para mirarle a los ojos.

—Cuando pierdes a alguien, nunca se va por completo, por eso duele —declaró llevándose la mano al corazón—. ¿Eran tu única familia?

Asintió.

—Lo eran.

Si bien Ágata había ocupado luego su lugar, al igual que Jax y el resto de sus hermanos de duelo, no era lo mismo, no eran… suyos.

—Tenía veintitrés años cuando mi tía y mi prima de diez años murieron en el accidente. —No podía reconciliarse con el incendio, no podía permitir que las llamas que nunca había visto y le atormentaban, entrasen ahora en su mundo—. Mi tía fue quién me crio cuando perdí a mis padres siendo un crío, mi prima fue como mi hermana pequeña. Parece bien que no se me da bien conservar a la familia.

La sorpresa la golpeó, lo vio en sus ojos, pero se repuso enseguida, se enderezó y lo acusó con un dedo, apuñalándole el pecho con ese mismo dedo.

—No digas eso ni en broma —lo sermoneó—. No es culpa tuya que ellos hayan tenido que seguir adelante. No lo es. Así que no lo digas ni en broma.

Bajó la mirada a su dedo y entrecerró los ojos al mirarla.

—¿Me estás sermoneando, sumisita?

Al momento captó su tono de voz, sus mejillas se colorearon y esos labios hinchados por sus besos compusieron un coqueto mohín. Era tan bonita, tan tierna… y era suya. Demonios, ¿podía atreverse siquiera a pensar en conservarla como algo más que una sumisa?

—No es justo, señor, solo intentaba animarte.

Sonrió de soslayo.

—Así que quieres animarme, ¿eh?

Asintió, aunque no parecía muy convencida. Empezaba a conocerle bien para desconfiar de sus acciones.

—En ese caso te indicaré exactamente la manera correcta de hacerlo —le quitó la manta que la envolvía devolviéndole su desnudez, y la deslizó de su regazo hacia el suelo—. De rodillas, Luna. Y abre la boca.

Los ojos pardos de la chica se abrieron de par en par al ver cómo se desabrochaba los pantalones y su pene saltaba listo para la acción. Esa pequeña era capaz de ponerle duro solo con

mirarle.

—Si mal no recuerdo te dije al inicio de la noche que tendría mi polla en esos bonitos labios —le recordó divertido—. Enséñame lo que sabes hacer, sumisita.

La manera en la que la rosada lengua le lamió el labio inferior desmentía la mirada de rebeldía y el resoplido que soltó a continuación.

—¿Cómo debes responder, Luna?

Sus ojos se encontraron.

—Será un placer, señor.

Sonrió y se reclinó en el asiento, atento a lo que esa dulce mujercita haría con su polla.

Sí, Brian, ella está hecha para ser conservada, no puedes dejarla escapar.

Ahora solo tenía que encontrar la manera de que ella opinase de la misma manera. Eso prometía ser un poquito más complicado que obtener su sumisión.

CAPÍTULO 31

—¿Otra vez? ¿En serio?

Luna resopló, acomodó las enormes bolsas de la compra que llevaba y tanteó con el pie el escalón hasta la pared. Se había ido la luz otra vez y no veía nada.

—¡Cass! —la llamó a voz en grito—. Necesito ayuda. ¡Trae una maldita linterna o algo! Maldito sistema eléctrico.

En las últimas semanas no había hecho más que fallar como una mala escopeta de feria, ya se habían fundido varias bombillas y en su caso particular, también se había muerto la tostadora.

—¿Ha vuelto a irse la luz? —escuchó a su amiga después de oír la cerradura de su hogar un tramo de escaleras más arriba. Casi agradecía no tener ascensor, porque con su actual suerte se habría quedado encerrada—. Esto ya es una tomadura de pelo. Tienen que hacer algo, la semana pasada fue la tostadora, ¿qué será lo próximo? Tenemos que mudarnos ya.

—Como si fuese tan fácil —farfulló.

Aquello era algo que llevaban queriendo hacer desde hacía tiempo, pero no terminaban de ponerse de acuerdo sobre qué buscar. Ella quería una casa, una vivienda unifamiliar mientras que Cass prefería encontrar un piso o un ático en el centro. Ambos sueños imposibles dada su escasa economía.

—Ven a echarme una mano, anda, estoy cargada de bolsas y ya no me queda ni resuello para seguir subiendo y menos a oscuras.

—Tu madre debería empezar a comer como el resto de los mortales y no todas esas cosas veganas; eso es pasto para conejos.

El danzarín haz de luz de una linterna le dio de lleno en la cara haciéndola bizquear.

—Explícale tú eso y quédate a escuchar su disertación sobre el sufrimiento animal, bla, bla, bla —bufó—. Baja eso, me estás cegando.

Su madre se había puesto en contacto con ella hacía cosa de una semana para decirle que se había cogido una semana libre en el trabajo y que iba a hacerle una visita. Casi se le había caído el teléfono al suelo de la impresión. Ella no era de las que viajaban, si podía evitar coger un avión, no movía el culo.

Las últimas dos semanas habían sido un continuo ir y venir de cambios, sorpresas y alteración de una rutina que venía conservando desde hacía años. Desde que había formalizado su ingreso como socia del *Blackish* y aceptó ser su sumisa, su maestro la había sorprendido un día llevándola a una famosa heladería de Brooklyn para recompensarla con un helado de chocolate, solían intercambiar mensajes y audios, cuando no decidía coger el metro después del trabajo e ir al *Promerade* para despejarse y al mismo tiempo tener una excusa para verle. Habían iniciado una especie de relación, si podía llamársele así, paralela a su tiempo en el club.

Él era un amo paciente la mayor parte del tiempo, hasta que se le cruzaban los cables o su boca la metía en algún problema cosa que terminaba en eróticos castigos y promesas de que no volvería a cometer ese error; el problema en su caso era que se le daba bien reincidir, especialmente cuando tenía que ver con el ego y la maquiavélica mente de los maestros del club.

Cassandra la había acompañado los últimos dos sábados al club, pero había algo en ella, como un sutil cambio que no estaba segura de cuándo se había instaurado. Seguía siendo la

vivaracha y divertida chica de siempre, pero su relación parecía haberse enfriado de alguna manera, era como si le estuviese ocultando algo y no tenía la menor idea de qué era.

De hecho, solía desaparecer tan pronto traspasaban las puertas del local, coincidiendo únicamente en el bar en algún descanso a lo largo de la noche. Mientras ella estaba bajo el cuidado y la tutela de su maestro, su amiga siempre parecía encontrar a alguien nuevo, metiéndose en prácticas que llegaban a despertarle inquietud; la escena del látigo que había empezado a ver le había revuelto el estómago al punto de que Brian tuvo que sacarla de allí antes de que se pusiese más blanca.

En gran medida eso hacía que le fuese difícil hablar con ella de su estancia en el club, que se volviese también más reservada con ello y se acercase a Siobhan, con quién conectaba cada vez más. El tener a otra sumisa con la que compartir sus experiencias y dudas la estaba ayudando a comprender muchas cosas de sí misma, a entender el por qué le permitía a su amo usarla de esa manera. Y lo disfrutaba, si bien la inquietud seguía presente en algún recoveco de su mente había empezado a disfrutar de veras de ese tiempo explorando otro lado de su sexualidad.

El tema de las escenas en público seguía ocasionándole un incómodo pudor y el Amo Brian parecía disfrutar enormemente exprimiendo dicho pudor, haciéndola enrojecer hasta que todo su cuerpo parecía una granada. Estar desnuda ante otras personas o ser tocada de esa forma por otros maestros, la había hecho gritar solo para luego avergonzarse por haberlo disfrutado. La mirada de ese maldito tenía la culpa, era cómo si él supiese lo que había en su mente incluso antes de que ella misma lo viese, que conociese su cuerpo mejor que ella misma y eso la inquietaba.

Por otro lado, no le había pasado por alto que tanto Horus, Wolf como Logan y Camden, cuando alguno de ellos dos estaba, solían turnarse para echarle un ojo en caso de que su Dom estuviese ocupado o fuese reclamado por alguno de los socios.

Su Dom. Empezaba a acostumbrarse a considerarle así, a entender lo que eso significaba y traía consigo. Él la hacía sentirse apreciada en una forma que no había conocido antes. Si bien durante su tiempo como dominante y sumisa adoptaba una actitud de Amo del Universo, como solía burlarse secretamente de él, en el día a día su carácter no variaba mucho. Era un hombre seguro, que prefería llevar la voz cantante y tener todo bajo control, pero también era un amigo, alguien capaz de escuchar, de reír y compartir algo tan sencillo como un café.

Sacudió la cabeza y miró a su compañera de piso quién había llegado ya en su rescate.

—Toma, coge esto para que yo pueda apoyarme en la pared y no termine rodando escaleras abajo. —Le pasó un par de bolsas pudiendo así disponer de un poco más de equilibrio y libertad—. Esto es el colmo, de verdad, ¿por qué no hace nada el conserje?

Las luces volvieron a saltar de nuevo cobrando vida, un pequeño estallido sonó bajo ellas y la planta inferior quedó sin luz.

—Estupendo —resopló Cass—. Ahí va la cuarta bombilla del edificio en toda la semana. Y mira, ya tenemos luces de discoteca —la maldita bombilla seguía parpadeando, encendiéndose y apagándose—. Solo nos falta la música.

Puso los ojos en blanco y se apresuró a subir antes de que la luz decidiese irse de nuevo por completo. Entró directa hacia la cocina que se encontraba en la parte de atrás, dejó las bolsas sobre la mesa y rescató al momento las que traía su amiga.

—Busca esas lámparas de pilas que habías comprado en la feria de antigüedades, si la cosa sigue así, eso será mejor que nada —suspiró empezando a quitar las cosas de la compra—. Al menos el horno es de gas y podré hacer la cena.

—Um, iluminación *vintage*, va a quedar sensacional con el mantel de hule —se burló y

empezó a ayudarla a guardar la compra—. ¿Qué has traído? ¿Qué vas a preparar? Dime que no es todo comida para conejos.

—Aguacates rellenos con arroz y lasaña de espinacas y setas —le informó. Eran dos de los platos que más le gustaban a su madre y le había enseñado a hacerlos. Por suerte eran lo bastante fáciles como para que pudiese prepararlos sin quemar la comida o peor, la cocina.

—Um… bueno, podría ser peor —aceptó dándole a la cabeza—. Al menos no se te ha dado por hacer coles con bechamel, eso sí que sería divertido. ¿Te imaginas comer eso y tener que ir mañana al club? Sí… sería mítico…

No pudo evitar reír.

—Eres una guarra.

Sonrió ampliamente y meneó las cejas en un gesto cómico.

—Ya sabes cuál era mi apodo en la facultad.

—¿*Bambie*? —recordó. Le habían puesto el apodo no por chica bombón, sino por el pijama de ciervos con el que siempre andaba.

—Oh, ¿te acuerdas de ese? Yo todavía estoy traumatizada por ello —comentó. Entonces sacudió la cabeza—. Um… fresas con nata de postre. ¡Bien! Ay, tengo muchas ganas de ver a Audrey. ¿De qué color crees que traerá hoy el pelo? Es tan chic. Me encantaría parecerme a ella cuando llegue a su edad. Chica, casi cincuenta y seis y no tiene ni una sola arruga y su cutis es perfecto. Yo quiero.

—Pues tú vas por buen camino para parecerte a ella —canturreó—, eres igual de estridente e insensata.

Se rio entre dientes.

—Me tomaré eso como un cumplido, hermanita —aseguró y se llevó una mano a la cadera, apoyándose en la pesada mesa de madera maciza, un capricho que Cass había traído de algún lugar—. ¿Quieres que vaya yo a recogerla al aeropuerto para que puedas hacer la cena?

—¿No te importa?

Señaló la cocina.

—¿Y poder librarme así de todo esto? Nena, soy tu taxista cualquier día de la semana —le aseguró—. Tú ponte a los fogones, que yo me encargo del coche. Te traeré las velas a pilas para que no te dé un pasmo si vuelve la discoteca.

—Eres la mejor hermana *Kappa Psi Omega* del mundo.

—Soy la única de las hermanas *Kappa* que te aguanta, ¿por qué crees que nos llevamos tan bien?

—Mira que eres perrilla.

—Privilegio de ser la mayor, señorita Luna Moon Coulter, privilegio de ser la mayor.

Sacudió la cabeza mientras la veía salir de la cocina canturreando el estribillo de una canción de los ochenta. La escuchó abrir y cerrar cajones, gritar *«eureka»* y volver con gesto triunfal trayendo consigo las velas a pilas.

—Las encontré. —Entró en la cocina y las colocó en sitios estratégicos—. Y mira por dónde, todavía funcionan las pilas. Genial.

—Mi salvadora —le lanzó un beso.

Ella se rio entre dientes.

—Bueno, y ya que estamos solas y no me apetece decir esto con tu madre delante, aunque ambas sabemos que es súper liberal, ¿cómo llevas lo de ser la sumisa de alguien como el Amo Fire?

La miró sorprendida por la pregunta.

—¿Y eliges este momento para preguntarme por eso?

—Llevas tiempo suficiente para poder formarte una opinión real —se encogió de hombros, aunque su tono era mucho más serio que de costumbre. Parecía querer quitarle importancia, pero en el fondo estaba preocupada—. Para saber si esto es realmente lo que deseas y que no te están presionando a hacerlo…

Arrugó la nariz, dejó la bolsa de aguacates a un lado de la mesa y la miró a los ojos.

—De acuerdo Cassandra. Llevas una temporada muy, pero que muy rara y ahora, me preguntas esto. ¿Qué pasa? ¿Qué no me estás contando?

Su hermana de fraternidad resopló, se acercó a ella, le cogió las manos y se las sostuvo mirándola a los ojos. Jamás había visto a Cass tan seria como ahora.

—Luna, mírame a los ojos y dime la verdad, ¿estás bien?

Parpadeó ante la inesperada y angustiada pregunta.

—Perfectamente, no he cogido ni un solo catarro este año.

Le apretó un poco más las manos y dio una patadita al suelo.

—Oh, déjate de bromas, lo digo muy en serio.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que te preocupa?

La soltó y empezó a gesticular.

—Pues que haya sido tan bocazas, tan insistente que te hayas metido en algo que realmente no deseas —soltó de sopetón—. Que lo que ocurrió en la maldita reunión de antiguos alumnos te haya llevado a hacer esto solo por despecho, que no sea lo que buscas, que te hayas metido y no sepas cómo salir, que él te esté obligando y… joder. —Se pasó la mano por el pelo y la miró tan angustiada que le dio pena—. Tengo miedo de haberte empujado a algo que no deseas.

Así que al final se trataba de eso, pensó aliviada.

—¿Por eso has estado tan distante conmigo últimamente?

Se sonrojó avergonzada.

—Estoy preocupada por ti.

—¿Por qué?

—En el club… hablan sobre ti.

Aquello sí que era toda una novedad.

—¿Qué hablan de mí? ¿Y qué dicen, si puede saberse?

—Te han apodado como la «sumisa rebelde» del *Blackish.* —Hizo una mueca—. Que no tienes respeto por nadie, que tu Dom cualquier día te retorcerá el cuello, que los Amos Horus y Wolf se turnan para castigarte… Y te juro que, si es así, yo misma le retuerzo los huevos al Amo Wolf.

Se echó a reír, no pudo evitarlo. Tuvo que agarrarse a la mesa porque las carcajadas empezaban a hacer que se doblara por la mitad.

—Ay Cass… —Casi lloraba—. De verdad… qué cosas escuchas…

—Luna, yo sé que no eres así —se quejó—. Tú no eres de las que buscarían un castigo, ni siquiera como recompensa.

No podía dejar de reír, empezaban a saltarle las lágrimas y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para recomponerse.

—Por favor… ¿sumisa rebelde? ¿Qué Horus y Wolf se turnan para castigarme? —Ahogó una risita—. El titular debería ser más bien *«Cuidado con Luna, Doms dispuestos a merendarse a cualquiera que se le acerque sin permiso de su maestro».*

—¿*Ein*? —La cara de puzle de su amiga la llevó a reírse de nuevo.

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y le indicó uno de los taburetes que rodeaban la mesa.

—Siéntate, anda. —La empujó a ello—. Vamos a hablar y lo haremos una sola vez porque, al contrario que a ti, a mí me da una vergüenza mortal decir esto en voz alta.

Cass empezó a sentarse muy lentamente, como si tuviese miedo que de hacerlo más rápido la silla se rompiese o algo.

—Primero que nada, que sepas que estoy muy bien —dejó claro—, y que acepté ser la sumisa de Brian por decisión propia. Mi maestro fue muy claro y sincero cuando me dijo a lo que me enfrentaría, lo que me encontraría y qué esperaba de mí.

Le habló de la primera vez en la que puso un pie en el club durante el seminario, de cómo eso la desconcertó y despertó su interés por seguir indagando. De cómo él la retó en su segunda visita y cómo eso la llevó a continuar. Le habló de la lista que habían discutido, de sus ocurrentes amenazas y los castigos…

—Cuando dije que le había puesto mi nombre a una pala, lo decía de verdad —aseguró. Buscó su bolso y sacó el móvil para enseñarle una foto—. Se niega a darme el mondadientes, así que para que dejase de protestar, me ha enviado una foto. Aquí la tienes, con dibujo incluido.

Cuando vio la imagen los ojos de su hermana se abrieron de par en par, entonces se echó a reír.

—Ay dios, cuando me lo dijiste pensé que estabas exagerando, que era una broma o algo.

—El Amo Brian puede ser muy ocurrente algunas veces —murmuró pensando en algunas de esas ocasiones—, y maquiavélico… y…

—¿Te pone como una moto?

Abrió la boca y finalmente asintió con rotundidad.

—Sí, en más de un sentido —suspiró—. El sexo ha… el sexo… um… está a otro nivel, ¿vale? Y… me gusta, me enciende… es diferente y lo disfruto… disfruto de todo lo que me hace. Su voz… cuando me habla de esa forma… yo… me derrito… es…

—¿Cómo una compulsión que te pone caliente y te hace querer obedecer al momento?

Asintió, esa era la mejor definición que podía haber dado a cómo se sentía.

—Sí, justo así —aceptó sonrojada, le avergonzaba hablar de esto—. Y eso hace también que me entren los mil males. De verdad, a veces… lo estrangularía.

El rostro de Cass cambió, la vio suspirar y con ello pareció sacarse un enorme peso de encima.

—Entonces, estás bien con él.

—Todo lo bien que puedo estar —respondió pensativa—. De algún modo, es… él. No me interesan otros, quiero decir, posiblemente si Wolf o Horus me diesen órdenes de esa manera, tan íntima… los mandaría a paseo.

Se rio entre dientes.

—Eso, hermanita, es lo que hace a un hombre un buen Dom. Tu único Dom —aceptó más tranquila, con todo, no pudo evitar preguntar una última vez—. ¿Crees que es él?

Él. Ese hombre perfecto con el que ambas habían fantaseado, el único, el definitivo, el que sería especial por encima de todas las cosas.

—Lo único que sé es que estoy cómoda con él, que me hace sentir como ningún otro hasta ahora y, si soy sincera, es posible que incluso… bueno… que me haya enamorado un… poquito de él.

Una verdad que le costaba aceptar, especialmente porque no era del tipo enamoradizo,

porque hacía tiempo que había dejado de creer en el amor romántico, pero de algún modo, Brian era ese él.

—En ese caso, no le dejes escapar, Luna. —Bajó de la silla y rodeó la mesa para abrazarla, apoyando su frente en la suya como solían hacer en la universidad—. Disfruta del tiempo con tu Dom y mantén la mente abierta.

—Lo haré, hermanita, lo haré.

CAPÍTULO 32

Brian miró por la ventana, las luces de la ciudad empezaban a dejar atrás el atardecer para dar paso a la noche, una analogía que podía encajar perfectamente con el ambiente de transición que se estaba llevando a cabo en esa sala.

Todos y cada uno de los presentes tenían algo que decir, algo que aportar esa noche, incluso él. Era hora de dar un nuevo paso adelante, de decidir y esa decisión podía afectar a más vidas que la suya.

—Hemos llegado a un punto en el que es necesario contar con alguien más —decía Nolan, quien había llegado unos días antes—. Ya no se trata solo de nosotros, de nuestra expiación. Tenemos en nuestras manos muchas vidas, gente que se merece toda nuestra dedicación y no solo unas migajas. Ya no podemos dividirnos… no se lo merecen como tampoco lo merecen nuestras familias.

Charlotte estaba sentada a su lado, al igual que Danielle estaba con Garret y Logan y Siobhan con Camden. Miró su silla vacía y pensó en Luna y lo que ella había llegado a significar últimamente para él.

¿Podría amar de nuevo a una mujer? ¿Podría confiarle su vida y sobre todo su vergonzoso pasado? Quizá fuese hora de averiguarlo y utilizar el regalo que Ágata le había hecho con su presencia.

—No podemos seguir anclados en el pasado —comentó volviéndose hacia ellos—. No podemos permanecer eternamente aquí, escondidos del mundo, no cuando las oportunidades están ahí fuera y solo tenemos que atrevernos a traspasar la puerta para alcanzarlas.

Jax lo miró y pareció sonreír con secreta satisfacción, sus miradas se encontraron y asintió.

—Todos habéis necesitado la *Crossroad* en algún momento de vuestras vidas, un puerto seguro en el que poder sanar las heridas, pero la tempestad ya ha pasado para la mayoría y pasará para los que quedan —intervino el mayor de los socios y miembro honorífico—. Es hora de que avancéis, de que dejéis los recuerdos, los remordimientos, el pasado en sí en el lugar que le corresponde y empecéis a mirar hacia delante e incluso al lado —dijo eso mirando a Garret—. Es hora de que dejéis sitio a la gente que necesite de este refugio y pueda liberaros de un trabajo que ya no estáis capacitados para realizar. Hace falta un corazón destrozado para comprender a otro y los vuestros, gracias a esos ángeles que habéis encontrado de nuevo en el camino, ya no lo están.

—Pero… este lugar… Crossroad… lo ha sido todo para mí… para cada uno de nosotros —insistió Garret, quién todavía tenía dudas.

—Y lo seguirá siendo, Gar —le aseguró Jax—. No te estoy diciendo que vendas tus acciones y te largues, sino que delegues. Que lo hagáis todos y cada uno de vosotros. Tenéis vidas propias, negocios que atender, familias que crear y aumentar, no os ancléis en el pasado, no os aferréis a alguien que ya no está, máxime cuando todos sabéis que lo que ella deseaba para vosotros era precisamente esto… una secretaria, un amor de juventud, una amiga de la infancia… y una linda sumisa.

—¿Y en quién quieres que deleguemos? —volvió a comentar Garret. Su amigo entendía la situación, sabía que su futuro era Danielle, pero su pregunta era una que se la hacían todos ellos —. ¿En qué manos podemos dejar la compañía sin que lo que construimos se destruya por

completo?

—En el mismo lugar dónde Ágata os encontró a vosotros —declaró Jax sin más vueltas y señaló hacia la ventana—. Ahí fuera.

—Ya, ¿y qué hacemos? ¿Patrullar las calles? ¿Ponemos un anuncio en el periódico? Siempre nos hemos regido por la discreción.

—Con Danielle funcionó —comentó Camden.

—En realidad a mí me pasó el anuncio mi antigua compañera de piso —replicó la secretaria—. Una antigua cliente de la compañía.

—Una antigua cliente —murmuró Nolan pensativo—. Quizá esa sea la solución.

—¿A qué te refieres? —se interesó. El constructor siempre tenía buenas ideas.

—¿Quiénes conocen mejor la *Crossroad* y su cometido que aquellos que se han visto beneficiados de alguna manera por ella? —resumió—. Podríamos hacer una búsqueda de empleo interna. Poner un anuncio y decirles a nuestros clientes que nos echen una mano, que recomienden a quién crean que podría estar en sintonía con la compañía.

—No es descabellado —aceptó Garret, quién podría haber sido el más crítico de todos ellos—. Y, podría dar resultado.

—Entonces, ¿lo hacemos? —preguntó Mich, quién se había mantenido en silencio hasta el momento—. ¿Empezamos a buscar sangre nueva?

Se miraron los unos a los otros, comunicándose sin palabras, sabiendo lo difícil que les resultaba pero que era la única salida también para ellos. Si deseaban seguir adelante, necesitaban dejar atrás lo que los frenaba.

—Por Ágata —murmuró Garret con voz profunda, llena de emoción por la mujer que les había salvado la vida de muchas maneras.

—Por Ágata —asintió, enviando una plegaria de agradecimiento a su ángel, prometiéndose a sí mismo intentarlo, seguir adelante. Por su pequeña Luna, su dulce sumisa.

—Por Ágata.

—Por Ágata.

—Por Ágata.

Cada uno de los presentes se unió en una sola voz, en un solo pensamiento. Por Ágata, la mujer que los había rescatado de las sombras y los había puesto en un cruce de caminos, listos para echar a andar en la dirección que les marcara el corazón.

CAPÍTULO 33

—Eso huele que es una delicia —gimió Cass asomándose por la cocina—. Si está igual de rico, creo que puedo pasarme al equipo de los conejos.

Luna puso los ojos en blanco y cerró la puerta del horno. Miró la hora e hizo una mueca.

—Será mejor que salgas ya, no sea que cojas tráfico —la echó.

—Voy, voy —canturreó sacudiendo las llaves—. Estaremos aquí antes de que te des cuenta… er… si la luz me deja salir de casa.

La última hora había sido una auténtica discoteca con la maldita electricidad yendo y viniendo. Había tenido que desenchufar todos los electrodomésticos que no fuesen indispensables para que no se estropeasen.

—Menos mal que el horno es de gas. —Bufó mirado a través del cristal como se iba gratinando la lasaña—. Como la cosa siga así, mañana le pongo una reclamación al dueño del edificio. Esto ya no hay quién lo aguante.

—Nos mudamos, Lunita, lo que tenemos que hacer es las maletas y mudarnos.

—Sí —asintió—. Es hora de buscar en serio.

Su amiga asintió y echó el pulgar por encima de la puerta.

—Me voy. Sé buena.

Le lanzó un beso, se puso el abrigo y salió hacia la puerta. Acababa de abrirla cuando la luz decidió volver de nuevo.

—¡Eureka! Se hizo la luz. —La escuchó antes de que cerrase la puerta tras de sí.

Sacudió la cabeza, sería mejor que se diese prisa en terminar con la comida antes que la luz decidiese marcharse de nuevo dejándolas sin electricidad. La iluminación de las lámparas vintage le había servido, pero iba a necesitar más pilas si la cosa seguía así.

—Y también más velas —resopló.

Le echó un último vistazo a la comida que se iba haciendo poco a poco en el horno y se puso a abrir y cerrar cajones en busca de las preciadas pilas. Apenas había rebuscado en un par de ellos cuando escuchó el ahogado sonido del teléfono.

—Estupendo —rezongó. Giró como una bailarina y se lanzó en su busca. Por el tono de la melodía sabía que era Brian, lo que hacía sin duda más acuciante dar con el maldito aparato en medio de la hecatombe en la que se había convertido la mesa de la cocina.

—¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿Dónde…? ¡Al fin! —Lo rescató de debajo de una bolsa y puso el manos libres—. ¡Hola!

Hubo un momento de silencio, como si se hubiese cortado la llamada.

—Diablos, no me digas que no he encendido el teléfono… um… ¿señor?

—Y esa es la respuesta correcta, mascota —escuchó entonces al otro lado de la línea. Puso los ojos en blanco, incluso así la mangoneaba. La idea la puso caliente—. Hola, Luna. ¿Te cojo ocupada? Te ha llevado tiempo contestar.

Se apoyó en la mesa e hizo una mueca al ver todo el desastre.

—Aunque parezca mentira, había perdido el teléfono en el zafarrancho que es ahora la mesa de mi cocina, señor —contestó—. Seguimos con los cortes de luz, pero lo de hoy ya es de risa. No hay forma de que se mantengan encendidas. Ahora mismo tengo un par de lámparas a

pilas sobre la mesa mientras cocino.

—¿Y eres capaz de cocinar así?

Sonrió ante su tono.

—Aunque no lo creas, Amo Brian, sé hacer más cosas que café.

—Así que he conseguido una sumisa que además sabe cocinar.

Sacudió la cabeza.

—Te sorprendería lo bien que se me da no quemar el agua, señor —aseguró con un bajo canturreo.

Se echó a reír.

—Es bueno saberlo, dulzura —le dijo de buen humor—. ¿Ya ha llegado la profesora?

La semana anterior le había hablado de la visita de su progenitora, motivo por el que no podría asistir al club el sábado. Habían hablado de sus respectivas familias y ella le había contado a qué se dedicaba su liberal madre.

—Cass ha ido a buscarla al aeropuerto mientras yo me peleo con el horno, la lasaña y la discoteca.

—¿Discoteca?

—Las luces.

«Brian, ¿tienes un momento?».

Escuchó una voz masculina de fondo, al parecer la había llamado en medio de algo y ya lo estaban reclamando de nuevo.

—Parece que te reclaman, Maestro —le dijo.

—Ahora voy —contestó un poco más alejado del teléfono, entonces volvió con ella—. Sí, tengo que dejarte, sumisita. Disfruta de la velada y de la compañía de tu madre.

—Gracias, señor, eso pienso hacer —prometió y se sintió bien haciéndolo.

—Te llamaré a lo largo de la semana, Luna —le comunicó a modo de despedida—. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Su tono le llamó la atención.

—¿Va todo bien, señor?

—Sí, mascota —la tranquilizó—. Es solo, que quiero que vayamos un poco más allá.

Aquello la sorprendió.

—¿Más allá?

—Te llamaré el lunes y hablaremos —sentenció—. Sé buena, mascota. Cuídate.

—Tú también, maestro.

Arrugó la nariz mientras cortaba la comunicación y se quedó mirando el teléfono unos segundos. ¿De qué querría hablar con ella? ¿A qué se había referido exactamente con lo de ir más allá? Un sinfín de posibilidades empezaron a filtrase en su cabeza, cada cual más descabellada hasta que terminó por resoplar.

—No empieces a elucubrar, Luna —se reprendió a sí misma—. No empieces.

Se obligó a dejar a un lado la reciente conversación y volver a la tarea de la cena. Echó un vistazo a su alrededor y recapituló.

—Las pilas.

Tuvo el tiempo justo de abrir un nuevo cajón antes de oír un brutal estruendo al que siguió una explosión que hizo temblar la habitación, derribando la pared opuesta a la que estaba y lanzándola al suelo al mismo tiempo que veía como la mesa se volcaba sobre ella y el escombro y el polvo se le venía encima provocándole un horrible y lacerante dolor.

—¡Mamá Audrey!

Cass levantó las manos empezando a agitarlas para llamar la atención. La señora Coulter era todo un personaje. Nadie que se fijase en la mujer de pelo azul noche con mechas blancas, traje de chaqueta color crema, redondas gafas de cristal violeta, blusa estampada y una maleta que proclamaba las ventajas del sexo con formas del Kama Sutra podría pensar que se trataba de la directora del departamento de Literatura Clásica en *UCLA*. La mujer, que rondaba ya los cincuenta y algo —se negaba a decir su edad real— se parecía a su hija únicamente en el color de ojos y en la altura, por lo demás, eran como el día y la noche.

Audrey sonrió ampliamente al verla, dejó la maleta a un lado y abrió los brazos.

—Mi niña Cassandra. —La abrazó con cariño—. Sabía que serías tú nada más poner un pie en los Estados Unidos. —La besó en la mejilla—. ¿Y mi Luna? Se ha quedado en casa preparando la cena, ¿verdad?

Se echó a reír.

—¿Estás segura de que no puedes darme los números que saldrán en la lotería de mañana?

Esa mujer era increíble. Tenía una percepción de las cosas que iba más allá de todo lo que podía considerarse normal. Su sensibilidad era apabullante y a menudo veía a través de ella y de su propia hija, siendo imposible guardar secreto alguno.

—Si los supiera, cariño, Luna Moon y tú seríais las primeras en tenerlos —aseguró risueña. Cogió la maleta y enlazó su brazo echando a caminar—. Dime, ¿cómo está mi bebé? No me ha vuelto a decir una sola palabra sobre su visita a ese club desde hace semanas.

Se rio y se inclinó de modo confidencial.

—Espera a verla —la avisó—, y tú misma podrás hacerte una idea.

La mujer la miró interesada.

—Así que, lo ha encontrado —murmuró pensativa—. Ya era hora.

—Creo que sí, al menos ha encontrado a un tío que sabe hacer algo más que decir lo bueno que está, lo bien que lo hace en la cama y se preocupa por ella y sus necesidades.

—Eso es lo que le hacía falta —asintió complacida—. Quiero conocerlo. Debo asegurarme que tiene el aura correcta para mi Luna Moon.

Se rio entre dientes. Iba a ser muy divertido ver un encuentro entre el Amo Fire y Audrey.

—Eso no me lo perdería por nada del mundo —aceptó en voz alta—. Seguro te gustará, es un monumento de hombre… es bombero.

—Bombero, nada más y nada menos, eso es…

Las palabras se perdieron, la mujer empezó a caminar más despacio hasta detenerse por completo. Su expresión se había vuelto pálida, parecía tener la mirada desenfocada, entonces jadeó.

—Luna Moon.

—¿Mamá Audrey?

La mujer se volvió hacia ella mortalmente pálida.

—Luna… algo le ha pasado a Luna.

Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza. No preguntó, no cuestionó la firmeza de sus palabras. Sacó inmediatamente el teléfono del bolso y llamó a casa. Había visto esa conexión antes entre ellas. Su hermana siempre sabía que su madre la llamaría unos segundos antes de que lo hiciese, incluso supo que había tenido un accidente cayéndose por las escaleras y torciéndose el tobillo antes de que la llamase para decírselo. De algún modo, existía una conexión entre

ambas que iba más allá de lo explicable.

—Vamos… vamos… vamos… Luna, coge el teléfono —suplicó sintiendo como sus nervios empezaban a desbocarse. El teléfono sonaba, daba línea, pero no lo cogía—. Mierda.

Miró a la mujer, la cogió de la mano y ambas emprendieron una desenfrenada carrera sobre tacones hacia el coche.

CAPÍTULO 34

—Espero no haber interrumpido nada importante.

Nolan se apoyó en la pared, con las manos en los bolsillos, mirándole con curiosidad. Se guardó una sonrisa ante la abierta curiosidad del hombre y sacudió la cabeza.

—Nada importante, ¿qué pasa?

El socio de la *Crossroad* lo miró durante unos instantes como si sopesase el insistir o seguir con lo que lo había llevado a interrumpirle. Al final optó por lo último.

—Necesito que me echen una mano con el nuevo sistema de incendios de la oficina que vamos a abrir —expuso—. Me vendría bien si pudieses recomendarme la misma empresa que instaló los del nuevo estudio.

Asintió.

—Así que al final has decidido ampliar horizontes.

Se encogió de hombros.

—Si algo funciona hay que seguir haciéndolo —se justificó—. La nueva sucursal de Lenox Hill se encargará de la parte comercial, más que nada.

—¿Está en Lenox? —No pudo disimular la sorpresa y el interés.

—No me digas que tienes pensado mudarte otra vez, ¿cuántas van ya? ¿Tres casas? —se burló, malinterpretando su interés.

—Que conserve, dos, aunque estoy pensando en vender la de las afueras, estoy muy cómodo en Montague.

Se frotó la barbilla considerando sus palabras.

—Pues si estás pensando seriamente deshacerte de la de las afueras, quizá me interese comprártela —aceptó pensativo—. Estaba pensando en mudarme, buscar algo nuevo y empezar de cero con Charlie.

Charlotte había sido su cuñada y el amor de toda su vida. La joven viuda había vuelto a entrar en su vida de forma permanente gracias a una treta que había dejado estipulada en el testamento su difunto marido. No conocía los detalles, pero el caso es que Nolan había recuperado a la mujer de su juventud y ella parecía estar muy enamorada.

—Cuando quieras verla, solo avísame, te daré las llaves —aceptó de buen grado. Si tenía que deshacerse de la casa, prefería dejarla en manos de alguien que sabía la disfrutaría—. En cuanto a la oficina de Lenox. Me pasaré por allí a echar un vistazo y te diré algo.

Su oferta no hizo más que aumentar su curiosidad.

—Y lo harás porque te queda tan cerca de casa…

Bufó y puso los ojos en blanco.

—Mi sumisa vive en Lenox. —No tenía problema en admitir algo que antes o después iba a ser de dominio público. Todos sabían cómo vivía su vida y si Luna iba a formar parte de ella, mejor dejarlo claro desde ya.

—Así que has encontrado sustituta a la última…

Hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No, Luna difícilmente podría considerarse sustituta de algo —confesó y se pasó la mano por el pelo. Le ponía nervioso hablar de su vida privada—. Ella… digamos que es mucho más de

lo que parece y eso me ha conquistado.

La expresión de Nolan era de conformidad y satisfacción. Le palmeó el hombro y asintió.

—En ese caso, no la dejes escapar, cachorro —le sugirió—. Mujeres así, aparecen muy pocas veces en la vida, a veces solo una.

Abrió la boca para responder, pero el teléfono empezó a sonar. Frunció el ceño al reconocer el tono de ambulancia que tenía puesto para las llamadas del cuartel.

—¿Trabajo?

—Eso parece —asintió descolgando—. Reynols.

—Jefe, tenemos una llamada de la central de Manhattan. Necesitan refuerzos, están en una salida y no pueden desplazarse a la nueva emergencia. Posible explosión de gas en el 231 de la 68 con la segunda avenida en el barrio de Lenox Hill. Después del parque St. Catherine´s.

La dirección penetró en su mente congelándolo.

—¿El 231 de la 68? —Necesitaba confirmación.

—Sí.

Un sudor frío lo recorrió por entero. Su mente volvió años atrás, a una llamada similar, a una tragedia que cambiaría su vida por completo.

—Brian.

La voz de Wolf lo devolvió al presente de una patada, obligándole a concentrarse a no dejarse llevar por el pánico.

—Salid para allá con dos camiones —ordenó metiéndose en modo profesional—. Acordonad la zona y comprobad que no hay nadie atrapado dentro del edificio. Voy para allá.

—*Roger*, jefe.

Colgó el teléfono y lo devolvió al bolsillo trasero del pantalón no sin esfuerzo. Le temblaban las manos, apenas podía respirar. Luna. Era el edificio de Luna.

—Brian, ¿va todo bien?

Negó con la cabeza, las noticias filtrándose cada vez más hondo en su pecho.

—Ha habido una explosión de gas en un edificio de Lenox. Los bomberos de la zona están en otra salida y no tienen medios, han pedido refuerzos y he tenido que movilizar a mi gente —siseó. Desde el cuartel a Lenox había unos buenos quince minutos si no cogían tráfico y en un incendio u explosión, el tiempo era oro—. Mi… mujer vive en ese edificio.

Respiró profundamente. Tenía que calmarse, su gente ya estaba en camino, tenía que salir ya para allí.

—Mierda —escuchó sisear a Nolan—. Vamos. Vete.

No esperó a escuchar el final de la frase, ya echaba a correr hacia la salida, recuperando de nuevo el móvil y marcando a ciegas el número de necesitaba.

—Vamos, pequeña, vamos, coge el maldito teléfono… —siseó manteniéndolo en la oreja mientras dejaba el edificio y entraba en el coche. Conectó el manos libres, encendió el motor y se incorporó a la carretera como una exhalación.

La señal daba llamada, se oía el tono de fondo, pero no daban descolgado el teléfono. Apretó los dientes, colgó y volvió a llamar.

—Vamos, vamos, vamos.

Se obligó a desterrar el miedo, a hacer a un lado todo pensamiento negativo.

—Quizá está fuera, quizá le quedó el teléfono en algún sitio, pero está fuera —intentó convencerse a sí mismo de ello.

Tenía que ser así, ella tenía que estar bien, tenía que estarlo… Dios, no podía perder a nadie más, no de esa manera, nunca de esa manera y no a ella. Si le pasaba algo a esa mujer, su

vida terminaría antes de empezar.

Cassandra estaba histérica, el humo salía del edificio, unas enormes llamas lamían toda la fachada mientras la gente se arremolinaba en la calle, apartándose del estallido de los cristales y los fragmentos que caían a la acera. Su casa estaba ardiendo, las llamas salían por la ventana del salón y por el boquete que se había producido en la pared a la que daba su cocina.

Luna no estaba por ningún lado, había gritado hasta quedarse afónica, la había buscado entre los vecinos que habían salido, entre los que ya estaban en la acera con lo puesto, aterrados, conmocionados.

—¡Luna! ¡Luna Moon! —Audrey la llamaba a gritos, buscando entre los presentes.

—¡Luna! —se unió a la llamada, pero algo le decía que ella no estaba allí, de lo contrario ya habría contestado. Y esa pared… ella había estado en la cocina, había estado haciendo la maldita cena.

—Los bomberos, ¿dónde están los malditos bomberos? —se giró de nuevo, mirando a ambos lados de la calle, el único acceso. Agudizó el oído intentando escuchar las sirenas.

—Una explosión… de repente tembló todo…

—Las llamas, está ardiendo la casa… dios mío…

Todos eran gritos, frases cortadas, el horror estaba presente en la calle y en su propio corazón. No, no podía estar pasando esto, su hermana no podía estar allí dentro.

—Por favor… por favor…

—Maldita sea esta ciudad y sus servicios de emergencias —masculló Audrey volviendo a colgarse del teléfono. Ella había tenido el suficiente temple para tirar del móvil nada más vieron la columna de humo al final de la calle, ya estaba hablando con el servicio de emergencias pidiendo la intervención de los medios de extinción cuando todavía no había ni apagado el motor del coche—. ¡Me da exactamente igual, señorita! ¡Mi hija no aparece y puede estar dentro del maldito edificio!

La voz de la mujer hizo que muchos a su alrededor de giraran en su dirección. Se mesó el pelo, tirando de él sin siquiera notar el dolor. No podía quedarse quieta, tenía que hacer algo, su hermana pequeña estaba ahí dentro.

—¡Cassandra! ¡Cassandra, vuelve aquí!

El brazo de Audrey la rodeó por la cintura, impidiéndole acercarse más al edificio.

—Mi hermana está ahí dentro… —Estaba llorando, las lágrimas inundándole los ojos—. Está ahí…

Antes de que pudiese decir una palabra más, las esperadas sirenas inundaron la noche, los destellos de luz multicolor colorearon los edificios.

—Gracias al cielo —musitó y corrió hacia la calle para empezar a hacer señas—. ¡Aquí! ¡Aquí!

Una nueva explosión resonó por encima de sus cabezas haciendo que se agachasen en el acto, los cristales, posiblemente las ventanas y todo lo que fuese de vidrio estaba estallando a causa del calor.

Los camiones ocuparon sus lugares, los equipos de extinción empezaron a desplegarse, un hombre empezó a gritar órdenes mientras otros extraían las mangueras y acordonaban la zona alejando a la gente, impidiéndoles resultar heridos.

—Mi hermana… —empezó a gritar caminando hacia ellos—, mi hermana está todavía ahí dentro.

—Retroceda, señora, por favor, nosotros nos encargaremos.

—Sacad las mangueras, acordonad la zona, no quiero a nadie dentro del perímetro…

La inesperada y demandante voz la abofeteó, giró sobre sus pies y se encontró a la última persona que esperaba ver allí.

—Wolf —musitó. Sacudió la cabeza y empezó a gritar, intentando llegar a él—. ¡Wolf! ¡Wolf!

La detuvieron, tirando de ella hacia atrás, impidiéndole alcanzarle.

—Señora, por favor, tiene que ponerse a salvo…

—Le digo que mi hermana está ahí dentro —chilló, golpeándole—. ¡Wolf!

—¿Qué demonios pasa aquí? —se acercó por fin él—. ¿Cassandra?

Librándose del muchacho, se lanzó hacia él, aferrándose a su chaqueta.

—Es Luna —le dijo y señaló hacia arriba—. Luna no ha bajado. Estaba en la cocina, hacía la cena… Está dentro, Wolf. Mi hermana, mi hermana está dentro. El último piso. La cocina… la explosión… fue en la misma zona.

El rostro del hombre palideció un segundo antes de girarse y llamar a voz en grito a su gente.

—¡Markus! ¡Coge el equipo y ven conmigo! ¡Hay al menos una persona dentro! —clamó desasiéndose de las manos femeninas para luego empujarla—. Mantente detrás de la línea. Es una orden, mascota.

—Pero Luna…

—¡Hazlo, Cassandra! —bramó, entonces cogió la bombona de oxígeno que le traían, se la puso y tras comprobar que estaba su compañero listo, dio aviso a otro de sus hombres—. Cuando llegue Reynols, retenedlo.

—¿Qué retenga al jefe? —Su orden pareció causarle gracia, pero no tuvo tiempo a decir nada más pues los dos ya se habían traspasado el umbral del edificio.

Los bomberos siguieron moviéndose a su alrededor, unas manos tiraron de ella hacia atrás, llevándola a zona segura. Escuchó su nombre, escuchó los gritos de los bomberos y vio las llamas, todo lo que podía ver eran esas llamas devorando su hogar, el mismo en el que posiblemente permaneciese Luna.

—Por favor, dios, por favor, protégela, no dejes que le pase nada.

CAPÍTULO 35

No podía respirar.

Había humo, un olor ácido y penetrante que la llevó a toser, pero con cada exhalación el dolor sobre la parte inferior de su cuerpo se incrementaba haciéndolo insoportable. Un insistente soniquete se interponía en medio del dolor, repitiéndose una y otra vez, una melodía recurrente, algo que conocía… su teléfono.

Intentó prestar atención, no era solo un sonido, su cuerpo vibraba, más allá del dolor también vibraba acariciándole la pierna. Intentó moverse, pero el esfuerzo la hizo emitir un agónico grito de dolor, le estallaba la cabeza, sintió náuseas y tubo que obligarse a tragar la bilis que subía por su garganta para no ahogarse.

—Ayu… ayuda… po… por favor…

De sus labios escaparon unas palabras, un hilo de voz bajo aquella insistente música que seguía y seguía y seguía. De vez en cuando alternaba el ritmo, pero insistía e insistía volviéndola loca.

Se obligó a abrir los ojos, a buscar el lugar de dónde salía esa música para cortarla de raíz, tosió y el dolor le arrebató el aire, el picaban los ojos, la débil luz de una de las linternas *vintage* parecía burlarse de ella a escasos centímetros de su mano. Estaba tirada en el suelo, olía a quemado, había suciedad, polvo y restos de su compra y lo que solo podían ser partes de la pared.

Una explosión. La pared de la cocina se había venido abajo, la mesa se le había caído encima con todo lo demás. Aventuró un vistazo por encima de la cabeza y le entraron ganas de reírse. La maldita mesa, esa monstruosidad de la que siempre se quejaba había formado una especie de tejado al quedar apoyada entre el suelo y el fregadero.

Miró una vez más a su alrededor, el pequeño movimiento la hizo gritar de nuevo cuando un horrible dolor le atravesó la pierna derecha, la pierna que tenía atrapaba entre la parte baja de la mesa y un pedazo enorme de pared. Se le llenaron los ojos de lágrimas, la angustia le arrebató el aire de los pulmones y empezó a hiperventilar.

—No… no puedo… no puedo…

Se obligó a mantenerse quieta, dejando que las olas de dolor la traspasaran como le había enseñado su maestro, solo que esto iba mucho más allá de un dolorcillo erótico, esto era una agónica tortura.

—Está bien… —Tosió y se obligó a mantener la boca cerrada. Había demasiado humo, acabaría asfixiándose si no salía de allí.

La melodía seguía. El teléfono. Se concentró en ello, palpó a su alrededor, sobre su cuerpo hasta que notó la vibración bajo su palma. Aliviada luchó para extraerlo, apretando los dientes para aguantar el dolor. Notó como se deslizaba del bolsillo y caía al suelo, la luz y la vibración bailaban ahora reflejándose en la madera de la mesa.

—*OK. DESCOLGAR.*

Se concentró en que su voz saliese clara para que el teléfono la registrase y se activase la opción de voz del teléfono.

—…maldita sea, Luna, responde, coge el maldito teléfono…

Un aliviado jadeo escapó de sus labios, una débil risa.

—Brian… —Los ojos se le llenaron de nuevo de lágrimas.

—¡Luna!

Escuchar su nombre fue como un bálsamo.

—Ayuda… por favor… señor… ayu… da

Un nuevo siseo, el sonido de lo que le parecieron cláxones de coches y de nuevo su voz.

—¿Dónde estás?

—Por favor…

—Luna. Escúchame. —Palabras, frases cortas, tenía que concentrarse en lo que decía—. ¿Dónde estás?

—En casa. La cocina. —Tosió y sintió que se moría, acabó echándose a llorar—. Una explosión… no puedo… oh dios… por favor… ayúdame.

—Tranquila, mi vida, la ayuda va en camino —le dijo. ¿Acaba de llamarla «mi vida»?—. Sigue hablándome. ¿Estás herida?

Apretó los dientes y asintió.

—Sí —lloró—. Me duele… estoy… atrapada… no puedo… —empezó a toser de nuevo y gimió de dolor—. Brian, por favor. Me duele, me duele mucho… hay humo…

Volvió a toser, el humo se metía en sus pulmones quitando espacio al oxígeno, cerrándole las vías respiratorias. Le picaba la garganta, le dolía el cuerpo, la cabeza, la pierna… era insoportable.

—Ayuda… por favor… ayu…

—Luna. ¿Luna?

No pudo responder, ya no tenía fuerzas, empezaron a cerrársele los ojos, el dolor era atroz, ya no podía más y la oscuridad la consumió por completo.

Brian apretó los dientes y dio un volantazo antes de pisar de nuevo el acelerador. Su niña estaba herida, en peligro, atrapada bajo escombros o a saber qué. Había humo, probablemente de un maldito incendio. Los recuerdos acudieron en tropel, las pesadillas volvieron a cobrar vida allí mismo, en su mente… Los gritos, el calor de las llamas, voces de reproche… todo era producto de su imaginación, de la culpabilidad que sentía por no haber estado allí para salvarles, pero ahora sí había escuchado la de Luna pidiéndole ayuda.

Cambió de nuevo de marcha, los neumáticos rechinaron mientras cambiaba de carril en una peligrosa maniobra y enfilaba hacia la paralela que le permitiría llegar a la calle. Utilizó el manos libres y llamó de nuevo.

—Soy Reynols —alzó la voz—. Decidme que ya estáis en el lugar de la intervención.

—Sí, Jefe. Wolf y Markus han entrado, hay al menos una persona atrapada.

—Sí. Su nombre es Luna, acabo de hablar con ella —informó rápidamente—. Estaba consciente hasta hace unos segundos. Parece que está herida, posiblemente aprisionada bajo algo. Necesitará oxígeno. Pásale la información a Wolf y tenme preparado el equipo. Estaré ahí en dos minutos.

Colgó y aceleró el último tramo.

Nadie iba a morirse estando él de guardia, ella menos que nadie.

Cass no podía dejar de temblar. Sentada en la parte trasera de una ambulancia no podía dejar de mirar las llamas que seguían saliendo por una de las ventanas del salón. Habían tenido

que atenderla cuando empezó a faltarle el aire; un ataque de pánico en toda regla. Audrey seguía a su lado, esa mujer era como una roca. Su hija estaba ahí dentro, no sabían nada de ella y estaba ejerciendo de apoyo para ella. El humo que salía ahora era blanco, si bien las llamas habían remitido en altura, seguían presentes y eso era lo que más la asustaba de todo.

—¿Por qué no se apaga? ¿Dónde están? ¿Por qué no sale Wolf? ¿Por qué no sacan a Luna?

No podía seguir sentada por más tiempo, se arrancó el oxígeno y bajó de la ambulancia.

—¿A dónde crees que vas, señorita? —la detuvo Audrey—. Vuelve a sentarte ahora mismo…

No la escuchaba, empezó a avanzar hacia el lugar con la mirada puesta en el edificio, en las llamas, consciente de que toda su vida se estaba quemando ante sus ojos.

—El temblor fue terrible, la explosión sacudió todo el edificio, las plantas cayeron al suelo y salí corriendo —escuchó a sus vecinas.

—Ha tenido que ser la caldera —comentó un hombre de mediana edad que vivía justo debajo de ellas—. Ha estado haciendo cosas raras últimamente. He avisado por activa y pasiva al conserje, ¿y qué te dice? Que no hay dinero para cambiarla.

—Esas pobres muchachas, parece que una de ellas todavía está ahí dentro —comentó otra mujer—. Podría estar muerta.

El cuchicheo de la mujer la puso enferma.

—¡Cállese! ¡No diga esas cosas! ¡Luna está bien! ¡La sacarán de ahí!

La mujer se quedó blanca, no se había dado cuenta de que ella estaba cerca.

—Cariño yo…

—Gertrude, por favor, la muchacha tiene razón —la retó también el hombre—. Los bomberos están aquí y si esa chiquilla está ahí dentro, la sacarán.

—Dios quiera.

Se giró dándoles la espalda, incapaz de quedarse allí ni un minuto más. Se deshizo de la manta con la que la habían cubierto en la ambulancia, la entregó al anciano y caminó decidida hacia el camión de bomberos cuando alguien apareció por el otro lado ladrando órdenes.

—Peters, ese equipo, ¡ya!

—Jefe, Wolf me pidió que no…

—¡Ahora!

Abrió los ojos y se quedó sin respiración al reconocer a la voz y al hombre al que pertenecía. Echó a correr, pasando una vez más debajo del cordón para desesperación de los bomberos.

—Joder…

—¡Brian!

El hombre levantó la mirada mientras se enfundaba la parte de abajo del traje y procedía a seguir rápidamente con la chaqueta.

—Cassandra.

Dribló al bombero que quería detenerla y derrapó junto a él.

—Luna está ahí dentro —clamó desesperada—. Estaba en casa, en la cocina… se lo dije a Wolf, pero no sale… no sale ninguno de los dos…

—Está bien, Cass, está bien. —La tranquilizó como solo un Dom podía hacerlo—. He hablado con ella. Está viva y vamos a sacarla de ahí dentro.

El alivio la inundó al momento, haciendo que se le aflojasen las piernas y cayese al suelo de no ser por sus rápidos reflejos.

—Gracias a dios.

—¡Cassandra! —Audrey llegó corriendo, pasó bajo la línea y se ocupó de ella.

—Está viva, mamá Audrey, Luna está viva. —Lloraba y señaló a Brian—. Brian ha hablado con ella, van a sacarla…

—¿Puede quedarse con ella? —pidió él a la mujer, quién asintió.

—Mascota, necesito que me digas rápidamente dónde está la cocina.

Asintió y señaló hacia arriba.

—Las llamas… es el salón, la cocina está del otro lado —indicó intentando ser precisa—. La pared… la que estalló… ese agujero. Esa pared daba con nuestra cocina, con la parte alejada. Desde la puerta… todo recto, la última a la izquierda.

—Buena chica. —Le tocó la cabeza como solía hacer.

—Rescátala, señor, por favor.

—No dejaré que nos la quiten, cariño, ni un maldito incendio o una explosión la apartarán de nuestro lado.

Dicho eso, cogió el caso, dio un par de órdenes y entró en el edificio.

—Él es…

Miró a su madre política y asintió.

—Lo es, mamá —susurró—. Y un Dom nunca rompe sus promesas, no con su sumisa.

CAPÍTULO 36

—Ten cuidado, maldita sea, habrá que apuntalar esto o se nos vendrá encima —siseó Wolf observando con ojo clínico toda la estructura que tenían ante ellos. Las paredes estaban resquebrajadas, habían caído algunas divisiones y el acceso al piso más afectado estaba prácticamente intransitable—. Hay que buscar otra entrada, no podemos acceder por ahí.

—Al fondo —señaló su compañero—. Habrá que hacer un boquete a la pared para poder entrar.

—Pues ya estás empezando a darle al mazo —anunció Brian aproximándose a ellos—. ¿Qué tenemos?

—Joder, le dije a Peters que no te dejara entrar —resopló Wolf—. Es imposible acceder desde el frente, habrá que entrar o desde abajo o abrir un hueco en esa pared.

—Luna está en la cocina, hablé con ella, está atrapada posiblemente bajo algún electrodoméstico o parte de los escombros —informó examinando detenidamente la estructura, valorando dónde podían abrir una brecha—. Dijo que había mucho humo. Deduzco que se ha desmayado, hay que sacarla de ahí ya.

Se movió hacia delante, cuidando de dónde ponía los pies y dándose así mismo toda la prisa que podía. No podía ir más rápido, la estabilidad del edificio era precaria, si tiraban un muro equivocado o abrían un agujero dónde no debían, no solo ella correría peligro.

—Aquí. —Señaló un lado de la pared—. El muro de carga soportará el peso a ambos lados.

—De acuerdo —aceptó Wolf, que ya llevaba una maza en las manos—. Atrás.

Empezó a derribar la pared, abriendo un hueco lo suficiente grande para que pudiesen entrar sin comprometer la estructura.

—Las máscaras —ordenó Brian poniéndose ya la suya. La cantidad de humo en el interior era considerable, ahora que tenía otro tiro, empezaría a inundar también el corredor.

Pasó primero intentando orientarse rápidamente, las paredes estaban resquebrajadas, la puerta abierta del salón mostraba todavía las llamas haciendo presa en los muebles de madera, pero el agua entraba a presión y no tardaría en extinguirse por completo. Apartó lo que encontró a lo largo del pasillo, comprobando cada pedazo de pared, cada parte de la estructura hasta llegar al lugar de la explosión. Un enorme boquete a su derecha revelaba parte del exterior del edificio y lo que parecía haber sido un cuarto adyacente totalmente destruido. Solo quedaban unas tuberías.

—¿El gas?

—Fue lo primero que cortamos.

Buenos chicos, anotó mentalmente y continuó hacia la cocina.

—¡Luna! Luna, ¿puedes oírme?

El lugar estaba destrozado, los electrodomésticos que había contra la pared que estalló habían terminado empotrados al otro lado de la pared, había un montón de humo y polvo, pero gracias al boquete empezaba a diluirse. Un enorme trozo de la pared había caído entero sobre una estructura de madera.

—Luna, pequeña, responde.

Su voz sonó débil, pero la escuchó a pesar de todo.

—Se… señor.

Escaneó lentamente el lugar, avanzó y entonces vio un charco de sangre entre los escombros saliendo por debajo de la estructura de madera, la cual resultó ser una mesa.

—Cuidado —previno a sus compañeros que lo seguían—. Luna, ¿dónde…?

No terminó la frase, vio su pelo azul lleno de suciedad y polvo. La mesa de madera había actuado como un parapeto salvándole la vida.

—Luna. —Se lanzó hacia ella, comprobando la estructura, con miedo a tocar cualquier cosa y que la aplastase. Se quitó la máscara al instante para ponérsela a ella—. Está atrapada. La mesa está haciendo de parapeto. Creo… buen dios… —la mayor parte de la pared había caído sobre su pierna derecha y lo que veía hizo que se le encogiesen los intestinos—. Hay que apuntalarlo antes de poder levantarlo.

Wolf se adelantó y vio lo mismo que él, intercambiaron una mirada y asintió al momento.

—Quédate con ella, voy a buscar algo para levantar esto. La sacaremos de aquí.

—Brian…

Su maullido atrajo inmediatamente su atención.

—Estoy aquí, amor. —Apretó la máscara contra su rostro—. Respira profundamente. Pronto habrá terminado todo. Te lo prometo.

Lo miró con esa inocencia y confianza que le encogía las entrañas.

—Gracias… por venir… a buscarme.

Pequeña sumisa.

—¡Esos puntales! —alzó la voz. Necesitaba sacarla de allí, no respiraría tranquilo hasta tenerla fuera de ese maldito lugar—. Te sacaré ahora mismo.

Los segundos se hicieron eternos, solo podía mirar sus ojos, volver sobre su hombro y sisear.

—Los sanitarios nos esperan abajo con la ambulancia lista —anunció Wolf volviendo ya con lo necesario para liberarla—. Traigo una camilla de palas.

—Bien —aceptó, se inclinó sobre ella y le apretó la mano que le estaba cogiendo desde que llegó—. Dulzura, vamos a levantar el trozo de pared que ha invadido tu cocina y te mantiene aquí, perdiendo el tiempo en el suelo, para que podamos irnos, de acuerdo.

La vio poner los ojos en blanco.

—No es… un buen momento… para que me hagas reír, maestro… me duele.

Sonrió y la besó por encima de la máscara.

—Aguanta un poquito más, casi estamos. —Se volvió hacia sus compañeros y asintió.

Su alarido le perforó el corazón, pero se obligó a mantenerla quieta para poder sacarla y trasladarla a la camilla de palas.

—Brian… mi pierna… —Lloraba. El dolor tenía que ser atroz.

—Shh, amor, todo está bien. —La tranquilizó mientras Wolf la cubría con una manta térmica.

—¡Salimos! —Avisó y entre los dos, levantaron la camilla a una y la sacaron del infierno en el que se había convertido su casa.

Cassandra no podía dejar de pasearse de un lado a otro mientras echaba un ojo sobre los bomberos que entraban y salían. Ya no se atrevía a acercarse por miedo a entorpecer las labores

de rescate.

—¿Por qué tardan tanto? ¿Dónde están?

Junto a ella, Audrey esperaba también en tensión. Esa mujer era todo un ejemplo para ella, cómo era capaz de mantener la calma en una situación así, no lo sabía. Wolf había salido una primera vez, la había ignorado o quizá ni siquiera la había visto mientras se acercaba a una de las ambulancias y hablaba con los médicos. Los servicios sanitarios estaban ya esperando con una camilla lista, sin duda esperando a que sacasen al herido.

—Dios mío… ¿Dónde…?

Sus palabras se perdieron cuando vio aparecer de nuevo a los bomberos portando una camilla de palas con un cuerpo cubierto con una manta térmica. A juzgar por cómo la chica respondía con un gesto de la cabeza a Brian, Luna estaba consciente.

—¡Luna!

—Gracias al cielo.

Ambas corrieron hacia la camilla mientras los bomberos colaboraban con los sanitarios para pasar a su amiga de una camilla a otra.

—Luna Moon, mi bebé —se acercó su madre.

—Mamá… —Escuchó su murmullo—. Cass…

—…tiene varias fracturas en la pierna y ha perdido sangre —escuchó de fondo que enumeraba Brian—. Ha estado tiempo inconsciente, posiblemente haya inhalado bastante humo y polvo. Tiene un golpe en la sien…

—De acuerdo, ya nos encargamos nosotros. —Tomó el relevo uno de los enfermeros—. Vamos a llevarla al Lenox Hill Hospital. ¿Algún familiar?

—Ve con ella —se adelantó Audrey y se giró hacia Cass—. Vamos. Iremos directamente al hospital.

Asintió y miró a Brian.

—Gracias.

Él solo asintió y subió a la ambulancia. Al momento encendieron las sirenas y abandonaron el lugar a toda velocidad.

CAPÍTULO 37

La sala de urgencias era la pesadilla de cualquier persona. Si añadías una ansiedad desbordante, nervios a flor de piel e intentar mantener todo eso bajo control, el coctel era explosivo. No podía quitarse de la cabeza lo que había visto, su pequeño cuerpo atrapado bajo los escombros a centímetros de terminar completamente aplastada. Esa tosca mesa le había salvado la vida, posiblemente librándola de la brutalidad a la que se había visto sometido su pierna derecha.

Se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado. Podía haberla perdido, apenas la había encontrado y podían habérsela quitado para siempre. Nunca se había sentido tan asustado en su vida como cuando escuchó el nombre de la calle de boca de Wolf, el pasado había resurgido entonces con inusitada fuerza, pero esta vez había estado allí para ayudarla, había podido salvarla como no ocurrió con su familia.

Si le quedaba alguna duda al respecto, después de esto se había esfumado. Amaba con locura a esa mujer, no sabía ni cómo ni cuándo se había metido de esa manera debajo de su piel, pero así había sido. No solo era la sumisa que llevaba toda la vida buscando, era la mujer que lo complementaba como ninguna otra, que estaba dispuesta a escucharle y aceptaba quién era, aunque ella misma estuviese todavía perdida.

Pero ya no más. Ahora que era suya, la ayudaría a encontrarse, a descubrirse a sí misma, dejaría que la guiasen sus necesidades y estaría a su lado para sostenerla cuando lo necesitase. Solo esperaba que, a cambio, algún día, pudiese ganarse su corazón.

Nunca había sido un hombre romántico, por el contrario, era práctico, buscando el placer por encima de todo lo demás, pero cuando encontrabas a la persona adecuada y obtenías es clic que hacía que todo encajase en su sitio… era hora de detenerse y dejar de buscar. De abrazar esa fortuna y cuidarla como el más grande de los tesoros.

Echó un vistazo al reloj de la sala de espera y resopló, apenas habían pasado veinte minutos desde que la habían metido en el quirófano y probablemente pasarían varias horas antes de que alguien saliese a decirle algo.

Se recostó contra la pared, golpeó con la nuca el cemento sin importarle realmente el dolor.

—Han dicho que la sala de espera estaba por aquí.

Reconoció la voz, abrió los ojos y se levantó para ver a Cassandra girando sobre si misma acompañada por la misma mujer que se había presentado ante los médicos de la ambulancia como su madre. Luna había sido muy fiel en su descripción y a pesar de ello, se había quedado corta. Esa mujer parecía ser capaz de organizar a todo un ejército sin que se le moviese un solo pelo.

—Cassandra —la llamó y levantó el brazo a modo de señal.

La chica se giró al momento y abrió los ojos al verle.

—Brian. —No tardó más que unos segundos en llegar a su lado—. ¿Cómo está Luna? ¿A dónde la han llevado?

—La han metido en el quirófano —le informó posando la mano sobre su hombro, tranquilizándola instintivamente—. Ha perdido bastante sangre y necesitan… curarle la pierna.

La mujer se detuvo ante ellos, su mirada igual a la de su hija.

—¿Han dicho cuándo saldrá?

Negó con la cabeza.

—La operación es probable que lleve algunas horas, su pierna… —Cómo decirle a esta mujer, a la madre de su pequeña que ni siquiera los médicos sabían muy bien cómo arreglar aquel destrozo.

—No intentes adornar los hechos —le pidió con firmeza—. Solo escucharé la verdad. O me la dices tú o lo harán los médicos. ¿Cuál es el estado de mi hija?

Sí, lo dicho. Tenía dos ovarios bien puestos.

—Ha tragado bastante humo, pero sus pulmones, por fortuna están bien —le informó dándole el informe preliminar que le habían dado previamente—. Tiene un golpe en la sien, algunas contusiones menores… La bendita mesa de la cocina ha impedido que todos los escombros le cayesen encima aplastándola.

—¡Sabía que tenía que comprar esa mesa! ¡Lo sabía! —dijo Cass alzando la voz.

—Su pierna. —La mujer ignoró el exabrupto de la chica y se centró en lo que quería saber.

—Quedó atrapada bajo los escombros —intentó ser sincero—. El peso de la mesa, la brutalidad de la explosión… se la fracturó por varios sitios. No es algo… no es una operación sencilla.

Ella asintió. Posó la mano sobre su brazo y lo miró.

—Gracias.

La mujer se tambaleó entonces, llevándolos tanto a él como a Cass a sujetarla y ayudarla a sentarse.

—Venga, siéntese aquí —la acomodó.

—Mamá Audrey.

—Estoy bien, estoy bien… —Apartó las manos de ambos—. Estoy bien. Luna Moon es la que está en el quirófano. Yo… estoy bien.

Se tomó unos segundos para recomponerse, entonces volvió a levantar la mirada y se la sostuvo; ahora sabía de dónde había sacado esa costumbre su sumisa.

—Gracias por haberla sacado de ese infierno —le dijo con la voz ligeramente afectada—. Luna Moon tiene suerte de contar con usted. Soy Audrey Coulter, por cierto, su madre.

Asintió y medio sonrió.

—Lo suponía. Luna me comentó que venía a pasar unos días y la describió… a la perfección —aseguró sin andarse con rodeos.

Ella sonrió en respuesta.

—En ese caso creo que podemos tutearnos, ¿Brian?

—Brian Reynols, sí, soy el… novio de Luna. —Buscó una manera adecuada de explicarle quién diablos era él y le tendió la mano—. Es un placer conocerte, Audrey, aunque hubiese sido preferible que fuese en otras circunstancias.

La mujer no podía estar más de acuerdo, pensó a juzgar por su expresión.

—Estoy de acuerdo —asintió, entonces miró a Cass, quién se le había quedado mirando con una expresión demasiado satisfecha después de haberle escuchado presentarse—. Cassandra, esta noche nos quedaremos en el hotel que nos han asignado y mañana a primera hora, presentaré una denuncia al propietario, al constructor y al maldito conserje si es necesario.

—Ten por seguro que eso será lo primero que haré, mamá —replicó la chica con voz encendida—. No solo casi pierdo a mi hermana… nuestra casa… nuestras cosas… —sacudió la cabeza. Empezaba a darse cuenta de lo que la explosión y el incendio había hecho con su hogar —. Nadie se va a ir de rositas después de lo que ha pasado.

—Voy a ocuparme personalmente del peritaje del edificio y el informe de evaluación —les informó—. Nadie saldrá impune de esto.

Cassandra asintió, entonces se giró hacia la mujer.

—Audrey, ¿por qué no te llevo al hotel y luego me vengo para el hospital? —sugirió—. Has hecho un largo viaje y ahora esto… Necesitas descansar.

—Estoy bien, Cassandra. No voy a moverme de aquí hasta que salga un médico y me diga cómo está mi hija —declaró con firmeza—. Pero puedes ir a buscarme un capuchino si quieres.

La chica puso los ojos en blanco y le miró.

—¿No te suena de algo? —le soltó y no pudo menos que sonreírle en respuesta. Sí, Luna tenía el mismo carácter de su madre—. De acuerdo. Te iré a buscar el café. Pero tan pronto aparezca un médico, lo interrogaré y te irás a casa.

El interrogatorio tuvo que esperar varias horas, demasiadas para su propia salud mental. Para cuando apareció el médico con el que había hablado al llegar, ya llevaban casi cuatro horas paseándose de un lado a otro.

—Doctor —lo recibió. El médico lo miró y a sus acompañantes—. La señora Coulter es la madre de Luna.

El hombre asintió.

—Señora —la saludó—. Su hija acaba de salir ahora de quirófano. Van a llevarla a la sala de reanimación y después la subirán a planta. La operación ha ido bien, la pierna estaba bastante dañada, hemos tenido que ponerle un refuerzo metálico para reparar una parte muy dañada, pero tengo buenas expectativas con su proceso de recuperación. Habrá que esperar a que se suelden las roturas y posiblemente necesite algo de fisioterapia con la pierna, pero podrá caminar con normalidad.

Hubo un suspiro colectivo que él solo expresó interiormente.

—Eso sí, va a ser una recuperación lenta, así que les sugiero que se lo tomen con calma —les avisó, entonces se dirigió en exclusiva a él—. Espero que hundas a los responsables del derrumbe, Reynols, esa chiquilla ha tenido mucha suerte de seguir aquí.

Apretó los dientes.

—Que no le quepa la menor duda de que lo haré, doctor.

Satisfecho, volvió a dirigirse a los tres.

—Todavía dormirá una hora más o así —informó—. Es tarde, todos llevan mucho tiempo aquí y ella está bien atendida. Vayan a descansar y vengan mañana más frescos. Buenas noches.

Ambos vieron como el doctor se alejaba por el pasillo.

—El médico tiene razón —comentó Cass volviendo a la carga con Audrey—. Es tardísimo, Luna todavía dormirá y tú necesitas echarte una siesta sí o sí —le dijo con ese tono contundente tan suyo—. Son… las cinco de la mañana. Vamos al hotel, te das una ducha, descansas y mañana a primera hora regresas.

—Hazle caso a Cassandra —apoyó a la sumisa—. Si ocurriese cualquier cosa, os avisaré.

La mujer pareció meditar durante unos momentos, entonces se levantó y asintió.

—De acuerdo. Es absurdo que nos quedemos los tres aquí como pasmarotes cuando no podemos ni verla todavía —declaró. Dejó escapar un profundo suspiro y le miró—. Avísanos si pasa alguna cosa.

—No te preocupes —asintió y miró a Cassandra—. ¿Tienes mi número, mascota?

Las mejillas se colorearon ligeramente.

—Um… digamos que se lo pillé a Luna… por si acaso —canturreó culpable—. Te haré una perdida.

Sacudió la cabeza, pero asintió.

—De acuerdo. —No le sorprendía que trajese a medio club por la calle de la amargura, esa pequeña era una buscapleitos nata—. Te avisaré si ocurre alguna cosa.

Para su sorpresa, la gatita se acercó para abrazarlo.

—Gracias por salvarla, Brian. —Tenía la voz quebrada—. Te relevaré por la mañana si no me llamas antes.

—Ve. —La echó.

Se quedó allí hasta que las vio desaparecer por el pasillo, solo entonces se dio el lujo de volver a sentarse y respirar tranquilo. En cuanto subieran a Luna a planta, iría a ella.

CAPÍTULO 38

Luna no podía dejar de mirarle. Dormido parecía un niño perdido, un alma inocente que no reflejaba al maquiavélico hombre que era en realidad. Se había despertado desorientada, había empezado a buscar a su alrededor y entonces lo había visto allí, sentado en una silla, con el brazo apoyado en la mesa auxiliar, dormitando. Su nariz detectó enseguida el olor a humo, ni siquiera se había cambiado, vistiendo el uniforme con el que creía haberlo visto.

Le dolía la cabeza, el sabor pastoso de la boca hablaba del uso de medicamentos, sin duda administrado por la vía intravenosa que tenía en la mano izquierda. Su mente parecía sufrir un martillazo cada vez que intentaba pensar, pero eso no evitó que recordase lo que había pasado. Una explosión, la mesa cayéndole encima, el dolor lacerante sobre su pierna.

Bajó la mirada sobre la cama y suspiro de alivio al ver la figura de ambas extremidades, descubrió un poco las sábanas y se encontró con su pierna derecha vendada casi hasta el muslo e inmovilizada, pero allí. Deslizó lentamente los dedos sobre la piel que quedaba al descubierto y suspiró al ver que notaba el contacto.

—Vale, no es tan malo después de todo.

No. No lo había sido y todo se lo debía a él. A ese niño dormido que la guardaba incluso en el sueño. Ladeó el rostro para poder contemplarlo a placer, sus facciones, esa fragilidad que no veía en él cuando estaba despierto, todo despertaba en su interior las ganas de abrazarlo, de consolarlo. Este era el otro Brian, el que todavía no conocía y que ardía en deseos de conocer, el que estaba debajo de ese hombre dominante que la encendía, que hacía que se derritiera y había cautivado su corazón.

Le había escuchado llamarla «amor», sabía que no se lo había imagino, el que él estuviese aquí era la prueba.

Volvió a quedarse mirando al techo, pero no estaba cómoda. Bajó de nuevo la mirada sobre sus piernas y pensó en lo que sería de ella a partir de ahora.

—¿Y ahora cómo voy a dar mis paseos de la tarde?

—Durante un tiempo no vas a dar paseo alguno, mascota.

La inesperada voz masculina la hizo saltar lo que consiguió que un calambrazo de dolor la recorriera de pies a cabeza.

—Ay dios. —Apretó los dientes—. Joder, Brian, no hagas eso… duele.

Un bajo resoplido y unos calientes labios capturaron los suyos en un suave beso.

—Um… esto otro, en cambio, puedes hacerlo cuando quieras, señor —musitó cuando rompió el beso—. Hola.

—Hola. —Le acarició el pelo sin dejar de mirarla—. Dios, el susto que me has dado, Luna.

Hizo una mueca.

—¿Eh? ¿Perdón? ¿No tenía ni idea de que iba a explotar la cocina? ¿Qué demonios pasó, por cierto?

Sus preguntas parecieron causarle gracia.

—Sumisita, solo tú podrías poner tanto ímpetu en las palabras después de haber pasado por quirófano y acabar de despertar.

Correspondió a su sonrisa.

—Parece que he metido la pata hasta el fondo, ¿no? —Señaló lo obvio. Entonces se puso más seria, la preocupación genuina—. Mi pierna… qué… yo podré…

Le tapó los labios con un dedo.

—Te la has roto por varios sitios, te han puesto un refuerzo de acero y sí, los médicos son muy optimistas al respecto. Quizá necesites fisioterapia, pero podrás caminar de nuevo.

Dejó escapar el aire que ni siquiera se daba cuenta que había estado conteniendo.

—Bien —aceptó. Cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos para verle todavía allí—. Por cierto, gracias por venir a buscarme.

—No podía darme el lujo de perder a una sumisa como tú ahora que la he encontrado, ¿no? —respondió sentándose en el borde de la cama con tan cuidado que casi la hace reír—. No iba a ser fácil sustituirte.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—No, Luna, me he dado cuenta que eres insustituible —aseguró, su mirada adquiriendo un tono más profundo, triste—. Si te hubiese pasado algo… —Sus palabras se extinguieron bajo el peso del dolor—. Te conté que había perdido a mi familia en un incendio…

Asintió.

—Lo sé y no puedo imaginarme lo duro que debe haber sido…

Enlazó los dedos con los de ella, con suavidad, para no lastimarla.

—Se quemaron, Luna, nunca pudieron salir de la casa —murmuró en voz baja, mirando su mano—. No sé si tan siquiera se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, si sucedió mientras dormían… Pero escucho sus gritos… su angustia… cómo me llaman… a pesar de que nunca estuve allí para escucharlos.

Levantó la mirada, el dolor se reflejaba en sus ojos, un dolor desgarrador, culpabilidad, miedo, impotencia.

—Yo ni siquiera tenía que estar aquí, mi gente ni siquiera tenía que atender este accidente —dijo con rabia en la voz—, y entonces nos llaman como refuerzos, porque no había camiones disponibles y dieron tu dirección… tu edificio… —Sacudió de nuevo la cabeza—. No contestabas al teléfono. Yo… dios, Luna, nunca he muerto tantas veces como en ese momento.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla, su dolor penetrando en su propio pecho.

—No dejaba de preguntarme qué pasaría si no llegaba a tiempo, si te perdería… y la sola idea… no podía aguantarlo —confesó—. Te quiero traviesa, te quiero tanto que me aterra el verte en esta cama, el pensar que si esa maldita mesa no te hubiese protegido yo no te tendría… He perdido ya a una familia, Luna. Estaba lejos y no pude hacer nada por ellos. He cargado gran parte de mi vida por la culpa de ello, porque decidí irme un día antes al maldito desafío en vez de esperarlas. Si me hubiese quedado, si hubiese estado allí…

—Si hubieses estado allí, posiblemente, ahora yo no te tendría. —Lo atajó apretándole los dedos, luchando con el dolor para incorporarse—. Y eso no es aceptable, Maestro. No lo es. Así que, ni lo pienses. Tú estás aquí, yo estoy aquí, mi pierna está aquí… ¡Que le den al mundo!

Su estallido lo hizo reír, una sonrisa parca, insuficiente, pero estaba ahí.

—Una forma un tanto… curiosa de ver las cosas, sumisita.

Respiró profundamente y volvió a recostarse.

—Sí, bueno, a mi manera, soy única para eso —comentó limpiándose la cara. Se lamió los labios y lo miró—. ¿Fue por eso por lo que te hiciste inspector de incendios? ¿Por tu familia?

La miró durante unos instantes, entonces sacudió la cabeza.

—¿La verdad? No —negó—. Mi única meta después del incendio… era reunirme con ellas.

La admisión fue como una puñalada en el pecho. Que alguien tan fuerte como él hubiese pensado siquiera en terminar con su vida. Pero entonces, ¿quién sabe a qué extremos se puede llegar durante un momento de desesperación, de abrumadora pena?

—Lo que voy a decirte ahora, es algo que no he dicho jamás a nadie, de hecho, la única que lo sabía tampoco está ahora entre nosotros —continuó con gesto ausente. Su voz se volvió monótona, casi fría, como si intentase desasociarse consigo mismo—. No recuerdo gran cosa sobre lo que ocurrió después de mi llegada a casa, todo lo que veo aún hoy son las volutas de humo saliendo de una estructura ennegrecida, dos cuerpos siendo sacados de la casa en dos bolsas negras… no recuerdo que pasó exactamente, ni quién asistió al funeral… las siguientes dos semanas a ese momento son incluso más oscuras, una completa laguna en mi mente.

Hizo una pausa, los dedos que habían estado acariciando su mano se detuvieron.

—Volví allí, de la casa que había sido solo quedaban paredes ennegrecidas y el olor del hollín —siguió con voz tensa—. La estructura estaba en tan mal estado que no me explico cómo no venció debajo de mí. Volví con intención de completar lo que no se completó esa noche… olía a combustible, tenía la ropa completamente empapada y un encendedor en la mano, todo lo que quería era irme con ellos…

Las lágrimas volvieron a sus ojos, deslizándose en tropel por sus mejillas, los ojos se le vidriaron y a pesar de ello Luna podía verlo como debió haber sido entonces; un niño abandonado al que le habían arrebatado su familia.

—Entonces Ágata estaba allí, pálida, delgada, con el largo pelo rubio enmarcándola como un tibio ángel y tenía a ese estúpido gato en brazos, envuelto en una manta y con vendas por todas partes. —Hizo una mueca—. Era el gato de mi prima, solo era un cachorro por aquel entonces y ni siquiera contaban que sobreviviera, pero el minino parecía dispuesto a luchar.

Sacudió la cabeza como si todavía pudiese ver aquel momento en su memoria, como si tuviese el recuerdo grabado a fuego.

—Me dijo si iba a arrebatarle a él también la única familia que le quedaba, a un gato —comentó con una mueca—. Se presentó como Ágata y no tuvo problema alguno en decirme que apestaba y necesitaba un baño con urgencia.

La miró y sus ojos fueron gradualmente volviendo al presente.

—Me había rociado a mí mismo con combustible, Luna, tenía un mechero y estaba dispuesto a quemarme allí mismo —replicó con firmeza, con frialdad, como si buscase asustarla o que lo culpase por ello—. Quería irme con ellas…

—Pero no lo hiciste —repuso segura, con una sonrisa.

—No, no lo hice —aceptó, sabiendo lo duro que había sido para él encontrar el valor de seguir el camino más difícil y vivir.

Asintió de nuevo y arrugó esa pecosa nariz.

—Y solo para que conste, yo también creo que necesitas ahora mismo un baño, señor. —Deslizó el dedo por su mejilla—. Apestas a humo.

No sabía que le causó más gracia sí su expresión de asombro inicial o que llevase la nariz sobre el brazo para olérselo.

—Demonios, vine directamente, no me he movido de tu lado hasta ahora —comentó más para consigo mismo que para ella, pensó Luna—. Lo siento.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Te perdonaré tan pronto te bañes, pero antes, déjame que te diga algo —pidió—. El

Brian Reynols que yo conozco es inspector de incendios, un tipo enorme, dominante, con un peculiar sentido del humor al que no le importó escribir mi nombre en una pala. Es un hombre que decidió tenerme aun cuando ni yo misma sabía que eso era lo mejor que podía pasarme, que prácticamente me arrastró a su casa para tomarme un café, que me hace suspirar, gritar y desear estar atada y encadenada a él. Es el hombre que prometió que cuidaría de mí si aceptaba ser su sumisa, que me enseñaría, que caminaría a mi lado en este mundo desconocido para mí y es el hombre que no dudó en venir a salvarme incluso aun cuando sus miedos y demonios le gritaban que era demasiado tarde.

Se lamió los labios y apretó su mano en la de ella.

—Ese hombre es el único al que yo llamo Maestro, el único al que entrego mi sumisión, el que se ha ganado mi corazón y el que sabe lo mucho que me gusta el helado de chocolate. —Le acarició los dedos con el pulgar—. No me importa quién fuiste en otra vida, señor, me importa quién eres en esta, quién eres en la mía.

—Ya he perdido una familia, Luna, no soportaría perderte también a ti.

Y esa era una declaración en toda regla.

—No vas a perderme, estoy aquí, mi señor. —Luchó con el dolor y levantó el brazo para poder acariciarle el rostro una vez más—. Gracias por rescatarme, Maestro. Lo has hecho en más de una manera.

Se inclinó sobre ella, le besó la palma y la miró a los ojos.

—No soy muy bueno en este tipo de cosas, nunca antes había querido a nadie de esta manera —confesó con cierta renuencia o vergüenza—. Pero a ti te quiero no solo como mi sumisa, Luna, sino como la mujer irritante, respondona y díscola que eres, como la traviesa alumna que me encontré en un taller de mi club y estoy dispuesto a hacer hasta lo imposible para conservarte, ¿lo has entendido?

—¿Crees que después de haberme llamado *amor* en medio de un incendio voy a dejar que te largues de rositas?

Sacudió la cabeza y sonrió, una sonrisa genuina que poco a poco se fue extendiendo a sus ojos.

—No, supongo que no lo harías, sumisita.

—Supones bien, mi señor, supones muy bien.

Nunca le dejaría escapar, siempre que él desease estar a su lado, ella estaría allí, con los brazos abiertos, dispuesta a servirle, dispuesta a entregarse a él y, sobre todo, dispuesta a amarle como solo ella podía hacerlo.

EPÍLOGO

Siete meses después…

Luna se sentó con cuidado, dejó la muleta a un lado y estiró la pierna. Las gafas de sol le protegían los ojos y la gorra con el emblema del departamento de bomberos de Brooklyn evitaba que su pelo, ahora completamente azul, resaltase demasiado en medio de las gradas.

—¿Lista para gritar como una posesa? —preguntó Cass sentándose a su lado. Su afable sonrisa pintada de un bonito carmín rojo, sus ojos cubiertos por unas gafas de lo más chic y en su cabeza la misma gorra que llevaba ella. Le tendió un cartón con patatas y negó con la cabeza.

—¿Lista para amenazar a todo tío bueno del equipo contrario?

—Eso siempre, hermanita, eso siempre, ¿dónde estaría sino la diversión de buscarse un castigo?

Sonrió ampliamente y bajó la mirada hacia el centro del recinto en el que empezaban a preparar la siguiente prueba del *Firefighter Combat Challenger*. Brian daba órdenes a diestro y siniestro, parecía más un general que un jefe de bomberos, pero lo más importante es que estaba allí, participando de la competición, y no dirigiendo desde fuera.

Recorrió con la mirada a cada uno de los hombres que lo acompañaban, ya conocía a todos, especialmente a Wolf.

—Parece que tu Dom no está de acuerdo con el jefe —le dijo a su amiga.

Ella la miró de soslayo y bufó.

—¿Y te sorprende? Esos dos nunca están de acuerdo, a menos que se trate de castigar a una sumisa.

Se rio, no podía negar que tenía razón, su trasero todavía llevaba las marcas de su última sublevación.

—Pero me alegra que estén ahí los dos, Brian lo necesita y Wolf, bueno, es la mejor oportunidad que tiene para que su jefe muerda el polvo —canturreó Cass.

Sonrió y echó un vistazo a su alrededor. Era sorprendente como pasaba el tiempo y la de cosas que habían cambiado en los últimos siete meses.

Tanto Cass como ella lo habían perdido prácticamente todo en la explosión. No solo se habían quedado sin casa, sino que sus cosas habían sido prácticamente irrecuperables; Curiosamente todavía conservaba la lámpara a pilas que la había acompañado en sus horas más oscuras.

Brian se había ocupado de la inspección del edificio. Los vecinos y ellas mismas habían interpuesto denuncias por la falta de mantenimiento y, en conjunto, se habían encargado de dejar caer todo el peso de la ley sobre el propietario del edificio y el conserje, quién había hecho oídos sordos a las quejas de los inquilinos. Tras la investigación se había llegado a la conclusión que la explosión había venido de la caldera, una mala combustión que hizo que reventase llevándose consigo toda la planta superior del edificio. El inmueble había sido irrecuperable y todos los vecinos habían sido recolocados provisionalmente en hoteles y otras viviendas a la espera de

noticias sobre las indemnizaciones. Afortunadamente, su maestro conocía a un buen abogado que había conseguido que se produjese el milagro y hoy mismo tenían el dinero que les habían prometido en sus cuentas.

—¿Y cuándo dices que te mudas con tu Dom?

Cass la miró con esa expresión traviesa que conocía tan bien, se inclinó hacia ella y acarició el collar con un corazón azul estrellado en forma de candado que colgaba de la gruesa cadena de oro blanco que le rodeaba el cuello; el símbolo del compromiso que había cerrado con Brian como su sumisa.

—Cuando Wolf esté dispuesto a ponerme uno de esos en esta maravillosa garganta —le dedicó un guiño—. Lo cual espero que sea pronto, por el bien de sus juguetes.

La pérdida de su hogar había traído consigo también los primeros cambios, uno de ellos había sido precisamente el hecho de que cierto Dom hubiese decidido poner las cartas sobre la mesa con una díscola sumisa. Según se había enterado después por su Maestro, Wolf y Cass tenían una historia antigua, una que tenía que ver con un tira y afloja en el que ninguno de los dos cedía. Últimamente ese juego se había trasladado al club con el resultado de un Dom hastiado del comportamiento díscolo de una sumisa y su intención de meterla en vereda. La charla había sido larga, tan larga como un completo fin de semana en el que no se le había visto el pelo a ninguno de los dos, pero tras el que habían vuelto serenos y unidos.

Su estancia en el hospital había sido más larga de lo que le habría gustado, pero ese tiempo le había servido para poder reorganizar un poco su vida y conocer mejor al hombre que amaba. Brian había estado a su lado en todo momento, había sido quien le había abierto las puertas de su casa, era quien la cuidaba, quien la empujaba una y otra vez cuando decidía que ya era suficiente, que no volvería a fisioterapia y quien la había vuelvo a ver caminar después de meses sentada en una silla de ruedas o apoyándose en dos muletas; el que ahora usase una sola era todo un logro.

Pero Luna también había estado allí para él, convirtiéndose en su soporte, en su amiga, calmando sus pesadillas cuando estas penetraban en las más oscuras noches y conociendo a través de sus recuerdos a la mujer a quién le debía tener hoy en su vida a su Maestro; *Ágata Crossroad*.

Su trabajo en la biblioteca fue otra de sus distracciones. Contar con la nueva área ya ubicada, poder disponer de ella a su antojo, hacía llevaderas incluso las incursiones del capullo de su jefe para quejarse de alguna nueva becaria. A menudo solía quedar con Siobhan en el descanso matutino si su amiga estaba trabajando en la zona, sino, solían verse en el Blackish o en alguna fiesta que organizaban algunas de las dos parejas. Ahora más que nunca entendía lo que ella le había querido decir con amar a sus dos maestros.

Se llevó la mano al cuello y al collar que simbolizaba su sumisión y su amor por el hombre que estaba dispuesto a darlo todo en la competición.

Sí, él la había rescatado de una vida monótona, típica y aburrida y le había abierto un mundo totalmente distinto, uno en el que no solo podía ser ella misma, sino que podía dar todo lo que nunca antes había dado.

Sonrió, se levantó lentamente con la ayuda de la muleta y se apoyó en la barandilla para gritar a pleno pulmón.

—¡Brian Reynols! ¡Si dejas que Wolf te haga morder el polvo, no lo catarás en toda la semana!

Cass se echó a reír, la gente que estaba a su alrededor y la había escuchado se unieron a las risas y pronto hubo más comentarios parecidos referidos a otros participantes.

—Lunita, ten cuidado con las amenazas, porque si gano, seré el que use el mondadientes

esta noche —le gritó él a modo de réplica. Le guiñó el ojo y le lanzó un beso.

Sacudió la cabeza, esa pala estaba ahora bien guardada en un lugar al que nunca podría acceder.

—¿Por qué sonríes cuando acaba de amenazarte con dejarte el culo fino con la pala?

Miró a Cass con gesto misterioso.

—Oh, porque ardo en deseos de saber que castigo ideará cuando no la encuentre —aseguró inocente. Su Maestro había resultado ser muy ingenioso con los castigos, real y maravillosamente ingenioso.

Su amiga se echó a reír y la abrazó.

—Esta es la Luna que yo quería ver de nuevo, mi hermana de fraternidad.

Se rio y le devolvió el abrazo. Sí, esta era la Luna que quería ser, la traviesa alumna, deseada mujer y amada sumisa de su maestro.

LIBRE DE PROMESAS -LIBRO 5-

Horus nunca pensó que su vida se complicaría de la noche a la mañana por culpa de una mujer. Cuando **Sophie** se presentó en el Blackish lo hizo con el pasado en una mano y la decisión que solo una muchacha terca podría poseer. Ella estaba decidida a hacerle olvidar sus promesas, especialmente la que lo había llevado a abandonarla cuatro años atrás.
¿Cómo luchar contra el deseo cuando este venía envuelto en deliciosas curvas y unos ojos esmeralda que le quitaba el aliento?
Rendirse a ella era peligroso, pero no tanto como el ardiente deseo de poseerla.

PRÓLOGO

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarte?

Sophie sostuvo la mirada del hombre que se movía detrás del mostrador de la recepción del exclusivo y discreto club de *BDSM* de Chelsea, se lamió los labios y se inclinó hacia delante.

—Estoy buscando a Alexander Brooks —le informó—. ¿Podrías decirme dónde puedo encontrarle?

El recepcionista frunció el ceño y la miró entre intrigado y suspicaz al escuchar el nombre real del propietario del *Blackish*. No era alguien que pasase precisamente desapercibido con ese pelo blanco peinado de punta, unos profundos ojos azules e inquietantes y unos bíceps que parecían un par de troncos. Tenía los dedos largos, como los de un pianista y no pudo evitar preguntarse si sería capaz de tocar el cuerpo de una mujer con la misma destreza. Todo él exudaba masculinidad y una seguridad que solo poseían los dominantes. El hecho de que vistiese una camiseta negra con el logotipo del club no hacía más que afianzar su suposición.

—El Amo Horus ya está dentro. —Hizo hincapié en la palabra *«amo»* sin quitarle la mirada de encima. Horus era el primer nombre de Alexander, si bien nunca había dejado que lo llamase por él—. Llegas por los pelos, estamos a punto de cerrar las puertas. ¿Cuál es tu nombre?

Observó al tipo que se inclinó sobre el ordenador.

—Sophie Joyce.

Pareció introducir el nombre en el programa y, al no encontrarlo, levantó la mirada con suspicacia.

—¿Tienes membresía en el club?

No. De hecho, ese era el principal motivo por el que estaba allí, mirándole, y no había atravesado las puertas que había detrás para buscarle por sí misma. Sin embargo, esa no sería una respuesta adecuada, no frente a ese Dom.

—No, señor —respondió con suave educación.

Él enarcó una ceja, sin duda curioso ante su presencia y su abierta asunción de su lugar como sumisa.

—Este es un club privado, princesa —le informó con tono firme aunque igual de amable que había utilizado hasta el momento—. No puedo dejarte entrar sino estás en la lista.

Dejó que sus labios se curvaran en una lenta sonrisa que sabía llamaría su atención.

—No le he pedido que me dejase entrar, señor —le recordó dulcemente—. Mi única intención es tener unas palabras con Alexander.

Su respuesta le arrancó una inesperada carcajada. Sus ojos brillaron de diversión y sus labios se estiraron.

—Tienes una manera única de insultar a un dominante con esa dulce y educada voz —aseguró risueño—. Deberías tener cuidado de a quién diriges tus respuestas.

Bajó los ojos lentamente.

—Lo siento, señor —replicó sumisa—. Me he limitado a constatar un hecho.

Él sacudió la cabeza, la miró de soslayo y se frotó la barbilla.

—De acuerdo, Sophie, has despertado mi curiosidad —le dijo dando un golpecito al

mostrador—. Quédate aquí. Iré a ver si Horus está libre para tener unas palabras contigo.

Asintió y contuvo la excitación que aceleró su corazón.

—Gracias… —preguntó sutilmente su nombre.

—Amo Lucien, cariño —le guiñó un ojo.

—Gracias, Amo Lucien.

Él inclinó la cabeza, se giró y se acercó a la puerta, la abrió y asomó la cabeza unos momentos.

—Oye. Rick. Necesito que te quedes en la recepción un par de minutos. Tengo que localizar al jefe.

Una voz juvenil respondió al momento.

—Sí, señor.

Al momento un joven de aproximadamente su edad atravesó la puerta vistiendo unos pantalones de cuero rotos, y una camiseta de red bajo la que podían verse los piercings que tenía en ambos pezones. Su pelo negro estaba peinado de punta y llevaba los labios negros, al igual que la sombra de ojos. Le dedicó una mirada entre curiosa y apreciativa y ocupó su lugar tras el mostrador.

—Hola —la saludó.

—Hola —respondió a su vez.

—No te había visto antes por aquí —continuó echándole un buen vistazo de arriba abajo.

—Estoy segura de ello —asintió manteniendo sus respuestas cortas por temor a que su voz vacilase. Estaba muy nerviosa y sabía que eso la llevaría a tartamudear.

La respuesta pareció sorprenderle pero acabó por reírse.

—De acuerdo, sé cuándo hablo de más —aceptó risueño, se echó hacia atrás y se sentó en el taburete sin insistir en la conversación.

Suspiró interiormente. Sabía que le había dado la impresión de borde, pero necesitaba de todas sus fuerzas para seguir adelante con esa visita.

No has pasado por todo esto para rendirte ahora, Sophie. Coraje.

Se lamió los labios con nerviosismo y se entretuvo mirando a su alrededor, sus ojos cayeron sobre un tablón de anuncios y se aproximó a leer el contenido. Apenas había tomado nota de algunas cosas cuando la puerta volvió a abrirse y escuchó una conocida voz junto a la del Amo Lucien.

—…rizos de color negro, ojos verde esmeralda y unos labios de lo más besables. —Escuchó el resumen del recepcionista—. Llegó preguntando por ti.

Se giró de inmediato hacia la puerta para ver a ambos hombres, aunque sus ojos se detuvieron sobre el más alto.

—Sophie. —La sorpresa bailó unos instantes en los ojos azul oscuro antes de desaparecer y adquirir un brillo de especulación—. ¿Qué haces aquí?

Las palabras se hundieron en su estómago como si fuesen de plomo. ¿Eso era todo lo que tenía que decirle después de cuatro años sin verse?

Alzó la barbilla y se obligó a respirar profundamente para lograr que las siguientes palabras no temblasen en sus labios.

—Vengo a pedirte algo —respondió encontrando su mirada y sosteniéndola, algo que siempre le había resultado difícil. Esos ojos parecían poder ver a través de ella.

Él enarcó una ceja, abandonó el umbral y caminó hacia ella.

—¿De qué se trata?

Se lamió los labios una última vez y respondió directa.

—Quiero que me acojas bajo tu tutela en el *Blackish*.

CAPÍTULO 1

—No puedes decirme que no, así, sin más.

Una frase demasiado contundente para una mujer tan menuda pensó Horus recorriéndola con la mirada. Sentada frente a su escritorio parecía una pequeña hada vestida de forma escandalosa, lo suficiente escandalosa para que encajase con el ambiente de esa noche en el club. Pero ella no iba a entrar, no había luchado consigo mismo tanto tiempo para echarlo ahora todo a perder.

Contempló disimuladamente su curvilínea figura, el negro pelo rizado cayéndole sobre los hombros y esos bonitos ojos verdes brillando de irritación. Tenía las mejillas sonrojadas, sus labios se movían con rítmico erotismo provocándole unas irrefrenables ganas de mordisquearlos.

¿Había tenido que pasar cuatro años sin verla para encontrarla jodidamente deseable? Estaba enfermo. Debía haber recibido más golpes en el *ring* de los que pensaba y alguno de ellos había impactado directamente en su cabeza.

—Acabo de hacerlo, querida —replicó a su vez, cruzando las manos con gesto aburrido sobre el estómago—. No voy a tutelarte en el *Blackish* y tampoco voy a darte una membresía.

La manera en que apretó los labios formando un pequeño mohín irritado lo conocía demasiado bien. Conocía cada una de sus tretas, cada una de las expresiones de esa pequeña y díscola hembra; la misma con la que había compartido seis años de su vida. Una actuación demasiado larga, una promesa hecha a su mejor amigo y que trajo consigo un tiempo más allá de la simple complicación.

Sophie Joyce había sido su esposa. Casarse con ella fue su forma de mantenerla a salvo, de cumplir con la promesa hecha a Robert, su hermano, y alejarla de las garras del hijo de puta que se tiraba a su madre.

«Ella no moverá un dedo, ni siquiera es capaz de permanecer sobria, Alex, ¿qué le pasará cuando yo no esté? ¿A quién crees que le darán la custodia esos hijos de puta? La justicia, a menudo, se olvida de los más débiles».

La justicia era una auténtica hija de puta, había dejado de confiar en ella cuando tenía trece años y fue internado en un reformatorio a petición de sus propios padres.

«Es un chico difícil, violento, temo que cualquier día se vuelva contra nosotros y se produzca una desgracia».

Sí, tanto su vida como la de Sophie no habían sido precisamente un camino de rosas, sus respectivos progenitores eran los únicos culpables de que sus destinos se hubiesen cruzado y ella hubiese terminado a su cuidado.

—No puedes hacerlo —insistió ella modulando cada palabra, concentrándose en no tartamudear—. No puedes decidir por mí. Hace tiempo que perdiste ese derecho.

Enarcó una ceja y suspiró.

—Empiezo a preguntarme si lo tuve alguna vez —replicó con palpable sarcasmo—. Lo que sí puedo asegurarte es que mi respuesta a tu pregunta sigue siendo la misma: No.

No la quería allí. Bajo ningún concepto iba a dejar que esa mujer se pasease con menos ropa de la que llevaba puesta por las entrañas del club.

Los ojos verdes brillaron con una punzada de dolor ante sus palabras, pero pronto ocupó sus pupilas la irritación que emanaba de cada poro de su cuerpo.

—Ya no *te-tengo* dieciséis años. —La leve vacilación en su voz le indicó que estaba empezando a perder el temple y el tartamudeo que tanto odiaba volvería a entrar en escena.

Sabía lo que eso significaba para ella, lo vulnerable que se sentía en esos momentos y, en circunstancias normales, habría hecho lo que fuese para tranquilizarla, pero ahora solo deseaba sacarla de su oficina y que no volviese a poner un pie allí.

—Gracias a Dios —admitió con una mordaz carcajada—. Con sufrir una vez tu adolescencia, fue más que suficiente. Preferiría que me moliesen a golpes antes que tener que lidiar de nuevo con una mocosa hormonal.

Cruzó los brazos sobre unos encantadores y llenos pechos. Sí, ya no quedaba nada de la adolescente que había estado a su cuidado, a la que había querido, quien despertaba el deseo en sus venas y a la que se había prohibido tocar.

—¿Sigues siendo virgen? —Dejó caer la pregunta con gesto aburrido. Estaba decidido a herirla con sus palabras si con eso conseguía su objetivo; disuadirla—. Si estás buscando la manera de ponerle remedio… estás en el lugar equivocado.

Su rostro enrojeció todavía más, esos ojos esmeraldas se entrecerraron hasta formar dos pequeñas rendijas.

—*No-o, des-desde* que nos separamos me he *ti-ti-tirado* a todo tío que encontré por el camino, algo que ha *siii-sido* de lo más *sa-saaa-satisfactorio* —tartamudeó visiblemente afectada por sus palabras—. Tú no me *qui-quisiste*. Por *su-suerte* el mundo está lleno de hombres menos… *seee-selectivos* que tú.

Se obligó a morderse una réplica.

No tienes la menor idea de nada, Kitty.

Sí, se había casado con ella pero no la había tocado en los seis años que habían estado juntos. Su única intención al contraer matrimonio era evitar que quedase desprotegida. Robert se había encargado de obtener la custodia de su hermana pequeña después de que su madre dejase claro que no estaba preparada para cuidar de una cría. Y había sido con su bendición y permiso que la entonces menor, había terminado bajo su tutela por medio del matrimonio.

«¿Qué será de ella si a mí me pasa algo? No la dejaré en manos de una hija de puta borracha y drogadicta que no ha sido capaz de evitar que a su hijo lo moliesen a palos y a su hija casi la violase uno de sus amantes».

Se estremeció interiormente al recordar aquellas duras palabras, el sentimiento de ira que había despertado en su fuero interno ante la indefensión de una niña y lo que podía pasarle si Robert no estuviese allí para protegerla.

Debería haber sido una conversación condicional, un *«y si…»* totalmente lejano, pero Robert Joyce había hablado con conocimiento de causa, sabiendo lo que ocurría en su cabeza y que si seguía luchando, su vida estaría en peligro.

Se habían conocido en las calles, Rob había evitado que terminase con la garganta abierta solo para llevarle a conocer al Reverendo John. El padre era un hombre de color robusto que creía que incluso los más idiotas se merecían una segunda oportunidad. Su necesidad de ayudar al prójimo lo había llevado a crear un lugar en el que los jóvenes con problemas de ira, actitud o que vivían en la calle podían aprender a controlarse y al mismo tiempo hacer deporte. El peculiar reverendo fue el único capaz de llegar a él después de que lo internasen en ese lugar. El hombre le escuchó sin juzgar y le dio la oportunidad de descargar su ira contra el mundo ofreciéndole un deporte que le aportó la disciplina y el control que a menudo le faltaba.

Él fue también el único que tuvo el valor de decirle que no estaba preparado para tomar sobre sus hombros una responsabilidad tan grande como Sophie, pero fiel a su rebeldía y a la

palabra dada, no le escuchó. ¿Cómo hacerlo cuando le debía a Robert su propia vida?

Se sacudió los recuerdos y miró de nuevo a la mujer que tenía frente a él, la misma con la que se había casado a los veintisiete —teniendo ella solo dieciséis—, para separarse seis años después sin haberle tocado ni un pelo. ¿Acostarse con ella? Había sido impensable hacerlo, no con una niña y, cuando dejó de serlo, él ya se había internado en un mundo que no deseaba para ella.

—No vas a obtener una membresía en este club, Sophie —le informó de manera tajante—. No voy a tutelarte, no voy a permitir que entres en mi club, no pienso secundar lo que sea que tengas en mente. Mi respuesta es no.

Ella se tensó, se incorporó hasta permanecer con la espalda muy recta y recatadamente sentada en la silla frente a él y lo miró sin parpadear siquiera.

—Tengo entendido que el club lo llevan *do-dos* socios —replicó con una ligera vacilación, señal inequívoca del volcán de emociones que transmitía su cuerpo—. Veamos que tiene él que *de-decir* al respecto.

Chasqueó la lengua, descruzó las manos y se apoyó en los brazos de la silla para levantarse.

—El *Amo Fire* te dirá lo mismo que te estoy diciendo yo ahora —declaró abandonando su asiento y rodeando la mesa hasta detenerse a su lado—. Este es un club privado, solo se puede acceder a él por recomendación de alguno de los miembros existentes o en las convocatorias de acceso que se dan una vez al año. Y tú no estás en posición de obtener ninguna de las dos.

Sus mejillas se arrebolaron, un intenso color rojo las iluminó como manzanas.

—Está claro que no me *es-estás* viendo a mí sino a la adolescente con la que te viste obligado *a-a* cargar —respondió en voz baja, demasiado serena para que le pasase por alto sus verdaderas emociones. Ella no sabía disimular, podía enmascarar su rostro, pero su cuerpo hablaba por sí solo y le decía claramente lo que pasaba por su interior—. *Pe-pero* ya no lo soy, Alex, hace años que dejé de serlo.

Asintió lentamente, dándole la razón.

—Sé que no lo eres, Sophie, pero también sé que este no es el lugar para ti —replicó al tiempo que se levantaba. No iba a perder más tiempo con ella, la conocía muy bien y sabía que cuando se le metía algo en la cabeza era imposible arrancárselo—. Si lo que buscas es bailar, coquetear y tener sexo esporádico, puedo recomendarte un interesante pub un par de manzanas más abajo.

La miró desde la cabeza a los pies y vuelta otra vez.

—El *Blackish* no es lugar para alguien como tú —aseguró apoyándose en la esquina de la mesa—. No das el perfil.

Esos ojos verdes se posaron en él sobre unos interminables segundos.

—De acuerdo entonces —replicó sorprendiéndole con su repentina recapitulación—. *Ju-jugaré* según tus *re-reglas* —aceptó pacíficamente, algo que desmentían sus ojos. Se levantó y le tendió la mano con gesto educado—. Gracias por haberte tomado la molestia de recibirme. No te entretengo más. Que tengas una buena vida. Adiós, Alex.

No pudo evitar retener su mano. Deslizó el pulgar sobre el pulso y notó el potente y rápido latido bajo su yema.

—Sophie, deja de perseguir quimeras y vete a casa.

Sabía que tenía que haber permanecido callado, dejarla salir y olvidarse del tema, pero conocía muy bien a esa muñequita y sabía que su cerebro era como un súper ordenador a toda velocidad. Cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta encontrar la manera de

realizarlo.

—*No-no* estoy *per-persiguiendo* quimeras, solo busco mi *lu-lugar* —replicó visiblemente nerviosa, pues su tartamudez se había hecho más palpable—. El que *tuuu-tú* te negaste a darme. Oh… *de-e-e-monios*.

Su enfado consigo misma era visible, la había hecho perder la concentración. Sabía lo importante que era para ella el no tartamudear, lo que le había costado aprender a modular bien las palabras y retener esa vacilación.

Aquella era una de las cosas por las que su propia progenitora la había rechazado. La ponía nerviosa una niña que era incapaz de hablar correctamente, si bien eso no pareció disuadir al hijo de puta con el que retozaba.

—Respira profundamente —se inclinó sobre ella—. Cierra los ojos y respira.

Lo miró dolida, le apartó la mano que le posó sobre el hombro y sacudió la cabeza. No habló, sabía que no lo haría hasta que estuviese segura de que las palabras saldrían correctamente, sin vacilación.

—Sophie. —La reprendió, bajó la mano hasta su garganta y le rodeó muy suavemente el cuello obligándola a levantar la barbilla—. Respira profundamente. —Ella se sobresaltó ante su tono de voz, pero obedeció—. Así. Otra vez.

A pesar de la furia que veía en sus ojos obedeció, su cuerpo se relajó bajo sus manos y siguió sus indicaciones como el más fino de los instrumentos tocado por un experto músico. Su inmediata respuesta fue como un afrodisíaco para él y tuvo que obligarse a mantener una prudencial distancia y borrar de un plomazo las eróticas imágenes que se le pasaban por la cabeza.

—Sigues siendo una muchachita terca, en eso no has cambiado un ápice —le susurró al oído.

Ella se estremeció, pero no luchó, se limitó a levantar la mirada y encontrarse con sus ojos.

—No tienes idea… de lo mucho que he… cambiado. —Se las ingenió para emitir una frase completa sin tartamudear—. Ya… ya no soy… quién era.

Vio la verdad en sus ojos, la sinceridad de sus palabras.

—Ni yo —declaró sin dejar de mirarla, le acarició la mejilla y dejó escapar un firme suspiro—. Esa vida terminó, Sophie. No soy quién era y no necesitas averiguar quién soy ahora.

Le enmarcó el rostro con las manos y se lo levantó.

—No he pasado por todo un infierno contigo para que ahora vengas y lo eches todo por tierra. —Le rozó las mejillas con los pulgares—. No voy a admitirte en el club, así que vete a casa.

Esos bonitos ojos lo atravesaron sin piedad.

—El mismo infierno por el que tuve que pasar yo —replicó ella en voz baja—. No necesito tu bendición para liberarme del pasado, no he *ve-venido* aquí para eso.

Dicho lo que quería, dio un paso atrás, se liberó de su agarre y le dio la espalda.

—*Gra-gracias* por recibirme —murmuró más tranquila—. Adiós, *Amo Horus*.

Sophie dejó escapar un profundo suspiro nada más poner los pies en la calle. El aire frío de finales de octubre empezaba a anunciar la próxima llegada de las primeras nevadas. Iba a ser un invierno crudo, pero no lo sería tanto como los últimos cuatro que había pasado sola. Echó un vistazo a su espalda, a la discreta puerta que llevaba a uno de los clubs eróticos más exclusivos

de la ciudad y su resolución cobró nueva intensidad.

«No me rendiré».

Estaba decidida a recuperar al hombre que le había robado el corazón y lo mantuvo a salvo hasta el momento en que la echó de su vida. Alex había sido su caballero de brillante armadura, su amor de juventud y un esposo que no la había tocado más allá de unos pocos besos o la desastrosa noche en la que descubrió que era mucho más de lo que ella creía. Esa noche comprendió que el hombre de metro ochenta y pico, anchos hombros y con la complexión de un armario, no era Sir Lancelot, sino Lucifer. Poseía su misma aura oscura, su misma brutalidad, la cual dejaba salir sobre el suelo de un *ring* de boxeo.

No ignoraba que Horus practicaba el *kickboxing*. Al igual que su hermano Robert solía frecuentar el gimnasio del Reverendo John, sin embargo, nunca sospechó —o prefirió ignorar ese hecho—, que su marido combatía de forma clandestina.

Posiblemente la culpa de su ignorancia estuviese en su estancia en la universidad. Después de terminar el instituto había accedido a la universidad empujada por él y obligada por las promesas hechas a su hermano, allí cursó los estudios superiores y, a excepción de las vacaciones y algunos fines de semana libres, se pasaba el tiempo en el campus.

Alex podía ser su marido porque así lo ponía un papel, pero no había relación conyugal entre ellos, en muchos aspectos, eran como compañeros de vivienda. Él estaba a su lado si se ponía enferma, la cuidaba como lo haría un hermano mayor, pero Sophie necesitaba más, necesitaba algo que él no había estado dispuesto a darle.

Estaba próxima a terminar sus estudios y graduarse cuando descubrió quién era realmente el hombre con el que compartía su vida y, con ese descubrimiento, llegó el final de su relación.

«¿Cómo puedes hacerlo? ¡Ya he perdido a Robert, Alexander, no quiero que te pase lo mismo! ¡No quiero quedarme sola!».

Sacudió la cabeza, se pasó una mano por el rizado pelo y se obligó a respirar profundamente al notar como temblaba.

—No voy a huir. —Se esforzó por modular lentamente las palabras, evitando el tartamudeo que le había costado más de una humillación en su adolescencia—. Esta vez no.

Haría lo que tuviese que hacer para demostrarle que ya no era una niña, que no era la ingenua y virginal chiquilla con la que había convivido y que la mujer que se había presentado hoy en su oficina estaba dispuesta a todo, incluso a quemarse en las malditas llamas del infierno si con eso podía hacerle comprender que era la única para él.

Alex se había encargado de hacerla despertar de un bofetón a la vida, de mostrarle quién era realmente y que él no era el brillante hombre que pensaba. Le mostró su cara más oscura, destrozó el corazón de una muchacha ingenua e inocente en el almacén al que lo había seguido algo más de cuatro años atrás. Pero aquella Sophie ya no era ella, su vida, sus metas habían cambiado drásticamente a partir de ese punto. De hecho, si llegaba a enterarse en qué estaba metida ahora, la estrangularía con sus propias manos.

Sus ojos se habían abierto entonces de muchas maneras, había descubierto quién había sido realmente su hermano y la labor altruista que había llevado a cabo en los suburbios en los que ambos se habían criado; una labor que no había dudado en continuar.

No, ya no era la misma chiquilla ingenua e iba a demostrárselo.

—Si necesito una maldita invitación de un jodido socio para poder entrar en tu fortaleza, por Dios que la obtendré —siseó para sí, le lanzó un último vistazo al local y echó a andar por la acera en dirección a novena avenida—. Solo espera, Amo Horus, solo espera.

Sabía que su presencia allí lo había sorprendido tanto o más como el hecho de que le

hubiese pedido que la tutelase, pero si pensaba que se iba a marchar sin más, estaba muy equivocado. No había recorrido un camino tan largo como para que ahora la hiciese a un lado sin mirarla siquiera.

CAPÍTULO 2

—Sophie, dame una buena razón para que no te azote hasta que se me canse el brazo.

Damien Knight no era un hombre con el que se pudiese jugar, no a menos que él dictase las reglas. Era un amo en toda la extensión de la palabra, uno justo pero exigente que odiaba apasionadamente las mentiras. Y, por encima de todo eso, era su amigo y mentor.

Los ojos de un oscuro tono castaño se posaron sobre ella, se había quitado la americana, tenía algunos botones de la camisa desabrochados y las mangas enrolladas dejando ver unos fuertes antebrazos. Sentado en el sofá, con un tobillo cruzado sobre la otra rodilla, la miraba bajo unas espesas pestañas que hacían su mirada incluso más intensa.

—Um… ¿Por qué he hecho la cena y ha estado para chuparse los dedos?

Esa mirada que tan bien conocía se entrecerró sobre ella.

—Sophie…

Se mordió el labio y suspiró. Él la había rescatado ya una vez de su propia estupidez, impidiendo que se hundiese todavía más en sus malas decisiones y acogiéndola bajo su ala, tutelándola y enseñándole que la sumisión, cuando se entregaba de forma voluntaria, podía ser una verdadera liberación para ella.

Su primer encuentro había sido totalmente fortuito, el agente del FBI no había tenido inconveniente en leerle la cartilla y, sus palabras, así como su presencia había calado lo suficiente fuerte en ella como para hacerla despertar. Ambos se habían reconocido en ese momento como lo que eran y él no había dudado en recurrir a toda clase de triquiñuelas hasta que la tuvo dónde quería; bajo su atenta mirada.

Dam fue el que reconoció en ella una necesidad que solo había explorado superficialmente, quién la hizo sentarse en la barra de un bar y la instó a hablar y beber hasta sacarle toda la mierda que llevaba en su interior. La había llevado a su solitaria casa, a la vivienda que había terminado comprando tras su separación y, al contrario que otros hombres, no le pidió nada, no le exigió nada. Se había limitado a ofrecerle su amistad y la posibilidad de explorar ese lado recién descubierto de su sexualidad.

El maldito Damien Knight era un jodido caballero en todos los sentidos.

—Lo siento, *señor*, yo solo… —Sacudió la cabeza sin saber muy bien que decir. Se acercó a él y se dejó caer lentamente en el cojín, se inclinó contra el sofá y suspiró—. Ya sabes que no se me da bien aceptar negativas.

Oh sí, lo sabía muy bien. Como su primer Dom y su tutor en el mundo de la sumisión sexual, le enseñó disciplina y lo que podía pasarle cuando cruzaba la raya. En muchos aspectos, la había hecho despertar, la hizo sentirse como una mujer de verdad. Así que ocultarle cosas no era la opción correcta, no si no quería herir a un buen hombre y dañar su amistad.

Con todo, sincerarse no era sencillo, ¿cómo podía decirle que estaba dispuesta a conseguir al mismo tío que la había dejado tirada cuatro años atrás?

—Alex me rescató de maneras que ni siquiera fui consciente hasta después de perderle —intentó explicarse—. Ahora sé que actuó movido por la promesa que le hizo a mi hermano, entiendo cosas que antes no comprendía… Pero ya no soy esa niña y la mujer en la que me he convertido, quiere liberarle de esa promesa.

La miró con intensidad.

—Horus no es un amo fácil —le informó, pronunciando el nombre por el que era conocido en la comunidad BDSM—. No suele mantener relaciones permanentes con las sumisas, no es alguien que esté cómodo con las ataduras.

Levantó la mirada hacia él.

—No pretendo atarlo…

Negó con la cabeza.

—No eres su tipo de sumisa, Sophie...

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Eso mismo dijiste tú de mí cuando nos conocimos, *señor* —le recordó con suavidad—, y a pesar de todo, te quedaste conmigo.

Sonrió de soslayo.

—Nuestro arreglo es muy distinto a lo que sospecho tienes en mente y te mueve en esta nueva empresa particular tuya —declaró sincero—. Yo me quedé contigo porque necesitabas que alguien te guiase en un momento en el que habías tocado fondo e hice mía esa misión.

Se giró y pasó un brazo por detrás de ella, acercándola.

—No me gustaría ver como todo ese esfuerzo se va por el desagüe por una mala decisión —resumió sin vacilación—. Pero tus decisiones son tuyas, como también lo son los errores que deriven de ellas.

Se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en su hombro y levantó el rostro. No tenía muchas oportunidades de acercarse de esa manera, Dam era un hombre que imponía las normas y mantenía a las sumisas en su lugar en todo momento. Con ella, parecía hacer una excepción.

—¿Eso quiere decir que vas a llevarme contigo, señor?

Sus labios se curvaron con ironía.

—La entrada al *Blackish* tiene un precio, mascota.

Se puso alerta al momento, este amo no era alguien que hablase por hablar. Se puso derecha y esperó.

—Espero que mi sumisa obedezca sin rechistar…

Abrió la boca, pero él la frenó.

—Sin rechistar, *mascota*.

Apretó los labios y asintió.

—En voz alta, por favor. —La miró a los ojos—. Quiero ver si lo entiendes.

—Sí, *señor*.

Asintió de manera breve y concisa.

—Participarás en las escenas que yo decida, en público y en privado.

Sus ojos se encontraron y supo instintivamente que estaba esperando que se negase. Él sabía que no le gustaba jugar en público, especialmente si tenía que prescindir de toda la ropa. Y, conociéndole, eso sería exactamente lo que le exigiría. Tenía que hacerlo, si quería entrar en el club y demostrarle a ese cabeza dura que ella podía estar a su altura, tenía que superar sus propias barreras.

—Como tú digas, *Amo Damien*.

Él la miró con palpable intensidad.

—Estás decidida a meterte en la boca del lobo, ¿eh?

Se encogió graciosamente de hombros.

—He tenido tiempo más que suficiente para pensar en lo que deseo, señor y…

—…lo deseas a él.

No pudo evitar sentir como se le encendían las mejillas.

—Quiero pensar que es más que deseo —replicó bajando la mirada—, que es mucho más que eso lo que me mueve a desafiar al Amo del *Blackish*.

Le cogió la barbilla entre en índice y el pulgar y la miró a los ojos.

—En ese caso, estate preparada el sábado que viene a las 10. —Se inclinó sobre ella y le acarició el pelo—. Y conciénciate de que voy a empujarte, pequeña, no te dejaré en otras manos si no estoy realmente seguro de que podrán sostenerte.

—Sí, *señor*.

CAPÍTULO 3

Una semana después…

Horus echó un vistazo alrededor de la sala principal del club, era sábado y el local estaba bastante concurrido. Después del taller impartido el día anterior reconoció a algunas de las parejas así como a dos pequeñas sumisas que habían decidido ir más allá. Había también un par de nuevos Doms que habían pasado recientemente las pruebas de admisión y que entraban a formar parte del círculo interno del club. Eran gemelos y, al mismo tiempo no podían ser más distintos entre sí. Mientras Dain Ratcliffe era moreno, su hermano Lucien había decidido teñirse de un blanco plateado que contrastaba con los sagaces ojos azules, ambos eran dos armarios roperos, pero ahí terminaban sus similitudes. De hecho, incluso preferían jugar por separado. Ambos habían colaborado el último mes en los talleres, así como en las demostraciones del club, poniendo a prueba su experiencia y dejando claro que sabían lo que hacían.

Continuó con el recorrido visual hasta encontrarse con la pequeña sumisa de pelo azul apoyada en una de las columnas. Hizo una mueca y se giró hacia la barra, dónde Brian estaba echando una mano a Logan con un par de bebidas.

—¿Vas a dejarla mucho tiempo más allí?

El inspector de incendios levantó la mirada y la dirigió hacia su mujer sin necesidad de más explicaciones.

—Lo justo para que no pueda volver a protestar por la rehabilitación.

Luna había sufrido un grave accidente y se había fracturado la pierna por varios sitios. Su recuperación estaba siendo lenta y esa lentitud, él lo sabía por experiencia, a menudo causaba una incesante frustración. Brian había sido inteligente al arrastrarla al club, eso no solo le obligaba a moverse, a relacionarse, sino que también le proveía una salida a la frustración.

—Ha sido una semana difícil —chasqueó el Dom y sacudió la cabeza—. Pero no tiene permiso para rendirse.

Sonrió de soslayo ante la aplastante seguridad de su socio. Cualquiera, en su misma situación, pensaría que hablaba más por ego que por otra cosa, pero conocía al bombero lo suficiente para saber que no lo decía por decir.

La explosión de la caldera del inmueble había dado como consecuencia la destrucción de buena parte de la vivienda de la chica y su compañera de piso; la actual sumisa de Wolf. Luna había pasado directamente desde el hospital a la casa del copropietario del club, dónde él podía vigilarla y cuidarla.

—¿Quieres que le dé un empujoncito?

Lo miró y enarcó una ceja.

—La última vez que lo hiciste terminé zurrándola con una jodida pala que llevaba su nombre —le recordó con gesto divertido—. Procura que esta vez la cosa se quede en simples azotes.

Se rio entre dientes.

—Cuando aprenda a estarse calladita y no replicar a un amo, quizá pueda hacerlo.

Brian puso los ojos en blanco.

—Antes se helará el infierno que ver a Luna callada durante más de dos minutos —negó

con la cabeza. Entonces se inclinó sobre la barra al recordar algo—. Ahora que me acuerdo, sobre las noches temáticas para el mes, ¿de quién ha sido la idea de la *«caza nocturna»*?

El interés estaba presente en sus palabras.

—De Camden —respondió Logan, quién acababa de dejar un par de consumiciones ante una pareja y se acercó a ellos—. Siobhan le dio la idea después de obligarle a perseguirla por toda la casa a oscuras. No es divertido llevarte un par de sillas y mesas por delante. *Sumi* se pensará dos veces el replicarle a alguno de sus *Maestros*.

El chef era uno de los dominantes que solían pasarse de vez en cuando por el club, un amigo cercano de Brian.

—Me pareció una opción interesante —declaró echando un vistazo a la planta principal—, y menos sucia y peligrosa que las batallas en el barro.

—Siempre podemos recurrir a la espuma —replicó Brian de buen humor—. Eso sí, primero habría que acolchonar el suelo. No veas las hostias que se pegan los críos y no tan críos en las fiestas del colegio. Alguien debería explicarles que debajo de la espuma no hay agua.

Lo miró interesado.

—Espuma, ¿eh? —Se frotó la barbilla pensativo—. Um… eso podría encajar perfectamente en lo que tengo en mente. Después te contaré mi plan.

—Sois como *Maquiavelo* en dos sesiones, me gusta —aseguró Logan antes de volver a lo suyo.

Los dos se miraron y Brian sacudió la cabeza para luego señalarle a su sumisa.

—Si se pone terca, que lo hará, recuérdale que tiene una pala con su nombre y a su maestro no le temblará la mano al utilizarla.

Enarcó una ceja.

—No te conocía esa vena sádica…

Resopló.

—No la tenía hasta ella… de hecho, carecía de muchas cosas hasta ella.

Y esa era la admisión más grande que había escuchado de ese hombre en todo el tiempo que llevaba al frente del club.

—Entonces será un *«in and out»*, lo tengo —declaró levantando el pulgar en señal de *OK* —. La devolveré al sillón hasta que puedas hacerte cargo tú mismo.

Su compañero asintió, le palmeó el hombro y echó un último vistazo en dirección a la chica, la cual les daba la espalda ajena a sus planes.

—Hazlo, por favor —asintió—. Cuando termine con mi sumisa esta noche, no le van a quedar ganas de seguir protestando por la rehabilitación.

Devolvió su atención a la muchacha de pelo azul, la cual dividía ahora todo su peso entre la pierna sana y la columna, su lenguaje corporal hablaba de dolor, uno que nada tenía que ver con la finalidad erótica y sí con una pierna destrozada en un fortuito accidente. Chasqueó la lengua y caminó en su dirección.

—Maldita sea… duele y no es ni remotamente divertido. Esto no tiene nada que ver con el mondadientes, duele y punto. —La escuchó farfullar en voz baja—. Joder… no es justo… mierda, mierda, mierda…

—No te hacía masoquista, mascota.

La aludida levantó la mirada e hizo una mueca al encontrarse con la suya.

—No lo soy. Ni un poquito, *señor* —replicó con un mohín—. Sencillamente me puede la estupidez.

La recorrió con la mirada, había apoyado todo el peso del cuerpo en la columna y se

mantenía en precario equilibrio.

—La misma estupidez que hizo que me dejase olvidada la muleta en el reservado. —Hizo una mueca—. ¿Tienes idea lo que cuesta bajar esas malditas escaleras cuando te estás haciendo pipí? ¿Quién diablos tuvo la fabulosa idea de poner los baños en la planta baja y alejados de la mano de Dios? Es una tortura para alguien que no puede moverse más rápido que una tortuga reumatoide.

Enarcó una ceja ante su rápida consecución de frases, entonces se cruzó de brazos e hizo hincapié, tan solo con la mirada, del collar de noche y las esposas de cuero que hacían juego con su pelo y las franjas del brevísimo vestido de cuello *halter*.

—¿Cuáles fueron las órdenes que te dio tu Amo?

La manera en que tragó, el brillo en sus ojos y esa rápida recapitulación le dijeron mucho más que cualquier puñado de palabras. El nerviosismo fue instantáneo, la forma en que desvió la mirada y la deslizó sobre el local hablaba por sí sola.

—No es justo, Horus, me estaba haciendo pis.

—Luna...

Dio un respingo y arrugó la nariz obviamente disgustada.

—¿Qué? ¿Tú te habrías quedado sentado, con las piernas cruzadas y aguantando las ganas de hacer pipí? No, ¿verdad?

Enarcó una ceja, no dijo nada más, se limitó a mirarla. Ella sabía que esa no era la manera correcta de dirigirse a un Dom, lo había aprendido por el camino difícil.

—Me duele la pierna. —Admitió entonces en voz baja e irritada—. Por favor, si vas a sermonearme, Amo Horus, ¿podrías hacerlo en un lugar en el que pueda sentarme?

—Tus modales dejan mucho que desear, *sumisita*.

—Los tuyos también lo harían si diese la casualidad de que tuvieses un tornillo en la pierna y una placa sujetando dos fragmentos de hueso, el fisioterapeuta te hubiese dejado aún más coja y el efecto de los analgésicos se hubiesen pasado ya hacia el mediodía —musitó en voz muy baja, apenas audible de no haber estado cerca de ella—. *Señor*.

—No me gustan los murmullos, Luna, si necesitas decir alguna cosa, hazlo en voz alta y en tono educado. —Le aferró la barbilla con dos dedos y se la levantó—. Te escucho.

El brillo en sus ojos cambio de la simple molestia al de las lágrimas.

—Solo… solo quería ir al baño, Amo Horus —replicó en tono más alto, tembloroso—. No… no pensé en la muleta hasta después de bajar las escaleras y ver que no podía volver a subir a por ella.

—Pero podías haber pedido a alguien que te la bajase —le recordó con voz tranquila—. O haber llamado a tu maestro, en primer lugar.

Apretó los labios y levantó la barbilla a pesar de que no se la había soltado.

—Necesito hacer esto por mí misma —replicó—. No… no quiero ser una carga para mi *señor*… ni para nadie.

Sacudió la cabeza, aflojó su agarre hasta soltarla y le limpió con el pulgar una lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—¿Le has dicho esto que me acabas de decir a mí al Amo Fire?

Sus mejillas se colorearon ligeramente y sacudió la cabeza.

—Luna, el primer deber de una sumisa es ser siempre sincera con su amo, especialmente cuando está en juego su salud —le recordó—. No somos adivinos, cariño, si una sumisa no nos dice abiertamente lo que ocurre, no podremos saberlo y por ende, no podremos ponerle solución.

—Yo tuve el accidente, no él, Amo Horus —replicó al instante—. No quiero… no quiero

que se sienta culpable por no poder evitar… que me duela… No me gusta verle así.

—¿No te has parado a pensar que eso es lo mismo que piensa él de ti? —Le ofreció otro punto de vista—. A tu amo tampoco le gusta verte así. A ningún Dom le gusta ver el dolor en los ojos de su sumisa cuando este lo ha provocado algo que se escapa a su control y al que no puede ponerle remedio.

Ella no respondió, se limitó a bajar la mirada. Sacudiendo la cabeza, le rodeó la cintura con el brazo y tomó todo su peso para sí.

—Un pie delante del otro, de acuerdo. —La instruyó mientras la sujetaba—. Camina despacio. Vas a sentarte en las escaleras y no te moverás de ahí hasta que venga Fire a buscarte. ¿Ha quedado claro?

Siguió su mirada e hizo una mueca, pero asintió.

—Sí, *señor*.

—Y Luna.

Levantó la cabeza para mirarle.

—Tan pronto venga tu amo, vas a decirle todo lo que acabas de decirme a mí —añadió con firmeza—. Es una orden, mascota.

Resopló pero acabó por asentir una vez más.

—Sí, *señor*. Lo haré.

—Hazlo, chica. —Se inclinó sobre su oído al llegar a las escaleras—. O tu maestro no tendrá problema alguno en utilizar cierta pala con tu nombre.

El enrojecimiento instantáneo en el rostro femenino le hizo sonreír.

—Pórtate bien, *Lunita*. —Le revolvió el pelo—. Te lo enviaré en un momento.

Su respuesta fue hacer una nueva mueca.

—Gracias, *señor*.

Satisfecho, dejó a Luna e inició la vuelta de comprobación por el área principal. A esas horas la mayoría del mobiliario ya estaba ocupado y el área de reservados del piso superior contenía un par de parejas que charlaban en voz baja, posiblemente acordando próximas escenas o conociéndose. El sonido de los juguetes de impacto, los gemidos y gritos inundaban el lugar entremezclándose con la música electrónica que caldeaba el ambiente, el aroma de los limpiadores, el cuero y el sexo lo perfumaban y en conjunto daban nombre a lo que era el club *Blackish*.

Paseó la mirada por las distintas áreas acotadas, saludó a algunos socios, sonrió a las sumisas que conocía y se detuvo a disfrutar unos instantes de una erótica escena en el banco de *spanking* en la que Camden se divertía aleccionando a una traviesa Siobhan. Al otro lado de la sala, en una de las cruces de *San Andrés*, Damien, uno de los socios que había entrado a formar parte del club ese mismo año, comprobaba las restricciones de una sumisa. La menuda y curvilínea muñequita había sido atada de cara a la pared, sus brazos y piernas abiertos dejando su cuerpo dispuesto al experto toque del Dom. De piel clara, tenía una perfecta espalda y unas nalgas redondeadas enmarcadas por el hilo de un tanga azul brillante que su amo no dejó mucho sobre ella. El Dom deslizó las manos sobre los hombros, siguiendo el hilo de su espalda, tocándola de modo experto, haciéndola temblar, entonces le dio una pequeña azotaina, le susurró algo al oído y se giró hacia la bolsa negra que mantenía a un lado, cerca de sus pies. La punta de unas tijeras se deslizó entonces por el interior de la diminuta prenda y la cortó, repitió la operación una vez más y arrancó el pedacito de tela de entre sus piernas. Ella debió decirle algo, porque él se rio, se inclinó sobre ella, le cogió la barbilla con los dedos y le giró el rostro. La chica llevaba los ojos cubiertos por un antifaz, pero esas mejillas arreboladas, la forma de su

nariz y los apetitosos labios lo dejaron sin aliento; sabía perfectamente quién era esa mujer.

CAPÍTULO 4

Sophie había olvidado un hecho importante con relación a Damien; una buena sumisa nunca cuestionaba las decisiones de su Dom. Hacerlo podía traer consigo un sinfín de maquiavélicas posibilidades como estaba comprobando en su propia piel.

Tembló de expectación al sentir de nuevo sus manos recorriéndola. El muy maldito le había dicho al oído que, por haber protestado, iba a cortarle el tanga dejándola totalmente desnuda para su disfrute.

«¿De quién es este cuerpo, Sophie?».

Casi se muerde la lengua con la respuesta.

«Tuyo, señor».

El maldito se lo estaba pasando en grande.

«Así es. Y como mío, si quiero lucirlo, si deseo que otros contemplen lo delicioso que es, lo haré y tú no tienes nada que decir al respecto».

Se contuvo de dedicarle una réplica mordaz, entonces la sorprendió con una pequeña pero punzante azotaina.

«El tanga fuera». Le anunció sin más. *«No te muevas»*.

Un instante después había sentido la dureza y frialdad del acero contra su piel, el elástico de la diminuta prenda cediendo en un lado de su cadera, repitiendo la operación en el otro para finalmente notar como la tela resbalaba entre sus piernas y el aire acariciaba sus pliegues ahora expuestos.

No había podido reprimir un colorido insulto, cosa que lo hizo reír, entonces notó los dedos en su barbilla, girándole el rostro y su aliento acariciándole la mejilla.

—No tienes permitido correrte. —Le informó con voz profunda, sensual y su cuerpo reaccionó al momento, como un piano bien afinado ante el maestro que lo tocaba—. Recuérdame cual es la palabra de seguridad.

Se lamió los labios.

—*Rojo*. —Habían acordado utilizar la palabra de seguridad del club—. Es rojo, *señor*.

Sus dedos se deslizaron entonces bajo su garganta, le pellizcó la piel y notó sus labios acariciándole el oído.

—Utilízala si la necesitas —le susurró. Sus dedos le rodearon el cuello, hundiéndose en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para capturar su boca y provocarla con un beso aplastante que la dejó sin aliento.

Los firmes labios le acariciaron, la lengua incursionó en su interior y la provocó, saboreándola, incitándola a responder. Su cuerpo cobró vida, sus pechos se hincharon, se le humedeció la entrepierna y gimió en su boca ante su sabor. Tiró inconscientemente de las muñecas solo para que el sonido metálico le recordase que estaba atada, completamente a su merced. La mano que le sujetaba apretó un poco más, los labios masculinos se hicieron más exigentes y terminó totalmente subyugada a él.

—Eres deliciosa —murmuró abandonando sus labios, premiándola con pequeños besos y mordisquitos en la mandíbula y columna de su cuello hasta recalar sobre la sensible piel de su hombro.

Las manos de largos dedos resbalaron por su espalda, le acarició las costillas y alcanzaron

sus pechos, amasándolos, frotándole los pezones con los pulgares mientras le mordisqueaba la base del cuello.

Jadeó y echó la cabeza hacia atrás, sentía un hormigueo por todo el cuerpo, sus jugos resbalando de su sexo y bañando sus muslos. Instintivamente intentó cerrar las piernas, pero una vez más el tintineo de las cadenas y las esposas alrededor de los tobillos le recordaron que las decisiones ya no eran suyas, que su cuerpo no le pertenecía y solo podía aceptar lo que él le daba.

—Um… tu piel está adquiriendo ese tono de rubor que tan bien le sienta, tus pezones crecen bajo mis dedos y estoy convencido de que, si te acariciase entre las piernas ya te encontraría mojada —ronroneó inflamándola con sus palabras, haciendo girar de nuevo las sensibles cúspides entre sus dedos—. ¿Lo comprobamos, muñequita?

Cada caricia era como una llamarada de fuego sobre su piel, sus dedos apenas le rozaron el culo y le provocó un escalofrío de placer.

—Responde, Soph. —Bajó el tono de voz—. ¿Debo comprobar si estás húmeda?

Gimió, cada caricia la estremecía, la encendía y hacía que se derritiese, si la tocaba ahora comprobaría que sus palabras eran acertadas. No tuvo tiempo de responder, pues sus dedos volvieron a cerrarse sobre su barbilla, su boca poseyó la suya en un duro y sexual beso que la dejó sin aire e incrementó el fuego que comenzaba a arremolinarse en su bajo vientre.

—Por favor, señor.

Le lamió los labios, cogió el inferior entre sus dientes y tiró de él mientras sus manos bajaban de nuevo a sus pechos, inflamándolos, jugando con sus pezones. Tironeó de la hinchada carne, la hizo rodar entre sus dedos aumentando la presión con cada pellizco hasta que se estuvo retorciendo contra su pecho.

Podía notar su cuerpo pegado al suyo, su dura polla todavía encerrada por el pantalón de corte italiano empujando contra su culo, la tela de la camisa, los botones, rozándole la desnuda espalda. Él permanecía vestido mientras que ella estaba desnuda, atada y a su merced.

Una ligera corriente eléctrica empezó a fluir entre sus pechos y su sexo, impactando directamente en su clítoris, dejándola sin aliento.

—Amo Damien, por favor —gimoteó cuando volvió a mordisquearle el cuello, apretando sus pezones hasta el punto de que el dolor se convertía en placer, frotándose contra ella, calentándola y haciéndola cada vez más consciente de sus necesidades.

Ladeó la cabeza para darle mejor acceso a la suave columna de su cuello, las grandes y masculinas manos se deslizaron hacia abajo por su cuerpo, dejando un sendero de fuego que fue directo a su rasurado sexo. La acarició de manera superficial, un toque de alas de mariposa antes de deslizar un dedo a través de sus pliegues, empapándose de su humedad, deslizándose de atrás hacia delante.

—Abre la boca. —Una oscura orden susurrada en su oído y entonces su dedo penetró en su boca, acariciándole la lengua, haciéndola probarse a sí misma en él—. Chupa.

Lo hizo, succionó su dedo, lo rodeó con la lengua un segundo antes de que lo retirase y apretase al mismo tiempo uno de sus sensibles pezones haciéndola ponerse de puntillas. El pico de dolor la atravesó con fuerza hasta hundirse en su sexo, se mordió el labio inferior y gimió.

—Mojada, muy mojada. —Continuó en su oído un segundo antes de que su mano regresase entre sus piernas, aferrándole el sexo, ronroneando de placer—. Estás caliente y húmeda, lista para jugar.

Notó como introducía un dedo en su interior con premeditada lentitud al tiempo que le mordisqueaba la oreja. Empezó a masturbarla con lentitud, como si se recrease en cada

movimiento mientras el pulgar encontraba el hinchado clítoris y lo rozaba una y otra vez. La fricción empezó a desquiciarla, el deseo era rabioso en su interior, la necesidad empezó a crecer más y más.

—No puedes correrte, Sophie —le recordó—. Si lo haces sin mi permiso, este pequeño y bonito culo conocerá el picor del *flogger* una vez más.

Su promesa la excitó y asustó al mismo tiempo. Él la había castigado así una vez, el recuerdo del inesperado y caliente picor de las tiras de cuero la estremecieron y juraría que hizo que se mojase aún más.

—Señor, por favor…

La mano entre sus piernas siguió acariciándola, el grueso dedo entrando y saliendo con una cadencia que la enloquecía.

—Ya sabes cuál es el castigo, dulzura, de ti depende no recibirlo o ser azotada. —Le informó un segundo antes de retirar el dedo de su interior, dar un paso atrás y abandonarla durante unos instantes.

Su ausencia fue como si le arrancasen una parte de sí misma, la necesidad crepitaba en su interior, hacía palpitar su sexo y la imposibilidad de liberación la volvía ansiosa y la molestaba al mismo tiempo.

—Amo Damien… —Lo llamó. Ciega como estaba, restringida, expuesta a quién quisiera mirarla era una presa fácil para sus propios miedos, para su imaginación.

Una sonora palmada siguió a un intenso picor en la nalga izquierda, luego en la derecha.

—Compórtate, mascota. —Su voz sonó cerca, su presencia de nuevo entró en su mente, su mano amasó el lugar en el que la había golpeado antes de sumergirse de nuevo entre sus piernas y acariciarla una vez más—, o seré el único que disfrute del postre.

Un segundo dedo entró entonces en acción, la penetró sin previo aviso, hundiéndose en su caliente y húmedo coño con fuerza, se retiró y volvió a entrar una vez más antes de abandonarla de nuevo por completo.

—¡Señor! —gimió desesperada.

Le escuchó reírse, oyó algo resbalando sobre el suelo y al momento siguiente un suave soplido sobre su húmedo sexo.

—Di *«bon apetite»*, Sophie.

Las palabras entraron en su mente pero no llegaron a cuajar, pues la húmeda y caliente boca cayó sobre su sexo al momento. Su lengua la lamió con fruición, sus labios la chuparon y torturaron con la colaboración de sus dientes. En un abrir y cerrar de ojos se encontró jadeando, retorciéndose lo que las restricciones le permitían mientras esa boca la devoraba sin piedad. El placer explotó en su vientre, el ardor en su sexo se volvió una tortura y la cabeza empezó a darle vueltas. ¿Y él quería que no se corriera? ¿Estaba loco?

Apretó los dientes y luchó por respirar, intentó surfear cada punzada de placer que se enroscaba en su interior con cada pasada de la lengua, pero cuando esos labios se cernieron sobre su hinchado clítoris y un dedo invasor la penetró al mismo tiempo, sus esfuerzos por contener el orgasmo se volvieron una tarea titánica.

—Señor, por favor, no… no puedo…

Sopló su carne, dándole un breve momento de alivio.

—No. Te. Corras.

Remarcó cada una de las palabras convirtiéndolas en una orden inquebrantable, una a la que se aferró con uñas y dientes, pero su cuerpo tenía vida propia y no estaba por la labor de colaborar.

Lloriqueó cuando el placer se hizo insoportable, cuando la necesidad empezó a dominar su mente y todo lo demás.

—Amo Damien, por favor, por favor, deja que me corra, por favor…

Su respuesta fue lamerla una vez más, entonces se retiró y se incorporó, susurrando en su oído.

—Todavía no.

Capturó su boca, sujetándole la cabeza por el pelo, arrancándole al mismo tiempo el antifaz que le había cubierto los ojos hasta ese momento, la penetró con la lengua, succionó la suya y la llevó a gemir para luego separarse y mirarla.

—Diez —le informó. No tuvo que agregar nada más, escuchó el sonido de la cremallera del pantalón y a continuación el rasgueo del papel de un condón—. Cuenta en voz alta… y después, quizá, te permita correrte. Hazlo antes… y te zurraré.

Le dio un último beso y acto seguido notó la gruesa punta de su polla introduciéndose en su húmedo interior.

—¿Sophie?

Intentó recuperar el aire después de recibirle cuando se metió de un solo empujón y graznó.

—Uno.

Se rio entre dientes.

—Buena chica.

El muy maldito era realmente aficionado a torturarla de aquella manera y lo hacía realmente bien. Cada penetración cambiaba de ángulo y tocaba una parte de ella que la volvía loca.

—Oh Dios…

—Un número, cariño, un número.

El muy bastardo se estaba riendo.

—Dos —gimió poniéndose de puntillas.

El cuero de la parte central de la cruz se frotaba contra su vientre y su rasurado monte de venus con cada nueva embestida haciendo que las sensaciones se incrementasen. Los números tres y cuatro los emitió en un bajo lloriqueo, el cinco salió como un siseo y los tres siguientes fueron una auténtica y deliciosa tortura.

—Dos más. Dámelos y dejaré que te corras.

Asintió sin saber qué otra cosa hacer, su mente ya no razonaba con coherencia, todo su cuerpo era un nudo de placer rabioso que necesitaba explotar y cada nuevo empujón era como una espada atravesándola.

—Nu-nueve.

Dejó escapar un lloriqueo al escuchar su propia tartamudez.

—Uno más, Sophie —le susurró al oído y la penetró de nuevo, con premeditada lentitud.

—Diez —lloró.

Los largos dedos subieron entonces a sus pechos, capturando sus pezones, pellizcándolos al tiempo que él empezaba a montarla con fuerza y rapidez.

—Esa es mi chica —ronroneó en su oído—. Córrete para mí, déjate ir.

No tuvo que decírselo dos veces, su cuerpo reaccionó por sí solo ante la punzada de placer que le provocó su pellizco sobre las tiernas cúspides y se rompió en mil pedazos, corriéndose con un grito mientras él la montaba con fuerza, introduciéndose en su interior, saliendo y volviendo a empujar hasta terminar corriéndose también.

No supo el tiempo que pasó hasta que la liberó de las restricciones, ni de dónde salió la manta con la que la envolvió, todo lo que podía hacer era quedarse quieta, como una muñeca sin cuerda, intentando recuperar el aliento mientras él la llevaba en brazos.

—Bueno, nena, si con esto no has captado el interés de otros Doms, no sé lo que lo hará —le dijo al oído, la acomodó en su regazo y la envolvió con la manta—. Tus gritos se han oído hasta en las habitaciones temáticas.

La risa en su voz no hizo otra cosa que aumentar su incomodidad, habría querido pegarle, pero no tenía fuerza ni para levantar la mano.

—*Cu-cuando* pueda *le-levantar* la mano *tttt.*… uff.

—Respira profundamente. —Posó la mano entre sus pechos por debajo de la manta y apretó suavemente—. Así, otra vez.

Hizo lo que le pidió, controlando su respiración y vaciando la mente.

—Cuando pueda… levantar la mano… te pegaré.

Él se rio entre dientes.

—Me parece que no —replicó, acomodándose con ella en brazos—. Estarás ocupada con otras cosas.

Su extraño comentario no cobró sentido hasta que escuchó una conocida voz.

—Va a necesitar esto.

—¿Ahora haces también de camarero? —comentó Damien con oculta diversión, aceptando lo que le tendió.

—No te acostumbres —declaró el recién llegado, sus ojos se encontraron finalmente y vio en ellos una mezcla de enfado y deseo. Sin embargo, no dijo nada, arrancó la mirada de ella y se volvió de nuevo a su Dom—. Que disfrutéis de la velada.

Damien asintió y desenroscó el tapón de la botella de agua que había dejado Horus y se la entregó.

—Bebe —le ordenó sin mirarla siquiera, sus ojos seguían al dueño del club a través de la sala—. Interesante, realmente interesante.

Se lamió los labios después de dar el primer sorbo.

—¿Qué es interesante, *señor*?

Se giró hacia ella, mirándola.

—Bébete toda el agua, nena, la necesitarás.

CAPÍTULO 5

Horus no podía quitarse de la cabeza la escena que acababa de presenciar, sus gemidos, la forma en que se arqueaba, en que su cuerpo respondía a las demandas de un Dom, en que se sometía y entregaba, era magnífica en su placer… y malditamente prohibida.

Apretó los dientes y luchó por respirar a través del deseo, tenía una erección de mil demonios, le dolían las manos por tocar esa piel, pero no podía. No solo estaba con otro amo, no podía hacerle eso a ella, no a la mujer que había prometido proteger incluso de sí mismo.

—Maldición —siseó por lo bajo—. Le dije claramente que no la quería aquí, ¿y qué hace? Viene con un jodido socio. La madre que la parió.

Evitó mirar hacia atrás y optó por subir al primer piso, alejarse todo lo que pudiese de la tentadora mujer que había convertido su noche en un infierno. Saludó a Brian y sacudió la cabeza con diversión al ver cómo su sumisa hacia pucheros. Abrazada a su cintura, sentada en su regazo, mantenía la pierna en alto a través del asiento. La manera en que parecía querer fundirse con él, así como la protección que ofrecía la mesa, le dio todas las indicaciones que necesitaba para formar el cuadro. La dulce Luna se había ganado el castigo por su obstinación, uno del que iba a disfrutar.

Dejó a la pareja y continuó con su recorrido, las habitaciones temáticas estaban ocupadas y de su interior salían los sonidos correctos, todo iba sobre ruedas. Comprobó las que estaban vacías y tomó nota para enviar a algún voluntario a adecentar una de ellas. Desde allí arriba tenía otra perspectiva de la zona principal, había un par de parejas bailando y charlando mientras se movían por la pista situada en una esquina, el bar empezaba a estar ocupado por aquellos que deseaban tomarse un descanso y algún que otro aparato parecía bastante concurrido, a juzgar por la cola que parecía haber para el banco de azotes.

Se dirigió a la escalera con intención de bajar y retirarse unos momentos a su oficina, dónde podría deshacerse de su repentino mal humor, cuando la vio cerca del lugar en el que se había llevado a cabo la escena. Su curvilíneo cuerpo iba ahora cubierto por un indecente y sexy vestidito negro que dejaba muy poco a la imaginación, llevaba el pelo suelto, los rizos le caían sobre los hombros y disimulaban el collar de noche que llevaba alrededor del cuello. Lo reconoció como uno de los collares de entrenamiento del club, un símbolo que avisaba que la sumisa que lo llevaba estaba con un Dom, si bien este no era su dueño.

Se inclinó sobre la barandilla y entrecerró los ojos al ver como un joven dominante le salía al paso, deteniéndola.

—Regla número uno: Nadie toca a la sumisa de otro Dom sin su permiso —murmuró para sí mientras observaba la escena.

Ella levantó la mirada, negó con la cabeza y se llevó la mano al cuello. Podía ver cómo movía los labios diciendo alguna cosa, pero el sonido de la música le impidió escuchar su voz. Dio media vuelta, mirando a su alrededor como si buscase a alguien, probablemente a Damien, para finalmente dirigirse hacia el bar. Sin embargo, no llegó a dar dos pasos, pues el chico la aferró por el brazo, tiró de ella y la atrajo entre risas, buscando su boca y manoseándola.

—Serás gilipollas.

Dejó su puesto sin dejar de mirar la escena. Ese joven imberbe no entendía el código del club o no quería entenderlo. Mantuvo la mirada en la escena mientras se movía hacia la escalera;

si conocía bien a esa pequeña hartera mujer, no se quedaría de brazos cruzados.

El sonoro bofetón que le asestó con la mano abierta dio veracidad a sus pensamientos. Sophie dio un par de pasos atrás y apuntó con el dedo sin duda dispuesta a sermonear al pobre incauto, pero este pareció sobreponerse a su estupor, ya que avanzó hacia ella, la cogió del brazo y la zarandeó.

—¡Suéltame, gilipollas!

Su voz llegó alta y clara, vio como luchaba con él, pegándole una patada solo para que el idiota reaccionase tirándole del pelo antes de asestarle un bofetón que la lanzó al suelo.

—Hijo de puta.

Se movió tan rápido como lo hacía en el ring, en un momento estaba bajando a toda velocidad las escaleras y al siguiente había cogido al imbécil por la camisa y le había asestado un puñetazo enviándolo al suelo. Volvió sobre él, dispuesto a asestarle otro golpe pero se contuvo en el último momento.

—Vuelve a ponerle una sola mano encima y tendrán que hacerte una nueva cara —siseó en voz baja, mortal.

—¿Qué está pasando aquí? —Se acercó también Lucien.

—Sophie, ¿qué demonios? —Llegó también Damien, su rostro evidenciaba la preocupación por su sumisa.

Tiró del joven hasta ponerlo en pie. Para su satisfacción sangraba por la nariz y tenía el labio partido, muy poco en comparación a lo que se merecía realmente. Lo empujó hacia Lucien, quién lo retuvo al momento.

—Sácalo de aquí y cancela su suscripción —siseó entregando al malnacido—. Ha quebrantado las normas del club. Ha tocado a una sumisa que no es suya cuando ella se ha negado a atenderle, y, no contento con ello, la ha golpeado. No quiero gilipollas en mi local.

—Oh, por primera vez creo que me va a encantar sacar la basura —declaró el amo volviéndose hacia la parte trasera de la sala—. ¡Dain! Ven a echarme una mano.

—¿Qué ocurre? —Brian se abrió paso entre la gente, llegando hasta él.

—Nada, todo va bien —repuso y se volvió hacia Sophie, quién seguía en el suelo con gesto asombrado, la mano presionada contra la mejilla mientras la examinaba su Dom—. ¿Está bien?

—Soph, mírame. —La llamó Damien, levantándole el rostro para ver el daño que le había hecho ese cabrón—. Eso es, muñequita, los ojos en mí.

Ella se estremeció, parecía desorientada, abrió la boca y empezó a tartamudear.

—*N-no. Lll-le dij-dije que nn-no.* —Le temblaban los labios, los ojos empezaban a humedecerse y miró de un lado a otro hasta encontrarse con su mirada—. *N-no hiii-ce naa-da mm-mall-malo...*

La dificultad que tenía para articular las palabras se hacía más palpable cuando estaba nerviosa o asustada. Sus ojos se clavaron en él, suplicantes, como lo habían hecho tiempo atrás y volvió a sentir la misma patada en los intestinos cuando vio las lágrimas descender por sus mejillas.

Apretó la mandíbula y se obligó a mantener un tono serio, cortante.

—Te dije que no te quería aquí —le recordó con frialdad.

Nuevas lágrimas se unieron a las primeras, el dolor cubrió sus ojos y cuando bajó la mano y vio la rojez en su mejilla quiso matar al cabrón.

—Hijo de puta… —siseó apretando los puños, girándose inadvertidamente para mirar la salida.

—Horus… —La mano de Brian sobre su hombro, manteniéndolo en el sitio fue suficiente advertencia—. Deja que Damien se haga cargo de ella…

Miró sin poder evitarlo al hombre que permanecía junto a ella, sus ojos se encontraron y, para su sorpresa este esbozó una irónica sonrisa.

—*B-basta.* —Se las ingenió para replicar Sophie. Apartó la mano del Dom y tras mirarle, deslizó de nuevo esos ojos verdes sobre él—. El… *a-amo Ho-Horus t-tienes raz-raz-ón*… ni siquiera *deb-debe*-debería estar aquí. No… no me quieres… aquí.

Sabía que Brian y Damien lo estaban mirando, así como la gente que había presenciado el encontronazo.

—Claro que te quiere, muñequita, de hecho, va a hacerse cargo de ti hasta la hora de cierre —comentó Damien con gesto serio, aunque la diversión bailaba en sus ojos—. No confiaría en nadie más para meterte en cintura.

—¿Qué?

Brian se rio entre dientes ante la respuesta del hombre mientras ella parpadeaba de asombro.

—Pero, yo… yo no hice nada… Ese *i-idiota* se acerc…

—¿Te he dado permiso para hablar, Sophie?

La chica abrió y cerró la boca tan sorprendida como él mismo.

—Así que tenemos otra traviesa sumisa en el club —comentó su socio entre interesado y divertido—. Pues esta vez te va a tocar a ti disciplinarla, compañero, a mí ya me llega con zurrarle a Luna.

—Pero, Amo Damien…

El Dom la levantó hasta ponerla en pie, la sujetó del brazo y la empujó hacia él.

—Demasiado tarde, nena, te lo advertí. —La calló con una mirada fulminante—. A partir de este momento y hasta la hora de cierre, estarás en manos del Amo Horus. Quiero que lo obedezcas y lo trates con el mismo respeto que me reservas a mí. ¿He sido claro?

Se mordió el labio y asintió.

—Sí, señor.

Satisfecho se giró a él y le palmeó el brazo.

—La dejo en tus expertas manos —le soltó complacido consigo mismo—. Disfruta de la noche, Horus.

Sin una palabra más, dio media vuelta y caminó hacia el otro lado de la sala para charlar con unos compañeros.

—Y Luna quería irse ya —se rio Brian entre dientes—. Me parece que voy a tener que convencerla para que se quede unas horas más… no quisiera perderme el espectáculo por nada del mundo.

Cruzó una mirada con su socio, pero él solo se limitó a sonreír con palpable diversión.

—Um… ¿Amo Horus?

Giró la cabeza hasta encontrarse con esa mirada verdosa fija en él.

—Tú y yo vamos a tener unas palabras —siseó en voz baja y gruñó al ver la rojez en su mejilla—. Sube, ahora.

Vislumbró varias sonrisas de sus compañeros y de algunas parejas con las que se cruzaron mientras guiaba a su nueva imposición hacia uno de los reservados.

Oh, sí, iba a tener más que palabras con ella.

CAPÍTULO 6

—Pasa, siéntate y no abras la boca.

Sophie se limitó a mantener la boca cerrada. Todavía estaba conmocionada por lo ocurrido como para poder pensar con claridad. En un momento estaba tan tranquila con Damien hasta que la envió a buscar unas bebidas y al siguiente, ese imbécil la había interceptado, sobándola a pesar de su negativa y de dejarle claro que estaba con alguien. Solo se había defendido, esperando que entendiese aquello como una forma de alejarse, pero en su lugar la había agarrado del pelo y la había lanzado al suelo de un brusco golpe.

Levantó la mirada y se encontró con la todavía furiosa de Horus, pero esa emoción no iba dirigida a ella, lo sabía, la había visto en su rostro en otras ocasiones como cuando luchaba.

—Siéntate, Sophie —insistió indicando una de las sillas frente a su escritorio.

Lo hizo por inercia, movida por el tono de su voz pues su mente seguía inmersa en los recientes acontecimientos. Ni siquiera le vio acercarse. Lo había estado buscando por la sala aprovechando el encargo de Damien cuando ese idiota la detuvo y no fue hasta que se lo sacó de encima, que fue consciente de su presencia. El aire se le había quedado atascado en los pulmones, su mirada fija en él, esperando que diese rienda a la brutalidad que había visto antaño en sus movimientos, pero se había controlado.

—¿Sigues combatiendo?

La puerta de la habitación se cerró de golpe, una respuesta silenciosa a una pregunta que no debía ni haber hecho. Se estremeció, se encontró con sus ojos y contuvo la respiración cuando él atravesó la distancia que los separaba y la acorraló contra la silla.

—Silencio —consignó con gesto duro, impertérrito—. Todo lo que quiero escuchar son las respuestas a mis preguntas, nada más.

Y este era el Amo Horus, un hombre al que realmente no conocía, a quién solo había visto de lejos y a quién estaba dispuesta a tentar. ¿Qué decía eso sobre su salud mental?

Se había extinguido, no le cabía la menor duda.

Le sostuvo la mirada, quería replicar, pero se le había secado la boca y su actual actitud no invitaba precisamente a la conversación.

—Ya veo que nos entendemos —añadió, entonces le cogió la barbilla con suavidad y le giró el rostro—. ¿Te has lacerado la boca por dentro? ¿Sangre?

—No, señor —murmuró en respuesta, notando la fuerza de su mano, la dureza de su mirada.

—¿Duele? —Presionó con el pulgar el pómulo, palpando con cuidado la zona enrojecida.

Hizo una mueca e intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Escuece… y me lastimas cuando aprietas —le informó llevando su mano a la de él, para pedirle sin palabras que tuviese más cuidado.

Sus miradas colisionaron de nuevo y la forma en la que entrecerró los ojos era muy característica.

—¿Qué demonios le dijiste para que reaccionase así?

La velada acusación la molestó, la sacó al momento del hechizo que él tejía sobre ella y apartó su mano con brusquedad.

—Lo que cualquier sumisa con medio cerebro haría cuando está acompañada —escupió y

se tocó el collar—. Decirle que había venido con alguien y que no estaba interesada. Si fuese un Dom lo habría entendido… A la luz de los acontecimientos diría que se te ha colado un gusano en el club.

Apretó los dientes, lo supo por la manera en que tensó la mandíbula.

—La única que se ha colado aquí, has sido tú —replicó entre dientes—. Él era socio hasta hoy.

Levantó la barbilla, desafiante.

—El Amo Damien me invitó. —Le informó con voz tranquila, intentando no demostrarle lo mucho que la irritaba—. Y él es socio del club. Hasta donde yo sé, el que un amo invite a una sumisa está contemplado en las normas del *Blackish*.

—Así que ahora te dedicas a manipular a los hombres de modo que te cumplan tus caprichos.

El insulto fue total y no estaba solo dirigido a su amigo, sino a ella misma.

—Si piensas que el Amo Damien se deja manipular, es que no le conoces lo más mínimo —le soltó irritada—. Al igual que tú, no hay fuerza humana en este mundo que lo obligue a hacer algo que no quiere.

Su respuesta pareció convencerlo, pues se relajó visiblemente e hizo a un lado esa pose amenazante.

—¿Eres su sumisa?

La pregunta no la cogió por sorpresa, era algo lícito ya que acababa de reclamarlo como su amo.

—Es mi mentor, y mi amigo —contestó, obviando dar una respuesta directa—. Y mi amo cuando así lo requiere.

La miró de arriba abajo, casi podía ver lo que estaba pensando.

—Y ahora vas a decirme que él fue el que te requirió para jugar en el club.

Le sostuvo la mirada, no tenía sentido mentir.

—No, señor —no vaciló—. Yo se lo pedí y él decidió que sería una buena experiencia para mí.

Bufó. Podía ver la ironía en sus ojos, el sarcasmo curvando sus labios antes de que brotase de ellos.

—Si buscaba darte una buena experiencia, debería haberte azotado hasta que no pudieses sentarte. —Se incorporó dándole la espalda—. En su lugar, decidió que sería mucho más interesante y placentero, restringir a su sumisa y follársela en medio del club.

Sus palabras le enrojecieron las mejillas, hizo que se le secase la boca y el corazón le latiese a toda velocidad. ¿Acaso la había visto? ¿Había estado mirando como otro hombre la tomaba? Se mordió el labio inferior, luchó con la puntada de vergüenza y deseo que se desplegó en su interior. Era consciente de que él estaría allí, de que había una minúscula probabilidad de que la viese, que la reconociese, pero esperaba que fuese cuando no estuviese atada e indefensa, sometida a sus pasiones, a sus necesidades. El imaginarle viendo la escena, viéndola en esa tesitura la puso más caliente de lo que podía imaginarse.

Se obligó a mantener la compostura, a ocultar un estremecimiento de placer y levantar la cabeza. Él se había desplazado por la habitación, deteniéndose a una distancia prudencial y la miraba directamente, como si estuviese intentando comprender que había en su mente.

—El Amo Damien tiene predilección por las escenas públicas —comentó a modo de respuesta—. Y por llevarme la contraria.

Enarcó una ceja ante su comentario y se cruzó de brazos.

—Explícate.

Hizo una mueca.

—Yo no soy tan entusiasta con ese tipo de escenas.

—Y sin embargo, has hecho una fantástica *performance* para cualquiera que estuviese dispuesto a verla… y escucharla.

Entrecerró los ojos, pero no pudo evitar el calor que inundó sus mejillas.

—¿Hubieses preferido que le dijese que no? ¿Qué patalease en medio de tu precioso club? Quizá habrías disfrutado mucho más viendo cómo me azotaba, ¿no? —espetó molesta—. O puede que hubieses preferido hacerlo tú.

—Mis preferencias no están aquí en discusión —replicó con tono helado—. Y no me interesa lo más mínimo lo que otro amo disponga para su sumisa. Lo único que me ocupa aquí, es que le dije muy claramente a dicha sumisa que no la quería en mi club y optó por desoír mi orden.

Compuso la mirada más inocente que tenía en su repertorio. La había reconocido como sumisa; ya era un avance.

—Ah, ¿pero era una orden, señor?

No se le escapó el brillo calculador que atravesó los ojos masculinos ni la forma en que sus labios se curvaron levemente en las comisuras.

—Si no eres capaz de reconocer una orden cuando te la dan es que Damien ha sido bastante descuidado en tu educación.

—O puede que la persona que dio dicha orden no lo hiciese de la manera adecuada —contraatacó devolviéndole el insulto. No iba a permitir que pusiese en duda a su mentor. Si quería meterse con ella, perfecto, pero no le dejaría insultar a su amigo.

Se recostó contra la mesa y la miró con gesto curioso.

—Eres leal —comentó y parecía bastante sorprendido por ello—, eso tengo que respetártelo.

No dijo nada, se limitó a devolverle la mirada.

—Pero has elegido al Dom equivocado con el que sobrepasarte, Sophie —aseguró con un suspiro—. No sé a qué se debe tu interés por entrar en el *Blackish*, pero dado que ya estás aquí y que tu amo me ha derivado tu custodia hasta la hora de cierre, me aseguraré de que esta vez no tengas dudas de las órdenes que se te dan y de seguirlas correctamente.

Su tono de voz, más que sus palabras, deberían haberla advertido de que el Maestro del *Blackish* iba a tomarse su papel muy en serio; uno del que no estaba segura de si iba a disfrutar.

—A partir de este momento queda instaurado el alto protocolo —le informó con voz firme, sumergiéndose en su papel de dominante—. No hablarás a menos que te dé permiso. Si tienes algo que decir o alguna pregunta que hacer, puedes formularla con el debido respeto; me llamarás Amo Horus o señor. La palabra de seguridad del club es *Rojo*, pronúnciala y todo se termina. Aceptaré *Amarillo* si necesitas un respiro o buscas mi atención. —Cubrió las bases más importantes—. Si tienes algún problema físico o psicológico que necesite saber, dilo ahora.

Se limitó a mirarle y sacudió la cabeza.

—Ninguno, señor.

—Bien —aceptó, se incorporó y caminó hacia ella—. En ese caso, tu primera lección de la noche, mascota, es: no llevarle la contraria a un Dom.

CAPÍTULO 7

¿No llevarle la contraria? Sí, claro. Siempre y cuando fuese razonable, cosa que ahora no estaba siendo.

—No… no puedes estar pensando en…

—Silencio.

Sophie tembló en cuanto le apretó el manguito alrededor de la muñeca y cerró la argolla en el mosquetón que tenía por encima de la cabeza, sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando repitió la operación con el segundo levantándole ambos brazos, restringiéndola.

La había sacado directamente de su oficina y la había instado a seguirle de nuevo hasta el club dónde la había llevado directamente a la sala principal.

Nada de conversación, nada de preguntas, se estaba limitando a darle una lección.

—¿Alguna molestia en los hombros o brazos? —preguntó con gesto mecánico, sin embargo, estaba muy pendiente de cada movimiento, de cada gesto de su rostro o su cuerpo.

—No señor —murmuró. Su respiración empezaba a acelerarse, el control que había exhibido en su despacho resquebrajándose paso a paso.

Horus deslizó las manos por los brazos, comprobando cada articulación, disfrutando al mismo tiempo de la sensación de esa piel sedosa y cálida que nunca antes se había atrevido a tocar. Se obligó a aislarse a sí mismo, a concentrarse en su tarea, en lo que tenía en mente. Fijó los ojos en los de ella cuando sus manos llegaron bajo sus axilas y las deslizó sobre los pechos. Esos bonitos e hinchados labios se separaron ligeramente, las pupilas se dilataron un milímetro y su respiración cambió.

Le amasó los senos, deslizó los pulgares sobre sus pezones y notó como se endurecían bajo su contacto, entonces siguió bajando, resbalando sobre la tela del vestido, acariciándole el vientre, las caderas y continuando hacia abajo hasta sus tobillos. Desenganchó un par de manguitos anclados a la columna y aprisionó sus piernas, ligeramente separadas, lo justo para que pudiese mantener el equilibrio y le impidiese al mismo tiempo cerrarlas.

—Señor…

Levantó la mirada y se encontró con sus ojos, pero no dijo una sola palabra. Se levantó muy lentamente, deslizando las manos por sus piernas, hundiendo los dedos bajo la elástica tela del vestido y arrastrándola con el hasta dejar sus caderas y el rasurado monte de venus al aire.

—Deseabas conocer el *Blackish* —le dijo en voz baja, suave, sexy—, así que, ahora tendrás la oportunidad de conocerlo y a sus socios.

Resbaló las manos sobre sus pechos, se los apretó una vez más para finalmente tirar de la tela del escote hacia abajo, dejándolos expuestos.

—Atención, por favor. —Levantó la voz y miró por encima de su hombro—. Esta pequeña sumisa está muy interesada en conocer el club, así que os pido a los socios que os acerquéis, os presentéis y la saludéis como es debido. Nada de juguetes o sexo, solo están permitidas bocas, lenguas y dedos y no más allá de un minuto. Quién se salte las normas, será invitado a abandonar el club.

Un coro de risas se elevó a su alrededor mientras sus ojos se abrían de par en par con incredulidad.

—No… no puedes… no puedes hacerme eso… tú no… tú no puedes…

Le tapó los labios con un dedo.

—Solo tienes que decir la palabra de seguridad, Sophie —ronroneó mirándole los labios, rozándoselos con el pulgar—. Dila. Te soltaré y yo mismo te acompañaré a la puerta.

Su significado era claro y lo captó al momento, apretó los labios durante una milésima de segundo y finalmente siseó un rotundo:

—No.

Él chasqueo la lengua, apoyó la mano al lado de su cabeza y le apartó el pelo de la cara.

—Muy bien, gatita, pues disfruta del club. —La besó fugazmente en los labios mientras le rozaba un pezón con los nudillos—. Oh… y tienes prohibido correrte. Te veré dentro de media hora.

Horus sonrió para sí ante su ahogado jadeo, dio media vuelta dándole la espalda y caminó hacia la barra del bar, desde allí tenía una visión privilegiada de la columna y podría controlar que nadie se extralimitaba.

—¿Qué te ha hecho la pobre chica para recibir un castigo semejante? —preguntó Lucien visiblemente divertido poniendo delante de él una cerveza sin alcohol de las que solía beber. El Amo había sustituido a Logan, quién jugaba ahora con su Sumi.

—¿Cabrearle en tiempo récord? —sugirió Brian, quién estaba sentado al lado de su sumisa Luna—. Parece que alguien va a quitarte el puesto de tocapelotas del *Blackish*, amor.

La chica puso los ojos en blanco, su mirada hablaba sin necesidad de palabras y su rostro dejaba claro lo que opinaba de él en esos momentos.

—¿Tienes algo que decir, Luna?

Tanto su Dom como él la miraron.

—Montones de cosas. Ninguna realmente agradable. Muchas empiezan con «capullo» y terminan con un educado «señor» —replicó en un bajo siseo—. Pero como me duele la pierna y mi señor me ha dejado claro como el agua que no podré sentarme en una semana si ofendo a alguien, voy a seguir calladita y me limitaré a fulminar a los Doms idiotas con la mirada.

Los tres intercambiaron risitas y ojos en blanco. Brian se giró a ella y la señaló con un dedo.

—Te acabas de ganas tres azotes. —La avisó y la detuvo cuando empezó a mover los labios—. Y ni se te ocurra abrir la boca porque incrementaré el número.

Hizo un mohín, pero no dijo nada, se giró hacia la barra y farfulló algo ininteligible en voz baja.

—¿Cuánto tiempo vas a tenerla ahí? —preguntó su amigo ignorando los pucheros de su pareja.

—Unos veinte minutos, en principio, todo dependerá de lo dócil que se muestre tras el castigo.

—¿Eso es un castigo? —preguntó Lucien con obvia ironía al tiempo que señalaba a la pequeña sumisa con un gesto de la barbilla.

—Tiene prohibido correrse.

—Eres un bastardo sádico. —Se rio entre dientes.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó su socio, no le miraba, pero no hacía falta pues le conocía lo suficiente para saber que sus palabras implicaban mucho más que una pregunta.

—Me ha cabreado.

—Eso puedo verlo.

—Le ha llevado la contraria —comentó alguien detrás de él—. Y, conociéndola, estoy seguro de que te ha desafiado abiertamente.

Echó un vistazo por encima del hombro para ver a Damien con la mirada fija en la chica, su expresión era indescifrable.

—No lleva nada bien el estar desnuda delante de otras personas y mucho menos que la toque cualquiera.

—Lo sé. —Se limitó a responder sin más—. El último que lo hizo se llevó una bofetada.

—Y un puñetazo de premio —añadió Lucien en un canturreo—. Ya veo que sigues en forma. Espero que le sacudas bien a mi hermano cuando se pone en plan impertinente.

Dain solía dar clases, al igual que él, como voluntario en el nuevo gimnasio que había creado con ayuda del reverendo.

—Va a querer tus intestinos en una bandeja después de esto, lo sabes, ¿no? —insistió Damien, recuperando su atención.

—Puedo hacerme una idea. —Continuó con su mismo tono monótono, entonces lo miró —. ¿La quieres de vuelta? Te doy las llaves encantado.

Sacudió la cabeza y se sentó en el taburete a su lado.

—Hablando de llaves. —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pequeña llave de candado—. Esta es la de su collar.

—¿Por qué la has traído?

Sonrió de soslayo y le miró.

—Porque si no la hubiese traído yo, habría buscado otro modo de colarse y el resultado podría haber sido otro enorme desastre. Y con un rescate por persona en mi lista, es más que suficiente —dijo mientras hacía girar la llave entre sus dedos—. Es una pequeña polvorilla, pero imagino que eso ya lo sabes.

Sus miradas se encontraron y se dijeron mucho sin necesidad de palabras.

—Es tu sumisa.

Negó con la cabeza y miró la llave.

—Es mi pupila, pero no mi sumisa —corrigió de forma desapasionada y directa—. Sophie sigue prisionera de su propio pasado y yo no soy quién tiene la llave para liberarla de él.

Hubo un momento de silencio, ambos se limitaron a mirar a la chica, estaba sonrojada, con la respiración acelerada, la vergüenza estaba presente y competía con la excitación que despertaba la inesperada atención de los socios. No perdió detalle de cada gesto, de cada respuesta de su cuerpo, no estaba cómoda, pero a pesar de sentir vergüenza no cedía a la necesidad de decir la palabra de seguridad y terminar con aquello de una buena vez. Era una muchachita valiente, una sumisa decidida a cumplir con las órdenes de su amo.

—Ella podría ser la sumisa que necesitas, solo tienes que tomarte la molestia de conocerla.

Volvió a mirar al hombre, quién se había levantado y miraba la llave entre sus manos.

—Conozco a esa mocosa desde…

—Sí, ese es precisamente el problema. —Lo interrumpió el Dom—. Conoces a la mocosa, pero no a la mujer o a la sumisa que es capaz de desafiar a un jodido ejército si le place.

Le posó la mano en el hombro a modo de despedida y levantó la llave.

—Voy a liberarla y me iré a casa, mañana tengo que ir a Washington.

Enarcó una ceja.

—¿Vas a abandonarla así? ¿Vas a dejarla conmigo?

Bufó.

—Voy a dejarla exactamente dónde quiere estar, Horus —le aseguró jocoso—. Ahora, ella es tú problema.

Dicho eso, caminó hacia la chica, quién movió los labios pronunciando su nombre. No

pudo ver lo que hablaban, pues Damien le cubría la visión. Entonces él enredó los dedos en su pelo y la besó de manera sexual, al retirarse lo hizo con el collar negro que ella había estado llevando. Le acarició la mejilla y la dejó visiblemente confundida, sola y vulnerable, alejándose en la distancia y dejando caer el collar en uno de los contenedores destinados a tal fin.

—Maldito Dom —masculló para sí, cogió la cerveza de la barra y bebió un largo trago—. Luna, cariño, ¿puedes hacerme un favor?

—¿Puedo decir que no, señor?

Sonrió ante la rápida réplica de la chica. Miró a su Dom, quien lo miraba con curiosidad y luego a la chica.

—No, no puedes —sentenció—. Ve a la recepción y dile a Dain que te dé un collar de entrenamiento. Dile que es para mí.

La petición pilló a la chica por sorpresa, pero no tardó en atar cabos. Miró a la sumisa castigada y luego a él y sacudió la cabeza.

—Nunca entenderé la manera en que funciona vuestro cerebro —murmuró dejando el asiento y cogiendo su muleta—. Amos, quién os entiende.

Sin más, miró a su compañero, quién la besó en la frente y cojeó en dirección a la puerta principal.

—Ahora vas a decirme por fin, ¿quién es ella?

Miró a su socio, enarcó una ceja y resopló.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

Brian frunció el ceño, miró a la chica y casi al momento se giró hacia él con gesto sorprendido.

—Espera, ¿es ella?

Su amigo era uno de los pocos que sabía que había estado casado.

—Mi exesposa.

La sorpresa cubrió también el rostro del barman.

—¿Tu exmujer? —Silbó Lucien volviendo a mirar a la chica—. Jefe, eso son palabras mayores. ¿Qué demonios hace ella aquí?

—Sophie… por supuesto, es la hermana de Robert —murmuró Brian recurriendo a la memoria.

—La misma.

—Y ese Robert es… —preguntó Lucien inclinándose sobre la barra, manteniendo un tono confidencial.

—Alguien que me salvó la vida de muchas maneras —respondió en voz baja—, y a quién prometí encargarme de esa mocosa.

—Pues la mocosa ha crecido, Horus —le recordó su socio.

Como si él mismo no estuviese viéndolo con sus propios ojos, pensó irritado.

—Y ese es precisamente el problema —terminó resoplando—. Esa mujer no es ni la sombra de la chica que recuerdo.

—En ese caso, quizá vaya siendo hora de que te tomes la molestia de conocerla en profundidad —aseguró su amigo levantando su propia bebida—. Y puedes empezar con ese collar que le has pedido a mi niña.

Puso los ojos en blanco y les dedicó a ambos una mirada más que elocuente.

—Ni una sola palabra más.

Lucien sonrió con descaro.

—Ponte detrás de la barra, Horus. —Le soltó señalando a la chica con un gesto de la

barbilla—. Voy a presentarme a tu nueva… pupila.

CAPÍTULO 8

Sophie quería matarle. Cuando consiguiese ponerle las manos encima iba a estrangularlo y ver cómo ese apuesto rostro de facciones duras se ponía azul. El muy maldito no le había quitado la mirada de encima en ningún momento, se mantenía como un halcón vigilando una presa mientras una interminable ida y venida de socios del club se presentaba ante ella y la volvían loca con caricias, besos y pellizcos. Si seguían así iba a correrse allí mismo, a pesar de que él le había ordenado no hacerlo. Y lo haría a la vista de todo el mundo. Le dolían los pechos de una manera deliciosa, sentía los pezones tan duros que casi lloriqueó con las caricias que le prodigó el último Dom. Y su sexo, chorreaba mojando sus muslos, latiendo con rabiosa necesidad sin conseguir la ansiada liberación.

Dios, estaba caliente, le dolía el cuerpo como nunca antes, estaba desesperada, necesitada y no le cabía duda de que, si alguien ponía un dedo más en su interior, terminaría gritando desesperada.

Damien se había acercado también a ella y había sentido tal vergüenza que casi le saltaron las lágrimas. Pero él, bendito fuera ese Dom, la había besado hasta dejarla sin aliento, le había susurrado al oído lo guapa que estaba y para su eterna sorpresa, le había quitado el collar.

«No se lo pongas fácil, muñequita. Y diviértete. Te mereces un Dom que sea solo para ti».

Con esas palabras se había marchado dejándola confundida y liberándola al mismo tiempo de esa sensación de traición que había sentido estando todavía con él y deseando también a otro.

—Así que tú eres la nueva adquisición del *Blackish.* —La inesperada y ronca voz masculina la sacó de sus cavilaciones. Levantó la mirada y se encontró con unos claros ojos azules y un rostro que ya había visto antes, solo que en esta ocasión llevaba una recortada perilla y el color de pelo era distinto, así como también lo era la intensidad de la mirada clavada en ella —. Creo que has conocido al Amo Lucien, mi hermano.

Sus labios se separaron en una «o». Sí, Lucien, el bombón de pelo blanquecino que la había hecho sudar y estar a punto de correrse. El muy maldito se había detenido con una risita, diciéndole que no quería que la castigasen por su causa.

—Yo soy Dain. —Se presentó, acariciándole la mejilla y frunciendo el ceño al ver el lugar en el que la habían golpeado—. Horus debió haberle sacado los intestinos a golpes…

—Me alegro que no lo hiciera, señor —replicó de forma automática—. Él no debería mancharse las manos con tipos como ese…

—Amo Horus, cariño. —La aleccionó, haciendo hincapié en el trato correcto que ella omitió en favor del artículo. Le sonrió de soslayo y su rostro pareció transformarse, perdiendo un poco de esa frialdad para adquirir un brillo de oscura travesura—. A mí puedes llamarme Maestro Dain, Amo o Señor. No tengo preferencia…

Sin más, bajó los labios sobre los suyos en un beso suave, lento, apenas una caricia que acompañó también a la lenta pasada de sus manos sobre su cuerpo. La lengua resbaló sobre su labio inferior, entonces se lo succionó y finalmente incursionó en su boca.

Jadeó, no pudo evitarlo, sus manos le acariciaron el costado de los pechos, esquivando sus pezones, deslizándose sobre su vientre, el depilado monte de su pubis hasta recalar entre sus piernas como un par de alas de mariposa.

—Señor… —jadeó poniéndose de puntillas cuando esos dedos la acariciaron, recorriendo

los labios de su sexo hasta su ano. Las piernas le temblaban, tironeó de las manos y el sonido de las cadenas le recordó una vez más que estaba atada, indefensa, abierta al placer de ese hombre y de cualquiera que quisiera tocarla.

—Amo Dain —replicó él sobre sus labios—. Dilo.

Gimió, apretó los labios y sacudió la cabeza. Él se rio.

—Veo que tendré que convencerte —murmuró divertido al tiempo que volvía a besarla, esta vez con mayor ardor. Sus dedos se cerraron entonces sobre uno de los pezones, pellizcándola ligeramente y enviando un relámpago de placer hacia su sexo el cual se humedeció aún más. Si tan solo la acariciase ahí abajo, si la penetrase podría apagar ese ardor que la consumía y…

Él se apartó.

—¡Amo Dain! —protestó en un bajo quejido ante su abandono.

Le lamió los labios una vez más y dio un paso atrás.

—Gracias, mascota. —Le guiñó el ojo, la recorrió con la mirada una última vez y le dio la espalda para dirigirse hacia el bar—. ¡Horus! La tienes a punto…

Jadeó ante la jocosa respuesta, notó como las mejillas se le enrojecían aún más y los ojos del aludido se posaban en los suyos con abierta diversión.

Apretó los dientes. ¡Maldito capullo! ¿Por qué no venía? ¿Por qué no la liberaba y la enviaba a casa de un puntapié? Eso era lo que quería hacer, lo sabía, todo lo demás solo era una forma de demostrarle quién estaba al mando.

Los ojos empezaron a vidriársele y empezó a pestañear para alejar las involuntarias lágrimas. No iba a llorar, no allí, no delante de él. Aguantaría, aguantaría hasta el último momento y se iría a casa con la cabeza bien alta. Apartó la mirada y luchó con el picor de las lágrimas en su nariz.

«Respira. Respira profundamente. Vacía la mente. No estás aquí, él no te está mirando, no se está burlando de ti».

—¿Ya has tenido bastante, sumisita?

Su voz cerca del oído la sobresaltó un momento después, giró el rostro y se encontró con su mirada fija en ella. Había apoyado un brazo sobre la columna al lado de su cabeza, su cuerpo la escudaba de cualquier mirada, solo podía verle a él.

Alzó la barbilla con gesto desafiante, no iba a rendirse, no la iba a doblegar tan fácilmente.

—Obstinada hasta el final, ¿eh?

Optó por seguir en silencio, cosa que hizo que arquease una ceja.

—¿Te has quedado sin voz de tanto gemir?

Aquello fue el colmo.

—¡Claro que no, señor capullo!

Se rio entre dientes, le apartó un rebelde rizo del rostro y chasqueó la lengua.

—Estás enfurruñada.

—No, señor, no estoy enfurruñada —replicó al momento—. Lo que siento en estos momentos escapa a todos los barómetros, Amo Horus.

—Déjame ver si puedo hacer un resumen de lo que sientes —le dijo y bajó la mirada sobre ella—. Estás caliente… —Deslizó un dedo sobre su piel y no pudo evitar estremecerse—. Sientes la piel tirante, demasiado sensible. —Continuó bajando, rodeando sus senos, raspando sus pezones—. Tienes los pezones rosados, hinchados y tiernos. —Siguió hacia abajo y le acarició el suave monte de venus, capturó su mirada y la tocó entre las piernas—. Y estás muy, pero que muy mojada. Apuesto a que, si te penetro ahora con los dedos, te correrás gritando

sobre mi mano…

Apretó los labios todavía más, evitando gemir.

—Basta… —Se las ingenió para articular—. Ya *ti-tienes* tu punto. *De-de-déjame* ir… o *a-acaba* con *es-esto* de una vez…

Su íntima caricia desapareció y no pudo evitar dejar escapar un bajo lloriqueo.

—Shh. —Le acarició la cara interior del muslo, esquivando su sexo apropósito—. Respira…

—No… no quiero.

Se rio entre dientes.

—Cariño, si no respiras, te mueres, así que, mejor hazlo por el bien de los dos.

Lo miró y vio la risa en sus ojos.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh? —murmuró solo para sus oídos—. Sigues siendo capaz de decir toda clase de cosas poco agradables con la mirada.

Apretó los labios, no estaba segura de poder hablar sin tartamudear ahora mismo.

—Pero esta vez, yo tengo también algo que decir —declaró. Para su sorpresa, sacó un collar del bolsillo trasero del pantalón, una cinta de cuero verde esmeralda con el interior acolchado y se lo colocó alrededor del cuello. El clic de un pequeño candado al cerrarse la dejó sin respiración, anonadada y aterrada al mismo tiempo—. Sophie. Mírame.

Dos palabras. Bruscas. Una firme orden que no admitía discusión. Levantó los ojos y se encontró con los de él. Tenía una pequeña llave entre los dedos.

—Mientras estés aquí, en el *Blackish*, solo responderás ante mí. —Le informó con gesto firme, sin dejarle otras opciones—. ¿Lo has entendido?

Asintió lentamente.

—En voz alta, sumisa, quiero oírte.

Se lamió los labios.

—*S-sí* amo *Ho-Horus*. —No pudo evitar tartamudear. El liviano peso del collar parecía duplicarse por segundos, comprimiéndole la garganta.

—Respira. —Sus dedos le acariciaron la garganta, sus ojos todavía presos de los suyos—. Despacio… dentro y fuera.

Hizo lo que le pedía, siguió sus instrucciones incapaz de apartar la mirada de esos ojos.

—Ahora dilo de nuevo.

Se lamió los labios.

—Sí, Amo Horus.

Él asintió complacido.

—De acuerdo entonces. —Le acarició la mejilla con el dedo índice, descendió dibujando su rostro hasta retenerle la barbilla y levantársela—. Ahora puedes correrte.

Solo tuvo tiempo de pestañear antes de que sus labios encontrasen los suyos y su lengua se abriese paso a través de sus dientes, encontrando la propia y succionándola como nunca antes lo había hecho. No fue un beso casto, fue algo puramente carnal, un aviso de lo que le esperaba en manos de ese hombre, un aperitivo de lo que estaba por llegar.

Tan rápido como llegó se fue, las manos resbalaron por su cuerpo, le acariciaron los pechos, los pezones, pasó sobre la tela del vestido, le enmarcó las caderas y continuó hasta sus tobillos, la liberó de la pared, pero no le quitó los puños.

—Todavía estás a tiempo de dar por terminado este juego, Sophie —le dijo mirándola desde el suelo—. Solo di tu palabra de seguridad.

Se lamió los labios, entonces sacudió la cabeza y él sonrió.

—Nunca has sabido cuando rendirte. —Se levantó y le acarició de nuevo el rostro—. Y ahora ya es demasiado tarde.

Antes de que pudiese decir una sola palabra al respecto, notó de nuevo los dedos en su sexo. La acarició con lentitud, volviéndola loca, haciendo que tirase de las muñecas sin poder soltarse. Le sujetó la nuca envolviendo los dedos en el pelo y poseyó su boca una vez más, succionando su lengua, bebiéndosela como si estuviese sediento de ella. Su beso era como una droga, arrebatándole la cordura y envolviéndola en un anhelo que llevaba guardando desde hacía demasiados años.

Entonces la abandonó, sus labios se despegaron, sus dedos dejaron de atormentarla. Escuchó un conocido sonido de rasgado, unas fuertes manos le aferraron las caderas, algo duro y caliente se deslizó sobre sus pliegues, empapándose con su humedad.

—Rodéame con tus piernas. —Una orden seca, dura, llena de deseo.

—Amo Horus —gimió, pero su mente pronunciaba otro nombre, el del hombre que había sido su esposo, alguien que, comprendía, ya no era quién ella recordaba—. Horus…

La punta de su pene empezó a empujar en su interior, lentamente, centímetro a centímetro se alojó en ella. La llenó por completo, su cuerpo y su mente, poseyéndola por primera vez como siempre había deseado.

Apenas tenía tiempo de comprender qué estaba pasando, que él la estaba poseyendo, que estaba haciendo realidad uno de sus ocultos deseos.

—Oh Dios… —gimió aferrándose a él, aprisionándolo en su interior, disputando de su grosor.

Lo escuchó reír.

—Con *«Oh, señor»* o *«Oh, amo»,* será más que suficiente, gatita.

Dicho eso salió de su interior, sus fuertes manos sujetándole las nalgas, su pecho empujándola contra la pared de la columna, fijándola a ella antes de retirarse y volver a entrar con suaves movimientos que la enardecían.

—Caliente y húmeda —ronroneó haciendo rotar las caderas contra ella—. Deliciosamente mojada.

En esa posición sus hombros dejaron de cargar con tanto peso y sintió un breve alivio, pero todo en lo que podía pensar, en lo que podía concentrarse era en esa polla en su interior, montándola, en los dedos que se clavaban en sus nalgas, la tela de la camiseta rozando sus sensibles pezones y todo ello por el hombre al que más deseaba.

—Horus… —Gimió su nombre, reconociéndolo en él al amo del club, al dominante sexual que recién estaba conociendo más que al hombre con el que había vivido en el pasado.

—Se acabaron los juegos, Sophie. —Le susurró al oído—. Hoy y ahora, eres mía, mi sumisa y obedecerás como tal.

La aferró con fuerza y empezó a entrar y salir de ella con golpes fuertes y controlados, rotando sus caderas de un modo que cada nuevo impulso la tocaba en una zona distinta haciendo que pequeñas descargas eléctricas se desbordasen por su sexo. La montó sin piedad, disfrutando de ella, utilizándola, buscando su propio placer, pero sin escatimar al mismo tiempo el de ella. Todo dejó de tener sentido, su mente se resquebrajó y quedó a merced de los movimientos y del hombre que se estaba adueñando de su cuerpo.

El placer se construyó más y más alto, gimió sin ser consciente de ello, lloriqueó y gritó cuando el contenido orgasmo encontró por fin la salida llevándose su propia consciencia.

CAPÍTULO 9

Horus sabía que acababa de atravesar una línea en el mismo momento en que le puso su collar y la tomó en el club. Podía haberse refrenado, podría haberle dado placer con la mano, con la boca, llevarla al orgasmo y mandarla a casa, pero había sido incapaz de quitarse de la cabeza la redondez de sus pechos, el sonido de sus gemidos, su mirada de anhelo. La había deseado para sí mismo, no como la niña que había sido, sino como la mujer que era ahora. Damien tenía razón, ella no era la mocosa que prácticamente había criado, la pequeña tentadora a la que había deseado y a la que se había negado. Esta era Sophie, una dulce y rebelde sumisa que iba a darle más dolores de cabeza de los que necesitaba y, aun así, allí estaba, liberándola de las restricciones que él mismo le había puesto, envolviéndola en una suave manta y llevándola en brazos hasta la maldita barra del bar.

—Ponle algo dulce y con una pizca de alcohol.

No quería estar a solas con ella, no todavía al menos, no hasta que su corazón se aquietase y la necesidad de mantenerla para él, pasase por completo. Se acomodó en un taburete y la apoyó entre sus brazos y la barra.

—Un daiquiri de fresa —sugirió Lucien al tiempo que sacaba el ron blanco y los ingredientes para hacerlo—. Eso es capaz de revivir a un muerto.

—No… estoy muerta… pero gracias.

El barman soltó una carcajada ante la vacilante respuesta femenina al tiempo que ella se revolvía en su regazo, acercándose más a él. Bajó la mirada y se encontró con esa somnolienta mirada verde.

—Siempre es un placer servirle bebidas reconstituyentes a sumisas que se lo merecen.

Luna, quién volvía a estar sentada al lado de su novio, se cruzó de brazos sobre la barra y compuso un puchero.

—¿Entonces a mí no me sirves porque no me lo merezco?

—A ti no te pondré nada que lleve alcohol a menos que el tío grande sentado a tu lado me lo indique —replicó cruzándose de brazos delante de ella—. Lo siento, Lunita. Órdenes son órdenes.

—Ni una gota de alcohol mientras estés con medicación —corroboró Brian mirándola con una visible advertencia de lo que le pasaría si se le ocurría discutir.

—Sí, mi amo y señor —replicó en cambio, se atusó el pelo azul y se inclinó sobre la barra —. Estoy demasiado cansada para discutir.

Y lo estaba, no lo decía por decir. Esa noche había sido difícil para la pequeña sumisa, su cabezonería la había metido en problemas.

El sonido de la coctelera devolvió su atención al barman. Camden había hecho suya la tarea de enseñarles a los Doms del club a preparar algunos cócteles, especialmente después de probar la horrible bebida que había hecho Logan en su propia casa. Una vez al mes los socios principales se reunían para tomar unas copas e intercambiar opiniones sobre el funcionamiento del *Blackish*. Si bien Brian y él mismo eran los dueños del local, la idea de implementar los talleres o las noches temáticas había surgido de aquellas reuniones, con lo que habían seguido haciéndolas.

Miró a su alrededor y comprobó cómo habían cambiado las cosas por allí en el último año.

La pequeña Siobhan había encontrado su lugar al lado de Logan y Camden, Brian ahora tenía a Luna, Wolf se había hecho cargo de la locuela de Cassandra y los gemelos, junto con Maximiliam y Quinn, otros dos dominantes que se habían hecho cargo de los talleres de los jueves, se habían sumado a la plantilla voluntaria del club.

—Bueno, ¿y qué es eso de la fiesta de la espuma de la que me ha estado chismorreando Fire?

—Yo no chismorreo.

—Cierto, eso lo hace Dain.

—No veo yo al Amo Oscuro haciendo algo como chismorrear —comentó Luna levantando la cabeza de la barra.

—¿Amo oscuro?

Sonrió pícara.

—Se le escapó a otra sumisa y me gustó el nombre.

Brian enarcó una ceja.

—¿Otra sumisa? Tú solo te relacionas con Sio y Cassie, así que ha tenido que ser cosa de alguna de las dos —resumió muy acertadamente a juzgar por las mejillas sonrojadas de la chica —. Um… ¿Sio?

A juzgar por la mirada de la chica, su pareja había dado en el clavo.

—A Camden le va a encantar enterarse de ello.

La chica palideció.

—No estás hablando en serio.

—Oh, amor, sí lo hago —aseguró inclinándose sobre ella, envolviendo un mechón de su pelo en el dedo y arrastrándola de ese modo hacia delante, arrancándola de su asiento para sentarla en su regazo—. Y no creas que tú vas a librarte de ello…

—No lo hará cuando Dain se entere —aseguró su gemelo de buen humor al tiempo que dejaba la bebida rosa delante de él y ponía un platito con frutos secos a su lado—. Aunque puede que le cause gracia. Y eso me lleva, ¿tenéis también un mote para mí?

La pequeña sumisa apretó los labios y se acercó todo lo que pudo a su compañero.

—Me parece que eso es un sí —comentó Brian entre risas—. Ya se lo sonsacaré.

—No, no lo harás.

—¿Qué te apuestas?

Sonriendo para sí ante el distendido intercambio, bajó de nuevo la mirada al notar su deliciosa carga revolverse en su regazo. Apartó ligeramente la manta, permitiéndose un poco más de movimiento, cogió la bebida y se la ofreció.

—Dale un sorbo. —Se la sostuvo delante de los labios.

—Puedo beber yo sola…

—¿Qué te he dicho antes de dejar la oficina?

Su seco recordatorio la tensó, hizo un mohín y susurró.

—Sí, señor.

Asintió dando por válida su respuesta y la hizo beber.

—Um… está bueno —comentó, se giró hacia la barra y miró al responsable del coctel—. Gracias por la bebida, Amo Lucien.

—Un placer, sumisita.

—Y con eso deduzco que ya vuelves a estar de vuelta —comentó tirando un poco más de la manta, robándole esa seguridad y obligándola a enfrentarse con el mundo una vez más. La había ayudado a colocarse antes el vestido, con lo que volvía a tener los pechos cubiertos; una

verdadera lástima.

Hizo una mueca, se revolvió y se sujetó a su hombro cuando estuvo a punto de caerse de su regazo.

—No sé, Horus, parece que todavía tiene problemas con la estabilidad —sugirió Brian secretamente divertido.

Se limitó a fulminarle con la mirada mientras sujetaba a Sophie por la cintura y la deslizaba entre sus piernas hacia el suelo, de ese modo la mantenía un poco por debajo de él, manteniendo la sensación de dominación.

La chica abrió la boca para replicar, pero entonces pareció recordar lo que le había dicho y se giró hacia él.

—Permiso para hablar, señor.

Enarcó una ceja ante su educada petición.

—Adelante, Sophie. —La invitó, entonces se inclinó hacia delante, para decirle al oído de modo que todos lo escuchasen—. Pero ten cuidado en cómo te diriges al Amo Fire. Tu culo y yo todavía no nos conocemos, pero podría solucionarse rápidamente.

—Sí, señor.

¿Podía alguien resultar más insultante diciendo esas dos palabras? Miró a su izquierda, a una divertida Luna y sí, llegó a la conclusión que sí.

—Gracias por tu preocupación, Amo Fire —respondió con exquisita educación, aunque ello no ocultaba el tonillo de mofa que utilizaba—, pero te aseguro que mi estabilidad está perfectamente. Prueba de ello es que estoy de pie y no a punto de caerme de la silla.

Su compañero frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Qué te hace pensar que…? —El taburete se ladeó, haciendo que su ocupante debiese poner el pie en el suelo y rodear a Luna para evitar que ella cayese y se hiciese daño.

—Te lo dije —musitó en voz baja y juraría que acompañó la frase con un «gilipollas».

—¿Estás bien, pequeña? —La primera preocupación del hombre fue su mujer.

Ella asintió e hizo una mueca, apoyándose en la barra.

—La próxima vez que quieras jugar a balancear el taburete, mi señor, hazlo sin mí encima —replicó la chica—. Tenía que haberme quedado en casa, vaya que sí.

—Lo que tenías que hacer es lo que te dice el fisioterapeuta —contraatacó el Dom—. Pero no te preocupes, amor, el lunes nos encargaremos de hacerle partícipe de tu poca disposición hacia los ejercicios.

—Oh no, no lo harías…

—¿Quieres apostar, Luna?

Soltó un resoplido, compuso un puchero y se cruzó de brazos.

—No puedo contigo.

—Y esa es una verdad universal que se puede aplicar a cualquier hombre, especialmente a los Doms —corroboró Sophie en voz baja.

Le cogió la barbilla entre los dedos y le giró la cabeza hacia él.

—Por lo que veo, tu anterior Dom ha sido bastante negligente al explicarte ciertas cuestiones como el protocolo y la forma en la que debe comportarse una buena sumisa —le dijo sin dejar de mirarla. Entrecerró los ojos, le ciñó los dedos alrededor de la muñeca y la empujó para poder levantarse—. Vamos a solucionar eso antes de que te vayas a casa.

Abrió la boca dispuesta a replicar, pero la calló con solo una mirada.

—Um… esto promete ser divertido —ronroneó Lucien dejándoles para seguir atendiendo el bar.

—No seas muy duro con el castigo —le sugirió Brian—. No ha dicho nada que no piensen todas las sumisas sobre sus dominantes.

—No la castigaré por eso, sino por hablar cuando no debe —replicó sin dejar de mirarla. Entonces se giró hacia su socio—. Deberías llevar a Luna a casa, las cosas están tranquilas por aquí. Dain ha cerrado la recepción hace un rato y puede sustituirte. Cerraré yo.

El hombre asintió, la preocupación por el bienestar de su compañera se notaba en su rostro.

—Sí —aceptó y miró a su mujer—. Necesitas descansar y poner esa pierna en alto.

Ella le dedicó una tierna sonrisa y se apretó contra él.

—Lamento fastidiarte la noche.

—Me fastidiaría mucho más que siguieses apretando la mandíbula e intentando sonreír cuando es obvio que estás dolorida. —Le acarició la cara y le besó la cabeza—. Es hora de irse.

Luna asintió y se fundió contra su cuerpo.

—Supongo que volveremos a verte por aquí, Sophie. —Se despidió su socio—. La próxima vez, Luna y tú podréis hablar con mayor libertad.

Bajó la mirada hacia ella y se fijó en el recelo que había en sus ojos. Había cosas que nunca cambiarían, pensó reconociendo ese gesto en su exesposa. Siempre le había costado hacer amigos, pero algo le decía que solo necesitaba charlar con la pequeña sumisa de pelo azul durante un rato para que le cayese bien. En algún que otro aspecto, se parecían bastante, así que no les costaría nada congeniar.

—Nos vemos el próximo sábado. —Se despidió la pareja dejándoles a solas—. Sophie, ha sido un inesperado placer.

El rubor cubrió sus mejillas y asintió.

—Gracias, Amo Fire e igualmente —aceptó y miro a Luna—. Espero que te mejores.

La chica sonrió ampliamente.

—Gracias —asintió con calidez—. Espero que el próximo sábado tengamos tiempo para charlar. Buenas noches a los dos.

La pareja se alejó dejándoles a solas.

—Y ahora, sumisita, vamos a repasar lo que significa el alto protocolo —le informó, volviéndose hacia ella—. Pero esta vez, lo haremos en privado.

Ella parpadeó, entonces asintió lentamente.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 10

«No pongas los ojos en blanco, no pongas los ojos en blanco».

Sophie estaba haciendo un verdadero esfuerzo para evitar poner los ojos en blanco ante el conjunto de normas que, si bien conocía, solo había acatado a pies juntillas en una o dos ocasiones en las que Damien la había llevado a un evento privado o club dentro de la comunidad. Por lo general, el experimentado Dom había mantenido un aire desenfadado, le había exigido respeto, sí, pero no la había castigado —a menos que formase parte de sus planes—, por no comportarse como una esclava autómata y sin opinión propia. Pero Horus distaba mucho de ser como Damien, el hombre que la había medio desnudado, restringido y tomado en la sala principal del club poco tenía que ver con el hombre que recordaba. Su forma de mirarla, de tocarla, incluso cuando la abrazó, sosteniéndola en su regazo, hablaban de un verdadero dominante, alguien que estaba al mando y no respondía ante nadie más que si mismo.

Y, sin embargo, detrás de esa mano firme, de esa voz sexy y profunda, de la fuerza masculina que la apabullaba y atraía al mismo tiempo, todavía reconocía a su exmarido.

Sentado en una cómoda butaca en una de las salas temáticas, la contemplaba desde detrás de un pesado escritorio de madera maciza. La habitación estaba amueblada como una pequeña oficina, solo si ponías atención veías que el mobiliario no era lo que parecía y su función iba más allá.

«Una sexy e incauta oficinista seducida por su jefe».

Bueno, si su jefe era el hombre que la estaba mirando ahora, no le importaría demasiado ser seducida, de hecho, puede que fuese ella quién lo sedujese a él.

—Cuando le digo a una sumisa a mi cargo que a partir de cierto momento se implementa el alto protocolo, espero que lo acate a pies juntillas —le dijo sin dejar de mirarla a la cara—. Especialmente en público.

Cruzó las manos delante del estómago y la contempló.

—Ya que pareces tener algún problema con ello, o simplemente has olvidado cómo debes proceder, permíteme que te lo refresque —le informó en tono duro—. No mirarás a tu Dom o a otros dominantes a menos que se te indique lo contrario. Dado que yo prefiero que se me mire cuando hablo, salvo que te especifique lo contrario, quiero tu completa atención.

—Sí, señor.

Levantó la barbilla y ladeó la cabeza.

—El silencio es una cualidad adorable, sobre todo cuando hace que una sumisa bocazas mantenga la boca cerrada —le soltó con toda intención—. Así que, guardarás silencio a menos que necesites que te aclare una orden o una tarea e incluso en esos casos, deberás pedirme permiso para hablar. Dado que el trato de «usted» me parece bastante frío e innecesario entre nosotros, lo omitiré, pero exijo que le hables con total corrección a otros Doms cuando nos encontremos en una reunión o semejante.

Se lamió los labios y se mantuvo quieta, derecha, con las manos enlazadas delante del regazo al replicar con tono dulce.

—Permiso para hablar, Amo Horus —pidió y, a juzgar por la forma en que enarcó una ceja y curvó los labios, sabía que se trataba de una treta.

—Algo me dice que vas a hacerme las noches del *Blackish* de lo más interesantes —

murmuró más para sí que para ella antes de concederle su petición—. Adelante, *Kitty*, di lo que tengas que decir.

El que la llamase por el apodo que le había dado su hermano y por el que él mismo solía llamarla en ocasiones, la descolocó durante unos instantes. Sacudiendo la cabeza se concentró en lo que quería decir.

—¿Vas a mantenerme de pie durante todo el sermón? —replicó entonces—. Empiezan a dolerme los tobillos de caminar descalza.

Él bajó la mirada sobre sus pies y sonrió.

—Eso nos llevará a la siguiente norma del alto protocolo —sonrió divertido—. Te sentarás solo cuando yo te dé permiso para ello y dónde te indique. —Palmeó su muslo y la llamó—. ¿Quieres sentarte? Pues ven aquí.

Ahora fue ella la que enarcó una ceja ante su llamado, pero optó por claudicar. Iba a mostrarle lo buena sumisa que podía llegar a ser aún si eso le sacaba canas a la larga.

—Increíblemente dócil —se burló—. Toda una novedad, ¿eh?

Se mordió la lengua y se mantuvo todo lo derecha que pudo.

—Y tiesa como un palo —farfulló entre dientes. Entonces le clavó los dedos en los costados y le hizo cosquillas, como cuando era una cría.

—Ay dios… no, para, para… por favor… —Se dobló, riéndose, relajándose a la fuerza contra él—. Para… ay para…

—Veo que todavía tienes cosquillas.

Le pegó con la mano sin pensar en lo que hacía.

—Eres malo.

Lo miró con palpable diversión.

—¿Acabas de pegarme, Sophie?

Se tensó, no pudo evitarlo.

—Tú… tú *e-empezaste*… Amo Horus.

Le rodeó la cintura con el brazo.

—Relájate, no te castigaré por algo que yo inicie. —La retuvo con un brazo alrededor de la cintura—. Pero sí lo haré si me desobedeces. Creo que puedes ver la diferencia.

—Sí, señor.

—Intenta decirlo sin apretar los dientes.

—Eso va a ser difícil, señor.

Sonrió y resbaló la mano por su mano.

—Difícil va a ser que cumplas con las normas —aseguró divertido antes de continuar—. Así que quédate con lo siguiente. Caminarás siempre detrás de mí y a la izquierda, a menos que te indique lo contrario.

«¿No quería llevarla también con una correa?».

—Si me siento, te quiero a mis pies. —Deslizó la mano sobre su muslo desnudo—. A menos que me apetezca tenerte así, cosa que te indicaré. Y, la más importante de todas. Cada vez que vengas al club, lo harás sin ropa interior. Ni tanga, ni braga ni sujetador. ¿He sido claro?

—Como el agua, señor.

Le palmeó la pierna.

—Y Sophie. —Le cogió ahora la barbilla y se la giró hacia él—. No me importa que tartamudees, pero si eso es un problema para ti, solo detente, tócate la garganta y sabré lo que pasa, ¿entendido?

Y eso era lo último que esperaba escuchar de su boca.

—Sí, señor. —Asintió y sintió la necesidad de añadir—. Gracias.

Le acarició la mejilla lastimada con el pulgar y suspiró.

—Y ahora, dulzura, tu castigo —declaró deslizando la mirada sobre ella—. Desnúdate y pasa a la ducha.

—*Err*, ¿señor?

Sus manos se ciñeron a sus caderas, tiraron de la tela del vestido y dejó su sexo al aire.

—La puerta de tu derecha. —Le indicó—. Ahora, Sophie —murmuró al oído con voz ronca—. Abre el agua caliente, modérala a tu gusto y dúchate… tienes cinco minutos, después, me reuniré contigo.

CAPÍTULO 11

Sophie no podía dejar de preguntarse quién narices ponía un maldito espejo en la ducha, era absurdo y al mismo tiempo carente de utilidad. El vapor lo empañaba todo y hacía imposible que se viese nada a través de él. Se lamió los labios, resbaló la mano por la superficie espejada y se mordió el labio al ver una reminiscencia de sí misma en el reflejo.

—Demasiado tarde para arrepentirse —farfulló para sí.

Inclinó la cara bajo el chorro de la ducha, dejó que la humedad borrara su nerviosismo y cerró los ojos solo. Él seguía allí fuera, le había concedido cinco minutos antes de reunirse con ella. Su voz no había dejado duda alguna sobre sus intenciones, la pregunta era, ¿qué clase de castigo la esperaba?

—Y se acabó el tiempo…

La voz masculina atravesó el solitario baño y la sacudió como una descarga eléctrica.

—¿Se te ha olvidado cómo se usa correctamente una ducha?

El aire se le atascó en la garganta cuando lo vio cubriendo, enmarcando el umbral, desnudo, bronceado y deliciosamente masculino.

—Si ese es el caso, me veré en la obligación de recordarte cómo se hace.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró empapada, escupiendo agua y bufando cuando ese enorme cuerpo ocupó el lugar en la ducha, rodeándola con sus brazos mientras sus manos resbalaban sobre sus brazos, su espalda y pechos, prestándole especial atención a las nuevamente endurecidas cúspides. La suavidad del gel contrastaba con la aspereza de las manos de alguien trabajador, de alguien que no se pasaba la vida metido en una oficina.

—No, señor. No hace falta… sé perfectamente…

Su aliento le acarició el oído al tiempo que sus dedos le pellizcaban los pezones.

—Sé que lo sabes. —Le lamió la oreja con la lengua y resbaló las manos por su estómago, enjabonándola—. Y también estoy seguro de que sabes que cinco minutos, son cinco minutos.

Se mordió el labio cuando notó sus manos resbalando sobre sus caderas, moldeándoselas y acariciándole los muslos antes de introducir los dedos entre ellos y obligarla a separarlos. Podía notar su dura erección acariciándole las nalgas, rozándose contra ella con descaro.

—Las manos sobre el cristal, Sophie. —Pronunció su nombre como una caricia, apartándose de ella unos milímetros, dándole una sensación de abandono que pronto fue suprimida por sus manos ahora en sus hombros, resbalando por su espalda, acariciándole las nalgas y pasando un considerable tiempo amasándole el culo—. Tienes un culito encantador… me dan ganas de darte un mordisco.

Y para su eterna sorpresa, notó el mordisco en la parta baja de su nalga antes de recibir una azotaina en la otra.

—Sí, es muy apetecible —murmuró al tiempo que deslizaba un dedo por la parte trasera del muslo provocándole cosquillas—. Separa las piernas, es hora de dedicarle una especial atención a esta dulce zona de aquí.

Los miembros empezaban a convertirse en gelatina, ni siquiera sabía cómo se las ingeniaba para mantenerse en pie o, en su defecto, no colisionar contra él o deslizarse al suelo. Sus nervios empezaban a flaquear, su respiración se hizo más rápida e intensa a medida que esas

manos cubiertas de espuma se deslizaban entre sus piernas, lavándola íntimamente, jugando con sus pliegues y su clítoris hasta que notó como su propio cuerpo cedía y solo un fuerte brazo alrededor de su cintura evitaba que cayese al suelo.

—Puedes hablar, Sophie —se rio en su oído—. Me gusta saber lo que piensas.

De sus labios escapó un breve gemido cuando notó de nuevo sus dedos haciendo una nueva pasada sobre su clítoris.

—Lo… lo haría… si tuviese algo… importante que… decir.

Su risa resonó en la que ahora se le antojaba demasiada pequeña cabina de ducha.

—Cierra los ojos, vamos a aclararte de jabón.

Aquella fue la única advertencia que recibió antes de notar de nuevo el chorro del agua sobre su sensible cuerpo, el agua empezaba a resultar una tortura mayor, como si su piel se hubiese hecho hipersensible a cualquier contacto.

—Quieta. —La estabilizó posando una mano en su espalda y obligándola a permanecer con las suyas pegadas al espejo. Notó como el chorro del agua cambiaba y la abandonaba unos segundos antes de ver cómo caía sobre sus pechos atormentando sus pezones para bajar a continuación sobre su estómago hasta recalar entre sus piernas.

—¡Horus! —pronunció su nombre casi sin darse cuenta. Intentó evitar el demoledor chorro entre sus piernas, retorcerse, pero él no se lo permitió.

—Amo Horus es el término correcto —le recordó al tiempo que movía el chorro de agua sobre su sexo, esquivándolo unos momentos solo para volver sobre él—. Las buenas formas siempre obtienen mi atención. Concéntrate en ellas.

¿Qué se concentrase en ellas? Era imposible concentrarse en nada remotamente cuerdo cuando ese hombre la desarmaba con su cuerpo pegado al suyo, su envergadura dominándola, reduciéndola a una pequeña criatura que no sabía qué hacer.

—Estás temblando —le dijo a continuación, sus manos reemplazaron sobre su piel el chorro de la ducha, sintió las últimas gotas cayendo sobre ella antes de que el sonido del correr del agua se apagase y viese ese enorme y fuerte brazo elevarse por encima para colocar la alcachofa en su sitio—. ¿Miedo, incertidumbre o frío?

—Un… un poco… de cada una, señor.

Notó sus labios contra el oído una vez más.

—Tanta honestidad se merece un premio —le dijo antes de acariciarle de nuevo el arco de la oreja con la lengua, entonces notó como la abandonaba unos segundos, se giró para verle estirar el brazo fuera de la cabina y coger algo de encima de la toalla que había sobre un pequeño taburete—. Verde o rojo.

Levantó ante ella lo que inequívocamente eran dos envoltorios de preservativo y se le secó la boca.

—Um… por tus ojos diría que rojo.

Lanzó el otro por encima del hombro, le capturó la barbilla con los dedos y bajó sobre su boca, sorprendiéndola con un breve y caliente beso que la dejó jadeando.

—Las manos sobre el espejo. —La empujó hacia delante—. Separa las piernas —empujó su rodilla entre las de ella para que las abriese, empujándola con su cuerpo, doblegándola mientras utilizaba su mano libre para retirar la humedad del espejo y procurar una especie de borroso reflejo de su figura allí inclinada, su rostro desdibujado y el suyo por encima de ella. Vio algo rojo cerca de su cara, escuchó el sonido del plástico al romperse y un escalofrío la recorrió.

—*A… a… Amo H…* —Apretó los labios frustrada con su propia tartamudez.

Unos enormes y duros brazos la rodearon entonces, notó el suave vello del pecho

masculino rozándole la espalda antes de sentir su aliento acariciándole la oreja.

—Recuerda lo que te dije. —Escuchó su voz firme y concisa—. Vacía tu mente. Respira profundamente. No pienses en las palabras, solo dilas.

—No puedo.

Él sonrió en su oído, acababa de demostrarle lo contrario.

—Pronuncia mi nombre —insistió con el mismo tono de orden.

—A…

Le mordió la oreja con suficiente fuerza para que temblase.

—No pienses, Sophie, solo pronuncia las dos palabras.

Quería gritar de frustración, quería empujarle, librarse de él, pero esa dura protuberancia contra sus nalgas, su polla frotándose contra ella sin pudor le arrancó la cordura.

—Amo Horus.

—Míranos en el espejo —le susurró un segundo antes de notar ahora su sexo resbalando sobre sus pliegues, empapándose de su humedad—. Esa eres tú, Sophie siendo poseída por un Amo que desea tu rendición incondicional.

La punta de su pene se posicionó en su entrada y apenas pudo contener el aliento cuando se sintió llenada por él, la fuerza con la que la penetró la llevó a ponerse de puntillas y abrir los dedos sobre el espejo. Su imagen no era clara pero podía verse en ella, podía verlos a los dos, su silueta más grande, más oscura, rodeándola, dominándola.

Sintió que se le encendían las mejillas, la vergüenza se mezcló con el calor y la necesidad creando una obra única.

—Suave, calentita y muy mojada —ronroneó en su oído al tiempo que se retiraba de ella casi por completo solo para volver a introducirse con mortal lentitud hasta el fondo—. Me aferras como un guante perfecto.

Solo pudo gemir en respuesta, parecía que aquella noche era todo lo que podía decir sin trabarse.

—Sujétate, voy a montarte fuerte y rápido.

El brazo alrededor de su cintura la acercó más a él mientras la mano libre bajó entre sus piernas y empezó a torturar la hinchada perla del clítoris al tiempo que salía de su interior y volvía a hundirse con fuerza, montándola con rápidas y profundas estocadas. Con cada impulso la empujaba hacia delante, hacía que sus pechos se bamboleases y que no pudiese hacer otra cosa que jadear. El vaho de su propio aliento empezó a empañar de nuevo el espejo a la altura de su rostro, pero todavía podía ver el reflejo de sus pechos al mecerse, el empujón de sus caderas y aquella tórrida imagen la calentó y avergonzó al mismo tiempo.

—Abre los ojos —gruñó en su oído, puntuando cada palabra con una nueva incursión de su polla—. Quiero que veas quién te monta. Mantén la mirada en el espejo, Sophie, siente mi polla abriéndose paso, conquistando ese dulce coñito…

—Horus… —gimió.

—Quiero oírte gritar mi nombre cuando te corras —insistió—. Quiero oírlo muy claro, dulzura.

Y sin darle otra opción, empezó a penetrarla más y más rápido, follándosela, poseyendo su cuerpo con una intensidad que la apabullaba. Su mente dejó de ser consciente de nada que no fuese él y ese miembro entre sus piernas, la fuerza de sus caderas la dejaba sin aliento y la condujo a un ruidoso clímax en el que gritó su nombre.

—Buena chica. —Creyó escucharle decir entre risas antes de sentir como su mano abandonaba su entrepierna y ceñía ambas a sus caderas. La sujetó mientras se introducía más y

más en ella, torturando su estremecida carne, volviendo locas sus terminaciones nerviosas hasta que lo sintió llegar, tensando su cuerpo y descargando su propia liberación con un gruñido.

Gimió una vez más al notar como se clavaban sus dedos en sus caderas, pero no protestó, no tenía fuerzas para hacer nada, ni siquiera mantenerse en pie. Las piernas empezaron a flaquearle y cuando él salió de su interior, habría caído directamente al suelo si no la hubiese sujetado contra su pecho.

—Te tengo —le susurró al oído con tono de pura satisfacción masculina—. Ha sido intenso, ¿eh?

Se giró lo justo para verle la cara.

—Eres… el diablo.

Él se echó a reír.

—No, cariño, aunque no negaré que se me da extremadamente bien hacer diabluras —le apartó el pelo mojado de la cara y la examinó con ojo crítico.

Dio un paso atrás, sujetándola todavía, comprobando que podía mantenerse en pie y finalmente la soltó para deshacerse del condón.

—Vamos, en una hora más podrás volver a casa.

Parpadeó. No pudo evitar quedársele mirando cuando salió del baño en toda su desnuda gloria.

Su casa. ¿Por qué esa idea le parecía ahora tan vacía y solitaria?

CAPÍTULO 12

—Habitaciones comprobadas, mazmorras limpias, luces apagadas y nosotros somos los que quedamos para echar el cierre —enumeró Lucien poniéndose el abrigo al tiempo que se reunía con Dain, Sophie y él en la recepción.

—Y otra noche más tras la que cerrar las puertas —asintió haciendo precisamente eso, introduciendo la clave en la cerradura principal y conectando la alarma.

—Ha sido una jornada de lo más interesante —comentó el gemelo de Lucien, su mirada cayó sin disimulo sobre la chica—. La llevarás tú a casa, ¿no, Horus?

El aludido terminó de comprobar el cierre y se giró.

—Sí, Sophie está a mi cuidado —declaró dejando patente que la chica estaba fuera del mercado para cualquiera de ellos—, lleva a mi cuidado desde que era una cría.

—Pues la cría ha crecido, amigo mío.

—Eso me han dicho.

—En realidad dejé de estar a tu cuidado hace cuatro años —le soltó ella con abierta ironía —. Esto es… totalmente distinto.

—Sí, lo es —corroboró mirándola a los ojos. Tan distinto que no sabía qué hacer con ello. La había reclamado delante de todo el mundo, acababa de confirmar su propiedad sobre ella delante de los socios del *Blackish* y, a pesar de ello, pero no podía ir más allá.

—Bien, que disfrutéis del resto de la noche, chicos —interrumpió Lucien aferrando a su hermano por el hombro y arrastrándolo con él—. Nos vemos la semana que viene, jefe. Sophie, ha sido un auténtico placer conocerte.

Ella respiró profundamente, echó los hombros hacia atrás y asintió.

—Lo mismo digo, Amo Lucien.

Dain se despidió al mismo tiempo y los dos hermanos subieron en uno de los coches que había aparcados al lado del suyo.

—Son… muy distintos para ser gemelos.

Bajó la mirada sobre ella y la vio cruzando los brazos sobre el pecho y moviéndose de un pie a otro.

—Sí, lo son. Y tú te estás helando el culo —declaró, entonces señaló el coche, cuyas luces parpadearon al quitar el cierre centralizado—. Vamos, sube.

—Siempre tuviste una manera ideal de halagar a una chica.

Se limitó a abrirle la puerta e indicarle que subiese.

—Nunca he tenido problemas con las chicas, solo contigo —le dijo una vez estuvo dentro del vehículo y cerró la puerta cuando vio como abría los ojos y sus labios se movían dispuestos a replicar—. Y al parecer esos problemas persisten —murmuró para sí mismo mientras rodeaba el vehículo y ocupaba su asiento tras el volante.

—Yo nunca te he dado problemas, mentiroso —replicó tan pronto estuvieron juntos dentro del coche.

La miró de soslayo.

—¿Bromeas? Fuiste una pesadilla, especialmente el primer año de universidad —le recordó—. ¿Te suena una fiesta en la que terminaste tan, pero tan pedo que tu compañera de

residencia me llamó? En cuanto me viste te abrazaste a mi cuello diciendo que nunca te llevaba a comer Ravioli.

—Odio los Ravioli.

—Ese es el punto.

Ella hizo una mueca.

—Y no me emborraché a propósito. —Hizo un mohín, entonces bajó el tono de voz—. Me sentía sola. Quería vivir en casa, contigo, pero nunca estabas disponible…

—Yo no paraba mucho tiempo en casa por aquel entonces.

No, en aquella época empezó a pasar el menor tiempo posible. Enviarla a la Universidad y obligarla a vivir en la residencia le había permitido mantener la tentación al margen y su estilo de vida lejos de esa muñequita que despertaba toda clase de emociones en su interior. Ella no necesitaba saber qué hacía en su tiempo libre, cómo pagaba las facturas o su estancia en la universidad. Le había prometido a Robert que cuidaría de ella y se grabó sus palabras como un mantra.

—Me evitabas, Alex, ¿crees que no lo sé?

Escuchar su nombre en sus labios fue una punzada en el corazón, se obligó a hacer a un lado los recuerdos y sus emociones, accionó el contacto y salió del aparcamiento.

—¿A dónde tengo que llevarte?

—Vivo en el 56 de Barrow Street, en Greenwich Village —le indicó sin más.

La miró sorprendido.

—Casi puedes ir andando.

—Lo haría si no fuesen las dos de la mañana —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Fue una de mis opciones después de terminar la universidad. Me llevó un tiempo decidirme a mudarme fuera de Brooklyn.

O lo que era lo mismo, buscar un hogar propio después de que pidiese el divorcio y la alejase de una vez y por todas de su vida. Había preferido que se quedase con la casa en la que ambos habían vivido, pero ella se había negado.

—Has elegido una buena zona.

Se encogió de hombros.

—Las viviendas en esa zona son razonables —murmuró en voz monótona—. Con lo que me correspondía tras la venta de… nuestra casa… pude pagar la entrada y buena parte de la hipoteca. Casi puedo decir que es mío.

—Era lo que te correspondía legalmente —se justificó. Había sido él quien tramitara el divorcio, quién corriera con todos los gastos y se aseguró de que ella obtuviese lo necesario para empezar de nuevo y formar su propia vida—. Junto con lo que te dejó Rob.

—Ese dinero… sigue intacto —replicó sin mirarle siquiera—. No quiero utilizar algo que le costó a mi hermano la vida.

El tono acusatorio estaba presente en su voz, pero optó por ignorarlo, ignorar su reproche.

—Sabes que eso no es así, Sophie —replicó con voz suave—. Ese fondo que dejó para ti, nada tenía que ver con… la forma en que murió.

Lo miró de soslayo.

—¿Vas a seguir protegiéndome incluso ahora? —protestó, entonces sacudió la cabeza y bajó la mirada—. Ya no soy una niña, Horus. Sé por qué murió mi hermano… Por su propia estupidez, por creer que podía cambiar las cosas uniéndose a ellos… —Sacudió la cabeza en una lenta negativa—. No tocaré algo que contribuyó a su muerte.

Se obligó a morderse la lengua, a mantener la promesa que le había hecho al hombre. Ese

dinero había sido ganado de manera legal y limpia, lo poco que había podido reunir y guardar había sido siempre para ella, si tan solo supiese que Robert no murió esa mañana por formar parte de una banda callejera, sino por evitar precisamente que dichas bandas se enfrentasen.

La miró de soslayo y no vio a la chiquilla que había sido, la mujer que le acompañaba, que miraba con gesto frío hacia delante, era alguien totalmente distinta.

Guardaron silencio durante buena parte del trayecto, ella se inclinó hacia atrás, volviendo el rostro hacia la ventana. La música de la radio inundaba el habitáculo cubriendo el agónico silencio.

—¿Qué va a pasar ahora?

La susurrada pregunta surgió de los labios femeninos unos minutos después.

—¿Qué quieres decir?

Se giró hacia él, pudo ver el gesto por el rabillo del ojo.

—El club, lo de esta noche —enumeró con lentitud—. Quiero que me permitas ser miembro.

—¿No has tenido suficiente?

—¿Lo has tenido tú? —El desafío estaba presente en su voz, en su postura, en su mirada, toda ella era un auténtico e irresistible desafío.

Detuvo el coche ante un semáforo en rojo y la miró.

—Deberíamos dejar las cosas así, Sophie, no somos los que fuimos…

—Y eso es lo que ha hecho que podamos encontrarnos a mitad del camino —replicó girándose en el asiento lo que le permitía el cinturón—. No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo, solo que me dejes ser lo que quiero ser.

Entrecerró los ojos y la miró con palpable escepticismo.

—¿Una sumisa del *Blackish*? —No pudo evitar que la ironía se reflejase en su voz.

Se encogió de hombros.

—¿Conoces algún otro local en el que pudiese jugar con mayor seguridad?

Entrecerró los ojos, pero ella no cejó en su empeño.

—Dime que no has disfrutado de esta noche y no insistiré.

Abrió la boca para responder, pero ella lo detuvo.

—Y recuerda que sé cuándo me mientes.

No pudo evitar reír entre dientes ante su comentario. Podía contarle la trola más grande que no se enteraría.

—Sí, Sophie, la disfruté.

Lo cierto es que había disfrutado ese breve encuentro más de lo que había disfrutado nada en toda su vida. Al principio creyó que era todo parte de un arrebato y que saldría corriendo a la primera oportunidad, pero reconocía a una sumisa cuando la tenía delante y su pequeña Sophie lo era. La manera en que se entregaba, en que su cuerpo obedecía a pesar de la vacilación, su mirada, su deseo de agradar, eran pequeños detalles que rebelaban a una verdadera sumisa.

No iba a negar que se había sorprendido de verla allí, pero esa sorpresa se había convertido en rabioso deseo, en cruda necesidad de reclamar a esa mujer para sí.

—Entonces, ya está todo dicho —declaró complacida—. Seré tu sumisa en el *Blackish*.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Dulzura, creo que eso me toca decidirlo a mí.

Lo miró de soslayo.

—Pues decídete pronto. —Señaló la calle—. A la velocidad que conduces, estaremos ante mi casa en pocos minutos.

Entrecerró los ojos y le dedicó un último vistazo antes de reanudar la marcha.

—Este tiene que ser el arreglo más extraño al que me he enfrentado desde que me inicié en el BDSM —comentó más para sí mismo que para ella. Entonces sacudió la cabeza y le dedicó un rápido vistazo—. Si vas a volver, lo harás bajo ciertas condiciones y la principal es que estarás bajo mi tutela, con todo lo que eso conlleva. Rellenarás el formulario de conformidad del club, cubrirás un cuestionario básico y revisaremos la *playlist* que ya has cubierto, de modo que quede actualizada y no haya dudas sobre los límites, fantasías y prácticas que desees experimentar. Y deberás pagar la cuota del club como cualquier otro socio.

Detuvo el coche a la altura que le había dicho, contempló los edificios desde la calle y se la imaginó viviendo en una de esas casas adosadas, su nuevo hogar. Entonces se giró hacia ella y la miró a los ojos.

—Tómalo o déjalo.

Asintió con la cabeza, se quitó el cinturón y para su sorpresa sonrió.

—Lo tomo, señor —respondió con voz suave, educada—. Tienes mi teléfono y mi correo electrónico en la ficha que cubrí hoy, envíame la documentación y te la remitiré cubierta antes del sábado.

Bajó del coche y lo rodeó para detenerse ante su ventana, la cual ya había bajado.

—Te veré entonces, señor —se despidió—. Que tengas una buena semana.

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y cruzó la acera a toda prisa, deteniéndose unos segundos en el portal antes de abrirlo y desaparecer en su interior.

Sacudió la cabeza y optó por volver a la carretera y dirigirse a casa. Tenía mucho sobre lo que meditar, esa iba a ser una semana muy larga.

CAPÍTULO 13

Sophie miraba la pantalla del ordenador sin ver nada. Su mente estaba muy lejos de allí, perdida en los rescoldos de sus sueños eróticos, unos sueños que la asediaban desde el momento en que Horus la dejó delante de su casa.

La realidad había superado a la ficción. Cualquier cosa que hubiese podido pasársele por la cabeza palidecía en comparación a lo sucedido la noche del sábado. Había quedado completamente echada a perder para cualquier hombre desde el mismo momento en que *«el amo»*, como ya sonaba en su cabeza, había acabado con ella.

Los últimos cinco días había dedicado su tiempo libre a ordenar sus ideas, a pensar muy bien sus próximos movimientos, había incluso bajado la caja de recuerdos del trastero y buceado entre viejas fotos y cosas que no había tenido el valor de tirar a la basura; recuerdos de seis años de matrimonio.

Si no supiese que esa mirada y esa voz le pertenecían a su exmarido, habría jurado que estaba ante un hombre completamente distinto. Su aspecto podía ser el mismo, pero su interior, su forma de ser, de hablar y comportarse distaba mucho de lo que recordaba.

¿Habría idealizado al hombre con el que se había casado? ¿Tendría una visión distorsionada de la realidad? ¿Sería la gratitud, la necesidad de compañía y tener a alguien a quién querer lo que la había llevado a idear una fantasía que solo vivía en su mente?

Resopló.

—Ni siquiera yo tengo tanta capacidad imaginativa —musitó para sí.

Había amado a Alex como solo una cría podía hacerlo, lo sabía. Pero su enamoramiento juvenil solo había sido el principio, con el paso de los años, ese sentimiento había ido cambiando, adaptándose, pasando del amor casto y romántico al deseo liso y llano. Había fantaseado con él, lo había deseado como una mujer desea a un hombre y se había sentido muy frustrada cuando él no mostró el mismo interés en ella. Los últimos años de su relación habían sido el cambio definitivo, el irse a la universidad, el pasar tiempo sin verle, sin compartir más que unos pocos días, la había hecho consciente de que, a su manera, seguía amándolo.

Pero entonces habían tenido aquella discusión, esa mujer había respondido al teléfono y sus celos la condujeron a un lugar que nunca debió haber visitado, a una escena que prefería no haber visto y al final de su matrimonio.

Su vida había cambiado entonces, ella misma había cambiado, ¿no le decía eso exactamente lo que quería saber? Ella había cambiado, lo sabía, se daba perfectamente cuenta de ello. ¿Cómo no iba a hacerlo él también? Las personas maduraban con el tiempo, cambiaban en función de los tropiezos ante los que se encontraban y se amoldaban a ellas forjando nuevos caracteres.

—Oh, señor, voy a volverme loca —gimoteó echando la cabeza hacia atrás y sacudiendo la cabeza.

—¿Problemas con el nuevo diseño?

Ladeó la cabeza para ver a su jefa, Lluvia Ivory, asomándose por la puerta de su estudio. La mujer cercana a los treinta tenía una impresionante mata de pelo negro que hoy llevaba recogido en dos trenzas. Su aspecto casual y juvenil hacían de ella una persona cálida, cercana,

alguien con quién hablarías de cualquier cosa. Vestida de *jeans* y una bonita blusa color coral, parecía más una artista que la propietaria del pequeño y discreto estudio de diseño y publicidad.

—No, esto sencillamente es un asco… pero tiene arreglo, lo otro… también es un asco y no sé ni por dónde empezar a solucionarlo —comentó girando en su silla para verla—. ¿Han conseguido arreglar la impresora 3D?

Asintió y echó el pulgar por encima del hombro.

—Acaban de dejármela de nuevo funcionando —suspiró ella—. Habrá que ver lo que nos dura.

Teniendo en cuenta todas las cosas que estaban fallando últimamente en ese lugar, no le sorprendería que lo próximo en estropearse fuese la máquina de los cafés.

—Esperemos tener suerte y que nos dure lo suficiente para que yo termine con este logo y el cliente quede lo suficiente contento como para encargarnos sus siguientes diseños —le dijo en tono animado.

—Cruzo los dedos para que suceda, Sophie —aceptó sonriéndole en respuesta.

—¡Lluvia! *S.O.S.*

Ambas se giraron hacia la voz para ver a la diminuta Bonnie derrapando delante de su puerta; su estudio estaba muy solicitado esa tarde.

—¿Qué pasa? —preguntó su jefa extendiendo los brazos para detener a la mujer de metro cincuenta cuyos taconazos le otorgaban doce centímetros más.

—Tenemos un problema.

—¿Otro más?

—Se supone que Charlie tenía que hacer una entrega urgente esta mañana, pero con la apendicitis de su hija, no ha podido hacer el reparto y la caja está esperando al lado de mi mesa —resumió—. Es el pedido para el Gimnasio Chaser.

La propietaria del estudio se llevó la mano a la frente, estaba segura de que empezaba a tener una potente migraña y no era la única.

—Sí, sí, sí… le prometimos que se entregaría a más tardar el día de hoy.

—¿Qué hacemos?

—Tendremos que llevarlo nosotras —declaró, suspiró y la miró—. Sophie, ¿podrías hacer tú la entrega?

Enarcó una ceja, volvió a mirar la pantalla de su ordenador dónde tenía el logo a medio terminar y sacudió la cabeza.

—Está claro que hoy no voy a conseguir terminar esto —murmuró y se giró hacia ella—. ¿Dónde queda ese gimnasio?

—En el 23 de Belmont Ave, Brownsville —le informó.

Arrugó la nariz al escuchar la ubicación. ¿No eran fantásticas las casualidades?

—¿Conoces la zona?

Asintió y se encogió de hombros, intentando restarle importancia. Nadie debía saber lo que hacía cuando no estaba en ese estudio de diseño, el éxito de su misión requería precisamente de eso.

—Sí, la conozco muy bien —aceptó recogiendo ya su bolso y abandonando su escritorio —. Me crie en esa área.

—Ah, genial. Entonces lo tendrás chupado —aseguró Bonnie—. Ten cuidado con la caja, pesa un poco.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo siento, cielo, iría yo misma, pero tengo que terminar con el maldito papeleo para ese

dichoso concurso —se justificó Lluvia. Sabía que a su jefa no le hacía precisamente ilusión enviar a otros a hacer su trabajo.

Sacudió la cabeza y le tocó el brazo.

—Tú encárgate de tener a punto ese proyecto para poder presentarlo. —La tranquilizó—. El dinero del premio sería una gran inyección, por no hablar de que nos daría un poco más de caché.

Comprobando que no se dejaba nada, recogió la caja de la mesa de Bonnie y la llevó a su coche. Aprovecharía el viaje a Brooklyn para pasarse por la parroquia del reverendo John y ver cómo le estaban yendo las cosas. Últimamente parecía haber un repunte de actividades ilegales en los suburbios y, según le había comentado el padre, algunos de sus chicos habían dejado de pasarse por el albergue o asistir a los distintos centros que solían colaborar con él.

Todo parecía haberse vuelto más complicado tras la muerte de su hermano. Robert había estado trabajando incansablemente para su gente, para los que como él y ella misma, se habían encontrado en situaciones complicadas, desamparados y sin medios para subsistir. Su hermano había sido muy conocido en la comunidad, respetado y querido y había muerto precisamente cuando intentaba mediar entre dos bandas rivales.

Después de terminar la universidad, con el divorcio en la mano y sin saber qué hacer con su vida, Sophie había decidido volver a casa, a Brooklyn, el lugar en el que había nacido y había crecido. El lugar en el que volvió a encontrarse con su infancia y con lo que habría sido de ella si su hermano y Alex no la hubiesen protegido.

Conocer a Damien no solo la había salvado de sí misma, sino que la había puesto en el camino del reverendo John. Recordaba haberle oído a Rob hablar del reverendo John, un hombre que le había cambiado la vida, así que lo buscó y al conocer al padre conoció también quién había sido realmente su hermano y el mundo en el que se había movido.

Condujo hasta Brownsville y aparcó cerca de la parroquia del padre, sabiendo que los chicos de la zona reconocerían su coche y se encargarían de echarle un vistazo. Al igual que su hermano, ella misma se había hecho un hueco entre su propia gente, consiguiendo su confianza y el respeto; el eco de Robert todavía estaba muy presente en los hombres y mujeres de los suburbios.

—Ey, señorita Joyce, hacía tiempo que no se pasaba por aquí. —La saludó un chico de unos quince años.

—Hola, Carlos. —Sonrió y extendió la mano, chocándola en una consigna callejera con el chico—. He estado con la cabeza metida en el trabajo, no sé ni cómo me da el cerebro para tanto. Échale un vistazo a mi coche, ¿quieres? Puedes decirles a quienes se acerquen, que si le falta un solo tapacubos los buscaré hasta debajo de las piedras y les retorceré los huevos.

El chico se echó a reír y asintió.

—No se preocupe, señorita, nadie en su sano juicio tocaría su coche.

Le guiñó el ojo y dejó al chico para entrar en la iglesia que había al final de la calle. Apenas se había acercado al principio del muro cuando escuchó la voz del reverendo John.

—…a Dios no le importa lo que hagan los demás, Ángel, le importa lo que haces tú —decía el hombre con esa voz ronca que acompañaba a un enorme cuerpo—. Y dudo que el seguir el mismo camino que esos jóvenes sea de beneplácito o del mío. Eres inteligente hijo, tienes una mente privilegiada y debes usarla.

Sonrió ante las palabras del reverendo y dejó la puerta principal para dirigirse hacia la parte de atrás.

—No es de mí de quién debe preocuparse, padre, todavía me queda algo de sentido común

aquí dentro. —Sophie vio como un desgarbado veinteañero se tocaba la cabeza—. Son esos dos chicos, los de Gillian, están juntándose con una nueva banda y no preveo nada bueno.

—¿Los hijos de Gillian Murray? —preguntó ella metiéndose en la conversación al tiempo que daba a conocer su presencia. Sabía quiénes eran esos chicos, el hermano mayor de ambos había aparecido muerto hacía unos cuantos meses con una bala en la cabeza y los niños, porque no eran más que un par de adolescentes imberbes, estaban dispuestos a vengarse.

—Sophie, hija. —La recibió el reverendo—. No te hacía tan temprano por aquí.

Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Me ha traído un asunto de trabajo —explicó—, y como tenía tiempo, me he pasado a saludarle y mire con qué me encuentro.

El hombre sacudió la cabeza.

—Siempre hay alguien que necesita ser traído de nuevo al rebaño, hija —le dijo con tono conciliador—. Esos dos chicos están empecinados en una venganza que no les reportará nada bueno.

Y eso era algo indiscutible.

—¿De qué banda estabas hablando, Ángel?

El chico se giró hacia ella y asintió.

—No son de aquí, Sophie —negó el joven—. Pertenecen al grupo de gente que viene por los combates.

El estómago se le encogió ante la mención de una de las actividades que solía darse por la zona. Ni siquiera la Policía, con sus sorpresivas redadas había conseguido erradicarlas. Podían desaparecer durante algún tiempo, pero siempre volvían a aparecer, utilizaban otros locales como el almacén abandonado del polígono en el que se juntaban dos sábados al mes para dar rienda suelta a la brutalidad en la forma de peleas callejeras y clandestinas.

—Y están arrastrando a nuestra gente —murmuró entre dientes—. Malditos hijos de…

Dejó escapar un resoplido y miró al reverendo.

—Disculpe mi lenguaje, padre, pero estas cosas… me enervan.

—Tú sabes que yo soy el primero en maldecir, hija, no te disculpes —aseguró el hombre con buen humor—. Hay demasiadas injusticias en el mundo y no puedes arreglarlas todas, pero ya que estás aquí, podría venirme muy bien tu experiencia. Hay dentro una muchacha que acaba de perder a su hermano…

Ángel hizo una mueca y la miró. Conocía al veinteañero desde hacía un par de años, había sido uno de los chicos del reverendo y, al igual que ella, intentaba echar una mano en lo que podía.

—Caledonia —dijo con voz baja, compungida—. Jason… nos abandonó hace una semana.

Se llevó la mano al pecho y envió una silenciosa plegaria por su alma. Si mal no recordaba, el chico había tenido cáncer y había sido incapaz de superarlo.

Respiró profundamente, posó la mano sobre el hombro del chico y miró al reverendo.

—Me sentaré un rato con ella —le dijo al padre—, a veces es todo lo que queremos que hagan.

El hombre asintió y la acompañó al interior de la iglesia.

CAPÍTULO 14

—Empiezo a plantearme si realmente existe algo beneficioso en este deporte, porque desde mi lado del gimnasio solo veo el suelo.

Horus sonrió irónico y tendió la mano para levantar a uno de sus alumnos de la colchoneta dónde permanecía despatarrado. El chico había mejorado notablemente, no solo en el deporte que les estaba enseñando, sino en mantener la ira bajo control.

—El *Kickboxing* es, probablemente, uno de los deportes con mayor componente cardiovascular, Jake —le dijo dándole una palmada en el hombro al flaco chico—. Cuando os hago correr de un lado al otro del gimnasio, ya estáis oxigenando todo el cuerpo y entrenando el corazón.

—Y yo que pensaba que lo hacías solo por joder, *sensei* —comentó uno de sus alumnos más antiguos de esa sesión.

—En parte también —aceptó, se movió sobre las colchonetas y comprobó que las vendas de las manos estaban tensas al tiempo que los miraba a todos y cada uno. Tenía una clase de cinco chicos y una chica, todos ellos procedentes de las calles, pertenecían a bandas o buscaban una manera de desfogar la rabia que llevaban dentro—. Hay cinco beneficios claros que podéis extraer de este deporte, ¿alguien puede decirme alguno?

—¿Qué a las tías se le pone el culo duro? —sugirió uno de ellos con un bajo ronroneo.

La única mujer entre ellos resopló con hastío. Lisa era una adolescente problemática, o esa era la etiqueta que se había puesto a sí misma, sin duda una obsequiada por sus propios progenitores. Menuda y de color, era todo un torbellino adolescente de dieciséis años, había llegado al gimnasio empujada por una asistente social y con una actitud defensiva que le había llevado casi un mes sobrepasar. La chica era realmente inteligente y, debajo de esa actitud desafiante, se encontraba alguien herido, necesitado de un lugar en el que no fuese juzgada y sí escuchada. El gimnasio le había dado eso, como al resto de los chicos que venían día tras día a las clases de distintas artes marciales que solían impartirse.

—Vete a la mierda, Turbo —replicó echándose la coleta de largo pelo negro por encima del hombro.

—Ella sí te va a poner a ti el culo duro a base de patadas —comentó otro, chocando los nudillos con un colega.

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua. Tenía que mantener la disciplina antes de que empezaran a soltarse y volasen puñales.

—Tomad nota, chicos, no os viene mal saber algo más cómo dar patadas. —Llamó la atención de su grupo—. Uno de los beneficios es la tonificación muscular y con ello se adquiere un aumento en la fuerza. Pensad en cuando os ejercitáis con los saltos o golpeando el saco, en la fuerza que debéis imprimir en los golpes o en los levantamientos.

—Eso tiene sentido.

Puso los ojos en blanco y sonrió de soslayo.

—Todo lo que digo tiene sentido, Carlos, otra cosa es que lo entendáis.

Nuevas risitas recorrieron el aula, librando tensiones y atrayendo de nuevo la atención de todos.

—Bien, siguiendo ese patrón, ¿qué otros beneficios se os ocurren que puede aportaros el *kickboxing*?

Empezaron a mirarse unos a otros, entonces Lisa, la única chica en la clase del miércoles se aventuró a hablar.

—¿Coordinación?

—Y aquí tenemos a una dama que no solo es guapa sino también inteligente —concedió sin dejar de moverse, prestando atención a cada uno de ellos—. La coordinación es otro de los puntos fuertes, de hecho, sin ella todas las series y combinaciones de golpes pasarían más bien por un extraño baile japonés que por movimientos de artes marciales.

Hubo risas en general y sonrió a su vez. Esos chicos habían sido un grupo de lo más callado, desconfiado, mirándose siempre por encima del hombro, dispuestos a desafiarse unos a otros hacía poco más de un par de meses. Ahora, no solo se respetaban, sino que habían aprendido a comunicarse y prestarse ayuda los unos a los otros.

Esto era por lo que realmente disfrutaba de este deporte y de enseñar, no solo le permitía liberar tensiones y quitarse el traje de contable, sino también enseñar a esos chicos perdidos que ahí fuera había un futuro para ellos, que podían ser personas de bien con expectativas brillantes.

—Y a ese beneficio le añadiremos esa cosita insignificante que parece costarle tanto a Cliff cada vez que Lisa pasa por delante de él en ropa deportiva —comentó guiñándole un ojo a la chica al tiempo que señalaba al aludido—. Concentración.

—Te han pillado, tío —se rio uno de sus amigos.

—Saber anticiparse a los movimientos y levantar la defensa en caso de ataque requiere de concentración —continuó—. La misma que tenéis ahora mismo puesta en mí y en lo que estoy diciendo. Estoy por echarme a llorar de la emoción.

Nuevas risas.

—Vamos, uno más —pidió mirándolos a todos y cada uno—. Os he dejado los fáciles…

Hubo un par de ceños fruncidos, alguna que otra mirada en busca de ideas y finalmente, el mayor de los chicos de su clase de hoy, el cual tenía dieciocho años, habló.

—Defensa —añadió con esa voz rota, producto de un daño en la garganta—. Aprendes a luchar, aprendes a defenderte.

Y ese muchacho sabía exactamente lo que quería decir, él había tenido que defenderse y defender a su hermana de un padre maltratador.

—Premio —asintió y compartió su punto de vista con los demás—. Es un buen método de *«autodefensa»*. Hay demasiados idiotas ahí fuera que saben cómo iniciar una pelea, pero no cómo pararla. Si os estoy enseñando a pelear es para que aprendáis a defenderos, no para que iniciéis una reyerta que no os llevará a ningún sitio.

Ese era el mantra que intentaba inculcarles a todos ellos, debían ser los que pusiesen fin a una pelea, no los que la iniciaban.

—Y, por último, además de ser divertido, el kickboxing es especialmente bueno para reducir el estrés —concluyó haciendo especial hincapié en mirar a todos y cada uno de los chicos —. Cuando sintáis ganas de pegarle a alguien, cuando estéis llenos de ira, desahogaros con un saco de boxeo. Él aguantará todo lo que le queráis dar, absorberá aquello que os sobra y os quedaréis de lo más relajado. Es casi tan bueno como el sexo.

Nuevas risas entre los chicos, codazos entre unos y otros, incluso bromas por parte de Lisa hacia sus compañeros.

Dio una palmada y echó un rápido vistazo a la rueda que formaban a su alrededor.

—Bien, vamos a terminar la clase de hoy practicando unos cuantos golpes —examinó

rápidamente a los chicos—. Turbo, Cliff, Carlos… vosotros con las manoplas, Lisa, Jake y Blade, poneos los tibiales y los guantes.

Los chicos acogieron su sugerencia con entusiasmo.

—*Sensei*, ¿cuándo podremos hacer un combate?

—Cuando el *sensei* esté seguro de que no te romperás el cuello intentando golpear a tu contrincante, Blade.

Se giró al escuchar la voz masculina procedente del otro lado de la sala. Dain entraba en el área vestido con unos pantalones de deporte y camiseta oscura, la venda negra con la que solía vendarse las manos y los nudillos giraba entre sus dedos mientras la colocaba en su lugar. El gemelo de Lucien, era uno de los maestros voluntarios en el gimnasio y su propio *sparring*. Aficionado a los deportes de contacto, había empezado a practicar *kickboxing* como terapia después de un aparatoso accidente. No estaba muy al tanto de lo ocurrido, el hombre de su edad no era muy dado a charlar, pero cuando se enteró de su ocupación extracurricular en la última reunión de dominantes del club, se ofreció a echarle una mano con las clases a cambio de poder pegar unos golpes.

—Vamos, señoritas, a practicar. —Recuperó la atención de sus alumnos y los puso en movimiento—. No te esperaba hoy por aquí.

El Dom estrechó su mano y señaló al grupo con un gesto de la barbilla.

—¿Qué tal la clase?

—Bastante bien —aceptó comentando con él los progresos de los chicos. Dain solía atender las charlas motivacionales, así como ayudaba a los chicos a practicar los golpes y corregir la postura. También se hacía cargo de la clase de kárate que se impartía en el mismo centro en el turno siguiente al suyo—. Ya no se insultan entre ellos o, si lo hacen, la sangre no llega al río. Aunque he echado en falta a uno de mis alumnos, Mackenzie. Ya es la segunda clase que falla esta semana.

Su compañero enarcó una ceja.

—¿Y eso te preocupa?

—Ese chico ha asistido incluso con fiebre.

—Ya —aceptó mirando a su alrededor. Ambos sabían que una dedicación como esa no era algo que soliese darse muy a menudo en ese recinto—. Quizá simplemente esté haciendo pellas o tenga otras cosas que hacer. No te pongas paranoico todavía.

No quería hacerlo, pero habiendo estado en el pellejo de esos muchachos antes, no podía evitar ver fantasmas dónde posiblemente no hubiese siquiera humo.

Miró las vendas negra de las manos de su compañero y levantó las suyas formando sendos puños.

—Si estás libre, después de terminar con la clase, no me vendría mal una breve exhibición para los chicos.

Su compañero sonrió de soslayo.

—Siempre estoy dispuesto a hacerte morder el polvo —asintió terminando de vendarse la mano. Comprobó la firmeza y asintió complacido con el resultado—. Mientras terminas, calentaré un poco.

Asintió sin dejar de mirarlo. Había cierto grado de tensión en el rostro masculino, así como en sus movimientos, lo que evidenciaba que algo no marchaba bien.

—¿Un mal día?

El hombre le dedicó una mirada irónica y ladeó la cabeza.

—¿No lo son todos los miércoles en la ciudad de Nueva York? —contestó con un ligero

encogimiento de hombros—. Espero que no te gusten los miércoles, porque el mío, apesta.

Enarcó una ceja ante su respuesta. Dain Ratcliffe trabajaba como asistente social y solía llevar casos infantiles y juveniles, así como de violencia de género. Tenía que admitir que el tipo los tenía bien grandes para soportar el tipo de mierda que debía ver cada día en su trabajo. De hecho, ese era precisamente el motivo principal por el que se pasaba un par de veces por semana por el club, para descargar toda la tensión, frustración y rabia acumulada en el trabajo.

—Por ahora ha sido un miércoles normal y corriente. —Si podía considerar corriente un solo día de esa jodida semana. Desde que había dejado a Sophie el sábado en su casa, no había podido dejar de pensar en ella, en su sabor y en lo bien que se sentía su polla enterrada en su dulce coñito. Sí. No había dado pie con bola. Había tenido que repetir un par de veces varios trabajos y volver a hacer las cuentas del club al encontrarse con un descuadre que ni una multinacional tendría.

Su compañero duplicó su gesto y estiró la comisura de los labios en una parodia de sonrisa.

—Ya.

Puso los ojos en blanco, no tenía intención alguna de ponerse a discutir sobre su vida privada con él o con nadie.

—Por cierto —continuó Dain—. He leído el último *e-mail* que enviaste a los miembros del club. ¿Fiesta de la espuma? ¿Sientes nostalgia por las fiestas universitarias?

Bufó.

—La tendría si en dichas fiestas se incluyesen sumisas desnudas y cubiertas únicamente con espuma —replicó con ironía—. Al menos, en la próxima fiesta del *Blackish,* el suelo no será duro cemento y sí estará acolchado.

—Y ese es un punto muy a tu favor.

—Fire está estudiando la mejor manera de llevarlo a cabo, por ahora limitaremos todo a la planta principal, acotaremos la zona y ya veremos.

—Si necesitáis ayuda para el montaje…

Asintió.

—Lo tendré en cuenta —aceptó y señaló el ring—. Y ya que pareces estar de tan buen humor… ¿A dos asaltos?

Su compañero de pelea sonrió divertido y asintió.

—Dos asaltos —asintió con un respetuoso saludo—. Pero primero termina tu clase.

Sí, hoy sin duda era un buen día para dar algunos golpes.

CAPÍTULO 15

Sophie se detuvo en seco al entrar en el gimnasio. Los gritos agudos y cortos la detuvieron en seco, giró la cabeza con rapidez y sus ojos se encontraron con los dos combatientes que bailaban sobre el suelo del ring. El corazón se saltó un latido y el aire quedó congelado en los pulmones cuando presenció el rápido ataque de uno de los combatientes. Músculos estirándose y contrayéndose, una patada a la protección de la tibia, otra por debajo del pecho, una combinación de puños detenida por los guantes del otro oponente… No era la primera vez que presenciaba un combate de esas características, que veía a dos hombres entrenar. De niña solía espiar a su hermano cuando practicaba a escondidas, había visto a Robert hacer movimientos parecidos… y entonces había visto algo mucho más oscuro, más sangriento que la había destrozado interiormente; y el culpable de aquello estaba ahora sobre el ring, avanzando sobre su oponente para luego retroceder y subir la guardia para defenderse.

Horus estaba peleando con un hombre que le resultaba conocido, tan conocido que resultó ser el Amo Dain, del *Blackish*. Los dos hombres se vigilaban, siguiéndose, tentándose y rehuyéndose, ajenos a los chicos que observaban extasiados el combate desde las esquinas del *ring* en silencio.

Empezó a caminar hacia el cuadrilátero sin ser apenas consciente de que lo estaba haciendo, su mirada fija en ese hombre al que había creído conocer y que, tras su encuentro del sábado pasado y lo que ahora estaba presenciando, estaba claro que no era así.

El pasado surgió de nuevo ante sus ojos, empañando la realidad con imágenes de una noche lluviosa, de un tugurio en un suburbio y un público gritando enfebrecido ante los dos combatientes que luchaban dentro de un cuadrilátero similar. Había llegado allí después de una nueva discusión telefónica, de repetir una llamada y encontrar una respuesta femenina que la había enfurecido y la llevó a coger un taxi y presentarse en una dirección para encontrarse con una oscura realidad.

En aquel entonces pensó que tampoco conocía al hombre con el que había convivido durante seis años, su marido, el mismo que la había evitado, que había hecho hasta lo imposible para mantenerla lejos y apartarla de él. Cuando reconoció en aquel cuadrado rodeado de cuerdas las facciones ensangrentadas y el ensortijado pelo negro, cuando vio la furia de sus ojos reflejada en sus golpes, su mundo se vino abajo y con él, la farsa que siempre había sido su matrimonio.

Había huido de allí en medio del aguacero, se pasó buena parte de la noche vagando sola bajo la lluvia hasta que él la encontró horas después. A partir de ese día todo cambió, aparecieron los reproches, aprendió a suplicar y finalmente fue abandonada.

«Ha llegado el momento de separarnos».

Se estremeció, un nuevo grito la espabiló devolviéndola al presente y a los combatientes que continuaban con ese extraño baile.

—Horus… —musitó en apenas un hilo de voz.

La manera en que se movía, la elegancia de sus movimientos y la decisión de cada golpe no tenía nada que ver con la rabia y sí con una fuerza controlada, este era el Dom que había conocido en el club. Pasó la mirada al otro contrincante y se estremeció. A pesar de su envergadura, se movía con visible agilidad, resultaba casi hermoso de una manera cruel y

salvaje, era como mirar a un animal salvaje dispuesto a hacer pedazos a su presa…

Y eso fue más de lo que pudo soportar, la caja que traía en las manos cayó al suelo con gran estruendo. Horus perdió la concentración, se giró en dirección al ruido y su contrincante, quién no pudo refrenar a tiempo el golpe, le rozó la mandíbula con el guante haciendo que su cabeza volase hacia atrás durante una fracción de segundo.

—¡Ay dios mío! —jadeó al tiempo que contenía el aliento y se llevaba las manos a la boca.

Todo parecía ocurrir a cámara lenta. El golpe, el par de pasos que dio él hacia atrás movido por el impulso, su rápida recuperación al mantener el equilibrio, el gruñido de su contrincante y los rostros de ambos girándose hacia el lugar del que había procedido el sonido.

—Ay dios —repitió de nuevo incapaz de encontrar otra cosa que decir.

—¿Qué coño…? —masculló Dain entrecerrando los ojos al verla—. Oye, esa no es…

—¿Sophie?

—¿Y esa quién es? —Se interesó uno de los alumnos.

—Pues parece un repartidor —replicó otro.

—Es una chica, imbécil.

—Pues repartidora.

El color empezó a subir a sus mejillas un instante antes de empezar a marcharse. La mirada que tanto el Amo Dain como Horus le estaban dedicando era suficiente como para hacer palidecer a un ejército.

—Ay dios… —gimió muy bajito. Sus pies actuaron por sí solos, dio media vuelta y emprendió la retirada con una rapidez que sería la envidia de un corredor de fondo.

—¡No des un paso más!

La orden ladrada con voz firme y severa la detuvo en seco.

—Gírate.

Se mordió el labio inferior y empezó a volverse para ver a Horus bajando del cuadrilátero con gesto contrariado mientras Dain se había cruzado de brazos sobre las cuerdas y la miraba visiblemente divertido.

—Acabas de meterte en un buen lío, encanto. —Alzó la voz de modo que lo escuchase.

Si pudiese encontrar la suya lo habría mandado a la mierda, pero la mirada que veía en el rostro masculino que caminaba directamente hacia ella le arrebató la posibilidad. Se quedó presa de su mirada, conteniendo el aliento, esperando hasta que se detuvo a unos centímetros y entrecerró los ojos. Si el sábado él le había parecido inmenso, hoy era una montaña y ese torso desnudo y sudado estaba contribuyendo a que su boca se secase a la velocidad de la luz. Se obligó a mantener la mirada en su rostro, a no descender hacia abajo. Demonios, ¿podía un hombre vestido con un pantalón de deporte, vendas rojas en las manos y descalzo parecer sexy como el demonio? Porque este sí lo era.

—¿Qué haces tú aquí?

La pregunta la golpeó con suficiente fuerza como para devolverla a la realidad.

—Yo… traje una caja —respondió con voz suave—. Y… creo que se me… cayó.

La recorrió con la mirada, fijándose en su indumentaria y luego echó un fugaz vistazo a la caja que permanecía espachurrada en el suelo.

—¿Ahora trabajas cómo repartidora?

Enarcó una ceja ante su tono.

—¿Sería un problema para ti que así fuese?

Le devolvió el gesto.

—No.

Asintió conforme.

—Bien —aceptó. Entonces sacudió la cabeza—. Y no, no lo soy. Soy la diseñadora de la empresa. Es solo que hoy estamos un poco cortos de personal y he tenido que venir yo a traer el encargo. Mi jefa dijo que era urgente.

Volvió a mirar más allá de ella, a la caja que había creado el alboroto y no pudo evitar sonrojarse.

—Dime que no es nada que pueda romperse.

Su mirada voló de nuevo sobre ella.

—¿No sabes lo que contiene?

Hizo una mueca.

—Salí con demasiada prisa como para preguntar —se encogió de hombros con gesto culpable—. El albarán y la factura están en la caja.

Le sostuvo la mirada de tal forma que la hizo sentir más y más nerviosa.

—Dime que no me lo he cargado.

Entrecerró los ojos.

—¿Y si así fuese?

Se mordió el labio inferior.

—Pues lo más seguro es que mi jefa me cortase la cabeza, eso para empezar —declaró con gesto compungido—. Y tendría que sustituir el artículo el cual, dependiendo de lo que sea, podríamos o no tenerlo para mañana.

Lo vio tomar aire y dejarlo escapar muy lentamente.

—Cliff, Blade, si ya habéis terminado de reíros, coged la maldita caja y comprobad si el contenido está de una pieza —pidió sin sacarle los ojos de encima—. Los demás podéis iros. La sesión de hoy ha terminado. Nos vemos la semana que viene.

—¿Ahora soy el chico de los mandados? —protestó uno de los nombrados.

—Hazlo. —Su respuesta no admitía lugar a discusiones—. Chicos. Es todo por hoy. Nos vemos la semana que viene.

Sus alumnos empezaron a moverse, intercambiando comentarios, despedidas y le sonrieron e incluso le dedicaron guiños al tiempo que le daban las gracias a su *«sensei»* y dejaban la sala.

—Así que, ¿trabajas aquí? —preguntó curiosa por la forma en que los chicos respondían a su compañero.

—La lona está entera, el estruendo vino de los soportes metálicos —replicó el que había protestado en un principio—. ¿Lo llevamos al almacén?

Asintió.

—Gracias, chicos.

Miró a unos y a otros e hizo una mueca.

—Siento haber interrumpido… y, esto… quizá deberías ponerle hielo a eso.

Dain se reunió entonces con ellos, los dos hombres hacían que se sintiese como una enana a su lado.

—Mañana tendrás un bonito moratón —comentó él con gesto desapasionado al tiempo que giraba uno de los guantes y se lo llevaba a la boca para tirar del cordón—. Tendré que conformarme con el saco después de mi clase.

—¿Te lo desato?

La pregunta los cogió por sorpresa a los tres. El hombre la miró, se encogió de hombros y

le tendió el guante.

—Eres una sumisita bastante extraña —comentó mientras ella trabajaba en deshacer los innumerables nudos—. Te pega, Horus.

No se atrevió a levantar la mirada y ver su expresión. Por Dios, lo último que esperaba era encontrárselo a él allí. ¿Por qué no le había dicho nada el reverendo John? El padre sabía de su previa relación con él, había sido quién los había casado, ¿por qué no le había dicho nada? ¿Desde cuándo estaba dando clases en ese gimnasio?

Terminó con los nudos, aflojó las cuerdas y Dain retiró la mano para meter el guante debajo del sobaco y tirar para sacárselo.

—Gracias por la ayuda, Sophie —le dijo el Amo, inclinó la cabeza en un gesto de despedida y se volvió a su compañero—. Me voy a preparar mi clase. Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

Él asintió y en poco tiempo se quedaron completamente solos.

—Er… los papeles de la caja… necesito que me firmes la confirmación de la entrega.

Bajó la mirada a los guantes de boxeo que llevaba todavía puestos y se mordió el labio inferior.

—¿Quieres que te los desate también?

Resopló.

—Ven conmigo, señorita desastre —le dijo, dio media vuelta y empezó a caminar sin esperar a ver si la seguía o no—. Muévete, Sophie.

Por otro lado, tampoco es que le hiciese falta.

CAPÍTULO 16

Verla allí lo había llevado al pasado. Recordó su mirada, el horror en sus ojos, el dolor y la incomprensión cuando descubrió su secreto, lo que llevaba haciendo desde que había entrado en la universidad; luchar.

Su necesidad de castigarse a sí mismo era demasiado grande, sentía que su vida era toda una mentira, una farsa en la que se había visto envuelto y de la que no podía escapar. Había sido una época en la que había estado perdido, muy perdido y dónde las responsabilidades se le habían hecho demasiado grandes.

Su trabajo no lo llenaba, apenas le reportaba los beneficios necesarios para costearse las facturas y no estaba solo ya que tenía una mujer a la que mantener. Los gastos de la casa, la matrícula de la universidad de Sophie, los gastos de los créditos, la hipoteca… tenía que sacar el dinero de algún lado y él era bueno con los puños.

Los combates clandestinos se convirtieron en un modo para desfogar toda la ira que llevaba en su interior y obtener los ingresos extra que necesitaba, pero ¿cómo decírselo a ella? Una chiquilla que lo veía todo de color de rosa, que vivía de los sueños y las fantasías que había creado en torno a él; una distorsionada realidad.

Y entonces todo explotó. Un fin de semana, cuando estaba en el último año de carrera habían tenido una fuerte discusión telefónica. Le había dicho que se quedase en la universidad, que no tenía tiempo para ella y sus infantiles deseos. Se habían gritado, se habían enfrentado como nunca antes lo habían hecho y él zanjó las cosas de la única manera que conocía; haciéndole daño.

«Alex, no nos hemos visto en todo el cuatrimestre, va a ser Navidad y…».

«¡Al diablo contigo, Sophie! ¿Cómo tengo que decírtelo para que lo entiendas? No te quiero. ¡No eres más que un maldito lastre, una jodida promesa que le hice a tu hermano y que me ha jodido la vida!».

«Pe-pero soy tu es-esposa». Había empezado a tartamudear, una señal inequívoca de que la había herido, de que había abierto una profunda brecha entre ellos. *«¿Pppp-porqué m-m-e dices eso ahhh-ahora?».*

«Porque eres una cría llena de sueños que no conducen a ninguna parte. Quédate en el puñetero campus y busca a alguien de tu edad que cumpla tus ridículos deseos juveniles».

Le había colgado el teléfono. Se había negado a responder a las innumerables llamadas que se habían producido después. Tenía un combate esa noche y sus emociones estaban lo bastante inestables como para desear destrozar a su contrario o permitir que este acabase con su vida de una vez y por todas.

Y entonces ella se había presentado allí, ni siquiera sabía cómo había dado con el lugar, pero se había encontrado con esos ojos esmeraldas a través del excitado público. Lo miraba horrorizada, sin comprender, las lágrimas habían bañado sus mejillas y la inocencia que había en ella se rompió como una presa. Huyó en plena noche bajo la lluvia, le había llevado más de dos horas dar con ella y cuando lo hizo, en vez de odiarle, de asquearle en lo que se había convertido, había sentido lástima, le había rogado que no volviese allí, que no siguiese haciéndose daño de aquella manera y que regresase con ella.

Aquello fue lo que lo empujó a tomar la decisión que llevaba tiempo posponiendo; dejarla marchar.

Esa mirada había estado hoy en sus ojos, el sonido que lo había desconcentrado sacándolo del combate lo llevó a girar el rostro y volvió a verse como aquella noche, pero entonces algo cambió, ya no había horror o asco, solo sorpresa y pacífica aceptación. El rostro que lo miraba no era el de una niña ingenua y sobreprotegida, era el de una mujer que veía más allá de lo que mostraba a la gente.

—Deberías de ponerle hielo antes de que te salga un enorme moratón —le dijo rompiendo el momentáneo silencio—. Lamento haber interrumpido… tu entrenamiento.

La miró fijamente, entonces resopló.

—No era mi entrenamiento, sino el de Dain —replicó llevándose uno de los guantes a la boca y aflojar los nudos—. Le apetecía dar unos cuantos golpes.

—¿Y no se te ocurrió decirle que usase una de esas bolsas de arena? —replicó y, sin que se lo hubiese pedido cogió el guante con las dos manos y tiró de él para desatarlo ella misma—. ¿Quién diablos hace estos nudos? No tendría precio como marinero.

Optó por no responder y se limitó a ver cómo trabajaba aflojando las cuerdas lo suficiente para que pudiese quitárselo él mismo.

—Si quieres ver buenos nudos, deberías asistir a una de mis clases de *Shibari* —repuso con ironía.

Levantó la mirada y se encontró con tus ojos.

—Solo si puedo ser la modelo —lo desafió.

Entrecerró los ojos, se llevó el guante bajo la axila y tiró hasta sacárselo. A continuación, acometió él mismo la tarea de quitarse el otro.

—¿A qué estás jugando, Sophie? —No pudo evitar preguntar—. ¿Qué intentas conseguir?

Sus preguntas parecieron sorprenderla, parpadeó y ladeó la cabeza.

—No estoy jugando a nada —declaró sin vacilación, lanzó el pulgar por encima del hombro y medio se giró hacia la puerta—. He venido a entregar un paquete de la empresa para la que trabajo porque nuestro repartidor no podía hacerlo. Ni siquiera sabía que… trabajabas aquí. ¿Eres instructor?

Su curiosidad resultó genuina, no parecía rechazar la idea, solo se mostraba curiosa.

—Doy clases de *kickboxing* a los chicos tres veces por semana —corroboró quitándose el otro guante y dejándolo sobre la mesa—. Es un deporte que tiene sus beneficios, especialmente a la hora de liberar tensiones…

Ella enarcó una ceja ante su doble juego de palabras, pareció captarlo a la primera, pero prefirió ignorarlo. De hecho, le dio la espalda y empezó a curiosear por la oficina a la que la había conducido. Fotos de los combates de sus alumnos, trofeos, era el típico despacho de un entrenador.

—¿Sigues… combatiendo?

—Solo en combates de exhibición reglados por la Federación Americana de Kickboxing —replicó en tono mordaz—. Los chicos son los que han ganado los trofeos y participan en torneos… Mejor esto a que estén tirados en la calle.

—Como mi hermano y tú.

La inesperada respuesta lo sorprendió. Sus ojos se encontraron e hizo una mueca.

—Puede que haya sido una cría a tus ojos, Horus —respondió con un ligero encogimiento de hombros—, pero te olvidas que yo también he vivido en las calles hasta que primero Rob y luego tú, me alejasteis de ellas. Puedes sacar a una chica de la calle, pero no a la calle de la chica.

Eso es lo que decía mi hermano, ¿sabes?

Enarcó una ceja ante su respuesta y no pudo evitar replicar.

—Y esa chica de la calle, ¿fue la que huyó de un combate clandestino? —replicó en tono acusatorio.

Sophie acusó el golpe, pero para su sorpresa, se mantuvo entera.

—¿Cómo habrías reaccionado tú al ver a tu marido cubierto de laceraciones y sangre sobre un cuadrilátero golpeando a otra persona como si quisiera matarla?

Ahora fue él el golpeado.

—¿Eso es lo que viste?

Respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—Vi a un hombre desconocido para mí, alguien demasiado furioso consigo mismo y con el mundo, alguien a quién yo no podía ayudar —murmuró en voz baja sin dejar de mirarle a los ojos—. Alguien que no iba a dejar que le ayudase.

Y sus palabras solo confirmaban lo que siempre había supuesto de ella, que era mucho más intuitiva y madura de lo que había querido admitir.

—Tenías razón en algo de lo que me gritaste aquella noche —continuó—. Yo solo era una niña y no podía ver el mundo a través de tus ojos, porque tú nunca me permitiste hacerlo. Pero esa niña creció, se hizo fuerte y ya no necesita promesas de ninguna clase.

—Tú hermano era un buen hombre —comentó pensando en su mejor amigo, el primero en tenderle la mano cuando nadie más lo había hecho—, y te quería por encima de todo. Solo quería lo mejor para ti.

Asintió lentamente, sus ojos vagaron hacia el suelo.

—Lo sé —aceptó con voz lejana, como si se hubiese perdido en sus propios recuerdos—. Por eso te eligió a ti por encima de cualquier otro, porque sabía que eras como él; un hombre honorable.

—¿Honorable? —No pudo evitar que la palabra le causase gracia. Muchos pondrían en duda su honor sin mucho esfuerzo—. Ahora sé que sigues siendo la misma romántica soñadora de antaño.

Ahora fue ella quien sonrió con la misma ironía presente en él.

—Solo un hombre honorable haría hasta lo imposible para cumplir sus promesas —replicó sin vacilación—. En estos últimos cuatro años descubrí mucho más sobre mi hermano de lo que supe jamás por tu boca. Sé quién era, sé lo que hacía…

Y sé lo que hacías tú.

Las palabras no salieron de su boca, pero no hacía falta, sus ojos eran lo suficiente expresivos para que se reflejasen en ellos.

—Os aferrasteis al honor como si se tratase de un código entre hermanos y os habéis mantenido fiel a él. En el caso de Robert, lo ha hecho incluso después de su muerte —insistió con voz firme, sin vacilación—. A él ya no puedo liberarlo de sus promesas, solo puedo contribuir a que se cumplan, pero a ti sí.

Chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—Idealizas a la gente de una manera que me resulta preocupante, pequeña Sophie —le soltó, intentando quitarle hierro al asunto—. Deberías poner los pies en la tierra para variar, posiblemente verías que no hay tantos ángeles como piensas y sí muchos demonios.

Se llevó las manos a la espalda, haciendo que sus pechos se impulsaran hacia delante, marcándose en la suave blusa que llevaba bajo la chaqueta.

—No te preocupes, Horus, hace tiempo que dejé de verte como un ángel —le soltó con

gesto jocoso—. Entonces, das clases aquí tres veces por semana, gestionas un club los fines de semana… —enumeró girándose para mirarle, cambiando de tema con pasmosa sencillez—. ¿Sigues trabajando como contable en la misma asesoría?

Optó por permitirle salirse con la suya, pero en vez de responder le devolvió una pregunta.

—Has dicho que trabajas para una empresa de publicidad —recordó—. ¿Cómo es que una asistente social ha terminado en un estudio de diseño?

Aquella había sido la carrera que había estado cursando en la universidad, la cual no tenía mucho que ver con su actual trabajo.

—Después de hacer las prácticas, me di cuenta que no estaba hecha para esa profesión —explicó con un ligero encogimiento de hombros—. Creo que estaba un poco perdida, no sabía qué hacer con mi vida y entonces… bueno, conocía a Lluvia, mi jefa, y lo que empezó como una esporádica ayuda, se transformó en algo más. He asistido a clases, he hecho cursos, he obtenido una titulación y trabajo como diseñadora gráfica en un pequeño estudio.

—La vida puede dar muchas vueltas…

Ella sonrió de soslayo.

—Las da, prueba de ello es que hemos vuelto a encontrarnos —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. Por cierto, ya recibí los documentos que me enviaste, te los devolveré mañana cubiertos y firmados.

La mención a los papeles del club lo llevó a pensar de nuevo en el pasado sábado, en su escena juntos, en la mujer que despertaba su deseo, la sumisa que se entregaba voluntariamente a su cuidado y que estaba justo allí, delante de él.

—Dos caras de una misma moneda.

—¿Qué?

Sonrió para sí al ver que había dicho aquello en voz alta.

—¿Tienes alguna duda, algo que debamos discutir? —respondió en cambio.

El rubor que le coloreó las mejillas era de lo más revelador.

—Puede que algunas cosas —aceptó con gesto dubitativo—. Pero no son para ser tratadas aquí.

Enarcó una ceja ante sus palabras, la miró con abierta apreciación sexual y buscó sus ojos.

—Mañana a partir de las siete el *Blackish* abre para impartir los talleres de iniciación a la sumisión y dominación —le informó—. Preséntate en mi oficina a las siete menos cuarto y lo trataremos entonces.

—Eh… de acuerdo.

La miró fijamente, recordándole quién era él y quién era ella.

—Quiero decir: Sí, señor.

Sonrió de soslayo.

—Buena respuesta, dulzura, buena respuesta —aceptó, entonces relajó el tono y continuó —. Imagino que necesitas ese documento de entrega firmado.

—Sí —respondió al momento con un abierto sonrojo.

Bajó la mirada sobre la mesa dónde alguno de los chicos o Dain le había dejado ya los dos papeles, garabateó su firma y le devolvió el original.

—Aquí lo tienes —se lo entregó y la despidió—. Hasta mañana entonces, Sophie.

Abrió la boca y volvió a cerrarla al momento.

—Hasta mañana, Amo Horus.

Dio un paso atrás, le dedicó una última mirada y salió de su despacho dejándole con un anhelo que no había sentido en cuatro años, el de recuperar a la mujer que había amado desde

que era una niña de dieciséis años.

CAPÍTULO 17

Sophie respiró profundamente una última vez antes de decidirse a traspasar las puertas del club al día siguiente. Eran las siete menos veinte, sabía que llegaba temprano, pero había necesitado todo ese tiempo para convencerse a sí misma de estar siguiendo el camino correcto.

El encuentro casual en el gimnasio del día anterior la había dejado pensativa, había dado vueltas y más vueltas a las palabras de Horus intentando encontrar en ellas algo que le ayudase a entenderle. Puede que ninguno fuese ya la persona que había sido en el pasado, que el tiempo, la distancia y las distintas vivencias los hubiesen moldeado convirtiéndoles en quienes eran hoy en día, pero lo que habían pasado juntos, seguía siendo parte de sus vidas, una parte que no quería olvidar, pero de la que debía aprender.

—No puedes recuperar al hombre con el que te casaste, pero puedes intentar ganarte al hombre que es hoy —murmuró para sí.

Y ese era un hombre que la encendía con tan solo una mirada, que la sorprendía dando clases en un gimnasio para chicos de la calle, que la derretía con sus órdenes y hacía que quisiera envolverle en sus brazos y decirle que era un capullo arrogante que se estaba ganando de nuevo su corazón.

Sacudió la cabeza, echó un rápido vistazo a su indumentaria y se estremeció de anticipación al notar el aire de la tarde acariciándole la desnuda entrepierna. No llevaba ropa interior, la breve falda ajustada a sus caderas apenas le cubría el culo y el top-corsé le levantaba los pechos sin necesidad de sujetador. Solo el abrigo con el que cubría su escandalosa indumentaria resultaba recatado, pues incluso los tacones de sus zapatos podían pasar por armas letales.

Tenía que admitir que le gustaba la ropa de cuero sexy pensada para seducir, pero su economía no era precisamente exigua y solo podía permitirse esos caprichos de vez en cuando. Damien había querido comprarle en más de una ocasión alguna prenda, pero se había negado diciéndole que debía reservarlo para la mujer a la que desease tomar como su sumisa; alguien solo para él.

Y ahora ella era la sumisa del Amo Horus o lo sería oficialmente cuando revisaran los documentos y firmase el contrato temporal que la uniría a él para sus noches en el club. Eso era lo que habían estipulado en la redacción, que aceptaba ser su sumisa, estar bajo su tutela y dirección en el club *Blackish* y él sería su único amo durante el tiempo que durase dicho contrato.

Solo quedaba repasar la *playlist,* confirmar cada uno de los puntos desde ambos lados y sería completamente suya y él sería de ella.

Pasó las manos sobre el abrigo y se dirigió hacia la puerta. Visto desde fuera, el local podía pasar tranquilamente por la entrada de una vivienda particular, solo cuando te acercabas y veías el negro color lacado de la puerta y la pequeña placa con el nombre *«BLACKISH»* sobre el circuito de videollamada, podías sospechar que esas paredes escondían mucho más.

—De acuerdo, hora de ser tú misma, Sophie —se dijo a sí misma antes de llamar y entrar en el local.

Traspasó la puerta, se sacó el abrigo y lo dejó en el guardarropa para luego dirigirse hacia

la recepción dónde encontró al Amo Dain.

—Buenas tardes, señor.

El aludido levantó la mirada de la carpeta que estaba ojeando, le echó un vistazo y esbozó media sonrisa.

—Buenas tardes, mascota —la recibió—. Tu amo dejó aviso de que vendrías. Pasa directamente, está en su oficina.

«Tu amo». Un cálido sentimiento de propiedad se extendió por su interior al escuchar esas palabras.

—Gracias, Amo Dain. —Sonrió y giró sobre sus tacones.

—¿Sophie?

La detuvo en el último momento, cuando se giró hacia él indicó sus zapatos con un gesto de la barbilla.

—En la clase de hoy las sumisas van descalzas —le informó—. Deja los zapatos aquí, podrás recogerlos a la salida.

Se miró los pies, luego a él y se encogió de hombros.

—Sí, señor. —Se los quitó rápidamente, perdiendo unos cuantos centímetros y los dejó sobre el mostrador—. Cuídalos como si fuesen la joya de la corona, señor, son mi par favorito.

El hombre se limitó a sonreír con diversión.

—Lo dicho, eres una sumisa muy extraña —aseguró, miró sus zapatos y los cogió con un par de dedos para dejarlos sobre un mueble a su lado—. Vete. Horus te espera.

—Sí, señor. Gracias.

Como Dom, Horus estaba acostumbrado a muchas cosas, pero esa mujer que se sentaba al otro lado de su mesa había echado por tierra toda su experiencia en la media hora que llevaba allí sentada discutiendo cada punto de la *playlist* y el cuestionario. Si bien había tenido la oportunidad de hacerse una idea sobre ella cuando la tuvo bajo su dominio el sábado anterior, a la luz de las recientes negociaciones no había sido más que un pequeño vislumbre de la sumisa que era en realidad.

En cierto modo Sophie era bastante… conservadora. Sus límites estaban claros y definidos, algunos de ellos creía poder empujarlos, hacerla desprenderse de las dudas y los miedos que la condicionaban y liberarla de una forma muy personal. Encontró que su visión del BDSM encajaba con la suya, posiblemente era una de las sumisas que más se acercaban en gustos a los suyos.

Disfrutó poniéndola en aprietos con la mención de algunos juguetes, la vio palidecer y sacudir la cabeza enérgicamente ante alguna que otra práctica y se negó en rotundo, llegando a amenazar su integridad física, con otras que él mismo había comentado solo para ver cómo reaccionaba.

Sí, debajo de esa seguridad, de esa terca barbilla y relativa experiencia, seguía estando la chiquilla dulce e ingenua, la vergonzosa coqueta y eso era un extra para un hombre que estaba demasiado acostumbrado a la oscuridad.

La recorrió una última vez con la mirada y aprobó su elección de vestuario, tenía unas llenas curvas que enmarcaban perfectamente la falda y el corsé, sabía por la manera en que se empujaban sus pechos que no llevaba sujetador, pero no había podido averiguar todavía si estaba desnuda debajo de la breve falda.

—Bien, ¿estás conforme con los puntos que hemos acordado y la lista de juegos? —

preguntó sin dejar de mirarla, comprobando en todo momento su lenguaje corporal.

Ella barajó una última vez las páginas, comprobando cada punto y con un profundo suspiro, asintió.

—Sí, estoy de acuerdo.

Le sostuvo la mirada cuando levantó la cabeza.

—¿Entiendes que firmando el contrato pasas a pertenecerme, que tus actos reflejarán los míos, tu voluntad será la mía y tomo posesión de ti, de tus decisiones y tu tiempo desde que atraviesas la puerta del club hasta que la abandonas?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

—¿Consientes a ello?

Su respuesta fue coger el bolígrafo de encima de la mesa y garabatear su nombre en la línea de puntos.

—Sí, Amo Horus, consiento a ello —respondió girando la página y poniendo el bolígrafo sobre esta antes de empujarla en su dirección—. Consiento en ser tu sumisa durante mi permanencia en el *Blackish*.

Asintió lentamente.

—En ese caso, yo me comprometo así mismo a ser tu dueño, tu amo y señor, a cuidar de ti y tu bienestar, a guiarte y poseerte durante el tiempo establecido en este contrato —concretó y rubricó su firma también en el papel, sellando el contrato con su sumisa.

Ahora Sophie era suya, completamente y ese conocimiento hizo que surgiese en su interior una necesidad de posesión y una inesperada paz que lo cogieron por sorpresa.

—Abre el cajón superior de ese mueble, por favor —le indicó un archivo que había al otro lado de la habitación—, y tráeme lo que hay en su interior.

Asintiendo, se levantó y cruzó la habitación permitiéndole una magnífica visión de su culo enmarcado con la falda. Era una cosita pequeña y voluptuosa, una sumisa deliciosa y se estaba muriendo por probar de nuevo ese cuerpo que ahora le pertenecía.

—Um, ¿estás de broma, señor?

Sonrió secretamente, sabía perfectamente lo que había dentro del cajón.

—Necesitas un collar nuevo y ese, es perfecto para ti.

La chica se giró hacia él con un collar de cuero verde esmeralda, revestido de vellón verde más claro y un pequeño colgante en forma de gato con la palabra Kitty, *«gatita»,* grabado en él.

—Ven aquí, *Kitty*, hora de irse al club.

CAPÍTULO 18

Sophie no podía dejar de acariciar la placa con figura felina que contenía su nuevo nombre de sumisa. Era privilegio de su amo darle un nombre y aquel, de entre todos los posibles, tenía un significado que iba mucho más allá de su nuevo vínculo como amo y sumisa.

Kitty. Así era como la llamaban su hermano y él de niña, su gatita, su niña de ojos felinos.

Levantó ligeramente la mirada sin desobedecer su orden, caminaba un par de pasos detrás de él, a su izquierda, los ojos bajos y en silencio. Había instaurado el alto protocolo sin duda como un método de ponerla a prueba.

Si crees que no puedo comportarme como una perfecta sumisa, la llevas clara, amo Horus. Canturreó en su mente y no pudo evitar sonreír.

El club poseía un aspecto distinto sin el distendido ambiente que solía tener los sábados por la noche, se veía más vacío a pesar de que había un pequeño grupo de personas en una zona delimitada de la planta principal charlando entre ellos. Observó disimuladamente por debajo de las pestañas y encontró a dos hombres que llevaban también la camiseta negra con el logo del club. Uno de ellos estaba de espaldas, un moreno enorme y musculoso que respondía al nombre de Logan. El otro era el amo Lucien, ese pelo plateado destacaría en cualquier lugar, la menuda pelirroja que permanecía de pie al lado del primero debía ser una sumisa, dado que llevaba un collar bicolor al cuello y sonreía cuando él la miraba.

—Vaya, parece que alguien ha capturado a una pequeña gatita —reconoció la voz de Lucien por encima del murmullo—. Bien hecho, jefe, bien hecho.

Horus se limitó a ignorarle y saludó a la pareja.

—Gracias por venir, Logan —saludó al hombre—. Hola, pequeña Sumi, tienes buen aspecto.

—Gracias, Amo Horus —replicó la chica con un bonito acento.

—Hola, sumisita —se acercó entonces Lucien—, me gusta tu nuevo collar.

Miró a Horus pidiendo permiso para hablar.

Chúpate esa, amo.

—Adelante, Kitty, puedes hablar libremente —le concedió con tono visiblemente divertido.

—Gracias, Amo Lucien —comentó con voz suave, melosa—. Mi señor lo eligió para mí. Tiene un sentido del humor… muy retorcido.

El Dom que estaba junto a la pelirroja se rio entre dientes.

—Oh, creo que me recuerda a alguien —aseguró el poli.

—Nadie puede competir con Luna en bocazas, pero está cerca —contestó Horus—. Kitty, él es el Amo Logan, es uno de los socios del *Blackish* y la pequeña pelirroja que le acompaña es su compañera, Sumi. Caballeros… mi nueva sumisa.

Los hombres intercambiaron distintas miradas, los saludos se intercambiaron con calidez con algún que otro comentario.

—¿Qué tal pintan las parejas de hoy? —preguntó Logan mirando por encima de los hombros de sus compañeros—. Creo que reconozco a alguna de los talleres anteriores.

—La morenita es nueva, ¿no? —comentó Lucien frotándose la barbilla—. Parece estar tan

fuera de lugar como una morsa en una playa nudista.

—Y esa es una imagen que da verdaderos escalofríos, Luc —aseguró Logan estremeciéndose.

—Me sumo a eso, Maestro —añadió también Sumi—, y añadiré muy respetuosamente un «*puaj*».

Horus se limitó a encontrarse con su mirada, le guiñó el ojo, cogiéndola por sorpresa y miró al grupo de personas reunidas.

—Un grupo fascinante —murmuró en voz baja, entonces se inclinó hacia Lucien—. Adrien es el joven Dom del que te hablé esta semana. Está interesado en adquirir un poco más de experiencia y, por lo que he visto hasta ahora, tiene madera.

—En ese caso, démosle hoy un papel protagonista —concordó—. No estaría mal para subir el ánimo y hacerles ganar confianza a los que ven esto como algo más que una manera de darle vidilla a sus aburridos matrimonios.

—¿No has pensado en pasarte al lado de la Policía analizando perfiles? —comentó Logan —. Te juro que tienes más aciertos que el especialista que tenemos nosotros en la comisaría.

—Demasiado trabajo, poli, demasiado trabajo —aseguró Lucien con una media sonrisa—, tengo más que suficiente con el mío.

—Si cambias de idea…

—Serás al primero que llame —se burló él. Entonces miró a su alrededor—. Bueno, ¿cuál es el plato de hoy? He leído por encima el temario… pero no me salen las cuentas.

Horus volvió a mirarla y sonrió de soslayo.

—Tú ya le has echado el ojo a la morenita —le recordó—. Logan y yo haremos hoy las demostraciones y tú y Adrien, os ocuparéis de las dos sumisas sin pareja.

—¿Qué demostraciones? —Las palabras escaparon de sus labios antes de darse cuenta de que lo había pronunciado en voz alta. —Señor —se apresuró a completar la frase.

Los ojos de su amo cayeron sobre ella, tenía una sonrisa petulante en los labios que le dijo sin necesidad de palabras que no le iba a gustar ni un pelo la respuesta.

—Cómo te comenté, dos jueves al mes impartimos talleres de iniciación o perfeccionamiento para aquellos que están interesados en iniciarse en la dominación o sumisión —le explicó con tranquilidad—. Los talleres solemos impartirlos Fire y yo, con la participación voluntaria de los socios. Hoy Fire no podía venir, así que Lucien ocupa su lugar. Logan suele echarnos una mano con su sumisa y en ocasiones lo hace también Camden, el otro amo de Sumi.

¿Una sumisa con dos amos? Interesante.

—Los talleres constan de una parte teórica y otra práctica —se inclinó sobre ella—, tú vas a ayudarme con la parte práctica.

Se quedó sin respiración. Lo miró y miró a toda esa gente que estaba allí reunida.

—Práctica como, ¿en público?

Su sonrisa se hizo más intensa y maliciosa.

—Sí, gatita, como en público.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, le dio la espalda y se dirigió a los presentes.

—Buenas tardes a todos y todas y bienvenidos a los talleres del *Blackish*.

Durante la siguiente hora, Horus hizo un rápido repaso sobre los conocimientos de los asistentes al taller, sobre la experiencia que tenían en el estilo de vida y lo que esperaban. Los dividió en grupos asistidos por los amos presentes y pasó de la parte teórica hacia la práctica.

—Como amos tenemos el deber de velar por nuestras sumisas, de saber lo que necesitan en cada momento y dárselo, aún si ellas no están seguras de sus deseos —continuó con ese tono

de voz que llenaba la sala, que mantenía la atención.

—Pero ¿cómo saber qué necesita nuestra sumisa? —interrumpió uno de los asistentes—. Quiero decir, cómo sabes si realmente quiere… eso.

—Podrías empezar preguntándoselo —comentó una de las dos chicas sin pareja.

El chico frunció el ceño.

—Eso no siempre funciona —añadió Adrien, girándose hacia ella con amabilidad—. Porque, ¿cómo sabes si quieres algo si todavía no lo has probado?

—¿Por qué sé lo que no quiero?

—Es retorcida —comentó Lucien en voz baja, inclinándose hacia Horus.

—Es perfecta para ti —le soltó él.

—Como sumisa puedes tener unas necesidades, unas inquietudes que ni siquiera sabes que están ahí hasta que tu amo te hace ser consciente de ellas —murmuró Sophie dando respuesta a la pregunta inicial—. Pero, dado que ningún amo es adivino, la clave está en preguntar.

—Buena respuesta, dulzura —le dijo posando ambas manos sobre sus hombros en una silenciosa advertencia—. Como acaba de apuntar mi sumisa, un Dom no es un adivino, si no estáis seguros de algo, preguntad. Y, sobre todo, utilizad los sentidos y prestad atención a lo que el cuerpo de vuestra pareja os dice, las reacciones pueden ser mucho más sinceras que un millar de palabras.

Resbaló los dedos por su brazo desnudo, bajó la boca sobre su cuello y la besó con delicadeza.

—Una sumisa es como un libro abierto si sabéis leerlo —continuó y mordisqueó la suave piel de la base de su cuello provocándole un estremecimiento—. ¿Veis? Un pequeño estremecimiento —volvió a acariciarle el brazo—, el cambio en su respiración —le rozó los pezones con los nudillos por encima del corsé—, la manera en que contiene el aliento y separa los labios —continuó hacia abajo, aplanando la mano, arrastrándola por su vientre hacia la uve de sus muslos—, sé consciente de cada una de sus reacciones, escucha su cuerpo más que sus palabras. Separa las piernas…

Sus muslos se cerraron incluso con más fuerza cosa que lo hizo reír.

—Eso es cerrarlas, mascota —ronroneó y los demás se rieron—. Si vuestra sumisa es pudorosa, superad su pudor —insistió volviendo a su oído, chupándole el lóbulo antes de mordérselo y hacerla gemir—, derribad sus barreras —le acarició los muslos por debajo de la falda—, y dadle una prueba de lo que puede obtener si se porta bien…

—Señor… —gimió al notar como le separaba los muslos y le acariciaba el desnudo sexo.

—Sin bragas, buena chica.

Hubo varias risitas cercanas ante su admisión, pero dejó de oírlas cuando uno de sus dedos la penetró sin previo aviso, arrancándole un gemido y haciendo que se aferrase a él.

—Si estáis atentos a cada una de las respuestas de su cuerpo —retiró el dedo para volver a penetrarla de nuevo haciéndola ponerse de puntillas—, podréis leer en él lo que le gusta, lo que despierta su placer y su sumisión.

Se retiró de entre sus piernas, se llevó el dedo a la boca y lo chupó delante de ella.

—Y así es como podéis descubrir que necesita vuestra sumisa —concluyó antes de darle una palmada en el culo y volverse de nuevo hacia el atento público—, y dárselo.

—Um… creo que eso puedo hacerlo.

—Puedes, John, solo tienes que estar atento a lo que dice el cuerpo de tu pareja —le aseguró Lucien y se giró hacia él—. Buena demostración.

—Um, ¿Amo Horus?

La voz suave y sensual vino de la otra chica soltera del grupo.

—¿Y si es la sumisa la que quiere saber lo que tiene que hacer para agradar a su Dom?

¿Esa chica estaba coqueteando con su amo? La sola idea envió una ráfaga de celos a través de su cuerpo. Antes de poder detenerse, había dado un paso adelante, poniéndose delante de él.

—Su Dom se sentirá plenamente complacido mientras su sumisa se consagre a él y solo a él, sin posar sus ojos en otros… objetivos —replicó con voz engañosamente dulce—. La principal norma en una relación ya sea vainilla o D/S es la confianza. Y la base de la confianza es una buena comunicación. Habla con él de lo que te preocupa, de lo que deseas y ten por seguro que te dará todas las pautas necesarias para que no te equivoques.

—Y no hay nada mejor que otra sumisa para responder a esa pregunta —declaró Lucien intentando contener la risa—. Horus, por dios, conserva a esta porque es la leche.

—Encantadora manera de marcar el territorio —se burló Logan luchando con la hilaridad.

La mirada de su amo cayó sobre ella, enarcó una ceja y se quedó sin saber qué decir.

—¿Tienes algo más que decir, gatita?

Sacudió la cabeza.

—Nada más, señor.

Asintió y volvió de nuevo a prestar atención a los asistentes al taller.

—Bien. Hora de poner en práctica la teoría —declaró con voz profunda. Las luces del área acordonada empezaron a bajar de intensidad creando un ambiente más íntimo—. Y recordad: sano, seguro y consensuado. Hablad entre vosotros, pactad lo que queréis hacer y divertíos.

Las parejas empezaron entonces a hablar entre ellas, intercambiaron comentarios con los amos del club y se dispersaron dentro de la zona acordonada dispuestos a disfrutar de la lección aprendida.

—Empiezo a pensar que para que estés calladita, tendré que amordazarte.

El comentario la sobresaltó, se giró y vio a su amo con las manos apoyadas en las caderas.

—No será necesario, señor.

Chasqueó la lengua.

—Ya lo veremos, gatita, ya lo veremos.

Sin más, la cogió de la muñeca y tiró de ella en dirección a la escalera que llevaba al segundo piso.

—¿Amo Horus?

Se detuvieron ante el primer escalón y la miró.

—No has cenado, ¿no es así? —Más que una pregunta era una confirmación.

Parpadeó.

—No, nunca ceno antes de venir al club, lo hago después.

Entrecerró los ojos sobre ella y chasqueó la lengua.

—A partir de ahora, lo harás antes —la instruyó—. Vamos. Veamos si puedo encontrar algo con lo que tentarte.

No necesitaba mucho para eso, pensó con ironía, solo tenía que desnudarse completamente y obtendría toda su atención.

—Sí, señor —contestó en cambio.

CAPÍTULO 19

—Me complace que hayas seguido mis instrucciones.

El comentario rompió el momento de agradable silencio que llevaban compartiendo desde hacía un rato en uno de los reservados. Cuando le advirtió que iban a cenar y que ella sería el postre, había evocado automáticamente un juego en el que ella era la cena, pero los canapés y piezas de fruta que había dispuestas sobre una de las mesas, la descolocó por completo.

Se había pasado los últimos quince minutos alimentándola bocado a bocado, acariciándole los labios con los dedos mientras mantenían una amena conversación de lo más casual; o tan casual cómo podía serlo con una banda sonora compuesta por gemidos y música étnica.

—¿Instrucciones? —preguntó algo perdida por sus palabras.

Una breve caricia a su desnudo muslo por debajo de la falda fue suficiente respuesta.

—Sin ropa interior. —Le mordisqueó el cuello, provocándole un estremecimiento.

—Fue lo que me pediste, señor —suspiró ladeando la cabeza para dejarle acceso. Sentada en su regazo, disfrutaba del calor de su cuerpo, de su aroma y de la dura erección que notaba bajo sus nalgas.

—Por experiencia sé que lo de seguir órdenes siempre te ha costado un poquito.

Sonrió para sí.

—Quizá porque no eran las órdenes adecuadas.

Su respuesta fue soltar un resoplido, le lamió el lugar que había mordisqueado y subió a su oído.

—En ese caso, veamos qué te parecen las siguientes. —La empujó hacia delante, sujetándola por las caderas—. Tiéndete sobre la mesa boca arriba. Apoya los pies en el asiento.

Lo miró sorprendida.

—¿Lo dices en serio, señor?

La manera en la que la miró fue suficiente respuesta. En un abrir y cerrar de ojos se encontró tendida sobre la mesa, las piernas colgando de un lado, los pies apoyados sobre el sillón y la cabeza apoyada en el otro lado. Vio como llevaba los dedos a los broches delanteros del corsé y los abría dejando sus pechos expuestos.

—Siempre hablo muy en serio —aseguró deslizando los nudillos sobre sus pechos, rodeándole un pezón y luego el otro dejando tras de sí una delgada huella de calor. Siguió bajando con pereza, rodeando su ombligo con la punta del dedo, acariciándole el estómago con gesto distraído—. Cuando te dé una orden, espero que la obedezcas. Te diría que, sin rechistar, pero tampoco persigo milagros.

Su mano siguió danzando sobre su piel, entibiándola, jugando con ella como si fuese un mapa que quisiese aprenderse de memoria.

—Tienes una piel muy suave y blanquita —comentó con tono apreciativo—, se sonroja muy fácilmente cuando entra en calor. Estoy deseando ver cómo se marcan las líneas del *flogger*, cómo se enrojece ese bonito y apetitoso culo bajo mi mano o la pala…

Sus palabras deberían asustarla, inquietarla al menos, pero su tono de voz poseía tal erotismo que se encontró deseando eso, deseando que siguiese acariciándola, que la marcase como solo él podía hacerlo, que la reclamase de una forma que le llegase hasta el alma.

Instintivamente sabía que era el único que podría hacerlo.

—Eres pura tentación —aseguró inclinándose sobre ella, mirándola a los ojos, acariciándole el pelo y sujetándole la cabeza mientras bajaba sobre su boca para tomar sus labios. La besó con dureza, poseyendo, exigiendo su lengua y succionándola cuando se la ofreció—, y eres toda mía.

Le mordisqueó los labios, le lamió el labio inferior y lo succionó con fuerza antes de reclamar de nuevo su boca. Su beso era firme, exigente, la reclamaba de la misma manera que lo hacían sus labios, con tranquilidad, sin prisas, pero no por ello su cuerpo dejaba de encenderse por él.

—Creo que la próxima vez voy a disfrutar de mi postre favorito servido sobre ti —murmuró rompiendo el beso, moviendo sus manos sobre los hinchados pechos, acariciándola, masajeando y jugando con sus pezones entre los dedos antes de pellizcarla con fuerza haciendo que se arquease hacia él—. Untaría estos deliciosos pezones con nata y los chuparía hasta que estuviesen limpios y duros como bayas.

Bajó la boca sobre sus pechos y succionó uno de ellos haciéndola gemir, un duro brazo cruzó su cintura manteniéndola sobre la mesa, impidiéndole moverse mientras cambiaba de un pecho al otro para prodigarle la misma atención.

—Amo Horus…

—Sí, deliciosa. —Sopló la sensible y húmeda carne provocándole un estremecimiento de placer—. Toda una gatita. Mi *Kitty*.

Se derritió ante la forma en la que le hablaba, cómo susurraba su nuevo nombre y volvió a gemir cuando el brazo que la sujetaba contra la mesa se deslizó hasta que solo quedó su mano sobre su vientre, acariciándola mientras descendía sobre la breve falda.

—Sabes, creo que sería muy divertido verte vestida de colegiala, con una faldita plisada incluso más corta que esta, una blusa atada bajo tus pechos y una chaquetita de punto —murmuró apreciativo al tiempo que tiraba de la cintura de la falda hacia abajo, arrastrándola de su cuerpo—. Dios… Sophie… todavía recuerdo esa maldita falda plisada que te pusiste por tu dieciocho cumpleaños, las medias por encima de la rodilla… Eras un auténtico diablillo de lo más sexy…

Gimió ante sus palabras.

—Todavía conservo esa falda.

Gruñó, pero sus caricias desmentían el sonido de su voz.

—Te dije que la quemaras.

—Y por eso la conservé, señor —ronroneó echando la cabeza hacia atrás, encontrándose con su mirada.

—Siempre has sido una descarada —le dijo sin apartar los ojos de los de ella—, una coqueta y descarada. Si te vuelvo a ver así fuera del club, te doy una zurra. Levanta el culo.

Hizo lo que le pidió y le arrancó la falda de un tirón, sacándosela por los pies y lanzándola por encima del hombro como si no fuese más que un trozo de tela.

—Sí, esto está mucho mejor. —La miró con hambre—. Me gusta ver ese coñito depilado, mantenlo así.

—Sí, señor. —Gimió al notar sus dedos acariciándole el monte rasurado.

—Tan obediente. —Se rio por lo bajo, se inclinó sobre ella y volvió a capturar sus labios en un rápido beso—. Pero no serás tan obediente en un rato…

Ella quiso discutir sus palabras, pero su lengua volvió a sumergirse entre sus labios robándole el aliento.

—Parece que llego a tiempo para el postre.

La inesperada voz la sobresaltó, jadeó bajo los labios que la devoraban, pero no le permitió retirarse, moverse o ver quién era el que los había interrumpido hasta que Horus rompió el beso y gruñó.

—Toma asiento y sírvete —dijo retirándose lo justo para mirarla—, y tú quédate muy quieta.

—Pero…

—Quieta, Kitty —insistió posando la mano entre sus pechos, deslizando luego los dedos hacia sus pechos, para jugar de nuevo con uno de sus pezones—, quiero que el Amo Dain vea lo buena sumisa que puedes ser.

El rostro del aludido entró entonces en su campo de visión y se le cortó la respiración.

—Bonito collar, Horus —comentó el Dom recorriéndola con la mirada—, te sienta bien, Kitty.

Su respuesta fue involuntaria. Sus brazos, que habían permanecido a ambos lados de su cuerpo subieron para cubrirse, pero unos fuertes dedos se cerraron alrededor de una de sus muñecas.

—No. —La regañó Horus, le levantó la mano y se llevó uno de sus dedos a la boca, mordisqueándole la yema del dedo—. No vas a cubrirte, vas a estarte quietecita y vas a dejar que disfrute de tu cuerpo…

—Pero…

Se inclinó sobre ella.

—¿De quién es este cuerpo, sumisa? —le dijo al oído—. Mío. Porque tú eres mía. Así que, si deseo jugar con él, lo haré. Si deseo compartirlo con otro amo, lo haré. Y tú, gatita mía, lo disfrutarás.

Gimió, pero no sabía si era una protesta o una erótica aceptación.

—¿Esa es la respuesta que debes darme, Kitty?

Se lamió los labios.

—No, señor. Lo siento señor. —Tragó con dificultad.

Le acarició el rostro con los nudillos.

—Buena chica. —La premió—. Pero creo que terminarías rebelándote aún sin pretenderlo, así que solucionémoslo.

Al mismo tiempo, dos fuertes manos se cerraron sobre las suyas y en un abrir y cerrar de ojos, un par de puños se cerraron a su alrededor, anclando sus brazos a ambos lados de la mesa permitiéndole una mínima movilidad.

—Ay dios… —Jadeó al darse cuenta de que la habían atado, de que estaba totalmente a merced de los dos hombres más enigmáticos del club—. Ay dios…

—Respira, dulzura, respira. —La acarició Horus, resbalando las manos sobre su piel, masajeándole los pechos, tironeando de sus pezones, pellizcándoselos hasta el borde del dolor. Al mismo tiempo, otro par de manos más ásperas, se deslizaron sobre sus caderas, rozándole el monte de venus y bajando por la cara interior de sus muslos haciendo que los cerrase de golpe.

—No, pequeña, ni lo sueñes.

Había un toque de risa en la oscura voz masculina, levantó la cabeza y se encontró al Amo Dain mirándola divertido. Una peculiar sonrisa curvó sus labios un momento antes de que aferrase cada uno de sus tobillos y, subiéndole las piernas hacia arriba y luego hacia los lados, la dejó totalmente abierta mientras la inmovilizaba también con sendas ataduras.

—Mantén los ojos en mí, Kitty. —La llamó Horus, pellizcándole el pezón, haciendo que

el caliente deseo la atravesase como un relámpago—. Quiero ver cómo esas esmeraldas se oscurecen de placer cuando el Amo Dain se dé un festín entre tus piernas.

Jadeó ante sus palabras, sus mejillas se colorearon y todo su cuerpo acusó un inesperado estremecimiento de placer.

—*A-amo*… *n-no* sé sí es… es… a…

Horus bajó sobre su boca, la besó en los labios, demorándose con lentas pasadas de la lengua.

—Te gustará, sumisita y yo disfrutaré inmensamente viendo cómo te retuerces bajo su boca, como gimes y lloras por la liberación. —Sonrió maquiavélicamente—, porque, dulzura, no te estará permitido correrte.

Abrió los ojos como un búho y empezó a sacudir la cabeza en una negativa.

—No… no amo… por… por fa…

—Silencio. —Le tapó los labios con un dedo. Entonces levantó la mirada por encima de su cuerpo y se encontró con la mirada de su compañero—. *Bon apetite*, compañero.

La primera pasada de la lengua masculina a través de su tierno sexo la dejó sin aliento, pero solo fue el comienzo de aquella inesperada tortura. Horus se concentró en pellizcar sus pezones, en succionarlos en su boca y volverla completamente loca mientras el Amo Dain se daba un festín entre sus piernas. Entre los dos parecían tender un cable eléctrico entre sus pechos y su clítoris, haciendo que todo su cuerpo se arquease sobre la mesa, sus miembros tirasen de las restricciones y de su boca empezasen a salir toda clase de gemidos, quejidos y gritos de placer.

—Oh Dios… señor... por favor… amo… amos…

Su mente se estaba haciendo papilla, no podía pensar en nada que no fuese la boca que succionaba su clítoris, los dos dedos que resbalaban entre sus pliegues y que se introducían en su interior o en la boca caliente y húmeda que chupaba sus pezones. Tembló cuando la caliente necesidad estalló en su interior, despertando todas y cada una de sus terminaciones nerviosas, amenazando con derretirle las entrañas. El orgasmo se construía en su bajo vientre y amenazaba con arrebatarle la cordura.

—No puedes correrte, gatita —dijo alguien—. Todavía no.

Gimió, quiso gritar de frustración, sobre todo cuando los dedos abandonaron la ceñida funda de su coño y la lengua se limitó a torturarle el clítoris.

—Oh por favor… por favor…

Escuchó una risa puramente masculina, llena de satisfacción, entonces un nuevo aguijón de caliente dolor le atravesó el pecho, primero un pezón y luego otro.

—Horus, por favor… señor, no… no puedo más… por favor…

Su respuesta fue morderle suavemente el pezón, una aguda punzada de necesidad la atravesó haciendo que se le curvasen hasta los dedos de los pies, su sexo palpitó y se humedeció aún más bajo la ansiosa boca que lo succionaba.

—¡Señor, por favor!

—Va a volverse loca, Horus, será mejor que le permitas llegar.

—Todavía no.

Lloriqueó, no podía más, si seguían asediándola de esa manera iba a volverse loca, su cuerpo ya no le pertenecía, el control se escapaba de entre sus manos y explotaría de un momento a otro.

La lujuriosa boca de su amo abandonó sus pechos y sus labios succionaron los suyos en un caliente y tórrido beso que la derritió.

—Horus —lloriqueó—. No aguanto más… es… es una tortura…

—Una tortura deliciosa. —Gruñó ante sus labios—, una tortura que recordarás cada vez que te diga que no puedes correrte.

—Oh por favor…

—Dain te está volviendo loca, ¿eh?

—Sí… y tú también…

Se rio entre dientes.

—Eso es lo que pretendemos, gatita, volverte loca de placer.

Dicho eso volvió a besarla y al mismo tiempo, un dedo volvió a deslizarse dentro y fuera de su sexo, el pulgar rozándole el sobreexcitado clítoris al punto de hacer las caricias insoportables. El calor crecía en su interior, arremolinándose en su vientre, enviando pequeñas descargas eléctricas que acabaron con su resistencia.

—Amo por favor, oh, Dios, por favor, por favor, por favor… —Llegó al punto de llorar—, no más, no más…

Una nueva risa, una carcajada y una voz gruesa y masculina acariciándole el oído.

—Ahora, gatita, córrete para mí. —Le ordenó Horus.

No necesitó nada más, su cuerpo estalló con una ola de calor que abrasó su interior. El placer se desbordó a través de sus venas, haciendo crepitar sus nervios y arrancándole un quejido ahogado de su garganta. Sus caderas se sacudieron bajo el peso de un fuerte brazo un instante antes de notar como algo duro y grande ocupaba su vacío sexo y unos labios ahogaban sus agónicos gritos.

Inmovilizada, anclada a la mesa, su cuerpo estaba a merced de esos dos hombres, su mente se había hecho pedazos y apenas podía registrar un pensamiento coherente. Gimió con cada embestida, su sexo se estremeció con cada nuevo embate, reavivando el fuego, exprimiendo el placer y avivando de nuevo su hambre. La boca que acallaba la suya era cálida, su sabor salobre y sus labios tan ansiosos sobre los suyos como lo habían estado antes sobre su sexo.

El Amo Dain la estaba besando, estaba bebiendo de su boca mientras Horus la poseía con movimientos rítmicos, profundos, exprimiendo su previo orgasmo al tiempo que hacía crecer uno nuevo en su interior. Juntos la habían desarmado, la habían convertido en gelatina y le estaban procurando un placer que no había experimentado en la vida.

—Una vez más, cariño. —Escuchó la voz ronca de Dain—, dánoslo una vez más.

Su voz la estremeció, el placer siguió creciendo y creciendo y su cuerpo ya no fue capaz de contenerlo.

—¡Oh, Dios mío!

Se corrió gritando, su mente se hizo pedazos, cerró los ojos y soportó el caleidoscopio de colores que se formó detrás de sus ojos mientras volaba hasta límites insospechados solo para bajar de nuevo mecida en calor, agotamiento y una absoluta placidez.

Lo último que creyó escuchar fue un intercambio entre esos dos hombres, algo parecido a:

—Eres un hijo de puta con suerte, Horus, no la dejes.

—No lo haré, no la dejaré ir otra vez.

La oscuridad la reclamó y sucumbió a ella.

CAPÍTULO 20

—¿Por qué?

El suave susurro atrajo la atención de Horus al cálido y dulce peso que tenía en brazos. La había envuelto en una suave manta y se había acomodado en el sillón con ella después de que Dain y él la hubiesen desatado. Su mente se había desconectado durante un par de minutos, entonces había farfullado algo sobre que la dejaran dormir que estaba muy cansada y ambos se habían reído.

Aquellas eran las primeras palabras medianamente conscientes que oía de sus labios.

—¿Por qué?

Asintió acurrucándose más contra su pecho, hociqueándole el cuello con la nariz como una gatita mimosa.

—¿Por qué él?

Resbaló la mano sobre su cuerpo, notando la curva de su brazo bajo la tela, la redondez de su cadera, su cuerpo atravesado sobre sus piernas, recogido en su regazo.

—Porque eres mía, porque quiero que seas muy consciente de que puedo entregarte a quién quiera si ese es mi deseo ya que es mi voluntad y mi privilegio —respondió sin pensárselo demasiado—. Y porque quiero dejar claro a todo el que se atreva a poner los ojos sobre ti qué pueden mirarte, pueden tocarte si se lo permito, pero no pueden poseerte. Porque me perteneces por completo, tus gritos son para mí, tu necesidad es mía y ellos solo son una herramienta para sacarte a la luz.

—Eres un amo complicado —musitó con un suspiro.

Le acarició el pelo con gesto distraído.

—Soy lo que ves, Kitty, un amo dispuesto a todo por la sumisa que le entregue su sumisión.

Se acurrucó en sus brazos.

—Haces bien en decírmelo, porque ese es el único amo al que podría entregarle todo lo que soy.

Bajó la mirada sobre ella, sin saber cómo responder a esa afirmación. Todavía intentaba comprender qué estaba haciendo, qué sentía con ella en sus brazos. Sabía que no iba a dejarla a ir, no quería dejarla ir, pero ¿podía conservarla? ¿Podía recuperarla después de haber sido él quien la había alejado?

Todavía le sorprendía que hubiese aparecido de nuevo en su vida tras cuatro años separados. No se había tratado de un encuentro fortuito, le había buscado, había ido directamente al club dispuesta a liberarle de una promesa hecha a su hermano. No había pedido explicaciones, no lo había confrontado como habría hecho cualquier otra persona…

—¿Por qué has vuelto? ¿Por qué ahora? —Las palabras brotaron de su boca ante de poder contenerlas.

Ella se acurrucó aún más, encogiéndose sobre su regazo como si temiese que pudiese arrancarla de él.

—Contéstame. —Bajó el tono de voz, metiéndose en su papel de amo—. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Porque llevo demasiado tiempo huyendo, demasiado tiempo preguntándome «y si…». —Se movió, levantando la cabeza, mirándole con ojos somnolientos—. ¿Y si esa noche no hubiese ido allí? ¿Y si hubiese puesto más empeño en enamorarte? ¿Y si te hubiese buscado antes?

Le apartó el pelo de la cara y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Si hubiese hecho algo más en aquel momento —musitó ella bajando la mirada—, quizá no te hubiese perdido.

Le levantó el rostro, encontrándose con sus ojos.

—Nada de lo que hubieses podido hacer entonces iba a cambiar las cosas —le aseguró con aplastante sinceridad—. No era el momento…

—Lo sé. Por eso he esperado hasta estar preparada.

Frunció el ceño.

—¿Preparada para qué?

—Para pelear por ti —declaró y concluyó su respuesta abrazándose a él, pegándose de nuevo a su cuerpo—. Quizá no sepa cómo pelear en un ring… pero me sobra energía para hacer otras cosas.

Sacudió la cabeza y disfrutó de sus brazos, del calor corporal y el aroma floral del champú de su pelo. Siempre había sido una muchachita terca, cuando se le metía algo en la cabeza no había manera de sacárselo y él era igual, por eso habían chocado tan a menudo.

La besó superficialmente, buscando sus labios, necesitando su boca, recibió lo que buscaba, un beso tierno, cariñoso que hablaba sin palabras de la mujer que acunaba.

—Estás frunciendo el ceño, señor —murmuró ella, sus dedos salieron de debajo de la manta y le acariciaron la frente—. Piensas demasiado.

—Alguno de los dos tiene que hacerlo.

—Hoy no, ahora no —rezongó y empezó a incorporarse lentamente—. Deja los pensamientos coherentes para otro momento, por favor, señor. Mi cerebro todavía sigue en cortocircuito y no quiero darte ventaja.

Sonrió para sí.

—Parece que ya vuelves a estar de nuevo en el mundo de los vivos —comentó, prefiriendo hacer a un lado sus pensamientos y concentrarse en el momento actual—. ¿Cómo te encuentras?

—En el mismísimo cielo, señor —murmuró con coquetería—. Si me dejas aquí un ratito más, no me quejaré.

No pudo evitar sonreír con pura satisfacción masculina.

—Tentador, pero ya nos hemos ausentado suficiente —replicó él y señaló con un gesto de la barbilla hacia el piso de abajo—. Es hora de volver y finalizar el taller de hoy.

Hizo un puchero.

—¿Puedo protestar, Amo Horus?

Enarcó una ceja, entonces sonrió travieso.

—No —declaró, la empujó de su regazo hasta que puso los pies en el suelo y se incorporó, levantándola al mismo tiempo, comprobando que se mantenía en pie. Conforme con su estabilidad, dio un paso atrás y le arrebató la manta dejándola gloriosamente desnuda—. Vístete y reúnete conmigo en la planta principal.

—Sí, señor.

—Y Kitty. —Se inclinó para acariciarle el oído con los labios—. Gracias por tan delicioso postre.

Ella se sonrojó completamente, una imagen deliciosa y erótica que se quedó grabada indeleblemente en su mente.

—Ha sido un placer, Amo Horus.

CAPÍTULO 21

—¡Sophie, Sophie, Sophie!

La aludida levantó la mirada de la pantalla del ordenador, dejó el lápiz óptico a un lado y se estiró antes de ver a su jefa entrar por la puerta de su oficina. Llevaba toda la mañana intentando terminar el diseño, pero lo ocurrido la noche anterior volvía una y otra vez a su mente rompiendo toda su concentración.

—¿Qué pasa? —Se echó hacia atrás en la silla—. ¿Dónde está el fuego?

—Aquí —dijo levantando una hoja de papel—. Deja todo lo que estés haciendo y acompáñame, por fa.

Ladeó la cabeza ante la inusual petición.

—¿Qué te acompañe? ¿A dónde?

—A la *Crossroad Company*.

Su jefa acortó la distancia que las separaba y se detuvo ante ella, posando el papel sobre la mesa.

—¿*Crossroad*? No me suena de nada.

—A mí tampoco, pero estoy dispuesta a darle una oportunidad. —Señaló las primeras líneas del papel—. Mira, están interesados en el diseño de un logo para la compañía, lo que significa que también necesitarán papelería y posiblemente marketing.

Cogió la hoja y miró el contenido de lo que a todas luces era un *e-mail.*

—¿Nos han contactado por *e-mail*?

—Sí, les envié un presupuesto y quieren discutirlo en persona —explicó—. Necesitamos hacernos con este trabajo, de hecho, necesitamos todo tipo de trabajos.

Leyó el cuerpo del mensaje, una respuesta muy educada que incluía una invitación a las oficinas para tratar un posible acuerdo con su pequeño estudio de diseño para una colaboración. Sin duda era una oferta a tener en cuenta.

Siguió leyendo el correo y el presupuesto que le había presentado Lluvia y abrió los ojos de par en par.

—¿Les has dado este presupuesto por un logo?

—Logo y papelería —dijo mordiéndose el labio inferior con gesto culpable—. Sí, sí, no me digas nada. Sé que me he pasado un poquito…

—¿Un poquito? —Casi se ríe—. Lo que me parece alucinante es que te hayan contestado siquiera, sobre todo porque somos un estudio pequeñito y desconocido.

Su compañera señaló la página.

—Por eso estaba pensando en presentarles un descuento en esta reunión —aseguró con aire optimista—. Nos han citado a las doce de la mañana.

—¿Nos?

—Eres mi diseñadora gráfica, así que sí, nos.

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—De acuerdo. —Alargó las palabras—. Cogeré mi cuaderno, la Tablet con algunos de nuestros mejores diseños y asistiremos a esa reunión.

—Gracias. —Le cogió las manos con gesto ansioso—. Gracias, gracias, gracias.

Asintió sonriendo sin poder evitarlo.

—Sí, bueno, dámelas cuando consigamos ese encargo para el estudio —sugirió con una mueca—. Y con ese presupuesto, descuento incluido.

—Cruzo los dedos para ello —asintió sonriente.

—De acuerdo. —Miró la dirección anotada en la parte de abajo del *e-mail*—. Tú conduces.

—Dani, cariño mío, ¿qué diablos es eso de la reunión con un estudio de diseño?

Brian Reynols se asomó por la puerta de la oficina de su secretaria con gesto contrariado. Se había pasado toda la mañana encerrado en su propia oficina poniéndose al día con las cosas de la compañía. Últimamente el lugar le resultaba asfixiante, especialmente dado que tenía que compaginar su tiempo con su trabajo principal como Inspector de Incendios y Jefe de Bomberos y con el cuidado de su díscola sumisa Luna, la cual estaba todavía convaleciente del accidente que había tenido meses atrás. Por suerte, disponía de la noche de los sábados para perderse entre las paredes de su club y liberar tensiones.

—Primero, no soy tu cariño, así que no intentes camelarme —replicó la secretaria, la cual parecía llevar una semana calentita a juzgar por su mal humor—, y segundo, Jax concertó una reunión con un estudio de diseño para actualizar la imagen de la compañía, una de las cosas que acordasteis hacer. También tienes una entrevista con uno de los nuevos potenciales socios a las cinco de la tarde, eso si te da la santa real gana de atenderla. Oh, y nuestro contable debería de pasarse… —Consultó el reloj—, en una hora.

Enarcó una ceja ante su tonillo de voz y esbozó una perezosa sonrisa.

—Si quieres puedo enseñarte a utilizar una pala o mejor un látigo, de ese modo podrás zurrarle a Trey.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Créeme, jefe Brian, si supiese que una zurra iba a solucionar todos y cada uno de mis problemas, ahora mismo sería toda una *Dómina*. Se dice así, ¿no?

Se rio entre dientes.

—Sí, cariño, así mismo.

Ella asintió, empezó a recoger algunos papeles que tenía en la mesa y volvió a levantar la mirada para añadir.

—Gracias de todos modos —aceptó con gesto tranquilo—. Y no te preocupes, las cosas no van tan mal como parece. Garret está haciendo progresos. Ahora ya me habla de ella, creo que empiezo a conocerla a través de sus ojos y entiendo lo que ha debido de sentir al perderla… Porque sería lo que sintiese yo sí le perdiese a él.

La miró fijamente, sabía que Danielle no estaba diciendo toda la verdad, podría empujarla, hacerla hablar, pero no era algo que le correspondiese a él hacer. Pero no sería quién era si se mantuviese de brazos cruzados viendo como una buena mujer como esta se perdía a sí misma bajo el peso de la incertidumbre. La pequeña secretaria había tenido suficiente oscuridad en su vida como para que el estancamiento del imbécil de su novio hiciese que ella perdiese de nuevo su identidad.

—Fue un duro golpe para todos nosotros —comentó y señaló lo obvio—, pero si hay algo que Ágata quería era que siguiésemos adelante. No se puede pasar la vida solo ni aferrado a un recuerdo. Créeme cuando te digo que tú has hecho que Garret saliese por fin de la espiral de culpabilidad en la que llevaba metido desde hacía años. Él te quiere, no tengo duda alguna sobre

ello. Ahora solo es cuestión de que se dé cuenta de que tú eres la que está viva, la que está a su lado y la que puede darle un futuro. Y si para eso tienes que pegarle una patada en el culo, Horus es instructor de *kickboxing* y puede enseñarte a dar algunos golpes.

—¿Tu socio del club? ¿Nuestro contable? —Aquello la pilló por sorpresa—. ¿Instructor de *kickboxing*? Joder, ¿alguno de vosotros es espía además de tener un trabajo normal? Porque chicos, sois cojonudos.

Sonrió de soslayo.

—Eso es lo que ocurre cuando te unes a la *Crossroad*, cariño, tenemos tanto equipaje que no hay almacén lo suficientemente grande para meterlo todo —le soltó con un suspiro—. Por fortuna, algunos hemos sido capaces de ir deshaciéndonos de algunas cosas.

Sacudió la cabeza y señaló la puerta.

—Bien, señor libre de equipaje, te sugiero que vuelvas al trabajo —replicó con un bajito canturreo—. Tu cita de las doce ya está aquí. Llamaré a Jax para que venga a echarte una mano, así que procura no liarla mientras el capullo de alelí no baje.

—Sabes, Dani, estás muy pero que muy guapa cuando te cabreas… me dan ganas de zurrarte.

—Dile eso a Luna y luego me cuentas que te responde… si sobrevives a ello. —Dicho eso lo echó con un gesto de la mano—. Tenemos clientas, jefe, muévete. *Chop-chop*.

Ahogando una carcajada ante la peculiar actitud de la secretaria principal de la compañía, palmeó el marco de la puerta con la mano y se giró para encontrarse cara a cara con dos atractivas mujeres. Curiosamente, a una de ellas la conocía muy bien.

—Y esto es lo que yo llamo un encuentro inesperado —comentó mirando a la sumisa de Horus de arriba abajo. La chica iba vestida con un sencillo vestido de punto, botas camperas y una chaqueta—. Sophie, ¿qué te trae por la *Crossroad*?

Los ojos de la chica se abrieron de par en par, sin duda tan sorprendida como él de encontrarse con alguien del *Blackish* en aquel lugar.

—Sí, sin duda el mundo es un jodido pañuelo, señor —declaró con voz firme, aunque su nerviosismo subyacía allí—. Um… ella es mi jefa, Lluvia Ivory, estamos aquí en representación del *Estudio Dysar* Tenemos una cita a las doce.

—Sí, acabo de ser informado de ello —aseguró y se giró hacia la otra mujer—. Soy Brian Reynols, uno de los socios de la compañía. Mi socio, Jax Cross, concertó una cita con su estudio para tratar un cambio en la imagen comercial de las oficinas. Si me acompañan, estaremos más cómodos en la sala de juntas. Por aquí, por favor.

Miró a la chica de soslayo y le guiñó el ojo obteniendo un instantáneo sonrojo y una abierta incomodidad. Oh, esta reunión iba a ser de lo más divertida.

CAPÍTULO 22

Nunca había sido una mujer agresiva, pero después de casi una hora encerrada en la sala de juntas intentando mantener las formas y no estrangular al Amo Fire *aka* Brian Reynols, los instintos homicidas de Sophie amenazaban con salir a la luz.

¡El muy maldito había estado desafiándola durante toda la hora! Había puesto a prueba su ingenio y rapidez mental para evadir indirectas, lo único que le había salvado de terminar en el suelo y estrangulado por sus propias manos era que había mostrado verdadero interés cuando pusieron sobre la mesa los distintos diseños que había llevado de muestra y dio su aprobación al proyecto.

—Parece que tenemos un acuerdo, entonces —sentenció Jax estrechando la mano de Lluvia—. Si pudiesen presentarnos algún boceto preliminar para finales de la semana que viene, podríamos ir viendo desde ahí.

Su jefa la miró a modo de consulta y asintió. Tendría que dejar otras cosas de lado, pero podría hacerlo.

—Sí, podría tener listo algún boceto preliminar para entonces —corroboró y acarició su libreta con las anotaciones que había tomado—. Tengo sus comentarios y sugerencias… así que, intentaré ser lo más fiel posible a su idea.

—Gracias —aceptó el señor Cross con una ligera inclinación de cabeza, entonces miró a Brian de soslayo, como si fuese consciente de que los dos se conocían—. Entonces, si me acompaña, señorita Ivory, le daré una muestra de la papelería que tenemos actualmente y lo que nos gustaría cambiar.

Lluvia la miró indecisa, obviamente ella también había visto la tensión que se había palpado entre ella y Brian.

—Encárgate tú, así yo me pasaré por la imprenta para ver si ya tienen las pruebas de impresión que necesitamos. —La instó a ello. De ese modo ella podría largarse de allí a la velocidad de la luz.

—Llévate mi coche, yo puedo volver en metro.

Sacudió la cabeza.

—No conduciría esa cosa ni aunque me pagases por ello —le guiñó el ojo, entonces sonrió —. No te preocupes, me las arreglaré.

Esperó a que la pareja se marchó para girarse hacia el amo con cara de pocos amigos.

—Eres un capullo.

Sonrió abiertamente y se inclinó hacia delante.

—Eres un capullo, señor —la corrigió.

Entrecerró los ojos ante su corrección.

—No estoy en el club y no eres mi amo, así que se quedará en capullo a secas.

Se echó a reír de manera descaradamente abierta.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó levantando ambas manos a modo de rendición—. No he podido evitarlo, parecías tan correcta, tan seria… ¿Hacemos las paces, sumisita?

—Mi nombre es Sophie.

Enarcó una ceja ante su respuesta, pero asintió.

—Lo sé —asintió sin más—. Como también sé que has aceptado ser la sumisa de Horus, con lo que vamos a vernos a menudo por el club.

Su recordatorio la llevó a mirarle.

—Bien, en el club te llamaré señor y Amo Fire, si eso es lo que quieres, pero ahora mismo, soy la diseñadora gráfica que ha contratado tu empresa y, como me sigas tocando las narices, lo que voy a diseñar es un puñetero cerdo vietnamita.

Dicho eso, dio media vuelta y se alejó en dirección a las puertas del ascensor escuchando tras de sí las estruendosas carcajadas del hombre.

—Malditos Doms y su peculiar sentido del humor.

Las puertas del ascensor se abrieron entonces, respiró aliviada y dio un paso adelante solo para darse cuenta de que el karma tenía que estar muy, pero que muy cabreado con ella el día de hoy. Solo así se explicaba que se diese de bruces con él.

—¿Sophie?

—¡Sorpresa! —canturreó Brian desde el otro lado del pasillo.

—Es oficial.

Horus frunció el ceño y la miró.

—¿Qué es oficial?

—El karma me odia.

Dicho eso, lo esquivó y se metió en el ascensor.

Horus reaccionó rápidamente, metió el pie impidiendo que la puerta se cerrase y la llamó con el dedo.

—Sal.

Resopló y salió del ascensor, no era el lugar para montar una escena.

—¿Qué haces aquí?

Brian se adelantó.

—Va a diseñar nuestro nuevo logo publicitario.

La sorpresa de Horus era palpable.

—¿Cómo?

—Cosas de Jax, principalmente —replicó su compañero encogiéndose de hombros—. Pero lo cierto es que tu chica tiene talento, confío en que hará algo realmente interesante que represente la *Crossroad*.

Y esa inesperada confianza en sus posibilidades la sorprendió casi tanto como lo había hecho la aparición de Horus.

—Y con eso queda contestada tu pregunta —comentó ella, se llevó una mano a la cadera y lo miró—. Y ya que estamos poniéndonos impertinentes, seguiré vuestro ejemplo. Y tú, ¿qué te trae por aquí?

—Horus lleva la contabilidad de la empresa —informó Brian quien parecía estarlo pasando realmente bien—. Deberías echarle un vistazo al presupuesto que nos ha dejado. Su jefa nos ha hecho incluso un descuento. A primera vista, me parece una mujer competente y los bocetos que ha traído Sophie de muestra, son realmente buenos.

Él la miró, pero no dejó traslucir ninguna emoción al respecto.

—Ya veo. —Fue todo lo que dijo—. Luego les echaré un vistazo.

—Oh, y solo para tu interés, también me ha llamado *«capullo»*.

Su cantarina acusación la dejó sin aliento, sacudió la cabeza y luego entrecerró los ojos.

—Serás rata…

—Oh, y ahora me ha llamado rata… vamos mejorando.

—¡Lo haces apropósito!

—Claro que no, preciosa, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

—Porque conoce perfectamente a los Doms y lo retorcidos que podemos llegar a ser con una pequeña y traviesa sumisa —añadió Horus mirándola con palpable diversión—. Discúlpate con el Amo Capullo y lo dejaré pasar.

—¿Amo Capullo? —Replicaron los dos a la vez.

—Tú empezaste. —Le recordó Horus con actitud distraída—. Yo solo intento zanjar el asunto sin que la sangre llegue al río.

Aquello era absurdo, pero conocía a los dominantes y sabía que, si no aprovechaba la oportunidad para sacarse de encima sus posibles venganzas, acabaría pagándolo de un modo u otro después.

—Te pido disculpas, Amo Capullo —dijo entonces girándose hacia Brian—, te prometo que no volveré a poner en entredicho tu inteligencia.

Horus se rio entre dientes.

—¿No te recuerda a alguien?

—Dios, eres como mi Luna —aseguró el socio de la *Crossroad* con un mohín, entonces se echó a reír—. Sí, no me cabe duda, mi sumisita y tú os llevaréis muy bien.

Si fuese él, no contendría la respiración. Nunca se le había dado demasiado bien hablar con otras sumisas, era como si ellas no confiasen en tenerla cerca, como si creyesen que iban a perder la atención de sus propios amos. Solo había una chica con la que había congeniado en sus primeras incursiones en la comunidad, pero se había mudado hacía ya un par de años a Europa.

De todas formas, la chica de pelo azul no parecía de ese tipo de personas, cuando le había hablado la había encontrado simpática y agradable.

—Tendríamos que quedar los cuatro y salir a cenar por ahí —añadió Brian frotándose la barbilla—. Podría resultar interesante…

—No corras tanto. —Lo atajó Horus—. Mi contrato con Sophie se ciñe al club…

—¿Y? —Se hizo el inocente—. ¿No podemos salir dos parejas de amigos juntas una noche?

Él optó por ignorar la pregunta y cambió de tema.

—¿Quieres que vea ese descuadre o me has llamado únicamente para verme de traje?

—No voy a entrar a valorar tu gusto sobre moda, amigo —se negó—, así que, pasemos a los libros.

Los miró a uno y al otro y optó por aprovechar ese paréntesis para iniciar la retirada.

—Bien, en ese caso, yo me retiro también —anunció dando rápidamente un par de pasos atrás—. Tengo que pasar por la imprenta y…

—¿A qué hora cierra la imprenta? —La pregunta la cogió por sorpresa.

—A las dos, por lo que ya voy tarde si quiero llegar antes de que cierren —aseguró sincera. Todavía tenía que bajar, coger el metro y rezar por llegar allí en veinte minutos.

—Se iba a ir en metro… —añadió Fire ganándose una mirada fulminante.

Sus ojos se encontraron con los suyos, entonces miró a su compañero.

—Dame quince minutos y te llevo yo —le dijo y no era precisamente una petición. La mirada en sus ojos la instaba de hecho a desafiarle, cosa que no veía factible—. Así te invito a comer.

Abrió la boca para replicar, pero no le dejó.

—La respuesta correcta es, *«gracias, señor»*. —La atajó. Entonces se giró hacia Brian—. Veamos cual es el problema.

Parpadeó sin saber qué hacer, pues ambos hombres le dieron la espalda y se alejaron en sentido contrario, dejándola sola.

—Gracias… señor —arrastró las palabras como si chirriaran—. Pero ya tengo planes…

Entrecerró los ojos y caminó directa hacia el ascensor. Si ese hombre pensaba que podía darle órdenes fuera del club, estaba muy…

—Kitty. —La detuvo en seco al pronunciar su nombre especial—. Si coges ese ascensor, te enseñaré exactamente cómo quedan las marcas de las tiras del *flogger* sobre el culo.

Y con esa frase final desaparecieron en una habitación.

CAPÍTULO 23

Horus sabía que había actuado por impulso. El encontrarla en lugares inesperados empezaba a resultar la más extraña de las casualidades, pero en esta ocasión, al igual que hacía dos días en el gimnasio, su presencia había estado más que justificada. No había mentido o inventado excusas. Habían hecho una parada en la imprenta que ella le había indicado y comprobó cómo recogía unas muestras que tenían encargadas para el estudio.

La había invitado a comer sin pararse a pensar en si tendría otros planes, sencillamente había deseado pasar un par de horas con ella en un ambiente que no estuviese tan condicionado, como en el caso del club. No dejaba de ser curioso que desease su compañía cuando en el pasado había hecho todo lo posible para evitarla.

—¿Encuentras algo apetecible?

Sophie bajó la carta del *Temptations* y lo miró de hito en hito. Había elegido ese restaurante no solo por su cercanía, sino porque el chef y propietario era uno de los miembros del club. Camden O´Rourke poseía una mano excelente en la cocina y un gusto exquisito a la hora de sacar adelante un local de esas características.

—¿Dentro de la carta? —respondió con gesto inocente—. Sí, hay un par de platos que me llamarían… si no gritase más el precio que los ingredientes.

Sonrió de soslayo.

—Dije que te invitaba a comer, Sophie —le recordó divertido—. Olvídate del precio.

Suspiró.

—Me habría conformado con una pizzería y no me sentiría tan cohibida.

—¿Cohibida? ¿Tú? —La idea le causó un pequeño ataque de risa—. Ese es un buen chiste, nena.

Las mejillas se colorearon y optó por bajar la mirada y coger de nuevo la carta.

—Lo cortés no quita lo valiente —replicó en voz bajita, carraspeó y volvió a repasar la carta—. Creo que pediré una ensalada…

Puso los ojos en blanco, le quitó la carta de las manos, hizo un rápido barrido y la miró.

—¿Te sigue gustando la carne?

Al ver que no respondía levantó la vista y la encontró mirándole.

—¿Qué?

Parpadeó un par de veces, como si no se hubiese dado cuenta de que se había quedado pasmada y se lamió los labios.

—Lo siento. Sí, me sigue gustando la carne —aceptó—. De todo tipo a excepción de…

—La caza —recordó. Se miraron durante unos segundos, recordando otros tiempos, otra vida y suspiró—. Supongo que hay cosas que no cambian con el tiempo.

—No, las hay que permanecen inalterables a través de los años —corroboró y optó por bajar la mirada, cogió su copa de vino y bebió un sorbo.

La observó en silencio, contemplando la mujer sentada ante él, la forma en que su pelo le enmarcaba el rostro, la línea de su nariz, la altivez de sus pómulos, la dulzura de sus facciones y ese aire de cambio que se adquiría de la adolescencia a la adultez.

—Y otras cambian para mejor —murmuró más para sí mismo que para ella—. Te

recomiendo la carne en su jugo con guarnición especial. El chef la deja siempre en su punto y es deliciosa.

Animada por una conversación neutral, levantó la mirada y asintió.

—Era una de mis dos elecciones —aceptó—, y una crema de espárragos y beicon de primero.

—En ese caso, ya está decidido —concluyó recogiendo su carta y dejándolas ambas a un lado de la mesa—. ¿Lo ves? No era tan difícil.

—No. Mientras pagues tú…

La miró con ironía.

—Una mujer materialista, ya veo.

—No esperarías que te quisiera solo por tu espléndido cuerpo.

Le sostuvo la mirada.

—No sé, dulzura, yo ciertamente te quiero a ti por el tuyo.

—Típico en el género masculino. —Puso los ojos en blanco, pero estaba disfrutando del intercambio.

—Entonces, ¿cómo es que terminaste en la *Crossroad Company*?

Aquel era un terreno seguro en el que ambos podían navegar y empezar a relajarse.

—Mi jefa recibió una solicitud del señor Cross, querían hacer una actualización a la imagen de la compañía. Al parecer vio algunos de los trabajos gráficos que hice para pequeñas empresas y se mostró interesado —explicó—. Lluvia envió un presupuesto, Jax Cross la citó para hablar del mismo y eso fue todo. Mi estudio tiene el trabajo y la compañía tendrá una nueva imagen. Lo que no sabía era que el Amo Fire trabajaba también allí.

—Brian es uno de los socios de la compañía.

—Sí, eso nos han explicado —corroboró, entonces lo miró—. Y no es el único que parece tener más de un trabajo. No sabía que llevabas la contabilidad de otras empresas.

—Querían que alguien de total confianza le echase un vistazo a las cuentas de la compañía, así que, después de hacerlo una vez a petición de Brian, me convertí en el contable de la compañía. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—Contable, instructor de *kickboxing*, propietario de un club erótico y amo, ¿me dejo algo en el tintero? —resumió al tiempo que cogía su copa y pegaba otro sorbo.

—Diría que estás bien informada.

Estaba dispuesta a responder, pero la oportuna llegada del camarero la interrumpió. Pidió por los dos, confirmando con ella el pedido y agradeció al camarero antes de que volviesen a quedarse solos.

—Y tú, ¿te dedicas a algo más, aparte de diseñar para ese estudio? —la miró cogiendo su propia copa y probando el vino.

—Me temo que mi vida no es tan interesante como la tuya. —Se encogió de hombros—. Tengo un trabajo a jornada completa, colaboro siempre que puedo con algunas asociaciones vecinales o en el comedor social de la parroquia del reverendo John. Los fines de semana me gusta ir al cine o quedarme en casa vegetando...

—Así que eres una chica ocupada.

Se encogió de hombros.

—No tanto como tú.

—¿Y dónde encaja el jugar en clubs de BDSM?

Se encogió de hombros, pero estaba claro que la pregunta la molestaba un poco.

—Digamos que era algo que no sabía que necesitaba hasta que me di de bruces con ello —

replicó sin más—. Entonces conocí a Damien y él me llevó a algún que otro local.

—A partir de ahora solo tendrás un patio de juegos —le aseguró con tono irónico—. El *Blackish*.

Puso los ojos en blanco, pero no replicó.

—No oirás ni una sola queja por mi parte al respeto —declaró con sencillez.

Sacudió la cabeza y se reclinó en el respaldo, disfrutando del momento de tranquilidad y charla.

—Ya veremos si mañana piensas lo mismo —le dedicó un guiño, lo que hizo que esas bonitas mejillas se colorearan ligeramente.

—¿Vas a darme motivos para pensar lo contrario? —ladeó la cabeza con gesto coqueto.

—Puedo darte motivos para muchas cosas, ese es mi trabajo y mi responsabilidad como tu Dom.

Se limitó a asentir, se lamió los labios y lo miró.

—Entonces, ¿trabajas a jornada completa?

—Por turnos —puntualizó—. Eso me da tiempo libre para dedicarlo tres días a la semana en el gimnasio.

—Estás haciendo lo mismo que hacía Robert —comentó pensativa—. Les estás dando otras opciones a los chicos del barrio.

Tenía que haber imaginado que ella habría estado al tanto de las actividades de su hermano, especialmente si mantenía el contacto con el reverendo John. Después de todo, Rob no se había molestado en ocultar que intentaba ayudar a los chicos que venían del mismo lugar que él. Y Sophie parecía dispuesta a seguir sus pasos, algo que la honraba.

—Todos necesitamos tener distintas opciones. —Se encogió de hombros—. Dependiendo del camino que elijas, puedes optar por unas cosas o por otras.

—¿Por eso elegiste luchar en primer lugar?

La inesperada pregunta cayó sobre ellos como una bomba. Se miraron a los ojos y ella no vaciló. No lo estaba acusando, una vez más no había ni pizca de acusación en su voz, solo interés y curiosidad.

—Elegí luchar porque necesitaba dar rienda suelta a la ira que guardaba en mi interior —confesó parte de la verdad—. Era una forma segura de hacerlo y evitar terminar como muchos otros, perdidos y en la calle.

—¿Fue por mí?

—No, Sophie —negó sin vacilar—. Fue por mí, porque era algo que necesitaba en ese momento.

Una excusa para mantenerse fuera de casa, obtener dinero y permitirle a ella tener la vida que Rob deseaba para su hermanita.

—¿Cuándo dejaste de luchar?

Horus se preguntó si alguna vez había dejado de hacerlo. Podía no estar subido en un ring, peleando con las manos, pero desde que ella se había cruzado de nuevo en su camino la vieja lucha que existía en su interior había vuelto.

—Cuando comprendí que ciertas luchas no me llevaban a ningún sitio —dijo en cambio. Aquello no era totalmente falso—. Entonces decidí dirigir mis esfuerzos y experiencia hacia otro campo convirtiéndome en instructor. Desde entonces me dedico a enseñarles a otros chicos y chicas que existen alternativas en la vida.

—Eso es bonito —comentó con aire pensativo—. Me alegra que hayas podido encontrar esa salida que necesitabas y lamento no haber podido contribuir a ello en su momento.

Cualquier posible respuesta quedó suspendida ante la llegada de la comida, a partir de ese momento se dedicaron a disfrutar de ella, charlar de sus respectivas vidas y, en definitiva, demostrarse el uno al otro que habían sobrevivido.

Para el postre, Sophie ya estaba haciendo ruiditos de lo más sensuales al degustar de la tarta de chocolate y nata que le habían servido, su concentración se había ido por senderos nada recomendables en un establecimiento público.

—Ay dios, acabo de hacerme fan incondicional de este postre —ronroneó lamiendo la cuchara—. Está buenísimo.

—Y ese es sin duda el mejor halago que puede recibir un cocinero.

Levantó la mirada y sonrió de soslayo al ver a Camden vistiendo la camisa de chef.

—Espero que hayáis disfrutado de la comida. —Los saludó—. Me avisaron que estabas aquí y no quería dejar pasar la oportunidad de saludar.

—Y también de cotillear, ¿no? —Lo acusó Horus con gesto divertido—. ¿Sumi se fue de la lengua?

El chef sonrió divertido.

—Logan fue el que no se dejó nada en el tintero, Siobhan es más… discreta en ese sentido —aseguró y miró a la chica.

—Camden O´Rourke, Sophie Joyce —los presentó—. Sophie, Cam es el otro amo de Sio, la pelirroja que ha venido al club con Logan. Los recordarás del taller de ayer.

—Sí, los recuerdo. Hola —lo saludó ella—. Es un placer conocerte y, de todo corazón, gracias por crear un postre como este. Está delicioso.

El hombre asintió.

—También es el favorito de mi mujer —declaró él con visible orgullo—. Y el placer es mío, Sophie. Bienvenida al *Temptations*.

—¿Vas a pasarte mañana por el club?

—No me perdería lo que tienes montado por nada del mundo. —Se rio entre dientes. Le palmeó el hombro y le guiñó el ojo a la chica—. Estáis invitados, gracias por venir y nos vemos mañana.

—Gracias, Cam. —Le estrechó la mano y vio cómo se marchaba el chef.

—Así que, él es el otro Dom de Siobhan —comentó Sophie pensativa—. De veras, esa chica es digna de admiración.

Sonrió de soslayo ante su comentario.

—Tú solo deberás de preocuparte por mí —le soltó—, y con quién decida incluir en nuestros juegos.

Sus mejillas volvieron a sonrojarse y disfrutó de esa inusual y deliciosa vergüenza un poco más.

CAPÍTULO 24

Sophie dejó a un lado el cuaderno de dibujo, estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás para disfrutar del exiguo calor del sol. No podía dejar de pensar en el rato que había pasado con Horus en el restaurante, en el hombre relajado y divertido que la descolocaba. Oh, no dejaba ni un solo momento de ser el Dom que había empezado a conocer, de ejercer ese poder sobre ella, pero a excepción de alguna que otra insinuación, se había comportado como el chico que recordaba.

Era una mezcla interesante de pasado y presente, del hombre que fue y el irreverente dominante que era ahora y la combinación resultaba tan atractiva como apabullante.

—Un hombre del que podría enamorarme nuevamente sin ningún problema.

¿A quién pretendía engañar? Ya estaba enamorada de él, llevaba enamorada de él toda la vida, pero su enamoramiento juvenil, su encandilamiento y obsesión empezaba a tornarse en algo real, maduro, matizado por la pasión y una sensación de corrección.

Con él no tenía que ser alguien que no era, no tenía que fingir y eso era liberador.

Se dejó ir y extendió los brazos sobre el amplio césped dónde más gente se había citado para tomarse un descanso, leer, jugar con sus mascotas o simplemente hacerse arrumacos. Ladeó la cabeza y vio a una joven pareja tumbada sobre una manta de picnic, charlando en voz baja, manteniendo un romántico secreto. Hubo un momento en que deseó tener eso mismo con su marido, esa complicidad, ese floreciente y romántico amor, pero ahora su mente dibujaba una imagen muy distinta. Se vio así misma tumbada sobre esa manta, el cuerpo de Horus cerniéndose sobre ella, sus ojos clavándola en el lugar, sujetando sus manos por encima de la cabeza mientras le devoraba la boca sin darle opción a protestar.

Una punzada de deseo en su bajo vientre y la incipiente humedad entre sus piernas fue suficiente para hacerla descartar la imagen y concentrarse en algo más anodino.

—Nubes, nubes blancas, cielo azul… dios… estoy caliente y ni siquiera me ha tocado —masculló para sí.

Mañana por la noche el *Blackish* volvía a abrir sus puertas y él volvería a ser su amo; el único para ella. Se lamió los labios y cerró los ojos rememorando sus últimas palabras.

«Tú solo deberás de preocuparte por mí y con quién decida incluir en nuestros juegos».

El que la hubiese compartido con el Amo Dain había sido tan inesperado como caliente. Ni siquiera le habían dado opción, él había tomado las riendas y se había limitado a dirigirla de la manera que deseaba. La alimentó cuando ni ella misma se daba cuenta que tenía hambre, le dio aquello que necesitaba en el momento en que lo necesitaba, la volvió loca y la condujo a niveles de placer que no había tocado antes. Sí, era un amo cabronazo, pero no podía encontrar un solo pero a lo que le había hecho; había adorado cada uno de esos momentos.

¿En qué la convertía eso? ¿En qué los convertía a los dos?

Aquello nada tenía que ver con su relación en el pasado, con esos seis años en los que se habían pertenecido el uno al otro solo por lo estipulado en un papel…

—Un contrato entonces y un contrato ahora —replicó en voz alta e hizo una mueca—, y sin embargo, su significado es totalmente distinto.

Sacudió la cabeza, dobló el brazo sobre los ojos y suspiró.

—Yo soy distinta —concluyó sabiendo que ahí radicaba la diferencia.

Ambos habían cambiado, habían escogido caminos separados que los habían llevado a forjarse su propia vida, a descubrir quiénes eran realmente y aceptar lo que la vida se proponía darles.

Sophie no era de las que creían en el destino, había dejado de hacerlo desde aquella noche pero ahora volvía a plantearse si eso no era lo que estaba pasando… ¿Sería el destino intentando reunirlos de nuevo?

—Una vez fuiste una niña solitaria, abandonada, enamorada de un sueño, de la sensación de protección que te brindaban… —resumió haciéndose a sí misma un análisis del pasado—. Esa niña despertó de su sueño para darse cuenta de que el mundo no era de color de rosa, para comprender que le gustaba más el color negro que los tonos pastel y que el mundo es un enorme hijo de puta que no tiene inconveniente en ponerte la zancadilla una y otra vez. No, ya no soy esa niña y la mujer que ahora vive en mí desea más, mucho más… Desea un amo que la entienda, que la desee y que sea capaz de lidiar con su oscuridad… el único amo posible.

Se rio entre dientes.

—Debería ponerme a escribir todas estas cosas, quizá fuese capaz de convertirlo en un *bestseller* —ronroneó. Apartó el brazo y entrecerró los ojos mirando al cielo—. Sigo siendo una soñadora… pero mis sueños ahora están plagados de cuero, placer y unos ojos azules que me llenan el alma.

Sonrió de soslayo.

—Una sumisa enamorada de su amo —murmuró para sí—. Hablando de cosas complicadas…

Echó un vistazo a su lado y vio el cuaderno en el que había estado bosquejando algunas líneas, intentando visualizar lo que les habían dicho los dos socios de la *Crossroad Company*.

—Un cruce de caminos… elecciones que tomar… un sendero que transitar… esperanza… un futuro… libertad… —Cerró los ojos y dejó que su mente conjurase las palabras claves que había anotado—. Todos estamos en algún momento de nuestras vidas en un cruce de caminos, con un sinfín de caminos entre los que podemos elegir, pero solo cuando decidimos echar a andar podemos ser dueños de nuestras vidas…

Abrió los ojos de golpe, se incorporó y parpadeó un par de veces.

—Eso es… —Recuperó el bloc de dibujo, eligió una página nueva y empezó a dibujar a toda velocidad, haciendo líneas rápidas, dando forma a la idea que tenía en mente—. Sí… eso es lo que significa la *Crossroad Company*…

Cuando se detuvo, la punta del lápiz terminó en una esquina del papel y, en su centro, había dibujado un boceto básico de lo que esperaba fuese el logo adecuado para esa misteriosa compañía.

—Todo es cuestión de elecciones, de echar a andar.

Y ella lo había hecho cuatro años atrás, había elegido un camino y una dirección, no había sido un sendero fácil, ¿pero qué vida lo era?

—Ahora solo debo alcanzar la meta —murmuró para sí—. Sí, mañana será una gran noche.

Horus mantuvo la mirada fija en los dos jóvenes combatientes que estaban sobre el ring, los pies de los dos se movían con rapidez aunque les faltaba un poco de coordinación. Había comprobado el mismo las protecciones de cada uno de ellos, así que el máximo daño que podrían

recibir era un par de golpes en el culo cuando cayesen sobre la lona azul del suelo.

—Jake sube la guardia o te dará un guantazo.

El chico cumplió la orden y levantó un poco más los puños, protegiéndose a tiempo del primer ataque.

—Bien, sigue así —lo premió y pasó su atención ahora al atacante, un chico el doble de corpulento que tenía mucho que aprender, empezando por no subestimar a su contrario—. Carlos, menos pasos de baile e intenta conectar una patada.

Se movió con agilidad, levantó la pierna y fue efectivamente parado por la protección de su contrario.

—Otra vez.

Se repitió el movimiento con la consiguiente parada, pero esta vez su contrario reaccionó al momento bloqueando el golpe y devolviéndole otro que llevó a retroceder al chico hasta terminar en el suelo por un desequilibrio.

—Buen punto, Jake.

—Gracias, *sensei*.

La alarma del reloj que tenía marcada con los tiempos sonó en ese momento.

—De acuerdo, cada uno a una esquina —anunció—. Descansamos un minuto y repetimos.

Les lanzó un par de toallas y aprovechó para echarle un vistazo al resto de sus alumnos los cuales estaban divididos entre el salto de comba y golpear el saco.

—Chicos, ¿alguno ha visto a Mac? —preguntó haciendo un rápido recuento. Miró el reloj y frunció el ceño.

Mackenzie no solía perderse ningún entrenamiento, especialmente si realizaban pequeños combates de entrenamiento. Era uno de los chicos que venían cada día al gimnasio y, por lo que le había dicho Dain, por su clase tampoco había aparecido.

—No le he visto últimamente —aseguró Carlos deteniendo el saco tras un impacto para girarse hacia él—. Y es extraño. Vivimos en la misma zona, *sensei*.

Sacudió la cabeza, eso no era algo que quisiese oír.

—¿Estará enfermo? —sugirió Lisa dejando la cuerda para secarse la cara.

Negó con la cabeza.

—Mac se arrastró al entrenamiento a pesar de tener casi cuarenta de fiebre.

Recordaba ese día porque le había quitado la mierda de encima a gritos, luego lo había llevado al hospital y se había encargado de comprar el mismo los medicamentos. Sabía que si le daba dinero no lo aceptaría, así que se había limitado a decirle que se recuperase para poder patearle el culo sobre la colchoneta por idiota.

El chico era orgulloso, cuidaba con celo de sus hermanos pequeños y carecía de una figura de autoridad que lo mantuviese en el camino. Había sido el padre John quién lo había llevado al gimnasio la primera vez y, a pesar de su rebeldía los primeros días, había encontrado en el kickboxing justo lo que necesitaba.

A Horus le recordaba demasiado a sí mismo a su edad. La misma furia interior, la misma necesidad de demostrarle al mundo que era mucho más de lo que todos decían de él… temía que ese parecido fuese más allá y lo hiciese cometer los mismos errores que había cometido él.

—¿Quién vive por su zona o tiene contacto con él?

Lisa se frotó la mejilla con gesto pensativo.

—Creo que Wyatt Drumon le conoce, bueno, si podemos considerar el pegarse de hostias como conocerse.

Miró a la chica.

—¿Wyatt Drumon?

—Está en el grupo del *sensei* Dain —replicó uno de los chicos del cuadrilátero—. Me he cruzado con él alguna vez después de clases. Es un tío duro, pero tiene buen fondo. Su padre es un hijo de puta que está en la cárcel por matar a un tipo.

Apretó los dientes ante las palabras tan casuales que salieron de su boca. Esos chicos estaban acostumbrados a ver ciertas atrocidades como algo cotidiano, crecían en un mundo dónde matar, mutilar y robar era el pan de cada día. Se obligó a respirar profundamente y hacer a un lado su propia rabia ante la injusticia de ese mundo en el que él mismo había crecido.

Al menos Robert había conseguido mantener a Sophie fuera de ese mundo y él había cogido el testigo después de su muerte. Ella no había tenido que enfrentarse a ese duro y despiadado mundo, no directamente al menos.

«Puede que haya sido una cría a tus ojos, Horus, pero te olvidas que yo también he vivido en las calles hasta que tú me sacaste de ellas. Puedes sacar a una chica de la calle, pero no a la calle de la chica».

Sí, podía ser perfectamente consciente del lugar en el que había crecido, pero no tenía ni idea de lo que había en realidad y se alegraba de que así fuese. La mujer que era ahora quizá pudiese soportarlo, incluso entenderlo, pero la niña que había sido habría estado perdida.

—Entiendo —respondió con voz firme, fría. Se giró hacia el chico y señaló la puerta—. Ve a la clase de Dain y dile que quiero hablar con ese tal Wyatt.

Esperaba que el nudo que tenía en el estómago fuese solo producto de sus nervios y no una de sus certeras corazonadas.

—¿Crees que Mac podría estar en problemas, *sensei*? —se interesó Lisa.

La miró y se guardó sus temores.

—Por su bien más le vale que se trate de una gripe de caballo que lo tenga tirado en la cama, porque si no lo arrastraré al cuadrilátero y lo espabilaré a patadas.

CAPÍTULO 25

El *Blackish* adquiría un ambiente totalmente *kinky* los sábados. El aroma del cuero se mezclaba con el de los aceites de masajes y el de la cera de la vela de una escena cercana a él. Horus echó un rápido vistazo a la sumisa cuyos pechos y estómago están salpicados de gotas de cera ya seca, su Dom permanecía completamente metido en su papel, atento a cada pequeño cambio en su compañera, a sus respuestas y su placer.

Un agudo grito surgió al otro lado de la planta principal, el inequívoco sonido de una mujer alcanzando el orgasmo. En esta ocasión se trataba de una morenita que cuyo amo había atado a una de las cruces ancladas a la pared, su espalda y trasero llevaba las marcas de las tiras de un *flogger*, su piel estaba traspirada de sudor y, a juzgar por la forma en que se sacudía estaba disfrutando de su propia liberación.

Para cualquier ojo inexperto, muchas de las prácticas que se daban entre esas cuatro paredes serían motivo para denuncias por malos tratos, pero la realidad era muy distinta, una oscura y que seguía un único código de conducta: sano, seguro y consensuado.

Paseó la mirada por la zona del bar dónde Lucien, detrás de la barra, atendía a aquellos que decidían tomarse una copa para entablar conversación, conocerse o hacer un descanso después de una intensa escena. El reloj que había en la pared estaba a punto de dar las once, una hora en la que el club solía estar en pleno auge.

Hoy, además, una parte de la sala estaba acordonada y una larga piscina portátil había sido habilitada para un divertido juego de espuma en el que las participantes iban a ser las sumisas del club. No veía la hora de que su pequeña Kitty hiciese acto de aparición para enseñarle las reglas del juego.

Le había enviado un mensaje al móvil con la hora en la que debía presentarse y el código de vestimenta para la noche y estaba deseando ver si había seguido sus instrucciones. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y palpó el bulto del collar de su sumisa, la prueba de que le pertenecía, al menos mientras estuviese dentro del club.

—¿Todavía no ha llegado tu gatita?

Se giró para ver a Dain vestido con unos pantalones vaqueros y la camiseta negra con el logo del club.

—Sabe que tiene que entrar antes de las once, le he concedido cinco minutos extra para dejar los zapatos en el ropero.

Su amigo sonrió de soslayo.

—Me da la sensación de que es el tipo de sumisa que aparecerá un minuto antes del toque de queda —comentó con palpable ironía.

—Que no te quepa la menor duda —aceptó echando un rápido vistazo hacia la puerta. Entonces volvió a mirar a su amigo—. ¿Has conseguido averiguar alguna cosa de tus chicos?

La tarde anterior habían tenido una interesante charla con uno de los alumnos de Dain, el muchacho que había apuntado Lisa no tenía ni idea del paradero de Mackenzie, pero otro decía haberlo visto en compañía de gente peligrosa… y en los círculos en los que se movían esos chicos, el término «gente peligrosa» nunca traía consigo nada bueno.

El semblante de su compañero se ensombreció, su mirada recorrió lentamente los

alrededores y respondió sin mirarle.

—Sabes que esos chicos no venderían a uno de los suyos por muy gilipollas que sea —comentó en voz baja, solo para sus oídos—. Cierran filas cuando alguien de fuera intenta meter la nariz en asuntos que no les incumben. Con todo, la rehabilitación del local y las clases de artes marciales y defensa personal, están haciendo que la vecindad se sienta un poco más segura y optimista.

—¿Lo suficiente para que hablen?

Ladeó la cabeza y le miró fijamente.

—Lo suficiente para que alguien deje caer que se están realizando combates ilegales en algún lugar —le informó. Su confirmación fue como un puñetazo en las entrañas—. Nadie ha querido confirmar nada, pero… ya sabes cómo es esto.

Sus sospechas se vieron confirmadas ante sus palabras.

—Mierda. —Esto era precisamente lo que quería evitar con las clases en el gimnasio, quería mostrarles a esos chicos que podían elegir y que cualquiera de ellos era alguien de valor.

—¿Es del tipo de chico que se metería en algo así?

Quería decir que no, quería equivocarse con todas sus fuerzas, pero ¿no había caído él mismo en ese mundo cuando no era más que un crío? ¿No había vuelto a recurrir a él de adulto?

—Si el hijo de puta de tu padre estuviese en la cárcel, tu madre pasase más tiempo cuidando de una botella que de ti o de tu hermana pequeña, ¿no harías todo lo que estuviese en tu mano para cambiarlo? —replicó mirándole de soslayo—. Un puñado de dólares puede resultar muy atractivo para un chico que no tiene nada…

Resopló, ambos sabían que aquello era verdad, una que seguía dándose incluso en pleno siglo veintiuno.

—Y la inexperiencia llevarte a una cama de hospital —replicó con un resoplido—. Eso si tienes suerte.

Y la suerte no era algo que interviniese dentro de un cuadrilátero dónde lo único que importaba era el espectáculo.

—Ahora mismo no podemos hacer nada —continuó su compañero dejando que hablase la voz de la experiencia y el raciocinio—. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si está metido en algo así. Quizá estemos elucubrando sin necesidad.

Dejó escapar un profundo suspiro. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar pensar que había fallado a ese chico, si había terminado en algo como eso, le había fallado completamente.

Asintió lentamente, se obligó a rearmarse y centrarse en la noche que tenía por delante. Debía dejar su preocupación fuera de esas cuatro paredes, Sophie no se merecía nada menos que su completa atención.

Como si la hubiese conjurado, su nueva sumisa apareció por la puerta principal.

—Y ahí tienes un asunto mucho más interesante y agradable en el que pensar esta noche —le dijo el Dom dándole una palmada en la espalda—. Concéntrate en ella.

Sin otra palabra se marchó dejándole solo con sus pensamientos y la mujer que iba a mantenerle ocupado toda la noche.

Sophie sintió su mirada sobre ella incluso antes de verlo. Cuando se giró, el Amo Dain se despedía de él, dejándole a solas en medio de una multitud. Horus la miró durante unos instantes con gesto sombrío, como si acabase de recibir unas noticias desalentadoras, el cual mudó a su

habitual expresión de alguien al mando.

Cruzó el área principal que a esas horas ya estaba llena de gente y con cada paso que se acercaba sentía como se licuaba por dentro. Había seguido sus instrucciones al pie de la letra y había tenido que echarle un montón de imaginación para ello. Al final había recurrido a una tienda de segunda mano de su zona y había buceado entre la ropa de fiesta hasta encontrar un ajustado e indecente vestido de un verde brillante que poseía una abierta uve hasta casi su ombligo y un trenzado a modo de corsé a ambos lados de las caderas. El vestido se completaba con una parte interior de un verde más claro que ocultaba el escote y añadía un volante a la breve falda, pero había optado por omitirlo.

Sentía su mirada sobre ella, sus ojos recorriéndola, admirando la larga uve que mostraba parte de sus cremosos senos, su estómago así como sus muslos desde ambos lados. No llevaba ropa interior y con cada paso que daba las tobilleras tintineaban con unos cascabelitos que llamaban la atención de los que estaban a su alrededor.

—Buenas noches, Amo Horus —lo saludó e inclinó la cabeza de manera respetuosa.

—Buenas noches, Kitty —la recibió. Le acarició el rostro con un dedo y le levantó la barbilla hasta que sus ojos se encontraron de nuevo—. Esa elección de vestuario se merece un premio, gatita.

Sus palabras la calentaron por dentro y no pudo hacer otra cosa que sonreír.

—Me alegra que lo apruebes, señor.

Asintió.

—Sí, lo apruebo, dulzura —aseguró bajando la mirada sobre sus pechos—. Gracias por complacerme.

Parpadeó ante el inesperado comentario y levantó la mirada para ver un brillo extraño en sus ojos.

—Señor…

—Levántate el pelo, sumisa.

Hizo lo que le pidió sabiendo lo que vendría a continuación, deseándolo. Había echado de menos ese collar desde el momento en que la liberó de él dos días atrás. El cuero se cerró alrededor de su piel, el tintineo de la plaquita en forma de gato la acarició arrancándole un tintineo. Aseguró el cierre y sintió ese invisible peso que la ataba irremediablemente a él.

Dejó ir el pelo y se llevó los dedos a la placa delantera, notando con la yema los relieves de su nombre de sumisa: *Kitty*.

—¿Has cenado tal y cómo te dije que hicieras?

La pregunta casi hace que ponga los ojos en blanco, pero se contuvo. Había algo en su voz… no sabía identificarlo, pero era algo que no había estado ahí antes.

—Sí. Cené algo antes de salir para aquí —le confirmó. De hecho lo había hecho un par de horas antes para impedir que se le atragantase la comida con los nervios.

Nunca había tenido ese tipo de problemas. Era una persona muy serena, de hecho, más que nervios lo que sentía era expectativa por poder ir a jugar, pero desde que había estado en el club el jueves, su forma de ver las cosas había cambiado, él la había hecho cambiar.

—Buena chica —respondió. Sin embargo, pasaba algo, podía decirlo por la forma en que la miraba, en la tirantez de sus facciones.

—Señor, ¿va todo bien? —se interesó. No podía quitarse de encima la sensación de que algo había cambiado. ¿Habría metido la pata sin darse cuenta?—. ¿He hecho algo que no…?

Los ojos azules de Horus cayeron sobre ella, lo vio chasquear la lengua y enarcar una ceja.

—Eres una sumisita muy perspicaz, ¿eh?

Se encogió de hombros.

—No puedes borrar seis años y hacer como si nunca hubiesen existido —comentó en voz baja con un pequeño encogimiento de hombros—. Algunas cosas siguen ahí —lo señaló con un par de gestos del dedo índice—, otras son totalmente nuevas, pero… sé cuándo algo no va bien, tu mirada te delata, Amo Horus.

Esbozó una irónica sonrisa y se limitó a asentir.

—Sí, supongo que el tiempo no se puede borrar una vez que se ha vivido —replicó, se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza—. Ven. Subamos a un reservado, te necesito para mí solo durante unos momentos.

Tal admisión la sorprendió, no pudo evitar parpadear como un búho.

—*S-sí*, señor.

Él la miró curioso ante su vacilación.

—¿Nerviosa, dulzura?

Sacudió la cabeza inmediatamente.

—Atónita, más bien —replicó mirándole—. ¿Puedo hablar libremente, señor?

—Veo que al fin dominas el alto protocolo.

Hizo una mueca.

—Solo la versión que has acordado para mí, señor —replicó poniendo los ojos en blanco.

Ambos habían llegado a un término medio que los convencía a ambos, que reafirmaría sobre ella el papel de su amo sin llegar a convertirse en una esclava tonta y obediente; cosa que no era.

—Vamos, Kitty, suéltalo.

Frunció los labios, sacudió la cabeza y bajó el tono de voz de modo que solo lo escuchase él.

—No estás aquí conmigo, Horus —aseguró mirándole a los ojos—. La verdad, esperaba que cuando me vieses con estas pintas, que tú mismo exigiste, por cierto, actuarías al estilo de los hombres de las cavernas o por lo menos harías algo más que… darme las buenas noches.

Sacudió la cabeza una vez más y la ladeó, observándole.

—¿Qué ha pasado? He visto al Amo Dain dejándote cuando yo llegué. —La mención en voz alta a la presencia del otro Dom la llevó a pensar rápidamente en algo que ambos tenían en común—. ¿Ha pasado algo en el gimnasio? ¿Es por tus alumnos?

—Al estilo del hombre de las cavernas, ¿eh? —replicó en vez de contestarle. Su mirada adquirió un brillo maquiavélico que la llevó a dar un paso atrás.

—No te muevas, mascota. —La detuvo en seco con esa voz de mando que no podía ni quería evitar.

Se lamió los labios y lo miró.

—No sé si te serviría de algo mi ayuda —se aventuró a comentar—, pero si hay algo que yo pueda hacer…

—Ya lo has hecho.

Sin mediar palabra, acortó la distancia entre ellos, envolvió una mano en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás y la apretó contra su cuerpo.

—Eres peligrosa para mí, Kitty, pero bendito peligro —replicó bajando su boca sobre la de ella en un ardiente beso que la dejó sin aire—. Y sí, gatita, adoro esa indecencia que llevas puesta. Estoy deseando hacer a un lado la tela y lamer esos pezones que se marcan, deslizar mis manos sobre tu piel desnuda y comprobar si ya estás mojada.

—Lo estoy desde el mismo momento en que pusiste los ojos sobre mí, señor.

—Y esa es la respuesta correcta, justo lo que deseaba escuchar —gruñó, le apretó las nalgas por encima del vestido y se separó, dejándola jadeante, con los ojos brillantes y los labios húmedos—. Sígueme. Tú puede que ya hayas cenado, pero yo no.

Su cuerpo acusó un caliente relámpago de placer ante sus palabras y, cuando se puso en movimiento, se situó un paso por detrás de él y lo siguió.

CAPÍTULO 26

Ella era todo lo que necesitaba para olvidarse de la mierda que existía más allá de las paredes del *Blackish*, una distracción perfecta para sacarse de la cabeza algo que no podía solucionar, no ahora. No podía salir corriendo por la puerta sin un destino concreto, él mejor que nadie sabía que eso no serviría de nada. Debía intentar cultivar la paciencia y estudiar sus posibilidades para dar con un plan de acción que le reportase algo más que insultos.

Enredó los dedos en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para reclamar un largo y caliente beso de esos apetitosos labios. Profundizó el beso mientras deslizaba las manos sobre la voluptuosa figura que apenas podía contener ese vestidito que llevaba puesto, le apretó los pechos, jugando con ellos y notando como los pezones se apretaban formando duros botones a través de la tela.

—Ahora sí, esto es justo lo que necesitaba para comenzar con el postre —murmuró en sus labios. Se echó hacia atrás y admiró el color rojizo de sus labios, tan tentador que le robó otro beso haciéndola gemir.

Deslizó ambas manos dentro de la tela del vestido haciéndola a un lado, acariciando los suaves montículos y los apretados pezones al tiempo que se relamía por dentro. Estaba deseando bajar su boca, chupar y morder, escuchar esa erótica canción que surgía de sus labios.

—El verde es sin duda tu color, Kitty, pero prefiero el tono de tu piel sin nada más para distraerme.

Hecha la debida advertencia, bajó las manos hasta sus caderas y desató la lazada de corsé que cerraba el vestido sobre estas, haciendo que la tela cediese ligeramente. Pero no era suficiente, la quería desnuda, quería admirar ese bonito cuerpo que no tenía miedo en exhibir ante él. Tiró ligeramente de la tela, luego un poco más fuerte y esta se despegó de su piel, resbalando hacia abajo hasta dejarla como dios la trajo al mundo.

La recorrió de arriba abajo con la mirada y observó cómo se le endurecían todavía más los pezones, como su piel se ruborizaba y adquiría ese tono sonrosado que indicaba el grado de excitación.

—Sí, sin duda eres el postre más apetecible de la noche.

Sus mejillas adquirieron un color vivo y no pudo evitar disfrutar de ese coqueto recato. No era exhibicionista, era muy consciente de ello, pero también sabía que, cuando perdía de vista lo que la rodeaba, se entregaba dulcemente.

—Te sonrojas muy a menudo, dulzura —aseguró divertido—. Te sienta bien.

—Er… gracias, señor.

—No me las des todavía, sumisita, ni siquiera he empezado.

Antes de que pudiese decir o hacer algo más, la levantó sin esfuerzo y la dejó encima de la mesa.

—Creo que empiezo a aficionarme a tenerte de plato —ronroneó, empujándola hacia atrás, tendiéndola hasta que su espalda quedó aplanada contra la superficie—. Pero hoy, tengo algo con qué decorarlo.

Ella jadeó e intentó levantarse.

—¿Qué?

Sonrió maquiavélico.

—Quietecita. —Volvió a empujarla hacia abajo—. Las manos a ambos lados de la mesa, gatita. No las muevas o te las ato.

Su respuesta fue un gemido acompañado de algo parecido a *«ay señor»*.

—Buena chica. —Resbaló la mano sobre sus pechos, bajando por su estómago, su vientre y le acarició el rasurado monte con los dedos haciéndola estremecer—. Ahora sube las piernas, apoya los pies aquí…

La guio llevando sus pies hacia unos pequeños salientes en los que afirmó sus talones antes de rodearle los tobillos con unas muñequeras de cuero. Cerró primero uno y luego el otro dejándola totalmente abierta, su coño expuesto a su mirada.

—Oh, sí, perfecto… —Observó orgulloso su obra—. Ahora que el plato está dispuesto, ha llegado el momento de adornarlo.

Buscó debajo de la mesa en un pequeño compartimento destinado a almacenar todo tipo de condimentos interesantes con los que podían jugar y sacó un bote sin empezar de nata montada y un pequeño bol con nueces y otros frutos secos.

—¿Te gustan las nueces, Kitty?

—No especialmente, señor.

—Um… pues después de que termine contigo, te van a encantar —ronroneó malicioso. Cogió la nata en espray y agitó el bote para luego quitar el precinto e inclinarse sobre sus pechos —. Al igual que la nata montada.

Se tomó su tiempo decorando sus pezones, su ombligo, dibujando un brevísimo tanga que cubriese su rasurado pubis y dibujó un par de arcos bordeando sus caderas para finalmente enmarcar su parte favorita, lo que le arrancó un tembloroso jadeo. Pero su cuadro culinario no estaba completo sin las nueces y cacahuetes con los que adornó su obra de arte.

—Es una lástima que estén prohibidos los teléfonos móviles en el club, nena, porque estás para retratarte.

—¡Ni se te ocurra!

Le dio un rápido azote a modo de reprimenda.

—¿Es esa la forma correcta de dirigirse a tu amo?

Levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada, crispó las manos haciendo un verdadero esfuerzo para no moverlas.

—Tú… eres… muy… malo, señor.

Se rio entre dientes, entonces chasqueó la lengua.

—Me parece que no te vas a comportar como una buena y obediente sumisa cuando empiece a probar mi postre, así que, vamos a arreglarlo en un momento.

Le ató las manos a ambos lados de la mesa, permitiéndole una breve movilidad.

—Oh… esto no está *p-pasando.*

Se inclinó sobre ella una vez restringida y agitó de nuevo el bote de espray volcando ahora la boquilla sobre un dedo y depositando en él una generosa capa de nata.

—Abre la boca. —La instruyó.

—¿Tiene azúcar?

Enarcó una ceja, giró el bote y se lo enseñó.

—Nata en espray azucarada para la señorita —replicó con palpable ironía—. Abre, Kitty y chupa.

Ella separó los labios y se los manchó con la nata, bordeándolos antes de introducirlo en su boca y notar como su lengua lo envolvía, lamiendo la nata para finalmente chuparlo.

—¿Qué tal está?

Tragó y se lamió los labios.

—Nunca me ha gustado demasiado la nata.

Sonrió.

—Lo sé.

Y con eso bajó sobre sus pechos, y empezó a lamer la nata y mordisquear las nueces que cubrían uno de sus pechos. Le lamió el pezón, succionando, saboreando la nata contra la piel, notando la textura de las nueces y jugando con ellas alrededor de la dura cúspide.

Ella se estremeció, tiró de las muñecas y gimió al ver que no podía moverse más de lo que le permitían los anclajes.

—Sí, así es como me gusta tenerte —rumió sobre sus pechos—, a mi merced.

Volvió a acariciarla, succionando con fuerza, manteniéndola quieta con una mano sobre su estómago.

—¿Sabes, dulzura? Creo que acabo de descubrir que tengo un nuevo plato favorito —declaró totalmente convencido—. Pezones a la nata.

—Oh cállate, señor —gimoteó ella, moviendo las caderas, retorciéndose bajo su boca.

Se rio por lo bajo y pasó a prestar atención al otro pezón, degustando de aquella pecaminosa cena mientras una de sus manos de deslizaba de forma perezosa hasta la uve de sus muslos, esquivando el triángulo de nata y nueces para terminar rozando los pliegues húmedos y rosados del sexo femenino.

—Estoy muy complacido, Kitty, estás muy mojada —ronroneó—. Has sido honesta.

—*S-sí* señor —musitó entre dientes. La pequeña traviesa en serio creía que iba a poder mantenerse calladita. Qué ilusa.

Deslizó los nudillos contra los labios hinchados del coño provocando un sobresalto en sus caderas y un quejido en su garganta. Los arrastró de un lado a otro mientras seguía atormentando sus pechos con lentas pasadas de la lengua, mordiendo las dulces puntas hasta el borde del dolor solo para succionarlo después.

Se quejó, arqueándose, sacudiendo la cabeza, moviendo las caderas ante la imperiosa necesidad. Estaba caliente, su sexo inundado de brillante humedad que lo atraía como un imán.

Solo dejó sus pechos cuando estuvieron completamente limpios y ella lloriqueaba, continuó con su descenso y jugó con su ombligo provocándole cosquillas.

—Me gustan los ruiditos que salen de tu boca, son realmente divertidos…

—Maldit…o seas… señor.

Se rio entre dientes ante la imposibilidad de ella de articular una frase completa y siguió con esa particular tortura. Le gustaba la nata, era uno de sus postres favoritos, pero el sabor palidecía en comparación con el que adquiría sobre su piel. Ahora ella era su postre favorito.

—Compórtate, sumisita o me encargaré de que ese bonito culo se ponga de un encantador color rojo.

Ignorando cualquier protesta, deslizó los dedos sobre su abertura, extendiendo la humedad sobre su clítoris obteniendo una inmediata reacción. Resbaló la yema sobre la pequeña perla, rodeándola y deslizándose sobre sus labios para hundirse lentamente en su interior.

El aliento se le quedó atascado en la garganta, todo su cuerpo se tensó, pero no movió el dedo, lo mantuvo allí mientras descendía sobre su cuerpo y empezaba a lamer la nata y mordisquear las nueces que cubrían su pubis.

—Deliciosa —ronroneó entre lametón y lametón, retirando la nata, acariciando su piel y pegándole pequeños mordisquitos que hacían que elevase sus caderas entre lloriqueos de

necesidad.

—Señor… por favor…

Deslizó el dedo fuera de su húmeda y apretada funda y volvió a penetrarla muy lentamente, repitiendo el juego de tentación, atento a sus respuestas, controlando su placer y manteniéndola en ese borde que la enardecía.

—No te muevas, gatita. —La previno, retirando una vez más el dedo de su interior y, sosteniendo su mirada, se lo llevó a la boca y lo chupó, probando su sabor—. Parece que mi postre ya está en su punto.

Antes de que pudiese formar un solo pensamiento, se inclinó entre sus piernas, le rozó la piel que unía el muslo con su suave sexo y bajó la boca para comenzar a lamerle el coño.

Sophie se quedó sin aire. Su cuerpo estaba en un estado febril, la necesitad brotaba de cada poro de su piel y hacía que estuviese más sensible de lo normal. Le dolían los pechos, los notaba hinchados, los pezones tan duros y tiernos que, de haber podido, habría rogado para que se los acariciase otra vez. Pero esa lengua que hacía estragos entre sus piernas tenía la culpa de que su cerebro se hubiese licuado por completo. Cada pasada enviaba una llamarada a través de su cuerpo, cada golpe en su clítoris la hacía saltar y nada de ello parecía ser suficiente para Horus, pues se estaba tomando su tiempo en disfrutar de su *«postre»*.

—Amo… por favor…

¿Qué podía decirle? Empezaba a conocerle, a saber cómo funcionaba su mente dominante y sabía que no haría nada que no estuviese en sus planes. Ya podía suplicar, gemir o llorar, que él haría con ella lo que le diese la santa real gana.

Sus caderas se arqueaban por sí solas con cada caricia, sus muslos se abrían incluso más por acción de sus manos, pues anclada como estaba no tenía el control de su propio cuerpo. Movió los dedos, giró las muñecas, pero no podía soltarse, todo lo que podía hacer era permanecer allí y dejarle hacer con ella con que quería. Era suya, completa e irremediablemente suya.

Sacudió la cabeza, intentó enfocarse en algo que la distrajese, pero era imposible escapar de las sensaciones, del hombre que se daba un festín entre sus piernas, el único que la volvía loca y con el que siempre había fantaseado. Pero Horus era mucho más de lo que jamás había pensado, mucho más de lo que decían sus sueños y la realidad parecía superarlo todo.

—Por lo que más quieras, señor, deja que me corra…

Un ramalazo de dolor tan caliente la atravesó como un rayo, surgió desde su clítoris arrancándole el aliento y haciendo que todo su cuerpo temblase sin control.

—¡Horus!

No obtuvo respuesta, solo unas eróticas caricias de su lengua y una breve succión que la hizo estallar en mil pedazos, entregándose a la inesperada y frenética liberación por la que había rogado. Y no se detuvo ahí, su boca la succionó, lamiendo su sexo, recogiendo sus jugos e incrementando el placer de cada estremecimiento que la recorría hasta que se quedó vacía y agotada por la intensidad.

—Me gusta oírte gritar de placer —le escuchó decir—, sobre todo cuando lo haces gritando mi nombre.

Se quitó la camiseta con el logo del club y su agotada mente cobró vida de nuevo. No podía dejar de mirarle, de admirar los fuertes músculos pectorales y los abdominales. Tenía un

cuerpo de infarto y disfrutaba mirándole cosa que sin duda él sabía. Sus ojos se encontraron y él le dedicó esa sonrisa tan suya que prometía todo tipo de maliciosas y deliciosas represalias.

—Veamos si puedo hacer que lo grites otra vez —declaró. Sacó un preservativo del bolsillo trasero del pantalón y, tras encargarse de su ropa, sin molestarse siquiera en quitarse por completo el pantalón, enfundó su dura y palpitante erección.

Sin más advertencia se abrió paso entre sus muslos abiertos, se posicionó en su húmeda entrada y empujó profundamente y con rapidez. Se quedó sin palabras, el aire escapó de sus pulmones al sentirse llena por él. En aquella posición apenas podía moverse, solo recibir lo que le daba sin oponer resistencia alguna.

—Oh Dios. —Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo, tirando de las restricciones de sus manos mientras él hacía girar sus caderas y se retiraba solo para volver a entrar de nuevo—. Amo… oh… Dios…

—Mi dulce gatita —susurró ante sus labios—. Me ciñes a la perfección, cariño, eres un postre de lo más delicioso y tengo que agradecerte que hayas sido tan considerada como para dejarme comerte.

Volvió a moverse, empujando su polla con mayor profundidad, marcándola con cada movimiento, haciéndola gemir y lloriquear incapaz de hacer otra cosa que recibir el placer y rogar no morir allí mismo por él.

—Sí, justo así —musitó él, clavando ahora las manos en sus caderas, sujetándola mientras entraba y salía de su cuerpo—. Perfecta y deliciosa.

Entonces una mano se sumergió entre sus cuerpos y sus dedos jugaron con su clítoris, disparando su placer, avivando los nervios ya torturados con cada largo empuje. Sus labios se abrieron incluso más en busca de aire, no podía dejar de jadear, no encontraba siquiera palabras, todo lo que podía hacer era lloriquear.

—Por favor, amo —lloriqueó desesperada.

—Se siente tan bien estar dentro de ti —le dijo él al oído, su voz ronca, dura y sexy.

—Señor…

Él se deslizó fuera, amenazando con abandonarla y gimió ante la sensación de abandono.

—Dámelo, Kitty, quiero oírte gritar —insistió empujando ahora de nuevo en su interior, quedándose quieto unos instantes.

—Horus… por favor… señor, por favor —gimoteó, dispuesta a suplicar con tal de que acabase con esa tortura.

Él empezó a empujar otra vez, sus dedos siguieron acariciándola, enloqueciéndola antes de retirarse por completo y entregarse a esa carrera de fondo en la que él era el único que tenía la batuta. El placer se hacía insoportable, la necesidad de correrse era incontenible y cuando sintió como su polla parecía hincharse más mientras empujaba en su interior con golpes rápidos y breves, su mente volvió a quedarse en blanco ante el cegador relámpago que sacudió su cuerpo.

—¡Horus!

Gritó su nombre, gritó y gritó hasta que le dolió la garganta, hasta que ya no podía ni respirar y su conciencia pareció escapar de su cuerpo durante incontables segundos. No podía moverse, ni siquiera estaba segura de sí estaba viva, de hecho, si la dejaba allí y se olvidaba de ella un ratito no se lo tendría en cuenta.

—Vamos, perezosa —le susurró al oído al tiempo que le frotaba las muñecas libres de ataduras y la cogía en brazos, atrapándola sobre su cuerpo para luego cubrirla con una suave manta—. Sé que te gusta la mesa, pero estarás más cómoda sobre algo más blando.

No protestó, no tenía fuerzas para ello, todo lo que quería hacer era acurrucarse y eso fue

lo que hizo.

—Prefiero esto —musitó adormecida—. Déjame un ratito así y luego hablamos de lo que quieras, señor.

Lo escuchó reír por lo bajo, la apretó contra él y contestó:

—Mi pequeña sumisa, eres de lo que no hay.

CAPÍTULO 27

—¿Vas a decirme ahora qué es lo que te preocupa?

Horus bajó la mirada sobre el paquetito femenino que tenía envuelto en una manta y estirado sobre él. Sus ojos verdes estaban todavía somnolientos, no había tenido corazón para despertarla, además, había disfrutado inmensamente teniéndola en sus brazos.

—Eres insistente, pequeñaja.

Arrugó la nariz.

—No me llames así, que tú seas un gigante no me hace a mí pequeña.

Sonrió divertido ante su aire ofendido y optó por recordarle lo que parecía haber olvidado.

—Te estás dejando atrás los buenos modales y eso trae consigo consecuencias.

Puso los ojos en blanco.

—Lo siento, señor, pero te conozco y sé que algo te está preocupando.

El tono lastimero en su voz hizo que bajase la mirada sobre ella. Le gustaba tenerla en sus brazos, su calidez entraba en él relajándole y haciendo que desease cosas que no podía permitirse tener.

—Puedes ignorarme si quieres, decirme que me meta en mis propios asuntos, pero sé que te pasa algo, algo importante —insistió ella, revolviéndose en sus brazos hasta terminar sentada y mirándole—. No intentes negarlo, Horus, puede que ninguno de los dos seamos ya los que fuimos, pero hay cosas que nunca cambian por mucho que lo intentemos.

—Lo sé —aseguró recorriéndola con la mirada—, tú eres la prueba viviente de ello.

Ella era todo lo que había deseado en el pasado y eso no había cambiado, solo se había hecho más acuciante, más intenso, porque la mujer que ahora estaba en sus brazos era justo lo que siempre había esperado.

—Se trata de los chicos, ¿verdad?

Su insistencia era encomiable, como también su tozudez.

—Sí —aceptó por fin. Sophie podía darle un sentido completamente nuevo a la palabra tozudez si se lo proponía, ahora mismo esa pequeña e irreverente mujer tenía en sus manos el poder para ponerle de rodillas, lo supiese o no—. Como muy bien acabas de señalar, hay cosas que, pasen los años que pasen, siguen ocurriendo. La gente sigue cometiendo los mismos errores, sigue metiéndose en los mismos líos. Robert lo intentó con todas sus fuerzas… yo lo he intentado pero…

—No puedes salvar a todo el mundo.

Sus palabras fueron un eco de las de su hermano, una verdad universal contra la que no se podía luchar.

—No puedes evitar que las personas hagan sus elecciones —continuó ella—. Puedes darle otras opciones, pero no puedes elegir por ellos.

Esbozó una irónica sonrisa y se recostó contra el asiento.

—Te pareces muchísimo a tu hermano, piensas de la misma manera y eso… eso me aterra como el demonio.

Se apoyó contra él, abrazándole la cintura con los brazos, apoyando la mejilla en su hombro.

—¿Por qué? —Apenas fue un susurro, pero la pregunta estaba ahí, había sido formulada y ya era hora de darle una respuesta.

—Porque no quiero perderte como lo perdí a él —aceptó y bajó la cabeza para encontrarse con su mirada—. No quiero cometer de nuevo el mismo error.

Los ojos verde esmeralda se abrieron ligeramente, entonces su expresión se suavizó y los labios hinchados por sus besos se curvaron.

—Bien —murmuró antes de acomodarse de nuevo contra su pecho—. No tenía pensado dejarte hacerlo, pero es buena cosa que te hayas dado cuenta por ti mismo. Ahora, dime exactamente lo que ha pasado.

La miró entre sorprendido y divertido, acababa de decirle a esa mujer que la quería, que dejarla la primera vez fue el mayor error de su vida y ella se limitaba a decirle que ya era hora. Se rio entre dientes, sacudió la cabeza y le levantó el rostro para besarla en los labios.

—Eres una sumisa muy indisciplinada.

—Solo soy lo que mi amo necesita —replicó con coquetería. Entonces suspiró y lo miró seria—. Cuéntamelo. Por favor. Déjame ayudarte, déjame formar parte de quién eres ahora.

Una elección difícil, pero ¿no lo eran todas?

—Uno de mis alumnos ha faltado a clases durante la última semana —respondió después de un largo suspiro—. Es un chico con problemas… su padre está en la cárcel, su madre siente más apego por una botella que por sus hijos… Tiene dos hermanos pequeños, mellizos, un niño y una cría de doce años. Temo que se haya metido en la misma clase de problemas en los que me metía yo a su edad.

La pequeña mano empezó a acariciarle distraída el pecho.

—Y que se metía Robert por mí —comentó con voz neutra—. ¿Crees que puede haber sido atraído a alguna de las bandas locales?

Negó con la cabeza.

—Dain ha estado haciendo algo de investigación entre los chicos y todos parecen coincidir en que anda en compañías indeseadas y en peleas que le vienen grandes.

Aquello hizo que se incorporase de golpe, sus ojos buscando los suyos.

—¿Peleas clandestinas?

La miró a los ojos y vio el dolor en ellos, la pena y la impotencia, las mismas emociones que había vislumbrado mucho tiempo atrás.

—Sí.

—Mierda —siseó ella, haciendo lo imposible. Saltó de su regazo, se deshizo de la manta y recogió el vestido del suelo a toda prisa.

Se incorporó entre sorprendido e irritado por su reacción.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Lo miró sin dejar de vestirse.

—Ponte la camiseta.

¿Esa pequeña sumisa acababa de darle una orden?

—¿Disculpa?

—¿Qué edad tiene? —insistió atando rápidamente las cintas de los costados—. ¿Qué peso tiene?

Sus preguntas se volvieron cada vez más extrañas y, al mismo tiempo, despertaron su preocupación.

—Diecisiete… alrededor de los setenta kilos —replicó levantándose al mismo tiempo y la sujetó por ambos brazos—. Sophie, ¿cómo es posible que estés al tanto de… estas cosas?

Sus ojos verdes se encontraron con los suyos.

—Si está metido en peleas clandestinas —respondió posando las manos sobre las de él—, creo que sé dónde puede estar.

Soltada esa bomba, se libró de sus manos y terminó de adecentarse el vestido.

—Tenía que haberme imaginado que esto pasaría antes o después —masculló ella en voz baja, entonces se giró hacia él—. Tengo entendido que solo se reúnen dos sábados al mes y los combates empiezan a partir de las doce. Estas últimas semanas ha habido bastante revuelo por los suburbios, se estaba hablando de que se movían importantes sumas de dinero.

Un helado frío le recorrió por las venas ante las palabras que surgían de la boca femenina.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó con la misma frialdad que ahora congelaba sus venas.

Alzó la mirada y no vaciló en su respuesta.

—Te dije que había conocido a Damien en un momento de bajón, pero no te expliqué el cómo —le dijo con un ligero encogimiento de hombros—. Fue durante una redada.

Sus palabras lo noquearon, pero eso no fue nada más que el principio.

—Después del divorcio, digamos que perdí un poco el norte —explicó con un mohín, rehuyéndole la mirada, cosa que le decía sin necesidad de palabras que no le iba a gustar un pelo lo que estaba a punto de oír—. Estaba… herida, me sentía perdida y necesitaba desquitarme de algún modo, así que, una vez terminé la universidad, volví… a casa.

A casa. Eso solo podía significar que…

—¿Volviste a los suburbios?

Levantó la barbilla y la mujer que vio ante él le recordó demasiado a él mismo, a su hermano Robert y a todas las personas que luchaban cada día por salir adelante en un mundo en el que solo imperaba la ley del más fuerte.

—Volví a casa, al único hogar que recordaba como tal —replicó y había un abierto desafío en su voz. Entonces apartó la mirada como si le disgustara lo que estaba contándole—. Estos últimos años he visto… suficiente.

Apretó los dientes ante su respuesta, pensando en la chica que recordaba, en aquella noche, en su mirada, en su indefensión y se le hizo un nudo en el estómago.

—No te puedes imaginar lo que fue para mí volver a presenciar aquello, la brutalidad, la desesperación en los rostros de los combatientes. —Continuó ajena a su propio malestar y la culpabilidad que empezaba a resurgir en su interior—. Esa noche en el *ring* se enfrentaba un hombre adulto de alrededor de los cien kilos de peso, todo músculo, un verdadero gorila y su oponente era un muchacho, un adolescente. Él se había metido en ese mundo para obtener dinero fácil, un medio de subsistir… tenía tanta ira contenida, tanta rabia acumulada... pero no era rival para su oponente.

Su relato lo llevó a sus propios días de combatiente, podía ver a través de sus palabras el mundo en el que él había vivido los primeros años, un mundo que intentó por todos los medios mantener alejado de ella. ¿Y ahora le decía que su ruptura la había lanzado precisamente al interior de aquello? Luchó con la necesidad de sacudirla, de gritarle y logró mantener una expresión neutral para seguir escuchando en silencio.

—Vomité allí mismo, en medio de todos los chillidos y jaleos continuó con temblorosa entereza—. No podía soportarlo, no podía soportar que le hiciesen eso a un chico que no tenía más culpa que haber nacido en el interior de una sociedad que despreciaba a los débiles y dónde el vivir era una pelea constante. Me abrí paso como pude entre el público, estaba cegada por la rabia, no podía entender cómo alguien decidía tener esa vida, no podía entender por qué

necesitaba luchar, pero lo que más escocía era que un hombre adulto fuese tan cruel como para luchar contra un niño.

Hizo una pausa para coger aire.

—Cuando estaba a punto de acercarme a la primera fila, aquello estalló en gritos. —Se pasó las manos por el pelo—. Creo que alguien avisó de la presencia de la Policía, algo sobre una redada y la gente empezó a correr en todas direcciones en su intento por salir de allí. Todo fue… confuso. Ni siquiera estoy segura cómo demonios terminé sobre el maldito cuadrilátero y pidiendo a gritos una ambulancia. Ese hijo de puta había golpeado al chico sin piedad. —Hizo una nueva pausa, las palabras se le atascaban en la garganta—. Damien apareció entonces con sus hombres, pidió inmediatamente asistencia médica y me sacó de allí para darme a continuación el sermón de mi vida.

Se echó a reír, una risa carente de alegría, sarcástica, prohibida, sus ojos verdes se volvieron hacia él pero no había ni una pizca de diversión, solo dolorosa conciencia del mundo del que había intentado mantenerla alejada.

—Él me sacó de ese infierno, me hizo ver las cosas por lo que eran y me guio cuando más perdida estaba —concluyó con un profundo suspiro—. Ese día comprendí que no podía quedarme de brazos cruzados y, a pesar de odiarte con todas mis fuerzas, también comencé a comprenderte. Entonces… recurrí al reverendo John y descubrí lo que había estado haciendo mi hermano antes de que lo matasen…

No lo digas, por favor, no lo digas…

—Sé por qué estaba allí esa noche, sé que era el único que se atrevía a mediar entre las bandas. —Le miró a los ojos—. Sé a qué se estuvo dedicando todo el tiempo y comprendí que no podía quedarme de brazos cruzados, que debía hacer algo para ayudar.

Respiró una vez más, su rostro adquirió una expresión seria, dura, algo muy alejado de lo que era ella en realidad.

—Llevo casi cuatro años moviéndome por los suburbios, ayudando en lo que he podido, en lo que se me ha permitido —insistió sin apartar la mirada de la suya ni un solo instante—. Soy muy consciente de la oscuridad que encierran las calles y creo que sé dónde se estará celebrando hoy esa pelea.

—Dios del cielo, Sophie. —No sabía que decir. Todo lo que quería hacer era zarandearla y, al mismo tiempo, abrazarla.

Esta maldita mocosa ha salido a ti, Robert. Dios me ayude a partir de ahora, porque ha salido a nosotros.

—La única forma de rescatar a alguien de ese lugar, es dándole otra opción que no sea la de pelear. —Dio un paso atrás, separándose de él—. No llames a la Policía, ellos solo harán las cosas peor, Damien lo sabe…

Y por eso el policía tenía su propia forma de moverse entre la gente, especialmente entre los barrios marginados, comprendió finalmente. Ahora muchas cosas encajaban con aquel hombre y su forma de caminar, de mirar a su alrededor como si siempre estuviese calibrando a la gente.

—Si ese chico ha estado dando clases de *kickboxing*, seguramente piensa que está preparado para enfrentarse con alguien que le dobla en tamaño y peso —elucubró Sophie—. No puedes dejar que le hagan eso, no puedes dejar que siga los pasos de Robert y los tuyos. Sé que no será el único, esa gente los está captando, atrayéndolos con promesas baldías… he intentado ayudarles, pero no es suficiente. He visto cómo te miraban tus alumnos, cómo te escuchaban… si el muchacho que buscas está allí, te escuchará.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla, una que interceptó su pulgar.

—Si tuviese más tiempo, te ataría al banco de azotes y te marcaría el culo con el *flogger* solo por haberte puesto en peligro con todo esto —le dijo con voz firme, oscura, una amenaza que posiblemente cumpliese en otro momento—, pero no lo tenemos y siento demasiado orgullo por la mujer en la que te has convertido como para pensar en otra cosa que no sea en comerte la boca y no dejarte ir jamás.

Un suave gemido mitad risa escapó de entre sus labios.

—Menudos momentos eliges para decir estas cosas…

Le cogió la cara entre las manos.

—Cuando terminemos con esto, tú y yo vamos a sentarnos a hablar largo y tendido. —Borró otra lágrima de sus mejillas—. Ya es hora de que lo hagamos, especialmente si queremos encontrar la forma de permanecer juntos.

Asintió y sorbió por la nariz.

—Más te vale encontrar una forma, Horus Alexander Brooks, porque ahora que te he encontrado de nuevo, no habrá fuerza humana o divina en la tierra que vaya a separarme de ti.

La encontraría, costase lo que costase, encontraría la manera de conservarla.

—De acuerdo, Sophie, intentémoslo.

Con un firme asentimiento, lo besó en los labios, dio media vuelta y habló por encima del hombro.

—Voy a recuperar mi abrigo y mis zapatos, tú avisa a tus socios para que a nadie le dé una apoplejía cuando vean que el Amo del *Blackish* sale corriendo de su propio club.

No pudo evitar reírse ante el comentario de su mujer, pero era algo que ya tenía en mente mientras recuperaba la camiseta, se la ponía y bajaba buscando ya con la mirada a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —Lo interceptó Dain con gesto contrariado—. Acabo de ver a Sophie cruzar la sala como una exhalación.

—Tus averiguaciones dieron en el clavo —comentó posando una mano en su espalda y empujándole a un lado para hablar en privacidad—. Esta noche se celebra un combate y parece que hay chicos metidos en un buen lío.

Los ojos azules del Dom se entrecerraron, su mandíbula se tensó y dejó escapar un resoplido.

—¿Cómo lo sabes?

—Sophie. —Pensar en todo lo que le había comentado todavía lo congelaba por dentro—. Es… como su hermano. Tenía que haberlo imaginado, tenía que haberlo supuesto desde el principio. Tanto esfuerzo para que al final… Dios, estoy dividido entre ahorcarla o encadenarla a mi tobillo.

—La segunda opción me gusta —repuso con ironía—. Pero tendrás que dejarlo para más adelante. ¿Sabe dónde se celebra ese combate?

Asintió.

—Sí —respondió con dureza—. Tengo que ir. Esos chicos… no puedo fallarles.

—Ninguno le fallaremos —declaró, le palmeó la espalda e indicó la puerta con un gesto de la barbilla—. Adelántate, les diré a Brian y Logan lo que pasa. Si la cosa se complica, prefiero que los refuerzos estén al tanto.

Correspondió a su plan con una palmada en su hombro y salió en post de Sophie, quién ya estaba ante la puerta con el abrigo y los zapatos puestos.

—Espero que no sea demasiado tarde —murmuró ella con voz preocupada.

—No lo será. —Posó la mano sobre su hombro y la instó a caminar—. Vamos. Dain se

reunirá con nosotros en un segundo.

La vio fruncir el ceño, entonces sacudió la cabeza y levantó las manos.

—No pienso preguntar —declaró con una sacudida de la cabeza—. Solo procurad que no tenga que sacaros a ambos de allí en una ambulancia, ¿de acuerdo, señor?

Sus labios se curvaron en una irónica sonrisa.

—Haremos todo lo posible para que eso no suceda, mascota. Lo prometo.

CAPÍTULO 28

El almacén olía como un maldito contenedor de basura, pero eso no parecía importar a ninguno de los asistentes. El alcohol, las drogas, todo formaba parte de la exaltación que se vivía en el interior, de una oscuridad sin precedentes que atraía a la peor calaña y a los incautos que no veían otro modo de salir de la vida que tenían.

—Señores y putillas… y el resto de los hijos de perra —escucharon por encima de la algarabía que ya empezaba a remitir—. Bienvenidos a otra de las espectaculares peleas de los suburbios. Espero que tengáis dinero contante y sonante porque yo tengo a dos combatientes que os van a hacer delirar…

Nuevos gritos, chillidos, gente jaleando, empujándose los unos a los otros, aclamando a sus elegidos mientras los dólares volaban de un lado para otro, las cifras aumentaban y su estómago empezaba a revolverse.

—Separémonos —comentó Dain mirándoles un segundo antes de echar un vistazo a su alrededor—, llamaremos menos la atención.

Horus asintió y aferró el antebrazo de su compañera.

—No te separes de mí.

Sophie se limitó a asentir, su rostro estaba blanco pero no vaciló, tragó saliva y empezaron a surfear a través del público mientras el primero de los combates empezaba encima de un cuadrilátero improvisado, donde dos chicos de veintitantos años, ataviados tan solo con pantalón y guantes, se miraban con visible rabia.

—¿Lo ves? —preguntó con voz temblorosa a pesar de que intentaba aparentar que formaba parte del ambiente.

Negó con la cabeza. Mackenzie no estaba entre los combatientes que se preparaban para pelear, pero eso no significase que no fuese a participar en alguno de los siguientes. Tres esa noche, tal y como les habían informado en la entrada.

—Si no está en la pelea actual, tiene que estar cerca del cuadrilátero —comentó ella mirando a su alrededor. Había una mezcla de rabia e impotencia en su voz, como si hubiese presenciado esto otras veces—. Siempre se ponen cerca… es como si se alimentasen de toda esa violencia.

Sacudió la cabeza, se estiró poniéndose de puntillas, esquivó a un par de tipos y se detuvo.

—Mira, a la derecha de la zona de combate, hay un grupo de muchachos. —Le indicó y empezó a caminar en esa dirección—. Ven, es posible que tu chico esté entre ellos…

La facilidad con la que se movía entre los presentes, con la que ignoraba ese mundo de degradación y codicia lo sacudió hasta la médula. No era justo que alguien como ella debiese enfrentarse a esto, pero al mismo tiempo, le enorgullecía como nada en el mundo ver de lo que había llegado a ser capaz.

Se movieron hacia los lados, sorteando a la gente, disuadió a alguno que otro que se atrevió a ponerle los ojos encima y continuó hasta la zona que ella había señalado. Dain intercambió un gesto afirmativo desde el otro lado del cuadrilátero, él parecía haber tenido la misma idea.

—Despacio. —La retuvo, obligándola a permanecer cerca de él. Si alguien se atrevía

siquiera a tocarla, las cosas se iban a poner feas.

Refrenó su avance, pero no por ello dejó de caminar hacia el grupo de chicos que jaleaban a los combatientes.

—…dale con fuerza, siempre con fuerza y muévete. No te estés quieto y será tuyo.

Apretó los dientes al comprobar que las edades de los chavales rondarían entre los quince y veinte años. ¡Eran unos jodidos críos!

—…lo que ganes esta noche solo será el principio, dos combates más, cuatro y serás el puto amo.

Otros no parecían tan entusiasmados a juzgar por sus miradas. La forma en que miraban el deplorable espectáculo de lucha hablaba por sí sola. El miedo estaba allí, en sus ojos, así como lo estaba la duda y un instintivo rechazo. Sabían que no era lo que querían, pero la necesidad que los había impulsado en primer lugar hasta allí era lo que impedía que diesen la espalda a aquella nueva promesa de éxito y se marchasen. Rendirse ahora, sería quedar en evidencia ante sus compañeros, sobre todo ante aquellos que jaleaban a los luchadores.

—Maldita sea —escuchó mascullar a Sophie un segundo antes de verla desaparecer, atravesar el grupo de chicos y enfrentarse con uno de ellos, empujándole con las manos al tiempo que lo increpaba con furia—. ¡Estás loco! ¿Qué coño haces aquí?

—Señorita Sophie…

—Ni señorita ni hostias, Blay —siseó ella esgrimiendo un lenguaje y una actitud que hacía que los demás chicos se riesen, pero la tomasen al mismo tiempo por uno de ellos—. Coge tu puto culo y el de tu hermano Carl y sácalos de aquí antes de que decida moléroslo yo a palos.

—Eh, Blay, tu hermanita te ha pillado.

Ella se giró al momento hacia el que había hablado y lo fulminó con la mirada.

—No me jodas, Rocket —le dijo con gesto desdeñoso, sorprendiendo al chico sin duda al decir su nombre—. Tú no eres precisamente el indicado para decir ni una sola palabra cuando estás aquí en vez de en casa cuidando a tu hermano. Eres un cabrón gilipollas. ¿Qué crees que va a pensar él cuando te vea entrar hecho un guiñapo? ¿Es eso lo que quieres que vea el resto de su vida? ¿El ejemplo que quieres inculcarle? ¡Claro! ¡Vamos! Sube ahí, te grabaré con el puto móvil para que puedas enseñarle exactamente como morir joven.

Sus palabras hicieron mella en el chico, quién perdió el color y pareció realmente avergonzado. Pero al igual que todos los jóvenes como él, su vergüenza se convirtió en rabia y agresión y fue a por ella.

—Ni lo sueñes. —Lo detuvo Horus en seco, interponiéndose entre ellos—. Un hombre no levanta la mano a una mujer a menos que quiera que se la arranquen de cuajo.

La amenaza surgió el efecto deseado, su tono alcanzó a todo el grupo y lo miraron entre curiosos, temerosos y también con recelo.

—Rocket, ni se te ocurra tocarla. —Se adelantó al mismo tiempo otro chico, el cual tenía un asombroso parecido con el primero. Debía ser su hermano Carl—. ¿Tienes alguna puta idea de quién es ella?

—¿Una puta? —se burló y los demás le rieron la gracia.

Le habría encantado darle en los dientes, pero el primer chico lo agarró de la pechera de la camiseta y lo zarandeó.

—Es la hermana pequeña de R.J. —anunció con un siseo—. Ni se te ocurra insultarla, imbécil.

Esa información cayó sobre los presentes como una manta de inquietud y reverencia, provocando el inmediato silencio y caras de alucinación y respeto entre los presentes.

—¿*Sensei*?

El jadeo de sorpresa vino del otro lado del grupo, de la zona pegada a la pared, desde la cual se aproximaba un pálido y lastimado Mackenzie. Sus heridas no eran frescas, lo que proclamaba que si bien había peleado, no había sido hoy.

—Muchacho idiota —masculló en voz baja.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó con los ojos muy abiertos y gesto culpable.

No pudo responder, pues los chavales empezaron a intercambiar ahogados jadeos y bajos murmullos.

—¿La hermana de R.J.? —clamó al mismo tiempo Rocket—. ¿Me tomas el pelo? ¿De ese R.J.? ¿El puto Amo de Brooklin?

Un coro de murmullos se elevó a su alrededor, diciéndole mucho más de lo que un montón de palabras pudiese haber llegado hasta ellos. Esos chicos todavía recordaban a Rob y lo que había hecho por su comunidad.

—Sí, tío, mi hermano me habló de él y de lo que hizo —aseguró uno de los chicos—. Era el puto amo, el único que tuvo los huevos suficientes para hacer algo por los suyos. Ella es su hermana.

—Lo siento, señorita Joyce, no lo sabía —replicó al momento el tal Rocket esgrimiendo una educación que hablaba de las aspiraciones del chico—. Le pido disculpas por mis palabras. Su hermano fue un verdadero héroe para todos nosotros.

Sophie dejó escapar un suspiro y miró al chico.

—Entonces, no ensuciéis su memoria y ayudadme a que su trabajo no se quede simplemente en eso, hechos del pasado —pidió mirándolos ahora a todos y cada uno. Levantó la barbilla y los observó un momento—. No necesitáis subir ahí arriba para demostrar lo que valéis, a nadie le sirve que os den de hostias hasta que manchéis el suelo. Se os necesita ahí fuera, la comunidad os necesita, vuestra gente, mi gente, os necesita.

Horus no había asistido jamás a algo tan asombroso como lo que esa mujer estaba consiguiendo con tan solo su presencia y sus palabras. Ese era un respeto que no se ganaba en un solo día, podía envolverse de la influencia y el nombre de su hermano, pero el que la escuchasen de esa manera, a una mujer, era un logro mayor de lo que ella misma posiblemente supiese. El pensamiento de que ella habría hecho esto con anterioridad, sin respaldo de ningún tipo, le hacía encanecer.

—Es fácil de decir para alguien que ha salido de las calles. —El comentario llegó desde otra zona dentro del mismo grupo, una voz débil, pero ahí estaba, diciendo lo que sin duda todos ellos pensaban.

Ella buscó entre el grupo al causante de esa disconformidad.

—Sí, he salido de aquí y lo he hecho entera, más fuerte y sabia y lo hice porque hubo gente lo suficientemente fuerte como para desear que tuviese un futuro mejor. Le debo al *sensei* Horus, —lo señaló con decisión—, y a mi hermano Robert el estar hoy aquí. Ellos hicieron todo lo que estuvo en sus manos para que el mundo en el que crecí, el mundo en el que vosotros vivís fuese un lugar lo bastante seguro para permitirme crecer en él y tener la oportunidad de elegir. Me dieron lo que necesitaba para poder regresar aquí y deciros que si yo he salido, vosotros también podéis.

—No es tan fácil, señorita Sophie. —Negó uno de los chicos—. Usted tenía a su hermano, pero ¿qué tenemos nosotros?

—A vosotros mismos y las ganas de conseguir una vida mejor —añadió él, apoyándola. Entonces señaló a su pupilo—. Mackenzie puede deciros que no es imposible —añadió él,

apoyándola, señalando a su pupilo—. Yo mismo estuve en el lugar en el que estáis vosotros ahora y conseguí salir adelante. Estuve ahí arriba, en el ring, y vi como mi vida no cambiaba por mucho que luchase, por muchas peleas que ganase. Vi cómo terminaban vidas que podrían haber sido prometedoras, vi lo que hacen este tipo de luchas sin normas…

El chico bajó la mirada, avergonzado, sabiendo que lo que decía era verdad.

—La última vez que luché, mi mujer —la miró—, estuvo aquí. Vio una faceta de mí que no deseaba enseñarle a nadie más, la ira que me consumía, la misma rabia que lleváis vosotros dentro. ¿Y sabéis que gané con esa pelea? Nada. —Los miró a todos y cada uno—. Perdí mucho más de lo que gané. Esa misma noche, vi como uno de los combatientes, un buen amigo, terminó en el hospital con una hemorragia cerebral. Me dijeron que podría mover los dedos, incluso que podría hablar con el tiempo, pero no volvería a caminar jamás. Las peleas son una enorme trampa, podemos engañarnos diciendo que luchamos porque necesitamos el dinero y no por la gloria que obtenemos al ganar y sabernos invencibles. Pero no es así y cuando nos damos cuenta de ello, a veces es demasiado tarde.

Los miró a todos y cada uno como solía hacer con su clase.

—Sé lo que se siente ante la impotencia, lo que es que tu familia te abandone y te encuentres solo en el mundo y tengas que salir adelante, el que tengas a alguien más débil e inocente a tu cargo y la necesidad de protegerlo —aseguró con dureza—. Pero este no es el camino. Nada se obtiene de la rabia ciega y de las peleas sin sentido. ¿Queréis aprender a pelear? Bien, yo os enseñaré. Pero será con reglas, será con disciplina, una que podréis extrapolar al resto de vuestras vidas. ¿Queréis pelear en un combate? De acuerdo, pero lo haréis en una liga federal, dentro de vuestra propia categoría. Y no os preocupéis, podréis desfogaros y llevaréis tantos golpes que os dolerá hasta en el carné de identidad. Os darán hasta que os duelan los huesos u os quiten la mierda a golpes.

Giró la cabeza para encontrarse con la mirada de su alumno.

—Enfrentarse a la vida a menudo es mucho más doloroso que huir de ella, pero lo que ganas, es infinitamente mayor —sentenció—. Si deseas seguir luchando por ella, Mac, te ayudaré. Pero si huyes… no podré hacer nada por ti.

Dicho eso, miró a los demás chicos en varios estados de ira, rebeldía, meditación y vergüenza, trasladó su mirada a Sophie, quién asintió y se reunió con él.

—Las puertas del Gimnasio Chaser, en Brownsville, están abiertas para todo el mundo —les informó con voz firme, dominante—. Vosotros sois los que tenéis la última palabra.

Intercambió una mirada con Dain, quién se había aproximado al grupo y había encontrado también a un par de sus chicos, a juzgar por la mirada avergonzada que había en los ojos de ambos críos, y tras un leve asentimiento a modo de *«hemos terminado»,* rodeó a Sophie con el brazo y la empujó, sacándola de ese lugar.

—De nada sirve arrastrar a alguien por el pelo, los brazos o los tobillos si sus cadenas los mantienen sujetos a este lugar —comentó al ver que ella levantaba la mirada dispuesta a protestar—. Primero deben liberarse a sí mismos, solo así pueden decidir qué camino seguir.

Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos con un suspiro.

—Me siento impotente cuando ocurren estas cosas —murmuró abandonando el lugar, echando un vistazo por encima del hombro para ver a Dain saliendo también del inmueble—. Quiero hacer más, pero no sé cómo, no sé qué más hacer… no… no soy Robert.

—No, no lo eres —concordó haciendo que ella lo mirase ante tal respuesta—. Pero eres alguien de quién tu hermano se sentiría profundamente orgulloso. Yo lo estoy. Pero ya te aviso, la próxima vez que se te ocurra meterte en un lugar como este tú sola, no te sientas en una

semana. ¿He hablado claro, sumisita?

—Como el agua, Amo Horus —declaró con un bajo canturreo—. La próxima vez…

—Sophie…

—La próxima vez te llamaré a ti para que me acompañes.

Gruñó.

—No habrá próxima vez.

La muy traviesa tuvo el descaro de reírse.

—Que te crees tú eso.

—Te estás ganando una zurra, Kitty, de hecho, eso es exactamente lo que voy a hacer una vez lleguemos a casa. —La avisó en voz baja—. Te voy a zurrar hasta que te corras.

Ladeó la cabeza y se detuvo.

—¿Y la fiesta de espuma del club?

—Ya nos encargaremos Fire y yo de ello —informó Dain alcanzándolos—. Por ahora, salgamos de aquí, la Policía está a punto de caer de un momento a otro.

Ella jadeó.

—¿La Policía? —Se giró hacia él con gesto herido—. Pero te dije…

Horus negó con la cabeza y señaló a Dain.

—No he sido yo —explicó—. Pero era necesario. Una cosa es cruzarse de brazos y hacer como si aquí no hubiese pasado nada otra, intentar cambiar las cosas en la medida de lo posible.

—La Policía no va a hacer nada —le aseguró con un suspiro—. Meterán a alguno que otro esta noche en el calabozo y mañana los soltarán. No sirve de nada.

—Sirve para evitar que sigan utilizando el mismo lugar para atraer a más muchachos desesperados por un cambio en sus vidas —declaró Dain con firmeza—. Sé lo que quieres decir, Sophie. Créeme, te entiendo a la perfección. Soy consciente de que esto no terminará con ellos, pero sí hará que deban reorganizarse, que deban moverse y quizá, solo quizá, hará también que alguien de toda esa gente se plantee si merece la pena lo que está haciendo.

Ella bajó la mirada y asintió.

—Al menos, lo hemos intentado —murmuró para sí y pareció quedarse satisfecha con eso —. Sí, gracias, Dain. Er… señor.

El Dom se rio entre dientes.

—Puedes llamarme Dain, cariño, es mi nombre —aceptó divertido—. Sencillamente recuerda añadir Amo delante cuando estés en el club.

Dicho eso, se giró a él y señaló su coche.

—Llévatela a casa. Brian y yo cerraremos esta noche.

Asintió y le tendió la mano.

—Nos vemos el lunes.

—Sí, todavía tengo que hacerte morder el polvo —declaró con tono práctico—. Sophie… a ti espero verte el sábado que viene, si no te pasas antes por el gimnasio.

Ella enarcó una ceja y se apoyó en él.

—Hasta el sábado, Amo Dain.

Con eso, el Dom se metió en su propio vehículo y se marchó justo cuando empezaba a oírse a lo lejos las sirenas de Policía.

—Vámonos, no tengo ganas de dar explicaciones —le dijo empujándola hacia su coche—. Además, necesito pasar tiempo con cierta sumisita y enseñarle lo que ocurre cuando le replica a su amo.

—¿Te he replicado?

Sonrió divertido.

—Acabas de hacerlo, Kitty, acabas de hacerlo.

Se llevó las manos a las caderas e hizo un mohín.

—Eso es trampa, señor, se te están pegando los malos modos del Amo Dain.

—Al coche, mascota, ahora —le ordenó y ocupó su lugar, encendiendo ya el motor—. Vámonos de una vez.

—Hombres, Doms, ¿quién os entiende?

—Sophie.

—He dicho sí, señor —replicó sentándose y cerrando la puerta—. Lo que diga mi amo, va a misa.

Sacudió la cabeza y derrapó en su premura por abandonar ese lugar.

CAPÍTULO 29

El agua lamía su agotado cuerpo, acunándola en brazos mimosos mientras su amo hacía otro tanto sosteniéndola en sus brazos. Desde luego, podía hacerse fan de esa bañera, era lo suficientemente grande para acomodar al hombre y a sí misma.

Recostó la cabeza sobre su hombro y dejó que hiciese con ella lo que quisiera. Horus sabía cómo hacerse oír y cómo evitar que se olvidase un castigo. Su tierno trasero era muy consciente de ello. Pese a ello, no podía quejarse, prácticamente lo había empujado a hacerlo, a azotarla y además, había cumplido con su palabra, había hecho que se corriera con tan solo el maldito *flogger* sobre su caliente piel.

Había sido una noche condenadamente difícil, unas horas en las que habían entrado en juego demasiadas emociones, demasiadas concesiones y confesiones sesgadas. Se habían dirigido el uno al otro con medias verdades, con insinuaciones de las que debía extraerse la conclusión final y, a pesar de que ambos sabían jugar a ese juego, echaba de menos una declaración directa.

Suspiró y cerró los ojos disfrutando del calor del agua y de las tiernas caricias de su amante.

—¿Qué te ronda por la mente?

—¿Qué te hace pensar que me ronda algo?

—Porque no dejas de moverte.

—Me muevo porque me duele el culo y no encuentro una posición cómoda.

—Pobre gatita. —Deslizó la mano entre sus cuerpos y la acarició haciéndola saltar—. ¿Tan tierna estás?

Apretó los labios y gimió cuando su contacto la puso caliente. Diablos, tenía un buen problema estando cerca de ese hombre.

—Me rindo, señor, me rindo.

Se rio en su oído y le besó el cuello.

—Esperaba un poco más de oposición por tu parte, mascota.

Lo miró de soslayo.

—Mañana te la daré, ahora mismo, no tengo fuerzas para discutir.

—Perfecto, entonces es el momento perfecto para que hablemos.

Resopló.

—Lo tenías todo planeado, ¿no, señor?

Sonrió de nuevo.

—Absolutamente —aseguró complacido consigo mismo—. Ya es hora de obtener algunas respuestas y de que me des alguna que otra explicación.

—¿Puedo pedir lo mismo a cambio? —Levantó la cabeza hasta encontrarse con sus ojos azules.

—Sí, Sophie, tienes derecho a hacerlo.

Y esa era una concesión que la calentó por dentro.

—¿Qué deseas saber?

Los brazos masculinos la rodearon de nuevo, apretándola contra él.

—Podrías empezar explicándome cómo demonios has tirado por tierra todos mis esfuerzos y los de tu hermano —le susurró al oído—. Hice todo lo posible para mantenerte al margen, para evitarte cosas como… la de esta noche… y entonces, vas y te lanzas de cabeza. ¿Tan mal lo hice? ¿Tan mal lo hicimos?

Negó muy lentamente con la cabeza.

—Siempre me has visto más como a una hermana pequeña latosa que como a tu mujer, ¿no?

—No eras mi mujer —replicó con voz tranquila—, no lo fuiste hasta hace muy poco.

—No estoy hablando de sexo.

—Tampoco yo —aceptó con sencillez—. Hablo de una chica de dieciséis años que perdió todo lo que tenía de la noche a la mañana, de la hermana de mi mejor amigo y a la que yo vi crecer. Casarme contigo fue… una medida desesperada y un tributo a lo que Rob hizo por mí.

Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—Él no deseaba que estuvieses sola, no quería que ese cabrón hijo de puta tuviese ninguna potestad sobre ti, así que dejó estipulado que, en caso de que le ocurriese algo, yo fuese tu tutor —expuso de forma llana—. Casarnos fue… una manera de mantenerte lejos del novio de tu madre. Al mismo tiempo me permitió cuidar de ti, mantenerte segura y lejos de los problemas.

—¿Y no fue el matrimonio acaso un problema mucho mayor? —preguntó, intentando comprender—. Podrías haber seguido siendo mi tutor y después olvidarte de que existía… No es cómo si no lo hubieses hecho igualmente.

—¿Tienes idea de lo que es para un hombre de veintisiete años desear a una adolescente de dieciséis? —Le planteó—. No podía tenerte, no quería hacerlo. Tenías todo el derecho a tener tu vida, a conocer a chicos de tu edad, a enamorarte…

—Estaba enamorada de ti, idiota, siempre estuve enamorada de ti —protestó sin poder seguir callada por más tiempo—. Y tú te esforzabas en mantenerme al margen, en hacerme sentir como si no valiese la pena. ¿Qué hombre casado no desearía estar con su esposa?

—Estabas encaprichada, Sophie, no enamorada.

Hizo una mueca, eso no podía negarlo. Con el tiempo se había dado cuenta que su amor juvenil había sido un encaprichamiento, que no conocía realmente al hombre que se había convertido en su marido como para poder sentir amor. Pero a su modo, lo quería, lo idolatraba, había sido el único que se había adueñado de su corazón.

—Quizás al principio fuese así, pero después de esas Navidades… —sacudió la cabeza al recordarlo—. Me rechazaste… fue de lo más humillante.

—¿Humillante? Nena, tendrías que haber estado en mi lado del cuadrilátero —replicó con un bufido—. Mi polla no pensaba lo mismo. Ese maldito año fue el primero que estuviste en la facultad, pasé meses sin verte y cuando apareces… la adolescente se había esfumado y en su lugar había una mujercita llena de curvas, malditamente sexy y a la que no podía evitar desear.

—Me rechazaste, Horus, me mandaste a la cama como si fuese una cría —le recordó con verdadera frustración, recordando su humillación y lo mucho que había llorado—. Y tenía diecinueve años. Incluso sabía una cosa o dos sobre sexo que podrían haberte hecho ilusión.

Enarcó una ceja ante su respuesta y sacudió la cabeza.

—Le hice una promesa a tu hermano —confesó—, le dije que nadie, ni siquiera yo, te haría daño jamás. Y yo era el que más daño podía hacerte en esa época, tú misma lo viste esa noche.

Se lamió los labios.

—Lo que vi fue un hombre desesperado, lleno de rabia y dolor que necesitaba desquitarse

del mundo de alguna manera —resumió—. No hui porque te tuviese miedo, aunque puede que un poco sí, sino porque me di cuenta que yo no era suficiente para ti, que hiciese lo que hiciese no podría liberarte de esas emociones… —sacudió la cabeza—. Cuando a los pocos meses me informaste de que habías pedido el divorcio y que ya era hora de que siguiésemos caminos separados yo… solo acepté.

Notó como su pecho subía y bajaba al exhalar un profundo suspiro.

—¿Cómo terminaste metida en lo de esta noche? —le preguntó con voz fría, estaba claro que le disgustaba—. Lo que comentaste antes en el club… lo que me dejaste entrever… ¿Cuánto tiempo has estado metida en estas cosas?

Ladeó la cabeza, sumergió las manos y volvió a levantar una de ellas al tiempo que la enlazaba con las suyas.

—Cómo te dije, tuve un periodo… llamémosle rebelde. —Buscó la mejor manera de explicarlo—. El primer año después del divorcio fue… como si no pudiese hacerme a la idea, en cierto modo esperaba que volvieses a buscarme y me dijeses que todo era una broma. Pero entonces apareció nuestro abogado con el dinero de la venta de la casa y otras cosas y… mi mundo se hizo pedazos en muchas maneras distintas. Cuando pierdes el norte, haces las cosas más estúpidas y yo me encontré llena de rabia contra ti, contra mi hermano y contra el mundo. Estaba decidida a darte una elección, ilusa de mí, quería demostrarte —demostrándomelo a mí misma—, que te habías perdido a alguien que merecía la pena. Así que volví a mi antiguo hogar, donde vivía con mi hermano y lo encontré ocupado por una pandilla de la que nadie sabía. Cuando les dije quién era, me invitaron a salir, me contaron cosas y… bueno, digamos que no di precisamente con lo mejor del barrio.

Acercó la mano masculina a su pecho, apretándola contra ella.

—Hice muuuuchas estupideces —aceptó sin desear entrar en detalles, había cosas de las que era mejor no hablar—, y en una de esas terminé en el combate del que ya te hablé y en el que conocí a Damien.

La mano que retenía se movió por sí sola y le capturó un seno, rozándole el pezón con el pulgar.

—¿Fue él quien te inició en el BDSM? —comentó con voz distraída, cosa que desmentían las caricias.

—Damien fue mi primer Dom y mi mentor, él me enseñó lo que es la verdadera sumisión —aceptó hablando con cariño y respeto del que no solo había sido su maestro, sino que era un buen amigo—. Cuando dije que hice muchas estupideces, puedes incluir en ellas mis primeras experiencias en ese campo de juegos… por suerte, hay muchos hombres en el mundo y no todos son unos capullos. Yo me encontré de todo. El caso es que Dam no es alguien a quién puedas… torear… él vio algo en mí, creo que sabía que estaba muy perdida y me brindó ese equilibrio que necesitaba. Gracias a él fui capaz de volver a centrarme y hacer algo bueno con mi vida.

—¿Por qué no te quedaste con él?

Su pregunta lo cogió por sorpresa.

—Porque no lo amaba y él lo sabía —respondió con sencillez—. Según Dam, vivía anclada en el recuerdo de un único amor, uno que podía haber sido juvenil, inconsistente y no recíproco, pero que era mío y que no podría amar a nadie hasta que hubiese resuelto ese problema.

Dejó escapar un profundo suspiro y apretó los muslos cuando sus caricias se hicieron más íntimas.

—Así que me decidí a resolver ese problema cuando me presenté en tu oficina la primera

vez.

Su mano siguió atormentándole los pechos al tiempo que deslizaba la otra sobre su cuerpo, acariciándole la cadera, el muslo y jugando sobre su piel sin decidirse a entrar finalmente en materia.

—Tu visita fue inesperada y removió cosas que ni siquiera sabía que seguía guardando —replicó él con voz paciente—. Y cuando te reconocí una semana después en el club, abierta al placer de otro hombre… decidí que tenías que ser para mí. No quería reconocer a la chica que fuiste con la sensual mujer que se había presentado en mi oficina, tú no dabas esa imagen… pero en cambio, seguías siendo tú.

Su mano se desplazó un poco más abajo, acariciándole el pubis y provocándole escalofríos de placer.

—Eras desafiante, deslenguada y la misma mujer a la que había mantenido alejada a pesar de lo mucho que la quería. —Le acarició la oreja con los labios—. Pero también eras más. Eres más, Sophie, ya no eres esa niña, eres esta mujer y es a ella a quién deseo, a quién quiero y a quién estoy dispuesto a todo por conservar.

—¿Por qué me abandonaste? —preguntó en apenas un susurro—. Así fue como me sentí cuando te fuiste, abandonada.

—Porque solo así podías convertirte en la mujer que estabas destinada a ser —murmuró deslizando los dedos entre sus piernas—. Si me hubiese quedado contigo, habría terminado arrastrándote a la oscuridad en la que vivía entonces, si me hubiese permitido a mí mismo quererte, antes o después te habría perdido… No eras más que una niña.

—Una niña que te amaba…

—Y la mujer que eres ahora, Sophie, ¿esa mujer todavía me ama?

Ladeó la cabeza permitiéndole acceder a ella.

—Esa mujer atesora el recuerdo de su juventud, respeta el amo al que pertenece y se muere de amor por el hombre que encontró en un club erótico de su ciudad —jadeó al sentir como la penetraba con los dedos—. Nunca, ni un solo momento, he dejado de amarte, Horus. Seas quién seas, te llames cómo te llames, siempre serás el único dueño de mi corazón.

—¿Podrás perdonarme por dejarte sola tanto tiempo?

—Solo si me prometes que, a partir de ahora, siempre estarás conmigo. —Levantó la mirada para encontrarse con sus ojos.

Sonrió y bajó sobre su boca.

—Eres mía, Sophie, nada hará que vuelva a separarme de ti.

La besó con suavidad, jugando entre sus piernas, persuadiéndola y diciéndole sin necesidad de palabras que era la mujer que deseaba.

CAPÍTULO 30

Una semana después…

Sophie no podía evitar mirar a cada una de las sumisas que se habían reunido alrededor de uno de los reservados del piso superior del *Blackish*. Las tres féminas formaban un grupo interesante y, para su propia sorpresa, se encontró pasándolo bien, disfrutando de la compañía, la conversación y sin tener que medir cada una de sus palabras. Cuando había entrado esa noche por la puerta había sido prácticamente secuestrada por Luna y una simpática rubia a la que le presentaron como Cassie. Siobhan ya las estaba esperando en la mesa que ahora ocupaban con una bandeja de bebidas, sus respectivos Doms se habían limitado a mirarlas desde la barra del bar, menear la cabeza y hacerles algunas advertencias.

Curiosamente esto era lo que más había echado de menos cuando solía ir a algún club, alguien con quién poder hablar libremente de sus inquietudes, con quién comentar la maquiavélica inventiva de sus Doms y que supiese que la comprendería porque estaba en el mismo extremo de la cuerda. Damien había sido un buen Dom y amigo, pero había cosas que no podía comentar con él… especialmente cuando le concernían. Y ahora con Horus…

—Te has quedado muy pensativa, ¿te aburres? —La interpeló Luna. Los ojos claros de la chica estaban fijos en ella—. ¿No te sientes cómoda?

Negó con la cabeza, cogió su bebida y le dio un sorbo.

—No, no. No me aburro y, curiosamente me siento más cómoda ahora de lo que lo he estado con otras personas con las que tengo más… contacto.

La pelirroja sentada a su derecha ladeó la cabeza y chasqueó la lengua al tiempo que agitaba el dedo de un lado a otro.

—Es desconcertante, ¿verdad? —aseguró mirándolas a todas y cada una—. Saber que puedes hablar de cuerdas, látigos y juguetes sexuales y que nadie correrá a llamar a la Policía.

—Bueno, no sé, Sio. Si el poli que viene es Logan, no me lo tomaría nada mal —canturreó Cassie al tiempo que extendía ambas manos y canturreaba—. ¡Espósame, señor!

La chica se rio y sacudió la cabeza.

—Jamás de los jamases le digas eso a mi maestro, se lo toma todo al pie de la letra. —Usó su mismo tono de voz—. Y no veáis lo que tengo que suplicar para que «recuerde» dónde ha dejado las esposas.

—Son siempre olvidadizos para lo que les conviene —añadió Luna—. Y vengativos, ¿en qué clase de loca me he convertido que disfruto azuzando a mi señor?

—En esta clase de loca, hermana —declaró Cassie señalándose a sí misma—. He sido una fantástica influencia para ti.

Sacudió la cabeza y se volvió hacia ella.

—Si fueses una buena influencia me habrías persuadido de meterme en este mundo.

Su amiga se rio.

—Yo solo te anoté la primera vez, Lunita, la siguiente y la que vino después de esa, fueron

cosa tuya.

—No es que el Amo Fire le dejase otra opción a Luna —añadió Sio y se giró hacia ella—. La pobre entró en el club por todo lo alto, se ganó un castigo con la pala.

La sumisa de pelo azul resopló.

—Sí, el cabronazo de mi señor creyó que necesitaba aprender modales y le puso mi nombre al mondadientes.

—¿Mondadientes? —preguntó curiosa.

Asintió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Soy una bocazas —admitió ella con un ligero encogimiento de hombros—. Hice un comentario sobre Siobhan y sus dos maestros y Horus decidió hacer una interpretación libre de mis palabras.

—En realidad no te castigaron por eso —le recordó Siobhan.

—No, lo hicieron porque llamé «garrapata» a un Amo. —Hizo una mueca—. Dios. Nunca pasé tanto miedo ni estuve tan cabreada como esa noche.

—Pero conseguiste superarlo —intervino señalando el collar de noche que llevaba Luna.

Luna acarició el cuero con mirada tierna.

—Brian tiene una manera única de pasar por encima de todo y todos hasta conseguir lo que quiere —suspiró soñadora—. Pero no lo tuvo fácil.

—No, señora, nada fácil —aceptó su amiga abrazándola, compartiendo un momento que solo parecían entender ellas dos—. Y tú tampoco.

Hubo un momento de silencio, entonces Luna sacudió la cabeza y volvió a la carga.

—Bien, Sophie, sé que no es políticamente correcto y esas cosas pero, como no he podido sacarle a mi novio ni un solo detalle jugoso, te lo preguntaré a ti —entrecerró los ojos y se mantuvo atenta antes de disparar—. Horus y tú, ¿es oficial?

—Luna, hay una cosa llamada tacto, ¿sabes? —se rio Siobhan.

La chica miró a la pelirroja y asintió.

—Sí, pero somos chicas, somos del *Blackish* y nuestros Doms son amigos, tenemos que aunar fuerzas —declaró mirándolas a todas y cada una de ellas—. ¿Verdad?

Se echó a reír. Esa chica tenía el mismo descaro que ella.

—Verdad —aceptó y optó por contarles la verdad—. Y sí, creo que podríamos decir que estamos en el buen camino de que sea oficial.

—Me alegra oírlo —asintió la chica—. Horus es un buen tipo… aunque a veces te den ganas de estrangularlo.

—Dímelo a mí —asintió ella totalmente de acuerdo con su opinión.

—Aiss… no sé, no sé… yo estoy por hacer alguna trastada para que Wolf me castigue de la forma en que el Amo Horus lo hizo contigo —ronroneó Cassie—. Fue tan caliente...

Enarcó una ceja y miró a las presentes.

—Nadie se perdió, digamos, tu estreno en el club —comentó Sio con mayor tacto.

Luna se estremeció.

—Uf. Eso habría sido horrible para mí, no creo que pudiese soportar que nadie más que mi señor me pusiese las manos encima.

—Puede ser más excitante de lo que piensas, Luna —argumentó Cassie—, especialmente porque tu amo estará viendo como otros te tocan y sabe que tú placer es solo para él.

Arrugó la nariz.

—Aun así… —sacudió la cabeza—. Creo que tendría que existir un grado muy profundo de confianza por parte de ambos para llegar a ese punto. Es como cuando… te comparten… no

sé si yo podría…

—No te preocupes, Lunita, tú quédate con Brian que ya me encargo yo del amo Lucien y del Amo Dain —canturreó su amiga.

Enarcó una ceja y la miró.

—¿Wolf está en el equipo de compartir?

Su amiga meneó las cejas y se echó a reír al ver la cara de Luna. Ella misma sonrió. La pequeña sumisa de pelo azul era muy nueva en esos juegos.

—Suele formar tándem con el Amo Lucien para fastidiarme —replicó la chica, pero no estaba para nada compungida—. Y ante eso solo puedo decir: ¡Sí, por favor!

Se echaron a reír ante su orgásmica respuesta.

—Eres mi ídolo —se reía Sio.

—Estás loca.

—Es posible, pero ¿y lo bien que me lo paso? —les guiñó un ojo—. Deberías probarlo, en serio, aunque sea solo una vez. Propónselo al Amo Fire…

—Ni loca —Se negó en rotundo, sonrojándose—. Nada de otras mujeres para él u hombres para mí. En esta unidad sumisa-maestro, somos solo dos.

—¿Y qué opináis del amo Dain?

La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiese retenerla y las tres se giraron hacia ella.

—Es un hombre diez, pero mucho menos accesible que su gemelo —comentó Cassie.

—Creo que es mucho más de lo que se ve a simple vista —murmuró Luna con gesto pensativo—. Hay algo en él que… no sé, es como si supiese todo de ti con solo mirarte y eso me pone muy nerviosa.

—Tiene fama de ser bastante exigente como Amo —comentó Sio—. Le he visto hablar de vez en cuando con Logan. El maestro me ha dicho que son colegas, imagino que trabaja para la Policía.

—¿Sabemos a qué se dedica? —preguntó Cassie—. No recuerdo habérselo escuchado a nadie.

—Creo que es… asistente social —dijo Luna—. Lo cual hace incluso más extraño esa mezcla.

—Jugó contigo, ¿no? —canturreó Cassie.

Asintió y se lamió los labios al recordarlo.

—Es un Dom que sabe lo que hace —aceptó mordiéndose el labio inferior—. Me puso caliente.

—Chica, hasta yo me puse caliente —aseguró Sio—. Horus tiene una forma… única de terminar los castigos.

Sonrió con compartida diversión, todas ellas comprendían el lugar que ocupaba, lo que sentía y eso la calentó por dentro como no lo había hecho nada en mucho tiempo.

—Él tiene una forma única de… hacer muchas cosas —aseguró en voz alta, hizo una mueca y todas se rieron al unísono.

—Oh sí, ya eres una de nosotras —aseguró Luna, cogió su bebida y la levantó—. Por nosotras, las maravillosas y dulces muñecas del Blackish.

Una a una fueron levantando sus consumiciones.

—¡Por nosotras! —chocaron los vasos, bebieron sus contenidos y se echaron a reír de nuevo.

—Te has perdido una interesante fiesta de la espuma el sábado por la noche, aunque parece que la ausencia ha merecido la pena —comentó Brian indicando con un gesto de la barbilla a Sophie. La chica estaba sentada con las otras sumisas en uno de los reservados, sonriendo abiertamente mientras brindaban.

—Dain y Logan nos pusieron al tanto de lo ocurrido —comentó Lucien con un ligero asentimiento—. Los tienes bien puestos, amigo, muy bien puestos.

—¿Cómo van las cosas en el gimnasio? —Se interesó su socio—. ¿Ese chico ha vuelto?

Asintió lentamente.

—Sí y no vino solo.

El lunes se había encontrado con que su clase no solo estaba de nuevo al completo, sino que había aumentado. Dos de los chicos que habían estado allí esa noche, que lo habían escuchado a él y a Sophie, habían decidido hablar con el padre John y él se los había enviado. Sabía que pasaría algún tiempo hasta que los muchachos encontrasen su sitio, pero habían dado ya el primer paso al elegir el camino que querían seguir.

—Buen trabajo. —Lo felicitó Logan con gesto adusto—. Esos críos muchas veces no son conscientes de que hay otras salidas, darles la oportunidad de descubrirlo, de que se forjen una nueva vida, puede llegar a convertirse en el mejor regalo de todos.

—Solo si deciden seguir adelante —acotó mirando al policía—. ¿Conseguisteis algo?

El semblante del policía se ensombreció ligeramente.

—Algunas detenciones, pero no tardarán mucho en volver a estar en la calle —chasqueó la lengua—. Los que están detrás de los combates son siempre los primeros en esfumarse. Les hemos jodido el local, con lo que tendrán que volver a movilizarse. Es como una jodida y enorme pescadilla que se muerde la cola.

Asintió y volvió a echar un vistazo a la reunión de las cuatro sumisas, fijándose en la suya.

—Curiosamente es exactamente lo que dijo Sophie —aseguró mirándola. Entonces chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Al menos ahora que sé en lo que anda metida, podré vigilarla de cerca y evitar que se meta en más líos.

—Tienes trabajo. —Se burló Lucien siguiendo su mirada—. Es una mujercita de armas tomar. Y acaba de juntarse con otras tres que también tienen lo suyo. ¿Cómo le va a Luna con esa pierna? He visto que ya ha dejado la muleta.

Brian levantó la mirada para localizar a la chica de pelo azul.

—Está sanando y recuperando la movilidad poco a poco —asintió complacido—. Es terca como una mula, pero es parte de su encanto.

—De una u otra manera, nuestras mujeres siempre se salen con la suya, ¿no? —comentó Logan mirando a Cam.

—La nuestra, seguro —aseguró el chef con un resoplido de risa. Entonces echó un vistazo hacia el final de la sala principal y sonrió con aire cómplice—. Y creo que tengo el castigo perfecto para recordarle quién está al mando. ¿Te apuntas, Logan?

El poli siguió su mirada y una amplia sonrisa le curvó los labios.

—Te sigo, hermano, te sigo.

—Pues yo creo que voy a pegar un par de bocados a cierto postre que he visto por la zona de las cruces —comentó al mismo tiempo Lucien, levantando la cabeza en busca de su presa—. Ajá. Sigue allí. Si me disculpáis…

Sonrió para sí al ver cómo los tres hombres se dirigían hacia sus respectivos objetivos y se

encargaban de ellos.

—Entonces, ¿es definitivo?

Miró a Brian, quién se limitaba a contemplarle curioso.

—¿Definitivo el qué?

Su socio sonrió ampliamente.

—Siempre has estado colado por esa mujer, hermano, ¿vas a negarte lo que has deseado durante tanto tiempo?

Correspondió a la sonrisa de su amigo. Si alguien sabía sobre su pasado y lo que había tenido que pasar, ese era Brian. Su socio en el club había pasado por su propio infierno y solo la llegada de Luna había hecho que dejase por fin el pasado y aceptase lo que el futuro le deparaba.

—No —negó posando la mirada sobre la mujer que se había pasado media vida esperando —. Ya no.

El bombero asintió, le palmeó la espalda y sonrió.

—Estupendo —dijo sin más—. En ese caso, te allanaré el camino llevándome a Lunita a una de las habitaciones de arriba. Disfruta de tu sumisa, Horus.

Brian subió las escaleras por las que ya habían ascendido previamente sus compañeros para llevarse a Luna, le plantó un beso en la boca a Sophie y cogió a su mujer, echándosela al hombro como un fardo para desaparecer poco después por el pasillo.

Su morenita se giró entonces y la llamó con el dedo, instándola a obedecer y reunirse con él. Hoy vestía un corsé de cuero negro y una brevísima falda de licra que apenas le cubría las nalgas. El colgante con silueta felina de su collar refulgía bajo las luces del club con cada movimiento mientras caminaba, un símbolo que los unía, que la marcaba como suya. Su sumisa, su mujer, la única a la que deseaba conservar.

—Ya habéis acabado de decidir cómo vais a torturar hoy a vuestras sumisas, Amo Horus.

Sonrió de soslayo ante su travieso comentario.

—Creo que cada uno de los Amos del club tienen una idea clara de cómo hacer eso por sí mismos, gatita —le aseguró mientras la recorría con la mirada—. Por otro lado, siempre estamos dispuestos a probar nuevos métodos de… tortura.

—Nadie os podrá acusar nunca de falta de imaginación, señor.

—¿Lista para otra noche en el *Blackish*?

—Siempre lista, señor.

Estiró la mano rozándole con los dedos su collar, subiendo por su mandíbula y mejilla.

—Sabes que te quiero, ¿verdad, dulzura?

Los ojos verdes brillaron y por primera vez desde que volvieron a encontrarse, vio en ellos lo que siempre había intentado negarse a encontrar.

—Sí, Amo Horus, ahora lo sé.

—Bien —murmuró enredando los dedos en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás—, eso es lo que quería oír.

Tomó sus labios con suavidad y lentitud, una pequeña muestra de lo que le esperaba a su deliciosa y amada sumisa el resto de la noche.

SUPLICANDO PROBLEMAS -LIBRO 6-

Faith Valentine tan solo buscaba respuestas. El que las encontrase en lugares poco recomendables, que la conducían a incómodas equivocaciones, no era culpa suya. Sin embargo, Dain pensaba que sí. Él estaba convencido que su sola presencia generaba problemas y que la única manera de ponerle freno era manteniéndola vigilada. Tener a ese hombre cerca no podía ser bueno para la salud, especialmente porque su atractivo, amabilidad y seductora presencia le hacía muy difícil el ignorarle.

Hacerse el héroe no entraba en los planes de **Dain Ratcliffe**, pero cuando vio que maltrataban a una mujer no pudo quedarse cruzado de brazos. Si alguien le hubiese dicho que una buena acción lo mandaría al hospital y terminaría uniéndole a una mujer cuyo segundo nombre era *problemas*, se lo habría pensado dos veces. Pero Faith resultó ser demasiado tímida, cálida y dulce para ser ignorada por su vena protectora, un verdadero imán para el desastre.

PRÓLOGO

Él era enorme. Lo mirase desde el lado que lo mirase, era grande. Tenía un par de brazos como troncos y un pecho tan ancho que podría dibujar sobre él un mapamundi. Bueno, eso si se le ocurriese dibujar algo sobre él, pero todo lo que quería Faith Valentine de ese hombre eran respuestas.

—¿Es usted Dainiel Ratcliffe?

Los sagaces ojos azules se posaron sobre ella, ladeó ligeramente la cabeza y la recorrió con insultante lentitud.

—Ese es mi nombre, sí.

Entonces levantó una de las manos enguantadas y se la llevó a la boca, unos perfectos dientes blancos se cerraron sobre el cierre y tiraron de él haciendo que crujiese el velcro. Se lo retiró sin mayor dificultad, dejó el complemento a un lado y se quitó el otro con mayor facilidad.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Su voz era ronca, matizada con un acento que remarcaba algunas sílabas. Estaba segura de que, cuando se proponía seducir a alguna mujer, ese era uno de sus mayores atractivos; y no era que él no quitase ya el aliento de por sí. Esos iris azules resaltaban en un rostro de facciones clásicas, las tupidas cejas de un tono más claro que su pelo, junto con la barba que le cubría el bigote y el mentón, aportaban un aire peligroso. Llevaba el pelo corto y desordenado, ligeramente humedecido por el sudor, unos rebeldes mechones le caían sobre la sien izquierda provocándole unas inexplicables e irritantes ganas de apartárselos.

«Ni loca».

—Lo cierto es que sí. —Se obligó a centrarse de nuevo en lo que la había traído hasta allí —. Esperaba que pudiese decirme que ha hecho con Ruth Vera.

Él no se inmutó, se la quedó mirando y respondió con otra pregunta.

—Si tuviese alguna idea de quién es esa Ruth Vera, quizá pudiese hacerlo.

—La mujer con la que lleva saliendo los dos últimos meses.

—Creo que se equivoca, señora.

—Señorita, si no le importa.

Él dejó los guantes que todavía sostenía a un lado y continuó desenrollando las vendas de color amarillo que le rodeaban la muñeca y los dedos. La tarea atrajo su mirada, tenía unos dedos largos, robustos, uno de ellos parecía torcerse ligeramente hacia la derecha, como si se lo hubiese roto y no hubiese soldado bien.

—Me temo que se ha equivocado de persona, *señorita* —replicó de nuevo haciendo un burlón hincapié en su corrección—. No conozco a ninguna Ruth Vera, ni he mantenido relación de ningún tipo con ella durante los últimos dos meses. Ni siquiera antes, que yo recuerde.

—Quizás su foto le refresque la memoria.

Buscó el móvil en el pequeño bolso que llevaba al hombro, lo sacó y abrió rápidamente una de las instantáneas que tenía en la galería.

—¿La recuerda ahora? —Levantó el móvil, enseñándosela.

—No, ni lo más mínimo.

Jesús. ¿Podía un hombre descalzo, vestido con camiseta de tirantes y pantalón de deporte, ser más intimidante que aquel? Hacía que su metro sesenta y cinco quedase reducido al tamaño de una pulga frente a los casi dos metros que debería medir.

—Y mido uno ochenta y seis.

—¿Qué?

—No llego a los dos metros.

Se quedó callada, sintiendo como la cara empezaba a encendérsele. Daba gracias al hecho de que su piel chocolate, bajo la base de maquillaje, no rebelase tan fácilmente su rubor. No podía creer que hubiese dicho aquello en voz alta.

—¿La foto? —La señaló intentando volver las cosas a su cauce.

—No la conozco, no creo haberme cruzado siquiera con ella.

—Pero ella dijo que salía con Dainiel Ratcliffe.

—Puede tratarse de una coincidencia de nombres.

—¿Y qué me dice del club *Blackish*?

—¿Qué hay con él?

No tenía la menor idea, había encontrado ese nombre en una vieja tarjeta entre las cosas de su compañera de piso. En el dorso estaba el nombre de Dainiel Ratcliffe.

—¿No trabajaba allí de gogó?

Había dado por supuesto que debía tratarse de una especie de discoteca o club exclusivo.

—Me temo que se equivoca de nuevo, señorita. —Señaló la pantalla del teléfono—. Esa mujer no ha estado nunca en el *Blackish* y, mucho menos, como bailarina.

Se mordió el labio inferior, miró la pantalla del móvil y de nuevo a él.

—¿Está seguro de que no la conoce?

—Absolutamente.

Sí, parecía tan convencido de sus respuestas que tenía que estar diciendo la verdad.

Abrió la boca para disculparse y dar media vuelta, pero unas risas juveniles aproximándose la interrumpieron. Levantó la cabeza y abrió los ojos de par en par al reconocer a alguno de sus alumnos. Y el reconocimiento fue mutuo.

—¿Señorita Valentine?

—Profe, ¿qué hace usted por aquí?

El hombre se giró hacia los muchachos.

—¿Profe?

Uno de ellos la señaló con un gesto de la barbilla.

—La señorita Valentine da clases en el Collegiate Charter, *sensei*, imparte la materia de literatura —explicó Ramón—, y es también consejera de apoyo.

—Ya veo —declaró él con una especulación que no le pasó por alto.

—Ella fue la que nos instó a venir después de que el reverendo John asistiese a nuestra clase para dar una charla.

—Y fue muy vehemente en el proceso.

La recorrió con la mirada una vez más y no pudo evitar bajar la suya, no era capaz de enfrentarse con semejante hombre.

«Ahora sería un buen momento para que te abras bajo mis pies y me tragues, tierra».

—Yo… em… en realidad ya me iba. —Optó por lo más rápido, salir corriendo—. Gracias por su tiempo, señor Ratcliffe. Muchachos, os veré en clases.

No dio tiempo a que ninguno dijese otra cosa que un rápido adiós, giró sobre sus tacones y se alejó todo lo aprisa que podía sin ponerse a correr.

—¿Qué demonios está pasando?

Su compañera de trabajo y alquiler había desaparecido el viernes de la semana pasada, después de decirle que iba a pasar el fin de semana con su novio, Dainiel Ratcliffe, con el que llevaba saliendo ya dos meses. Ese último mes la había encontrado bastante animada, sonreía más y no dejaba de decirle que pronto le presentaría a su novio. Sin embargo, no volvió a casa el domingo por la noche, como acostumbraba a hacer y el lunes tampoco había aparecido por el colegio. Se había enterado de ello cuando la llamaron para cubrir su clase, al parecer había solicitado unos días por asuntos familiares y contaban con que se incorporase el próximo lunes.

Y aquello había sido lo más extraño de todo pues, hasta dónde ella sabía, la chica no tenía familia.

Después de casi una semana de ausencia y sin noticias, se decidió a entrar en su habitación y hacer algo que no le gustaba, registrar en sus cosas. No le contestaba al teléfono y había perdido la cuenta de la cantidad de mensajes que había dejado. Fue entonces cuando, al mirar en una de las mesillas de noche, encontró su agenda y entre sus notas estaba la tarjeta con el nombre de Dainiel Ratcliffe escrito en el dorso.

Cuando esa misma tarde había pasado a saludar al reverendo John y le habló de sus preocupaciones, el hombre reconoció el nombre al momento. Si bien, había tenido serias dudas sobre que existiese relación alguna entre el voluntario que daba clases en el Gimnasio Chaser y su compañera de piso.

—¿Dónde te has metido, Ruth? —musitó para sí. Intentó llamarla una vez más, pero cómo las veces anteriores saltó el contestador—. Maldita sea. Esto no es normal, se acabó, es hora de dar parte a la Policía.

No iba a esperar más, prefería quedar como una tonta cuando ella apareciese mañana por casa que seguir sin noticia alguna.

CAPÍTULO 1

—Y esto es por lo que prefiero el *Blackish* por encima de los demás clubes de la ciudad —comentó Dain echando un fugaz vistazo alrededor—. Si alguien se atreviese a meter alguna droga en el recinto, Fire y Horus limpiarían el suelo con él y luego lo lanzarían por la puerta al primer contenedor que encontrasen.

Damien sonrió de soslayo, le dio un nuevo trago a la cerveza y paseó la mirada por el atestado local. Ninguno de los dos estaba allí para admirar el lugar o sacarle punta, su presencia obedecía a una operación encubierta encabezada por el departamento de Policía de Brooklyn.

—Por no hablar de la limpieza —añadió visiblemente asqueado al pasar un dedo por el borde de la mesa y encontrar suciedad—. Te juro que huele a todo menos a rosas.

No sabía cómo sería otros días, pero hoy se superaba el aforo y con creces. Los aromas de las colonias, el cuero y el sexo se convertían en una mezcla desagradable, lejos de generar el erotismo al que se había acostumbrado.

Sentados en una mesa cerca de la puerta trasera del local, con una visión global de la planta baja y el acceso a la zona VIP, monitoreaban el que, según las fuentes que había obtenido un par de días atrás, sería una de las grandes recogidas de mercancía de la zona.

Damien y Logan se habían presentado en su lugar de trabajo un mes atrás en busca de colaboración. No era la primera vez que les echaba una mano aportando alguna pista. Era bueno escuchando y, dado que pasaba gran parte del tiempo visitando los suburbios por su profesión, siempre terminaba enterándose de alguna cosa. El que además llevase un tiempo como voluntario en el gimnasio y ayudando a aquellos chicos a dejar atrás la violencia en la que se habían criado y crecían, hacía que muchos de los problemas de los bajos fondos terminasen en la puerta de su aula al inicio o al final de alguna clase.

—No es el mejor club en el que haya estado, la verdad, pero tampoco es el peor, si tenemos en cuenta que es una tapadera para sus actividades ilegales.

—¿Qué clase de tugurios frecuentas?

El detective sonrió de soslayo y volvió a darle un sorbo a su consumición.

—Algunos son bastante interesantes, te sorprendería lo que acabas rescatando de ellos.

Sacudió la cabeza ante las palabras del hombre. No envidiaba en absoluto el trabajo del policía.

—La palabra clave ahí es «rescatar» —chasqueó—. No quiero rescatar a una sumisa, quiero que me sirva.

Su compañero bufó.

—Ahora entiendo porque tienes a Sophie más cabreada que a una mona.

—Kitty se olvida de cuál es su posición demasiado a menudo.

—Horus y tú tenéis un tándem para volverla loca, ¿no?

Sonrió de soslayo.

—Es solo una forma de mantenerla sobre sus propios pies. —Se encogió de hombros—. Y también de cabrear a Horus.

Ahora fue el poli el que se rio.

—Está loco por su sumisa.

—Lo tiene calado hasta los huesos.

—Me alegra que esa polvorilla por fin consiguiese lo que quería.

—Hacen muy buena pareja.

—¿Está hablando tu parte romántica?

—Yo carezco de eso, Damien.

El detective levantó la botella para brindar con él.

—Amén a eso.

Sacudió la cabeza y paseó la mirada por el local.

—Espero que tus amiguitos aparezcan de una buena vez o terminaré la noche con una jodida gastroenteritis.

—Tengo un bote de bicarbonato en el coche si lo necesitas.

Dain se limitó a poner los ojos en blanco, giró sobre su asiento y echó un aburrido vistazo a los cuerpos que se retorcían en la pista de baile al son de la estridente música. Lejos de allí, prácticamente en el área contraria de la habitación, otras parejas disfrutaban de diversas prácticas sexuales y los juguetes dispuestos para ellas.

Arrugó la nariz con gesto de disgusto, había demasiadas cosas allí que no le gustaban, desde el trato de algunos dominantes con sus sumisas a la falta de educación y adiestramiento de estas para con sus amos. Había demasiados collares permanentes alrededor de finas gargantas, un injustificado y no merecido título de propiedad.

«Una sumisa debe ser guiada, cuidada y atesorada, obtener su voluntaria sumisión es lo que te convierte en un buen amo».

Aquel era un consejo que llevaba grabado a fuego, uno ofrecido por la mano de su mentor. Era curioso que el hombre en quién más había confiado y a quién había querido como a un padre, fuese en realidad el enemigo acérrimo de su progenitor.

«Te alías con el enemigo, él secunda tus vicios y eso es todo lo que tiene importancia para ti. Eres una gran decepción».

Hizo a un lado sus pensamientos y volvió a centrarse en lo que lo había traído hasta allí. Localizó al momento a los dos policías encubiertos que cubrían la sala con ellos, solo un ojo experto y que supiese quienes eran realmente verían que no estaban bebiendo, que sus miradas no se centraban realmente en las mujeres que se exhibían y coqueteaban, a pesar de dar la impresión de estar haciendo exactamente eso.

La zona VIP seguía precintada, un enorme gorila se ocupaba de que nadie que no tuviese un buen par de tetas o una invitación pasase del cordón rojo con el que se cerraba el paso de las escaleras.

Consultó discretamente el reloj, apenas pasaban treinta minutos de la medianoche y, según su informante, la recogida estaba prevista para la una en punto.

—Paciencia, amigo mío, paciencia.

Se abstuvo de bufar o contestar y siguió con su inspección ocular de la zona haciendo una nota mental de pasar el fin de semana por el *Blackish.* Después de esto, necesitaría una buena sesión en el club, a poder ser con una sumisa complaciente y que no le causase problemas.

En el último tramo del recorrido se vio obligado a detenerse y dar marcha atrás. Allí, cercana a la entrada de la zona VIP, reconoció a alguien.

—Conozco a esa mujer.

Damien reaccionó al escuchar el tono de su voz.

—¿Es alguna de tus conquistas?

—No.

—¿Una de tus causas perdidas?

—No.

—Bien, ahora ya has despertado mi curiosidad. ¿Dónde está?

—En el área próxima a la zona VIP.

—No parece muy contenta de estar aquí.

—Me sorprende el hecho de encontrarla aquí siquiera —añadió al momento—. Es una de las docentes del Collegiate Charter. Los chicos dijeron que era su profesora de literatura. Vino a verme al gimnasio a principios de semana.

—Una maestra, vaya, esto se pone interesante —murmuró y se giró hacia él—. ¿Y dices que fue a verte al gimnasio? ¿A ti?

—Se plantó allí, venía buscándome y, a juzgar por su actitud, parecía convencida de que yo tenía que saber sobre el paradero de una mujer, una tal Ruth Vera. —Arrugó la nariz—. Llegó con la equivocada idea de que la chica tenía una relación conmigo desde hacía un par de meses y que yo debería estar al tanto de su paradero.

—¿Y no fue así?

—No tengo la menor idea de quién es esa tal Ruth Vera —negó y añadió—. Pero la profesora hizo mención del *Blackish*, estaba convencida de que su amiga era gogó y que el club era una discoteca o vete tú a saber.

—¿Una gogó? —bufó—. Lo que me faltaba por escuchar.

Asintió contemplativo, entonces sacudió la cabeza diciendo lo evidente.

—Ella no encaja en este ambiente.

A pesar de la baja iluminación podían apreciar lo que era una negativa en toda regla, ya fuera porque ella acababa de pegarle una bofetada al tipo o la forma en que este reaccionó a que le dijesen que no. Entrecerró los ojos y examinó el lenguaje corporal de la mujer, estaba lo suficiente tensa como para hacerle saber que esa escena no tenía nada de pactado. No era un juego, ni una fantasía, era una agresión en toda regla.

Echó un vistazo a Damien cuya atención estaba puesta en la puerta de atrás.

—Están entrando.

Un rápido vistazo en aquella dirección le indicó que efectivamente habían llegado los invitados que esperaban. Dain vaciló, su mirada voló de nuevo a dónde estaba la profesora. Los recién llegados se dirigían a la misma zona.

—Atención, están entrando —murmuró el detective transmitiendo las órdenes a sus subordinados a través del auricular que ambos llevaban—. Que nadie se mueva hasta que yo de la orden. Hay que pillarlos con las manos en la masa, en plena recogida.

Dain no le sacó los ojos de encima a la mujer. Menuda, curvilínea, con una melena negra y una piel chocolate, llevaba un serio vestido oscuro que le daba un aspecto incluso más incongruente para una mujer que visitaba un club erótico.

—Parece una jodida profesora.

—Necesito que te centres, compañero.

Deslizó la mirada hacia los recién llegados, uno de ellos incluso pareció dedicarle un par de palabras al tipo que acompañaba a la mujer antes de seguir su camino. Se quedó con la mirada puesta en ella, su postura era tensa, respondió algo a su indeseado acompañante y este la aferró del brazo.

—Maldita sea.

Se levantó lentamente, intentando no llamar la atención sobre su persona, pero eso no evitó que el poli sisease.

—Y luego dices que no tienes un pelo de romántico en el cuerpo, *Sir Lancelot*.

—Una distracción no viene mal, especialmente cuando parecen un pelín recelosos.

No era una excusa, sino un hecho. Los recién llegados parecían estar peinando la zona con sumo cuidado, no venían solos y los dos hombres que los acompañaban podían muy bien haber salido de una cárcel rusa a juzgar por su aspecto.

—No hagas que te maten o tendré que dar demasiadas explicaciones a tu hermano.

—Échame la culpa a mí y listo.

Ignoró el resoplido de Damien así como las órdenes que dio a su equipo y se movió a través de la sala sin perder de vista a la estúpida mujer. Porque nadie, con un pequeño gramo de inteligencia, habría hecho algo tan estúpido como pegarle una patada en el tobillo a alguien que le doblaba en tamaño.

—Estúpida.

Apretó los dientes ante la inmediata respuesta del hombre y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no atravesar corriendo la sala, abriéndose paso a empujones, cuando este le giró la cara de una bofetada. La fuerza del impacto la lanzó al suelo haciendo que aquellos que estaban a su alrededor se apartasen sorprendidos.

—¡Zorra estúpida! ¿No entiendes el idioma en el que se te habla o es que quieres probar un poco de lo que le doy a todas?

El rostro femenino se contorsionó por el dolor y el asombro, las lágrimas empezaron a invadirle los ojos y se quedó allí, mirándole asombrada, incapaz de moverse.

—Claro, esto es lo que te pone, es lo que te gusta. Bueno, no se lo diremos a Miguel…

La agresividad en su voz pareció hacerla reaccionar, pues empezó a patalear en el suelo en su afán de escapar de él.

«¡No lo mates! ¡No ha sido culpa suya! ¡Yo tuve la culpa!».

Palabras llegadas del pasado, escuchadas tantas y tantas veces entre las mujeres a las que les había tocado atender en los últimos años de profesión.

—Creo que la señorita acaba de mandarte a la mierda, amigo.

Frenó con una parada seca el puño que iba directo a ella y lo retorció, haciendo retroceder al hombre.

—Y deberías hacerle caso.

—¿Se… señor Ratcliffe?

—¿Quién coño eres tú? ¿Su chulo?

—Respuesta equivocada.

Le retorció el puño que todavía aferraba y lo empujó hacia la puerta trasera, atrayendo la atención de los presentes.

—¿Por qué no solucionamos esto fuera, pedazo de mierda?

Lo lanzó sin miramientos, manteniendo su rabia bajo control, el tipo golpeó la puerta, haciendo que esta se abriese y cayese hacia atrás, dando un par de vueltas por las escaleras hasta terminar en el asfalto.

—¡Hijo de puta! —siseó el caído. Se revolvió como un escorpión y cargó hacia él pero ya lo estaba esperando.

—Movimiento equivocado, imbécil.

Conectó otro golpe seco en la mandíbula y esquivó un torpe intento del tipo por devolvérselo. Podía ser de su estatura e incluso más corpulento, pero estaba claro que solo podía enfrentarse con mujeres indefensas.

—¡Cabrón!

Se lanzó de nuevo a por él, conectó un golpe de manera fortuita pero Dain estaba más que preparado para devolvérsela multiplicada.

—¿Ey? ¿Qué coño estás haciendo, Héctor?

De la puerta a su espalda emergieron entonces dos hombres, a uno de ellos lo reconoció como el portero que había estado haciendo guardia en la zona VIP.

—¿Qué mierda significa esto? —preguntó el otro, echó un rápido vistazo al interior del local y se mesó el pelo—. No me jodas, Héctor, ahora no… Joder, Jason, te dije que no lo dejases entrar, está de mierda hasta las cejas —siseó y se volvió con cara de pocos amigos hacia él, mirando también a la chica—. Acaba con esta mierda antes de que se entere el cabrón de Piper.

Dicho eso dio media vuelta y volvió con gesto frustrado al interior, dejándole en compañía del hijo de puta y el portero, quién decidió que la mejor manera de terminar con aquello era crujiéndose los nudillos.

—Te daré la oportunidad de coger a tu puta e irte ahora.

—No es de él, ¡yo la vi primero!

—Empiezo a cansarme de que se insulte a la dama —chasqueó, comprobando la posición de cada uno.

—Ella no es una dama, es un coñito caliente.

—Mala respuesta —gruñó Dain, giró sobre sí mismo y conectó un rápido golpe con la mandíbula del bastardo. Este trastabilló hacia atrás pero se limitó a reírse. Sí, el imbécil de antes tenía razón, iba de mierda hasta las cejas.

—Joder, pegas como una nena.

—No lo creo —añadió el portero antes de lanzarse también al ataque—. Debiste coger a la chica y largarte.

Bloqueó su ataque y acusó el impacto, ese hombre no solo era una montaña sino que prometía ser igual de dura.

—Claro, tan pronto le enseñe a ese mequetrefe a comportarse con una mujer —gruñó esquivando un nuevo golpe para conectar uno suyo. Este habría sido posiblemente efectivo si el primer hijo de puta no lo hubiese asaltado desde atrás, empujándolo.

—¡Ey! ¡Eso no es justo! ¡Sois dos contra uno!

La voz surgió a su espalda acompañada de algún objeto volador que salió disparado hacia ellos, distrayéndole y haciendo que olvidase por un segundo el repentino aguijonazo que notó en el costado. Sin embargo, el proyectil no distrajo a la montaña, quién no dudó en golpearle de nuevo, haciéndolo retroceder.

—Ya me he cansado —siseó. Esquivó al hombre y le golpeó con facilidad, conectando dos movimientos que lo enviaron al momento contra los contenedores.

—Pedazo de mierda… —resolló el tipo, intentando recomponerse y volver a ponerse en pie.

—Quédate ahí quietecito, ¿vale?

Esperando que obedeciese y manteniendo al mismo tiempo un ojo en él, se giró lo justo para verla a ella, de pie, con el zapato que le quedaba pegado al pecho.

—¿Eso era un zapato? ¿En serio?

Separó los labios como si quisiese decir algo, pero sus ojos se abrieron de golpe y extendió un brazo apuntándole.

—¡Dainiel!

Su grito fue suficiente advertencia para captar por el rabillo del ojo al imbécil que la había

golpeado y que parecía decidido a morder el polvo también. Aguantó su impacto, apretó los dientes al sentir una repentina punzada que lo atravesó como un latigazo y se deshizo de él. No pensó, solo reaccionó, empujó la base de la palma rompiéndole la nariz, lo sujetó y le propinó otro golpe que el yonqui esquivó a duras penas.

—Hijo de puta —siseó, la rabia surgió por sí sola, difícil de aplacar.

El tipo se limitó a reírse, con la sangre manándole de la nariz, manchándole la boca y la barbilla, estaba totalmente ido, bajo el efecto de alguna droga que inhibía el dolor. Pero eso no le impidió volver a levantarse y lanzarse a por él en el mismo instante en que el gorila volvía también al ruedo, lanzándose ambos contra él.

Esquivó a uno y giró para hacerle frente al otro cuando el pandemónium estalló en forma de disparos en el interior del edificio. El gorila se detuvo en seco mientras que el imbécil frenaba contra él, obteniendo una respuesta defensiva inmediata que lo mandó un par de metros hacia atrás.

—¿Qué mierda…?

Pronto la puerta ante la que estaban empezó a llenarse de gente que quería salir, las sirenas de policía ulularon en plena noche y las luces crearon sombras azules y rojas en los edificios colindantes.

—¡La Policía! ¡Es una redada!

El tipo que había salido acompañando al portero emergió ahora entre gritos, empujando a la gente a su paso, saltando por encima de ellos en su afán por escapar del infierno desatado en el club. Las sirenas de los coches patrulla irrumpieron en la noche, cada vez más cerca, haciendo que todo el frenetismo se incrementase a su alrededor. Alguien lo empujó mientras el portero le echaba un último vistazo y decidía que le convenía más salir corriendo.

—Joder, joder, joder… la poli… oh… mierda, la poli…

Echó un fugaz vistazo al imbécil que se reía al decirlo, en un instante estaba tirado en el suelo y al siguiente seguía a la desbandada de ratas que huían del fuego.

Se volvió y buscó a la chica, la cual seguía aferrando su zapato, tensa y quieta como una estatua, su mirada fija en el área de sus caderas.

—¿Ves algo que te interese?

Sus palabras hicieron que diese un pequeño saltito, levantó la mirada y lo señaló con el índice.

—Estás… sangrando.

Las palabras se filtraron en su mente con una lentitud que no era normal.

—¿Qué?

Su dedo índice señaló hacia abajo, hacia su estómago.

—Creo que la culpa la tiene eso.

Bajó la mirada, pero el movimiento lo mareó y perdió el equilibrio, aterrizando sobre una rodilla y una mano.

—Cuidado —Esas pequeñas manos estuvieron sobre su cuerpo al momento y lo ayudaron a sentarse y prácticamente recostarse en el suelo—. Mierda, hay mucha sangre.

La miró en busca de la fuente de ello.

—¿Estás herida?

Parpadeó como un búho y se inclinó sobre él.

—No soy yo, imbécil, eres tú.

—¿Acabas de llamarme imbécil?

La vio abrir la boca para decir algo pero no llegó a escuchar bien lo que decía, entre el

ruido de las sirenas y su repentino cansancio.

—¿Qué…?

—Oh, joder. —Creyó entender que formulaban sus labios—. No se te ocurra morirte sobre mí. Maldita sea, ay, Dios, esto no puede estar pasando… Espera… tiéndete, así, no te muevas, voy a llamar a una ambulancia, ¿vale?

¿Una ambulancia? ¿Para qué? ¿Para quién?

La vista empezó a fallarle, las náuseas surgieron al momento y con ellas la debilidad se hizo mayor al punto de terminar cediendo contra ella.

—No, no, no… ni se te ocurra. —Escuchó su voz—. ¿Dónde está mi bolso? Oh mierda, mierda, mierda… —Giró la cabeza de un lado a otro haciendo volar la melena negra—. ¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Pedid una ambulancia!

Sacudió la cabeza, se sentía débil, dolorido, pero no terminaba de comprender el motivo.

—¿Qué… porqué estoy en el suelo? —Intentó levantarse pero la diminuta mujer plantó las manos sobre sus hombros y se acercó a su rostro. Olía… a canela.

—No.Te.Muevas. —Vio que gesticulaban sus labios—. Te han apuñalado.

¿Apuñalado?

—No, estás equivocada…

—Claro y eso que sale de tu estómago es un bastón de caramelo.

Siguió su mirada y, sobresaliendo de su vientre se encontró con la empuñadura de una navaja.

—Vaya mierda de noche —farfulló, hizo una mueca y, se quedó quieto allí tendido—. Tenía que haberme quedado en casa.

—Sí, ya somos dos —declaró ella, al tiempo que buscaba a su alrededor—. ¡Una ambulancia! ¿Es que nadie me oye?

Se estaba poniendo nerviosa, mordiéndose el labio inferior mientras dudaba entre levantarse y pedir ayuda o permanecer a su lado para que nadie le pasase por encima.

—No te muevas, ¿vale? —creyó escuchar que decía, pero ya solo la veía mover los labios, su imagen empezaba a hacerse borrosa y delante de los ojos solo veía chispitas—. Todo va a salir bien, te conseguiré ayuda…

No pensaba moverse, no señor, no iba a irse a ningún lado, pensó antes de que la oscuridad viniese a buscarlo dejándolo inconsciente.

CAPÍTULO 2

Faith se quedó sin respiración al ver que él cerraba los ojos y no respondía a su llamada.

—¿Señor Ratcliffe? ¿Dainiel?

Le dio unos golpecitos en la cara pero sabía que de poco servían, especialmente cuando tenía una jodida navaja clavada en el abdomen.

¿Cómo diablos había sucedido algo así? ¿En qué momento se habían torcido tanto las cosas? Debería haberse ido cuando se lo dijeron, no tenía que haberle pegado una patada a ese idiota, pero ahora ya era demasiado tarde y alguien había sido apuñalado por ello.

—Oh, por favor, no me hagas esto.

Miró a su alrededor con urgencia, no sabía que había pasado, porqué estaba allí la Policía, pero sin duda aquello tenía toda la pinta de ser una redada y ella había terminado en medio.

—¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Necesito una ambulancia! —gritó, intentando hacerse oír por encima del jaleo.

La gente había salido corriendo del local y continuó haciéndolo calle abajo, como si quisieran evitar ser identificados o terminar pasando la noche en el calabozo.

—Ay Dios, esto no puede sentarle bien a mi currículum —gimió dándose cuenta del problema en el que se había metido.

¿En qué estúpido universo paralelo era una buena idea el adentrarse en ese club erótico y preguntar si alguien conocía a la mujer de la foto de su móvil? De todas las descabelladas ideas que se le habían pasado por la cabeza esa semana, esta se llevaba el Oscar.

—…el derecho de hablar con un abogado y que él esté presente durante el interrogatorio —Oyó a su espalda—. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Le han quedado claros los derechos previamente mencionados?

Se giró para ver a un par de policías uniformados escoltando cada uno a un hombre esposado, tras ellos salían tres individuos más, que suponía eran también agentes pero vestían de paisano.

—Sí, llévenlos a comisaría y que los interroguen —comentó uno de ellos—. ¿Alguien ha visto a Ratcliffe?

El apellido sonó como campanillas en su mente. Se levantó de golpe y agitó los brazos como si le fuese la vida en ello.

—¡Aquí! ¡El señor Ratcliffe está aquí! —Llamó la atención del agente, señalando hacia el suelo—. ¡Le han apuñalado!

Unos ojos verdes se clavaron al momento en ella, algo parecido al reconocimiento pasó por su rostro un instante antes de que empezase a caminar hacia ella.

—¿Qué estás…?

Señaló una vez más el punto a sus pies y volvió a arrodillarse junto a él.

—Llame a una ambulancia, por favor, llame a una maldita ambulancia.

—Jesús —exclamó nada más ver lo que ocurría y echó mano a la radio—. Soy el detective Knight, tengo un 10-38 en el 33 de Michael Griffith Street, necesito una ambulancia urgentemente. Herido de arma blanca.

Dejando el transmisor a un lado se agachó al lado del hombre, le tomó el pulso carotideo y dejó escapar un breve suspiro de alivio. Se quitó la chaqueta y se la puso sobre el pecho.

—¿Qué ha pasado?

Sus ojos se clavaron en ella con firmeza.

—Le… le apuñalaron. —Señaló lo evidente—. No… no sé cuándo fue. Él se estaba enfrentando a un idiota y entonces apareció el portero del club, eran dos contra uno pero lo manejó bien hasta que… pasó esto.

—Maldita sea, Dain, quédate conmigo, bastardo —siseó al tiempo que miraba la herida de su amigo—. Joder, esto no tiene buena pinta.

No, era imposible que lo tuviese con el mango de una navaja sobresaliéndole de un lado del estómago.

—¿Tú estás bien? ¿Te han herido?

Sacudió la cabeza al momento y volvió a mirar al herido.

—Está sangrando mucho…

Él asintió y empezó a palparlo con mucho cuidado.

—Toda esa sangre no puede venir solo de esa herida.

Lo vio recorrer el cuerpo del hombre inconsciente al tiempo que lo reseguía con las manos.

—¿Sabe lo que está haciendo?

Él levantó la cabeza lo justo para dedicarle una breve mirada que lo decía todo.

—No preguntaré nada más.

Su respuesta fue girarse y llamar a voz en grito.

—¿Dónde coño está esa maldita ambulancia?

Faith sabía que apenas habían pasado unos momentos desde que la había pedido, por muy rápida que esta fuese, no estaría allí antes de uno cuantos minutos.

—¡Viene en camino, señor! —Anunció alguien entre su gente.

—No puedo sacar ese cuchillo, no sabemos si ha tocado algún órgano o está taponando la herida para que no sangre más. —Se arrastró por el suelo, palpando con las manos, ajeno a todo lo demás—. Pero esto no puede venir de ahí. Ayúdame, tengo que girarlo.

Con un sobresalto se incorporó sobre las rodillas dispuesta a ayudar, pero sin saber qué hacer.

—Sujétale por aquí —le mostró dónde poner las manos—. Será solo un momentito, ¿lista?

Posicionó las manos en ambos sitios y asintió.

—Allá vamos.

¡Jesús! ¡Era un peso muerto! ¡Un peso muy grande!

—Mierda —escuchó el siseo del policía antes de que volviese a dejarle en su posición original—. Le apuñalaron también por la espalda.

—¿Qué clase de malnacido ataca por la espalda? —jadeó ella—. El muy cobarde. Tenía que haberle lanzado el otro zapato.

Por segunda vez, aquella noche, el sonido de las sirenas volvió a resonar en aquella parte de Brooklyn.

—La ambulancia —Jadeó, incorporándose de nuevo sobre las rodillas.

—¡La ambulancia está entrando, jefe!

—¡Trae a los sanitarios! —Gritó de nuevo el detective, entonces se inclinó sobre su compañero—. Aguanta un poco, Dain. Pronto estarás en el hospital. Ni se te ocurra joderme la noche, no quiero tener que explicarle a Lucien que te han apuñalado por hacerte el héroe,

¿entendido? Si te pasa algo, tu hermano me corta las pelotas y me las hace comer.

Y aquello era sin duda una descripción bastante gráfica de una amenaza masculina, pensó ella.

Conducidos por uno de los agentes, los sanitarios aparecieron poco después desde el callejón trayendo una camilla de palas y el maletín médico.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta del sanitario la irritó. ¿Es que no tenían ojos en la cara?

—¿En serio? ¿Es que no ve el mango de la navaja saliendo de su abdomen?

—Tranquilícese, señora, nosotros nos ocuparemos de él.

Abrió la boca para decirle lo que podía hacer con ese condescendiente «señora» pero la voz del detective la detuvo.

—Es posible que le hayan apuñalado también por la espalda al menos una vez. No he llegado a ver la herida, pero dada la cantidad de sangre, ha tenido que ser profunda.

Ellos se limitaron a asentir, estabilizaron la condición del herido y lo pasaron a la camilla, listos para salir pitando para el hospital.

—Lo llevamos al Kings County Hospital.

—De acuerdo —aceptó el hombre, poniéndose en pie, entonces le tocó brevemente el hombro—. Buen trabajo, mascota.

Levantó la cabeza para encontrarse con su mirada antes de que pasase por delante de ella y empezase a impartir órdenes a sus subordinados.

«¿Acaba de llamarme mascota?».

—Carradine, estás al mando —remató y se volvió hacia ella—. Vamos. Será mejor que te miren a ti también eso. Necesitarás el informe para presentar una denuncia por agresión contra el gilipollas que te golpeó.

Parpadeó como si fuese un búho, su mente tenía más dificultades que de costumbre para hilar los pensamientos.

—¿Qué?

La respuesta de aquella segunda montaña humana —¿tenían que ser todos los hombres tan grandes?— fue posar la palma de la mano contra su mejilla y al momento el dolor estalló atravesándole el rostro.

—Oh, joder.

—Hijo de puta.

Su exabrupto quedó en un segundo plano ante el dolor que volvía a arderle en ese lado de la cara.

—Vamos, tendrán que hacerte una placa, no estoy seguro de que no te haya fracturado o fisurado el pómulo.

Miró a su alrededor, la Policía hablaba con algunos de los que se habían quedado rezagados o directamente los esposaban, el caos que se había desatado momentos antes se había extinguido al igual que la adrenalina que la había mantenido en pie hasta el momento.

—Um, ¿le importaría cogerme?

—¿Qué?

—Creo que voy a desmayarme.

Y fue lo que hizo. No sabía si él la había cogido o se había dado un porrazo contra el suelo porque su cerebro eligió ese mismo instante para desconectar por completo.

Sí, había sido una muy mala idea hacer caso omiso de lo que le había dicho la Policía y salir a buscar a su amiga por su propia cuenta.

CAPÍTULO 3

Faith intentaba comprender por qué seguía allí, sentada en esa butaca, contemplando la cama en la que descansaba ese hombre. Dain Ratcliffe había resultado ser un enorme problema, uno que no había ni pedido ni buscado y que, sin embargo, había encontrado.

Sus acciones eran las que le impedían levantarse e irse, eso y que el policía que la había traído, el detective Damien Knight, la hubiese dejado allí después de que los médicos la hubiesen examinado y le administrasen suficientes calmantes como para tumbar a un elefante.

Afortunadamente no tenía nada roto, aunque la hinchazón en la zona del pómulo y la mejilla tardaría bastante en bajar, por no hablar de que empezaba a adivinarse ya un moratón del tamaño de Manhattan.

Dejó escapar un pequeño suspiro, se levantó y, tras comprobar que podía caminar en línea recta, se acercó a la cama. Él estaba pálido, sabía que había pasado un momento difícil en el quirófano y que habían tenido que hacerle una transfusión, pero estaba vivo, eso ya era todo un alivio.

—Lo siento, lo siento mucho, todo esto ha pasado por mi culpa —musitó.

Deslizó los dedos por la frente, barriendo el pelo oscuro de su rostro en reposo y comparó mentalmente lo que cambiaba su expresión durante el sueño. Sus facciones se suavizaban, hacían que perdiese un poco ese tono de dureza y peligrosidad, pero seguía manteniendo un arrollador atractivo.

Comprobó el goteo del suero, el antibiótico estaba a punto de terminarse. Manipuló la vía para acelerar el proceso y cerrarla finalmente, alisó la sábana y se retiró lentamente. Ahora era cuando empezaba a dolerle todo, cuando cobraba conciencia de la estupidez que había cometido al visitar aquel lugar en busca de alguna posible respuesta.

Se sentó e hizo una mueca al sentir un tirón en el rostro, los calmantes habían hecho su trabajo, no obstante, no eran duchos en milagros; el entumecimiento y las molestias seguían presentes.

Cogió su bolso, abrazándose al gastado cuero y aspiró el conocido aroma de su colonia en él. Había podido recuperarlo del vestidor del club antes de que el detective Knight la metiese en su coche y la trajese al hospital a la velocidad de la luz; ese hombre era un peligro al volante.

—Quiero irme a casa —murmuró para sí, echó un nuevo vistazo al paciente que ocupaba aquella habitación y sacudió la cabeza—. Pero no te dejaré aquí hasta saber que vas a ponerte bien.

Es lo mínimo que podía hacer, especialmente cuando había evitado que ese individuo hiciese algo más que abofetearla. Se estremeció ante la perspectiva, acurrucándose aún más en la silla y obligándose a hacer a un lado esos fatídicos pensamientos.

—Por otro lado, no hay nadie en casa y no me apetece quedarme sola, no esta noche.

Suspiró de nuevo, cansada y vapuleada por los acontecimientos, cerró los ojos tan solo un momento y volvió a abrirlos al escuchar a alguien alzando la voz.

—...no, lo que quiero saber es dónde coño estaba Dain para recibir una puñalada, Damien. Joder. Os lo he dicho a Logan y a ti infinidad de veces, el que se mete en la mierda hasta las orejas soy yo, no él.

Un nuevo coloso apareció por la puerta, con el pelo más largo y de un rubio blanquecino en contraste con las oscuras cejas, era prácticamente un clon del convaleciente. La ausencia de barba le daba, sin embargo, un aspecto más juvenil, menos tosco, pero la fisionomía, el color azul de sus ojos y esa terca mandíbula eran iguales a las de él.

—¿Piensas que Dain se iba a quedar de brazos cruzados después de dar con toda la información? —replicó el detective con obvio sarcasmo—. Como si no le conocieses.

—Precisamente, porque lo conozco, es que deberías haberlo encerrado en una celda hasta que terminases con esa puñetera redada —concluyó y fue directo a la cama de hospital. Su rostro mudó al ver al ocupante, la rabia contenida que había endurecido su rostro dio paso a la preocupación—. Maldita sea, ¿por qué insistes en meterte en estas mierdas?

Masculló algo en voz baja y se giró con intención de seguir discutiendo, pero se topó con ella.

—¿Quién coño eres tú?

La brusquedad en su voz la sobresaltó. En un abrir y cerrar de ojos se puso en pie, aferrando el bolso, lista para huir de la rabia que destilaban sus ojos.

—Ey, ey, tranquila. —La detuvo Damien, prácticamente parándola con su propio cuerpo —. Este gilipollas es inofensivo.

Lo miró y no pudo evitar que su rostro transmitiese su absoluta falta de confianza en esas palabras.

—¿Te han golpeado?

Su brusquedad inicial dio paso a una autoimpuesta calma, esos ojos azules se clavaron en ella con tal intensidad que se vio atrapada, incapaz de moverse.

—Faith Valentine, te presento a Lucien Ratcliffe, quién, cómo habrás adivinado, es el hermano del convaleciente —añadió el detective, sus manos se movieron por sus brazos de forma pausada, transmitiéndole calma y seguridad—. La señorita Valentine fue la que atendió al héroe hasta que pudo llamar mi atención. Fue víctima de una agresión, por suerte, Dain hizo que la cosa no pasase a mayores.

—Me cuesta creerlo cuando está tumbado en una cama y con dos cuchilladas en el cuerpo.

No pudo evitar sentirse culpable ante esas palabras, bajó la cabeza y susurró una disculpa.

—Le apuñalaron por mi culpa, lo siento mucho.

El hombre soltó un exabrupto, se pasó la mano por el pelo, desordenándolo y, acto seguido, se encontró engullida en un abrazo que olía a madreselva.

Jesús, Jesús, Jesús.

—Tú no tienes la culpa de que aquí, el héroe, sea gilipollas de nacimiento.

El pecho masculino parecía vibrar con cada una de sus palabras y ella estaba tan azorada por el inesperado acto que no podía ni moverse.

—Esto… um… ¿Podría, por favor, soltarme?

La petición le salió como un hilillo de voz, pero surtió efecto, ya que aflojó su abrazo y dio un paso atrás. Cuando se atrevió a mirarle de su rostro ya había desaparecido todo rastro de rabia.

—¿Algo roto? —La pregunta no iba para ella.

—No, afortunadamente no le ha fracturado el pómulo.

—¿Habéis cogido al hijo de puta que lo hizo?

—Se han producido bastantes arrestos durante la redada, hemos detenido a los dos principales cabecillas y desmantelado el laboratorio que se encargaba de elaborar la droga que se distribuía principalmente en el barrio y que también se exportaba. La señorita Valentine nos ha

dado, además, una descripción de su agresor y, si no lo tenemos, lo encontraremos.

Y a juzgar por el tono de voz empleado por el policía, al imbécil que la había atacado no iba a irle nada bien cuando lo hicieran.

—Quiero esa declaración.

—Lucien…

Lo ignoró y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Qué hacía alguien como tú en un antro como aquel?

La pregunta la cogió por sorpresa, no porque no la hubiese escuchado ya hasta la saciedad, sino por el tono de preocupación presente en su voz.

—No es algo que sea de su incumbencia.

La manera en que se cruzó de brazos y esperó le dijo sin necesidad de palabras que aquella no era la respuesta que quería y esperaría hasta que se la diese.

Se lamió los labios y tragó, ¿de dónde diablos habían salido esos hombres? No solo eran intimidantes, eran capaces de sacarle hasta la talla de sujetador con tan solo el tono de su voz.

—Inténtalo otra vez, mascota.

—No soy una mascota, le agradecería, se lo agradecería a ambos, que dejasen de llamarme así.

El rubio miró al policía quién se limitó a encogerse de hombros.

—Insisto en obtener una respuesta a mi pregunta, señorita Valentine.

La manera en que pronunció su apellido casi la hizo desear que siguiese llamándola mascota.

—Responde, pequeña.

¿Pequeña? ¿En serio?

—Yo… buscaba a alguien… y no la encontré.

—¿Una mujer?

Asintió y dejó escapar un cansado suspiro.

—Ya se lo he explicado al detective Knight, puse una denuncia por desaparición y no han hecho absolutamente nada.

—¿Quién ha desaparecido?

—Su compañera de piso —añadió Damien—. Según tengo entendido, la señorita Valentine se presentó en el gimnasio Chaser buscando a Dain, pensaba que él tenía un *affaire* con la señorita Ruth Vera.

—¿Ruth Vera?

La familiaridad con la que pronunció su nombre hizo que levantase la cabeza y lo mirase.

—¿La conoce? —Se animó y echó mano al momento de su bolso, buscando en su interior el teléfono—. Ella es…

—De más o menos tu estatura, rubia platino, y unas curvas generosas.

—Sí, sí, tengo una foto…

—No es necesaria.

Su rostro se endureció ligeramente, evitó su mirada y se volvió a Damien, solo tuvo que hacer un gesto para provocar una reacción inmediata en el hombre.

—¿Qué? ¿Por qué dice eso? —No pudo evitar que su voz sonase temblorosa—. Ella lleva desaparecida desde el viernes de la semana pasada, me dijo que iba a pasar el fin de semana con Dainiel Ratcliffe, pero en el trabajo dijo que tenía un familiar enfermo, pero no es cierto… —Parloteó sin parar, manipulando con creciente nerviosismo el teléfono en busca de la foto—. Me dijo que llevaba dos meses saliendo con él, pero el señor Ratcliffe aseguró no conocerla,

entonces yo…

—¿Recuerdas que prendas llevaba puestas la última vez que la viste?

La pregunta la tomó por sorpresa, pero asintió.

—Lo dije en mi declaración. Iba bastante maquillada, llevaba un ajustado vestido rojo, bléiser negro, botas negras por encima de la rodilla. Y también llevaba un colgante en forma de mariposa en el cuello.

Le tendió el teléfono.

—Aquí está, esta es Ruth.

Los ojos azules le dedicaron apenas un segundo de su atención a la imagen, entonces le dio la espalda y posó la mano sobre el hombro del policía. Al momento este soltó algo así como un exabrupto y la miró.

—No te muevas de aquí.

Parpadeó ante el acerado tono del policía y se quedó completamente inmóvil, con el teléfono en las manos.

—Pero…

Ni siquiera tuvo tiempo a formular pregunta alguna pues la puerta se cerró detrás de ellos.

CAPÍTULO 4

—Ruth Vera está muerta.

Lucien no se anduvo con rodeos a la hora de dar la noticia. El poli estaba más que acostumbrado a encontrarse día sí y día también con noticias fatídicas.

—¿Y lo sabes porque…?

—Porque yo fui quién la encontró esta misma mañana en una jodida habitación del hotel Caledonia, con restos de cocaína sobre la mesilla, con los ojos abiertos mirando a la nada y su cuerpo atravesado en el centro de la cama.

—¿Sobredosis?

—No había nada que me hiciese pensar en otra cosa —chasqueó la lengua—. Y sin embargo, no daba el perfil de una drogadicta, ni siquiera creo que fuese una consumidora ocasional.

—¿Estás seguro de que es la misma mujer a la que ha hecho alusión la señorita Valentine?

—El bolso estaba tirado a un lado de la cama y sus pertenencias esparcidas por el suelo —aseguró sacudiendo la cabeza—. Y no se trata solo de eso, la vi en el *Blackish*.

—¿Era sumisa?

—Eso parece. —Sacudió la cabeza—. La recuerdo especialmente porque fue el motivo de un encontronazo entre dos Doms.

—¿Dain era uno de esos dos?

—No. Esa noche, se ocupaba de la mazmorra y tuvo que ayudar a uno de los novatos a desenganchar a una pobre gatita a la que había atado a la red —sacudió la cabeza—. Tuvieron que cortar la dichosa cosa para poder bajar a la chica. Y menudos pulmones tenía el angelito, le llamó de todo menos guapo a su compañero de sesión y no contenta con ello, la emprendió con el vigilante de la mazmorra.

—¿Cómo es posible que alguien que tiene un trabajo estable y plaza como maestra en un instituto público termine muerta por sobredosis en la habitación de un hotel?

—Del mismo modo que alguien que trabaja como caza recompensas para el Estado, sirve copas en un club erótico los fines de semana y se hace cargo del adiestramiento de algunas sumisas —le soltó retratándose a sí mismo—. Nunca sabes qué clase de vida puede llevar la persona que tienes delante hasta que la conoces a fondo. E incluso entonces, hay veces que ni siquiera sabes toda la verdad.

El policía echó un vistazo en dirección a la puerta cerrada al otro lado del pasillo y sacudió la cabeza.

—Esa chica se presentó ante Dain para increparle y preguntarle que había hecho con su compañera de piso hace una semana —resumió Damien—. Y como ese camino no la llevó a ningún sitio, puso una denuncia por desaparición y, según ella, no movieron un dedo. Esto la llevó a visitar ese antro con la esperanza de obtener alguna pista sobre su paradero.

—¿Cómo es posible que alguien con el aspecto de ese cervatillo llegue siquiera a saber de la existencia de un club así?

—Dijo haber encontrado la dirección del lugar entre las pertenencias de su compañera, creyó que alguien allí podría darle alguna pista sobre su paradero. —Sacudió la cabeza—. Dain

la reconoció de su previa visita y cuando vio que estaba en problemas…

—No me digas más, *Sir Lancelot* al rescate.

—Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo.

—Yo la habría sacado de allí cagando leches solo para ponerla a continuación sobre mis rodillas y calentarle el culo por meterse en un lugar como ese sin invitación.

—No creo que le queden ganas de repetir, no después de lo que le han hecho —añadió Damien—. Por no hablar de que se siente profundamente culpable por lo ocurrido al héroe.

—He podido constatarlo por mí mismo.

—Es una gatita bastante tímida.

—¿Sumisa?

El detective enarcó una ceja ante su apreciación.

—Ni siquiera creo que sepa lo que significa la palabra sumisión a pesar de llevarla impresa en la frente.

—Reacciona de manera natural…

—Posiblemente esté acostumbrada a que alguien más tome las decisiones por ella.

—¿Por qué estamos psicoanalizando a una potencial sumisa?

—Porque es más sencillo que volver ahí dentro y decirle que la mujer a la que busca está muerta.

—Vaya noche de mierda —masculló y se pasó la mano por el pelo, desordenándolo—. Odio esta parte del trabajo.

Una que, por regla general, dejaba en manos de la Policía. Damien o incluso Logan estaban acostumbrados a lidiar con esa parte de sus profesiones, su trabajo era localizar a la persona en cuestión y entregarla, preferiblemente viva, a la autoridad correspondiente.

—¿A dónde ha sido trasladado el cuerpo?

—Al Brookdale. Iban a hacerle la autopsia por la tarde. —Se apartó la manga de la chaqueta y echó un vistazo al reloj—. A estas alturas ya deberían tener los resultados aunque no sé si responderán hasta mañana.

—Llamaré para informarme y…

—¿Está muerta?

La inesperada pregunta llegó desde algún punto del pasillo, se giraron al unísono y allí estaba ella. Unos ojos marrones se clavaron en él, su expresión era serena, como si no le preocupase lo más mínimo la respuesta. Pero su lenguaje corporal decía algo completamente distinto, la tensión era palpable y la forma en la que apretaba las manos en sendos puños contra las caderas hablaba por sí sola.

—Ruth —Pronunció ahora su nombre, como si no quisiese que hubiese duda alguna acerca de lo que estaba preguntando—. ¿Está muerta?

—Señorita Valentine. —Damien se adelantó, conocía el protocolo para aquellos casos y sin duda llevaría el asunto con mucho más tacto. Pero ella lo eludió y caminó hacia él, deteniéndose a un par de pasos.

—¿Lo está?

Asintió lentamente antes de confirmarlo con sus palabras.

—Lo siento.

Ella bajó la mirada poco a poco, movió la cabeza de manera espasmódica, hizo una pequeña mueca y dio un paso atrás.

—Faith.

Les dio la espalda a ambos y empezó a alejarse, pero no llegó a dar ni tres pasos cuando se

tambaleó, apoyándose de golpe contra la pared, rodeándose el estómago con el brazo mientras dejaba escapar un bajo quejido que sonó como un *«oh, Dios mío»*.

Lucien dio un paso adelante, sintiendo la inmediata compulsión de darle consuelo, pero Damien se había adelantado ya, cogiéndola en sus brazos, sofocando los sollozos contra su pecho. Le echó un fugaz vistazo por encima de la cabeza de ella y asintió.

Él se ocuparía de la mujer y de todo lo que hiciese falta con relación a ese caso a partir de ese momento.

Dejándolos a ambos en el pasillo, Lucien volvió a la habitación de su hermano, estaba decidido a sacarle la mierda de encima a gritos en cuanto despertase.

CAPÍTULO 5

—Vaya, el bello durmiente por fin ha despertado.

—Mierda. Estoy en el infierno o sigo vivo y tú has venido al puto hospital.

—En cuanto termine contigo desearás que sea lo primero.

Dain esbozó una irónica sonrisa, pero era todo lo que podía hacer al respecto. Se había despertado apenas unos minutos antes para encontrarse a su doble malvado sentado en una silla cerca de su cama, como si fuese un moribundo y quisiese darle el último adiós.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas, *Sir Lancelot*?

—Si lo recordase, no perdería el tiempo preguntándotelo a ti, capullo.

Lucien chasqueó la lengua y se inclinó sobre él.

—Te apuñalaron, dos veces debo añadir.

La mención de la puñalada lo llevó a bajar la mirada, la sábana cubría ahora su estómago pero la imagen de un mango sobresaliendo de él pasó por su mente.

—Mierda.

—Sí, hasta las orejas.

Cerró los ojos y se tomó unos instantes para rebobinar y juntar las piezas que venían con la imagen del apuñalamiento. Una operación de la Policía, los individuos que esperaban haciendo acto de presencia en el local y una mujer.

—¿Dónde está ella?

—Si por *ella* te refieres a la morenita que te ha salvado el culo, está fuera, en el pasillo, moqueando sobre Damien.

Arrugó la nariz ante las incomprensibles palabras de su gemelo. Seis minutos mayor que él, Lucien era el gemelo bueno, o eso pensaba todo el mundo. Su carácter mucho más afable y desenfadado se granjeaba la confianza de aquellos con los que interactuaba, la lealtad con la que se regía hacía de él un hombre íntegro y un amigo con el que todos podían contar, pero todo aquello no era más que una fachada, una que ambos llevaban practicando desde niños y que había hecho quedar como tontos más de una vez a la gente que los rodeaba.

Pocos sabían que el mayor de los Ratcliffe se dedicaba en realidad a la búsqueda y captura de fugitivos de la ley, como caza recompensas, solía pasar gran parte del tiempo viajando de un estado a otro y no había sido hasta hacía relativamente poco tiempo que había decidido establecerse en Nueva York, para estar cerca de él.

Ser el hermano menor era a menudo una lata, serlo de su gemelo, era una pesadilla, especialmente cuando se le metía entre ceja y ceja que él era quién tenía la razón.

—¿Está bien?

—Todo lo bien que puede estar alguien después de enterarse que su compañera de piso ha sido encontrada fiambre.

—¿Cómo?

—No se te ocurra mover un músculo, Dainiel, o te ato a la cama con mi mejor combinación de *Shibari*.

Puso los ojos en blanco al escuchar su nombre propio.

—Me gustaría verte intentarlo.

—No me pongas a prueba, chico, no me pongas a prueba.

Sacudió la cabeza y señaló lo que le interesaba.

—Explícate, ¿qué ha ocurrido con esa chica… em…?

—Ruth Vera.

Sí, ese era el nombre que le había dado ella cuando visitó el gimnasio buscándole a él.

—A primera vista, todo lleva a la conclusión de que se lo estaba pasando bien y se le fue la mano con las drogas.

Le hizo un rápido resumen de lo que había ocurrido, cómo había llegado al hotel buscando a otra persona y, al avanzar por el pasillo de la planta se había encontrado con un zapato de mujer en medio del pasillo y la puerta de una habitación abierta. Su innato olfato para detectar problemas lo había llevado a entrar solo para encontrarse con una mujer difunta sobre la cama y los restos de cocaína sobre la mesilla de noche.

—¿La pregunta que todavía queda en el aire es si se lo estaba pasando bien sola o había alguien más? —chasqueó—. ¿Recuerdas el incidente de la mazmorra de hace un par de meses en el que tuviste que cortar las cuerdas de la red para ayudar a bajar a esa *banshie*?

—Mis oídos todavía sufren con el recuerdo.

—Esa noche hubo un altercado con una sumisa, lo recuerdo porque yo y Blake tuvimos que sacar al imbécil. Juraría que la chica que se vio envuelta era Ruth Vera.

Parpadeó sorprendido por la relación de acontecimientos, arrugó la nariz e hizo una mueca ante un movimiento involuntario.

—Faith Valentine, apareció hace algunos días en el gimnasio preguntándome por esa mujer.

—Sí, Damien me ha puesto al corriente.

—Pensaba que yo sabría de su paradero, por alguna absurda razón estaba convencida de que tenía una relación con ella y, no tengo la menor idea de quién es —negó—. Llegó a enseñarme incluso una foto y ni siquiera me sonó su cara.

—Hay algo extraño en todo esto, especialmente en la forma en que apareció muerta, en la cama de un hotel y con la puerta abierta, por no mencionar que una mujer que no conoces de nada presuntamente le haya dicho a la persona con la que vivía que tenía una relación contigo.

Cerró de nuevo los ojos, estaba cansado, se sentía débil y esa era una sensación que no le gustaba lo más mínimo.

—¿La señorita Valentine, está bien? —Retomó lo que le interesaba—. Ese hijo de puta le giró la cara de un bofetón y la lanzó al suelo con la fuerza del impacto.

Su acompañante siseó.

—Más le vale a Damien haberlo arrestado en la redada o juro por Dios que cuando lo encuentre tendrán que recoger su polla con pinzas.

—Él estaba de drogas hasta las cejas. —Sus recuerdos no estaban muy claros, pero eso sí lo sabía—. Y el portero decidió entonces unirse también a la fiesta por encargo de otro tipo que volvió a entrar. No les gusta que se les moleste cuando llegan visitas importantes.

—Demonios, Dain, si no estuvieses ahí tendido, juro por Dios que te zurraba yo solo por el placer de oírte gritar.

—No me va el sadismo, Luc, siento decepcionarte.

—Bueno, si eres capaz de bromear no estás tan mal como parece.

—Estoy peor, créeme, es solo que no puedo evitar la tentación de joderte.

—Reserva tus fuerzas para lidiar con las sumisas, tienes una ahí fuera que ha estado muy

preocupada por ti.

Ladeó ligeramente la cabeza y lo miró.

—Será mejor que le asegures que estás bien y no vas a morirte con la próxima respiración, ya ha tenido suficientes malas noticias para una sola noche.

—¿Quiere decir eso que voy a dejar de ver tu cara durante unas cuantas horas?

—Eso es difícil, hermanito, somos gemelos, ves mi cara cada vez que te miras al espejo.

—Menos mal que me dejo barba.

Él se rio entre dientes al tiempo que se inclinaba sobre la cama y posaba la mano sobre su hombro.

—Voy a encargarme de que ese mal nacido termine dónde tiene que terminar, al otro lado de mi puño.

—No te metas en más problemas, Lucien, no estoy en condiciones de ir a buscarte.

—Motivo por el que me marcho ahora mismo.

Sin más, dio media vuelta y caminó hacia la puerta abierta solo para detenerse antes de chocar con una inesperada visita.

—Ey, estamos en un hospital, mascota, no se corre por los pasillos.

—Eso ya intentó explicárselo el guarda de seguridad y su respuesta fue… —Horus resopló —. Bueno, digamos que se ha ganado un castigo.

—Aprovechas cualquier motivo para salirte con la tuya, señor —declaró una voz femenina —. ¿Está despierto? ¿Puedo entrar?

—Lo está, pero no lo fatigues, mascota.

—No lo haré.

No pudo evitar sonreír para sí al reconocer las dos voces y la implicación de lo que decían, un segundo después una cabecita de rizos negros se asomó a través de la entrada.

—¿Dain?

—Hola, mascota.

Sophie no se lo pensó dos veces, cruzó la habitación como una exhalación y se detuvo al llegar a su lado.

—Hola —le sonrió ella. Parecía tan comedida, mordiéndose el labio inferior, mirándole con tal ansiedad que le entraron ganas de abrazarla—. ¿Cómo te encuentras?

Se lamió los labios.

—Me encontraría mucho mejor si subes aquí y me das un beso.

Ella dejó escapar el aire que probablemente no sabía ni que estaba conteniendo, sonrió con mayor amplitud y la preocupación en sus ojos cedió un poco.

—Me han dicho que no te fatigue.

—Un beso no me fatigará, además parece que tú lo necesitas más que yo.

Sacudió la cabeza pero se inclinó sobre la cama y tocó sus labios con los de él, regalándole su ternura.

—¿Cómo te encuentras? —insistió—. Y di la verdad.

—Como si me hubiese atropellado un camión, cariño.

—Sí, ese es el aspecto que tienes.

—Me alegra corresponder a tus suposiciones.

—¿En qué demonios te has metido ahora?

—¿Es esa manera de hablarle a un amo, Kitty?

Ella reculó enseguida, bajó los ojos, pero no parecía ni un poco arrepentida. Pequeña y rebelde sumisa.

—Cuando el amo está en la cama de un hospital por haber recibido dos puñaladas, sí, lo es, señor.

—No me hagas reír, cielo, duele. —Se quejó, comprobando en carne propia la verdad de sus palabras.

—Lo siento, no lo haré. —Le rozó la frente con los dedos y se apartó, mirando hacia la puerta—. Horus, Dain está despierto.

—Lo sé, amor, le he oído.

El propietario del club *Blackish* apareció en el umbral, a juzgar por su atuendo lo más probable es que hubiesen venido directamente desde el local.

—¿A quién has dejado al mando de la nave?

—A Kells, Fire está en el cuartel, están teniendo bastante trabajo con el tema de las nevadas.

—¿Y no te ha pedido una compensación?

—Sí, dijo que ni por todo el oro del mundo se haría cargo de mi sumisa —señaló a Sophie —. Por otro lado, no es como si Kitty tuviese intención alguna de permanecer dónde le dicen después de escuchar a Damien diciéndole a Lucien que te estaban operando por gilipollas.

—Sí, parece que ese es el diagnóstico de todo el mundo el día de hoy.

—¿Solo hoy?

Optó por no responder y bajó la mirada al sentir la pequeña mano de la chica cogiendo sus dedos.

—¿Quieres decirle que no voy a estirar la pata para que deje de tratarme como si le importase una mierda que yo sea el dominante y ella la sumisa?

—Amor, Dain no va a estirar la pata, así que puedes respirar de nuevo.

—Estoy respirando, gracias, señor —replicó ella con tal ironía que ambos hombres sonrieron—. Y tú, pienso tratarte cómo me dé la gana mientras estés ahí tumbado y todo pálido.

—Horus, zúrrale por mí, por favor.

—Con mucho gusto —declaró el hombre con un ronroneo—. Tres azotes más en tu honor.

—Sois como niños.

Ambos se miraron e intercambiaron un gesto conocedor.

—Estoy bien, Sophie, en serio, solo necesito descanso.

Ella asintió, le apretó una última vez los dedos y se dejó envolver por los brazos de su compañero.

—De acuerdo, te dejaremos descansar —le concedió su petición, entonces miró al hombre que poseía su corazón—. ¿Puedo?

Él asintió, la dejó ir y le dedicó un guiño a modo de advertencia.

—Intenta descansar, ¿de acuerdo? —le pidió de nuevo y se inclinó de nuevo para besarle. Esta vez, sin embargo, no se limitó a rozarle los labios—. Pórtate bien con las enfermeras, Amo Dain.

Se relamió, degustando su sabor.

—Gracias por venir, pequeña.

Se limitó a asentir, le dio un abrazo y abandonó la habitación tan rápido como había entrado, dejándole preocupado.

—Horus…

El hombre negó con la cabeza y le apretó el hombro.

—La quiero, Dain, sus deseos son también los míos.

Dejó escapar un resoplido.

—No quiero que llegue a confundirse, no busco ese tipo de relación…

Negó con la cabeza.

—Sophie sabe perfectamente lo que sois el uno para el otro, al igual que yo mismo —le aseguró tranquilo—. No son necesarias las explicaciones.

Asintió. No, entre ellos no eran necesarias las explicaciones. Habían forjado un vínculo basado en la amistad y en la confianza, mientras ambos fuesen conscientes de ello, todo iría bien. Además, Dain no se permitiría herirlos a ninguno, consideraba a Horus como un hermano y Sophie, bueno, la pequeña polvorilla era una de sus debilidades, antes se haría a un lado que dejar que esos dos se perdiesen de nuevo el uno al otro.

CAPÍTULO 6

Muerta. Ruth estaba muerta.

¿Cómo había podido ocurrir aquello? ¿Cuándo se había vuelto todo tan absurdo?

Hacía apenas una semana charlaban tomándose un café, hablando de los compañeros de trabajo, de sus respectivos alumnos y ahora estaba muerta. Se había ido para siempre y lo había hecho de una forma tan inexplicable y absurda que no podía creérsela.

Sacudió la cabeza por enésima vez, empujó la puerta de la habitación y entró. Necesitaba coger su bolso, tenía que llamar a alguien, hacer algo… El detective Knight se había ofrecido a llevarla a casa para que pudiese descansar, pero ni siquiera podía decir si estaba cansada.

La luz que entraba por la ventana le decía sin necesidad de palabras que había llegado ya la mañana, que un nuevo día daba comienzo y tendría que enfrentarse a él de la mejor de las maneras.

—¿Señorita Valentine?

Levantó la mirada al escuchar su nombre y se encontró con unos intensos pero cansados ojos azules, su rostro había adquirido cierta palidez y su barba se veía hoy más descuidada. A pesar de ello, estaba vivo, despierto y eso hizo que las lágrimas volviesen de nuevo a sus ojos.

—Faith.

Se quedó en el sitio, luchando por retenerlas sin conseguirlo. Ni siquiera podía recordar cuando había llorado tanto en su vida y, ahora, era un no parar. Era como si hubiese abierto un grifo y fuese incapaz de cerrarlo.

—Lo siento, pequeña.

Aspiró por la nariz, se lamió los labios y los apretó para evitar que escapase de ellos un solo quejido.

—Yo… yo siento… siento que… que le hayan herido por mi culpa. —Se las arregló para decir—. Y… y quiero… quiero darle las gracias por… por haber evitado… por… eso… Y…

—Faith, mírame.

Escuchar su nombre y esa seca orden hizo que levantase la mirada de inmediato y que perdiese al mismo tiempo la batalla con las lágrimas.

—Ven aquí, por favor.

Se arrastró literalmente hacia la cama, limpiándose una y otra vez los ojos que no le permitían ver a través del torrente que manaba de ellos.

—Lo siento… yo… yo…

—Mírame —pidió una vez más y lo hizo—. Tú no tuviste la culpa de lo que ocurrió, no eras tú quien tenía esa navaja en las manos y, por encima de todo, no tienes la culpa de que un gilipollas no sepa aceptar un no por respuesta.

Lo sabía, sabía todo eso, pero aun así…

—Si no hubiese ido allí… si me hubiese quedado en casa… si hubiese puesto antes la denuncia… —Sacudió la cabeza con energía y se limpió una vez más las lágrimas—. Es que nada de esto tiene sentido. Siento como si me hubiese caído por la madriguera del conejo de Alicia y no hubiese ninguna galleta o botella con etiquetas que me digan cómo salir de aquí. Todo lo que quería era encontrar a mi amiga, descubrir por qué nunca volvió a casa tras ese fin

de semana que dijo estaría fuera.

Se llevó la mano a la cara y notó la hinchazón bajo las yemas de los dedos. Lo peor que llevaba era gesticular y, el llorar a moco tendido tampoco la ayudaba.

—Y lo único que he conseguido es meterme en problemas. —Se mordió el labio inferior —. Me han golpeado, han apuñalado a alguien que solo quería ayudarme y he terminado prácticamente esposada a ese maldito detective… ¿Por qué no he hecho lo que hace todo el mundo y miré para otro lado? ¿Por qué no me limité a esperar noticias como me dijo la Policía que hiciera?

—Tengo la sensación de que no eres una persona que se queda de brazos cruzados mientras alguien necesita ayuda.

Sus palabras la llevaron a mirarle y exponer lo obvio.

—A usted no le ayudé en lo más mínimo, Dainiel, por el contrario, hice que lo apuñalasen.

Una ligera presión en los dedos la hizo bajar la mirada y se encontró con sus falanges, más oscuras, entre las más claras de él.

—Tú no llevabas la navaja y tampoco fuiste la que me la clavó —replicó con naturalidad —, de hecho, creo recordar que me advertiste cuando ese segundo imbécil se unió a la fiesta.

—No le veo la gracia.

—Créeme, desde mi lado tampoco la tiene. —Hizo una mueca—. No tiene la más mínima.

—Tiene dolor.

Asintió, no se molestó en ocultar lo evidente.

—Ahora mismo me vendría bien un chute de analgésicos, creo que empieza a pasarse el efecto de la anestesia.

—Déjeme ver.

Se inclinó sobre la cama en busca del interruptor pero se vio imposibilitada de maniobrar al ver que él todavía le retenía los dedos.

—Necesito que me suelte para que pueda administrarle esos analgésicos.

—Deja de tratarme de usted —le ordenó, apretando más sus dedos en torno a los suyos y mirándola a los ojos—. Dados los recientes acontecimientos, creo que podemos prescindir de la buena educación y utilizar nuestros nombres de pila.

—Como gustes, Dainiel.

Él hizo una mueca y ella tiró al momento de su mano, soltándose, para buscar el dichoso interruptor.

—Dame un momento, sé que esos chismes suelen estar en un lateral de la cama.

—Dain, señorita Valentine, prefiero Dain —replicó al mismo tiempo que movía ligeramente contra las almohadas—. Dainiel suena a la llamada de atención de una profesora.

Levantó la cabeza e hizo una mueca.

—Bueno, es lo que soy, señor mío.

Su respuesta fue sonreír sin mirarla y murmurar un *«suena bien»* en voz baja.

—Eso he oído, con todo, todavía no es «mi profesora».

Lo miró por debajo de las pestañas, dedicándole apenas un fugaz instante de atención para seguir con su búsqueda.

—Aquí estás —musitó y accionó al momento la inyección de analgésicos a la vena. Comprobó el gotero con el antibiótico, el suero y volvió a mirarle—. Pronto empezarán a hacerte efecto.

—Gracias.

—No me des las gracias, ni siquiera deberías estar ahí para empezar.

—No volvamos otra vez sobre lo mismo, muchacha —rezongó visiblemente incómodo, se movió y ladeó la cabeza—. No es un buen momento para ponerse cabezota.

—¿Por qué viniste en mi ayuda?

—¿Por qué no iba a hacerlo cuando ese imbécil no entendió tu negativa en forma de bofetada?

Abrió los ojos como platos al comprender que había presenciado eso también.

—Yo tampoco soy de los que se queda sentado o mira hacia otro lado cuando se comete una injusticia, Faith, mucho menos aun cuando alguien golpea a una mujer.

Chasqueó la lengua, estaba claro que estaba dolorido, mucho más de lo que quería hacerle ver.

—Deberías tomar algunas clases de defensa personal, nunca están de más, sobre todo cuando una mujer es de tu tamaño.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que eres pequeña y apetecible.

—Parece que la medicación empieza a hacer efecto, dices cosas sin sentido.

—Esas parezco ser capaz de decirlas incluso cuando estoy lúcido y sin agujeros en el estómago.

Bajó la mirada hacia su abdomen tapado con la sábana e hizo una mueca.

—Deberías descansar, lo necesitas y yo… yo tengo que…

El breve interludio que le había proporcionado su preocupación por la salud de Dain terminó con la misma rapidez con la que las lágrimas volvieron a hacer acto de aparición.

—Siento que el desenlace de la búsqueda de tu amiga haya sido ese.

Se limitó a asentir, incapaz de decir otra palabra.

—Si necesitas alguna cosa…

—El detective Knight ya… él me ha dicho que se encargaría de todo…

—Bien.

—Nada de esto tiene sentido, nada en absoluto. —Negó razonando consigo misma—. ¿Por qué? ¿Por qué ha pasado esto? ¿Y si se han equivocado? ¿Y si no es ella?

Su negación a aceptar aquella noticia no iba a hacer que esta cambiase como por arte de magia, pero aceptar lo que le había dicho el detective, asimilar que no iba a ver nunca más a su amiga porque esta había aparecido muerta…

No podía, sencillamente no podía conformarse.

—Tengo que verla, tengo que asegurarme que es ella, tengo que saber qué pasó, por qué dijo que iba a pasar el fin de semana contigo, por qué conocía tu nombre si tú dices no conocerla.

—Puedes creer en mi palabra, Faith, nunca me crucé con tu amiga, no llegué a conocerla.

Y, de algún modo, sabía que lo que decía era la verdad.

—Te creo.

Y aquella era otra extrañeza más que añadir a la larga lista de las que habían pasado recientemente. Se secó de nuevo la cara, luchó por apartar las lágrimas y se vistió con su habitual determinación.

—Lo siento, estoy divagando y no te dejo descansar.

—No importa, me gusta escuchar tu voz…

Sí, los calmantes debían hacer efecto puesto que la suya empezaba a sonar un poco más pastosa.

—Cierra los ojos y descansa, Dainiel —pronunció su nombre completo apropósito.

—Debería castigarte por no hacer lo que te digo.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—La profesora soy yo, ¿recuerdas? —Le tocó la mano con los dedos—. Descansa ahora. Y perdona que me haya cruzado en tu camino con mis problemas a la zaga.

Sus ojos se fueron cerrando poco a poco.

—Me gusta… que te hayas… cruzado en mi camino… Faith.

Suspiró con el descanso de un hombre que caía preso del sueño.

—Adiós, Dain.

Lo contempló unos segundos y, recogió su bolso y le dio la espalda a la cama para finalmente salir de la habitación.

CAPÍTULO 7

Una de las cosas más difíciles a las que tiene que enfrentarse una persona es a la pérdida. Aceptar que alguien ya no está, que el espacio que ocupaba ahora está vacío, que los recuerdos no van a ser otra cosa que recuerdos, es duro y, al principio, descoloca por completo a los que quedan atrás. Faith lo sabía bien, este último mes había sentido esa ausencia, había recordado momentos en cada una de las habitaciones, miraba hacia la puerta en las horas en las que solía volver a casa, pero ya nunca lo haría.

No, ella ahora descansaba para siempre en el cementerio de Greenwood, con una pequeña placa que había encargado en su memoria. Una vida truncada a la mitad, una elección que se negaba en rotundo a aceptar.

«El informe de la autopsia confirma que ha sido muerte por sobredosis».

No, no y no. No lo aceptaba. Ruth no había sido una mujer tan débil, no era alguien que se dejase arrastrar a ese terreno, no cuando se había pasado media vida luchando activamente para que sus alumnos no cayesen en las drogas.

No tenía idea cómo había terminado en esa habitación de hotel, no sabía dónde había estado aquella semana, ni porqué le había mentido dándole el nombre de alguien que ni siquiera la conocía. Nada de aquello tenía sentido y seguiría sin tenerlo mientras no encontrara respuestas a todos los enigmas que su compañera de piso había dejado atrás.

—Faith, ¿ya te marchas?

Se giró en medio del pasillo y vio a Robert Aston, el profesor de historia, caminando hacia ella. Robert era uno de los más jóvenes docentes del instituto, había llegado de un colegio privado ese mismo año y, como solía decir Ruth, era un snob de los pies a la cabeza.

—Sí, tengo una buena cantidad de trabajos para corregir. —Ilustró sus palabras con la carga de papeles que sobresalía de la carpeta que llevaba en un brazo—. Va a ser un fin de semana de lo más interesante.

Él sonrió, mostrando unos perfectos y blancos dientes.

—Bueno, tienes el sábado y el domingo para dedicarte a ello, así que, ¿por qué no te vienes a tomarte algo esta noche? Leslie ha pensado en hacerle un homenaje a Ruth, a modo de despedida.

Enarcó una ceja. Conocía muy bien el tipo de salidas que organizaba Leslie con los compañeros de trabajo ya que había ido a alguna de ellas a principio de curso, pero sinceramente, el emborracharse en un pub no le parecía una forma correcta de brindar homenaje a ninguna persona.

—Es todo un detalle por su parte —comentó manteniendo un tono educado—. Pero esta noche me es imposible… ya he quedado.

Sí, con un montón de cajas de cartón y un par de ruedas de cinta. Había llegado el momento de empaquetar las cosas de su amiga. Tras hablar con el reverendo John había optado por donarlas a caridad. Ya que Ruth no tenía familia que ella conociese, nadie que se hubiese presentado siquiera en el modesto funeral, suponía que le gustaría que sus cosas pudiesen ser utilizadas por aquellos que las necesitaran.

—Vaya, una lástima —asintió, tan poco convencido como ella de su excusa—. Quizás podamos quedar para tomarnos algo por la semana.

Sigue soñando, corderito, sigue soñando, pensó para sí limitándose a sonreír en respuesta. Si le decía que no rotundamente iba a sonar grosera, pero tampoco pensaba aceptar. Él no era su tipo.

¿Y cuál es tu tipo, cariño? ¿Un hombre que pasa del metro ochenta, hipnotiza con sus ojos azules y terminó en una cama de hospital con dos cuchilladas por tu culpa?

—Tengo que irme —optó por emprender la retirada—. Gracias por la invitación y saluda a los demás de mi parte. Buen fin de semana.

Le dio la espalda y continuó por el pasillo de camino a la puerta principal y de ahí al aparcamiento dónde había dejado su coche.

Dainiel Ratcliffe. Dain. No había vuelto a verle desde que dejó el hospital, se había dicho a sí misma una y otra vez que le haría una visita, que le llevaría aunque fuese unas flores para disculparse por lo que le había pasado, pero tener que lidiar con el funeral de Ruth, así como con las pesquisas del detective Knight, la habían dejado exhausta y deprimida.

Al final había optado por recurrir a una floristería online y le había enviado un ramo por mensajería. Una actitud cobarde, pero la única a la que podía enfrentarse en aquellos momentos.

Además, Dain no era hombre para ella. El tipo era demasiado grande, demasiado intenso, se la comería de un bocado, no sabría ni cómo manejarlo.

No, aquello había sido lo mejor, nadie necesitaba a su lado a una mujer que, nada más conocerle, lo había acusado de mantener oculta a una amiga y le había regalado un par de puñaladas a cambio de salir en su defensa.

Se llevó los dedos al pómulo, una semana de baja y un montón de maquillaje había conseguido cubrir los daños externos de esa noche. La directora del centro se había mostrado comprensiva ante los acontecimientos, como una superviviente del Bronx sabía lo que pasaba en las calles y podía lidiar con sus consecuencias. Tan pronto como la Policía le informó de lo ocurrido con Ruth, dispuso que se organizase un memorial en el centro manteniendo en todo momento el verdadero motivo del fallecimiento en secreto. A ojos de los otros docentes y alumnos, la señorita Vera había fallecido repentinamente por causas naturales.

No podía olvidar las lágrimas en los ojos de sus alumnos, las charlas que había mantenido con ellos en medio de sus propias clases, permitiéndoles y, permitiéndose a sí misma también, enfrentarse al dolor de una repentina pérdida.

Metió la mano en el bolso y buscó las llaves del coche. Era increíble como siempre conseguía perderlas dentro de algo tan diminuto. Sus dedos rozaron por fin con el llavero que Ruth le había traído de su último viaje a Praga, tiró de él y desbloqueó el cierre centralizado del coche.

—No veo la hora de llegar a casa y darme una ducha.

Una buena ducha de agua caliente acompañada después de una copa de vino y un par de onzas de chocolate. Hoy necesitaba esa dosis extra de energía para acometer la tarea que tenía pendiente.

Había entrado en su dormitorio varias veces durante el último mes, casi las mismas que había abierto y cerrado la puerta para quedarse mirando todo desde el umbral.

La Policía la había interrogado sobre su desaparición, había insistido en el hecho de que no hubiese denunciado su desaparición antes para conformarse con sus explicaciones.

«Cuando alguien le dice que va a pasar el fin de semana con su novio, no esperas que vaya a desaparecer. Y había hablado con el colegio para pedir unos días por asuntos familiares. Ella siempre hizo alusión a que no tenía familia, desde luego, en los cinco años que la conozco, nunca habló con nadie, ni nadie vino a visitarla. Supuse que se habría quedado con su novio, el

problema es que el hombre que yo pensé que era su novio, porque fue el nombre que ella me dio, ni siquiera la conoce. No la ha visto nunca».

Aquello había derivado también en el motivo por el que había estado la noche de la redada policial en un club erótico, cómo había sido golpeada y la denuncia posterior que realizó asesorada por el detective. Lo último que sabía es que habían cogido al portero, que el que la había golpeado y apuñalado a Dain seguía en paradero desconocido y que había dos denuncias sobre el tipo. Al parecer no era cualquier imbécil, sino uno en el que la Policía parecía tener especial interés.

Las últimas semanas habían sido un verdadero caos y, a pesar de ello, volvió a dar sus clases como si no hubiese pasado nada.

Nunca pensé que sería tan buena actriz.

Sacudió la cabeza, dejó los papeles en el asiento del copiloto con su bolso, metió la llave en el contacto y arrancó.

—Esa ducha, piensa en esa ducha caliente, Faith, solo piensa en eso.

Dain miró la mesa que tenía ante él llena de carpetas y resopló.

—¿Cómo puede llenarse mi escritorio de esta manera cuando solo he estado fuera de juego dos semanas?

—Esta semana han entrado dos mujeres más en el programa de protección —le explicó Mich, quién había llamado a su despacho media hora antes para traerle precisamente esos informes—. Me gustaría que hablases con ellas, especialmente con la más joven.

El abogado era uno de los socios fundadores de la *Crossroad Company*, una compañía que se dedicaba, en su mayor parte, a dar apoyo logístico y cobertura a diversas empresas y asociaciones entre las que se encontraba la de protección a víctimas de violencia de género. Podría decirse que estaba en su plantilla, como uno de los asistentes sociales disponibles para su zona y era una sociedad que le resultaba provechosa.

—Tiene veinticinco años y ha logrado escapar por los pelos del hijo de puta con el que se casó hace dos —resumió el caso—. Violencia de género, amenazas, intento de asesinato… El hijo de puta tenía una orden de alejamiento y se la saltó el pasado fin de semana. Por suerte, todavía hay gente que no mira hacia otro lado y, cuando oyeron los gritos y vieron que golpeaban a una mujer en plena calle, lo redujeron y lo mantuvieron a buen recaudo hasta que llegó la Policía.

—¿Le ha denunciado?

Mich asintió. Aquello era lo más difícil para las víctimas, reunir el coraje suficiente para denunciar a su agresor.

—Está en custodia provisional, con todas las papeletas para acabar encerrado durante una buena temporada —aseguró con voz mortalmente fría—. Pienso encargarme personalmente de ello.

—Iré esta misma tarde al refugio y veré que puedo hacer.

Lo máximo que podría conseguir es proporcionarle asesoramiento, quizá hacerla hablar y escuchar sus problemas. Desgraciadamente, ir a por el tipo y pegarle un tiro iba en contra de la ley.

—Perfecto —aceptó el hombre, entonces se lo quedó mirando y sacudió la cabeza—. Deberías estar todavía descansando.

Puso los ojos en blanco ante la puñetera frase que parecía estar en boca de todo el mundo.

Por no hablar que el único entretenimiento que había tenido era pensar en cierta mujer de piel chocolate, con bonitos ojos marrones y figura curvilínea, le era imposible quitársela de la cabeza. Faith se había convertido en una maldita obsesión y también en el motivo principal de cada cabreo protagonizado en su convalecencia. Incluso Sophie lo había mandado a la mierda un par de veces, a la sumisa se le acababa la paciencia con demasiada rapidez, pero también era lo que necesitaba para sacarle de su enfurruñamiento.

Porque eso era lo que le pasaba, se había enfurruñado como un puñetero niñato y todo porque la mujercita no había vuelto a pasarse por el hospital. No, le había enviado un jodido ramo de flores con una tarjeta en la que volvía a pedirle perdón y le deseaba una pronta recuperación.

Oh, sí. Si había alguien a quién le gustaría estrangular ahora mismo era a esa mujer. Estrangularla y hacerle un montón de otras cosas.

Tal bipolaridad había hecho que hasta Lucien optase por mantenerse lejos de su camino, le conocía lo suficiente bien para saber que necesitaba estar a solas con sus cosas, solo así encontraría la forma de solucionar lo que le aquejaba.

El éxito de la operación perpetrada aquella noche le quitaba un poco de su mal humor. Saber que el laboratorio de drogas había sido desmantelado, que habían metido entre rejas a los responsables y que esto había derivado en otras detenciones relacionadas en otros puntos del país había aligerado su humor. Tan solo había un par de personas que seguían en paradero desconocido, entre ellas, el capullo que lo había apuñalado.

A pesar de lo ocurrido, había algo que seguía dándole vueltas en la cabeza y era la inesperada muerte de la compañera de Faith, y el que su nombre se hubiese visto mezclado en el proceso.

Sabía por Damien que la morenita había hecho su declaración, colaborando activamente con la Policía, brindándoles toda la información que poseía.

—La señorita Valentine insiste en que el fin de semana en el que desapareció iba a citarse contigo, o con alguien con ese nombre y que con el que llevaba unos dos meses saliendo. —Le había comentado Damien en relación al caso. Dado que su nombre se había visto implicado no le había quedado otra que pasarse por comisaría y prestar declaración. Era un hecho rutinario, le había dicho él, pero necesario dado el desenlace que había tenido la mujer que lo había implicado.

—Como le dije a ella y te comenté a ti, no conozco de nada a esa chica, no la vi en mi vida —le había recordado—. Lucien comentó que la había visto en el *Blackish* una sola vez, pero esa noche yo estaba asignado como monitor a la mazmorra. No llegué a verla y mucho menos a intercambiar palabra alguna con ella. Ya no digamos sesionar.

—Son demasiadas incógnitas, Dain, demasiados cabos sueltos y hay un cadáver de por medio.

—Una muerte por sobredosis en la habitación de un discreto hotel —resumió lo que ambos sabían—. ¿Cómo llegó allí? ¿Entró sola? ¿Quién reservó la habitación?

—La habitación estaba reservada a su nombre, se pagó por anticipado y en efectivo. —Sacudió la cabeza—. El recepcionista dice que ella fue quien recibió la llave y la dejó durante los días en que se alojó allí; dos días. Y, en todo ese tiempo, no está seguro de que la hubiese visto con algún otro hombre. He pedido una orden para obtener las grabaciones de las cámaras de vigilancia a ver si arrojan algo de luz o, sencillamente, se trata de una pobre chica a la que se le fue la mano con las drogas.

Y si ese era el caso, sería otra mujer más, otra víctima sin rostro a la que solo recordarían sus seres queridos.

—La señorita Valentine insiste en que Ruth Vera no estaba metida en asuntos de drogas, de hecho, a menudo daba charlas en el instituto para concienciar a los chavales sobre los efectos de estas en el cerebro humano.

Y aquello era otra de las cosas que hacía que nada tuviese sentido. Una profesora, alguien que inculcaba a sus alumnos el decir NO a las drogas, no era probable que fuese víctima de estas.

—¿La autopsia?

—El informe preliminar confirma lo que se sospechaba; sobredosis. Encontraron una alta concentración de cocaína diluida en su sangre. Parece un caso que se resuelve solo.

Y sin embargo, tenía claro que el policía no estaba conforme.

Aquello era todo lo que había sabido al respecto, lo había enviado a casa con la típica coletilla de «dedícate a descansar» y se había olvidado del tema.

Necesitaba centrarse, recuperarse y volver al trabajo, las dos últimas había conseguido llevarlas a cabo más o menos con éxito, lo primero, imposible. Su mente divagaba una y otra vez.

—Así que déjame que vuelva a mis papeles, mis visitas a domicilio y a codearme con lo más bajo de los suburbios —dijo volviéndose hacia Mich—. He descansado más que suficiente.

—Solo procura que no te asesten otra cuchillada, es difícil encontrar a gente tan competente hoy en día.

—Lo tendré en cuenta.

El abogado se limitó a sonreír, sacudió la cabeza y le palmeó el hombro.

—Te informaré si hay algún cambio en lo de la chica.

Asintió. Sí, era hora de volver al trabajo y concentrarse en las personas que necesitaban de su ayuda y asesoramiento, de nada le serviría seguir pensando en una hembra que había dejado muy claro que él no le interesaba lo más mínimo.

CAPÍTULO 8

La ropa de Ruth había quedado esparcida a su alrededor en pequeños montones, las puertas del armario estaban abiertas, así como la de los cajones de la cómoda y la mesilla. Los artículos personales los había ido amontonando encima de la cama mientras mantenía una caja de clínex a mano. Otro pequeño montón de pañuelos blancos usados daba cuenta del tiempo que llevaba ahí dentro, luchando con sus emociones y los recuerdos.

La tarea que se había impuesto había resultado ser más dura de lo que se habría imaginado, cada pieza de ropa, cada montón formaba parte de la vida de una persona, una que ya no estaba. Meterlas dentro de cada una de esas cajas de cartón era como decirle adiós, como si borrase su existencia de una pizarra y Faith no podía evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos por ello.

Después de la primera media hora se había convencido de que necesitaría otro paquete de clínex para poder terminar esa tarde con la tarea que se había impuesto, pero ahora ni siquiera estaba segura de sí llegaría siquiera a poder completar el embalaje, no cuando había dado con algo más importante, algo que no hacía más que confirmar sus sospechas de que la muerte de Ruth no había sido tan clara como quería haberle hecho ver la Policía.

Recogiendo las prendas de uno de los cajones del armario se había topado con un diario cuya existencia desconocía. No se le había pasado por la cabeza el abrirlo siquiera, quería preservar su intimidad, pero cuando una foto se deslizó de sus páginas mientras lo llevaba a reunirse con el resto de los objetos personales y cayó boca abajo sobre la colcha, no pudo evitar fijarse en lo que la chica había escrito a mano en el dorso.

Dain Ratcliffe, navidades 2017-2018.

El nombre dio paso a que girase la instantánea y se quedase mirando un *selfie* de dos personas. Ruth aparecía sonriente, estaba maquillada, llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y un tosco collar blanco del que sobresalía una cadena —al más puro estilo de collar de perro—, cuyo extremo sujetaba un hombre con el pelo muy corto, al estilo militar, de facciones duras, mirada acerada e irónica sonrisa.

Alguien que no era *Dain Ratcliffe*.

El hallazgo la llevó a abrir el cuaderno y la primera de las frases con la que se toparon sus ojos la golpeó.

Hoy ha sido un día especial, ni siquiera me lo esperaba y allí estaba él, con el collar en las manos, pidiéndome que fuese solo suya. Tiene una mariposa con las alas extendidas y, en el dorso, están nuestras iniciales entrelazadas. No puedo estar más feliz de haber aceptado ser su sumisa. Tomé la decisión adecuada. Sé que llevaré este collar siempre, hasta el día en que tenga que dejar este mundo.

Aquel era el colgante que llevaba al cuello desde hacía un par de meses, el mismo con el que la habían encontrado y que le había sido entregado con el resto de los objetos personales en el hospital después de que identificase el cadáver.

Tragó saliva y continuó leyendo, descubriendo entre las páginas de aquel diario a una

persona totalmente ajena, a alguien que no conocía de nada.

A lo largo de lo que resultaron ser unos seis meses, del verano del año pasado hasta mediados de enero, la mujer con la que había compartido vivienda desde hacía casi cinco años narraba una vida completamente distinta, una dependencia emocional y física que iba más allá de lo imaginable. La persona que retrataban esas páginas era totalmente distinta a la Ruth que conocía y lo más preocupante de todo, es que el cambio parecía provenir de un hombre, alguien a quién ella llamaba: *Mi Amo*.

Mi amo es un negociador muy duro, sabe exactamente qué tiene que decir y en qué momento decirlo para hacer que me derrita. Tengo que reconocer que me ha puesto caliente ser compartida. El ser follada por otro Dom mientras él me da órdenes y disfruta con mi placer me ha puesto a mil. Ahora lo pienso y me muero de vergüenza, pero lo he pasado tan bien que no me importaría repetir, sobre todo si es con ese Maestro del Blackish.

Maestro del *Blackish*. Un nombre que se repetía de nuevo un poco más adelante, en las últimas entradas de aquel insólito diario.

El Maestro Dain le ha pedido permiso a mi amo para llevarme al Blackish. He oído decir al Amo que es uno de los clubs de BDSM más exclusivos de la ciudad y que el derecho de admisión se reserva únicamente a los socios. Él me ha cedido durante esta noche al Maestro y estoy tan nerviosa como excitada por conocer ese lugar.

Después de esa entrada, no se volvía a hacer mención del club, pero sí volvía a hablar sobre un *«Maestro Dain»* y las emociones que este había despertado en ella. De algún modo, parecía decir en su diario que se había enamorado de ese otro hombre y que sentía que se estaba perdiendo a sí misma en el proceso.

Ahora sé que nunca debí aceptar formar parte de este juego de intercambio de parejas. Dain no me quiere como algo permanente, ha sido muy sincero desde el principio, ¿pero y si yo quiero más? ¿Si necesito más? No quiero hacerle daño al Amo B. pero no sé cómo decirle que me he enamorado de otro hombre mientras estaba con él.

Había caído la noche cuando terminó de leer todo el contenido del cuaderno y no sabía cómo reaccionar. Nada de lo que había ahí dentro tenía sentido para ella, no podía encajar lo que sabía de la chica con la que había compartido piso, que había sido su mejor amiga desde que se conocieron, con la mujer dependiente y sexualmente explícita que se mostraba en esas páginas.

Oh, sí, sabía que Ruth siempre había tenido una inclinación muy abierta hacia el sexo, era de las que disfrutaban abiertamente de las relaciones esporádicas, de hecho, solía burlarse de ella precisamente por su actitud tímida y más reservada, llegando a decirle incluso que como no le diese uso a lo que tenía entre las piernas terminaría criando telarañas.

Nunca se lo había tomado a mal, no eran más que bromas subidas de tono entre dos mujeres, pero de ahí a suponer que ella fuese activa en el BDSM, que fuese sumisa… Por Dios, se la imaginaba más en el extremo del que empuña la fusta que en el del que recibe el golpe.

Se estremeció, dejó el diario a un lado y se levantó. Se le habían acalambrado las piernas de permanecer tanto tiempo allí sentada, leyendo en el suelo.

—No entiendo nada —murmuró para sí—. Ese hombre no es Dain Ratcliffe.

De eso estaba completamente segura, el tipo de la foto no era el Dain Ratcliffe que ella conocía. ¿Podría tratarse de una coincidencia de nombres? ¿Una suplantación de identidad?

Pero, Dain no era un… amo, ¿verdad?

La imagen del hombre quitándose los guantes de entrenamiento en el gimnasio, de su mirada inquisidora, de la manera en que la recorrió nada más verla haciéndola estremecerse le provocó un escalofrío seguido de un cosquilleo entre las piernas. Apretó los muslos y se sonrojó mortificada ante su propia excitación.

Sí, vale, era un hombre muy atractivo, sexualmente atractivo, de hecho, pero de ahí a que fuese uno de los que les gustaba empuñar un látigo.

—Para, para, para, que te embalas, Faith —refrenó su propia imaginación—. Tiene que tratarse de un malentendido, de una coincidencia o… ¡O yo qué sé! Pero no es él, ese hombre de la foto parece un *Navy Seal* y no es él.

Se giró de nuevo hacia la cama, miró el diario y la foto. En esta Ruth sonreía, le brillaban los ojos y parecía tan enamorada como decía estarlo en su diario.

Si alguien podía arrojar algo de luz a lo que le había pasado a su amiga, posiblemente fuese ese hombre. La pregunta era, ¿cómo demonios iba a encontrarlo?

CAPÍTULO 9

Era curioso como al traspasar las puertas del *Blackish* Dain encontraba la tranquilidad que parecía haberlo eludido las últimas semanas. El tono monocromático de las paredes y el mobiliario denotaban elegancia y, la música que sonaba a través de los altavoces de la planta baja servía de banda sonora a los típicos sonidos de una noche en el club.

El aroma del cuero, unido a las fragancias utilizadas en cremas y geles, competían con el del sexo, el restallido de los *flogger*, el sonido de las cadenas de los anclajes y los gemidos se alternaban en un rítmico compás.

Sí, debía ser una de las pocas personas que se sentía relajado en un ambiente como ese, a gusto entre personas que disfrutaban de aquel estilo de vida. Solo quienes pertenecían a la comunidad BDSM entendían realmente el concepto de su filosofía, de su manera de pensar y sobre todo, de ver la sexualidad.

A lo largo de los últimos años había vivido en distintas partes del país, había participado de las comunidades locales y disfrutado de los clubes, pero no fue hasta que Lucien lo invitó al *Blackish* que se dio cuenta de que había encontrado su sitio.

Le gustaba participar de los talleres, guiar a las nuevas sumisas que venían en busca de nuevas experiencias o para descubrirse a sí mismas, esa era una parte de él que había mantenido siempre de manera muy privada, una necesidad que había encontrado su salida entre estas paredes.

Echó un rápido vistazo a la planta principal, algunas parejas disfrutaban de un preludio en la zona de baile, las cruces de la pared norte estaban ocupadas por dos extasiadas practicantes a las que sus dominantes empujaban hasta dónde sabían que podían llegar. Más allá, otros compartían una bebida, charlando, sin duda sentando las bases de una posible escena. Dejó la puerta a sus espaldas y caminó hacia la barra del bar tras la que A.J. Kells, desempeñaba una finísima labor de barman. No dejaba de resultar irónico que un hombre de la envergadura del dominante y ese aspecto de luchador de la WWE, encajase tan bien en el puesto. El largo pelo negro que hoy llevaba suelto sobre los hombros y el intrincado tatuaje tribal que le cubría del hombro a la muñeca, unido a la camiseta negra con el nombre del club en blanco y rojo y pantalones de cuero, completaban la imagen de un hombre duro, directo, con quién no querrías pelearte a menos que supieses que ibas a ganar; y eso incluía a las sumisas.

—¿Feliz cumpleaños?

El hombre levantó la cabeza, sus ojos verdes se encontraron con los suyos y curvó los labios, en una satisfecha sonrisa que solo se apreciaba desde su posición, para finalmente señalar con un gesto de la barbilla a la sumisa que posiblemente le había cabreado.

Sentada en el taburete cercano a él, envuelta en un básico trabajo de *shibari* destinado a restringirle las manos a la espalda y mantenerla con las piernas ligeramente abiertas, para lo cual le había atado también los tobillos a las patas del taburete, una bonita pelirroja a la que había visto anteriormente en el club gemía detrás de una mordaza de bola. Lo más llamativo, sin embargo, era el papel que colgaba de las pinzas para pezones que coronaban sus pechos y en el que podía leerse: Feliz cumpleaños.

—Esta díscola gatita pensó que podía venir, sentarse en un taburete de mi barra y decidir

que yo iba a pactar una escena con ella porque hoy es su cumpleaños. —Señaló recorriéndola con la mirada, comprobando incluso desde detrás de la barra que la muchacha estuviese bien a pesar del castigo—. He decidido ser indulgente y hacerle un regalo para comenzar la noche.

Dicho eso, sacó de debajo de la barra un pequeño dispositivo a distancia y, cuando lo accionó, la chica dio un salto en la silla, moviendo las caderas y gimiendo aún más. Su mirada cayó directamente entre sus piernas y se lamió los labios al reparar en algo que había pasado por alto.

—El Maestro Kells ha sido muy generoso de su parte, ¿no crees, mascota?

Miró al hombre en busca de confirmación, pues nadie tocaba la sumisa de otro dominante sin su expreso consentimiento y, cuando él asintió invitándolo a ello, deslizó los nudillos sobre los hinchados pechos, rozándole los comprimidos pezones y arrancando al mismo tiempo un nuevo gemido de ella.

—Te ha regalado una encantadora mariposa.

La chica estaba sofocada, sus ojos vidriados, su respiración era trabajosa pero nada que le provocase daño alguno. El castigo había sido ideado para mantenerla excitada, llevándola continuamente al borde sin poder obtener nada por sí misma quedando en manos del dominante el darle lo que necesitara.

—Disfruta de la atención del Maestro, dulzura.

Le acarició la mejilla con suavidad, dedicándole unas migajas de ternura y recordándole que su actitud rebelde, le había conseguido un castigo. Entonces la dejó y concentró su atención en el barman, ambos fingieron olvidarse de la mujer y continuaron con su conversación.

—Entonces, ¿estás de vuelta?

—Por esta noche solo a modo de prueba. —Se llevó la mano al abdomen—. Pero es agradable volver.

—En ese caso quédate por fuera del cordón rojo —indicó, señalando el fondo sur de la planta principal el cual había sido delimitado—. Fire se ha puesto creativo esta semana y ha decidido montar una subasta.

—¿Una subasta?

—Algunas sumisas han concedido una hora de su tiempo durante esta noche para recaudar fondos para el proyecto de restauración del barrio que quedó arrasado en el incendio de hace un par de meses —explicó—. Muchas familias se han quedado en la calle, sin nada más que lo puesto. Lo planteó en la reunión de hace dos semanas y todos estuvimos de acuerdo. Se presentó la propuesta a los socios y tanto las participantes de los talleres, como las sumisas del club decidieron formar parte de ello. Será divertido.

Sí, sin duda lo sería, por no hablar de que era una buena forma de invertir el dinero que le debía a su mentor y que se había negado de plano a recibir.

«No quiero el dinero, Dain, inviértelo en algo que merezca la pena, dale un buen uso y me daré por pagado».

Él había sido el único dispuesto a echarle una mano cuando más lo necesitó, cuando el viejo decidió que su hijo mayor había muerto y le dio la espalda por completo. Markus Preston le había prestado el dinero para pagarse el primer año de universidad y sobrevivir mientras buscaba un trabajo que le permitiese subsistir por sí mismo.

—Quizá me anime a participar.

—Hazlo, la traviesa Kitty está también en la lista y Horus tendrá que monitorear el juego para que nadie se salte las reglas.

Un incentivo de lo más apetecible quizá pudiese aprovechar el momento para hacer las

paces con ella y disculparse por su mal humor.

—Está en el piso de arriba, en el área de descanso —señaló con un gesto el área superior —. Fire ha dejado a Luna haciéndole compañía.

Siguió su mirada y localizó al momento a la sumisa de pelo azul, la cual estaba de espaldas a él, hablando animadamente con Sophie. Ella lo miró, perfectamente consciente de su presencia e incluso le echó la lengua. Sonrió para sí y negó con la cabeza a modo de advertencia hacia ella. La traviesa sumisa de Fire se giró entonces para ver qué pasaba y, al verle levantó la mano en un caluroso saludo. No pudo evitar reír por ello, sobre todo al escucharla alzar la voz.

—¡Bienvenido Amo Dain!

Algunos de los presentes, desocupados, se rieron por la efusividad de la chica.

—¿Qué ha hecho ahora la polvorilla?

Kells sacudió la cabeza.

—Nada, que yo sepa. —Se frotó el barbudo mentón con el pulgar—. Fire está cubriendo el primer turno de la mazmorra, así que la mandó arriba. Está siendo bastante comedida, quizá porque su Dom la ha desafiado a prescindir del bastón dentro del club y no quiere darle motivos para que la castigue. Se siente insegura…

—Y él lo sabe —asintió—. Es una buena manera de reforzar su confianza y obligarla a dar un paso más.

La pequeña Luna había pasado por un duro trance que casi le cuesta la vida, al final se había saldado con graves fracturas en una pierna que la hacían depender de un bastón. Por suerte, era una criatura lo bastante terca como para levantarse y volver a caminar, aún si ello le provocase dolor.

—¿Y Horus? —Echó un vistazo alrededor, no había visto a su compañero, de hecho, ni siquiera había visto a su hermano—. ¿A Lucien no le tocaba hoy vigilar el área central?

—El jefe está en su oficina, comprobando las referencias de una nueva sumisa, Lucien llegó conmigo, yo estaba terminando de aparcar cuando lo vi entrar. —Echó un rápido vistazo a la sumisa que tenía bajo su cuidado y comprobó el reloj—. Cinco minutos más y eres libre durante una hora, mascota. Después, ven a buscarme y, esta vez, compórtate como debes.

La chica solo pudo gemir, cerró los ojos y trató de moverse pero el Dom tenía otros planes, cogió el mando y subió el tono de vibración haciéndola protestar.

—Cinco minutos, muñequita, demuéstrame que te mereces tu regalo de cumpleaños.

Menudo bastardo sádico, pensó divertido. Sacudió la cabeza y volvió a echar una mirada al piso superior.

—Voy a entretenerme un rato con las dos polvorillas del *Blackish* —anunció, palmeó la superficie de la barra con la mano y dejó el taburete—. Si ves a Horus, dile que ya me encargo yo de Sophie durante la subasta.

—*Roger*, tío.

Le echó un último vistazo a la sumisa de Kells, se lamió los labios y se dispuso a cruzar la sala principal. Estaba a punto de tocar la barandilla de las escaleras que llevaban al piso superior cuando vio a Lucien atravesar la puerta principal.

Su hermano tenía un gusto muy peculiar por la moda, especialmente cuando venía al club, prueba de ello eran los pantalones de cuero y ese trozo de red que llevaba a modo de camiseta, con el cinturón alrededor de las costillas. Aquello, unido al rotundo cambio de color, le provocaba unas inmensas ganas de matar al peluquero.

Si no fuesen gemelos, juraría que a su hermano lo habían adoptado.

—Juré que nunca más iba a hacer comentario alguno sobre tu gusto por la moda, pero esto

me supera, ¿qué coño llevas puesto?

—Hoy tenía prisa, así que lo primero que pude rescatar del armario —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Innovador, ¿no?

—Tanto que creo que mi cerebro no lo superará en mucho tiempo —asintió e hizo una mueca ante su pelo—. ¿No había un color más chillón?

—Quería ponérmelo escarlata, pero eso destacaría demasiado en medio de una persecución —chasqueó la lengua—. Además, me aburrí del claro de luna.

Sacudió la cabeza.

—Tenía que haberme quedado callado, lo sabía.

Lucien se limitó a esbozar una irónica sonrisa, posó la mano sobre su hombro y lo miró con ojo crítico.

—¿Cómo estás? ¿Listo para volver a la acción?

—Tenía la intención de andar de paso hasta que Kells me habló de la subasta.

—Ha sido una buena idea, esa gente necesitará de toda la ayuda posible para levantar de nuevo ese vecindario —corroboró. Él mejor que nadie sabía qué clase de personas que habían vivido allí y los problemas a los que se enfrentaban—. Y hará de esta una noche bastante divertida.

Sí, sin duda era perfecto para romper con el tedio.

—Supongo que tienes pensado pujar por Kitty, dado que Horus estará de vigilante durante el transcurso del juego.

—No me fio de nadie más para manejar a esa gatita en ausencia de su Dom.

Él se rio entre dientes.

—La proteges demasiado —le recordó—, y ella se aprovecha de eso.

Enarcó una ceja.

—¿Quién se aprovecha de qué?

Bufó.

—Sí, tú también te aprovechas de ella por comodidad, porque no quieres lidiar con nadie más, especialmente no con una curvilínea chocolatina de ojos marrones que te dejó colgado como un jamón. El detalle del ramo de flores fue tan… bucólico.

Apretó los dientes, no estaría bien que le pegase un puñetazo a su hermano, por mucho que se lo mereciese.

—Tenías que haberla llamado para darle las gracias y, ya de paso, zurrarle por el insulto.

Si supiese que se le pasó por la cabeza hacer exactamente eso y que la idea de zurrarle el culo, dejárselo de un bonito tono rojo, le había arrancado más de un gemido. Estaba obsesionado con esa mujer, necesitaba sacársela de la cabeza e iba a hacerlo esa misma noche durante esa jodida subasta.

—¿No tienes nada mejor que hacer que tocarme las narices?

Se encogió de hombros.

—No, es un trabajo a jornada completa.

Bufó y le dio la espalda. Las luces eligieron ese momento para bajar de intensidad, la música cambió por algo más suave y hubo una serie de pitidos que avisaban del cierre de puertas. A partir de ese momento, no estaba permitida la entrada, quién hubiese llegado tarde, se quedaría fuera.

—Pues cambia de trabajo, Lucien, en este nadie va a pagarte.

Sin más, ascendió por las escaleras de dos en dos y se reunió con las dos atractivas sumisas que, sin duda, le ayudarían a sacarse a la señorita Valentine de la cabeza, al menos

durante aquella noche.

CAPÍTULO 10

Faith no podía dejar de mirarse en el espejo retrovisor del coche, se había maquillado a conciencia, algo que no solía hacer a menudo, llevaba el pelo suelto y alborotado sobre los hombros y sabía que el resto de su atuendo era igual de atrevido. No se sentía cómoda en aquella ropa, en realidad, era el típico vestido que una se compraba pensando en una ocasión especial y al final terminaba en el fondo del armario acumulando polvo.

Respiró profundamente y se dirigió una vez más a sí misma.

—De acuerdo, puedes hacerlo, ya has entrado en un club erótico y Ruth decía en su diario que no era como nada que hubiese visto o visitado antes.

Si se fiaba por la tarjeta que había encontrado y que la condujera al lugar en el que se había producido la redada, entonces este club sería el paraíso.

Había aparcado en un lateral, en un pequeño parking privado. No había nada en el edificio de dos plantas que indicase que se trataba de un club erótico, de hecho había pasado dos veces por delante de él antes de darse cuenta de que aquel era el lugar que buscaba. Situado a las afueras de la ciudad, era lo suficiente discreto para que cualquiera pudiese conducir hasta allí y disfrutar de una tórrida noche entre aquellas paredes.

Había intentado encontrar algo de información sobre ese club, el *Blackish*, pero ni siquiera salía en internet, era como si el local fuese tan exclusivo que incluso se cuidaban de publicidad indeseada.

—Sí, puedes hacerlo. —Se dijo una vez más a sí misma, obligándose a creer en esas palabras, en asimilar lo que estaba dispuesta a hacer con tal de descubrir qué había pasado a su amiga—. Vamos, Faith, tienes que hacerlo por Ruth.

Abrió la puerta del coche y salió con decisión, sus tacones parecieron resonar en el asfaltado suelo del aparcamiento, como si en plena noche los sonidos se magnificaran y todo sonase el doble de fuerte.

—Si mis alumnos me vieran ahora me exorcizarían —gimió cerrando el vehículo con el control remoto—. Nadie en su sano juicio hace estas cosas.

Por otra parte, no es que pudiera considerarse ahora mismo que estuviese en sus cabales. El hecho de haber conducido hasta allí, para adentrarse en un club erótico y encontrar al hombre que aparecía en la fotografía con su amiga no era signo de cordura.

—No puedo echarme ahora atrás, no puedo…

Se obligó a apartarse del coche y caminar en dirección a la entrada, poniendo un paso delante de otro, avanzando solo para detenerse y dar media vuelta para retroceder y volver a girarse de nuevo.

—Ay Dios, ay, Dios, ay, Dios…

El edificio parecía estar burlándose de ella, no había nada en él que resultase amenazante, nada que diese una sola pista de lo que escondía en sus entrañas.

—Si vas a entrar será mejor que te des prisa, mascota, las puertas cierran a las doce en punto.

La inesperada voz a su espalda la llevó a dar un respingo, se giró de golpe, llevándose ya la mano al pecho para aquietar su corazón y se encontró al responsable. El doble de alto que ella,

cosa que no era muy difícil dada su estatura, vaqueros, cazadora de piel abierta y una camiseta negra con el nombre del club impreso en ella. Sus ojos la miraban desde detrás de unas gafas que le aportaban un aire intelectual. Era una combinación bastante extraña, especialmente porque los brazos que marcaban esas mangas no eran los de alguien que pasaba el día detrás de un escritorio.

Tragó, se lamió los labios y buscó la voz que se había marchado corriendo a raíz del sobresalto.

—¿A… a las doce?

Se llevó las manos a los bolsillos y ladeó la cabeza, mirándola como lo haría alguien que desease averiguar si se había encontrado previamente con ella.

—Esta es tu primera visita al *Blackish*, ¿eh?

—Sí. —Eso no era una mentira, no así el resto—. Me invitó uno de los socios pero ahora veo que ha debido haber una confusión con la hora.

La forma en que la recorrió con la mirada la hizo sentirse pequeña e incómoda, lo suficiente como para que mirase discretamente la distancia que la separaba de su propio coche.

—Un error imperdonable de su parte.

—¿Existen esas cosas?

—Más de las que crees —replicó con una irónica sonrisa. Sacó las manos de los bolsillos y señaló con un movimiento de la barbilla hacia la puerta del edificio de dos plantas—. ¿Vamos?

Los pies parecían habérsele clavado al suelo, lo miró de nuevo y suponía que el recelo se mostró abiertamente en su rostro ya que él volvió a sonreír de manera afectada.

—Es verdad, qué falta de modales por mi parte —comentó, se llevó la mano al pecho y se presentó—. Adam Keller, socio del *Blackish* y parte de la plantilla del club.

Bajó la mirada sobre el musculoso pecho cubierto por la camiseta negra y contempló el logo con el nombre del club.

Este hombre pertenecía a ese lugar, quizá incluso hubiese conocido a su amiga, levantó la mirada hasta encontrarse de nuevo con su mirada y mintió.

—Ruth… Ruth Vera.

—Un placer conocerte, Ruth Vera —asintió y volvió a llevarse las manos a los bolsillos, como si pensase que de esa manera podía resultar menos amenazante—. Y, ¿quién te ha invitado? Tendré que darle un toque de atención por no haberte dado las indicaciones correctas.

No había reconocido el nombre, no sabía si alegrarse de ello o no.

—Dainiel… er… El Amo Dain…

—¿Dain está de vuelta?

La sorpresa en su voz era genuina y le planteaba a sí misma nuevas dudas sobre aquella temeraria iniciativa suya.

—Me ha citado aquí… en el club, ¿lo habría hecho si no lo estuviese?

El echarse a reír no era lo que esperaba como reacción y, sin embargo, ahí estaba él, disfrutando de una broma privada.

—¿He dicho algo gracioso?

Esos ojos la miraron a través del cristal de las gafas, un gesto que vino acompañado de un asentimiento.

—Eres muy, pero que muy nueva, ¿no? —La pregunta brotó con nota divertida—. Sí, serías el tipo de animalillo que Dain rescataría y cobijaría bajo su ala. Has hecho una buena elección, es un buen amo y muy paciente con las aprendices.

El rostro adusto del hombre que había visto en la foto cruzó por su mente. No había nada

en él que le sugiriese paciencia, por el contrario, parecía alguien que la perdiese con bastante facilidad. Pero si algo había aprendido a lo largo de los años era a no dejarse llevar por las primeras impresiones.

—Y, dado que es tu primera noche aquí, no queremos que llegues tarde, ¿verdad?

—No, no me gustaría llegar tarde.

—Señor.

—¿Perdón?

Su sonrisa se amplió y se rio por lo bajo.

—Dios, eres un lienzo en blanco, ¿eh? —Chasqueó la lengua y la recorrió una vez más con la mirada—. Realmente una principiante.

Ahora sería un buen momento para que se abriese la tierra bajo sus pies y se la tragase, pensó Faith, no había forma de que consiguiese hacer que aquello funcionase. Iba a ser descubierta incluso antes de poder entrar en el club.

—Cuando te dirijas a un Dom, debes hacerlo con el respeto adecuado, mascota. —La instruyó allí mismo, dándole unas pautas que despertaron su caótica mente—. Lo correcto es que termines tus frases con un «señor», «amo» o «maestro lo que sea» cuando requiera una contestación de ti o desees formular una pregunta.

El protocolo básico del BDSM. Sí, lo había leído, lo había repasado una y otra vez y había ensayado ante el espejo algunas estúpidas respuestas.

No mirar a un amo a los ojos a menos que lo solicite, no hablar a menos que se dirijan a una, ser respetuosa.… Dios, aquello era como volver al siglo dieciocho dónde las mujeres eran sumisas por naturaleza y cómo parte de su educación.

Y ella que era maestra, acostumbrada a lidiar con alumnos que en ocasiones le doblaban en tamaño, a llevar la voz cantante en el aula... ¿Sería capaz de pasar una prueba como esta?

—Sí, señor, lo tendré en cuenta.

Se esforzó por bajar la mirada, escudándose en sus pestañas para poder otear su reacción.

—Mucho mejor.

Para su asombro le revolvió el pelo como si fuese una niña y, para terminar, posó la palma abierta sobre su espalda y la empujó con suficiente energía como para que diese un paso adelante, pero no con tanta que terminase en el suelo.

—Vamos, si Dain te regaña por llegar tarde, le diré que ha sido culpa mía, que te he entretenido.

Le llevó unos segundos conseguir poner uno delante del otro y caminar, levantó ligeramente la cabeza y lo miró.

—Gracias, señor.

Él le guiñó un ojo a modo de respuesta, pero ni siquiera pudo atender a su gesto, el estómago empezaba a darle vueltas por causa de los nervios. Estaba a punto de entrar en el lugar en el que había estado Ruth, posiblemente, uno de los últimos que había frecuentado antes de terminar en aquella habitación de hotel. Solo esperaba poder mantenerse entera el tiempo suficiente para encontrar a ese hombre y descubrir qué había hecho con su amiga.

—Um… ¿señor?

El hombre ladeó la cabeza para mirarla.

—Prueba con Maestro Adam, cariño.

Tragó. Dios, si ya tenía dificultades para hablar con un hombre que se mostraba agradable, cómo sería hacerlo con alguien que posiblemente tuviese cosas que ocultar.

—Maestro Adam, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Qué educada. —Sonrió de soslayo haciendo que su rostro se volviese más pícaro—. Adelante, pregunta.

Se lamió el labio inferior y empezó con sus pesquisas allí mismo.

—Bueno, es solo… tengo una amiga que es asidua al club… —Una verdad a medias—, y hace tiempo que no la veo. Me preguntaba si… si usted… si la habría visto últimamente.

—¿Y cómo se llama esa amiga tuya, mascota?

Mierda. No podía darle el mismo nombre que acababa de decir era el suyo.

—Faith… Faith Valentine.

—Um… No, no me suena el nombre. ¿Es su nombre de pila o de batalla?

—¿De batalla?

—¿Tu amiga está en una relación?

Hasta dónde ella sabía, sí.

—Sí.

—Supongo que no te habrá dicho el nombre con el que la ha bautizado su amo.

—¿Perdón?

Se detuvo, haciendo que ella se detuviese también y la miró.

—Dónde dijiste que habías conocido a Dain.

Mierda. Bajó la mirada y obligó a su cerebro a procesar rápidamente y a hacer que sus pies no echasen a correr de vuelta al coche.

—No lo he dicho, Maestro Adam.

Lo escuchó resoplar con visible diversión.

—Déjame adivinar, eres uno de sus casos especiales. —Declaró al tiempo que le cogía la barbilla con un par de dedos y se la levantaba—. Sí, tienes todos los síntomas.

—¿Síntomas?

Se limitó a soltarla y envolverle la cintura para volver a caminar.

—¿Cómo es esa tal Faith? —Continuó, cambiando de tema—. Descríbemela.

Bueno, al menos había conseguido zafarse y obtener una respuesta, pensó aliviada.

—Era más o menos de mi estatura, un poco más alta quizá, piel blanca, con pecas, pelo rubio por encima de los hombros, ojos claros…

—¿Era?

Se flageló a sí misma por el descuido.

—Bueno, sí… ella… suele cambiar de… peinado con bastante frecuencia.

No se lo tragaba, no había manera de que se tragase eso.

—Ya veo…

Mierda, mierda, mierda.

—Maestro Adam, yo…

—Joder, vamos a llegar ambos tarde, mascota —le dijo entonces, ignorando su susurro, mirando el reloj y apurando el paso hacia la puerta principal—. Si nos dejan fuera, te castigaré.

¿Queeeeee?

No tuvo tiempo a reaccionar, pues la cogió de la muñeca y tiró de ella, haciéndola avanzar con mayor rapidez y casi trastabillar sobre los desacostumbrados tacones, para atravesar finalmente el umbral del club erótico.

CAPÍTULO 11

—No puedo dejarte entrar, mascota.

—¿Por qué no? Oh, vamos, señor, no quiero que el amo Reid se enfade conmigo y piense que lo he dejado plantado.

—Nadie entra al club después de las doce.

Ella se incorporó por encima del mostrador y apuntó hacia el reloj que había sobre la pared.

—Solo pasan cinco minutos y estoy segura de que ese reloj está adelantado.

—El reloj está en hora, cariño, llegas tarde, aunque no más que yo.

Faith se sintió arrastrada hacia delante, él no la había soltado después de atravesar la puerta principal, traspasar el recibidor y llegar a esa zona de recepción.

—Tú nunca llegas a tu hora, Adam, es un defecto congénito —aseguró el hombre detrás del mostrador antes de señalar en su dirección—. ¿Nueva sumisa?

—Sí y no. Es nueva, pero no es mía.

No pudo evitar que su mirada fuese de uno a otro de los hombres. Si Adam le parecía alto, el espécimen masculino a pecho descubierto, corte de pelo militar y recortada barba que la miraba con unos inquisitivos ojos oscuros, no se quedaba atrás.

Menuda tabla de lavar.

Abdominales bien marcados, unos pectorales amplios coronados por pezones oscuros y ese rastro de vello bajando desde su ombligo hasta desaparecer bajo la línea de unos pantalones de cuero hicieron que su atención se fuese a la mierda.

—¿Y de quién es?

—Dice que de Dain.

—¿Ah sí?

Dos pares de ojos quedaron clavados en ella, no sabía si es que les sorprendía ver a una mujer menuda como ella en ese lugar o es que había un verdadero problema con ese tal Dain.

El nombre no podía evitar llevarla a pensar en otro hombre completamente distinto, el propietario de esa identidad que presuponía había sido robada, alguien a quién no le importaría recurrir ahora mismo. Si estuviese allí, estaría más que encantada de utilizar su envergadura y esconderse detrás.

Céntrate, Faith, céntrate.

Era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo siendo el centro de atención. Optó por desviar la mirada y posarla en la mujer que había visto al llegar. No era demasiado alta, ni tampoco precisamente delgada, pero tenía algo que la hacía llamativa y, en aquel instante llevaba los zapatos de tacón en una mano y se deslizaba hacia la puerta cerrada que había a la derecha de mostrador.

—Jessica, no des un paso más.

La orden fue directa, seca e hizo que no solo la mujer se detuviese en el acto, sino que ella casi se cuadra como un soldado durante la instrucción. Solo podía presuponer qué pasaría si le decía a una mujer que se quitase la ropa con ese tono de voz. Casi podía apostar que esta caería por sí sola de su cuerpo.

—Por favor, señor, necesito entrar, es cuestión de vida o muerte.

—Lo diré una sola vez más, sumisa —se giró hacia ella, mirándola a los ojos—. Las puertas se han cerrado a las doce. Llama a tu amo, dile que estás aquí, que has llegado tarde y que él decide si quiere que entres o te quedes aquí conmigo a hacerme compañía hasta que decida salir a buscarte.

Ella gimió, incluso dio una patadita en el suelo.

—Amo Cain.

—Hazlo, Jessica.

La orden vino ahora del amo que estaba a su lado, era curioso como con solo cambiar de actitud y tono de voz, ese hombre pasaba de parecer un tipo simpático a uno que te podía arrancar la ropa mientras tú le dabas las gracias por ello.

—Sí, señor.

El fastidio estaba presente en su voz, pero sacó el teléfono de su bolso e hizo lo que se le ordenó.

—Bueno, ¿y qué hacemos entonces contigo?

La pregunta del recepcionista la hizo respingar, dio un instintivo paso atrás, encontrándose con una inesperada montaña humana y unas manos cerrándose sobre sus hombros.

—Tranquila, pequeña, ladra mucho, pero no muerde.

El aludido enarcó una ceja, pero no sabía si era con respecto a su reacción a las palabras de su compañero.

—Sí, sin duda encajas en el programa de entrenamiento de Dain —comentó entonces, recorriéndola con la mirada—, pero me sorprende que la haya citado hoy.

—Tengo la invitación.

Las palabras se le escaparon de la boca y, antes de que pudiese arrepentirse, echó mano de su bolso y sacó esa tarjeta que había encontrado entre las cosas de su amiga. Solo esperaba que efectivamente se tratase de una invitación.

Adam se la quitó de las manos, pero no pudo ver su rostro pues se adelantó hacia el mostrador, compartiendo el hallazgo con su compañero.

—¿Participaste en alguno de los talleres de iniciación?

La pregunta brotó de los labios de Cain, el hombre la miró directamente, esperando una respuesta.

¿Taller de iniciación? ¿El Blackish también imparte de esos? Había leído por la red que había lugares que hacían talleres, seminarios o cursos de iniciación, pero no se le había ocurrido que los impartiesen también allí.

—Sí.

Había alargado tanto la «i» que ni a ella le había parecido creíble su respuesta.

—Te falta algo.

—¿Qué?

Adam se rio entre dientes.

—¿Qué te dije antes de entrar, mascota?

Oh, eso.

—Sí, señor, lo siento, señor, *err*… Es que… el Amo Dain pensó que sería una buena… oportunidad para poner en práctica lo... aprendido.

Ni todas las páginas de internet que había consultado ni todos los libros eróticos que había leído esa semana le daban el conocimiento teórico para poner en práctica algo más que su desesperación.

No debería estar allí, ella no encajaba en ese ambiente, por no mencionar que hacía demasiado tiempo que no tenía sexo.

¿Por qué me meto en estos líos?

—Él no ha participado en los seminarios de esta semana.

—No he especificado fecha alguna, Maestro Cain.

No sabía si era la respuesta que debía dar, pero a juzgar por la mirada que intercambiaron los dos hombres aquello no parecía ir nada bien.

—¿Pero Maestro Reid? ¡No es justo, señor! ¡Yo quería formar parte de la subasta!

El quejumbroso tono de la chica al teléfono llamó su atención. Había incluso lágrimas en sus ojos y hacía pucheros.

—Por favor, señor, te prometo que no volveré a llegar tarde nunca más.

Llegó un murmullo a través del teléfono y finalmente un lloriqueo de la mujer, quién parecía absolutamente derrotada.

—¿Y bien, mascota?

La chica sorbió por la nariz y lo miró con gesto miserable.

—Ese cabrón dice que me quede aquí hasta que venga a buscarme, señor.

—¿Cómo has dicho?

Ella volvió a sorber y levantó la barbilla con una renovada terquedad.

—Me prometió que podría participar en la subasta y ahora me castiga solo porque llego cinco minutos tarde —replicó haciendo un puchero, las lágrimas resbalando por su rostro—. No es justo.

—La próxima vez llegarás a tu hora.

Su respuesta fue sorber otra vez, dar la vuelta al mostrador y dejarse caer en el asiento con gesto miserable.

—No te envidio ni un poquito —Escuchó susurrar a Adam, quién volvió a centrar su atención en ella—. En cuanto a ti…

—Cain, necesito… —Las puertas ante las que había estado la chica se abrieron y se asomó un moreno con unos claros ojos azules—. Ah, Adam, ya estás aquí. Estupendo, ¿tienes pensado participar en la subasta? Si no me vendría bien una mano para la vigilancia.

—Soy tu hombre —declaró el aludido.

—¿Y ella?

—Según dice, está aquí por invitación de Dain.

Cain levantó la tarjeta que no le habían devuelto y el recién llegado frunció el ceño al verla. Entonces volvió a mirarla, recorriéndola ahora con lentitud.

—¿Cómo te llamas, gatita?

Más le valdría seguir con la mentira, solo esperaba que esto no la metiese en más problemas.

—Ruth, Ruth Vera… señor.

Él se la quedó mirando con gesto enigmático, entonces se giró hacia la chica que seguía haciendo pucheros.

—Jessica, parece que has cabreado y bien al Maestro Reid, te has quedado fuera de la subasta.

La aludida gimió.

—Amo Horus, no restriegues sal en las heridas, es del todo injusto.

—¿Lo es, mascota? —replicó el aludido—. Él no está nada contento contigo últimamente, deberías pensar en ello y hacer algo para remediarlo.

—Pero…

Levantó la mano y la chica se cayó al momento. Increíble la facilidad con la que esos hombres conseguían resultados.

—Ya tienes tu tarea, Jessica, céntrate en ella.

Su atención volvió a posarse en ella, esos ojos claros la recorrieron sin pudor, se cruzó de brazos y dejó escapar un bajo suspiro.

—Así que te ha invitado Dain, ¿eh?

Asintió con la cabeza por temor a que le temblase la voz.

—Siempre has de responder en voz alta a las preguntas de un Dom, nena.

Se contuvo de soltar un resoplido y se limitó a mirarle, de todos los presentes parecía el más accesible.

—No te quedaste corto al decir que era una principiante —silbó Cain.

—Más incluso que la pequeña Luna cuando se dejó caer en uno de los seminarios —asintió Horus. No tenía la menor idea de quién era esa tal Luna, pero esperaba que le hubiese ido mejor de lo que le estaba yendo a ella ahora mismo.

—Di mejor que se dejó caer directamente en el regazo de Fire.

—Sí, eso sería más exacto.

Los tres hombres empezaron a recordarle a sus chicos, los de su tutoría, arrogantes, confiados… solo que sus alumnos eran unos adolescentes y estos, hombres hechos y derechos con la envergadura de un maldito jugador de fútbol americano.

Se lamió los labios y optó por utilizar la táctica que usaba en sus clases.

—Me gustaría reunirme con el Amo Dain, si ustedes creen que este es el momento adecuado para interrumpir tan interesante charla —comentó intentando que no le temblase la voz —. No quisiera robarles más de su tiempo, que obviamente parece valioso, así que…

Adam se echó a reír sin más, Cain se llevó la mano a la frente y Horus se la quedó mirando. La única que parecía verdaderamente escandalizada por su respuesta era la chica, Jessica.

¿Qué? ¿No había sido lo suficiente educada?

—…Um, señores… Maestros… ¿Amos?

Su acompañante se dobló por la mitad y estalló en carcajadas, el recepcionista le dio la espalda y el recién llegado empezó a sonreír. Y diablos, era realmente atractivo cuando lo hacía.

—¿Qué he dicho? —preguntó sin comprender su hilaridad.

—Estoy tentado de quedarme yo contigo y a la mierda, Dain, cariño, tu… falta de adiestramiento es de lo más interesante.

Se obligó a morderse una réplica y apartó la mirada, aquello se le estaba yendo de las manos. Lo que quería hacer era traspasar esas malditas puertas y comprobar de una puñetera vez si el hombre de la foto estaba en el club, solo así podría dar con alguna respuesta.

—Le agradezco su interés, Maestro Adam, pero me veo obligada a declinar su oferta —replicó con calma—. Como ya le dije, recibí una invitación del Amo Dain y me gustaría poder reunirme con él.

Horus entrecerró los ojos, se había quedado mirándola, casi diría que estudiándola.

—De acuerdo —dijo finalmente, descruzó los brazos y se giró hacia el mostrador de la recepción—. Jessica, abre el último cajón y alcánzame un collar blanco que tiene el revestimiento negro.

La chica se movió con rapidez, escuchó el sonido del mueble abriéndose y cerrándose y se incorporó con lo que solo podía identificarse como un estrecho collar de cuero en los tonos

mencionados; en el centro de este se agitaba un cascabel.

Al verlo, su mente voló de nuevo a la foto que ya tenía grabada en la retina, al collar que había lucido Ruth en esa instantánea. El de ella había sido más ancho, más robusto, no tan delicado, pero seguía siendo el collar de una puñetera mascota.

—No creo que sea necesario…

Adam, que seguía cerca de ella, le cortó la retirada, sujetándola desde atrás, disuadiéndola de dar otro paso.

—Esta es una regla inamovible del *Blackish*, pequeña —le dijo Horus y levantó la pequeña pieza de cuero—. Ninguna sumisa traspasa esas puertas sin un collar que diga si está disponible o pertenece a alguien.

—Yo no…

—Has afirmado dos veces que estás aquí por Dain —le recordó al tiempo que avanzaba hacia ella—, así que, esta noche, él será responsable de ti.

—Esto no es lo que yo…

Dios. No era lo que ella esperaba, estaba preparada para ver a gente teniendo sexo, incluso para orgías e incluso el chasquido de los *flogger*, látigos y varas de los juegos de impacto, pero… ¿que la dejasen bajo la responsabilidad de un hombre que no conocía y que posiblemente tuviese algo que ver con la muerte de Ruth?

—Tienes dos opciones, nena, llevar el collar mientras estés en el club o irte ahora —sentenció con sencillez—. La decisión es tuya.

Valor, Faith, ten valor. Si puedes con una clase de diecinueve adolescentes de los suburbios, puedes con esto.

—Dios, espero no arrepentirme luego de esto. —No pudo evitar farfullar en voz baja para finalmente asentir—. Yo me quedo, Amo Horus.

—Chica valiente.

El halago vino de Adam, quién aflojó su agarre y le acarició lentamente los brazos, como si quisiera que entrase en calor. Su contacto, más que resultarle incómodo o repulsivo, la tranquilizó en cierta medida.

—Gracias, señor.

Él le guiñó el ojo.

—Recógete el pelo. —Fue una orden, no una petición. Y ese tono de voz, unido a su presencia, hizo que se tensase al momento—. Tienes un cuello muy bonito, merece la pena lucirlo.

Deslizó la mirada entre los tres hombres que, sin ser consciente de ello, habían terminado apretándola en un triángulo y tragó saliva.

Ruth, si estás viéndome, no permitas que termine corriendo tu misma suerte.

Tomó una profunda bocanada de aire y se recogió el pelo en una coleta, aceptando una goma del pelo de color blanco que le cedió Adam.

—Acabemos con esto de una vez, Maestros.

CAPÍTULO 12

Tenía que admitir que aquel lugar no se parecía en nada al último club en el que había estado. No sabía explicar el concepto, pero el ambiente que se respiraba aquí no era tan… salvaje. No sabía si se debía a la distribución del escaso mobiliario o a la suave e invitante música que sonaba a través de los altavoces, o al color monocromático del lugar, en tonos blancos y negros, muy alejado del típico borgoña que solía asociar automáticamente con el sexo. Y este seguía siendo un local donde el sexo era la atracción principal, no tenía que hacer más que un rápido barrido para reparar en las aspas en forma de equis que había en una de las paredes, las cadenas y mosquetones que colgaban en otra, o las áreas acordonadas ocupadas por sofás y otomanas en las que, personas bastante ligeras de ropa, parecían tener un cómodo y desnudo *tête à tête*.

Se obligó a dar un paso delante de otro, echó un nuevo vistazo hacia la puerta de entrada esperando ver a los tres mosqueteros —había decidido bautizarles así—, pero el continuo movimiento de la sala le restaba visibilidad.

—Despacio, preciosa.

—Lo siento.

Tenía que poner atención o terminaría tropezando con todo el mundo y, ahora no podía echarle la culpa a los tacones pues la habían obligado a quitárselos. Normas del *Blackish*. Un montón de normas que más le valía aprenderse y rapidito si no quería terminar metida en más de un lío.

—Vale, ya estás aquí, ¿ahora qué?

Deslizó la mirada por la planta principal, localizó la barra del bar y creyó reconocer una de esas camisetas negras con el logo del local en el hombre que hacía de barman. Era una verdadera montaña humana, con una espalda anchísima en la que destacaba el nombre del maestro en cuestión; un detalle que había descubierto en el atuendo de Horus. La iluminación estaba diseñada para dotar de cierta intimidad según las áreas o dar la suficiente luz, así pues encontraba mayor visibilidad en las zonas comunes que en las que suponía eran las privadas.

Se apartó, pegándose a la estructura de la escalera situada a un lado de la sala para dejar paso a un hombre vestido de traje y a una mujer —una sumisa—, que le seguía gateando sobre sus manos y rodillas. Si aquello ya era extraño, el hecho de que la chica llevase una especie de disfraz compuesto por orejas, mitones y colita de perro, lo hacía todavía más bizarro.

—*Furry play*[5] —musitó para sí, recordando el nombre exacto de esas prácticas en las que solían vestirse de animalillos y actuar como tal—. Al menos toda esa investigación ha servido para algo.

Continuó apoyada en la estructura de la escalera y siguió haciéndose una idea de la distribución del lugar. Arriba, según pudo comprobar al levantar la cabeza, había otra zona de esparcimiento. Desde su posición solo podía apreciar la barandilla que continuaba a la escalera y que se dividía en forma de ele y lo que parecían unos sofás y mesas, algunas ocupadas por personas.

—Ahora mismo no me vendría nada mal un plano para saber dónde está cada cosa —susurró hablando consigo misma—, esto es mucho más grande de lo que había pensado.

Y tenía una acústica perfecta, pensó con palpable ironía al ser consciente por primera vez

de los gemidos, gritos y súplicas que llegaban desde ciertas áreas. Se obligó a respirar profundamente y a mantener la mirada baja, pues no deseaba encontrarse realmente cara a cara con nada demasiado gráfico.

Sí, sí, como que vas a tener suerte, hermana, ¿te das cuenta dónde te has metido?

De repente, el collar que tenía en el cuello empezó a apretarle, el cascabel sonó cuando lo tocó con los dedos y tiró de él. Si hubiese podido se lo habría quitado, pero para poder hacerlo necesitaba una jodida llave para el candadito que el puñetero Amo Horus había añadido para evitar que lo hiciera por su propia cuenta.

«Eres acollarada por un Dom y solo un Dom puede retirarte el collar. Piensa que es parte de tu protección».

—Protección y una mierda.

Se estremeció y sintió la necesidad de abrazarse y frotarse los brazos. Echó un nuevo vistazo a su alrededor y sopesó sus opciones. No podía quedarse allí parada toda la noche, no solo no conseguiría resultado alguno, sino que antes o después alguien acabaría reparando en ella.

Necesitaba encontrar a ese hombre, a ese Amo Dain y sacar alguna respuesta que arrojase luz a lo ocurrido con su amiga. ¿Pero dónde mirar? Había demasiada gente y no podía ir comprobando a todo el mundo, levantaría sospechas antes de que cantase un gallo.

—Bueno, chica, no te queda otra opción que preguntar —suspiró y volvió a mirar hacia la barra.

Si había un lugar en el que antes o después paraba un hombre era siempre la barra de un bar y, dado el ajetreo de la zona, sería un buen lugar para empezar con sus indagaciones.

Comprobó que su vestido estuviese en su sitio, pues sin el abrigo se sentía incluso más expuesta, se tocó el collar una última vez, respiró profundamente y atravesó la sala en dirección a la barra.

—Vaya, a ti no te conozco, ¿eres nueva por aquí?

Alguien refrenó su avance al cogerla por la muñeca. Se detuvo en seco, se giró y se encontró con un jovenzuelo, porque aquello era lo que parecía, con una sonrisa bonita y un rostro pícaro. Al contrario que las montañas con las que se había encontrado hasta el momento en el interior de ese lugar, él era delgado, fibroso y vestía con vaqueros y una camisa blanca.

Faith bajó la mirada hacia la muñeca que todavía le sujetaba y luego volvió a posarla sobre él con su mejor mirada de advertencia. Esta surtió el mismo efecto que surtía en sus alumnos, la soltó al momento e incluso dio un paso atrás, llevándose la mano a la parte de atrás del cuello con una sonrisa arrepentida.

—Um, perdona. No pretendía asustarte.

—¿Te parezco asustada?

Él parpadeó un par de veces y la recorrió de los pies a la cabeza de una manera tan sexual que se sintió incómoda.

—No, para nada. —Se lamió los labios—. Solo creo que eres una mujer muy atractiva. ¿Estás sola?

Faith se giró ahora por completo hacia él, reconociendo un intento de ligue torpe e inseguro.

—No —declaró con un resoplido, ladeó la cabeza y el puñetero cascabel que llevaba al cuello sonó llamando la atención del chico.

—Ah, ya veo. Lo siento, no me había dado cuenta de que llevabas el collar.

Pues no era como si el llevar el pelo recogido en una coleta no lo dejase perfectamente a la

vista, pensó con ironía. Entonces suspiró, no podía pagar su mal humor con ese muchacho, le recordaba demasiado a sus chicos y parecía cada vez más y más avergonzado.

—¿Has venido solo?

La pregunta pareció darle esperanzas, pues recuperó esa sonrisa del principio.

—Con un amigo, aunque él lleva un buen rato entreteniéndose —declaró señalando la parte de arriba—. Es la primera vez que vengo por aquí, me invitó y, bueno, la curiosidad pudo conmigo.

—Ya veo. —Vamos, que estaba tan perdido como ella—. ¿No habías estado nunca antes en un club de BDSM?

El sonrojo en sus mejillas lo decía todo.

—Solo en un par de fiestas y, créeme, no tienen nada que ver con esto.

Asintió, ese muchacho estaba incluso más perdido que ella, lo que ya era decir. Echó un vistazo alrededor de la sala y se encontró con Cain y Adam, cerca de la puerta, su mirada puesta sobre ella. Entrecerró los ojos, miró al chico y sonrió para sí.

—En ese caso, creo que lo mejor es que conozcas a alguien que sí sabe dónde se ha metido y te oriente sobre lo que puedes encontrarte aquí.

Sin pedir permiso, lo cogió de la muñeca, tal y como él había hecho antes y empezó a tirar de él en dirección a los hombres. Cain fue el que no tuvo problema en reaccionar al ver su «fechoría» negando al momento con la cabeza, prácticamente la consideraba un caso perdido, Adam, por su parte, parecía genuinamente divertido.

—Cariño, me temo que te has equivocado de Amo.

Ahora fue su turno de poner los ojos en blanco.

—Maestros, quiero presentaros a Kit. —Ignoró su comentario y pasó a lo que le interesaba —. Ha venido con un amigo, que lo ha dejado plantado y perdido en medio de esta basta… jungla.

Los hombres se fijaron en el muchacho, quién se tensó al momento y no pudo sino sentir simpatía por él, era lo que provocaban los Maestros del *Blackish*, eso y querer salir corriendo.

—Um… hola.

—¿Seríais tan amables de tener una charla con él? Sé que ambos estáis mucho más versados en… estos temas y le vendría bien la orientación de alguien más experimentado.

—No me lo puedo creer —masculló Cain.

—Eres una cajita de sorpresa. —Se rio Adam—. Bienvenido, Kit, soy Adam.

El muchacho respiró de nuevo al ver que el hombre le tendía la mano y no dudó en estrechársela.

—Gracias.

—Cain. —Se presentó al mismo tiempo el otro hombre—. Así que te han… abandonado en medio de la jungla.

La acusación no iba para el chico, sino para ella, no tenía que ser muy avispada para saberlo cuando la mirada de los tres se centró en ella.

—Os haréis cargo de él, ¿verdad? —Si bien lo formuló como una pregunta había una afirmación oculta en sus palabras y ellos la captaron a la primera—. Sé que podéis orientarle en la dirección correcta.

—Sí, ya nos hacemos cargo de tu amigo.

Asintió satisfecha.

—Perfecto, muchas gracias, Maestros. —Con eso, se giró al chico y le tocó el brazo como lo hacía con sus alumnos—. Quedas en buenas manos, Kit.

Sin otra palabra, giró sobre sus pies descalzos y volvió a su primer objetivo; buscar al maestro Dain.

—Ruth… —La llamaron, pero dado que no era su nombre, se le olvidó responder—. ¿Mascota?

Una mano sobre su hombro la frenó de nuevo, se giró y vio a Adam con gesto fruncido.

—¿Sí, señor?

—¿A dónde vas?

—Al bar. —Señaló lo obvio—. Esperaba encontrar al Amo Dain allí.

—¿A Dain? ¿En el bar?

Su confusión era genuina y la hizo recelar.

—Bueno, ya sabes, Maestro Adam, es una de las zonas por las que soléis pasar los hombres antes o después.

La incredulidad que encontró en sus ojos le advirtió que era mejor quedarse callada.

—Y… estoy segura que el Maestro… —Se giró para ver el nombre en la camiseta, ahora que este estaba de espaldas—, Kells, podrá decirme si ha dejado algún aviso para mí o…

Levantó una mano y la hizo callar.

—¡Kells! —Levantó la voz haciendo que el barman atendiese a su llamado al momento. Se giró hacia ellos y a ella se le quedó el aire atrapado en los pulmones al ver la rudeza de su rostro—. ¿Has visto a Dain hoy?

Él señaló con el pulgar hacia arriba.

—Está arriba.

—¿Dejó algún mensaje para su sumisa?

—¿Su sumisa?

Una punzada le atravesó el corazón. Oh, no, aquello no sonaba nada bien, como tampoco lo era la sombra que cruzó por el rostro del hombre a su lado.

—Ruth Vera.

El hombre frunció el ceño, haciendo que sus facciones se volviesen incluso peligrosas. La instantánea necesidad de salir corriendo se impuso a todo y dio media vuelta, pero Adam la sujetó impidiéndole moverse.

—Ni se te ocurra.

Su voz era acerada, nada que ver con la tierna y divertida amabilidad que había tenido con ella hasta ahora.

—¿Ruth? Ella no es de Dain, la rubita ha venido un par de veces con Blake. —Negó con un absoluto convencimiento que hizo que ella misma se girase en su dirección—. Pero ninguno ha pasado por aquí desde hace tiempo.

—¿Dices que la chica es rubia?

—Sí, rubia, de esta estatura, risueña.

Los dedos se cerraron alrededor de su muñeca con demasiada fuerza.

—Ay, me haces daño. —Tiró para soltarse—. Suéltame.

—No hasta que me digas quién eres tú y porqué estás utilizando el nombre de otra persona.

Lo dijo en voz tan baja que solo ella podía escucharlo.

—Ya te lo he dicho, he venido buscando a Dain Ratcliffe —replicó luchando con las lágrimas que le picaban en los ojos—, y no me iré de aquí sin ver a ese desgraciado.

Ya no tenía motivo alguno para seguir fingiendo, para ocultar lo que sentía realmente en relación con ese hombre.

—Él es el único que puede decirme qué ha hecho con Ruth, el único que puede esclarecer los motivos de su muerte.

Su revelación fue una verdadera sorpresa para Adam, aflojó su agarre y se la quedó mirando.

—¿Ruth Vera está muerta?

—Sí, lo está —declaró alguien a sus espaldas—. Y ella se llama Faith, Faith Valentine. Era la compañera de piso de Ruth.

Cuando Adam se giró para ver al recién llegado, todo el aire que todavía conservaba en los pulmones se esfumó a la velocidad de la luz.

—Tú… ¿qué…? ¿Por qué estás pelirrojo?

Lucien sonrió ampliamente, dejó escapar una carcajada y la recorrió con la mirada.

—Vaya, vaya, mira que ha traído la marea hasta nuestra puerta. —Policía apoyándose en el hombro de Adam, sin pedir permiso.

—¿La conoces?

—Sí, es la gatita por la que mi hermano recibió dos cuchilladas —declaró al tiempo que estiraba la mano y hacía sonar el cascabel de su cuello—, y parece que esta noche es también su sumisa.

Ella sacudió la cabeza, no podía estar pasando aquello, sencillamente no podía tener tan mala suerte, ¿verdad?

—Dime que él no está aquí.

Su sonrisa se hizo todavía más amplia, se llevó dos dedos a los labios y emitió un potente silbido que resonó en toda la sala, llamando la atención de algunos de los presentes, que no dudaron en girarse en su dirección.

—Joder, Lucien, si vuelves a hacer eso sin avisar, te rompo la crisma.

Ella misma se llevó las manos a los oídos, sintiendo que le retumbaban un poco.

—Perdona, Adam, la próxima vez te mandaré una notificación antes de hacerlo.

—Que te jodan, tío.

—Es lo que llevo intentando que hagan durante toda la noche.

—Pues si estás aquí es que no has tenido mucha suerte.

—Estoy aquí porque vi a esta galletita de chocolate arrastrar a un pobre incauto a través de la sala hacia vosotros dos. Pensé que estaba teniendo una alucinación brutal, pero no, aquí está. Y eso me lleva a, ¿cómo has entrado?

—Traía una tarjeta de invitación, la de los Maestros.

—Vaya, esto se pone cada vez más y más interesante.

—No te haces una idea de cuánto —aseguró Adam, quién seguía con la mirada puesta en ella—. Así que, tu verdadero nombre es Faith.

Se lamió los labios, respiró profundamente y asintió.

—Sí, siento haberte engañado. —Se disculpó—. Esperaba que el nombre de Ruth te sonase, que… que le sonase a alguien aquí.

—Hay algo que todavía se me escapa, galletita —añadió Lucien, mirándola con renovado interés—. De hecho, son dos cosas a la luz de lo que acaba de decir Adam. Una, ¿qué te ha hecho venir a buscar a Dain aquí cuando has podido hablar con él en el hospital? Y, ¿cómo has obtenido esa tarjeta?

Cerró los ojos, dejó escapar un nuevo resoplido y añadió.

—Porque el Dain Ratcliffe que he venido a buscar, no es el *Dainiel Ratcliffe* que terminó en el hospital por mi culpa.

—¿Y quién es él, Faith?

La voz ronca, puramente masculina y con la que no había dejado de soñar y fantasear las últimas semanas, le llegó desde atrás, haciendo que todo su cuerpo reaccionase a su sola presencia. Se giró y allí estaba él, vistiendo hoy la misma camiseta que el resto de los amos del local, porque eso era él, comprendió, uno de los Maestros del *Blackish*.

—¿A quién has venido a buscar?

Se mordió el labio, bajó la mirada sintiéndose repentinamente cohibida ante su presencia.

—A la persona que podría ser responsable de la muerte de mi amiga.

CAPÍTULO 13

Dain no podía dejar de mirar a la mujer que tenía delante. Menuda, envuelta en un ceñido vestido negro que le acunaba los pechos, le marcaba las caderas y terminaba un poco por encima de la rodilla, el pelo recogido en una coleta, suficiente maquillaje como para pintar un cuadro y su collar, el que solía utilizar para con las sumisas con las que tenía alguna relación en el club, rodeándole el cuello.

Un inmediato sentimiento de posesividad lo recorrió por entero, así como también de protección.

Faith se sentía acorralada, nerviosa, no hacía más que mirar de un lado a otro y, lo más curioso de todo, es que lo buscase a él una y otra vez con la mirada.

Todavía no podía creer que estuviese allí, que hubiese venido precisamente al club esa noche y, si bien le hubiese gustado que lo hiciera pensando en encontrarle a él, su motivación había sido otra, la de dar con el hombre que se hacía llamar como él y del que su difunta amiga había hablado en un diario.

—A ver si lo he entendido, mascota, has encontrado entre las cosas de tu amiga la tarjeta de invitación con la que te presentaste, así como la foto en cuya parte trasera está escrito el nombre de Dain —resumió Lucien—. Y todo ello ha salido de un diario personal que ni siquiera sabías que existía.

—Diría que lo has resumido bastante bien.

Dain sacudió la cabeza y cogió la foto que había depositado ella sobre la mesa. Después del inesperado encuentro, se habían trasladado a la oficina de Horus, dónde tanto él como los otros Maestros que se habían visto implicados en la rebuscada mentira de Faith para colarse en el club, se habían reunido.

La chica había explicado sus motivos, había puesto sobre la mesa todo lo descubierto en los últimos días y cómo decidió —solo por eso la estrangularía—, infiltrarse en el club para descubrir a ese hombre.

Giró la foto entre los dedos, reconoció su nombre y volvió a mirar la imagen de la pareja que posaba.

—Tengo la sensación de haberlo visto en alguna parte, pero… no sé, no tengo la menor idea de quién es o por qué coño utiliza mi nombre.

Lucien le quitó la foto y la examinó detenidamente.

—La foto está sacada sin duda aquí, lo cual indica que alguien pasó el móvil al interior de la sala y no lo dejó en las taquillas.

—¿No se puede entrar con móvil?

Dain bajó la mirada sobre ella, se había detenido de nuevo a su lado para poder examinar la instantánea.

—¿Te gustaría que te hiciesen una foto mientras estás desnuda, atada a la cruz de San Andrés, con pezones rodeados por pinzas y tu goteante sexo expuesto a cualquiera que pase y desee mirar?

La manera en que abrió los ojos movió los labios y tuvo instantánea dificultad para respirar fue suficiente respuesta para él, una que encontró bastante interesante.

—De acuerdo, ya entiendo tu punto.

—Supuse que lo harías.

Un suave sonrojo tiñó sus mejillas y apartó al momento la mirada, bajando dulcemente los ojos.

—Lo que más me preocupa es que no es alguien que forme parte del club, no está en la base de datos de los socios —añadió Horus, quién había sospechado de la pequeña Faith desde el primer momento.

El Dom había sabido que la chica mentía nada más verla, pero también estaba dispuesto a ver hasta dónde llegaría. Había supuesto que se trataba de alguna sumisa que habría sesionado con anterioridad con él, pero no que era la misma gatita que lo había mandado al hospital.

De hecho, cada uno de los que había interactuado con ella sabía que algo no iba bien, que ocultaba cosas, pero ni en sus más salvajes sueños pudieron imaginarse todo lo que había detrás.

—Ha tenido que ser invitado por alguno de los maestros, de otro modo esa tarjeta no estaría en manos de tu sumisa, Dain.

—No soy su sumisa.

—Llevas mi collar. —Se inclinó sobre ella, hablándole al oído—. Eso te convierte en mi sumisa por esta noche.

La mirada que le dedicó fue bastante elocuente, aunque dudaba que ella se diese cuenta siquiera de lo que le había mostrado.

—Llevas toda la noche reclamándole como Amo, cariño, que no se te olvide —añadió Adam, quién parecía bastante divertido por la situación.

—No puedo con vosotros.

Sonrió para sí e indicó de nuevo la foto.

—Sé que a ella la vi con anterioridad, te lo dije, Dain, es la chica por la que se armó el jaleo aquella noche en la que tuviste que ayudar al chaval a cortar la red de suspensión —aseguró Lucien—. Pero no había venido con este tipo, si mal no recuerdo, lo hizo con Blake.

—El que montó el espectáculo fue uno de los tíos que asistió al taller de amor—asintió Horus—. Y ese mismo día se le retiró la participación y se le vetó la entrada al club.

—¿Y ese hombre que estaba detrás de la barra del bar? —inquirió Faith—. Él describió a Ruth correctamente, sabía quién era ella…

—Maestro Kells, ¿recuerdas lo que te dije al entrar, cariño? —le recordó Adam y lo miró a él—. No le vendría mal participar en el próximo seminario de iniciación. Es un lienzo en blanco.

—Lo sé.

Y no veía la hora de poder pintar en él, pensó Dain relamiéndose interiormente ante la perspectiva.

—No creo que…

—Silencio, Faith.

La manera en que se estremecía cuando le susurraba al oído y acataba al momento sus órdenes era deliciosa.

—Mañana por la mañana llamaré a Damien para ponerlo al corriente de lo que ha pasado —añadió Lucien. El detective había tenido otros planes para esa noche, por lo que no se había pasado por el club—. Querrá ver ese diario, mascota, yo quiero verlo.

—Pero… es algo privado.

—Tú lo has leído.

—Era mi amiga y buscaba… algo que explicase lo que pasó —sacudió la cabeza y la

levantó en busca de su mirada—. Sé que ella nunca se habría metido nada, tiene que haber otra explicación para esa supuesta sobredosis. Ruth no estaba metida en las drogas, por Dios, si llevaba un programa para la concienciación en el instituto en el que ambas damos clase. No, me niego a creerlo.

—Tranquila. —Posó la mano en su hombro desnudo y se lo apretó suavemente—. Esto arroja una luz completamente distinta a lo que le pasó.

—Pero ¿por qué alguien se haría pasar por ti, Dain? —añadió Cain, quién había estado meditando en silencio—. ¿Qué motivación podía tener ese hombre para usurpar tu identidad?

—No lo sé y eso es precisamente lo que más me cabrea.

Y también arrojaba luz sobre el motivo por el que su pequeña morenita se hubiese presentado aquella mañana en el gimnasio para pedirle explicaciones.

—Alguien se ha estado haciendo pasar por mí o, al menos, ha usurpado mi identidad dentro del club.

—Hablaré con Brian, Kells y los otros socios con membresía —suspiró Horus—. Si tenemos a alguien peligroso en el club, necesito saberlo. No voy a exponer a las sumisas o a sus amos a la presencia de un posible asesino.

—Tenía la esperanza de que estuviese aquí —musitó Faith—. De poder obtener alguna respuesta.

—Dado la cantidad de problemas que generas, casi es mejor que no lo hayas encontrado —bufó Cain—. Aquí, la sumisita, nos ha endilgado a Adam y a mí la tutela de un joven dom.

—El deber de todo maestro es ayudar y aconsejar a sus alumnos.

—No soy esa clase de maestro.

—Ahora sí. —Se rio Adam mirando a su compañero.

—Me vendría bien una mano en el próximo seminario para iniciación a la dominación —añadió Horus reclutándolos indirectamente a ambos—. ¿El próximo jueves a las seis? A partir de las ocho empieza el de iniciación a la sumisión.

—Y ya tienes nueva alumna.

—¿Es una broma?

—Ya me encargaré de que vayas con la lección aprendida.

—Yo no soy sumisa.

Ante tal ofendida declaración hubo un coro de risas, toses y audibles respuestas al respecto.

—Te relevaré en la subasta —añadió Horus, mirándole con profunda diversión—. Hablaré con Kitty.

Asintió. Tenía más que claro que, con Faith allí, no iba a tener cabeza para nada que no fuese esta problemática gatita.

—Y os quiero a todos con los ojos bien abiertos por si ese usurpador vuelve a poner los pies en el *Blackish* —avisó así mismo el dueño del club, hablando ahora con profunda seriedad. Una que sin duda compartían todos los presentes.

—Hablaré con Kells —añadió Lucien y golpeó la foto con los dedos al tiempo que miraba a la chica—. Me quedaré con esto, le haré llegar una copia a primera hora a Damien y le diré que se ponga en contacto contigo.

Faith parecía haberse ido desinflando poco a poco en la silla, era como si toda la adrenalina que la había traído hasta ese lugar y momento se hubiese esfumado.

—No te preocupes, galletita —añadió su hermano acariciándole la mejilla con ternura—, vamos a llegar al fondo de esto, cueste lo que cueste.

Ella se limitó a asentir, no es que hubiese mucho más que pudiese hacer al respecto.

—Procura no meterte en más problemas —sugirió Cain abriendo ya la puerta del despacho y encabezando la comitiva de salida.

—Pórtate bien con el Amo Dain, cariño.

Adam parecía tener cierta afinidad con ella, una que era recíproca, a juzgar por la manera en que sonrió al dom.

—No te prometo nada, señor.

Su amigo le guiñó el ojo y salió también por la puerta.

—Bueno, será mejor que dé comienzo a la subasta antes de que nuestras sumisas decidan levantar un piquete y tomar el club —declaró Horus haciendo una mueca—. Estoy seguro de que la mía encabezaría la marcha.

Se rio entre dientes, no pudo evitarlo, conocía bien a Sophie como para saber que eso era precisamente lo que haría.

—Dile a nuestra *gatita* que se porte bien.

Puso los ojos en blanco y salió cerrando tras de él, dejándolos finalmente a solas.

—Lo siento mucho, parece que no hago otra cosa que causarte problemas.

Se apoyó en la mesa, de modo que pudiese contemplarla a placer.

—Si mal no recuerdo ya me has pedido disculpas antes por ello, de hecho, me mandaste un maldito ramo de flores.

Levantó esos bonitos y tiernos ojos marrones e hizo un puchero que le dieron ganas de borrar a besos.

—¿No te gustaron las dalias? Se supone que las malvas, significan agradecimiento, eso es lo que quería demostrarte, después de todo, bueno… te hirieron por…

—Termina esa frase, te pongo sobre la mesa y te zurro el culo.

Su amenaza la calló al momento, haciéndola parpadear y sonrojarse.

Era un misterio como podía notarlo bajo toda esa cantidad de maquillaje, pero así era.

—No quiero volver a oírlo una sola vez más, ¿entendido?

Asintió con la cabeza, casi fastidiada por ello.

—Bien, veo que nos vamos entendiendo —continuó inclinándose hacia delante—. Y te agradezco el detalle, mascota, pero…

—No me llames mascota, lo odio.

Lo dijo en una vocecita tan baja, tan fastidiada, que le causó gracia.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Faith, ese es mi nombre.

—De acuerdo, Faith, como te decía, te agradezco el detalle, pero hubiese preferido mucho más que vinieses tú a traer esas flores. —Le acarició el pelo con los dedos, peinando la coleta para finalmente acariciarle el cuello y hacer sonar el cascabel—. Me hubiese gustado mucho más verte a ti, saber qué tal estabas…

—Estoy bien, gracias.

—Siempre tan educada.

Delineó el collar con la punta del dedo y ella se estremeció.

—Dainiel yo…

—Amo Dain o señor, Faith, puedes elegir la terminación que quieras, creo que Adam ya te ha enseñado cómo debes dirigirte a un dominante.

Se lamió los labios, levantó la cabeza llevada por sus caricias pero se negó a mirarle.

—Mírame, Faith.

Ella levantó entonces los ojos.

—Voy a besarte, dulzura.

—¿Por qué?

—Porque no he podido pensar en otra cosa desde que te vi allí de pie, en medio del área central del club, sola a pesar de estar rodeada de gente.

Le acarició el labio inferior, arrastrando el carmín con el pulgar.

—Y solo es una pequeña parte de lo que quiero hacerte.

—¿Y qué sería todo lo demás?

Resbaló el dedo hasta soltarle el labio y se echó hacia atrás.

—Eso solo lo descubrirás si aceptas el collar que ya llevas, si aceptas quedar a mi cuidado por esta noche —declaró con total sinceridad, buscando sus ojos y sosteniéndole la mirada—. Quiero que seas mi sumisa.

—Pero no soy una sumisa.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Cómo estás tan segura de ello?

—Porque si tan solo se te ocurre levantar una vara o cualquier cosa que deje marca sobre mí, te dejaré eunuco.

Dain rompió a carcajadas y cedió al impulso que llevaba reteniendo desde que la vio. Envolvió la mano alrededor del pelo negro y tiró de su cabeza hacia atrás.

—¿Y si lo que deseo es atarte, vendarte los ojos y disfrutar de todo lo que oculta ese horrible vestido?

—Mi vestido no es horrible.

—¿Qué harías entonces, Faith? ¿Me dejarías? ¿Lo disfrutarías?

—No lo sé.

—Pero quieres averiguarlo, ¿verdad?

—¿En qué me convertiría si te digo que… quizás?

—En la mujer que disfrutará de una noche distinta y, quizás inolvidable, en el *Blackish*.

Esos ojos marrones se prendieron de los suyos, vio cómo se lamia los labios una vez más.

—Bueno, quizá solo por esta noche, pueda… *um*… fingir que soy tu sumisa.

Le acarició los labios con el aliento.

—Nada de fingimientos, dulzura, lo serás.

CAPÍTULO 14

Dain disfrutó de ese primer beso mucho más de lo que había esperado. La suave piel chocolate de sus brazos era como terciopelo bajo las manos, su cuerpo menudo y curvilíneo tan apetecible que no le importaría continuar más allá del beso e ir desprendiéndose una a una de las capas de ropa que se interponían en su camino. Pero tenía que refrenarse, había cosas de las que hablar, límites que pactar, normas que establecer. Faith podía tener inclinaciones sumisas naturales, pero era completamente ajena a este mundo y a sus reglas, en muchos aspectos era como una pizarra en blanco.

Le recorrió los labios con una pasada de la lengua, disfrutó de su sabor una última vez y se apartó. Lo que vio le gustó: labios convenientemente hinchados, ojos brillantes, mejillas sonrosadas, la respiración más acelerada… El beso la había excitado tanto como a él.

—Llevas puesto demasiado maquillaje —comentó lamiéndose la yema del pulgar para luego restregarlo sobre el colorete de su mejilla y mostrar la evidencia.

—¿Otra pega como la que le dedicaste a mi vestido?

—Te falta algo, *mascota*.

Un pequeño mohín, un gesto de disgusto ante el apodo y el reconocimiento de lo que significaba su llamada de atención pronunciando un bajito «señor». A pesar de todo ese maquillaje que estaba dispuesto a retirarle de la cara y el conservador vestido que había elegido, seguía teniendo ese aire de inocencia recién perdida que tanto lo encandilaba. Era esa combinación de *«debería estar en mi casa, con el pestillo echado y una taza de chocolate en las manos»* y *«no tengo la menor idea de dónde me estoy metiendo, pero voy de cabeza»* lo que la hacía tan interesante.

Estaba acostumbrado a las sumisas que conocían el lugar que ocupaban, que comprendían que aquello era algo que deseaban, un camino que podrían seguir. Faith, en cambio, le recordaba más bien a esas mujeres o jovencitas que solían llegar a su oficina, alguien demasiado amable, demasiado bueno para terminar de la manera que terminaban muchas de ellas.

La pequeña profesora era una mezcla de las cosas que le gustaban y las que desconocía por completo, un coctel de lo más interesante.

—Me sorprende que te hayas atrevido a venir al club sin saber en qué te estabas metiendo exactamente —añadió entonces—. Tu última aventura debería haberte enseñado algo.

—Lo hizo —replicó ladeando ligeramente la cabeza y mirando hacia otro lado, casi como si se pensase las palabras—. Esta vez me tomé la molestia de investigar un poco el ambiente en el que me estaba metiendo, aunque creo que mis pesquisas se quedaron cortas, señor.

—Si quieres saber sobre el rol de una sumisa, deberías asistir a uno de los seminarios de iniciación a la sumisión que se imparten.

Los ojos marrones se levantaron al momento, encontrándose con los suyos.

—Limitémonos a esta noche, *Amo Dain,* fue lo que… dije que intentaría.

—En ese caso, es mi deber enseñarte cómo proceder —aceptó recorriéndola con la mirada, disfrutando de tenerla allí para empezar—. Y deberíamos empezar por lo más básico.

—¿El misionero?

La inesperada y repentina respuesta lo hizo reír.

—Bueno, dulzura, yo estaba pensando más bien en acompañarte al vestidor y buscarte algo más adecuado para el club y deshacernos de paso de lo que no necesitas llevar puesto.

Ella bajó la mirada sobre sí misma y sacudió la cabeza.

—Pero no he traído nada más, Dainiel…

—Debes de ser una de las pocas personas que me llama por mi nombre completo y haces que suene diferente. —Le acarició los labios con un dedo.

—Lo siento, yo…

—No, no me importa.

—Es solo que… no me siento… cómoda, diciéndolo de otra manera. —Echó un fugaz vistazo hacia la puerta—. Vine buscando a alguien que se hacía llamar Amo Dain y… No eres tú.

Su lenguaje corporal decía todo lo que no rebelaban sus palabras como la incomodidad, el miedo y la ansiedad.

—Descubriremos quién es realmente ese hombre, Faith, daremos con él y lo entregaremos a las autoridades para que pueda explicarse.

Asintió ante sus palabras, pero seguía preocupada por ello, posiblemente pensando en lo que la había llevado allí para empezar, en la misión que se había encomendado a sí misma y necesitaba sacarla de ese bucle antes de profundizar más en lo que podía obtener de ella.

—Ahora, todo lo que tienes que tener presente es que me perteneces. —Llamó su atención enganchando un dedo en la argolla de su collar, haciendo tintinear el cascabel, atrayéndola hacia él—. Tus ojos en mí.

Su obediencia fue inmediata, natural y con ese tono de sorpresa.

—Gracias —aceptó su disposición—. Esto es lo que espero de ti, que respondas de inmediato a mis peticiones y las acates siempre que te sea posible. Tu respuesta ha de ser «sí, señor».

La sintió estremecerse cuando tiró del collar hacia arriba, levantándole la cabeza, pero no había miedo en sus ojos, solo curiosidad.

—Estoy esperando, Faith.

—Sí, señor.

—Te iré diciendo paso a paso cada una de las cosas que haremos durante tu estancia en el club —continuó, aflojó su sujeción y se conformó con acariciarle ahora el cuello, delineando el collar. Le gustaba tocarla, quería también que se acostumbrase a su tacto, a su presencia y perdiese la rigidez que la acometía cada vez que la acariciaba.

—Si tienes alguna pregunta, dudas o no entiendes alguna de mis peticiones, quiero que me lo digas. —La instruyó al tiempo que deslizaba el dedo por la columna de su cuello, hacia su clavícula—. Espero que lo hagas, pues, si bien soy observador, por ahora no he adquirido el don de la clarividencia. ¿Entendido?

Empezó a asentir con la cabeza, así que la detuvo, levantándole la barbilla y sujetándosela entre los dedos.

—En voz alta, por favor.

—S… Sí, señor.

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Buena chica.

Continuó con su superficial exploración, comprobando cómo reaccionaba a su tacto, cuando se encogía o se sobresaltaba por algo.

—Necesito que seas muy sincera conmigo y que no me ocultes nada, es la única forma de

que pueda hacer que ambos pasemos un momento agradable detrás de esas puertas —insistió sin dejar de tocarla, resbalando las manos por sus brazos, acercándola y esperando cuando su cuerpo se tensaba—. ¿Lo harás?

—¿Voy a tener que cubrir uno de esos cuestionarios de los que leí en la red, señor? —musitó. Su voz sonó algo temblorosa, no se trataba del miedo, sino del nerviosismo presente en su cuerpo y lo que parecía empezar a despertar el contacto de sus manos—. Porque si es así, creo que nos van a sobrar muchas, pero que muchas hojas.

Sonrió para sí.

—No te voy a hacer cubrir una lista de límites, dulzura, tendría que pasarme media noche explicándote cada uno de los puntos y la otra mitad convenciéndote de que no es tan oscuro como lo pintan.

—Yo no estaría tan segura de eso, algunos puntos eran sencillamente… —Se estremeció, levantó la cabeza y lo miró curiosa—. ¿De verdad negarías a alguien el ir al baño cuando se está haciendo pis?

—No.

Ella suspiró al momento, casi aliviada.

—Pero si te negase la posibilidad de correrte si creo que te has portado mal.

—Eso es cruel y muy machista.

—Faith.

—Señor.

Sacudió la cabeza.

—Otra cosa que debes tener en cuenta es que no debes insultar ni discutir con tu amo, a menos que yo te dé pie a ello —la previno—. Y créeme, no suelo dárselo a nadie.

—Ya me he dado cuenta de que no eres de los que da el brazo a torcer, Amo Dainiel.

Sí, sin duda en el hospital había hecho gala de toda su tozudez.

—¿Eres virgen?

La inesperada pregunta hizo que se atragantase con el aire.

—Um… no.

—¿Has tenido relaciones sexuales recientemente?

La forma en que bajó la mirada esquivando la suya y evitaba su contacto decía mucho.

—¿A cuántos… er… semanas… meses… o años equivale recientemente?

Le cogió la barbilla y volvió a levantarle la cara de modo que estuviesen frente a frente.

—Solo quiero saber cómo debo proceder contigo.

Sus mejillas se colorearon aún más, intentó retirarse presa de la vergüenza pero no le dejó.

—Esto es muy incómodo, por qué no me das una hoja de papel, un boli y te lo pongo todo por escrito, ¿eh, señor?

—¿Has utilizado alguna vez algún juguete sexual?

Dain tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no reír o abrazarla, no estaba muy seguro de cuál de las dos cosas quería llevar a cabo en aquellos momentos. Quizá ambas, sí, muy posiblemente ambas.

—Al… alguno.

—¿Cómo cuál?

—¿Estas preguntas se las haces a todas las sumisas o es solo a mí, señor?

—Cuando tienes una cita, ¿no sueles hablar con tu pareja para conocerle? —le contestó con otra pregunta—. Pues considera que aquí sucede lo mismo, solo que sin la sutileza del galanteo, las vueltas del tanteo y la incertidumbre de si te irás o no a la cama con él al final de

esta.

La manera en que lo miró fue bastante cómica.

—Jamás se me habría ocurrido verlo de esa manera.

—¿Y bien?

—Um, puede que un par…

—¿Cuáles?

—No sé, um… lo típico, supongo… ya sabes…

—¿Y el sexo oral?

—¿Qué pasa con él?

No pudo evitarlo, se rio, lo miraba con tanta vergüenza que en cualquier momento su rostro se pondría como un tomate.

—La respuesta a esa pregunta suele ser *«sí, por favor»*.

—No en mi vocabulario, señor.

—Déjame adivinar, tus amantes han sido tan conservadores como tú.

—No todo el mundo se mueve en los mismos círculos que tú.

—No hay que ser dominante o sumisa para pasarlo bien en la cama, solo echarle imaginación.

Su respuesta fue apretar los labios en un coqueto puchero.

—No importa, será incluso más divertido ver que puede llegar a gustarte.

—Siguiente pregunta, Amo Dainiel.

Con esa carita no pudo evitar soltar la pregunta que sabía la haría saltar.

—¿Y qué me dices del sexo anal?

—Por encima de mi cadáver.

—Podría sorprenderte, Faith.

—Lee mis labios, señor. No.

—De acuerdo, lo dejaremos en un tal vez para más adelante, mucho más adelante.

—Que se quede en un «nunca».

Sacudió la cabeza y reprimió su hilaridad.

—¿Estás casada? ¿Comprometida? ¿Tienes pareja?

—¿Lo estás tú, señor?

—No.

—Pues ya somos dos.

Se la quedó mirando, aprendiendo sus gestos, identificándolos y catalogándolos en su peculiar archivo mental.

—¿Estás dispuesta a tener sexo conmigo?

—Si no lo estuviese, ¿crees que habría contestado a todas y cada una de las absurdas, vergonzosas e irritantes preguntas que me has hecho, Amo Dainiel?

—Buena respuesta.

—¿Puedo preguntarte yo algo ahora, señor?

Asintió.

—Por supuesto, Faith, de eso se trata.

—¿Has tenido alguna sumisa a tu cargo últimamente? *Um*, ¿todavía la tienes?

La pequeña morenita era muy observadora.

—Hace casi un año que rompí con mi sumisa —confesó—. Lo dejamos antes de que me mudase a Nueva York. Estos últimos meses he estado jugando ocasionalmente con alguna de las socias del club. No mantengo una relación estable si es lo que me estás preguntando. No tengo

amantes.

Ella asintió.

—Gracias por ser tan sincero.

—Es mi deber para contigo —le aseguró—. ¿Alguna pregunta más?

—Dame tiempo, señor, seguro que se me ocurrirá alguna más.

Dain sacudió la cabeza y, cogiéndola ahora de la mano y la cintura, la instó a ponerse de pie.

—Eres diminuta.

Ella se llevó las manos a las caderas de una forma de lo más sexy.

—Tengo un tamaño adorable y perfecto para una mujer.

—Mi adorable y perfecta sumisa, no oirás que te contradiga.

La giró, atrapando su espalda contra su pecho y esperó hasta que su momentánea rigidez fuese cediendo.

—Te llevaré a hacer un tour turístico por el club —le susurró al oído, besándola debajo de este, mordisqueándole la piel hasta que empezó a relajarse entre sus brazos—, y la primera parada será en el vestuario. ¿Cuál es tu color favorito?

—El violeta.

—*Um*… vale, creo que ya empiezan a gustarme un poco más tus flores.

Ella gimió, se revolvió en sus brazos y se giró para mirarle a los ojos con gesto receloso.

—Y Faith, lo primero será lavarte la cara.

CAPÍTULO 15

Con la cara lavada y libre de todo rastro de maquillaje, un suave y ajustado vestido de licra de color violeta que dejaba muy, pero que muy poco a la imaginación y, lo más indignante de todo, sin ropa interior que la aislase de las malditas corrientes de aire que empezaba a notar por el hemisferio sur, Faith estaba al borde de una verdadera crisis de *«me largo pitando de aquí»*.

Desnudarse delante de él había sido una experiencia tan vergonzosa como excitante. Tener sus manos sobre su cuerpo y rozando su piel cuando insistió en ayudarle a ponerse el vestido había sido una deliciosa tortura, una de la que no sabía iba a disfrutar tanto. Dain era como un afrodisíaco embotellado, pero además, esa tranquilidad que parecía envolverlo en todo momento conseguía calmarla también a ella, era como si, de alguna forma, todo su cuerpo reaccionase al de él deseando acompasarle.

Nada tenía coherencia desde que había atravesado la puerta de ese lugar, lo que la había conducido hasta allí había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Se había olvidado del temor a ser descubierta, de la decepción que sintió cuando el hombre al que venía a buscar resultó no estar allí. Todo parecía haberse volatilizado bajo las atenciones de Dainiel, el mismo hombre al que había enviado un ramo de flores a modo de disculpas después de haber dejado el hospital y el verdadero amo en ese club.

Tiró del bajo del vestido que apenas le cubría las nalgas y recibió una nueva azotaina que la hizo pegar un brinco. Si la primera vez la había sorprendido, llevándose las manos al culo para que no volviese a hacerlo, ahora solo la fastidiaba.

—¿Qué te dije?

Le había dicho que dejase el vestido quieto, que como volviese a tocarlo, le daría una azotaina.

—Se me sube al caminar —gimoteó por primera vez—. Ya es bastante malo que pille un resfriado por los Países Bajos como para que aún encima tenga que exhibir los tulipanes.

Dain le dedicó una mirada que la hizo callar al momento. Sí, el hombre era realmente bueno en eso.

—No pillarás ningún resfriado, *pilluela*, aunque no te aseguro que no cambie los tulipanes por dos enrojecidas amapolas —declaró resbalando la mano por encima de la tela, permitiendo que sus dedos fuesen más allá, tocándole la piel desnuda—. No vuelvas a tocar la tela o buscaré dos muñequeras a juego con el collar y te ataré las manos por delante.

Para enfatizar su amenaza, apartó la mano y la dejó caer, con toda la palma abierta sobre una de sus nalgas. El picor fue instantáneo, al momento el dolor se convirtió en un caliente cosquilleo nada desagradable.

—¿Entendido?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—*Sí, oh, señor Master del Universo.*

Los ojos azules del Dom bajaron sobre ella, enarcó una ceja y sonrió de soslayo.

—Eso me gusta, consérvalo en tu repertorio.

Optó por cerrar la boca y apretar bien los labios, no quería arriesgarse a otro azote.

—Ven, quiero que veas algo.

No le quedó más remedio que acompañarle, cruzaron la sala principal hasta la zona acordonada que había visto al llegar dónde estaban esas equis ancladas a la pared. Una de ellas estaba ocupada por una mujer morena y pelo rizado que llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Estaba totalmente desnuda a excepción de un breve tanga verde fluorescente y lo que parecía un ocurrente sujetador a base de cuerdas anudadas que hacían que sus pechos se hinchasen y destacasen empujados hacia delante. Tenía los brazos sujetos por esas cuerdas hasta la altura del codo y cruzados a la espalda, las piernas totalmente separadas y los tobillos anclados a las restricciones de los pies de la cruz. Una cincha se cerraba ahora alrededor de su estómago, impidiéndole caer hacia delante y también cualquier tipo de movilidad.

Pasó la mirada de la mujer al hombre que estaba de espaldas a ellos, sin camiseta y con un pañuelo del mismo color que el collar que ella llevaba al cuello en las manos. Parecía que decía algo a lo que ella asintió, sonrió y dejó que le cubriese los ojos.

—El club es el escenario perfecto para dar salida a todas las inquietudes o necesidades que se dan en este tipo de vida. —Escuchó la voz de Dain al oído, provocándole un breve estremecimiento. Sus brazos la rodearon un momento después, atrayéndola contra su pecho, enjaulándola—. Hay a quién le gusta jugar a la vista de otros, que disfrutan obteniendo su placer de esa manera. En el caso de Kitty, ella lo hace porque sabe que a Horus le gusta.

Ante la mención del nombre del amo se dio cuenta de quién era el hombre.

—Y él lo sabe, con lo que hará todo lo posible para que ella lo disfrute también.

Se estremeció, no pudo evitarlo.

Recordaba haber leído algo parecido en el diario de Ruth. En una de las entradas hablaba de una experiencia similar, lo que ella había sentido, el motivo que la había llevado a hacerlo y cómo la había hecho disfrutar el solo hecho de saber que había complacido en el transcurso también a su amo.

—Quiero que observes la escena —continuó él en su oído—, no quites los ojos de ellos.

Tenía que admitir que había algo erótico en esa escena, en esos dos cuerpos y en la manera en que se iba ejecutando todo. Nunca se había considerado una mujer morbosa, pero cuando empezó a escuchar los gemidos femeninos, su cuerpo empezó a reaccionar también.

Sin poder evitarlo se vio prisionera de las grandes manos masculinas que resbalaban por el cuerpo restringido a ese aspa de madera, siguió su trayectoria mientras delineaban los hombros y bajaban a los pechos, ahuecándolos, sobándolos e incitándolos en aquella red que los mantenía prisioneros.

Algo la empujó desde atrás, interrumpiendo su concentración apenas unos segundos.

—Avanza, no quiero que te pierdas nada.

Se estremeció ante el sonido de la voz de Dain en su oído, más ronca de lo que había sonado hasta ahora. Sus manos se cerraron sobre sus caderas y su boca le acarició el cuello un segundo antes de obligarla a caminar hasta que estuvieron del otro lado de dos pies de metal unidos por un cordón que separaba el área de la escena de aquella en la que se habían reunido algunas parejas y otros hombres solos.

—Ahí es suficiente —añadió él deslizando las manos hacia arriba, ahuecándole sin previo aviso los pechos.

—No…

Un punzante mordisco en el lóbulo de la oreja la hizo encogerse.

—No muevas las manos de dónde las tienes. —Le sopló ahora al oído—. Puedes apoyarte en mí, si estás más cómoda, pero no tienes permitido apartarme.

Gimió, ¿cómo demonios esperaba que se mantuviese allí, quieta, recostada en él, si la tocaba de esa manera?

—No bajes la mirada, Faith, al frente, quiero que contemples la escena —insistió—. Quiero que te imagines allí, en el lugar de Kitty, quiero que imagines que las manos del Amo Horus están sobre tu cuerpo, que es a ti a quién está tocando.

Apretó los muslos de manera inadvertida cuando notó una punzada entre las piernas. Se obligó a respirar profundamente, pero no se relajó contra él, se mantuvo todo lo derecha que pudo.

Un nuevo gemido resonó frente a ella atrayendo su inmediata atención, ahora podía incluso escuchar los jadeos de la chica mientras su amo jugaba con sus pezones, apretándolos entre el índice y el pulgar, tironeando de ellos, exhibiéndolos para cualquiera que quisiese admirar su obra. Lo vio inclinarse sobre ella, unir su boca con la de ella en un húmedo beso que llenó la suya propia de saliva obligándola a tragar.

—Eres preciosa, Kitty, toda sonrojada, con los pezones duros y apuntando hacia arriba —escuchó que le decía él—. Tienes a todos pendientes de ti, de tus gemidos, me encanta ver cómo te excitas, estoy impaciente por ver lo mojada que estás…

En un momento sus manos estaban sobre sus pechos, jugando con sus pezones y, al siguiente, habían deshecho los nudos que cerraba el tanga a ambos lados de las caderas dejándola completamente expuesta a la vista de cualquiera. La rodeó, posicionándose tras la cruz, como si de ese modo pretendiese dar una mejor vista de la mujer y deslizó los dedos sobre el rasurado monte de venus, hundiéndolos entre sus piernas, abriendo los húmedos pliegues del sexo femenino.

—Caliente, ¿eh?

La boca de Dain cayó sobre su cuello, sobresaltándola, pero no fue tanto el sobresalto de sus caricias como el de comprender que se había apoyado contra él, que sus nalgas, casi desnudas, acunaban lo que a todas luces era una dura erección.

Intentó separarse al momento, pero una mano sobre su pecho y otra sobre su vientre la anclaron a él.

—No hay nada malo en excitarse ante el placer, al contrario, eso nos recuerda que todavía estamos vivos.

Apretó su seno y deslizó los dedos hasta aprisionar su propio pezón por encima de la tela, haciéndolo rodar entre las yemas. La presión fue instantánea, el pellizco de dolor que la atravesó bajó al momento en dirección a su entrepierna y notó como se mojaba.

—Esto no es… yo no…

—*Shh*. —La besó a un lado del cuello—. Sigue mirando. Tus ojos en la escena, Faith.

Se mordió el labio y volvió a levantar la mirada para encontrarse ahora la mirada del Dom puesta en ella, al ver que se la devolvía sonrió, le dedicó un guiño y se inclinó volviendo a besar a su sumisa.

No pudo evitar estremecerse y, para su completa indignación, notó que se mojaba aún más, al punto de igualar un gemido propio al que emitió la sumisa cuando su amo sustituyó sus dedos por un micrófono que envió directo entre sus piernas.

—*Ugh*.

La chica empezó a jadear con más fuerza, moviendo las caderas hacia el juguete, no estaba muy segura de si quería obtener más de él o escapar, fuese como fuese sus contoneos la estaban poniendo muy cachonda.

—Separa las piernas.

La orden llegó acompañada de las caricias de unos dedos intentando incursionar entre sus muslos.

—¿Qué?

—Abre las piernas —insistió, apretando su vientre con una mano al tiempo que le daba un pequeño toquecito en el tobillo para que obedeciese—, ahora, Faith.

Todas sus neuronas buenas debieron elegir ese momento para morirse al mismo tiempo porque terminó obedeciendo, sus muslos cedieron y en un abrir y cerrar de ojos sintió los duros dedos jugando entre sus pliegues.

—Dainiel. —Gimió y se aferró a la muñeca de su mano.

—¿Qué has dicho?

Él se detuvo en seco, los segundos pasaron y estaba claro que no iba a tocarla hasta que se retractara.

—Amo Dainiel…

—Eso está mejor.

Un nuevo gemido hizo que volviese a posar la mirada en la escena, la intensidad en la mujer era tal que había empezado a sacudir la cabeza de un lado a otro mientras sus labios se movían suplicantes. Tragó con dificultad, abrió la boca para coger aire y acabó soltando un gritito cuando un largo dedo la penetró haciendo que se tensase al momento.

—Respira, dulzura, respira —la instó el hombre que la torturaba de aquella deliciosa manera—. Poco a poco.

Como si fuese también una orden para consigo mismo empezó a retirar la falange con lentitud para volver a penetrarla con suavidad, comprobando su disposición, lubricándola con cada movimiento y haciendo que cada uno de sus músculos internos cediese.

—Adoro como lloras por mí. —Escuchó su voz y quiso huir, pero él no le dejó, la mano que le ceñía la cintura ascendió hasta su barbilla, la retuvo con los dedos y le giró la cara de modo que se miraron a los ojos—. Siente como me ciñes, como me deseas… y lo mejor que será cuando sea mi polla la que esté enterrada en ti y no mis dedos.

Se sonrojó, no podía evitarlo, la forma tan directa y cruda en la que le hablaba la avergonzaba, pero ello no evitaba que estuviese más y más caliente.

—Sí, deliciosa…

Cuando volvió a penetrarla ahora había unido otro dedo, su grosor aumentó como lo hacía la erección que se rozaba contra su culo.

—Y preciosa en tu placer.

Quiso apartar la mirada pero él le dedicó un guiño, la besó brevemente y señaló la escena.

—Te estás perdiendo lo mejor.

Y lo mejor, según la típica visión femenina, eran los dedos masculinos hundiéndose ahora entre aquellas piernas del mismo modo que lo hacían los de Dain entre las suyas.

Los movimientos de los dos hombres parecían haberse acompasado, Faith no podía quitar los ojos de esos dedos entrando y saliendo del húmedo sexo de la sumisa mientras sentía la misma penetración.

Intentó huir de aquella rítmica imagen solo para encontrarse con los ojos de Horus una vez más, él no esquivó la mirada, ni siquiera cuando se inclinó a susurrarle algo a su sumisa al oído.

Sus miradas se quedaron atrapadas, incapaz de romper ese extraño hechizo. Empezó a sentir los pechos más pesados, los pezones doloridos y necesitados de contacto, por una inexplicable décima de segundo deseó estar en el lugar de la sumisa y que los dedos que sentía entre las piernas fueran los de ese hombre.

—Oh Dios.

Sacudió la cabeza, se revolvió en el abrazo del hombre que la sujetaba y se giró, ocultando el rostro en su pecho, incapaz de seguir mirando aquello, avergonzada por lo que acababa de pasar por su mente.

—Para, para, para…

La desesperación en su voz debió de ser suficiente para que él se detuviese, retirase la mano de entre sus piernas y buscase su rostro.

—¿Qué ocurre, Faith?

¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿Cómo podía hacer aquello en medio de tanta gente? Cerró los ojos y se acurrucó contra aquel muro humano, deseando desaparecer.

—No quiero esto, no aquí, por favor, Dainiel, aquí no.

Una mano se envolvió en su pelo y tiró de su coleta hacia atrás, exponiendo su rostro al de aquel que la miraba.

—Estás excitada, te has mojado viéndoles, no hay nada malo en…

—Por favor —suplicó sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas y sacudió la cabeza.

Él suspiró entonces, apretó su agarre y bajó sobre su boca, arrasándola con tan solo un beso. Traspasó la barrera de sus dientes con la lengua, le echó la cabeza hacia atrás dejándola prácticamente colgada de su brazo y se dio un festín con ella.

—Y para estos casos de crisis vergonzosas están los reservados y las habitaciones temáticas —le informó tras romper el beso, sonriendo satisfecho—. Me has puesto caliente, profesora. Ya es hora de que hagas algo al respecto.

—¿Ha… habitaciones temáticas?

Un agudo grito femenino la hizo respingar y apretarse aún más contra él, como si de esa manera pudiese huir de allí.

—Arriba. —Señaló con un gesto de la barbilla hacia la escalera que estaba a sus espaldas —. Podemos elegir una habitación para compartir o una temática para utilizarla solo nosotros dos.

Siguió su mirada y se lamió los labios.

—Nada de compartir…

—Por el momento.

La manera en que lo dijo, el aliento en su oído la hizo temblar.

—Te excitaste, Faith, Horus te puso caliente con lo que le hacía a Kitty —aseguró como si fuese algo de lo que hablara todos los días—. Llegará el momento en que te comparta con él.

—No.

—No, no ahora —convino acariciándole la mejilla—. Ahora, tienes un nuevo alumno que está deseando corromper y follar a su profesora favorita.

Ay, Dios.

Aquello fue todo en lo que pudo pensar mientras él le bajaba el vestido de un tirón, pues lo había tenido todo el tiempo alrededor de la cintura, y la arrastraba hacia las escaleras.

CAPÍTULO 16

—Mi despacho de la universidad no es tan glamuroso.

Faith echó un vistazo a la habitación a la que acababan de acceder, era como si al traspasar la puerta se hubiesen sumergido en un mundo aparte, uno que estaba mucho más en consonancia consigo misma que el ambiente en el que había ido a caer esa noche.

Nada más entrar se encontró a la derecha un macizo escritorio de madera clara tras el que había un butacón de cuero marrón oscuro. Cada una de las paredes estaban cubiertas de estanterías de la pared al techo, algunas contenían libros, otras distintas gavetas o incluso cajones y adornos que, posiblemente, fuesen lo más peculiar de todo; una no esperaba encontrarse una figura imitando un sesenta y nueve en una oficina.

Un par de cuadros eróticos, un pequeño sofá y una pizarra blanca en la que habían escrito: Silencio, estamos en clase, completaban la imagen de «oficina».

A simple vista parecía normal, acogedora incluso con toda esa madera oscura de los muebles y el suelo, hasta la alfombra parecía invitarla a posar los pies desnudos sobre ella, sobre todo ahora que empezaban a dolerle los tobillos por pasearse por ahí descalza. Solo cuando prestabas un poco más de atención encontrabas cosas que no encajaban como los anclajes en ciertas partes del techo y las estanterías, las esposas de cuero que salían de cada esquina del sofá y colgaban de cadenas sobre la tapicería o el tablero en uno de los huecos de una librería, encabezado por una placa que ponía «área de castigo» y de la que colgaban un *flogger*, una vara y algo que parecía una paleta de pin-pon. Incluso sobre la superficie del escritorio había otros artículos que, si bien encajaban encima de la mesa, no dudaba que tuviesen otros usos.

—Y apuesto que tampoco es tan divertido.

Se giró para mirar a Dain y se lo encontró apoyado en la puerta, con los brazos cruzados y tobillos en actitud relajada, sus ojos la seguían mientras merodeaba, encontrándose de vez en cuando con los suyos y recordándole sin necesidad de palabras lo que había pasado en la sala principal.

Apretó los puños para impedir tocarse el vestido y tirar de la tela hacia abajo, todavía estaba mojada, incómoda, con esa sensación de dedos fantasma entre sus piernas, asombrada por lo que le había permitido y sorprendida de haberlo disfrutado hasta que su cerebro decidió volver a conectarse.

Se envolvió con los brazos y se los frotó al tiempo que le daba la espalda, se acercó a una de las librerías y extrajo uno de los libros. El nombre del autor la hizo parpadear.

—¿Romance erótico? ¿En serio?

—La elección de literatura es cosa de Luna, me temo —declaró chasqueando la lengua—. Aunque es posible que las otras sumisas del club hayan colaborado también.

Volvió a dejar el libro en su sitio al ver que él se le acercaba.

—Pareces a punto de saltar, profesora, relájate, te prometo que soy un alumno muy aplicado.

—¿Sabes? Hay una norma establecida que dice que un profesor y un alumno no pueden mantener una relación íntima y…

—Nunca se me ha dado bien seguir las reglas, soy de los que las trasgreden, señorita

Valentine —continuó con su actuación, empujándola a retroceder, a emprender una estratégica retirada—, de hecho, soy de los que prefiere que su profesora favorita le imparta clases particulares.

—Yo… yo no… no doy… —jadeó cuando su casi desnudo culo chocó contra el borde del escritorio—, clases particulares.

—Pero a mí me las dará, ¿verdad que sí? —Apoyó ambas manos sobre la mesa, enjaulándola, haciendo que se inclinase hacia atrás para conservar su espacio—. Prometo hacer que la hora de clase merezca la pena.

Antes de que pudiese responder le aferró las caderas y, sin esfuerzo, la levantó, sentándola encima del escritorio. La fría madera hizo que diese un pequeño respingo y apoyase las manos contra sus hombros.

—Joder, está frío.

—Señorita, no debería decir palabrotas —ronroneó—, o podría pensarme muy seriamente el castigarla.

—Pero la profesora soy yo…

—Una a la que este alumno se muere por follar.

Cualquier pensamiento coherente se escapó volando de su mente, ante una declaración tan sincera y cruda no tenía mucho que decir.

—Me pone mucho, profesora.

Resbaló las manos sobre sus pantorrillas, ascendió hasta sus rodillas y se las separó haciendo que abriese las piernas y el aire acariciase su sexo desnudo.

—Me hubiese gustado verla con el típico uniforme, ya sabe, falda negra ajustada y una bonita blusa blanca. —Sus manos siguieron ascendiendo ahora por sus muslos, provocándole pequeños escalofríos—, pero este vestido también tiene sus posibilidades.

—Dainiel…

Solo tuvo que enarcar ligeramente una ceja para recordarle cuál era la fórmula que debía utilizar.

—Amo Dainiel…

—Apoya las manos sobre el escritorio e inclínate hacia mí, profesora.

—¿Por qué?

Sus labios se estiraron ligeramente y, cuando la miró, esos ojos azules brillaban de diversión.

—Porque yo lo digo, profesora, porque yo lo digo.

Retiró las manos de sus hombros con una lentitud casi renuente y se reacomodó, apoyándose sobre la mesa. En esa posición, con él entre sus piernas, se sentía incluso más pequeña, más indefensa frente a alguien tan grande.

—Me gusta la manera en que tus pechos intentan rebasar el escote, con los pezones duros y destacando a través de la tela —comentó como si estuviese admirando una obra de arte—. Es todo un ofrecimiento.

—Yo no…

La miró, fue todo lo que hizo, encontrar de nuevo sus ojos y su boca perdió la capacidad de hablar.

—Tienes los pezones duros, los muslos húmedos y apuesto la membresía de un mes a que si te acaricio ahora entre las piernas, te encontraré todavía mojada.

Sus palabras hicieron que quisiera cerrar las piernas pero todo lo que consiguió fue rozar sus muslos con la tela se su pantalón.

—Ah, ahí está ese sonrojo emergiendo a través de ese bonito tono chocolate de tu piel —apreció mirando su rostro—. Siempre me ha gustado ver cómo se sonroja una mujer, es algo de lo más revelador.

—¿Por eso querías que me retirase todo el maquillaje, señor?

—No me molesta que lleves maquillaje, siempre y cuando no pretendas pasar por una prostituta —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. El día que viniste al gimnasio, estabas encantadora. Tenlo en cuenta para una próxima vez.

Esas grandes palmas se cerraron entonces sobre sus pechos, amasándolos sobre el vestido, dejando que los pulgares hiciesen círculos sobre sus prominentes pezones aumentando su dureza, haciendo que se apretasen al punto del dolor.

—Esto es toda una invitación, profesora, no me está poniendo fácil el portarme bien.

—Pues de… deberías, si no quieres que te abra un expediente disciplinario.

Él se rio y, en vez de soltar sus pechos se los apretó aún más, buscando sus ojos cuando lo hacía, reteniéndole la mirada para ver cómo reaccionaba.

—Promesas, promesas, profe, yo quiero algo más…

Y a juzgar por cómo se encendía bajo sus caricias, su cuerpo estaba completamente de acuerdo con él. Bajó la mirada centrándola en su camiseta, en la manera en que las letras del logo del club se estiraban sobre sus pectorales. Tenía un pecho inmenso, era un hombre grande en comparación con ella y eso la derretía aún más.

Notó un ligero pellizco sobre el pezón que le hizo soltar un jadeo, se encogió por reflejo pero apenas pudo moverse, no con esas manos haciendo presa de sus pechos.

—Los ojos en mí.

Entre su presa y la forma en la que parecía estar pendiente de cada uno de sus movimientos y reacciones, Faith tenía verdaderos problemas para encontrar respuestas o algún pensamiento coherente. Estaba perdiendo la batalla antes de dar siquiera comienzo.

—Me gustan tus pechos y juraría que no soy el único.

Se tensó al instante y lo miró.

—Está bien, dulzura, te dije que no sería ahora.

La mención a su previa escena, a la manera en que se había excitado viendo aquella actuación e incluso al imaginarse en manos de otro Dom la estremeció.

—Ni ahora ni nunca.

Él tuvo el descaro de reírse.

—Por suerte, tu cuerpo es mucho más sincero de lo que quiere y de lo que le gustaría probar que tu boca —aseguró divertido—. Pero ahora estamos en clase y tú no me estás prestando la debida atención, señorita Valentine.

Sus dedos se cerraron sobre el pezón, pellizcándoselo, retorciéndoselo con la suficiente presión como para golpear el umbral del dolor, los ojos azules se mantenían en todo momento atentos, vigilantes, aprendiendo.

—Separa las piernas un poco más.

—¿Qué?

—Si vuelves a cuestionar otra vez mis órdenes, *mascota*, empezaré a sumar azotes.

Tragó, la manera en que lo dijo, su expresión, todo en él le decía que hablaba muy en serio así que no le quedó más remedio que obedecer.

—Buena chica.

Lentamente deslizó una mano por el interior del muslo y no pudo evitar cerrar los ojos.

—¿Qué te he dicho, Faith?

Levantó la cabeza y negó sin comprender.

—No he dicho nada.

—Tus ojos en mí —le recordó serio—. No lo repetiré.

Se lamió los labios.

—Sí, señor.

La intimidad de su toque la sobresaltó e hizo que se enderezase al momento, sus dedos se cerraron con más fuerza a la mesa y estaba segura de que de no haberlo hecho se habría caído al suelo. Sus dedos trazaron los labios vaginales, incursionando ligeramente en su entrada, el calor estalló al momento en sus mejillas a causa de la vergüenza.

Jamás en su vida la habían tratado de aquella manera, impidiéndole decidir, moverse o retirarse y el que ahora lo hiciese este hombre la excitaba y confundía al mismo tiempo.

—No puedes negarlo, la escena te puso caliente —le dijo al oído, su voz más suave, casi tierna—, estás mojada y preparada, podría tomarte ahora mismo sin problemas para ti.

Retiró los dedos dejándola agitada, el deseo latía entre sus piernas haciendo que le doliese el vacío y empujándola a un lugar en el que nunca había estado.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque todavía no la he seducido, profesora, soy un alumno muy aplicado y quiero llevarme la matrícula en cuanto a follarme a la profe.

Ay, Dios, sus palabras la excitaban, hacían que todo su cuerpo respondiese presto a hacer lo que le pidiese con tal de que las hiciese realidad de una jodida vez.

—Pero le daré una oportunidad de… sacar la bandera blanca… si cree que la necesita —insistió con ese tono irreverente, tan típico de sus alumnos que, de no ser por su edad, podría haber pasado por uno de ellos—. En este caso, la bandera es una palabra de seguridad.

Ah, sí. Había leído sobre ello en internet, la famosa palabra de seguridad, la llave maestra con la que una sumisa podía detener la escena al momento.

—La palabra de seguridad del club es «rojo» —le explicó arrastrando los nudillos por su mejilla en un gesto tan tierno que la sacudió—. Y será la que utilices mientras estés en el *Blackish*. ¿Sabes lo que es una palabra de seguridad y para qué se utiliza?

Asintió.

—Lo leí cuando investigaba —aceptó—. Es como un alto el fuego.

—Una curiosa manera de decirlo, pero sí, es exactamente como un alto el fuego. Si algo no te gusta, no estás cómoda o te asusta, preferiría que simplemente me dijeras «Amo, necesito un momento», entonces nos detendremos y hablaremos de lo que te perturba.

—Eso puedo hacerlo.

—Bien, muy bien —asintió complacido, algo que, curiosamente a ella también le gustó—. Entonces dejaremos la palabra *«rojo»* para lo que creas que no puedes controlar o soportar, ¿de acuerdo? Sea lo que sea, si crees que es demasiado para ti, pronúnciala y nos detenemos por completo.

Frunció el ceño.

—Cuando lo dices así es como si estuvieses pensando en… hacerme daño.

Su rostro mudó, adquirió un gesto más afable y negó con la cabeza.

—No, cariño, nunca, bajo ninguna circunstancia te haré daño —la tranquilizó—. Piensa en esto como un juego de roll, uno en el que hay ciertas reglas, dónde yo soy quién las pone y tú quien debe obedecerlas, pero siempre dentro de un entorno seguro, siempre cuidado y con un consenso por ambas partes. Lo que hagamos, lo acordamos previamente, no te haré nada que no desees que te haga. No te empujaré más allá de dónde sé que puedes ir. ¿Puedes confiar en mí?

¿En qué cuidaré de ti y en que no te haré daño?

—Sé que cuidarás de mí, lo has hecho aún sin conocerme de nada. —Bajó la mirada a su estómago e hizo una mueca—. Ay, Dios, ni siquiera te pregunté cómo estabas, no he tenido en cuenta si todavía te dolía o…

Dain se rio entre dientes.

—Estoy bien, Faith, de verdad, mira.

Se levantó la camiseta y le mostró la zona todavía rosada de la herida en la zona delantera.

—Mientras no me ponga a levantar pesas o boxear, estaré bien —la tranquilizó.

—¿Y la de tu espalda?

Se giró para que la viese, en ese caso tenía todavía un pequeño apósito.

—Dain, todavía tienes…

—No es nada, te lo prometo.

Suponía que tendría que fiarse de la palabra del hombre, con todo, no pudo evitar decir.

—Si te duele, prométeme que me lo dirás y que pararemos.

Le cogió el rostro entre las manos.

—Y luego dices que no eres sumisa —la besó fugazmente en los labios—. Estaré bien, profesora, tú sigue poniéndome cachondo con esos pucheritos y verás lo bien que estaré.

Su callosa mano resbaló de su mejilla, curvándose alrededor de su nuca y la sostuvo en el sitio mientras su boca volvía a rozar la suya, acomodándose sobre sus labios, tomándolos despacio, traspasando la barrera de sus labios y penetrando con su lengua en la húmeda cavidad.

—Ya te dije, que yo no hago pucheros, señor.

Volvió a besarla, hundiéndose profundamente, enlazando su lengua y succionándola hasta arrancarle un gritito.

—No, no haces pucheros —replicó sonriente—. Solo caritas.

Le pegó con la mano, un gesto inesperado.

—No es verdad.

Él bajó la mirada a su mano y luego la subió a ella.

—¿Acabas de pegarme, sumisita?

¡Oups!

—Lo siento, señor, es que mi mano es más rápida que mi cerebro y va por libre.

—Mira por dónde, la mía también.

Tenía que haberse dado cuenta de que su tono no era el correcto, que el brillo en sus ojos era demasiado satisfecho, sobre todo cuando la arrancó de la mesa, le dio la vuelta y la empujó de nuevo sobre esta.

—¿Señor?

—Estira los brazos hasta que tus dedos alcancen el otro lado del escritorio. —La instruyó reteniéndola con sus piernas pegada a la superficie de madera, sus pechos aplastados contra esta —. Muy bien, ahora ábrelos y sujétate a esos dos pisa papeles de cristal.

Los buscó con la mirada y reparó en ellos, su forma era bastante curiosa. Cuando los acarició con los dedos y no volcaron comprendió que estaban pegados a la mesa.

La falda de su vestido se levantó por completo, sintió el aire en sus partes y al momento quiso cerrar las piernas y levantarse.

—No te muevas, Faith. —Su orden la congeló en el sitio—. Separa un poco las piernas, quiero ver lo mojada que estás.

Se mordió el labio inferior, agachó la cabeza e hizo lo que le pedía a pesar de estar muriéndose de vergüenza. Sus dedos resbalaron entre sus nalgas, le acariciaron la roseta del culo

provocándole un inesperado estremecimiento y terminaron en sus labios, deslizándose entre ellos, penetrándola de golpe arrancándole un gemido.

—Como es tu primera vez, seré indulgente, pero necesito que comprendas que ocurre cuando me desafías, cuando no sigues mis órdenes y te portas como una díscola sumisa —anunció, su voz sonaba tan lejana emocionalmente que se sintió repentinamente sola, el miedo empezó a escalar posiciones y los ojos amenazaron con vidriarse.

—Lo siento.

Le escuchó moverse a su alrededor, entonces se inclinó sobre ella, desde un lateral del escritorio y le acarició la mejilla, girándole el rostro para que lo viese.

—Sé que lo haces, Faith, pero también sé que no entiendes que lo que digo no son amenazas vacías —le acarició de nuevo la mejilla—. Te has ganado tres azotes.

Bueno, aquello no era tan malo, ¿no?

—De acuerdo.

Lo escuchó suspirar antes de darle un beso en la mejilla.

—Solo tres —le avisó—. Relájate y respira.

Se mordió el labio una última vez y dejó que la carne escapase de entre sus dientes al notar como se movía de nuevo.

El primer golpe llegó sin avisar, un sonido de algo duro golpeando con la carne y al momento el calor se extendió sobre una de sus nalgas seguido del agudo dolor. Ay, Dios, no estaba jugando, aquello dolía, no era precisamente una caricia.

El segundo voló sobre la otra nalga antes incluso de que hubiese podido procesar el primer golpe, el dolor estalló al momento arrancándole un gemido y llenándole los ojos de lágrimas. Estaba tan sorprendida, tan en shock, que no supo cómo reaccionar.

Cuando llegó el tercero y último, este pareció replicar los dos golpes anteriores, soltó un quejido y las lágrimas recorrieron sus mejillas incapaz de detenerlas.

No podía moverse, se quedó allí, aferrada a esos pisapapeles, sin saber qué hacer, notando como le ardía el culo.

—Buena chica. —Su susurro penetró en su mente al mismo tiempo que lo hacía el contacto de su mano sobre la carne abusada.

—No, Dain…

—*Shh*, no te muevas. —Se lo impidió posando una mano sobre la parte baja de su espalda mientras la otra le acariciaba las enrojecidas nalgas convirtiendo el dolor en un incómodo cosquilleo que empezó a extenderse hacia su sexo.

Sus dedos vagaron de nuevo entre sus piernas y la acariciaron, penetrándola con un dedo, alternando esas caricias con las de su trasero, creando una sensación extraña y erótica.

—Estás muy mojada, mucho más que antes —escuchó que decía. Retiró los dedos de su interior y también la presión que la mantenía en el lugar—. Levántate.

Le obedeció sin rechistar, se incorporó poco a poco y gimió al sentir como el movimiento le recordaba el castigo.

—Mírame, Faith.

Levantó los ojos y se encontró con los suyos. No estaba enfadado, parecía tranquilo y eso la tranquilizó también a ella.

—¿Entiendes por qué te he castigado?

Empezaba a entender la dinámica que movía a ese hombre, encajaba con lo que había leído en el diario de Ruth y con lo que ella misma estaba empezando a descubrir.

—No seguí tus instrucciones y, te pegué.

¿Su voz sonaba tan miserable también en sus oídos?

—Así es.

Se lamió los labios.

—No volverá a pasar.

—Lo sé.

Se miraron durante unos segundos, entonces la llamó con un gesto de la mano y no dudó, se refugió en él.

—Mi dulce y tímida, Faith, ¿qué voy a hacer contigo?

Cerró los ojos y aspiró su aroma, una mezcla de *aftershave* y hombre que le gustaba bastante.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

Le apartó el pelo de la cara y le levantó la barbilla para mirarla.

—Te escucho.

Se lamió los labios, no dejaba de hacerlo, pero estaba tan nerviosa…

—¿Podrías terminar lo que empezamos abajo?

Apretó los muslos para hacerse entender.

—No veo la hora de enterrarme entre tus piernas, profesora, creo que ya me he cansado de la teoría y quiero algo más… práctico.

—Yo también —aceptó, entonces giró el rostro para volver a mirar el escritorio y vio allí la regla—. Pero esta vez, eso se queda fuera.

—Me gusta la forma en que se te enrojece el culo.

—Créeme, señor, a mí no, ni un poquito.

Su respuesta fue echarse a reír para luego besarla.

—De acuerdo, profesora, sigamos pues con la lección.

CAPÍTULO 17

—Así que, el timbre ha sonado y tenemos unos quince minutos hasta la próxima clase. —Dain le envolvió la cintura y la atrajo hacia él. Era tan diminuta en sus brazos pero eso lo hacía todo mucho más interesante, para su gusto, tenía la estatura perfecta—. Creo que me merezco una atención especial, profe, sobre todo después de ver cómo me comes con la mirada.

—Yo no te como con la mirada, *mocoso*.

Se rio, no pudo evitarlo, le gustaba que se metiese en el rol y le siguiese el juego.

—¿Te parece que esto —Le cogió la mano y le apoyó la palma contra su erección—, podría tenerlo un mocoso?

La manera inmediata en que retiró la mano y el sonrojo en sus mejillas le provocó una punzada de hambre. Dios, era tan tierna, tan tímida, que no veía la hora de pervertirla. Era lo que siempre había soñado, una mujer que se sorprendiese con los juegos, que se mostrase sincera en sus reacciones y ella lo tenía todo.

—Sin duda, la clase de anatomía te la conoces al dedillo.

—*Um*, no sé, profe, estoy dispuesto a repasarla con usted —declaró al tiempo que echaba mano de la parte delantera del vestido y empezaba a despojarla de la ropa—. Y empezaría por estas dos preciosidades que caben perfectamente en mis manos.

Le levantó el pecho, provocando el pezón con la callosa almohadilla del pulgar, tomando nota de cada una de sus reacciones. La manera en que separaba los labios, en cómo se arqueaba de forma sutil y el paulatino endurecimiento de la fruncida y oscura carne.

—Sus pezones me tienen fascinado, profe.

Y, para remarcar sus palabras, bajó la boca sobre uno de ellos, lo acarició con un par de pasadas de la lengua y finalmente lo succionó, prodigándole un pequeño mordisquito al final que la hizo temblar.

—Pero no es lo único que me fascina de este curvilíneo cuerpo de chocolate.

Deslizó las manos entonces sobre su cintura, arrastrando hacia abajo la prenda hasta pasarla de las caderas y dejarla completamente desnuda.

—Oh, sí, eres el sueño húmedo de cualquier estudiante, señorita Valentine, estoy seguro que muchos de mis compañeros de clase se pajean en el baño pensando en usted —ronroneó comiéndosela con la mirada—. Sin duda soy afortunado ya que voy a probar lo que otros solo sueñan con tener.

—Podría mandarte ahora mismo al despacho del director.

—Pero entonces se perdería lo mejor, ¿de verdad quiere perder la oportunidad de echar un polvo conmigo? —chasqueó la lengua—. Le prometo que no sabrá lo que es bueno hasta haber estado en mi cama.

—Promesas, promesas…

—Yo siempre cumplo, profe, ya lo verá.

Se lamió los labios mientras la recorría por completo. Era una preciosa venus de alabastro, llena de curvas, con un par de pechos coronados por oscuros pezones que ya estaba deseando probar de nuevo y ese pequeñísimo y pulcro nido de rizos oscuro entre sus piernas que ocultaban el tesoro de un rosado sexo.

Dios, hacía tiempo que no lo ponía tanto una mujer, que no despertaba el hambre

desesperada que esta hacía crecer en su interior.

La rodeó con lentitud, disfrutando de su figura, relamiéndose ante la visión de su sonrosado culo el cual no se privó de amasar de nuevo.

—Este par de gemelas son una invitación muy apetitosa.

Ella se tensó ante su contacto e intentó escapar.

—Ya te he dicho…

Le cogió la muñeca, la levantó y se la llevó a la espalda, sujetándola así para bajar sobre su boca.

—Que ahora no es el momento.

—Eso no es lo que he dicho, alumno capullo.

—Pero lo digo yo, profe, lo digo yo —bajó sobre su oído y se lo lamió—, y te prometo que lo disfrutarás, Faith, a su debido tiempo.

Ella tironeó para soltarse ganándose una ligera azotaina. No quería volver a castigarla tan pronto, sabía que la había cogido desprevenida, que le había costado comprender el motivo de que la hubiese azotado, pero había reaccionado de la manera correcta, excitándose a pesar de la sorpresa, sobreponiéndose al dolor. No, no era una mujer que prosperara o se excitase con los juegos de impacto, pero si ella decidía seguir, más allá de esa noche, podría ser algo interesante de explorar.

—¿Me daría un beso, profesora? —La tentó recogiendo el roll—. Creo que me lo he ganado después de todo el esfuerzo que he puesto en contenerme desde que empezó la clase.

—Lo que te has ganado es una visita a la oficina del director.

—Vamos, señorita Valentine, solo un beso.

Ella se lo dio, un casto beso en los labios.

—¿En serio?

Se encogió de hombros con ese gesto inocente y fue su perdición.

—No especificaste qué clase de beso.

—Serás…

Envolvió la mano en su coleta y la atrajo para besarla de manera carnal, profunda, hundiéndole la lengua y haciéndola gemir al tiempo que lo hacía él mismo.

—Al sofá —la empujó—, de rodillas, las manos en el respaldo y de cara a la pared.

Siguió su mirada, vaciló unos instantes y finalmente eligió obedecerle. Se movía de una manera tan sensual que su polla no dejaba de recordarle que quería más, que deseaba enterrarse en ese caliente coñito en el que ya habían estado sus dedos.

Si también hubiese estado su lengua, habría sido perfecto, pensó con privada diversión, aunque era un asunto pendiente que iba a solucionar enseguida.

—De cara a la pared, Faith. —La previno cuando vio que se volvía—. Puedes admirar las fantásticas fotos de la sala.

—¿Quiénes son?

—No tengo ni idea, dulzura, tampoco es que me importe teniéndote a ti aquí.

Se tomó su tiempo en deambular por la habitación, había pasado un tiempo desde que había estado allí y no estaba muy al tanto de dónde estaba cada cosa, pero no le llevó mucho averiguarlo.

—Tengo que recordar hacerle un par de sugerencias nuevas a Horus sobre juguetes —murmuró más para sí que para ella.

Dejó lo que encontró a un lado, lejos de la curiosidad femenina y se apoyó con una rodilla en el sofá, entre sus piernas, deslizando las manos sobre sus hombros y brazos, besándola allí y

mordiéndola a continuación con suficiente fuerza como para dejarle marca.

—¡Ay!

—La marca de la casa.

—Serás perro.

Se carcajeó.

—Es la primera vez que me llaman algo así.

Le lamió el mordisco y buscó su boca para congratularse a sí mismo con un nuevo beso.

—Extiende los brazos —comprobó la longitud y hasta dónde llegaba con ellos extendidos y aseguró las restricciones de las muñequeras a sus muñecas—. Estupendo, ahora, incorpórate un poco, no queremos que estas preciosidades se pierdan nada. —Le levantó los pechos, dejándolos por encima del borde del respaldo y tiró de un par de cinchas con las que ancló su torso al respaldo, limitándole los movimientos—. Separa las rodillas, nena, retrocede un poquito, sí, justo así.

—Dios mío, no se os puede acusar de falta de creatividad.

—Creatividad es el segundo nombre de cualquier dominante —aseguró, entonces echó mano a la estantería dónde había dejado las cosas y sacó una cajita de grajeas—. ¿Quieres un chicle?

Ella sacudió la cabeza, bastante incrédula por la pregunta.

—Mejor para mí.

Cogió una de las pastillas de menta y se la llevó a la boca con una sonrisa diabólica. Solo entonces se tomó el tiempo para quitarse la camiseta por encima de la cabeza, la dejó a un lado del sofá y le acarició la espalda mientras le susurraba al oído.

—Sabes, profe, me pone muy caliente verte así, atada —le aseguró con voz perversa, masticando tranquilamente el chicle. Este era bastante fuerte, lo suficiente como para que se estuviese riendo por dentro—. Toda dispuesta para mí, para mi placer, con este coñito todo rosado y brillante de humedad esperando por mis dedos… por mi boca… por mi pene…

Le gustó la manera en que se estremecía, la forma en que respondía a ese lenguaje.

—Pero no quiero que nos olvidemos de esas dos preciosidades.

Le rodeó los pechos con las manos y le pellizcó los pezones, atormentándola un poco, disfrutando de los pequeños siseos y gemidos que manaban de entre sus labios abiertos, de la forma en la que recostaba la cabeza contra su hombro buscando su contacto.

—Así que voy a hacerte un regalo —anunció y levantó dos pequeños lazos para pezones de los que colgaban un par de cascabeles—. Hacen el mismo sonido que el cascabel de tu collar, gatita.

Ella los miró y parpadeó.

—¿Qué… qué es eso?

—Abrazaderas para pezones.

Maniobró con facilidad y le puso una, ajustándola para que quedase apretada pero sin causarle demasiado daño. Faith era totalmente novata en estas lides, tenía que ir con cuidado.

—Respira, dulzura, es solo un pequeño pinchazo, después se vuelve agradable.

La escuchó sisear, contener el aliento y luego soltarlo, luchando por encontrar ese tempo de respiración que no la dejase sin aire mientras le colocaba la segunda abrazadera y escuchaba el tintineo con sus involuntarios movimientos.

—Precioso.

Masajeó sus pechos unos momentos, comprobó una última vez las abrazaderas y la besó en la mejilla para luego acariciarla con las manos, disfrutando de la textura de su piel, de su

espalda y esas bonitas nalgas en pompa que a duras penas podían distraerle de su verdadero objetivo.

Se relamió, mascó un par de veces más el chicle y lo dejó a un lado.

—Di, *bon appetit*, profesora.

Se deslizó fuera del sofá, hacia el suelo, le separó aún más las piernas buscando un cómodo acceso y sopló sobre la húmeda y caliente carne antes de bajar la lengua y lamerla a lo largo.

Un ahogado gritito emergió de la boca femenina al momento, escuchó el tintineo de los cascabeles y notó sus intentos por escapar, pero las restricciones estaban para algo.

—Jesús. ¡Está frío!

Se rio entre dientes.

—No te preocupes, pronto entrarás en calor.

El efecto de la menta del chicle dotaba de frescor a su lengua, un efecto que había probado cierta sumisa traviesa sobre él y que le había gustado más de lo que esperaba. Había comprobado que la acción sobre el coño de una mujer podía resultar igual de erótico e interesante y, demonios, se moría por probar a Faith, así que, ¿por qué no hacer la experiencia algo jodidamente inolvidable?

—¡Dainiel!

—Sé buena, profe, déjame disfrutar de la merienda.

La provocó con la lengua haciendo círculos alrededor del clítoris y unió un dedo al juego, ella sabía a sexo y a menta, una combinación que le estaba gustando cada vez más. La lamió a placer, disfrutando de su sabor, de cada uno de sus contoneos, de cómo ceñía la falange en el húmedo interior. Era pura seda, pura dulzura y podría pasarse todo el tiempo del mundo disfrutando de un manjar semejante.

—Ay Dios mío.

—Estoy seguro de que él no lo pasaba tan bien, profe.

—Dain…

No le había pasado por alto que había empezado a utilizar el diminutivo que prefería, por el que lo llamaba todo el mundo. Aquello decía bastante sobre la situación y el que hubiese dejado de lado la asociación de su nombre con el de ese bastardo que le había suplantado para verle a él.

Optó por seguir a lo suyo, le gustaba demasiado la merienda como para interrumpirla, así que la succionó con fuerza, haciendo que arquease las caderas y soltase un gritito antes de dejarla en paz y retirarse momentáneamente.

—Oh señor, no… no puedes…

Le acarició la cadera, incorporándose sobre ella, presionando su pecho contra su espalda.

—No voy a dejarte así, Faith, pero mi polla también quiere su turno.

Ella siseó alguna cosa ininteligible, incluso resopló y eso lo hizo sonreír. Era una mascota de lo más divertida.

Cogió uno de los preservativos, rasgó el envoltorio y se lo colocó con presteza. Rozó la cabeza del pene sobre su húmedo sexo y empujó lentamente, lo justo para provocarla.

—Ya te tengo dónde te quería, profe —le susurró al oído con voz petulante—, y te voy a dar lo tuyo.

La penetró con suavidad, dejando que su cuerpo lo fuese acogiendo, estaba caliente y mojada, su sexo lo aprisionaba confirmándole lo que ya habían comprobado sus dedos, lo estrecha que era y que, su parca respuesta sobre el tiempo que hacía que no tenía relaciones

tuviese que ver con ello. No era virgen, pero no estaba muy seguro hasta qué punto había disfrutado esa morenita del sexo, sus respuestas eran inocentes, tenía casi un aire de ingenuidad que no era común que se diese en una mujer de esa edad.

Echó la cabeza hacia atrás con un ahogado gemido, el conjunto de cascabeles del collar y las pezoneras tintinearon ante sus infructuosos movimientos, echó la pelvis hacia atrás, encontrándole, descansando en la medida de lo posible su peso sobre él en un acto de voluntaria entrega que agradeció hasta el alma.

Resbaló la mano por sus hombros y espalda, le acarició las caderas y notó como su cuerpo cedía poco a poco, relajándose, acomodándole, permitiéndole retirarse para volver a entrar en ella con lentitud —aunque eso lo estuviese matando—, y disfrutar del momento.

—Eres una cosita caliente y deliciosa, profesora. —Se incorporó para susurrarle al oído, resbalando las manos hasta ahuecar sus pechos al tiempo que movía las caderas, hundiéndose en ella para volver a salir, marcando un ritmo lento—. Mis compañeros se van a morir de envidia cuando sepan que te he tenido.

—No puedes… no… no estaría bien… no puedes… decírselo a nadie…

Sonrió al ver que seguía su ejemplo, metida todavía en su papel.

—Tiene que ser nuestro secreto… solo… nuestro.

—No sé, profe, quizá tengas que darme algo más para mantenerme callado.

Ella gimió y sacudió la cabeza, tiró de las restricciones y movió las caderas, saliendo a su encuentro.

—Toma lo que quieras, por favor, señor, toma lo que quieras…

Le mordisqueó el arco superior de la oreja derecha y se rio entre dientes.

—Ya que lo pides tan amablemente, profesora.

Hundió las manos en sus caderas y empezó a penetrarla con mayor profundidad, hundiéndose en ella hasta la empuñadura y volviendo a salir solo para empujar con más fuerza. Aumentó la velocidad de sus embestidas, la cabalgó como deseaba hacerlo desde el primer momento en que la vio, tomó aquello que estaba dispuesta a entregarle y le dio lo que le había estado negando desde el momento en que la tocó en la sala principal.

—Córrete para mí, Faith —la apremió—, quiero escuchar como gritas, cómo me aprietas mientras llegas al orgasmo. Hazlo, dulzura, déjate ir.

No tuvo que darle mucho más aliento, su cuerpo había estado al borde prácticamente desde el momento en que la había penetrado y el hacerla esperar, no hizo más que aumentar su necesidad y acumular placer que ya no podía seguir conteniendo.

—Oh… Dios…

Su cuerpo se estremeció bajo él, sus músculos vaginales lo agarraron en un férreo puño y se dejó ir, sucumbiendo al placer. Dain se concentró entonces en su propia necesidad, en obtener la liberación que necesitaba y se vació por completo en ella pocos minutos después.

—Jesús, profe, nunca volveré a ver las clases de la misma manera.

Ella se rio por lo bajo, sus hombros sacudiéndose bajo su propio cuerpo ante sus palabras.

—Ni yo a mis alumnos y es únicamente culpa tuya, Amo Dainiel.

Sonrió para sí, se retiró de ella, se deshizo del condón y se abrochó los pantalones. Ni siquiera se había molestado en quitárselos.

—Ha sido un placer, sumisita, todo un placer.

Volvió a ella y empezó a liberarla de sus ataduras, ayudándola a girarse y manteniéndola tumbada sobre el asiento del sofá.

—No te muevas —le ordenó. Su piel morena creaba un bonito contraste contra el tono

azul del mueble—. Voy a sacarte las abrazaderas. Necesito que respires profundamente, ¿de acuerdo?

—Vale.

¿Por qué tenía la sensación de que su pequeña mascota todavía estaba ida por los rescoldos del orgasmo? Sacudió la cabeza y sonrió con premeditada malicia.

—Allá vamos.

Liberó la congestionada cúspide y, al momento soltó un pequeño chillido al tiempo que intentaba llevarse las manos a los pechos.

—Oh, joder.

—No, quieta.

—Duele.

La acusación le produjo un ataque de risa, asintió con la cabeza y bajó sobre su abusado pezón, lo bañó con su lengua aliviando y aumentando al mismo tiempo las sensaciones.

—Te voy a quitar el otro.

—¡No!

A su negativa le acompañó otro gritito, este acompañado con coloridos insultos que fueron ahogados de nuevo por su boca sobre el dulce brote.

—¿Por qué no me dijiste que dolía tanto?

—Hay cosas que es mejor descubrirlas por uno mismo —replicó acariciándole los pechos, jugando con ellos y evitando sus pezones—. Las abrazaderas, al igual que las pinzas, pueden aumentar el placer mientras se usan…

Esos bonitos labios rosados se abrieron y volvieron a cerrarse al momento, los ojos marrones le dedicaron una de las más insultantes miradas antes de cerrarse y ella emitiese un suspiro. Sacudió la cabeza y se levantó, abrió una de las puertas del mobiliario y extrajo del interior de una nevera camuflada, una botella de agua.

—Abre los ojos e incorpórate —le ordenó mientras abría la botella—. Bebe.

Tan pronto vio el agua, se relamió los labios y vació casi un tercio de esta.

—Gracias.

—De nada, dulzura. —Le apartó el pelo de la cara y dejó la botella a los pies del sofá—. ¿Y bien? ¿Cómo te encuentras?

—No podría mover un solo dedo ni aunque mi vida dependiese de ello —murmuró con un ligero sonrojo tiñéndole las mejillas—, pero estoy bien, supongo.

—Te excitó estar atada.

No era una pregunta. Lo había visto, había comprobado que el *bondage* la había encendido aún si eso la sorprendía también.

—No lo sé…

—Faith, los ojos en mí.

—Sí, bueno… quizás. —Se lamió los labios—. Pero no me gustó que me pegases con esa cosa.

—No, sé que no te gustó —aceptó serio—. Pero ahora te pensarás dos veces las cosas antes de volver a desobedecer a un Dom.

Compuso una mueca y apartó la mirada con gesto avergonzado, entonces volvió a levantarla, no quería desobedecer.

—Lo siento.

Le acarició la mejilla, la nariz, delineó sus labios con la yema del dedo índice y finalmente se inclinó sobre ella para darle un beso.

—Sí, sé que lo sientes, pequeña, estás perdonada.

El brillo en sus ojos cambió, algo sutil pero que mostraba el alivio que sentía hacia sus palabras. La pequeña sumisa era una personita que se tomaba muy a pecho las cosas, especialmente aquellas que tenían que ver con ella. El que se hubiese disculpado una y otra vez por sus heridas, era prueba de ello.

—¿Y ves? —Se llevó la mano al abdomen—. Estoy bien.

Parpadeó y se incorporó, consciente de repente de aquello.

—¿Y la de tu espalda?

Esa le tiraba como el demonio, pero no pensaba quejarse, no después del agradable momento que le había dado ella.

—Bien.

Deslizó la mirada sobre ella, sobre sus pechos desnudos, la depresión de su estómago, su redondito vientre y la hizo perfectamente consciente de su desnudez.

—Sabes, profesora, creo que todavía no he aprendido bien la lección —declaró mirándola a los ojos—. ¿Qué te parece si la repasamos una última vez?

Su respuesta fue gemir cuando una de sus manos cayó entre sus piernas y su boca rodeó un pezón.

Al infierno con el dolor, pensó Dain, todavía no había terminado con ella.

CAPÍTULO 18

—Este es mi coche.

Faith se detuvo al lado de su pequeño *Hyunday Gatz*, desbloqueó las puertas con la llave y se giró hacia el hombre que la había acompañado afuera, el mismo con el que había pasado las últimas tres horas.

—Ha sido una noche intensa, en muchos sentidos —le dijo—. Tan pronto llegues a casa, métete en la cama y descansa.

Asintió. Esa manera de dar órdenes sin que pareciese que las daba todavía la estremecía, ni siquiera sabía por qué respondía a ello, pero lo cierto es que había muchas cosas de las que habían ocurrido esa noche que no tenía nada claras.

—Mañana hablaremos con Damien sobre lo de esa foto y el diario, le diré que se ponga en contacto contigo, querrá ver el diario, seguramente.

—Todavía no puedo creer que haya alguien que vaya por ahí, haciéndose pasar por otra persona y mintiendo así… —Sacudió la cabeza—. Estaba segura de que él sabría qué pasó con Ruth o al menos, que podría arrojar algo de luz. Ella no se mató de una sobredosis, sé que no lo hizo.

—La Policía llegará al fondo de todo esto, Faith, deja que se ocupe la gente que debe hacerlo.

Eso era como decirle que se quedase de brazos cruzados, claro que, viendo lo que había conseguido al meter sus narices en dónde no la llamaban…

—Lo intentaré.

—No lo intentes, *mascota*, hazlo.

Le miró y dejó escapar un resoplido.

—Lo haces a propósito, admítelo.

Se limitó a sonreír, pero en vez de responder le tendió la mano.

—Dame tu teléfono.

Su reacción inmediata fue echar mano al bolso, entonces se refrenó.

—¿Para qué lo quieres?

Le quitó el bolso y lo buscó él mismo.

—Para grabarte mi número y hacer una llamada perdida del tuyo al mío —le informó con rotunda sinceridad—. Conociéndote, terminarás metida en algún problema antes de que termine la semana.

—Gracias por el voto de confianza, Amo Dain.

Grabó rápidamente su número he hizo una llamada, dejándolo sonar un par de tonos antes de colgar.

—Ya está.

Cogió el teléfono y miró la agenda.

—Dain Ratcliffe. —Leyó en voz alta, entonces suspiró y lo miró—. Gracias otra vez.

—Primero me pides perdón, luego me mandas flores, ahora me das las gracias, ¿qué será lo próximo, Faith?

Esperaba no tener que averiguarlo demasiado pronto, pensó, se encogió de hombros y se

dirigió hacia el coche.

—Ha sido una noche… interesante.

—¿Lo suficiente como para que te atrevas a repetirla?

—Me temo que me han quitado mi tarjeta de invitación—. Su mirada se dirigió hacia la fachada del edificio, cualquiera que lo viese desde fuera jamás pensaría lo que ocultaba en su interior—. Diría que eso es un veto absoluto.

—Ahora ya figuras en la base de datos, solo tienes que volver y dar tu nombre —le informó con la facilidad con la que siempre parecía arreglar las cosas—. Figuras como mi invitada.

—No sé si esto es algo que pueda… soportar todos los días…

—Piensa en ello como una actividad de fin de semana, con el domingo para descansar —le sugirió—. De hecho, te animaría a participar en uno de nuestros seminarios de iniciación.

Se lamió los labios, bajó la mirada al suelo y volvió a levantarla.

—Puedo decir, ¿me lo pensaré?

—El próximo sábado a las 9 en punto. —Se acercó a ella y le apartó el pelo de la cara—. Y esta vez, espero que seas puntual.

Enredó la mano en su pelo y la acercó a él para darle un beso abrasador que la dejó temblando.

—Buenas noches, Faith.

Se las ingenió para encontrar la voz y asintió.

—Buenas noches, Amo Dain.

Con eso, se metió en su coche, echó un último vistazo a través de la ventanilla y salió del aparcamiento para volver a casa e intentar poner en orden sus ideas.

CAPÍTULO 19

Dain oyó el revuelo incluso antes de traspasar las puertas, la mayoría de los socios ya se habían marchado y, como siempre, quedaban alguno de ellos para cerrar. Las voces venían de la entrada, solo tuvo que traspasar el umbral para ver a los Doms reunidos ante la sección de las cruces de San Andrés y el motivo de dicha reunión.

—¿Qué coño es eso?

—Madre de Dios, qué horterada.

—¿Esto ha sido cosa tuya, Luna?

—Yo no he tenido nada que ver.

—¿Podrán despegarse esas cosas sin que se joda el cuero?

—Me da igual el mobiliario, compraremos otro, pero baja eso de ahí para que pueda prenderle fuego.

—Haré sitio en el aparcamiento para que puedas hacer una bonita y enorme fogata, Fire.

—Adam, busca también un exorcista, tanto colorido no puede dejar buenas vibraciones en un lugar —añadió Cain estremeciéndose ante tal visión.

—Joder, ya no sé si estoy teniendo alucinaciones o eso es lo que creo que es.

—Está claro lo que son, señor, unicornios, montones y montones de unicornios.

Todas las miradas cayeron sobre la sumisa de pelo azul que había hecho tal apreciación. Con esos grandes ojos y mirada inocente señaló el enorme unicornio de peluche que había colgado entre las dos aspas que habían sido también profanadas con montones de pegatinas de vistosos animales mitológicos.

—¿Qué? Tiene un cuerno en la frente, es blanco y con crines de colores —enumeró señalando cada parte del gordo peluche—. Eso lo hace un unicornio.

—Gracias, traviesa, no nos habíamos dado cuenta de ello. —La ironía en la voz de Lucien lo decía todo.

—Lo que yo quiero saber es qué hace un jodido unicornio colgando del logo del club —sentenció Horus mirando a la chica y después a cada una de las féminas presentes—. Y, seré aún más específico, ¿quién demonios lo ha colgado ahí y ha llenado las cruces de pegatinas?

—Yo llegué tarde, así que no estuve en la primera sesión y solo he aparecido en la segunda porque el Amo Reid se apiadó de mí.

—Juraría que no estaba ahí en la primera sesión —comentó Sophie ladeando ligeramente la cabeza, mirando el enorme peluche que empezaba a provocar escalofríos entre los presentes. Entonces se giró para decir algo más, pero se detuvo al encontrarse con su mirada—. Maestro Dain, espero que hayas tenido una interesante y agradable noche, ya que no he tenido el placer de verte.

El tonillo utilizado por la chica lo llevó a enarcar una ceja.

—Yo, en cambio, tuve un interesante momento viéndote a ti en la cruz antes de la subasta —replicó con sencillez—, y entonces no estaban esas cosas, no es como si se pudiesen pasar por alto.

Ella se sonrojó, se lamió los labios y caminó hacia él.

—Me debes un helado de chocolate en *Il Laboratorio del gelato* —le dijo bajando la voz

—. Prometiste que estarías presente en la subasta y no fue así.

—¿Me estás reprendiendo por algo, Kitty?

Se limitó a mirarle por debajo de esas espesas pestañas y entonces negó con la cabeza.

—¿Lo pasaste bien, al menos?

—Fue una noche de lo más agradable.

—Me alegro, de verdad.

Y, a pesar de sus palabras, su tono de voz indicaba algo distinto. Echó un vistazo a Horus, quién negó con la cabeza.

—En cuanto a eso, yo no he sido, señor —añadió volviéndose hacia su Dom—. Ni siquiera me gustan los unicornios.

Una vez más las cabezas se giraron en dirección a la sumisa de Fire.

—¿Os parece que puedo coger una escalera o trepar por la pared como *Spiderman* para colgar esa cosa ahí arriba? —resopló Luna—. ¿Hola? Aquí la chica que se ha pasado la noche sentadita como una buena sumisita o intentando no cojear porque al sádico de su señor se le ocurrió la brillante idea de que debía venir sin bastón.

—Empiezo a plantearme si no llevarás muchos días sin probar el golpe de la paleta, amor.

Ella se limitó a echarle la lengua y cruzarse de brazos.

—¡La madre que las parió!

La abrupta declaración llegó ahora del otro lado del local, Kells estaba detrás de la barra del bar, haciendo el recuento para el cierre y acababa de poner sobre la superficie de esta unas botellas atadas con lacitos de colores, en cuyo cuello destacaba una cabeza de unicornio multicolor.

—¿Qué coño pasa ahora?

—¿Qué pasa? —siseó con ese vozarrón tan característico de él—. Esto es lo que pasa.

Una a una fue dejando todas las botellas de cerveza profanadas, algunas de las cuales lucían las mismas pegatinas que había en las cruces.

—*Wow, wow, wow*, a no, por ahí sí que no paso —añadió Adam caminando hacia la barra, levantó una de las botellas y se giró con mirada asesina—. ¿Quién se ha atrevido a profanar las puñeteras cervezas negras?

—De acuerdo, esto ya ha dejado de ser una broma.

Horus cambió el tono de voz y cada una de las sumisas respondió al momento con un respingo, sus ojos cayeron sobre ellas con visible enfado.

—¿Quién ha sido?

—¿Por qué tienes que mirarme precisamente a mí? —Se quejó Sophie al instante, llevándose las manos a las caderas con gesto desafiante—. ¿Qué pasa? ¿Crees que soy tan infantil como para montar esta decoración arcoíris solo para joderte? ¿Qué he montado una rabieta porque Dain ha preferido pasar la noche con una sumisa salida de la nada?

Y ahí estaba lo que habían ocultado sus palabras, pensó con un suspiro.

—Nena, creo que eso sobraba —se metió Lucien, buscando rebajar la tensión—. Lo que se está preguntando es quién ha dejado el mobiliario del *Blackish* como el de una escuela infantil.

La chica lo fulminó con la mirada.

—Yo no fui. ¿Satisfecho, señor?

—Horus, ¿te importa?

El hombre negó con la cabeza, mirando con abierta decepción a su sumisa.

—No, te la cedo —replicó sin dejar de mirarla, dejando en sus palabras lo que aquella pataleta le había parecido, entonces se giró a las otras dos chicas presentes—. En cuanto a

vosotras…

—¿Qué? —replicó Luna con un mohín—. Esta ha sido la noche que mejor me he portado y con diferencia. He pasado el tiempo sentadita tal y como me ordenó mi señor, Sophie y Jessie me hicieron compañía y, cuando no he estado sentada, Brian no se ha separado de mí. ¿Estoy mintiendo señor?

El Dom se inclinó sobre ella, envolvió la melena suelta en su puño y tiró de su cabeza hacia atrás sin dejar de mirarla a los ojos.

—Claro, Lunita, eres la viva imagen de la inocencia.

Los hombres ahogaron una risa ante sus palabras, todos ellos sabían perfectamente de qué clase de material estaba hecha esa pequeña buscapleitos.

—Yo, como ya dije y muchos sabéis, me salté la primera parte de la noche porque llegué tarde. —Jessie hizo un mohín—. Incluso me perdí la subasta, Caín puede dar fe de ello.

El aludido asintió.

—Ella se quedó en la recepción hasta el término de esta en el que Reid fue a levantarle el castigo —confirmó él—. De hecho, quedé en llevarla a casa, el jefe tuvo que salir corriendo por una emergencia.

Es lo que tenía ser médico de ambulancia, pensó Dain.

—Perfecto, sumisas —continuó Horus—. Entonces, ¿esto se hizo solo?

—¿Por qué das por hecho de que ha tenido que haberlo hecho una de nosotras tres, señor? —preguntó Luna muy comedida—. Esta noche ha habido varias sumisas, incluso alguna de las que han participado en los seminarios de estas dos últimas semanas.

—Porque, al contrario que vosotras tres, nadie en su sano juicio osaría desafiar a su dominante.

—No obtendrás una respuesta, Horus, son como los *Mosqueteros* —aseguró Lucien visiblemente divertido—. *Una para todas y todas para una*.

—¿Seguro que ninguna quiere confesar?

Luna resopló.

—¿Te parece que alguna de nosotras está tan loca como para abrir la boca con toda esta testosterona presente? —insistió Luna, la pequeña sumisa estaba guerrera esa noche.

—Luna Moon, hoy vas a dormir *caliente*, te lo prometo por tu *mondadientes.*

—Muy bien, traviesas. —Horus contempló a cada una de las tres posibles involucradas. Todos los presentes sabían perfectamente que lo ocurrido había salido de la cabecita de una de ellas o incluso del trío. Solo faltaban Siobhan y Cassandra para completar el quinteto—. El próximo fin de semana os presentaréis en la oficina nada más llegar y se os dirá cual es vuestro castigo.

A ninguna se les ocurrió replicar, aunque a juzgar por la pérdida de color en sus rostros, empezaban a arrepentirse de lo que habían hecho.

—Kitty, acompáñame.

No quería perder más tiempo, había cosas que debía solucionar con esa gatita y, cuando antes empezase, mejor. No esperó a ver si lo seguía, volvió sobre sus pasos y se detuvo solo al llegar a la puerta, la abrió y dejó que ella pasase delante de él.

—Dain…

La cortó con una mirada, ella, al contrario que la pequeña Faith era una sumisa entrenada, sabía cuál era su sitio y que su previa actitud había sido un insulto para con su dom.

—¿Quién es tu amo, sumisa?

—El Maestro Horus, señor —replicó en voz baja, sabiendo que había metido la pata—. Es

suyo el collar que llevo, y suyo el nombre que me dio.

Se detuvo al llegar a la recepción y la miró.

—¿Ante quién has de responder?

—Ante mi amo.

Dejó que el silencio cayese entre ellos durante unos instantes de modo que fuese consciente de lo mucho que su actitud los había decepcionado a ambos.

—¿Puedes decirme a qué ha venido eso?

La forma en que apretó los labios bajó los ojos y se movió, le decía claramente que estaba arrepentida de sus propias acciones.

—Sé que he actuado como una niña consentida, le he hecho daño a mi señor y eso me está matando por dentro —aceptó con la voz entrecortada, estaba luchando con sus propias emociones—. Pero… estos últimos seis meses tú has formado parte de nuestras vidas y, entonces, hace casi un mes pensé que te íbamos a perder. —Hizo un alto y se llevó las manos a los ojos, limpiándoselos—. ¿Sabes cuántas veces me he pasado esperando a que me llamasen y me dijesen que alguien a quién quiero había muerto de un balazo, una cuchillada o una reyerta callejera? Mi hermano murió en esas circunstancias, Damien no hace más que exponerse a ello con cada salida, incluso Horus conoce de primera mano lo que significa moverse en ese mundo, yo misma lo sé. He pasado demasiado tiempo con todos vosotros como para no preocuparme cada vez que salís ahí fuera, especialmente cuando me dais excusas estúpidas para justificar vuestra ausencia. Cuando Damien llamó a Horus, yo estaba allí, supe que algo iba mal y te lo juro por Dios, Maestro, que no te habría perdonado el que me hubieses dejado sola de esa manera.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, pero aun así se mantuvo fuerte.

—No me importa si encuentras a alguien más con quién jugar en el club, no me importa si conoces a una sumisa que se adapte a tus necesidades y que te dé lo que buscas, diablos, espero que lo hagas, señor, lo espero de todo corazón —aseguró completamente sincera—. Quiero que seas feliz, que encuentres a alguien que te quiera a ti y solo a ti, pero lo que no quiero es perderte, Dain, porque eres mi amigo, porque eres de las pocas personas que ve a través de mí incluso antes de que yo misma me vea y, al contrario que el cabezón de mi Amo, tú escuchas antes de levantar el *flogger*.

Sonrió de soslayo.

—Horus también te escucha, Sophie, nunca levantaría… el *flogger*, como tú dices, si no tuviese una buena razón para hacerlo. —Le cogió la barbilla y se la levantó—. Y cariño, tú le das montones y montones de razones, lo sabes, lo incitas a ello, es lo que buscas porque ese desafío hace que te sientas viva y él lo sabe. ¿Por qué crees que te comparte conmigo? ¿Por qué crees que permite que me una a vuestras escenas? Porque sabe que lo necesitas. El principal cometido de un amo es hacer feliz a su sumisa y, cuando ese dominante ama a su sumisa, se vuelve incluso mucho más importante.

—Le quiero, Dain, no he dejado de amarle en toda mi vida y ya no sé cómo decírselo, no sé cómo hacer que entienda que él es todo lo que necesito, que él es suficiente para mí —murmuró con verdadera desesperación—. Que es el único Dom y hombre que me hace completamente feliz.

—Bueno, princesa, no creo que el llenar el club de unicornios sea precisamente la opción ideal para ello.

Parpadeó como un búho y rio a pesar de las lágrimas.

—¿De verdad crees que yo idearía algo como esto? —Sacudió la cabeza—. No diré que

fui y tampoco diré que no lo fui, soy fiel a mis compañeras sumisas.

Sacudió la cabeza y le peinó el pelo con los dedos.

—A veces solo es necesario decirlo con palabras, Sophie, recordarnos que somos importantes para vosotras —le aconsejó—. Incluso si lo sabemos, escuchar esas dos palabras «te quiero» ya venga de un amigo, de un hermano o de un amante, puede marcar la diferencia.

Le secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—Limítate a volver ahí dentro y decírselo, quizá no te libre del *flogger*, pero sin duda ambos lo disfrutaréis mucho más.

Ella asintió y terminó de secarse las lágrimas.

—Gracias, señor, de verdad, por el consejo y, por todo.

—Estaré aquí siempre para ti, cariño, nada va a cambiar eso, ¿de acuerdo?

Asintió una vez más, se lamió los labios y sorbió por la nariz. Buscaba recuperar su compostura antes de volver a dentro.

—Entonces, ¿ella es la misma chica a la que ayudaste, por la que te hirieron? —preguntó, cambiando hábilmente de tema—. Sé que algo pasó esta noche, Horus desapareció y lo mismo pasó con algunos de los maestros y, cuando volvió… Algo ha pasado. ¿Qué es?

No valía la pena guardar el secreto, no a esas pequeñas sumisas, eran demasiado inteligentes y se preocupaban demasiado por sus amos como para que pasasen por alto sus cambios de ánimo.

—Sí, Faith es la misma chica a la que ayudé esa noche —aceptó y le contó todo lo que había ocurrido, cómo había llegado al club y el motivo que la había traído hasta allí—. Cree que hay mucho más en la muerte de su amiga y se presentó aquí buscando al único que quizá pudiese darle una respuesta.

—No puedo creer que alguien haya suplantado tu identidad, que se haya hecho pasar por ti, utilizar tu nombre. —Sacudió la cabeza—. Y esa pobre chica… Dios, ha tenido que ser un palo enorme para Faith.

Chasqueó y pegó una pequeña patada en el suelo.

—Por eso Horus estaba tan raro, el muy cabrón…

—Kitty…

—Se lo merece, señor.

Sonrió y sacudió la cabeza, con ella no se podía.

—Horus tiene las manos llenas contigo, ¿eh?

—¿Aún te das cuenta de ello ahora?

—No, mascota, lo supe desde el momento en que Damien te ató y te dejó al cuidado de Horus —aseguró con total convicción—. Y me alegro por ello.

—Yo también, Maestro Dain, yo también —aceptó con las mejillas sonrojadas, pensando ya en su hombre.

—Vuelve a dentro y recuérdaselo.

Asintió y se echó a sus brazos, le rodeó el cuello y se pegó contra él para obsequiarle con un tierno y cálido beso.

—Si ella termina siendo la indicada, le daré la bienvenida como mi hermana de cadenas, señor.

—Gracias, mascota.

Negó con la cabeza.

—No, Dain, gracias a ti —asintió y dio un paso atrás—. Te quiero, señor, eres el mejor amigo que podría tener una sumisa.

—Yo también te quiero, polvorilla, venga, ve con tu amo.

—Sí, señor.

Esa pequeña sumisa tenía un corazón que no le cabía en el pecho, pensó viéndola marchar, sin duda era una gran amiga y así la quería, como amiga.

CAPÍTULO 20

¿Podía tener una mujer unas puñeteras agujetas a raíz de una fantástica sesión de sexo? Dos días después, Faith estaba convencida de que sí. Se había pasado gran parte del sábado durmiendo y haraganeando en la cama, solo había abandonado su calor para ir al baño y atender a un insistente detective Knight por teléfono. El hombre había salido fuera de la ciudad ese fin de semana y no volvería hasta el lunes, Lucien se había encargado de ponerle al tanto de su incursión en el club y lo que esta había desatado; alguien estaba suplantando la identidad de Dain Ratcliffe.

Después de la consabida bronca, le había ordenado —estaba por apostar que ese hombre era también un dominante—, que juntase todos los documentos, notas, tarjetas u objetos personales que hubiese dejado su amiga y que creyese podían aportar algo a la investigación. Si bien había puesto la habitación patas arriba y hecho un recorrido general por el resto de la vivienda, no había dado con nada más esclarecedor que lo que ya había encontrado. Ni siquiera en las cosas que le había devuelto la Policía con las pertenencias de Ruth había podido encontrar algo que arrojase luz sobre sus recientes descubrimientos, pero sí había reparado en algo que ni siquiera sabía cómo había podido pasarle por alto; faltaba el teléfono móvil de su amiga.

Aquello era lo que le había comunicado a Damien cuando la llamó de nuevo ese mediodía, anunciándole que había vuelto a la ciudad y que quería verla.

—Acabo de aterrizar, ¿tienes tiempo para vernos esta tarde?

—Tengo varias clases de tarde, no saldré hasta las seis.

—Bien, te veré entonces sobre esa hora.

Había sido tan escueto y rápido al teléfono que no le había dado tiempo a despedirse antes de escuchar el pitido que anunciaba el final de la llamada, pero era sin duda un hombre de palabra, puesto que se había dejado caer por el instituto.

—Señorita Valentine, hay un cacho hombre en el pasillo esperándola.

—¿Un cacho hombre? —Levantó la mirada, divertida por la forma de catalogar al sexo masculino de una de sus alumnas—. ¿Podrías ser un poco más específica, Traicy?

—Es un poli —chasqueó Ramón. El chico hispano entró con sus típicos contoneos, engullido por una chaqueta a la que le sobraban dos tallas y unos pantalones que desafiaban a la gravedad—. Lo he visto alguna que otra vez en el gimnasio Chaser, hablando con el *sensei* Horus o el *sensei* Dain.

Y aquello no era sino otra de esas incómodas coincidencias, pensó Faith, ya que tenía algunos alumnos de diferentes cursos que asistían al gimnasio en el que esos dos eran voluntarios. El lugar se había levantado con ánimo de darle a aquellos chicos de la calle un lugar en el que poder dar rienda suelta a su rabia e inquietudes en un ambiente sano y controlado, enfocando sus necesidades a la defensa personal, el kickboxing e incluso alguna arte marcial. El reverendo John auspiciaba el local, lo que para muchos ya era un sello de que estaban dirigiéndose al lugar correcto.

—¿Está metida en algún problema, profe?

El típico diminutivo con el que se solían dirigir algunos de sus alumnos más jóvenes ahora la hacía dar un respingo, pues no podía dejar de escuchar esa misma palabra en la voz de alguien

que estaba decidido a volverla loca.

—Ya sabe que, si necesita que le echemos una mano, solo tiene que pedirlo. Todos aquí la respetamos, ¿entiende?

—Estoy perfectamente, señor Álvarez, gracias por su preocupación —replicó mirando al chico—. Le aseguro que, en caso de tener algún problema, no sería nada que usted o el resto de mis alumnos pudiesen resolver, pues para eso está la Policía. Su cometido es estudiar, terminar el año y conseguir esa matrícula para mantener la beca para la universidad.

—Sí, profe, créame que es lo único que tengo en mente —insistió el chico con un fuerte acento—. Pero vea, lo que ha pasado con la señorita Vera… No somos tontos, profe. ¿Muerte repentina? ¿Enfermedad? La señorita Ruth estaba tan sana como una manzana y tenía unos pulmones excelentes como mostraba cada vez que nos echaba la bronca si nos pillaba fumando *María* o cualquier otra cosa.

Bueno, desde luego, no era muy inteligente contárselo a ella, pensó, pero optó por mantenerse callada.

—No, profe, algunos sabemos muy bien que la señorita Ruth no era de las que se quedaba de brazos cruzados, si nos pillaba a alguno con esa mierda, nos quitaba hasta las tripas y luego iba a quitárselas a los tipos que las vendían.

—¿Cómo?

El chico chasqueó de nuevo e hizo un gesto con la mano.

—Es un secreto a voces, usted sabe, ahí fuera todos se conocen, siempre hay oídos prestos, un primo, un amigo, alguien que vio algo en alguna parte…

Y aquello era una auténtica novedad para ella.

—¿Está sugiriendo, señor Álvarez, que la señorita Vera se metía en los suburbios en busca de… de…?

El chico miró hacia atrás, comprobó que no venía nadie y se acercó.

—Mire, no sé exactamente cómo lo hacía, ni cómo se enteraba, pero sí que se la vio alguna vez por las calles, ya sabe, y eso puede levantar ampollas en ciertos círculos. —Se restregó la nariz—. Pensamos que lo había dejado.

—¿Pensamos?

Se llevó una mano al pecho.

—La pandilla —dijo como si eso lo explicase todo—. Mire, no nos gusta la poli, vale, pero la señorita Ruth era una buena tía, una profe guay, ¿que alguien venga y nos diga un lunes que se ha pedido unos días por asuntos propios y luego aparezca *muertecita*? No, hombre, eso no se lo traga nadie.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? ¿Cómo es que nadie sabía lo que estaba haciendo Ruth?

—El mundo de ahí fuera es muy chungo, señorita Valentine, ustedes hacen todo lo que pueden para darnos una oportunidad, pero no todo se resuelve en las aulas —respondió encogiéndose de hombros—. Usted me cae bien, no se meta en mierdas que no comprende. No merece la pena.

No podía estar más sorprendida por la advertencia de ese alumno, por lo que implicaban sus palabras y lo que, a todas luces, era un retrato de una persona que, una vez más, no conocía.

¿Quién era realmente Ruth Vera? ¿Y cómo era posible que nadie estuviese enterado de lo que hacía? No, eso no era correcto, rectificó, era ella y, posiblemente el resto de los profesores del claustro, los que no tenían la menor idead de lo que había pasado porque era mucho más fácil centrarse en sus cosas y olvidarse de la mierda de mundo en la que esos chicos vivían día tras

día.

—Maldita sociedad —masculló al tiempo que empezaba a guardar rápidamente sus cosas en el portafolios, se ponía la chaqueta y abandonaba el aula—. Detective Knight, usted y yo tenemos que hablar.

El policía, quién estaba en esos momentos chocando los puños con algunos de los chicos en el pasillo enarcó una ceja ante su tono de voz.

—También me alegro de verte, Faith —le dijo y se volvió a los chicos—. Me alegra veros, tíos, suerte con el partido del sábado, Cliff.

Se obligó a mantener la compostura e ignorar ese tono de voz que hacía que quisiera quitarse el zapato y lanzárselo a la cabeza mientras lo esperaba.

—Tienes buen aspecto, *mascota*.

Si hubiese tenido púas, no le sorprendería si todas se hubiesen puesto de punta al escuchar ese apodo. Si tenía alguna duda al respecto, después de eso ya no le quedaba ninguna duda. Ese hombre pertenecía al gremio de los Dominantes.

—Es señorita Valentine, si no le importa —replicó y optó por conservar los buenos modales—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Sin percances, lo cual ya es bastante —aceptó acompañándola cuando le indicó que la siguiese—. ¿Y usted? ¿Ha vuelto a ponerse la placa de detective y salido a cazar… problemas?

No pudo evitar que se le encendieran las mejillas, sabía que él tenía razones más que suficientes para hablar de ese modo.

—Deduzco que el señor Ratcliffe le ha puesto al corriente sobre lo ocurrido.

—Sí, Dain me hizo un buen resumen…

—Pensé que lo había contactado el señor Lucien.

El hombre sonrió de soslayo.

—Digamos que ambos me dieron su propio reporte.

No preguntes, Faith, no preguntes.

—Bien. He recogido todo lo que he encontrado de Ruth y lo he metido en una caja, incluyendo el diario —le informó—. La fotografía me temo que se la han quedado en el *Blackish* para ver si conseguían contrastar la identidad de ese hombre.

—Sí, estamos en ello.

—La típica respuesta cuando no se tiene respuesta, ¿no?

—Hoy tiene las pilas puestas, ¿eh?

—Pásese toda una mañana y media tarde con unos chicos de entre dieciséis y dieciocho años y luego me cuenta.

—Está haciendo un buen trabajo, profesora Valentine, esos chicos son la prueba.

—Me limito a enseñarles literatura, detective, ese es mi campo.

Ese y los debates en los que a menudo involucraba a los chicos y que sacaban a la luz muchos más temas que nada tenían que ver con los clásicos y sí con la dureza de la vida en las calles y los sueños rotos.

—Y el mío dar con los malos y meterlos entre rejas, quizá quiera tener eso en cuenta la próxima vez que decida investigar por su cuenta —le aseguró deteniéndose ante la puerta de su despacho—. La primera vez, la golpearon y posiblemente le hubiesen hecho algo peor si mi amigo no la hubiese ayudado.

A un costo demasiado alto, pensó y se obligó a deshacerse de sus lamentaciones. Sabía lo que le haría él si seguía pensando en ello, se lo había advertido.

—Y la segunda vez va y se mete de cabeza en un club privado, pretendiendo buscar a un

tipo que podría incluso estar envuelto en la muerte de su amiga.

—Al menos yo hago algo, que es más de lo que he visto que hayan hecho en el último maldito mes.

Los ojos verdes del hombre se entrecerraron y su rostro se endureció. Se tensó al momento, dio un paso atrás y se preparó para lo que seguramente caería sobre ella.

—Ha conseguido lo que quería, señorita Valentine, gracias a esa foto y sus pesquisas, seguiremos indagando.

No le gustaba su tono, era demasiado duro, casi parecía estar pegándole sin levantar una sola mano. Ese hombre era peligroso, muy peligroso, como lo era el propio Dainiel.

—No quería insultarle, Damien, desde luego usted mejor que nadie conocerá su propio trabajo —rectificó—. Es solo que… no puedo creer que esté pasando todo esto. Empiezo a darme cuenta de que no conocía de nada a la mujer con la que compartí piso durante los últimos cinco años. Incluso mis alumnos parecen estar más enterados que yo de los asuntos en los que se movía.

—¿Qué clase de asuntos?

Señaló la puerta, introdujo la llave, abrió y lo invitó a pasar.

—Entre, hay cosas que preferiría tratarlas en privado.

—La sigo, profesora, la sigo.

Damien podía entender la frustración por la que pasaba la mujer, podía incluso admirar que no se hubiese conformado y hubiese decidido seguir investigando, pero lo que no le gustaba un pelo era la manera en que lo había hecho. Esa pequeña locuela era capaz de meterse en la boca del lobo y darle las gracias por cerrar los dientes sobre ella.

El presentarse sin más el pasado viernes en el *Blackish* no era más que una muestra de la valentía o la falta de cordura de esa mujer, había encontrado una foto, un nombre y se había lanzado en busca de respuestas. Casi daba gracias a Dios de que hubiese ido a caer en el club de los maestros y no en cualquier otro lugar, como había ocurrido la primera vez.

Sabía por Lucien que la muñequita había llegado preguntando por Dain y que, después de un par de malos entendidos y de obtener las respuestas necesarias, él se había hecho cargo de ella. Y no le quedaba la menor duda de que clase de tratamiento podía haber utilizado, no después de ver su reacción, mucho más conocedora que la primera vez que estuvieron cara a cara.

Durante los próximos minutos se limitó a repasar con la chica el material que había en la caja, ojeó el diario encontrando en él el típico dietario de una sumisa y escuchó cada una de las conjeturas hasta que hizo mención de la reciente conversación con uno de sus alumnos y, lo más importante de todo, la ausencia del teléfono móvil de la víctima.

—Cuando me entregaron las cosas de Ruth no estaba su teléfono, tampoco lo encontré en casa, de hecho, llamé desde el mío y daba apagado, como llevaba haciendo toda aquella semana después de desaparecer.

—Así que tenemos un teléfono extraviado —tomó nota—. Y, según uno de sus alumnos, la señorita Vera era dada a meterse también en problemas.

—Le confieso que me ha sorprendido tanto o más que a usted, detective.

—A mí ya no me sorprende nada, es lo bueno de mi trabajo, que llega un momento en que prácticamente lo has visto todo.

—Pues no le envidio —resopló ella y bajó la mirada a sus dedos entrelazados sobre el escritorio—. Mire, todo lo que sé es que Ruth no era la clase de mujer que andaría metida en temas de drogas, no era consumidora, de hecho, estaba decidida a que su programa escolar para la prevención funcionase. Quizá no sepa quién era realmente en su vida privada, pero sí sé que era una buena profesora, que se preocupaba por sus alumnos y que haría lo que hiciese necesario para evitar que siguiesen el camino equivocado.

La chica hizo un alto, chasqueó la lengua y levantó la cara, encontrándose con su mirada.

—No sé quién es ese hombre ni porqué ha usurpado la identidad de otra persona, no sé si ella era consciente de eso o no, pero si hay alguien que puede arrojar algo de luz a lo que quiera que haya pasado con ella, es él.

Una mujer valiente y decidida, pensó calibrándola, una sumisa natural que se preocupaba por aquellos a los que quería y por quienes, no le cabía duda, pelearía hasta las últimas consecuencias. Sin duda era la candidata perfecta para Dain y, a juzgar por lo que había escuchado en los últimos días, su encuentro había levantado chispas.

—Y lo principal debería ser el entender qué hacía Ruth en esa habitación de hotel —insistió decidida a dar su opinión—. No es por nada, pero el sueldo de una profesora no da como para permitirse ese tipo de alojamiento.

Y sin embargo había estado alojada allí durante tres días, habiendo pagado la habitación por adelantado, pensó Damien. Tal y como habían mostrado las cámaras de seguridad, había llegado sola, con una pequeña maleta, objeto que tampoco había aparecido. Durante el transcurso de esos tres días había estado entrando y saliendo del hotel, los empleados con los que había interactuado habían hecho hincapié en que se trataba de una persona jovial, educada. Uno de ellos dijo haberla visto discutir con un hombre la mañana de la noche en la que Lucien descubrió su cadáver, se habían despedido de manera airada delante del hotel y ella había subido directamente a su habitación y no había vuelto a bajar. Los datos que podía recordar del individuo podían encajar con la descripción de cualquier tío grande, con el pelo negro y que vistiese un abrigo; sí, sin duda toda una ayuda.

—La verdad, no entiendo que hacía allí.

—Esperemos que lo que haya aquí pueda darnos alguna pista de ello —señaló la caja—. Y mientras eso sucede, quiero que te quedes quietecita, ¿podrás hacerlo?

—No es como si pudiese hacer algo más para ayudar.

—Ya has hecho suficiente, Faith, preferiría que de ahora en adelante me dejases a mí el resto, después de todo, es mi trabajo.

Suspiró de forma larga y profunda.

—De acuerdo —aceptó con palpable resignación—. Pero quiero que me mantenga informada de cualquier avance, por favor. Ella… ella era una buena persona, una buena amiga y quiero… quiero que la verdad de su muerte salga a la luz. Sé que ella no se mató de una sobredosis, me da igual lo que digan unos informes médicos, autopsia o lo que sea, ella nunca sería tan cobarde.

—Si se parecía algo a ti, estoy seguro de que no, nunca elegiría una salida como esa.

Sus palabras parecieron tranquilizarla, se limitó a asentir, entonces pareció recordar algo.

—¿Por qué cree que alguien elegiría el nombre del *maest*… del señor Ratcliffe? —Su traspié la hizo sonrojarse pero fue lo bastante rápida para sobreponerse y corregirse—. ¿Cree que podría ser algo personal?

Curiosa sumisa, pensó divertido. Ese traspié decía mucho, posiblemente más de lo que ella pensaba.

—Tu maestro no tiene la menor idea de quién es él, aunque cree haberlo visto en algún sitio.

—No es mi maestro —replicó casi al instante—. Y sí, eso ya lo dijo, ¿no se sabe nada más?

—¿Por qué no le llamas y se lo preguntas?

Sus mejillas adquirieron incluso más rubor, esa piel chocolate se encendía como una antorcha, algo realmente interesante de ver.

—Olvídelo, no sé ni porqué lo pregunté.

—Porque eres una mujercita encantadora y te preocupas por los demás —replicó al tiempo que se levantaba. Era hora de poner fin a esa conversación y pasar a la siguiente en su lista—. Tienes mi número, si te viene a la cabeza alguna otra cosa, consúltame antes de meterte en otro lío.

—No tiene muy buen concepto de mí, ¿no?

—Al contrario, preciosa, tengo muy buen concepto de ti, solo soy… precavido.

Le guiñó el ojo y la dejó a solas en su despacho, era hora de ponerse a trabajar y descubrir qué demonios estaba pasando en el *Blackish* y con esa mujer que había aparecido muerta, si tenía suerte, quizá pudiese resolver todo rápidamente, si no, tendrían un puñetero asesinato sin resolver en las manos y un asesino que seguiría ahí fuera.

CAPÍTULO 21

—Hacía tiempo que no venías, hijo, ¿cómo estás?

El reverendo John siempre lo recibía con una tetera humeante y unas pastas de canela hechas en casa, daba igual que fuese lunes o jueves, como era el caso, el hombre se las ingeniaba para saber que iba a pasar a saludar y tenía todo listo. Las veces que le había preguntado si era clarividente, se había limitado a señalar a su «jefe» como respuesta a las cosas, una vía con la que Dain no estaba muy en sintonía.

Hoy debería haber ido al club para impartir el seminario de iniciación para sumisas, pero después de los casos que había tenido que atender a lo largo de la semana, no tenía el humor y la paz mental necesaria para la tarea. Todo lo que quería era ir al gimnasio y dar unos cuantos golpes en el saco para sacarse la frustración de encima.

—He tenido un mes un tanto complicado y esta semana ha sido incluso peor.

—Sí, sí, Sophie me habló sobre ello, estaba muy afectada y preocupada por lo ocurrido.

—Lo sé, se encargó de hacérmelo saber alto y claro.

El hombre sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Ella es así, siempre preocupándose por los demás, queriendo ayudar, se parece mucho a su hermano Robert.

—Eso dice Horus.

—Ah, ha sido todo un regalo saber que se han reconciliado después de tanto tiempo, al final las cosas siempre salen como deben salir.

—Si usted lo dice.

—Lo digo, lo digo, ¿no es acaso prueba de ello el que estés ahora aquí y no bajo dos metros de tierra? —Chasqueó la lengua—. Dos puñaladas. Has tenido suerte, mucha suerte.

—Lo crea o no, esta vez no fue cosa mía, reverendo John, me limité a ayudar a la Policía y, en el transcurso de la operación, las cosas se complicaron. —Se llevó la mano al vientre—. Créame, podría haber sido peor si la chica a la que ayudé no me hubiese advertido de los trucos sucios de mis atacantes.

—Eres un buen hombre, hijo, siempre dispuesto a sacrificarte por los demás —reconoció sus méritos—, pero tienes que mirar también por ti y por tu seguridad. No seas temerario, Dainiel, la gente te necesita demasiado como para que sucumbas bajo el filo de una navaja. Desde que llegaste, has hecho mucho bien en la comunidad.

—Me concede más mérito del que tengo, solo soy asistente social.

—Me limito a decir lo que veo, muchacho, nada más y nada menos. —Dio un sorbo a su bebida—. Dios ha tenido a bien escucharme de vez en cuando y me ha enviado las herramientas necesarias para poder llevar adelante mis proyectos, para ayudar a las personas que lo necesitan.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Lo último que veo al mirarme al espejo son alas blancas, reverendo John.

El hombre rio con él.

—Los mensajeros del Altísimo pueden presentarse de diferentes maneras, en muchas de las que ni siquiera somos conscientes. —Se encogió de hombros—. Tú llegaste en el momento adecuado y decidiste hacer algo, otros habrían dado media vuelta para volver a encerrarse en sus casas.

Y ese era sin duda el motivo de que hoy estuviese allí, en ese lugar, tomando el té con ese pastor y no en alguna oficina del centro. De hecho, podría decirse que la culpa era indirectamente de su gemelo, ya que él había sido el que lo había conducido a ese lugar.

Acababa de llegar de Florida, estaba en pleno traslado, instalándose en su nuevo hogar cuando Lucien lo llamó para que fuese a entregar unas cajas a la parroquia de Dumont Ave, en Browsville. Quizás hubiese sido de utilidad que le hubiese avisado también de que los barrios que la conformaban solían ser el centro de diferentes encuentros entre bandas, pero eso acabó descubriéndolo por sí mismo.

Chirrido de neumáticos, el rugido del motor, un coche a toda velocidad, una pandilla de chavales saliendo de un callejón y el pandemónium se desató ante sus ojos mostrándole, una vez más, lo más cruel de una sociedad en decadencia.

Sonidos de disparos, gritos, insultos, réplicas humeantes, un coche que se daba a la fuga… En instantes el asfalto se tiñó de sangre, el saldo de la reyerta contabilizó un muerto y dos heridos. Niños, todos ellos no eran más que chavales en plena juventud, ninguno superaba la edad adulta y se enfrentaban a la muerte como si la vida no significase nada.

Su primer instinto fue ayudar a los heridos, deteniendo la hemorragia de las heridas y pedir ayuda a la Policía. La respuesta de esta no fue todo lo buena que debería, pensó en retrospectiva, solo tras conocer al padre comprendió el porqué.

El Reverendo se personó a los pocos minutos en un destartalado Chevrolet, saltó del vehículo cuando el motor todavía no había terminado de ronronear y al momento se vio rodeado de los supervivientes, chillando, intentando explicarse al tiempo que maldecían a los asesinos.

—Que Dios lo acoja en su gloria. —Le escuchó murmurar, santiguándose ante el cadáver para seguidamente poner sus grandes y oscuras manos envejecidas por el trabajo y el paso de los años sobre el herido que él estaba atendiendo—. Por los clavos de Cristo, Peter, ¿qué necesidad había de terminar así?

—Nos… nos atacaron sin previo aviso… rompieron… rompieron las normas…

—Sabes tan bien como yo que eso no es así —añadió una jovencita, una niña que no podía tener más de doce o trece años y que se había mantenido en todo momento a su lado y sin derramar una sola lágrima—. Se han vengado como dijeron que lo harían por lo de Francis. Ellos lo dijeron.

—Cállate, Lauren.

—Parece que la bala sigue dentro —chasqueó entonces el hombre—. Hay que llevarte al hospital.

—He llamado a la Policía, deberían…

—La Policía rara vez llegan a tiempo, hijo —replicó al momento el reverendo y señaló el coche en el que había llegado.

—No se molestarán en entrar —negó la niña mirándole—. Si no lo lleva el reverendo, se morirá aquí mismo.

—Hay que meterlo en el coche —ordenó el hombre y le indicó la parte inferior del herido —. Cógelo por las piernas, lo levantaremos a la de tres.

Aquel día había conocido al pastor, había visto con sus propios ojos lo que solo había conocido a través de los relatos de su hermano y había tomado la decisión de hacer algo más que quedarse mirando de brazos cruzados.

Su apellido solía abrirle las puertas de todo lo que necesitaba, no era algo de lo que estuviese orgulloso, no quería deberle nada al eminente neurocirujano Charles Ratcliffe, por lo que cuando se presentó en el ayuntamiento a indagar quién se hacía cargo de los servicios

sociales de la zona y descubrió la carencia de infraestructura de esta, se puso manos a la obra. Todavía recordaba el rostro de aquella secretaria, sus intentos de que aceptase otro puesto, uno en una zona más rica y digna de la ciudad, pero para quedarse sentado detrás de un escritorio y ver pasar el tiempo, se habría quedado en Florida.

Lucien lo había acusado de suicida, habían tenido una de las mayores discusiones de su historia, pero al final no le había quedado más remedio que aceptar sus decisiones. Así era como había terminado haciéndose cargo de los servicios sociales de esa zona de Brooklyn, colaborando con el reverendo y formando parte del proyecto de integración juvenil que proyectaba el gimnasio Chaser, que en ese momento empezaba a sacar adelante con la ayuda de Horus.

Habían sido unos años duros, intensos, pero habían merecido la pena, sobre todo una vez que echaba la mirada atrás y veía los resultados.

—El detective Knight se pasó por aquí a principios de semana —le comunicó—. Siguen buscando a las personas que huyeron de la redada, ya le dije que iba a ser difícil que diese con ellos, sobre todo si las ocultaban sus propios familiares.

—Lo sé —aceptó llevándose la mano al vientre—, pero si alguien tiene paciencia infinita es Damien, y también conozco a alguien que carece de ella y ha decidido hacer una *vendetta* personal de su búsqueda.

El hombre sacudió la cabeza.

—Un día de estos conseguirá que lo maten.

—¿Cree que no lo sé? —Y ese era su mayor miedo, el que un día alguien llamase para decirle que el cabeza hueca de Lucien estaba muerto—. Pero si él aguanta mis continuas incursiones en la mier…, en las situaciones difíciles, no me queda más remedio que aguantar las suyas.

Sacudió la cabeza y resopló.

—A veces me dan ganas de emprenderla de nuevo a puñetazos con el mundo, pero luego recuerdo que lo único que consigo es joderme los nudillos. —Bajó la mirada sobre sus manos, sobre los cayos producidos por los golpes.

—Un pensamiento digno de tener en cuenta. Ojalá muchos de los que los utilizan sin pensar tuviesen el ánimo de valorar la poca utilidad que tiene el liarse a golpes.

—No sé, John, a veces viene bien para descargar adrenalina.

—En mis tiempos jóvenes yo mismo di algunos, hijo, pero nada se resuelve con la violencia.

—Y ese es el motivo por el que nos esforzamos cada día en enseñar a esos chicos a canalizar esa ira y enfocarla en el deporte o los estudios —corroboró. Aquella era la labor que llevaban a cabo en el gimnasio—. Dado que Peter ha obtenido una beca para la universidad y que John ha entrado en la federación americana de *Kickboxing*, en la modalidad *Soft-Contact*, no nos está yendo tan mal.

Y ese era uno de los motivos que lo animaba a seguir entrenándoles, enseñándoles no solo los procedimientos del deporte, sino la disciplina que traía consigo, la coordinación y estado mental necesario en una competición que, a fin y al cabo, también les serviría en distintos aspectos de la vida como él mismo había llegado a descubrir.

—Horus y tú habéis caído del cielo para esos chicos, Dain.

Resopló.

—Juraría que nos ven más cómo demonios machacadores, reverendo.

Sin duda sus alumnos sí lo veían así, de hecho, se lo habían dicho en alguna que otra ocasión levantando risas entre los demás y él mismo.

Se dio el lujo de disfrutar de su taza de té y seguir charlando media hora más con el hombre, no tenía prisa alguna por volver a la oficina, posiblemente ni siquiera lo hiciese. Si tenía que llamar de nuevo a ese imbécil del juzgado, terminaría retorciéndole el cuello con sus propias manos y cruzaría la línea, pasándose al bando de Lucien, para tomarse la justicia un poquito más a mano.

No, necesitaba desconectar, la idea de ir al gimnasio y machacar el saco seguía siendo extremadamente buena, eso le permitiría también dormir toda la noche de un tirón y dejar de atormentarse con el menudo y curvilíneo cuerpo de chocolate de Faith. Estaba obsesionado, no había otra forma para describir la absurda necesidad que tenía de verla de nuevo, de acariciarla, atarla y subyugarla hasta que suplicase.

Sí, lo mejor era que se tomase unos momentos para disfrutar de la compañía del hombre y de esa tranquilidad que transmitía y que en cierto modo, lo sosegaba también.

CAPÍTULO 22

—¿Reverendo John? ¿Alguien? Por Dios, quién sea, que venga a ayudarme con estas cajas que no veo ni por dónde voy.

Faith se las ingenió para poner un pie detrás de otro mientras ladeaba la cabeza, estaba segura de que terminaría cogiendo tortícolis, para poder ver por dónde iba. Había aprovechado la tarde que tenía libre para ir a la parroquia y llevar las cajas con la ropa, el calzado y otras prendas que había prometido entregar. Sabía que a Ruth le hubiese gustado que lo hiciese y allí estaba. Lo que no había pensado era en que su pequeño coche no estaba destinado para cargar con tanta mercancía, así que se las había ingeniado para reorganizar las cajas y había metido todo en varias más pequeñas.

—Las escaleras, ¿dónde están las escaleras? —musitó tanteando con el pie una vez vio el borde de estas—. Aquí. Vale. Vamos bien. ¿Reverendo John? ¿Hola?

—¿Faith?

La voz del hombre le llegó desde la parte de atrás de la iglesia, del añadido en el que solían tomar el té y charlar animadamente de las cosas que sucedían a lo largo de la jornada.

—Sí, soy yo —replicó con voz sofocada—. Espero no llegar en mal momento, hoy tenía la tarde libre y, si no traía esto, no sé cuánto tiempo más se quedaría amontonado en un rincón de la habitación.

—Por los clavos de Cristo, niña, ¿es que no sabes coger las cajas de una en una?

—Sí, claro que sé, pero entonces no vaciaría el coche en la vida —replicó con una risita—. ¿Le importaría coger las dos de arriba para que al menos pueda ver por dónde voy?

—¿Hay más en el coche?

—Ajá. —Asintió viendo ahora al hombre de color dirigirse hacia el vehículo aparcado en un lateral, con el portón del maletero abierto mientras las dos cajas más pesadas desaparecían permitiéndole verlo a él—. Ay, madre.

—Interesante forma de saludar, profesora.

Cerró la boca de golpe y se quedó allí, a media escalera, mirando al hombre que tenía frente a ella sin saber que decir.

—Eh… Hola.

—¿Para dónde son? —preguntó Dain señalando su carga.

Parpadeó un par de veces intentando que su cerebro volviese a funcionar, entonces señaló con un dedo, sin despegarlo de la caja que todavía llevaba, hacia el lugar del que parecían haber salido.

—Déjalas junto la estantería, Dainiel, avisaré a la señora Rosa para que venga a buscarlas, ella sabe mejor que nadie a dónde deben ir.

La respuesta del pastor evitó que siguiese allí parada, sin encontrar la voz, mientras que él daba media vuelta y se alejaba con los paquetes dándole una perfecta vista de su parte trasera. Tenía que admitir que los pantalones vaqueros negros le sentaban a las mil maravillas, le hacían un culo de primera y el blanco roto de la camisa que llevaba remangada en los antebrazos le daba un aire mucho más formal aunque no por ello menos atractivo. No pudo evitar lamerse los labios mientras contemplaba esa magnífica espalda y todo el conjunto.

—Estas cajas pesan una tonelada, ¿las has metido tú sola en el coche?

La voz del reverendo John hizo que se sobresaltara, miró hacia atrás y se obligó a asentir.

—Sí, sí, pero las metí de una en una.

El hombre se limitó a hacer un sonido con la garganta y pasó frente a ella acarreando otras dos cajas.

—Pero ¿qué estoy haciendo? —musitó y echó a andar con su carga detrás del reverendo —. No sabía que tenía visita, habría venido más tarde o antes, padre.

—Tonterías, hija, tonterías —chasqueó el hombre—. Dainiel es un viejo amigo o, más bien, el viejo sería yo, me temo.

—¿Y ahora quién es el que dice tonterías, John?

El aludido salió de nuevo de la casa, la miró, le dedicó un guiño y cogió la carga que traía el hombre.

—¿Puedes con esa, Faith?

—Sí, sí. Puedo.

—Oh, sí, es cierto —comentó el hombre al ver que ambos parecían conocerse—. Lo había olvidado, me habías preguntado por Dain hace cosa de un mes.

El aludido enarcó una ceja durante un momento.

—Ah, entonces así llegaste al gimnasio.

—Ella vino preguntando por ti, parece que conocías a Ruth.

—No, en realidad no conocí jamás a la señorita Vera.

—Pero ¿entonces?

—Parece que hay alguien que decidió que el nombre del señor Ratcliffe era atractivo y lo tomó prestado.

—Lo usurpó de hecho.

—Él no era la persona que estaba saliendo con Ruth.

—Ah, ¿pero pensabas que ella tenía una relación con Dainiel?

—Era el nombre que ella me dio.

—Pero no era yo.

—Muchachos, no estoy entendiendo nada.

—Fue una enorme equivocación —replicó Faith con un resoplido—. Increpé al señor Ratcliffe...

—Creí que habíamos quedado en que me llamarías Dain.

—…pensando que sabría dónde estaba Ruth, pero obviamente no era él. —Hizo una mueca—. Y luego, bueno, luego le apuñalaron por mi culpa.

—¿Cómo?

—¿Qué te he dicho sobre eso, profesora?

La advertencia presente en su voz la hizo dar un brinco.

—Perdón, reformularé mi respuesta, le apuñalaron en el mismo lugar en el que me encontraba yo después de que un imbécil me pegase y Dainiel decidiese hacerse el héroe.

—Esa explicación ya me gusta más —replicó el aludido apareciendo de nuevo por la puerta—. ¿Hay más cajas?

Ella se giró hacia el coche y vio que el portón ya estaba cerrado.

—No.

—¿Dónde tienes las llaves?

—En el bolsillo derecho del pantalón.

En vez de quitarle la caja de las manos para que ella pudiese coger las mismas y cerrar el

coche con el mando a distancia, ese maldito hombre se inclinó sobre ella, hundió la mano en su bolsillo tocándole el muslo al hacerlo y las retiró.

—¿Cierre centralizado?

Ella asintió, no podía hacer otra cosa y al momento escuchó el pitido del cierre al dejar puesta la alarma y bloquear todas las puertas.

—Listo. —Solo entonces le cogió la caja de los brazos, le devolvió las llaves y le dio la espalda—. Faith fue víctima de una agresión, me temo, en el mismo lugar en el que se llevó a cabo la redada. Ella evitó que me desangrase.

Sí, justo después de que te apuñalasen por la espalda, pensó, pero se abstuvo de hacer el comentario en voz alta. Apreciaba demasiado su propio pellejo.

—Me parece que te has dejado algunas cosas en el tintero la última vez que viniste, hija —le dijo el reverendo rodeándola con el brazo, invitándola a acompañarle—. ¿Fue en ese lugar dónde fuiste a buscar a Ruth?

Ella asintió lentamente. El reverendo John era su confesor, lo había sido durante muchos años y también era un amigo, alguien con quién siempre podía hablar de cualquier cosa. El hombre había sido misionero y tenía un conocimiento del mundo que a menudo la dejaba asombrada, además, era alguien comprometido con la comunidad y hacía todo lo posible para ayudar a sus feligreses.

—Me temo que sí.

Él suspiró, asintió con la cabeza y no dijo nada más. A veces no hacía falta mencionar otra cosa, pues los sucesos eran bastante dolorosos como para andar recordándolos a cada momento. El padre había oficiado el funeral y la había acompañado después de darle sepultura a su amiga, en su hombro había llorado por la injusticia cometida contra una mujer que tenía toda la vida por delante.

—Al menos ahora la Policía está investigando qué pasó, buscando la verdad —añadió animada por ese hecho—. También están intentando averiguar quién es la persona que ha suplantado la identidad de Dainiel y se ha estado haciendo pasar por él. Además, hace unos días descubrí algo que me ha dejado pensando…

—¿Has vuelto a meterte en problemas?

Levantó la cabeza al momento, detectando en su voz un tono de advertencia y sacudió la cabeza con rapidez.

—No —musitó medio avergonzada medio fastidiada de reaccionar así ante su presencia —. No hice nada, solo fue una conversación que tuve con uno de mis alumnos.

—¿Qué clase de conversación? —se interesó.

—Me dijo que Ruth solía… er… no sé, andar por la calle buscando a los responsables de distribuir las drogas.

—Eso no me sorprende viniendo de ella.

—¿También era de las que se metía en continuos problemas?

—No, era una mujer muy precavida, pero también demasiado comprometida con la causa que quería sacar adelante —contestó el reverendo—. Estaba decidida a que el barrio dejase de ser una zona de trapicheo, quería concienciar a los chicos, que tuviesen el valor de decir no y denunciar esas prácticas. Pero nunca pensé que se metería ella misma en esos bajos fondos.

—Si lo que dijo uno de mis alumnos es verdad, y no tengo motivos para dudar de él, lo hacía, padre, posiblemente lo hubiese estado haciendo desde hacía tiempo.

—¿Le has dicho esto a la Policía?

Sus mejillas se sonrojaron aún más y apartó la mirada.

—No he tenido oportunidad.

—Faith. —La forma en que pronunciaba su nombre le daba escalofríos y no de una mala manera—. Ni se te ocurra ponerte a indagar por tu cuenta, bastante suerte has tenido hasta el momento con todos los líos en los que te has metido.

Se mordió el labio inferior e hizo un puchero involuntario.

—Pero alguien tiene que investigar que…

—No.

—Pero.

—Faith.

—Oh, está bien, está bien. —Se cruzó de brazos—. Pero aunque se lo diga a la Policía, los chicos no hablarán, nadie dirá nada.

—No, puede que a la Policía no, pero a nosotros sí.

Las palabras de Dain hicieron que le diese un salto al corazón.

—¿Me dices que no me tema en líos y vas a meterte tú?

—¿Preocupada por mí, cariño?

—No me llames cariño.

Su respuesta fue sonreír.

—Bueno, ya veo que os lleváis bien —declaró el reverendo con visible diversión—. Dain, ¿otra taza de té? Faith, todavía quedan galletas de canela.

—Sí, gracias.

—En realidad tengo que… —La mirada que le dedicó el hombre fue suficiente advertencia—. De acuerdo, no soy capaz de decirle que no a las galletas de canela.

—Buena chica.

Fulminó al maldito con la mirada y arrastró los pies como un preso que va hacia el patíbulo.

—Me alegra verte de nuevo, profesora.

Su voz, una caricia al oído le provocó un estremecimiento de placer.

—Pues a mí no, ni un poquito.

—Mentirosa.

Su risa la persiguió incluso después de entrar en la acogedora estancia del reverendo y notar el aroma de las deliciosas galletas de canela.

Si aquello no era el karma, no sabía que era, pensó Faith.

CAPÍTULO 23

Dain se lo estaba pasando realmente bien viendo a Faith sonrojarse hasta la punta del pelo, era encantadora en su timidez, esquivando cada uno de sus golpes directos. No le sorprendería verla devolviéndolos en el ring, aunque luego se disculpase por haber golpeado a su rival. Era tan mona cuando hacía esos pucheros y le gustaba descubrir cómo se comportaba delante de otras personas ya que le daba una imagen aproximada de quién era ella realmente.

Qué demonios, estaba totalmente absorto en esa mujer, a pesar de ello no le había pasado por alto la información que había vertido involuntariamente sobre su compañera de piso y la posible cruzada particular que habría llevado a cabo sin que nadie de su círculo fuese consciente de ello. No podía evitar preguntarse qué clase de mujer era, qué clase de sumisa actuaría de esa manera, a escondidas, ocultándose de todo y todos, no lo veía tanto como proteger a aquellos que podía apreciar como el proteger su propio nombre y profesión de lo que pudiesen decir de ella.

Con todo, no iba a quitarle el obvio valor que había demostrado al intentar ponerle remedio a las cosas, pero no había sido realista, el tráfico de drogas siempre existiría, sin importar los golpes que se diesen y lo que mermasen sus efectivos, siempre existiría, especialmente en las redes a pequeña escala, quienes deseasen sacarse unos dólares a cambio de hacer ciertos encargos.

—Mientras haya quién la consuma, siempre habrá quién esté dispuesta a venderla.

Hizo su reflexión en voz alta, atrayendo su atención, esa mirada inocente en sus ojos, la esperanza vacilando.

—Y esa es la desagradable verdad —aceptó el reverendo terminándose su taza de té—. Por eso es necesario inculcar a los jóvenes la necesidad y la seguridad de decir NO, de tener voz y voto en cada una de las elecciones de la vida y que comprendan lo que trae consigo el consumo no solo para ellos, sino para su entorno.

—Es lo que siempre ha intentado inculcar Ruth en sus charlas, en el programa del colegio —aseguró ella con un suspiro.

—¿Sabes sí el centro está dispuesto a seguir con el programa?

—Sí, esa es su intención pero hace falta a alguien que lo lleve y en ese sentido, no es fácil —declaró—. Ruth llevaba su departamento y también el programa, hacía todas esas charlas, recuerdo escuchar cómo ensayaba los discursos que redactaba.

Se le quebró la voz, quizá la chica hubiese mantenido parte de su vida privada en privado, pero Faith la estimaba a pesar de todo y estaba claro que la echaba de menos.

—No hay mucha gente dispuesta a ceder parte de su tiempo para sacar adelante un proyecto de esa envergadura.

—Es una pena —aseguró el reverendo—, estaba haciendo mucho bien en esta comunidad. Incluso una sola persona que la escuchase y se diese cuenta del peligro que supone la drogadicción ya es un gran paso.

—¿Y el ayuntamiento?

Ella lo miró con cara de chiste.

—¿Realmente piensas que alguno de esos esnobs del consistorio se molestaría en aparecer por aquí a menos que fuese para ganar votos?

La mocosa tenía un punto.

—No.

—Pues eso.

Sacudió la cabeza.

—Me gustaría poder hacer algo, algo que mereciese la pena, que hiciese que esta pérdida no haya sido en vano, que haga que otros colectivos tomen conciencia pero no sé ni por dónde empezar —insistió—. Y, teniendo en cuenta que todavía no se sabe lo que pasó, porqué se alojó allí toda una semana o quién la mató...

—Estás convencida de que fue un asesinato.

—Sé que ella nunca caería tan bajo, no después de todo lo que ha luchado.

—¿De dónde venía su interés, ese afán por erradicar el mal de raíz? Suena a que ha tenido una experiencia cercana que puede haberla animado. ¿Sabes sí alguna vez...?

Vio la duda en sus ojos, entonces negó con la cabeza.

—Sé que no tenía familia o eso es lo que siempre decía. —Se encogió de hombros—. Al menos lo que me decía a mí, pero hay demasiadas cosas que pensaba que sabía y que resultaron ser mentiras o haber mucho más.

Y se sentía traicionada por ello, defraudada. Podía verlo en cada una de sus palabras, en sus gestos y también explicaba el porqué era tan reservada consigo misma. No quería que volviesen a herirla de esa manera.

—Supongo que lo más sensato sería esperar a que todo se resolviese antes de hacer nada. —Se encogió de hombros.

—Sí, eso sería lo más sensato —añadió el reverendo—, y me gustaría que optases por ese camino.

Su sonrojo aumentó, sin duda el reverendo la conocía lo suficiente bien como para suponer en lo que podía meterse.

—Haré todo lo posible.

Y eso no era precisamente un *«sí, señor»*.

—Más te vale hacerlo, profesora.

Los ojos marrones cayeron sobre él, entonces apartó ligeramente la mirada, bajándola y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no arrancarla de la silla, sentarla en su regazo y besarla hasta que todo lo que hiciese fuese gemir.

El reverendo se rio llamando su atención.

—Veo que sigues siendo bueno a la hora de juzgar el carácter de la gente.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Es útil en mi trabajo —declaró y miró el reloj—, y eso me recuerda que ya llevo aquí demasiado tiempo. Y ya sabes lo que dicen de las visitas, después de un tiempo...

—Tú hueles bastante bien.

La réplica llegó de Faith y, a juzgar por cómo abrió los ojos y movió los labios, alzando las manos y negando, acababa de poner sus pensamientos en voz alta.

El reverendo rompió en carcajadas y él no pudo menos que reír también.

—Vaya, gracias, Faith, lo tendré en cuenta.

Estaba roja como un tomate e incómoda, así que la azuzó.

—Tú también hueles bien.

La pequeña conejita no sabía dónde meterse.

—Yo... *um*... creo que me iré también. Tengo que pasar por el supermercado y, bueno, tengo cosas que hacer.

—Cuando se está en buena compañía, el tiempo vuela —asintió el hombre poniéndose en pie—. Os agradezco a los dos que hayáis venido de visita.

—Siempre es un placer pasar la tarde con usted, reverendo —le aseguró siguiendo su ejemplo—. Sobre todo por sus galletas.

El hombre resopló divertido.

—Las tendré preparadas para la próxima vez que vengas.

—Sí, sé que lo hará. —Le estrechó la mano y le palmeó el hombro—. Si necesita alguna cosa recuerde que estamos en su gimnasio.

—Ese lugar es de todos, hijo, de todos.

Asintió y dio un paso atrás para que Faith pudiese despedirse.

—Vendré a verle pronto.

—Cuento con ello, niña. —La abrazó. Se notaba que había confianza entre ellos—. Y recuerda, deja a los expertos que hagan su trabajo, tú ya has hecho suficiente.

Sacudió la cabeza.

—No siento que haya hecho nada, padre John, la verdad es que no siento que haya hecho gran cosa.

—Has creído en ella y eso, es lo principal.

A juzgar por la mirada en sus ojos, era exactamente lo que necesitaba escuchar.

Faith se limitó a asentir, le dio un último abrazo y salieron de la acogedora habitación al exterior.

En el transcurso de la tarde la luz había ido desapareciendo paulatinamente para dar paso a los oscuros tonos del atardecer. En breve el alumbrado se encendería dando la bienvenida a la noche.

—Conduce con cuidado.

Los deseos del hombre se convirtieron en un saludo por parte de ella mientras caminaba hacia el coche.

—¿Hace mucho que le conoces?

Se resistía a abandonar su lado.

—A veces creo que toda la vida —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Le conocí hace muchos años, era el confesor de mi madre.

—¿Ya no lo es?

—No sé si el reverendo está metido en lo de los contactos con la otra vida.

—Lo siento.

Sacudió la cabeza.

—No tenías por qué saberlo. —Sonrió y le pareció tan tierna—. Me ha... sorprendido verte.

—Sí, ha sido toda una coincidencia.

Mantuvo la sonrisa, abrió el coche y se apoyó en la puerta.

—Buenas noches.

Asintió.

—Buenas noches, mascota.

Sabía cuándo debía retirarse y, a pesar de que todo le pedía permanecer un rato más con ella, lo sensato sería dejarla e ir a darle unos cuantos puñetazos al saco.

Le dio la espalda y empezó a alejarse solo para detenerse en el último momento.

—¿Faith?

Ella se detuvo también, mirándole a punto de entrar en el coche.

—¿Sí?

—El sábado a las nueve. —La miró a los ojos—. Recuérdalo.

Esos bonitos ojos se abrieron ligeramente, se mordió el labio con ese gesto de indecisión que ya conocía y sacudió la cabeza.

—Estás acostumbrado a ganar siempre, ¿verdad?

No respondió a su pregunta.

—No llegues tarde.

Satisfecho consigo mismo, metió las manos en los bolsillos y continuó calle abajo, le vendría bien caminar un rato para bajar la erección que le abultaba el pantalón.

CAPÍTULO 24

Cuando por fin consiguió meter la llave en la cerradura de su puerta, Faith estaba exhausta. No se había percatado hasta ese momento que el estar pendiente en todo momento de un hombre era tan agotador. Había sido incapaz de relajarse, no por completo, en presencia de Dain. Lo último que esperaba era encontrarse con él justo allí, en casa del reverendo. Sabía que se conocían, puesto que había acudido al padre John para descubrir dónde encontrarle, pero no se le ocurrió pensar que tuviesen una relación tan cercana.

Dainiel no era sólo uno de los monitores del gimnasio, parecía ser mucho más y no podía negar que sentía curiosidad por saber qué tanto más.

Sabía que trabajaba como asistente social, empleo que le había sorprendido bastante, casi tanto como verlo vestido de calle. Seguía estando buenísimo se pusiese lo que se pusiese.

—Faith, tienes un enorme, pero que enorme problema.

Sacudió la cabeza, giró la llave y entró. Llevó la mano de forma automática hacia la llave de la luz y se quedó inmóvil al darse cuenta de que esta ya estaba encendida.

—¿No la apagué antes de irme?

Lo cierto era que había salido tan deprisa después de cargar las cajas que no le sorprendía haberse olvidado.

Chasqueó la lengua, cerró la puerta tras de sí, dejó las llaves en el tarro de la entrada, el bolso en el perchero y se descalzó de camino al salón.

—Ya verás cuando llegue la factura de la electricidad, ya verás.

Se llevó las manos al abrigo y empezó a desabrochar los botones, se deshizo de las capas de ropa y lo dejó sobre la silla más cercana antes de verse sofocada por una mano en la boca y restringida contra un cuerpo enorme. Su instinto la llevó a gritar y revolverse como una gata.

—No grites.

Dos palabras pronunciadas con una fuerza que nada tenía que ver con los gritos, pero que tenía el mismo efecto, la paralizaron. El miedo se filtró en su mente y la bilis subió a su garganta cuando notó algo duro apretándose contra su estómago. No tuvo el valor para bajar la mirada, tampoco para moverse.

—No te haré daño, Faith.

Dios, su voz le provocaba escalofríos, la dureza de su mano contra la boca la sofocaba y los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

Dios mío, ¿quién había entrado en su casa? ¿Quién había profanado su hogar? ¿Y cómo mierda sabía su nombre?

—Eres Faith, ¿verdad?

Intentó asentir con la cabeza, sus ojos se aventuraron a echar un vistazo pero sólo pudo ver su silueta de reojo.

—Necesito que te quedes muy quieta Faith. —Le dijo al oído provocándole un estremecimiento y nuevas náuseas—. Voy a retirar mi mano. No grites.

La presión empezó a desaparecer y poco a poco esa mano dejó su boca.

—Eso es, buena chica.

Sus palabras le provocaron una nueva punzada.

—No te muevas, por favor.

Se quedó inmóvil, mirando al frente, temblando.

—Sé que Ruth te ha hablado de mí —le dijo sorprendiéndola aún más—. Soy Dain Ratcliffe.

Ante tal declaración toda la sangre huyó de su rostro. Este no era Dain, no era el hombre con el que acababa de pasar la tarde, no era el amo que le había obsequiado con la mejor noche de su vida y con quién deseaba volver a estar.

—Voy a soltarte —le informó—. Te aseguro que no quiero hacerte daño, sólo necesito algunas respuestas.

De nuevo aquella última parte en contacto con su cuerpo se relajó y el brazo que la retenía empezó a dejarla ir.

Se movió como un relámpago, se apartó de él y se alejó lo suficiente para salir de su alcance. Lo miró y no pudo evitar sentir que se quedaba sin aire al reconocer en el individuo que estaba ante ella el hombre que aparecía en la fotografía de Ruth.

Levantó los brazos, las palmas hacia arriba y retrocedió aún más, chocando con uno de los muebles.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado?

—Me llamó Dain.

Sacudió la cabeza y no pudo evitar alzar la voz.

—¡Usted no es Dainiel! ¡Mentiroso!

La mirada en los ojos del hombre la hizo apretarse aún más contra el mueble, miró la puerta, pero él pareció leer sus intenciones porque le cortó la salida.

—Escúchame...

—No. —Negó rápidamente—. ¿Qué le hiciste? ¿Qué le hiciste a Ruth? Asesino...

Sus palabras parecieron noquearle, avanzó, le aferró los antebrazos y tiró de ella con fuerza contra él.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está Ruth? —La zarandeó haciendo que se bambolease su cabeza—. Su cuarto está vacío, no está su ropa, ¿Dónde está mi mujer?

Se puso a gritar, aterrada, intentó pegarle, luchó con todo lo que tenía sin escuchar nada de sus intentos por dominarla.

—Faith, quieta, basta. —La zarandeó de nuevo con tanta fuerza que se golpeó la cabeza contra el mueble—. Joder. Niña, por Dios, para. No quiero hacerte daño.

—La mataste, asesino, tú la mataste. —Se echó a llorar, levantó los brazos y se protegió a sí misma—. Has matado a Ruth.

Las manos que la retenían se apartaron de ella, escuchó algo parecido a un par de jadeos y algo cayendo al suelo rompiéndose en pedazos.

—Qué... ¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde está mi mujer?

Se arrastró hacia atrás, buscando apartarse el pelo de la cara, necesitando ver lo que pasaba y lo que vio la sorprendió a pesar de todo.

—¡Dímelo tú! ¿Por qué lo hiciste? ¡La mataste!

Estaba anonadado, mirándola como si fuese un bicho raro.

—No, pero ¿qué dices? —Negaba—. Ruth no puede... ella no, Ruth no está...

—Muerta —musitó sin poder decir otra cosa—. Tú... ella... ella se fue contigo y... la mataste, ella está... está muerta.

Él empezó a negar, su rostro mudo y se volvió incluso más oscuro, abandonó su

inmovilidad y se abalanzó sobre ella. Faith volvió a gritar, levantó los brazos e intentó alejarlo.

—No me toques, déjame, ¡déjame!

—¿De dónde has sacado eso? ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde está? ¡Contéstame!

—¡Está muerta! —Gritó a pleno pulmón—. ¡Apareció muerta en un hotel! ¡Dijeron que era una sobredosis! ¡Pero tú la mataste! ¡Tú la mataste! ¡Eres un farsante! ¡No eres Dain! ¡No eres Dain! ¡Mentiroso!

Se revolvió como una gata, le pegó con los puños, las piernas hasta que él la soltó, retrocediendo a trompicones, negando con la cabeza, su rostro una máscara de incomprensión y negación.

—No, no es verdad, no puede ser... No...

—¡Tú tienes la culpa! ¡Le mentiste! ¿Qué le hiciste? ¡Qué le hiciste!

El hombre siguió negando, tropezó de nuevo y retrocedió, se pasó las manos por el pelo, mesándoselo y negó con la cabeza.

—No, no pueden... por Dios, ella no...

Retrocedió de nuevo y volvió a tropezar, tirando cosas a su paso hasta que escuchó la puerta principal abriéndose. Faith no sabía de dónde sacó las fuerzas, se levantó a trompicones, tropezando con sus propios pies, trastabillando una y otra vez hasta alcanzar la puerta. Lo vio renquear por el pasillo, aferrándose la cintura con un brazo, cerró la puerta, echó el pestillo y se abalanzó sobre el bolso. Le temblaban tanto las manos que tiró con el perchero en sus prisas, lo vació en el suelo y prácticamente golpeó el móvil haciéndolo resbalar por la alfombra.

Lo recuperó entre lloros y jadeos, luchó con las lágrimas y buscó en el listín telefónico. Activó la llamada y se lo llevó a la oreja. Miró la puerta y se puso a temblar de nuevo.

—¿Señorita Valentine?

El sonido de la voz del detective Knight fue como una bala de cañón a través del teléfono, rompiendo sus defensas, haciéndola todavía más consciente de lo que acababa de pasar.

—¿Faith?

—Ha estado aquí —logró balbucear—, ha... ha estado aquí... estaba... estaba dentro...

—¿Quién? ¿Dónde estás?

Su voz sonó firme, una llamada de atención.

—En casa.

—¿Hay alguien contigo?

Sacudió la cabeza.

—Damien, él estuvo aquí... la buscaba a ella.

—Faith, escúchame. —Su tono de voz cambió, se hizo más profundo y demandante—. Necesito que me digas si hay alguien contigo. ¿Te ha hecho algo? ¿Estás herida?

—No, no. —Miró a su alrededor por inercia y luego a la puerta que seguía cerrada, con el seguro pasado—. Él se... se ha ido y… estoy, estoy bien… No, no me hizo… daño… no… solo… estoy… asustada.

—De acuerdo, *mascota*, vamos para allá. —Le informó y escuchó ruido de fondo—. Voy a enviar a un poli amigo mío que está en la zona. Su nombre es Logan Cooper. No abras la puerta a nadie hasta que él llegue.

Rompió a llorar de nuevo, no quería quedarse allí sola.

—Damien, date prisa, por favor.

A pesar de las veces que le había pedido que la llamase por su nombre, de que él lo hacía, tenía la necesidad de mantener las distancias, ahora esa barrera parecía haberse esfumado bajo el peso de lo ocurrido.

—Estoy saliendo, pequeña. —La tranquilizó, entonces escuchó su voz un poco más lejana, dando órdenes—. Llama a Logan, que se presente inmediatamente en el 136 E de NY Ave. Dile que es la chica de Dain y que vaya armado.

—Sí, señor.

—Faith, Logan estará ahí enseguida.

—No sé quién es Logan —gimió—. Ven tú, por favor. Ese hombre estaba en mi casa, estaba dentro.

—Logan llegará antes, nena, vive en tu distrito —insistió mientras se movía, los sonidos cambiaron, parecía salir de un edificio hacia la calle—. Llamará y te dará su nombre. Quiero que le abras, ¿de acuerdo?

Asintió.

—¿Faith?

—Sí.

—Bien, mantente al teléfono, nena, ya vamos de camino.

—El detective Cooper está de camino, cinco minutos —escuchó por atrás.

—Nena, cinco minutos y tienes ahí a los refuerzos.

Miró una vez más a su alrededor, sacudió la cabeza y aferró con más fuerza el teléfono.

—Él estuvo aquí, el hombre de la foto. Dijo que se llamaba como él, pero no lo es, no es Dainiel.

—Está bien, Faith, lo sabemos, daremos con él. —La calmó con su voz, la estabilidad que escuchaba en sus palabras era relajante—. No volverá a acercarse a ti.

—La… la buscaba a ella, la buscaba a ella…

Temblaba como una hoja, alguien había entrado en su casa, había penetrado en su hogar, rompiendo con su seguridad e invadiendo su espacio.

Las lágrimas volvieron a sus ojos, se levantó tambaleante y empezó a temblar de nuevo.

—¿Faith? ¿Sigues conmigo, nena?

Se aferró de nuevo al teléfono.

—Estaba dentro, la luz estaba encendida y… estaba dentro —gimió desesperada—. Entró en mi casa. La puerta estaba cerrada, pero me esperaba en casa.

Escuchó el claxon de un coche, así como el chirrido de las ruedas seguido de más cláxones.

—Está bien, pequeña, quédate dónde estás —insistió con esa tranquilidad que contribuía a mantener su histeria bajo control—. Estamos de camino. Ahora, cuéntame exactamente qué es lo que sucedió desde el principio.

Asintió de nuevo para sí y empezó a relatar lo que había ocurrido con toda la precisión de la que era capaz.

—Y… se puso como loco, cuando le dije que Ruth… que estaba muerta, que la había matado. Él no lo creía, se puso como loco…

Una insistente llamada a la puerta la hizo dar un respingo.

—¿Señorita Valentine? ¿Faith? Soy Logan Cooper.

Apretó el teléfono.

—Logan está aquí —Le informó al auricular.

—Bien, ábrele nena, él se quedará contigo hasta que lleguemos.

—¿Faith? —insistió la voz.

—¿Cómo sé que es realmente él?

—Porque ahora mismo es el único tío con ese nombre, acento canadiense y más de uno

ochenta y cinco que estará en tu puerta, llamándote por tu nombre y presentándose con el suyo. —La respuesta fue tan irónica que la hizo resoplar—. Ábrele, es de los buenos.

—Faith, ¿estás ahí dentro?

Se mordió el labio inferior y se acercó a la puerta, corrió el pestillo y la abrió lentamente, comprobando que él era quién decía ser. La descripción encajaba, su acento era inconfundible.

—¿Detective Cooper?

—El mismo, cariño. —Señaló el teléfono—. ¿Es Damien?

Ella asintió.

—¿Me dejas entrar?

Asintió de nuevo y abrió la puerta por completo, dando un paso atrás. El recién llegado era impresionante.

—Damien, soy Logan, ya estoy aquí.

La respuesta llegó del auricular y optó por cedérselo al poli.

—Sí, lo comprobaré por si acaso, de acuerdo. —Colgó y le devolvió el teléfono, cerrando de nuevo tras él—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

No pudo evitar echarse hacia atrás en el mismo instante en que esas manos se acercaron a ella, por suerte, el hombre reaccionó al momento, bajándolas y adoptando una aproximación más sutil.

—De acuerdo, pequeña, te has llevado un buen susto, lo sé —aseguró con voz suave, invitante—. Pero ya ha pasado todo. Él ha salido corriendo como la rata que es y lo atraparemos.

Gesticuló con el pulgar por encima del hombro.

—Necesito comprobar que todas las ventanas están cerradas y que no ha dejado ninguna sorpresita, ¿de acuerdo?

Se estremeció y dio de inmediato un paso hacia él.

—No me dejes sola.

Los ojos del policía se suavizaron, sonrió con suavidad y le tendió la mano.

—No voy a hacerlo. Nadie atravesará esa puerta si no es con mi visto bueno, ¿de acuerdo?

Se lamió los labios y asintió. Se llevó la mano a la cabeza e hizo una mueca que al poli no se le escapó.

—¿Estás bien?

—Sí, me… me golpeé en la cabeza, creo —musitó y miró de nuevo hacia el interior de su hogar—. Él… él entró en mi casa, la puerta estaba cerrada y… estaba en el salón, me esperaba en el salón.

Se estremeció y se abrazó a sí misma.

—Dijo que era Dainiel, pero no lo es, es el hombre de la foto, ese maldito hombre. —Se mesó el pelo con las manos—. ¿Por qué miente? Él no es el amo Dain, no lo es.

—Está bien, nena, está bien.

Antes de saber lo que ocurría se encontró envuelta en unos brazos, al calor de un cuerpo que exudaba seguridad, el miedo volvió con fuerza y se echó a llorar, aferrándose al Policía.

—Lo sé, tesoro, estás asustada, lo sé.

No, la palabra asustada no hacía justicia a lo que sentía ahora mismo, a la indefensión en la que se había encontrado y la rabia que le suponía toda aquella situación.

CAPÍTULO 25

—¿Has llegado en coche o avión?

Dain ignoró el comentario de Logan, el cual parecía estar esperándole a juzgar por su presencia en el exterior de la oficina.

—¿Dónde está?

—Damien le está tomando declaración. —Señaló la sala acristalada a sus espaldas.

Faith estaba sentada en una silla, su menuda figura engullida por una chaqueta de la Policía, el pelo negro cayéndole sobre los hombros y agitándose al compás de sus movimientos.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo ha podido acceder a su vivienda?

Logan se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—No forzaron la puerta, la ventana de la cocina que da a la escalera de incendios estaba cerrada, de hecho, todo estaba en su lugar a excepción de la habitación que, presumo, era la de la chica que apareció muerta —resumió—. Ha tenido que entrar con una llave, probablemente las de la propia fallecida.

Apretó los dientes y luchó con la rabia que le había retorcido las tripas desde el momento en que el poli lo llamó. Había estado en el gimnasio, terminando la clase de ese jueves cuando uno de los alumnos de Horus interrumpió las prácticas para avisarle de que tenía una llamada urgente.

Faith había sido asaltada por alguien que decía ser él en su propia casa.

La noticia lo había noqueado al punto de tener que pedirle que repitiese lo que acababa de decirle, sencillamente no podía procesar el que a la chica le hubiese pasado algo, no cuando había estado con ella hacía tan solo unas horas. En pocas palabras lo había puesto al corriente de lo ocurrido, tenía que ir a comisaría para declarar así mismo que él no tenía nada que ver. Una mierda infinita pero así era la ley.

Aún si no hubiese tenido que personarse él también en la Policía habría estado allí, la idea de que algo le pasase a esa mujer le revolvía las tripas. No toleraba que se ejerciese violencia contra ninguna mujer y, que alguien se hubiese atrevido a tocarla, a amedrentarla, hacía que quisiese encontrar él mismo a ese hijo de puta que se hacía pasar por él y noquearlo.

—¿Qué quería? ¿A qué vino? —preguntó intentando mantener la cabeza fría y actuar con lógica, su mirada no dejaba de deslizarse de su amigo a la mujer que había dentro de la oficina, incluso Damien se había percatado de su presencia solo para decirle que no con la cabeza. Si entraba, le pegaría una patada en el culo.

—Faith dice que preguntó por Ruth Vera, que hizo hincapié en que quería saber dónde estaba *«su mujer»*. —Resumió lo que sabía hasta el momento—. Y cuando la chica lo increpó y le dijo que estaba muerta… Ella cree que incluso pareció sorprendido, casi noqueado, como si no lo supiese. De hecho, negó esa posibilidad.

Frunció el ceño.

—Esto empieza a complicarse cada vez más.

El policía asintió, echó un vistazo al reloj y luego al interior de la oficina.

—Lleva con ella casi una hora, tu pequeña mascota es una chica fuerte.

—No, puede fingir que todo va bien, pero mírala. —Indicó lo que posiblemente solo

Logan, como Dom, también podría apreciar—. Está tensa, encogida sobre la silla y esa forma de ladear la cabeza, quiere salir huyendo.

—Ahora veo a qué se refería Damien —resopló con una especie de risa.

—¿Y eso sería?

—Que ya has encontrado sumisa —aseguró con una amplia sonrisa—. No me mires así, yo estuve en esa posición antes que tú, demonios, todavía lo estoy. Sio es capaz de hacerme perder la cabeza a la menor oportunidad.

—Das por sentado demasiadas cosas, ambos las dais.

—Bueno, yo no soy el que ha batido el récord de *Flash* para plantarse en comisaría. —Se encogió de hombros—. Te mandaré las multas al club.

Optó por ignorarle y volvió a centrarse en el motivo de su presencia allí.

—¿Le ha hecho daño?

—No tiene lesiones de consideración —aceptó adoptando un tono más serio—. Parece que se golpeó en la cabeza cuando él la agarró y ella luchó por soltarse.

Lo fulminó con la mirada, aquello no se lo había dicho.

—¿Dijiste…?

—Dije que no tiene lesiones de consideración —insistió tranquilizándolo—. Según su declaración, la cogió de los brazos, forcejearon y en eso quedó todo. Parece que se ha golpeado en la cabeza en uno de esos zarandeos, pero ya la ha visto el médico y tenemos el parte de lesiones para presentar con la denuncia.

—Maldita sea, Logan, quiero saber quién coño es ese tío y sobre todo, por qué demonios está utilizando mi nombre.

—Tengo la lista de socios del *Blackish* y los registros de las entradas de los últimos cuatro meses en mi mesa. —Lo tranquilizó—. Sabes tan bien como yo que esa lista de nombres es confidencial, debemos proceder con cuidado para preservar a los integrantes del club.

—Esa escoria no merece protección alguna, maldita sea.

—Tío, créeme, soy el primero en querer tener a ese hijo de puta en mis manos —le aseguró—. Se ha creado un perímetro alrededor del edificio y se lo está buscando, pero ya sabes que las cosas no se solucionan de un momento para otro.

Masculló algo y volvió a mirar hacia la sala. Faith ahora gesticulaba con las manos mientras Damien levantaba las palmas como si quisiera tranquilizarla.

—Si necesitas una maldita declaración para saber dónde estuve toda la puta tarde, el reverendo John e incluso Faith, pueden decirte que estuvimos juntos hasta casi las ocho, entonces me fui directo al gimnasio. Horus estaba allí, mis alumnos estaban allí, estuve entrenando y luego dando clases hasta que tú llamaste —le soltó girándose hacia él—. ¿Es suficiente?

Logan hizo una mueca.

—Dain, ella ya ha dicho que no eras tú, es solo… Mierda, tú sabes mejor que nadie como funciona esta estúpida burocracia.

—Lo sé —asintió y volvió a mirar hacia el cristal de la oficina para ver a Damien llamándole con señas.

No esperó, esquivó al poli y entró en la oficina a tiempo de escuchar las últimas palabras de Faith.

—Venía buscando a Ruth y pronunció mi nombre, Damien, ese hombre, quién quiera que sea, sabía quién era yo —gimió con voz desesperada—. ¿Cómo voy a quedarme tranquila? ¡Entró en mi casa! ¡Podría entrar de nuevo!

—Motivo por el cual no vas a volver allí.

La pequeña morena se giró en la silla, sus enrojecidos ojos marrones se abrieron de par en par al verle, vio como sus labios componían su nombre y su rostro se congestionaba de nuevo al llorar.

—Dainiel… Dijo que eras tú, se presentó con tu nombre pero…

—Está bien, dulzura, ambos sabemos que no era yo.

El dulce aroma femenino impactó contra su nariz con el mismo ímpetu que lo hizo ese menudo cuerpo. Temblaba como una hoja mientras se abrazaba a él, enterrando la cara en su pecho, ahogando unos desgarradores sollozos.

—Estaba en mi casa, estaba esperándome en mi propia casa.

—Shh, ya pasó todo. —La abrazó, no quería ni podía hacer otra cosa. Le acarició el pelo y la apretó contra él dejando que las lágrimas le empapasen la cazadora—. No vas a volver allí, no se acercará a ti.

—Preguntó por Ruth —murmuró y levantó la cabeza, para mirarle—. No sabía que estaba muerta, se sorprendió tanto… él no lo sabía.

Asintió y levantó la cabeza, buscando a Damien, quién se había reunido con Logan en la puerta.

—¿Has terminado?

—Con ella sí, solo falta que firme la declaración —aceptó el detective—. Y creo que ya es hora de que pongas una denuncia firme contra el imbécil que se está haciendo pasar por ti. Faith te conoce, pero si ese individuo sigue utilizando tu nombre y comete algún delito…

—¿Tienes ya alguna idea de quién coño es?

—Todo lo que sé hasta el momento es que no está fichado —resopló—. Su rostro no está en la base de datos de la Policía.

—¿Y su nombre no aparece en la maldita lista de asistencia del club? —Se exasperó—. ¿Quién fue el socio que lo invitó?

—Lucien dijo haberla visto con Blake, fue socio del club hasta hace unos meses en el que lo dejó debido a un traslado por trabajo. Está intentando dar con él para ver si sabe quién es ese tipo. —Les informó señaló a Logan y luego a él—. Horus ha enviado un email conjunto a todos los miembros listados con la imagen del hombre al que estamos buscando por si alguno lo reconoce, pero hasta el momento solo han respondido un puñado de los inscritos y nadie sabe quién es.

—Joder, ¿cómo puede alguien pasar tiempo en el *Blackish* y que nadie recuerde siquiera haberlo visto?

—¿Acaso tú eres capaz de recordar a todos y cada uno de los hombres que estuvieron presentes la última vez que estuviste en el club? —añadió Logan—. Y no me refiero a nuestro círculo, que obviamente, todos nos conocemos, sino a las parejas que van y viene, a esos Doms que llegan y se van, a las sumisas…

—Lo tengo, Logan, lo tengo…

No, era imposible recordar cada uno de los rostros. La mayoría de las veces solían centrarse en otras cosas, en personas que destacaban por encima de las demás o en aquello que ocupaba sus mentes, como era Faith en su propio caso.

—Hablaré con Lucien, necesitamos dar con ese tal Blake.

—¿Sabrá él que Ruth está muerta?

La pregunta, pronunciada en apenas un hilo de voz, hizo que los tres se volviesen hacia ella.

—Se sorprendió de que hubiese muerto, la llamó… *mi mujer*, lo hizo con mucha

insistencia. —Faith se lamió los labios—. ¿Y si ese hombre al que ella se refería como *«mi maestro»* tampoco sabe lo que le pasó?

—Alguien fue a verla ese día en el hotel, la pregunta es, ¿quién?

Faith se estremeció de nuevo.

—¿Por qué está pasando todo esto? ¿Por qué? Solo somos profesoras de instituto, nada más…

—¿Necesitas mi declaración ahora mismo? —preguntó Dain mirando a Damien.

—Preferiría dejar esto listo hoy, sí.

—¿Faith?

Ella asintió.

—Estoy bien…

—Y una mierda que lo estás —gruñó, entonces le cogió la barbilla y se la levantó—. Vas a venirte conmigo a casa.

—No hace falta, puedo irme a un hotel por esta noche y mañana pediré que cambien las cerraduras…

Lo dijo con tan poca convicción que los tres hombres resoplaron al mismo tiempo.

—Me sentiría mucho mejor si te quedas en casa de alguien, Faith —declaró Damien y lo señaló—. Y dado que tu Dom está aquí.

—Él no es mi Dom.

—Sí, claro… —añadió Logan, entonces la arrancó de sus brazos—. Mientras Dain declara, necesito que firmes la denuncia. Después, podrás irte a casa con él y descansar, que es lo que necesitas ahora mismo.

Ella lo miró con tal recelo que estuvo a punto de sonreír.

—Ve con Logan, mascota, solo será un momento.

Los ojos marrones cayeron sobre él y sus labios se fruncieron de nuevo en ese mohín que ya empezaba a conocer.

—Pero qué manía tenéis todos de llamarme *mascota*. —Protestó al tiempo que enrojecían sus mejillas—. Soy Faith, *Fe-izh*, no es tan difícil de pronunciar.

—Cuando antes terminemos, antes podrás llevártela.

—Pues hagámoslo de una maldita vez.

Sin más, acompañó de nuevo a Damien a la oficina y dio su declaración, dejando claro dónde había estado aquella tarde y dejando constancia así mismo de la denuncia contra la persona que había usurpado su identidad.

CAPÍTULO 26

Los hombres eran hombres aquí y en la luna, pensó Faith, daba igual que estuviesen más buenos que el pan, que fuesen grandes maestros en el sexo, al final del día el fregadero estaba lleno de platos, vasos y demás cosas imaginables por lavar y el de Dain lo proclamaba a gritos.

—¿Mucho trabajo?

Él siguió su mirada e hizo una mueca, juraría que incluso pareció avergonzarse aunque se repuso con extrema rapidez.

—No esperaba visitas.

—Una excusa muy ingeniosa, sin duda.

—Soy un hombre soltero, la fama me precede.

—No lo estás arreglando…

Se la quedó mirando y sonrió de esa forma que hacía que se le acelerase el corazón.

—Soy un desastre para las tareas domésticas, pero te prometo que la mayor parte de las veces esto no parece un basurero.

Mirando las cajas de comida china y pizza que había apiladas a un lado de la mesa, le costaba creerlo.

—Um… supongo que tendré que confiar en tu palabra.

—Si esto te escandaliza, no entres en mi dormitorio…

Giró la cabeza hacia él y al ver cómo la miraba se sonrojó y bajó los ojos.

—No me estaba invitando a ello.

El silencio pareció caer en la habitación como una pesada sábana.

—Te estoy poniendo incómoda —comentó dando voz a un hecho que no podía pasarle desapercibido—, y estás cansada, demasiado como para lidiar con ello. ¿Has llegado a cenar algo?

Negó con la cabeza, apenas había tenido tiempo de poner las llaves en su lugar, dejar el bolso y el abrigo y…

—Faith.

Su voz la arrancó al momento de ese lugar, de los acontecimientos de hacía unas horas.

—No, apenas entraba en casa cuando… ocurrió.

—Te atacaron, dulzura, eso es lo que ocurrió.

Se llevó la mano al estómago, sintiendo que las náuseas que la habían acechado en la comisaría volvían. Ninguno de los presentes la había dejado irse a un hotel, las opciones eran pocas y cada cual más incómoda. A Damien, si bien lo conocía un poco más que a Logan, no era alguien con quien quisiese estar a solas, el policía le había dicho que podía quedarse en su casa, su mujer vivía con él y con su otro amo, lo que ya de por sí fue un *shock* escuchar, así que la única opción que le quedaba, y la más apetecible, era aceptar irse con Dain.

—Estoy bien.

—No me mientas, Faith y, por encima de todo, no te engañes a ti misma —resopló poniendo freno a su educada respuesta—. Estás asustada y es lo normal, me preocuparía si no lo estuvieses y actuases como si no hubiese pasado nada.

Tenía razón, no podía negarle eso. Ella misma había visto ese estado de negación en sus chicos y les había animado a decir siempre la verdad, por muy difícil que fuese a veces

afrontarla.

—Intento ser una buena invitada.

Su respuesta fue resoplar de nuevo, sonriéndose por sus palabras.

—Prefiero que seas tú misma, ¿crees que podrás hacerlo?

—No debería costarme mucho.

—Estupendo —asintió y señaló el pasillo que comunicaba la cocina con la puerta principal y el resto de la casa—. Me temo que la habitación de invitados es en realidad el almacén de los trastos de mi hermano. Hay cajas por todos lados, tendrás que darme unos minutos para adecentarla.

No pudo evitar sonreír a pesar de todo, su incomodidad era palpable y también cómica. Este era un lado de él que no conocía, uno mucho más humano, con el que sí podía lidiar.

—Está bien, Dain, agua y jabón, ese suele ser el truco para todo —aseguró sintiéndose un poco más tranquila—. ¿Quieres que te ayude? Puedo encargarme de recoger y limpiar la cocina mientras tú te ocupas de las cajas.

—No te traje para que limpies mis desastres, Faith.

—En cambio tú pareces estar sacándome siempre de los míos —replicó con una mueca—. Y es incómodo no poder devolverte el favor.

—¿Te sentirías mejor si te dejo lavar los platos?

—Sería un comienzo…

—Supongo que eso evitará que me avergüence más enseñándote la casa con la ropa tirada por el suelo, la bolsa de deportes en medio del pasillo y los calcetines sucios en cualquier lado menos dentro del cubo de la lavadora —respondió, pero era más bien una valoración para sí mismo—. Sí, mujer, tú quédate en la cocina.

No pudo evitarlo, el comentario la hizo reír.

—Eso ha sonado muy machista.

Le guiñó el ojo.

—Mientras tú te entretienes aquí, adecentaré la habitación de invitados —repartió las tareas—. Al menos sacaré de delante las cajas y los juguetitos de Lucien.

—¿Él vive aquí?

—Por encima de mi cadáver —replicó con un sofocado gruñido y señaló el pasillo—. Estoy justo al final de ese corredor, dejaré la puerta abierta. Si me necesitas, solo tienes que llamarme o venir a mí.

Siguió su mirada y asintió.

—Gracias.

—¿Por dejar que me friegues los platos? —Se burló—. No sé, Faith, creo que eso debería agradecértelo yo a ti.

Le dedicó un nuevo guiño y le indicó la cocina.

—Abre y cierra cajones, puertas, lo que sea, sin miedo, utiliza lo que necesites. —Señaló el espacio bajo el fregadero—. Ahí encontrarás de todo para la limpieza. El lavavajillas está a la izquierda, pero me temo que le ha pasado algo porque no funciona. No he tenido tiempo de desmontarlo para ver qué le pasa.

—Lo tengo, lavaré la loza a mano, no se me caerán los anillos.

Él bajó la mirada sobre sus manos.

—No llevas ninguno.

—No es fácil encontrar uno que sea de mi talla y me resulte cómodo —murmuró mirando sus largos dedos. Cualquiera diría que pareciendo tan finos, necesitase más talla.

—Veamos.

En un abrir y cerrar de ojos tenía su mano izquierda entre las de él, sus dedos claros recorriendo los suyos y un segundo después, se sacaba el anillo con forma de cadena que había visto le rodeaba el meñique y se lo deslizó en el anular.

—Vaya, no exagerabas —aceptó girando el aro en su dedo que, curiosamente, encajaba a la perfección—. Bueno, ahí tienes, ya tienes anillo, procura que no se te caiga por el desagüe. El pobre ya lo ha hecho más de una vez.

Se miró la mano sorprendida y luego a él.

—Pero yo no…

—Considéralo un amuleto de la buena suerte. —Le rozó la mejilla con los nudillos—. Además, me harás un favor, yo lo pierdo cada dos por tres.

Volvió a mirar el anillo y musitó un bajito gracias.

—Voy a recoger el resto de la vivienda para no quedar de nuevo en evidencia —se excusó —. Estás en tu casa.

Viéndolo desaparecer por el pasillo no pudo evitar el pensar en la cantidad de veces que parecía haberla rescatado ese hombre en el último mes. Miró una vez más el anillo y sacudió la cabeza. El gesto le recordó que no era un movimiento que pudiese permitirse en esos momentos, se tocó la parte de atrás con los dedos, allí donde se había golpeado e hizo una mueca. Le habían dado unos analgésicos pero no parecían haber sido suficientes.

Se abrazó a sí misma un momento, luchando con los escalofríos que la recorrían ante el solo recuerdo de lo que había pasado en su piso, la manera en que había sido asaltada, el miedo que le había hecho pasar ese hombre y la reacción de este hacia la noticia de la muerte de Ruth. Él había invadido su hogar, había roto su privacidad, la sensación de seguridad que encontraba entre aquellas paredes había empezado a diluirse desde la desaparición de su compañera y, tras la noticia de su muerte, la casa resultaba incluso incómoda. Y ahora, ahora alguien había entrado, tocado sus cosas, buscado en las habitaciones… o eso era lo que había escuchado hablar a Logan con Damien.

Se estremeció, cerró los ojos y luchó por respirar.

—¿Faith?

El llamado de Dain, y más concretamente la forma en la que pronunció su nombre, la sacudió haciendo que abriese los ojos de golpe.

—¿Sí? —Se las ingenió para encontrar la voz.

—No oigo el grifo, *mascota*.

—¿Qué no oyes el…? —Se giró, miró el fregadero y luego en dirección al pasillo. Sus palabras y lo absurdo de la situación la arrancó de un plomazo de sus preocupados pensamientos y la pusieron en modo profesora—. Eso se debe a que todavía no lo he encontrado debajo de tantos cacharros, señor Ratcliffe.

Su risa la alivió.

—Busque, profesora, busque y seguro que aparece.

La forma en que pronunció el título de su profesión le provocó un nuevo estremecimiento, este de placer. No podía olvidar ese momento que habían compartido y el rol que había desarrollado.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda al pasillo para encargarse de la tarea que ella misma había elegido. No le había pasado por alto la facilidad con la que parecía capaz de leerla, con la sutileza que ejercía ese dominio intrínseco en él y que, en momentos como ese la ayudaba a estabilizarse. No estaba acostumbrada a que alguien cubriese sus necesidades de esa manera, que

supiese lo que necesitaba incluso antes de que ella misma lo comprendiese.

La mayor parte de su vida había sido responsable de sí misma, había sido una necesidad, la única manera en que podía sentirse segura y no verse defraudada. Solo Ruth había sido capaz de traspasar esa coraza en los últimos cinco años y lo había hecho a base de paciencia y cariño, pero ahora ella también se había ido de manera imprevista desestabilizando una vez más su mundo.

Al final del día se parecía demasiado a sus alumnos. ¿Cuántas veces se veía reflejada en ellos? Deseaba evitarles lo que ella había padecido y por eso se entregaba en cuerpo y alma a su profesión, dándose a sí misma en las tutorías e intentando estar ahí para ellos en todo momento. Quería que viesen que era posible abrirse paso en la vida a base de lucha y esfuerzo, que podían conseguir ser lo que quisieran ser si creían en ellos mismos y no bajaban los brazos, que no siempre se podía depender de los demás. Y, sin embargo, cuando estaba con Dain y él tomaba el mando de las cosas, era casi imposible no rendirse y dejar que otro luchase por ella, relajarse mientras alguien más tomaba las decisiones.

Se frotó las sienes y empezó a abrir y cerrar puertas, el sonido se unió a otros que venían del fondo del pasillo. Encontró unos guantes de plástico a estrenar, los productos de limpieza y, tras distribuir los cacharros en montones, dio con el grifo y lo abrió.

—¡Lo encontré! —Anunció por encima del hombro.

—Te dije que estaría ahí, profesora. Buen trabajo.

Complacida consigo misma, hizo suya la tarea de devolver la cocina a un estado decente.

Ese hombre era un verdadero desastre, allí debía haber loza de casi una semana, pero ese hecho hacía también que lo viese como alguien normal, alguien mucho más accesible. Hasta ahora solo había conocido al Dain entrenador, con esa expresión dura, los guantes de boxeo todavía en las manos, al hombre dispuesto a defender a una mujer de una agresión y llevarse dos puñaladas en el proceso, al intratable enfermo en la cama de un hospital y al amo que era capaz de privarla de su voluntad y llevarla a disfrutar de cosas que jamás habría pensado que disfrutaría. Hasta ese preciso momento en que lo vio en comisaría, que vio la preocupación en sus ojos o esa misma tarde, en la casa del reverendo, no había visto a ese otro Dain, al que se alegraba de verla, el que la miraba genuinamente preocupado o quién bromeaba con ella en un intento de ocultar su propia vergüenza ante el estado lamentable y típicamente masculino de la casa de un soltero.

Había muchas aristas y todas ellas se unían para crear un conjunto que empezaba a encontrar atractivo.

Admítelo, Faith, te gusta ese hombre y, cuanto más ves de él, más te gusta.

Sacudió la cabeza y se concentró en lo que tenía entre manos. Terminó con los cacharros del fregadero y repasó el resto de la cocina. Las cajas de comida apiladas se fueron a la bolsa de la basura que, por suerte, era nueva; señal de que alguien sacaba la basura periódicamente. La última parada fue la nevera, estaba prácticamente convencida de que, si la abría, encontraría dentro tan solo un pack de cervezas y posiblemente algo de leche y zumo de naranja más caducado que los yogures que ella olvidaba tomarse la mayoría de las veces.

Bien, se equivocó.

El frigorífico estaba lleno con productos frescos y variados y, si bien había un par de packs de cervezas, la leche, el zumo de naranja, las verduras, los huevos y las bandejas de carne y pescado tenían fecha más que suficiente.

—¿Estás pensando en hacer también la cena?

Dio un respingo y cerró la puerta de golpe, sus mejillas adquirieron al momento un intenso

rubor como si la hubiesen pillado haciendo algo malo.

—Perdón, solo quería ver…

—¿Si mi nevera era tan desastrosa como mi cocina?

Su sonrojo aumentó aún más y tuvo que bajar la mirada para no delatarse.

—Ay Dios, perdón…

Dain se rio entre dientes.

—¿Ya te has convencido de que no soy tan malo?

Ladeó la cabeza y se mordió el labio. Ese hombre le provocaba una timidez que no sabía ni que tenía dentro. Con sus alumnos no era así, a ellos los enfrentaba sin problemas.

—Nunca pensé que fueses malo…

—Señor.

Levantó la cabeza para mirarle y él enarcó una ceja.

—Nunca pensé que fueses malo, señor.

Asintió complacido con su disposición.

—Me alegra saberlo.

—Puedo hacer una ensalada si te apetece —sugirió, intentando buscar la manera de disculparse por haber sido pillada infraganti—. He visto que hay salmón ahumado y queso fresco, puedo…

—¿De verdad quieres hacer la cena o es porque te he pillado con las manos en la masa?

Abrió la boca y se quedó con ella abierta durante unas décimas de segundo.

—Pues… si quieres oír la verdad…

—Eso siempre, Faith.

—Me avergüenza que me hayas pillado curioseando en tu nevera, no es educado de un invitado, pero me gustaría hacer la cena —aceptó ganando un poco más de confianza en sus palabras—. Me gusta cocinar, no soy chef de alta cocina, pero puedo hacer algunas cosas.

—De acuerdo, nena, sorpréndeme.

Su aceptación la alivió y también le dio una excusa para agradecerle el que le estuviese dando posada sin que refunfuñase por sus palabras.

—Ya está lista tu habitación, por cierto —le indicó—. Te has ahorrado el encontrarte con mis calcetines sucios.

—Sabrás poner la lavadora al menos, ¿no?

—Y la secadora —sonrió divertido—. Te sorprendería comprobar lo bien que se me da planchar, además.

—Oh, ¿también planchas? Eres todo un partidazo, Amo Dain.

—De primera, profe, de primera.

Sacudió la cabeza y señaló la nevera.

—Entonces, ¿te parece bien si hago una ensalada de salmón?

—Si la haces sin huevo duro, para mí estará perfecta.

—Sin huevo, oído cocina.

—Pero antes de que te pongas manos a la obra, te enseñaré la casa y dónde está cada cosa.

—De acuerdo. —Dejó el paño con el que había estado limpiando a un lado y se reunió con él en el umbral de la puerta de la cocina—. Y, Dain, de verdad, gracias por…

—Si sigues dándome las gracias… —La calló poniéndole un dedo sobre los labios—. Te zurraré.

Se estremeció ante sus palabras, pero más que asustarla su amenaza, la encontró excitante.

—Si lo haces te quedarás sin cenar.

—Pequeña pilluela, no puedo creer que me repliques.

—La haré sin huevo.

—Y luego dices que no eres sumisa…

Arrugó la nariz ante sus palabras.

—¿Por qué lo dices?

—Por qué lo dices, *señor*.

Se lamió los labios y le soltó:

—Eso.

Él se rio entre dientes.

—Vamos, Faith, te enseñaré mi casa y luego… dejaré que te salgas con la tuya durante un rato.

CAPÍTULO 27

Dain sabía que si no iba con cuidado, ella se rompería. A lo mejor eso era precisamente lo que necesitaba, romper esos diques y dejar salir todo lo que estaba acumulando, pero para llegar a ese punto primero necesitaba que se sintiese segura, Faith no era una mujer que confiase abiertamente, su recelo estaba presente en cada momento, era como si temiese ser herida y lo evitase poniendo una barrera entre ella y los demás.

Había visto como había reaccionado cuando le puso su anillo en el dedo, sus defensas habían caído al momento debido a que no esperaba que alguien hiciese algo por ella, que le concediesen un pequeño capricho. Había hecho de una frase hecha un tema personal, algo que su subconsciente había rescatado como para recordarse a sí misma que había cosas que no podía alcanzar y que por ello era mejor no desearlas.

Tenía que admitir que él mismo había seguido un impulso dándole su anillo, el símbolo de quién era y solo ahora que era consciente de su significado, comprendía que ese era el lugar en el que quería que estuviese. Siempre había sido alguien que tenía las cosas muy claras, que sabía lo que quería en el momento en que se le ponía delante, era metódico en alcanzar sus metas y esa mujer se había convertido en una de ella, posiblemente en la más difícil de todas.

Le gustaba Faith, no solo su físico o su cuerpo, a medida que iba pasando tiempo con ella descubría también parte de su carácter, sus distintas facetas y encontraba que eran compatibles con las suyas, algunas incluso chocaban pero eso lo hacía todo más interesante. Era una sumisa natural, la manera en que se iluminaba cuando le permitía salirse con la suya, la necesidad que tenía de servir a los demás y sentirse útil, no le sorprendía que hubiese elegido ser profesora, sin duda era su vocación.

Y ella era lo bastante inteligente y sensata como para decir lo que se le pasaba por esa boca y hacerse cargo además de sus palabras.

Tenía que reconocer que le había avergonzado que viese el desastroso estado de su cocina, no hablaba precisamente bien de él la acumulación de cacharros en el fregadero o las cajas apiladas sobre la mesa de la cocina. Era curioso cómo llamaba la atención a sus alumnos en el gimnasio, asegurándose de que dejasen todo recogido y como los chorros del oro y él descuidase todo ello en su propia casa. Por regla general, y no era por excusarse a sí mismo, sus cacharros no solían pasar más de dos días en el fregadero, pero esa semana había sido infernal en muchos sentidos.

Al menos, dejarle hacerse cargo de adecentar la cocina le había dado tiempo para recoger la ropa sucia que había dejado tirada por el suelo de su dormitorio, airear las habitaciones y repasar el baño de invitados. Sí, no había exagerado al mencionar lo de sus calcetines sucios, al menos no había añadido lo de los guantes tirados en el suelo, el chándal, sus calzoncillos… Sería mejor correr un tupido velo.

Nota para mí mismo: Aplícate el cuento con el que sermoneas a los chicos.

Le enseñó cada parte de la casa la cual se componía de dos dormitorios, su despacho, el cuarto de la colada, el salón y dos baños, además de la cocina que ya conocía.

—Tienes el baño justo en frente. —Le indicó tras enseñarle su habitación—. Puedes utilizarlo con total tranquilidad, es solo para ti. Yo tengo el mío en el dormitorio. Hay gel y

champú, cepillo de dientes y esponja nuevos.

—Bien, gracias —aceptó recorriendo todo con la mirada. Finalmente se volvió y ladeó la cabeza—. Ya sé dónde queda cada cosa, ¿hago la cena?

Y ahí estaba de nuevo, pensó observándola detenidamente, quería huir de lo que consideraba una situación incómoda, deseando meterse en un terreno neutral como si supiese que allí estaría segura.

—Sí. —Le concedió y vio como parecía aliviada—. Pero con una condición.

Su inesperada traba la puso tensa.

—Mientras tú cocinas, yo te haré preguntas.

—Dime por favor que no vas a volver a la línea del club, porque te juro que tú preguntando esas cosas y yo con un cuchillo en las manos… no somos buena combinación.

Su sinceridad y la manera en que pronunció las palabras lo enternecieron.

—En realidad estaba pensando más bien en saciar mi curiosidad en otras lides menos… húmedas —aseguró divertido—. A ese campo siempre podemos volver… después.

—No he venido para meterme en tu cama, Dainiel.

—Ni yo te he traído para que lo hagas, Faith.

Se miraron unos momentos y ella acabó por asentir, convencida de que le decía la verdad.

—¿De qué clase de preguntas estaríamos hablando?

—De un intercambio, más bien —le propuso, sabiendo que era algo más ecuánime y que ella posiblemente lo consideraría—. Yo te hago una pregunta y tú me haces una a mí, una forma de conocernos un poco más.

—¿Y si haces una pregunta que yo no quiero contestar?

—¿Has matado a alguien?

—No.

—¿Tienes antecedentes penales?

—No.

—En ese caso no hay muertos en el armario que tengas que esconder.

Parpadeó visiblemente sorprendida, entonces sacudió la cabeza.

—¿Eres siempre tan… raro?

—¿Ah? ¿Soy raro?

—Peculiar —reculó, entonces pareció pensar en algo y chasqueó la lengua—. Aunque Lucien te gana. ¿Siempre es tan cambiante?

—Es adicto a *Llongueras*.

Su respuesta le arrancó una carcajada inesperada y no pudo hacer otra cosa que reír también.

—Por Dios, no le digas lo que he dicho.

—Ni en un millón de años.

—¿Tú tienes hermanos?

La pregunta hizo que el momento de risas compartidas fuese decreciendo.

—No, no que yo sepa —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Mi madre no tuvo más hijos a parte de mí y… mi padre no lo sé, se largó cuando yo tenía tres años.

Le dio la espalda y caminó hacia la cocina.

Él se apoyó en la encimera, dejándole espacio para poder moverse a su antojo y de esa manera poder verla también. Era bueno leyendo el lenguaje corporal y empezaba a reconocer cada una de las respuestas del de ella.

—Sé que tienes un hermano gemelo, ¿alguno más?

—No, mis padres solo nos tuvieron a nosotros. De hecho, creo que mi madre no quería tener más, no está en muy buena sintonía con mi padre, ha querido estrangularlo tantas veces que no sé cómo no lo ha logrado ya —replicó dándole voluntariamente una pincelada de su vida—. Él es un hombre… difícil. Hace años que no le veo.

Ante su comentario, levantó la cabeza y lo miró.

—¿No te hablas con tus padres?

—Con mi madre sí, todas las semanas, es con mi padre con quién no mantengo buena relación.

Más bien debería decir que esta era inexistente, había dejado muy claro lo que pensaba de su hijo menor desde que había desafiado su autoridad eligiendo su propio camino.

—Dijiste que la tuya había muerto, ¿cómo ocurrió?

Su respuesta fue el silencio. Desapareció tras la puerta de la nevera y cuando volvió a aparecer llevaba consigo varios ingredientes.

—¿Faith?

Dejó las cosas sobre la mesa y solo entonces lo miró.

—La mataron cuando tenía nueve años —respondió encogiéndose de hombros—. Alguien entró en casa, le pegó un tiro y se llevó lo que había. Televisor, radio, un colgante… basura. —Se lamió los labios—. ¿Te he dicho que nací y crecí en Brooklyn?

Era horrible el que el simple nombre de un distrito o una ciudad trajesen consigo más respuestas de las que cualquier persona podía pedir.

—Lo siento.

Asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—A partir de ese momento pasé al sistema de hogares de acogida del estado y, bueno, creo que entiendes cómo funciona, ¿no?

—Supongo que te has encontrado con demasiados asistentes sociales como para fiarte ahora de uno.

Sonrió con tristeza y sacudió la cabeza.

—No soy de las que culpa a todo el gremio por los errores de unos cuantos —aceptó—. Además, por lo que he visto esta tarde, el reverendo John te estima y él es el hombre más inteligente e íntegro que he conocido en mi vida. Confío en su criterio.

—Vaya, gracias.

—Y no es como si no te conociera ya un poquito —aceptó dejando que ese sonrojo le cubriese también las mejillas—. Ya que estamos, háblame de eso. ¿Por qué asistente social?

—Bueno, yo vengo de la Costa Oeste y mi situación no ha sido tan mala, la verdad sea dicha, en ese sentido puedo decir que tanto mi hermano como yo hemos sido afortunados —aceptó con ligereza—. Podría decirse que soy algo así como la oveja negra de la familia, el primogénito que decidió estudiar una carrera alternativa a la que deseaban sus padres y que eso generó que me largase de casa nada más entrar en la universidad.

—Deduzco por tus palabras que tu familia es… pudiente.

—Mi padre es el eminente neurocirujano Charles Ratcliffe, mi madre es de Chicago, de una familia de clase media alta, pero tiene más conciencia del mundo que el mismísimo *Dalai Lama*. —Hizo una mueca—. Dice que salí a ella, solo que con peor carácter.

Faith se rio, un sonido suave, invitante.

—Debe de ser toda una señora.

—Creo que te gustaría, es de esas mujeres que sabe lo que quiere y que lucha por conseguirlo.

Ella asintió pero no dijo nada más.

—Para no aburrirte, solo te diré que siempre me llevé mejor con el mejor amigo de mi padre que con el eminente doctor, no sé exactamente qué ocurrió entre ellos, pero mi padre lo echó una vez de casa y prácticamente lo vetó. Se convirtió en persona non grata para él y nos prohibió tener contacto con él. —Se encogió de hombros—. Yo me fui a la universidad y de quién recibí apoyo y la orientación que necesitaba fue de Markus. Eso cabreó a mi padre y decidió que era o mi padrino o él, así que opté por aquel quién me había apoyado. Me negué a hacer la carrera de medicina y opté por la psicología y la asistencia social.

—¿También eres psicólogo?

—Soy asistente social, Faith, a eso me dedico —aseguró—. La psicología es solo un complemento.

Ella se dedicó una vez más a poner su atención en la cena.

—¿Y tú? ¿Cómo te dio por la enseñanza?

—En mi tercer hogar de acogida, la señora Martell era profesora de historia —comentó en voz baja, casi como si le avergonzase su infancia—. Creo que fue la mejor casa de las tres en las que pasé más tiempo.

—¿En cuántos hogares de acogida estuviste?

—En nueve. —La respuesta lo noqueó—. La señora Martell fue la última y también de la que mejor recuerdo tengo. La pobre murió de cáncer hace siete años. Ella fue la que me motivó a terminar el instituto y matricularme en la universidad. Hice filología inglesa y después magisterio. No fue fácil, trabajaba en un supermercado y estudiaba al mismo tiempo, pero tenía claro que quería una plaza en un colegio público y me esforcé por ello. Llevo cinco años dando clases de literatura y este año es mi segunda tutoría.

—Todo esfuerzo tiene su recompensa. —Ahora entendía un poco mejor la motivación que movía a la chica.

Ella dejó de cortar el queso y lo miró.

—¿Y tú? ¿Cómo es que cambiaste la Costa Oeste por esto?

—Mi hermano tuvo mucho que ver, él se mudó a esta zona y, conociendo su trabajo, pues decidí que sería buena idea estar cerca. —Se encogió de hombros—. Él es el mayor, y a mí me quedó un poco de cargo de conciencia por haberme largado y dejarle a él lidiar con nuestro padre. Además, pensé que aquí podía ser de mayor utilidad, especialmente después de conocer al reverendo John y ver el proyecto que tenía en mente Horus con el gimnasio.

—Es uno de los mayores proyectos de integración de la zona.

—Y en el que merece la pena participar.

—¿Y el boxeo?

—Kickboxing. —La corrigió—. Lo descubrí en la universidad y descubrí que era una manera buena, controlada y sana de dejar salir la ira, la rabia y no terminar en la cárcel por moler a alguien a palos.

—Ahí tienes un punto —aceptó ella medio atragantada—. Lo de la cárcel es broma, ¿no?

Sonrió ampliamente.

—Sí, Faith, es broma. —A medias, pensó para sí—. Es un deporte y también un buen método de defensa personal. Es una de las especialidades que practico junto con el kárate.

—¿Compites?

—Ya no, solo soy instructor.

Aquello pareció aliviarla pues dejó escapar el aire de golpe.

—Vosotros impartís clases de defensa personal, ¿verdad?

La pregunta, en voz baja y casi vacilante le llamó la atención.

—Sí, tanto Horus como yo las impartimos una vez a la semana —aceptó mirándola—. Quizás te viniesen bien, sobre todo después de lo de esta tarde.

El comentario hizo que se tensara de nuevo, pero era necesario llegar a ese punto, tenía que hacerla hablar.

—¿Faith?

Se estremeció, lo vio perfectamente.

—Has dado todo este rodeo para hacerme hablar, ¿no?

Sonrió para sí, era una muchachita muy inteligente.

—Sí y no, también tenía curiosidad por saber sobre ti.

Ella tragó, las manos empezaron a temblarle visiblemente.

—¿Y si no quiero hablar de ello?

—Te empujaré hasta que lo hagas.

Levantó la cabeza de golpe y lo miró.

—Dijiste que no me habías traído para…

—No todo tiene que girar en torno al sexo —respondió—. Dime algo, ahora mismo, aquí. ¿Te sientes segura conmigo?

Ella vaciló, pero asintió.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sé que no me harías daño, me lo dijiste en el club y está claro que eres de los que mantiene las cosas que dice.

—Me alegra que te des cuenta de ello.

—Tengo ojos, Dainiel.

—Y unos muy bonitos.

Se sonrojó de nuevo, apartó la mirada y empezó a revolver la ensalada.

—Esta tarde, cuando entré en casa y vi que estaba la luz encendida… —Se detuvo y sacudió la cabeza—. Pensé que me la había dejado yo y entonces, él salió de la nada. Estaba allí, en mi salón, en el lugar dónde hago mi vida y la puerta ni siquiera estaba forzada. No sé… ¿Y si entró otras veces? ¿Y si estuvo allí mientras yo dormía? Él… él destruyó con su presencia lo que era mi santuario.

Hizo un alto y suspiró.

—Desde que se fue Ruth… esa casa ha sido un lugar incómodo, casi podía verla entrando de un momento a otro en mi habitación, dando los buenos días, pero nunca lo hacía. —Se lamió los labios, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas—. Y entonces esa persona aparece, dice que eres tú y… Oh Dios, fue escuchar tu nombre, que él se presentase de esa manera y sentirme estafada porque no era así, porque tú nunca me habrías tratado de esa manera.

Hizo una pausa, no quería romperse, tenía la necesidad de permanecer entera.

—Su voz, su forma de hablar… Te juro que, en un principio, casi invitaba a la tranquilidad, a guardar la calma a pesar del estado de confusión y miedo —rememoró ella—. Solo quería saber de Ruth, llegó hasta a pronunciar mi nombre, sabía quién era yo pero ignoraba que ella estuviese muerta. Le acusé, lo hice repetidas veces pero en vez de negarlo, se quedó mirándome como si no comprendiese mis palabras, cómo si no pudiese aceptarlas… Entonces fue cuando me atacó. Me zarandeó exigiéndome que le dijese dónde estaba… La llamó *«mi mujer»* varias veces, pero esa no eran las palabras que quería decir, no sé por qué estoy segura de que esas no lo eran.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si él fuese su marido? ¿Y si Ruth se hubiese casado con él sin decírselo a nadie? —Lo miró desesperada—. Es absurdo, pero creo que cuando decía *«mi mujer»*, no lo hacía en el sentido de compañera o novia, sino de algo más definitivo.

Y aquella era una conclusión bastante inverosímil, pensó, por otro lado, ¿no era toda la situación completamente absurda? Nada tenía sentido, la Policía andaba a ciegas, él mismo no encontraba motivo alguno para que alguien usurpase su nombre.

—Ya no me siento segura en ese lugar y lo más horrible de todo es que allí están todas mis cosas, pero no quiero volver. —Negó, la desesperación y la resignación batallando en su rostro —. En tan solo un mes, mi vida se ha puesto patas arriba y no consigo colocar nada en su lugar. Y todo porque una persona a la que quería desapareció dejando tras de sí más preguntas que respuestas.

Se limpió la cara con las manos como si se hubiese dado cuenta de repente que estaba llorando.

—Y aquí estoy ahora, intentando hacer una ensalada y sazonándola con mis propias lágrimas.

—Te prometo que no ha caído ni una sola dentro del bol.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque no he dejado de mirarte desde que empezaste a llorar. —E incluso antes, pensó, no podía dejar de mirarla, todo se reducía a eso—. Y, ¿Faith?

—¿Qué?

—Tú no eres responsable de las decisiones que tomen los demás, solo de las tuyas propias.

Asintió lentamente y se las ingenió para sonreír a pesar de todo lo que acaba de decirle.

—Y dado el resultado de dichas decisiones, ya es mucho decir.

Resopló, dejó su apoyo en la encimera y rodeó la mesa para quedarse a su lado.

—¿Cenamos?

—Si todavía tienes hambre…

La miró con abierta apreciación.

—Sí, de ti, todavía la tengo.

CAPÍTULO 28

Hacía tiempo que Faith había olvidado lo que era sentarse a la mesa y disfrutar de la comida por el simple placer de hacerlo. Dain podía ser realmente ocurrente cuando se lo proponía y, también era bueno aliviando las tensiones, prueba de ello era que estaba terminándose ya su segunda copa de vino sin apenas ser consciente.

—…no es fácil ser el hermano pequeño, aunque sea solo por seis minutos.

—Tiene gracia porque la verdad es que Lucien y tú no os parecéis en nada —comentó después de escuchar una de las batallitas entre él y su hermano—. Quiero decir, sois gemelos, compartís el mismo color de ojos, aunque los tuyos son más oscuros, más intensos…

—No te olvides de su debilidad por *Llongueras*.

—Sí, además de eso. —Sonrió y dejó su copa sobre la mesa—. Pero creo que ahí termina toda la similitud. Camináis de forma distinta, él es un poco más ancho de hombros, pero tú unos centímetros más alto.

—Si no me pareciese imposible, diría que has prestado bastante atención, mascota.

Hizo una mueca.

—Me llamas así solo para fastidiarme, ¿verdad, *señor*?

—En realidad lo hago porque me encanta ver cómo me replicas como una buena sumisa.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo terminaste en ese mundo? Quiero decir, cómo supiste que eras… que deseabas… esto.

Dejó la copa también en la mesa y la miró a los ojos.

—En la universidad empecé a juntarme con algunas personas, a escuchar algunas cosas y reconocí en sus relatos las mismas inquietudes que me pasaban por la mente —aceptó con sencillez—. Tuve así mismo, la fortuna de contar con Markus como confidente, podía hablar de cualquier cosa incluso de mis inquietudes sexuales… Así que, su respuesta fue decirme lo que él creía que podía estar pasándome por la cabeza y me acompañó por primera vez a una fiesta de BDSM privada que daban unos amigos suyos. Esa visita a la mansión me abrió los ojos y me ayudó a encontrarme y, sobre todo, a conocerme mejor a mí mismo.

Se tomó unos segundos para jugar con el pie de la copa, entonces la miró.

—Soy dominante tanto dentro como fuera del dormitorio, esa es la verdad, si bien no soy un amo las veinticuatro horas del día, muchos rasgos de mi personalidad se reflejan en mi trabajo, en mi manera de interactuar con el resto de la gente —aceptó con total naturalidad—. Puedo separar perfectamente el rol de mi vida pública, por decirlo así, pero en la intimidad soy lo que soy.

—Un Amo.

—Básicamente —aceptó e indicó su mano sobre la mesa con un gesto de la barbilla—. Ese anillo es un recordatorio de ello.

Bajó la mirada a su mano y tocó el aro que le había dado con una sola intención.

—Entonces no puedes deshacerte de él.

—Faith, no te lo quites.

Lo miró y se encontró con esos ojos azules clavados en ella.

—Quiero que lo tengas tú, después de todo, podría decirse que he sido quién ha sacado a la luz una parte de ti que posiblemente no sabías ni que tenías —declaró sin más—. Ese anillo puede recordártelo.

—Insistes en algo que yo no entiendo, que no… no veo como lo haces tú. —Negó con un mohín—. ¿Por qué piensas que soy sumisa?

La recorrió con la mirada y no pudo evitar temblar ante su escrutinio, sentir como se le llenaba la boca de saliva y el corazón empezaba a bombear con más fuerza.

—No lo pienso, Faith, lo veo en cada una de tus reacciones, como ahora mismo —replicó con esa voz sensual que la estremecía—. La mirada esquiva, el sonrojo en tus mejillas, la forma en que tragas, el ritmo acelerado de tu respiración. Eres de naturaleza tranquila, algo tímida incluso y encuentras placer en el hecho de poder hacer algo por los demás, de servir a los demás. Eso, pequeña, es la esencia de una sumisa. Ello no quita que en otros aspectos de tu vida te muestres como una mujer segura, directa, como me imagino que eres en tu trabajo, especialmente después de escuchar algunas cosas de tus alumnos.

—¿Esos tunantes te han hablado de mí?

Sonrió de soslayo.

—Digamos que, después de que aparecieses la primera vez por el gimnasio, tenían mucho que decir de su «profe» —canturreó—. Te tienen en muy alta estima, te respetan por quién eres y por la manera en que te implicas no solo en las clases si no en sus problemas.

—Son buenos chicos, solo han tenido vidas difíciles…

—¿Cómo tú?

Sí, respondió mentalmente pero lo guardó para sí. Apartó la mirada y se dio cuenta de que era una de las cosas que había dicho que la delataban.

—Es tarde, mañana no tengo clase hasta tercera hora, tengo que ir a casa y coger algunas de mis cosas…

—Piensas en ir a trabajar mañana. —No era una pregunta.

—No voy a dejar que alguien me asuste, me amedrente hasta tal punto que no pueda ni salir a la calle. —Se frotó la nariz—. Tú lo has dicho hace un momento, son mis alumnos, no los abandonaré.

—Eres una mujer increíble —aseguró tocado por ello—. No me sorprende que hayas conseguido meterte a esos chicos en el bolsillo, eres tan fuerte como ellos.

—Lo intento.

Se limitó a asentir, echó un vistazo a su espalda, al reloj que había sobre una de las paredes azulejadas de la cocina y luego a ella.

—Yo fregaré los platos esta vez. —Le indicó levantándose y empezando a recoger la mesa —. Intenta descansar. Mañana te acompañaré a casa para que recojas lo que necesites.

—No quiero que cambies tu rutina por mí.

Negó con la cabeza.

—No lo hago, dulzura, yo no tengo horarios fijos.

Con eso se llevó los cacharros al fregadero, se arremangó y se puso manos a la obra.

—Buenas noches y gracias otra vez, Dainiel.

—Buenas noches, Faith. —La miró por encima del hombro—. Procura descansar.

Asintió y se retiró a su dormitorio, una habitación compuesta por una cama, una mesilla y un armario que, a juzgar por el aroma a productos de limpieza, había vaciado y limpiado para que pudiese utilizar. Sobre la cama había una camiseta negra lo suficiente grande como para que le sirviese de camisola, la abrió y no pudo evitar sonreír al ver el logo del club en letras rojas y

negras. Era curioso como algunas de las letras estaban hechas con cuerdas, por no mencionar el par de esposas que colgaban de la «a» de *Masters.* Al girarla vio xerografiado: *Master Dain*.

Cedió a la necesidad de llevársela a la nariz y aspirar su aroma, olía a jabón y también a ese peculiar aroma masculino, suponía que la habría sacado de su propio armario antes de dejársela allí.

Sin nada más que su bolso y la ropa que había traído puesta se tomó unos momentos en el baño para lavar la ropa interior y ponerla a secar en el colgador de las toallas, no quedaba precisamente muy estético allí puesto, pero no quería que la humedad estropease el suelo de madera del dormitorio. Se cepilló los dientes, recogió el pelo en una coleta y se puso la prenda masculina comprobando que le cubría con facilidad el culo; no podía evitar ser pequeña, pensó divertida.

Suspiró, abrió la puerta y apagó la luz y casi pega un grito al encontrárselo atravesando el pasillo.

—Ay Dios, lo siento. —Se disculpó avergonzada por su gritito.

—¿Estás bien, mascota? —La risa se reflejaba tanto en su voz como en sus ojos.

—Sí, sí, muy bien —asintió al momento y se escurrió rápidamente hacia su dormitorio—. Mil perdones. Buenas noches.

Cerró la puerta y se apoyó en ella sintiendo como le ardía la cara.

—Bravo Faith, una impresión fantástica la que acabas de dejarle —murmuró para sí y dejó caer la cabeza contra la puerta solo para gemir por el golpe—. ¡Ay!

—¿Faith? ¿Va todo bien?

—Sí.

Sí, hombre, es solo que soy idiota.

—¿Seguro?

—Sí, señor. Muy bien. Me he… golpeado con un mueble. —Bueno, eso no era una mentira después de todo.

Su respuesta fue reírse, a continuación oyó sus pasos y al momento una puerta cerrándose al final del pasillo. Había entrado en su propia habitación.

Su dormitorio era el único que no había visto, se había limitado a decirle *«es este»* y continuar con el resto del recorrido. Aquello solo había hecho que se preguntase cómo sería, si contendría cosas personales cómo las fotos que había visto en el salón, los cuadros y libros de las estanterías de su despacho o las vendas y guantes de entrenamiento que había dejado en una esquina con su correspondiente bolsa de deportes.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama y se mordió el labio al notar la corriente acariciando sus partes bajas. Tendría que dormir sin bragas y rezar porque mañana estuviesen secas, no le apetecía nada pasearse por la casa de Dain sin ropa interior y, por encima de todo, no le apetecía nada que él lo supiera.

—Todo esto te está volviendo loca —musitó girando sobre la cama, quedando ahora boca abajo—. Mañana tienes clase, te toca todo el día con los de último curso, lo mejor será repasar lo que entrará en el próximo examen.

Adoraba su trabajo, le encantaba enseñar y ver que sus enseñanzas podían ayudar a esos chicos de alguna manera.

—Quizá debiese dejar la última hora de clase para debatir —se replanteó, encogiendo las piernas, lamiéndose los labios al notar ese cosquilleo entre las piernas—. Han pasado tantas cosas que es posible que necesiten ser dichas en voz alta.

Sabía que había muchos de sus alumnos, que habían sido también de Ruth, que guardaban

sus inquietudes sobre lo que había pasado y, después de lo que había dejado caer el chico en su charla de ayer, podía ser una buena oportunidad para hacerles hablar y, por qué no, liberarse ella también de lo que llevaba dentro.

Deslizó la mano entre sus piernas sintiendo la vergonzosa necesidad de tocarse, no podía dejar de pensar en el hombre que estaba a pocas puertas de distancia, en lo que la hacía sentir, en la forma en que la había mirado.

«Sí, de ti todavía la tengo».

Esa había sido su respuesta cuando le había preguntado si tenía hambre en un intento por hacerlo volver al tema principal y, si bien le permitió salirse con la suya, no pudo borrar de su mente lo que le produjeron esas palabras.

Sus dedos se encontraron con la humedad entre sus piernas y los retiró inmediatamente, sintiéndose como una auténtica estúpida.

—Oh, por favor, si mañana tengo que ir a clase.

Pero a su cuerpo eso le importaba un pimiento, él requería algo y el único que podía dárselo estaba al alcance de la mano.

Se incorporó de golpe en la cama, se lamió los labios y miró al otro lado de la habitación. Este no era el club, estaba en su casa, a solas con él, completamente a solas y eso, más que asustarla, la excitaba todavía más.

Él había confesado que era un dominante, que no se trataba solo de un juego de alcoba, Dain deseaba llevar la batuta siempre que le era posible, era su naturaleza, estaba en él la necesidad de controlar las cosas, la pregunta era, ¿estaba en ella la necesidad de ser controlada?

Sus pies, los cuales se dirigieron por sí mismos a la puerta de su habitación, parecían tener la única respuesta al respecto.

CAPÍTULO 29

Dain no tenía gato, ni siquiera un perro y no era porque no le gustaran, sencillamente no creía en tener un animalito y no poder dedicarle el tiempo necesario. Así que, los rasguños en su puerta no podían obedecer a ninguna mascota, salvo a la que había dejado en la habitación de invitados.

Dudó entre invitarla a entrar o abrir la puerta, aunque ninguna de las dos cosas era muy favorable para el ánimo que tenía en esos momentos, sino que se lo preguntasen a su polla. Estaba tan duro que le dolía y la idea de aliviarse a sí mismo, tampoco lo había ilusionado demasiado. Ya había probado una ducha fría, dos series de cuarenta flexiones y otra ducha más y ni su polla ni él habían encontrado sosiego.

Saltó de la cama, ni siquiera se había metido en ella, se pasó una mano por el pelo húmedo y abrió. La visión de ella al otro lado de la puerta, retorciéndose las manos, frotando un pie contra otro era tan tierna que le entraron ganas de cogerla en brazos, meterla en su cama y dormirse abrazado a ella.

—¿Ocurre algo, dulzura?

Levantó los ojos poco a poco y vio esa rosada lengua emerger entre sus labios para lamerse el inferior.

—Yo… ah… yo… ¿Puedo… quedarme contigo? Quiero decir, ¿puedo… dormir… contigo?

La recorrió con la mirada, deleitándose en el curvilíneo cuerpo de color chocolate que contenía su camiseta del club. Estaba exquisita con nada más que eso, con los pechos adivinándose bajo la tela, los pezones apuntando hacia arriba.

—Pídelo correctamente, *mascota*.

Cogió aire, un sorpresivo jadeo, pero lo intentó.

—¿Puedo dormir contigo, Amo Dain?

—Puedes, sumisita, puedes.

Se hizo a un lado, dejándola entrar, cerró la puerta y la observó mientras recorría el dormitorio con la mirada. A primera vista no vería otra cosa que una habitación normal, con su cama doble, mesillas de noche, un par de sillas, un armario empotrado, algunos cuadros y un cajonero, pero eso era lo divertido de ser dominante, los trucos siempre se guardaban en la manga.

Se giró hacia él, su pelo recogido de nuevo en una coleta, pero esta vez la llevaba más baja, de manera más descuidada, levantó los ojos y movió los labios componiendo un tímido mohín.

—Sé que dije que no…

—Silencio.

Acortó la distancia entre ellos e interrumpió cualquier palabra que surgiese de su boca posando el dedo índice sobre sus carnosos labios. Ella reaccionó de la forma más deliciosa, acatando sus órdenes al momento, casi conteniendo la respiración.

—¿Entiendes que, entrando aquí, pidiendo quedarte, estás solicitando quedar bajo mi cuidado? ¿Qué yo y solo yo seré tu amo, quién ponga las reglas, quien decida si puedes o no correrte?

—Eh… sí, lo entiendo, pero ¿podemos renegociar eso de poder co…?

La agarró de la coleta y tiró hacia atrás, ejerciendo su dominio, mostrándole lo que iba a encontrar entre esas cuatro paredes.

—¿Cuál debe ser tu respuesta, sumisa?

Se lamió los labios y emitió un susurrado:

—Sí, señor.

La mantuvo allí, sin permitirle movimiento alguno, sus ojos recorriendo ese bonito rostro, leyendo sus emociones y lo que el estar a su merced despertaba en ella.

—Voy a atarte, a usarte, tomaré este bonito cuerpo de la manera en que quiera tomarlo, usaré esta boca para mi placer, te follaré hasta que todo lo que hagas sea gritar mi nombre o pedir más, ¿estamos de acuerdo, Faith?

Si se ponía más colorada o abría más los ojos se echaría a reír. Se lamió los labios e intentó asentir.

—En voz alta, por favor.

—Sí, señor.

—Y eso es justo lo que quería escuchar. —Apretó los dedos en torno a su pelo y probó los labios que llevaba todo el día queriendo besar—. Um… Sabes a menta, me gusta.

Suavizó su agarre, le ciñó la cintura, atrayéndola hacia él y volvió a besarla, hundiendo la lengua en su boca con lentitud, recreándose en la humedad y en la tímida respuesta que poco a poco fue haciéndose más osada.

Le mordisqueó los labios, chupó su lengua y se vio recompensado con un gemido y el estremecimiento de su cuerpo antes de dejarla ir.

—Tu palabra de seguridad es *«rojo»* —le recordó buscando toda su atención—. Quiero que la tengas presente. No aceptaré otra palabra, no haré caso a ningún «no» o «espera», ni a nada que no sea tu palabra de seguridad si lo que deseas es que me detenga. ¿Está claro?

—Sí, señor. —Se lamió los labios mirándole como esos bonitos ojos marrones oscurecidos por el incipiente deseo—. La palabra de seguridad es rojo, si la digo, se acabó.

—Me encanta cuando me das la razón.

Ella sonrió con suavidad y sus ojos brillaron de un modo encantador.

—Quiero jugar contigo, tomarme mi tiempo recorriéndote, hacer de tu cuerpo mi patio de juegos particular y quiero ver cómo te entregas a mí, como te sometes y me das lo que quiero porque tú quieres que lo obtenga.

—Um… ¿puedes repetírmelo, por favor, señor?

Sonrió abiertamente ante su confusión.

—Tú, esposada, abierta al placer y yo con el mando a distancia de todo, ¿lo entiendes ahora?

Asintió con la cabeza al tiempo que tragaba.

—Sí —gimió—, ahora sí, señor.

—Mi inteligente sumisa. —Le acarició el rostro y bajó la mirada sobre su propia camiseta —. Llevas demasiada ropa puesta.

—No tanta, señor —musitó bajando los ojos.

Deslizó las manos por sus caderas, le rodeó los glúteos y tiró de la tela, resbalando al mismo tiempo los dedos por debajo encontrando sus nalgas desnudas.

—Um, me gusta, gracias por el regalo —le susurró al oído—. Me encanta el tacto de tu piel.

Ella se estremeció, incluso se puso de puntillas cuando sumergió los dedos entre sus

piernas encontrándola mojada.

—Quiero que te quedes muy quieta.

Ella tembló pero no se movió, dejó que la tocase, que bañase las falanges en su humedad.

—Separa las piernas.

Su vacilación le ganó una bofetada en una de las nalgas.

—Ahora. —La empujó con voz dura—. Cada vez que vaciles o no cumplas con lo que te pido, te llevarás un azote.

Separó las piernas un poco más y clavó la mirada en su pecho. Estaba avergonzada, pero también excitada como lo proclamaba la creciente humedad de su sexo.

La recorrió con dos dedos, jugando entre sus pliegues, provocándola sin llegar a penetrarla para finalmente arrastrarse a través de las mejillas de su trasero hasta encontrar la roseta oculta entre ellas. La tensión en su cuerpo fue instantánea.

—Relájate.

—No… no creo que…

Una nueva bofetada sacudió su carne, dejando un bonito tono rosa sobre el color chocolate de su culo.

—¿Qué te dije?

Tembló, un estremecimiento leve, pero estaba allí, como lo estuvieron también sus manos sobre su camiseta, aferrándose a él mientras escondía el rostro.

—Veo que tendré que ayudarte para que cumplas con mis órdenes.

Retiró los dedos de su cuerpo, dio un paso atrás y enarcó una ceja ante las manos femeninas aferradas todavía a la tela de su pecho.

—Lo siento —musitó ella desenredando su sujeción.

—Levanta los brazos.

Esta vez no tardó en obedecer, estiró los brazos hacia arriba y eso le permitió quitarle la camiseta encontrándola completamente desnuda. Su cuerpo de un precioso tono chocolate con leche, sus pezones oscuros apuntando hacia arriba, era la cosa más bonita que había visto en su vida.

—Tienes un cuerpo precioso, Faith.

Se estremeció, pero no dijo una sola palabra, mantenía la mirada baja, sus mejillas coloradas, visiblemente avergonzada.

—Ve hacia el armario, colócate delante de las puertas mirando hacia ellas.

Levantó la cabeza de golpe, miró hacia los lados sin estar muy segura de su ubicación y, cuando vio el armario en cuestión dejó escapar un suave suspiro.

—Faith, no te castigaré sin motivo alguno, ¿lo entiendes? —La retuvo, posando la mano sobre su hombro, buscando su mirada—. Solo cuando vea que has roto las reglas e, incluso entonces, te lo diré y sabrás porqué estás siendo castigada.

Sus ojos se abrieron incluso más pero asintió.

—En voz alta, por favor.

—Sí, señor.

Señaló la lacada madera de color oscuro y la empujó hacia ella.

—Levanta los brazos —le dijo apoyándose sobre su espalda, presionando la parte superior de sus muslos contra su culo mientras se inclinaba, le hacía el pelo a un lado y le lamía el cuello hasta llegar a su oído—. Te abrocharé las esposas de puños a las muñecas, dime si te duelen los hombros o sientes alguna molestia.

Asintió de nuevo con la cabeza, lo que lo llevó a aferrarle la nuca y echarle la cabeza hacia

atrás, sabía que estaba ejerciendo un suave tirón en su pelo que le causaba un punzante picor.

—Cuando me respondas, a menos que tengas una mordaza en la boca, tu respuesta ha de ser «sí, señor» o «sí, amo». —La aleccionó con voz dura, seria, haciéndola obedecer—. ¿Qué debes decir, sumisa?

—¡Sí, señor!

Aflojó su agarre y le masajeó la nuca con los dedos.

—Eso está mejor. —La premió con un beso en el oído—. Brazos arriba, extiéndelos completamente.

Cuando lo hizo se apartó de ella, abrió un pequeño compartimento del armario que, a simple vista parecía un aplique y extrajo dos muñequeras de cuero negro revestidas de pelo ancladas a una sola cadena. Estas podían unirse o separarse con un pequeño mosquetón.

—Abre los dedos y deja la mano floja —le pidió al tiempo que recorría el brazo con los suyos, aliviando la obvia tensión antes de abrocharle el puño y comprobar su sujeción—. ¿Te aprieta?

—No, señor.

Complacido con su inmediata respuesta, alcanzó el otro brazo y repitió la operación. Una vez que le unió ambas muñecas, le levantó un poco más los brazos, comprobando su altura y aseguró la cadena a una de las tres alturas que proveían los apliques en forma de adorno del armario.

—¿Algún dolor? ¿Tensión en los hombros? —Comprobó con ella que sus miembros estuviesen estirados pero sin provocarle daño.

—No, señor.

Dio un paso atrás y admiró su obra. Con su menudo cuerpo estirado, su piel era un dulce contraste contra la madera más oscura del mueble, sus nalgas parecían pedirle a gritos que las amasara o, mejor aún, que las dejase deliciosamente rojas con el *flogger* o la pala. Tragó ante la perspectiva, su polla dio un brinco en el confinamiento del pantalón y tuvo que refrenarse a sí mismo en el procesar de sus pensamientos. Era demasiado pronto, Faith era demasiado nueva, debía proceder con cuidado e ir tentándola, examinando sus respuestas y ver cómo respondía a cada uno de los estímulos.

Se lamió los labios y disfrutó de la forma de su espalda, se imaginó recorriendo la curvatura de su columna con la lengua hasta recalar en los dos pequeños hoyuelos que se percató tenía en la base de la columna.

—Eres preciosa, no me canso de admirarte, eres chocolate en estado puro.

Deslizó los dedos sobre el hilo que marcaba su espina dorsal y sintió como se estremecía bajo su tacto, sonrió y continuó acariciándola, aprendiendo cada una de las respuestas de su cuerpo, descubriendo dónde tenía cosquillas, qué la hacía encogerse y qué saltar, le moldeó las caderas con las palmas y amasó las nalgas, separándoselas con los dedos hasta alcanzar su sexo, el cual estaba incluso más mojado que antes.

—Estás excitada, muy mojada, eso me agrada, nena, me agrada mucho.

La acarició íntimamente, escuchó el sonido de las cadenas cuando ella tiró de las restricciones, moviéndose no sabía si para escapar de él o acercarse aún más.

—Quieta. —Detuvo todo movimiento, esperando—. Si te mueves otra vez, te ataré los tobillos también.

Tembló pero luchó por seguir sus órdenes y mantenerse completamente quieta, algo que no le resultó fácil cuando volvió a deslizar los dedos por los labios de su sexo antes de arrastrarlo ahora entre sus nalgas, dejando un rastro húmedo hasta la fruncida roseta de ese pequeño culo.

Presionó la punta del dedo corazón contra el agujero solo para que ella saltase y exclamase su nombre en voz alta.

—Dainiel, no…

Se detuvo en el acto pero no se movió, dejó el dedo justo allí y se inclinó sobre ella, besándole el cuello, la mejilla, lamiéndole el arco de la oreja. Había escuchado el miedo en su voz, el temor a lo desconocido pero no había en ella repulsión.

—¿Qué te he dicho? —le susurró al oído—. Tienes una palabra de seguridad, utilízala si lo necesitas, de lo contrario, cada vez que me digas que no, iré un poco más allá —empujó la punta un poco más, introduciéndose unos milímetros en su canal y ella respondió poniéndose de puntillas.

—Por favor, por favor, por favor…

—Por favor, ¿qué? —le susurró—. Por favor, ¿más? —Empujó de nuevo y se detuvo, estaba muy apretada, demasiado tensa.

—No… no me… no me gusta… —musitó, pero su cuerpo decía otra cosa—. Es… es extraño… no… no quiero… esto…

—Por el contrario yo creo que sí lo quieres, Faith, que puedes incluso disfrutarlo.

Volvió le cogió el rostro con la mano libre y se lo giró para encontrar su boca y besarla. Hundió la lengua en la húmeda cavidad del mismo modo que empujaba el dedo un poco más en su interior antes de retirarlo y volver a penetrar. Lo hizo con cuidado, tentando los apretados músculos, disfrutando de sus tímidas respuestas.

—¿Duele? —preguntó tras romper el beso—. ¿Te hago daño?

—No… pe… pero…

—Nunca han jugado contigo por aquí. —No era una pregunta sino una declaración, una constatación de lo que habían hablado en el club—. Pero sientes curiosidad, quizá incluso querrías intentar el sexo anal.

—Ay Dios, por favor, señor…

—Pero no ahora, es demasiado pronto. —La tranquilizó al tiempo que seguía penetrándola con el dedo, yendo cada vez un poquito más profundo, notando ya como había entrado hasta el nudillo—. Primero debo prepararte, hacerlo poco a poco… hasta que puedas tomar mi polla.

Se estremeció contra él, ahogó un pequeño gemido y Dain no pudo sino sonreír para sí.

—¿Lo intentarías? Por hoy sería solo un pequeño juego de estímulos, para que veas lo que se siente. Lo harías por mí, ¿sumisita?

—Señor, por favor…

—¿Sí?

—Me… me da vergüenza…

—Te prometo que cuando termine contigo no sabrás lo que es la vergüenza —le susurró al oído y movió la mano de modo que las puntas de sus dedos le acariciaron el sexo mientras seguía alojado en su trasero—. Pero mírate, cada vez más mojada, me empapas los dedos. Te está gustando más de lo que estás dispuesta a admitir.

Se encogió, casi como si quisiera mimetizarse con el armario y escapar.

—Mírate, tan excitada, tan bonita —insistió, tentándola—, pero aunque veo que te gusta y tengo planes para este bonito culo, tendrán que esperar un ratito porque ahora quiero tus ojos sobre mí.

Se retiró de ella y alcanzó el gancho de las esposas, girándolo de modo que pudiese hacer lo mismo con ella sin tener que desengancharla o cruzarle los brazos. Ah, la maravilla de los juegos de restricción y la utilización de los anclajes correctos.

—Hola, dulzura.

Le acarició los labios con el pulgar y se encontró con un rostro sonrojado, totalmente transpirado, los labios parcialmente abiertos y esos ojos marrones tan oscuros que prácticamente se confundían con las pupilas.

—Mira estos labios pidiendo atención.

Bajó sobre ellos, le succionó el inferior, estirándolo con los dientes y la provocó con la lengua, simulando un beso que nunca llegaba.

Sus manos se unieron entonces al juego bajando sobre su cuerpo, sopesando sus pechos para encontrarse con los respingones pezones que no duró en torturar entre sus dedos. Los apretó, los retorció llevando esas cúspides al límite del dolor erótico y extrayendo de ella respuestas de lo más encantadoras.

—Um… parece que voy a tener que atarte también los tobillos, no te estás quieta como una buena sumisa.

Le besó brevemente los labios y bajó por su cuerpo, arrastrando las manos sobre ella hasta llegar a la mencionada parte de la anatomía femenina y se encargó de restringirla.

—¿De… de verdad que esto es un… armario, Amo Dain?

Sonrió y levantó la cabeza después de abrir el segundo compartimento secreto a nivel del rodapiés y sacar de su interior el puño para el tobillo derecho.

—Lo juro, gatita, dentro está mi ropa… y otras cosas. —Se rio entre dientes.

Una vez cerrado el velcro del segundo tobillo se alejó para ver su obra, los brazos estirados por encima de la cabeza, los pechos impulsados hacia delante y las piernas separadas lo suficiente para que su sexo quedase expuesto y, al mismo tiempo, pudiese mantenerse en equilibrio.

—Encantador, realmente bonito.

Se tomó su tiempo para deleitarse con ella y aprovechó el mismo para desnudarse él. Se quitó la camiseta y empezó a deshacerse del pantalón bajo la peregrina y acalorada mirada de la chica. Tenía que admitir que le resultaba tremendamente erótico el ver cómo se lo comía con los ojos mientras luchaba con su timidez natural. Se deshizo del pantalón de chándal y quedó totalmente desnudo ante ella, con el duro e hinchado pene apuntando hacia su estómago, listo para jugar. Sonrió para sí, bajó sus dedos sobre la larga y cálida carne y se lamió los labios al ver como las pupilas de Faith se dilataban sin perder detalle.

—Después querré esos labios alrededor de mi polla —se relamió imaginando ya como sería tenerla de rodillas, sujetándole el pelo con una mano mientras veía desaparecer su carne entre esos carnosos labios—. Sí, de rodillas, con las manos a la espalda y esa boca abierta para mi placer.

Escucharla gemir y verla cerrar los ojos hizo que se riese.

—Tus ojos en mí, profesora, me pone la forma en que me devoras con esas dos joyas marrones.

Ella se lamió los labios y luchó no solo por abrir de nuevo los ojos sino por encontrarse con su mirada. Estaba cada vez más colorada, la timidez batallaba con el deseo y lo convertía todo en un adorable desafío.

—Eres una cosita muy dulce.

Le sujetó la nuca y le obsequió con un tórrido beso, unió sus lenguas y batalló hasta conseguir que respondiese con el mismo ardor. Solo entonces se deslizó hacia abajo dejando un sendero húmedo sobre su piel hasta recalar en sus pezones, torturando uno entre los dedos, haciéndolo rodar, pellizcándolo hasta extraer gemidos de placer de esos labios para finalmente

permitirse degustar el otro con la lengua. Jugó con sus pechos, disfrutó de su sabor, de su tacto y de los ruiditos que emergían de la garganta de su pequeña sumisa. Se entretuvo amasando los senos, estrujándolos entre los dedos mientras ella tiraba de sus restricciones y movía las caderas en un intento por acercarse o alejarse, todavía no lo tenía claro. Siguió atormentándola hasta que sus quejidos inundaron el dormitorio, que sus jadeos se convirtieron en maullidos, solo entonces descendió por su estómago hacia la uve entre sus piernas. La humedad de su coño dejaba la piel interna de sus muslos brillante, prueba más que indiscutible de que estaba excitada y lista para lo que quisiese hacerle.

—Rosado, mojado y brillante, mi estado favorito.

Sopló sobre su húmeda carne y procedió a darse un verdadero banquete entre sus piernas. La recorrió con la lengua, haciendo largas pasadas a través de sus pliegues, chupó sus labios, atrapándolos entre los dientes y tirando de ellos para luego succionarla con fuerza. Sus caderas se sacudían bajo su boca pero estaba demasiado encantado consigo mismo y con su sabor para prestar atención a otra cosa que no fuese el manjar que le aguardaba entre esas piernas. Se amamantó de su sexo, chupó los jugos que manaban de su caliente e hinchado coño y escuchó como gemía en respuesta. La lamió como si fuese un caramelo, su sabor era único y le gustaba más de lo que había esperado, era adictivo, podía pasarse la noche jugando allí y no se aburriría.

Sus gemidos se hicieron cada vez más y más audibles, la manera en que movía sus caderas, buscando acercarse a él le decía lo perdida que estaba en ese mundo dónde todo lo que importaba era el placer. Sopló sobre su carne húmeda y unió los dedos al perverso juego, penetrándola sin previo aviso, hundiendo en su interior una falange hasta el final y sintiendo como los músculos vaginales se cerraban a su alrededor.

—Estás apretada, cariño, pero todavía puedes estarlo aún más.

Bajó de nuevo la boca sobre su sexo, se ayudó con el pulgar y desnudó el oculto clítoris el cual no dudó en chupar y martirizar con la punta de la lengua. Al momento sus gemidos se hicieron más seguidos, mezclados con ruegos ininteligibles y su sexo accedió al camino que la llevaría sin remedio al orgasmo.

—¿Ya estás a punto, dulzura?

Faith parecía tener problemas para hilar una respuesta coherente pues le llevó tres intentos decir algo.

—Sí… por… porfa… sí… yo… Amo Dain… necesito…

Correrse, sí, lo sabía, pero todavía no iba a dárselo, aún no estaba lo bastante desesperada, seguía intentando mantener el control de su cuerpo y lo que él quería era que se entregase por completo, que cediese ese control y se sometiese.

Sopló sobre su carne, la chupó una vez más y la dejó para que su cuerpo se fuese enfriando.

—No, no, no… ay, Dios…

Se rio entre dientes.

—Creo que esto merece una posición más ventajosa para mí, cariñito.

Desancló los enganches que mantenían los tobillos de la mujer anclados al suelo y le levantó una pierna, doblándole la rodilla para estirar por completo la cadena y sujetarla en uno de los anclajes que estaban más arriba. Repitió la operación con la otra pierna hasta dejar que su peso colgase de los anclajes de sus muñecas y su sexo quedase completamente expuesto y abierto a sus necesidades.

—Amo Dain.

El grito sofocado captó su atención de inmediato, se incorporó y comprobó que estaba

bien, que no se lastimaba.

—Está bien, Faith, respira —le acarició el rostro, la besó en los labios y comprobó las restricciones—. Estoy aquí, voy a cuidar de ti en todo momento. Dime si te duele algo.

Ella tardó en poder hablar, se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Yo… yo…

—Respira —la instó a ello—. ¿Te duelen las muñecas? ¿Puedes mover los dedos?

Levantó la mirada y vio como los movía, a pesar de la posición y de saber que estaba cargando con todo su peso, no había posibilidad de que se hiciera daño o se le cortase la respiración.

—Sí… puedo… mover los dedos…

—¿Dolor?

Negó con la cabeza.

—Esa es mi chica. —La besó de nuevo, calmándola, deslizó las manos por sus pechos, sus caderas, evitando su sexo y acariciándole al mismo tiempo los muslos abiertos—. Vamos a aliviar un poco el peso de tus muñecas, de acuerdo.

Ella asintió.

Añadió un par de restricciones más alrededor de sus muslos y las ancló a un tercer gancho, haciendo que el peso de su cuerpo se aliviase y no quedase solo en sus muñecas.

—Así, perfecta. —Envolvió los dedos en su pelo, le tiró de la cabeza hacia un lado y volvió a poseer su boca con dureza, obligándola a olvidar todo lo que no fuese él mismo. Bajó la mano libre entre sus piernas, a su sexo ahora totalmente abierto y se lo acarició un segundo antes de dejar caer la palma abierta sobre él, creando una leve punzada de dolor que sabía se extendería sobre su cuerpo—. Me gusta como gimes —volvió a dejar caer la palma contra su coño—, como gritas tu placer…

—Señor, por favor…

—Pronto, Faith, pronto, pero todavía no.

Ella gimió ante su imposibilidad de correrse y él sonrió en respuesta.

—Antes tengo un regalo para ti y quiero que lo aceptes, quiero que lo lleves durante la noche. —Declaró apartándose de ella para abrir uno de los cajones del armario y extraer de él un tubo de lubricante y un tapón anal anclado a una larga y peluda cola de lobo—. Siempre he sentido debilidad por los lobos, así que hoy tú serás mi lobita.

Levantó el objeto de modo que ella pudiese verlo y acarició el tapón con la punta del dedo.

—¿Sabes qué es esto? —Se lo mostró—. Es un tapón anal. ¿Alguna posibilidad de que leyeses sobre ello en tus pesquisas por la red?

Sus ojos se agrandaron, la vio tragar y casi no pudo ni articular palabra.

—¿Sí o no, Faith?

—Sí. —Se las ingenió para gemir—. Sé… sé que es, señor, pero… pero no… yo no…

—Este es uno de los más pequeños —lo acercó a sus ojos para que pudiese verlo bien—. Voy a ponértelo y…

—No, no, no… señor, por favor…

Dejó caer de nuevo la palma abierta sobre su sexo haciéndola lloriquear.

—No me interrumpas, esto es importante. —No pudo evitar que su voz sonase divertida —. Como te decía, voy a ponerlo en ese pequeño culito y, cuando esté bien dentro, con esta preciosa cola colgando entre tus mejillas, te follaré ese apretadito coño…

—Dainiel…

Su nombre salió casi como un sollozo. Estaba asustada, también excitada, pero su cerebro

era incapaz de procesar toda la información, se resistía a entregarse a ceder el control y eso la mantenía en el borde de la frustración.

—Confía en mí, déjate ir, deja de pensar, yo me haré cargo de todo, solo tienes que entregarme el control y disfrutar.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla, seguida por una segunda que le secó con el pulgar.

—¿Puedes confiar en que sé lo que hago, en que no te haré daño y que lo disfrutarás?

Lo miró a los ojos, parecía estar buscando en su interior la respuesta, pero finalmente asintió.

—En voz alta, quiero oírtelo decir en voz alta.

—Sí, amo Dain, confío en ti.

Sus palabras lo calentaron y la premió con un beso.

—Gracias por tu confianza, dulzura —le acarició la mejilla—. Lo haremos despacio, será fácil y lo disfrutarás.

Llevó el aplicador del lubricante a su trasero, el cual estaba mucho más accesible en aquella posición, empujó la punta en su interior, tomándola con suavidad al tiempo que dejaba que saliese el gel.

—¡Está frío!

Sonrió, retiró el aplicador y volvió a penetrarla con el dedo, despacio, haciéndose sitio, comprobando como se ensanchaba poco a poco, viendo las distintas reacciones en su rostro.

—Por favor, señor…

—¿Duele?

Sacudió la cabeza.

—No, pero… oh… Dios…

—Te gusta.

Se quedó con un lloriqueo pero su sexo se humedecía aún más, demostrando sus propias palabras.

—Amo Dain, por favor… me… me da vergüenza…

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña, muy bien. —La apaciguó, retiró el dedo y cogió la peluda cola—. Allá vamos, lobita.

Empujó la cabeza ovalada del *plug* a través de la roseta con suavidad y dejó que su hambriento culo lo absorbiera, alojándolo en su lubricado canal hasta quedar completamente alojado en su interior. Solo entonces le cogió las nalgas y se las apretó juntas, haciendo que sintiese el objeto alojado en su interior mientras el pelo de la cola le acariciaba las mejillas.

—¿Todo bien? —Le acarició el rostro, buscando signos de malestar o dolor, pero parecía totalmente sobrepasada—. ¿Cómo te sientes Faith?

—Extraña… llena…

—Tienes una bonita y suave cola lupina, lobita, estás tan mona, tan follable.

Se mordió los labios y él se los acarició con el pulgar.

—Nos falta un toque, un par de ellos en realidad.

Le guiñó el ojo y se alejó para sacar del mismo cajón que obtuvo la cola una diadema con dos orejitas de lobo y un collar de terciopelo, que se cerraba con un velcro y al que acompañaba un cascabel.

—Me gustan los cascabeles.

—¿Por qué será? —gimió ella cuando le colocó el collar alrededor de la garganta y las orejitas en la cabeza.

—Sí, perfecta, ahora ya eres toda una lobita.

Ella se mordió los labios y cuando movió la cabeza el cascabel sonó.

—Dios, quiero follarte, quiero enterrarme en ese precioso coñito tuyo —le acarició el sexo mientras lo decía, sus ojos siempre fijos en los de ella—. Dime, dulzura, ¿qué quieres tú?

—Yo… yo…

—Dímelo, dime qué quieres y te lo daré.

—A ti, por favor, Amo Dain, a ti…

—¿Quieres que te folle?

—Sí.

—Esa es mi lobita.

Cogió un condón del cajón, rompió el envoltorio y se lo colocó para finalmente instalarse entre sus piernas y posicionarse en su entrada.

—Quiero que respires profundamente. —La instruyó—. Vas a estar un poco más apretada de lo normal, notarás el tapón llenándote el culo y mi polla alojada en ese pequeño coñito. Te gustará, eso te lo prometo.

Empujó en ella, entrado despacio, notando su cuerpo tenso a pesar de todo.

—Deja de pensar, deja que yo me haga cargo, entrégate a mí, no te dejaré caer.

Como si hubiese dicho la palabra mágica, su cuerpo empezó a relajarse y ella le cedió por fin el mando, permitiéndose ir más adentro, llenándola pulgada a pulgada.

—Oh Dios, es… es demasiado, por favor…

—Respira, puedes con ello, estás hecha para mí, para esto…

La sujetó por las caderas, se retiró y volvió a entrar. Estaba tan mojada, tan resbaladiza que su cuerpo no se oponía a la intrusión, lo atrapaba en su interior, apretándolo y obligándolo a hacer un esfuerzo extra para no correrse ahora mismo.

Se retiró y volvió a enterrarse hasta la empuñadura, la montó con suavidad, comprobando su tamaño, viendo como su cuerpo reaccionaba, cómo se entregaba por completo al placer y a su cuidado. Bombeó en ella con estocadas largas y lentas, inició un ritmo lento que paulatinamente fue *in crescendo*, extrayendo de la garganta de su amante gemidos y gritos de puro placer. Buscó su boca, la saqueó recolectando sus besos, urgiéndola con cada acometida hasta sentir cómo se apretaba a su alrededor y encontraba la ansiada liberación.

—¡Dain!

Gritó su nombre hasta quedarse afónica y él siguió enterrándose en su interior, aumentando el placer, empujándola a darle más.

—Más dulzura, córrete otra vez para mí, dame más —le susurró, lamiéndole los labios mientras le separaba aún más las piernas, rotaba las caderas y continuaba montándola. Introdujo una mano entre sus piernas y le rozó el clítoris con el pulgar haciéndola gritar una vez más y catapultándola a ese segundo orgasmo que sabía podía darle y que desencadenó su propia liberación.

—Oh Dios, oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios….

Se descargó en ella, dejándose ir, encontrando en su propio orgasmo el alivio a toda la tensión acumulada. Y joder, fue intenso.

Se retiró de ella jadeante, se quitó el condón y se encargó al momento de las restricciones que la mantenían anclada, soltándole los muslos, los tobillos y finalmente los brazos, recibiendo su menudo cuerpo en los suyos.

—Gracias, dulzura, gracias por confiar en mí.

Ella se limitó a acurrucarse contra él, jadeando en busca del aire que le había restado el

frenético acto.

CAPÍTULO 30

—¿Sigues conmigo?

—Hagas lo que hagas, no me sueltes, señor.

—Con lo calentita y blandita que eres, no pienso hacerlo.

Ella se rio entre dientes, todavía pegada a él.

—Eres imposible.

—Le dijo la sartén al cazo. —Le mordisqueó la oreja y miró hacia abajo, sonriendo diabólico—. O la sartén a la lobita. Dios, estás tan sexy con esa cola.

Su comentario hizo que se despegase de él y mirase hacia atrás, jadeando en el proceso.

—Una preciosa lobita.

—Pero, pero, pero…

No pudo evitar reírse al verla girar sobre sí misma, como un lobo que se persigue la cola.

—Quieta. —La detuvo entre risas—. Dios, nena, esta es una escena que tardaré en olvidar.

Gimió en respuesta, mirándole con un adorable puchero.

—Es que tengo cola y es peluda.

Se rio entre dientes, le pegó una palmada en el culo, le aferró la barbilla y la besó en los labios, desarmándola de nuevo.

—De rodillas, lobita, quiero tu boca alrededor de mi polla ahora.

—Pero Dainiel, es una… cola.

—¿Cómo has dicho? —Le aferró una nalga, con fuerza, haciéndola jadear por el movimiento del tapón todavía en su interior.

—Amo Dainiel… —Hizo un puchero y se llevó las manos a la cabeza—. ¿Orejas también?

—Estás preciosa —le aseguró, posó una mano sobre su hombro e hizo presión para ilustrar sus palabras. Su polla había despertado de nuevo y estaba empezando a hincharse de nuevo ante la visión de esa muñequita desnuda y meneando el trasero—. De rodillas, ahora.

Esos ojos marrones volvieron a abrirse en toda su amplitud, se lamió los labios y los bajó sobre su sexo, haciendo que este se endureciese aún más.

—Debería… er… verás, señor, esto no… se me da muy bien.

Le cogió de nuevo la barbilla y se la levantó hasta encontrarse con sus ojos.

—Deja que eso lo juzgue yo. —Le acarició la mejilla—. De rodillas, te guiaré sí creo que te hace falta.

Asintió, se mordió el labio como cada vez que se encontraba indecisa ante algo y bajó lentamente, arrodillándose, solo para dar un respingo al posar las nalgas sobre sus talones.

—Separa las piernas, sumisita. —La guio—. Quiero ese bonito coño al aire.

—Sí, señor.

Siguió sus indicaciones, se reacomodó y miró hacia atrás para recolocar también con extrema delicadeza la cola de modo que no quedase aprisionada.

—Ay Dios, una cola…

—Faith.

—Lo siento, señor, ya me centro.

Se rio entre dientes.

—Voy a tener que ponerte esa cola más veces, lobita, hasta que te acostumbres a llevarla.

Su respuesta fue gemir, levantó la mirada y casi suplicaba que sus palabras fuesen una broma.

—Tócame, dulzura, empieza por ahí.

Se arrastró entre sus piernas, podía ver la indecisión en su rostro, cómo se frotó las manos sobre los muslos antes de retirarse el pelo hacia atrás, humedecerse los labios y deslizar los dedos a lo largo de la cada vez más rígida longitud. Abrió la boca y se inclinó hacia delante con intención de metérselo en la boca.

—Despacio, no tengas tanta prisa. —Le rozó la mejilla con los dedos—. Empieza usando esa deliciosa lengua que tienes, lámelo como si fuese un caramelo.

Su indecisión le pareció tan tierna como la vergüenza que le tiñó las mejillas antes de bajar sobre él y lamerlo como si fuese un helado. Sus pelotas se apretaron al momento, un relámpago de placer lo recorrió por entero y su pene se endureció entre los delgados dedos morenos que lo aferraban mientras esa dulce boquita lo atormentaba.

—Rodea la punta con la lengua. —La fue guiando poco a poco, luchando consigo mismo para encontrar las palabras necesarias en esa tortura—. Sí, justo así… Métetela lentamente, lubrícame con tu saliva.

Sin duda la profesora se estaba convirtiendo en una alumna de lo más aplicada pensó mientras separaba las piernas para mantenerse en una posición estable.

—Baja los dedos sobre los testículos, juega con tus dedos, puedes empezar con un suave masaje.

Señor, ¿y decía que se le daba mal? Dain no quería ni pensar en cómo se le daría cuando tuviese un poquito más de práctica y no necesitase guiarla.

—Baja, succióname con… fuerza.

Su boca se cerró alrededor de su polla, chupando con intensidad, arrancándole un jadeo, haciendo que deslizase la mano alrededor de su pelo, envolviéndola en su coleta y guiar así el ángulo en que le daba más placer.

—Agarra la base con fuerza y succióname.

Se lamió los labios, le dedicó un rápido vistazo y volvió al trabajo, siguiendo sus instrucciones, viendo al mismo tiempo como temblaba, como luchaba por cerrar los muslos. Sin duda debía haberla excitado el estar chupándosela.

—No cierres las piernas, Faith, no te he dado permiso para hacerlo.

Ella gimió alrededor de su polla pero obedeció y siguió tragándoselo, alternando la lengua con sus dedos, metiéndoselo bien dentro y saliendo de nuevo para atormentarle la punta.

—De acuerdo, mascota, basta de juegos…

Si bien deseaba con locura correrse en esa boquita, también se moría por volver a meterse en ese apretadito coño, quería escucharla gritar de nuevo y ya sabía la posición en la que la quería ahora.

Tiró de su cabeza con cuidado de que sus dientes no maltrataran su hinchada carne, brillante por su saliva, hinchada y palpitante. Miró sus labios, rosas e hinchados, pura lujuria y tiró hacia arriba, obligándola a levantarse.

—Sube a la cama, ponte sobre manos y rodillas. —La empujó a ello—. Quédate al borde de la cama, de espaldas a mí.

Se lamió los labios una vez más, echó un vistazo a su henchido pene y obedeció sus órdenes. La peluda cola se meneó entre su trasero con cada movimiento, diablos, solo le faltaban las manoplas en las manos y los calcetines en los pies y una bonita pechera de pelo que enmarcase y dejase libres sus pechos, como dos torpedos asomando a través de las troneras y sería perfecta. Su loba color canela y pelo gris.

—¿Así está bien, Amo Dainiel?

Meneó el culo, haciendo que el cascabel de su collar sonase mientras lo miraba por encima del hombro.

—Loba traviesa.

La azotó en una nalga, luego en la otra y le propinó un tercer azote en medio de las dos que la hizo gemir.

—Pórtate bien, polvorilla, o no dejaré que te corras.

—Seré buena, lo juro, buenísima, *mi señor*.

—Mi señor, sí, eso me gusta —le susurró al oído, colocándose en su entrada—. Te has ganado un premio.

Ancló ambas manos a sus caderas y la penetró con fuerza, provocando que saltase en la cama y jadease abiertamente.

—Te voy a follar fuerte y rápido —le advirtió antes de hacer exactamente eso—. Inclínate un poco más hacia abajo, nena, apóyate sobre los antebrazos.

La empujó para que su culo estuviese más elevado y tiró de ella hacia él, hundiéndose aún más.

—¡Amo Dain!

—Sí, cielo, lo sé. —Le acarició la espalda—. Te siento apretada a mi alrededor, jodidamente apretada. Es el paraíso, Faith, tú eres el paraíso.

La montó con decisión, con fuertes estocadas, disfrutando de su sumisión, de la forma tan dulce con la que se entregaba, buscando darle lo que le había pedido y obteniendo en el proceso el salvaje placer que él le había prometido; la simbiosis perfecta.

El placer se impuso a todo lo demás, sus gemidos se convirtieron en gritos y agradeció no tener vecinos cerca que sintiesen la necesidad de llamar a la Policía, la cabalgó con duros golpes, empujándola contra el colchón, escuchando el sonido de la carne chocando contra la carne hasta que las paredes vaginales se comprimieron a su alrededor en un explosivo orgasmo que no tardó en desencadenar el suyo propio.

—Sí —jadeó recorriendo los últimos metros de esa sensual carrera, cediendo por fin a la meta y derramándose por completo en su estrecho canal—. Perfecta, jodidamente perfecta.

Se retiró de ella, se quitó el condón, lo anudó y lo lanzó sobre el borde de la cama a la papelera más cercana rogando que cayese dentro; hasta en eso tuvo suerte. Solo entonces se dejó caer sobre el colchón, detrás de ella, le masajeó el trasero y sujetó la cola, moviendo el tapón en su interior y provocando un lloriqueo en respuesta.

—No más señor, dame… dame unos segundos… no… no puedo más…

Se rio contra su oído y deslizó la mano sobre su cadera, acariciándola, notando el sudor impregnando su piel.

—La próxima vez, quiero mi polla dónde ahora se aloja esta divertida cola tuya, lobita.

Faith se las ingenió para girar la cabeza en su dirección.

—Parafraseando algo que dijiste, Amo Dain, por encima de mi cadáver.

Se echó a reír, no pudo evitarlo. ¿La pequeña lobita todavía tenía fuerzas para protestar?

—Si todavía protestas, es que no te he follado suficiente —replicó, tiró de ella, poniéndola

boca arriba, le separó las piernas, le dobló las rodillas y la abrió—. Así que vamos a por una segunda ronda.

Bajó la boca entre sus piernas y ella chilló.

—Ay Dios, no señor, ha sido suf… ¡Dainiel!

—Amo, lobita, la palabra que debes utilizar es Amo.

Y la utilizó, esas y muchas más a lo largo de la noche para satisfacción de Dain.

CAPÍTULO 31

Dain escuchó la llave en la cerradura de la puerta principal desde la cocina, se había levantado con el sonido del teléfono móvil, encontrándose con un cuerpo canela pegado al suyo como toda manta y las sábanas tiradas a un lado de la cama junto con una cola, unas orejas e incluso el collar con el cascabel. Le costó unos segundos emerger completamente de la modorra para comprender que su cálida manta era Faith y que dormía como un saciado angelito.

Lucien lo había llamado, exigiéndole que tuviese el café preparado para dentro de quince minutos y, tal y como podía comprobar en el reloj de la cocina, su hermano había llegado en diez.

—Pasa a la cocina y procura no hacer ruido.

Su gemelo asomó la cabeza a través del umbral, vestía los típicos pantalones cargo, una camiseta negra y una cazadora de cuero en verde militar, viendo ahora el conjunto completo, tenía que darle la razón, con ese nuevo tono de pelo destacaba menos que con el amarillo pollito que había llevado hasta el momento. Una sombra de barba le cubría las mejillas y el bigote, ni siquiera se había molestado en afeitarse.

—Vaya, ¿ella tiene tan buen aspecto como tú?

—Faith está durmiendo.

El recién llegado echó un vistazo hacia el pasillo.

—¿En tu habitación o en la mía?

—En la mía.

—Qué pena.

Optó por ignorar su comentario y se terminó el café, se levantó y se dispuso a servirse otro y ponerle uno a su intempestiva visita.

—Dime que has encontrado a ese hijo de puta.

—Lo siento, hermanito, pero todavía no —replicó su gemelo entrando en la habitación, cerró la puerta con cuidado detrás de él y se dejó caer en la silla pareja a la suya—. Pero sí he dado con Blake Calis.

—¿El hombre que invitó a Ruth?

Él asintió.

—Quizá lo recuerdes, jugaste con él las dos primeras veces que te arrastré al *Blackish*, antes de que te convirtieses en socio.

Frunció el ceño haciendo memoria.

—Compartisteis a una sumisa, una pequeñaja pelirroja y curvilínea.

—Mierda.

—¿Ya te acuerdas?

Asintió, sí, sabía quién era el hombre.

—Sí, él estaba con una pequeña y curvilínea pelirroja del seminario de iniciación, la chica estaba demasiado ansiosa por agradar y le dio una acertada lección.

Había asistido a la escena al igual que otros de los amos presentes, entre ellos alguno de los actuales socios, estaba seguro de ello, recordaba haber compartido una copa en la barra después de eso e intercambiar impresiones. Le había caído bien y, en las dos veces siguientes,

había hecho tándem con él compartiendo a alguna sumisa. Nada importante, solo para pasar la noche y desconectar mientras se adaptaba a aquella nueva ciudad y al trabajo que él mismo había aceptado.

—Después de eso creo que coincidí con él un par de veces en el club.

—Se trasladó a Florida por motivos laborales —le informó Lucien aceptando la taza de café que dejó ante él—. Es ingeniero y trabaja para una empresa estatal. Pero eso no es lo más interesante, sino el hecho de que fue el amo de Ruth Vera durante casi seis meses, no fue un encuentro casual.

—¿Cómo? —Aquello era algo del todo inesperado.

—La compañera de piso de tu amiga era una sumisa acollarada —declaró disfrutando del aroma del café—. De hecho, asistió con ella una vez al *Blackish*, durante una de las fiestas privadas de *swinger* que se organizaron el año pasado. Dice que allí fue donde conoció al tipo de la foto, Dennis Spencer, o el Amo Black como se hacía llamar. Parece que congeniaron bien, que a su sumisa le gustó la experiencia y quería darle la oportunidad de repetir, así que dado que él era socio en aquellos momentos del club, le envió una invitación. Blake dice que fueron al menos dos encuentros públicos, después de eso dejó de asistir.

—Entonces, Ruth Vera estaba con Blake, era su sumisa.

—Lo fue hasta que ella le confesó que se había enamorado de otro hombre y le quitó el collar, eso fue aproximadamente un par de meses antes de que desapareciera.

—Pero Faith dijo que ella llevaba meses saliendo con…

—Con Dennis Spencer, solo que el tipo decidió utilizar tu identidad, Dios sabe por qué —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Una sumisa desleal, que decidió ponerle los cuernos a su amo con otro Dom sin que este lo supiese. La última vez que estuvieron en el club fue la noche en que te dije que la había visto, cuando tuviste ese problemilla en la mazmorra. Esa noche pasó algo con una sumisa y Blake y yo sacamos a uno de ellos a la calle, lo que yo no sabía era que el altercado había sido entre ese tipo al que largamos y otro; Dennis.

Sacudió la cabeza, se apoyó en la encimera y se llevó su segunda taza de café a la boca.

—Pero eso no explica por qué demonios utilizó mi nombre, por qué sigue utilizándolo —señaló hacia la puerta cerrada—. Faith dice que se presentó como si fuese yo, con mi nombre y apellidos, preguntando por la mujer como si no tuviese la menor idea de que había muerto.

—Posiblemente no lo supiera —aceptó chasqueando la lengua—. He comprobado que cogió un avión el martes, tres días antes de que la chica desapareciese y, volvió ayer.

—Eso sería una semana antes de que Ruth apareciese muerta.

—Bingo —asintió satisfecho con su deducción—. Y, según los registros del hotel, la señorita Vera llegó al mismo el día después de su partida, el mismo en el que el forense da como probable fecha de su muerte.

—Así que el imbécil que entró en casa de Faith…

—Es un imbécil de tomo y lomo pero no es un asesino, al menos no el de esa chica. —Sus palabras no daban lugar a otra interpretación. Entonces lo vio fruncir el ceño, estaba mirando sus manos—. ¿Qué has hecho con el anillo? ¿Ha vuelto a caer por el desagüe?

Dain bajó la mirada a su mano, alrededor del meñique desnudo permanecía todavía la marca del aro que había llevado durante tantos años.

—Anoche se lo di a Faith.

La cara de Lucien fue tal que le hubiese gustado tener el teléfono a mano para inmortalizarla.

—Perdona, hermanito, pero es que no he escuchado bien, ¿le has entregado tu cadena de

dominante a esa pequeña y apetitosa sumisa de piel de chocolate?

—Solo es un anillo, Luc.

—Y yo soy un hipopótamo hippie —resopló con una carcajada—. No te has separado de ese aro desde que Markus te introdujo en el mundo de la dominación, siempre has dicho que si te lo quitabas algún día era para dárselo a tu sumisa durante la ceremonia…

—Las cosas cambian.

—Las cosas sí, tú no, Dainiel, tú eres un jodido dominante de los pies a la cabeza. —Señaló lo obvio, lo que ambos sabían—. Para ti la cosa va más allá de un fin de semana de juegos, no estás en el rol de amo y esclava porque crees que una mujer puede vestirse solita, pero joder, poco te falta…

Se levantó y fue directo hacia él.

—¿Tienes en cuenta que ella, posiblemente, ni siquiera sabe todavía dónde se está metiendo?

—Soy perfectamente consciente de cada una de las cosas que tienen que ver con Faith, Lucien, eres tú el que está elucubrando, poniendo palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Pero le has dado tu anillo. —Le recordó—. ¿Ella tiene idea de lo qué significa?

No, de hecho, había intentado devolvérselo anoche, pensó con profunda ironía.

—Estás montando un pollo descomunal.

—Coño, como para no montarlo si me estás diciendo que la sumisa que has elegido está durmiendo en tu cama —resopló—, especialmente cuando es tan sexy y me pone tanto.

Enarcó una ceja ante la inesperada confesión de su hermano. Lo cierto es que habían jugado juntos un par de veces y había sido una experiencia brutal, desde luego, nadie se conocía y complementaba mejor que ellos dos, pero por regla general sus gustos en mujeres diferían bastante.

—¿Te pone Faith?

Se encogió de hombros casi incómodo por la repentina confesión.

—Sí, es una chica atractiva, muy mona y tal.

—¿Te la follarías?

—Sabes, tío, por primera vez en toda mi vida empiezo a sentirme violento hablando contigo de tirarme a alguien, porque ese alguien es alguien a quien ya has reclamado lo sepas o no.

Dejó la taza a un lado y se cruzó de brazos, mirando a Lucien a los ojos. No tenía escapatoria.

—¡Joder! ¡Bien, sí! ¡Me la follaría! Joder, mira que eres hijo de puta.

—Tanto o más que tú.

—Esto es de locos —declaró su gemelo pasándose la mano por el pelo—. Vine a avisarte de lo de ese tipo y acabamos hablando de tu nueva sumisa.

—Entre tú y yo este tipo de conversaciones son normales.

No se atrevió a replicarle, sabía que tenía razón.

—Todavía tengo que procesar que le has dado tu anillo.

—Solo es un anillo, Lucien, si la hubieses visto ayer, en esta misma cocina y con esa carita, tú mismo te habrías deshecho de los pantalones si te los hubiese pedido.

—Si me pide los pantalones, le daría lo que hay dentro, Dain, es más útil y sería más satisfactorio para ambos.

Levantó la cabeza y se frotó el mentón.

—¿Por qué no me dijiste que la deseabas?

—Porque a mí puede que me ponga la muñequita, pero a ti te ha sorbido el seso, tío —chasqueó—. Te pasaste todo el mes gruñendo por ella, te peleaste con Kitty y, cuando reaparece en el club, prácticamente le pusiste el sello de *«propiedad privada»*. Y Damien está convencido de que ibas a reclamar a la niñita antes de que acabase el mes. Mierda, no puedo apostar con él, siempre pierdo.

—Eres gilipollas.

—Tú lo sabes, yo lo sé, pero no se lo digamos al resto del mundo, tengo que proteger mi reputación. —Sacudió la cabeza y miró hacia la puerta—. Dile a la galletita de chocolate que ese tío no es quién mató a su amiga. Blake iba a coger un vuelo hoy mismo para venir a hablar con la Policía, se quedó traspuesto cuando supo que Ruth Vera había muerto. Voy a ver si doy con el infame Amo Black y descubro qué coño está pasando aquí.

Sí, sin duda lo principal ahora era encontrar a ese tipo y descubrir porqué estaba utilizando su identidad.

—Todo esto no tiene ni pies ni cabeza, es como si faltase una maldita pieza en este rompecabezas, tío —aseguró—. Una profesora de instituto, alguien que lleva un programa de prevención escolar contra las drogas aparece muerta y todo apunta a una sobredosis. Sencillamente no tiene sentido.

—Pero ese es el resultado que ha dado la autopsia, ¿no?

—Y eso es lo que más me escama de todo.

Negó de nuevo. Conocía a Lucien lo bastante para saber que su cerebro estaba dando vueltas y más vueltas.

—No, aquí tiene que haber algo más y puede que esté precisamente en ese programa antidrogas —caviló en voz alta, compartiendo sus suposiciones.

—Faith me confesó anoche que uno de sus alumnos había hablado con ella al final de la clase, que le había dado a entender que la señorita Vera podía haber estado haciendo preguntas dónde no debía —le informó—. Llevando su programa escolar un poco más lejos de lo conveniente, especialmente dada la zona en la que podría haberse estado moviendo.

—Si ha metido las narices en terrenos cenagosos, es posible que haya llamado la atención de quién no debía, especialmente si con ello disminuyen las ventas o el consumo —aceptó dándole vueltas al asunto—. Y con la paliza que les ha dado la Policía al desmantelar el laboratorio…

—Eso me recuerda, ¿has encontrado ya al hijo de puta que me apuñaló por la espalda?

Su hermano gruñó.

—No, ese cabrón se está escondiendo muy, pero que muy bien, pero créeme, antes o después daré con él y cuando lo haga… deseará no haber nacido.

—Lucien…

—No te preocupes, todavía respirará cuando lo deje en comisaría.

Resopló, no envidiaba el trabajo de su hermano, de hecho le preocupaba que esa sed de venganza que parecía tener siempre presente acabase por costarle demasiado caro algún día.

—Volviendo al tema de la galletita de chocolate, ¿la traerás al club el sábado?

Sonrió de soslayo, miró hacia la puerta y se lamió los labios.

—Es suya la decisión, pero estoy dispuesto a persuadirla si hace falta.

CAPÍTULO 32

—Voy a llegar tarde, voy a llegar tarde, demonios, ¿cómo es posible que pueda llegar tarde cuando no tengo las dos primeras horas de clase?

Faith resopló, se peinó con los dedos, se arregló la ropa lo mejor que pudo y maldijo una vez más al culpable de todo, al hombre que la había dejado dormir esa mañana después de agotarla durante la noche.

Se alisó la falda e hizo una mueca, llevaba la misma ropa que ayer y no tenía tiempo de ir a casa para recoger algunas cosas, entre ellas una muda, y cambiarse. Por otro lado, la idea de volver allí después de lo ocurrido el día anterior, le quitaba las ganas incluso de levantarse de la cama.

Contempló el anillo que llevaba en el dedo y se preguntó por qué había aceptado, por qué lo estaba utilizando. Pero ir más allá sería tener que cuestionarse también lo que había ocurrido entre ellos, su propia decisión de ofrecerse a Dain y, por encima de todo, aceptar sus términos y condiciones en un juego que empezaba a despertar su interés.

—¿Faith? ¿Ya te has levantado?

Resopló, abrió la puerta del cuarto de baño y se encontró con su amante vestido con vaqueros, camiseta negra y americana, parecía fresco como una lechuga y más atractivo incluso que el día anterior.

—Creo que salta a la vista que no solo me he levantado, sino que me he aseado y me he vestido —rezongó llevándose las manos a las caderas—. ¿Por qué no me despertaste?

—Llamé a la puerta como tres veces mientras Lucien hacía el desayuno, entré, te zarandeé y tu respuesta fue, cito textualmente: C*inco minutos más, Amo Dain*.

Se sonrojó, abrió la boca para protestar, para decir que era una mentira colosal —como si no le hiciese eso a Ruth más veces de las que podía recordar—, hasta que reparó en algo.

—¿Has dicho que Lucien hacía el desayuno?

—Buenos días, galletita.

La voz de barítono llegó desde la cocina y sus mejillas se encendieron incluso más.

—Oh, mierda, mierda, mierda.

—Esa boca, profesora.

—¿Qué hace él aquí? —Bajó la voz, como si de ese modo pudiese hacerse más pequeña y evitar que él descubriese su presencia. Absurdo, cuando acababa de saludarla.

—Me llamó esta mañana para ponerme al corriente de algunas cosas. —La recorrió con la mirada, deteniéndose en su mano y sacudió la cabeza—. Ven, será mejor que antes de ir a ningún lado oigas lo que ha descubierto.

Sus palabras le provocaron un escalofrío y se negó a moverse.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

—Ya sabemos quién es el hombre de la fotografía, el que entró ayer en tu casa —le informó—. Y todo apunta a que él no fue quién mató a tu amiga.

La inesperada revelación hizo que se tambalease y él tuviese que sujetarla.

—¿Cómo?

—Salió de viaje dos días antes de que Ruth Vera apareciese muerta.

Sacudió la cabeza, en cierto modo, eso encajaba con la actitud sorprendida y casi anonadada que había presentado anoche su agresor.

—Pero si él no ha sido, ¿quién fue? —preguntó—. ¿Y quién es ese hombre? ¿Por qué se hace llamar como tú? ¿Por qué se hace pasar por ti?

—Eso es algo que todavía tenemos que averiguar, mascota. —Escuchó ahora desde la cocina, Lucien acababa de asomarse a la puerta—. Y quizá pudiese ser de ayuda que me contases exactamente todo lo que sepas sobre tu amiga y su supuesto novio.

—Deberías llamar al colegio y explicarles lo ocurrido ayer, entenderán que no estés en condiciones…

—Llamaré a que alguien me sustituya la tercera hora, pero después de eso, iré a dar mis clases —repuso decidida—. No voy a esconderme, Dain, ese hombre no va a hacer que me esconda.

Le acarició la mejilla con los dedos y resopló.

—Está bien, te llevaré antes de ir a la oficina y te recogeré cuando salgas para que puedas coger lo que necesites.

Asintió, entonces miró al hombre que permanecía en el umbral de la cocina.

—No hay mucho que pueda decir al respecto, la verdad es que la chica con la que compartí piso durante cinco años dista mucho de ser la misma persona que he descubierto este último mes.

—Quieres saber qué le pasó, ¿no?

—Más que nada en este mundo.

—En ese caso, empieza a hablar, nena, cuéntame todo lo que se te pase por la cabeza, lo que sea y ya veremos si puedo utilizar algo de ello.

Dain la empujó hacia la cocina y se preparó para lo que sin duda iba a ser un rato bastante difícil.

CAPÍTULO 33

—Profe, ¿está saliendo con el señor Ratcliffe?

Faith miró a las tres adolescentes que tenía delante con rostro ininteligible. Acababa de terminar su clase, entreteniéndose en recoger sus cosas mientras los chicos iban dejando sus redacciones del día sobre la mesa. Había preferido emplear las horas repasando los últimos temas, generando debates y finalmente, pidiéndoles una breve redacción de sus pensamientos sobre el tema en cuestión.

Había sido consciente de los intercambios de miradas, chismes y ese lenguaje secreto entre las chicas, las había silenciado un par de veces con su mirada, pero ahora esas tres venían directas a matar.

Y todo porque Dain se había negado a dejarla en la manzana anterior y se detuvo delante de la puerta del instituto.

—¿Disculpe, señorita López?

Sabía que su tono debería ser suficiente advertencia, pero al contrario que sus compañeras, que recularon, hizo caso omiso.

—Me pareció reconocer al *sensei* Ratcliffe al llegar —comentó con esa voz melosa típica de las chicas de su edad que pretenden agradar sin conseguirlo—. Da clases en el gimnasio al que asiste mi hermano y como la vimos salir de su coche…

—No me diga —respondió con el mismo tono educado—. ¿Da clases en el gimnasio al que asiste su hermano? ¿Y Carlos también ha faltado a sus clases toda la semana pasada?

Las mejillas de la muchacha se sonrojaron.

—Carlos ha estado en el hospital, yo misma he traído el justificante para el director…

—Sí, lo sé, apendicitis —asintió con total tranquilidad—. El señor Ramón le ha estado llevando la tarea y he de decir que valoro su esfuerzo y la forma en la que se conduce para no perder ninguna clase.

La muchacha enrojeció aún más, pues ambas sabían que en la pasada semana había faltado a su clase dos veces.

—Le sugeriría que siguiese el ejemplo de su hermano y piense bien en lo que está haciendo —la animó a ello—. Es usted una de mis mejores alumnas y sé que puede conseguir esa matrícula para la beca universitaria.

Y aquello también era verdad, era una de las mejores estudiantes del ciclo, de hecho posiblemente una de las pocas que disfrutase de la literatura clásica y tenía muchas esperanzas en que pudiese obtener una beca y continuar su formación en la universidad, tal y como deseaba.

—Tendrá que apretar si quiere mantener la media, no se duerma en los laureles, señorita López y concentre sus esfuerzos en algo que realmente merezca la pena y en dejar de elucubrar sobre la vida privada de sus profesores.

Ella asintió, visiblemente cohibida por su reprimenda y el recordatorio de lo que podría perder por andar haciendo el tonto.

—Si no tienen ninguna pregunta más con relación a las clases de hoy, las veré el lunes, señoritas.

—Que tenga un buen fin de semana, señorita Valentine.

—Hasta el lunes, profe.

Asintió en respuesta y esperó hasta que las tres desfilaron con meridiana rapidez hacia la puerta, solo entonces se permitió dejar escapar un resoplido.

—Estupendo, lo que me faltaba —murmuró para sí volviendo la cabeza hacia la ventana —. Por favor, que se haya quedado solo en una curiosidad de tres alumnas.

Lo último que necesitaba era el chismorreo de sus chicos o, peor aún, de sus compañeros de trabajo, sobre con quién había venido o dejaba de venir al trabajo, especialmente hoy, que había tenido que retrasar su entrada. Por fortuna, el director estaba al tanto de todo, se había mostrado comprensivo con lo ocurrido y le había deseado que no volviese a pasar por un trance igual.

Echó un vistazo al reloj que había sobre la puerta del aula y meditó en qué hacer. Había prometido a Dain que lo llamaría nada más terminar su labor en el colegio, él estaba dispuesto a pasar por ella para acompañarla a casa y que pudiese recoger las cosas que necesitase para los próximos días. El hecho de tener que pasar de nuevo por el edificio y entrar en su casa le incomodaba tanto como el volver a su casa y pasar otra u otras noches bajo su mismo techo.

—Deberías buscar algún lugar en el que quedarte durante unos días, ya es hora de que tomes una decisión sobre esa casa, especialmente después de lo de anoche.

Si había tenido alguna duda con respecto a seguir en esa vivienda, después de lo de anoche, se habían despejado. No quería seguir allí, no quería tener que enfrentarse de nuevo a los recuerdos y a la ausencia de Ruth y, tras el asalto de ayer, no se sentía siquiera segura traspasando el umbral.

Se frotó los brazos con las manos y sacudió la cabeza.

—Tengo que buscar otro lugar, a poder ser de alquiler más reducido —suspiró. Llevaba tanto tiempo de alquiler que, la idea de comprarse algo propio se había ido diluyendo con el paso de los años.

Recogió el abrigo del respaldo de su silla y se lo puso, cogió el bolso y el maletín y comprobó que no había dejado nada sobre la mesa. Llamaría a Dain después de pasar por la panadería que había una manzana más abajo, hoy era uno de esos días en los que necesitaba un *«Beso de Chocolate»*, unos *cupcakes* de bizcocho de chocolate borracho con *frosting* de merengue cubierto de cacao. Los había descubierto hacía relativamente poco tiempo y se había convertido en su quitapenas favorito. No había nada que un bocado a ese delicioso postre no pudiese borrar y, ahora mismo, le vendría bien poder olvidarse de un montón de cosas.

Giró sobre sus pies y caminó hacia la puerta, apenas había cubierto media aula cuando alguien entró de sopetón y le dio un buen susto. Se llevó la mano al pecho, sintiendo el acelerado latido de su corazón.

—Por el amor de Dios, Robert, casi me matas del susto.

El recién llegado sonrió, le dedicó una caída de ojos que, en algún momento del último año le había parecido interesante, y se pasó una mano por el alborotado pelo, desordenándolo todavía más. Al contrario que su actual casero, el profesor de Historia apenas le quitaba una cabeza y eso porque ella llevaba unos considerables tacones, posiblemente rondase el metro setenta y no más.

Se flageló mentalmente por caer en tal comparación, pero después de haber conocido a Dain Ratcliffe, a su hermano Lucien y al puñado de Maestros del *Blackish*, ese hombre parecía un pigmeo, por no hablar de que le faltaba… algo.

—Vengo a invitarte a nuestra salida de los viernes y esta vez, no aceptaré un no por respuesta.

Pues no tenía otra que darle, pensó con un gemido. No solo no le apetecía salir a tomarse una copa, sino que no le apetecía salir con él.

—Me temo que no vas a tener suerte —respondió intentando sonar amable—, hoy no es un buen día para mí, tengo bastantes cosas pendientes de las que ocuparme. Quizá otro día.

Avanzó, con intención de pasar delante de él pero extendió el brazo con ademán de tocarla y su respuesta fue dar un par de pasos hacia atrás, encogiéndose.

—Vamos, Faith, no puedes encerrarte por el simple hecho de que no esté Ruth para hacerte de carabina.

No pudo evitar levantar la mirada y parpadear sorprendida, no solo por su propia reacción a su intento de contacto, uno que él parecía ignorar, sino por sus palabras.

—¿Perdona?

—Llevas todo el mes rechazando mis invitaciones, negrita.

El inesperado apodo le escoció, no era porque hiciese referencia al color de su piel sino por la manera machista en la que lo había pronunciado.

—Las tuyas, las de Rosa y las de las demás compañeras —replicó bajando el tono hasta adquirir el matiz que le daba al hablar a sus alumnos—. No es personal, Robert, es solo que…

—En ese caso sal hoy conmigo —insistió y se le acercó, invadiendo su espacio personal —. Podemos tomarnos algo, charlar… incluso ir a cenar si te apetece.

Lo miró a los ojos, dejó que sus labios se fuesen curvando en una encantadora sonrisa, que no hizo sino aumentar las expectativas del imbécil y le dio su respuesta.

—Te lo agradezco, pero ya te he dicho que tengo planes —respondió con total cordialidad —. De hecho, deberías hablarlo con Rosa, a ella le encanta ir de copas y seguro que está dispuesta a salir un viernes por la noche e irse de chupitos.

—Te estoy invitando a ti, encanto.

Primero *negrita*, ahora *encanto*. Faith hizo un verdadero esfuerzo por no poner los ojos en blanco

—Y yo estoy rechazando amablemente tu invitación. —Se encogió de hombros con una sonrisa que ni sentía—. Como dije, tengo cosas de las que ocuparme.

—¿Cómo el tío con el que llegaste esta mañana?

Bueno, parece que las noticias tenían alas y llegaban a los oídos de gilipollas como este.

—¿Hay alguna norma no escrita que diga que yo o cualquier profesor de este centro no podamos acceder a nuestro puesto de trabajo en el coche de quién nos dé la gana? —Empezaba a perder la paciencia—. ¿Desde cuándo causa tanto interés con quién llega o no un profesor al colegio? ¿Te pregunto yo a ti con quién vienes? Juraría que nunca lo he hecho, ¿se lo pregunto a mis alumnos? Pues no, porque no es de mi incumbencia a menos que estos lleguen en un coche patrulla o en el camión de la morgue.

—No seas estúpida.

—Ah, ahora soy estúpida.

—Yo no he dicho eso.

—Pues entonces es que oigo fatal. —Se llevó las manos a las caderas, apoyando el maletín contra el muslo—. Porque juraría que es lo que acabas de decir.

—Tergiversas mis palabras.

Sonrió ampliamente y chasqueó la lengua.

—No, el problema es que tú no entiendes las mías —aseguró, se lamió los labios y añadió —. Yo vengo aquí a dar clases, a asegurarme de que esos chicos que tengo en el aula aprendan algo que pueda servirles para el día de mañana. Me interesa que no traigan armas con ellos, que

aprendan que hay más salidas que la violencia y que el día de mañana puedan ser personas de las que ellos mismos y sus familias se sientan orgullosos sin necesidad de amenazar, extorsionar o asediar a alguien —remarcó cada palabra con mucho cuidado—. Así que, si un viernes por la noche me apetece quedarme en casa a corregir exámenes lo hago, si me apetece salir con un amigo a tomarme unas copas, lo hago y si no quiero salir contigo, créeme, que no lo haré.

Su rostro no podía haberse congestionado más ante sus palabras.

—Que tengas un buen fin de semana.

Pasó por su lado y caminó hacia la puerta no sin antes escucharle sisear *«estúpida zorra negra»* antes de atravesar el umbral.

Sí, el pan suyo de cada día pensó Faith, insultos con los que había estado conviviendo desde que era una niña pequeña. Parecía mentira que en pleno siglo veintiuno siguiese habiendo ese odio racial hacia las personas, pero entonces, no es como si pudiese considerárseles realmente personas al puñado de individuos que usaban el color de la piel para perpetrar atrocidades.

Dejó escapar un suspiro y dejó que el sonido de sus tacones la acompañase a lo largo del pasillo, esa tarde iba a necesitar al menos dos besos de chocolate para olvidar toda la mierda que parecía estar dispuesta a caer sobre ella.

CAPÍTULO 34

Dain tenía que admitir que Faith era la profesora más sexy que había conocido en toda su vida, si hubiese dado clases en su época, seguro que habría roto algunas normas para conocerla más a fondo, pensó divertido. Había llegado un poco antes de la hora de salida que le había mencionado, así que le sorprendió ver que abandonaba el centro y echaba a andar calle abajo sin ni siquiera hacer el ademán de coger el teléfono y llamarle tal y como le indicó que lo hiciese.

Encendió el motor del coche y conectó el manos libres al tiempo que la llamaba. Abandonó el aparcamiento en paralelo y se incorporó a la carretera con lentitud, dejando espacio suficiente para quién quisiera adelantarle. Al momento vio como hacía malabares con sus cosas para buscar el teléfono.

—¿Hola? —Su voz llegó sofocada a través de los altavoces del coche.

—Hola, profesora, ¿ya has acabado tu jornada?

—Sí, de hecho acabo de salir y voy bajando la calle de camino a *High Bakery*, puedes recogerme allí, está justo una manzana después del colegio, a mano derecha.

Bueno, al menos no le estaba dando excusas, pensó divertido.

—Creí haberte dicho que te recogería dónde te dejé, Faith, fui bastante claro al respecto.

—Te estoy ahorrando parte del viaje, Dainiel, al tiempo que me concedo a mí misma un capricho —resopló, sin duda por tener que maniobrar con todo lo que llevaba encima—. Hoy me merezco un par de *Besos de Chocolate.*

Sonrió ante el tono decidido de su voz.

—¿Y no podías esperar a que yo llegase?

—No —le soltó con voz firme, haciéndolo reír—. Además, te has hecho famoso, mis alumnas te conocen.

—Y los míos te conocen a ti, profesora Valentine.

—No es lo mismo —chasqueó la lengua—. Apuesto que cuando me presenté en el gimnasio, si te hicieron después alguna pregunta sobre mí, los pusiste a correr o a hacer flexiones para no tener que dar explicaciones.

—¿Alguien te ha preguntado por mí?

—Parece que soy repentinamente popular por haberme bajado de tu coche —resopló—. Y la verdad es que es un tipo de popularidad que no me hace falta.

—*Um-hum.* —Intentó no reírse, entonces aminoró al ver al chaval en monopatín que se dirigía a toda velocidad hacia el paso de cebra—. Faith, ten cuidado con el *skater* del paso de peatones, alguien lleva más prisa que tú y va sobre ruedas.

Ella levantó la cabeza y la giró justo para ver al mocoso pasando por delante de ella a toda velocidad, si no se hubiese detenido se le hubiese echado encima.

—¡Perdón, profe!

—¡La madre que te…! —Se contuvo a medio insulto pero él no pudo evitar reírse al escucharla. Aquello llamó su atención, bajó la ventanilla y la miró.

—¿La llevo a algún sitio, profesora Valentine?

La manera en que se le quedó mirando, con esos ojazos abiertos y los labios entreabiertos fue tan cómica como dulce. Miró hacia atrás y de nuevo hacia él.

—¿De dónde…? ¿Por qué no me dijiste que ya habías llegado?

—Estaba esperando a que me llamarás, como te dije que hicieras, pero tú saliste del colegio como una exhalación dispuesta a ser atropellada por un *skater* para hacerte con tus, ¿besos de chocolate? —Señaló el asiento de copiloto—. Sube, profesora.

La manera en que se tensó le dijo que había detectado la orden en su tono de voz y, no pudo evitarlo, lo excitó.

—Me temo que los besos de chocolate tuvieron prioridad sobre cualquier llamada —declaró subiendo al coche, dejó sus cosas en el asiento de atrás y se puso el cinturón—. Hola, por cierto.

—Hola, Faith.

—Tenía intención de llamarte tan pronto le hincase el diente a esa esponjosa masa de chocolate, te lo prometo.

Y la creía, no era de las que decían las cosas por decir.

—¿Has tenido algún problema en el colegio?

Sacudió la cabeza, pero su rostro mostraba lo enfurruñada que estaba.

—Ninguno que no se solucione con una dosis de chocolate, señor —le soltó con un resoplido, estiró el brazo y señaló hacia la calle paralela—. Gira a la izquierda, sigue recto hasta el final de la calle y gira de nuevo a la derecha. Cuando veas un letrero de color rosa chicle con letras amarillas, para. Quiero mi *Beso de Chocolate.*

—Caray, profesora, y yo que pensaba que eras dulce, tímida e inocente. —Se rio ante la forma de rezongar de ella—. Y refunfuñas como una pequeña harpía.

—No soy una harpía, retira eso ahora mismo.

La inmediata réplica le sorprendió y activó al momento su lado dominante. Ninguna sumisa se le sublevaba de esa manera y menos sin motivo.

—Te estás comportando como una y solo conozco un tratamiento para esa clase de indisciplina, lobita, así que modera tu tono de voz.

Su respuesta fue inmediata, algo en ella pareció hacer clic y vio como bajaba la mirada, dejaba escapar un suspiro y adoptaba un tono neutral.

—Si puedes parar unos minutos en doble fila, iré a comprar los dulces y no tendrás que lidiar con mi mal humor, señor —musitó—. Y perdona que no te haya llamado antes, pero esto era precisamente lo que quería evitar. Lo siento.

Se detuvo tal y como le había pedido y la miró.

—La manera de evitar estas cosas, Faith, es hablando conmigo antes de ponerte de morros.

—Yo no…

—Faith.

Levantó la cabeza y lo miró.

—Ve a comprar tus dulces, después te acompañaré al piso para que puedas recoger lo que necesites e iremos a casa. —Miró el reloj del salpicadero—. Tengo que volver al gimnasio a última hora, pero tendremos tiempo suficiente para sentarnos y hablar de lo que quiera que te está molestando. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Sí, de acuerdo —aceptó y echó mano a la manilla del coche solo para detenerse en el último momento—. ¿Quieres que te traiga alguna cosa? No sé si te gusta el chocolate, pero hacen unos bollos de canela que están muy buenos. Te gustan las galletas del reverendo, así que…

—Eres muy observadora, dulzura.

Se encogió de hombros.

—Se me da bien fijarme en las cosas —aceptó, bajó del coche y se inclinó hacia la ventanilla—. No tardo.

—Aquí te espero.

Esa pequeña era como un caleidoscopio, pensó en retrospectiva, dependiendo de cómo la mirases tenía una faceta distinta. Había algo que le preocupaba, que la tenía tensa y no era solo de ahora, ya lo había notado durante la mañana, durante el camino hacia el colegio. Había hablado sobre el itinerario a seguir por la tarde y había notado su desazón. En un principio pensó que podía deberse a que estuviese nerviosa por su cercanía, por lo que había pasado entre ellos la noche anterior, pero ahora intuía que la cosa iba mucho más allá.

A pesar de todo, había reconocido al momento su cambio de ánimo, fue consciente del sutil cambio en su voz y se plegó a él, maniobrando de modo que la tensión terminó diluyéndose entre las palabras y las disculpas.

No puedes arreglar la vida de las personas, Dain, tampoco puedes solucionar los problemas de una sumisa si esta no te los cuenta y, aun así, no hay garantías de que puedas hacer algo. No eres Dios, por ello, lo mejor que puedes ofrecer es tus oídos. Escucha, a veces solo quieren eso, que alguien las escuche.

Un sabio consejo que le había repetido en más de una ocasión Markus, el pensar en su mentor lo llevó a plantearse llamarle esa noche, hacía tiempo que no lo llamaba, igual que a su madre, ambos terminarían preguntándose qué le pasaba si no daba pronto señales de vida. Y, conociendo a su madre y el drama que había protagonizado cuando le supo herido, no le sorprendería lo más mínimo si se plantase en su casa a la mañana siguiente.

Miró hacia la puerta del local y la vio salir con una bolsa en una mano y un pequeño *cupcake* ante la boca, al cual le daba un mordisco para luego gemir con tal deleite que su polla respondió al momento.

—No puedo evitarlo, están calentitos —gimió entrando en el coche, se lamió los labios y se inclinó hacia él, presentándole el postre—. Venga, muerde, te prometo que está buenísimo.

No declinó su ofrecimiento, estaba tan entusiasmada que no quería ofenderla, así que le pegó un mordisco y le lamió los dedos en el proceso.

—No está nada mal.

La sonrisa que le dedicó fue suficiente para que se relajase al momento.

—Son mi perdición —asintió metiéndose el resto en la boca mientras gemía de deleite—. Y, de verdad, perdona que fuese tan gruñona antes, pero es que necesitaba una dosis de azúcar. Ha sido un día… complicado.

—¿Quieres hablarme de ello?

Se entretuvo poniéndose el cinturón, se acomodó y mantuvo la mirada al frente.

—Quizá más tarde, ahora, ¿podemos terminar con lo que tenemos pendiente? Quisiera recuperar mi coche, lo necesito y no puedo seguir posponiendo lo evidente.

—¿Y eso sería?

Se giró hacia él.

—Voy a dejar el piso —le informó—. Ya no siento que pertenezca allí, desde que no está Ruth es… es cómo vivir con un fantasma y, después de lo de anoche. No, no puedo quedarme allí. Me buscaré otro lugar, algo con un alquiler más reducido.

—Sabes que puedes quedarte en casa todo el tiempo que necesites.

—Te lo agradezco, Dain, pero necesito mi propio espacio.

Un lugar en el que poder rearmarse cuando él o cualquier otro la desarmaba, comprendió ante sus palabras, al final Lucien tenía razón, las cosas estaban yendo demasiado rápido,

especialmente para ella.

—Lo entiendo —aceptó y la miró de soslayo antes de incorporarse a la marcha—. Te ayudaré a buscar algo que se adapte a tus necesidades.

—¿Lo harías? Oh, gracias.

No le pasó por alto la sorpresa que escuchó en su voz, como si no concibiese que alguien se ofreciese a ayudarle voluntariamente.

—Podrías preguntarle mañana a Siobhan, es la mujer de Logan, trabaja como paisajista y a menudo se entera de si hay alguna casa a la venta o piso en alquiler.

Los ojos marrones se deslizaron sobre él, los entrecerró y chasqueó la lengua.

—E imagino que el lugar en dónde puedo encontrarla sería… ¿el club?

—Puedo darte su dirección o llamar a Logan y que te ponga en contacto con ella.

—¿De verdad quieres que vaya?

Su pregunta lo cogió por sorpresa.

—Sí, Faith, me gustaría que lo hicieras, pero solo sí tú estás dispuesta a hacerlo.

—No sé si esto —hizo un gesto generalizado—, es lo que quiero. Es decir, me caes bien, de eso no hay duda y, me gustas… pero… Anoche te dije que no me quedaba por… y luego…

—¿Para ti es un problema que nos sintamos atraídos sexualmente?

—No, es eso…

—¿Y qué es?

Se lamió los labios, estaba nerviosa.

—Que me guste estar contigo de esta manera, que… me sienta segura estando contigo cuando apenas nos conocemos.

La miró de soslayo.

—Hay pocas personas que pueden conocerse mejor de lo que tú y yo nos conocemos, dulzura.

—No me refiero al terreno sexual, Dain, es… —Bajó la mirada a su mano y jugó con el anillo. No se lo había sacado—. Las cosas van demasiado rápido.

—En ese caso, tendremos que esforzarnos por hacer que vayan más despacio.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya me dirás cómo, porque yo no sé cómo bajarme de este tren.

—Empecemos con este preciso momento, con lo que tienes en mente.

Asintió pensativa.

—En ese caso, acompáñame a casa para que pueda recoger mis cosas y a partir de ahí, lo iré viendo sobre la marcha.

—Eres una sumisita muy inteligente.

Ella suspiró.

—Lo que tú digas, Amo Dain, lo que tú digas.

Se rio, al menos no le había replicado que no era sumisa.

CAPÍTULO 35

—Así que Dain está colado por esa pequeña morena, ¿eh?

Lucien miró a Logan, el policía había decidido acompañarlo al aeropuerto para recoger a Blake. El hombre se había mostrado dispuesto a ayudarles en todo lo que hiciese falta para desentrañar la muerte de Ruth Vera. Algo en su voz y en sus comentarios le advirtió que no había recibido demasiado bien la noticia de su muerte.

La mención de su hermano y la pequeña sumisa le arrancó una sonrisa, no podía olvidar la forma en que esos dos se miraban, especialmente la forma en la que Dain la deseaba.

—¿Colado? Eso es quedarse corto —chasqueó—. Creo que ha encontrado a la sumisa adecuada para él, una que alimenta su vena protectora, que le llena, y después de conocer un poco a la chica, creo que es también lo que necesita. Se complementan muy bien.

—Es difícil encontrar a alguien que cubra tan bien tus necesidades, que encaje como un engranaje perfecto, cuando por fin lo encuentras, el truco está en hacerle ver que no habrá nadie que encaje mejor que tú.

—Juraría que eso es lo que está intentando comprobar él, que encajan lo bastante bien como para no dejarla escapar.

—¿Y encajan?

—Como dos piezas bien engranadas —aceptó—. Es cuestión de tiempo que él se decida a reclamarla.

—Me alegro por él, ya era hora de que encontrase a alguien y esa muñequita parece que también necesita de alguien.

Sí, él era de la misma opinión.

—Por cierto, Horus me ha comentado que las sumisas han hecho una de las suyas —añadió—. Les tiene preparada una buena para la noche del sábado en el *Blackish*.

—Esas chicas se han portado como verdaderas traviesas, no se sabe quién es la artífice, pero llenaron las cruces de pegatinas de unicornios, disfrazaron las botellas de cerveza negra y colgaron un unicornio de peluche del logo del club.

La carcajada de Logan tiró de su propia sonrisa.

—Déjame adivinar, Luna está metida en el ajo.

—Luna, Kitty y Jessica, al menos que se sepa, porque las tres dicen ser inocentes de todo el desastre.

—Si Sio no hubiese pasado la semana fuera con Camden, hubiese apostado por ella también —se rio—. Ahora entiendo el castigo que les tienen preparado.

Sí, él también estaba al tanto, de hecho, cada socio del club sabía que iba a haber una primera sesión de lo más divertida.

—¿Qué tal le ha ido al chef?

—Ha conseguido el premio *Basque Culinary World Prize* para el *Temptations*, está que no cabe en sí mismo.

—Me alegro.

—Sí, desde que está Sio ha cambiado, está mucho más tranquilo, satisfecho. —Sonrió para sí con cierto aire de nostalgia—. Si Ágata lo viese ahora, sé que estaría feliz por él.

Ágata Crossroad había sido una filántropa, una mujer que, con solo existir, había devuelto la vida a cinco buenos hombres. Estos le habían devuelto su favor creando una compañía en su nombre, una que colaboraba activamente con plataformas y proyectos que contribuían a ayudar a los que más lo necesitaban en los distintos ámbitos.

—Es bueno saberlo.

Echó un vistazo al reloj, después al pasillo de llegadas y palmeó el hombro del policía.

—Ya está aquí.

Blake Calis caminaba hacia ellos con una mochila al hombro como único equipaje, se reunió con ellos y lo saludó.

—Lucien Ratcliffe. —Lo reconoció.

—Bienvenido. —Le estrechó la mano y presentó al hombre que le acompañaba—. Él es el detective Logan Cooper, de la Policía de NY. Está trabajando con Damien en el caso y también es socio del *Blackish*.

—Detective.

—Llámame Logan. —Estrecharon las manos—. Gracias por venir.

Negó con la cabeza.

—Cuando me informaron de lo que le ocurrió a Ruth… —Su voz se desestabilizó un poco pero volvió a recuperar el ritmo—. No podía hacer otra cosa. ¿Cómo está Faith?

Ambos se miraron.

—¿Conoce a la señorita Valentine?

—Yo a ella sí, pero ella no sabe quién soy. —Se encogió de hombros—. Ruth me la presentó una vez, en el evento contra la drogadicción que llevó a cabo. Y sobre todo me habló mucho de ella, de su mejor amiga y compañera de piso.

—Dennis Spencer entró en su casa anoche y la intimidó.

—¿Cómo?

—Todo quedó solo en un susto, pero se coló en su casa buscando a la señorita Vera.

Su rostro se endureció.

—Incluso después de que se haya ido sigue interponiéndose.

—Necesitamos dar con él —añadió Logan—. Sabemos que no ha podido ser quien ha… perpetrado tal crimen contra la señorita Vera dado que estaba fuera de la ciudad y no volvió hasta hace un par de días.

Negó con la cabeza.

—No, no creo que fuese él —declaró—. Ruth llevaba metida en problemas desde mucho antes.

—¿Qué quieres decir?

—Que su programa contra la drogadicción nació de una *vendetta* personal, pero nunca pensé que llegase tan lejos como para terminar muerta.

—¿*Vendetta* contra quién?

—Contra su exnovio, Miguel Ferrero.

—No me jodas.

—¿Sabes quién es?

—Y tú también —aseguró Logan—. Es el correo de Carson Piper, el tipo que Damien metió entre rejas la noche de la redada. Es también quién se encargaba de la distribución de la droga en los suburbios. No pudimos dar con él esa noche, suponemos que alguien lo alertó o que, sí estaba en el club, se largó cagando leches. Llevamos buscándolo desde entonces sin éxito.

—¿Y dices que Ruth estaba con él?

—Habían salido durante la universidad y fue el culpable de que su hermano pequeño cayese en las drogas y muriese de una sobredosis —añadió Blake—. O eso es lo que me contó ella en una ocasión. Era el motivo por el que quería sacar adelante el proyecto contra la drogadicción y llevarlo al ayuntamiento. No quería que sus alumnos cayesen en el mismo agujero en el que había caído su hermano.

—¿Ella se reunía con él?

—No lo sé, quiero pensar que en el tiempo que estuvo conmigo fue sincera, pero la manera en que siempre hablaba de ese hombre… —Negó con la cabeza—. Entonces apareció Dennis y las cosas entre nosotros empezaron a enfriarse. Un par de meses después la liberé, me dijo que no podía seguir conmigo, que se había enamorado de alguien más y decidimos separarnos. Sabía que algo había cambiado desde que jugamos con ese tío, luego me lo confirmó. Se había estado viendo con él y eso fue todo. Yo me marché por trabajo y también para poner tierra de por medio después de una mala relación.

—Así que, los únicos que pueden aportar alguna pista sobre el misterio que rodea a la muerte de esa mujer son Dennis Spencer o Miguel Ferrero.

—Dado que Spencer no estaba en la ciudad y que ahora sabemos que Ferrero está de por medio, yo lo señalaría a él como el presunto culpable —añadió Logan con una mueca—. Te importaría venir ahora a comisaría y poner todo esto en una declaración.

—No, claro que no, para eso he venido —aceptó, entonces señaló hacia la salida con un gesto de la barbilla—. Lo que me gustaría es, si es posible, visitar la tumba de Ruth para presentarle mis respetos.

Lucien asintió.

—Por supuesto, yo mismo te llevaré.

Con eso los tres emprendieron la marcha, esa noche parecía haber empezado a despejarse la niebla que cubría todo aquel misterio.

CAPÍTULO 36

Faith no era de curiosear, pero tampoco era de las que se quedaba de brazos cruzados. Después de recoger algunas de sus cosas en el piso y comprobar que ya no había nada que le inspirase a quedarse, había conducido su propio coche hasta la calle de Dain y había subido sus cosas. Él la había escoltado, acompañándola a la vivienda, dejándola con sus cosas para cambiarse y volver a salir.

—¿Estarás bien si te dejo sola?

—Sí, no te preocupes —asintió—. Aprovecharé para colocar mis cosas, corregir redacciones, echaré un vistazo a los alquileres por la red y haré la cena.

—Faith, no tienes porqué…

—Pero quiero hacerlo, no me cuesta tanto y no me siento una ocupa.

—No discutiré, haz lo que creas que necesitas hacer para sentirte a gusto —le concedió y miró el reloj—. Volveré sobre las diez, si nadie decide lesionarse antes, si necesitas algo quiero que me llames. ¿Soy claro, mascota?

Evitó poner los ojos en blanco y señaló otro punto.

—No tienes que estar pendiente de mí, puedes hacer tu vida de siempre, ir al club…

—Hoy hay una fiesta de *swinger*, dulzura, a menos que quieras venir conmigo para un intercambio de pareja…

—Ni de coña.

—En ese caso nos veremos en unas horas.

Le dedicó un guiño, recogió su bolsa de deportes y salió por la puerta.

Y eso había pasado hacía algo más de hora y media, había terminado con la tarea del colegio, preparado algunas cosas para el lunes y dejado listos los ingredientes para ponerse con la cena en un rato más. Su intención había sido levantarse y desperezarse, caminar un poco por la vivienda y su vagabundeo la llevó al salón y a las fotos que había expuestas en uno de los muebles de la pared.

Algunas instantáneas retrataban a Dain con su hermano en algún conocido lugar o haciendo caras, en otras aparecían los dos con una mujer en actitud más modesta, también había otra foto en la que aparecía él a solas con esa mujer, rodeándole la cintura. Su parecido era tan grande que no le sorprendería que fuese su madre. Y terminaba el recorrido con una polaroid en la que aparecía con un hombre de su misma altura, un poco más ancho de hombros y que debía rondar los cincuenta y tantos. Viéndolos uno al lado del otro parecían padre e hijo, pero no había rasgos que los proclamaran como parientes, solo ese aire de complicidad y estoy al mando que siempre lo rodeaba.

Acarició la foto con los dedos y le dio la espalda, miró el reloj y calculó lo que le llevaría preparar la cena. Había decidido hacer un poco de pasta fresca con champiñones y bechamel, era algo sencillo y liviano para la cena, solo esperaba que le gustasen.

—Nadie tendría un producto que no consume en la nevera, Faith, menos viviendo solo. —Se repitió por enésima vez.

Si había algo que disfrutaba haciendo era cocinar, le gustaba innovar, probar recetas nuevas pero hasta entonces solo había podido utilizar de conejillo de Indias a Ruth. Ella estaba

dispuesta a intoxicarse, solía bromear, habían compartido momentos muy divertidos en la cocina, algunos de ellos también inmortalizados con la cámara del móvil.

El recorrido por el salón y las fotos la había hecho recordarla, recordar los portarretratos que todavía decoraban la vitrina, solo había cogido la foto que tenía pegada en la nevera, una que habían hecho un par de semanas antes de que ella desapareciese, la alegría que reflejaba el rostro de su amiga en esa foto así era como quería recordarla.

Hizo los tristes recuerdos a un lado y se concentró en la tarea que tenía por delante, se sumergió en su propio mundo hasta tal punto que no fue consciente de que alguien llamaba al timbre y, abría con su propia llave, llamaba al propietario de la casa y entraba hasta la cocina.

—Vaya, tú no eres Dain.

La inesperada voz masculina con un profundo deje tejano hizo que se girara al momento hacia la puerta, allí, enmarcado en el umbral había un hombre que le doblaba en tamaño, vestía con vaqueros, camisa a cuadros y una chaqueta verde militar. El pelo negro estaba salpicado de canas, había una sombra de barba sobre su mentón y bigote y unos intensos ojos verdes parecían que la miraban con abierta curiosidad en un rostro de planos duros. Tardó unos instantes en reconocerlo como el hombre que había visto en una de las fotos del salón, pero aquello no consiguió disminuir el acelerado latido de su corazón. Su sorpresiva presencia la trasladó rápidamente al día anterior, al hecho de estar sola en esa casa ante alguien a quien no conocía de nada.

La mesa de la cocina era la única barrera que había entre ambos, apretó el mango del cuchillo con el que había estado cortando los champiñones y se mantuvo inmóvil.

—Eh, tranquila, pequeña. —Su voz bajó una octava, dejó lentamente la bolsa de viaje que traía consigo en el suelo y levantó una bolsa con el logo de un conocido restaurante chino a modo de parapeto—. Entiendo que acabo de darte un buen susto, te prometo que no era mi intención.

Se movía despacio pero con seguridad, dejó la bolsa sobre la encimera y se volvió hacia ella.

—Soy Markus Preston. —Se presentó desde una prudencial distancia—. Quería darle una sorpresa al cabronazo de mi ahijado, pero está claro que la sorpresa me la he llevado yo.

—¿Ahijado? —La palabra surgió voluntariamente de sus labios.

—Sí, Dain es mi ahijado —aceptó bajando la mirada sobre sus manos, como si quisiera asegurarse de que el cuchillo que todavía sujetaba seguía en su lugar—. Y tú debes ser alguien bastante importante, por lo que veo.

Ladeó la cabeza ante lo que fue más bien un susurro.

—Dainiel está dando clases en el gimnasio Chaser.

Él asintió, como si reconociese el lugar y se apoyó en la encimera con tranquilidad.

—Así que sus heridas han empezado a sanar.

Ante la mención de algo que posiblemente solo sabría alguien de confianza empezó a relajarse. Ella misma había comprobado que las heridas habían empezado a cicatrizar lo suficiente para que pudiese cometer la clase de excesos de anoche. La de su espalda estaba todavía algo rosa, pero iba bien.

—Sí, están mucho mejor.

—Bueno, eso quiere decir que podré pegarle una paliza cuando lo tenga delante por haber omitido algo de ese calibre.

No pudo evitar parpadear ante sus palabras.

—De hecho, voy a llamarle ahora mismo —aseguró llevándose la mano a la chaqueta con

total tranquilidad, sacó el teléfono móvil y marcó—. Entiendo que no te fías de mí…

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—No… no le conozco, señor.

Él sonrió y asintió, entonces levantó un dedo. Intercambió unas cuantas palabras con alguien que presumiblemente había cogido la llamada y esperó. A continuación, siguieron una serie de murmullos del otro lado de la línea y las respuestas inconexas del hombre.

—…pues la llamada llega tarde, muchacho. Un mes tarde, sin mencionar que he tenido que enterarme por otros de que te habían apuñalado —replicó con voz dura, casi podía notar el mismo tono con el que le hablaba Dain cuando quería toda su atención—. Pues no, de hecho estoy en tu casa, hablando con una encantadora muchacha que lleva tu anillo y que aferra con fuerza un cuchillo de cocina. ¿Faith?

Se enderezó al escuchar su nombre.

—¿Te llamas Faith?

Ella asintió en respuesta.

—Pues tu Faith… Ah, entiendo… Hijo de puta… De acuerdo, espera… —Bajó el teléfono y activó el manos libres, pues al momento escuchó la airada voz de Dain.

—…ella no te conoce, si levanta el cuchillo para defenderse, no se lo tomaré a mal.

—¿Dainiel?

—Faith, dulzura, ¿estás bien?

—Todo lo bien que puede estar una persona cuando entran en casa sin que se dé cuenta —murmuró en respuesta—. Lo siento.

Lo escuchó sisear.

—Tú no eres la culpable de su presencia —gruñó el hombre a través del teléfono—. Markus es mi padrino y suele dejarse caer sin anunciar. Puedes pegarle una patada en el culo y decirle que espere en la entrada si te sientes incómoda con su presencia, tienes mi permiso.

—Pero qué falta de hospitalidad. —Se quejó el aludido al tiempo que le dedicaba a ella un guiño—. ¿Esos son los modales que te enseñé?

—Tú me enseñaste cosas que es mejor que no sean pronunciadas en voz alta y delante de Faith.

—Si eres inteligente terminarás enseñándoselas a ella —canturreó.

—Vete a la…

—Dain, hay una dama delante.

Gruñó en respuesta.

—Nena, ¿te importaría no hacerle pedazos con el cuchillo de cocina mientras termino aquí y vuelvo?

Bajó la mirada al utensilio que todavía sujetaba y se sonrojó, lo posó sobre la mesa y murmuró un perdón al recién llegado, él se limitó a restarle importancia.

—Gracias, todo arreglado —le informó el hombre—. No tardes o te quedarás sin cena. Había traído comida china, pero lo que está haciendo tu chica me gusta más.

Dicho eso le colgó dejándolo con la palabra en la boca.

—Entonces, ¿necesitas ayuda con la cena, señorita Faith?

Se lo quedó mirando unos instantes, ladeó la cabeza y señaló el plato con los ajos.

—¿Qué tal se le da cortar los ajos?

Se remangó y caminó hacia ella.

—Comprobémoslo.

CAPÍTULO 37

—Bueno, ¿y cuál es vuestra historia?

Dain fulminó a Markus con la mirada, su imprevista visita había causado un revuelo inesperado, tenía que haber supuesto que su madre no se iba a quedar callada con respecto al accidente y eso, unida a su falta de noticias hizo que él respondiese como siempre lo hacía, buscando sus propias respuestas.

Cuando le llamó diciéndole que estaba en su casa no lo encontró preocupante, lo hizo el hecho de que le dijese que Faith tenía un cuchillo en las manos. Después del susto que se había llevado el día anterior no le sorprendería descubrir al llegar que su inquilina le había clavado la hoja al muy imbécil. Lo que se encontró sin embargo fue a los dos en la cocina, riendo mientras compartían una copa de vino blanco.

—Me temo que no es una historia propiamente dicha, es más bien un cúmulo de complicadas situaciones.

—Faith estaba metida en problemas, la ayudé y un hijo de puta me pagó con una puñalada.

—Dos.

—Dos puñaladas. —Se corrigió—. Ella impidió que me desangrase hasta que llegó la ambulancia.

—Teniendo en cuenta que te apuñalaron por mi causa...

—Lobita...

—No he dicho nada.

—Buena chica —aceptó complacido aunque sabía que su recapitulación tenía más que ver con el invitado presente que con que sintiese lo que decía—. Y después de eso, me mandó un ramo de flores al hospital.

—Es lo que se estila.

—Solo para volver a coincidir en el *Blackish*.

—Vaya, se pone interesante.

—No tanto, llegó buscando a alguien que se hacía pasar por mí y que presuponía había sido el asesino de su amiga.

—Eso son palabras mayores —declaró serio—. ¿Alguien se está haciendo pasar por ti?

—Ha usurpado mi nombre, ya sabemos quién es, pero no los motivos que lo llevaron a ello.

—¿Y dices que asesinó a su amiga?

—No, no después de que él entrase en su casa y se comprobase que no estaba en la ciudad en ese momento.

—Con un demonio, Dain, el que se mete en estas mierdas es Lucien no tú.

—Eso me ha dicho él. —Y la miró a ella—. Al final todo ha sido un cúmulo de acontecimientos que han empezado en dos vertientes distintas y han terminado reuniéndose bajo una misma ecuación.

—Se sabe ya quién está detrás de todo esto.

—De algún modo parece que las cosas se van esclareciendo y todo apunta a un problema con las drogas y su distribución.

Faith lo miró.

—¿Has averiguado algo más?

—Blake ha llegado y ha tenido un interesante intercambio con Logan y Lucien, iban a comisaría a firmar la declaración. Me temo que están saliendo más cosas a la luz sobre tu amiga Ruth, cosas que creo no sabes.

Tragó y vio como sus ojos se oscurecían por la pena.

—¿Qué? Dímelo.

—¿Sabías que Ruth Verá tenía un hermano y que murió de una sobredosis?

—¿Qué? No, ella no tenía familia. Se crio en las calles, como yo...

—No, Faith, tenía un hermano pequeño, no conozco todos los detalles todavía, Logan iba a investigarlo. El programa de prevención lo creó por él, para que nadie cayese en ese mismo error.

—Pero...

—¿Te habló alguna vez de su exnovio, la pareja que tenía en la universidad?

—Sé que había existido alguien en la universidad, un tío con el que iba a casarse pero descubrió que estaba metido en drogas y lo dejó. Era una cría por aquel entonces.

—Bueno, en cierto modo parece que no te mintió del todo. —Lamentaba ser tan duro, pero era necesario que enfrentase la realidad—. Según ella misma le contó a Blake, esa relación no acabó bien, él estaba metido en más mierda de la que ella pensaba y, cuando se dio cuenta, su hermano había caído en ese agujero y no volvió a salir. La casualidad ha querido que ese tío sea además el correo de los cabecillas de la red de narcotráfico a los que se arrestó en la redada. Ese hombre, Miguel Ferrero, sigue sin embargo fuera y todo apunta a que él es el más que probable responsable de lo que le ocurrió a tu amiga.

—No. Eso no puede ser verdad. Ese tal… Blake tiene que estar equivocado, él no la conocía, de lo contrario…

—Fue su amo durante casi seis meses, su amo, Faith, ella fue su sumisa, aceptó su collar, se suponía que había confianza entre ellos.

Dain vio la respuesta en los ojos de la chica.

«Pero entre nosotras no».

Se levantó de la mesa, lo fulminó con la mirada y se marchó. Lo próximo que oyó fue la puerta del dormitorio al cerrarse.

—¿Era necesario que fueses tan cruel?

Dejó escapar un siseo.

—No puede seguir negando las evidencias, no cuando cada uno de sus actos por encontrar una respuesta a lo que le pasó a su amiga la conducen a situaciones que la ponen en peligro. —Se justificó—. Sé que después de esto será incluso más difícil que confíe en mí, recela de todo el mundo por miedo a que, si se abre, alguien la traicione y la abandone.

—Me suena demasiado a alguien que conocí hace años.

—Ella es como yo, como era yo antes de encontrarme a mí mismo y mi lugar en el mundo, pero también es mucho más delicada, es una mujer que se da por entero y que alguien te falle así termina por destruirte.

—Lleva tu anillo, pero no es tu sumisa.

—Es mucho más, cada día que pasa se convierte en algo más y esa posibilidad es tan liberadora como aterradora.

—No deberías precipitarte, hay demasiados factores externos que te condicionan ahora mismo, Dain —chasqueó—. Eres alguien que necesita darse a los demás, que crece en ayudar a aquellos que no pueden salir adelante solos. Vives para tu trabajo, lo respiras, ¿no la estarás

viendo a ella como una de tus misiones?

—Me lo he preguntado durante cada maldito día desde que la conocí y, cuánto más tiempo paso a su lado, cuanto más descubro sobre ella, más deseo seguir descubriendo —confesó y sacudió la cabeza—. No creo estar salvándola, Markus, pero si me pregunto si no seré yo el que necesita ser salvado de ella.

—Si te estás haciendo esa pregunta, muchacho, es porque ya tienes la respuesta.

Le palmeó el hombro y señaló la puerta—. Ve a verla, yo puedo quedarme en el sofá.

Negó.

—Quédate en mi cuarto. —Lo instó a ello—. Esta noche me quedaré yo en el sofá.

Solo si Faith no le quería cerca.

¿Habría alguien que hubiese sido realmente sincero con ella alguna vez? ¿Alguien había confiado lo bastante en ella como para no mentirle a la cara mientras le sonreía? Cada día que pasaba se desencantaba más, encontraba más motivos para sentirse como una estúpida, para creer que las personas solo estaban a su lado cuando así les interesaba y ella caía una y otra vez, confiando en quienes no debía, creyendo que había encontrado en quién apoyarse, a quién servir de apoyo.

Cuando empezaron a salir a la luz cosas que no sabía de la que siempre pensó era su mejor amiga se dijo que tenía que haber una razón, un motivo que justificase que le hubiese ocultado esto o aquello, quería creer en ella, quería conservar su recuerdo tal y como lo había creado, pero ahora, con todo lo que iba saliendo a la palestra se hacía más y más difícil.

Le había dicho que no tenía familia, que nunca había tenido hermanos, llegó a decirle que ella era su hermana... Mentiras.

Una vez le confesó que estuvo enamorada, que conoció a alguien y el amor la cegó impidiéndole ver que esa persona no era lo que parecía, que la defraudó, que él era el motivo de que luchase por evitar a los chicos que cayesen en lo mismo. ¿Una verdad a medias?

Nunca se dio cuenta de que, bajo esa actitud despreocupada, de las sonrisas, de las noches de marcha, de su éxito con los hombres se ocultaba en realidad otra Ruth, una sumisa. Nunca confío en ella para decirle lo que pensaba realmente, cuáles eran sus preocupaciones.

Todo lo que no le decía lo plasmaba en un diario y mientras ponía su mejor cara para seguir adelante con su vida.

¿Había confiado realmente alguna vez en ella? ¿La había querido como decía hacerlo? ¿Habían sido hermanas de la vida?

El mundo en el que había vivido se desmoronaba, cada muro se iba resquebrajando poco a poco hasta quedar en piedras y los huecos empezaban a llenarse con nuevas situaciones que la sobrepasaban, que la conducían por callejones por los que nunca había transitado y en medio de todo ello parecía haber solo una persona a la que aferrarse.

—¿Faith?

Su voz llegó acompañada del sonido de los nudillos en la puerta. No quería verle, no quería enfrentarse a él y, al mismo tiempo, las ganas de abrirla y lanzarse en sus brazos se hacían demasiado intensas como para ignorarlas. Era una dualidad que no comprendía, que la quemaba por dentro casi tanto como lo hacían sus caricias, quería responder con tantas ganas como deseaba mandarlo a la mierda.

La puerta se abrió a pesar de mantenerse en silencio, no se movió, se mantuvo de espaldas

a la puerta, con la mirada fija en la ventana y en la noche que ya había caído sobre la ciudad.

Escuchó como se cerraba a su espalda y, segundos después él entraba en su campo de visión.

—No es culpa tuya, Dain, antes o después alguien acabaría soltándolo —musitó ella—. La verdad al final siempre sale a la luz, pero no puedes evitar que duela.

Se sentó a su lado, el colchón se hundió por su parte inclinándola hacia él.

—Tampoco puedes evitar que crea en aquellos en los que decidí confiar.

—No, no puedo. Y tú tampoco puedes saber qué personas deciden guardarse las cosas para sí mismas o mentir para protegerse.

Lo miró de soslayo y se encontró con sus ojos.

—El mundo no es perfecto y la humanidad tampoco. —Se encogió de hombros—. De ti depende hacer que tu propia vida sea lo que quieres que sea, los errores están a la orden del día, lo que debes hacer es aprender de ellos.

Asintió conforme con su razonamiento.

—Yo he cometido unos cuantos últimamente…

—Tú suplicas problemas, dulzura, no es lo mismo.

Hizo una mueca.

—Siento haberos estropeado la cena, le debo una disculpa a tu invitado.

—No has estropeado nada, no te culpes por cosas que están fuera de tu alcance.

—A veces es más fácil decirlo que hacerlo.

—Tan solo inténtalo y si necesitas ayuda, apóyate en mí.

Lo miró sabiendo que sus palabras eran sinceras, si había aprendido algo de ese hombre era que nunca le mentiría.

—¿Podrías quedarte conmigo esta noche? —Se lamió los labios—. Solo a dormir.

Le apartó el pelo de la cara y la besó en la frente.

—Échate y hazme sitio, el invitado imprevisto se ha quedado con mi cama.

—Oh, estoy ocupando su habitación, ¿no?

—¿Qué te he dicho?

Levantó de nuevo los ojos, él le sostuvo la mirada obligándola a obedecer y terminó acurrucándose en la cama, dejándole sitio.

—Debería haber llamado para decir que vendría —respondió entonces tumbándose a su espalda, envolviéndola con los brazos, apretándola contra él.

Suspiró y posó la mano sobre su brazo.

—Me dio un buen susto.

—Lo sé. —La besó en la oreja.

—No iba a clavarle el cuchillo.

—No me habría importado demasiado.

—No podría…

—¿Faith?

—¿Sí?

—Puedes llorar, nadie más que yo lo sabrá.

Como si sus ojos estuviesen esperando esa orden, las lágrimas lo inundaron todo, el pecho se le oprimió, se giró en sus brazos y rompió a llorar ocultando el rostro contra su pecho.

—Te tengo, dulzura, déjalo salir, ya es hora de que lo dejes ir.

CAPÍTULO 38

—¿Siempre madrugas tanto o es que extrañas tu cama?

Faith levantó la mirada y se encontró con la de Dain. Lo había dejado dormido, totalmente noqueado una hora antes y se había deslizado al salón con su portátil.

La noche anterior había llorado hasta quedarse dormida, de hecho, había abierto los ojos cuando la luz entró a través de las cortinas, podría jurar que había sido la noche que mejor había dormido, prueba de ello era que se sentía mucho más descansada.

—Soy madrugadora por naturaleza, quería aprovechar la mañana para buscar casas de alquiler —pasó la mano sobre el teclado—. He hecho café y unas tortitas.

—¿Tortitas? —Miró hacia la cocina con gesto interesado.

—Así que la *Nutella* que hay en uno de los armarios de la cocina es tuya.

—Culpable, profesora. —Le guiñó el ojo y señaló el PC—. ¿Has encontrado algo?

Suspiró.

—Todos los que he encontrado son bastante caros o están demasiado lejos del colegio —se encogió de hombros—. Hay un par que podrían funcionar, pero no tienen fotos. Tendría que ir a echarles un vistazo.

—¿Dónde están?

No le quedó más remedio que enseñárselo, estaba segura que si no le quitaría el ordenador de las manos para verlo él.

—Uno en Crown Heights y el otro en el mismo Browsville.

—Este barrio no es seguro. —Señaló la segunda opción—. Este podría estar bien, pero el alquiler me parece abusivo para este edificio. ¿Alguna otra opción?

—Por ahora ninguna asequible.

—Déjame ver. —Le quitó el ordenador, se sentó a su lado y navegó por la página que tenía abierta—. Le preguntaré a Nolan, tiene una empresa de construcción y siempre tienen algún lugar para alquilar.

—No puedo permitirme un piso nuevo, Dain.

—Nolan Every es socio de la *Crossroad Company*, suelen tener viviendas asequibles disponibles, suelo contactar con él cuando tengo algún problema con el realojamiento que ofrece el ayuntamiento, que suele ser la mayoría de las veces.

—¿Has dicho *Crossroad*? —Frunció el ceño—. Recuerdo que Ruth tenía intención de presentarle el proyecto a alguien de esa empresa, incluso había concertado una cita, creo. Pero todo fue antes de que ocurriese esto.

—¿El proyecto contra las drogas?

—Sí, su intención era crear una asociación, algo que le permitiese dar charlas en colegios, proveer asesoramiento… Quería intentar llegar a un acuerdo con algún centro de desintoxicación para poder dar asesoramiento y que los chicos comprendiesen cuales eran las consecuencias reales de todo eso. —Sacudió la cabeza—. Estaba muy ilusionada, lo tenía todo planificado, la ponencia del colegio fue el primer punto de inflexión, su presencia y charla de concienciación en el evento anual del reverendo John cosechó muy buenos resultados, los padres de los chicos y otras personas presentes lo acogieron con entusiasmo. Pero ahora todo ha quedado parado. Yo me limité a ayudarle a redactar algunas cosas, a cuadrar otras… —Señaló el ordenador—. Tengo

aquí todo el material, pero no sé qué hacer con él. No sabría ni por dónde continuar.

—¿Tienes ahí todo el proyecto?

Asintió lentamente.

—¿Te importaría enseñármelo?

—¿Para qué?

—Tu amiga ya dio el primer paso sentando las bases, si había concertado ya una cita con la *Crossroad*, bien podrías preparar una presentación, ¿no?

—Esa cita era para hace cosa de un mes, sencillamente dudo mucho que sigan interesados.

—¿Podrías hacerlo, Faith?

—Sí, creo que sí.

—Pues hazlo.

—Pero.

—La única forma de seguir adelante, es zanjar las cosas que se han quedado ancladas en el pasado —le aseguró devolviéndole el ordenador y señalando el escritorio—. Y esta podría ser una buena manera de comenzar a darles carpetazo.

Recogió el portátil y lo miró con gesto pensativo. Aquel había sido el proyecto de Ruth, su sueño, uno que alguien había interrumpido al arrancarla de la vida, quizá, si le daba salida su amiga encontraría la justicia que todavía no había hallado y ella... ella podría quedar por fin en paz consigo misma.

Tomó una profunda respiración y asintió.

—De acuerdo, no pierdo nada intentándolo —admitió en voz alta, buscó la carpeta entre los archivos y le mostró lo que había en su interior—. Este es el proyecto **VIDA**.

Demasiadas veces había pasado por ese lugar, recorrido sus senderos entre césped, árboles y lápidas, con la gran manzana recortándose a lo lejos, era como si cada gilipollas de esa ciudad al que daba caza pensase que el cementerio de Green Wood, en Brooklyn, era un buen sitio para esconderse o darle esquinazo. Hoy, sin embargo, el área tenía otro color, le transmitía otra sensación, posiblemente debido al hombre que se había arrodillado ante una sencilla lápida con el nombre y la fecha de nacimiento y defunción de la mujer a la que sin duda había amado.

Blake no era un hombre de muchas palabras, desde que habían traspasado el recinto del campo santo había entrado en un hermético mutismo. Tras pasarse buena parte de la noche declarando había ido a su hotel y esa mañana él mismo lo había recogido para llevarlo a la tumba de Ruth Vera. Si le quedaba alguna duda sobre la veracidad de sus palabras o los sentimientos que pudo haber albergado por la mujer, se esfumaron ante la solemnidad y ese aire de profunda tristeza que lo envolvió nada más estar ante su tumba.

Se apartó unos metros, dejándole presentar sus respetos. Había traído una rosa blanca que depositó en el suelo y a juzgar por la manera en la que tenía la cabeza inclinada hacia delante, posiblemente estuviese dándole su último adiós. Ese tipo de amor le era ajeno, casi esquivo, en realidad, por otro lado, con su trabajo no podía permitirse encapricharse de nadie hasta ese punto, no sería justo para ella. Y ese era sin duda uno de los motivos por los que le alegraba que Faith estuviese en manos de Dain.

No era tan iluso como para asegurar que se había enamorado de la mujer de su hermano, sus sentimientos hacia ella tenían que ver más con la lujuria, con la novedad de un carácter suave y tierno, que con el amor. No, él no estaba metido hasta el cuello como lo estaba su gemelo,

podía darle la espalda con total facilidad y buscar una presa más adecuada con la que retozar en la cama, a quién atar a un poste y recrearse en la manera en que su piel iba adquiriendo un bonito tono rojo bajo el picor del *flogger*. Le gustaba la morenita, pero en el plano sexual, no guardaba más sentimientos por ella que lo que podía inspirarle alguien tan tierno y achuchable; vamos, lo mismo que un peluche.

Sonrió para sí ante la comparación, sacudió la cabeza, echó un fugaz vistazo hacia el lugar en el que había dejado a su acompañante y siguió con los alrededores. Era un defecto adquirido, la necesidad de escanear la zona en la que estaba en busca de algo que pareciese fuera de lugar y, una vez más sus instintos dieron con ese octavo error en la viñeta. Entrecerró los ojos y obligó a su cerebro a agilizar su trabajo, encontrando, identificando y clasificando a la persona que parecía espiarles a una prudente distancia.

—Blake, no te muevas ni levantes la vista. —Caminando lentamente hacia el hombre, sin perder detalle del espía por el rabillo del ojo—. A tus tres en punto, detrás del ciprés, a unos diez metros.

La sutileza con la que llevó a cabo su petición le recordó a una pantera que no da más importancia a su entorno que el que podía darle una presa.

—Es él, Lucien, es Dennis Spencer.

—Me lo imaginaba.

Con eso dio media vuelta, levantó la cabeza y la mano en un dramático gesto atrayendo su atención.

—Señor Spencer, qué bien que ha decidido por fin asomar la patita.

Ante tal obvia declaración, el hombre dio media vuelta y se escurrió como una lagartija. Oh, aquellos eran sin duda sus favoritos, pensó con ironía, le encantaba tener que hacer un poco de ejercicio nada más levantarse, especialmente atravesando un cementerio.

—Llama a comisaría, que te pasen directamente con el detective Damien Knight, infórmale que he encontrado al capullito de alelí que le ha usurpado el nombre a mi hermano y que lo tendrá allí en… quince minutos.

Dicho eso arrancó en una rápida carrera, esquivó algunas lápidas, un par de árboles y llegó al punto dónde había estado el tipejo, podía verlo bajando con bastante dificultad por el camino, parecía que incluso iba cojeando.

—Estupendo, parece que estaremos allí en diez.

No se molestó en darle un nuevo aviso, estaba en buena forma física y no le costó mucho llegar hasta dónde estaba el hombre y frenarlo de buenas maneras. En realidad, fue el mismo Spencer el que se detuvo, con un visible gesto de dolor en la cara, mientras se llevaba la mano al costado y jadeaba.

—No vas a hacerme la faena de espicharla ahora de un ataque al corazón, ¿no?

El tipo se limitó a ladear la cabeza y vio el enrojecimiento de sus ojos, así como la descuidada barba de un par de días, no estaba en su mejor momento.

—No, no al menos hasta que encuentre al hijo de puta que mató a mi esposa.

Si le hubiese tirado un cubo de pintura a la cara no se habría sorprendido más que con esa declaración.

CAPÍTULO 39

Faith empezaba a sentirse en una coctelera agitada de un lado para otro, no había otra manera de expresar el sábado tan ocupado que estaba teniendo. Dain prácticamente la había sacado de casa tras el desayuno —la cara de ese hombre disfrutando de unas tortitas con Nutella no se le olvidaría en la vida—, para llevarla a la empresa ante la que ahora estaban.

—No puedo presentarme así, sin más, especialmente cuando Ruth les dejó plantados en la última cita.

—Entenderán que ha sido causa de fuerza mayor, Faith, es imposible no hacerlo.

—Pero no he podido revisarlo todo a fondo.

—Por lo que vi el proyecto está estructurado, tiene todos los puntos definidos, sólo tienes que presentarlo —le aseguró—. Piensa en ello como una de tus lecciones.

—Esto es más complicado.

—¿Más complicado que enfrentarse a una clase de adolescentes con problemas de actitud?

—Mis chicos no tienen problemas de actitud...

Su rostro lo decía todo.

—No a menudo al menos.

—Nena, se te olvida que yo conozco a la mayoría.

Y eso era verdad.

—¿No podríamos dejarlo para la semana que viene?

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro, Nolan está hoy en la oficina.

No le permitió seguir reculando, abrió la puerta y esperó a que entrase.

El edificio, según le había informado, pertenecía completamente a la empresa, estaba dividido en varios departamentos que gestionaban los distintos ámbitos a los que se dedicaban.

Subieron en uno de los dos ascensores hasta la penúltima planta y salieron a una elegante área de oficinas en tonos blancos y crema que resultaba de lo más acogedor. Las paredes estaban cubiertas por distintos óleos que aportaban esas pinceladas de color.

—¿Dónde demonios ha dejado Eva las carpetas de la última inspección?

—Ni puta idea, estarán en su mesa.

Faith frunció el ceño al reconocer la primera de las voces, juraría que la había escuchado en algún lugar.

—Joder, si entro ahí dentro y descoloco algo me corta las pelotas —replicó la primera voz.

—Ella o Luna, que más dará.

—Prefiero que lo intente Luna cualquier día de la semana, al menos podré vengarme a gusto.

Llegaron al final del corredor y comprendió porque le sonaba la voz. Era uno de los Maestros del club, de hecho, uno de los propietarios.

—Ay Dios.

Su comentario, pronunciado en voz alta le valió una mirada de los presentes.

—*Ey*, ¿y vosotros por aquí?

—Vienen a verme a mí.

—¿Tú no descansabas hoy? —preguntó Dain.

—Solo vine a buscar unos documentos para llevar el lunes al ayuntamiento. Hola Faith,

¿qué tal estás, pequeña? Me enteré de lo que pasó en tu casa.

—Bien, sólo fue un susto. Gracias por preguntar.

—A Brian ya lo conoces y él es Nolan. —Le presentó al otro hombre—. Es el constructor del que te hablé.

—Un placer, Faith.

—Lo mismo digo.

—Faith está buscando un lugar para alquilar. —Le dijo al mismo tiempo—. Algo asequible y en una zona cercana al Collegiate Charter de Brownsville, que es dónde trabaja.

—Hay un edificio en la zona que acaba de pasar la inspección —comentó mirando a Brian —. El que está en Howard Ave.

Él asintió.

—Es bastante antiguo, pero es sólido, las instalaciones de gas y luz están al día y no tiene grietas —aceptó el hombre—. Se alquila un primero y un cuarto, con ascensor.

Aquello sonaba prometedor.

—Y hay una casita, de una planta, un adosado en Franklin Ave, cerca del jardín botánico, aunque ya te queda un poco más lejos —caviló él—. Es de renta antigua, acabamos de remodelarla. Está en alquiler con derecho a compra. Es la que tú estabas mirando Dain.

El asintió.

—Está en una zona tranquila, tienes el jardín botánico a un lado y está próximo de tiendas, restaurantes... —le resumió—. Deberías echarle un vistazo a ambas.

—Pero si es una casa y el alquiler debe ser alto.

—Son viviendas que remodelamos para la compañía, su renta es baja ya que están destinadas a personas con recursos limitados.

—No quiero privar a alguien que no puede pagarse un alquiler de tener un techo sobre su cabeza.

—No lo harás, Faith, los alquileres están puestos en función de los ingresos.

Asintió.

—En ese caso, si te parece bien… —Miró a Dain—. Me gustaría ver el piso.

—Pásame las llaves de la casa también, Nolan.

Su mirada lo decía todo.

—Me encanta lo bien que os lleváis. —Se burló Brian—. Espero que encuentres lo que buscas Faith. Dain, ¿os veo esta noche?

La pregunta cayó como una manta sobre ella.

—Quién sabe.

—No deberías perderte el show de la primera sesión, créeme.

—¿Qué has orquestado ahora? —preguntó Nolan.

—Yo nada, la idea ha sido de mi socio, yo sólo la he secundado —aseguró—. Te perdiste una travesura de tu gremio, Faith.

Ella enarcó una ceja en respuesta.

—Unicornios.

El comentario de Dain la llevó a hacer una mueca.

—No son mi gremio.

—Um... eres como mi Luna, que bien.

—Ella es más tranquila que esa traviesa.

—Pero niega lo mismo que negaba Luna al principio de nuestra relación.

Y con eso, le dedicó un guiño, palmeó el hombro de Dain y se despidió.

—Voy a ver si encuentro esos documentos y me piro.

—Me dijiste que querías hablar con Jax —añadió Nolan—. ¿Es sobre ese proyecto?

Dain asintió.

—La persona que debía exponerlo ha sido víctima del caso en el que Damien está trabajando con Logan.

—Malditos bastardos.

—Sí.

—Está arriba, le diré que baje al mundo de los vivos para que podáis hablar con él —aceptó y la miró—. ¿Te importa si estamos presentes Brian y yo?

Sacudió la cabeza.

—No, en absoluto.

Aunque la idea de que hubiese alguien más ante esa exposición la ponía nerviosa.

—Brian, sala de juntas.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Pues vale. 5 minutos y voy.

—Dain, ya sabes dónde queda —le indicó Nolan—. Indícale el camino a Faith mientras yo bajo a Jax de las alturas.

Escuchó reír al hombre entre dientes antes de sentir su mano sobre la espalda.

—Vamos, es por aquí.

Le miró y asintió, acompañándole.

—¿Tienes algún plan en mente para esta tarde?

—Pensaba ir a ver las dos propiedades en cuando termine aquí, si es posible.

—¿Tanta prisa tienes de abandonar mi hospitalidad?

Se sonrojó.

—Ya te he dicho que necesito mi espacio.

—Lo sé —aceptó con sencillez—. Deberías ver también la casa, creo que se adapta a lo que necesitas.

—Nolan dijo que estabas interesado en ella.

—Solo estoy mirando opciones, el piso fue sólo una medida temporal.

—Pues con más razón, no quiero que...

—¿Faith?

—¿Qué?

—Deja de discutir conmigo —chasqueó—. No te lleva a ninguna parte.

Hizo una mueca, tenía que darle la razón, era imposible ganarle.

—De acuerdo, pero que sepas que sólo me quedaré con el alquiler del lugar que a mí me apetezca.

Sonrió de soslayo.

—Me parece bien.

Abrió la puerta de una sala blanca con una enorme mesa en el medio. Las líneas de la sala seguían la decoración elegante del resto de las dependencias.

—Bonita sala.

—Me alegra que aprecies la decoración.

La inesperada respuesta hizo que se girase para ver a un hombre de unos cuarenta y tantos años, mirada verde y revuelto pelo negro que, si bien estaba claro que pasaba de los cuarenta, tenía un rostro juvenil. Su atuendo era, cuando menos, curioso, sin duda poseía un sello propio

con ese chaleco, pantalón de pinzas y camisa más propia del siglo pasado que del actual, pero ese toque europeo no hacía sino aumentar su atractivo. Sus ojos eran amables y poseían una profundidad que parecía ser capaz de sondearla.

—Soy Jax Crossroad, dado que eres la única fémina presente, tú debes ser Faith Valentine. Lamento mucho lo que le pasó a tu amiga.

—Gracias por recibirme —correspondió a su saludo.

Sacudió la cabeza.

—Es lo menos que podía hacer, estaba muy interesado en el proyecto del que me habló la señorita Vera en su momento —aceptó con educación—. Creo que podría encajar a la perfección con el espíritu de esta empresa. Pero por favor, siéntate.

Asintió agradecida y ocupó la silla que le apartó Dain. Al momento entraron los otros dos hombres y la rodearon, de modo que pudiesen asistir a la presentación.

—Bien, cuando quieras, somos todo oído.

Se lamió los labios, sacó el ordenador y lo encendió.

—Este es el proyecto VIDA, un llamado a la sociedad y a la juventud para decir un alto y rotundo NO a las Drogas.

CAPÍTULO 40

—A ver si lo he entendido, ¿Ruth Vera era tu esposa?

Lucien se apoyó contra la ventana con las persianas bajadas y se cruzó de brazos. Llevaba ya media hora en la comisaría, en presencia del hombre que decía y perjuraba ser el marido de la difunta señorita Vera, mientras Damien le tomaba declaración. No solo había tenido la delicadeza de no morirse en el momento en que lo encontró, sino que le acompañó voluntariamente hasta allí para declarar lo que sabía y aclarar algunas cosas. Sin embargo, de lo que todavía no había hablado era de la herida que tenía en el costado derecho, que hacía que se inclinase ligeramente hacia ese lado y le llevaba incluso a cojear.

—Sí, ella era mi esposa.

—¿Desde cuándo?

Su mirada se desvió ligeramente hacia la puerta, a pesar de no poder verle, sabía que Blake estaba al otro lado y, por algún código extraño, sentía pena por el hombre.

—Nos casamos hace ahora dos meses —respondió en voz baja antes de volver a mirar al detective—. En Hempstead, en el condado de Nassau, con dos testigos. Puede encontrar allí el registro de nuestro matrimonio y, también puedo traerle el acta.

—Eso fue, ¿qué? ¿Una semana antes de que la encontrasen muerta en la habitación del Hotel Caledonia?

—Esa reserva la hice yo, era mi regalo de bodas, la luna de miel que podíamos permitirnos en ese momento —declaró con un bajo siseo y se llevó la mano al costado—. Pero se vio truncada por un inesperado problema.

—¿Quién lo apuñaló?

Lucien no se anduvo con rodeos, intercambió una mirada con Damien, quién censuraba su actitud y luego la bajó sobre el individuo.

—Nadie, acabo de pasar por una cirugía —replicó girándose lo justo para que él pudiese verle—. La misma que me hizo viajar de inmediato a Illinois. De hecho, ni siquiera debería estar ahora mismo aquí, pero no podía esperar más, no conseguía contactar con mi esposa y ella tenía que haberse reunido conmigo hacía semanas.

—¿Qué clase de cirugía?

—Un trasplante.

Y aquello era lo último que los dos hombres presentes en la sala esperaban escuchar.

—Puedo darles el parte de alta voluntaria, así como el nombre del hospital en el que me intervinieron y el de mi médico, el cual quiso arrancarme la cabeza cuando le dije que me iba a casa.

—Desde luego, yo lo habría hecho —aseguró con un resoplido y avanzó hacia él—. Y quizá lo haga, después, porque todavía hay algunas cosas que no me han quedado claras, empezando por el hecho de que hayas utilizado el nombre de mi hermano, Dain Ratcliffe y te hayas colado hace dos días en casa de Faith Valentine.

Para darle crédito, el tipo ni se inmutó, le sostuvo la mirada, se lamió los labios y asintió.

—¿Faith está bien?

—Por suerte para ti, sí.

—No quería asustarla, pero estaba desesperado —respondió con un cansado suspiro—. Llevaba más de un mes sin tener noticias de mi esposa. Llamé al colegio y todo lo que me dijeron era que la señorita Vera ya no trabajaba allí. Sabía que iba a pedir una excedencia, hablamos de ello, pero ¿que se la dieran tan pronto? —Sacudió la cabeza—. Su número de teléfono daba siempre apagado y fuera de cobertura, no sabía cómo comunicarme con Faith, además, ella ni siquiera era consciente de mi existencia; Ruth quería darle una sorpresa, quería que nos presentásemos los dos. Siempre hablaba de la chica, su compañera de piso, de lo buena amiga que era, de lo mucho que la quería, era casi como una hermana pequeña; como el hermano que le habían robado las drogas. Fui directamente a su casa, sí, tenía la dirección y las llaves que Ruth me había dado. Cuando llegué no había nadie y me encontré la habitación de mi mujer completamente vacía. No entendía nada, entonces llegó ella y… No sé, todo se precipitó. Insistía en gritarme que yo la había matado, que Ruth estaba muerta, pero eso no podía ser verdad, sencillamente, no podía serlo.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado, se lamió los labios y respiró profundamente.

—A la mañana siguiente me presenté en el colegio, hablé con un conserje, creo que era, él me confirmó que Ruth ya no trabajaba en ese centro porque la habían enterrado hacía casi un mes.

Su voz se apagó, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerse entero, por no derrumbarse allí mismo delante de extraños.

—Seguía sin creer que aquello fuese posible, así que acudí a la única persona que posiblemente no me mentiría —aseguró con voz rota—. Me presenté ante el reverendo John, él no me conocía, pero Ruth siempre me dijo que si algún día le pasaba algo, lo que fuese, que acudiese a Faith o a él. Le dije quién era y a cambio él me comunicó que mi esposa estaba enterrada en el cementerio de Green Wood. De hecho, me acompañó hasta allí.

—¿Eso fue ayer?

Asintió en respuesta.

—¿Y qué hacías hoy en el cementerio?

Se giró y lo miró a los ojos, haciendo que no desease haber hecho esa pregunta.

—Prometerle a mi mujer que iba a encontrar al hijo de puta que la arrebató de mi lado y hacer que pagase por su crimen.

Sonaba tan convencido de ello que no podía detectar mentira alguna en sus palabras o en su lenguaje corporal.

—¿Tienes idea de quién ha sido?

Giró ahora para mirar a Damien, se recostó en el asiento con gesto cansado y respondió al momento.

—No solo tengo una idea de quién fue, sino que lo sé con total seguridad. Él fue el mismo que no dejó de amenazarla con acabar con su vida si no dejaba de entrometerse en lo que no le importaba —siseó entre dientes—. Miguel Ferrero. Ese hijo de puta no ha dejado de atormentarla, de amenazarla para que abandonase el proyecto anti drogas. Le dije, le repetí hasta la saciedad que se mantuviese alejada, que no insistiese, pero era terca como una mula. Y a mis jefes tampoco les hizo demasiada ilusión que un civil metiese las narices en una operación tan delicada.

Aquello despertó el interés de ambos.

—Eres policía. —Lucien lo comprendió al momento.

El hombre sonrió de soslayo.

—Agente Federal, en realidad —replicó y se movió con cuidado para sacar una cartera del bolsillo interno de la chaqueta, la cogió y la tiró sobre la mesa—. Estamos todos metidos en la misma mierda.

—Esto es cada vez más y más surrealista —aseguró Lucien—. ¿Y qué coño hace un agente federal utilizando el nombre de mi hermano en un club erótico?

—Eso es… algo privado…

—Privado y una mierda.

Resopló.

—Me acerqué a Ruth porque sabía que ella había estado relacionada con Miguel Ferrero —confesó en voz baja, casi monótona—. La había estado siguiendo y sabía que tenía relación con uno de los socios de un reputado club erótico de la ciudad. Me inscribí en el programa de iniciación, solo para ver qué clase de ambiente había y me quedé. No es como si tuviese que interpretar un papel, después de todo, solía acudir a mi propio club en Florida. El caso es que lo que empezó como una simple misión, se convirtió en algo más, suelo moverme bajo la identidad de Amo Black. Así que, me presenté como tal sin saber que había un socio en el *Blackish* al que algunas sumisas lo conocían por ese nombre.

—Oh, joder. Mierda. ¿Cómo coño no lo vi?

Lucien tenía ganas de darse con la mano en la frente, la respuesta había estado delante de él todo el tiempo y ninguno se había percatado de ello.

—¿Me ilustras? —Pidió Damien.

—Fue un apodo que le puso Luna a Dain, un comentario entre sumisas y que terminó corriendo como la pólvora —resopló ante lo absurdo de todo aquello—. Desde ese momento empezamos a ser el Amo Black y el Amo White… Puedes imaginarte el cariño que le tengo a dicha sumisa.

—Después de esa primera toma de contacto, volví a verla un par de veces fuera del club —continuó Spencer y sacudió la cabeza—, no sabía que era una sumisa acollarada, no sabía que la había reclamado Blake hasta que ella me lo dijo. Para entonces ella había empezado a llamarme Dain, le había preguntado a alguien por el nombre del Amo Black…

—Y automáticamente le dieron el de mi hermano. —Sacudió la cabeza ante toda aquella estupidez—. Esto es totalmente absurdo.

—Necesitaba cubrir mi identidad, no podía permitir que supiese que era agente federal, así que le seguí el juego —aceptó con voz fría, monótona—. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más difícil resultaba todo. Ruth no tenía conciencia del verdadero peligro al que se estaba enfrentando o quizá es que no quería ser consciente de ello, todo lo que tenía en mente era ese proyecto y el hacerle justicia a su hermano. Yo sabía que tenía vínculos con los traficantes, pensé que ella formaba parte de todo el tinglado y, en cambio, lo que estaba haciendo era desbaratar las entregas, las ventas empezaron a bajar y ahí es cuando llegaron las primeras amenazas. Ratas muertas dentro de una caja, notas amenazantes, llegaron a retenerla durante un par de horas, amenazándola con matar incluso a Faith si volvía a meter sus narices en todo aquel asunto. Esa última amenaza fue lo que la hizo consciente, cuando decidió contármelo todo.

—¿Amenazaron a Faith Valentine?

Asintió.

—La amenazaron con ir a por ella si no terminaba con esa mierda y dejaba de meter las narices en sus asuntos —asintió convencido—. El cabreo que se pilló fue monumental, pero también tenía miedo de que le hiciesen algo a la chica. Ruth la quería como a una hermana, cuidaba de ella de la misma manera. Lo sé, no dejaba de hablar que si Faith esto, que si Faith lo

otro, decía que tenía que hacer algo para que ella pudiese vivir en un mundo mejor. Creo que, de alguna forma, esa muchacha ocupó el lugar del hermano que había perdido.

Volvió a hacer un alto.

—Para entonces lo nuestro había dejado de ser un inocente tonteo, ella me confesó que había roto con su pareja, que había dejado a su amo y que quería quedarse conmigo —chasqueó la lengua—. Yo le había dejado claro que lo nuestro era solo algo pasajero, que no quería nada serio… Ese era mi plan, pero supongo que las cosas también se me escaparon de las manos.

—¿Cuánto tiempo…?

—Dos meses, ese fue el tiempo que estuvimos juntos. Al final acabé confesándole la verdad, le dije quién era y le prohibí volver a meterse en esa mierda, no quería que le hiciesen daño, por Dios, sabía que iban a matarla, lo sabía. —Apretó los dientes, visiblemente atormentado—. Nos casamos en secreto, si mis jefes se enteraban iban a pegarme una patada en el culo y sacarme de allí y las cosas ya estaban bastante jodidas. Sabía que ese cabrón sospechaba algo, todas esas amenazas… Quería que le denunciase, que presentase todas las pruebas pero decía que todavía no era el momento, que no era suficiente. Si tan solo la hubiese ignorado y la hubiese arrastrado conmigo a casa…

Sacudió la cabeza.

—Me llamaron del hospital para hacer unas pruebas —declaró con voz baja—. Habían encontrado un posible donante compatible y tenía que irme sí o sí. Le pedí, le rogué que viniese conmigo, pero ella insistió en que tenía que hablar primero con Faith, que no podía irse así como así. La llamé en cuanto llegué a Illinois, estaba en casa, escuché la voz de su amiga al fondo, me dijo que lo estaba arreglando todo para ese fin de semana, que se reuniría conmigo el viernes, pero nunca llegué a ser consciente de si había llegado o no pues las cosas se complicaron y me ingresaron de urgencia en el hospital.

El silencio cayó sobre todos ellos.

—Cuando volví a ser consciente de algo había pasado por una cirugía, me habían hecho el trasplante y todo iba bien —comentó perdido en sus recuerdos—. Mi familia estaba allí, nadie sabía que me había casado y tampoco yo era consciente de mucho en aquellos días. Me llevó un tiempo reponerme, hacer que mi mente funcionase correctamente y conseguir un teléfono para localizar a mi esposa. No sabía dónde estaba, no sabía por qué no estaba en el hospital, por qué no había venido a casa. Pedí el alta voluntaria en contra de la opinión médica, necesitaba saber qué le había pasado, dónde estaba… y al llegar… me encuentro con que había fallecido un mes atrás.

Lucien posó la mano sobre el hombro del tipo, no sabía que otra cosa hacer, ninguno de los presentes estaba preparado para escuchar aquel relato. Miró a Damien, quién asintió en respuesta y le mostró la identificación del FBI; el maldito había dicho la verdad.

—Sé que se llevó a cabo una redada y se consiguió desmontar el laboratorio de drogas y coger a dos de los cabecillas —repuso mirando ahora a Damien—. Dime que habéis cogido también a ese cabrón.

Negó con la cabeza.

—Miguel Ferrero es ahora mismo uno de los puntos calientes de nuestra investigación, tenemos a todos los activos tras él.

—¡Eso no es suficiente!

—Cálmate, chico, tú deberías estar ahora mismo en un hospital.

—No pienso moverme de aquí hasta que ese hijo de puta pague por el asesinato de mi esposa.

Ambos intercambiaron de nuevo las miradas. Aquello no era tan sencillo, lo que rodeaba a la muerte de Ruth Vera no estaba claro, pero las causas…

—La autopsia ha dado como resultado de la muerte sobredosis en opiáceos.

Se giró para mirarle y negó con la cabeza.

—No, eso no es posible, Ruth no consumía drogas, se negaba en redondo a fumarse siquiera un cigarrillo.

—Faith dice lo mismo y también Blake —corroboró Lucien mirando a su colega—. ¿Qué te dice eso?

—La autopsia…

—Las pruebas pueden ser manipuladas, pueden contaminarse, generar algún error.

Él asintió.

—Pediré una revisión de las pruebas, está claro que algo se nos está escapando. —Miró de nuevo al hombre sentado en aquella silla, devastado, enfermo y lo señaló con un gesto de la cabeza—. Bien, agente Spencer, tú decides, ¿vienes conmigo y te haces un chequeo por las buenas o llamo a una ambulancia?

El hombre levantó la cabeza, estaba dispuesto a protestar.

—No hay terceras opciones, agente Spencer.

Y no las había, al menos, no para él, pensó Lucien.

CAPÍTULO 41

Faith empezaba a pensar que su suerte estaba empezando a cambiar. Cuando decidió mudarse no pensó que fuese a encontrar un lugar que le gustase, dónde pudiese encontrarse a gusto y tranquila y allí estaba, después de haber visitado dos posibles candidatos a alojamiento, imaginándose ya con sus cosas en la casa de planta baja que acababa de recorrer.

No era sorprendente que el inmueble le hubiese llamado la atención a Dain, las líneas limpias, los espacios abiertos y las dos habitaciones extra eran sin duda la clave. Se encontraba además en un buen barrio, tranquilo, cercano al metro y a varias cafeterías y tiendas.

—¿Y bien?

—Me encanta —aceptó con un suspiro—. Es muy cómoda y cálida. Creo que podría ser lo que necesito…

—Te lo dije.

—Pero tú ya la habías visto, Nolan dijo que te habías interesado por ella…

—Mayor motivo para que seas tú quién me la quite —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Si te gusta y crees que puedes afrontar el alquiler, ¿por qué no quedártela? Deja de pensar en los demás y piensa en ti para variar, Faith.

—Lo estoy haciendo, estoy a punto de quitarte una casa que te ha gustado.

—Ya buscaré la forma de que me compenses por ello —rumió, entonces entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo—. De hecho, ya sé lo que quiero a cambio. Ven conmigo al club esta noche, sé mi sumisa en el *Blackish*.

—A eso yo le llamo chantaje.

—A eso yo le llamo negociar. —Zanjó el asunto y miró el reloj—. Le diré a Nolan que te quedas con esta y que prepare los papeles para el lunes. ¿Nos vamos a comer?

Ladeó la cabeza ante su invitación.

—¿No deberías llamar a Markus e invitarle a comer? —replicó mirándole a los ojos—. Ha venido expresamente a verte.

—Debería haberme avisado antes de dejarse caer, quizá entonces habría podido planificar mejor mi tiempo.

—Dain…

Él entrecerró los ojos.

—¿Me está usted llamando la atención, profesora?

—Sí, señor Ratcliffe. —Optó por llevarse las manos a las caderas y hacerle frente de la misma manera en que lo haría con uno de sus alumnos—. Cuando alguien se toma el tiempo de venir a verle, debería dedicarle su tiempo. No es necesario que me haga compañía todo el día, estoy segura que hoy ha eliminado sus propios planes para dejar espacio a los míos.

—Me está echando, señorita Valentine.

La manera en que lo dijo y el fingido ultraje en su voz la hizo reír.

—No creas que no agradezco y valoro tu compañía, pero…

—Quieres tiempo para ti.

Ese hombre era realmente bueno leyéndola, demasiado bueno.

—Sí.

—De acuerdo —aceptó y dio un paso atrás mostrando su concesión—. Solo tenías que pedirlo.

—No quería que pareciese que quiero deshacerme de ti.

—Somos adultos, Faith, adultos con vidas propias e independientes, si hemos sobrevivido hasta ahora yendo cada uno por su lado, no creo que se produzca una hecatombe por dejarte sola un par de horas… —Según terminó la frase, hizo una mueca y la apuntó con un dedo—. Por favor, no te metas en ningún problema más mientras no estoy.

Se echó a reír.

—¿De verdad crees que la cosa mejoraría si estuvieses presente cuando me meta en problemas? La última vez que ocurrió eso, te apuñalaron.

—¿Volvemos sobre lo mismo?

—No me estoy echando la culpa, solo expongo un hecho.

—Más te vale.

—Dain.

—Faith.

—Pareces un niño pequeño.

Él se limitó a sonreír de soslayo, entonces se llevó la mano al bolsillo y sacó un llavero. Extrajo una llave del juego y se la tendió.

—Es una copia de la llave de mi casa —le informó—. Por si regresas y yo todavía no he llegado, no quiero que tengas que esperar en la escalera.

—¿Crees que podré mudarme la semana que viene? —preguntó al tiempo que cogía el pequeño objeto.

—El lunes posiblemente puedas firmar el contrato, así que, diría que hacia el martes o miércoles ya podrías disponer del lugar. —Calculó pensativo—. Todo depende de lo rápido que prepare el contrato de alquiler.

—¿Y podrías echarme una mano con la mudanza? —preguntó cohibida—. No son muchas cosas, pero no quiero volver allí… sola.

—Claro, tendremos que cuadrar tus horas libres con las mías para poder hacerlo, pero no hay problema —aceptó complacido—. Y bien hecho al pedírmelo.

Sí, bueno, no es como si tuviese mucha gente a quién acudir para pedírselo, no podía meter en ello al reverendo y, aunque adoraba a sus alumnos, lo último que necesitaba era que supiesen dónde vivía exactamente. Había cosas que merecería la pena mantener en privado.

El pensar en ello la deprimió un poco, era algo que no había pensado desde la muerte de Ruth. Ella había sido su compañía, su amiga, la persona a la que había acudido para todo y ahora que no estaba se daba cuenta que, en realidad, siempre había estado sola.

—Es deprimente.

—¿El qué?

El comentario hizo que se diese cuenta de que lo había dicho en voz alta, se sonrojó y sacudió las manos.

—Nada, nada, cosas mías.

Se la quedó mirando durante unos instantes pero no hizo comentario alguno al respecto.

—Ya que no quieres comer conmigo, supongo que me apiadaré de mi indeseado invitado y lo llevaré a comer a su restaurante favorito, el *Temptations*.

El nombre del restaurante captó su atención.

—¿Has conseguido una reserva para el *Temptations*?

Dain se cruzó de brazos y la observó detenidamente.

—Sí, ¿por qué?

Que, ¿por qué? Era uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, con unas listas de espera de meses, en algunos casos, sobre todo para ciertas fechas y para las cenas. Era uno de esos lugares a los que planeaban ir Ruth y ella para celebrar el éxito del proyecto.

—¿Has comido antes ahí?

—Siempre que puedo.

—¡Cómo!

—Entrando por la puerta, sentándome y esperando a que me sirvan.

—No, tonto, lo que quiero decir es cómo consigues una mesa. —Se exasperó—. Llevo meses detrás de una maldita reserva y no hay manera.

Se la quedó mirando y se rio entre dientes.

—¿Acabas de llamarme tonto, mascota?

—No, no señor… bueno, sí… pero no en ese sentido… —Faith terminó balbuceando, con las mejillas encendidas—. Oh, ya me entiendes.

—Ni palabra, mi niña, no entiendo ni palabra, pero es lo normal entre hombres y mujeres, según parece.

Resopló, sacudió la cabeza y le señaló el coche con el dedo.

—Sube al coche y vete.

—Y ahora me echas, esto se pone cada vez mejor, sumisita. —Se rio de nuevo.

—Llama a Markus, invítale a comer y disfrutad de la reserva.

Le dio la espalda, no pensaba discutir más con él.

—¿Faith?

Resopló y se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Conozco a Camden, por eso entro por la puerta, me siento y espero a que me sirvan —le soltó dejándola pasmada—. Él y Logan son socios del *Blackish.*

Y aquello terminó por noquearla.

—Si te portas bien, mascota, te llevaré a cenar un día de estos.

—¿Lo dices en serio?

—Palabra de Dom.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, mejor no responder a eso, pensó.

—Oh, yo… Gracias.

Sacudió la cabeza y se rio.

—Si llego a saber que invitarte a cenar allí hubiese puesto esa sonrisa en tu cara, te habría llevado antes —replicó, sacó las llaves del coche del bolsillo y lo desbloqueó—. ¿Quieres que te deje en algún sitio de paso?

Negó.

—No hace falta, quiero caminar un rato y ver la zona comercial.

—Como quieras —aceptó y se volvió con intención de irse—. ¿Y Faith?

—¿Sí?

—A las ocho en casa. —La citó—. Si no estás para esa hora, entenderé que tu respuesta a mi invitación a jugar es no.

Con eso dio media vuelta y subió a su coche, alejándose poco después por la calle. Se quedó allí hasta que lo vio desaparecer, le echó un último vistazo a la casa y emprendió su propio camino.

La mañana había resultado ser muy productiva, no solo había encontrado alojamiento sino

que la presentación del proyecto de Ruth había sido todo un éxito. Los socios presentes se habían mostrado lo suficiente interesados como para hacer preguntas que, por suerte, había podido responder. El señor Crossroad, Jax, como prefería que lo llamase, le había pedido una copia del proyecto para estudiarla detenidamente y mostrársela al resto de socios fundadores.

—Sé que les parecerá tan atractivo como a mí, pero debo someterlo a su aprobación.

Había estado de acuerdo con ello, después de todo, si decidían darle el visto bueno y la cosa iba adelante, tendrían por delante meses de arduo trabajo.

—Ojalá consigas lo que siempre has deseado, Ruth —musitó mirando al cielo—. Que el proyecto se convierta en algo que ayude a aquellos que lo necesitan.

Echó un vistazo al reloj, se acomodó el bolso al hombro y echó a andar. Realmente necesitaba tiempo para sí misma y caminar siempre era una buena opción para despejarse. Los últimos dos días habían sido una verdadera locura, la habían vapuleado tanto física como psicológicamente y no había tenido siquiera un respiro para poder detenerse y examinar que estaba pasando con ella. Lo que había ocurrido anoche era prueba de ello.

Dain se había convertido sin pretenderlo en su pilar, en su máximo apoyo y eso la asustaba un poco. No quería llevarse de nuevo una desilusión y este no era un hombre que pudiese pasar por su vida sin dejar una profunda huella.

Ese era el problema, pensó con ironía. Sus breves y escasas relaciones no la habían preparado para hacer frente a alguien como Dainiel, alguien capaz de coger las riendas y conducirla a través de la locura más absoluta, al deseo descarnado, a la pasión y extraer de ella una ternura que pocas veces había mostrado hacia el sexo masculino.

El sexo siempre había sido algo secundario en su vida, posiblemente porque las experiencias habían dejado mucho que desear. Su primer amante había venido y se había ido en el transcurso de una fiesta, en el típico desenfreno juvenil, la otra relación más larga que había tenido fue en la universidad. Esta segunda había sido más del tipo de amigos con derecho a polvo, ella le echaba una mano con los estudios y él se la tiraba los fines de semana. Se habían separado en buenos términos, pero no habían vuelto a verse desde hacía años y tampoco es que lo hubiese echado de menos. Después se había limitado sencillamente a concentrarse en su trabajo, dejando de lado su sexualidad hasta que él se cruzó en su camino poniéndolo todo patas arriba.

Jamás había reaccionado a un hombre como lo hacía con él, nunca se había sentido tan plena, tan deseada como cuando la miraba Dain. Era capaz de hacerse con su mente además de su cuerpo y no solo en la cama. La manera en que la trataba, dándole lo que necesitaba incluso antes de que fuese consciente de ello la sobrecogía, era capaz de sentarse y escuchar o abrazarla y dejarla llorar hasta que las lágrimas se secaban. En cierto modo, era como si la conociese mejor que ella misma.

Y era atractivo, ya lo creía que sí, tenía además ese punto canalla que le ponía y la camelaba, con él había experimentado en muy poco tiempo más que en toda su vida. Al mismo tiempo, ese era también el problema, su particular miedo, ¿le atraía el hombre por quién era o porque no había conocido nada mejor?

Nunca se había enamorado, no de la forma en que hablaban las novelas, no de esa manera idílica y no sabía si el deseo podía ser suficiente justificación. Así que sí, necesitaba espacio, necesitaba tiempo consigo misma, recuperar su vida de modo que pudiese averiguar qué era lo que faltaba y si estaba dispuesta a dar un paso adelante para obtenerlo.

—Deberían inventar un aparatito que te dijese si estás enamorada o no —suspiró e hizo una mueca—. Seguro que evitaría muchos divorcios a la larga.

Sonrió ante su propia ocurrencia y sacudió la cabeza, lo mejor sería que se fuese de compras, a ver escaparates, comer en algún lugar atractivo y disfrutar de sí misma durante unas horas.

CAPÍTULO 42

—Así tu niña te ha dado calabazas.

Dain miró a Markus por encima de la mesa, llevaba un buen rato dándole vueltas al vino de su copa, perdido en sus pensamientos. Lo había recogido una media hora antes al tiempo que hablaba con Camden para decirle que se pasarían por el local. El chef le había asegurado, como tantas otras veces, que estaban en su casa, tendrían una mesa esperándolos cuando llegasen. Pero el apetito parecía habérsele cortado incluso antes de sentarse y el culpable era precisamente el socio y *co-dom* de Cam; Logan. El poli le había llamado para decirle que habían encontrado a Dennis Spencer, el hombre que se había colado en la casa de Faith, le había puesto brevemente al corriente de quién era el individuo en cuestión dejándole totalmente pasmado.

Al final habían convenido en encontrarse todos allí y así poder enterarse de una buena vez de aquella locura en la que parecía haber ido a caer sin saberlo siquiera.

—En realidad, se puso su uniforme de profesora y me regañó por ser un mal anfitrión —contestó a su acompañante.

—Te dio la patada.

—Como mucha sutileza.

Sonrió intentando contener su hilaridad.

—Empiezo a ver cuál es tu problema, Dain, y no tiene remedio.

—A estas alturas yo mismo empiezo a dudar que lo haya —resopló—. No puedo dejar de pensar en lo que ha dicho Logan, es… es sencillamente absurdo.

—Un agente federal —asintió. Había estado con él cuando se produjo la llamada y había quedado igual de sorprendido.

—Son demasiados puntos inconexos, demasiadas casualidades y en medio de todo eso hay una persona muerta. ¿Qué mierda está pasando realmente?

—Espero que alguien pueda dar pronto una respuesta.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Tanto Faith como yo nos hemos visto envueltos en esta locura como daños colaterales de algo en lo que ni siquiera formamos parte para empezar. —Negó con la cabeza—. Y a ella la ha afectado de una manera que no… no puedo ni imaginarme. Todo esto está destruyéndola por dentro, haciendo que se replantee todo, que pierda la poca confianza que tenía ya en la gente.

—¿No te recuerda a alguien?

—A mí —aceptó con un nuevo resoplido—. Pero yo era más fuerte, más cabezota, quizá, tenía a Lucien para darme un puñetazo si lo necesitaba y luego apareciste tú sacándome de mi propia mierda, pero ella está sola…

—Yo diría que ya no lo está. —Lo señaló, motivo más que evidente—. Te tiene a ti.

—Pero ¿y si yo no soy suficiente? —preguntó, esa era su mayor duda—. No quiero coaccionarla, ni quiero anular su voluntad…

—Como su dominante tu deber es guiarla, no retenerla —le recordó—, y dado que tu carácter no hace diferencia entre tu vida y tu rol, diría que no lo estás haciendo tan mal. Respetas sus deseos, le das el espacio que necesita, la empujas a tomar sus propias decisiones o haces que se enfrente con aquello que duda. Creo que lo que te pasa es que tienes miedo del amor.

—¿Miedo del amor?

—Es lo único que no puede controlarse, lo único que no puede dominarse o someterse, por eso entregarlo o recibirlo genera tanto miedo. Pero al mismo tiempo, es la felicidad definitiva, la meta que todos buscamos aún sin ser conscientes de ello.

—¿Ahora también te has hecho filósofo?

—Tú me has preguntado.

Sacudió la cabeza y resopló, se bebió el vino y tragó.

—Espero que Logan y Lucien tengan una jodida y buena explicación para todo esto.

—Puedes preguntárselo ahora mismo, porque acaban de llegar.

Se giró y vio a los recién llegados saludando a un *maître* para finalmente dirigirse a su mesa.

—Llegas tarde.

—Échale la culpa al tráfico —le soltó su hermano y se acercó para saludar a Markus—. Bienvenido, jefe.

—Te veo bien, Lucien.

—Eso es que te empieza a fallar la vista.

—Es bueno verte, Markus.

—Lo mismo digo, Logan.

—¿Y bien?

—¿Dónde está mi galletita?

—Disfrutando de unas horas sin testosterona.

—Mejor, así no tendré que ser políticamente correcto —aseguró Lucien tomando asiento —. Spencer ha aparecido, de hecho, ahora mismo está hospitalizado.

—¿Ya lo has apuñalado?

—No hizo falta, ya le habían trasplantado el riñón.

–¿Cómo?

—Es broma, ¿no?

—Ojalá, Dain, ojalá —replicó, cogió la botella de vino y se sirvió—. Pero la cosa es mucho, pero que mucho más complicada de lo que parece a simple vista. De hecho, es una mierda colosal y no veo cómo demonios estos pueden empezar a limpiarla.

—Por una vez estamos de acuerdo —aseguró Logan—. Es lo que pasa siempre, unos departamentos se olvidan de comunicar a otros que están haciendo y al final, la mierda crece, crece y crece y nadie quiere hacerse responsable.

—Spencer tiene todas las jodidas papeletas para llevarse el Oscar al mejor guion.

—Uno trágico.

—Mucho.

—Tíos, me estáis mareando.

Los dos lo miraron.

—Te hago un resumen y luego lo desgrano: Spencer es el marido, ahora viudo de Ruth Vera, él no fue el que la mató, pero la estaba investigando porque ella estaba en contacto con el correo de Piper. Aquí el poli y Damien no tenían ni puta idea de eso cuando se decidió ir a por los dos peces gordos, se desmontó el laboratorio, el hijo de puta se largó y no hay manera de pillarlo. Oh, y el agente Spencer está en el hospital porque lo han trasplantado, lo cual también fue el motivo de que se marchase cuando lo hizo y su mujercita quedase atrás, vete tú a saber con qué intenciones. Al volver se encontró que su churri estaba *caput*. Está también el tema de que utilizó tu identidad, lo cual vino por un absurdo malentendido propiciado por los apelativos que

nos apodó la traviesa del club y… bueno… Hay mucha más mierda por ahí enterrada.

—Joder…

—Sí, eso también, en grandes dosis y a todo el mundo.

—¿Qué tal si pedimos ya la comida y empiezo de nuevo pero esta vez en orden y sin dejarme nada? —sugirió Lucien mirando a Logan—. Tú rellena mis lagunas… Joder, teníamos que haber invitado a Damien, para que él rellene las que nos faltan a los dos.

—¿Te das cuenta de que estamos de mierda hasta el cuello?

—Sí e intento mantenerme a flote.

CAPÍTULO 43

Faith subió las escaleras de dos en dos, no tenía paciencia para esperar por el ascensor. Llegaba tarde, tarde para la única cosa a la que le había estado dando vueltas durante toda la tarde. Giró en el siguiente descansillo y se detuvo unos segundos para recuperar el aliento, continuó a paso ligero el último tramo y se apoyó resollando como un caballo al llegar a su planta. Solo eran tres pisos, pero en su actual forma era como subir el *Empire State Building* a pie. Sacó la llave del bolsillo y se las vio con la cerradura, tuvo que agarrarse a la puerta cuando esta cedió bajo su peso para no caer de bruces en el suelo. Posiblemente no quedase muy bien el de cerrar con un golpe de tacón, pero el segundero del reloj seguía caminando y pronto pasarían quince minutos de la hora acordada. Dejó el bolso sobre el mueble del recibidor y se dirigió hacia su dormitorio en el mismo momento en que Dain avanzaba por el pasillo en su dirección.

Su frenada podía haberle clasificado para los juegos Olímpicos pensó en el momento en que se encontró frente a frente con su casero, el cual llevaba solo una toalla alrededor de la cintura.

—*Wow*, despacio, nena, ¿te persigue el diablo?

—El… conejo… blanco… de Alicia.

—¿Qué?

Se lo quedó mirando, intentando recuperar el aliento al tiempo que volvía a perderlo ante esa visión totalmente masculina y sexy de un hombre recién salido de la ducha.

—Que llego… un poco… tarde.

—¿Has hecho el último par de metros a la velocidad de *Flash* o qué?

Sacudió la cabeza.

—No… subí… andando.

—Corriendo, más bien —declaró fijándose ahora en ella—. ¿Has ido de compras?

Bajó la mirada a la bolsa que aferraba con fuerza y asintió al tiempo que la escondía tras de sí.

—Sí, yo… compré algo para… el club. —No pudo evitar sonrojarse. El modelito le había parecido bastante sugerente. Se lamió los labios y levantó la mirada—. ¿Sigue en pie la invitación?

Se la quedó mirando, ladeó la cabeza y la recorrió entera.

—Te cité a las ocho y no me gusta la impuntualidad.

—Oh.

—Pero ya que te has tomado la molestia de comprarte algo para esta noche, sería una pena no sacarle partido.

Se miraron unos momentos, entonces él chasqueó la lengua y se llevó las manos a las caderas.

—Ahora tengo una duda, Faith —comentó al final—. ¿Te perdono por haber llegado tarde o te castigo por desobedecerme?

Lo miró sin saber qué debía responder. Desde luego, el castigo no entraba en sus planes, pero con este hombre, ya no estaba segura de cómo proceder, era incapaz de seguir el hilo de sus pensamientos y menos aún adivinarlos.

—¿Qué haces con tus alumnos cuando llegan tarde a clase?

—¿Además de darles un sermón sobre la puntualidad y hacerlos esperar de pie y en silencio hasta que termine con lo que han interrumpido?

Sonrió de soslayo.

—Yo los habría dejado fuera, de hecho, es lo que hago cuando no se presentan a su hora.

—Con eso solo se consigue que pierdan parte de su aprendizaje —negó ella—. No creo en privarles de algo, a menos que realmente se lo merezcan.

—Tienes un corazón blando.

—Es el que me tocó en el reparto inicial.

Sacudió la cabeza y la miró de nuevo de arriba abajo.

—Pero tú no eres uno de mis alumnos, de hecho, lo que quieres ser es mi sumisa durante esta noche.

Sí, tan extraño como aquella idea parecía en su mente, eso era lo que quería, lo que había aceptado al decidir ir con él esa noche al *Blackish*.

—Y ya que estás aquí, que te has preocupado incluso por tu indumentaria, a pesar de haber llegado quince minutos tarde… —señaló cada punto con total tranquilidad—. Te daré una segunda oportunidad. Pídemelo adecuadamente y consideraré el premiarte o castigarte, sumisita.

Se lamió los labios.

—¿Y cuál es la manera adecuada de… pedirlo, señor?

—De rodillas. —Señaló el suelo a sus pies. Al ver su vacilación insistió—. ¿Faith?

Se lamió los labios, dejó la bolsa a un lado y arrastró los pies para luego dejarse caer suavemente, apoyando el culo en los talones.

—Muy bonito —declaró él—. La mirada baja a menos que te diga lo contrario. —La guio —. Los muslos separados. —Le tocó la rodilla con el pie desnudo a modo de toque de atención —. Cógete la muñeca izquierda con la mano derecha por detrás de la espalda y endereza la columna.

Siguió sus instrucciones sintiéndose como en una clase de yoga.

—Y esa es la posición de espera que prefiero en una sumisa —le informó—. Esta es la que quiero que adoptes cuando te diga que me esperes en algún lugar en concreto, cuando quieras pedirme algo, como lo es en este caso, que te permita acompañarme al club o simplemente por y para mi placer ya que me parece una postura hermosa y educada en una sumisa. —Notó los dedos en su barbilla al tiempo que se la levantaba—. La pregunta es, ¿serías capaz de hacerlo? ¿De ceder todo el control y dejarlo en mis manos sin cuestionarte nada?

Una muy buena pregunta.

—Creo… creo que podría… si es… si en momentos… puntuales.

—Momentos puntuales, ya veo —contestó sin dejar de mirarla—. ¿Y esta noche sería uno de esos momentos puntuales?

Se lamió los labios y asintió.

—En voz alta, por favor.

—Sí…

—¿Cómo has dicho?

—Sí, señor.

—Buena chica. —Asintió ante su corrección y le acarició la mejilla con el pulgar—. Ahora, puedes preguntar lo que desees, sumisita.

Tragó. En momentos como este era cuando volvían las dudas, cuando todas las razones previamente establecidas empezaban a tambalearse de nuevo y se preguntaba si sería capaz de

seguir adelante con ese juego, si era lo bastante valiente para estar a su altura y disfrutar de la manera en que él quería que disfrutase. Era un acto de confianza, de fe en la persona que estaba frente a ella.

—Me gustaría ir al club contigo esta noche, Amo Dain —murmuró dejando que las palabras surgiesen solas—. Yo… quisiera estar contigo si tú también lo quieres.

—Lo que yo quiero es que seas mi sumisa… —Hizo una pausa—, desde ahora hasta que acabe la noche—. ¿Cuál es tu respuesta, Faith? ¿Serás mi sumisa?

—Sí, señor, lo seré.

—¿Acatarás cada una de mis órdenes sin cuestionarlas?

—Sí, señor.

—Querré de ti absoluta obediencia, dulzura, tu voluntad será la mía, tu cuerpo mío para hacer con él lo que desee, ¿lo entiendes?

Sus palabras la estremecieron pero asintió de todos modos.

—Siempre, a menos que te indique lo contrario, responderás en voz alta —le acarició los labios—. No habrá malos entendidos, ni confusiones, ¿entendido?

—Sí, señor, lo entiendo.

—En ese caso, ve a ducharte —Le indicó al tiempo que le soltaba la barbilla y recogía la bolsa que había traído consigo—. Yo me ocuparé de tu ropa esta noche y veré si es apropiada o necesita algún ajuste. Te dejaré sobre la cama lo que quiero que uses. Nada más y nada menos.

Asintió de nuevo, lo que le valió que enarcase una ceja en respuesta.

—Lo que tú digas, señor.

Dain se echó a reír y sacudió la cabeza.

—No sabes lo que acabas de hacer pronunciando esas palabras, Faith —aseguró risueño —. Gracias por hacerme el regalo de tu sumisión esta noche, no te haces una idea de lo mucho que lo aprecio.

Sus palabras la sorprendieron casi tanto como el fugaz beso que le acarició los labios.

—Tienes treinta minutos, mascota —le susurró finalmente al oído—. Procura no tardar ni un segundo más, ya tienes un castigo en tu cartilla por haber llegado quince minutos tarde.

Se apartó dejándola allí, temblorosa y excitada con tan solo el eco de su voz calentándole el oído.

Oh, Dios, esta iba a ser una noche que quedaría grabada a fuego en su alma.

CAPÍTULO 44

—Y eso es lo que les ocurre a las sumisas traviesas que deciden jugar con las cosas de sus amos, Faith.

Dain sonrió al ver cómo ella se tensaba a su lado, sus ojos se habían abierto como platos, los carnosos labios parecían querer decir alguna cosa pero todo lo que pudieron emitir fue un ahogado jadeo antes de que se moviese un par de centímetros más detrás de él. Se había enfurruñado e incluso había discutido con él por lo que le había hecho a su vestido negándose a ir así a ningún sitio. Solo accedió a poner un pie fuera de su casa cuando le permitió ponerse un enorme chal que además de cubrirla la abrigaba, aunque dicha prenda fue efectivamente eliminada tras traspasar el umbral del club.

Y ahora que veía el uniforme femenino que Horus y los amos responsables de aquella interesante representación artística habían elegido para las tres traviesas sumisas, suponía que Faith se sentía incluso a gusto con su conservadora elección.

—Desde luego es admirable la creatividad y el ingenio que tienes, Horus. —Se carcajeó Logan, quién había llegado con Camden y Sio unos minutos antes y con quienes se habían reunido delante de la barra del bar—. ¿Qué opinas, Sumi? ¿No te gustaría un uniforme como ese?

La pelirroja sacudió la cabeza con tal energía que su pelo suelto voló en todas direcciones.

—No, gracias, maestro —replicó al momento y diría que incluso se acercó más a Camden, quién permanecía sentado en un taburete tomándose una cerveza—. Prefiero la ropa que el Amo Cam elige para mí. No te ofendas, Amo Horus, tienes un gusto muy… *brilli-brilli*.

El aludido se carcajeó.

—Estoy en shock, de verdad —añadió Camden señalando la pared dónde se ubicaban las cruces de San Andrés—. Cuando leí tu *e-mail* pensé que estabas de broma, pero ahora… No sé, Horus, tanto colorido incluso tiene su atractivo, sobre todo sobre el cuero negro del mobiliario.

—Ellas estaban deseosas de darle un nuevo toque a la decoración del club, lo dejaron perfectamente claro la semana pasada, así que, consideré que lo justo es que formasen parte de los ornamentos —aclaró con suficiencia—. Además, adoran los unicornios, así que le dimos lo que querían… y un poco más.

Desde luego, aquella era una imagen que sería difícil de olvidar, pensó Dain observando el área acordonada dónde las tres díscolas sumisas exhibían su nuevo «uniforme».

—Esos arneses para pechos tienen su atractivo —murmuró Logan, relamiéndose—. Y las falditas de tul son de lo más chic.

Sonrió de soslayo, tenía que estar de acuerdo.

—Lo que me encanta son las diademas con cuerno de unicornio y orejitas y la cola a juego —aseguró divertido—. ¿Qué clase de *plug*…?

—Rosario, fue idea de Fire.

Silbó por lo bajo y se rio entre dientes.

—Malvado Dom —secundó Camden uniéndose a la diversión—. ¿Soy yo o las medias son también de ese… cómo lo llamaste, Sumi?

—*Brilli-brilli*, Amo Cam.

—Sí, son el último grito. —Horus sonrió cruzándose de brazos—. Y el tanga es comestible, de un agradable sabor a fresa.

—Me encanta, es sencillamente un conjunto único.

Y lo era, no había forma de interpretar aquella expresión de color azul eléctrico que formaba el arnés que les envolvía los pechos, levantándolos y exponiéndolos por completo. Las estrellas con borlas de color rosa con brillitos que les cubrían los pezones destacaban sobre la piel pálida de las sumisas, al igual que lo hacía el diminuto tanga que apenas les cubría el pubis y que hacía juego con el liguero y las recargadas ligas con volantitos y lacitos que lucían las chicas en los muslos. El toque final lo daba una faldita de tul amarillo brillante transparente, los puños de distintos colores que llevaban alrededor de muñecas y tobillos y la diadema y cola de colores a la que había hecho referencia.

Sin duda, las tres chicas se habían convertido en unas preciosas y sexys unicornios, aunque dudaba mucho de que estuviesen disfrutando en esos momentos de formar parte del mobiliario.

—¿Cuánto tiempo llevas torturando a la pobre Kitty?

Horus sonrió ampliamente en respuesta y señaló a la dulce sumisa que, atada de pies y manos a la cruz, con una mordaza de bola en la boca que ahogaba sus gemidos, movía las caderas de manera elocuente —benditos huevos vibradores—, incapaz de hacer nada más que padecer el erótico placer del castigo que su amo había preparado para ella.

—No el suficiente.

Sacudió la cabeza y deslizó la mirada sobre la segunda muñequita, quién estaba atada al banco de azotes, con esa divertida cola de colores colgando entre sus piernas. Sus nalgas estaban rojas, calientes por el efecto de algún objeto de impacto que, conociendo a Brian, llevaría incluso el nombre de la traviesa sumisa.

—Luna le va a sacar los ojos a Brian en cuanto la libere.

—No tengo la menor duda de ello —aseguró Logan con un resoplido—. Tiene las manos llenas con esa chica.

—¿Sabéis lo que le tiene preparado para hoy? —comentó también Camden.

—Sí, nos informó a todos —aceptó Horus—. Va a ser un fin de noche de lo más interesante.

Sí, sin duda lo sería pensó recordando el mensaje que había recibido al poco de llegar a casa.

—¿Puedo preguntar de qué se trata, maestros? —Inquirió Siobhan con la típica educación de una sumisa bien entrenada.

—No te preocupes, mascota, es una sorpresa para tu amiga.

—Y no puedes decir ni una palabra al respecto, ¿entendido, Sumi?

—Sí, amo, entendido.

Con todo la pequeña pelirroja parecía estar dándole vueltas al asunto, probablemente pensando en lo que podría significar todo aquel misterio.

Un agudo gemido llegó hasta su oído procedente del escenario que tenían montado con las tres polvorillas como protagonistas principales, en esta ocasión provenía de la sumisa a la que Kells estaba dedicando una atención especial. La chica estaba suspendida en el aire con un magnífico trabajo de *Shibari* controlado en todo momento por el mismo Dom que lo había creado. Él se entretenía haciéndola contorsionarse, lloriquear y gemir a través de la mordaza de bola común a las tres mientras conducía la cabeza del micrófono erótico entre las piernas abiertas de la fémina. El tanga había desaparecido y su sexo se mostraba caliente, mojado y rosado por

las atenciones.

—Jessie no va a poder caminar después de esto —chasqueó con visible diversión.

—Se le han pegado las mañas de las otras dos, se han mantenido firmes e inocentes durante toda la semana —aseguró Horus chasqueando la lengua—. Es admirable la camaradería que se ha instaurado entre las sumisas del *Blackish*.

—Te has librado por los pelos, Sumi. —Sonrió Logan, mirando a la chica—. No tengo que ser adivino para saber que, de haber estado aquí la semana pasada, tú estarías ahora mismo haciéndoles compañía.

—Una suerte que haya pasado toda la semana conmigo, ¿verdad, amor?

La chica se sonrojó y asintió inclinándose contra Camden.

—Sí, mi amo.

Un nuevo gemido hizo que Faith diese un respingo. Se giró hacia ella, prestándole ahora toda su atención y se encontró con esos ojos marrones muy abiertos, el rostro sonrojado y visiblemente incómoda.

—¿Quieres verlo desde más cerca, lobita? Podría ser una lección interesante para ti.

Sacudió la cabeza al instante, su pelo recogido de nuevo en una coleta se balanceó de un lado a otro con ímpetu.

—No, señor, desde aquí es más que suficiente.

Bajó la mirada sobre ella y se relamió ante la visión de toda esa piel canela envuelta en fina tela semi transparente de color negro decorada con estrellas plateadas. Se había salido con la suya al quitarle el forro al vestido y obligarla a ponerse únicamente la parte superior sobre su cuerpo desnudo.

—¿Es tu nueva sumisa, Dain?

La pregunta de Camden hizo que Logan asintiese.

—Claro, tú no la conoces —comprendió el compañero del chef—. Han pasado algunas cosas mientras has estado fuera, ¿recuerdas que te hablé del tipo que se había hecho pasar por Dain? —El hombre asintió—. Pues ella pensó que ese hombre y Dain eran la misma persona, cuando descubrió que no era así, decidió venir al club para descubrir a ese tío y decirle un par de cosas. ¿No es así, Faith?

Ella se lamió los labios, miró a Logan y luego a Camden con gesto nervioso. Avergonzada e inquieta bajó la mirada y la levantó solo para mirarle a él con tal gesto de súplica que lo hizo reír. Por supuesto que su lobita había reconocido al hombre, no en vano parecía estar enamorada de su restaurante.

—Es muy nueva —añadió Horus guiñándole el ojo—. Me alegra ver que has decidido acompañar de nuevo al Amo Dain, mascota. Te sienta bien su collar.

Su sonrojo aumentó, pero el gesto que hizo llevándose los dedos al collar con el cascabel lo enterneció.

—Me gusta el modelito, ¿se lo elegiste tú, Dain? —preguntó Logan recorriéndola con la mirada.

—En realidad fue idea de Faith, yo me limité a quitarle tela.

Los hombres se rieron y disfrutaron de la visión de la mujer envuelta en un breve vestido de gasa con un hombro completamente desnudo y el otro bajando en forma de desigual capa hasta casi el suelo. Ceñido a la cintura, el vestido enmarcaba sus pechos desnudos revelando las oscuras aureolas de sus pezones ya endurecidos contra la tela y envolvía sus caderas destacando el contorno del breve tanga negro brillante que formaba un triángulo entre sus muslos y las perfectas nalgas que ahora mantenía pegadas a él, como si fundiéndose con su cuerpo pudiese

evitar que ellos la mirasen.

—Estaba decidida a causar una buena impresión. —Añadió y, envolviéndola con un brazo alrededor de la cintura, la movió hacia delante, atrayéndola contra su pecho, dejando que fuese perfectamente consciente de la erección que ya empujaba sus vaqueros—. Le dije que posiblemente pudiese conocerte, Camden. Tienes ante ti a una entusiasta de tu cocina y de tu restaurante.

—¡Dainiel!

Su agónico quejido hizo que se riese entre dientes, se inclinó y le habló al oído.

—Me encanta oír mi nombre completo en tus labios, dulzura, añade Amo delante y será perfecto.

Ella gimió y bajó la mirada avergonzada.

—Encantadora y tímida, por lo que veo —comentó Camden dejando su cerveza a un lado, bajó del taburete y se acercó a ella—. Hola, preciosa, así que te llamas Faith.

La manera en que se tensó levantó la cabeza y asintió efusivamente casi le hace reírse a carcajadas. Era tan mona, tan cálida en su timidez.

—Sí, yo… es un placer conocerle, chef O´Rourke.

Camden se sorprendió ante la respuesta educada y casi profesional de la chica, entonces sonrió y lo miró.

—¿Me dejas?

Retiró el brazo alrededor de la chica y asintió.

—Adelante.

—Prefiero que las sumisas me llamen señor o Amo Camden —le aseguró deslizando los dedos por la piel de su mejilla. Si seguía pegándose más a él, lo empujaría, pensó Dain con diversión—. Pero es un verdadero placer conocer a alguien a quién le gusta mi cocina. ¿Ya has estado en el *Temptation*s antes?

Ella se lamió los labios y negó con la cabeza.

—No, señor —replicó al momento—. Mi… amiga Ruth y yo íbamos a celebrar… algo allí, pero… no pudo ser.

—Ruth es la chica de la que te hablé —añadió Logan, advirtiendo a su compañero.

El semblante del chef cambió ligeramente.

—Lamento tu pérdida, cariño. —Le acunó la mejilla.

Asintió incapaz de decir otra cosa, entonces se lamió de nuevo los labios.

—Gracias, señor.

—¿Sabes? A veces es necesario terminar aquello que dejamos inacabado, especialmente cuando se produce de una forma inesperada —le aseguró—. Así que, me gustaría que vinieses a cenar al *Temptations* el próximo jueves y celebres que la vida sigue para ti.

La invitación le arrancó un pequeño jadeo.

—Yo… ah… no sé qué decir…

Él se rio.

—Puedes empezar por pedirle permiso a tu amo y decirle que te acompañe.

Su respuesta fue inmediata, se giró al momento y posó las manos por iniciativa propia sobre él.

—¿Vendrías conmigo? ¿Por favor?

—Si te lo pide así no puedes decirle que no, Dain.

Él se limitó a enarcar una ceja en respuesta y, valiente e inteligente sumisa, comprendió al momento lo que debía hacer. Se arrodilló suavemente, adoptó la postura que él le había indicado,

se aclaró la garganta y preguntó.

—Amo Dain, ¿podrías, por favor, acompañarme el próximo jueves a cenar al restaurante del Amo Camden?

Sus palabras fueron como un golpe en el pecho, como Dom no podía sentirse más orgulloso e importante ante la consideración de una sumisa en busca de su aprobación.

—Eso ha sido muy dulce, Dain, no puedes negarte —aseguró Horus.

—Te tiene pillado, socio. —Se rio Logan.

—Supongo que con una petición tan bonita y educada, no puedo decirte que no, dulzura.

Ella emitió un ligero chillido, se levantó de golpe y se echó a sus brazos.

—Gracias, gracias, gracias.

Sonrió para sí, le acarició la espalda y dejó que disfrutase de su entusiasmo.

—De acuerdo, dulzura, ahora agradécele al amo Camden por la invitación.

Tras dedicarle una sonrisa que lo desarmó por completo se giró hacia Camden y le dedicó unas palabras de agradecimiento, alabando su cocina y diciéndole que era un placer conocerle.

—Muchas gracias, de verdad, es un honor conocerte.

El chef pareció tan sobrecogido como divertido por la actitud femenina.

—El placer ha sido todo mío, Faith —aseguró, la cogió de la barbilla y, tras dedicarle una mirada a modo de permiso, la besó brevemente—. Sé buena con el Amo Dain.

Dio un paso atrás y asintió, se había sorprendido ante el hecho de que ese hombre la besase.

—Sí, señor, lo intentaré.

—Y eso ya es más de lo que cualquier dom puede pedir escuchar voluntariamente de su sumisa. —Se rio Logan, abrazando a la pelirroja—. ¿Verdad, Sumi?

—Yo intento ser siempre buena contigo y con el Amo Cam, señor —aseguró la chica con una amplia y coqueta sonrisa—. Pongo todo mi empeño en ello.

—Pequeña tunante.

La chica se rio antes de besarlo en los labios.

—Te quiero, Maestro.

Aquello derritió a Logan.

—Y yo a ti, polvorilla, y yo a ti.

Faith se apoyó de nuevo contra él, observaba a la pareja sin hacer comentario alguno al respecto, parecía estar decidiendo qué clase de relación se daba allí.

—Sumi es la sumisa de Cam y Logan, mantienen una relación poli.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la suya.

—¿Poli?

—Poliamorosa —le explicó—. Los tres mantienen una relación abierta.

Ella asintió y volvió a mirar al trío, quién parecía haberse olvidado del mundo y se concentraban en cada uno.

—¿Y cuánto tiempo dices que vas a mantener a la pobre gatita en la cruz? —preguntó a Horus, volviendo al punto inicial.

—Hasta que decida que puede correrse —replicó malicioso—. Cinco minutos más en esa posición y… ya veremos en cual después. Para el segundo turno estarán tan cansadas, que espero poder disfrutar de algo más tranquilo con ella.

Sonrió y sacudió la cabeza, no pudo evitarlo.

—Por cierto, no sé qué le dijiste la semana pasada, pero gracias —le comentó su amigo—. No he tenido que volver a amordazarla.

Se rio entre dientes.

—Sabes que Sophie está colada por ti tanto o más que antes, ¿no?

Asintió.

—Sí, Dain, tanto o más de lo que lo estoy yo por ella —admitió sincero y miró a su acompañante—. Y por eso mismo sabe que va a estar ahí arriba hasta que yo así lo quiera y lo acepta como una dulce y cálida sumisa.

Sacudió la cabeza.

—Cuida de ella —le pidió.

—Y tú disfruta de lo que la vida ha dejado en tu regazo —le sugirió señalándola a ella—. Pórtate bien con el amo Dain, Faith.

Antes de que la chica pudiese decir algo, la cogió de la barbilla y la besó, hundiéndole la lengua en la boca, haciéndola gemir por lo inesperado del acto solo para soltarla después.

—Nos vemos en la segunda sesión, si todavía estáis por aquí.

Dicho eso, dio media vuelta y se encaminó hacia el lugar acordonado.

—¿Todos los dominantes del club tenéis la costumbre de besar a las sumisas de otro amo o es que soy una novedad, señor?

Se rio ante su pregunta, le giró el rostro con los dedos y le levantó el rostro.

—Eres una novedad, dulzura, pero para que alguien te bese o te toque, necesitan mi permiso.

Parpadeó un poco confundida, entonces arrugó la nariz.

—¿Les diste permiso a los maestros Camden y Horus para besarme?

—Pensé que te gustaría, de hecho, hay alguien más que se muere por hacerlo, de hecho, por hacer algo más que besarte.

La expresión de su rostro fue muy elocuente.

—Yo no…

—No pienses, Faith, tu cometido esta noche es dejar que yo decida por ti.

Tragó, con visible dificultad.

—¿Cómo debes responder, sumisita?

—Sí, señor.

Asintió y le acarició la punta de la nariz con el dedo.

—Muy bien —aceptó complacido—. ¿Confías en mí, Faith? ¿Confías en que sabré lo que puedes y no tomar?

Le sostuvo la mirada durante unos segundos, entonces asintió.

—Sí, todavía no entiendo el motivo, pero contigo sé que estaré segura.

—Siempre, pequeña, si algo puedo prometerte aquí y ahora, es que conmigo siempre estarás segura.

Tragó de nuevo, respiró profundamente y se lamió los labios.

—Te creo, así que, ¿qué tienes en mente para mí, señor?

La manera en que lo preguntó le hizo sonreír.

—Darte placer y obtener el mío en el proceso —declaró muy sincero—. Y para ello, te llevaré a una de las mazmorras y te presentaré a nuestro compañero de juegos para esta noche.

La forma en que abrió los ojos fue de lo más elocuente, pero no le pasó desapercibida la manera en que sus pupilas se dilataron, el cambio en su respiración o esa pequeña y rosada lengua deslizándose sobre el labio inferior. Podía estar incómoda, asustada, pero la perspectiva le causaba la suficiente curiosidad como para excitarla.

CAPÍTULO 45

Cuando alguien mencionaba la palabra mazmorra, al momento te venía a la mente un oscuro y húmedo calabozo, una habitación lúgubre dónde los presos eran torturados, dejados colgando de cadenas, atados a cepos o en mesas de tortura. Bien, aquella mazmorra no era húmeda, la calefacción hacía que te sobrase la ropa, la luz era tenue, pudiendo regularla en función a cada zona, pero el mobiliario y el tono gris de las paredes le conferían un aspecto carcelero. Por no hablar de que los reos estaban mucho más desnudos, colgados de cadenas en el techo, anclados a un poste en el primer tercio de la habitación o en las cruces de la pared. Otra pareja utilizaba parte de la inmensa cama para dar rienda suelta a su fogosidad. Cada uno parecía completamente sumergido en sus ocupaciones, disfrutando del momento sin importarle un comino que hubiese más personas en la habitación. Era perturbador y también extrañamente excitante.

—Esta es la mazmorra principal —le susurró Dain al oído, haciéndola saltar. Tenía suerte de estar sujetándola con su mano abierta sobre su estómago o habría salido disparada de allí—. Está bastante concurrida y, dado lo mucho que estás temblando, nos quedaremos en la privada.

Oh, Dios, gracias.

—¿Hay una… habitación así… privada?

—Le llamamos «privada» porque está pensada para dar ocupación a un máximo de seis o siete personas —le explicó—. Es más pequeña y la decoración es más… sugerente.

—¿Seis o siete? Eso no me parece precisamente privado, señor.

Sonrió.

—Lo es especialmente porque una vez te metes en tu papel lo último de lo que eres consciente o te importa es quién haya a tu alrededor.

Se lamió los labios.

—No estoy segura de que me guste tener público.

—No serás consciente ni de los aplausos.

—¿Qué aplausos?

—Borra esa cara de susto, Faith, solo es una forma de hablar —le dijo divertido—. Ven, cuando lo veas con tus propios ojos lo entenderás perfectamente.

Se lamió los labios y obligó a sus pies a moverse pero era incapaz de quitarse todo aquello de la cabeza. Los sonidos típicos del club resonaban en sus oídos y no hacían nada para calmar sus nervios.

—¿Y… y si no puedo hacerlo? —musitó, tiró de él obligándole a detenerse—. Dain, ¿y si no… no quiero?

—Tienes tu palabra de seguridad, «rojo», funciona aquí igual que en casa —le recordó—. Pero confía en mí, sé lo que puedes aceptar, lo que puedes enfrentar, no eres alguien que se rinda fácilmente y por eso, quiero tentarte y empujar un poco más allá. No existe entre nosotros una lista de límites establecida, por eso insisto tanto en que seas sincera conmigo en todo momento.

—No estoy segura de lo de la mazmorra y estoy siendo muy sincera.

—Lo sé, pero no te has negado en redondo, a pesar de todo, sientes curiosidad, y eso, dulzura, es lo que voy a explotar, lo que voy a empujar y lo vas a disfrutar.

Hablaba con tanta seguridad, con esa voz tan sexy y ronca que la excitaba a pesar de su

nerviosismo.

—Sí, señor.

—Mírate, haciendo pucheros —le soltó—. Vamos, Faith, te aseguro que acabarás dándome las gracias.

—Lo dudo mucho, señor, lo dudo muchísimo.

—Sumisita de poca fe.

Le dio la espalda y continuó a la sala privada, en la puerta había una pequeña pizarra y en ella había pegados dos círculos. Dain sacó una ficha del bolsillo y la añadió a la superficie, aquello parecía un semáforo.

—¿Puedo preguntar qué es eso?

—El código de reservas. —Le guiñó el ojo—. Cuando hay tres, el cupo se llena.

Tragó saliva y miró hacia delante, no le quedaba otra salida, era lo que había aceptado.

—Estás pensando demasiado, nena, voy a tener que ponerle remedio —anunció, tomándola por sorpresa.

—Lo siento, yo…

No la dejó continuar, la atrajo hacia él y la distrajo con un profundo beso. Sus manos estuvieron al momento sobre su cuerpo, amasándole los pechos, pellizcándole los pezones, su pierna abriéndose paso entre las suyas, rozándose contra su sexo a través del tanga. La empujó contra la pared, cambió de ángulo y volvió a besarla, arrancándole el aliento, encendiendo su cuerpo a la velocidad de la luz… y entonces se apartó.

Jadeaba, sentía los pechos pesados, los pezones doloridos, le palpitaba el sexo y el corazón se le había acelerado.

—Eso está mejor.

Con eso, dio media vuelta, abrió la puerta y la hizo entrar.

Al contrario que la habitación anterior esta exudaba decadencia. Los muebles y el color de la pared iban entre el negro más puro al rojo color vino, con algunos toques más brillantes. La iluminación era igual de tenue y aquí sonaba además música étnica a través del hilo musical.

Recorrió la habitación con la mirada, cada una de las paredes alternaba entre el mobiliario exótico y erótico, sacado de una mazmorra de la edad media y sensuales cuadros que retrataban conocidas seducciones de mitos griegos. Un par de cruces de San Andrés, unas cómodas sillas, un sofá en forma de medialuna, una amplia cama que daba cabida a varias personas, un poste, dos extraños bancos uno de los cuales le recordaba al plinto de las clases de educación física… Había varios aros decorando las paredes así como un par de armarios y expositores de los que colgaban *floggers*, varas, palas y demás juguetes de impacto. De hecho, estaba tan ocupada haciendo su particular inventario que no se fijó en las parejas presentes hasta que escuchó un gemido a su derecha.

Había dos parejas en la habitación, de hecho, una de ellas era un trío. Dos hombres tenían atada a una mujer a una de las cruces, con los ojos vendados, las piernas abiertas y los pechos comprimidos por un extraño corsé. Uno de ellos le chupaba los pezones mientras el otro se daba un festín entre sus piernas. Se encontró tragando saliva, la imagen le pareció sumamente erótica y se encontró apretando los muslos.

Al otro lado de la sala alguien tiraba de unas cadenas, sus gemidos quedaban ahogados por una mordaza, su cuerpo temblaba considerablemente mientras su amante entraba y salía de su trasero, pues su coño, totalmente depilado, estaba abierto y cubierto por un objeto en forma de mariposa. Se le aceleró la respiración, él se impulsaba en su culo, manteniéndola abierta para cualquiera que quisiera mirarla y sus ojos, de un bonito y claro color azul se encontraron con los

de ella. Se sostuvieron la mirada, como si no hubiese nadie más en la habitación, ella parecía disfrutar siendo observada y Faith se encontró disfrutando también al mirarla. Cuando la mujer gritó a través de la mordaza, ella gimió en respuesta, apretando los muslos y sintiendo su sexo palpitar.

—Me gusta verte excitada —le apartó el pelo hacia un lado y le mordisqueó la piel del cuello—. Me gusta especialmente la manera tan sincera en la que respondes, sin guardarte nada…

—Dain…

—Me encanta como ese pecaminoso vestidito tuyo realza todo aquello que me pertenece, mi patio de juegos particular…

—¿Pecaminoso? Escandaloso, más bien…

—Semántica, dulzura, pura semántica —declaró deslizando las manos sobre su cuerpo, acunándole los pechos por encima de la tela, rozándole los pezones con los pulgares, apretándola contra él haciéndola notar la dureza de su erección contra las casi desnudas nalgas—. Estoy deseando tenerte —la aferró por las caderas y restregó su erección contra sus nalgas—, especialmente quiero esto para mí… ¿Me lo darás, Faith?

No pudo evitar temblar bajo su contacto y sobre todo bajo sus palabras. Sus manos seguían aferrando sus pechos, acariciándoselos, pellizcando sus pezones hasta el punto de provocarle una punzada de dolor que inmediatamente recaló en una ola de calor entre sus piernas. Se movió contra él, restregándose contra su pene, empujando los pechos contra sus manos, buscando más.

—Dime, sumisita, ¿me darás lo que quiero? —enredó los dedos en su coleta y tiró hacia atrás, sujetándola, buscando sus ojos mientras la clavaba en el lugar con esa mirada ardiente. Su poder sobre ella era absoluto, no podía resistirse a él y tampoco quería hacerlo—. ¿Te entregarás a mí completamente?

Deslizó la mano libre sobre sus redondeadas nalgas, apretando una de ellas, acariciándosela, haciéndola temblar mientras sus dedos buceaban entre sus piernas encontrando sus húmedos pliegues.

—Ya estás mojada —recalcó sin soltarla, sonriendo maliciosamente—. Estabas tan preocupada… y aquí estás, húmeda, caliente, lista para que abra esos rosados pliegues y me sumerja en tu interior.

Intentó alejarse, apartar la mirada, pero él no se lo permitió.

—Estoy excitada, señor, dilo.

Se lamió los labios.

—Estoy excitada, señor.

—Sí, lo estás. —Bajó sobre su boca, rondando sus labios—, y quieres que te folle, quieres acoger mi pene en ese húmedo y dulce coñito tuyo. ¿No es así sumisa?

Sus crudas palabras la avergonzaban a la par que la excitaban aún más.

—Dilo, Faith. —Tiró un poco más de su pelo, provocándole un caliente ardor en el cuero cabelludo, haciendo que la posición fuese incómoda—. Quiero escucharlo de tus labios.

—Quiero… yo… yo lo… lo quiero, señor.

—¿Qué quieres, dulzura?

—Que me folles… quiero… te quiero dentro… de mí.

—Suena tan dulce cuando lo dices así.

Capturó su boca en un nuevo beso, se tomó su tiempo en recorrerle los labios con la punta de la lengua, bromeó, fingiendo penetrarla para retirarse en el último momento, sonrió ladino al

escucharla gemir de frustración y, por fin, se sumergió en su interior robándole el aliento.

—Quítate el vestido —ordenó dando un paso atrás, dedicándole toda su atención—, y tiéndete en el lado derecho de la cama.

Siguió su mirada y tragó, durante unos instantes había dejado de importarle dónde estaban, se había olvidado de las parejas que había en la sala y de las que ahora volvía a ser consciente. Una de ellas ocupaba el lado contrario de la cama a la que le había ordenado dirigirse, ella permanecía tendida boca arriba, con las manos en los pechos mientras él la lamía entre las piernas. No pudo evitar estremecerse, apartó la mirada al momento y la levantó para encontrarse a Dain mirándola fijamente.

—Estoy esperando, Faith, y ya sabes lo que opino de la tardanza.

Tragó una vez más, empezaba a tener problemas para hacerlo, dudó unos segundos y aquello fue suficiente para que su acompañante decidiese tomar cartas en el asunto.

—Veo que vas a desobedecerme.

—No, yo solo…

La mirada en esos ojos azules la hizo cerrar la boca al momento.

—El vestido fuera, ahora —le advirtió al tiempo que se cruzaba de brazos—. El tanga también.

Se lamió los labios, cerró los ojos y respiró profundamente al tiempo que llevaba las manos a los cierres y lo soltaba, dejando que la tela resbalase por su cuerpo hasta el suelo. Una oleada de calor la recorrió de los pies a la cabeza en el momento en que se vio desnuda, ni siquiera sabía a dónde mirar, así que decidió concentrarse en la línea de la cintura de su pantalón. Enganchó dos dedos a la delgada tira del tanga y empezó a bajarla muy lentamente, sacando primero un pie y luego el otro.

Cogió las prendas y aventuró un vistazo en su dirección.

—¿Dónde… lo pongo, señor?

No respondió, acortó la distancia entre ellos, le levantó la barbilla con un par de dedos y la miró a los ojos.

—Dime que se te está pasando por la cabeza.

—¿Qué?

La manera en que la miró, enarcando una ceja la hizo rectificar.

—No… no estaba pensando en nada…

—Mientes.

Se lamió los labios.

—No, de verdad, yo no…

—Faith, te azotaré si sigues por ese camino.

Cerró la boca y apretó los labios.

—Dímelo.

—No quiero estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque me estoy muriendo de la vergüenza, porque tú pareces disfrutar de eso y yo… y yo no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes, dulzura?

Su voz se convirtió en un hilo.

—No entiendo que incluso ahora y aquí, te desee tanto.

Dio otro paso, acercándose más a ella y luchó por apartar la mirada.

—No, los ojos en mí.

Obedeció, sus palabras no daban opción a otra cosa.

—No disfruto ni disfrutaré jamás de algo que hace que te sientas mal —le aseguró muy serio—. Estás asustada, estás nerviosa, sabes que deseas esto porque me deseas a mí, te avergüenza estar desnuda ante otras personas y es algo natural, pero la vergüenza no es más que un estado pasajero y que desaparecerá antes de que te des cuenta siquiera. Y sí, estás excitada porque lo desconocido también te excita, es algo nuevo para ti y como no puedes controlarlo, tiendes a encogerte y querer huir. Pues bien, hoy no habrá huidas, no habrá concesiones y para que no te distraigas más con lo que hay a tu alrededor… —Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó un pañuelo ancho de color amarillo—, apagaremos la luz.

Jadeó, dio un paso atrás, pero él la retuvo con efectividad.

—Se acabó el escapar, es la hora de jugar según mis reglas —le informó al tiempo que le cubría los ojos con el pañuelo—. Quiero que te concentres en mi voz y solo en mi voz, eso, mis manos, mi boca y mi polla será todo lo que te tocará a partir de ahora.

—Dain…

—Tienes una palabra de seguridad —le recordó—. Si quieres terminar con esto aquí y ahora, utilízala.

Se lamió los labios, pero mantuvo la boca cerrada. Quería estar allí, a pesar de todo, quería estar con él.

—Extiende las manos.

Hizo lo que le pidió y escuchó el clic de los aros de los puños que le rodeaban las muñecas, se las había sujetado juntas por delante.

—Camina. —La cogió de la unión de las esposas y tiró de ella—. Un pie delante de otro, mascota, en línea recta.

La repentina ceguera de la venda la había dejado totalmente a oscuras, la privación de la vista sin embargo hizo que el resto de los sentidos se intensificaran. Aguzó el oído intentando escuchar su voz, sus movimientos, pero estos se filtraban con otros sonidos.

—¿Amo Dain?

—Ten cuidado, un paso más y te encontrarás con la cama. —Su voz la tranquilizó, seguía allí y su tono se había aligerado un grado. Tal y como la previno encontró la estructura ante ella y, casi al mismo tiempo se sintió empujada, cayendo en el aire para terminar sobre una superficie que nada tenía que ver con un colchón. Era más dura, el tacto del frío cuero contra su piel desnuda la hizo estremecer—. El color del cuero contrasta con el de tu piel, es una combinación de lo más exótica, dulzura.

Se lamió los labios y giró la cabeza hacia el sonido de su voz, casi al mismo tiempo notó como le cogía de ambas manos y se las levantaba por encima de la cabeza, anclando las esposas a algún punto de sujeción, manteniéndola estirada.

—Precioso, una verdadera obra de arte.

Dio un respingo al notar algo sobre su piel, unos dedos, callosos, conocidos, deslizándose sobre sus pechos, haciendo rodar sus pezones hasta arrancarle un quejido. Lo próximo que sintió fue el calor y la humedad de una boca cerniéndose sobre uno de sus senos, chupando uno de los pezones, lamiéndolo mientras los insistentes dedos se hacían cargo del otro.

—Eres como un helado de chocolate, da gusto lamerte.

Y eso fue lo que hizo, la lamió y mordisqueó haciendo que todo su cuerpo respondiese al momento, inflamando el deseo que latía entre sus piernas, aumentando el ritmo de su respiración, arrancándole pequeños jadeos mientras la hacía retorcerse bajo esa erótica tortura.

—Oh, sí, míralo —ronroneó entre sus piernas, abriéndoselas lo suficiente para que sintiese

su sexo expuesto a su mirada—. Rosados y mojados, tu cuerpo no miente, estás excitada, deliciosamente excitada.

Resbaló las manos por sus muslos, bajando hacia las rodillas y enganchándolas por encima de sus codos de modo que quedó totalmente expuesta a él, su pelvis elevada a una altura adecuada a sus intenciones. Notó sus dedos jugando con sus pliegues, abriendo su sexo sin hacer nada más, el no poder saber que pasaba la estaba matando, la incertidumbre la volvía ansiosa y se movió inquieta.

—Quietecita… —Escuchó su voz, escuchó un sonido de rasgadura y a continuación el de una cremallera.

La cabeza de su miembro empujó entonces contra ella, penetrando a través de sus hinchados y mojados tejidos, hundiéndose poco a poco en su interior hasta alojarse por completo. Sin mediar palabra se retiró, uniéndose a ella solo con la cabeza antes de volver a hundirse con más fuerza hasta el fondo.

—Señor —jadeó echando la cabeza hacia atrás, tirando de las muñecas solo para encontrar que no podía. Sus rodillas fueron empujadas más arriba, su trasero quedó casi en el aire mientras él la montaba con largas embestidas—. Amo Dain…

Él no dijo una sola palabra, pero notó como arrastraba una mano hacia sus caderas, empujando su cuerpo con el propio un poco más arriba un momento antes de que un dedo empujase en su culo.

—Dainiel, no… espera...

—Te lo dije en otra ocasión, Faith, solo quiero escuchar tu palabra de seguridad…

Gimió e intentó alejarse cuando empujó en su culo, resbalando más allá del anillo de sus firmes músculos, saliendo solo para arrastrar la humedad que manaba de su sexo y volver a penetrarla. La sensación de dualidad, de sentirse llena por ambos agujeros la estremeció, sus músculos se cerraron en torno al pene que alojaban y el placer se incrementó. Empezó a moverse y lloriquear, no sabía si quería que continuase o que se detuviese, la inesperada y cada vez más profunda invasión en su culo la enloquecía.

—Sí, te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir —escuchó su voz cerca del oído—, puedes sentirme dentro de ese pequeño y dulce culito, apretándome, deseando más mientras te follo.

Giró las caderas, empujándose de nuevo, cambiando el ángulo y provocándole pequeños espasmos que la llevaron a morderse el labio para no gritar.

—Me encanta lo sincero que es tu cuerpo, cómo pide más, como ruega por más…

—Amo Dain, por favor…

—Eres deliciosa, pequeña, tan apetitosa que no creo que pueda cansarme nunca de ti.

Tembló bajo él, cada nuevo impulso de sus caderas la empujaba contra la cama, hacía que rozase contra el cuero, creaba pequeños puntos de fricción que la estaban volviendo loca. La penetró un par de veces más, primero lento, luego más rápido, con fuerza para terminar saliendo por completo de su interior y maniobrar su cuerpo hasta tenerla apoyada sobre los codos y las rodillas. Le dio un fuerte azote primero en una nalga, luego en la otra y volvió a penetrarla en aquella posición.

—Me has desobedecido. —Escuchó su voz alto y claro un segundo antes de que su mano cayese sobre la parte superior de sus nalgas desnudas provocándole un pinchazo de escozor. Sus músculos vaginales apretaban la presa sobre el miembro masculino con cada bofetada que recibía —. Llegaste quince minutos tarde… —una nueva palmada cayó sobre la otra nalga—, cuestionas mis órdenes —otra bofetada, cada una en una zona distinta de su culo, haciéndolo arder—, me

desafías —otra bofetada…

—Señor, por favor…

—Te has portado como una sumisa díscola. —Otra bofetada, más fuerte que las anteriores —. Me mientes. —Otra más, está acompañada de sus quejidos y sus lágrimas—. Te mientes a ti misma.

—Lo siento… lo siento…

—No volverás a mentirme, nunca, Faith. —El azote resonó en sus oídos acompañado de su propio sollozo—. No cuestionarás mis órdenes. —Otro azote—. Y por encima de todo, vas a ser sincera contigo misma.

Una última bofetada la hizo soltar un agudo sollozo que acalló sobre el colchón. Las grandes manos resbalaron entonces sobre su caliente carne, aumentando el calor, convirtiendo el dolor de los azotes en un hormigueo de placer. Solo entonces se retiró y volvió a penetrarla haciendo plenamente consciente del calor en su culo cada vez que presionaba la pelvis contra ella.

—¿Lo has entendido?

—Sí, oh, Dios, sí… por favor… Dainiel, por favor…

Le aferró las caderas y empezó a bombear con más fuerza en su interior, empujándola contra la cama, hundiéndose cada vez más en su interior al tiempo que resbalaba de nuevo un dedo en su culo, abriéndolo, imitando el movimiento de su pene antes de añadir una segunda falange mientras la aferraba de la cadera.

La sensación pasó de agradable a ligeramente molesta, pero en el estado de excitación en el que estaba no se quejó, sus dedos incursionaban en su trasero mientras sus dedos lo hacían en su sexo creando una doble fricción que la estaba desquiciando.

—Amo, por favor… no puedo más… necesito… Dios, lo necesito… por favor…

Se apoyó contra su espalda, sin dejar de bombear y le lamió el arco de la oreja.

—Puedes correrte, dulzura, solo déjate ir.

No tuvo que decírselo dos veces, su pene se sumergió una vez más en sus profundidades, acompañado de sus dedos y todo explotó a su alrededor con la fuerza de un huracán. Sus tejidos se ciñeron alrededor del miembro masculino, atrapándolo, impulsándole al mismo tiempo a una carrera para alcanzar su propia liberación.

Faith gritó, todo su cuerpo se convulsionó, se arqueó bajo él y se derrumbó en cuanto él dejó de sostenerla, uniéndose a ella.

Se tomó unos momentos para recuperar el aliento, incapaz de hacer otra cosa que permanecer allí tendida, con las manos ancladas por encima de la cabeza, el cuerpo empapado en sudor y el sonido de su corazón latiéndole todavía en los oídos.

—Eres una pequeña sumisa díscola, ¿lo sabías?

La pregunta llegó acompañada de la pérdida de la venda y la recuperación de la visión y la caricia de una mano sobre su abusado culo.

—Lo… lo siento, señor.

Dain le cogió la barbilla y le giró el rostro, para encontrarse con sus ojos.

—Eso ha sido tu castigo. —Le informó con voz suave, pero no por ello menos impactante —. No toleraré que me mientas, Faith, no cuando tiene que ver contigo y tu bienestar. El que hayas llegado tarde no me ha dolido tanto como el hecho de que me mintieses.

La forma en que lo dijo la obligó a parpadear para alejar las lágrimas.

—Lo siento, de verdad, yo no… —Se lamió los labios—. Yo no sabía… Ni siquiera sabía que… Lo siento, Dain.

Le acarició el rostro con los dedos y bajó sobre ella para besarla suavemente.

—No vuelvas a hacerlo y yo no tendré que volver a castigarte, ¿de acuerdo?

Asintió con vehemencia.

—Lo siento, no volverá a pasar.

—Sé que no, lobita, sé que no —le sonrió, le dio un nuevo beso y resbaló las manos sobre su cuerpo, deleitándose en su figura, provocándole cosquillitas para finalmente soltar la restricción de sus muñecas y liberarla—. Pero por si se te olvida… al suelo. De rodillas.

Parpadeó, bajó la mirada sobre su cuerpo y se lamió los labios al ver cómo su sexo estaba de nuevo erecto.

—Enséñame una vez más lo dulce que puede ser esa linda boquita.

Cuanto más lo miraba, más parecía crecer en tamaño, endureciéndose, hinchándose y, por absurdo que pareciera, eso le hacía la boca agua.

Había cosas que no lograba entender y el que siguiese deseándole después de lo que le había hecho era una de ellas.

Se lamió los labios, se incorporó hasta quedar sentada completamente desnuda a su lado y bajó la mirada al suelo.

—Sí, señor.

Deslizó las piernas sobre el colchón, cayendo con gracia al suelo, esperó a que girase, terminando sentado y con las piernas abiertas y esa apetitosa polla llamando su atención para cumplir con sus órdenes.

Se llevó unos rebeldes mechones de pelo detrás de la oreja, tragó un par de veces la saliva que se le había acumulado en la boca y bajó sobre esa columna de carne.

—Demuéstrame si te he enseñado bien, lobita.

La alusión a su pasada experiencia en esas lides la sonrojó, deslizó los dedos sobre su eje, envolviéndolo y bajó la boca para lamerle desde la punta a la raíz y viceversa. Acarició la gruesa cabeza del pene con la lengua, lo incitó entre sus labios, succionándolo como le había indicado y había descubierto que le gustaba. Cada murmullo y gruñido masculino era una efectiva guía para saber si lo estaba haciendo bien. Se lo metió en la boca y lo amamantó antes de alojar todo lo que podía de su longitud en su garganta, tragándoselo para dejarlo ir de nuevo. Tuvo cuidado en hacer las pausas necesarias para respirar. Lo degustó como a un caramelo, excitándose ella misma en el proceso, sintiendo como su sexo palpitaba de nuevo e incluso el sordo tacto fantasma en su trasero.

Siguió chupándolo, jugando con la lengua mientras observaba a través de las pestañas las reacciones en su cuerpo, el temblor en su vientre, la manera en que se esforzaba por respirar, el color cada vez más oscuro de sus ojos mientras la miraba, extasiado.

Su inmovilidad no duró mucho, pronto se encontró con el pelo envuelto alrededor de su mano, tirando de su cabeza como si quisiera retrasar el momento o impedirle ir más allá. En un arranque de osadía, arrastró los dientes por su longitud mientras jugaba con sus testículos, haciéndolos girar entre los dedos y aquello fue el punto final a su tarea. Sus caderas se impulsaron hacia arriba, el agarre en su pelo la empujó hacia abajo y se vio obligada a relajarse cuando se alojó profundamente, estallando en su boca, haciéndola tragarse el semen que bajaba caliente y salado por su garganta.

—Dulzura —murmuró retirándose de su boca, aflojando la tensión sobre el agarre en su pelo y permitiéndole respirar de nuevo—. Tienes una jodida matrícula en mamadas.

Levantó la mirada y sonrió al verlo totalmente desarmado.

—Gracias, Amo Dain, la enmarcaré.

Las carcajadas del hombre resonaron en la mazmorra, haciéndola de nuevo consciente de dónde estaban y de lo que acababa de hacer, delante de otras personas. Deslizó la mirada por la sala y se encontró de nuevo con los ojos de la misma chica a la que había visto cuando llegó, ella le sonrió en respuesta y volvió a prestar atención al hombre ante al que también estaba arrodillada.

CAPÍTULO 46

Dain siguió la mirada de Faith y sonrió para sí. No le pasó por alto el temblor de reconocimiento que la traspasó, acababa de ser consciente una vez más de que estaban en la mazmorra, posiblemente su mente estuviese intentando analizar el hecho de que acababa de hacerle una mamada a alguien delante de otras personas.

Sin embargo, no era miedo o vergüenza lo que percibía ahora de ella, sino curiosidad, la misma que había bailado en sus ojos cuando la hizo traspasar el umbral.

No podía dejar de mirarla, totalmente desnuda, con toda esa piel chocolate a su disposición, el nido de rizos negros asomando entre la uve de sus muslos y esos bonitos pechos coronados por oscuros pezones era toda una visión. El collar y los puños destacaban sobre su piel creando un exquisito contraste, en cierto modo era el mismo tono que los diferenciaba a él y a ella.

Esa idea le llevó a otra, a pensar cómo habría sido su infancia, su adolescencia, no era fácil para una chica de color criarse en una sociedad donde aún hoy en día existían asesinatos racistas, dónde alguien podía ser golpeado por la Policía con absoluta impunidad por el simple hecho de tener un color de piel oscuro. Y, sobre todo, para alguien que había sido carne de un programa de acogida social.

Su profesora no era de las que bajaban los brazos, el puesto que ocupaba, el respeto que se había ganado de sus alumnos hablaba por sí solo. Él conocía bien a esos chicos, sabía que su confianza había que ganársela, que no la entregaban, así como así y la manera en la que lo habían interrogado aquel primer día, solo hablaba de lo mucho que la apreciaban.

Se preguntó si ella sería consciente de eso, de lo mucho que significaba para esos muchachos o de lo mucho que empezaba a significar para él.

Tan pronto como la pregunta penetró en su mente la hizo a un lado, no perdería el tiempo en filosofías y preguntas a las que no tenía ganas de dar respuesta, no cuando podía emplearlo en disfrutar de esa encantadora sumisa.

—Ven aquí.

La cogió por la argolla del puño y tiró de ella hacia su regazo, instándola a abrir las piernas y sentarse a ahorcajadas sobre él.

—Me gusta la manera en que te mojas, en que lloras por mí —declaró deslizando suavemente los dedos a lo largo de sus mojados pliegues—. Y me gusta todavía más la manera en que me acoges. Móntame.

La manera en que bajó la mirada entre sus cuerpos, ese pequeño gesto de sus labios y el vacilante tacto de sus dedos sobre sus hombros lo ponía a cien. Esa suavidad con la que se movía, la inherente vergüenza era tan deliciosa que no podía hacer otra cosa que devorarla. La sujetó por las caderas, la levantó obligándola a levantarse y la guio hasta que la cabeza de su pene encontró la húmeda abertura.

—Respira profundamente y apóyate en mí.

Casi diría que hizo exactamente lo contrario, conteniendo el aire mientras posaba las manos sobre sus hombros y abría esos bonitos ojos marrones mientras le iba acogiendo, pulgada a pulgada, meciéndose contra él mientras bajaba.

Aprovechó su concentración para hacerla añicos, le rodeó la aureola con la punta de la lengua y chupó su pezón, atrapándolo entre los dientes, apretando lo justo para sentir como sus paredes vaginales le apretaban en respuesta. Se rio contra su pecho, lo lamió y se dedicó a darse un breve festín mientras ella lo acogía por completo.

—Señor…

Le gustaba oírla gemir, pero todavía le gustaba más oírla gritar su nombre, casi tanto como los ruiditos que hacía cuando jugaba entre las mejillas de su culo. Tenía que admitir que tenía una jodida adicción hacia esa extremidad, quería penetrarla, dividir esas nalgas y enterrarse profundamente en ella, llevarla al éxtasis de una forma que no lo había hecho nadie antes. Quería su virginidad, quería su total entrega, que confiase en él con lo más íntimo de su ser y estaba dispuesto a obtenerlo. Deslizó una mano hacia atrás, entre sus nalgas y comenzó a sondear la fruncida entrada. La tensión fue inmediata, levantó la mirada y se encontró con la de ella, velada, llena de deseo y también incertidumbre.

—Relájate, solo estoy jugando… por ahora.

Empujó un poco más y se retiró, bajó hasta dónde se unían sus sexos y aprovechó la lubricación extra para mojar el dedo antes de volver a la entrada oculta entre sus nalgas y empujar de nuevo, llevándose en esta ocasión hasta la base.

—Dain… señor… espera… no…

Rotó las caderas y volvió a concentrarse en su pecho, lo succionó, se amamantó de él mientras retiraba el dedo antes de volver a hundirlo de nuevo, una y otra vez, consiguiendo extraer de ella pequeños maullidos, notando sus dedos aferrándose con más fuerza a sus hombros, haciendo que cada movimiento de la cabeza hiciese tintinear el cascabel del collar. Era curioso que reparara ahora en ese sonido cuando no lo había hecho antes.

—Estás muy apretada —ronroneó sobre su pecho. Le prodigó un último lametón y alzó las caderas, provocándola—. Muévete, Faith, hazlo con suavidad, sin prisas.

Ella gimió y movió un poco las caderas, apoyándose en las rodillas y sus hombros para levantarse unos centímetros y dejarse caer. La dejó hacer, disfrutando de los soniditos que escapaban de su garganta y siguió jugando en su culo. Le mordisqueó el cuello, buscó su boca y reclamó su lengua, bebiendo de ella y tragándose al mismo tiempo sus gemidos. Poco a poco empezó a dejarse ir, a disfrutar de la sensación de ser penetrada por ambos lados. La aferró con una mano, ayudándola a subir hasta que solo estaban conectados por la punta de su erección y tiró de ella hacia abajo, con decisión, hundiéndose con fuerza en su interior. Podía sentir como temblaba, cómo agitaba la cabeza y maullaba como una gatita desvalida en busca de aquello que tenía al alcance de la mano, pero no le dejaba alcanzarlo. La torturó un poco más, incursionando en su culo, sometiéndola, sintiendo como los músculos de su recto se aferraban a su dedo.

—Eso es, apriétame —gruñó en su oído—. Siénteme, escucha a tu cuerpo, escucha como desea más.

—Dainiel —gimoteó—, por favor…

—Por favor, ¿qué?

—Quiero… quiero más…

Sonrió para sí y le mordisqueó la oreja.

—Sí, yo también quiero más, dulzura, quiero enterrar mi polla en el lugar en el que ahora está mi dedo, quiero escucharte gritar mientras te monto, quiero sentir como me aprietas en ese culito virgen, te quiero completamente subyugada y entregada a mi placer.

Sus palabras la hicieron temblar, escuchó su jadeo ahogado un segundo antes de que enterrase el rostro contra su hombro.

—Y tú también lo quieres.

—No.

Se rio.

—Sí, sientes curiosidad… te excita que te penetre por aquí —Y para enfatizar sus palabras, sacó el dedo y la penetró esta vez con una segunda falange—. Te gusta…

—No… no es verdad… y no… no miento.

Pequeña sumisa.

—Entonces dejémoslo en… que es algo extraño pero te excita… todavía no sabes si te gusta.

—Es… vergonzoso…

—Oh, sí, lo sé —le besó la mejilla—, pero toda vergüenza se irá en un momento, todo en lo que podrás pensar es en lo bien que se siente.

Se retiró de su culo e hizo lo mismo de su sexo. Estaba tan excitada, tan necesitada que protestó, sacudió la cabeza y prácticamente le miró implorante que siguiese.

—Pronto, dulzura, muy pronto…

La empujó de modo que bajase las piernas hacia el suelo, comprobó que se mantenía estable y se levantó tras ella. Le rodeó la cintura con los brazos, la apretó contra su mojada erección y la besó, borrando cualquier protesta de su mente. Jugó con sus pechos, rodó los pezones entre sus dedos y la fue guiando hacia otro lado de la habitación, a la esquina en la que estaba el mobiliario que necesitaba.

—Date la vuelta —la instruyó, rompiendo el beso, acariciándole los labios y viendo el deseo y la confusión en sus ojos—. Inclínate hacia delante y abre las piernas.

Se movió lentamente pero obedeció, la empujó lentamente hasta que sus pechos estuvieron aplastados contra el potro, la ayudó a colocar las rodillas en cada soporte a ambos lados, abriéndola a su placer y fijó sus muslos con correas a ambos lados. En cuanto cerró el segundo la sintió temblar.

—No te ataré las manos, pero quiero que estires los brazos y cojas esos aros que encontrarás en cada lado. —La guio—. Sí, así. Sujétalos y no los sueltes.

—¿Qué… qué vas a hacer?

—Disfrutar de ti, por supuesto y hacer que tú lo disfrutes también —le aseguró, bajó sobre su rostro y le robó un nuevo beso—. No te muevas, voy a hacerme con algo que necesito, cuenta hasta diez y estaré aquí antes de que termines.

Se aseguró de que estaba bien antes de alejarse y sacar de uno de los armarios un tubo de lubricante, la visión de ella allí atada, abierta a su placer hizo que le palpitase el ya duro pene. Se moría por tomarla, por correrse profundamente en su interior. Se relamió y aprovechó el momento para ponerse una cantidad de gel en las manos y lubricar su pene de camino a ella.

—¿Has llegado a diez?

—No… no señor.

—Bien —le pegó una pequeña azotaina en el culo—. Vas a sentir que está frío, dulzura, pero será mucho más agradable así.

Se sobresaltó al sentir el gel entrando en su trasero pero tal y como la había atado no podía hacer nada para evitarlo o apartarse, dejó escapar un pequeño gemido y escuchó el sonido de las argollas del potro cuando se aferró con más fuerza a ellas.

—Primero notarás mis dedos —la previno, dibujó senderos sobre la desnuda columna, distrayéndola, mientras incursionaba en su interior, penetrándola muy lentamente, lubricando el pasaje que lo acogería en un momento más—. Sí, justo así, suave y resbaladiza. Me ajustarás

como un guante, dulzura, la sola idea hace que se me ponga incluso más dura.

Le acarició las nalgas y bajó la mano libre entre sus piernas, penetrándola también allí con los dedos, creando una dualidad que pronto le arrancó unos cuantos jadeos, haciendo que contonease las caderas, empujando hacia él, deseosa de lo que le había negado antes. Sabía que estaba excitada, la frustración corría por sus venas y era retenida a duras penas por su lengua.

Se inclinó sobre ella, atormentándola con sus dedos, alternando las salidas y entradas de su cuerpo, creando un ritmo que la hacía temblar y gimotear a la vez.

—Un dedo más, puedes con ello, estás lista para ello, lo deseas, lo sabes…

—Oh Dios mío… Dainiel…

—Amo Dainiel para ti, dulzura, tienes la patente exclusiva de mi nombre.

Ella resopló solo para volver a gemir y sacudir la cabeza cuando ingresó un tercer dedo en su interior, estirándola más allá de lo que le resultaba cómodo.

—No, no, no… señor… no, por favor…

—Respira. —Le besó la base de la columna y movió la mano entre sus piernas de modo que el pulgar rozase ahora el clítoris—. Te noto temblar, me empapas los dedos, estás excitada, te gusta…

—No… ay, Dios…

Se rio entre dientes y le mordisqueó esa pequeña depresión que unía la columna con el nacimiento de sus nalgas.

—Con Amo Dainiel es suficiente para ti, lobita.

Se detuvo unos segundos, buscando su reacción y sonrió ampliamente al escucharla gemir, al sentir como se apretaba en torno a sus dedos y empujaba buscando más de aquello que le daba. Su piel estaba transpirada de sudor, brillante, hermosa, sus redondas nalgas eran una invitación oscura, a ir más allá, a explorar lo prohibido con ella, a desarmarla por completo y conseguir la rendición definitiva.

—No… No te pares… Amo Dainiel… no te pares, por favor, por favor…

—¿Lo ves? Te dije que te gustaba. —Se rio en su oído, solo entonces retiró los dedos de su lubricado ano y llevó la cabeza de su pene a la entrada, empujando muy lentamente, lo justo para abrirla con la cabeza de su miembro—. Y te prometo que será aún mejor…

—Oh… por favor…

—¿Por favor, más? ¿Por favor, detente?

—¡No lo sé! ¡Solo más!

Se rio entre dientes ante el grito de ultraje que surgió de su garganta.

—Qué carácter —Se lo estaba pasando realmente bien empujándola, extrayendo de ella esas inesperadas respuestas. Se inclinó sobre ella, aferrándole las caderas con ambas manos—. Me quedaré con «por favor, más».

Empujó en su interior, pasando el apretado anillo de músculos, dividiendo su carne, forzándose en el lubricado canal, estirándola. La notó temblar, escuchó sus quejidos, vio su cabeza girar de un lado a otro y el sonido del cascabel acompañando sus movimientos.

—No, no, no… Dain…

—No aprietes, relájate —la instruyó y deslizó de nuevo una mano entre sus cuerpos, buscando el hinchado clítoris para jugar con él mientras seguía empujando en su apretado culo —. Deja que tu cuerpo se acostumbre, siente cómo te lleno. Me aprietas, tiras de mí, me succionas por entero.

Ella se retorció, sus manos dejaron las sujeciones y volaron hacia delante, como si aquella posición fuese más cómoda o no supiese ya qué hacer con ellas. Gimoteaba como una lobita,

lloriqueaba su nombre y otras cosas que no pudo llegar a comprender.

—Dain… para… por favor, no… no puedo… du… duele…

Él estaba duro y caliente, la presión a su alrededor estaba poniendo a prueba su resistencia. Se moría por hundirse dentro y volver a salir, por bombear sin piedad en ese pequeño canal, pero no podía dejarse llevar. Esta era su primera vez y debía ir con mucho cuidado, llevarla a tal punto de excitación que ya no diferenciase el dolor del placer.

—Shh —la arrulló—. Puedes con ello, Faith, estás hecha para mí, todo tu cuerpo está hecho para mí, me pertenece, responde a mis demandas y me da lo que deseo porque es lo que tú también deseas.

—Dain…

—Respira profundamente, cariño. —Le pellizcó el clítoris y le acarició los húmedos pliegues un par de veces más, haciendo que contonease las caderas—. Ya casi estamos.

Un par de centímetros más y se encontró completamente alojado en su interior, sus pelotas acunadas contra sus nalgas, una sensación gloriosa.

—Jesús, esto es el paraíso.

—Y una… mierda… que lo es…

No pudo evitar reír ante su exabrupto.

—Oh, joder… por favor… Haz… haz algo, lo que sea… pero haz… haz algo o… o me volveré loca…

—Estás muy caliente, me empapas los dedos, lo deseas, no puedes esconder lo evidente, tu cuerpo lo desea.

—Ya… cállate —lloriqueó y meneó de nuevo las caderas para luego lloriquear—. Ay, Dios… Dios, Dios, Dios…

—Si me concedes tal título, tendré que hacerle justicia, lobita.

Con eso se retiró lentamente, apenas unos centímetros y volvió a empujar con mucha suavidad, continuó con aquellos movimientos, haciéndolos más largos, más profundos hasta que su cuerpo se relajó y los tensos músculos de su ano cedieron a la intrusión de su pene.

—Eres magnífica —le susurró sin dejar de moverse en su culo—, tan apretada, tan deliciosa… me vuelves loco…

Continuó montándola mientras la acariciaba entre las piernas, aumentando las sensaciones, empujándola cada vez más lejos, apartándola de la cordura y de su resistencia, rompiendo sus barreras hasta que ella fue completamente suya, rendida a su placer y a él.

—¿Quieres que pare? ¿Deseas que me detenga, pequeña?

—N… no… por favor, no… Más… más… muévete… más…

No pudo evitar gruñir al sentir como empujaba contra él, saliendo a su encuentro, perdida completamente en aquel erótico placer que traspasaba sus sentidos y le robaba la cordura, clavó los dedos en su cadera, manteniéndola quieta y se retiró casi por completo esta vez solo para volver a penetrarla hasta el fondo. Un grito surgió de la garganta femenina, un lloriqueo que siguió a otro, todo su cuerpo temblaba ahora, cercano a la ansiada liberación.

—Todavía no puedes correrte, Faith —masculló sin dejar de moverse en su culo, resbaló los dedos fuera de su sexo y la sujetó por las caderas—. No tienes permiso, ¿lo has entendido?

—Da…Dai… —No terminó su nombre, lloriqueó, sacudió la cabeza, apoyó la mejilla sobre la superficie de la mesa y sus ojos se encontraron aunque no estaba seguro de si ella era consciente de algo más que el placer. Su mirada era vidriosa, totalmente ida, los carnosos labios se abrían en jadeos, sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas, era una visión asombrosamente sexy.

—Eres mía, dilo.

Gruñó al tiempo que volvía a penetrarla, controlando cada embestida, deteniéndose cuando creía que estaba cerca, obligándola a esperar, a darle lo que le pedía porque se lo pedía.

—So… soy… tu… tuya.

—Me perteneces. —Volvió a penetrarla, hasta el fondo, apretando los dientes al sentir como aumentaba la tensión en sus testículos—. Tu cuerpo me pertenece, tu voluntad responde a mi voz… Dime, dulzura, quién es tu amo.

Se lamió los labios y gimió.

—Tú, oh, señor, tú… tú eres mi amo, Dainiel… tú, solo tú…

Sus palabras parecieron aflojar el nudo en su pecho y liberarle de alguna carga que no sabía ni que llevaba, el deseo y la necesidad de cuidar y atesorar a esa sumisa, a esa mujer se sobrepuso a todo lo demás.

—Córrete ahora, Faith, por mí, hazlo.

Como si respondiese a la batuta de un director de orquesta que daba la señal de cerrar la opereta, el cuerpo femenino empezó a estremecerse y a temblar alrededor de su empalado pene. Sus labios se dividieron en un agónico grito de éxtasis y él la coreó con un gruñido de absoluto triunfo mientras se impulsaba un par de veces más en su interior hasta derramarse por completo.

—Dios, sí… —Se dejó ir por completo, la cubrió con su cuerpo, todavía enterrado profundamente en su culo, degustando los espasmos que lo ordeñaban hasta dejarlo completamente seco. Se lamió los labios y se obligó a retirarse con mucho cuidado de su interior hasta desalojarse por completo—. Eso ha sido de diez, sumisita.

Ella no respondió, ni siquiera se movió, todo lo que podía hacer era jadear en busca del aire que le había sido arrebatado, perdida todavía como estaba en los rescoldos del placer.

Aprovechó el momento para limpiarse y limpiarla también a ella, la cogió en brazos y se asombró de la sensación de calor que le llenó el pecho. La llevó hasta el sofá, el cual estaba vacío y se sentó con ella en brazos.

—¿Maestro Dain?

Levantó el rostro apenas unos segundos después para ver a Cassie, la sumisa de Wolf y hermana de fraternidad de Luna, tendiéndole una botella de agua.

—Gracias, gatita.

La polvorilla de ojos azules asintió con la cabeza y señaló la puerta con el pulgar dónde Wolf la esperaba. El Dom le dedicó un guiño, habían estado jugando en la mazmorra incluso antes de que llegasen y ahora iban de retirada.

—De nada, señor.

Con su habitual coquetería, giró sobre sus pies desnudos y corrió hacia su amo.

Dain tuvo que maniobrar para abrir la botella y acercarla a los labios de la dulce y tierna muñequita que acunaba.

—Faith, es agua, bebe. —Añadió un tono de orden a sus palabras consiguiendo que ella obedeciese y tragase un poco del líquido. En cuanto este bajó por su garganta, despertó su sed—. Despacio, cariño, despacio.

Se lamió los labios y abrió esos bonitos ojos marrones, todavía estaba algo perdida.

—¿Dain?

—Sí, dulzura.

—Estoy cansada.

—Lo sé.

—Voy a dormir un ratito.

—Está bien.

—No te vayas.

—No lo haré. —Sonrió ante su petición—, estaré justo aquí para cuando te despiertes.

Ella se limitó a asentir, suspiró y cerró los ojos, necesitando de unos momentos para reponerse del desbordante ataque emocional que había sufrido su cerebro y su cuerpo.

CAPÍTULO 47

Faith se despertó a regañadientes, algo la molestaba, no estaba segura de que era, pero algo estaba haciendo que abandonase la calidez del sueño. Rezongó sin emitir otra cosa que un par de bajos gruñiditos y se giró, o al menos esa había sido su intención pero algo se lo impedía.

—Buenos días, bella durmiente.

Conocía esa voz, era una que le provocaba escalofríos de placer, que hacía que le latiese el sexo entre las piernas, que le endurecía los pezones hasta tal punto que rogaría porque se los lamiese, se los metiese en esa húmeda y pecaminosa boca y se diese un festín con ellos. Gimió y se desperezó, no quería despertar, quería quedarse allí, con él, recordando lo bien que la hacía sentir, pero al mismo tiempo, empezaba a ser incapaz de pasar por alto el cosquilleo que sentía sobre el pecho o la punzada de dolor que la atravesó como un rayo conectando uno de sus pezones con su sexo.

—Abre los ojos, dulzura, ya has dormido bastante.

No pudo evitar pensar en ese estúpido despertador femenino que había visto anunciado al notar que algo vibraba entre sus piernas, se le había pasado por la cabeza comprárselo solo para tener un bonito despertar por una vez en la vida, pero esta vibración parecía ir y venir obligándola a concentrarse en el momento actual.

—Te estás perdiendo lo mejor —insistió en su oído, la humedad de su lengua le recorrió el arco de la oreja antes de pegarle un mordisco que la hizo abrir los ojos.

—¡Ay!

—Al fin, por Dios. —Se rio Dain un segundo antes de bajar sobre su boca y hundir la lengua en su interior, besándola como si no pudiese saciarse de ella—. Pensé que tendría que recurrir a algo más drástico y menos divertido para despertarte, sumisita.

A Faith le llevó unos segundos darse cuenta de que no estaba en la cama, de que las paredes eran de un color rojo oscuro con apliques en negro y que estaba desnuda, con ese hombre jugando entre sus piernas mientras atormentaba sus pechos.

Como si fuese una bala de cañón arramplando con todo, los recuerdos del previo momento en esa mazmorra acudieron a su mente. Intentó incorporarse solo para darse cuenta de que no podía, él la tenía sujeta por la cintura, medio tendida sobre sus piernas y se entretenía con un pequeño vibrador entre sus mojados pliegues. El movimiento la hizo también consciente de su tierno culo y de cómo la había utilizado, volviéndola completamente loca.

—Ay Dios —jadeó, buscó su rostro y se encontró con esos ojos azules—. Tú… tú… tú… yo…

—Tú y yo, ¿qué?

—Lo hiciste.

—Te hice muchas cosas, dulzura, tendrías que ser más específica.

El rostro empezó a arderle, saber que se había entregado a él de esa manera, que le había dejado hacerle «eso» la dejó sin respiración; entre otras cosas porque, a pesar de las molestias iniciales, lo había disfrutado. Nunca había sentido tanto placer en su vida.

—Ah, eso… —Su sonrisa se hizo más masculina, más traviesa—. Sí, te folle el culo y tengo que decir que me ha encantado. Ha sido una experiencia increíble.

Su cara se encendió todavía más, estaba a punto de hiperventilar.

—Y tú también lo disfrutaste, gritabas lo suficiente alto para que no me quedase la menor duda.

—Oh, por favor. —Se tapó el rostro con las manos.

—Um, ya veo que ha vuelto mi tímida sumisa —ronroneó y, para su horror, el objeto entre sus piernas cambió de posición incidiendo sobre su clítoris, haciéndola estremecerse y jadear como si no pudiese hacer otra cosa—. Um… este aparatito tiene sus ventajas, creo que te compraré uno para que lo lleves en el bolso. Nunca sabes cuándo puede entrarle a un Dom ganas de jugar con su sumisa.

Echó la cabeza hacia atrás, dejándola caer sobre su brazo y se mordió el labio inferior mientras se retorcía en su regazo. La vibración la estaba poniendo de los nervios, podía notar como el orgasmo se acercaba, pero entonces él bajaba la vibración y el placer quedaba suspendido dándole ganas de gritar.

—Pero por ahora… —El sonido de la vibración del aparato cesó al igual que el movimiento—, será mejor que nos metamos en una cabina de ducha, nos aseemos y volvamos a la planta principal. No quiero perderme la actuación de Brian.

Sin darle opción, la empujó hasta que sus pies tocaron el suelo, se levantó tras ella y la empujó hacia la entrada. Su ropa, la de ambos, estaba colgada en unos ganchos de los que ni siquiera había sido consciente al entrar.

—No te vistas todavía, no vamos muy lejos.

Arrancó la ropa de los colgadores, retiró la ficha que había puesto en la pizarra y tiró de ella hacia el final del pasillo. La pared terminaba en un enorme mural pintado en la pared, una escena bastante elocuente entre una ninfa y un sátiro. Dain deslizó la mano hacia la derecha y al momento vio como el mural corría hacia un lado, revelándose en una puerta corredera, que daba a una zona de duchas comunitarias.

—Vaya…

—Sí, no hay muchos lugares tan bien preparados como el *Blackish* —comentó él, se hizo a un lado y tiró de ella para hacerla pasar.

Tan pronto entró fue consciente de que el sonido del agua de la ducha se confundía con el gemido de una mujer y el golpear de la carne durante el sexo. Se quedó parada, congelada en el lugar solo para saltar cuando la enorme palma masculina cayó sobre su culo.

—Muévete, Faith, no querrás hacer que lleguemos tarde de nuevo.

Dios, no, ni por todo el oro del mundo.

—No señor, no quiero en absoluto.

—Elige una cabina y entra.

—¿No hay mampara?

Se rio por lo bajo y le cogió el rostro entre las manos.

—Dulzura, acabas de ser follada en la mazmorra, delante de otras personas, ¿en serio te importa si hay o no mamparas?

Se lamió los labios.

—No me gustaría ser quién tenga que limpiar luego el baño de no ser el caso, señor.

Se carcajeó y ella no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Es una suerte que no tengas que hacerlo —le dio otra palmada y la hizo caminar—. ¿Te sientes bien? ¿Notas alguna molestia?

La pregunta hizo que bajase la mirada y sacudió la cabeza.

—Estoy bien, gracias —aceptó, entonces recordó su previa acusación y añadió—. Solo un

poco… incómoda… ahí.

Él asintió y le indicó con el índice un par de reservados cerrados al otro lado de la sala.

—Encuéntrate conmigo en la última cabina.

Sin más la dejó y se dirigió al lugar en el que debería encontrarse con él. Se lamió los labios y suspiró agradecida por aquella inesperada concesión, al mismo tiempo que se sonrojaba hasta la punta del pelo por el hecho de que él se parase a pensar en algo como eso.

Utilizó el WC y fue a encontrarse con él en la cabina que le había indicado, el espectáculo de ver a un hombre de su altura y complexión aseándose le provocó una punzada de placer en el bajo vientre, al momento su sexo se humedeció en respuesta. Esas manos acariciaban el cuerpo que le habría gustado acariciar, que había acariciado cuando él se lo había permitido, arrastró sus ojos sobre sus abdominales y tragó ante la dura y erecta erección que apuntaba hacia su estómago.

—¿Todo bien?

La pregunta fue tierna, sin mirarla siquiera, como si supiese que había cosas que debían mantenerse dentro de ciertas normas.

—Sí, todo bien, señor.

Dain se giró entonces hacia ella, su rostro mojado hacía que sus ojos pareciesen más azules, más brillantes.

—Adelante, dulzura, hay sitio de sobra para los dos.

No pudo evitar sonrojarse, dio un paso hacia delante y él la atrapó, envolviéndola con los brazos, girándola y pegándola a la pared para luego mover el chorro de la ducha sobre ella.

—Ah… ay, Dios… *wof*… Por favor…

—Cierra la boca, Faith, no quiero que tragues agua.

Obedeció en el acto y cerró también los ojos cuando el agua le cayó por la cabeza.

—Quítate la goma del pelo, por favor.

Se llevó la mano al pelo y retiró la sujeción permitiendo que este le cayese sobre los hombros.

—Gracias.

No contestó, el agua caliente era tan agradable sobre su cuerpo que no puso objeción alguna a la ducha.

—Echa la cabeza hacia atrás.

Ante su orden siguió la dirección de sus manos a unos dispensadores en la pared y luego lo miró a él.

—¿Vas a…?

—¿Qué te he dicho?

Cerró la boca, echó la cabeza hacia atrás y esperó. Él le enjabonó el pelo y no pudo evitar suspirar de placer mientras sus dedos le masajeaban el cuero cabelludo, se tomó su tiempo para lavarle la cabeza y continuar después con el resto de su cuerpo. Sus músculos se fueron aflojando bajo sus atenciones y, de ser un gato, lo más seguro es que hubiese terminado ronroneando. Los largos dedos le acariciaron los pechos, bajaron por su tripa y se entretuvieron más de la cuenta entre sus piernas.

—No te muevas, vamos a aclarar el jabón de aquí para que no te escueza.

No pudo evitar pegar un saltito al sentir como el chorro de la alcachofa de la ducha pasaba de sus hombros al centro de sus piernas, la potencia del agua la hizo saltar y se hubiese apartado de no estar ya pegada a la pared.

—Amo Dain, por favor…

Su respuesta fue bajar la boca sobre la suya, su lengua resbaló entre sus labios y se encontró con la suya, degustándola mientras aquella tortura seguía entre sus piernas.

—Me tientas, Faith, no puedo evitarlo.

Volvió a colocar la ducha en su sitio y el agua volvió a caer sobre ella, pero ya no era esta la que sentía sobre su piel, sino las manos y los labios de Dain recorriéndola entera. Tomó un pezón en la boca y tiró de él entre los dientes, succionándolo con fuerza antes de prodigarle un trato semejante al otro mientras la acariciaba con las manos, delineando sus caderas, apretándole las nalgas y deslizándose por sus piernas. Dejó un camino de besos tras de él, jugó con su ombligo y se deslizó más allá de los rizos entre sus muslos, deslizando la lengua entre sus pliegues, lamiéndola al tiempo que le levantaba la pierna tirando de la argolla de las esposas de los tobillos. Cuando su lengua penetró en su húmedo interior tuvo que apoyarse en la húmeda pared para no caer, su sexo todavía se dolía por el previo juego con el vibrador y sus caricias no hacían más que acicatear el deseo no satisfecho. Si esta vez se detenía, lo mataría, por Dios que lo haría. Echó la cabeza hacia atrás, arqueó la espalda y el agua cayó incidiendo directamente en sus pechos, atormentando sus pezones. La sensación sobre su sensibilizada piel era enloquecedora, abrió la boca para gemir y el sonido se le atascó en la garganta pues él eligió ese preciso momento para succionar su clítoris e introducir dos dedos de golpe en su hinchado coño. El placer rasgó a través de ella con arrolladora fuerza, sus músculos vaginales se apretaron alrededor de las intrusivas falanges y se corrió una vez más mientras él seguía chupando, haciendo que los espasmos parecieran interminables.

—Bueno, dulzura, creo que ya estás bien limpia y saciada —musitó momentos después, apagando el agua de la ducha y mirándola con esa cara de pilluelo.

—Sí a ambas cosas, señor, sí a ambas cosas.

CAPÍTULO 48

—¿Quieres beber algo?

Faith miró a Dain, quién volvía a vestir unos vaqueros oscuros y la camiseta oficial del *Blackish*. Tenía que admitir que el pantalón le hacía un culo de primera y la serigrafía a su espalda con su nombre era una forma efectiva de saber con qué socio estaba hablando. El pensamiento la llevó a fruncir el ceño, ¿cómo era posible entonces que alguien se hubiese hecho pasar por él?

—Señor, ¿puedo hacerte una pregunta? —Cada vez se le hacía más fácil llamarlo de esa manera, cada gramo de presencia en ese hombre era absolutamente dominante.

Él ladeó la cabeza, mirándola y con expresión interrogativa.

—Por supuesto, mascota. ¿Qué ocurre?

—¿Llevas siempre esa camiseta cuando estás en el club?

—No, no siempre, es un añadido bastante reciente en el club —se encogió de hombros—. Suelo usarla cuando me ofrezco voluntario como vigilante o instructor o, como en este caso, cuando tengo la intención de pasar la noche aquí. ¿Por qué lo preguntas?

Se acercó a él y bajó la voz.

—Me he dado cuenta de que, si la mayoría de vosotros vais así identificados, sería difícil que alguien se hiciese pasar por ti, ¿no te parece?

Lo vio suspirar, sacudió la cabeza y le acarició la mejilla.

—Eres incapaz de dejarlo de lado, ¿eh?

—Es difícil hacerlo cuando la persona involucrada se cuela en tu casa y te da un susto de muerte —respondió al momento—, por no hablar de que podía ser el culpable de una muerte.

—No lo es.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque Dennis Spencer ha aparecido y, ha dado su versión de los hechos, una muy rotunda.

Su respuesta la impactó.

—¿Qué?

Se volvió por completo hacia ella, posó un dedo sobre sus labios y se inclinó para quedar a su misma altura.

—Esperaba poder pasar una noche tranquila, entre comillas, contigo, así que prefería dejar las recientes noticias para mañana.

—Ese hombre entró en mi casa, Dain. —Se libró de su dedo, visiblemente molesta—. Me… me asustó.

—Lo sé, pero ahora mismo no está en condiciones de dar… muchas más explicaciones de las que ya ha dado a la Policía.

—¿Lo han cogido? ¿Está encerrado?

Negó, lo cual la sorprendió aún más.

—Está hospitalizado.

—No, no entiendo…

Él asintió, echó un vistazo a su alrededor y señaló la planta superior.

Si bien ya eran más de las doce y el ambiente en el club se había vuelto más tranquilo, todavía había parejas y otros acompañantes pululando por la zona principal, especialmente en las zonas comunitarias como el bar o los reservados, buscando ahora un poco de intimidad.

—Arriba —le indicó—. Nos sentaremos en uno de los reservados y hablaremos de ello.

—¿Cuándo lo has sabido?

—Esta mañana, Lucien y Logan lo encontraron en el cementerio.

—¿En el cementerio?

La hizo callar con un gesto de la mano y la obligó a subir las escaleras. Ciertamente no era un tema para ponerse a discutir en medio de un corrillo de gente, pero no podía evitar alterarse ante las recientes noticias. Él no le había dicho nada, no se había molestado en comentarle lo ocurrido, si no hubiese surgido esa pregunta…

—¿Tenías pensado decírmelo o ibas a callártelo?

—Faith.

Su tono de voz dejaba claro que no iba a tolerar que lo cuestionara.

—Esto es mi vida, Dainiel, no un juego sexual.

Él entrecerró los ojos, bajó sobre ella y replicó.

—Y esta es la mía, Faith, esta comunidad forma parte de ella, de quién soy.

Sus palabras fueron como una bofetada, su tono dejaba claro lo que opinaba sobre su elección de palabras. Lo había herido y el saberlo le provocaba un amargor en la boca que no le gustaba nada.

—Lo siento, señor, he hablado sin pensar.

No respondió, se limitó a fulminarla con la mirada, darle la espalda y continuar subiendo.

—Sígueme. —Su voz era dura, demasiado fría, se había puesto su traje de Dom y no iba a aceptar más altercados.

Le acompañó a uno de los reservados en el área situada a la derecha de las escaleras, esperó a que tomase asiento antes de darle una nueva orden.

—No te muevas de aquí.

—Dainiel.

—Quieres respuestas, Faith, voy a buscar a la persona que puede dártelas, ya que fue él quien estaba delante en el momento en que apareció ese tipo.

Estaba enfadado, decepcionado, en realidad. Era increíble como un puñado de palabras podía echar por tierra una noche inolvidable como estaba resultando ser esta. La abandonó, pues así se sintió ella, abandonada, echada a un lado como si no fuese más que uno de tantos muebles de los que había diseminados por el club.

En aquella zona las conversaciones discurrían en murmullos, hasta sus oídos llegaban también otros sonidos eróticos que hicieron que su cuerpo recordase las previas horas y todas las cosas que había permitido que ese hombre le hiciese, momentos de los que había disfrutado inmensamente a pesar de sentir una absoluta vergüenza ahora que todo había quedado atrás. Apretó los muslos y se encogió en sí misma, de repente los puños de las manos y los tobillos pesaban demasiado, el collar con el cascabel le resultaba incómodo y tenía unas inexplicables ganas de llorar.

Sacudió la cabeza y se obligó a respirar, a mantener sus emociones a raya y fue una suerte que lograse dominarse lo suficiente antes de que su amo regresase con compañía.

—¿…podías esperar hasta mañana? —Escuchó el final de una frase.

—Esa era mi intención, hablar con ella en la tranquilidad de las paredes de mi casa, pero al parecer es incapaz de sacarse todo eso de la cabeza y tiene un cerebro de lo más activo que coge

los más insospechados derroteros.

—Eso es que no la has agotado lo suficiente, de lo contrario no tendría tiempo ni para pensar.

Lucien acompañaba a su hermano, se apoyó en la separación del reservado y la miró con curiosidad.

—Caray, no se habían quedado cortos, galletita, me encanta el modelito, muy revelador.

El recién llegado vestía un pantalón de cuero blanco y una camiseta idéntica a la de su hermano que se ajustaba como una segunda piel a cada plano de su amplio y musculoso pecho. Como siempre, llevaba el pelo revuelto, peinado con los dedos y parecía tan fresco y sexy como el propio Dain cuando salió de la ducha.

—Estás rompedora, preciosa.

Su escrutinio la puso nerviosa

—Gracias, Amo Lucien.

—Vaya, así que las lecciones de Dain están dando sus frutos, ya era hora de que supieses como dirigirte a los amos de aquí sin terminar sobre el banco de azotes como otras que conocemos —se rio entre dientes mientras resbalaba sobre un extremo del asiento y su hermano ocupaba el otro, enjaulándola entre dos muros de peligrosa testosterona—. Me han dicho que te has puesto de uñas con el amo Black aquí presente porque omitió la conversación que tuvimos con él este mediodía.

—¿Amo Black?

—Un cariñoso apodo que le ha puesto la traviesa del club y que fue el detonante de la confusión de identidades que te llevó a ti también a hacerle una visita al joven señor Ratcliffe aquí presente.

Ladeó la cabeza, levantando apenas lo suficiente las pestañas para mirar a Dain, él seguía manteniendo la misma actitud estoica y dura de minutos antes.

—¿Joven?

Él puso los ojos en blanco.

—Él es el mayor, ya te lo dije.

Su voz seguía siendo dura, lejana, como si quisiera mantener las distancias a pesar de su cercanía. A su modo, debía estar castigándola.

—Siento haberte estropeado la noche con mis preguntas —musitó sintiéndose culpable por ello—. No era mi intención. Te lo juro. Es solo que esta incertidumbre, todo lo que ha pasado estos últimos días… Me siento como en una coctelera en la que, cada vez que se abre la tapa, entra algo nuevo para seguir complicándolo todo y me impide adivinar el resultado final del coctel.

—Interesante analogía —aceptó Lucien tamborileando con los dedos sobre la pequeña mesa que había entre ellos—. Se nota que eres buena con la lengua… ya me entiendes.

Ella lo miró sin encontrar una respuesta adecuada que dar ante tal salida típicamente masculina.

—Chiste malo, lo sé.

Bajó la cabeza, se miró las manos que había entrelazado sobre el regazo y deslizó la mirada sobre el asiento para comprobar que su amante estaba tenso, la forma en que apretaba las suyas en puños era un gesto típico de contención.

—Yo solo quiero saber qué está pasando.

—Esto puede resultar un poco inverosímil, de hecho, yo mismo dudé de toda la historia hasta que la Policía la comprobó y se justificó con todas las de la ley —contestó Lucien, pues

Dain seguía enfurruñado—. Lo principal es que, Dennis Spencer es inocente de la muerte de tu amiga.

La confirmación de algo que había empezado a sospechar después de ver la desesperación y la negación en el rostro del hombre cuando entró en su casa buscando a Ruth, adquirió otras dimensiones a medida que la verdad iba saliendo a la luz. El Dom se tomó su tiempo en ponerla al corriente de lo que había ocurrido esa misma mañana, cómo lo habían encontrado en las inmediaciones del cementerio y la historia de ese hombre, que era también la de Ruth, fue tomando forma.

Estupor, negación, dudas, comprensión, el relato hizo que pasase por todas y cada una de las emociones hasta terminar completamente exhausta y deseando no haber preguntado nada para empezar.

—Él ahora está en el hospital, el abandonarlo en primer lugar fue la más estúpida de las decisiones. Una de tantas, en mi opinión —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Ahora la búsqueda se concentra en una sola persona y él tiene todas las papeletas para ser el único responsable de la muerte de tu amiga.

No sabía que decir, sencillamente no tenía palabras. Más mentiras y secretos que salían a la luz uniéndose a los que ya conocía, perfilando a una mujer que se alejaba cada vez más de la que había pensado era una amiga, una hermana.

—¿Esto va a tener fin algún día o seguirán apareciendo nuevas piezas para convertirlo en un puzle interminable?

—No puedo aportarte más información de la que ya te he dado, el caso están en manos de la Policía y está relacionado con el desmantelamiento del laboratorio en el que se vio envuelto tu amo —declaró con su habitual parsimonia—. De hecho, solo te he dicho esto para que dejes de buscar culpables.

No pudo evitar encontrarse con su mirada.

—No te corresponde a ti vengar a tu amiga.

—Yo no…

—Es lo que has estado buscando desde el principio, fue lo que te motivó para encontrarte conmigo y lo que hizo que vinieses después al club por tu cuenta. —Dain fue tajante en su respuesta—. Quieres un culpable, alguien a quién señalar por quitarte algo que atesorabas, por quitarte a la única familia que consideraste como tal.

Tragó, no quería replicarle, menos cuando sabía que en sus palabras estaba la verdad, la motivación a sus acciones.

—Has conseguido mucho más de lo que crees, galletita, pero ya es hora de que te hagas a un lado y permitas que los demás hagamos nuestro trabajo —lo secundó Lucien—. Es hora de que sigas adelante y te centres en ti, en tu vida. Ese será sin duda el mejor regalo que puedes hacerle a la memoria de tu amiga.

Bajó la mirada a sus manos y acarició el anillo que todavía llevaba en el dedo, se lamió los labios y respiró profundamente.

—Gracias por el consejo, Amo Lucien —aceptó levantando la cabeza y encontrándose con su mirada, entonces hizo lo mismo con el hombre que estaba a su lado en más de un sentido—. Tienes razón, no me corresponde a mí vengarla, señor, así que haré algo que sí puedo hacer.

Enarcó una ceja.

—No más problemas, lo prometo.

Su rostro decía claramente que dudaba hasta el infinito de esas palabras.

—Si la *Crossroad Company* acepta el proyecto de Ruth, intentaré sacarlo adelante.

Sus palabras y la verdad en ellas hicieron que sus facciones se relajasen, se lamió los labios y asintió con la cabeza.

—Conociéndote, sé qué harás algo más que intentarlo, mascota.

Sí, él tenía razón, no solo lo intentaría, lucharía hasta conseguirlo.

—Y de verdad, siento mucho haber estropeado nuestra noche, mi señor —añadió profundamente sentida—. Si puedo hacer algo para remediarlo…

Se inclinó hacia delante, le cogió la barbilla con los dedos y tiró de ella hacia abajo.

—Ya lo estás haciendo, mi dulce sumisa, ya lo estás haciendo.

Bajó sobre su boca y le rozó apenas los labios en un suave beso lleno de promesas.

—La cosa empieza a ponerse caliente así que, a menos que esté invitado al show, me voy.

Dain entrecerró entonces los ojos, se echó hacia atrás y la miró detenidamente, como si buscase algo en su rostro.

—¿Lo invitamos?

La pregunta la sobresaltó, pero no tanto como el hecho de que su sexo pulsase ante la sola sugerencia y su corazón empezase a latir más rápido.

—Yo… yo… yo no sé… no…

Le tapó los labios con el dedo.

—¿Cuál ha de ser tu respuesta, sumisita?

Tragó, aventuró un vistazo hacia su izquierda para ver a Lucien intentando contener su hilaridad.

—¿Maestro Lucien? ¿Amo Dain?

El canturreo de una vocecita sexy y femenina hizo que la respuesta quedase en el aire.

El primero de los aludidos se echó hacia atrás y levantó una mano a modo de «estamos aquí», a los segundos una delgada y guapísima rubia se detuvo ante el reservado. Faith se encontró con su mirada y, mientras la chica sonreía abiertamente al reconocerla, sus mejillas optaron por sonrojarse. Era la misma mujer que había estado en la mazmorra.

—Hola. —La saludó con absoluta efusividad, entonces carraspeó y se dirigió a Dain con un tono recatadamente educado—. Amo Dain, ¿me puedes presentar a tu sumisa?

—Caray, nena, ¿qué te ha dado Wolf para que te comportes como una buena sumisita?

—Me ha amenazado con hacerme el mismo regalo que Horus, Brian y el resto de los maestros le han hecho a Sophie, Luna y Jessie —replicó con un amplio mohín—. Así que le dije que sería el paradigma de la educación y la sumisión en este club… durante veinticuatro horas.

Lucien se carcajeó al momento, su compañero se limitó a estirar los labios y sacudir la cabeza.

—Adoro a las traviesas del *Blackish*, te lo juro.

—Faith, esta descarada rubita es Cassandra, una de las sumisas acollaradas por uno de los socios del club.

—Es un placer conocerte al fin, Faith. —La chica casi se lanza sobre Lucien para llegar a ella y tenderle la mano—. Espero que tengamos oportunidad de hablar a lo largo de la noche.

Se lamió los labios y miró a Dain sin saber qué hacer.

—¿Me vas a pedir permiso? —Su mirada era burlona, pero también había cierto orgullo.

—Consejo, más bien, señor.

Se rio entre dientes.

—Te hará bien conocer a otras sumisas.

Volvió a mirar a la chica y se sintió un poco avergonzada de tener aquella conversación delante de ella.

—Yo, eh… lo siento, es que… soy nueva… en esto…

—Yo estuve antes ahí, hermana —replicó ella con buen humor—. Sé cómo te sientes. Tienes que unirte a nuestro grupo, Luna puede decirte de primera mano lo que se siente al ser muy nueva en la comunidad.

—Lunita entró por la puerta grande. —Se rio Lucien, quién parecía incapaz de parar—. ¿Cómo está, por cierto? ¿Sigue refunfuñando?

—No le dimos tiempo, Sio se la ha llevado para que se cambie para la ceremonia —aseguró juntando las manos en un silencioso aplauso—. No tiene ni idea de lo que está pasando, le hemos dicho que uno de los amos del club iba a acollarar a su sumisa delante de testigos y que a ella le tocaba llevar las flores.

—¿Y no es así? —preguntó curiosa.

—No exactamente, su maestro va a llevar a cabo la ceremonia de las rosas.

Miró a Dain en busca de una explicación.

—Es una ceremonia muy especial dentro de nuestra comunidad, algo muy privado e íntimo, con mucho significado para un dominante y una sumisa —respondió de manera vaga—. Vas a presenciarlo, ya que, como mi sumisa, serás uno de los testigos.

Parpadeó y emitió un estrangulado jadeo.

—Pero… pero yo no sé…

—No te preocupes, galletita, todo lo que tienes que hacer es estar de pie y callada —su contraparte le guiñó un ojo—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo hará, ¿no es así?

Si eso la mantenía fuera de problemas con ese hombre, lo haría, pondría todo su empeño en ello.

—Sí, señor.

Asintió y le acarició la punta de la nariz con el dedo.

—Vamos entonces, no hagamos esperar a la pareja.

CAPÍTULO 49

Dain había asistido como testigo a alguna ceremonia íntima dentro de la comunidad, pero si había una que le gustaba especialmente por su significado era la Ceremonia de las Rosas. Su simbolismo hablaba de lo que significaba realmente una unión en el BDSM, el compromiso de ambas partes, sus entregas y sacrificios, la fidelidad por parte de ambos y el respeto.

Esa noche uno de sus compañeros y amigos estaba dispuesto a dar un paso más en su relación, en ir más allá de la entrega de un collar a su sumisa, consolidando así la unión tan especial que había entre ambos. Cada uno, a su manera, había pasado por un verdadero infierno, el destino los había puesto a prueba y las habían pasado tanto por separado, como finalmente juntos y eso era lo que Brian deseaba celebrar.

Echó un vistazo fugaz a su alrededor, comprobando que los presentes habían formado un pasillo compuesto por dominantes a un lado y sumisas al otro, todos ellos guardaban perfecto silencio, respetando aquella ceremonia y emocionados al mismo tiempo de formar parte de ella como testigos.

Una pequeña mesa ejercía la función de improvisado altar, sobre él había una vela aromática encendida, una bandeja con una delgada y larga cadena de acero y un pequeño jarrón de cristal vacío. Camden y Siobhan ejercían de testigos principales situados uno al lado de Brian y la otra al lado de Luna. La traviesa sumisa de pelo azul llevaba un corto y vaporoso vestido blanco, el collar de acero con un corazón azul alrededor del cuello e iba descalza, estaba tan nerviosa que no hacía más que mirar hacia los lados mientras intentaba no pincharse con las espinas del capullo de rosa blanca que llevaba entre los dedos. Su Dom, por otro lado había elegido vestirse completamente de negro, en contraposición al blanco virginal de ella, la rosa roja abierta que llevaba le daba el toque de color.

—Um… señor, una explicación ahora mismo sería de lo más útil —musitó Luna. A pesar de haber formulado su petición en un susurro, el silencio de la sala hizo que su voz se escuchase.

La respuesta de Brian fue sonreírle, se lamió los labios y habló en voz alta.

—Sumisa, tengo algo que decirte.

Sus palabras hicieron que ella parpadease, asintió con la cabeza.

—Te escucho, maestro.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos durante unos breves segundos.

—Luna Moon, encontrarte fue inesperado, supuso un cambio en mi vida del que no me creí merecedor. Llegaste cuando ya no me quedaba nada, me entregaste tu confianza, tu sumisión y tu amor. Hoy, delante de testigos, de aquellos que me conocen, que nos conocen como pareja, deseo forjar un lazo eterno contigo.

Ella jadeó, sus ojos se vidriaron, estaba emocionada y temblorosa cuando dio un paso hacia ella. Le quitó el collar que llevaba alrededor del cuello y lo pasó rápidamente por la llama de la vela, purificándolo, para luego volver a ponérselo.

—Hoy prometo protegerte, poner tu bienestar por encima del mío, guiarte con sabiduría, templanza y amor durante toda la eternidad.

—Ay Dios…

—Dame tu mano.

Ella no vaciló y él cogió una espina de su rosa y le pinchó el dedo corazón, apretándolo hasta que dos gotas cayeron sobre el capullo blanco que portaba.

—La ofrenda de tu amo, sumisa —le dijo mirándola a los ojos.

Ella se lamió los labios, miró su rosa, señaló las espinas como si quisiera una confirmación y él tendió la mano.

—Mi ofrenda de tu sumisa, maestro.

Brian cogió la rosa blanca de las temblorosas manos, acariciándoselas en el proceso y se pinchó él mismo en la yema del dedo corazón. Una gota carmesí cayó sobre la rosa blanca, uniéndose a la de ella y otra en su propia rosa roja.

—¿Estás seguro de esto?

Ante las palabras de su mujer, le devolvió la rosa.

—Nunca estuve más seguro, Luna. —Le presentó su dedo pinchado, pidiendo el suyo hasta que ambos se unieron—. Estoy seguro de que quiero estar unido a ti por la sangre, por el amor, por el dolor y por todo lo que tú desees darme, amor mío.

—Oh, Brian —musitó ella mientras las lágrimas hacían acto de presencia—. Yo también quiero estar unida a ti, siempre, eternamente. Desde que entraste en mi vida te hiciste parte de mí, le diste sentido al vacío que existía en mi interior, te convertirte en mi maestro, en mi guía, en mi único amor y si mi corazón late, si mi sangre corre todavía por mis venas es por ti y solo por ti.

Los testigos cercanos a ellos intercambiaron entonces una mirada, Camden se acercó a la mesa, cogió la cadena y la pasó por encima de la llama de la vela, ofreció un extremo a su sumisa y ambos procedieron a envolver a la pareja con ella, atándolos juntos.

—Luna Moon Coulter —preguntó Brian en voz alta—. ¿Quieres ser mi sumisa, mi esposa, mi amante, mi compañera, mi amiga, mi amor y unir tu alma a la mía por toda la eternidad?

Ella jadeó, su rostro se iluminó a pesar de que más lágrimas se unieron a las primeras y, soltando un breve sollozo asintió con la cabeza con palpable efusividad.

—Sí, Brian, quiero ser todo eso para ti, quiero ser tu esposa. Dios, sí, sí, sí, por supuesto que sí, mi maestro.

El unió entonces su rosa a la de ella, haciendo que las gotas de sangre se tocaran uniéndose en un aterciopelado beso simbólico, entonces procedió al intercambio, quedándose él con la blanca que proclamaba la entrega y sumisión de su compañera y entregándole la roja que simbolizaba su dominación y protección.

Los dos testigos retiraron entonces la cadena, Camden la depositó en el pañuelo que extendió Sio y la envolvieron para entregársela a ambos.

—Que esta ceremonia frente a testigos sea la prueba de vuestro amor y unión frente a la adversidad, que os traiga una vida llena de dicha y una vuestras almas para toda la eternidad —declaró Camden y se dirigió a Brian—. Te deseo toda la felicidad que te mereces, hermano. Sé que ella estará sonriendo ahora mismo al verte.

Él asintió conmovido.

—Os deseo una vida llena de felicidad, amor y luz —añadió Siobhan y se volvió hacia Luna—. Que seas muy, pero que muy feliz, Luna, te lo mereces más que nadie.

La chica sonrió, asintió y abrazó a su amiga, la primera sumisa a la que había conocido en el club y con quién había creado un vínculo de hermandad único.

—Gracias, Sio.

La pelirroja sonrió en respuesta y se volvió para coger el jarrón vacío que había sobre la mesa y se los presentó a ambos.

—Para que no olvidemos que este es el principio del resto de nuestras vidas —declaró Brian mirando a su prometida con todo el amor y el orgullo que sentía por esa mujer.

—Para que no olvidemos que este es el principio del resto de nuestras vidas —repitió Luna uniendo su rosa a la de su prometido.

Sio se llevó el jarrón, colocándose al lado de uno de sus amos.

—Bien, Luna Moon, ya eres oficialmente mía ante nuestra comunidad.

—Oh, cállate y bésame, idiota —protestó ella echándole los brazos al cuello, pegando su pequeño cuerpo al del hombre.

—Será un verdadero placer, futura señora Reynols. —Se rio él, besándola a conciencia hasta dejarla jadeando en busca de aire. Entonces se separó, se llevó la mano al bolsillo y terminó la ceremonia con un toque personal al ponerle un anillo en el dedo—. Te amo, traviesa.

—Y yo a ti, maestro.

Los aplausos estallaron entonces alrededor de ellos, las felicitaciones no se hicieron de esperar y pronto terminaron separados y engullidos por sus respectivos congéneres.

Un breve vistazo hacia la fila de las chicas le reveló a Faith sonriendo con ternura, tenía los ojos brillantes por las lágrimas que no se había atrevido a derramar. Permanecía a cierta distancia, observando, pero Cassie parecía haber hecho suya la tarea de introducirla en el círculo, ya que la arrastró sin piedad haciéndolo reír.

—¿Vosotras sabíais algo de esto? —preguntaba Luna entre risitas.

—Yo me he quedado como tú, atónita —aseguró Jessie—. Sabía que tramaban algo, pero no imaginé de qué se trataba.

—¡Sio me dijo que era la ceremonia de iniciación de alguien! ¡Me engañaste!

—Tenía que ser una sorpresa. —Se rio la pelirroja, entonces la abrazó—. Estoy tan feliz por ti.

—Te juro que soy la última mona en este circo —añadió Sophie—. Horus no soltó prenda, ni siquiera sabía que estaba planeando algo hasta hoy.

—Es que era un secreto. —Canturreó Cassie, abrazando a su amiga—. Oh, hermana, estoy tan, pero que tan feliz por ti. Ha sido una ceremonia preciosa, no la olvidarás nunca.

—Oh, de eso puedes estar segura. —Se llevó una mano al corazón—. Esta noche ha sido y será inolvidable.

—Pero déjame ver ese anillo —clamó alguien más—. Oh, mira, pero si es una rosa azul y, ¿esos son diamantes? Es precioso.

—Es muy tú, sin duda.

—Faith, mira, ¿no es una preciosidad?

Su pequeña lobita se encogió al ver todas las miradas puestas sobre ella, podía ver cómo se tensó y estaba dispuesto a salir en su rescate cuando vio a Luna avanzar hacia ella.

—Todavía no nos conocemos, soy Luna. —Se presentó la chica cogiéndole ambas manos —. Gracias por asistir a la ceremonia.

—Ha sido preciosa, muchas felicidades.

—Gracias. —Sonrió ella y señaló al resto de las chicas—. ¿Ya conoces al grupo?

—A mí sí —aseguró Cassie sonriendo—. Me hice presentar de la forma más educada posible.

—¿Es una broma?

Faith sacudió la cabeza.

—Nop.

Todas se rieron.

—Yo soy Kitty… bueno, mi nombre real es Sophie, pero aquí uso el nombre que me dio mi amo, el Maestro Horus. —Se presentó ella con calidez—. Me alegra poder conocerte al fin. Bienvenida al *Blackish*.

—Yo soy Sio, nos vimos cuando llegasteis el Amo Dain y tú.

Ella asintió y sonrió un poco cohibida por el corrillo que se estaba formando a su alrededor, poco a poco vio que se iba relajando y empezaba a intercambiar comentarios con las demás.

—Estará bien, ese grupo suele proteger a las de su clase —le dijo Brian acercándose a él —. Parece más segura que la primera vez que traspasó las puertas del club.

—Hago todo lo que puedo para que así sea —declaró sonriendo, entonces le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda—. Enhorabuena, tío, te deseo un feliz y sobre todo interesante matrimonio.

Él se echó a reír.

—Interesante lo será, de eso no tengo la menor duda —aceptó el hombre—. Gracias por formar parte de esto.

—¿Bromeas? No me lo habría perdido por nada del mundo.

—Sí, aunque es peligroso, ¿habéis visto las miradas de las chicas? —añadió Wolf—. Dios sabe lo que se le ocurrirá ahora a Cassandra.

Ambos se echaron a reír.

Dain volvió a echar un vistazo en dirección al grupo y se encontró con la mirada de Faith puesta en él. Ladeó la cabeza y enarcó una ceja a modo de pregunta a lo que ella contestó volviéndose hacia las chicas, comentando alguna cosa y emprendiendo el camino hacia él.

—¿Va todo bien?

Ella asintió al momento y echó un vistazo por encima del hombro.

—Sí, son muy agradables —aceptó y se volvió hacia él—. Yo, no sabía que había ceremonias de este estilo en la comunidad, es… fue precioso.

Asintió de acuerdo con sus palabras.

—Um, ¿señor?

—Dime.

Se lamió los labios, estaba nerviosa y la manera en que desvió la mirada hacia el grupo cercano a él le dio la clave.

—La… la pregunta que hiciste antes… —carraspeó y levantó la mirada para encontrarse con la suya—. Era una broma, ¿verdad?

La examinó con detenimiento, deslizó la mirada sobre su rostro, sus pechos, las caderas, la recorrió hasta la punta de los pies y volvió a ascender hasta terminar en sus ojos.

—¿Y si te digo que no, que era una invitación formal?

Tragó, vio cómo se movió su garganta en el proceso.

—Ah… yo no… no sé…

—Es sencillo, Faith, solo tienes una forma de responder.

Sus ojos parecieron abrirse un poco más, la recorrió un temblor y no pudo evitar sonreír para sí al ver cómo se le endurecían los pezones contra la tela.

—¿Es… es lo que tú quieres, Amo Dain?

La pregunta lo cogió por sorpresa.

—Sí, lo es —respondió en el acto, sin vacilación pero atento a la respuesta no verbal que siempre encontraba en su cuerpo, una muy sincera—. Y tú también lo deseas.

Apretó los muslos y bajó la mirada, su nerviosismo iba a la par que su vergüenza.

—¿Lo probarías? ¿Por mí?

Vio cómo se pellizcaba el labio inferior con los dientes y, finalmente levantaba ese sonrojado rostro.

—¿Podría ser… en privado?

—¿Lucien? —Ella se tensó en el mismo instante en que pronunció el nombre de su gemelo—. ¿Tienes planes para las próximas… dos horas?

—Ninguno en especial, ¿por qué?

—Porque alguien quiere jugar… un poco más.

La mirada de su hermano cayó sobre Faith, cuya piel se encendió al momento.

—Um, siendo así, no voy a decir que no —aseguró mirándole de soslayo—. ¿Qué tienes en mente?

—La profesora quiere algo privado y es lo que voy a darle.

—En ese caso, conozco el aula perfecta para ello.

El gemido de Faith fue suficiente para despertar su deseo, después de todo, la noche parecía que iba a tener un buen colofón final.

CAPÍTULO 50

Faith sabía que estaba metida en un buen lío, el hecho de que hubiese deseado continuar con el juego esa noche era prueba de ello. La pregunta de Dain había sido tan sorprendente como inesperada, pero también lo había sido su propia respuesta, la manera en que su cuerpo había temblado ante la perspectiva de probar algo prohibido con un hombre que, desde el momento en que lo conoció, la había hecho sentirse segura. Lucien era la clase de hombre que podía andar a tu alrededor con una actitud divertida y despreocupada para convertirse en un diablo un segundo después, era precisamente la actitud contraria a la de su amante y eso hacía que los dos hombres fuesen un tándem demasiado peligroso.

Su amo la había arrastrado a otra de las habitaciones, esta poseía el encanto del viejo mundo, con los muebles labrados y pesados, muy al estilo de una habitación victoriana. Incluso la cama, elemento central de la habitación poseía ese arcaico dosel soportado por cuatro robustas columnas.

Los hombres se habían separado, mientras Dain permanecía apoyado contra una de las columnas, Lucien la miraba desde uno de los ornamentados asientos en una de las paredes, el escrutinio la ponía nerviosa, pero al mismo tiempo le producía un cosquilleo en la boca del estómago, uno que conectaba directamente entre sus piernas humedeciendo la tela del tanga que acunaba su sexo.

—¿Sabes que eres increíblemente sexy?

La pregunta la estremeció.

—Tienes algo que… no sé, sencillamente hace que tenga ganas de darte un mordisquito para ver si sabes igual que una galleta de canela.

Tragó, la forma en la que hablaba, el tono de su voz la ponía caliente.

—Y ese modelito, me fascina la manera en la que tus pezones juegan al escondite y moldea esas curvas. —Se lamió los labios y chasqueó posando las manos sobre las rodillas antes de levantarse—. Eres toda una tentación.

Levantó la cabeza, cada vez estaba más cerca y resultaba más imponente.

—Una muy deliciosa.

Unas manos se posaron desde atrás suyo en sus caderas, atrayéndola contra un duro cuerpo mientras los labios se cerraban sobre su cuello en un húmedo beso.

—Dain. —Lo reconoció, calmándose con su presencia y su contacto.

—Te sobra el vestido —ronroneó en su oído—. El Amo Lucien debería de quitártelo, ¿no crees?

—Sin duda nos sobra, sí.

Otro par de manos cayeron ahora sobre sus pechos, sopesándolos, acariciándole los cada vez más duros pezones con los pulgares mientras esa boca seguía atormentándola, lamiéndola y mordisqueándola en el cuello. Se encontró con esos ojos azules, su color parecía oscurecerse por momentos, haciéndose más profundo como también lo hacía la mirada, una que era distinta de la del hombre con el que había pasado gran parte de la noche. Las caricias pasaron de sus pechos al cierre del vestido, bajándoselo hasta la cintura, dejando sus senos expuestos y sus brazos atrapados al mismo tiempo por la tela.

—Un bonito y ruboroso color café, ¿tienes idea lo mucho que me gusta ese color, galletita?

La cabeza pelirroja bajó sobre su pecho, lo bañó con su aliento un segundo antes de que la lengua emergiese entre sus labios y le prodigase un lametón. El placer la azotó inesperadamente, arrancándole un pequeño gemido. No podía creerlo, pero estaba excitada, muy excitada y todo por la mirada de ese hombre, del hermano de su amante.

—Delicioso —musitó contra su piel, mirándola a través de las pestañas antes de atrapar la endurecida punta entre los dientes y tironear.

—Ay Dios…

—Puedes llamarle maestro, dulzura, así sabrá que te refieres a él. —Dain rio abandonando su cuello, manteniendo aún sus brazos atrapados y maniobrando detrás de ella lo justo para inclinarla hacia atrás y tomar posesión del otro pecho.

En un abrir y cerrar de ojos las dos bocas succionaban, mordisqueaban y la torturaban alternando su propio ritmo, provocando que cada una de sus terminaciones nerviosas cobrasen vida y su sexo se humedeciese y latiese de necesidad. Los pezones estaban tan sensibles a cada lengüetazo, a cada succión de sus bocas que ya podía sentir mariposas en el estómago, el calor resbalando entre sus piernas en forma de humedad.

—Tus pezones son una delicia —gruñó Lucien levantando la cabeza, soplando sobre la cúspide antes de darle un nuevo lametón—. Se ponen cada vez más duros, de un bonito e intenso color.

Gimió echando la cabeza hacia atrás, intentó mover los brazos para sujetarse pero la tela del vestido y la férrea presa de Dain no se lo permitían.

—Ay Dios…

Su amante se rio entre dientes.

—Es un campo de juegos de lo más rico, en todos los sentidos —ronroneó él—. Y no veas lo que me pone el ver a Luc comiéndote las tetas, haciendo que gimas y te contorsiones contra mí. Es de lo más erótico, Faith.

Sus palabras acicatearon su placer y cubrieron su piel de un vergonzoso sonrojo. El vestido que la tenía confinada empezó entonces a ceder de nuevo, sus brazos quedaron libres, la tela se deslizó por sus piernas hasta sus pies y, al mirar hacia abajo vio a Dain levantándole primero un pie y luego el otro para deshacerse de él. Otras manos la rodearon entonces de la cintura, atrayéndola contra un duro pecho y el gemido de sorpresa que surgió de su garganta terminó ahogado en la pecaminosa boca que capturó sus labios. Su sabor era distinto al de su amante, pero no por ello dejaba de resultar embriagador. La besó a conciencia, hundiendo su lengua hasta el fondo, obligándola a devolverle la estocada y participar de aquella inesperada contienda.

Cuando abrió los ojos se encontraron con esa mirada azul oscurecida por el deseo y la necesidad, podía sentir el bulto de su pene presionando contra su estómago sin ningún reparo y se estremeció.

—¿Todo bien hasta aquí, galletita?

Se las ingenió para tragar el nudo de saliva que se le alojó en la garganta, sus manos se habían aferrado a esos duros e hinchados bíceps sin saberlo.

—Faith, responde en voz alta.

Parpadeó y asintió.

—Sí, sí señor… ah… maestro.

Él sonrió y, al mismo tiempo, el cuerpo duro de Dain se pegó a su espalda, su erección

rozándose contra sus nalgas en total desnudez. Se había tomado unos momentos para desnudarse por completo y sus manos le rodeaban los pechos, continuando con la tarea de enloquecerla pellizcándole los pezones.

—Quiero que le mires —le apartó el pelo con la nariz y le mordisqueó la oreja—, quiero tus ojos sobre él mientras se desviste para ti.

Gimió, ladeó el cuello para darle acceso y luchó por mantener los ojos abiertos mientras su contraparte se tomaba su tiempo quitándose los zapatos, los calcetines, la camiseta dejando su pecho al aire y haciéndola reparar por primera vez en el aro que le perforaba un pezón. Siguió la mirada de sus manos cuando estas fueron a la cintura de su pantalón y se los bajó con lentitud, dejando que su dura polla asomara hacia fuera, dura, caliente y tan apetitosa que tuvo que tragar para no empezar a babear.

Ay, Dios, se estaba poniendo más y más caliente ante la vista de ese hombre que, si bien era el gemelo de su amante, tenía al mismo tiempo las suficientes diferencias como para que no pudiesen compararse.

Aspiró con fuerza cuando las manos de Dain viajaron por sus costillas, enmarcando su cintura, sus dedos se engancharon en las finas tiras del tanga y lo arrastraron hacia abajo, hasta la mitad de los muslos. Se tensó ante la espera, le conocía y sabía que de un momento a otro sus dedos se sumergirían entre sus pliegues, pero no fue así, de hecho, lo que hizo fue girarla por completo, haciendo que quedase de cara a él mientras la empujaba contra aquel cuerpo. Lucien la recibió con los brazos abiertos, literalmente, le cogió la barbilla con una mano, sonrió y la besó de nuevo, paladeó su boca, la asedió por completo y, mientras una mano se cerraba en su cadera la otra bajaba entre sus piernas y unos dedos gruesos incursionaron entre sus pliegues.

Su tacto la hizo jadear, perdió el contacto con sus labios, se recostó involuntariamente contra ese amplio pecho y miró hacia delante para ver a Dain mirándoles, contemplando como otro hombre le daba placer. A juzgar por el brillo en sus ojos lo estaba poniendo caliente, la palpitante erección que despuntaba contra su estómago y que rozó con sus propios dedos hablaba por sí sola.

—Estás empapada, cariñito, muy caliente y mojada —gruñó separando los pliegues de su sexo, penetrándola sin aviso haciendo que se pusiese de puntillas y se aferrase al momento a sus brazos—. Tu coñito es una cosita dulce y húmeda, ¿eh?

Sus dedos masajeaban sus labios mientras replegaba la falange media y la movía en su interior, haciéndola gemir, aumentando su calor y provocándole todo tipo de sensaciones. No podía evitar mirar a Dain en el proceso, ver cómo resbalaba sus dedos a lo largo de su polla acariciándose a sí mismo.

Se movió inquieta, su cuerpo eligió por sí mismo moviéndose contra esa mano entre sus piernas, intentando obtener más de lo que le daban sin llegar. Él recompensó sus esfuerzos con unas breves caricias sobre el tenso clítoris, su boca bajó entonces sobre su cuello, mordisqueándola, deslizándose hacia su hombro para pellizcarle entonces la piel haciéndola gemir.

—Eso es caliente, Faith, demasiado caliente para quedarme mirando.

Jadeó cuando Dain caminó hacia ellos y capturó sus labios, la penetró con la lengua, degustándola solo para tirar de ella, arrancándola de los brazos del otro hombre, cogiéndola de las nalgas, apretándola contra su erección.

Un segundo después sentía que la habitación giraba a su alrededor, se sintió caer al vacío hasta que el colchón la detuvo.

—Dame las manos, dulzura.

Obedeció sin pensar, le entregó las manos y él le estiró los brazos, llevándolos por encima de la cabeza para unir sus esposas y anclarlas al instante con unas cuerdas de color rojo que había pensado eran parte de la decoración.

—Oh, me gustan estas vistas —rumió Lucien al mismo tiempo, levantándole las piernas y apoyando cada pie sobre el borde del colchón, dejándola abierta y expuesta a su mirada.

—Maestro Lucien…

—Um… eso es sexy, galletita, puedes gritarlo cuando lo necesites.

Ella intentó protestar pero se encontró con la boca de Dain cubriendo la suya mientras Lucien bajaba entre sus piernas y la provocaba con un largo lametón.

—*Ay madrecita*.

Ambos rieron entre dientes.

—Eso es español, ¿no?

—Sí, acaba de decir *«Ay madre»*.

—Veamos si sabe gemir en algún idioma más. —Con eso Lucien volvió a su sexo, lamiendo, sorbiendo, haciendo que temblase sobre la cama y tirase de las muñecas sin éxito.

—Me encanta verte atada, es de lo más estimulante.

Faith empezó a jadear, los sonidos se los tragó la boca de su amo antes de que esta bajase sobre sus pechos y los succionara al punto de provocarle una pequeña punzada de dolor que iba directa a su sexo. Echó la cabeza hacia atrás, la agitó sobre la cama enredándose con su propio pelo, quiso mover los pies, alejarse o acercarse pero unas firmes manos mantenían sus tobillos aprisionados contra el colchón y solo podía elevar la pelvis.

—Dain… Dain por favor, no… no puedo, esto es… demasiado…

Él se inclinó entonces sobre ella, le apartó el pelo de la cara y le sonrió.

—No hemos hecho más que empezar, dulzura, pero puedo darte algo que te distraiga.

Ella parpadeó un segundo y, al siguiente se encontró con un cojín debajo de la cabeza y esa sonrisa maliciosa cerca de su boca.

—Ya me has demostrado lo bien que se te da —le acarició los labios y un segundo después, se había movido de modo que su pene le rozó los labios—. Abre la boca.

La inesperada petición la hizo gemir y el muy maldito utilizó ese momento para introducir la cabeza entre sus labios.

—Chupa —le dijo al tiempo que le acariciaba la mejilla con un dedo—, apriétame con los labios y succiona.

Se estremeció y gimió cuando aquella boca entre sus piernas succionó sus labios, el movimiento hizo que Dain se introdujese un poco más.

—Despacio, golosa, despacio.

Gimió ante el conocido sabor y lo acarició con la lengua un segundo antes de hacer lo que le había pedido.

—Dios, eso es fantástico, Faith, sigue…

Repitió la operación, ladeó la cabeza para conseguir un ángulo más cómodo y se dedicó con toda dedicación a ese dulce y duro caramelo salado que le ocupaba la boca.

Ella no pudo evitar contonearse debajo de las caricias, el placer era tan intenso que solo podía pensar en que tenía calor, en que toda ella temblaba y su sexo palpitaba de necesidad bajo la tortura de esa boca. Dos hombres se la estaban trabajando, la conducían con efectiva dirección a dónde querían y en todo lo que podía pensar era en lo placentero que era todo.

La boca entre sus piernas recibió una ayuda extra en la forma de unos anchos dedos que atravesaron sus hinchados pliegues, abriéndola y llenándola, la suya estaba llena por ese

miembro viril que empezaba a cobrar vida propia en su necesidad de profundizar más en su garganta. Dain le había agarrado el pelo manteniéndola sujeta y se trabajaba su boca con suavidad, pero aumentando cada vez un poco más las penetraciones.

Aquello era demasiado para ella, las sensaciones se hacían cada vez más y más intensas y al final, todo lo que pudo hacer fue entregarse a ellas, al desenfreno de esos dos hombres y al placer que le daban.

—Está cada vez más ceñida, Dain, tiembla como una hoja y me succiona los dedos. Está muy caliente.

Él se impulsó de nuevo entre sus labios, conduciéndose más y más profundo.

—No te corras, Faith, no tienes permiso para correrte.

Ella gritó alrededor de su pene presa de la frustración. ¿Cómo podía pedirle eso? ¿Creía acaso que tenía un botón de apagado, que podía contener algo como eso?

—No te corras, galletita, si lo haces te azotaré ese precioso culo hasta dejarlo rojo.

La voz de Lucien se unió a la de su amo añadiendo más frustración a su ya de por si encendido cuerpo, su sexo latía de necesidad y su concentración estaba a punto de hacerse añicos.

—Chupa ahora, Faith, con fuerza.

Lo hizo cerró sus labios a través de su sexo e hizo la acción de tragar. Al momento el pene en su boca estalló y una descarga de semen se precipitó por su garganta obligándola a tragar.

—Buena chica. —Creyó escuchar la voz estrangulada de Dain un momento antes de que resbalase, medio flácido de entre sus labios—. Eso ha sido muy bonito, dulzura, muy bonito.

No respondió, no podía, sentía que estaba en llamas, que ya no podía aguantar más y aquella lengua seguía azotándola entre las piernas.

—Por favor… ya no más… por favor…

—Todavía no, Faith, aún no me has dado lo que quiero.

Ella gimió tanto por sus palabras como por la pérdida de esa codiciosa boca entre sus piernas. Notó como le soltaban las manos y, acto seguido alguien tiraba de ella. Era Dain y se estaba probando a sí mismo en su boca, besándola con fuerza, atrayéndola fuera de la cama solo para entregarla a otros brazos.

—Sabes realmente bien, cariñito.

Ahora fue Lucien quién la besó, su lengua enlazándose con la suya antes de pasar a recorrer sus labios.

—Haces que quiera enterrarme profundamente en tus piernas —aseguró con voz ronca—. Dime, Faith, ¿me quieres aquí? —La acarició con una mano, una pasada de los dedos que la hizo lloriquear—. ¿Quieres que llene este pequeño y caliente coñito con mi polla?

Gimió y se apoyó en él, buscando algo que la sostuviese en aquella locura.

—Contesta, dulzura, ¿es lo que deseas? ¿Quieres que Lucien te folle?

Se lamió los labios y lloriqueó.

—Por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, señor. Sí… por favor, sí.

—En ese caso, toda tuya, hermano.

Ante el beneplácito de Dain, Lucien la arrastró hacia uno de los sillones, se dejó caer y la atrajo hacia su regazo, obligándola a sentarse a horcajadas sobre él.

—Mírame, cariño. —Le levantó la barbilla con los dedos y se encontró con sus ojos—. Así, muy bien —le sonrió y deslizó una mano bajo ella, acariciándola solo para sentir al

momento la cabeza de su polla empujando contra su entrada—, ahora levántate un poco, apoya las rodillas a ambos lados de mis muslos, sí, justo así…

Se apoyó en sus hombros, se levantó sobre él y dejó que esas manos que ahora se cerraban sobre sus caderas la bajasen sobre el duro pene que la llenó completamente.

—Joder… eres una delicia.

Ella gimió, se miraron a los ojos y Lucien volvió a besarla mientras sus manos bajaban de sus caderas a sus nalgas y empezaban a masajearlas un segundo antes de separar sus mejillas.

—¿Qué? —Intentó apartarse, pero él no se lo permitió, volvió a atraer su boca y la arrasó al tiempo que impulsaba las caderas, moviéndose en círculos provocándola.

Otras manos la acariciaron entonces, resbalaron por su espalda hasta las abiertas mejillas, le acariciaron con un dedo la rosada roseta y eso le provocó un gemido.

—No, no, no… por favor…

—Ya lo has probado y te ha gustado —escuchó la voz de Dain en su oído—, ahora será incluso mejor.

Ella empezó a negar, frenética por las sensaciones que le provocaba el miembro entre sus piernas y por la intimidad del acto que pretendía llevar a cabo.

—Dainiel…

Sintió como algo frío entraba en su culo seguido al momento de un par de dedos que le provocaron un aguijonazo de dolor que la calentó aún más.

—Ay Dios…

Se estremeció ante la cada vez más profunda penetración de sus dedos, gimió cuando Lucien se movió hacia fuera posicionándose más cerca del borde del sillón, reclinándose hacia atrás de modo que ella quedase recostada a su vez contra su pecho y entonces lo notó, la cabeza de su pene penetrando su culo, introduciéndose poco a poco en su ano, haciéndola enloquecer. El dolor se confundía ahora con el más ardiente placer, su mente dejó de funcionar coherentemente y se quedó sin aire cuando él empujó hasta el fondo. Empalada entre los dos hombres, completamente llenada, su mente se hizo pedazos y quedó a merced de los dos amos.

—Lucien… Dain… más… por favor… más…

No fue consciente de la sonrisa que intercambiaron los hermanos, ni siquiera fue consciente de que había gritado esa petición, de que los había insultado y había mordido el hombro de Lucien cuando su hermano la penetró. Estaba más allá de cualquier razonamiento, solo podía pensar en moverse, en que la follasen y acabasen con ella de una vez.

—Moveos, maldita sea, moveos…

Intentó menear las caderas, hacer algo para empujarlos a obedecer, pero ellos eran los que llevaban la batuta, ellos eran los que mandaban y a ella no le quedaba más remedio que obedecer.

—Cuando yo lo decida, Faith, cuando yo quiera…

Gimió.

—Amo, por favor, te lo suplico… lo necesito.

—¿A quién perteneces, sumisa?

—A ti.

—¿Quién es tu amo?

—Dios mío, Dain, tú, tú eres mi amo, mi dueño… nadie más podría serlo…

—Y esa es una respuesta infernal, hermanito.

—Entrégate una vez más a mí, Faith, dame tu sumisión.

Ella se esforzó por abrir los ojos, echó la cabeza hacia atrás hasta encontrar sus ojos y

tragó.

—Es… es tuya… yo… yo soy tuya…

La besó con suavidad, entonces salió lentamente de ella, volviéndola a llenar antes de que Lucien hiciese lo mismo, provocando entre ambos una tormenta de sensaciones imposibles de contener.

La penetraron al unísono, coordinados, uno saliendo mientras el otro entraba, sus manos recorrían su cuerpo en calmantes caricias, pero ella quería más, lo quería fuerte, quería que apagasen ese fuego que habían encendido en su interior. Con todo, ellos tenían sus propios planes y los ejecutaron a la perfección, enloqueciéndola hasta el punto de que ya no sabía si su cuerpo era suyo, si los gritos que resonaban en la habitación eran producto de su imaginación o si se había muerto y estaba en un extraño y erótico cielo.

Sus besos se alternaron, en un momento era Lucien quién reclamaba su boca y al siguiente era Dain, las suaves caricias empezaron a hacerse más duras, sus movimientos ganaron en fuerza y energía hasta follarla rápido y duro, utilizándola para su propio placer mientras ella reverberaba en el placer de dárselo a ellos.

—No puede más, déjala ir, Dain, déjala ir…

—Córrete ahora, dulzura, córrete para nosotros.

Gritó hasta quedarse afónica, su sexo estallando a su alrededor, aprisionando la polla en su coño y aferrando la que se alojaba en su culo. Se dejó ir, quedando totalmente a su merced, permitiéndoles bombear en su interior hasta que uno y después el otro se corrió con ella.

Cayó laxa en brazos de Lucien, con el corazón latiéndole en los oídos, buscando el aire que parecía haberse evaporado de la habitación. No fue consciente del momento en que Dain abandonó su culo, jadeando, cayendo al suelo de rodillas, ni cuando Lucien resbaló de su coño, jadeante, empapado de sudor, solo quería quedarse allí y que se fuese a la mierda el mundo.

—Dios mío, casi me mata.

—¿Ahora lo entiendes?

—¿Qué la quieres? —Lucien bufó—. Hermanito, sé que estás colado por esta sumisa desde el mismo momento en que despertaste en el hospital y preguntaste por ella. Espero por tu bien y el mío, que cojones, que vayas a quedarte con ella.

Una mano se deslizó por su pelo pero apenas sí fue consciente de ello.

—No podría dejarla marchar, Lucien, ya no, no después de esta noche —negó él—. Ella es mía y haré lo que tenga que hacer para conservarla a mi lado.

Faith sonrió para sí dejando que el olvido se la llevase. Por alguna estúpida razón la hacía feliz que Dain la quisiera conservar.

CAPÍTULO 51

Dain maniobró como pudo para abrir la puerta de casa mientras sostenía a una inconsciente Faith en brazos. Su pequeña sumisa se había quedado frita nada más sentarse en el coche, la noche había sido intensa para ambos, pero especialmente para ella. Había intentado despertarla al llegar, pero sus murmullos inteligibles y esos delgados brazos envolviéndose alrededor de su cuello lo habían hecho desistir.

Empujó con la cadera, encendió la luz con el codo y cerró tras ellos con un golpe de tacón. La vivienda estaba en silencio, Markus le había dicho que se alojaría en un hotel durante un par de días y su insistencia en que se quedase, solo había traído consigo una decisión mayor por parte del hombre.

Maniobró por el pasillo y vaciló, se resistía a dejarla, esas preciosas horas que le había entregado en el *Blackish* le habían hecho consciente de la mujer que tenía en brazos, no era solo su sumisión lo que buscaba en ella, ahora sabía que también quería todo lo demás. Quería conocer esa sonrisa que le había dedicado a las chicas, quería poder borrar la tristeza de sus ojos cuando Lucien le habló sobre Dennis, quería estar ahí y apoyarla en su lucha por sacar adelante un proyecto como el que había dejado su amiga… La quería y punto y eso era si cabía lo más sorprendente de todo.

—Faith, dulzura, ¿duermes en tu cama o conmigo?

La pequeña morena se acurrucó todavía más en sus brazos.

—¿Faith? Ey, ya hemos llegado a casa…

—Quiero dormir… estoy cansada…

Sonrió ante su vocecilla de sueño.

—Lo sé, nenita, ¿quieres dormir sola?

Se acurrucó todavía más y envolvió los dedos en su camiseta.

—No. No quiero estar sola… estoy cansada de estar sola… no me dejes tú también, Dain —musitó de forma entrecortada—. No quiero… no… señor.

Sonrió, la apretó contra él y la besó en la cabeza.

—En ese caso haré todo lo que esté en mi mano para que te quedes conmigo.

Ella suspiró, paladeó la lengua y siguió durmiendo.

—A ti no te despertaría ni un terremoto, ¿eh? —sonrió para sí y la llevó a su dormitorio.

La dejó con suavidad sobre la cama y procedió a quitarle el chal con el que se había envuelto al dejar el club. Tuvo que concentrarse en la tarea e ignorar la cremosa piel que dejaba al descubierto, los llenos pechos de los que había disfrutado, el pequeño tanga que apenas la cubría… Bajó la mirada hacia su entrepierna e hizo una mueca.

—¿Tú no descansas o qué?

Se obligó a ignorar su propia erección y la desnudó por completo. El color chocolate de su piel contrastaba con la funda del nórdico de color ocre que cubría la cama, era una visión encantadora y muy sensual.

—Abajo, Ratcliffe, ya has tenido suficiente movimiento por hoy.

La dejó unos instantes para rebuscar en su armario y sacar una camiseta para cubrir su desnudez. Si bien le gustaba su piel, si la acostaba desnuda no dormirían ninguno de los dos.

—Faith, me vendría bien que colaborases un poco, cariño.

Ella refunfuñó, dio media vuelta y se acurrucó, convirtiéndose en un ovillo sobre la cama.

—Vamos, dulzura, después te dejaré dormir, prometido.

La pequeña tunante se incorporó hasta sentarse, seguía con los ojos cerrados, cosa que le hizo gracia.

—Tengo sueño.

—Lo sé, cariño, vamos, deja que te ponga esto —le pasó la camiseta por la cabeza y la instó a meter los brazos—. Eso es, buena chica. Ahora a dormir.

No tuvo que decírselo dos veces, cayó de lado, suspiró y se dispuso a hacer justo eso.

Sacudió la cabeza, se metió en el baño y se dispuso a prepararse para irse también a la cama. Al volver se apoyó en la puerta y la contempló, parecía una niña pequeña con la ropa de su hermano mayor, se la veía tan inocente y tierna que supo que esa noche no habría querido estar en otro lado que no fuese junto a ella.

Hizo a un lado la ropa de cama y la metió entre las sábanas, el tacto de la tela debió de gustarle pues se acurrucó con visible placer, entonces dio media vuelta y se quedó de cara hacia el lado del que solía dormir. Sonrió para sí y la siguió, acostándose para taparles finalmente a los dos con las mantas, el cuerpo femenino buscó inmediatamente el suyo, deslizó un brazo sobre su pecho y musitó algo que no llegó a entender.

—¿Qué es, dulzura?

—Te quiero mucho, Dain.

Sus palabras, pronunciadas en un bajo murmullo, lo calentaron. Probablemente no sabría ni lo que decía de lo dormida que estaba, pero le había gustado escucharlas.

—Yo también te quiero, Faith, más de lo que creí que era posible.

La atrajo contra él, apagó la luz y dejó que el sueño lo reclamase.

CAPÍTULO 52

La felicidad debía parecerse a algo como esto, pensó Faith admirando su nuevo hogar.

El lunes había firmado el contrato y le habían entregado las llaves, prácticamente había volado después de su jornada para ir a recogerlas y entrar en posesión de ese lugar. El alquiler era el adecuado, un poco más bajo quizá debido a los intermediarios, lo que le dejaba holgura para pagar las distintas facturas que se generaban de la electricidad, el agua, etc.

Todavía tenía que vaciar su antigua vivienda, pero había dado ya los primeros pasos al entrar esa misma tarde ella sola y evitar que le temblase todo el cuerpo. Los malos recuerdos estaban allí todavía, pero también los había buenos y se había concentrado en esos para pasar el mal trago. Dain habría estado dispuesto a acompañarla, de hecho, la había citado a las seis, pero algo inesperado en el trabajo lo había obligado a cancelar su cita de ese día.

Esa misma noche, cuando lo vio entrar, supo al momento que algo malo había pasado, el velo sombrío que le cubría el rostro y la fuerza con la que apretaba la mandíbula, hablaban por sí solos. Habían cenado en un incómodo silencio y después él se había excusado diciendo que estaba cansado e iba a retirarse. Aquel hermetismo le había recordado al de sus alumnos y había actuado en consecuencia, sacando la mierda de él a golpe de palabras, con agudeza e ingenio hasta que el gran Dom decidió hablar.

—Esta tarde me han avisado de que una de las mujeres que había entrado recientemente en el programa de protección para víctimas de violencia doméstica fue encontrada muerta en su antiguo domicilio. —Se había mesado el pelo con gesto desesperado—. Su exmarido le había asestado nueve puñaladas antes de lanzarse desde la ventana del tercer piso. Ella murió en la ambulancia de camino al hospital y él muy cabrón solo se ha roto la puta cadera. Los vecinos escucharon gritos, llamaron a la Policía… pero ya fue tarde.

Esa noche le había hablado de lo bueno y lo malo de su trabajo, de la impotencia que sentía cuando esas víctimas de malos tratos decidían volver por voluntad propia al lado de sus maltratadores y no poder hacer nada al respecto. De tantos niños que quedaban huérfanos porque su padre mataba a su madre. De las mujeres que conseguían salir adelante, no sin esfuerzo, y rehacer sus vidas, de las madres luchadoras que peleaban como leonas cuando sus hijos eran las víctimas de un matrimonio insoportable. Había claros y oscuros en su trabajo, unas veces parecía que conseguía anotarse un tanto y otras, como aquella tarde, era la maldad inherente en las personas la que triunfaba.

Ese día había visto otra parte del camaleónico Dom, una totalmente humana y que la había afectado de mil maneras distintas. La verdad es que él llevaba semanas afectándola, sin saber cómo su mundo empezó a girar en torno a él y, ese último fin de semana en el club había sido el punto de inflexión.

No sabía cómo calificar el tipo de relación que mantenían, porque estaba claro que estaban metidos en una. Desde el domingo por la noche en el que cada uno se había ido a su cama y ella había terminado en la de él, después de dar vueltas y más vueltas sobre el colchón, habían jugado al mismo juego los dos días siguientes, unas veces acudía ella a él y otras era él quién acudía a ella. Y, lo más preocupante de todo es que ella no iba en busca de sexo, sino la mutua compañía, el poder compartir el espacio, el calor y sentirse acompañada. Ahora que había conocido a ese

hombre empezaba a tenerle miedo a la soledad y ese había sido el motivo principal de que ese mismo miércoles decidiese que ya era hora de mudarse y empezar a vivir de nuevo su vida.

—Creo que hoy dormiré en mi casa —le había informado esa misma mañana, mientras desayunaban juntos antes de irse a sus respectivos trabajos.

—¿Crees? —La manera en que la había mirado, con esa picaresca presente en los ojos y curvándole los labios en media sonrisa la hizo refrasear su respuesta.

—Vale, hoy dormiré en mi casa.

—Así que ya ha llegado la hora en la que quieres abandonarme —chasqueó—. Y yo que pensaba que había sido un buen anfitrión.

—Lo has sido, lo eres… pero bueno, necesito mi espacio…

Y poner distancia entre ambos, añadió mentalmente, *no es bueno para mí depender tanto de ti*.

—Lo sé, Faith, lo entiendo y lo respeto. —La había tranquilizado como siempre con sus palabras—. ¿Quieres que te ayude con alguna cosa? Esta tarde libro desde las cuatro a las ocho, después tengo clases en el gimnasio.

Sí, las clases a las que le había sugerido asistir a ella y cuya invitación todavía se estaba pensando.

—Me gustaría colocar mis estanterías, las he desmontado y llevado en el coche, pero me da dolor de cabeza solo de pensar en tener que rearmarlas.

—¿IKEA?

Se encogió de hombros.

—Soy una chica de los suburbios, voy a lo que puedo pagar o reciclar.

Su respuesta fue reírse.

—Muy bien, a partir de las seis me pasaré por allí.

Miró el reloj y suspiró, solo eran las cuatro, tardaría un par de horas en hacer acto de presencia y ella todavía tenía un par de citas pendientes que atender. El detective Knight parecía tener predilección por hacerle visitas en el colegio, presentándose al final de su clase y alborotando a sus alumnos quienes debían pensar que, o bien estaba metida en asuntos turbios o tenía una vida sexual de la hostia con tanto hombre pululando a su alrededor. Con todo, la visita que le había hecho ese mediodía había merecido tener que lidiar con las miradas curiosas e insinuantes de sus chicas y las sonrisas socarronas de sus chicos.

—Tienes mi número de teléfono, Damien, ¿no sería más rápido que me llamases?

Él se limitó a sonreír de esa enigmática manera y señaló la clase ya vacía.

—Podría serlo, pero supuse que si te llamaba acabarías presentándote tú misma en la oficina —replicó de buen humor—. Supuse que agradecerías recibir ciertas noticias en persona.

Su tono misterioso la llevó a fruncir el ceño, se apoyó contra su escritorio y lo miró.

—De acuerdo, ya estás aquí así que dime lo que tengas que decirme —resopló y se dispuso a escucharle—. ¿Qué ha ocurrido esta vez?

—Se han examinado de nuevo los informes de la autopsia realizada a la señorita Vera y, tú tenías razón, Faith, no murió por una sobredosis.

La noticia la impactó de tal forma que la dejó sin aire y, respiró profundamente y dejó escapar el aire visiblemente aliviada.

—Te lo había dicho, te lo dije desde un principio, ella no consumía drogas —le reprochó. Sabía que estaba sonando acusadora, pero no podía evitar sentir que habían estado intentando convencerla de algo que no era verdad, no quería creer que desconociese a Ruth hasta tal punto. En el fondo quería creer que su amiga no la había mentido en todo, a pesar de todo, quería tener

la esperanza de que esos años que habían compartido no hubiesen sido un completo embuste—. Tenía que haber otra explicación para esos resultados, para… la droga que había allí.

Él asintió.

—A la luz que arrojaron las nuevas investigaciones, nuestro forense no se explica cómo han podido pasar por alto algo tan evidente, el motivo del fallecimiento de tu amiga se debe a algo de naturaleza… imprevisible.

—¿Qué quieres decir?

Esos ojos verdes encontraron los suyos y le sostuvo la mirada.

—Ruth Vera falleció de un aneurisma —le informó sin andarse por las ramas—. Me temo que es algo que podría haberle pasado en cualquier lugar, en cualquier momento.

—¿Un aneurisma?

La palabra se filtró en su mente junto con las consecuencias de este, una muerte inesperada, repentina, algo que nadie podría prever y, en la mayoría de los casos, evitar. La comprensión trajo consigo las lágrimas, el saber que a lo mejor habría perdido igualmente a su amiga en ese mismo instante estando en casa con ella, en la calle de compras o incluso en el colegio dando clases.

—Quiero que entiendas que lo que voy a decirte ahora forma parte de una investigación policial y que no debe ser divulgada —insistió él, notó sus dedos sobre la barbilla y su toque la sacudió, devolviéndola al presente—. Si te lo digo, es porque sé que no te estarás quietecita y que seguirás arañando la superficie.

Asintió, en ese momento no tenía voz, su mente estaba todavía centrado en las consecuencias del aneurisma.

—El hecho de que se llegase a la conclusión de la sobredosis se debe a que en su organismo se encontró una alta cantidad de opiáceos, suficiente para causar la muerte a una persona adulta, más aún a una mujer de la constitución de la víctima…

—No, no la llames víctima… por favor.

—Presumiblemente alguien le administró un alto concentrado de drogas directo al torrente sanguíneo y preparó la escena para que pareciese que se había tratado de una sobredosis. —Expuso en su típica actitud de «esto es lo que hay»—. La persona que lo hizo sigue ahí fuera y vamos a dar con ella. ¿De acuerdo?

Asintió soltándose de sus dedos y bajó la mirada.

—Y no quiero ver tu naricita ni a un kilómetro de distancia cercano a la investigación.

Abrió la boca para decir algo pero volvió a callarse al ver su expresión.

—No estoy abierto a discusiones, mascota, no es no.

Asintió lentamente, se lamió los labios y suspiró.

—Todo lo que quería era demostrar que ella no se había suicidado, que no había sido cosa de drogas —repuso con voz firme—. Que quién quiera que le hubiese hecho esto, pagase por ello. Quería demostrar que era inocente, protegerla, proteger su memoria y aquello por lo que luchaba. No me di cuenta que eso solo puedo hacerlo de una manera, sacando adelante el proyecto al que se había dedicado en cuerpo y alma.

Se había sentido tan herida tras su fallecimiento, se había sentido abandonada y, con cada nueva cosa que salía a la luz y de la que no sabía nada, esa sensación de abandono crecía. Sí, Ruth había tenido un lado que no conocía, pero ahora, después de haber entrado en ese mundo, verlo con sus propios ojos y experimentarlo, no podía dejar de preguntarse qué, si de haber estado en su lugar ella no habría hecho lo mismo.

Había cosas que sencillamente no tenían explicación y las elecciones que hacía el corazón

eran una de ellas, lo estaba comprobando en carne propia.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que el legado de Ruth salga adelante, así que atrapa a quién quiera que le haya hecho esto a mi amiga y llévalo ante la justicia, es todo lo que te pido, Damien.

El detective esbozó una conocedora sonrisa.

—Eres una cosita fuerte y decidida debajo de toda esa timidez, ¿no es así señorita Valentine? —Parecía una pregunta más para sí mismo que para ella—. Dain ha hecho una buena elección. Os complementáis muy bien.

Se le calentaron las mejillas, señal inequívoca de que se estaba sonrojando.

—Yo no…

El hombre posó un dedo sobre sus labios.

—No se le replica a un Dom, sumisa. —La acalló con gesto divertido—. ¿Él lo sabe?

—¿El qué?

—Que lo quieres.

Le habría gustado responderle de manera rotunda, pero escuchárselo decir a él en voz alta, solo consiguió que enrojeciese más y balbucease.

—Yo no… tú estás… no es… lo que parece. Solo…

—Faith. —La calló de nuevo—. Díselo. Esa es mi tarea para ti, gatita, decirle a tu amo que ya tiene sumisa y que es para siempre.

Abrió la boca para replicar pero no pudo, no le salían las palabras porque en el fondo sabía que esa era la verdad. Se había enamorado de Dainiel Ratcliffe, del hombre y del Dom y, si bien todavía no estaba muy segura de todo ese asunto de la sumisión, de si ella encajaba en ese mundo, estaba convencida de que por él estaba dispuesta a encontrar un lugar a su lado.

Dejó escapar un profundo suspiro, le echó un último vistazo a su nuevo hogar y salió dispuesta a cerrar otro capítulo de esa última y problemática etapa de su vida.

CAPÍTULO 53

El Kings County Hospital era el último lugar que se podría haberse imaginado visitar de nuevo apenas una semana atrás y, especialmente, no para ver a un hombre que había sido el blanco de sus sospechas desde el minuto número uno. El que además hubiese entrado en su casa, invadiendo su privacidad y dándole un susto de muerte era también un motivo de peso más que suficiente como para que nadie le echase en cara si ahora daba media vuelta y se alejaba de allí. Pero no lo haría, no había discutido con Lucien hasta el cansancio para sacarle la información sobre dónde estaba internado si no tuviese una poderosa razón para venir.

Desde luego, hablar con ese hombre y conseguir que le dijese lo que quería saber la había llevado a echar manos de todo su ingenio y, sobre todo, de su paciencia.

—¿Me has echado de menos, galletita?

—Ni lo más mínimo. —Le había dicho—. Pero cómo eres el único que parece tener todas las respuestas...

—Puedes considerarme tu gurú personal.

—Solo necesito que me respondas a una pregunta.

—¿Dain no tenía la respuesta?

—Teniendo en cuenta que tú eres la fuente principal, no.

—Ahora sí que has despertado mi curiosidad, ¿qué quieres saber?

—Quiero el nombre del hospital y el número de habitación en el que está internado Dennis Spencer.

—¿El sexo del pasado fin de semana te fundió los plomos o qué?

Respiró profundamente para evitar mandarlo a la mierda.

—Si no te los ha fundido a ti con los años que debes llevar practicándolo…

Él soltó una carcajada y tardó unos momentos en superar su hilaridad para poder hablar.

—De acuerdo, Faith, el primer set es tuyo, ahora, dime para qué quieres la información.

—No es asunto tuyo.

—Bueno, mascota, dado que eres la sumisa de mi hermano, que eres una cosita adorable y que me caes muy bien, sí es asunto mío —le soltó—, así que, a menos que me des una respuesta que me satisfaga…

—El detective Knight me ha hecho partícipe del resultado de la segunda ronda de pruebas de la autopsia de Ruth —le informó—, y quiero ver al hombre que se coló en mi casa, me dio un buen susto y ha resultado ser el marido de Ruth.

—Tú quieres que tu amo me mate.

—Lo que quiero es que me digas el hospital en el que está y el número de su habitación —concluyó—. Lo necesito para poder poner punto y final al cúmulo de malos entendidos que me ha llevado a meterme en problemas.

—Nena, tenías que haber empezado por ahí —declaró él y le dio la información que necesitaba.

Sabía que no mucha gente entendería que quisiera mirar cara a cara a ese hombre, pero eso era lo que quería hacer y para lo que había venido.

Atravesó el corredor del ala de cirugía y se dirigió hacia la habitación que le habían indicado, el señor Spencer estaba alojado en una de las últimas estancias, en una estancia individual. Se detuvo ante la puerta y miró hacia el interior, acostado en la cama, con una bata de hospital cubriéndole el pecho y las sábanas arremolinadas alrededor de la cintura, estaba la persona que buscaba. Se encontraba con la cabeza girada hacia la ventana, sumido en sus pensamientos o incluso dormido. Vaciló unos momentos, volvió a mirar hacia el corredor pensando en marcharse y olvidarse de todo cuando escuchó su nombre.

—Faith.

Se giró como un resorte, sus ojos se encontraron con los de él y no pudo evitar que el corazón se le acelerara al reconocer al hombre que la había asaltado, entrando en su casa.

—Eres tú, ¿verdad?

Deslizó la punta de la lengua por el labio inferior y asintió, dando un paso adelante, luego otro hasta haber traspasado el umbral.

—Sí, aunque eso ya lo sabe —replicó con voz lineal—. ¿No es así?

Él suspiró. Estaba mucho más pálido que aquella noche o puede que fuese el aire del hospital.

—Nunca quise asustarte, menos aún hacerte daño —respondió y parecía verdaderamente compungido—. Lamento mucho lo que ocurrió, no tengo excusa alguna.

—No, no la tiene.

Él se limitó a asentir y la recorrió lentamente con la mirada.

—Me imagino que si estás aquí es porque ya te han dicho quién soy.

Asintió y dio otro par de pasos más, acercándose a la cama.

—¿Es verdad? ¿Eres… eras el marido de Ruth?

—Sí —aceptó con voz triste, la misma tristeza que bailó en sus ojos—. Ella… era mi esposa… Lo fue durante un mes y cinco días… entonces, me la arrebataron.

Su admisión le provocó una punzada en el estómago.

—Matrimonio. Se… se casó y no me dijo nada. ¿Por qué?

—Porque quería protegerte —le aseguró él—. Ella siempre te ha tenido en mucha estima, te quería como a una hermana, en cierto modo eras como su hermana pequeña.

—¿Protegerme? ¿Protegerme de qué? —Se quejó—. Si me hubiese tenido en estima, no me habría mentido como lo hizo, no me habría ocultado… esto.

Él sacudió la cabeza.

—Créeme, pequeña, si te mantuvo al margen, fue para protegerte, para que a ti no te pasara lo que le pasó a su hermano.

Y esa era otra de las cosas que la habían tomado por sorpresa, saber que había tenido un hermano, alguien que había perecido por culpa de las drogas a una edad muy temprana.

—Yo… ni siquiera sabía que ella había tenido un hermano, su vida, la que deseó compartir conmigo era mentira, todo lo que me dijo, todo fueron mentiras —señaló lo obvio—. No proteges a alguien contándole mentiras, inventándote una historia, lo haces con la verdad, permitiéndole elegir si desea esa protección, dejándole que te preste ayuda si la necesitas…

—Faith.

Lo encaró enfadada.

—Tú adoptaste una identidad que no es la tuya, le has hecho creer que eras otra persona, ¿también le mentiste así cuando decidiste casarte con ella?

Sus ojos se oscurecieron, sus palabras parecían haberle hecho daño.

—Ruth sabía perfectamente quién era yo cuando le pedí que fuese mi esposa —declaró

con voz fría, provocándole un escalofrío—. Sí, al principio utilicé un nombre que no era el mío, no fue a propósito, de hecho ni siquiera lo inicié yo. Todo fue parte de un malentendido y me vino bien, no lo negaré, necesitaba ocultar mi identidad, no podía decirle que era un agente federal…

—¿Por qué?

No dudó a la hora de responder.

—Porque tu amiga tenía el contacto que yo necesitaba para sacar adelante la investigación que llevaba mi departamento —confesó—. En su necesidad de vengar a su hermano creó un proyecto contra la drogadicción que iba mucho más allá de charlas de concienciación, ella estaba dispuesta a erradicar el tráfico de raíz, limpiar su barrio desde abajo y sus métodos eran tan arriesgados como peligrosos.

—¿De qué está hablando? —Negó con la cabeza—. Ruth nunca se habría metido en algo así, su proyecto era para concienciar, para informar a los jóvenes y darles otras opciones, ella no…

—Sí, eso es lo que quería y es en lo que debería haberse concentrado, pero el pasado pesaba demasiado en su alma…

Aquello era lo mismo que le había dado a entender la Policía, algo que le costaba aceptar, quizá porque la persona que ella conocía no había pasado por algo como eso. Pero si conocía a Ruth, aunque fuese un poco, sabía que era el tipo de circunstancia que posiblemente la motivaría a tomar cartas en el asunto. ¿No se había metido ella misma en un sinfín de problemas por el simple hecho de querer obtener respuestas y averiguar la verdad?

—Lo creas o no, intenté detenerla, Faith, intenté convencerla de que lo dejase todo y se marchase conmigo. —Se llevó la mano al costado, posando la palma sobre la sábana—. Insistí en que te dijese la verdad, en que fuese sincera contigo de lo nuestro, sobre nuestra boda… Al final creí que lo había conseguido, había consentido en venir conmigo a Illinois, yo tenía programadas unas pruebas, me llamaron del hospital y tuve que irme ese mismo miércoles. Ella había prometido que se reuniría conmigo el viernes, antes quería hablar contigo, para que no te preocupases por su ausencia… supongo que nada salió como debía. Las cosas… se complicaron para mí… la operación se adelantó y cuando desperté, cuando pude ser consciente del paso del tiempo… Había pasado más de una semana y ella, mi esposa, no estaba a mi lado…

Sus palabras se perdieron, pudo ver el brillo en sus ojos y como apartó el rostro cuando el dolor se hizo insoportable para él.

—No respondía a mis llamadas, su teléfono daba siempre desconectado, no sabía dónde estaba. —Su voz se entrecortó y tuvo que hacer un alto—. Tenía las llaves de vuestra casa porque ella me dio una copia, quería que las tuviese por si le pasaba algo… Por eso estaba en tu salón cuando llegaste. Estaba desesperado por saber de ella y entonces tú me acusaste de asesinarla… a mi propia esposa… dijiste que estaba muerta…

Apretó los dientes, su mandíbula se tensó y giró la cara para encontrarse con la de ella.

—No sabía dónde estaba mi esposa, no respondía a mis llamadas y tú me dices que estaba muerta… —dejó escapar una agónica carcajada—. Dios… no sé qué hice esa noche, pero en la mañana acabé en el colegio y un conserje me dijo que su funeral había sido hacía unas semanas, que la habían enterrado en Green Woods…

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

—He tenido que ver la lápida con su nombre para convencerme y, aun así, aún ahora, soy incapaz de hacerme a la idea de que ella no está, de que nunca volveré a verla, a tocarla o escucharla reír —concluyó, cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro—. Esta mañana el

detective Knight ha venido a verme para ponerme al corriente de los nuevos resultados que han salido en base a la autopsia.

—Fue un aneurisma —musitó en voz baja—. Les dije, desde el mismo principio, que ella jamás habría muerto de algo como una sobredosis, no Ruth, jamás Ruth…

Sonrió y ladeó la cabeza hacia ella.

—Ella tenía razón con respecto a ti —murmuró mirándola como si la conociese de siempre y no fue una completa extraña como lo era él para ella—. Eres exactamente como ella te describió y no solo físicamente, te conocí por fotos…

Ladeó la cabeza y esquivó su mirada.

—Yo solo vi una foto tuya, vuestra… —admitió—. En la parte de atrás había un nombre, estaba escrito con su letra… No sabía quién eras, ni siquiera conocía tu existencia, ni tampoco el mundo en el que solía moverse ella… Yo… cometí un error, acusé a alguien que era inocente y todo porque pensaba que eras tú y que podías tener alguna respuesta sobre el paradero de mi amiga, y después, sobre su muerte.

—Lo siento, pequeña, tú has perdido también a alguien…

—Era mi hermana, para mí siempre fue mi hermana —aseguró intentando mantener el tipo—. Siempre la sentí como tal y, ahora me arrepiento de no habérselo dicho…

—Lo sabía, Faith, créeme, lo sabía.

Lo miró de nuevo y se mordió el labio inferior.

—Voy a seguir adelante con su proyecto —declaró mirándole a los ojos—. Por ella, por todas las personas que han sido víctimas de las drogas, voy a sacarlo adelante.

—Si alguien puede hacerlo eres tú —aceptó él visiblemente cansado—. Pero por favor, no te metas en los mismos problemas que mi esposa. Ruth te quería y sé que la entristecería ver que terminas metida en algún lío del que no puedes salir.

Sonrió, no pudo evitarlo, sus palabras le recordaron a las del hombre que quería.

—¿Sabes? Acabas de hablar como Dain Ratcliffe.

Él la miró sorprendido, entonces esbozó una renuente sonrisa.

—Mi nombre es Dennis, puedes llamarme Den.

Lo miró, sacudió la cabeza y acortó el par de pasos que la separaban de la cama.

—Hola, Den, yo soy Faith —le tendió la mano—. Es un placer conocerte por fin.

La mirada en su rostro dijo mucho más de lo que lo hizo toda aquella conversación.

—Lo mismo digo, Faith —le estrechó la mano—. Gracias.

CAPÍTULO 54

—Déjame adivinar, no has salido ni a comer.

Dain levantó la cabeza y vio a su hermano en el umbral de su despacho.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Mierda, se me ha hecho tarde.

—Déjame adivinar, ¿quedaste con tu polvorilla?

—Quiere que le eche una mano con la mudanza.

—Así que ya está en pleno traslado.

—Eso parece.

—¿Y cómo lo llevas?

Lo miró.

—Sí, no sé para qué pregunto, solo hay que mirarte a la cara.

—¿Has venido para tocarme los cojones o tenías algo más que decirme?

Sonrió de soslayo y entró en la pequeña habitación atestada de cosas.

—Aunque disfruto inmensamente tocándote los huevos, no, no vine para eso. —Se apoyó en su mesa y empezó a juguetear como siempre con las cosas que había encima del escritorio—. Quería comentarte que Damien pidió una segunda revisión de la autopsia de Ruth Vera y los resultados le llegaron esta mañana. La chica falleció de un aneurisma cerebral. Faith tenía razón, después de todo, el diagnóstico de la sobredosis no fue exacto.

—¿Ya lo sabe?

Asintió.

—Sí, Dam me dijo que iba a comunicárselo personalmente, después de todo, ella ha sido la que insistió en que esa muerte no era lo que parecía —aceptó—. Por otro lado, está el hecho de que tu polvorilla me llamase justo después para pedirme… No, pedirme no, exigirme, que le diese el nombre del hospital y el número de la habitación en la que está el agente Spencer.

—Imagino que se lo diste.

—Hay cosas que es mejor que las resuelvan entre ellos. —Se encogió de hombros—. Él le debe bastantes explicaciones, una montaña de ellas, a juzgar por todo lo que dejó caer cuando hablamos con él.

—Faith se ha decepcionado hasta el punto de plantearse quién era realmente la persona con la que estuvo compartiendo vida y vivienda durante los últimos cinco años —comentó sabiendo que aquello era lo que había desestabilizado a la morenita—. Este último mes ha visto cómo se ha tambaleado su vida, como todo en lo que había creído se desvanecía bajo el peso de las verdades que salían a la luz… y a pesar de ello ha seguido luchando por defender la dignidad de Ruth Vera.

—Es un verdadero diamante en bruto y sería inteligente de tu parte el conservarlo.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la de su hermano.

—No tengo intención de dejarla escapar.

—¡Al fin algo de cordura en esta familia! Gracias, señor, ya veo que de vez en cuanto sí

escuchas mis plegarias.

—Lucien, la última vez que pisaste una iglesia fue para arrestar a alguien.

—Qué puedo decir, si Dios me abre las puertas y me pone las esposas en las manos para capturar a un capullo, ¿quién soy yo para decirle que no?

Sacudió la cabeza, había cosas de las que era mejor ni hablar.

—Entonces, ¿qué tienes en mente?

—Darle lo que quiere.

Su hermano enarcó una ceja ante su comentario.

—Y, al mismo tiempo, obtener lo que yo deseo.

—Ya decía yo que no podías haber cambiado tanto.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—No es tan fácil cambiar, Luc, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—El que nuestro padre sea un capullo integral y no sea capaz de ver que sus hijos son dos tíos estupendos, con trabajos cojonudos y destinados a hacer algo por los demás, es simplemente cuestión de genética —replicó encogiéndose de hombros—. Por suerte solo heredamos de él su color de ojos, el resto es todo de nuestra santa madre.

—¿Has hablado con ella recientemente?

—Hace un par de días —asintió—. Y quiere que te diga que, en caso de que lo hayas olvidado, ella fue la que pasó por dieciséis horas de parto para traernos al mundo y que tiene dos hijos. Quiere que la llames, aunque solo sea para contarle lo aburrida que es tu vida. No se ha presentado aquí porque Markus le ha dicho que te ha visto y que sigues respirando.

Sí, su madre y Markus tenían una muy buena relación desde hacía años y se respetaban mutuamente. Eran capaces de decirse lo que posiblemente ningún otro ser vivo se atrevería a mencionar.

—¿Crees que durará mucho más aguantando al viejo?

Ambos se miraron y su gemelo negó con la cabeza.

—No y me sorprende que no se haya separado antes —aseguró rascándose la cabeza—. Si alguna vez se quisieron, está claro que ese amor se extinguió hace mucho tiempo. Mamá se ha quedado a su lado por comodidad, las cosas como son, Dain. A ella le gusta la buena vida, se ha acostumbrado a eso…

—El dinero y la posición social no dan la felicidad, lo veo cada puñetero día de mi vida ahí fuera. —Señaló hacia la puerta—. La violencia no hace distinciones de casta o escalafón social, puede ocultarse tanto en un hogar de lo más pobre a pulular por las entrañas de una mansión.

—Tú lo sabes, yo lo sé… el problema es que los propios interesados no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde —chasqueó la lengua y desechó el comentario con un gesto de la mano—. Ahora que mencionaste a Markus, ¿dónde se ha metido el viejo?

Se reclinó contra el respaldo del asiento y cruzó las manos sobre el vientre.

—Se ha pasado la semana tertuliando con el reverendo y dándole una paliza a mis alumnos en el ring.

—Ya veo que sigue divirtiéndose como siempre. —Se rio entre dientes—. Una vez que comprueba que su polluelo favorito sigue de una pieza y su gemelo también, da media vuelta y disfruta de la vida.

—Es lo que deberíamos hacer todos y cada uno.

—Sí, de hecho, yo es lo que voy a hacer en cuanto termine con el próximo encargo—. Pienso tomarme unas vacaciones y tostarme al sol. Quizá me vaya a Miami una temporada.

Lo miró a los ojos.

—¿Vuelves a Florida?

—La agencia tenía un caso interesante y decidí hacerme cargo de él —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Y no pongas esa cara, es trabajo de seguridad, de guardaespaldas de hecho.

Y aquello sí que era toda una novedad. Su hermano odiaba recibir órdenes de nadie y ya no dijéramos, tener que cubrirle el culo a algún gilipollas que era incapaz de cuidar de sí mismo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—En principio un mes, prorrogable si la criaturita decide quedarse…

—¿Criaturita?

Sacudió la cabeza.

—No quieres saberlo, créeme.

Posiblemente no, pero no podía evitar sentir cierta curiosidad ante sus palabras.

—Salgo mañana a primera hora, solo quería avisarte para que vayas a echarle de vez en cuando un vistazo a mis plantas.

—¿Desde cuando tienes plantas?

—Desde que dejo que el césped se convierta en una jungla salvaje —soltó—. Ahí tiene que haber plantas, alimañas y posiblemente algún penique que se me haya caído.

—Me niego a poner un pie en tu casa.

Se rio entre dientes.

—En ese caso dejemos que la Gran Manzana tenga otro pulmón que le hará falta a la larga.

Dejó escapar un profundo suspiro y sacudió la cabeza. Iba a responderle con algún comentario irónico cuando el teléfono empezó a sonar y vibrar sobre la mesa.

—Es Faith. —Le informó cogiendo la llamada.

—Salvados por la sumisa —aseguró divertido y se apartó—. Te dejo para que busques una excusa adecuada con la que meterte hoy en su cama… Dile que estallaron las cañerías y que tu casa parece el hundimiento del *Titanic*.

—Piérdete. —Lo echó y atendió la llamada—. Hola, dulzura, ¿ya estás en casa?

Su hermano le dedicó un guiño, le dio la espalda y salió por la puerta dejándolo a solas.

—Hola, Dain. No, por eso te llamaba. Voy a hacerle una visita rápida al reverendo. El detective Knight me visitó este mediodía.

—Sí, Lucien estuvo aquí y me ha dicho lo que arrojó la nueva investigación.

—Hay cosas que, sencillamente, no pueden fingirse y yo sabía que Ruth no había caído en algo así, no con todo lo que ha luchado.

—Me alegro de que todo se haya aclarado por ese lado.

—Sí, yo también —murmuró ella. Entonces soltó un pequeño suspiro—. Acabo de visitar a Dennis Spencer, su marido.

—¿Y estás bien?

Hubo un momento de vacilación.

—Sí, de algún modo, ha sido como quitarme un peso de encima —aceptó al momento—. Yo, necesitaba hacer esto… necesitaba algunas respuestas para comprender y ahora, ahora creo que por fin entiendo a Ruth.

—Me alegro.

Un nuevo momento de silencio, entonces esa dulce voz bajó el tono, casi podía ver cómo sus mejillas se sonrojarían.

—¿Dainiel?

—¿Sí, dulzura?

—¿Podríamos dejar lo de la mudanza para mañana, si tienes tiempo e ir esta noche a cenar al *Temptations*?

Su petición lo hizo sonreír.

—Llamaré a Camden para que nos tenga preparada una mesa —le confirmó—. Te recogeré en casa a las ocho en punto, ni un minuto más tarde, sumisita.

—Sí, Amo Dain.

Su rápida aceptación y la manera en que pronunció esas dos palabras lo colmaron de orgullo.

—Nos vemos en un par de horas entonces. —La citó—. Saluda al reverendo de mi parte.

—Lo haré —replicó con la voz más animada, feliz incluso—. Te veo después, señor.

—Hasta después, mascota.

Colgó y se quedó mirando el teléfono.

—Gracias por llegar a mi vida, Faith Valentine.

Ella era sin duda el mejor regalo que había recibido de la vida y haría lo que estuviese en su mano para que ella se sintiese así de especial, empezando por esa misma noche.

CAPÍTULO 55

Faith todavía conservaba la sonrisa después de haber colgado el teléfono, lo devolvió al bolsillo del abrigo y sonrió aún más. No había querido decirle por teléfono que deseaba ir al restaurante esa noche para celebrar la noticia que había recibido nada más dejar el hospital. Había sido tan inesperada como bienvenida, una efectiva forma de cerrar un ciclo pensó esperanzada.

El encuentro con Dennis Spencer había sido tan extraño como necesario, después de hablar con él entendía a Ruth un poco más, comprendía sus sentimientos, lo que la había llevado a actuar de esa forma. No, no compartía su modo de proceder, pero lo entendía. Para ella debía haber sido ya bastante difícil perder a un hermano como para arriesgarse a perder otro.

Levantó la mirada al cielo teñido por el atardecer y envió sus pensamientos.

—Han aceptado el proyecto, Ruth, VIDA saldrá adelante con el apoyo de la *Crossroad Company*.

Eso era lo que quería celebrar esa noche, el hecho de que las cosas habían empezado a encajar por fin en su sitio, que la muerte de su amiga había quedado completamente limpia de indicio alguno de haberse producido por acción de las drogas y que la vida seguía, en pocas palabras, que era hora de continuar.

—Si estás ahí, si me escuchas o me estás viendo, quiero que sepas que te perdono, que te quiero y que siempre serás mi hermana —musitó sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas—. Y también quiero darte las gracias, pues a pesar de todo lo que ha pasado, de todo el dolor que ha traído consigo tu partida, también me has dado esperanza y algo por lo que luchar.

Lucharía por sacar adelante el proyecto que había iniciado y también lo haría por ganarse el corazón del hombre que había robado el suyo. Esa noche estaba dispuesta a decirle a Dainiel Ratcliffe que sería su sumisa si él estaba dispuesto a ser su amo durante el resto de sus días.

Le echó un último vistazo al coche y se dirigió hacia la entrada principal de la iglesia. Un equipo de servicios estaba haciendo alguna clase de mantenimiento en la calle en la que solía aparcar y había tenido que ir a la principal, obligándola así a tener que pasar por delante del edificio. Metió las llaves en el bolso y sonrió al ver la puerta abierta…

—Se desplomó, padre, le juro que se desplomó y no pude hacer nada al respecto.

Faith se detuvo en seco al escuchar una voz que no reconocía, había algo en su tono que les recordaba a sus chicos cuando estaban desesperados, cuando las cosas se le escapaban de las manos y querían tirar la toalla. Frunció el ceño y apuró el paso hacia la entrada.

—Está bien, hijo, el señor tiene caminos que a menudo no son comprensibles para el resto de los mortales.

Ese era el Reverendo John, aunque su tono comúnmente estable parecía ahora vibrar, como si le costase articular las palabras.

—Se lo dije, se lo repetí mil veces, le advertí que no volviese, que dejase de meter sus putas narices en mis asuntos, pero ella insistía, insistía e insistía. —La voz era completamente desesperada, temblorosa e inestable—. Antes o después iba a pasar esto, iba a llevarse un jodido balazo, pero ella se desplomó delante de mí sin más… Yo no la toqué y ahora tengo a la pasma detrás de mis pasos. ¡Joder!

Sus palabras la confundieron, supuso que el padre estaría hablando con alguno de los

chicos de la comunidad, alguien que se había metido en problemas y que ahora no sabía cómo salir de ellos. A menudo acudían al reverendo como si él tuviese las respuestas a cada uno de los problemas del mundo.

—Si tú no has hecho nada, nada tienes que temer, hijo, entrégate, cuéntales lo que ocurrió.

—¡No! No, nada de eso. Esa puta tiene la culpa, me ha metido en esto. Aún si yo no la maté a puesto a la poli detrás de mí.

—Tienes que hacerte responsable por tus propios actos, hijo, cada uno de nosotros debe hacerse responsable de lo que hace en esta vida, solo así podrá encontrar el perdón en brazos del Señor.

—Yo la quería, ¿entiende? La quise desde el primer año en la universidad, pero esa perra tenía que estropearlo todo, tenía que meter las narices dónde nadie la llamaba. ¡Joder! Después de lo que le pasó a ese crío tendría que haber aprendido la lección. Joder, joder, joder.

El aire se congeló en sus pulmones al escuchar ese nombre y, las palabras del desconocido empezaron a cobrar sentido. Avanzó casi sin ser consciente de lo que hacía, necesitando confirmar con sus propios ojos quién era él.

—Quería que dejase ese estúpido proyecto, que dejase de meter las putas narices en los asuntos del jefe y mira qué es lo que consigue, palmarla en un puto hotel. —Negó con la cabeza y se rascó el cuero cabelludo con el cañón del arma—. Ellos querían que la silenciase, que la sacase de delante de una jodida vez. Se había casado, ¿entiende? Esa zorra se casó y lo hizo nada más y nada menos que con un jodido federal. Oh, el jefe sabía que lo estaban investigando, sabía que el imbécil llevaba detrás de él desde hacía tiempo, lo que no se imaginaba era que la poli estaba en el ajo. Los pillaron a todos con las manos en la masa, joder, me escapé por los pelos. Incluso esa puta negra estaba allí haciendo preguntas incómodas.

Faith se llevó una mano a la boca, sofocando el jadeo que escapó de su garganta, había traspasado el umbral de la entrada de la iglesia y vio al reverendo tirado en el suelo, apretándose el costado con una mano, el suelo bajó él estaba manchado de sangre y el responsable todavía lo apuntaba con un arma.

—Reverendo John.

Las palabras se escaparon de sus labios antes de que pudiese detenerse, levantó la mirada y coincidió entonces con la de aquel delincuente y, al hacerlo llegó también una nueva comprensión; lo conocía. La pistola se levantó como un resorte apuntando en su dirección, el hombre que no podía tener más de treinta años caminaba hacia ella con una leve cojera.

—¿Quién coño eres tú? —clamó él casi a voz en grito, entonces ladeó la cabeza, entrecerró los ojos y escupió un nuevo exabrupto—. Oh, joder, joder, joder. ¿Tú otra vez, puta negra?

Él había estado en el antro al que había ido a parar en su particular investigación, le recordaba perfectamente pues había sido quien le había girado la cara de una bofetada lanzándola al suelo. El mismo que había apuñalado a Dain antes de darse a la fuga.

—Tú… tú, cabrón miserable… —Su asombro dio paso a la ira, a la rabia más absoluta. Esa escoria la había maltratado y, no contento con eso, todo parecía indicar que había disparado al reverendo—. ¿Qué has hecho, maldito? Reverendo…

—Faith, hija, vete… ¡Vete!

Pero sus ahogadas palabras llegaron demasiado tarde, él acababa de cogerla del antebrazo y tiraba de ella. Su contacto despertó su defensa, revolviéndose como una gata, pegándole patadas e intentando llegar a sus ojos con las uñas.

—¡Puta!

Un sonoro golpe con el puño que todavía sujetaba el arma le echó la cabeza hacia atrás e hizo que el dolor le explotase en la cara, nublándole durante un instante la vista y extendiéndose hasta su cabeza.

—¡Faith, hija!

El sabor herrumbroso de la sangre le inundó la boca, se había mordido la parte interior.

—Vuelve a hacer eso y te mato, zorra —siseó tirando de nuevo de ella, apretando el frío metal del arma contra su mejilla lastimada aumentando el dolor. La bilis le subió por la garganta y con ella llegaron las arcadas.

—Por todos los santos, ¡estás en la casa de Dios! —Se reveló el reverendo, quién intentaba levantarse a pesar del dolor—. ¿Es que acaso no tienes respeto por nada?

Él se giró como un resorte y lo apuntó con el arma.

—Esta puta estaba husmeando en el club, estaba haciendo preguntas que no debía —declaró con rabia, tiró de ella, retorciéndole el brazo, enfrentándola, olvidándose momentáneamente del hombre al que ya había herido—. Quién coño eres, ¿eh? ¿Estás metida también en esa mierda de proyecto? ¡Contesta!

Lo hizo, le escupió a la cara, quizá no fue lo más inteligente, pero el propietario de la iglesia sabía que era la única respuesta que tenía ahora mismo para ese cabrón.

—Eres un bastardo asesino…

Le dolía hasta el articular las palabras, pero no le importó. Él había matado a Ruth, quizá no directamente, pero lo había admitido y eso le hacía sospechar que probablemente fuese también el hombre del que le habló Denis, el que había conseguido que matasen al hermanito de Ruth y por quién ella había decidido sacar adelante el proyecto.

—Tú le hiciste esto, condujiste a Ruth a esto… la mataste… ¡La mataste, mal nacido! ¡La mataste!

Un nuevo golpe la envió al suelo, el dolor hizo que las lágrimas acudiesen ahora a sus ojos, se le escapó un sollozo y no pudo evitar que a este siguiesen otros.

—¡Cállate! ¡Cállate, puta o te pego un tiro!

—Por amor de Dios, Miguel, ya basta… no puedes seguir por ese camino, hijo —intentó interceder el reverendo, quien se arrastraba, ahora en pie, hacia ella.

—Él es el responsable de la muerte de Ruth —musitó entre lágrimas—. Fue él quien me atacó en el club la noche de la redada, quién apuñaló a Dain antes de huir como una rata… y ahora le ha herido… —Se repuso como pudo, incorporándose, más preocupada por el sacerdote que por sí misma—. Dios mío, reverendo, qué le ha hecho.

El hombre cedió bajo su peso en cuanto llegó a él, dobló una rodilla y cayó al suelo apoyándose en ella.

—No es nada a lo que no me haya enfrentado antes —replicó el hombre, buscando su rostro y frunciendo el ceño al ver el daño—. Maldito cabrón… Y que Dios me perdone por blasfemar en su casa.

—Aléjese de ella, padre, es una perra pecadora como la otra.

—¡Basta! —clamó el reverendo cuando esa basura intentó acercarse de nuevo a ella—. Por amor de Dios, estás en la casa del *Señor*, hijo. Depón tu furia, este camino solo te traerá dolor.

El sermón del padre hizo que el tipo levantase los brazos, se mesase de nuevo el pelo y consiguiese una expresión dónde la locura parecía ser la emoción dominante.

—La culpa es toda de ella, padre. —Se justificó, como si eso pudiese salvarle de algo—. Esa perra negra se metió dónde no debía y empezó a hacer preguntas incómodas, al igual que

Ruth… Joder, maldita sea, la cagó, padre, se metió dónde no debía y la cagó.

Volvió a girar sobre sí mismo, dándoles ahora la espalda. Ese tipo estaba loco, completamente loco, pensó Faith. Se volvió hacia el hombre y se afanó en comprobar su herida. Había sangrado una barbaridad.

—La bala salió —masculló el hombre como si supiese de lo que estaba hablando. Lo miró y a pesar de todo intentó serenarla—. La cruz de nuestro señor se ha llevado la peor parte.

—Hijo de puta —siseó e hizo todo lo que pudo en el momento para impedir que el hombre siguiese sangrando. Levantó la mirada y apretó los dientes—. Hay que llevarle a un hospital, está perdiendo mucha sangre.

El reverendo posó una mano sobre la suya y se la apretó.

—Está bien, hija, lo que tenga que ser será.

—Y una mierda.

Se las ingenió para meter la mano en el bolsillo del abrigo y toquetear el teléfono hasta bajarle el volumen por completo.

—¿Qué estás haciendo, zorra? ¿Qué cuchicheas?

—Se está desangrando, maldito hijo de puta —señaló lo obvio—. ¿Cómo puedes ser tan cobarde como para dispararle al reverendo?

—Quizá debería dispararte a ti también para que cierres la boca, puta.

—Hijo, tienes que calmarte. Baja el arma y hablemos —pidió el reverendo con una mueca de dolor—. Nada bueno saldrá de toda esta violencia.

El tipo empezó a gesticular, moviendo su arma de manera peligrosa. Si se le disparaba por accidente.

—Usted no tiene ni puta idea de lo que pasa ahí fuera, padre, sino tienes una de estas en las manos no eres nadie —declaró girándose de nuevo hacia él—. Esto hace que te respeten, hace que consigas exactamente lo que quieres y en el mundo de mierda en el que vivimos, esto es lo único que te separa de la muerte.

—Estás… equivocado —negó ella. Conocía esas palabras, las había escuchado demasiadas veces a lo largo de su vida, especialmente entre sus alumnos—. Una pistola no hará que alguien te respete, no eres nadie por portar un arma…

—No, tú eres la que está equivocada, negrita —declaró él, inclinándose sobre ella y levantando la pistola al mismo tiempo—. Esto es lo que da poder ahí fuera, lo que hace que los negocios prosperen y el mío funcionaba de puta madre hasta que la furcia de mi ex decidió meter las narices en ellos e intentar sabotearlos. ¿Quién se creía esa perra que era? ¿Una heroína de la *Marve*l?

Luchó para contener su lengua. Quería gritarle que no la insultara, que él no era nadie para pronunciar su nombre, pero hacerlo solo le traería más dolor, lo sabía. Siguió hurgando en el teléfono a tientas, puso el dedo en el botón de llamada y lo apretó una y otra vez, con un poco de suerte conseguiría llamar al último contacto con el que había hablado.

CAPÍTULO 56

Había momentos en los que todo lo que uno podía hacer era apartarse y continuar su camino y eso era exactamente lo que necesitaba hacer Lucien ahora. Quedarse solo serviría para que las dudas lo asaltasen y tomase decisiones que no le correspondían. Si algo sabía era que no era buena idea enamorarse de una mujer que amaba a otro, a la larga las cosas tendían a ponerse feas y alguien salía lastimado o incluso herido de bala. Hizo una mueca y sonrió a pesar de todo, echó un vistazo por la ventanilla del coche y se dio cuenta que había dirigido sus pasos de forma inconsciente hacia la parroquia del Reverendo John, quizá inconscientemente deseaba ver a la polvorilla una vez más antes de irse.

El teléfono empezó a sonar atrayendo su atención desde el salpicadero del coche, echó un vistazo al identificador de llamada y no pudo evitar soltar una carcajada al ver el nombre. Activó el manos libres y respondió.

—*Galletita*, empiezo a pensar que soy tu persona favorita en la agenda de tu teléfono.

No hubo respuesta, solo había como una especie de murmullo de fondo.

—¿Faith?

Subió el volumen de los altavoces y aguzó el oído.

—*Se lo dije, ¡joder!* —escuchó una voz masculina que no identificó, pero el tono de su voz ya le puso en alerta—. *Le advertí que si seguía metiendo las narices en los asuntos de los jefes iba a terminar muy mal. ¿Y qué hizo la muy estúpida? ¡Siguió jodiendo! Utilizó esa estúpida campaña suya, como si unas putas palabras pudiesen hacer algo para arrancar las drogas de la calle, sobre todo con un laboratorio en el barrio. Se lo dije, vaya que se lo dije, pero no escuchó, nunca lo hacía.*

Hubo unos instantes de silencio, entonces escuchó la airada voz de la pequeña sumisa.

—*¿Y también se lo dijiste al reverendo? ¿Por eso tuviste que venir a la iglesia y descerrajarle un tiro? Maldito bastardo, ¿eso fue lo que hiciste con Ruth?*

—*¡Esa obtuvo lo que se merecía!*

Lucien apretó los dientes, cambió la marcha y pisó el acelerador.

—Mierda.

Con una mano sostuvo el volante y con la otra accionó la radio de la Policía.

—*Código 10-33* en el 22 de Dumont Ave. Herido de bala y al menos un rehén. Solicito presencia policial.

Dejó la radio abierta para recibir la confirmación, se palpó el pecho en busca de la pistolera, comprobando que llevaba el arma consigo y aceleró de nuevo.

¿Podía una mujer meterse en más problemas que esa pequeña morenita?

Faith Tragó con dificultad, sintiendo el sabor herrumbroso en su lengua, notando la humedad bajo los dedos que apretaban la herida de bala.

—¿Qué le hiciste a Ruth? ¿Por qué estaba en ese hotel? ¿Qué le hiciste?

Él ladeó la cabeza y la miró, de repente parecía sorprendido de que estuviese allí, de que supiese de la existencia de aquel lugar.

—Ese era su modo de actuar —murmuró empezando a esbozar una sonrisa—, te atraía como una sirena, en la universidad había sido así. Movía un dedo y tú ibas… La muy puta sabía que todavía la quería, que a pesar de todo era especial pero solo quería hablar. Siempre, lo único que quería era hablar. ¿Quién coño te cita en una habitación de hotel para hablar?

Se pasó la lengua por los labios y esbozó una irónica sonrisa.

—Ella insistió en la misma mierda de siempre, pero ahora quería más, quería los nombres de los jefes, quería saber el lugar dónde estaba el laboratorio para denunciarlo. —Chasqueó la lengua y negó la cabeza—. Ruth Vera y sus grandes planes para salvar el mundo de la maldición de las drogas. Ella y su visión del mundo color de rosa. Quería que le dijese dónde se encontraba el laboratorio para denunciarlo a la Policía y terminar con todo. ¡Estaba como una puta cabra! Se lo dije… vaya que se lo dije, discutimos… y entonces ella… se le fundieron los plomos, ¡*puff*!

Faith apretó los dientes, luchó por respirar a través del dolor y lo miró.

—La mataste…

—¡No! —La encañonó de nuevo—. Se desplomó delante de mí… —Se echó a reír como un lunático—. Pensé que se había metido algo, los ojos le dieron vuelta y entonces se cayó, desplomada en el suelo. Pero yo no la maté, ni siquiera la toqué… En el fondo quería a la muy perra, sí, la quería…

—Pero… la droga… dijeron que encontraron droga en su sangre… había droga en la mesilla…

Sus labios se dividieron mostrando una dentadura perfecta, casi parecía irreal el estar mirando a un hombre cuya apariencia podía pasar desapercibida en mitad de la calle, no había nada en él que anunciase que era alguien que comercializaba con las drogas y sin embargo, la rojez en sus ojos, el profuso sudor en su rostro, la expresión de completa irrealidad… todo ello hablaba de un consumo reciente.

—Era mía —se relamió—. Creí que me estaba tomando el pelo, así que… Me tomé mi tiempo para prepararme un tentempié y la invité a un chupito… ya me entiendes. —Se rio con frenesí, sus ojos, al igual que los del reverendo estaban fijos en el arma, de la forma en la que la agitaba, no le sorprendería si terminaba soltando un balazo—. La coca es lo mejor, lleva más tiempo de preparación, pero es la mejor…

—Se la inyectaste, ¿no es así, hijo? —La comprensión del reverendo hizo que bajase la mirada hacia él. Su rostro empezaba a perder color, la manera en que apretaba la mandíbula hablaba de dolor y también de rabia contenida. Nunca había visto ese aspecto del padre—. Por eso el cuerpo de esa muchacha dio positivo en drogas.

—Pensé que un buen chute la reanimaría, a mí siempre me reanima —aseguró complacido consigo mismo, entonces pareció perder parte de su energía y su rostro mudó—. Ella no se despertaba, seguía allí, con los ojos abiertos… La muy perra se había muerto, se había atrevido a morirse en mi puta cara. No me iban a culpar a mí, no señor, no iba a cargar con el fiambre de una puta…

—No… la llames así…

Su mirada se fijó entonces en ella.

—Pero lo era —aseguró acuclillándose ahora, acariciándole la mejilla con la pistola—. Una putita dispuesta a abrirse de piernas para cualquiera que se lo pidiese. Siempre fue una zorra —insistió y algo en su mirada cambió, se lamió los labios y la recorrió con un gesto de lascivia que le dio asco—. Um… nunca lo he hecho con una negra, tengo mis principios, sabes, pero hoy

puede que decida hacer una excepción.

Notó una mano en su rodilla y le entraron ganas de vomitar, se echó hacia atrás, golpeándole.

—¡No me toques, cabrón!

Él se echó a reír.

—Una negrita con genio, eso me gusta. —Volvió a echarle el guante solo para terminar ahora llevándose una patada—. ¡Puta!

No tuvo tiempo ni de apartarse, en un momento estaba empujándole y al siguiente le tiraba del pelo, apartándola del padre y arrastrándola por el pasillo de la iglesia.

—Hijo, por favor, déjala...

—¡Zorra asquerosa! ¡Vas a saber lo que es una polla de verdad!

—¡No! —chilló a voz en grito, el sonido reverberó en el interior del vacío edificio—. ¡Suéltame!

Un nuevo golpe con el puño cerrado la envió al suelo, la cabeza le daba vueltas, la bilis le subió a la garganta y vomitó incapaz de moverse mientras todo giraba a su alrededor.

—¡Miguel! ¡Aléjate de ella!

Faith gimió ante el sonido de una voz conocida, pero fue incapaz de identificarla, el malestar se extendió por su cuerpo y se mezcló con un grito y lo que tenían que ser sonido de disparos. Intentó mantenerse consciente, abrir los ojos y estar al tanto de la situación pero las náuseas eran cada vez más fuertes.

—Faith… —Escuchó el sonido de pies derrapando, notó unas manos en su sien, apartándole el pelo—. *Galletita*, por lo que más quieras, no me hagas esto. No puedes hacerle esto a Dain, se morirá si te pasa algo.

Era Lucien, solo él la llamaría galletita a pesar de las circunstancias.

—Luc…

—*Shh*, cariño, no te muevas. —Su voz sonaba cada vez más lejana—. *Código 10-38*, necesito una ambulancia en…

Sí, una ambulancia, el reverendo estaba herido.

—El rev… el reverendo…

El ulular de las sirenas de Policía empezaron a inundar el lugar, el sonido le aportó un poco de paz y se dejó llevar por la inconsciencia, ahí donde el dolor no la alcanzaba.

—Está bien, hija, guarda tus fuerzas. —La voz del padre John parecía más lejana que nunca—. La bala está dentro… no hay agujero de salida.

—Hijo de puta —siseó el otro hombre y alzó de nuevo la voz—. ¡Quiero esa maldita ambulancia aquí ya!

Las voces iban y venían, haciéndose cada vez más y más lejanas.

—No se te ocurra morirte, ¿me oyes? —Lucien otra vez—. No se te ocurra morirte en mis brazos, Faith Valentine, te lo prohíbo.

¿Morirse? ¿Por qué habría de querer morirse? Espera, alguien había hablado de una bala. Luchó de nuevo para abrir los ojos y se encontró con una cara conocida, con unos ojos azules que conocía bien, que amaba…

—Dain…

—No le falles, nena, te necesita —musitó o su voz al menos sonó como un bajo murmullo —. ¿Dónde coño está esa jodida ambulancia?

—Joder, ¿qué mierda ha pasado aquí?

Otra voz conocida, pensó demasiado cansada para ponerse a cavilar en ello.

—Este hombre está muerto, señor.

—Dos heridos de bala en el 22 de Dumont Ave.

¿Dos heridos? ¿Ese bastardo había disparado a Lucien?

—¿Qué coño hace ella aquí? —Escuchó de nuevo esa voz conocida—. Maldita sea, ¿dónde está esa ambulancia?

—Escúchame, Faith. —Oyó de nuevo en su oído—. Tienes que ser fuerte por Dain. Él te necesita, ¿lo entiendes, sumisita? Tu amo te necesita, tienes que ser fuerte por él.

Sí, lo entendía. Sabía que él había cambiado desde que se vieron por primera vez, ese gesto osco había dado paso a uno más distendido, no era tan serio ni tan lejano como quería hacer creer a la gente que le rodeaba, solo necesitaba que alguien lo quisiera, que le enseñase a sonreír de nuevo y ella quería ser esa persona.

—Dain...

De nuevo el ulular de las sirenas pareció superponerse a todo lo demás, el tiempo pareció dejar de tener importancia y la oscuridad la envolvió.

CAPÍTULO 57

—¿Por qué no vas a descansar un poco?

—No, estoy bien.

—Entonces deja que te traiga algo de la cafetería.

—Estoy bien, Sophie, no necesito nada.

No, no necesitaba nada más que el que la mujer que estaba en la cama al otro lado de ese cristal, abriese los ojos y pusiese punto y final a la maldita pesadilla en la que llevaba metido los últimos siete días.

Una bala, una jodida bala había estado a punto de costarle la vida, un maldito proyectil había amenazado con llevarse de su lado lo que más le importaba, la mujer que se había colado en su corazón y en su vida para ponerlo todo patas arriba.

El reverendo John había resultado también herido, en su caso la bala lo había atravesado mientras que a Faith la había alcanzado en un órgano haciendo un serio daño. Esa pequeña había estado luchando las primeras veinticuatro horas por su vida, por suerte no sabía si era su cabezonería o los ruegos que le había dedicado a quién quisiese escucharle lo que habían hecho que superase ese primer bache y siguiese peleando cada día para salir adelante.

—¿Tengo que volver a mandarte a casa para que te afeites, te duches y comas en condiciones? —La voz de mando que surgió de la garganta de la chica hizo que abandonase la visión a través del cristal y la posase en ella—. Sabes que lo haré, Dain, seré un grano en el jodido culo hasta que me hagas caso y cuides en condiciones de ti mismo.

Sonrió y se pasó la mano por la mandíbula, notando la aspereza de la barba descuidada. Sophie se había comportado como un verdadero sargento, esa sumisa había tomado en sus manos la responsabilidad de darle una patada en el culo cada vez que se le olvidaba ser persona y obligarle a comer, a ducharse e incluso a dormir. Era una verdadera amiga, pero no era la única que había estado al pie del cañón, ofreciéndose incluso a quedarse para que él pudiese descansar. Su hermano había aplazado su partida a Florida, Markus solía pasar más tiempo en el hospital con él que en cualquier otro sitio, cada uno de los socios del *Blackish* había pasado por el hospital e incluso alguno de los socios de la *Crossroad Company* al enterarse de lo sucedido. La compañía había aceptado hacerse cargo del proyecto de Ruth, estaban más que dispuestos a ayudar a Faith a llevarlo a cabo costase lo que costase, de hecho, había recibido la noticia la misma tarde en que le había llamado para pedirle que fuesen a cenar.

Aquellas horas estaban bastante difusas en su mente, desde el momento en que Lucien le había llamado pidiéndole que fuese al hospital inmediatamente, diciéndole tan solo que su mujer estaba herida, había actuado en modo automático. Allí habían estado Damien y él para recibirle y ponerle al tanto de lo ocurrido, de la aparición de ese mal nacido al que habían estado buscando sin descanso el último mes, del disparo que había recibido el reverendo John y el que posteriormente había recibido Faith, solo después de que ese hijo de puta la hubiese derribado de un golpe. Su hermano había sido el que acabó con la vida del malnacido después de que, tras recibir un primer disparo de advertencia, le encañonase dispuesto a dispararle a él.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de todos esos recuerdos, de las veces en las que

había maldecido a ese hombre, rogando que estuviera muerto para poder matarlo él con sus propias manos.

Volvió a levantar la mirada hacia el cristal, su dulce morenita tenía una venda alrededor de la cabeza, la goma de oxígeno en la nariz y estaba conectada a varios monitores que controlaban su estado. Le habían retirado la respiración artificial apenas el día anterior, una pequeña esperanza de salir pronto de aquella pesadilla.

—No voy a irme a casa, mascota. —Miró entonces a la chica—. Pero si te quedas aquí unos minutos, cogeré la bolsa que me trajo Lucien y me aseare.

—Y luego comerás algo.

Asintió. No quería discutir con ella.

—De acuerdo —aceptó Sophie más aplacada—. Me quedaré aquí mientras tú te aseas, te das una ducha y comes algo. No quiero volver a ver tu cara durante al menos media hora.

—No me lleva tanto tiempo ocuparme de mí mismo.

—No le servirás de nada si tú también caes enfermo, señor —le recordó bajando ahora el tono de voz—. Por favor, hazlo por ella. Te necesitará al cien por cien cuando despierte.

—Contigo nunca voy a ganar en estas lides, ¿verdad?

—No, a estas alturas ya deberías saberlo.

—Sí, señora —replicó con un mohín, pero terminó abrazándola—. Gracias, polvorilla.

—Saldrá de esta, ya lo verás.

Eso esperaba, por Dios, eso esperaba.

Le dedicó una última mirada a través del cristal, resistiéndose a irse a pesar de todo, suspiró y abandonó el pasillo para cumplir con lo prometido.

Faith se sentía amodorrada, estaba desorientada y la luz le molestaba al punto de hacerle doler la cabeza. Intentó abrir los ojos un par de veces más, se lamió los labios y notó la garganta dolorida, había algo pegado también a su nariz que la molestaba pero sus brazos no parecían tener interés alguno en cooperar. Estaba débil y dolorida, pero ignoraba el motivo.

—Ah, ya se ha despertado, señorita Valentine, bien, muy bien.

El sonido de una voz desconocida hizo que volviese a abrir los ojos y se encontrase con una bata blanca y un rostro amable un segundo antes de que una luz la dejase casi cegata.

—¿Dónde… dónde estoy? ¿Qué… que ha pasado?

—Está en el hospital, ha recibido un disparo —le informó la enfermera.

—¿En el hospital? ¿Un… un disparo?

Ella asintió, se movió a su alrededor, apagó ciertos monitores y cambió una bolsa de líquido transparente que llevaba por la que estaba vacía en el soporte por encima de su cabeza.

—El doctor vendrá a verla ahora —le anunció con una sonrisa—. Descanse, ha pasado por una operación bastante delicada.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—¿Qué… qué clase de operación? —preguntó.

—Ahora no se altere, enseguida vendrá el médico.

Optó por hacerle caso, después de todo, apenas podía hacer otra cosa que permanecer allí y luchar por mantener los párpados levantados. Respiró lentamente y luchó por encontrar en su mente las respuestas que parecían eludirla, aquellas que deberían de haberla conducido a este lugar.

No sin esfuerzo repasó sus últimos recuerdos hasta el momento en que llegó a la parroquia

y se encontró con aquel hombre y al reverendo John herido.

—Enfermera. —La llamó entonces—. El… el reverendo… el reverendo John está…

—El reverendo está bien, está en planta y se está recuperando rápidamente.

Gracias a Dios, pensó visiblemente agotada, al menos él estaba bien. Pero ¿cómo habían llegado a este punto? ¿No había dicho ella que la habían disparado?

«Miguel, ¡alto!».

Lucien, él había llegado entonces y después lo había hecho la Policía, podía recordar el ulular de las sirenas de los coches patrulla, pero todo lo demás estaba bastante confuso.

—¿Cuánto… cuánto tiempo llevo aquí?

—Siete días —le comunicó con suavidad—. Está en la unidad de cuidados intensivos.

Lo que quería decir que no había sido una herida menor, pensó cerrando de nuevo los ojos. Siete días en la U.C.I. no era moco de pavo.

—Su novio no se ha separado de su lado en todo este tiempo —le informó la mujer con tono confidencial—. Le alegrará saber que ya se ha despertado.

—Mi novio… —La palabra sonaba tan bien en sus oídos que hasta la paladeó—. ¿Dain?

—Sí —asintió la enfermera—. Y también han estado varios amigos suyos. Tiene una gran familia.

Asintió, no podía hacer otra cosa, estaba cansada y sus emociones estaban demasiado cerca de la superficie como para hacer otra cosa que no fuese llorar.

—Descanse un poco, el doctor vendrá enseguida.

—Gracias.

Cerró los ojos y se dejó ir, era fácil perder la noción del tiempo en ese lugar, en un momento había una enfermera que venía a sacarte sangre, otra que te tomaba la temperatura o la fugaz visita de un médico. El facultativo encargado de su operación se pasó personalmente a verla, comprobó que su evolución era favorable y le dijo que pronto la subirían a planta. Se marchó solo para que la importunase de nuevo otra enfermera un rato después.

—Tienes visita, cariño.

Abrió los ojos ante el sonido de la dulce voz femenina y un momento después de que ella se apartase, lo vio a él, vestido con un estúpido gorro verde y una bata del mismo color.

—Dain…

—Hola, dulzura.

Tomó su mano con delicadeza entre las suyas y se la llevó a los labios.

—Me has dado un susto de muerte, pequeñita.

Sonrió y apretó los dedos en torno a sus manos.

—Lo siento, no era mi intención dejar que me pegasen un tiro, lo juro.

Sacudió la cabeza y sonrió a su pesar.

—Ya no sé qué voy a hacer contigo, Faith, los problemas te persiguen…

—Que sepas, que esta vez, yo no lo busqué, simplemente pasaba por ahí —se lamió los labios—. El reverendo John, ¿está bien?

—Sí, se está recuperando rápidamente —aseguró al tiempo que le acariciaba el pelo—. Ha estado muy preocupado por ti, todos lo hemos estado.

Se lamió los labios y suspiró cansada.

—Estás agotada, deberías dormir y descansar un poco…

En el momento que sintió su mano abandonando la de ella cerró sus dedos con toda la fuerza de la que era capaz a su alrededor.

—No, no te vayas, no me dejes…

—No voy a irme a ningún lado —le apretó un poquito la mano—, estaré justo a tu lado cuando te despiertes, Faith.

—No quiero perderte a ti también —musitó y buscó sus ojos—. No quiero perder a nadie a quién quiero.

Sus rasgos se suavizaron, bajó sobre su rostro y le rozó los labios con los suyos. Apenas fue una caricia, pero lo significó todo para ella.

—Has luchado como una leona para quedarte a mi lado, cariño mío, ¿de verdad piensas que voy a dejarte ir ahora que eres mía? —le dijo con ese gesto travieso, tan sexy, tan suyo—. De eso nada, Faith, tu lugar está a mi lado, siempre. Pero ya hablaremos de ello cuando no estés de antibiótico y sedantes hasta arriba.

—Con antibiótico y sedante hasta arriba, sigo queriéndote, tonto.

—¿Acabas de insultarme, dulzura?

—No, decirle al hombre que posee tu corazón y tu alma, *te quiero*, no es un insulto, aunque muchos podrían calificarlo de locura.

—Bendita locura, cariño mío, bendita locura —le sonrió—. Te quiero, Faith, te quiero tanto que no he dejado de rezarle a Dios, con quién hace años que no tengo tratos, para pedirle que dejase a la mujer a la que amo, la que se ha adueñado de mi corazón y ha sentado un reclamo sobre mi alma, que la dejase a mi lado para poder decírselo yo mismo. —Se llevó de nuevo su mano a la boca, la besó y luego la apretó contra su propio corazón—. Te quiero, Faith Valentine, te quiero completa, loca e irremediablemente.

—Me gusta esa forma de querer —sonrió con ternura—. Me gusta la manera en la que tú me quieres, Dainiel Ratcliffe, pero ni se te ocurra decir luego que todo ha sido producto de los analgésicos y antibióticos.

Se echó a reír y fue el sonido más bonito que había escuchado en toda su vida.

EPÍLOGO

Tres meses después…

Faith no podía dejar de mirar el papel que tenía entre las manos, lo había repasado una y otra vez a lo largo de la última semana. Había hecho nuevas correcciones, añadido y quitado cosas hasta quedar conforme. Había sido un arduo camino el que la había llevado hasta ese momento, cada paso había sido duro, pero con cada avance había merecido la pena.

—Tranquila, todo irá bien.

Entrelazó los dedos con los de Dain y asintió, bajó la mirada a sus manos y sonrió al ver el anillo que él le había entregado meses atrás, el mismo que volvió a darle en el hospital, repitiéndole aquellas palabras que no pudo olvidar, diciéndole lo mucho que la quería.

Habían sido unos meses interesantes en muchos aspectos, él no solo no la había presionado, sino que le había dado su espacio, ayudándola con la mudanza, acompañándola a cenar, escuchando sus avances en el proyecto… Se decidió a conquistarla, solo los fines de semana, después de haberlo hablado largo y tendido, él tomaba las riendas completamente, arrastrándola a su mundo, mostrándole más de él, de quién era y cómo veía su vida. Le gustaba tenerle como amo, le gustaba poder cuidar de él, darle aquello que sabía que lo complacería pues su recompensa no era menos. Se sentía a gusto a su lado, tanto que un par de meses después de iniciar su relación públicamente lo había invitado a compartir su nuevo hogar solo para ser rechazada.

«Todavía no. Primero tienes que saber que eres lo bastante fuerte como para vivir por ti misma, que tienes las llaves de tu vida en las manos y puedes disponer de ella como tú desees. No te quitaré lo que has conseguido, quiero ayudarte a continuar, quiero ver qué clase de fantástica mujer puedes llegar a ser. No es un no definitivo, dulzura, solo un… Hasta que llegue el momento adecuado».

Él la hacía fuerte, su apoyo y guía la hacían crecer y estaba dispuesta a esperar por ese sí lo que hiciese falta.

—Estoy nerviosa —confesó solo para sus oídos—. Hemos recorrido un largo camino hasta este momento y no quiero estropearlo.

—Faith, estás aquí, en tu barrio, con tu gente, en el lugar en el que más se unen las personas, sé que Ruth estará orgullosa de ver lo que has conseguido en tan solo unos meses.

Se lamió los labios y asintió.

Habían recibido el apoyo de varios centros escolares que querían participar acogiendo charlas y dando a conocer el programa, un par de organizaciones locales se habían interesado y ofrecían dar asesoramiento e información, tenían ponentes que se habían visto envueltos en las drogas, que habían sido testigos de primera mano y podían hablar con conocimiento de causa sobre las consecuencias de la drogadicción. Ellos, con su experiencia eran sin duda los mejores candidatos para llegar a todos esos jóvenes aquejados de dudas y enseñarles que NO era una palabra poderosa cuando se utilizaba.

Hoy, delante de los cientos de personas que se habían dado cita en la carrera solidaria que

había organizado el reverendo John a través del gimnasio Brownsville, quería alzar la voz, unir todos esos corazones en un solo coro que gritasen alto y claro un: NO A LAS DROGAS. Hoy debía ser un comienzo para aquellas personas necesitadas de ayuda y asesoramiento y ella estaba decidida a dar el pistoletazo de salida.

—…y si hay alguien que ha hecho esto posible, es la señorita Faith Valentine.

—Te toca, amor. —Dain le pegó una palmadita en el culo que le arrancó un sonrojo inmediato en las mejillas.

Miró a la multitud, se lamió los labios, asintió con una sonrisa al reverendo quién la recibió con un cariñoso abrazo y se dirigió al púlpito.

—Buenas tardes a todos, gracias por venir y, sobre todo, por participar de este evento. —Inició su discurso con la seguridad que le daba el vestirse con su traje laboral—. Hoy nos reunimos aquí para celebrar de maneras muy distintas la vida. Unos hemos sobrevivido a asaltos, otros a enfermedades, a la violencia, a las malas decisiones, cada uno, a su manera, ha conseguido salir adelante porque en su interior hay fuerza, seguridad y valor. Eso es precisamente el proyecto V.I.D.A. Las ganas de *vivir*, las *ilusiones* que todos tenemos y que pueblan nuestro mundo y el de aquellos a los que queremos, tenemos la fuerza para *denunciar* las injusticias y hacer algo al respecto y, sobre todo, tenemos en nuestras manos la posibilidad de *ayudar*.

Tomó una profunda respiración y continuó.

—Hace casi cuatro meses, la persona más importante en mi vida partió de improviso. Era mi hermana, la querida profesora de muchos de vosotros y lo hizo de la misma manera en que lo hacía todo; luchando por aquello que creía justo. Un aneurisma fue el modo que eligió Dios para llevársela a su lado, pero nos dejó a todos un regalo y un mensaje: Elije la vida y di NO A LAS DROGAS. —Se lamió los labios y contempló a la gente, algunos escuchaban, otros bajaban las miradas, otros asentían—. No existe una pastilla mágica que haga que los demás os acepten, no seréis más populares por uniros al indeseado club de la muerte cerebral, pero marcaréis una diferencia al decir NO. La diversión no viene en un vaso, no se esnifa, ni se inyecta, no se encuentra en un cuerpo robado, ni en un cerebro dañado, ni en la sala de urgencias de algún hospital. No viene en una bolsa con pastillas de colores a las que se les olvidó acuñar con el símbolo de «peligro de muerte».

Miró a su alrededor, haciendo hincapié en los más jóvenes, en sus propios alumnos, en los de Ruth.

—¿Quieres ser aceptada o aceptado? Muéstrales a los demás cómo eres, enséñales a aquellos que se creen mejores que tú que la vida no se soluciona consumiendo drogas. ¿Quieres ser un ejemplo para tus hermanos pequeños, para tus primos, para tus hijos, para tus padres? Enséñales la fuerza que hay en tu interior, demuéstrales que no necesitan formar parte de un rebaño, que tienen pensamientos propios y pueden gritar alto y claro un: NO A LAS DROGAS —enfatizó la última frase, recibiendo asentimientos en respuesta—. Nadie puede obligarte a hacer algo si tú no les das tu consentimiento, la palabra NO es un código universal, puede pronunciarse de distintas formas, escribirse de diversas maneras, pero el significado es el mismo. Es tu palabra, tu fuerza, tu voluntad, tu forma de sentir, de entender, es parte de ti, de quién eres y de quién quieres llegar a ser. Elige por ti mismo, no dejes que otros lo hagan por ti. Elige la vida, elige decir: NO A LAS DROGAS.

Tomó aire con personal satisfacción, miró a su alrededor y señaló a aquellas personas que formaban parte de VIDA.

—En VIDA estamos dispuestos a escuchar tus dudas, a ayudarte cuando tropiezas, a

levantarte si te caes y a que no vuelvas a caer. Somos como tú, no somos más y no somos menos, si nos necesitas, búscanos, buscadme. Os daré mi mano y caminaré a vuestro lado, solo tenéis que decir NO.

Con eso miró al cielo y sonrió.

«VIDA está en marcha, hermanita, al fin está en marcha».

Volvió a su lugar entre la multitud, entre su gente, sus amigos, la familia que había encontrado estos últimos meses y sonrió. Habló con las sumisas del *Blackish*, se citó para tomarse un café esa semana, saludó a algunos de sus doms, incluso se permitió corresponder a las bromas de alguno de ellos y recaló finalmente en su puerto seguro, en los brazos del hombre que amaba.

—Bien hecho, profesora, ha sido todo un éxito.

Sonrió y asintió.

—¿Podemos ir esta noche a celebrarlo al *Temptations*?

—Creo que puedo ser… convencido de ello —respondió con una pícara sonrisa.

—Um, ¿y podría convencerte de otras cosas, mi *amo* y *señor*?

—Puedes probar, *sumisita.*

—¿Te mudas conmigo?

—Creo… que al fin es el momento adecuado.

—¡Bien! —chilló echándole los brazos al cuello—. Te quiero, Amo Dainiel.

—Y yo a ti, dulzura, y yo a ti.

DERRIBANDO TUS BARRERAS -LIBRO 7-

Emily Dillinger ha sobrevivido al infierno solo para mantenerse alejada del mundo. Como única testigo del *caso Evory*, debe permanecer oculta para poder testificar, pero cuando su vida vuelve a correr peligro, tiene que elegir entre huir o confiar en el único hombre que parece estar dispuesto a protegerla a toda costa.
Cuando a **Lucien Ratcliffe** le asignaron la custodia de una testigo protegida no esperó que conocerla supusiese un cambio en su vida. Desconfiada, herida y abandonada, Emi despierta en él sus instintos más primitivos y una ternura como no la ha sentido antes. El problema es que la chica no confía en nadie, así que para poder llegar a ella y ayudarla a sanar, tendrá que derribar cada una de sus barreras.

PRÓLOGO

Emily Dillinger sabía que la muerte estaba llamando a su puerta.

Había esperado encontrarse con ella desde el momento en que aquellos ojos color café se cruzaron con los suyos y una sádica sonrisa curvó unos labios de los que solo escucharía insultos.

El tiempo fechó el comienzo de su calvario dos meses atrás, pero la verdadera tortura empezaría dos semanas después de ser secuestrada en aquella fiesta.

Hoy era el día en el que su vida terminaría. Lo haría de rodillas sobre el frío suelo de una jaula, encadenada como un perro y con las marcas de la tortura definitiva sobre su cuerpo.

La habían doblegado, quebraron su espíritu a base de golpes de látigo y bastón, le rompieron algunos huesos y le arrancaron la posibilidad de gritar hasta reducirla a una muñeca de trapo balbuceante.

Ella, que no había hecho otra cosa que estar en el lugar y momento equivocados, que había confiado en quién no debía, que había creído en una justicia que ahora sabía inexistente, estaba a punto de abandonar el infierno y solo podía sentir alivio por ello.

Era incapaz de abrir los ojos, los párpados le pesaban demasiado. El dolor, en otra hora ardiente y lacerante, se había convertido en un sordo latido que envolvía todo su cuerpo. No quería moverse, el frío suelo bajo su mejilla era el mejor de los consuelos, ni siquiera le molestaba estar encerrada en aquella jaula de duros barrotes y yaciendo sobre su propia sangre y fluidos. La muerte estaba justo allí, lista para darle la mano y llevársela y estaba más que lista para ceder ante ella.

Los sonidos que solían hacerle compañía habían enmudecido mucho tiempo atrás, los llantos, los gritos y las súplicas terminaban abruptamente al traspasar el umbral y lo único que regresaba era el silencio de la muerte en unos ojos sin vida.

Luchó para llevar algo de aire a través de la lastimada garganta. Aquel no era un pensamiento que necesitase en aquellos momentos, no quería que las últimas imágenes que se le quedasen en la retina fuesen las de unos rostros sin vida…

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla.

«Llévame ya, por favor. Sácame ya de este infierno».

Sabía que esa era la única forma en la que podría escapar, en la que podría dejar atrás todo el horror vivido y olvidarlo para siempre.

El silencioso ruego daba vueltas en su mente cuando escuchó el amortiguado sonido de unos gritos, seguidos por la detonación de algún arma, cosas cayéndose y puertas golpeando con fuerza contra sus jambas.

Intentó mover las pestañas, pero sus párpados se negaban a cooperar. Los sonidos se confundían, los golpes se sucedían y cuando la puerta de aquel sótano se abrió, captó las únicas palabras que ya había perdido la esperanza de escuchar, esas por las que llevaba tanto tiempo esperando y que a su juicio, llegaban demasiado tarde.

«¡No se mueva, ICE[6]!».

Su corazón se saltó un latido, su mente reaccionó al grito e hizo todo lo posible por abrir los ojos. Los ruidos se magnificaban atrapando su atención, empujándola a reaccionar, solo para encogerse y gemir al escuchar un nuevo disparo resonando en la sala seguido de una retahíla de

insultos y el sonido de algo golpeando contra los muebles.

«¡Sala asegurada!».

Pies arrastrándose, quejidos en la distancia… Los sonidos se confundían unos con otros, pero lo que escuchó claramente fue el ruido que hacía alguien al sacudir la estructura de la jaula antes de soltar un grave exabrupto.

«Hijos de la gran puta…».

Sus pestañas aletearon y consiguió abrir los ojos, pero veía tan borroso que apenas podía distinguir nada. El dolor que le atravesaba el cráneo fue suficiente para instarla a cerrarlos de nuevo y quedarse quieta.

«Jesús. ¿Está viva?».

El ligero toque de unos dedos sobre su hinchada garganta la llevó a encogerse sobre sí misma, moviéndose instintivamente para huir del contacto.

«Cabrones». Creyó escucharle sisear en un idioma que no era el inglés.

«¡Una ambulancia, ¡ya! ¡Y que alguien me traiga algo para quitar el puto candado!».

Una inesperada ola de paz inundó su pecho ante la llegada de esas palabras. Si le quedasen fuerzas habría sonreído, pero todo lo que pudo hacer en esos momento fue ceder a la oscuridad que tiraba de ella y le prometía el descanso que tanto anhelaba.

CAPÍTULO 1

Ocho meses después…
Midwood, Nueva York.

Erika Thompson empujó la puerta principal con la cadera, se coló por la rendija y maniobró, sujetando como podía las dos bolsas de papel con la compra que llevaba en los brazos, para que no acabasen en el suelo.

Lo último que necesitaba era que la docena de huevos que asomaba precariamente al lado del pan de molde sufriese un acto de suicidio prematuro que la obligase a replantearse la cena de esa noche.

Suspiró aliviada al encontrarse en el recibidor del viejo edificio de apartamentos en el que vivía, equilibró su carga y tardó solo un minuto en decidir qué prescindiría de la trampa mortal que suponía el ascensor y subiría los cuatro tramos de escaleras que la separaban de su hogar.

Esa tarde había salido mucho después de su hora de cierre. Su compañera tuvo una de esas crisis que solo le daban los viernes y se largó una hora antes. Por supuesto, no tenía nada que ver con que se beneficiase al encargado de la tienda en el almacén y llevase una camiseta de trabajo dos tallas menor que la suya realzando unas tetas enormes.

Se detuvo en el primer descansillo para recuperar el aliento. Su forma física daba asco. Había perdido la cuenta de las veces que había iniciado de nuevo la dieta y se había propuesto hacer más ejercicio, para que dos días después de empezar con ello se le cruzara algo en el camino que la desviaba de su meta.

Ansiedad, aburrimiento, falta de estímulos… Había demasiadas excusas que podía pegarse en la frente.

Sacudió la cabeza, frunció el ceño y atacó el próximo tramo de escaleras con más ímpetu. Podía notar el ardor en las pantorrillas, la respiración acelerándose, pero lo ignoró todo mientras se esforzaba en subir planta tras planta.

Todo lo que quería era llegar a casa, abrir la puerta y deslizarse en su interior. Aquel era el único lugar en el que se sentía segura, pero antes de poder cumplir su deseo, tendría que hacer una parada en la planta inferior a la suya.

Puso todo su peso sobre la manija y empujó de espaldas hasta poder colarse a través de la puerta que daba al pasillo.

Como si hubiese sabido que estaba cerca, la primera puerta a su izquierda se abrió y apareció una horonda mujer vistiendo una bata floreada y rulos en la cabeza.

—Hoy has salido tarde, *niña* —comentó la mujer con un profundo acento español—. ¿Mucho trabajo?

Se acercó a ella y maniobró las bolsas hasta dejar a su altura la que contenía la fruta y la sopa instantánea que consumía su vecina.

—Siempre hay mucho trabajo estos días —murmuró en respuesta.

—Y también las hay más vivas que tú —declaró la mujer depositando unas monedas en la bolsa y recogiendo al mismo tiempo los huevos—. Tienes que imponerte, Erika, o te devorarán.

Dicho eso cogió un par de huevos del cartón y lo volvió a introducir en la bolsa.

—Mañana enviaré a Pedro a la compra y te los devolveré —señaló lo que acaba de requisar.

Pedro era el hijo de la señora Ramírez e iba a la compra tan poco como trabajaba, pensó para sí. Como de costumbre, no volvería a ver los huevos como mínimo hasta final de mes.

Negó con la cabeza.

—No es necesario —murmuró sabiendo que su voz era «incómoda»—. Buenas noches, señora Ramírez.

—Buenas noches, *hija*.

No había dado ni dos pasos cuando la puerta se cerró a sus espaldas y se quedó de nuevo sola en el silencioso corredor.

Dejó escapar un suspiro, reubicó las bolsas y volvió a las escaleras para alcanzar finalmente su planta.

Aquella puerta era la más pesada de todas y aún encima chillaba como si no hubiese sido lubricada desde que fue colocada.

Tomó aire, empujó una vez más con la cadera y avanzó todo lo rápido que pudo en dirección a su puerta. Podía escuchar el espantoso sonido del violín, señal inequívoca de que su vecino de pasillo estaba en casa.

«Por favor, por favor, por favor…».

Empezó a rogar mientras dejaba las bolsas contra la puerta y buscaba afanosa las llaves en su bolsito.

La música dejó de tocar arrancándole un gemido. Aceleró la búsqueda que culminó al encontrar el llavero.

Insertó la llave en la cerradura y giró al tiempo que la puerta al otro lado del pasillo se abría y esa horrorosa pesadilla cobraba vida.

—*Pero, alto. ¿Qué luz alumbra esa ventana?* —soltó esa voz empalagosa—. *Es el oriente y Julieta, el sol. Sal, bello sol y mata a la luna envidiosa, que está enferma y pálida de pena porque tú…*

Gimió al ver que la llave se atascaba y ese idiota se le acercaba cada vez más.

—*… que la sirves, eres más hermoso…*

La puerta por fin cedió, cogió las bolsas y sin dedicarle una segunda mirada se escabulló en el interior, cerrándosela literalmente a Romeo en los morros.

Todavía pegada de espaldas a ella, con las bolsas en los brazos y con el corazón latiéndole a toda velocidad, dejó escapar un suspiro de alivio.

Dejó que la tensión se fuese drenando de su cuerpo, relajó el rostro y abrió la boca para tomar una buena bocanada de aire. Solo entonces se volvió y cerró los pasadores de la puerta.

—Ya estás en casa, ya puedes dejar de fingir, *Emily*.

Esta era ella, la de verdad, la que existía detrás de la vida inventada que la había metido en el *Programa de Protección de Testigos* ocho meses atrás.

Emily Dillinger ya no existía, la única testigo y víctima del *Caso Evory* desapareció de la faz de la tierra tras recibir una cuchillada a la salida del juzgado en el que había testificado. Los medios que cubrían la noticia del juicio más sonado de esos días habían grabado todo con sus cámaras, inmortalizando su cuerpo ensangrentado unos instantes antes de que los agentes del FBI y de la ICE se hicieran cargo de ocultarla a la vista y pidiesen a gritos una ambulancia.

Si bien el presunto culpable había sido detenido allí mismo y ella trasladada rápidamente al hospital, las autoridades no habían querido dar datos sobre su estado de salud, alegando que

debían proteger a su testigo.

En días posteriores se especuló con su muerte, con que los federales la habrían ocultado y mil historias más, cada cual más rocambolesca y que dieron carnaza durante algunas semanas más.

La realidad era que los imbéciles que tenían la misión de protegerla, habían fallado estrepitosamente en su labor, que el hombre al que habían condenado en una primera instancia por varios cargos, entre ellos tráfico de mujeres y prostitución, era en realidad un brazo de un entramado mucho mayor y ella la única testigo viva con la que contaban; una que había visto y oído demasiado, a juzgar por el intento de asesinato sufrido a la salida del juzgado.

Y en un país dónde la justicia no se caracterizaba precisamente por su rapidez, dónde los jueces, los fiscales y la propia Policía no estaba libre de ser comprada, ser una potencial testigo ocular a la espera de declarar, equivalía a terminar antes o después con una bala en la cabeza, sobre todo cuando tenías entre tus manos el poder para enviar a unos hijos de puta a la cárcel de por vida.

Y ese era el motivo de que hubiese nacido *Erika Thompson*. Una cajera de supermercado de veintisiete años, criada en Mauston, Wisconsin y que se había mudado a Nueva York en busca de mejores ofertas laborales.

Su pasado era un cúmulo de nombres, títulos y amigos inventados, de lugares que nunca había visitado y personas a las que jamás había conocido, pero de las que podía hablar como si existiesen y formasen parte de su vida.

Estos últimos ocho meses eran como un agujero negro, un hoyo muy profundo a dónde ni siquiera llegaba la luz y en el que las pesadillas tenían su morada.

Había perdido la cuenta de la cantidad de sesiones de terapia a las que tuvo que asistir hasta ser capaz de dejar de temblar cada vez que escuchaba un ruido. Tuvo que autoconvencerse de que podía salir de casa y superar el miedo a que unas manos apareciesen de la nada y se la llevasen otra vez, a no quedarse totalmente en blanco y perder el color cuando un hombre se acercaba a ella o cuando alguien la rozaba inadvertidamente… Y aquellos progresos ni siquiera podían considerarse una victoria, pues cada día que pasaba el miedo seguía allí.

Daba igual que siguiese asistiendo a sus citas con la terapeuta y pusiese en práctica los ejercicios que le impartía, que hubiese asistido a un par de clases de autodefensa… Su vida, su mundo, la persona que había sido antes de la noche en la que fue secuestrada ya no existían. Esa mujer estaba rota, hecha pedazos, se habían encargado de que jamás olvidase cómo era el infierno grabándoselo a base de golpes y dejándole de regalos heridas que nunca sanarían.

Ni siquiera el hecho de saber que el malnacido que la había arrancado de su pacífica vida y lanzado al fuego estaba en la cárcel podía considerarlo un alivio, no cuando el verdadero monstruo seguía ahí fuera y podía volver a hacer presa de ella en cualquier momento.

Se obligó a respirar con lentitud y echó mano de las técnicas de control que le enseñó la terapeuta para no sucumbir al pánico que le despertaban ciertos recuerdos, pero nada pudo hacer por las lágrimas que se escurrían ya por sus mejillas.

Miedo, dolor, pero sobre todo rabia, una rabia tan inmensa que a menudo amenazaba con devorarlo todo. Rabia hacia sí misma, pero sobre todo, hacia los cabrones que le habían destrozado la vida.

Solo un poco más, Emily, aguanta un poco más.

El nuevo juicio estaba previsto que se celebrase en siete semanas. Cualquiera pensaría que casi nueve meses habrían sido suficientes para que las autoridades hubiesen dado ya con el paradero de ese monstruo y lo hubiesen metido entre rejas, pero la falta de información y la

incapacidad de darle un nombre o hacer un retrato fidedigno del mismo, lo estaba retrasando todo.

Nunca había escuchado su nombre de pila, se cuidaba mucho de no usarlo o de que alguien lo llamase por él estando a su alrededor, extraño si tenía en cuenta que nunca se molestó en cubrirse el rostro.

Ese bastardo sigue ahí fuera y podría ser cualquiera.

Su solo recuerdo la estremecía y despertaba en ella una profunda rabia y un miedo atroz.

Echó un vistazo a las bolsas y suspiró. La compra no iba a guardarse sola, no tendría la suerte de que le saliesen piernas y fuesen directas a la cocina, así que no le quedó más remedio que ponerse en movimiento.

Si hubiese podido elegir, no estaría aquí. Si el terror que sentía a encontrarse de nuevo con ese bastardo, a que la secuestrase y la sometiese de nuevo a tales torturas no la paralizase, habría salido por esa puerta en el mismo instante en que el agente Ortiz, el tipo a cargo de su custodia, la dejó allí.

No se consideraba a sí misma una mujer valiente, pero hasta ese episodio el miedo no era una barrera que no pudiese derribar, nunca la había despertado en plena noche entre alaridos y arcadas… algo que ahora era continuo.

Dejó la compra sobre la barra americana de la cocina y echó un vistazo a los tazones y platos apilados en el fregadero. Esa mañana se había marchado a la carrera posponiendo una vez más el fregar la loza, pero ya no podía seguir haciéndolo.

—Hogar, dulce hogar —musitó con goteante ironía y se dispuso a guardar las cosas en su sitio.

Ojalá llegase el día en el que pudiese volver a casa y su única preocupación fuese el tener platos por lavar.

CAPÍTULO 2

Washington County Jail,
Washington.

Inteligencia.

La mayoría de los individuos de los que se rodeaba poseían un coeficiente superior del que dejaban ver. Todo era cuestión de apariencia, de saber cuándo hablar, cómo actuar, cuándo permanecer en silencio y pasar desapercibido.

Un nombre podía dar poder, pero era lo que había detrás lo que convertía al portador en alguien o en nadie.

No era necesario destacar, en ese lugar uno solo debía dejarse ver y abrir bien los oídos, estar allí en el momento adecuado, esperar hasta que alguien se diese cuenta de que lo estabas y que eras exactamente lo que necesitaban.

Ese era el motivo de que estuviese ahí dentro, el que hubiese acabado entre rejas y vigilase de cerca al que parecía ser uno de los poderosos dentro de la prisión.

No confiaba en Greyson. Nadie en su sano juicio lo haría, pero no había llegado hasta dónde estaba sin correr ciertos riesgos y esta ocasión no iba a ser menos.

Se mantuvo en un segundo plano esperando aquella sutil señal que marcaba el inicio de la carrera, una en la que cada obstáculo podía significar una victoria más o la muerte.

Había visto a demasiados intentando adularlo, algunos acababan al poco tiempo siendo trasladados o se morían de miedo. Nadie sabía que él era quién decidía el cómo y el cuándo, no los demás.

En honor a la verdad, había esperado verlo salir por la puerta al poco tiempo de entrar y sin embargo, allí seguía, como si ese fuese el lugar en el que quería estar o sencillamente esperaba a que algo más ocurriese y lo sacase de allí.

Todavía le sorprendía que las autoridades hubiesen podido echarle el guante, más aún que contasen con el poder o las pruebas necesarias como para mantenerle entre rejas. Dudaba que la suerte les durase lo suficiente como para llevarle de nuevo a juicio y terminar, ahora sí, con una sentencia firme que lo condenase definitivamente.

El libro empezó a descender entre las manos del hombre, vio como lo cerraba, dejándolo a un lado y levantaba la cabeza fijando la mirada en un punto cerca del otro lado del patio, dónde alguien asintió.

No pasó mucho tiempo hasta que vio como le deslizaban un móvil entre las manos. Ni siquiera se molestó en disimular. Marcó y se puso al aparato con toda la impunidad que le daba su estatus dentro de prisión.

Los guardias lo ignoraban con efectividad, sin duda untados para que hiciesen la vista gorda o por el simple hecho de evitarse problemas.

Entrecerró los ojos y se fijó en él. Si bien estaba lejos para escuchar sus susurros, no lo estaba para seguir el movimiento de sus labios, interpretando con efectividad cada una de las palabras que pronunciaba.

«¿Está hecho?».

Entrecerró los ojos, echó un rápido vistazo a su alrededor, comprobando que nadie le estuviese prestando atención y volvió a fijarse en él.

«Bien. Si no atienden a razones, mejor que desaparezcan».

La claridad de sus palabras le produjo un escalofrío, pero no fue nada comparado con esa mirada acerada que levantó y paseó por el patio.

Se obligó a concentrarse en los hierbajos que crecían en el suelo entre sus pies, manteniendo la misma actitud desentendida con el mundo, mientras analizaba el mensaje que acababa de captar.

No podía arriesgarse a llamar su atención, así que desistió de continuar con su vigilancia y abandonó su posición con la típica desgana de alguien que ve aquellos muros una y otra vez. Por el rabillo del ojo comprobó que había dado por finalizada la llamada y su interés volvía a concentrarse en la lectura.

—*¡Castillo!*

Levantó la cabeza ante el grito de uno de los guardias que entraban en el patio.

—Tienes visita. Mueve el culo.

Enarcó una ceja, pero no dijo nada. Se limitó a arrastrar los pies en dirección al guardia, pues con esa actitud no le sorprendería que le cayese un bastonazo.

—¿Quién es? —preguntó a sabiendas de lo que podía traer consigo su desidia.

—Tu puta madre —replicó con un bufido—. Muévete.

—*Carajo*, pues entonces ha venido a hacerme una visita desde el otro mundo.

Ignoró la mirada que le lanzó el guarda y lo siguió fuera del patio, si había algo que detestaba más que estar aquí dentro, eran las visitas inesperadas, porque solían traer consigo muchos problemas.

CAPÍTULO 3

Sede central de la Agencia de inmigración y control de Aduanas (ICE)
Washington D.C.

Lucien se detuvo frente al enorme complejo de oficinas situado al otro lado de la calle. El lugar era tan poco apetecible como cualquier otro inmueble perteneciente al gobierno, pero no estaba allí para admirar la arquitectura, sino para reunirse con un viejo amigo; si podía llamársele así a un agente de la ICE.

En circunstancias normales lo habría mandado a paseo, pero el tono con el que le había dejado el mensaje en el buzón de voz no daba lugar a excusas; Cassidy Ortiz estaba preocupado.

Y Cass no era un tipo dado a dramatizar. El bastardo era todo lo contrario a lo que se presupondría encontrar dada su ascendencia latina. No había conocido a nadie tan analítico, frío y calculador como a él. Incluso su sonrisa era perturbadora, pero más allá de sus peculiares virtudes, el hombre era leal hasta la médula y se lo había demostrado al salvarle el culo en más de una ocasión.

Cruzó la calle con tranquilidad. A esas horas no había demasiado tráfico. Las luces del edificio bañaban la acera y los árboles cercanos a la entrada y que formaban parte de la fila que presidía la avenida. La noche había caído ya sobre la capital del estado e intuía que en el edificio solo quedarían los pringados de turno, acostumbrados a hacer horas extra o terminando algún caso en particular.

Atravesó las puertas de cristal y se detuvo ante el arco de seguridad. Se despojó del arma reglamentaria que portaba y de la licencia que lo identificaba como *Agente de Ejecución de Fianzas*, una fina manera de llamar a un «cazarrecompensas», depositándolas en la bandeja antes de atravesar el control. La hosca mirada del guardia de seguridad decía claramente lo poco que le ilusionaba verle por allí, a él o a cualquiera, en realidad. Suponía que no le apetecía una mierda trabajar en el turno de noche.

—Una noche estupenda, ¿eh? —le dijo recogiendo su cartera y la identificación, pues el arma solo le sería devuelta al abandonar el edificio—. Cuídemela bien, le he sacado brillo esta mañana…

Contuvo una sonrisa al ver el gesto del guarda de seguridad y se dirigió hacia la zona de recepción. Una guapa y agotada mujer lo miró a través de los cristales de unas elegantes gafas.

—Lucien Ratcliffe. —Dio su nombre al tiempo que posaba sobre el mostrador la identificación y acompañaba el gesto de su más encantadora sonrisa—. ¿Podría decirle al Agente Ortiz que estoy aquí?

La mujer cogió la identificación y se tomó unos segundos comparando su foto con su propio rostro. Satisfecha asintió, la depositó de nuevo sobre el mostrador y procedió a contactar con el departamento correspondiente.

—¿Agente Ortiz? —pronunció con voz firme. A pesar de su evidente seriedad y ese aire

de eficiencia, poseía un tono de lo más sensual y durante una milésima de segundo se preguntó como sonaría gimiendo—. El señor Ratcliffe está aquí.

Los ojos verdes cayeron sobre él mientras escuchaba la respuesta del otro lado de la línea, la cual debió ser satisfactoria para ella, dado que asintió con la cabeza.

—Sí, señor —comentó un instante antes de dar por finalizada la llamada, sacar una tarjeta de *«visitante»* de debajo del mostrador y dirigirse ahora a él con más suavidad—. Le está esperando, señor Ratcliffe. Cuarta planta.

Recogió la nueva tarjeta y se la colgó al cuello al tiempo que le dedicaba un guiño que arrancó un ligero sonrojo en aquellas pálidas mejillas.

—Gracias —le dijo bajando a propósito el tono, modulándolo cómo solía hacerlo con sus sumisas, mientras pronunciaba el nombre que había leído en la identificación que ella misma llevaba—. Beverly.

La chica era bastante mona y el sonrojo le favorecía, incluso puede que fuese una interesante compañera de cama, pero después de lidiar durante casi tres meses con la consentida hija del senador Cavanagh, necesitaba un respiro.

Nunca pensó en que una mujer pudiese llegar a resultarle odiosa, pero esa muñeca había puesto a prueba su paciencia, empujándola hasta límites insospechados, haciendo que quisiera estrangularla en más de una ocasión. Era un verdadero milagro que la pequeña zorra estuviese todavía viva, porque desde luego, a hija de puta no había nadie que la ganase.

Esa hembra no necesitaba un guardaespaldas, necesitaba una zurra en condiciones, pero no había estado entre sus tareas el dársela.

No. Esta noche no sería buena compañía para ninguna mujer. Si estuviese ya en casa, se habría ido al *Gimnasio Chaser* y le daría unos cuantos golpes a un saco o llamaría a su propio gemelo, para descargar un poco de adrenalina. Sin embargo, cómo todavía estaba aquí, tendría que conformarse con terminar la noche con una buena botella de *whisky*.

Dejó la recepción, entró en el ascensor y se limitó a ver cambiar los números. Se sentía desnudo sin el arma, pero dada la seguridad del edificio gubernamental, sabía que ni locos le habrían permitido introducir algo más peligroso que una laca de uñas.

Las puertas se abrieron y nada más salir se encontró al culpable de su presencia allí hablando con un par de personas al final del corredor. La mujer tenía aspecto de ser algún tipo de asistente, mientras que el hombre, el cual parecía bastante en desacuerdo con las palabras del agente, tenía toda la pinta de ser uno de esos federales lameculos; desde luego, con ese traje y ese peinado no podía ser otra cosa.

Dain le daría la talla, pensó con secreta diversión.

Su hermano poseía un estilo más elegante, más tradicional y no era raro verle de traje, sobre todo cuando estaba en la oficina. Él, por otro lado, no era conocido precisamente por su disimulo, aunque esta vez hubiese dejado atrás el platino, para volver a su castaño natural e incluso se hubiese dejado algo de barba.

Nah. Nadie que lo viese ahora, con un piercing en la nariz, unos vaqueros que simulaban estar gastados y rotos en una de las rodillas, camiseta tanque debajo de una chaqueta militar y botas de motorista pensaría en él como algo más que un camorrista, chorizo o un chulo.

Pero en ello radicaba el encanto de poder vestirse como le daba la gana y dejar que el mundo sacase sus propias conclusiones…

Como si le importasen las opiniones ajenas.

Examinó unos momentos más en silencio la escena dispuesta ante él leyó el lenguaje corporal de los presentes y supo el momento exacto en el que a su amigo se le acabó la paciencia.

El hombre despachó con un gesto a la asistente, la cual obedeció a la velocidad de la luz sin necesidad de una orden verbal y se enfrentó al imbécil que tenía delante con una frialdad que prometía cortar al tipo por la mitad.

—…deje de poner excusas… —escuchó—. Si hubiese hecho su trabajo desde el puto principio, no estaríamos así…

—El juicio se celebrará en siete semanas. Es necesario saber que la testigo estará preparada para declarar —escupió el federal—. No podemos darnos el lujo de perder el terreno que hemos ganado. Si esa mujer no testifica…

—Testificará —sentenció y añadió—. Lo hará siempre y cuando los imbéciles del FBI, entre los que lo incluyo, puedan garantizar *esta vez* su seguridad…

Bingo. Si acertase de igual modo la lotería, a estas alturas podría haberse retirado ya.

—Y a la vista de las últimas noticias que ha traído, ¡eso será un puto milagro! —estalló.

—Su labor ha terminado, Ortiz, debe poner en conocimiento de la agencia el paradero de la testigo… —continuó el agente con cara de pocos amigos—. Su tapadera podría haber sido descubierta ahora mismo…

—Y una mierda —declaró en sus propias narices.

—Si le pasa algo todo se irá a la mierda.

—Deberían haber pensado en ello antes de permitirle a ese hijo de puta echar mano de sus contactos desde prisión para cargarse al juez a cargo de la investigación… —escupió.

—El móvil del asesinato parece ser el robo…

—*¡Al carajo, hombre!* —estalló en español—. Sabe tan bien como yo que no es más que una pantalla de humo. Greyson está moviendo los hilos desde las sombras y ustedes se lo permiten…

—Tiene sus órdenes, Ortiz —siseó en respuesta el federal—. Debe entregar a la mujer y ponerla bajo la custodia del FBI. Tras los recientes acontecimientos, no podemos darnos el lujo de perder nuestra mayor baza.

Sonrió ampliamente como el gato que se ha comido todo el pescado.

—No, ni ustedes ni nosotros podemos permitirnos eso —declaró con suficiencia—. Si el FBI la quiere bajo su custodia, tendrán que garantizar a la ICE que no volverán a clavarle un cuchillo a la testigo estando bajo su custodia…

—¡Tiene que entregar a la señorita Dillinger!

—Lo haré cuando ponga sobre mi mesa los documentos legales pertinentes.

Con eso le dio la espalda, dejando al tipo despotricando solo y avanzó en su dirección. No se sorprendió al verle allí, lo cual indicaba que había sido consciente de su presencia desde el momento en que salió del ascensor.

—Ya veo que no has perdido tu toque —dijo en voz alta, para que el federal pudiese escucharle—. Pero si querías que sacase la basura, tendrías que habérmelo dicho… Me he dejado las bolsas para los cadáveres en el coche…

—¡Ortiz! —lo llamó el federal, quién tampoco parecía demasiado contento con que alguien los hubiese interrumpido.

La respuesta de su amigo fue levantar el dedo corazón en una clara y rotunda despedida.

—Le veré tan pronto me traiga los papeles, Agente Carson —replicó sin girarse siquiera, entonces le posó la mano sobre el brazo y lo invitó a acompañarle de vuelta al ascensor—. Vámonos, celebraremos tu última captura con un buen *whisky*.

Una sutil manera de decirle que no abriese la boca, pues no se fiaba ni del federal ni de que aquellas paredes no tuviesen oídos indiscretos.

—Espero que sea añejo, la ocasión lo merece.

Cassidy lo miró de reojo y bufó, pero asintió al tiempo que llamaba al ascensor, el cual había quedado en aquella planta.

Las puertas se abrieron una vez más y ambos entraron en cubículo.

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó una vez se cerraron.

—Uno de tantos *cabrones* dispuestos a joderlo todo.

—Ya veo que estás de buen humor.

—De un humor *cojonudo* —declaró con ese deje hispano que nunca abandonaba su voz, entonces ladeó la cabeza lo justo para mirarle—. El mismo del que estarás tú en cuanto te explique el motivo por el que te he arrastrado hasta Washington.

—No me va a gustar. —No era una pregunta, sino una aseveración.

—No —confirmó serio.

Lucien dejó escapar un profundo suspiro y se limitó a asentir.

—De acuerdo, vayamos por ese *whisky*.

CAPÍTULO 4

Columbia Bar
Washington D.C.

—Necesito que custodies a la chica hasta el juicio.

Lucien no se inmutó, se limitó a coger el vaso y mirar el líquido ambarino que contenía mientras lo hacía girar entre sus dedos.

—No.

Era una sola palabra, pero suficiente para dar voz a su resolución.

—Te has negado demasiado pronto…

—Te equivocaste al marcar el número de teléfono, tendrías que haber llamado a Damien…

—Lo hice —declaró sin más—. Él fue quién me dijo que acudiese a ti.

—Hijo de puta... —masculló antes de darle un largo trago a la bebida. De inmediato notó el ardor del licor al bajarle por la garganta.

—Greyson ha estado moviendo sus hilos desde la cárcel —continuó Cassidy—. Creemos que ha mandado matar al juez que estaba a cargo del proceso y esos imbéciles ni siquiera lo vieron venir…

—¿El juez no tenía vigilancia?

—Todavía no tengo todos los detalles, pero parece que alguien, quizá el propio juez, les dio la noche libre... —Soltó un bufido, su amigo estaba de muy mal humor—. Lo único que les importa a los federales es poder llegar a los posibles nombres con los que ha estado colaborando Greyson y no les importa sacrificar su mejor baza con tal de marcarse un tanto…

—¿Por eso te has negado a darles lo que tan educadamente te estaba pidiendo? —preguntó con palpable ironía.

—Ella forma parte del *Programa de Protección de Testigos* —declaró con total sencillez —. Y como su enlace, no puedo revelar su paradero a menos que su vida corra peligro… o las órdenes vengan de arriba.

—¿Y ese imbécil no te parece estar lo bastante arriba? —preguntó jocoso.

—Carson y sus colegas permitieron que uno de los seguidores de Greyson se acercase lo bastante a la chica como para clavarle un cuchillo al salir del juzgado —gruñó—. Dejarla en sus manos es igual a pintarle una diana a la espalda yo mismo. Si ese imbécil está tan interesado en obtener su custodia, que la solicite por cauces legales. Con suerte le llevará algo más de cuarenta y ocho horas reunir los permisos…

Lo que quería decir que ese era el tiempo con el que contaba su amigo para llevar a cabo cualquier plan que tuviese en mente y por el que lo hubiese hecho venir.

—Si para entonces la paloma ya no está en su nido, porque ha decidido irse por su propio pie… —continuó, dejando las palabras en el aire mientras daba cuenta de su propia bebida—. Será su problema, no el mío…

Dejó escapar un divertido bufido.

—Y supongo que el avecilla aparecería a tiempo para presentarse a declarar, ¿no?

—Las coges al vuelo.

—Hago lo que puedo.

Su amigo se echó hacia atrás, recostándose en el respaldo y se llevó su propio vaso a los labios mientras deslizaba la mirada con disimulo por el local.

Habían elegido ese lugar por encontrarse lo bastante alejado del edificio de oficinas de la sede de la ICE y al mismo tiempo lo bastante céntrico como para poder vigilar si alguien les seguía por el camino.

Cassidy no lo había expresado con palabras, pero la forma en la que había actuado desde que abandonaron su lugar de trabajo le dijo que podría estar siendo vigilado.

—Esa chica ha pasado ya por demasiado, no puedo permitir que todos nuestros esfuerzos se vayan a la mierda porque unos imbéciles estén dispuestos a utilizarla para mejorar su hoja de servicios.

El hombre clavó la mirada en algún punto en particular e hizo un imperceptible gesto alertándole.

«Vigilancia».

En el pasado había colaborado estrechamente con él en varias operaciones, así que conocía de primera mano esos pequeños gestos y su significado.

—Me sorprende que Damien no haya dejado todavía el FBI si estas son la clase de mierdas a las que tiene que enfrentarse a diario —comentó volviéndose de nuevo hacia él.

—Posiblemente él te preguntaría a ti lo mismo.

Y la respuesta de ambos sería la misma, pensó Lucien, tenía que haber alguien que hiciese las cosas bien donde tantos otros solían cagarla.

Damien Knight pasaba más tiempo ejerciendo como detective de la Policía que de agente especial, algo que lo ponía en una posición ventajosa y cercana a las fuerzas de seguridad de a pie. No era un secreto que había rivalidades entre los distintos departamentos de seguridad y la Agencia Federal no era precisamente la favorita de nadie… Ni los demás la de ellos.

El hombre era consciente de ello y se limitaba a realizar su labor con extremo cuidado, buscando siempre la mejor resolución posible, de ahí que no le sorprendiera que hubiese dejado la pelota de Cassidy en su propio tejado.

Lucien conocía el *Caso Evory*. Si bien no había estado presente en aquella ocasión, sí vio el resultado de la redada en el semblante de Damien. El tipo se había dejado caer ese mismo fin de semana por el *Blackish* y estuvo más taciturno que de costumbre hasta que Dain y él lo pillaron por banda. El relato de lo que Cassidy y él se habían encontrado en el sótano de aquella mansión era espeluznante y solo podía imaginarse lo que habría sido verlo en persona.

La noticia había saltado incluso a los medios, pero no habían trascendido las verdaderas dimensiones de lo que habían encontrado por existir el secreto de sumario. Sin embargo, sí se le había hecho un seguimiento al juicio y la agresión que había sufrido la única testigo al término de este, la cual suscitó un infierno de críticas por parte de la opinión pública.

Los medios habían jugado un papel importante aún sin saberlo, cuestionando la posible supervivencia de la chica que las autoridades mantuvieron con vagas alusiones, haciendo que surgiesen distintas teorías conspiratorias.

Aquello fue necesario para proteger a la mujer de lo que había sido un total y absoluto escenario de violencia, vejaciones y tortura.

Sus dos compañeros habían entrado en aquel sótano para encontrarse, entre otras cosas, a una mujer metida en una caja de barrotes, atada como un perro y tan golpeada que era un milagro que siguiese con vida.

Ambos se habían tomado aquella misión como algo personal, un error que él mismo había cometido en más de una ocasión. Era difícil darle la espalda a alguien que había sido maltratado y si este era una mujer o un niño… Que dios ayudase a los culpables.

—Si fuese factible, me ocuparía yo mismo de ella, pero esos perros ya han olido hasta mis calzoncillos —continuó Cassidy con gesto serio—. Necesitamos hacerla desaparecer hasta el juicio.

Si se tratase de localizar a algún bastardo o criminal, no lo duraría un segundo, pero lo que le estaba pidiendo era que ejerciese de guardaespaldas y no solo eso, sino también que la vigilase hasta que se celebrase el juicio.

—Soy cazarecompensas —le recordó—. Yo *busco* a los fugitivos, no los *escondo*. Si quieres que busque a alguien, soy tu hombre, pero hacer de niñera…

—No necesito una niñera, sino a alguien de confianza que la mantenga viva hasta el juicio —respondió en voz baja, inclinándose ligeramente hacia delante—. Es necesario que esa paloma desaparezca por un tiempo y que permanezca en paradero desconocido…

—Si está en *Protección de Testigos*, debería estar ya en paradero desconocido…

Sus ojos se clavaron en los suyos y el casi imperceptible movimiento de cabeza que le dedicó lo llevó a entrecerrar los ojos.

—La están buscando… —No era una pregunta, sino una afirmación. Y apostaría su sueldo a que los que estaban tan interesados en dar con ella no eran precisamente los agentes del FBI.

—Si no hay nadie que testifique, que ratifique lo declarado…

—Algunos podrían irse de rositas —concretó, sabiendo a dónde se dirigían las ideas de su compañero—, y otros no llegar a comparecer jamás ante los tribunales.

—Exacto.

Así que, si lo había entendido bien, el éxito de aquella operación al final recaía sobre los hombros de una mujer, la única que tenía en sus manos la llave para encarcelar para siempre a los hijos de puta que le habían destrozado la vida.

—¿Es estable?

Conocía casos de estrés postraumático. Su hermano había tratado a algunas víctimas, sobre todo mujeres, las cuales tenían una ligera inclinación hacia la autoculpabilidad y con lo que había pasado esa chica, no le sorprendería que estuviese metida en una espiral de características similares.

—Es una superviviente.

Chasqueó la lengua ante semejante respuesta y negó con la cabeza.

—Te has equivocado de gemelo, Cass —chasqueó echándose hacia atrás—. El terapeuta es Dain. Yo soy el hijo de puta que dispara primero y cobra después.

—Lo diré de otra manera —replicó al tiempo que sacaba una de las manos del bolsillo y la hacía caer con sonoridad sobre la superficie de la mesa—. Eres un capullo.

Enarcó una ceja ante la absurda declaración, pero no tardó en bajar la mirada sobre la superficie de mesa y chasquear la lengua en voz alta al tiempo que se inclinaba sobre la misma.

—Joder, colega, si todavía te enteras ahora, es que no me conocías tan bien como creías —aseguró levantando la voz a propósito.

Dejó escapar una carcajada y recuperó su vaso con una mano mientras con la otra arrastraba la diminuta tarjeta MicroSD que Cass había depositado con aquel orquestado movimiento.

—Un brindis por tu buen humor de esta noche —alzó su consumición con secreta diversión—. Y por los cabrones que lo provocan.

Su amigo chasqueó la lengua, cogió el vaso y lo levantó siguiendo su ejemplo.

—Nadie podría haberse descrito mejor a sí mismo —aseguró su compañero chocando el cristal, entonces añadió solo para sus oídos—. Luc, o a salvo contigo o muerta en una bolsa.

—Esos *cabrones* no se detendrán hasta dar con ella y eliminarla, ¿eh? —respondió en el mismo tono de voz.

Él asintió casi imperceptiblemente, entonces añadió, volviendo a su tono normal, aunque esta vez habló en español.

—La corrupción está en el menú del día de cualquier lugar y no siempre sabes cuál es el plato contaminado, hermano.

Una buena forma de resumir el actual sistema judicial y la ausencia de escrúpulos de muchas personas.

El poder y el dinero eran dos grandes pesos y aliados que a menudo obraban «milagros» que nada tenían que ver con el bien común.

Dejó escapar un profundo suspiro, posó el vaso de nuevo sobre la mesa y cogió la botella de *whisky* que habían pedido les dejasen allí para rellenar los vasos de ambos.

—Supongo que si vuelvo a decir que no, esgrimirás otros argumentos…

—Ya me conoces —declaró encogiéndose de hombros—. No me rindo fácilmente…

Sonrió en respuesta a eso y procedió a rellenar sus consumiciones.

—…y tampoco le doy la espalda a un inocente.

Un sutil recordatorio de que aquel también era su mantra.

—¿Vínculos?

—Ninguno que desee conservar o recuperar.

Su respuesta lo llevó a elevar una ceja.

—Por lo que sabemos, su progenitora lleva interna en una clínica de salud mental desde hace cinco años y no constan más parientes consanguíneos —especificó y añadió con un resoplido—. La institución no es precisamente de las baratas y ha sido costeada en todo momento por el marido de esta; su padrastro. Casualmente, él también está siendo investigado por su posible implicación en la financiación del *Caso Evory*. Su *Holding* adquirió y vendió, en algún momento de los últimos dos años, entre otras propiedades, la mansión en la que se llevó a cabo la redada. Se le está investigando por un posible delito de financiación ilegal…

Sí, recordaba vagamente que se habían saltado algunos nombres conocidos en los medios con relación al juicio.

—¿Lester Zimmerman no fue el que pagó una desorbitante fianza para evitar ingresar a prisión?

—El mismo —admitió—. Estos meses ha procurado mantener un perfil bajo, pero después de lo ocurrido en el juicio… Mi gente cree que puede existir mucho más que blanqueo de capital o financiación ilegal en su haber… De hecho, incluso los federales creen que puede estar implicado de otra manera en la red de tráfico de personas y prostitución de la que Greyson forma parte.

La gente daba asco, sus perversiones iban más allá de cualquier cosa lícita, pero llevaba demasiado tiempo vagabundeando por el lado oscuro de la vida como para sorprenderse ahora con los vicios o los malsanos deseos de algunos perturbados.

—Emily Dillinger fue drogada y secuestrada en una fiesta privada. La chica, junto con otras mujeres, fue subastada y vendida a un *cabrón* al que todavía no hemos podido poner nombre o rostro —continuó Cassidy con voz fría—. Según su declaración, asistió a la fiesta representando a su jefe, algo que solía hacer a menudo. Estuvo charlando con los invitados,

bebió como el resto… En algún momento cree haber podido perder el conocimiento, porque lo siguiente que recuerda es despertarse maniatada y ciega en algo que traqueteaba y que resultó ser una furgoneta de color oscuro. De ahí la llevaron a una habitación en la que había más mujeres, las cuales, al igual que ella, fueron subastadas como pedazos de carne al mejor postor. A partir de ese momento… la chica ha recitado un verdadero calvario…

A Lucien se le encogieron las tripas. Solo podía suponer lo que podría haber atravesado esa mujer hasta ser encontrada en esa jaula de hierro, golpeada y medio moribunda.

Apretó los dientes y se concentró en respirar despacio, en recordarse a sí mismo que tanto Damien como Cassidy estaban ya manos a la obra para meter a los culpables entre rejas, si es que no lo estaban ya.

—Gracias a su declaración y a la identificación que ha hecho de varios individuos, hemos sido capaces de presentar cargos firmes en contra de Greyson —resumió—. Pero ese hijo de puta no es el único culpable, lo que deja algunas incógnitas bastante peligrosas. Si los imbéciles del FBI sacan ahora a la luz a esa chica, solo conseguirán que quién quiera que haya intentado eliminarla tras el primer juicio, sepa que está viva. Y nada nos garantiza que no intenten terminar lo que empezaron.

—Ya no se pueden distinguir a los *imbéciles* de los *capullos*… —comentó él marcando la diferencia entre los agentes del FBI y los interesados en silenciar a la testigo. Elías Greyson podía ser el principal sospechoso al que tenían entre rejas, pero desde luego no era el único culpable.

—Algunos van de frente y pasean por la oficina, cómo ya has visto, otros se limitan a rondarme como una novia celosa —chasqueó Cassidy como si fuese un simple comentario, pero sus palabras contenían la confirmación a sus asunciones.

Su compañero tenía a los federales pegados al culo y suponía que Damien correría con la misma suerte. Ninguno de los dos podía acercarse a la chica o hacerse cargo de su custodia al estar vigilados, así que habían recurrido a la única persona que sabían podía bailar el tango delante de los agentes y luego irse de copas.

Chasqueó la lengua, cogió el vaso y saboreó un nuevo trago.

—Algunos no saben cómo divertirse…

—Y que lo digas… —Su amigo se bebió su propia consumición de un solo trago e hizo una mueca cuando el móvil empezó a sonar en el bolsillo de su chaqueta—. Y también los hay que tienen como norma joder al prójimo sin importar la hora —chasqueó mirando la pantalla del teléfono. Cortó la llamada y devolvió el aparato al bolsillo—. Trabajo —comentó, entonces sacó la cartera del bolsillo, extrajo un par de billetes y los dejó sobre la mesa—. Necesito una respuesta en firme mañana a primera hora.

—¿A primera hora? Tendrás suerte si estoy levantado al mediodía… —le soltó recogiendo su vaso a modo de ilustración.

El hombre resopló y se levantó, inclinándose sobre él le puso la mano en el hombro a modo de despedida.

—Saluda a los tíos de mi parte cuando te pases por el club —le dijo apretándoselo ligeramente—. No veo la hora de escaparme de toda esta mierda para jugar un poco…

Esbozó una renuente sonrisa en respuesta y sacudió la cabeza.

—Trabajas demasiado para la mierda que te pagan, Cass —replicó.

—Tú lo sabes, yo lo sé… Y ahí acaba la cadena… —chasqueó y le dio una palmada—. Mañana a primera hora, Luc. Esto no puede esperar más.

Con esas últimas palabras y un último vistazo en dirección al fondo del local, caminó

hacia la entrada y abandonó el lugar.

Lucien hizo girar el líquido ambarino mientras se acomodaba de nuevo, sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y fingió entretenerse durante unos instantes con las aplicaciones. Encendió la cámara y giró la imagen de modo que pudiese ver a través de la pantalla el resto del local.

No tardó mucho en localizar aquello de lo que le había advertido Cassidy. Al fondo del local, en una mesa apartada y con una perfecta línea de visión hacia su posición, había un tipo cuya consumición parecía intacta. Tenía un teléfono en las manos y parecía teclear furiosamente mientras echaba vistazos en su dirección y en dirección a la puerta. En un momento dado vio cómo se llevaba el aparato al oído y hablaba alguna cosa.

Amplió la imagen todo lo que pudo, dando gracias por la buena resolución del aparatejo y se concentró en el movimiento de sus labios.

Acaba de salir.

Bien.

El otro todavía está en el local.

De acuerdo.

Lucien sonrió para sí, apagó la cámara y devolvió el móvil al bolsillo antes de levantarse y abandonar el pub con absoluta tranquilidad.

El frío de la noche le azotó el rostro nada más traspasar la puerta, se tomó unos segundos para acostumbrarse al repentino cambio de temperatura y se dirigió hacia la zona poco iluminada que había a su izquierda.

Permaneció al amparo de un oscuro portal durante poco más de un minuto. Desde aquella posición tenía una buena visión de la puerta principal del local, la cual no tardó mucho más en ser traspasada por el mismo individuo al que acababa de descubrir vigilándole también a él.

Su postura, la manera en la que se movía, su total dependencia del teléfono móvil… Apostaría su sueldo de un mes a que se trataba de uno de los amiguitos del imbécil al que Cassidy se había dirigido como Carson.

Lo vio llevarse el aparato al oído una vez más mientras echaba fugaces vistazos a su alrededor. Su nerviosismo era palpable y fue in crescendo a medida que hablaba.

Estaba demasiado lejos para oír con claridad y no podía arriesgarse a sacar de nuevo el teléfono; la luz de la pantalla lo delataría al momento. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración a fin de poder captar alguna palabra que pudiese llegar hasta él. Ya fuese debido a la ansiedad del tipo o a su falta de experiencia, el tono de voz que elevaba por momentos le dio un par de pistas al respecto.

«Vigilancia». «La testigo». «Mañana».

Su amigo no había errado el tiro al pensar que los federales estaban empeñados en hacerse con el control y que no dudarían en tomarlo de la manera que fuese.

«Mañana a primera hora, Luc. Esto no puede esperar más».

Consultó el reloj. Tenía menos de ocho horas para encontrar a esa mujer y ponerla a salvo.

«Saluda a los tíos de mi parte cuando te pases por el club. No veo la hora de escaparme de toda esta mierda para jugar un poco».

Serás hijo de puta, pensó al tiempo que esbozaba una divertida sonrisa, *de todos los lugares posibles en el que podías esconderla, vas y la dejas a la vista de todo el mundo.*

Comprobó que tenía la micro tarjeta que le había dejado Cassidy en su poder, echó un vistazo a su alrededor y se movió entre las sombras, dejando atrás al tipo para subirse a su coche, el cual había dejado aparcado a un par de manzanas de su actual posición.

—Va a ser un infierno de noche —masculló cerrando la puerta y procediendo a insertar la tarjeta en la ranura de su teléfono.

Encontró archivos con fotografías de la chica, algún que otro vídeo que correspondía a la vigilancia que le habían hecho esos meses y algunos datos útiles como la dirección, su número de teléfono y lugar de trabajo actual.

—Cojonudo —chasqueó.

Colocó el teléfono en el soporte, conectó el GPS y abandonó el lugar.

CAPÍTULO 5

Midwood,
Nueva York.

—Otra vez no.

Emily gimió sacando la cabeza de debajo de la almohada al escuchar el inconfundible sonido de la alarma de incendios del edificio. Desde que vivía allí la oía sonar al menos una vez al mes. Era como si aquel maldito interruptor rojo llamase a la gente y les invitase a meter los dedos dónde no debía.

Hizo a un lado las sábanas, puso los pies en el suelo y se levantó por inercia. No habían pasado ni dos horas desde que consiguió por fin conciliar el sueño y ahí estaba esa irritante bocina despertándola una vez más.

Se calzó las zapatillas deportivas que siempre dejaba listas en caso de tener que salir de manera inesperada, se puso la chaqueta por encima del pijama, metió el teléfono en el bolsillo y rescató la mochila para situaciones de emergencia que guardaba debajo de la cama antes de dirigirse a la puerta principal.

Nada más quitar el seguro y abrir escuchó el murmullo de sus vecinos abandonando sus hogares, rezongando o directamente maldiciendo en voz alta mientras trotaban por el pasillo en dirección hacia las escaleras. Sin embargo, lo que la impactó fue que de verdad olía a humo.

Hasta ahora, no recordaba un solo momento en el que esa alarma no estuviese sonando como una loca histérica y se debiese a la estupidez de alguien, pero esta vez parecía distinto.

Se dirigió hacia la puerta que daba a las escaleras y se encontró a dos de los habitantes de los pisos superiores bajando a toda velocidad.

—Vamos, vamos, vamos —instaba el primero al que le seguía de cerca—. Si es que se veía venir, joder, se veía venir…

Se hizo a un lado, evitando así que la arrollasen y no perdió un segundo en emprender el descenso detrás de ellos.

—Esto ha sido cosa de los rumanos —farfulló alguien por debajo de ella, cuya voz reconoció como la de la señora Ramírez—. Os lo digo yo. Le habrán prendido fuego a la marihuana que cosechan o vete a saber…

—Pero si solo tienen un par de macetas para consumo propio.

—Y tú lo sabes porque pasas tiempo con ellos, ¿no?

Antes de acabar en este edificio, Emily había visto el *Sistema de Protección de Testigos* como algo similar a lo que aparecía retratado en las películas. El estado se haría cargo de todo, te buscarían una buena vivienda, en un buen barrio, te darían un colchón económico con el que mantenerte unos días y te meterían en un trabajo medianamente decente. Solo tendrías que aprenderte un nuevo nombre, memorizar una vida ficticia, teñirte el pelo, cambiarte de peinado… y todo iría sobre ruedas.

Pues todo aquello era una enorme trola, una manera de idealizar un sistema que hacía aguas por todos lados y que proporcionaba más incertidumbre que seguridad a las personas que

les tocaba formar parte de él.

Su edificio era viejo, aunque había pasado todas las inspecciones, incluida la de este año, La diversidad de nacionalidades de los habitantes de los pisos hacía que pensases por momentos en el de la ONU y en lo referente a la seguridad del barrio… Eso sería lo único que podría dar como bueno, ya que se trataba de una zona residencial y no solían tener problemas.

El agente Cassidy Ortiz la había dejado allí con lo puesto, le había entregado un sobre con algo de dinero, un teléfono móvil de tarjeta solo para casos de emergencia y la había aleccionado sobre cómo proceder en caso de tener que abandonar la casa por motivos de fuerza mayor.

El tipo se había deshecho de ella como si fuese un macuto y en todo el tiempo que llevaba allí, solo la había contactado un par de veces con una escueta conversación.

Era difícil de entender como alguien que había permanecido a su lado desde el momento en que la sacó de aquel sótano, podía desentenderse de ella con tanta facilidad. Era como si la amabilidad, la paciencia y el tacto con la que la había tratado, incluso antes de que la ingresaran en el hospital, nunca hubiese existido o ella no le importase en lo más mínimo.

Solo era una víctima más. Probablemente una de las muchas mujeres que había rescatado de las garras de organizaciones criminales cómo la que la retenía a ella y el agente Ortiz seguía estrictamente el protocolo de su trabajo.

Se ciñó la mochila a la espalda y atravesó la puerta del edificio. Debía dar gracias a que en aquellos meses el clima empezaba a ser algo más cálido, porque salir en plena noche a la calle con lo puesto y bajo un llovizna o una incipiente nevada no era un plato de buen gusto.

—¿Qué coño ha sido esta vez? —preguntó un abuelo. Si mal no recordaba, el hombre vivía en uno de los primeros.

—*Virgen santa*. A este paso moriré antes de un infarto que de un maldito incendio —declaró la señora Ramírez, quién se había reunido junto a los primeros inquilinos que habían abandonado el edificio.

—Pero ¿hay fuego o no hay fuego? —inquirió otra mujer que llevaba un perrito en brazos y que también pertenecía al primer piso.

—Seguro que ha sido el primero volviendo de sus borracheras nocturnas —chasqueó el abuelo—. Se habrá colgado de la alarma… y aquí estamos.

—Esta vez no, señor Thomas, en nuestra planta olía a humo —aseguró uno de los dos chicos a los que había visto bajar desde las plantas superiores.

—Venía del piso de arriba, del de esos pseudo naturistas, los de la mini plantación de *María*.

—¿Pero no decíais que solo tenían un par de macetas?

—Esa cantidad de humo no pude venir de quemar un par de macetas.

La anonada declaración de uno de los presentes y la manera en la que señaló hacia un lado del edificio, en la parte superior, hizo que todos levantasen la cabeza. Una pequeña columna de humo blanco salía a través de una de las ventanas, no se veían llamas, pero no descartaba que antes o después apareciesen.

Fuego. Un incendio. Un edificio siendo pasto de las llamas. Su vivienda consumida por aquellas lenguas amarillas, comiéndoselo todo, borrando todo rastro de sus cosas, de aquella vida inventada… Su imaginación compuso toda una obra dramática en cuestión de segundos, un vaticinio que sabía era imposible que se cumpliera, pero últimamente solían pasársele por la mente esa clase de agoreras ideas.

Sacudió la cabeza, dejó a sus vecinos con sus elucubraciones y se arrebujó en la chaqueta al tiempo que buscaba con la mirada un lugar en el que poder esperar y dónde no estuviese tan

expuesta.

El estar en la calle en plena noche todavía la ponía nerviosa, hacía que los sonidos se magnificasen, que sus pesadillas cobrasen mayor fuerza y los recuerdos volviesen a su mente. Se movió hacia las inmediaciones de la luz de una farola, pendiente de lo que la rodeaba, alerta a cualquier cosa que le resultase sospechosa en caso de que necesitase huir.

Se había vuelto un poco paranoica y lo sabía, pero no podía evitar que su mente crease todo tipo de escenarios en los que o bien acababa siendo acuchillada o era secuestrada de nuevo.

Hasta el barrio llegaron finalmente el eco de las sirenas.

Alguien debía haber llamado a los bomberos al escuchar la alarma o quizá esta estuviese conectada directamente con su central; era algo en lo que no había pensado hasta esos momentos.

—Bueno, esta vez al menos tendrán algo que apagar —escuchó el comentario de uno de los vecinos.

—Espero que sean los chicos de la doscientos veinticuatro —comentó alguien más—. Con todas las veces que han venido por falsas alarmas, se llevarán una alegría al ver fuego.

—Yo de momento solo veo humo.

—Mejor que siga así…

El sonido de las sirenas se hizo más fuerte a medida que se acercaban a la calle en cuestión, la cual al ser ocupada por el camión de bomberos, imposibilitaba el paso a cualquier otro vehículo, ya que era de una sola dirección.

Las puertas se abrieron y bajaron al momento una dotación uniformada, vestida con esos gruesos trajes amarillos que no dudaron en ponerse en movimiento.

—Bueno, al menos esta vez sale humo de una de las ventanas… —escuchó murmurar a uno de los recién llegados.

—Céntrate, Clifford.

—¿Están todos bien? —preguntó uno de los recién llegados, al tiempo que impartía algunas órdenes rápidas—. ¿Qué ha pasado? ¿Queda alguien en el edificio?

—¿Estamos todos o falta alguien? —empezaron a preguntarse los vecinos entre ellos.

—Los de los dos primeros y los dos segundos estamos aquí —comentó alguien—. El poeta del tercero también y me ha parecido ver a la chica rara que vive frente a él…

Esa sería yo, pensó Emily con una mueca.

—Es la cuarta planta… —comentó uno de los bomberos, quién ya se estaba alistando para entrar en el edificio—. ¿Quién vive ahí?

—Los rumanos —contestó alguien.

—¿Los inquilinos están todavía dentro? —insistió el hombre, volviéndose hacia la persona que había hablado.

—No sabría decirle, señor bombero, no me hablo con todos —declaró la mujer que cargaba con el perrito.

—Ya empezamos… —masculló el profesional, volviéndose al jefe del operativo—. Será mejor que entremos y hagamos un barrido.

—Wolf, las máscaras —le recordó, entonces se volvió hacia sus compañeros—. Estad atentos a cualquier posible clase de intoxicación, ese humo es demasiado blanco como para ser producto solo del fuego.

—Oído, jefe.

—¡Vamos a entrar!

Como una unidad bien coordinada, se dispusieron a entrar en el edificio, pero no llegaron siquiera a la entrada cuando aparecieron los dos que faltaban y que, a juzgar por su aspecto, sus

palabras y la poca estabilidad que traían eran con toda probabilidad los culpables de aquel conato.

—Joer, que colocón, tíos…

—¿Qué te había dicho?

—Se veía venir. Tantos altibajos de luz… Y luego aún pretenden que la comunidad pague las facturas…

—*Uy mira, los bomberos, tíos… Pedaaaaazoooo fuego… Espero que tengáis las mangueras largas y a tope de agua…*

—*Sehhh* —declaró su compañero con un acento que era difícil de entender—. *Que mierda de extintores, tío, solo salía espuma blanca…*

—*Sehh* —secundó su colega.

Antes de que cualquiera de los profesionales pudiese abrir la boca, algo explosionó por encima de sus cabezas y los cristales empezaron a caer como una jodida lluvia.

—¡Jesús!

—¡Atrás todo el mundo! —gritó el jefe, coordinándose al momento con sus hombres para apartar a la gente de los daños que podrían devenir de la explosión.

Lo que antes había sido una columna de humo ahora se convirtió en lenguas de fuego que ardían con fiereza y amenazaban con salir por la ventana.

—La madre que los parió…

El infierno pareció desatarse en cuestión de segundos ahí abajo, los hombres empezaron a desplegarse, ya habían conectado las mangueras a uno de los hidrantes y dirigieron el chorro a la ventana en llamas.

Lo que había empezado como una posible falsa alarma más, se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en un verdadero peligro y la comunidad de vecinos lo acusó con nerviosismo e incredulidad.

Emily saltó ante la inesperada explosión y contempló atónita las llamas que intentaban doblegar a base de agua. Los edificios colindantes empezaron a encender las luces, la gente se asomaba a las ventanas e incluso salían a la calle para enterarse a qué se habría debido aquel petardazo.

Si bien ya estaban acostumbrados a escuchar las sirenas de los bomberos por aquella zona, cosa de la que se habían quejado varias veces, era la primera vez que la cosa parecía ir en serio.

Un escalofrío le recorrió la columna, el sonido de nuevas sirenas aullando en plena noche la sobresaltó, la histeria se había desatado a su alrededor y con ella llegó la comprensión.

Un incendio. Es un incendio de verdad. No es un simulacro. Nadie se ha colgado de la alarma de incendios. Hay fuego.

Y dos ventanas por debajo de aquella estaba su vivienda, el único hogar que había conocido esos últimos ocho meses.

El terror siempre presente con el que convivía en esos últimos tiempos empezó a clavarle las uñas. De pronto, estar en plena calle le resultaba asfixiante, había demasiados lugares en los que podía ocultarse un asesino. Quizá incluso ya estuviese allí, vigilándola, esperando el momento para atacarla, meterle una bala en la cabeza o peor aún, volver a secuestrarla.

El miedo le apretó la garganta privándola de aire, giró sobre sus pies, sintiendo las piernas y todo su cuerpo demasiado inestable y se movió a trompicones. Chocó con alguno de sus vecinos, quién extendió la mano en un intento por detenerla, lo que la hizo gemir y avivó su necesidad de marcharse de allí.

Echó a correr, sus pesadillas cobraban vida detrás de ella, azuzándola, haciendo que las

voces que solo vivían en su mente resonasen con fuerza, que los fantasmas que la atormentaban ganasen terreno.

Voló a través de varias manzanas, dejando atrás todo excepto el miedo que le daba alas a los pies y la prudencia, por lo que ni siquiera fue consciente de que había dejado la acera y cruzaba sin mirar una de las vías principales.

Una luz cegadora la deslumbró obligándola a detenerse de golpe. Escuchó un fuerte chirrido mientras los faros cambiaban de ángulo y varios bocinazos seguían a la peligrosa maniobra. Todo ocurrió en cuestión de milisegundos, su cuerpo recibió el impacto y cayó hacia atrás. Al momento, los gritos, los sonidos y sus propias pesadillas desaparecieron engullidas por la espesa oscuridad que le robó el conocimiento, apagando completamente su mente.

CAPÍTULO 6

The Brooklyn Hospital Center,
Nueva York.

Horas después…

¿En qué universo paralelo uno acaba atropellando a su propia cliente?

Había salido de la nada. En un abrir y cerrar de ojos algo apareció ante las luces de su coche y tuvo el tiempo justo de clavar el freno y dar un volantazo para impedir que toda la envergadura del vehículo se cerniese sobre ella. Aun así, había notado el golpe en un lateral antes de empotrarse él mismo contra un fabuloso muro de hormigón.

Las calles estaban prácticamente desiertas a esas horas, no había tráfico y desde luego, lo último que esperabas encontrarte al enfilar una avenida, era que alguien o algo saltase delante de tu automóvil.

Tenía que haber estado más atento, pero después de casi tres horas y media al volante, con la urgencia que le había transmitido la actitud de Cassidy, solo pensaba en llegar a la dirección que tenía marcada y extraer a la chica.

Jamás se le pasó por la cabeza un escenario igual y menos aún que fuese a encontrar a su nuevo encargo frente a las luces de su coche.

La instantánea preocupación, unida a la necesidad de auxiliar a la posible víctima que acababa de atropellar lo hizo abandonar el vehículo en medio de una tambaleante neblina. El impacto lo había llevado a golpearse en la cabeza y pudo notar como un hilillo de sangre corría por su rostro, una de sus rodillas se había llevado también un buen golpe y acabó renqueando hasta el cuerpo tirado a un lado de la carretera.

El impacto que se llevó al verla y reconocer ese rostro fue incluso más fuerte que el propio golpe. Incrédulo y preocupado a partes iguales, se agachó y comprobó el pulso en su cuello, respirando aliviado al ver que la chica todavía respiraba.

Lucien se pasó las manos por el pelo, tenía la boca pastosa y la cabeza embotada gracias a los analgésicos que le habían administrado en el hospital. Se había hecho una buena brecha en un lado de la frente que le reportó varios puntos, la rodilla le dolería unos cuantos días, pero no era algo con lo que no se hubiese enfrentado ya en otras ocasiones. Al menos esta vez nadie le había disparado o acuchillado.

Echó un nuevo vistazo hacia el pasillo por el que esperaba que apareciese antes o después el médico que se había hecho cargo de ella. Por fortuna, la ambulancia no había tardado mucho en llegar, la evaluación preliminar había sido buena, pero eso no quitaba que pudiese haberse producido alguna hemorragia interna por el golpe, algo que no sabría hasta que el maldito matasanos saliese por esa puerta.

«Acabo de atropellar a la paloma».

El mensaje enviado se había saldado con una inmediata llamada de un incrédulo Cassidy, el cual había aportado además información de ultimísima hora; se había declarado un incendio en

la vivienda que le habían asignado a la joven.

Eso explicaba por qué la mujer vestía un pijama debajo de la chaqueta, aunque la mochila que había llevado consigo y que en esos momentos custodiaba él, le diese una información totalmente distinta; allí dentro había todo lo necesario para largarse en caso de necesitar desaparecer de forma inmediata.

Dejó escapar un suspiro y se reclinó hasta descansar la cabeza contra la pared, cerró los ojos un momento e intentó concentrarse en cualquier cosa que no fuese el ahogado latido en sus sienes.

—…si no está muerto, lo mataré yo mismo...

Volvió a abrirlos al reconocer la inconfundible voz de su otra mitad; su hermano gemelo. Ladeó la cabeza un segundo antes de ver aparecer a Dain por el pasillo, seguido de una menuda mujer de piel chocolate, quién al verlo suspiro de alivio.

—Relájate, hermanito, sigo vivo…

Sus palabras no aplacaron al recién llegado, que se plantó delante de él y lo examinó desde la cabeza a los pies sin decir una sola palabra.

—¿En qué mierda estabas pensando?

—En esquivar un cervatillo que se tiró delante de mi coche —respondió con tranquilidad, añadiendo un encogimiento de hombros a sus palabras—. Eso me ha llevado a tener una relación de lo más íntima con un muro de hormigón.

—Serás idiota… —siseó él, pero su gesto se relajó visiblemente.

—¿Qué te han dicho? —preguntó entonces Faith, acercándose a él y tocándole la frente, examinándole el apósito cómo lo haría con uno de sus alumnos—. Tienes un aspecto horrible.

—Hola a ti también, *galletita* —le guiñó un ojo, a lo que ella simplemente se sonrojó y dio un paso atrás, adoptando esa actitud de profesora de escuela que conocía bien—. Estoy bien, he saldado la aventura con unos cuantos puntos y contusiones, nada grave.

Miró de nuevo hacia el pasillo, esperando a que apareciese de una buena vez el médico y le diese noticias de la víctima del atropello.

—¿Has sabido ya algo del *ciervo*? —Dain llamó de nuevo su atención, sus ojos azules, una copia de los suyos, se clavaron en él.

Esbozó una sonrisa de soslayo. Estaba claro que su hermano le conocía bien, era capaz de leerlo entre líneas y suponía que lo que no sabía se lo habría sonsacado al único que le daría respuestas.

—Están con *ella* —señaló hacia el fondo del corredor—. Intenté esquivarla y no llevármela por delante, pero no pude evitar rozarla. —Hizo una mueca—. No la vi, Dain, salió de la nada.

—¿Has hablado ya con la Policía?

Ese tipo de casos eran reportados por el hospital a las autoridades, pero dada la identidad de la mujer y su condición de testigo protegido, los únicos policías que se habían personado estaban al tanto de todo.

—Logan ha recogido mi declaración —informó, haciendo que su gemelo enarcase una ceja. Ambos conocían los escenarios en los que solía moverse el detective canadiense y aquel no era uno de ellos—. El ciervo es una especie protegida… Y los de arriba se pondrán de uñas si se enteran de que le ha pasado algo.

Aquella parecía una conversación de besugos, pero su interlocutor lo había pillado a la primera, a juzgar por la cara de pocos amigos que lucía en esos momentos.

—¿Por qué demonios sigues metiéndote en mierdas como esta?

—Porque es mi trabajo.

—No —siseó en respuesta—. Tu trabajo es recuperar a gilipollas que no quieren pagar las fianzas que le corresponden, no… ¡Esto!

Puso los ojos en blanco.

Aquel no era el lugar ni el momento para iniciar de nuevo aquella discusión, una que ya habían mantenido varias veces en el pasado.

—Hermanito, voy a ejercer de niñera, ¿qué puede haber más aburrido que eso?

—La palabra aburrimiento jamás ha entrado en tu diccionario, Lucien —replicó Dain. Sacudió la cabeza y respiró profundamente en un intento por recuperar su compostura—. ¿Y cuándo has vuelto a Nueva York? La última vez que hablamos dijiste que ibas a tomarte un tiempo sabático y disfrutar del sol de Miami.

—Esa era mi intención, pero Cassidy me hizo una oferta que no podía rechazar y ya que estaba por la zona, le hice una visita…

—¿Washington?

—Yep —asintió confirmando su suposición—. Estaba volviendo a casa cuando ese ciervo se me atravesó en el camino…

—¿Y vas a quedarte?

La pregunta esta vez vino de Faith, haciendo que ambos se giraran hacia ella. La chica había permanecido en completo silencio, sin duda analizando su conversación, pero dejándoles el espacio necesario para que se las apañaran entre ellos.

—¿Me has echado de menos, *galletita*? —ronroneó, haciendo que la chica pusiese los ojos en blanco.

—No particularmente —le soltó, cosa que hizo que su hermano soltase un bufido de risa, liberando un poco la tensión existente entre ambos—. Pero necesito saber si vas a quedarte para poder preparar la habitación de invitados… —Al decir aquello miró a su pareja—. Supongo que no querrás perderle de vista durante algún tiempo, *señor*.

El *«señor»*, aún pronunciado en voz baja y solo para los oídos de su hermano, era un gesto de respeto y cariño de esa pequeña sumisa para con su dominante.

Su hermano era un dominante de los pies a la cabeza. Para él no se trataba de un rol de dormitorio, era un estilo de vida y, si bien se había suavizado un poco para comodidad de su actual pareja, la mujer de la que estaba profundamente enamorado estaba seguro de que la relación entre ambos versaba en la dinámica D/S, al menos cuando estaban en privado o en familia.

—Buena suposición, cariño —admitió, agradeciéndole su consideración, entonces se volvió a él—. Aunque intuyo que aquí, el *Amo White*, preferirá volver a su propio alojamiento… Por cierto, tus plantas siguen vivas. Tendrás que darle las gracias a Siobhan, ha conseguido convertir esa selva que tenías en la parte de atrás, en un espacio habitable.

No pudo sino poner los ojos en blanco al escuchar el apodo con el que lo había bautizado una de las sumisas del *Blackish*.

—La próxima noche que me pase por el club, se lo agradeceré apropiadamente —declaró con una perezosa sonrisa.

En realidad extrañaba precisamente aquello, poder pasar una noche tranquila en el club de BDSM de Chelsea al que se habían afiliado Dain y él al llegar a Nueva York. Si bien no era un dominante las veinticuatro horas del día, como su hermano, disfrutaba ocasionalmente de dar rienda suelta a sus necesidades, de la confianza que una mujer depositaba en sus manos y de la entrega final de esta.

De un tiempo a esta parte, especialmente después de haber conocido a Faith y ver cómo encajaba en la vida de Dain, se había encontrado deseando tener sino lo mismo, algo parecido. Quería encontrar a una mujer que encajase con él, que lo complementase del mismo modo que él la complementaría a ella… Por una vez, empezaba a desear algo de estabilidad en su vida y no la incertidumbre de pasar de una compañera de juegos a otra.

Hizo de inmediato esos pensamientos a un lado y continuó.

—Gracias por la invitación, *galletita*, pero como acaba de mencionar aquí el experto, prefiero mi casa —le dedicó un guiño—. Pero no diré que no a una cena casera…

—Te tomo la palabra, *Amo Luc* —replicó ella apoyándose contra su hermano, quién no dudó en envolverla entre sus brazos.

Se rio por lo bajo.

—Me gusta eso de «*Amo Luc*».

—*Que la fuerza te acompañe…* —musitó Dain, haciendo que se riese por lo bajo una vez más.

—Oh, no había pensado en ello —murmuró al mismo tiempo Faith, abriendo los ojos de par en par dando veracidad a sus palabras.

—Lo sé, amor, lo sé —aseguró Dain, inclinándose para besarla en el cuello.

—¿*Señor Ratcliffe*?

Lucien se incorporó, no sin hacer una mueca de dolor al hacer fuerza sobre la rodilla lastimada, para salir al encuentro del médico que llegaba de la zona de urgencias.

—¿Cómo está ella?

El hombre se dirigió a él con gesto tranquilo, sin duda acostumbrado a tener que dar toda clase de noticias.

—Mucho mejor de lo que cabía esperar dado lo aparatoso del accidente —admitió sincero —. Lo que más nos preocupaba era la existencia de un posible traumatismo severo, pero de algún modo, ni el impacto, ni la caída han traído consigo más daños que algunas contusiones y arañazos. Se ha dado, eso sí, un buen golpe en la cabeza, por lo que vamos a mantenerla en observación durante veinticuatro horas y después la subiremos a planta.

—Esa es una buena noticia —admitió Dain en voz alta, llamando la atención del médico, quién asintió en respuesta.

—¿Cuándo le darán el alta?

—Si todo va bien y no aparecen complicaciones, mañana mismo podrá irse a casa.

Aquellas palabras aliviaron la tensión que lo había mantenido en vilo durante esas últimas horas y se permitió respirar con cierto alivio.

—¿Podría verla un momento? —preguntó intentando parecer lastimero.

Para el médico y el resto del hospital, él no era otra cosa que el conductor que había atropellado accidentalmente a una mujer. Un tipo que se había llevado un susto de muerte y fue capaz de reaccionar con rapidez, llamando una ambulancia y asistiendo a la desdichada hasta el momento de la llegada de los sanitarios. Y como culpable del desafortunado incidente, se afanaba en hacer todo lo que estuviese en su mano para ayudarla y aliviar así su propia culpa.

La realidad, por supuesto, era una muy distinta, pero nadie más allá de los implicados tenían por qué ser consciente de ella.

El hombre negó con la cabeza y le posó la mano en el hombro de forma consoladora.

—Como ya le he dicho, va a estar las próximas veinticuatro horas en observación —repitió—. Hemos tenido que administrarle un suave sedante, pues se despertó algo desorientada. Debería dormir las próximas horas y a juzgar por lo que veo, usted también necesita descansar.

—Dudo que pueda pegar ojo mientras no sepa que la chica está bien, doctor —se adelantó su hermano—. Mi hermano ha sufrido un verdadero trauma a causa de este desafortunado accidente…

«Y luego el que se monta teatros soy yo», pensó divertido, observando la *performance* de Dain.

—Concédale un par de minutos para que vea por sí mismo que la muchacha está fuera de peligro —insistió su gemelo con esa habilidad que tenía para meterse a la gente en el bolsillo—. Le prometo que me lo llevaré a casa y no volverá a ver su cara por el hospital hasta mañana.

El médico pareció meditarlo un par de segundos, entonces se volvió hacia él y le advirtió.

—Dos minutos —concedió, entonces se volvió y le hizo un gesto con el brazo invitándolo a acompañarle—. Venga conmigo.

—Te esperamos aquí —le advirtió su gemelo, cuyo rostro de secreta satisfacción lo llevó a poner los ojos en blanco—. Parece que después de todo sí se vendrá a casa, Faith.

—Si por separado sois… peligrosos, juntos dais miedo, Dainiel —escuchó que decía la chica antes de atravesar las puertas que daban al área restringida de urgencias.

Lucien dejó atrás la sala de espera y renqueó tras el médico hasta una pequeña habitación antiséptica.

—Dos minutos —señaló el médico, dejándole en el umbral.

Tumbada en una camilla, con un feo camisón de hospital, el pelo recogido y varios raspones en el rostro y en los brazos, el *cervatillo* parecía mucho más joven de los veintisiete años que mencionaba el dossier. Entró en la habitación, se acercó a la cama e hizo una mueca al ver el apósito que le cubría uno de los pálidos brazos, así como las manchas que el antiséptico había dejado sobre los cortes y raspones en rostro y manos.

Esta chica era *Emily Dillinger*, la cual vivía actualmente bajo la identidad de *Erika Thompson*. Ella era la única testigo viva capaz de declarar y hacer que a un malnacido como Elías Greyson se pudriese en la cárcel.

—Emi —pronunció examinando el rostro sereno. Entonces chasqueó la lengua y frunció el ceño—. ¿Qué hacías fuera del edificio a esas horas? ¿Qué mierda ha podido llevarte a cruzar la carretera de esa manera en plena noche?

Ella se había marchado con lo puesto, pero había tenido la previsión de llevarse consigo una pequeña mochila con lo necesario para desparecer unos días o cambiar de localización.

Frunció el ceño pensando en todo lo que no sabía de esa mujer y en todo lo que tendría que descubrir a partir de ahora.

Se inclinó sobre ella y contempló su rostro de cerca durante unos segundos.

—Descansa ahora, *paloma fugitiva*, mañana volveré a por ti.

Cedió al impulso de tocarle el rostro con los dedos, apartando un delicado mechón de pelo, para finalmente incorporarse y dar media vuelta.

Emi Dillinger. Sí. Mañana volvería a buscarla y obtendría las respuestas de las que carecía esa noche, empezando por el motivo por el que esa pequeña paloma había salido huyendo.

CAPÍTULO 7

The Brooklyn Hospital Center,
Nueva York.

Al día siguiente…

Estaba en un hospital.

Su mente surfeó a través de los analgésicos reconociendo el ambiente esterilizado que había a su alrededor. A medida que se iba espabilando empezó a sentir ese conocido hormigueo en la piel que procedía de la ansiedad, el corazón se le aceleró y de no ser por el oxígeno extra que entraba a través de su nariz, estaría en serios problemas.

Intentó incorporarse solo para hacer una mueca ante el entumecimiento general de su cuerpo y el pinchazo de la vía en su mano, obligándola a permanecer inmóvil y con los ojos cerrados unos segundos más.

¿Qué hacía en el hospital? ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué había pasado? ¿Acaso la habían encontrado?

Los ojos empezaron a llenárseles de lágrimas que se deslizaron por sus mejillas, la angustia anidó en su pecho y estuvo a punto de sucumbir al llanto cuando recordó algo.

El incendio.

Habían tenido que desalojar el edificio. Todos los vecinos se habían reunido en la calle, esta vez no se había tratado de una de esas falsas alarmas, el humo salía por una de las ventanas del inmueble y la explosión que siguió, con esas llamas lamiendo las paredes…

Su casa, su escondite durante esos últimos ocho meses se estaba quemando, poniéndola en peligro, así que se había largado.

—Mierda —siseó llevándose una mano a la cabeza solo para encontrar un apósito a un lado de la frente.

Se había asustado, había salido huyendo y aquellas luces… El sonido del chirrido de las ruedas, el del claxon… el inesperado golpe…

—Me han atropellado —comprendió. Volvió a cerrar los ojos y se quedó allí inmóvil, intentando respirar despacio, aunque se le estaba haciendo cuesta arriba.

Un accidente de tráfico. Sí, era justo lo que le faltaba a su particular currículum, podría ponerlo al lado de *«secuestrada, vendida y torturada»*.

Gimió en voz alta, más por su propia estupidez que por el dolor en su cuerpo.

No podía quedarse allí, no podían saber quién era ella, aunque era complicado que alguien lo averiguase dada su condición. Su tapadera era sólida, tenía documentos que acreditaban su nueva identidad, había vivido una vida inventada durante esos últimos meses y nadie había sospechado que no fuese quién decía ser.

—Mi mochila…

Se incorporó de inmediato, gimiendo una vez más cuando el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor y su vacío estómago amenazó con rebelarse.

—Ay Dios… —Se obligó a permanecer totalmente inmóvil hasta que el malestar se asentó y pudo volver a abrirlos sin sentir que estaba sobre la borda de un barco.

Hizo un lento barrido por la habitación y suspiró de alivio al localizar la gastada mochila negra con estrellas plateadas que descansaba sobre el único sillón disponible.

Aquel era su salvavidas, su bolsa de emergencia, siempre preparada por si debía salir corriendo por algún motivo.

Se había asustado, la paranoia y el miedo hicieron presa de su cerebro y se dejó llevar por ellos. No se tomó ni un solo minuto en pensar lo que estaba haciendo, solo reaccionó por temor a revivir de nuevo aquel infierno.

No puedo pasar por eso otra vez.

Se recostó de nuevo y caviló en las opciones que tenía ahora.

No sabía que habría sido del inmueble, si consiguieron extinguir el fuego, si este habría afectado solo a una vivienda o a la planta entera. Todo lo que tenía estaba en aquel lugar, puede que no fuese gran cosa, pero había intentado crear un hogar en el que sentirse a salvo…

Uno que quizás ahora sea un puñado de cenizas.

Más lágrimas se unieron a las primeras, pero esta vez se obligó a contener el llanto. Se limpió la cara con una mano y sorbió por la nariz. Tenía que centrarse y pensar en qué iba a hacer a partir de ahora. Suponía que esta situación podía calificarse como una «emergencia», así que podría utilizar el teléfono que le había entregado Ortiz para ponerle al tanto de lo ocurrido y que le diese alguna solución sobre qué hacer ahora.

—El móvil está en la mochila… —recordó con una mueca.

Un pequeño inconveniente que solventar.

Miró a su alrededor y comprobó que solo estaba conectada a un gotero y al oxígeno, no era mucho problema siempre y cuando fuese capaz de ponerse en pie y llegar hasta el asiento sin caerse redonda en el suelo.

Con movimientos lentos, atenta a cada pequeño malestar o mareo que la sacudía por entero, tomándose su tiempo entre acción y acción, consiguió librarse del oxígeno y sentarse en la cama con las piernas colgando hacia fuera. Aquellos breves ejercicios la hicieron jadear como si hubiese corrido una maratón, el estómago amenazaba con dar un triple salto mortal hacia atrás y la cabeza le latía con tal intensidad que no sabía si tenía un tamborilero en su interior.

Contempló su objetivo con ojos entornados y esperó con toda la paciencia que pudo reunir a que esta dejase de darle vueltas y proceder al siguiente paso de su lista; levantarse de la cama.

—Respira, tú solo respira —se infundió ánimos—. Son solo dos pasos. Puedes hacerlo, puedes hacerlo, de verdad que sí…

Tomó una profunda bocanada de aire y, apoyándose en la mesilla desplegable pegada a la cama, hizo el primer intento por incorporarse.

El insistente mareo quedó de inmediato relegado por una dolorosa punzada en el costado que le arrancó el aliento y la hizo tambalearse, las rodillas amenazaron con doblarse y enviarla directamente al suelo, destino que habría sido inevitable si en esos momentos no hubiese sido sorprendida por una montaña que impidió el desastre.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

Una voz masculina grave y profunda, matizada con cierto tono de fastidio precedió a unos fuertes brazos que la rodearon de inmediato, levantándola como si no fuese un peso muerto y la depositaron en la cama.

—Mi… mochila…

Las palabras salieron de manera lastimera de su boca, las lágrimas volvieron a resbalar por

su cara, pero esta vez debido al dolor que sentía en todo el cuerpo, más que a su propia impotencia.

Notó como le volvían a poner el oxígeno y le ajustaban las gomas tras las orejas, luego estirarle el brazo de la vía sobre la cama.

—La maldita mochila no va a salir corriendo —gruñó la voz haciendo que se encogiese instintivamente.

—La… la necesito… —suplicó manteniendo los ojos cerrados, pues todo seguía dándole vueltas y las náuseas habían hecho acto de presencia para quedarse—. Por… por favor…

—Quédese quieta y respire lentamente. —Las palabras llegaron acompañadas de una callosa palma posándose sobre su frente, que después resbaló hacia atrás, sobre su pelo, quedándose allí unos momentos más—. Despacio… Así.

Tras unos minutos siguiendo su consejo, empezó a sentirse mejor, las náuseas remitieron y el mareo se estabilizó lo suficiente como para que pudiese abrir los ojos y reparar por primera vez en el desconocido que trasteaba en el gotero.

Ese hombre no era un médico, ni siquiera un enfermero o celador, no llevaba uniforme o bata de hospital. Con el pelo corto de color castaño oscuro con algunos reflejos más claros, barba recortada y una chaqueta militar arremangada hasta el codo, dejando a la vista unos fuertes antebrazos, tenía claro de que no se trataba de un empleado del hospital.

El estómago se le encogió al momento, volvió a notar ese hormigueo sobre la piel y el corazón acelerándose solo para detenerse de golpe en el instante en que se giró y unos claros ojos azules coronados de pestañas claras se posaron sobre ella.

—Quién… ¿quién es usted?

—Su nuevo guardaespaldas —le soltó curvando los labios en una perezosa sonrisa—. Me llamo Lucien Ratcliffe y estoy aquí para ocuparme de su seguridad, *señorita Dillinger*.

Las palabras tardaron unos instantes en penetrar en su mente, escuchar ese nombre en voz alta no era algo para lo que estaba preparada.

—¿Qué?

El hombre sonrió y por primera vez en varios meses, encontró a alguien del sexo opuesto más atractivo que aterrador.

—Me envía el agente Ortiz —le informó haciendo que palideciese al escuchar el nombre del hombre que la había protegido hasta el momento—, para mantenerla a salvo hasta el día del juicio.

Un profundo escalofrío le bajó por la columna.

Tragó y procuró sonar sincera al responderle.

—Me temo que no sé de qué me está hablando…

Él levantó entonces un dedo en un claro gesto de «espera y verás», metió la mano en la chaqueta y sacó un teléfono móvil. Buscó un número y acto seguido marcó, accionando al momento el manos libres.

—Cass, aquí tengo a alguien que necesita escuchar tu voz. —Habló en voz alta, al tiempo que ponía el teléfono entre los dos.

—¿Emily? —Respondió alguien del otro lado de la línea, una voz que reconoció al momento y que la hizo respirar de nuevo—. Soy Cassidy. El hombre que tienes a tu lado es Lucien Ratcliffe. Se quedará contigo hasta el día del juicio. Puedes confiar en él.

—Joder, Cass, mira que eres frío —resopló el tal Lucien, mirando el aparato—. ¿Dónde has dejado el *«cómo estás»* o *«te encuentras bien»*? La chica está tendida en una cama de hospital…

—Porque tú la has atropellado, capullo.

Emily parpadeó varias veces seguidas al escuchar aquel intercambio, dejó de mirar el aparato y levantó la cabeza para contemplar al hombre.

—¿Usted… me atropelló?

—En realidad, *tú* saltaste delante de mi coche…

—Yo no…

—Emily, las cosas se han puesto algo… *calientes* —escuchó de nuevo la voz del agente de la ICE—. Escúchame atentamente. Te quedarás con Lucien hasta el día del juicio, él se encargará de tu seguridad, así que sigue sus instrucciones como si fueran las mías.

Tragó al escuchar aquellas palabras y no pudo evitar que el corazón le diese un vuelco, si le estaban poniendo escolta era porque…

—Qué… ¿qué ha pasado? —La voz no solo le temblaba, sino que sonaba más ronca y rasgada que nunca a causa del miedo—. Me… ¿me han encontrado? Él… ¿Le habéis encontrado?

—No —reconoció la reticencia en la voz de Cassidy, sin duda aquella no era una noticia que quisiera darle—. Pero lo haremos…

Un nuevo escalofrío la recorrió por entero.

—Lucien te dará todas las explicaciones que necesites conocer —declaró dando por zanjada la conversación—. Cuida de ella.

—Nos vemos en el juicio —declaró su nuevo guardián, cortando la comunicación y devolviendo al momento el teléfono al bolsillo sin dejar de mirarla—. ¿Todavía quiere la mochila, señorita Dillinger?

Entrecerró los ojos y lo miró con suspicacia, pensando en que lo último que necesitaba era un guardaespaldas, sobre todo uno que al parecer, había sido el responsable de atropellarla.

CAPÍTULO 8

Emily Dillinger tenía miedo.

Lucien había visto a lo largo de su vida personas asustadas. El miedo actuaba de muchas maneras y en esa mujer lo hacía clavando las uñas y generando una inmediata desconfianza hacia todo lo que se saliese de su control.

Aquí se sentía aislada, prácticamente atrapada, no dominaba la situación y estaba herida. Sus ojos castaños mostraban recelo y también dolor, seguramente porque se le había pasado el efecto de los analgésicos, pero más allá de lo evidente, estaba la incertidumbre de encontrarse allí y no saber cómo escapar de esta situación.

Lo supiese o no, había perdido su lugar en el mundo, ya no poseía un sitio al que volver, en el que refugiarse y la única persona en la que se había atrevido a confiar hasta el momento, acababa de despojarla de ese simulacro de libertad en el que vivía, para ponerla bajo la custodia de un hombre que no conocía y le causaba temor.

Sabía que tenía que ser cuidadoso, la mujer ante él había sido secuestrada y torturada, su confianza en el género humano, sobre todo en el masculino, era nulo. Si quería que esta misión no acabase siendo un desastre, era necesario que ella comprendiese ahora mismo que él era todo lo que la separaba de un incierto abismo.

—¿Puedo saber qué hacía en la calle a esas horas? —preguntó y le dio espacio para que pudiese sentir que corría el aire entre ellos—. He estado a punto de arrollarla.

—¿Y no lo hizo?

Había cierto tono de ironía en su voz, la cual le temblaba.

—Dado que respira y está consciente, diría que hice un buen trabajo al esquivarla —declaró sincero y añadió—. Lamentablemente no domino la magia, con lo que el teletransporte queda fuera de discusión.

Ella le dedicó una breve mirada, entonces deslizó los ojos con sutileza hacia la puerta.

—El edificio en el que ha estado viviendo estos últimos meses ha sufrido un incendio, imagino que está al corriente de ello.

Esas profundidades castañas volvieron a él, pero no asintió ni desmintió su comentario.

—El fuego parece haberse originado en uno de los últimos pisos. A juzgar por la rápida propagación y las micro explosiones que reportó el equipo de extinción, debía haber productos químicos —continuó y esta vez su atención cayó toda sobre él—. La vivienda en cuestión, así como la adyacente, han sufrido cuantiosos daños… y el incendio puede que haya afectado a la integridad estructural del inmueble. Las autoridades lo han desalojado por orden del inspector de incendios a cargo, los vecinos han sido reubicados provisionalmente.

La chica no dijo una sola palabra, pero tampoco hacía falta. El horror se reflejaba en sus ojos, la manera en que cambió su respiración y su rostro se tornó pálido eran suficientes muestras del evidente shock.

—Esta mañana iban a realizar una inspección más afondo. Dependiendo de los resultados, se permitirá el acceso para que puedan recoger algunos enseres de primera necesidad.

—El… el edificio se ha… ¿quemado?

—No completamente, pero no creo que sea viable para seguir siendo habitado —admitió. Se había puesto en contacto con Brian para averiguar la situación del inmueble solo para

descubrir que había sido su propio equipo quien había respondido a la llamada—. Lo más probable es que lo derriben.

—¿Y a dónde iré?

Claramente la pregunta no iba dirigida a él. Casi podía imaginársela caminando de un lado a otro de la habitación, debatiendo consigo misma sobre su actual situación, si no lo hacía era sencillamente porque estaba herida.

—A dónde *yo* la lleve.

Su comentario llamó de inmediato su atención.

—Ahora está a *mi* cargo —le recordó—. No se preocupe, señorita Dillinger, no se quedará en la calle. No podemos permitirnos…

—…perder a un valioso testigo —completó ella.

Enarcó una ceja ante su agria respuesta.

—Sí, es un testigo valioso, pero lo que me preocupa es que decida tirase de nuevo delante de las ruedas de algún otro vehículo y que el conductor no tenga la pericia suficiente para esquivarla…

—No me tiré delante de las ruedas de ningún…

—El frenazo y el volantazo que tuve que dar para esquivarla, no dicen lo mismo…

Su palidez dio paso a un ligero sonrojo.

—No lo hice a propósito.

—Me inclino a pensar que no.

No sabía si no esperaba que le respondiese o por el contrario sí que le echase un rapapolvo, porque la chica se lo quedó mirando sin saber que responder.

—Entiendo que esta es una situación difícil para usted y sobre todo inesperada —continuó él aprovechando su silencio—. Hubiese preferido que nos conociésemos bajo otras circunstancias, pero son las que son y lo mejor que podemos hacer es afrontar las cosas desde aquí.

—¿Cuál es mi situación actual? —Sin duda esa era una de las preguntas que Lucien esperaba que pronunciase antes o después—. ¿Elías Greyson sigue en la cárcel?

—Sí —asintió categóricamente—. Y seguirá allí mientras usted mantenga su versión de los hechos…

—Es la única versión que tengo —murmuró ella con una frialdad que lo tomó por sorpresa —, la única que existe.

—En ese caso, no tiene nada que temer.

Ella dejó escapar un bufido y giró la cabeza, dándole sutilmente la espalda.

—Hasta que algunos de los que todavía no han atrapado confirmen que sigo viva, averigüen dónde estoy y me metan una bala en la cabeza para silenciarme...

—Si Cassidy la hubiese entregado al FBI, como le han ordenado, probablemente concordaría con usted, pero dado que tiene mejor criterio y me llamó a mí para que la mantenga enterita hasta el día del juicio… permítame que discuta su afirmación.

—¿El FBI?

—Los imbéciles que permitieron que la apuñalaran la primera vez… —respondió con un encogimiento de hombros—. Mírelo de este modo, *Emi*, no tendrá que sufrir a esos tipos trajeados…

—Es *Emily*.

—Le queda mejor Emi —aseguró, dejó su posición y se acercó al gotero, cuyo contenido ya se había acabado—. Llamaremos a la enfermera para que le dé un nuevo chute de analgésicos,

lo necesita.

—Estoy bien…

—Sí, claro y a mí me queda de muerte el color rosa —replicó irónico—. Intente descansar un poco, en cuanto consiga que le den el alta, nos largamos de aquí.

—¿A dónde? —La preocupación en su voz era obvia.

—Al único lugar en el que estará a salvo hasta el día del juicio.

CAPÍTULO 9

Washington County Jail,
Washington.

Aquel tipo estaba bien entre rejas. Sin duda la vida de muchos era mejor en esos días en los que Greyson no podía exprimirles, amenazarles o hacerles firmar contratos que nunca acababan como deberían.

Por desgracia, la suya no era una de ellas. Su maldito cuello llevaba una soga que ni siquiera se había aligerado al terminar ese tipo en la cárcel, de hecho, se ceñía tanto a su cuello como la propia corbata que llevaba y seguiría haciéndolo hasta que consiguiera absolverlo de las acusaciones que lo habían llevado a ese lugar.

La corrupción estaba a la orden del día, si se tenía dinero y los contactos adecuados, se podía comprar a los mismísimos jueces… o en último caso, hacerles desistir de seguir adelante y poner en su lugar a alguien más favorable.

Aunque en el caso de Greyson, ni el más corrupto de los jueces sería capaz de desestimar la declaración de un testigo presencial, no cuando este avalaba las pruebas y contaba con el apoyo de los federales.

Introdujo un dedo entre el cuello de la camisa y la corbata en un intento por aflojarla mientras esperaba a que le diesen permiso para acceder al área de visitas.

No había podido dormir, la llamada de la noche anterior lo había tenido en vilo. A su cliente no le iba a hacer ni pizca de gracia las noticias que traía consigo.

Quedaba poco más de un mes para el juicio y no tenía muchas esperanzas de conseguir una total absolución. Se había concentrado en una reducción de condena, en anular cualquier cabo suelto que pudiese señalarle como el actor principal, pero no era mago y tampoco hacía milagros.

El que no lo hubiesen encontrado en el lugar de los hechos esa noche solo era un punto a favor en la creciente lista de acusaciones presentadas contra su cliente, cada cual más grave y con pruebas que acreditaban su culpabilidad.

Le habían negado la posibilidad de fianza y después del ataque a la principal testigo del caso, aún si no existían pruebas de su participación en ello, seguía siendo el principal acusado del *Caso Evory*.

Los del FBI no eran tontos y la ICE estaba más que dispuesta a meterlo en la más profunda de las celdas y tirar la llave. Ambos querían joder a Greyson y para ello se habían asegurado de que la mujer estuviese bien escondida.

Aunque no seguiría así durante mucho tiempo más.

Ella iba a tener que declarar, lo que significaba que en esas próximas semanas, tanto su abogado como la fiscalía, la sacarían de las entrañas de la tierra para preparar el caso.

Escuchó el sonido de la alarma que anunciaba la apertura de la puerta, aferró con fuerza el maletín y se dispuso a atravesar el umbral para ocupar una de las mesas de la vacía y estéril sala gris.

Clavó la mirada en la puerta cerrada del otro lado y jugueteó con la idea de levantarse y

largarse de allí a la velocidad de la luz, pero probablemente eso le depararía una bala en la cabeza al poco tiempo de abandonar la prisión.

Contactos. Un hombre como Greyson no había llegado a dónde estaba sin tener buenos contactos. El que fuese capaz de contactarle a él desde el interior de la cárcel, sin pasar por cauces legales, era prueba de ello.

Hizo tiempo hurgando en el maletín, sacando las páginas que había traído consigo, el plan que deberían seguir a lo largo del próximo juicio, así como los puntos fuertes en los que debían concentrarse, así como aquellos que era mejor no mencionar siquiera.

El sonido que anunciaba la apertura de una de las puertas resonó de nuevo en la sala, levantó la cabeza y notó como le bajaba un escalofrío por la espalda ante la visión de esos fríos ojos al encontrarse con los suyos.

Se lo veía bien, mucho mejor de lo que debería estar aquel hijo de puta después de casi ocho meses entre rejas. El funcionario que lo acompañaba lo vigilaba como un halcón a pesar de llevarle esposado con las manos por delante, a juzgar por la mirada en su rostro, estaba claro que no le importaría reducir violentamente a su custodio si hacía algo que no debía.

—Abogado… —arrastró las palabras, dejándose guiar mansamente hacia la mesa.

—Señor Greyson.

—Diez minutos —declaró el funcionario en voz alta y, sin decir una sola palabra más, intercambió una imperceptible mirada con el reo y los dejó a solas.

Qué coño…

Aquel intercambio poco o nada tenía que ver con la sensación que le había transmitido el funcionario de la prisión en primera instancia, una perfecta tapadera para enmascarar sin duda una lealtad comprada.

—¿Qué noticias me trae, señor Carmody? —preguntó directamente—. ¿Alguna novedad con respecto al próximo juicio?

Tragó. Decirle a ese hombre que no había novedades era como jugar a la ruleta rusa, pero después de todo, él había sido el que lo había llamado allí para empezar.

—Seguimos… con la fecha establecida para el juicio, aunque… —intentó que no le temblase la voz—, la fiscalía ha estado presionando para que se adelante…

—La fecha es inamovible —declaró su cliente—. No me interesa un adelanto. Mantendremos el pulso y buscaremos… cerrar un acuerdo con la fiscalía.

—¿Un acuerdo?

Sonrió con cierta pereza.

—La mujer cambiará su testimonio… —declaró con una seguridad que le ponía los pelos de punta—. Su declaración tenía ciertas… lagunas, es imprecisa… Ni siquiera está segura de quién la secuestró y con el tiempo que pasó retenida y los duros momentos por los que ha atravesado… ha podido equivocarse en muchas cosas…

¿De qué coño estaba hablando?

—Su declaración puede inducir a contradicciones… y han pasado casi ocho meses desde la última vez que estuvo ante el juez —continuó con una tranquilidad que lo ponía nervioso—. Su mente no es fiable… No es una testigo fiable… Y usted va a desacreditarla…

—Señor Greyson, la declaración de una testigo de peso como lo es la señorita Dillinger no es algo que…

—El nuevo juez a cargo de la instrucción presentará un requerimiento para… evaluar las capacidades de esa mujer…

—¿Un nuevo juez a cargo de la instrucción? —No pudo evitar poner sus pensamientos en

voz alta.

—¿No ha puesto usted las noticias? —chasqueó el hombre con gesto ufano—. El juez Alonso ha sido víctima de un robo en su propia casa, le han cortado la garganta…

Un inesperado escalofrío le resbaló por la espalda al tiempo que notaba como se le encogía el estómago.

—Supongo que antes o después le llegará la información sobre el cambio de juez y sus nuevos requerimientos —añadió como si nada—. Y para entonces será mejor que tenga preparado ya el borrador del siguiente acuerdo.

Carmody se pasó los próximos minutos escuchando y tomando notas, procurando disimular su asombro e incredulidad ante las demandas que hacía su cliente.

Nadie en su sano juicio aceptaría un acuerdo semejante, menos aun teniendo en cuenta todas las pruebas circunstanciales que había en su contra. Y sin embargo, él estaba demasiado tranquilo, con una seguridad que solo podía significar que había empezado a mover sus hilos para que sus planes saliesen conforme sus deseos.

CAPÍTULO 10

Primero una identidad nueva y ahora un guardaespaldas. ¿En qué maldita película de espías había ido a caer?

El tipo era una montaña humana, su aspecto encajaba más bien con el de algún matón de baja estopa que con el de alguien al servicio de la ICE. Pero dado lo mal que se le daba calar a la gente, el hombre que empujaba la silla de ruedas en dirección a la salida del hospital podía ser incluso un maldito agente ruso y no lo sabría hasta que la encañonase con un arma y le soltase un *svidaniya*.

Dios. No quería un guardaespaldas, no quería que un desconocido, que se había declarado culpable de su atropello, se hiciese cargo de su seguridad.

¿Por qué lo había enviado Ortiz? ¿Por qué no había venido él en persona? ¿Es que no entendía que ya no confiaba en nadie? ¿Qué estaba aterrada de su propia maldita sombra?

Emily apretó la mochila que llevaba sobre el regazo y clavó la mirada a través de la puerta sintiendo como se le iba formando un nudo en el estómago. No estaba tranquila, su mente aún embotada por la medicación saltaba de un lado a otro elucubrando y creando todo tipo de escenarios en los que ella era la que acababa mal.

—No —musitó antes de continuar con una retahíla—. No, no, no…

Sus palabras corearon la acción de sus manos al clavarse en los arcos de las ruedas e intentar frenar el avance de la silla, pero apenas llegó a notar el frío acero cuando estas se detuvieron en seco haciéndola jadear.

Levantó la cabeza como un resorte hacia arriba, abriendo los ojos y encogiéndose automáticamente de miedo, pero el rostro que le devolvía la mirada era sereno y transmitía una calma de la que en aquellos momentos ella misma carecía.

—No… No puedo… —acabó musitando a través del nudo que se le había formado en la garganta, con las lágrimas amontonándose en las pestañas.

—Puedes —declaró y, para su eterna sorpresa, abandonó su posición tras la silla y se acuclilló a su lado, quedando así a su altura—. Claro que puedes. Solo tienes que visualizarlo. ¿Cuántas veces has salido de un hospital con un tipo de mi atractivo empujando la silla? Ni siquiera se fijarán en ti, estarán demasiado ocupados admirándome.

Parpadeó un par de veces, debía tener el cerebro muy embotado para haber escuchado algo semejante. Y sin embargo, antes de que pudiese abrir la boca para preguntar, él continuó.

—Soy más grande, más corpulento y atractivo —insistió todo lleno de razón—. No tienes una sola posibilidad.

Su afirmación carecía de lógica alguna, era tan absurda que su mente se negó a analizarla siquiera.

—Ahora sé buena chica y quita las manos de ahí —concluyó cogiéndole las manos con suavidad para depositarlas de nuevo sobre su regazo—. Si te haces daño de forma estúpida, te zurro el culo.

Abrió inmensamente los ojos ante semejante amenaza, no solo porque no podía creerse que le hablase de esa manera, sino porque aquello había sonado como una amenaza en toda regla y la manera en la que la miró mientras lo decía, le advertía de que era alguien dispuesto a cumplir con su palabra y disfrutar de ello.

—Y no hace falta que contenga la respiración, señorita Dillinger —añadió inclinándose sobre su cabeza al tiempo que retomaba la marcha—. He dejado el coche cerca de la entrada.

Ladeó la cabeza y alzó la mirada para encontrarse con una perezosa sonrisa curvándole los labios un segundo antes de que adoptase de nuevo esa expresión inocua que no reflejaba emoción alguna.

Enterró los dedos en la tela de la mochila y a pesar de sus palabras, contuvo la respiración al atravesar las puertas y salir a la calle. El día estaba encapotado y gris, algo que agradecía, pues de haber mucha más luz no le cabía duda de que habría terminado lagrimeando. El aire fresco le acarició el rostro haciéndola consciente al momento del cambio de temperatura y no pudo evitar un escalofrío. Se había vestido con la muda de ropa que llevaba en la mochila, pudiendo prescindir del pijama con el que había salido a la calle la noche anterior, así que al menos tenía un aspecto algo más presentable.

Fiel a su palabra, no recorrieron más que unos pocos metros antes de que uno de los vehículos aparcados reaccionara emitiendo un breve pitido al desbloquearse.

No le sorprendió encontrarse con un SUV pues encajaba perfectamente con su propietario, pero sí el hecho de que fuese esa cosa la que la hubiese atropellado. El vehículo era grande, potente y resistente, un golpe a cierta velocidad o incluso una frenada en poca distancia habría acabado con su vida.

—Debería estar muerta…

Fue una reflexión hecha en voz alta, algo que, por una vez, nada tenía que ver con su actual situación, sino con el simple resultado de un accidente de tráfico.

—No me lo recuerdes...

El comentario surgió mientras abría la puerta del copiloto y frenaba la silla de modo que ella pudiese subirse al coche.

—Bien, arriba.

El solo hecho de poner los pies en el suelo e incorporarse la hizo sudar. Estaba tan débil y se sentía tan inestable que se frustraba, pues carecía de las fuerzas necesarias para valerse por sí misma y, sobre todo, para poder defenderse en caso de necesidad.

Con todo, se negó a pedir ayuda y trepó al coche como buenamente pudo, resollando como un maldito caballo cuando por fin consiguió ocupar el asiento del copiloto.

—¿Lista?

Se limitó a asentir, pues no tenía fuerzas para nada más y se encogió automáticamente ante el golpe de la puerta al cerrarse. Tenía los nervios de punta y sabía que seguiría en ese estado hasta que fuese capaz de calmarse, algo que no prometía ser fácil, sobre todo con ese hombre a su alrededor.

Intentó hacerse con el cinturón, pero cuando él ocupó su asiento y se inclinó sobre ella, invadiendo su espacio personal, para hacerse cargo de asegurarla, le quedó claro que cualquier tipo de paciencia o concesión habían llegado a su fin.

El motor ronroneó y él maniobró para abandonar el aparcamiento e incorporarse a la carretera.

—¿Va a decirme por fin a dónde me lleva?

—A un lugar seguro.

—¿Una casa franca?

—Sí, es una casa.

—¿Dónde?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

Se volvió en el asiento y lo miró.

—¿Usted es siempre tan irritante, señor Ratcliffe?

—Algunos opinarían que sí, otros… —señaló echándole un ligero vistazo—, se limitan a obedecerme… Y llámame Luc. A partir de ahora puedes prescindir de las formalidades.

—Seguiré llamándole *señor Ratcliffe* —declaró. No quería tener ninguna clase de familiaridad con él. No podía permitirse confiar, había aprendido por propia experiencia que la traición resultaba demasiado cara.

—Como quieras —respondió sin mayor problema.

El silencio se instaló entre ellos, se concentró en la carretera y no volvió a hablar.

Emily estaba cansada y dolorida, si bien el asiento del vehículo era cómodo, no le haría ascos a poder tumbarse de nuevo en una cama y cerrar los ojos; el único problema sería hacerlo con él alrededor.

Se acurrucó en el asiento y lo observó disimuladamente.

El tipo parecía muy a gusto al volante, se lo veía relajado y maniobraba con tal suavidad que apenas notaba cuando daban alguna curva, aceleraba o frenaba el coche. Sin duda era una montaña de hombre, uno de sus brazos hacía dos de los suyos y no era que los de ella fuesen precisamente delgados, pero lo había visto moverse y lo hacía con la gracilidad de un gato, algo que le otorgaba un aire todavía más peligroso.

Lo recorrió con la mirada, reparando en su pelo corto, el discreto piercing que le perforaba el arco superior de la oreja derecha, la forma en la que la chaqueta se ceñía a unos anchos hombros y los muslos que se contraían o relajaban al cambiar de pedal.

En cierto modo es como encontrarse de nuevo en una jaula, pero en compañía de una fiera, pensó.

No podía evitar preguntarse por qué se lo habría enviado Ortiz, ¿qué estaba pasando realmente para que a pocas semanas del juicio, requiriese de un guardaespaldas?

Había escuchado la escueta explicación que le habían dado al respecto, pero no podía evitar sentir que había más, mucho más que no le contaban.

Greyson sigue en la cárcel. No te habrían mentido sobre eso.

No, no lo habrían hecho. Pero el que siguiese en la cárcel no quería decir nada, ese hombre tenía el poder y el dinero suficiente para mover sus hilos fuera de la penitenciaría e incluso inventarse una historia en la que resultase ser un culpable más de la vida.

No. Greyson no era quién le preocupaba, el fiscal le había asegurado que con todo lo que tenían sobre él y su propia declaración, lo más probable era que nunca viese de nuevo la luz del día.

No, su preocupación era que el monstruo que le había destrozado en cuerpo y alma volviese a por ella.

Yo soy el sol para ti. Yo decido cuando duermes y cuando despiertas, cuando vives y cuando mueres… Soy tu único amo.

No conocía su nombre, solo su rostro y sabía que antes o después daría con ella para silenciarla.

Había hablado y volvería a hacerlo, testificaría de nuevo y esta vez no solo repetiría una a una las palabras que había pronunciado en el juicio, sino que se encargaría de darle voz a todo lo que no había podido en su momento.

En aquellos días había estado totalmente traumatizada, su primera declaración le fue tomada en el hospital e incluso cuando llegó la hora de comparecer en el juicio, su estado de salud no era óptimo.

Por aquel entonces vivía en un continuo estado de pánico, su mente se había bloqueado de tal manera que solo pudo confirmar o negar las preguntas que se le habían hecho, señalando con un tembloroso dedo al hombre que la había subido a aquella plataforma para ser vendida al mejor postor. Pero las lagunas que habían existido, las confirmaciones que no pudo dar, ahora estaba perfectamente claras y si las ponía en una nueva declaración, si las dejaba salir durante el nuevo juicio, muchas de las piezas del incompleto puzle de Ortiz encajarían finalmente.

Era consciente de que debía haber puesto al agente de la ICE en conocimiento de aquellas nuevas pruebas, de los recuerdos que había recuperado, pero había preferido esperar hasta estar completamente segura de que estos eran reales y no pesadillas magnificadas por el miedo o el odio hacia ciertos individuos.

—Necesito hablar con el agente Ortiz.

Las palabras surgieron de su boca mucho más apagadas de lo que deberían, pero su acompañante las escuchó, ya que ladeó la cabeza y le dedicó una mirada soslayada antes de volver a prestar atención a la carretera.

—Le verás en el juicio.

Arrugó la nariz y se reacomodó, incorporándose un poco.

—Necesito hablar con él ahora —insistió con voz firme—. Es importante.

—Estoy seguro de que lo es.

Otro tipo condescendiente, pensó al escucharle hablar. No podía decirse que le sorprendiese. Este era su sino, ser ignorada, ser prácticamente invisible para cualquiera a menos que necesitasen algo de ella, en cuyo caso la utilizaban, exprimían todo lo que podían y cuando ya no les servía, la desechaban.

Nunca había tenido facilidad para hacer amistades, así que conseguir alguna se volvía un verdadero regalo… Hasta que los intereses cambiaban, dejabas de ser lo bastante buena, los contactos se distanciaban y al final te quedabas sola.

Le había pasado tantas veces que había llegado a pensar que tenía que ser ella, que no había puesto suficiente de su parte, que no se había implicado como debería… En definitiva, que el karma la odiaba.

Y con los hombres…

Mejor ni pensarlo.

O no la miraban o la veían únicamente para un polvo rápido y ya.

Apretó los labios y ladeó la cabeza clavando la mirada en el conductor en el momento en que este se detuvo ante un semáforo en rojo.

—Señor Ratcliffe, no le molestaría con esta petición si no fuese realmente importante —insistió y se detuvo al notar que la voz empezaba a fallarle de nuevo, volviéndose más ronca, lo que para algunas personas resultaba desagradable—. El agente Ortiz debe… saber que he de cambiar mi… declaración.

Los ojos azules de su guardaespaldas volaron hacia ella y se clavaron en su rostro con una intensidad que la estremeció.

—¿Qué quieres decir con que has de cambiar tu declaración?

Su voz había bajado una octava y le provocó un estremecimiento automático, pero no se atrevió a moverse siquiera del lugar.

—He… recordado… cosas… —musitó sosteniéndole la mirada a duras penas—. Cosas… importantes que podrían… arrojar algo más de luz… en el juicio.

Su mirada bajó entonces desde sus ojos hacia el cuello.

—Me destrozaron la garganta…

Lo dijo con frialdad, con la que se revestía cada vez que alguien reparaba en su grave y rasgada voz.

—Los culpables… ¿están muertos?

La frialdad con la que lo preguntó la sobresaltó y solo pudo negar con la cabeza.

—¿Los han cogido?

Tragó como pudo y se mojó los labios con la lengua.

—No. El… monstruo… sigue ahí fuera.

Admitir aquello en voz alta le provocó un escalofrío, pero al mismo tiempo avivó la rabia que subyacía en su interior.

—El hijo de puta —lo escuchó mascullar antes de acompañar sus palabras con un gruñido y volver a concentrarse en la carretera, arrancando de nuevo al ponerse en verde—. Tan pronto como la tenga instalada, avisaré a Cassidy.

No dijo nada, no podía, fuese lo que fuese lo que acababa de pasar, no sabía cómo enfrentarse a ello.

CAPÍTULO 11

Nunca entendería que mierda les pasaba por la cabeza a los hombres que maltrataban a las mujeres, a las personas que utilizaban su posición o fuerza para ir en contra de los más débiles, aquellos que deberían proteger con su propia vida.

Emily había sufrido en carnes propias ese tipo de violencia, la absoluta crueldad de quién se considera impune y con el poder de hacer su santa voluntad. El parte de lesiones que había reportado el hospital dejaba claro que la chica había sido torturada durante su cautiverio y esa tortura había dejado tras de sí secuelas físicas que jamás desaparecerían, como el cambio en su voz.

Le habían destrozado la garganta. Era un milagro que pudiese hablar tras el daño sufrido en sus cuerdas vocales. El sonido ronco e irregular que ahora convertía en palabras era un indeleble recordatorio y la estigmatizaba hasta el punto de retraer su propia voz, pues ya no la consideraba merecedora de ser escuchada. Empezaba a sospechar que de no verse en la necesidad de hablar, de pedir respuestas, habría pasado mucho más tiempo callada del que ya lo había hecho.

Su voz no era incómoda ni tampoco desagradable, poseía una cadencia grave que le resultaba incluso sexy. No había nada en la mujer que se había acurrucado en el asiento de su coche que pudiese catalogarse de esa forma.

Incluso ahora, inmóvil como una estatua en el salón de su casa, no podía apuntar nada de ella que le molestase o le resultase irritante. Más bien al contrario, la fragilidad que la envolvía hacía que quisiera protegerla, mantenerla alejada de todo lo que le causaba dolor.

Este no iba a ser un caso de vigilancia normal, comprendió al momento, no solo porque debía mantenerla oculta e indetectable para los cabrones que la querían muerta, sino porque con esta mujer no iba quedarse de brazos cruzados mientras veía como se iba consumiendo poco a poco.

La observó desde la cocina. La planta de la casa era totalmente abierta, con las distintas áreas perfectamente definidas. Se había quedado en el mismo lugar en el que la había dejado, lidiando con el dolor que a duras penas conseguía disimular. Estaba agotada, el trayecto en coche había sido demasiado para ella y era consciente de que necesitaba descansar, pero el inesperado comentario que había dejado caer tras su insistencia de hablar con Cassidy era algo que no podía dejar de lado.

Recuerdos reprimidos. Aquello también figuraba en el reporte médico, algo usual en traumas como el suyo. La mente tendía a borrar o desdibujar aquellos momentos que resultaban más duros para la víctima como mecanismo de autodefensa. Estos podía volver a aflorar con el tiempo, ya fuese en forma de pesadillas o como recuerdos inconexos. Si bien lidiar con ellos no era una tarea fácil, la chica lo había hecho.

No solo eso, había mantenido la suficiente sangre fría como para decirlo en voz alta y querer ponerlo en conocimiento de la única persona que la había ayudado hasta ese momento.

Emily Dillinger confiaba en Cassidy lo suficiente como para aceptar sus palabras y dejar que este la pusiese en sus manos. Lucien era muy consciente de que para ella aquello había sido un enorme salto de fe.

La inmovilidad empezaba a pasarle factura y no le quedó más remedio que desplazarse,

aún si era con pasitos cortos, por el salón. No le pasó inadvertida la manera con la que revisó el lugar, tomando rápidamente consciencia de los artículos personales que colgaban de paredes o reposaban sobre estanterías o muebles.

Ella esperaba llegar a una casa franca, a algún lugar anónimo en el que las autoridades la ocultasen hasta el día del juicio; el protocolo que solía seguirse en dichos casos. Así que encontrarse en una vivienda personal era una nueva ruptura en su estabilidad.

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Dije que te llevaría a un lugar seguro y este lo es.

Ella se giró entonces hacia él, si bien el encontrarse entre cuatro paredes había disminuido su ansiedad, la desconfianza seguía presente en sus ojos y en sus movimientos.

—¿Su casa?

—Ya veo que eres muy perspicaz.

—Es difícil no darse cuenta cuando hay fotos de usted… por partida doble.

El comentario lo hizo soltar una carcajada.

—Por suerte para mis padres, fuimos dos, no yo por duplicado —aseguró entre risas y aprovechó el comentario para reunirse con ella. Cogió la fotografía de la estantería y se la enseñó —. Es mi hermano Dain, somos gemelos idénticos… O eso opinan los que nos han visto por separado.

La chica le echó un vistazo a la foto, después a él y señaló sin vacilar a uno de ellos en la foto, la única en la que Dain y él eran prácticamente indistinguibles.

—Este es usted —señaló sin equivocarse.

La seguridad con la que lo reconoció en la instantánea lo cogió por sorpresa. Había acertado.

—¿Estás segura?

Volvió a mirar la foto, de nuevo a él y asintió.

—Es el único de los dos que parece estar harto de posar.

Parpadeó ante su respuesta, ingeniosa, sin duda, y que lo retrataba perfectamente.

Así que la señorita Dillinger es mucho más perspicaz de lo que pretende dejar ver.

—¿Cuándo podré hablar con el agente Ortiz? —insistió, dejando claro que no había olvidado su primera necesidad.

Se llevó las manos a las caderas y le dedicó esa mirada con la que normalmente las sumisas sabían que estaban en problemas. Ella, sin embargo, se limitó a sostenérsela. Si bien era evidente que estaba nerviosa y no podría mantenerla durante mucho tiempo más, se esforzaba por defender su posición.

—Tú no hablarás con él, lo haré yo —aseguró. No podía permitirse una sola brecha, ninguno de ellos podían.

—Pero…

Levantó una mano silenciándola al momento.

—Sé que eres inteligente y que entiendes que esto no es una visita de cortesía ni unas vacaciones —replicó serio—. Ya hice una excepción permitiéndote que hablases con Cassidy y te asegurases de que yo estaba en el bando de los buenos… A partir de ahora las cosas se harán tal y como yo diga, Emily, y tú te limitarás a obedecerlas a menos que te indique otra cosa.

Sabía que quería discutir, podía verlo en su mirada, pero también veía el dolor y el cansancio, así como la involuntaria rendición.

Se limitó a asentir, evitando tener que hablar en voz alta.

—Buena chica —la elogió. Acto seguido extendió el brazo a modo de invitación—. Ahora

acompáñame, te mostraré la habitación de invitados.

Lucien fue consciente del breve suspiro de alivio que emitió. Era obvio para cualquiera que tuviese ojos en la cara que estaba cansada, además de dolorida. Él mismo empezaba a notar de nuevo las molestias del accidente ahora que el efecto de los calmantes se había evaporado.

—El cuarto de baño lo tienes justo en frente, es únicamente para ti —le informó—. Hay un cepillo de dientes nuevo y artículos de aseo.

Abrió la puerta del dormitorio de invitados, un cuarto en tonos beige y blancos que había vaciado de trastos antes de ir a recogerla al hospital. Tenía claro que el único lugar en el que estaría segura era a su lado, no pensaba llevarla a un estúpido piso franco cuando su vivienda poseía un circuito de videovigilancia y seguridad que no encontraría en ningún otro lugar.

Debido a su trabajo se había vuelto un poco paranoico en lo tocante a la seguridad, pero cuando perseguías a fugitivos y colaborabas esporádicamente con la Policía en ciertos casos, no estaba de más cubrirse las espaldas ante posibles represalias.

Además, se había mudado a Nueva York para estar cerca de su hermano y poder mantener así un ojo sobre él. Si bien Dainiel se dedicaba a la asistencia social, le conocía lo suficiente como para saber que en algunas ocasiones no dudaba en ir un poco más allá, lo que se traducía en «problemas».

De hecho, el último de ellos lo había llevado al hospital y a conocer a Faith.

—Encima de la mesilla de noche encontrarás la medicación que te han recetado en el hospital —señaló haciéndose a un lado para dejarla pasar. La chica necesitaba su propio espacio, uno en el que pudiese sentirse segura, así que permaneció en el pasillo—. Tómate las dos pastillas y métete en la cama.

Lucien observó como entraba en la habitación, miraba a su alrededor y volvía a retraerse en sí misma, consciente de que a partir de aquel momento aquella sería su burbuja.

—Sé que no tienes motivos para creerlo, Emi, pero aquí estarás a salvo.

Ella levantó la cabeza y lo miró. En sus ojos había un anhelo, el de que esas palabras fuesen verdad.

—Descansa —le ordenó señalando la cama al tiempo que echaba mano al picaporte de la puerta—. Hablaremos cuando estés más despejada.

Sin más, cerró tras él con suavidad y volvió a la cocina dispuesto a cuidar también de sí mismo. Necesitaba un buen chute de analgésicos o acabaría arañando las paredes como un puto gato.

Sacó un par de pastillas y se las metió en la boca con un gesto de disgusto. Odiaba los medicamentos, pero no era tan estúpido como para pasar dolor, sobre todo cuando necesitaba concentrarse en otras cosas.

Hecho eso, buscó el móvil en su chaqueta y tras revisar que tenía un par de llamadas perdidas a las que dedicó tan solo una mueca, localizó un número en la agenda y llamó.

—Ey —dijo a modo de saludo tan pronto como descolgaron del otro lado—. Necesito que te pases por el club. Sí, esta noche. Al cierre de puertas.

Nada más escuchar la respuesta colgó, se repantingó en la silla y estiró las piernas. Echó la cabeza hacia atrás en dirección al pasillo e hizo una mueca.

Tendría que dejarla sola algunas horas. Con un poco de suerte, el cansancio físico y emocional, unidos a la medicación, la llevaría a dormir el resto del día y no notaría su ausencia.

CAPÍTULO 12

Emily se sentó con mucho cuidado sobre la cama y registró cada centímetro de la habitación con la mirada. Estaba noqueada. Física y psicológicamente agotada. Le dolía todo el cuerpo y la idea de tomarse un par de analgésicos, cerrar los ojos y olvidarse del mundo le parecía la mejor idea hasta el momento.

El problema radicaba en el hombre que había cerrado la puerta al marcharse, el mismo que la había llevado a su propia casa en vez de alojarla en algún piso franco; no estaba segura de si podía confiar en él.

Al contrario que la planta abierta en la que había estado y que hablaba de la persona que vivía en este lugar, la habitación de invitados no era otra cosa que una estancia más. Allí no había fotos, adornos o retratos, era un dormitorio para recibir visitas.

Gemelos idénticos.

No pudo evitar rememorar el reciente intercambio y la sorpresa en su rostro cuando adivinó sin esfuerzo quién era él al ver la pareja de hermanos que sonreían a la cámara. Las diferencias podían ser sutiles, pero estaban allí, sobre todo ese hartazgo en los ojos de uno de ellos, cómo si el hecho de pasar unos pocos segundos delante de la cámara de fotos le impidiese hacer otras cosas mucho más importantes.

El mismo hartazgo que había visto en los ojos azules estando todavía en el hospital.

Lucien Ratcliffe era un hombre impaciente, parecía estar acostumbrado a hacer las cosas a su manera y no dar cuentas a nadie. Poseía también un sentido del humor un tanto mordaz, por no hablar del enorme tamaño de su ego.

Se pasó la mano por la cabeza e hizo una mueca al tocar el apósito que cubría la herida. Se las ingenió para apartarse el pelo y volvió a posar la mirada en las pastillas que había sobre la mesilla de noche.

Sabía que el médico le había recetado también un calmante suave, por lo que estaba segura de que alguna de esas dos lo sería, pero ¿cuál?

Dejó escapar un suspiro y estiró el brazo para recuperar su mochila.

Su vida acababa de irse al garete una vez más. Se había quedado sin casa y no estaba segura de cómo se tomarían en el trabajo su ausencia. Podía no ser el mejor curro de su vida, pero en los últimos meses había evitado que se muriese de hambre y pudiese costearse el alquiler.

Les debía al menos el reportarse enferma e informarles que dejaría de trabajar, después de todo, era poco probable que pudiese incorporase en breve.

Rebuscó entre sus cosas hasta dar con el teléfono móvil e hizo una mueca al ver que la pantalla rota.

—No fastidies —siseó e intentó encenderlo sin éxito—. Está muerto.

Su teléfono había pasado a mejor vida y no podía ni empezar a explicarse cómo. Resopló y barajó la posibilidad de lanzar el cacharro contra la pared, pero eso haría ruido y tendría que explicar después el porqué de su explosión.

Frunció el ceño y rebuscó un poco más hasta encontrar el de emergencia, uno que utilizaba únicamente para recibir llamadas.

—Al menos tú estás entero.

Se tomó unos minutos para cambiarle la tarjeta y conectar el cargador a una toma de corriente. Nada más encenderlo empezó a vibrar anunciando la relación de mensajes y llamadas perdidas entrantes. Todas eran del trabajo y un par de una de sus compañeras, seguramente porque quería asegurarse de que todavía podía cambiarle el día.

Comprobó el listado y se fue a los mensajes encontrándose uno de su jefe en el que le decía que le habían avisado de su accidente y le deseaba una pronta recuperación. Añadía también que no se preocupase por sus turnos y que se concentrase en recuperarse.

¿Qué coño se había fumado el hombre?

Tal y como había sospechado, otro de los mensajes correspondía a su compañera, quién le preguntaba si podría cambiarle todavía el turno. Al parecer estaba al tanto del accidente, pero no se había molestado ni en preguntarle por su estado de salud.

Contestó rápidamente con un par de líneas que estaba convencida no le gustarían demasiado a la chica y dejó el móvil sobre la mesilla para que cargase por completo.

Emily miró entonces de reojo el par de pastillas. No podía seguir posponiéndolo, estaba dolorida, tenía la cabeza embotada y la cama la llamaba cada vez con más fuerza.

—A peor ya no puedo ir… —murmuró para sí, se las llevó a la boca y las bajó con un buen trago de agua.

Era consciente de que había muchas cosas en las que tenía que pensar, que debía estructurar muy bien en su mente lo que quería decirle a Ortiz, pero en estos momentos todo lo que deseaba era meterse en la cama y olvidarse hasta de su nombre.

Quería olvidar lo estúpida que había sido, lo crédula y tonta que fue al pensar que él, de entre todas las personas en la tierra, iba a ayudarla a salir de aquello.

Le recordaba. Su mente había recuperado aquellos momentos con una nitidez asombrosa, el instante exacto en el que él dio media vuelta, fingiendo no verla y el amigable apretón de manos que intercambió con el hombre responsable de su venta.

Incluso ahora le costaba admitir que aquello hubiese sucedido, que ese maldito cabrón la hubiese entregado como moneda de cambio y se hubiese quedado allí, viendo como era expuesta y humillada.

Elías Greyson podía ser un grandísimo hijo de puta, cosa de la que no tenía dudas, pero no era el único que debía estar entre rejas y enfrentarse a todo el peso de la ley.

Se llevó la mano a la garganta y cerró los ojos con fuerza, tragando a duras penas ante el involuntario recuerdo del horror que había vivido en carne propia. Se le revolvieron las tripas y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tragarse la bilis y no vomitar allí mismo, una acción que le resultaba tan dolorosa como si le pasasen una lija a través de la garganta.

Respiró profundamente y parpadeó para alejar las lágrimas que ya se agolpaban bajo sus pestañas.

—No escaparás —murmuró viendo el rostro de ese hombre en su mente—. Pagarás por lo que has hecho, pagarás como lo harán todos ellos…

Esa era su única meta, el motivo por el que había aceptado volver a testificar. Quería asegurarse de que todos y cada uno de los culpables no volvían a ver de nuevo la luz del sol.

Rendida de cansancio, con el cuerpo agobiado por el dolor y la mente cada vez más embotada, se despojó de la chaqueta, los zapatos y los calcetines y se introdujo bajo las mantas, dispuesta a dejar que el olvido se la llevase una vez más.

CAPÍTULO 13

Club Blackish,
Chelsea, Nueva York.

Horas más tarde…

A Lucien no le hacía gracia tener que llevarse el trabajo al club, pero dada la tarea que tenía por delante y las posibles complicaciones que sin duda encontraría por el camino, este era el único lugar en el que podía estar seguro de que sus conversaciones se mantendrían en la más estricta confidencialidad.

El *Club Blackish* era privado, nadie que no fuese socio o acreditase tener la invitación de uno, podría traspasar sus puertas. Y aún si se daba el caso de que pudiese traspasar la puerta de entrada, tendría que pasar por la recepción, dónde Brian y Horus habían decidido implantar un sistema de escáner.

No llevas la tarjeta encima, no entras.

Horus había sido muy claro al respecto en la última reunión que había tenido con los socios permanentes, los que solían ejercer de voluntarios para los seminarios quincenales y las sesiones de vigilancia de los fines de semana.

Los recientes acontecimientos asociados al club habían hecho que los dueños decidiesen endurecer las medidas de seguridad. Su responsabilidad para con los usuarios del club exigía el poder garantizarles un entorno seguro, manteniendo la confidencialidad y la integridad de los participantes, así como la de sus acompañantes.

Muchas de las personas que acudían al local lo hacían para salir de la rutina diaria, para liberar estrés y dar rienda suelta a su naturaleza sexual en un ambiente sano y seguro, otros sencillamente deseaban experimentar o dar salida a las inquietudes que habitaban en su interior, en un intento por darles nombre y descubrir si esta forma de vida era para ellos.

El poder ser tú mismo y no tener que esconderte, el no tener que dar explicaciones sobre tus actos y saber que en esa comunidad, nadie confundiría la dominación o sumisión sexual con el maltrato, hacía del *Blackish* uno de los clubes más frecuentados de la *costa este.*

Dain y él habían ingresado al club de la mano de Damien Knight. Su amigo los había introducido en aquel nuevo grupo, presentándoles a los dueños, con los que rápidamente congeniaron. Ambos empezaron echando una mano en los seminarios, un trabajo voluntario que les resultó más enriquecedor de lo esperado, sobre todo a su hermano, quien llevaba impreso en su ADN la necesidad de ayudar a las personas.

Lo que había empezado como una ocasional visita a un local de la zona, para conocer el ambiente de la ciudad, terminó por convertirse en una cita habitual a su propio patio de juegos.

Cerró el coche con un gesto de la llave, comprobando que las luces parpadeaban conectando la alarma y se dirigió a la entrada no sin echar un último vistazo a su teléfono móvil. El circuito cerrado de vídeo vigilancia que tenía instalado le alertaría de cualquier movimiento fuera de lo normal, sobre todo en caso de que su invitada se despertase y decidiese abandonar el

lugar sin permiso.

Había asegurado puertas y ventanas antes de irse. No le hacía especial ilusión mantenerla encerrada dentro de casa, pero tampoco iba a arriesgarse a que hiciese algo estúpido mientras no estaba.

Si tenía suerte, la medicación la haría dormir hasta mañana, pero eso dependería de si se la tomaba o prefería pasarse la noche dando vueltas por el dolor en la cama.

Dejó escapar un suspiro y atravesó la puerta principal. La recepción estaba tranquila, a veinte minutos de la hora de cierre, la mayoría de los socios que querían disfrutar del club ya estaban dentro, así que no le sorprendió encontrarse a Horus detrás del mostrador, charlando en voz baja con «Kitty», su sumisa y ex esposa.

—Buenas noches, parejita.

Ambos levantaron la cabeza al mismo tiempo y vio distintos tipos de sonrisa en su rostro.

—Bienvenido —lo saludó Horus, obligando a su compañera a abandonar su regazo para así poder levantarse—. Te veo mucho mejor de lo que esperaba.

Enarcó una ceja ante el comentario.

Obviamente las noticias volaban y Dain se había ido de la lengua.

—No me quejo —declaró estrechando la mano del hombre antes de dedicarle una apreciativa mirada a la chica—. Hola preciosa, interesante conjunto —admitió antes de volverse hacia su amo—. Demasiada ropa para mi gusto.

Horus se limitó a sonreír, miró a su compañera de soslayo y la ayudó a sentarse en el lugar que había estado ocupando él.

—Hoy tiene el día libre —comentó el hombre acariciándole el pelo a la chica antes de volverse hacia él—. Se ha pasado toda la semana en la cama… y no gracias a mí.

Ella hizo una mueca, pero el hecho de que ni siquiera se molestara en replicar decía mucho sobre su estado. Si había una mujer que no se callaba ni debajo del agua, esa era Sophie Joyce, en especial si a quién debía rebatir era a su ex marido, con quién volvía a tener una relación.

—Me alegra verte de vuelta, *Amo Luc* —lo saludó ella con una pícara sonrisa, pero incluso su tono de voz sonaba a cansancio.

—Y yo de estarlo, gatita —admitió—. Ponte bien pronto, ¿vale? Ya empiezo a echar de menos tu afilada lengua.

Un simple asentimiento fue todo lo que recibió en respuesta, por lo que no dudó en intercambiar una mirada con Horus, quién asintió en silencio.

—Cariño, voy a acompañar a Lucien a dentro, tan pronto cierre las puertas, nos vamos a casa —le aseguró.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él se lo impidió.

—Es una orden, *Kitty*.

Asintió y se las ingenió para emitir un firme:

—Sí, *señor*.

Conforme, el propietario del club le hizo un gesto con la cabeza y acercó la pulsera que llevaba puesta al cierre electrónico de la puerta, obteniendo de manera instantánea el cambio de la luz roja a la verde y la apertura de esta.

Al momento el sonido de los acordes de la música que sonaba en el interior penetró en sus oídos, acompañado por el eco de gemidos y el restallido de un látigo en algún lugar.

—La *niña* tiene cara de no haber dormido en días —comentó refiriéndose a la chica que habían dejado al otro lado de la puerta.

—Ha pasado una semana realmente mala —admitió—. Mareos, vómitos, fiebre… La he

llevado por urgencias. Han dicho que era un virus y la han enviado a casa. Hoy es el segundo día que se mantiene en pie por sí misma, debería de estar en casa, descansando, pero… Sophie es terca como una mula.

Sophie era el verdadero nombre de la chica, pero en el club todo el mundo la llamaba con el nombre de sumisa que le había otorgado su amo; «Kitty».

—Era traerla y tenerla vigilada o pasarme toda la noche con la cabeza en casa y en ella —admitió con un resoplido y señaló lo obvio—. Así que me la traje.

El deber de un buen amo era velar por la seguridad y el bienestar de su sumisa, si esta además, resultaba ser también la mujer que poseía tu corazón, ese deber se volvía una necesidad y un deseo que superaba a todo lo demás.

—Dejaré que Brian se ocupe del cierre —declaró inclinándose sobre él para hacerse oír por encima de la música—. Adam y A.J. están esta noche ejerciendo de vigilantes, tu hermano está detrás de la barra con Faith y tenemos a alguna de las chicas ejerciendo de camareras para aligerar el ambiente.

Se detuvieron al llegar a la escalinata principal que dividía el local entre la zona de paso, la pista de baile y las mazmorras que se encontraban en la planta baja y los reservados y habitaciones temáticas que se encontraban en el piso superior.

—Damien está arriba —le indicó. Sin duda el detective le había informado de que lo mandase directamente a él en cuanto cruzase la puerta—. Ha ocupado uno de los reservados del fondo.

Asintió en respuesta y le palmeó el hombro a modo de agradecimiento.

—Coge a tu chica e iros a casa —le aconsejó—. Te guardaremos el fuerte.

—Cuento con ello —aseguró devolviéndole el gesto para volver sobre sus pasos, no sin detenerse antes a intercambiar algunas palabras con Brian, quién asintió al momento.

Lucien se tomó unos instantes en localizar a su gemelo, quién debía haber advertido su presencia en el momento en que llegó, pues miraba ya en su dirección. Gesticuló un «después» que acompañó con un movimiento de la mano y al cual Dain asintió. Solo entonces subió al piso de arriba para reunirse con el único agente del FBI que le caía bien.

Damien Knight era un hombre que no se andaba con rodeos, si algo no le gustaba lo decía y eso solía traer consigo algunas incomodidades, sobre todo dada la organización a la que pertenecía. Con vocación policial de toda la vida, había terminado por entrar en *Quántico* y convertirse en uno de los miembros más destacados de su promoción, pero no por eso había perdido de vista sus orígenes.

Ambos se habían conocido años atrás en una inesperada redada policial. Mientras que Lucien se había personado allí buscando al gilipollas que se había saltado la condicional y que era reclamado por el juez, Damien dirigía la operación para desmantelar un presunto laboratorio de drogas que pertenecía a un conocido narco de la zona. Su encuentro no fue precisamente amistoso. Habían saltado chispas, los insultos habían volado por doquier junto con algunas amenazas, solo para que ambos terminaran coincidiendo una vez más esa misma noche en un bar y acabasen charlando bajo el auspicio de algunos chupitos.

Desde ese momento, ambos se habían entendido y no dudaban en cubrirse las espaldas cuando era necesario.

Saludó a algunos conocidos, les dedicó un guiño a las sumisas que pululaban por entre las mesas y se dirigió al fondo de la estancia dónde encontró a su amigo en un apartado que contaba con bastante privacidad.

—No puedo creer que estés renqueando…

Las primeras palabras del tipo le hicieron poner los ojos en blanco.

—Gracias por recordármelo —chasqueó al tiempo que se deslizaba en el asiento libre—. Se ve que la continua mordida que tengo en la cadera ahora mismo no es suficiente…

—¿Es grave?

—Nada que no se cure en unos cuantos días —desestimó la pregunta con un gesto de la mano—. Ella se llevó la peor parte.

No hubo necesidad de que especificase de quién se trataba.

—¿Cómo está?

—Aterrada —resumió de manera efectiva—. Esa mujer apenas se permite respirar por temor a que alguno de los malnacidos que todavía no están entre rejas de con su paradero y le corte el cuello.

Su amigo dejó escapar el aire y sacudió la cabeza.

—Hacemos lo que podemos.

—Obviamente no es suficiente —aseguró inclinándose hacia delante—. Ocho meses, Dam, ¿ocho putos meses y no habéis conseguido resultados? ¡No me jodas!

—Tenemos a Greyson. Ese cabrón ha negado los cargos de tráfico de mujeres y prostitución, pero la declaración de la chica lo inculpa directamente —contestó el agente—. Pero hay mucho más detrás del *Caso Evory*. Ese cabrón no es el único que ha estado implicado en las transacciones que se llevaban a cabo en la mansión, sabemos que hay mucho más, pero todavía no contamos con las pruebas para sacarlos a la luz…

—Emily Dillinger va a cambiar su declaración.

Su comentario cayó como una bomba interrumpiendo al momento el discurso de Damien.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Al parecer ha recordado algunas cosas importantes para el caso e insiste en hablar con Cassidy al respecto —le informó sin más—. Esa mujer no confía ni en su propia sombra y sinceramente, no puedo culparla por ello.

—Ni yo.

El duro comentario y el tono que escuchó en la voz de su amigo le dijo que allí había mucho más de lo que parecía.

—No me gusta un pelo lo que está pasando —admitió en voz alta, pero parecía más una reflexión propia que algo que quisiera compartir con él. Damien dejó escapar entonces un resoplido y lo miró a los ojos—. El nuevo juez a cargo del caso ha admitido a trámite un nuevo requerimiento por parte del abogado de Greyson.

—¿Qué requerimiento?

—Quieren una nueva evaluación psicológica —replicó entre dientes—. La nueva línea de la defensa es que la señorita Dillinger estaba demasiado traumatizada cuando declaró y que su testimonio puede estar influenciado por ello.

—Pretenden desacreditar la fiabilidad del testigo principal que tiene la fiscalía —soltó un resoplido—. Menudos huevos tiene ese cabrón.

—No es el abogado el que me preocupa, sino el nuevo juez —admitió Damien con voz profunda. Su amigo parecía saber muy bien ante quién estaban—. No me fio de él.

—¿Por algún motivo en especial?

—Eneas Dagio no es conocido precisamente por su tolerancia —comentó—. No habría pensado en él como primera opción para tomar el relevo de este caso y la rapidez con la que ha admitido a trámite un requerimiento como ese sin haber llevado siquiera el caso…

—Turbio, muy turbio.

Estaba claro que alguien estaba moviendo los hilos desde las sombras para preparar el terreno y hacerlo favorable para los culpables, mientras intentaban desacreditar al único testigo válido que tenía la acusación.

—Demasiado —aceptó con su habitual tranquilidad—. Y ahora la señorita Dillinger también quiere cambiar su declaración. —Chasqueó la lengua—. Este barco hace aguas por todos lados.

Sacudió la cabeza y continuó.

—Si tiene información que nos pueda ser útil, debemos conocerla —continuó Damien con gesto decidido—, pero no podemos arriesgarnos a sacarla a ella a la luz. La ICE le está poniendo las cosas difíciles a Carson, pero ese tío es como un perro con un hueso. No parará hasta conseguir lo que quiere y lo conseguirá, de eso no me cabe la menor duda.

Dejó escapar un resoplido de frustración, se pasó la mano por el pelo y finalmente añadió.

—Contactaré con Cassidy —aceptó finalmente—. Veré si puedo traerlo a la ciudad con alguna excusa oficial… Te avisaré cuando esté todo organizado. Creo que lo más seguro sería reunirnos aquí, en el club.

Lucien no pudo evitar resoplar de risa.

—Espera, ¿quieres que traiga a la chica al *Blackish*?

Damien le dedicó esa particular sonrisa suya.

—¿Se te ocurre un lugar mejor en el que podamos juntarnos un agente de la ICE, otro del FBI, un cazarrecompensas y una testigo protegida sin hacer saltar todas las alarmas a nuestro alrededor?

—Joder.

—Sí, eso mismo —admitió él sonriente—. Si la señorita Dillinger tiene información relevante que nos sirva para desmantelar todo este asunto y meter a esos hijos de puta entre rejas durante el resto de sus días, necesitamos conocerla.

—¿Crees que podrá aguantar?

Sin duda era una preocupación que todos ellos debían tener en cuenta. Se trataba de obligar a una mujer que había sido maltratada y torturada por unos hijos de puta a enfrentarse de nuevo a ellos.

—Por mucho que odie la idea de obligarla a pasar otra vez por todo esto, no tenemos opción… —Admitió Damien—. Si queremos mantenerla con vida, debemos tener las armas necesarias para defenderla.

Asintió, entendía perfectamente su posición.

—Tienes que trabajar con ella —añadió entonces con más suavidad—. No podemos permitirnos que colapse bajo la presión a la que sin duda van a someterla.

Entrecerró los ojos.

—Es una víctima de violencia y abusos, Damien, no una sumisa que necesite de guía o adiestramiento.

—Es una mujer que necesita recuperar la confianza en sí misma y en los demás y tú puedes ayudarla a reforzar esa confianza…

—Ni de coña.

—Ya has dado el primer paso al establecer un vínculo con ella —insistió tan tranquilo.

—Sí, como su guardaespaldas.

—Eres dominante por naturaleza…

—Yo no soy Dain.

—Lo sé —admitió sincero—. Por eso le dije a Cassidy que te contactara.

—Esa es otra… —Bufó ante el recordatorio de quién lo había metido en este lío—. ¿No tenías a nadie más en mente a quién pudieses asignarle el trabajo? Ambos sabemos que posees unos contactos jodidamente buenos…

—Si esa chica requiriese tan solo de la presencia de un guardaespaldas, sí, pero necesita a alguien que cuide de ella durante el proceso —admitió con un profundo suspiro—. Lo ha necesitado desde el principio, pero solo ahora hemos podido procurárselo…

Se limitó a gruñir en respuesta. Sabía que por mucho que siguiese rezongando, Damien seguiría en su línea y al final no llegarían a ningún sitio.

El majadero era mucho peor que su hermano en lo tocante a la protección de las mujeres, si sabía que había algo que podía hacer al respecto, así fuese asignando el trabajo a otras personas, lo haría. Además, Damien no daba puntada sin hilo, sabía muy bien a quién asignar, lo que lo hacía un tipo todavía más peligroso.

—Haz lo que haces siempre, Luc, estoy convencido que con eso será más que suficiente.

—Claro —chasqueó—. Ve cogiendo una pala y cava el agujero, que ya conseguiré yo el puto cadáver que vamos a enterrar.

Su amigo estalló en carcajadas, haciendo que él mismo se relajase y dejase ir un poco de la tensión que lo envolvía. Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó el teléfono móvil, una vulneración de las normas del club, pero que en esos momentos no podía evitar cometer.

Echó un rápido vistazo a la situación en casa y agradeció internamente que todo siguiese igual.

—Vuelve con ella —le sugirió Damien, levantando la voz para captar su atención—. Me ocuparé de todo mientras tanto.

Le echó una mirada cuestionadora y guardó el aparato para finalmente abandonar el asiento.

—Ten cuidado —lo avisó—. No me fío de esos cabrones.

—Yo tampoco, hermano, yo tampoco.

Asintiendo en respuesta, abandonó el reservado y volvió al piso inferior para intercambiar unas palabras con Dain antes de volver a casa.

CAPÍTULO 14

Esa mirada. Esa mirada era la clave. Emily no lo sabía entonces, pero lo que vio en aquellos ojos era su propia caída, la venganza de un hombre al que había rechazado, el único que debería haberla protegido y que sin embargo, vio en ella otra posibilidad de conquista.

Lester Zimmerman había asistido a la fiesta al igual que otros importantes empresarios y personajes de relevancia. Le había visto hacer gala de su verborrea y de sus impecables modales, habían llegado a cruzar miradas, él había sonreído como siempre, incluso había levantado su copa a modo de brindis en su dirección, solo para darle la espalda en el momento en que realmente necesitó algo de él.

Su relación con aquel hombre se remontaba años atrás, al momento en que su madre se lo presentó como su nuevo padrastro. Sí, Aura Dillinger nunca había sido una persona comedida, hacía las cosas por impulso, no se molestaba en medir las consecuencias y tampoco era capaz de enfrentarse a ellas. Contraer matrimonio con ese tipo le costaría mucho más de lo que jamás imaginó, le costaría su salud mental y también el distanciamiento con su hija.

Zimmerman estaba acostumbrado a obtener lo que deseaba con solo chasquear los dedos, había visto en Aura una mujer maleable, alguien que quedaba bien de su brazo y quién le podía dar lustre a su imagen, pero no contó con que su hija no se parecía en nada a ella.

Nunca disimuló su interés por ella, ni siquiera delante de su propia esposa. Aun cuando Emily no le dio jamás pie a nada, él se comportaba como si ella fuese la culpable de todo, como si fuese la que lo persiguiese y buscase seducirlo. Cuando lo rechazó, dejándole claro que lo denunciaría si se atrevía a ponerle un solo dedo encima, él le dio la vuelta a las cosas e hizo creer a su esposa que su querida hija era una puta deseosa de meterse en su cama.

Y Aura lo creyó. Confió en la palabra de un extraño, antes que en la suya propia.

Ese había sido el punto de partida para la actual situación de la mujer que le había dado la vida, uno que la llevaría a desarrollar un inconmensurable odio hacia ella, a autolesionarse y culparla de sus heridas hasta el punto de que la única salida que le dejó fue alejarse de ellos.

Pasaron varios años antes de que supiera que ese maldito hijo de puta había ingresado a su madre en una clínica de salud mental, que viese con sus propios ojos una mujer acabada, consumida por los nervios y psicológicamente inestable, alguien que ya no la reconocía.

Emily era consciente de que nunca había tenido realmente a su madre, que esta prefería vivir la vida a ocuparse de su hija, pero a pesar de todo la quería, siempre la quiso y ver en lo que se había convertido gracias a ese hombre, fue un enorme golpe.

No, nunca habían sido amigos, ni siquiera familia, pero jamás pensó que su rencor hacia ella, que el que lo hubiese rechazado una y otra vez, lo llevase a vengarse de la manera en que lo hizo.

Aquella noche, en una de tantas fiestas a las que solía asistir como acompañante de su jefe o en su nombre, habían sido drogadas y secuestradas varias mujeres y ese cabrón formaba parte del entramado.

Los ecos de la pesadilla de la que había emergido gritando seguían presentes. Su mente era incapaz de borrar las imágenes de aquellos primeros inciertos minutos en los que despertó con la cabeza embotada, en la que se encontró atada con las manos a la espalda y amordazada en algún

traqueteante vehículo. Al momento supo que algo no iba bien, que estaba tremendamente mal, pero jamás se imaginó lo malo que llegase a ser en realidad.

Aferrada a las sábanas, con las lágrimas bañándole la cara y el cuerpo meciéndose hacia delante y hacia atrás, intentaba dejar tras de sí los gritos, los llantos, las súplicas, los golpes y las palizas que había presenciado y acabado viviendo en sus propias carnes.

Los demonios se colaron de nuevo en sus sueños, confundiendo su percepción de la realidad, trayendo al presente los recuerdos que su mente se había esforzado por suprimir, aunque a la luz de los acontecimientos, estaba claro que no había hecho un buen trabajo.

Ocultó el rostro contra las rodillas y apretó los dientes en un intento por acallar los gritos de agonía que intentaban emerger de su garganta, unos que habían brotado sin medida en otras ocasiones, esas en las que tanto su mente como su cuerpo ya no eran capaces de responder o procesar lo que le ocurría.

Le dolía la garganta, casi podía volver a sentir esa opresión, la de esas manos apretando con saña, esa risa maliciosa resonando en sus oídos mientras la privaba de aire aún a sabiendas de que él ya no estaba allí. Se la palpó con dedos temblorosos, su piel estaba intacta, por supuesto, había sido su interior el que había sufrido daños, su laringe la que se había dañado con aquel líquido ardiente robándole para siempre la suave cadencia de su voz.

Era un milagro que siguiese viva, lo era el hecho de que pudiese tan siquiera poder hablar, sobre después de que la hubiesen vendido al monstruo que no había dudado un segundo en doblegarla a golpes.

Zimmerman, Greyson y ese monstruo sin nombre eran los responsables de que su vida se hubiese convertido en un infierno. Uno la había entregado en pago de una deuda, el otro no había tenido escrúpulos a la hora de subastarla como si fuese un pedazo de carne al mejor postor y había sido ese último, el monstruo que la había adquirido, el que consiguió que rogase por el olvido y el descanso que traía la muerte.

La bilis le subió a la boca y esta vez no pudo contenerse, vomitó sobre las sábanas, vació lo poco que tenía en su estómago y gimió de dolor al hacerlo. El llanto se unió a aquella punzante tortura, empujándola a abandonar la manchada cama para terminar cayendo al suelo con un sonoro golpe que contribuyó a aumentar su malestar.

Se quedó allí tendida unos segundos, resollando, gimiendo en voz alta, llevándose las manos a la garganta cómo si pudiese librarse del dolor, arañándose de manera inconsciente en su desesperación por mitigar aquel ardor que venía del pasado.

Sabía que tenía que calmarse, los nervios no harían otra cosa que contribuir a su psicosis, pero le costaba encontrar ese ancla a la que siempre hacía alusión su terapeuta, esa luz a la que debía aferrarse para llevar aire a sus pulmones y alejar el miedo que la emparanoiaba.

Si tan solo estuviese en casa, si tan solo se encontrase en un lugar que le fuese conocido y a dónde pudiese aferrarse durante estos episodios de histeria, pero no había nada allí que reconociera, nada que la invitase a relajarse y si demasiado que ofreciese combustible a su terror.

Encogió las piernas, pegando las rodillas a su pecho, enroscándose en sobre sí misma en posición fetal y cedió al llanto durante unos instantes.

El miedo le apretaba la garganta, se sentaba sobre su pecho impidiéndole respirar, pronto aparecieron los primeros puntos negros detrás de sus párpados y tal y cómo era de esperar, les siguió la inconsciencia.

CAPÍTULO 15

El silencio a menudo decía mucho más que los sonidos, tenía un lenguaje propio, que si lo sabías interpretar, podía darte más respuestas que un puñado de palabras. Y también era un modo de alerta, uno que transmitía sensaciones que muchas otras cosas no podían.

Lucien supo que algo no estaba bien en el mismo instante en que abrió la puerta de su casa y el silencio lo recibió. Las luces estaban encendidas tal y como las había dejado, pero había algo extraño en el ambiente. No dedicó un solo pensamiento a analizarlo, recuperó el arma de la pistolera que había devuelto a su sitio nada más subir al coche y avanzó con extremo cuidado a través de la casa, atento a cualquier posible intrusión.

Si bien era poco probable que alguien hubiese entrado sin hacer saltar la alarma, había aprendido a estar preparado para todo… O casi todo, comprendió al encontrarse las puertas del dormitorio de invitados y la del baño del pasillo abiertas.

Echó un rápido vistazo al interior del cuarto encontrando la ropa de la cama en el suelo y ningún rastro de la mujer que debería estar ocupándolo. Giró sobre sus talones y se asomó con sumo cuidado al umbral del baño. Rápidamente mantuvo el arma fuera de la visión de la chica que, acurrucada entre la ducha y el lavabo, se mecía hacia delante y hacia atrás con la cabeza apoyada en las rodillas.

—Emi… —pronunció su nombre con suavidad al tiempo que guardaba el arma y entraba en el cuarto. Entonces fue cuando reparó en la sábana que colgaba de la puerta de la ducha; una recién lavada, a juzgar por lo mojada que estaba—. Emily…

Ya fuera porque hubiese notado su presencia o por el tono de su voz, la chica se sobresaltó, levantó la cabeza y lo miró con ojos aterrados.

Al momento supo que no lo estaba viendo a él, con toda probabilidad ni siquiera estaría viendo la realidad, sino la que le mostraban sus propios recuerdos, unos que tenían el color de las pesadillas.

Su lenguaje corporal hablaba por sí solo. Estaba tensa, crispada en realidad, el miedo tenía cogidas con fuerza las riendas de su mente y él sabía que cualquier movimiento brusco desencadenaría un infierno.

Moviéndose con suma lentitud, midiendo sus pasos y procurando al mismo tiempo agacharse para reducir su tamaño y no despertar más temores, se las ingenió para sentarse en el suelo frente a ella. Mantuvo una distancia prudente y posó las manos sobre los muslos para las pudiese ver en todo momento.

En cierta manera era como estar dentro de una jaula con un animal maltratado, sabía que tenía que concederle espacio y dejar que se diese cuenta por sí misma de que no iba a lastimarla. Si la tocaba, si hacía el ademán de cogerla aunque solo fuese para darle consuelo, podía desencadenar una reacción desastrosa y a juzgar por los arañazos rojos que podía ver en el largo cuello, no era algo a lo que pudiese arriesgarse.

Reducirla tampoco era una opción, así que no le quedaba otra que tirar de paciencia e inventiva.

—Está bien, Emi, estás a salvo —le dijo con voz firme, pero suave—. Para llegar a ti primero tendrán que pasar por encima de mí.

Volvió a ver ese ligero sobresalto provocado por sus palabras, tenía los ojos vidriosos por

las lágrimas y lo bastante rojos para suponer que se había pasado un buen rato llorando.

—Soy Lucien —continuó manteniendo el mismo tono de voz—. Cassidy me envió para cuidar de ti, ¿recuerdas?

Las mojadas pestañas bajaron un par de veces y la humedad que se reflejaba en esas profundidades marrones brotó resbalando por sus mejillas. Su mirada perdió un poco de la turbidez que poseía, pero el miedo seguía presente.

—Sí, claro que me recuerdas —continuó sin variar el tono, limitándose a mencionar lo que veía en ella—. Un tipo de mi estatura, complexión y apostura es difícil de olvidar, ¿eh?

La manera en que dejó caer los hombros y deslizó la mirada hacia la sábana que colgaba en la puerta acristalada de la ducha, indicaba que empezaba a volver en sí.

—La ropa de cama… —musitó y su voz sonó mucho más rasposa de lo que debería, dejando claro que la chica debía haber gritado hasta quedarse sin voz—. Vomité…

Se llevó una mano a la boca como si el solo recuerdo la avergonzase, bajó la mirada sobre sí misma y se pellizcó la camiseta que ahora se daba cuenta también estaba mojada.

—Lo siento… —jadeó. Volvió a levantar el rostro en su dirección y pudo ver como el miedo se intensificaba al mismo tiempo que perdía el color—. Yo… Lavé la sábana… Limpiaré… Lo limpiaré todo.

Como si algo la acicatease, intentó levantarse, pero ya fuese su repentina celeridad o que se había quedado sin fuerzas, fue incapaz de moverse del lugar.

—Quieta.

Una sola palabra, una orden firme que le reportó una inmediata respuesta; más miedo.

¿Qué demonios le habían hecho a esa mujer? ¿A qué atrocidades habría tenido que enfrentarse para reaccionar de esa manera? Aquello no era natural, el temblor en su cuerpo, sus reacciones, todo formaba parte de una respuesta automática ante un posible castigo.

—La garganta, ¿te duele? —preguntó cambiando de tema. Necesitaba sacarla de esa dinámica, romper su estructura de modo que no pudiese identificarla—. Te has arañado el cuello.

Los delgados dedos resbalaron por la lastimada piel al tiempo que bajaba un poco la mirada para ocultar su propia culpabilidad.

—Respóndeme, Emi, ¿te duele la garganta?

Un ligero asentimiento fue todo lo que consiguió arrancarle en ese momento, lo cual podía considerarse una pequeña victoria, pero él quería más.

—No te escucho —declaró sin más—. ¿Serías tan amable de decirlo en voz alta?

Una orden disfrazada de petición.

—Sí. —Un rasgado susurro escapó de sus labios, al que acompañó levantando la cabeza para poder mirarle—. Me… duele… al hablar…

Y también al tragar, dedujo al ver los imperceptibles gestos que hacía. Era como si se hubiese acostumbrado a esconder el dolor para no atraer más.

—Entiendo —replicó sin dejar de mirarla, queriendo que fuese consciente de que estaba pendiente de ella al tiempo que respetaba su espacio—. En ese caso tendré que someterte a la particular tortura de mi madre: miel, tomillo y limón.

La palabra tortura hizo clic en la mente de la chica y sus ojos se llenaron de un inmediato terror por lo que Lucien se mantuvo en silencio, esperando a ver si reaccionaba al resto de sus palabras por sí misma.

Emily no lo decepcionó, esa mirada cambió paulatinamente y encontró incluso el coraje de mirarle a los ojos.

—Mi madre es una sádica —continuó como si no se hubiese percatado del cambio en ella

—. Le encantaba torturarnos a mi hermano y a mí con ese mejunje cada vez que nos acatarrábamos o teníamos infección de garganta… Pero sus pócimas daban resultado.

La chica lo miró mientras hablaba, sus ojos habían recuperado el brillo de la realidad, los fantasmas parecían haber sido ahuyentados de momento y empezaba a ser de nuevo consciente de sí misma.

—Vamos, levanta el culo del suelo —ordenó haciendo lo propio—. No sé cuánto tiempo llevas ahí sentada, pero a mí ya se me ha congelado el mío. Tendría que haber pedido que pusieran suelo radiante cuando contraté las reformas.

Ya de pie y viendo que no había hecho ademán alguno para incorporarse, se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Emi, arriba, ahora —la llamó y acompañó las palabras con un gesto de su dedo—. Si tengo que volver a llevarte al hospital…

—No. Hospital… no…

La dificultad que encontraba para hablar solo podía obedecer al estado actual de su garganta. Echó un vistazo de reojo a la sábana y frunció el ceño. Si bien no era médico, había pasado por un par de episodios del todo desagradables y conocía la sensación que quedaba después de echar hasta los pulmones por la boca.

Y para ella debía ser muchísimo peor.

Al final, el remedio de su madre no iba a ser solamente una excusa para sacarla de aquel lugar.

—Si prefieres las atenciones del Dr. Lucien…

Enarcó una ceja, lo que para él fue una nueva victoria.

—Levanta el culo, niña, cámbiate de ropa y ven a la cocina.

La mención a su ropa hizo que ella bajase de nuevo la mirada sobre sí misma.

—Me… mojé…

—Sí —replicó con un ligero encogimiento de hombros al tiempo que cogía la sábana húmeda y la envolvía hasta convertirla en una bola—. La lavadora está en la cocina, por cierto…

La palidez de su rostro dejó paso a un suave sonrojo en sus mejillas.

—Ponte algo seco y reúnete conmigo.

Le dio la espalda y caminó hacia la puerta, pero continuó vigilándola a través del espejo del baño por si era necesario que interviniese. Emily tenía un aspecto tan frágil en aquellos momentos que le estaba costando un mundo no dar media vuelta y abrazarla, pero teniendo en cuenta sus antecedentes, sabía que era algo que le haría más mal que bien a la chica.

Tras levantarse por fin del suelo, vio cómo se miraba la ropa con indecisión, llevaba las mismas mallas y camiseta con las que había salido del hospital, esta última totalmente mojada por la parte de delante.

Luc, eres un puto lumbreras.

Una afirmación absoluta que llegó con la tardía comprensión de que ella no tenía ropa consigo, ni siquiera un maldito pijama. En aquella mochila a la que se había pegado como una lapa, no había más que un par de enseres y una muda de ropa interior limpia; la que ahora mismo estaba sobre su cuerpo.

—Te dejaré algo de ropa sobre la cama —le informó antes de salir por la puerta, impidiendo que pudiese decir algo al respecto y permitiéndole lidiar al mismo tiempo con sus propios demonios.

Cualquier persona que la hubiese encontrado en esa situación habría caído sobre ella como un vendaval, agobiándola a preguntas, intentando reconfortarla cuando en realidad, lo que

necesitaba era espacio para pactar consigo misma.

Solo podía dar gracias por haber dejado que tanto Damien como Logan lo hubiesen arrastrado alguna que otra vez a las charlas que a veces recibían los agentes de la Policía. Si bien había tenido que asistir a las clases de psicología que requería la carrera por la que se había decidido y que lo había llevado a su actual trabajo, el poder contar con una visión más especializada sobre el protocolo a seguir con las víctimas de maltrato le permitió afinar un poco más su tacto y evitar acabar pasando sobre ellas como una apisonadora.

No, su tarea no iba a ser nada, pero que nada fácil, pero el maldito de Damien tenía razón, jamás dejaría a alguien que necesitaba de cuidados y ayuda en la estacada; su naturaleza le exigía estar ahí y ayudar a resolver cualquier problema.

Dejó escapar un pequeño resoplido y se dirigió a su dormitorio.

Al recoger la habitación de invitados y adecentarla para ella se había encontrado con una bolsa de su hermano, en la cual había también algunas prendas de su chica. Eso tendría que servir por ahora.

Añadió al botín una camiseta propia para que la chica pudiese utilizarla como ropa de dormir y cruzó el pasillo, encontrándosela en el umbral de la puerta del cuarto de invitados.

—Aquí tienes, cariño, ropa seca —alzó la voz para que ella fuese consciente de su presencia, pero ya se estaba girando hacia él al escuchar sus pasos—. Son algunas cosas que dejó mi cuñada, más o menos debéis tener las mismas medidas…

Ella asintió y susurró un suave *gracias* antes de volverse de nuevo vacilante hacia el dormitorio.

La ventana estaba basculada, algo en lo que no había reparado antes y había un obvio cambio de temperatura.

—¿La has abierto tú? —preguntó sin molestarse ni en entrar.

Asintió una vez más y la vio hacer un gesto de incomodidad antes de hablar.

—Yo… tengo… pesadillas… —admitió en un hilo de voz—. Me… me hacen… vomitar…

Una valiente confesión, aceptó con orgullo mientras la miraba.

—Perdón… por todo… esto…

—No pidas perdón por las cosas que se salen de tu control… —aseguró empujando las prendas en su dirección, obligándola a extender los brazos para cogerla—. No es culpa tuya.

Ella lo miró claramente en contra, pero optó por no decir nada.

—Cámbiate y ven a la cocina —le indicó—. Te estará esperando tu tortura de hoy.

No sonrió, pero tampoco volvió a asomar el miedo a sus ojos y eso para Lucien, ya era una pequeña batalla ganada.

CAPÍTULO 16

Él cojeaba. Era evidente, ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Llevaba un buen rato viendo cómo se desplazaba por la cocina con cierto renqueo y de vez en cuando dejaba escapar un bajo siseo.

Emily permaneció callada incluso cuando le puso delante una taza con algún tipo de extraña infusión y le ordenó bebérselo a sorbos. Estaba agotada física y psicológicamente. Su reciente deriva le había robado las pocas fuerzas que le quedaban, unas que utilizó para ponerse un suave pantalón corto de felpa y la enorme camiseta masculina que le había hecho entrega; esa disimulaba su voluptuosa figura mucho mejor que la ceñida camiseta de tirantes que le marcaba cada michelín.

Se sentía tan miserable como avergonzada en esos momentos y no dejaba de sorprenderle que él no hubiese mencionado lo ocurrido en todo el tiempo que llevaba allí.

Cualquiera diría que estaba acostumbrado a que sus invitados le vomitasen en la cama.

Después de un rato dando vueltas por el lugar, lo vio coger un bote de pastillas y sacar un par de tabletas que se tragó acompañado de medio vaso de agua. Reconocía el bote, eran los típicos analgésicos que cualquiera tendría en casa.

—A estas alturas debe estar ya frío del todo, así que empieza a beber.

Su voz la sobresaltó. Levantó la cabeza y allí estaban esos ojos azules, mirándola con una intensidad que la ponía nerviosa. Su expresión era de calma, casi de aburrimiento, aunque lo más probable era que se tratase únicamente de simple cansancio, después de todo el reloj que había en una pared de la cocina marcaba las dos de la madrugada.

—¿Quieres una pajita? —la sorprendió con la pregunta.

Continuó en silencio, bajó la mirada de nuevo sobre la taza y la rodeó con los dedos para llevársela a los labios. Le temblaban las manos y era reacia a consumir cualquier cosa por temor a lastimarse, pero algo le decía que si se negaba, sería capaz de meterle aquello en vena.

Cerró los ojos y tomó un pequeñísimo sorbo que logró tragar a duras penas. El líquido se deslizó por su irritada garganta dejando tras de sí una mezcla de ardor y entumecimiento que la hizo suspirar. Le dolía el simple hecho de tragar, pero la melosidad de la miel ayudaba a mitigar el recorrido.

Se lamió los labios, abrió los ojos y volvió a tomar otro trago, esta vez más generoso, dejando que el líquido recorriese las paredes internas y aliviase el malestar provocado por los vómitos.

—Gra-gracias.

Su voz era una auténtica lija, pero el hecho de poder pronunciar las palabras era un alivio en sí mismo.

—Y perdón.

Su nuevo guardaespaldas dejó escapar un bufido y tomó asiento al otro lado de la barra americana.

—¿Qué te dije sobre disculparte por algo que no está en tus manos? —replicó acomodándose de lado, de modo que pudiese apoyar el codo sobre la superficie de granito—. Nadie podría culparte si decides vaciar tu estómago ante el solo pensamiento de todo lo que has

pasado. Solo tienes que mentalizarte de que eso ha quedado atrás y nada ni nadie volverá a arrastrarte a semejante situación.

No fue necesario que nadie la arrastrase, pensó con acritud, la decisión de estar en aquel maldito ático y asistir a la fiesta, había sido únicamente suya. No podía culpar a nadie más que a sí misma de la decisión que había tomado. Así mismo, también era muy consciente de que todo lo que había ocurrido a partir de esa noche, era culpa de otra persona.

Cerró los ojos y los puños, el solo hecho de pensar en ese monstruo le revolvía el estómago.

—¿Qué te acaba de pasar por la cabeza?

La pregunta fue formulada de manera casual, pero tenía un borde duro que no le pasó desapercibido. Era como si exigiese una respuesta, como si esperase que respondiese y no tuviese prisa en obtenerla, como si pudiese tomarse todo el tiempo que quisiera antes de hablar.

Negó con la cabeza y recuperó la taza con intención de darle un nuevo sorbo. En aquellos momentos era la excusa perfecta.

—Nada —consiguió murmurar antes de beber y agradecer que aquel nuevo sorbo no le resultase tan doloroso como el primero.

—La nada no suele dejar esa mirada de odio en los ojos de una persona.

Alzó la mirada y se encontró con la especulación en la de él.

—Pero las palabras sí pueden despertar recuerdos y está claro que las mías han traído algo o a alguien de vuelta a tu mente —continuó con tranquilidad—. Y quiero saber qué o quién es.

—¿Por qué?

Él se movió en el asiento buscando una postura más cómoda.

—Porque cualquiera que sea el responsable de poner esa mirada en tu rostro, merece morir dolorosamente.

Parpadeó ante la frialdad que goteaba de aquellas palabras.

—O en su defecto arrastrarlo hasta las autoridades competentes —continuó sin cambiar de tono—, y hacer que se pudra por toda la eternidad en la cárcel. Si es que no lo está haciendo ya…

Negó con la cabeza. Fue un reflejo, no tenía intención de admitir o desmentir sus vaticinios, pero había cosas que sencillamente surgían solas.

—No.

—¿No qué?

—Él no está en la cárcel. —Hizo una pausa y se llevó la mano a la garganta al notar una punzada—. Duele…

Aquella no era una admisión que quisiera hacer en voz alta, pero era una realidad que no podía obviar. Volvió a mirar la taza y optó por beber de nuevo, esta vez un largo trago.

—Lo sé, puedo verlo —admitió él en voz alta, haciendo que lo mirase—. Se refleja en tu rostro, en tu mirada, en la manera en la que te revuelves incómoda en la silla, pero sobre todo en lo que callas.

Bajó de nuevo la mirada, preguntándose si realmente él podía verla tan bien.

—¿Quién es él, *Emi*? —insistió. Escucharle llamarla «Emi» sonaba raro incluso a sus propios oídos. Llevaba tanto tiempo utilizando su nombre ficticio, que escuchar el real y pronunciado de esa manera lo habría pasado por alto hasta ahora—. ¿Quién es el culpable de haberte arrastrado al infierno?

Apretó los dedos alrededor de la taza, cerró los ojos y sacudió la cabeza para finalmente levantarla y mirarle a la cara.

—Ortiz —pronunció a nombre de pregunta—. Quiero… quiero hablar con él.

Lucien le sostuvo la mirada durante unos breves instantes, entonces su expresión cambio ligeramente y adquirió una actitud totalmente despreocupada.

—Cassidy está ahora mismo con el agua al cuello…

—No… hablaré… con…

Lucien levantó una mano, deteniéndola.

—Esto no es un juego, Emily —replicó con contundencia—. Las cosas están ahora mismo bastante intensas y Cass está en el centro de ellas. Si tienes algo que pueda ayudarle a sacarte de esta, será mejor que empieces a hablar, porque tu agente Ortiz no podrá asomar la nariz por aquí en al menos una o dos semanas.

¿Una o dos semanas? Aquello era demasiado tiempo. Demasiadas cosas podían pasar en ese intervalo, cosas que se escapaban a su control.

Habían transcurrido ya ocho meses desde el primer juicio, tiempo más que suficiente para que los responsables destruyesen cualquier prueba que los pudiesen incriminar, cualquier vínculo que los relacionase directamente con lo ocurrido.

Zimmerman tenía poder e influencias, recordaba haber escuchado su nombre con relación al caso, pero era consciente de que no estaba entre rejas, algo que debía ser rectificado cuanto antes.

No había recordado su completa participación hasta ahora. Si bien sabía que estaba presente en la fiesta, el encuentro que había visto entre Elías Greyson y él había permanecido en el limbo hasta que las pesadillas lo trajeron de nuevo al presente.

Y luego estaba aquel monstruo. No conocía su nombre, pero recordaba nítidamente su rostro. Había deseado olvidar todo de él, pero al hacerlo se estaba privando así misma la posibilidad de que compareciese ante la justicia.

Tembló al recordar aquellos malvados ojos, se le encogió el estómago al ver en su mente aquellas manos ciñendo el mango del látigo, pero era su risa lo que le provocaba arcadas y amenazaba con hacerla vomitar de nuevo.

—Respira profundamente. —Una orden seca, firme, suficiente para devolverla de nuevo a aquella cocina y arrancarla de las garras de los horribles recuerdos que la torturaban—. Bien. Otra vez.

Hizo lo que le pedía, llevando de nuevo aire a sus pulmones y sosegando al mismo tiempo el cada vez más frenético latido de su corazón.

—No dejes que entren. —La voz masculina sonaba ahora más cercana y solo al levantar la cabeza se dio cuenta de que ese hombre estaba junto a ella. En circunstancias normales se habría encogido sobre sí misma, se había estremecido ante su tamaño, pero o estaba demasiado cansada para reaccionar o esos ojos azules poseían un embrujo calmante—. Solo tú eres dueña de tu mente y tu cuerpo, nadie puede tomar posesión de ellos a menos que se lo permitas.

Aquellas palabras, más que sosegarla, la hicieron recordar sus propia indefensión.

—No se lo permití… Nunca… se lo permití… —Se las arregló para musitar—. Y… se hicieron… igualmente con… ellos. Él… y ese monstruo… No… no fui capaz de… No fui capaz…

Una enorme mano engulló una de las suyas provocándole un inmediato rechazo. Quiso apartarse, soltarse, pero él empezó a acariciarle la piel con el pulgar y se quedó totalmente inmóvil, casi sin atreverse a respirar.

—Has luchado, lo has intentado… —continuó él con voz firme, sosteniéndole la mirada —. No diste tu permiso. Lo que haya ocurrido, no es culpa tuya. Jamás lo fue.

Lo sabía. Su terapeuta se lo había recalcado hasta el punto de que lo tenía grabado a fuego, pero escuchárselo decir a él, parecía cobrar una dimensión completamente distinta.

—Lo sé —admitió consiguiendo una mirada de clara satisfacción en respuesta.

—Buena chica —declaró sin dejar de acariciarle la mano con el pulgar.

Bajó la mirada sobre su mano, viendo el contraste de color entre ambas, pues su piel era muy blanca debido a la falta de sol y vitamina D, mientras que la de él poseía un color terruño a causa del bronceado.

—Ellos… ellos tienen… que ser detenidos —murmuró, obligándose a tragar después de cada par de palabras—. Ese monstruo… Él… él es el culpable…

—Sus nombres, Emily, si los conoces…

Cerró los dedos alrededor de esa cálida y callosa mano, necesitaba aferrarse a algo para evitar volver a ir a la deriva y a la luz de los últimos acontecimientos, no tenía mucho donde elegir.

—Lester Zi… Zimmerman… Él… él estuvo esa noche… en la fiesta. Le vi hablando con… Elías Greyson. Yo no le conocía, no entonces. Pero Lester… él estuvo después allí, con esa cínica sonrisa en su rostro… Y no hizo nada. Me miró, me reconoció… y se limitó a presenciarlo todo —consiguió articular, sintiendo que sus emociones se desbordaban y el odio impregnaba cada palabra—. Estuvo… presente durante… la audición… Nos… nos vendieron como… como si fuésemos pedazos de carne…

Hizo un alto y se llevó la mano libre a la garganta, si bien todavía le dolía al hablar, notaba cierta mejoría.

—Pero… el infierno… —Se tocó con los dedos el cuello, cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos para encontrarse con esa mirada acerada—. El infierno vino de la mano de ese monstruo. *El Sultán*. Así le… llamaba todo el mundo. Todos… menos yo.

Para ella su nombre era *Muerte*, pues había blandido la guadaña sobre su cabeza tantas veces para después negarle el final, que no tenía otra forma de llamarle.

—*Elías Greyson*, *Lester Zimmerman* y *El Sultán* —repitió poniendo a todos los culpables en una sola frase al tiempo que se aferraba a esa mano que no la lastimaba, ni la presionaba—. Ellos… ellos… me hicieron… esto…

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla solo para ser interceptada por los dedos masculinos.

—Y pagarán por ello. —El tono de su voz fue frío, letal y le produjo un nuevo escalofrío. Pese a ello no luchó, ni siquiera se alejó. Lo que veía en esa mirada azul era lo que deseaba, un deseo oscuro que quizá la hiciese una persona detestable, pero tenía motivos más que suficientes para querer que se hiciese realidad—. Le daré sus nombres a Cassidy y lo pondré al tanto de lo que acabas de decir. Eso será suficiente para empezar a mover ficha…

Asintió. En cierta forma, dar por fin salida a aquello la liberaba y le daba la esperanza que necesitaba para ver cumplida su meta; que todos los que la habían lastimado acabasen entre rejas.

—De acuerdo —tragó sintiendo todavía la garganta dolorida, pero al menos la quemazón que le producía el solo hecho de tragar se había ido anestesiando gracias al brebaje.

Sus dedos se aflojaron entonces en torno a los suyos provocándole una sensación de pérdida que la sobresaltó. Su primer impulso fue extender los suyos y retener esa fuerte y segura mano, pero se frenó.

—Termínate eso y vete a descansar —le dijo él entonces, incorporándose en toda su altura —. Has tenido más que suficiente para un solo día.

Dicho eso le dio la espalda e hizo un rápido barrido por la cocina, recogió el recipiente en

el que parecía haber preparado el brebaje y lo llevó al fregadero. Su cojera se hizo incluso más evidente.

—¿También se hizo daño durante el incidente? —Las palabras emergieron de su boca antes de que pudiese ponerles freno.

Él se limitó a echarle un vistazo por encima del hombro y enarcó una ceja.

—Está cojeando… —murmuró sintiéndose un poco incómoda por sacar el tema. Optó por ignorar así mismo la clara sutura que cubría un diminuto apósito en un lado de la frente.

—*Estás* cojeando —la corrigió, dejando claro una vez más que prefería prescindir de los formalismos—. Tuve un encuentro íntimo con un muro al intentar esquivar a cierto *cervatillo*. Nada que no quede atrás en unos cuantos días.

Optó por permanecer callada. Intuía que si volvía a pronunciar un «lo siento», él tendría más que decir, así que cambió de tema.

—Me gustaría ir a recoger mis cosas, si es que ha quedado algo tras el incendio… —comentó con voz queda, notando como el esfuerzo de hablar le estaba pasando de nuevo factura a su lastimada garganta.

—Por seguridad, seré yo el que vaya a recogerlas —dijo secándose las manos en un paño al tiempo que se volvía hacia ella—. Tu deber a partir de ahora será mantenerte fuera del radar, no podemos arriesgarnos a que alguien te reconozca…

Ahora fue ella la que enarcó una ceja y se lamió los labios antes de responder.

—Nadie me ha reconocido en estos últimos ocho meses… —le recordó.

—Las cosas han cambiado, Emily, ya no es seguro que estés ahí fuera… —su comentario le provocó un inesperado estremecimiento.

—¿Por qué? —No pudo evitar que la voz le temblase al hacer aquella pregunta—. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Hubo un ligero cambio en su mirada, así como en su actitud y la causa la encontró en su respuesta.

—Han designado a un nuevo juez para que se haga cargo del juicio —le informó en ese tono frío que no admitía lugar a réplica—. Y acaba de presentar una solicitud para evaluar tus capacidades mentales.

Un repentino escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Mis… capacidades… mentales? ¿Por qué?

—Porque el juez es un auténtico gilipollas y quiere joder con la fiscalía —sentenció con un bajo gruñido—. Eres una testigo demasiado importante para este caso, Emi. Tanto la *ICE*, como el *FBI* se juegan mucho en este juicio, por no mencionar al cabrón que está entre rejas. Tu declaración y la validez de esta serán lo que incline la balanza hacia un lado o hacia otro.

La piel empezó a ponérsele de gallina, el frío se extendió por sus venas y se le cerró la garganta, amenazando con ahogarla.

—Y ahora que has aportado dos nombres más a la ecuación… —le recordó Lucien—, lo más inteligente será mantenerte a buen recaudo y fuera del radar hasta el día del juicio. No les daremos ni una sola oportunidad para eludir la justicia, a ninguno de ellos.

Emily tragó con visible dificultad ante sus palabras, pero consiguió asentir en respuesta.

—Eso es… razonable —aceptó en apenas un hilo de voz. No era algo nuevo, aunque esta vez casi podía decirse que no eran solo sospechas suyas o parte de su creciente paranoia. Si Zimmerman se había librado hasta ahora con unos cuantos cargos dudosos, era solo porque ella no lo había inculpado directamente, algo que acababa de cambiar. Estaba decidida a hacer todo lo que estuviese en su mano para que los responsables de haberle destrozado la vida y truncado

sus sueños, no pudieran librarse de la cárcel. Solo esperaba que la justicia cooperase en esta ocasión—. Bien, en ese caso, ¿qué debo hacer a partir de ahora?

Su guardaespaldas lanzó el paño con el que se había secado las manos sobre el hombro y la miró a los ojos con una expresión indescifrable que poco a poco dio paso a una perezosa, a la par que peligrosa, sonrisa.

—Seguir mis instrucciones al pie de la letra y obedecer —respondió con un tono de voz mucho más profundo y, casi diría que sexy—. Mientras hagas eso, todo irá sobre ruedas.

Ojalá tuviese razón, porque seguir las órdenes de ese hombre, prometía ser lo más difícil que habría hecho en toda su vida.

CAPÍTULO 17

Una semana después…

—A ver si lo he entendido bien. No puedo ir a recoger las cosas a mi piso, pero sí puedo ir a la cita con mi terapeuta.

Lucien detectó cierto hastío en el tono femenino y lo ignoró.

Emily había pasado por varias crisis en la última semana, las pesadillas eran el plato fuerte del día y escucharla gritar en plena noche no era algo que quisiera vivir más veces.

Había visto el terror en sus ojos, lo había sentido en la fuerza con la que le hundía los dedos en los brazos y en las convulsas arcadas que la llevaban a terminar anclada a la taza del W.C. Apenas descansaba y eso le pasaba factura durante el día; se la veía cansada, con los nervios de punta y mucho más reservada de lo que ya lo era.

En muchos aspectos, esa mujer era como un animal maltratado, uno dispuesto a esconderse en un rincón y no asomar la cabeza a menos que supiese que estaba completamente sola. Alguien que había perdido la confianza en el ser humano y cuyo más mínimo contacto la llevaba a un estado de continua ansiedad.

Era necesario devolverle la relativa paz y la tranquilidad en la que había estado viviendo los últimos ocho meses. Dada su actual situación y los cambios que se habían producido recientemente alrededor del caso, debían extremar las precauciones, pero privarla de la ayuda que hasta el momento le estaban brindando no era una opción.

Su actual terapeuta solía colaborar estrechamente con la ICE, o más concretamente, con Cassidy. Su amigo confiaba en la mujer y solo por eso habían decidido que siguiese atendiendo a la chica ahora que se encontraba recuperada del accidente. A estas alturas no era inteligente ni aconsejable cambiarla de psicólogo, sobre todo porque tendría que empezar desde cero y Emily no estaba en condiciones de hacerlo.

—El juez ha solicitado que se te haga una nueva evaluación psicológica —le recordó. Era algo que ya estaba confirmado, Damien le había informado de ello en uno de sus escuetos mensajes—. Se ha basado en los informes que te realizaron antes y después del juicio… El Dr. Johanson ha sido muy diligente al…

—Johanson ya no es mi terapeuta —comentó, sus ojos se oscurecieron al momento—. Dejó de serlo poco tiempo después de que entrase en el programa…

Sí, lo sabía. El buen doctor había sido convenientemente sustituido a causa de la fobia que su propia paciente parecía tenerle a él y a sus métodos.

—Ya sabes cómo es la burocracia, algunas cosas… se pierden entre la cantidad de trámites y papeles a rellenar… —declaró con practicidad—. Por suerte, nosotros tenemos todo lo necesario para respaldar tu buena salud mental…

—Yo discutiría eso…

—¿Qué parte? ¿Qué estés cuerda o que tengamos lo necesario para respaldarlo?

Ella parpadeó ante la directa que le lanzó, dejando claro que su comentario era más bien una reflexión íntima que algo que quisiera compartir.

—Emi, no serás la primera ni la última persona que deba luchar con sus pesadillas —le

aseguró con tranquilidad—. Solo debes concentrarte en ganar esa batalla.

—¿Cómo? —la pregunta emergió de los labios femeninos con dureza, su voz la traicionó e hizo que la palabra sonase mucho más brusca de lo que pretendía—. Dios sabe que llevo más de ocho meses intentándolo y no he conseguido nada…

—Sigues viva, así que ya has conseguido lo primordial.

La chica dejó escapar un profundo suspiro. Sabía que estaba batallando consigo misma, con sus miedos y temores, que necesitaba un respaldo que nadie le había dado hasta el momento o que ella misma no se atrevía a aceptar.

—Pero, hasta cuando… —murmuró al tiempo que le daba la espalda y ocupaba un asiento en la barra americana.

Estaba agotada, podía verlo en las bolsas bajo los ojos, en la forma en la que se movía. Ya no se trataba solo de las secuelas del atropello, la postura de sus hombros, la mirada en sus ojos… se estaba rindiendo y eso era algo que no podía permitirse.

—Con cada día que paso a tu alrededor, viendo como tú misma te hundes en la miseria, aumentan las ganas que tengo de ponerte sobre mis rodillas y zurrarte el culo —resopló en voz alta—. Al menos así podrías lamentarte por algo real.

Ella reaccionó a la amenaza encogiéndose en la silla, pero no por miedo, sino porque creía que sus palabras eran sinceras y lo haría.

—¿Crees que finjo? ¿Que mi miedo no es real? ¿Qué el solo hecho de que alguien se me acerque no me provoca taquicardias? —replicó mostrando por primera vez una reacción combativa ante lo que suponía un ataque hacia ella, como lo habían sido sus palabras—. Claro. Me despierto gritando y vomito todo lo que tengo en el estómago solo para obligarte a que cambies las malditas sábanas todos los días. ¿Crees que quiero esto? ¿Qué me gusta la clase de… persona en la que me he convertido? ¡Yo no era así!

Su estallido la sorprendió más a ella misma que a él, Lucien estaba encantado de que hubiese mostrado algo de fuerza, pues eso quería decir que todavía había una oportunidad, que lucharía si contaba con las herramientas necesarias.

—Yo…

—Como digas *«lo siento»*, te zurro en el culo con la primera cosa que tenga a mano —la interrumpió, haciendo su amenaza muy real, pues ganas no le faltaban.

La chica apretó los labios de inmediato y miró desconfiada la cuchara de madera que descansaba sobre la encimera.

—Bien, veo que nos entendemos —continuó dejando su puesto al otro lado de la barra americana para detenerse a su lado, manteniéndose en todo momento fuera de su área personal —. Sé que tienes miedo, que ese temor es real y también sé que no se irá a menos que hagas algo para combatirlo.

Sin previo aviso o pedir permiso le cogió la mano. La reacción femenina fue instintiva. Se encogió sobre sí misma, sus ojos se abrieron al momento y su mente entró en un inmediato estado de alerta. Su respiración cambió, se hizo mucho más rápida y errática, empujándola hacia una inmediata pérdida de control.

—Mírame. —Fue una orden seca, firme, una única palabra que atrapó al momento la atención de su mente—. Tienes miedo —levantó su mano y siguió ejerciendo una ligera presión, la suficiente para que no pudiese soltarse con facilidad, pero sin que aquello la lastimase—. Y es un miedo real, pero piensa por un momento en esto. ¿Ese miedo tiene razón de ser? ¿A qué obedece?

Su mente pareció enfocarse ligeramente a juzgar por la manera en que parpadeó y las

líneas de su rostro empezaron a perder tensión.

—¿Te estoy haciendo daño? —preguntó y le sostuvo la mirada mientras esperaba una respuesta—. ¿Te hago daño, Emi?

Esa cabecita negó ligeramente, vio como tragaba compulsivamente y bajaba la mirada a su mano.

—¿Por qué no lo ponemos en palabras? —sugirió resbalando el pulgar sobre sus nudillos —. De ese modo podrás escuchar tú misma la respuesta.

La extrañeza se reflejó en sus ojos, pero no habló.

—En voz alta, Emi, solo di en voz alta si te hago daño.

Se lamió los labios y pronunció un tembloroso:

—No.

—No, ¿qué?

Repitió la operación.

—No me haces daño. —Su voz sonó ronca y algo temblorosa, sin duda se le había cerrado la garganta, pero se esforzaba por darle lo que le pedía.

—Pero te estoy sujetando la mano —continuó con esa criptica analogía.

Ella asintió y esta vez habló por propia iniciativa.

—Lo sé —admitió.

Lucien abrió entonces los dedos y los deslizó sobre el brazo desnudo hasta el codo en una acción de ida y vuelta que culminó privándola de su contacto.

—No todas las manos que sientas sobre ti te harán daño —declaró con firmeza, demostrando con aquella ligera caricia el contenido de sus palabras—. El ser humano necesita del contacto físico para sobrevivir. Buscamos afecto y confianza y créeme, hay mucha más gente ahí fuera dispuesta a reír contigo que a hacerte llorar.

La miró durante unos segundos y añadió.

—También te encontrarás con muchos capullos, es inevitable, el mundo no es perfecto —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—, pero para eso estamos el resto de la población, los que al menos sabemos leer.

Un par de parpadeos después, una inesperada y sincera risa emergió de los labios femeninos. Ese rostro en el que solo había visto lágrimas, preocupación o miedo adquirió una luz y una dulzura adorables, mostrándole a la mujer que existía más allá del miedo.

Así que esta eres tú.

Sonrió en respuesta a su risa y le dedicó un guiño.

—Eso está mejor —admitió y retomó lo que había empezado todo aquello—. Preséntate con esa sonrisa en la consulta de tu terapeuta y te la meterás en el bolsillo.

El comentario hizo que perdiese un poco de esa luz, pero al menos su rostro no volvió a cubrirse de miedo.

—Probablemente la preocuparía más que tranquilizarla.

—Por qué, ¿sueles entrar llorando?

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces no hay problema —sentenció con sencillez, acompañando sus palabras con la inesperada caricia de sus dedos al apartarle un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla—. Cuando estés lista, te llevaré a la consulta.

Lucien observó detenidamente cada una de sus reacciones desde el momento en que le tocó el pelo, tomando nota de cada gesto y archivándolo en su mente para futuras evaluaciones.

Emi tenía problemas con el contacto humano, sobre todo con el masculino, pero su actual reacción no había sido tan intensa como lo fue al cogerle la mano.

Paso a paso, Luc, paso a paso.

—Ese tiempo es solo tuyo y del terapeuta —añadió para reforzar su tranquilidad—. Te dejaré en su puerta y te recogeré cuando salgas. Lo que ocurra dentro, es solo tuyo.

Las líneas de expresión en sus ojos se suavizaron y estos dejaron ir un poco de la nublosa preocupación que siempre parecía rondarles.

—Está bien —respondió y sus palabras esta vez sonaron más livianas, incluso con esa peculiar tonalidad.

Y mientras ella estuviese asistiendo a su terapia, idearía la manera de hacer que esas inseguridades que había acumulado a raíz de sus experiencias quedasen atrás de una vez y para siempre.

CAPÍTULO 18

Gimnasio Chaser
23 de Belmont Ave,
Brownsville.

El *Chaser* seguía tan animado como siempre.

Vio algunas caras nuevas, saludó a los conocidos y se aventuró en el corazón del gimnasio dónde su hermano impartía clases de kárate unas cuantas veces por semana. Dain había encontrado en el *Kickboxing* y las artes marciales una manera de liberar tensiones y solía colaborar con Horus para enseñarles los beneficios de estas a sus alumnos.

En el último mes habían implementado un programa de defensa personal para mujeres en situación de exclusión o que habían sido víctimas de cualquier tipo de violencia del que se hacía cargo su gemelo. La finalidad de estas clases eran darles a esas víctimas las herramientas necesarias para poder defenderse y devolverles la confianza que habían perdido. No se trataba de convertir a un grupo de mujeres en expertas en artes marciales ni en vengadoras, sino en darles lo que a menudo les arrebataba el miedo; seguridad en sí mismas.

Se quedó en el umbral de la puerta, viendo como Dain daba las pautas a seguir, corrigiendo posiciones y dirigiendo los movimientos de las chicas con exquisito cuidado. Su hermano era un buen retratador de las emociones humanas, leía a la perfección el lenguaje corporal y actuaba en consecuencia. En aquella clase había un poco de todo: rabia, ansiedad, miedo, frustración… Cada alumna tenía una motivación personal para estar en aquel lugar y la labor del instructor era detectar cada una de ellas y guiarlas en la dirección correcta.

Emily encajaría bien en este grupo.

En los reportes que le había entregado Cassidy figuraba que había estado asistiendo a una asociación en la que se impartía clases de defensa personal a mujeres, lo hacía una vez por semana y al principio parecía haberla ayudado, aunque esa hubiese vuelto a desvanecerse bajo el peso de los recientes acontecimientos.

Lo ideal sería que pudiese mantener la rutina que tenía, pero el mundo no era un lugar ideal y su situación tampoco, así que no le quedaba otra salida que buscar una alternativa adecuada.

Los cambios suponían un desafío para alguien que vivía en una rutina establecida, rompía el equilibrio emocional y físico de la persona, sobre todo cuando esta necesitaba de cierta estabilidad para enfrentarse a sus miedos.

No podía culparla por haber perdido la confianza en la gente, ¿cómo hacerlo cuando la persona que debería haber cuidado de ella, que tendría que haberla protegido, era parte responsable de su secuestro y posterior venta?

Ese hijo de puta debería estar entre rejas y no volver a ver la luz del sol en mucho tiempo. Pero Lester Zimmerman no era un tipo cualquiera, se encontraba en una posición de poder, poseía un currículum intachable y nadie le apuntaría con el dedo sin tener pruebas que avalasen sus palabras, motivo por el cual se había librado de momento pagando una cuantiosa fianza.

Cassidy sospechaba que el tipo podría tener algo más que ver en el caso, que su

implicación iba más allá de financiación ilegal, pero ni en sus más salvajes sueños imaginaron que fuese tanto, sobre todo porque el que lo acusaba era su propia hijastra.

Su amigo estaba siendo presionado y asediado por el FBI, les estaba manteniendo el pulso a base de obstinación, pero era cuestión de días que le hiciesen a un lado y obtuviesen las respuestas que deseaban y con estas al único testigo dispuesto a declarar en el juicio. Así que había puesto a Damien a cargo de la investigación de las nuevas pistas que habían recibido de la chica.

Emi debía mantenerse escondida hasta el juicio, tenía que permanecer ilocalizable para todo el mundo hasta que llegase el momento de declarar; entonces podría sentarse ante el juez y el jurado y decirles todo lo que sabía.

Sí. Zimmerman estaba siendo vigilado de cerca. Si hacía algún movimiento extraño lo sabrían. Si contactaba con alguien que pudiese implicarle aún más en el caso, procurarían cogerle con las manos en la masa. Ahora tan solo quedaba encontrar al tipo al que Emily había llamado «El Sultán», un cabrón hijo de puta lo bastante listo como para mantenerse bien oculto y no haber dado ni una sola seña de su existencia en todo este tiempo.

Podía ser cualquiera, podía estar compinchado con quién menos se esperaban, pero ni siquiera un jodido fantasma podría ocultarse eternamente.

Él era el principal culpable del estado actual de la chica, era el protagonista de sus pesadillas, el maldito que debía estar entre rejas… o mejor aún, a dos metros bajo tierra.

Paciencia. Debían ser pacientes. Todavía tenían cinco semanas por delante, muy poco tiempo para algunas cosas y demasiado para otras.

—Y con esto damos por terminada la clase de hoy…

La voz de su hermano lo devolvió al presente y a las mujeres que empezaban a suspirar de alivio, que sonreían o agradecían a su profesor y se disponían a recoger sus cosas para abandonar el aula.

Dain intercambió unas palabras con algunas de ellas, escuchó paciente sus comentarios e hizo las recomendaciones oportunas antes de dedicarle un gesto reconociendo su presencia.

Lucien se coló en el aula y se trasladó con total parsimonia hacia uno de los laterales en los que se amontonaban las colchonetas y había un par de estantes con todo tipo de objetos y herramientas para las clases. Esperó a que el lugar se vaciase por completo y su gemelo despidiese a la última de sus alumnas antes de buscarle.

—Te veo bien —comentó Dain recorriéndolo de los pies a la cabeza con la mirada—. ¿Qué tal las cosas en casa?

—Complicadas.

No le había quedado más remedio que explicarle por encima en qué andaba metido. Su reunión con Damien en el *Blackish* la semana pasada había sido imposible de ocultar y mucho menos a alguien que le conocía tan bien como el hombre ante él.

Horus y Brian estaban también estaban alertados, aunque en su caso había sido Damien el que se había encargado de arreglar las cosas.

Ambos sabían que no podían revelar la identidad de Emily, así que habían acordado decirles solo lo necesario; la mujer era testigo de un juicio y por seguridad lo habían contratado a él, para que la escoltase y mantuviese oculta hasta que tuviese que declarar.

Su hermano, sin embargo, no era tan fácil de conformar. Le había comprado la historia de la testigo, pero sabía que había mucho más y que esa mujer había sido abusada de alguna manera; no en vano trabajaba con víctimas de violencia de género todos los días.

—Mucho estrés, no duerme bien y se despierta a causa de las pesadillas, vive en un

continuo estado de tensión… —Hizo un resumen que sabía él conocería—. Y tiene problemas con el contacto físico… por muy liviano que sea. Al más mínimo roce se encoge como un animalito asustado.

Unos ojos azules idénticos a los suyos se clavaron en él.

—¿También contigo?

—Procuro no invadir su espacio personal, pero sí, también conmigo —admitió con fastidio, a pesar de que comprendía sus motivaciones—. Me está costando llegar a ella.

Dain asintió conocedor de ese tipo de situaciones.

—Paso a paso, Lucien, paso a paso —le recordó.

—Vive en un continuo estado de estrés —admitió—. Reacciona aterrada a prácticamente todo. ¿Cómo demonios puedes enfrentarte a algo como eso cada día?

Su hermano le posó la mano en el hombro y se la apretó.

—Alguien tiene que ayudarles a salir de ese estado, darle las pautas para que puedan recuperar su vida y tomar las riendas de esta —declaró con suavidad—. No es fácil y se hace todavía más difícil cuando empatizas con la persona a la que quieres ayudar o sientes algo por ella…

Sabía que su hermano hablaba de Faith, su mujer, quién si bien no había sido víctima de violencia de género, sí se había enfrentado a otro tipo de violencia, una que deja marcas en el alma. Devolverle la confianza, ayudarla a creer en sí misma y continuar adelante con su propia lucha, había sido sin duda uno de los más duros trabajos a los que se había enfrentado su hermano.

—Necesita encontrar una rutina —continuó Dain—. Algo que la ayude a centrarse, que le proporcione una meta, eso le permitirá enfocarse y dejar de lado los temores…

Hizo una mueca, pues no era la primera vez que compartía pensamientos con él, reflejándolos uno u otro en voz alta.

—Estamos en ello —admitió—. Ha retomado las sesiones con su terapeuta y dado que estaba asistiendo a clases de defensa personal…

—Ya veo por dónde vas —replicó su gemelo cruzándose de brazos.

—Sí, supuse que lo harías —admitió a su vez, sonriendo de soslayo—. Le vendrá bien volver a hacer algo de ejercicio y sobre todo, estar alrededor de otras personas… Otras mujeres.

Dain enarcó una ceja ante sus palabras.

—No exagerabas al decir que las cosas estaban complicadas…

—La arrancaron de la vida que conocía para llevarla al infierno y cuando por fin la sacan de allí, la dejan en una caja —resumió con pocas palabras—. Se ha ocultado entre cuatro paredes y ha construido muros a su alrededor para protegerse, unos lo bastante gruesos como para que nadie se acerque.

—Bueno, a ti siempre se te ha dado bien echarlos abajo —aseguró su hermano con cierta sorna.

Bufó en respuesta.

—Solo dime si puedes hacerte cargo de ella durante las clases.

Asintió.

—El jueves Sophie dará la clase de autodefensa —le informó—. Ha conseguido que algunas mujeres del barrio se apunten y sabe que no se quedarán a menos que ella esté presente. Podría ser un buen momento para que se integre en las clases…

El nombre de la mujer le trajo rápidamente su rostro a la mente. La chica había llegado al club de la mano de Damien, de hecho, había entrado como su sumisa hasta que la dejó caer en el

regazo de Horus… y Dain.

La chica resultó ser una verdadera polvorilla, alguien dispuesta a pelear con uñas y dientes por aquello que deseaba y que no era otra cosa que su ex marido; Alexander Horus Brooks. *Kitty*, como era conocida en la comunidad, sentía también cierta debilidad por su gemelo, con quién había entablado una estrecha y sincera amistad.

Sophie había hecho suya la tarea que había iniciado su hermano y su marido. Era una mujer de los suburbios, comprendía a la gente que vivía en las calles y hablaba su mismo idioma, así que cuando la actual pareja de su gemelo, Faith, tomó las riendas del programa VIDA, la rubita no dudó en aportar su granito de arena.

Esas dos mujeres estaban haciendo una labor que beneficiaría a las generaciones futuras de la zona, un gesto altruista que salvaría muchas vidas.

Sin duda, su presencia resultaría beneficiosa para Emi.

—Perfecto —afirmó tras sopesar rápidamente los pros y contras de aquello—. Contad con una alumna más.

Él asintió.

—La pondré al tanto.

Lo que venía siendo el equivalente a *«le ordenaré que no haga preguntas»*.

—Cuento contigo.

Su hermano esbozó una peculiar sonrisa y sacudió la cabeza.

—¿Tienes tiempo para tomarte un café? —Señaló con el pulgar hacia la puerta—. Tengo un descanso antes de la próxima clase.

Miró el reloj y calculó el tiempo que necesitaría para estar de vuelta en la consulta en la que había dejado a Emily.

—Lo justo para uno rapidito.

—Pues vamos. —Dain le palmeó la espalda—. Tengo que contarte la última de *tu galletita.*

Lucien se rio entre dientes, intuía que las noticias de su gemelo iban a ponerle una enorme sonrisa en la cara.

CAPÍTULO 19

Sala de espera
Dra. Newman, Psicóloga
Brooklyn, N.Y.

—¿Lista para irnos?

Emily se sorprendió al mirar a su guardaespaldas y darse cuenta de que había estado esperando que hiciese acto de presencia y la sacase de aquel lugar.

Se había pasado la mayor parte de la sesión distraída. Lo que debería resultarle familiar y servirle como punto de anclaje en esa inesperada deriva, se convirtió en algo incómodo, tanto que la Dra. Casilda Newman optó por dejar a un lado el iPad y ofrecerle una taza de té.

Debía ser la única mujer en todo Nueva York que odiaba apasionadamente el café.

Casilda la animó a hablar sobre los últimos acontecimientos por los que había pasado, dejando claro que estaba al tanto de más de lo que creía posible, ofreciéndole un momento para desahogarse, pero apenas había sido capaz de reunir un puñado de palabras.

Por extraño que pareciera, volvía a sentirse como en los primeros días de consulta, cuando era capaz de pasarse la hora en silencio, incapaz de dar voz a sus emociones aun cuando estas era lo bastante crudas como para exigir liberación.

Así que cuando la terapeuta dio por finalizada la sesión, le faltó tiempo para volver a la sala de espera y encontrárselo ya allí, ocupando una de las sillas, con los brazos cruzados sobre el pecho y postura distendida.

Encontrarse a Lucien le reportó una inesperada tranquilidad, pero esta pronto se convirtió en nerviosismo al ver esos ojos azules calibrándola como un escáner.

—¿Todo bien ahí dentro?

Asintió con la cabeza solo para darse cuenta del acuerdo que tenían al verle enarcar una ceja.

—Sí —respondió en voz alta—. Tomamos… té.

La manera en que la miró y se volvió hacia la consulta al tiempo que se levantaba, dejaba claro que su respuesta le parecía un tanto chocante.

—Un té de hora y media —chasqueó y había verdadera ironía en su voz—. Espero que lo hayas acompañado con algo más que pastas…

—No hubo pastas.

Él se volvió entonces hacia ella.

—Y deduzco que tampoco mucha conversación —añadió ladeando la cabeza mientras la miraba—. Estás incluso más tensa que cuando entraste... —Sacudió la cabeza—. Tienes que soltar lastre, el ejercicio te sentará bien.

—¿El ejercicio?

Redujo la distancia entre ambos y se inclinó sobre ella para poder mantener su mirada al mismo nivel.

—Te vendrá bien lanzar unos cuantos puñetazos.

—¿Lanzar qué?

—El saco no se quejará.

Frunció el ceño, era incapaz de seguirle.

—El saco.

—Emi, no es necesario que repitas todo lo que digo —le soltó con su habitual franqueza —. Solo di *«sí, señor»* y empieza a caminar.

Sintió que se le encendía ligeramente la cara ante lo que parecía una reprimenda, pero tan rápido como vino, el calor se fue.

—Has estado dando clases de defensa personal una vez por semana —continuó y sus palabras empezaron a dar sentido a todo aquel enigma—. Entiendo que dominarás los movimientos básicos al menos…

Se limitó a mirarle con ciertas dudas.

—Si te portas bien, dejaré que intentes hacerme morder el polvo.

No pudo evitar que la mirada que le echó de la cabeza a los pies saliese de manera natural y culminara con un:

—Ya. Claro.

—Me hiere profundamente que no confíes en mi palabra.

—Eres… enorme y tienes que pesar… un quintal —replicó con la boca pequeña—. Me limito a constatar un hecho.

Lucien se llevó las manos a las caderas y la miró como si era la primera vez que la veía.

—¿Qué mierda te han enseñado hasta ahora en tus clases de defensa personal?

—Si puedes evitarlo, no luches.

El rostro de su guardaespaldas lo decía todo.

—Sí. Bien. Buen consejo —admitió a regañadientes—. Pero no siempre podrás huir.

—Lo sé, lo sé muy bien.

—Sí. Sé que lo sabes —aceptó serio—. Ahora tienes que aprender qué hacer para evitar encontrarte de nuevo indefensa. Tu nueva consigna tiene que ser «inutilizar y correr». Evita el ataque o reduce su efectividad y corre tan rápido como puedas.

Aquel era con toda probabilidad el mejor consejo que había recibido hasta el momento.

—El jueves tienes tu primera clase con un nuevo instructor —la sorprendió—. Con un poco de suerte, Sophie podrá enseñarte un par de cosas.

Sophie. El instructor del que hablaba era una mujer.

—¿Nuevo centro?

—Más seguridad —admitió—. El *Gimnasio Chaser* es infranqueable si no eres de los suyos.

—Y tú lo eres.

Él sonrió y en ese gesto parecían ocultarse muchas cosas.

—Mi hermano imparte clases allí —admitió—. Es un centro comunitario. Suelen frecuentarlo los chicos del barrio. Mientras están allí, no están tirados en la calle poniendo en peligro sus vidas y arruinando su futuro.

Un mensaje que sin duda resultaba esperanzador, pero eso no evitaba que desease algo muy distinto en aquellos momentos.

—Preferiría volver a la casa.

—Lo harás —asintió al tiempo que se inclinaba sobre ella y le daba un golpecito en la nariz de forma inesperada—. Pero antes te enseñaré como deshacerte de la frustración a golpes.

CAPÍTULO 20

Gimnasio Chaser
23 de Belmont Ave,
Brownsville.

Emi solo quería irse a casa, quedarse en la seguridad que le proporcionaban aquellas cuatro paredes, pero en lugar de eso se encontraba en el vestuario femenino de un gimnasio comunitario. En las manos llevaba la ropa que había estado usando, pues se había cambiado con un conjunto de leggins, camiseta y sudadera que le había entregado su guardaespaldas.

La ropa era nueva, tenía las etiquetas puestas y le sentaba mucho mejor que las prendas que se había comprado ella misma.

Ni siquiera le dio opción a protestar, después de sacarla de la consulta, la metió en el coche y condujo hasta esta parte de la ciudad, una en la que nunca había estado y que bullía de actividad a pesar de que ya empezaba a caer la tarde.

Entraron en aquel amplio bajo, vio como su acompañante saludaba a algunos adolescentes y la guio hasta una pequeña sala dónde sacó las prendas que le entregó con orden de cambiarse.

Dejó escapar un profundo suspiro, tiró de la tela de la sudadera en un intento por cubrirse las caderas y el trasero, comprobó una vez más que no se había dejado nada y arrastró los pies fuera de los vestuarios.

—Al fin. —Su voz la sobresaltó, se giró hacia el otro lado del pasillo y se encontró al hombre vistiendo también unos pantalones de deporte y una camiseta tanque que dejaba a la vista una trabajada musculatura.

Lucien era pura fibra, no estaba excesivamente musculoso, pero su forma física era envidiable.

—Empezaba a pensar que no había acertado con tu talla —declaró, entonces la miró y asintió—. Pues no, lo he bordado. Sígueme, pequeña *padawan*.

Hizo una mueca ante aquella alusión a *Star Wars* y se quedó mirando la ancha espalda que se alejaba con paso seguro.

Lucien Ratcliffe era como un camaleón. En un momento parecía una cosa y al siguiente otra, pero lo que nunca cambiaba era esa seguridad aplastante que lo envolvía. Era como si fuese dueño de cada paso que daba, del aire que lo rodeaba, como si este no se atreviese a soplar sin su permiso.

Podía ponerse frío, adquirir una actitud seria y comportarse como un mercenario, entonces algo cambiaba y aparecía esa actitud irreverente, con salidas fuera de tono y un don de mando innato.

Nunca había sido alguien conformista, ni siquiera después de lo ocurrido, pero era incapaz de oponerse a él, aunque su actitud la desconcertase por momentos.

—Emi…

Hizo una mueca al escuchar ese diminutivo, uno que solo él había utilizado en mucho tiempo. Ya se había olvidado de lo que era oír su verdadero nombre, había llegado a desarrollar terror al hecho de escucharlo por miedo a ser reconocida. Al principio incluso se había teñido el

pelo rubio para encajar con su nueva identidad, pero todo aquello parecía quedar ya muy lejos, como si se tratase de otra pesadilla más de la que solo despertaba de vez en cuando.

—Deja de mirarme el culo y muévete.

Tardó unos instantes en asimilar sus palabras, frunció el ceño y bajó la mirada hacia ese punto en concreto antes de señalar.

—No te estaba mirando el culo.

—Pero ahora sí lo has hecho —le soltó divertido—. Es por aquí.

Sacudió la cabeza, apretó el paso y prácticamente tuvo que frenar en seco para no darse un encontronazo con él al llegar a una sala cuya puerta estaba abriendo.

—No te estaba mirando nada —sintió la necesidad de aclarar.

Él enarcó una ceja y sonrió petulante.

—Pues no sabes lo que te estás perdiendo.

Emily abrió la boca para replicarle como se merecía, pero Lucien se puso de nuevo en marcha, traspasó el umbral y se internó en lo que a todas luces parecía un área multidisciplinar.

Echó un vistazo a las colchonetas, a las espalderas, las estanterías con material de fitness y finalmente se encontró con el saco de arena marrón con el logotipo de una conocida marca colgando de unas cadenas.

—De acuerdo —escuchó a su acompañante, quien sacaba un par de guantes acolchados y sin dedos de un cajón de los estantes—. Es hora de dar unos cuantos puñetazos.

Lo miró irónica.

—¿Pretendes que golpee eso? —señaló el saco.

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesitas pegarle a algo.

—No quiero pegarle a nada.

—Quieres, créeme —aseguró deteniéndose ante ella. Se metió un guante debajo del brazo y preparó el otro—. Extiende la mano.

Ella escondió las dos a la espalda, cosa que le arrancó un resoplido de risa.

—No muerden y están acolchados —movió el guante para enseñárselo—. Sirven para proteger esas manitas y evitar que te rompas una uña.

—Me preocupan más mis dedos que mis uñas.

—Eso demuestra que eres una chica inteligente —aseguró y antes de que pudiese decir algo más, su tono bajó una octava, provocándole un escalofrío—. La mano, Emi.

Se estremeció y sacudió la cabeza. Estaba tentada de dar un paso atrás, pero algo en la serenidad que exudaba el rostro masculino la mantuvo en el lugar.

—En algún momento tendrás que confiar en alguien, cariño.

Sus palabras eran firmes a la par que suaves, hablaba con tranquilidad, sin empujarla o impacientarse con ella. No la coaccionaba, no exigía, solo exponía una hecho contra el que llevaba tiempo luchando.

Casi sin darse cuenta se encontró llevando la mano hacia delante. Temblaba, pero se obligó a concentrarse en el guante rosa y negro que poco a poco iba encajando en su lugar bajo la estrecha supervisión del hombre.

—Cierra los dedos —la instruyó—. Muévelos. Bien.

Le ciñó el velcro alrededor de la muñeca y procedió a vestirle la otra mano.

—¿Demasiado ceñido? —preguntó una vez terminada su labor.

Abrió y cerró los dedos, los movió y giró las manos, familiarizándose con los guantes.

—Muevo los dedos, ¿eso cuenta?

—Por ahora es lo más importante —aseguró con cierto tono burlón—. De acuerdo, muchachita, hora de zurrarle al saco.

—No quiero pegarle al saco.

—¿Por qué?

—No me ha hecho nada.

Lucien soltó un bufido.

—Ya te lo hará, no te preocupes.

Caminó hacia el bulto que colgaba de las cadenas y se posicionó a su lado, rodeándolo con un brazo.

—Vamos, ven aquí.

Ella se miró los guantes y luego a él.

—Esto te divierte, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Jamás encontraría divertido el hecho de ver el miedo en los ojos de una mujer —declaró con seriedad—. Y en los tuyos he visto demasiado. No te he traído hasta aquí para burlarme de ti o de tus temores, sino para ayudarte a deshacerte de ellos.

Aquellas palabras la callaron, no había forma de replicar a algo que decía con rotunda sinceridad.

Volvió a mirarse los guantes, suspiró y avanzó hacia el saco.

—Te escucho.

—Eso sería una novedad —creyó escucharle farfullar antes de verle a su lado, cogiéndole una de las manos y colocándole adecuadamente el pulgar—. Esta es la posición que debes adoptar siempre. No quiero que te rompas el pulgar.

Su contacto y cercanía seguía poniéndola nerviosa, pero hizo todo lo que pudo para quedarse quieta.

—Los brazos a esta altura. —Su contacto era ligero, limitándose únicamente a ajustar el ángulo y mover su cuerpo hacia la posición correcta—. Cuando golpees, hazlo siempre con esta parte y dale fuerte.

Dio un paso a un lado, adquirió rápidamente la posición que le había enseñado y asestó un golpe seco al saco, en su caso sin protección. Ella se estremeció al mismo tiempo que el objeto.

—No va a funcionar —negó mirándole a la cara—. Mi coordinación es pésima. Hay más probabilidades de que recibas tú un golpe antes que el saco.

Lucien dejó escapar tal carcajada que no pudo sino sonrojarse ante sus propias palabras.

—No quiero decir a propósito, pero…

—Basta de cháchara —le indicó con la risa todavía presente en la voz—. Vamos, dale un buen puñetazo.

Miró el saco, dejó escapar un suspiro y siguiendo sus indicaciones, lanzó el puño contra el bulto de manera lastimosa.

—¿A eso le llamas tú darle un buen puñetazo?

—Es que el saco no me ha hecho nada…

El hombre se pasó la mano por el rostro, sin duda para evitar que le viese la cara y caminó hacia ella.

—Dime una cosa —preguntó deteniéndose a su lado—. ¿Nunca has querido arrearle una buena hostia a los hijos de puta que te lastimaron? ¿Nunca has imaginado o soñado con poder devolverles todo el dolor con el que te obsequiaron?

Más de mil veces, pensó. Más de mil veces había imaginado lo que habría pasado si hubiese luchado más, si hubiese actuado de otra manera, si les hubiese golpeado con lo que tenía a mano, lamentándose ante el hecho de no tener el valor o contar con los recursos para hacerlo.

—Contéstame.

Asintió con la cabeza.

—En voz alta.

—Sí. —Se las ingenió para dejar pasar la palabra y admitirlo a viva voz—. Tantas veces que desearía que hubiese pasado de verdad y no solo en mi mente.

La mano masculina se posó sobre su hombro, se lo apretó ligeramente y acto seguido le señaló el saco con un gesto de la barbilla.

—Pues golpea como si estuviesen delante de ti.

Se posicionó a su espalda y volvió a dirigir su cuerpo, moviéndole las piernas y ayudándola a adoptar la posición correcta.

—Diles todo lo que no pudiste o no te atreviste a hacer entonces.

Su voz era calmada, no había rabia, ni odio, nada que incitase violencia y sin embargo, al imaginarse aquellos rostros, al verlos claramente en su mente, el miedo emergió con rapidez, pero también lo hizo el dolor y la rabia, una que siempre estaba presente aún si hubiese sido ahogada por las continuas palizas y torturas a las que fue sometida.

—No puedo… —musitó, sacudió la cabeza e intentó echarse hacia atrás, pero un duro muro humano se lo impidió—. No sirve de nada… Nunca sirvió…

Había gritado, los había insultado, había intentado luchar y nunca obtuvo resultados.

—No lo sabrás a menos que lo intentes —la instigó su guardaespaldas.

Sacudió la cabeza.

—Ya lo intenté y no… no sirvió de nada… —siseó entre negativas—. Nunca me escucharon…

—Ahora lo harán —sentenció Lucien, hablándole muy cerca del oído—. Cada golpe que le des al saco irá acompañado de tus palabras. Vamos, nena, sé que puedes hacerlo… Déjalo salir.

Apretó los labios, respiró profundamente y aventuró un nuevo golpe que impactó estremeciéndola por completo.

—En voz alta, Emi, que escuchen tus palabras.

La garganta se le cerró por el miedo, pero la necesidad crecía con fuerza y las palabras acabaron saliendo en forma desgarradora.

—No… volverás… a pegarme.

Lanzó otro puñetazo, usando ahora el otro brazo.

—Otra vez.

—Nunca… volverás… a tocarme.

Un nuevo puñetazo y el saco se estremeció del mismo modo que lo hizo ella.

—Jamás *volverás* a golpearme —alzó la voz, dejando que la rabia en su interior emergiese e impactase contra el saco—. Jamás volverás a torturarme… —Otro golpe—. Nunca… jamás en la vida… vas a tener la oportunidad de maltratarme de nuevo… ¡No me tocarás ni con la punta de un dedo! ¡No soy tuya! ¡Jamás seré tuya, maldito hijo de puta! ¡Te odio! —Golpe—. ¡Te odio! —Golpe—. ¡Deberías estar muerto! ¡Debería haberte matado! ¡Ojalá lo hubiese hecho! ¡Ojalá pueda matarte con mis propias manos!

Una inesperada presa la envolvió desde atrás, impidiéndole seguir golpeando, pero no acalló sus gritos, ni la rabia que bullía con fuerza en su interior.

—¡Le mataré! —chilló poniendo en palabras sus más crudos y oscuros deseos—. ¡Quiero que muera! ¡Tiene que morir! ¡Tiene que morir!

—Está bien, cariño, te tengo. Déjalo salir —Escuchó la voz de Lucien y sabía que eran sus brazos los que la rodeaban, aun así era incapaz de dejar de gritar, de expresar en voz alta todo su odio, su dolor y la rabia que sentía por todo lo que le habían arrebatado.

—¡Me torturó! ¡Cuánto más gritaba, cuanto más suplicaba, más se reía y más fuerte me golpeaba! ¡Lo hizo una y otra vez! ¡Quiero que muera! ¡Quiero destrozarle la garganta como él destrozó la mía! ¡Es un monstruo! ¡Es un monstruo! ¡Quiero que muera!

Se desgañitó, lloró, pataleó y golpeó como pudo la montaña humana que la sujetaba en un ataque de frustración y desesperación. Quería que ese cabrón muriese, quería matarlo con sus propias manos y el saber que jamás tendría el valor para hacerlo la mataba por dentro.

De todos los que habían participado en aquel infierno, el Sultán era el peor de todos, el que la había destrozado por completo, el que la había quebrado y le había arrebatado hasta su propia dignidad.

Emily dejó de ser consciente de todo a su alrededor. No sabía el tiempo que pasó gritando, ni cuando le quitaron los guantes, ni como terminó en el suelo acurrucada en el regazo de Lucien, quien se limitaba a acariciarle el pelo y murmurarle palabras tranquilizadoras.

Le costaba respirar, volvía a notar la garganta en carne viva, pero también había algo más, una ligereza que no sentía en muchísimo tiempo y que ocupaba el lugar en el que antes existía una pesada opresión.

—Es isotónico.

La voz que pronunció aquellas palabras le era ajena.

—Gracias —respondió su guardaespaldas, quién le acercó algo frío a los labios—. Bebe, está frío y te sentará bien.

Separó los labios y dejó que el helado líquido le bajase por la garganta, notando al momento las molestias ocasionadas por los excesos. Apartó el rostro y negó. Le dolía demasiado. Abrió los ojos y levantó la cabeza encontrándose con unos ojos azules en un rostro familiar, pero cuanto más lo miraba más diferencias se iban presentando en su mente.

Como si despertase de un sueño, parpadeó varias veces y la imagen que tenía ante ella cobró sentido en la identidad de alguien a quién, si bien no conocía, sí había visto con anterioridad en fotografías; era el hermano gemelo de Lucien.

—Está bien, cariño, él es de los buenos.

El tipo se agachó entonces, acuclillándose hasta quedar a su altura y, manteniendo siempre una prudente distancia, le dedicó una sonrisa afectuosa.

—Haz caso al tipo grande —le dijo, dejando claro que aquella era la voz que había escuchado para empezar—. Soy Dain, el hermano de Luc.

Asintió a modo de respuesta, pues no se fiaba todavía de su garganta.

—Dale otro traguito.

Apartó la cara y negó con la cabeza.

—Emi, no te lo estoy pidiendo —le advirtió Lucien—. Bebe.

Una vez más tuvo la botella en los labios y no le quedó más remedio de tragar.

—Me duele… —consiguió articular al tiempo que se volvía hacia él y abría mucho los ojos al ver que tenía una rojez que iba tornándose oscura a la altura del pómulo—. ¿Qué…?

Por primera vez en mucho tiempo sus manos actuaron por instinto, tocando voluntariamente a otra persona y acabó pasando los dedos sobre el incipiente moratón.

—Cariño, recuérdame que no vuelva a ponerte unos guantes a menos que me haya puesto

protectores o esté a varios metros de ti —soltó haciendo una mueca—. Tu puntería es atroz.

La expresión de indignación en el rostro masculino era tal que no pudo evitar sonrojarse.

—Te dije que mi coordinación no era buena…

Él dejó escapar un resoplido, entonces la empujó suavemente, obligándola a levantarse, para luego hacer lo mismo.

—Trabajaremos en ello —replicó. La recorrió con la mirada desde los pies a la cabeza y asintió satisfecho—. ¿Te sientes mejor?

La pregunta la cogió desprevenida, pero no tuvo más remedio que asentir, pues era la verdad.

—Más… ligera.

—Eso es bueno.

El comentario hecho por Dain volvió a hacerla consciente de su presencia.

Ahora que veía a los dos hombres uno al lado del otro, las diferencias entre ellos eran más remarcables. Sutilezas como un par de centímetros más alto uno que otro, el tono de pelo, ciertas expresiones… Incluso sus ojos, siendo del mismo color, eran distintos. Sin embargo, la diferencia más palpable quizás estuviese en la forma en la que miraba Dain Ratcliffe, cómo si supiese que guardabas secretos y él estuviese al tanto de ello.

Emily bajó la mirada al ver que la guiñaba un ojo ante su obvio escrutinio, desvió rápidamente su atención hacia Lucien, quién se tocaba la cara y hacía gestos ajeno al silencioso intercambio antes de enarcar una ceja al ver que lo miraba.

—Gajes del oficio, nena, cuando combates es difícil abandonar el ring sin algún golpe.

—Sobrevivirá, no te preocupes —declaró Dain, llamando de nuevo su atención—. Se ha llevado puñetazos peores por mi parte.

—Y te encanta recordármelo, *hermanito*.

—Siempre —admitió el aludido con cierta petulancia. Entonces se volvió hacia ella y señaló—. En el pasillo hay un botiquín con pomadas para estos casos, evitará que mañana tenga el ojo negro.

El comentario le arrancó un nuevo sonrojo, su sentimiento de culpabilidad hizo el resto, así que miró a su guardaespaldas y señaló hacia el pasillo.

—Yo… iré a por esa… pomada. —Le dolía la garganta al hablar, pero su vergüenza por haberle golpeado era mayor.

—Estaré justo aquí —contestó Lucien señalando el suelo con un gesto.

Dain esperó a que la chica saliera de la sala para hablar.

—No va a ser un camino fácil ni rápido, lo sabes, ¿no? —comentó volviéndose hacia su hermano.

—Empiezo a tomar conciencia de ello —admitió Lucien encontrándose con la mirada de su otra mitad—. ¿Es siempre tan jodido?

—Sí —admitió con un suspiro, entonces le apretó el hombro—. Pero después te darás cuenta de que cada paso del camino ha merecido la pena, sobre todo cuando la veas sonreír.

Lucien enarcó una ceja y se contempló en esos ojos azules iguales a los suyos.

—He estado ahí, ¿recuerdas? —chasqueó su gemelo—. Todavía recuerdo el maldito ramo de flores…

No pudo evitar sonreír ante el recuerdo, pues su hermano se había enamorado de su mujer en ese mismo instante.

—Sí, bueno, creo que te gano —señaló el hematoma de su cara—. Sin duda, el derechazo de Emily será algo que no pueda olvidar… en la vida.

Sobre todo porque estaba empezando a ver a esa pequeña guerrera como la horma de su zapato, una que quizá le conviniese conservar para siempre.

CAPÍTULO 21

Washington County Jail,
Washington

Dos días después…

Elías Greyson tenía una paciencia finita, los hombres que trabajaban para él lo sabían y reportarse con algo menos de lo que les había pedido era, por norma general, el equivalente a un rápido finiquito a su servicio.

Su estancia en la cárcel se estaba alargando más de la cuenta.

Tendría que haber salido después del primer juicio, pero una inesperada testigo, la zorra que Lester Zimmerman le había entregado en calidad de aval por su deuda, lo había acusado como uno de los principales culpables.

En honor a la verdad, no había esperado que la chica sobreviviese. El encaprichamiento que tenía *El Sultán* con ella era suficiente para suponer que, al igual que otras antes, acabaría con el cuello roto. El cabrón era conocido en su cerrado círculo como un auténtico sádico, uno que se recreaba en prácticas poco ortodoxas y ligeramente salvajes.

Pero la perra lo había hecho, había sobrevivido a ese demente.

La habían encontrado en el sótano de la Mansión Evory. La maldita *ICE*, en colaboración con el *FBI*, habían asaltado la propiedad como parte de una operación en la que llevaban bastante tiempo trabajando. Si bien él no se encontraba en el lugar aquella noche, lo tenían localizado y las primeras declaraciones que dio la mujer en el hospital, incluía su nombre en letra negrita.

Esa perra había cometido un grave error al mencionarle, al señalarle como uno de los principales culpables de su secuestro y posterior venta y prostitución, como también lo cometieron los imbéciles que debían deshacerse de la mercancía en caso de oler algo raro.

Esos hombres ya habían pagado con su vida su falta de precaución, ahora solo le faltaba deshacerse de ella y de todas y cada una de las pruebas que presuntamente lo señalaban como uno de los cabecillas de aquella red.

No era estúpido. Sabía que no podía librarse de todos y cada uno de los cargos que le imputaban, pero el blanqueo de capital a través de sociedades ficticias no era equiparable al delito de tráfico humano y prostitución que estaban tan decididos a endosarle.

En el juicio se había declarado inocente de dichos cargos y aludió a la inestabilidad mental de la víctima y su posible «confusión». Aceptó los delitos de blanqueo de capital e insistió en que se había visto salpicado por lo ocurrido en ese lugar tan solo por ser el propietario legal de la Mansión Evory y ceder la misma para eventos y fiestas de índoles privadas.

Se declaró no conocedor de los eventos que se realizaban allí, negó estar al tanto de ningún ejercicio de compraventa de mujeres o prostitución. Admitió haber contratado alguna vez los servicios de alguna *Escort*, pero estar totalmente por fuera del tipo de transacciones que decían llevarse a cabo.

Lo más sorprendente de todo era que el propio Zimmerman se hubiese librado de la cárcel y que su imputación tuviese que ver con posibles negocios turbios y no por la venta de su propia hijastra.

¿Acaso esa estúpida no estaba al tanto de quién la había entregado para empezar?

La chica había sido sustraída junto a otras mujeres en una fiesta privada, el alemán había seleccionado a las candidatas y preparado la recogida sin despeinarse siquiera.

Por supuesto, de las tres mujeres solo quedaba una viva y, hasta hacía unos cuantos días, había formado parte del *Sistema de Protección de Testigos* de los Estados Unidos. Ahora la chica estaba en paradero desconocido, algo que traía de cabeza tanto al *FBI* y que señalaba a los ineptos de la *ICE* que la habían perdido.

La única y principal testigo de la acusación del *Caso Evory* se había esfumado.

Una treta, un plan bien urdido para proteger el activo más importante del caso y asegurarse de que nadie pudiese llegar a ella de la manera en que lo intentaron al término del primer juicio.

La pregunta era, ¿ella volvería a presentarse a declarar en el próximo juicio?

Si quería librarse de esta, tendría que deshacerse de la molesta mujer. Primero debería desacreditar su testimonio, poner en duda sus capacidades para que su declaración fuese invalidada y quedase desacreditada frente al tribunal y si además no se personaba a declarar… Bueno, sería un punto más a su favor.

Debía obrar con astucia y extremo cuidado. No podía permitirse que nada le relacionase con lo que quiera que le ocurriera a la chica. Un segundo atentado, después del fallido intento del primero, podía muy bien apuntarle directamente aun estando en la cárcel.

Lo que quiera que le pasase debía ser visto como un accidente, algo fortuito y que no pudiese relacionarse con él.

Echó un rápido vistazo al reloj del comedor y sonrió astuto al ver como uno de los guardias entraba por la puerta principal y le hacía un gesto casi imperceptible.

Las noticias que esperaba habían llegado, solo esperaba que fuesen lo bastante buenas como para que mereciese la pena pagar por ellas.

Mientras tanto, al otro lado del comedor, uno de los presos abandonaba la mesa en la que había estado jugando con la comida. Atravesó con parsimonia la enorme sala, intercambió una fugaz mirada con uno de los guardias encargados de la vigilancia, dejó la bandeja en su lugar de recogida y salió en post del hombre al que se le había encargado vigilar.

CAPÍTULO 22

Sede central de la Agencia de inmigración y control de Aduanas (ICE)
Washington D.C.

—Quiero el paradero de esa mujer, ¿lo ha entendido, Ortiz?

Cassidy se limitó a mantener una expresión estoica delante de su jefe. Ni siquiera se molestó en mirar a su izquierda, dónde el agente del FBI Leslie Carson lo miraba como si fuese un completo inepto que no se merecía ocupar el puesto que tenía.

Como si ese tipo se mereciese un segundo pensamiento de su parte, barruntó interiormente. El trajeado no había hecho otra cosa que acosarlo y amenazarlo durante casi una semana y media con todo tipo de denuncias, destituciones y coloridos insultos que acabaron la central de la *ICE* y delante de la mesa de su jefe.

—Me da igual si tiene que levantarlo todo piedra por piedra —continuó su jefe—. Quiero saber dónde se ha metido.

—Tengo a mis hombres buscándola, señor.

—¡Y una mierda! —siseó el agente Carson, volviéndose hacia él con fiereza—. Tenía orden de entregar a la mujer y ponerla bajo la custodia del *FBI*, ¡y se negó a ello!

—Le dije que se la entregaría tan pronto como lo solicitara a través de los canales oficiales —replicó enfrentándose al agente con total tranquilidad—. Si iban a joderla como la primera vez, al menos quedaría claro que la *ICE* no tenía nada que ver con sus decisiones…

—¡Ortiz! —Su jefe le llamó la atención, pero su tono no fue tan brusco como debería.

Se limitó a acatar su toque de atención con un gesto de la cabeza y continuó con toda la naturalidad de la que fue capaz.

—El *FBI* fue informado pertinentemente de la identidad protegida y el lugar de residencia de la señorita Dillinger —declaró en voz alta—, yo personalmente les envié toda la información de la que disponíamos…

—La previno y por eso huyó —lo acusó el agente—, si es que no la tiene usted escondida en algún lugar.

—¿Quiere revisar mi casa, Carson? —le soltó enarcando una ceja—. Digo, por si quiere mirar si la tengo debajo de la cama…

—Suficiente, Ortiz.

Luchó por no poner los ojos en blanco y se volvió hacia su jefe con gesto contrariado.

—Señor, con el debido respeto —bajó el tono de voz, convirtiéndolo en un afilado cuchillo—. No puede esperar que me quede de brazos cruzados cuando aquí, el agente Carson, insiste en culpar a la ICE de que la señorita Dillinger hubiese decidido salir corriendo…

—Lo culpo a usted, Ortiz, a usted directamente —insistió el agente con malas pulgas—. Era el único que conocía el paradero de la mujer. Ha sido su contacto desde el momento en que fue puesta en el programa.

—¿Y también provoqué el incendio por el que el inmueble debió ser desalojado? —le soltó con profunda ironía—. Una complicada trama de distracción la que me adjudica.

—El incendio en el inmueble se dio a raíz de un cortocircuito —interrumpió su jefe, desviando la mirada hacia el del FBI—. Según el informe de los bomberos, algún gilipollas se pasó con los voltios de las lámparas con las que cultivaban marihuana en un miniinvernadero casero. No era la primera vez que acudían al edificio por alguna estupidez parecida… En esta ocasión la broma se les fue de las manos.

El hombre perdía rápidamente los papeles, no le gustaba ser cuestionado por nadie y mucho menos dejado en evidencia, no había más que mirar la forma en la que se le hinchaban las venas del cuello y le enrojecía la piel del rostro para ver que estaba a punto de estallar.

—¡Dónde está! ¿Qué ha hecho con ella?

Cassidy se contuvo de poner los ojos en blanco y le sostuvo la mirada.

—Dígamelo usted —soltó sin dejar de mirarle a la cara—. Se suponía que iban a hacerse cargo de su custodia hasta el día del juicio…

—Maldito hijo de puta, si piensa que va a salirse con la suya… —Sus intenciones eran tan claras que su jefe se vio en la necesidad de dejar su asiento e interponerse en el camino del agente.

—Suficiente, Carson —lo frenó el coloso que llevaba la voz cantante en aquellas oficinas —. Si quiere montar un espectáculo, hágalo en *Quántico*, pero no en la *ICE*. —Dicho eso se volvió hacia él con la misma amenaza presente en los ojos—. Si tiene alguna idea de dónde puede estar la mujer, será mejor que lo diga ya, Ortiz.

Negó con la cabeza.

—Como ya le dije, tengo a mis hombres buscándola desde que se me avisó del incendio que tuvo lugar en el edificio —respondió procurando sonar convincente—. Yo mismo hablé con los vecinos y algunos de ellos aseguraron haber visto a la señorita Dillinger e incluso haber intercambiado unas palabras con ella antes de la llegada de los bomberos… Después de eso, nadie vio nada.

Se giró entonces hacia el furibundo agente federal y continuó.

—La chica cuenta con un protocolo para casos de emergencia —informó sin dejar de mirarle a los ojos—. Debería haberse puesto en contacto conmigo en el mismo momento en que abandonó la vivienda. Hasta hoy esa llamada sigue sin producirse y el teléfono destinado a tal efecto no ha vuelto a estar activo desde incluso días antes del incidente. Sea cual sea el motivo por el que abandonó el lugar, ya fuese por su propio pie o en compañía de alguien más, la está empujando a no dejarse ver.

—No hay constancia de que haya cogido tren o autobús alguno. Ni siquiera se la ha visto por alguna boca de metro —informó Carson, dejando claro que no creía ni una sola palabra de su oportuna y realista exposición—. Hemos pinchado todas las cámaras de la zona, las hemos visionado y no hay ni rastro de una mujer con el aspecto que debería tener la señorita Dillinger.

Claramente estaba cuestionando que los datos que le habían dado sobre la apariencia actual de la chica.

—Y en el supermercado en el que ha estado trabajando, nos han informado que la señorita *Erika Thompson* ha cogido la baja por algo relacionado con algún accidente —continuó, pronunciando el nombre que le habían proporcionado a Emily y que había estado usando esos últimos meses—. No hay movimiento de tarjetas, no hay registro de haber comprado billete alguno, ni siquiera hay constancia de que haya ingresado en algún hospital. Así que dígame, ¿cómo es posible que una mujer, que ha estado oculta durante estos últimos ocho meses, desaparezca así como así?

—¿Los hombres de Greyson? ¿El árabe que sigue en paradero desconocido? —sugirió

guardándose para sí el nombre de Zimmerman.

No podía poner en conocimiento de su jefe y mucho menos de Carson los recientes descubrimientos sin desvelar su procedencia. No podía mencionar la fuente, pues sería develar no solo que sabía del paradero de Emily, sino que además estaba detrás de su repentina desaparición.

Era consciente de que guardarse esa baza podría traerle problemas con sus superiores, pero por ahora tendría que conformarse con dejar en manos de Damien el seguimiento e investigación de ese tipo.

—Greyson parece estar moviendo sus hilos en otra dirección —comentó Carson moviendo la cabeza con un evidente gesto de fastidio—, una más… legal.

—Ah, sí, la solicitud que el nuevo juez a cargo del caso ha admitido a trámite. Pide que la testigo principal del juicio y víctima de esos hijos de la gran puta sea sometida a una evaluación psicológica —dijo en voz alta, jodiendo a Carson y dejando claro que el FBI no era el único que estaba al tanto de las jugadas de Greyson—. Una petición que ha llegado a través del abogado de ese *cabrón*.

Ambos se sostuvieron la mirada.

—Yo empezaría a preocuparme un poco más por los recientes cambios que están sucediéndose en este caso, Carson —le soltó—, sobre todo si su intención es que Elías Greyson pase el resto de sus días en la cárcel y con él todos los implicados en esa trama.

—Algo que no sucederá a menos que esa mujer aparezca para testificar —concluyó su jefe dando voz a lo realmente importante—. En estos momentos tendríamos que estar uniendo nuestras fuerzas para dar con ella y no peleándonos para ver quién puede mear más lejos.

Conocía esa mirada, pensó Cassidy al ver a su jefe clavar los ojos en él.

—El *FBI* está ahora a cargo del caso —le recordó sin sutilezas—. Dado que has sido el que ha estado a cargo de la mujer, colaborarás con ellos en todo lo que necesiten…

—*No me jodas…* —pronunció en español.

—Tienes veinticuatro horas para cerrar lo de Nueva York. Si vuelven a apelar al tema de las jurisdicciones por la nacionalidad de esos individuos, que se hagan cargo y a la mierda —lo cortó con brusquedad antes de continuar como si nada—. En cuanto termines con eso, te quiero aquí. —Señaló su escritorio—. Deberías haber estado pendiente de la maldita chica cada puto segundo del día. Tú eres el responsable así que, tú lidiarás con esto.

Enarcó una ceja ante el discurso de su jefe, pero este lo ignoró por completo y se dirigió hacia el federal, quién parecía haber perdido un grado de su anterior hostilidad; seguramente al pensar que podría tocarle las narices ahora que el director de la *ICE* lo había puesto a su servicio.

—Al final del día tanto nosotros como el *FBI* queremos lo mismo, Carson —sentenció su jefe—. Dar con todos y cada uno de los responsables y refundirlos en la cárcel.

Sí, sin duda era la única meta que tenían en común, admitió Cassidy, la única por la que se permitiría dejar que los federales hiciesen su movimiento… Al menos por ahora.

CAPÍTULO 23

Zimmerman Tower
Baltimore, Maryland.

Damien Knight reconocía a un embaucador cuando lo tenía delante y este era uno de los buenos, alguien capaz de hacerte creer que lo que salía de su boca era verdad.

Llevaba más de media hora en presencia de Lester Zimmerman y no podía evitar admirar la facilidad con la que parecía creerse sus propias historias. Se le estaba presentando como un hombre de negocios que no negaba haber cometido algún que otro desliz. Su postura hablaba de arrogancia, algo que su tono no se molestaba en disimular. Vestía con elegancia, el traje que llevaba puesto podría costar fácilmente el doble de su sueldo y Dam no era de los que cobraban mal. Sin duda estaba acostumbrado a los lujos que le daba su posición y disfrutaba de ellos, solo había que echar un vistazo a su despacho para reconocer algunas exclusivas obras de arte y piezas de coleccionista que no estaban al alcance de cualquiera.

Pero sin duda, lo más llamativo de todo eran las dos fotografías personales enmarcadas en plata que tenía sobre una estantería detrás de él, un lugar estratégico diseñado para que fuese un punto de atención, y en las que pudo reconocer a una seria y jovencita Emily en compañía de una mujer y a la misma dama en compañía de Zimmerman, en lo que parecía ser el día de su boda.

Aquella era una declaración, una forma de decir sin palabras que era un hombre de familia y que siempre las tenía presente.

—…como ya declaré en el juicio, Elías Greyson fue uno de tantos con los que mi compañía ha firmado algún contrato —continuó el hombre hablando con la misma libertad que lo había hecho hasta el momento—. Sí, he coincidido con él en varias fiestas y se ha sentado en ese mismo sillón para cerrar algún acuerdo económico de los que mi abogado puso en conocimiento de su agencia y del juez a cargo de la instrucción del caso. No puedo negar que fui yo el que le vendió la Mansión Evory hace algunos años, tal y como consta en el contrato de compraventa, como otras tantas propiedades que gestiona mi empresa fueron vendidas a otros clientes.

Hizo una pausa y mostró un más que estudiado gesto de repulsión y desdicha que acompañó con una furtiva mirada por encima del hombro hacia las fotos.

—Jamás pensé que ese lugar fuese escenario de algo tan truculento —bajó el tono de voz como si quisiera mostrar emoción—. Greyson solía dar fiestas de índole privado. Sus invitados estaban… bien situados económicamente, usted ya me entiende, y por supuesto había mujeres… Modelos famosas, esas *influencer* que están tan de moda, sí… algunas tenían un caché elevado… pero ¿prostitución? ¿Tráfico humano? No, no en esas fiestas…

—Entiendo que ha asistido a alguna que otra…

—Todos asistimos a fiestas privadas, agente Knight y no por eso se nos considera criminales y se nos imputa en una causa como la del Evory.

—No, por eso no —admitió muy relajado—. Se los imputa cuando su capital ayuda a financiar actividades ilegales, cuando hay indicios de relaciones estrechas con ciertos criminales

o en su caso, cuando además da la casualidad de que existe alguna relación estrecha con las víctimas…

Ese hombre no se inmutó. O bien era frío como un témpano de hielo o un auténtico mago para mantener a raya las emociones.

—El poder y el dinero a menudo nos llevan a cometer errores, a tomar malas decisiones y antes o después debemos enfrentarnos a las consecuencias —replicó clavando los ojos en él—. Puedo haber pecado de codicioso, Knight, sé cuáles son los cargos por los que se me ha imputado en el caso, pero eso no me hace culpable de las acciones y decisiones tomadas por otros.

Posó las dos manos sobre la mesa, mostrándose contrariado, sacando al exterior una ira contendida que encajaba en la representación de su papel.

—Estaba presente en la fiesta en la que se dijo en el juicio que habían sido secuestradas varias mujeres, mi hijastra entre ellas —replicó entre dientes, mostrando una genuina emoción —. ¿Cómo cree que me siento? Estaba allí y no hice nada. Ni siquiera fui consciente de lo que sucedía hasta que el secuestro y la posterior operación policial salió en las noticias.

Damien levantó la barbilla y enarcó una ceja antes de comentar.

—Dos meses son mucho tiempo para no darse cuenta de la desaparición de alguien cercano, ¿no le parece? —le soltó, entonces añadió—. Sobre todo cuando concurren a la misma fiesta… Hay quién dice que no se llevaban demasiado bien…

El hombre le sostuvo la mirada, pero no mostró reacción alguna a sus palabras, de hecho, esperaba que el comentario surgiese antes o después.

—No manteníamos una relación estrecha —confirmó y dejó escapar un resoplido—. Mi esposa tiene una salud mental… delicada. Empezó a desarrollar una enfermiza obsesión con su hija hasta el punto de sucumbir a varias crisis violentas… Por supuesto, yo solo soy el marido de su madre, así que Emily vio en mí al único culpable… Mi mujer lleva ya cinco años ingresada en un hospital psiquiátrico y en todo ese tiempo solo he tenido contacto con mi hijastra cuando ha sido relativo a su madre.

Era la misma explicación que había dado en el juicio y que el director del centro hospitalario había corroborado, al menos en lo referente a la presencia de la mujer a la hora de la toma de decisiones sobre la salud de la señora Zimmerman.

—Emily sigue siendo parte de mi familia —sentenció desafiante, incitándolo a contradecir sus palabras—. Y por dios, ninguna mujer debería pasar por lo que ha debido pasar ella.

Una interpretación sin duda de *Oscar* pensó al tiempo que se esforzaba por mantenerse sentado en la silla y no cometer él mismo un asesinato.

¿Cómo podía alguien actuar con tanta frialdad? ¿Cómo podía revestirse de inocencia y humanidad cuando era el primero que había mostrado total falta de ambas? Si lo que la chica le había dicho a Lucien era verdad, y no tenía motivos para dudar de ello, el hijo de puta que tenía delante era el que la había vendido para empezar, el que dejó que la subiesen a un estrado y la subastaran como si fuese un animal.

—Pasar por ese infierno y después testificar delante del tribunal... —continuó con un movimiento de cabeza—. Espero que su declaración sea suficiente para mantener a ese cabrón de Greyson entre rejas.

Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad y su sangre fría para permanecer allí sentado y seguir fingiendo que aquella no era otra cosa que una visita en busca de información.

—Por el momento lo es —admitió en voz alta, manteniéndose estoico—. Y sin duda también ayudará a llevar ante la justicia a aquellos que han tomado parte de sus negocios y se

han aprovechado de lo que él les ofrecía.

No se inmutó. Sí, sin duda era un jodido témpano de hielo, pero Damien necesitaba algo, necesitaba una grieta a través de la que poder escarbar e intuía que solo había una manera de conseguir algo así.

—La señorita Dillinger ha pasado por mucho, pero afortunadamente se está recuperando lo bastante bien cómo para aportar nuevas pistas sobre su secuestro y lo que le sucedió después —comentó de manera despreocupada, fingiendo ser un tipo demasiado pagado de sí mismo que se iba de la lengua con frecuencia—. Solo esperamos que la información que nos ha transmitido sea suficiente para avanzar en nuestras pesquisas.

Por primera vez en todo el tiempo que llevaba en la oficina lo vio reaccionar. Fue fugaz, pero claramente estaba allí, había cruzado sus ojos y no era precisamente una nimiedad.

Miedo. Ese hijo de puta sabía muy bien lo que pasaría si la chica abría la boca, si decía aquello que, por un motivo u otro, no había mencionado en su primera declaración.

—A veces estas cosas son como un enorme rompecabezas en el que faltan piezas —continuó con un profundo resoplido—. Pueden pasar días, semanas e incluso meses antes de que encuentres alguna que encaje, pero cuando lo haces… Es cuestión de ver a qué parte del tablero pertenece.

Sus palabras cayeron en la silenciosa oficina como una losa, pero no dejó que el silencio se extendiera, apresurándose a introducir rápidamente una nueva pregunta.

—¿Ha escuchado alguna vez a Greyson hablar con alguien con un apodo como *«El Sultán»*, señor Zimmerman?

El repentino cambio de sujeto hizo que el hombre frente a él mostrase cierto sobresalto, pero su habilidad para recomponerse en tiempo récord le devolvió esa expresión inocua.

—El Sultán… —repitió. Entonces negó con la cabeza—. No. La verdad es que no. Aunque debo decirle, agente, que Greyson no era muy dado a hablar de nada que no tuviese que ver con los negocios que estaba llevando a cabo en ese momento…

—¿Tampoco lo hacía durante esas fiestas en la *Mansión Evory*? —insistió cual sabueso, sabiendo que la implícita acusación irritaría antes o después al hombre—. Es posible que el tipo que buscamos responda a otro nombre…

—Como ya le dije, los asistentes que solían asistir a las fiestas que daba, al menos aquellas a las que yo he asistido, eran gente conocida. Políticos, deportistas, personalidades del mundo del espectáculo… A primera vista, no había nada ilegal… A menos que el vino que se servía hubiese sido adquirido en el mercado negro.

Se obligó a sonreír en respuesta a su chascarrillo, aunque lo que le apetecía cada vez más era meterle una bala en la cabeza.

—Todo esto es algo que ya declaré durante el juicio e imagino que no ha venido hasta aquí solo para que le refresque la memoria —declaró él, dejando claro que sabía que estaba buscando algo y quería saber qué era—. Si tiene algo nuevo de lo que acusarme…

Entrecerró los ojos y se concentró en representar su papel.

—¿Dónde está Emily Dillinger?

La brusca pregunta descolocó por completo a ese hombre.

No le hacía ni pizca de gracia tener que desvelar la supuesta desaparición de la mujer, pero si quería que este hijo de la gran puta hiciese algo más que sentarse ahí y actuar como si fuese intocable, tendría que arriesgarse.

—¿Disculpe?

Sonrió para sí y se inclinó hacia delante, apoyándose en el escritorio, buscando su mirada

como si quisiera hacerle ver que lo estaba calibrando.

—Vaya, así que no lo sabe.

El hombre mostró al fin una expresión mucho más real que pasaba por una ligera molestia e incomprensión.

—Tendrá que ser menos críptico, agente Knight —declaró alzando de manera orgullosa la barbilla—. Mucho me temo que no he sabido nada de mi hijastra desde el momento en que algún inepto… agente atentó contra su vida a la salida de los juzgados.

—¿Nada en absoluto?

El tipo puso los ojos en blanco.

—Ambos sabemos que su gente la tendrá escondida en algún lugar a la espera de volver a sacarla para que testifique —respondió y lo miró a los ojos al decir—. Solo espero que esta vez sean capaces de protegerla como es debido.

Damien chasqueó la lengua y se echó hacia atrás en la silla.

—Así que es verdad, no tiene la menor idea de lo que ha pasado —negó con la cabeza y se levantó—. Casi es mejor así… Eso lo deja fuera del círculo de sospechosos…

El empresario se levantó casi al mismo tiempo.

—Si le ha pasado algo a Emily, exijo saberlo, Knight —demandó apoyando ambas manos sobre la superficie del escritorio—. Se trata de la hija de mi mujer…

Qué conveniente es que se acuerde de eso ahora mismo, pensó para sí, conteniendo la necesidad de sacar el arma de la pistolera y arrestarlo allí mismo. Necesitaba que ella declarase en comisaría y firmase la maldita declaración para poder proceder, de lo contrario el muy cabrón volvería a estar en la calle en menos de setenta y dos horas y acabaría desapareciendo.

Le sorprendía que no lo hubiese hecho ya, ¿realmente se creía intocable?

Se limitó a permanecer de pie delante del escritorio, sosteniéndole la mirada, entonces asintió en respuesta a su demanda.

—La señorita Dillinger podría estar en peligro —le informó adoptando su tono de voz más serio—. Desconocemos el motivo por el que ha abandonado el lugar en el que la tenía escondida el *ICE,* pero actualmente está en paradero desconocido.

La manera en que abrió los ojos y parpadeó dejaba claro que él no tenía la menor idea de que la chica había *huido.*

—Ella… ha desaparecido —repitió como si estuviese analizando el alcance de esas palabras—. Emily… ha desaparecido.

—Debo pedirle que, en el probable caso de que ella decida ponerse en contacto con usted, nos avise inmediatamente —declaró con firmeza, captando de nuevo la atención del empresario —. La señorita Dillinger es sumamente importante para el caso.

Zimmerman asintió al momento. Si bien volvió a vestirse de nuevo con ese oportuno disfraz de hombre de negocios al mando de todo, las recientes noticias acababan de abrir una brecha en su perfecto y estructurado mundo.

—No le robo más tiempo —le dijo dando así por terminada aquella reunión—. Y no se preocupe, daremos con ella. Y esta vez, nada podrá evitar que haga lo que tenga que hacer.

Ahora es tu turno de mover ficha, hijo de puta.

Con un último gesto a modo de despedida, Damien abandonó la oficina.

CAPÍTULO 24

Brownsville,
Nueva York.

Al día siguiente…

—Esto es una broma, ¿no?

Emily señaló con el dedo el disfraz que descansaba sobre su cama, una versión bastante impúdica de una tabernera o meretriz que su guardaespaldas había dejado para ella.

—Se llama tapadera, cariño —respondió con total tranquilidad—. Ya has escuchado a Cassidy esta mañana. El *FBI* se ha puesto en modo perro. Le huelen hasta los calzoncillos para saber dónde y con quien ha estado. Si queremos mantenerte a salvo y oculta, tendrás que… *poner* un poquito de tu parte.

Y con eso quería decir *ponerse* ese disfraz y dejar que el corsario que llenaba el umbral de la puerta, la introdujese en un club nocturno.

Cuando esa mañana escuchó la conversación en altavoz de los dos hombres, pensó que le estaban tomando el pelo. Llegó a imaginarse que quizás estuviesen hablando en clave, pero no, la realidad era que habían concertado una reunión en un club alternativo conocido como *Blackish*.

Jamás había escuchado ese nombre, por otro lado, no recordaba la última vez que había salido de noche a tomarse unas copas; no sin remontarse a antes de su cautiverio. Pero desde luego, el tener que disfrazarse, no era un requisito que se hubiese dado en los locales que solía frecuentar.

Lucien ya se había metido en el papel; el hombre parecía sacado de un galeón pirata y vestía de negro de la cabeza a los pies. Entre su altura y ese aura letal que lo envolvía en ocasiones, parecía estar a punto de abordar un barco sin intención de hacer prisioneros.

Desde luego la calidad del traje ayudaba a que se viese como un corsario de verdad. La camisa se abría sobre su pecho mostrando parte de su torso y se ajustaba a la cintura por un cinturón sobre un fajín gris oscuro, el pantalón de piel se ceñía a sus muslos, delineando unas piernas fuertes y musculosas, para desaparecer en unas botas de cordones cruzados por debajo de la rodilla. El conjunto lo completaba un largo pañuelo negro con el que se había envuelto la cabeza y el *kohl* con el que se había delineado los ojos, haciendo que esos iris azules destacasen todavía más.

No podía negar lo evidente. El hombre no solo era atractivo, sino que poseía un magnetismo sexual arrollador; algo que la asustaba como ninguna otra cosa.

En otro tiempo habría apreciado su apostura y se habría recreado en esa sensualidad, aunque era poco probable que se le hubiese acercado. Lo habría mirado en secreto, con disimulo, fantaseando sobre cómo sería estar piel con piel con un hombre como él, pero ahora…

El solo pensar en compartir intimidad con alguien la enfermaba hasta el punto de que empezaba a ahogarse.

Si ya tenía problemas para soportar el contacto, el pensamiento de que alguien deslizase los dedos sobre su piel, su boca o respirase cerca de su oído… le provocaba náuseas. Bastante tenía con lidiar día a día con las personas y lo que le provocaba su cercanía, con el miedo paralizante que la envolvía cada vez que un hombre se le acercaba demasiado, aunque sus intenciones fuesen del todo inocuas, como para pensar en el sexo.

Su cuerpo podía haberse recuperado de las torturas a las que había sido sometido, pero las cicatrices seguían allí como una marca indeleble, una que no desaparecería jamás.

No. Por muy atractivo que le pareciese Lucien Ratcliffe, no era el tipo de hombre que elegiría para liberarse de sus temores.

Y sin embargo estaba recibiendo una jodida terapia de choque cada vez que esa montaña de masculinidad se movía a su alrededor, que la rozaba o la tocaba. No podía negar lo evidente, que cuando el miedo hacía presa de ella, eran sus brazos en los que encontraba refugio, su contacto el que alejaba las pesadillas… En ocho largos meses, Lucien Ratcliffe era el único hombre que le había puesto las manos encima sin que eso hiciera que le vomitara en sus zapatos.

No, solo vomitaste sobre las sábanas de su cama y le pegaste un puñetazo.

Hizo una mueca al recordar el pasado episodio en el gimnasio, uno cuya huella iba desapareciendo del pómulo del hombre.

No recordaba haberlo hecho, pero sí sabía que había dejado salir cosas que no había dicho jamás en voz alta, muchas de las cuales habían estado consumiéndola.

Se había sentido avergonzada de verter todo aquello sobre él, de que sus gritos se hubiesen escuchado más allá de aquella sala atrayendo la atención de otras personas, pero ni Lucien, ni su hermano Dainiel, habían mencionado lo sucedido más allá de interesarse por su estado emocional.

No. El corsario que aguardaba en el umbral de la puerta y respetaba su necesidad de espacio, nunca le mostró otra cosa que respeto y siempre se conducía con ella con exquisito cuidado.

Como si fueses una fina pieza de cristal a punto de romperse.

Y en cierto modo lo era, pensó volviendo a mirar el modelito sobre la cama, una pieza imperfecta y llena de fisuras que en cualquier momento acabaría por hacerse pedazos.

—No me servirá —murmuró por lo bajo, comprobando a ojo el tallaje. Ella no era una mujer pequeña y ese disfraz no estaba hecho para las de su tamaño.

—Me ofendes. —Lo escuchó rezongar, seguido de un chasquido de la lengua y su inquisitiva mirada azul recorriéndola de la cabeza a los pies—. Tengo muy buen ojo para elegir la talla correcta… sobre todo en este tipo de… prendas.

Se volvió hacia él y negó con la cabeza.

—No me lo voy a poner —rechazó con suavidad, esperando que no se tomase mal su negativa—. Ni siquiera está completo.

—Bueno, nena, esperaba que las bragas fueran cosa tuya.

Emily abrió la boca para decir algo que no encontró las palabras, había cosas a las que sencillamente era incapaz de responder y ese comentario era uno de ellos.

—¿No puedo, no sé, ponerme una peluca, gafas oscuras, una capucha y pasar desapercibida?

—Si pasases desapercibida de esa guisa, sería un auténtico milagro —aseguró cruzándose de brazos—. Esta noche es temática… *Piratas y Corsarios.* Nadie se fijará en ti si sigues el código de etiqueta.

—A esta etiqueta le faltan partes —insistió mirando de reojo el vestido.

—Están todas las que deben estar —señaló él poniendo los ojos en blanco y añadió en un susurro—. Incluso más de las necesarias…

La frustración empezaba a mezclarse con su nerviosismo. Llevaba días queriendo hablar con el esquivo Ortiz y ahora que el agente de la *ICE* había accedido a encontrarse con ella, debía disfrazarse para proteger su identidad y evitar que quién la estaba buscando pudiese dar con su paradero.

Empezaba a preguntarse si algún día su vida volvería a ser únicamente suya, si las pesadillas se acabarían, si dejaría de tener miedo…

Sabía que solo había una manera de averiguarlo, de poner punto final a esta función teatral, una que pasaba por ponerse esa prenda y darles a los hombres que la custodiaban la información y las pruebas con las que esperaba pudiesen meter entre rejas a los demonios que alimentaban sus pesadillas.

Solo esperaba que su declaración fuese suficiente para empezar.

—De acuerdo —resopló—. Me lo probaré, pero si no me sirve…

—Le haremos algunos ajustes —sentenció su guardaespaldas—. Vístete, Emi, tenemos un horario que cumplir.

—¿Qué horario? —preguntó mientras lo veía salir de la habitación.

Solo sabía que habían quedado esa noche en un club, pero ninguno les había dicho nada sobre un horario.

—El mío.

La puerta cerrándose tras él puso fin a cualquier posible réplica por su parte, dejando claro que sería mejor que se diese prisa en vestirse y dejar las preguntas para después.

CAPÍTULO 25

Club Blackish
Chelsea, Nueva York.

De todos los lugares en los que esperaba encontrarse un club nocturno, un edificio de dos plantas en medio de Chelsea no era uno de ellos. El aspecto de antigua fábrica que tenía por fachada evocaba una época anterior y hacía que identificases el edificio como el de algún taller de artesanía, galería de arte, gimnasio o similar, ya que en aquella parte de la ciudad no era extraño que se rehabilitaran inmuebles abandonados para tales menesteres.

Situado en una calle tranquila, con una zona de aparcamiento posterior, el lugar era así mismo lo bastante privado como para que sus socios accedieran con total tranquilidad, sin vecinos que sacasen a pasear a sus perros o que se apalancasen en las ventanas a ver quién iba o venía.

Emily se ciñó la casaca pirata que le había cedido Lucien antes de abandonar la casa y avanzó con paso inestable sobre los botines de tacón, que ya no estaba acostumbrada a usar, hacia la puerta de entrada. Su acompañante aguardaba paciente en lo alto de la breve escalera, remangando el puño de la holgada camisa para dejar a la vista una de esas pulseras telemáticas que no dudó en acercar al cierre electrónico de la puerta.

Esta se abrió con un clic y a medida que empujaba para mantenerla abierta a la espera de que se reuniese con ella, el silencio de la noche fue quebrado por la suave melodía de la música clásica.

—¿Estás lista?

¿Lista para entrar en un club nocturno alternativo? ¿Lista para encontrarse de nuevo a Ortiz? ¿Lista para enfrentarse con sus demonios?

Negó con la cabeza.

No estaba lista para nada de eso y sin embargo, tampoco podía permitirse dar ahora marcha atrás.

—Necesito… un momento.

Él no se movió, no dijo una sola palabra, pero hizo algo que para ella tuvo mucho más significado; le tendió la mano.

—Todo comienzo requiere unos primeros pasos —declaró él entonces y le hizo un gesto con los dedos, llamándola—. Demuéstrales que no te han robado eso, que todavía está dentro de ti…

Respiró profundamente, se cogió las manos, se apretó los dedos, y las dejó caer a ambos lados iniciando un lento avance. Cada paso era un esfuerzo, una batalla consigo misma y su necesidad de dar media vuelta y salir corriendo, solo el ver esa mano extendida cada vez más cerca, sabiendo que no se retiraría, le permitió subir los peldaños de uno en uno hasta llegar ante él.

—El miedo siempre sucumbe ante el valor —le dijo al tiempo que cogía una de sus manos y, tras girarla, rozarle con los labios la piel del interior de la muñeca—. Y tú eres una chica valiente.

Su contacto la hizo temblar e intentó liberarse de él de inmediato, pero los fuertes dedos se cerraron alrededor de su muñeca impidiéndoselo.

—Y las chicas valientes no huyen, cariño, se meten de cabeza en el club —tiró de ella hacia él y con la misma rapidez que chocó con su pecho, acabó traspasando el umbral del edificio.

La elegancia y el buen gusto primaba en el interior, una mezcla de tonos arenisca y marrones dominaban las estancias compuestas por un primer recibidor que continuaba por un corto pasillo que se abría finalmente a una amplia recepción. Algunas obras de arte contemporáneas decoraban las paredes, añadiendo una pincelada de color que rompía la seriedad del lugar.

Un enorme mostrador presidía la pequeña sala y por primera vez vio el logotipo con el nombre del club que parecía enmarcar al vikingo rubio, ataviado también como un corsario, que se encontraba del otro lado.

—No puedo creer que llegues temprano.

Aquellas palabras sin duda iban dirigidas a su acompañante, quién se limitó a bufar en respuesta antes de guiarla hacia el mostrador.

—Anótalo en el registro para que pueda alardear de ello.

El tono de voz y la sonrisa que le dedicó el desconocido dejaba claro que esos dos se conocían bastante bien.

—Emi, él es Horus, uno de los propietarios del *Blackish*…

El escuchar su nombre real en aquella situación la llevó a tensarse al instante y volverse hacia él con el miedo pintado en el rostro.

—Tranquila —le apretó la mano que todavía sostenía al tiempo que buscaba su mirada—. Nuestras mujeres suelen usar apodos dentro del club, así que considéralo el tuyo durante esta noche.

¿Nuestras mujeres? La afirmación y el que la incluyese como parte de algo suyo le provocó un inesperado calor interior que rápidamente hizo a un lado.

—La información personal de nuestros socios y sus acompañantes es confidencial —añadió también el vikingo—. Una vez cruces esas puertas, eres tú la que decide si quiere dar su nombre real o usar un apodo.

Siguió con la mirada la dirección en la que señalaba y vio las dos puertas dobles que se encontraban a su derecha.

—Este lugar es tan seguro como *Fort Knox*, así que no tienes que preocuparte por nada más que el seguir respirando.

El comentario de Lucien hizo que levantase la cabeza para mirarle.

—¿Seguir respirando?

Él le dedicó un guiño.

—A veces te olvidas de ello y, ¿sabes? Es algo primordial para el ser humano.

Contuvo la necesidad de poner los ojos en blanco y optó por dejarlo pasar.

—¿Cass y Dam ya están aquí?

El rubio asintió y señaló con el pulgar hacia las puertas.

—En el piso de arriba —indicó—. Han decidido abordar y saquear el área de reservados. El resto anda dando vueltas por *cubierta* y… *las bodegas*.

O bien se habían tomado muy a pecho eso de la fiesta temática de piratas o estaban hablando en clave, pensó Emi intentando seguir aquella extraña conversación.

—¿Quién es Dam? —Se animó a preguntar finalmente en un susurro de voz.

—Damien Knight —respondió Lucien, volviéndose hacia ella—. El único agente del *FBI* que te caerá bien y en el que podrás confiar.

—¿Un federal? —Casi se atraganta con la palabra.

—Cassidy y él están trabajando juntos para que tu problema llegue a su fin de una vez y por todas —le explicó sin dar demasiados detalles, suponía que por estar su compañero delante —. Hoy por hoy son las únicas personas, a parte de mí, que no dejarán que nadie te ponga un dedo encima.

Ojalá tuviese la misma confianza que él en esas palabras, pensó antes de asentir ante sus palabras.

—Está bien —aceptó, respiró profundamente y se preparó para la próxima reunión—. Acabemos con esto.

—Para acabar con algo, primero debe dar comienzo, cariño —le dijo chasqueando la lengua y antes de que pudiese percatarse de lo que estaba haciendo, Lucien había empezado a quitarle la casaca—. Así que vamos a empezar dejando esto en el guardarropas… —La prenda masculina sin la que se había negado a abandonar la casa ahora volaba directa a los brazos de Horus, quién ahogó a duras penas una risita—. Ahí dentro no necesitarás nada más que lo que llevas puesto.

Emi se sintió repentinamente desnuda, arrancada de su coraza y no pudo evitar querer ocultarse o cuando menos, cubrirse de nuevo, pero sabía que era algo imposible con la montaña humana que tenía ante ella. Así que optó por hacer lo de siempre, se enderezó todo lo que pudo y respiró profundamente en un intento de evitar las miradas de los dos hombres y aislarse de sus percepciones sobre ella.

—Perfecta —declaró Lucien con gesto satisfecho—. Te dije que tenía buen ojo para estas cosas, pero la verdad es que soy el puto amo de la moda.

Horus se atragantó ante semejantes palabras, pues acabó tosiendo entre risas.

—Le diré a Brian que acuñe esa frase en el próximo pedido de camisetas para el club —comentó el hombre al tiempo que le dedicaba un sexy guiño—. Te queda muy bien, Emi. Eres un verdadero bomboncito.

Sus palabras, unidas a ese sensual tono con las que las pronunció, le produjeron un escalofrío, pero la ausencia de burla o esa maliciosa cadencia con las que solían venir de mano de su torturador, no hicieron que se le revolviese el estómago. Estaba nerviosa, incómoda y no negaría que el miedo seguía ahí agazapado, pero no era tan fuerte o intenso como para que no pudiese dominarse a sí misma y aceptar esas palabras sin más importancia que la que ella pudiese darles.

Optó por apartar la mirada y no decir nada en respuesta, pero sus ojos se encontraron entonces con los de su guardaespaldas quién no dudó en recorrerla con la mirada de una forma que hizo que se le encogieran los dedos de los pies.

—Sí, lo eres —declaró con voz profunda y algo ronca. Entonces le dedicó un guiño, se frotó las manos tras unirlas en una palmada rompiendo ese breve instante de inesperada intensidad y le dedicó una florida reverencia—. Vuestra mano, *miladi*.

La escena no podía ser más ridícula, pero él actuaba con tanta naturalidad que acabó dándosela. Vio como esos dedos la rodeaban y los profundos ojos azules se encontraban con los suyos al levantar la cabeza.

Tembló una vez más al sentir los labios de Lucien sobre su mano, pero no fue ni remotamente parecido a lo que sacudió su cuerpo en el momento en que la atrajo de golpe hacia él y, tras abrir la puerta, la empujó suavemente al interior de aquel club del que empezaba a

suponer no saldría siendo la misma.

—Bienvenida al *Blackish,* Emi —le susurró al oído mientras sus ojos se acostumbraban al cambio de luz y a la nueva música que ambientaba un escenario totalmente distinto al que había esperado encontrarse en la reunión de esa noche.

—Ay, dios.

CAPÍTULO 26

—Respira.

Emi jadeó sacudida por su voz.

Se había quedado inmóvil, sus ojos capturando cada detalle a su alrededor. Sabía lo que estaba viendo, pero solo podía especular lo que le pasaría por la cabeza en esos momentos.

El club estaba engalanado para la fiesta temática, Adam había dado rienda suelta a su creatividad convirtiendo la planta principal en una especie de taberna de puerto en la que todo estaba permitido.

Al restaurador se le daban bien los trabajos manuales, trabajaba la madera con tal exquisitez que no era raro que se pasase gran parte de la semana metido en alguna obra de restauración.

El maestro del club era un hombre cercano y risueño, pero cuando se metía en su taller, era mejor no importunarlo a menos que quisieras conocer su lado menos amable.

Echó un vistazo a la barra en la que A.J. reponía la mercancía mientras una atractiva morenita le echaba una mano limpiando la superficie de la barra y servía algunas consumiciones. No la había visto antes por el club, así que suponía que habría venido con él.

La sala estaba bastante tranquila, había algunas parejas e incluso tríos en la pista de baile, otros charlaban apoyados en los barriles que complementaban la decoración y hacían la función de mesas. El ambiente estaba tan relajado que a menos que te fijases bien en dónde estaban las manos de algunos o algunas de los presentes, bien podría pasar por el típico que se encontraría en un pub.

Los jueves solían ser un día tranquilo en el *Blackish*. El club iniciaba su actividad mucho más temprano con los talleres de iniciación y continuaba con una jornada nocturna mucho más liviana, a la que solían acudir los «novatos» que querían experimentar un lado alternativo en sus relaciones íntimas. Una vez al mes se celebraba también alguna fiesta temática, ofreciendo así distintas posibilidades de sana diversión.

Los viernes el club ya se vestía de cuero y licra, el ambiente cobraba más intensidad y este se convertía en el patio de juegos preferido para los practicantes del BDSM.

En todo el tiempo que llevaba como dominante había frecuentado algunos clubes, de hecho Dain y él habían sido socios en uno de los clubes de Florida antes de que su hermano pequeño decidiese poner estados de por medio y mudarse a la *Gran Manzana*. Damien los había invitado entonces al *Blackish*, el ambiente era completamente distinto, puede que incluso más elegante y lujoso que su anterior club, pero era la exclusividad y la seguridad que habían visto entre sus paredes los que los decidió a solicitar la membresía.

Y no se arrepentía lo más mínimo. Al contrario que él, su hermano llevaba la dominación en la sangre, era un dominante las veinticuatro horas del día y aquí había encontrado gente afín, con sus mismas inquietudes. Ambos habían encontrado buenos amigos entre los socios y también en los propietarios, permitiéndoles ser quienes eran sin necesidad de andar con sutilezas o disimular frente a personas que quizá no entendiesen su modo de vida.

Hizo un rápido repaso por la sala localizando algunas caras conocidas. Quinn ocupaba uno de los barriles del fondo y charlaba en voz baja con Maximilian, ambos parecían dos piratas

salidos de algún barco de mala muerte y a juzgar por la dirección de sus miradas, parecían estar interesados en cierta bucanera que cuchicheaba con otra mujer en diagonal a ellos.

Sonrió para sí pensando en lo que esos dos podrían estar ideando. No era la primera vez que los encontraba haciendo campaña como una sola unidad, se compenetraban a la perfección y si bien ambos eran heteros, en el club solían compartir la misma mujer.

Vio a Jessica cruzando la sala hacia la barra con una bandeja en las manos, la chica levantó la mano y lo saludó reconociendo su presencia antes de concentrarse en el voluntariado de esa noche. El que estuviese allí sola solo podía significar que Reid estaba haciendo la vigilancia en «la bodega», pensó con ironía al recordar el término que le había dado Horus a las mazmorras.

Brian se habría cogido la noche libre y los jueves solían ser una jornada intensa en el *Temptations*, el restaurante que dirigía Camden, el chef irlandés, con lo que suponía que no se pasarían esta noche por aquí.

Volvió a posar su atención en su acompañante, quién seguía inmóvil y observando todo en tenso silencio, sin duda valorando su presencia en el lugar y las probabilidades de fuga que habría en caso de necesitar llevarla a cabo.

Tenía la respiración acelerada, podía notarlo en el rápido ascenso de sus pechos confinados en la escasa blusa que ceñía el corsé, pero era la tensión que envolvía su cuerpo, la palidez que había adquirido su piel y el temor que empezaba a asomar a sus ojos lo que le decía sin necesidad de palabras que tenía que proceder con mucho cuidado con ella.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre respirar?

Emily respingó de nuevo, pero esta vez se volvió hacia él con el rostro ligeramente sonrojado y un ligero temblor al hablar.

—Res… respirar… está sobrevalorado —consiguió articular. La vio lamerse los labios, echar un fugaz vistazo de nuevo a la sala por el rabillo del ojo y finalmente volver a concentrarse en él—. ¿Qué demonios hacemos aquí? Esto… Esto no es un club alternativo.

Enarcó una ceja ante la seguridad en sus palabras.

—¿Qué entiendes tú exactamente por «club alternativo»? —preguntó curioso.

—Pues… —Abrió la boca dispuesta a dar una respuesta, pero esta pareció no acabar de formarse en su mente, ya que acabó carraspeando—. Esto no, desde luego.

No pudo menos que sonreír ante el tono utilizado. Su nerviosismo había sido hecho a un lado para dejar paso a la indignación, lo cual también bajó un poco sus niveles de ansiedad.

—El *Blackish* es un club nocturno alternativo —respondió imitando a un profesor de escuela—. O lo que es lo mismo, un lugar de encuentro para aquellas personas interesadas en el BDSM o en estilos de vida alternativos.

Su explicación le provocó un escalofrío y pudo ver en sus ojos como ese persistente miedo que vivía agazapado en su interior, listo para salir, empezaba a asomarse de nuevo.

—Este lugar no es la *Mansión Evory*. —Sus palabras, dichas con mucho cuidado y la firmeza suficiente para que se centrase en ellas, hicieron que esos ojos se clavasen en los suyos —. Mira a tu alrededor —pidió y esperó paciente a que ella obedeciera. No podía empujarla, no sin que toda esa tensión se rompiese de mala manera—. Todas las personas que están aquí han venido por propia voluntad, se quedan porque ese es su deseo y podrán irse en el momento en que así lo decidan. Nadie les detendrá.

Vio como los hombros femeninos se sacudían por obra de un inesperado estremecimiento, su mirada volviendo lentamente hacia él, como si quisiera asegurarse de que lo que le decía era la verdad, pues no era capaz de creer lo que le transmitían sus ojos.

—Nadie más que tú sabe exactamente lo que has tenido que soportar, cariño, pero si hay algo que sé a ciencia cierta es que jamás te haría pasar por algo ni remotamente parecido —declaró llevando las manos sobre sus hombros, ciñéndoselos con sumo cuidado—. Si no supiera que este es un lugar totalmente seguro para una mujer, nunca te habría traído, ninguno de nosotros te habría hecho venir aquí.

La manera en que desvió de nuevo la mirada evidenciaba que no tenía nada claro que pudiese creer en sus palabras y no podía culparla por ello. Sabía a lo que se exponía al traerla aquí, lo que un ambiente similar podría provocar en ella, pero Damien era muy consciente de lo que hacía cuando insistió en que se reuniesen allí.

No se trataba solo de encontrar un lugar al que no pudieran seguirles, cuyo interés no tuviese relevancia para aquellos que los vigilaban, sino para que esa mujer, que permanecía como una estatua frente a él pudiese ver con sus propios ojos que en el mundo no era solo una paleta de negros y grises.

—Un club erótico… —Su voz se había convertido en un murmullo—. De… de todos los lugares posibles… eliges… un club erótico.

Hizo una mueca al escucharla, pero no pudo menos que sentir cierto alivio al ver que la voz no le temblaba, que no contenía miedo en exceso, solo estaba irritada y bastante incrédula.

—En mi defensa diré que la elección no ha sido cosa mía —admitió solemne—. Palabra de pirata.

—Los piratas no tienen palabra —replicó ella levantando la cabeza para encontrarse con su rostro—. Son ladrones, contrabandistas… Y su código de honor es cuando menos… dudoso.

Su réplica lo tomó por sorpresa, arrancándole una perezosa sonrisa.

—Lo tienen, cariño, dudoso y todo, lo tienen.

—¿El de quién roba más a quién? —replicó llevándose las manos a las caderas, adoptando una postura de lo más sexy aunque dudaba que ella fuera consciente de lo apetitosa que estaba con esas prendas. Un segundo después la vio sacudir la cabeza y dejar caer los brazos a los lados —. Esto fue una mala idea desde el principio, nada va a cambiar, nadie va a hacer nada…

Se libró de sus manos con un encogimiento de hombros y dio un paso atrás, chocando con alguien sin darse cuenta.

—Creo que los del código eran los corsarios —comentó la mujer con la que Emi acababa de chocar—. Los piratas eran delincuentes organizados, robaban y saqueaban para su propio beneficio y para enriquecerse. Los corsarios hacían lo mismo, sí, pero auspiciados por el gobierno de alguna nación que les concedían la famosa *patente de corso* para que le hicieran la puñeta a las naciones rivales.

El tintineo de la chapa del collar que lucía la recién llegada hizo que la mirase y enarcase una ceja ante la inesperada y no solicitada intromisión; aunque no pensaba regañarla por ello.

Sophie, la chica de Horus, acababa de cortarle la retirada a Emily.

—Buenas noches, Amo Luc —lo saludó entonces ella con una amplia sonrisa que burbujeaba también en sus chispeantes ojos—. El *Corsario de los Mares del Sur*, el Amo Damien, me envía a que os comunique que os espera a vos y a vuestra… *cautiva*… en el castillo de proa.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no soltar una carcajada al escuchar la perfecta dicción y la melosa voz con la que la sumisa interpretó su papel.

—No soy… *su cautiva* —la inesperada respuesta de Emily captó la atención de los dos.

—Eso decimos todas al principio —declaró la chica con un profundo y exagerado suspiro, entonces se acercó a ella, quién reaccionó al momento alejándose de su contacto. Su reacción no

pareció coger por sorpresa a la sumisa, pero a partir de ese momento sus movimientos fueron mucho más cuidadosos, aunque esto no se reflejase en su voz—. Hasta que caemos redonditas a sus pies… O eso piensan ellos.

La chica se llevó las manos a la espalda y esbozó una amplia sonrisa.

—Soy Kitty. —Se presentó al tiempo que ejecutaba un perfecto saludo militar que acompañó con un guiño—. Bienvenida al Galeón *Blackish*.

—¿Galeón? —Lucien no pudo evitar preguntar con cierta diversión—. Menuda grumete que estás hecha.

La muchacha le dedicó una traviesa sonrisa y miró a su compañera con disimulo.

—Mi señor tiene especial inclinación por saquear y conquistar esta noche, así que… Qué mejor manera de ayudarle que con la punta de mi espada —declaró fingiendo sacar dicha arma.

—Preveo que será una ardua conquista —admitió con una carcajada. No necesitó mirar a su lado para ver que Emily seguía la conversación con cierta curiosidad—. La atractiva tabernera que me acompaña es Emi. Cariño, Kitty es una de las cautivas voluntarias del club. Está con Horus, el rubiales que has conocido en la recepción.

—Hola —saludó de nuevo la recién llegada.

Lucien empezaba a pensar que tendría que sacudir a su acompañante para que reaccionara, cuando esta pareció espabilarse a sí misma y responder.

—Hola —correspondió acompañando sus palabras con un gesto de la mano.

Y tras unos segundos en un incómodo silencio, quedó claro que aquello iba a ser todo lo que diría su cervatillo.

—Una conversación memorable —replicó él dejando que se notase el sarcasmo en su voz —. Gracias por el aviso, gatita —continuó volviéndose hacia Kitty—. Ahora subo.

Ella asintió, miró una última vez a su acompañante y posó con muchísima suavidad los dedos sobre el brazo femenino.

—Aquí estás segura. —Sus palabras fueron apenas un susurro dirigido solo a Emi, quién pareció acusar el mensaje de una forma distinta a cuando se lo decía él. Entonces se volvió en su dirección y le dedicó una profunda reverencia con la que casi se le salen los pechos del corsé—. Amo Luc, siempre es un placer veros, *Lord Corsario.*

Ahogó un resoplido de risa y la despachó.

—Ve a atender tus deberes, grumete —la despidió con un guiño.

—¡Con sumo gusto, señor!

La chica se marchó dejándolos de nuevo a solas. La previa tensión que había envuelto a Emily se había desvanecido y su lugar lo ocupaba el típico nerviosismo de alguien que no sabe cómo enfrentarse a una situación que se sale por completo de su control.

Estaba desbordada, las emociones se reflejaban en su rostro, las cosas se estaban saliendo de su control y eso la había desestabilizado por completo.

—Emi —la llamó al tiempo que le ponía la mano sobre el hombro.

Ella dio un respingo, prácticamente saltó en el lugar antes de mirarle claramente agobiada. Negó con la cabeza, esquivó su mirada y echó un rápido vistazo a su alrededor en busca de una vía de escape.

—No quiero estar aquí. —Su voz sonó ronca y temblorosa. Estaba intentando mantenerse erguida, pero los nervios y el miedo empezaban a hacer presa de ella—. No voy a quedarme… Dile a Ortiz que si quiere escuchar lo que tengo que decir, tendrá que ser en la calle.

Estiró el brazo, rodeándole la cintura y atrayéndola de espaldas contra su pecho.

—No puedes pasarte la vida huyendo —le susurró solo para sus oídos—. Correr no

solucionará las cosas, no borrará lo que ha pasado…

—No voy a quedarme aquí. —La ansiedad en su voz se hizo eco también en sus intentos por liberarse de su agarre, un infructuoso acto que no hizo más que contribuir a su creciente nerviosismo—. Déjame. No puedes obligarme a estar aquí. ¡No puedes!

Aquellas últimas palabras emergieron en la forma de un agónico alarido. El miedo había clavado finalmente las garras en ella, la incapacidad de huir, el verse privada de cualquier toma de decisión pareció disparar algo en su mente.

—¡Déjame ir! ¡No puedes obligarme a estar aquí! ¡No quiero! ¡No quiero estar aquí!

Se revolvió como una pequeña fiera fuera de sí obligándole a ceñirla contra su cuerpo, evitando así que se hiciese daño a sí misma o a él.

—Jesús, Emi, vas a dejarme sordo con esos gritos —alzó la voz por encima de aquella escandalera para hacerse oír.

Cualquiera de los presentes en el club que escuchase dichos alaridos, lo tomaría como una representación, como parte de una escena pactada entre la pareja, pero Lucien sabía de primera mano que estos nada tenían que ver con el teatro y sí con el miedo y la desesperación.

—¡Pues suéltame, maldito cabrón! —chilló hasta el punto de que se le quebró la voz y acabó tosiendo.

—Esa boca —chasqueó en un intento por quitarle importancia a su crisis y traerla de nuevo de vuelta—. Voy a tener que lavarte la boca con jabón si sigues así.

—¡Ni te atrevas a intentarlo! ¡No te dejaré! ¡Te arrancaré los ojos!

Suficiente, pensó con un resoplido y antes de meditar en las posibles consecuencias de sus próximas acciones, la giró en sus brazos, se inclinó y la levantó para echársela al hombro sin miramientos.

—Haré algo más que intentarlo, *moza* —alzó la voz para que ella le escuchase a través de los alaridos que empezó a emitir mientras continuaba el camino hacia las escaleras que llevaban al piso de arriba—. Y como no te calles, la zurra que acabas de ganarte será épica.

—¡Suéltame! ¡Te mataré! ¡Juro por dios que te mataré! —Su voz se había roto por completo, le costaba hablar, pero no por ello dejaba de lanzar amenazas como si le fuese la vida en ello—. ¡Suéltame! ¡Maldito seas!

—Grita todo lo que quieras —volvió a alzar la voz al tiempo que dejaba caer la mano libre sobre su trasero en una ligera azotaina mientras ascendía por las escaleras—. Si sirve para que saques fuera toda esa mierda y te quedes tranquila, déjate la garganta en el proceso. Pero luego no te quejes si te duele.

—¡Bájame! ¡No tienes ningún derecho sobre mí! ¡Jamás te lo he dado! —Sus chillidos empezaron a mezclarse pronto con las lágrimas—. ¡Si me haces daño, no descansaré hasta que sientas en carne propia lo que yo he sentido!

Emily creía en lo que estaba diciendo, tanta era su rabia hacia el mundo que estaba dispuesta a hacerse pedazos a sí misma antes que permitir que alguien volviese a herirla de cualquier forma.

—Te dije que nadie volvería a tocarte de esa manera y lo decía muy en serio, Emi —declaró con firmeza al detenerse en lo alto de la escalinata. Con cuidado, dejó que su cuerpo resbalase hasta que sus pies tocaron de nuevo el suelo, pero no la dejó ir, la retuvo para ver esos ojos empañados por las lágrimas clavándose en él—. Te lo prometo. Nadie volverá a adueñarse de tu vida de esa manera, no mientras yo esté con vida.

Las claras pestañas se agitaron en un intento por aclararse la vista.

—No creo en promesas —graznó entre lágrimas. Su voz se había vuelto de nuevo rasposa

y estaba tan agotada de berrear que hasta le costaba respirar—. Se rompen con demasiada facilidad…

Él las rompía con demasiada facilidad. No lo había dicho en voz alta, pero las palabras estaban allí, en sus ojos.

—Yo no soy él —sentenció y antes de que ella pudiese replicar, le sujetó la barbilla con una mano y clavó los dedos en su cintura, impidiéndole apartarse—. Todavía no me conoces, Emi, pero cuando lo hagas te darás cuenta de que nunca digo nada que no pueda cumplir, que la palabra rendición no está en mi vocabulario y que cuando quiero algo, peleo por ello hasta el final.

Su boca lo recibió con un jadeo de sorpresa, una excusa que aprovechó para traspasar la barrera de sus labios y tocar su lengua con la propia. Quería aquello, llevaba queriendo hacerlo desde el momento en que esa boquita pronunció la primera protesta y ahora que por fin la estaba besando, supo que querría hacerlo muchas, pero que muchas veces más.

Le habría gustado tomarse su tiempo para saborearla, pero no era ni el lugar ni el momento, así que rompió muy lentamente el beso, agradecido de que ella no le hubiese rechazado y concluyó.

—Y tú eres alguien por quién merece la pena pelear.

Se apartó lo suficiente para ver esos ojos castaños sorprendidos, sus mejillas y nariz rojas por el esfuerzo de gritar y el llanto nacido de la desesperación.

—¿Queda claro?

Ella se limitó a sostenerle la mirada unos momentos, entonces se llevó el dorso de la mano a la boca, como si quisiera protegerse y sacudió la cabeza.

—No te he dado pie a…

—¿Besarte? —concluyó por ella—. No, no lo has hecho.

La manera en que acusó su afirmación le dio pie a continuar.

—Y si te sirve de advertencia, pienso hacerlo muchas veces más —declaró con total sinceridad—. Cada vez que tú me lo permitas.

—Eso no es una advertencia, es una amenaza —murmuró al tiempo que se llevaba la mano a la garganta y carraspeaba a continuación, sin duda resintiéndose de tanto griterío.

—No, cariño —negó tranquilamente—. Una amenaza sería decirte que te zurraré el culo si vuelves a joderme los tímpanos con tus alaridos, porque es algo que haré sin previo aviso.

—¿La diferencia radica en que me dirás si vas a besarme?

—No «si», Emi, sino «cuando» —la corrigió—. Porque no tengo la menor duda de que es algo que repetiré… en algún momento.

Ella masculló alguna cosa en respuesta, pero fue ininteligible, así que lo dejó pasar.

—Y ahora que ya hemos aclarado el punto más importante de todos, continuemos con lo siguiente en la agenda. —Se echó a un lado y extendió el brazo en una clara invitación—. Todo recto y hasta el fondo.

Lucien empezaba a barajar la idea de volver a echársela al hombro y llevársela así cuando la chica decidió finalmente arrastrar los pies en la dirección indicada.

CAPÍTULO 27

Emily sentía que la noche se había convertido en una auténtica montaña rusa de emociones. En un momento estaba en la cima y al siguiente se precipitaba sin control en una eterna bajada que antes o después volvería a subir o daría un giro mortal.

Llevaba algo más de una hora sentada a la mesa de un íntimo reservado con tres hombres que parecían salidos de la saga de *Piratas del Caribe*, tipos que formaban parte de una manera o de otra del caso en el que estaba metida y de quienes esperaba tuviesen la respuesta a sus muchas preguntas.

Volver a ver al agente Ortiz en persona después de tantos meses había despertado en ella toda clase de emociones que iban desde el alivio al enfado. Ni siquiera sabía de dónde emergieron las palabras que le dedicó nada más reconocerle bajo aquel disfraz de corsario, ni cómo se las arregló el hombre para gestionar el arrebato de rabia y desesperación que la llevó a enfrentarle, a golpearle con los puños para finalmente acabar llorando como una niña pequeña en sus brazos.

Él había sido la primera persona en tenderle la mano sin esperar nada a cambio, la primera muestra de amabilidad que recibió después de tantas torturas. Cassidy había sido uno de los hombres que habían estado presentes en aquel sótano, el que gritó para que abriesen aquella jaula y quién la sacó del infierno en el que había vivido los últimos dos meses. Él permaneció a su lado durante su estadía en el hospital e incluso mientras se celebraba el juicio. Fue el único que la acompañó a su nueva casa, quién le dio los documentos que le otorgaban una nueva identidad y la dejó sola para que se las arreglase por sí misma durante ocho malditos meses.

Encontrarse ahora frente a él fue como volver a revivir todo aquello y sobre todo, sentir de nuevo el abandono de su presencia. Sabía que había desarrollado una dependencia emocional hacia ese hombre, que las circunstancias de su cautiverio la llevaron a aferrarse a la primera señal de seguridad que le habían ofrecido. Su terapeuta había sido concienzuda a la hora de desentrañar cada una de las emociones por las que había atravesado a lo largo de estos ocho meses, clasificándolas y dándoles nombre a cada una de las etapas por las que atravesaba.

Ese hombre y su compañero, a quién reconoció finalmente como uno de los hombres que habían estado esa noche en aquel horrible sótano, la habían devuelto a la vida, una a la que llevaba ocho meses intentando acostumbrarse a vivir.

Damien Knight había estado también allí. Si bien sabía que lo había visto en algún momento durante aquella noche, fue al escuchar su voz que comprendió dónde y cuándo lo había visto. Ambos habían estado presentes y dando órdenes para conseguir liberarla a la mayor celeridad posible de aquella caja en la que ese monstruo la había dejado tras dar rienda suelta a su sadismo y la locura que lo acompañaba.

Y ahora, ocho meses después, ellos y el hombre que se había declarado a sí mismo su protector, se encontraban a su alrededor, escuchando atentamente la información que tenía para ellos y que esperaba pudiese ayudar a poner punto final a aquel infierno.

—Ellos se conocían —confirmó en respuesta al comentario que acababa de hacer Damien —. Lester estaba allí esa noche, los vi hablar y la manera en que se trataban no era la de dos

extraños. Greyson y él tenían negocios juntos… pero no supe de qué índole eran estos hasta que lo reconocí entre los asistentes a esa… subasta.

Tuvo que hacer un alto y respirar profundamente para evitar que la bilis le subiese por la garganta ante el solo recuerdo.

—Tranquila, lo estás haciendo muy bien.

Notó una vez más la dura mano de Lucien sobre la espalda, moviéndose en amplios círculos con una suavidad y cadencia que la ayudaba a mantener los nervios bajo control.

—¿Dices que Lester Zimmerman también estuvo presente en la subasta en la que vendieron a esas mujeres y a ti?

Giró la cabeza en dirección a Ortiz. El latino estaba sentado a su izquierda, manteniendo una distancia prudencial que de vez en cuando acortaba con algún gesto reconfortante.

Cerró los ojos, respiró profundamente y asintió.

—Él estaba allí —confirmó en voz alta, abriendo de nuevo los ojos y mirándole a la cara —. Sé que me reconoció porque… sonrió. Intenté gritar, le pedí… ayuda, pero él no solo me ignoró, sino que se volvió hacia Greyson, quién en ese momento se presentó a su lado y se saludaron como viejos amigos.

Se llevó una mano al estómago notando de nuevo ese malestar, la imperiosa necesidad de vomitar ante el solo recuerdo.

Apretó los labios y continuó.

—Durante lo que duró aquello… él permaneció en la sala, no podía dejar de mirarlo, no podía creer que estuviese allí y no hiciese nada…

Pero ¿por qué iba a hacerlo? Le negué lo que quería y esa fue su forma de vengarse.

Le había llevado mucho tiempo aceptar que una persona pudiese llegar tan lejos para vengarse, que su rechazo a los avances de un hombre pudiesen dar como resultado una inquina semejante, pero la obsesión de ese tipo por ella era tan desproporcionada, que no se había medido a la hora de hacérselo pagar.

—Lester Zimmerman es el directo responsable de mi secuestro, así como el de las dos chicas que raptaron al mismo tiempo que a mí en aquella fiesta —declaró con toda la fuerza que fue capaz—. Cuando… la subasta llegó a su fin y antes de que… ese monstruo me arrastrara fuera de allí, Lester se acercó a mí y me susurró que aquello era lo que las mujeres como yo nos merecíamos, que eso era lo que ocurría cuando alguien no veía las oportunidades que tenía delante… Que al menos yo ahora le serviría de algo.

—Maldito hijo de la gran puta —el repentino exabrupto de Damien la sobresaltó, arrancándola de los recuerdos para devolverla a la mesa. El agente del *FBI* tenía una mirada oscura en sus ojos, a juzgar por la manera en que apretaba la mandíbula debía estar conteniéndose de hacer algo más que sisear.

—Lo negó todo —escuchó que decía Cassidy a su lado, cosa a lo que el agente asintió con la cabeza.

—Es un actor de primera —declaró al tiempo que dejaba escapar un profundo suspiro y volvía a hacer gala de ese rostro calmado que ahora veía como lo que era en realidad; una máscara.

—¿Ya le has hecho una visita? —Ahora fue Lucien quién preguntó. El hombre seguía prodigándole suaves caricias mientras hablaba.

—Ayer mismo —confirmó en voz alta—. El señor Zimmerman se ha mostrado solícito y dispuesto a colaborar en cualquier cosa que pudiese ayudar a condenar a los malnacidos que han maltratado a la señorita Dillinger… Se mostró preocupado por su salud, pero más preocupado

aún al saber que las autoridades tenían nuevas pistas sobre los posibles participantes en el *Caso Evory*.

—¡Miente! ¡Ese mal nacido jamás se ha preocupado por nada más que por sí mismo! —alzó la voz, irritada ante semejantes calumnias—. Es todo mentira…

—Lo sabemos, cariño, lo sabemos —aseguró Lucien.

—Intentó meterse en mi cama más de una vez y cuando eso solo dio el resultado que quería, le dio la vuelta a la tortilla y empezó a fingir que yo era quién le perseguía a él, quién lo acosaba, la que lo seducía —replicó, sintiendo la necesidad de que supieran quién era realmente ese hombre—. Su esposa… Mi madre… Le creyó. Se creía todo lo que él le decía. Nuestra relación empezó a deteriorarse y yo acabé por marcharme y distanciarme. No he vuelto a formar parte de la vida de ninguno de ellos desde entonces, no lo hice hasta una semana antes de la fiesta, cuando ese cabrón me contactó para hablar sobre *ella*. Lo hizo para decirme que Aura había sufrido una nueva crisis y esta vez había intentado agredirle a él…

Se detuvo tan pronto esas palabras abandonaron su boca.

—Le dije que era una pena que no lo hubiese conseguido, pues sería un capullo menos sobre la tierra —esbozó una sonrisa al recordar aquel momento, pero tan pronto como llegó se marchó de sus labios—. Nunca pensé que su respuesta fuese algo más que una de tantas amenazas carentes de sentido.

Bajó la mirada sobre la mesa sin verla realmente, su mente había vuelto a aquellos días, a aquel momento en particular.

—Me dijo que un día me arrepentiría de haberme negado a él —murmuró apretando las manos entre sí—. Y volvió a recordármelo en la subasta: *Te dije que un día te arrepentirías*.

Cerró los ojos con fuerza, casi podía sentir de nuevo su presencia, ver la manera en la que le sonreía… Se llevó rápidamente una mano a la boca conteniendo las arcadas.

—Respira —escuchó la voz de Lucien muy cerca del oído un segundo antes de que alguien pusiese un botellín de agua en su mano—. Bebe.

Se obligó a tragar antes de desenroscar el tapón y tomar un largo trago de agua. El helado líquido le bajó por la garganta procurándole cierto alivio y espabilándola al mismo tiempo.

—Lo estás haciendo bien, pequeña, solo tienes que aguantar un poco más.

Giró la cabeza en dirección a la voz de Cassidy, encontrándose con los ojos marrones del latino.

—¿Cuánto más? ¿Cuándo va a terminarse esto? —No pudo evitar que su voz sonase desesperada—. ¿Por qué no están todos ellos ya en la cárcel? ¿Por qué no están pagando ya por todas las atrocidades que han cometido?

—Lo estarán muy pronto —respondió volviéndose completamente hacia ella—. Cada uno de los responsables comparecerá ante la ley, Emily, te lo prometo.

Negó con la cabeza. No quería promesas, quería hechos.

—Por lo pronto, lo que nos has contado es suficiente para pedir una orden de arresto contra Lester Zimmerman y hacer que pase a disposición judicial y esta vez sin fianza —comentó Damien intercambiando una fugaz mirada con los dos hombres para finalmente volverse hacia ella—. Necesitaré que hagas de todo esto una nueva declaración y, como no es viable llevarte ahora mismo a una comisaría, tendremos que grabarla de modo que pueda presentarla ante un juez.

Asintió.

—Haré lo que tenga que hacer con tal de ver que los culpables reciben el castigo que se merecen.

—*Ningún castigo de los que se consideran legales a ojos de la ley sería suficiente para que esos hijos de puta paguen por sus pecados* —masculló Cassidy en español.

—*Amén* —respondieron los dos hombres al mismo tiempo.

No sabía si ellos habían entendido lo que había dicho el agente, pues ella misma solo había podido comprender un puñado de palabras.

—¿Se sabe algo sobre ese otro tipo? —preguntó entonces Lucien—. ¿Ese tal *Sultán*?

Emily no pudo evitar estremecerse al escuchar aquel nombre, su sola mención la enfermaba y le revolvía el estómago.

—Tengo a Carson tras esa pista igual que un perro que olfatea un hueso —declaró Cassidy poniendo los ojos en blanco.

—¿Quién es Carson? —se atrevió a preguntar.

—Un grano en el culo —respondió el agente con un resoplido, entonces matizó—. *FBI*.

—¿De los que se supone que tengo que ocultarme? —murmuró captando la atención de los dos hombres, quienes clavaron su atención en Lucien.

—¿Qué le has dicho?

Su guardaespaldas se encogió de hombros.

—Lo que necesita saber —replicó sin rodeos, limitándose a constatar un hecho—. Si tiene que permanecer escondida, debe comprender el motivo.

El latino resopló, se pasó la mano por el pelo corto y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—La situación es esta —dijo este con un aspavientos—. La *ICE* y el *FBI* meando a ver quién tiene el chorro más largo y gana el caso, dado que los federales… visten mejor… se han hecho con la copa, pero siguen queriendo que alguien se la aguante…

—No entiendes ni media palabra, ¿verdad? —comentó Lucien dedicándole un guiño.

Negó con la cabeza.

—Pues no.

—Estoy hablando en inglés, ¿no? —preguntó el aludido.

—De vez en cuando lo intentas —se burló Damien.

Sin pretenderlo o quizá intentando hacer eso mismo, el tenso ambiente que se había dado en el reservado empezó a disiparse.

—*Que te jodan.*

—Eso sí que es español —aseguró Lucien.

Emily empezaba a ver aquello como un partido de tenis a tres bandas.

—Necesitamos que sigas oculta hasta el juicio. —Cassidy se volvió entonces hacia ella y en su rostro había verdadera seriedad—. Greyson está moviendo sus hilos desde la cárcel. Por un lado está intentando hacer todo lo posible para anular tu testimonio, piensa que sin tu declaración podría librarse de las acusaciones de trata de blancas y prostitución. Su abogado fue el que solicitó tu evaluación psicológica. Y por si eso no fuese efectivo, creemos que tiene a gente ahí fuera buscándote. Si se diese el caso y no pudieses testificar, no habría manera de sostener los cargos…

Sus palabras eran perfectamente claras y le provocaron un escalofrío.

—Si estoy muerta, nadie podrá acusarlo de la compraventa de mujeres…

—Así es —admitió Damien en voz alta.

—Si el *FBI* se hace cargo ahora de tu custodia, se desvelaría tu paradero y no sabemos quién puede estar o no vigilando nuestros movimientos —continuó Cassidy—. Y no te he hecho lidiar todos estos meses tú sola con esta situación, como para permitir que ahora aparezca alguien y eche por tierra todos nuestros esfuerzos por querer marcarse un tanto y quedar bien ante la

prensa.

—Carson puede ser un verdadero grano en el culo, pero es muy bueno en su trabajo —añadió Damien—. Si hay alguien que puede descubrir dónde se esconde ese *Sultán*, es él. Y conociéndole, no va a descansar hasta sacarlo de debajo de la piedra en la que se oculta y llevarlo ante la justicia.

Ojalá que sus palabras se convirtiesen en una realidad y no fuese solo un deseo más de que se hiciesen realidad.

—Mientras Emily Dillinger siga en paradero desconocido y pueda declarar en el juicio, tienen una oportunidad para hacer que esos cabrones sean juzgados y condenados definitivamente —resumió Lucien a su lado—. Y eso también nos dará tiempo para prepararte adecuadamente para tu próxima aparición en público.

—¿Prepararme adecuadamente? —No pudo evitar repetir sus palabras.

Su guardaespaldas se limitó a mirarla con esa expresión que ponía de manifiesto que estaba muy satisfecho consigo mismo.

—Ahora mismo lo más importante es obtener esa declaración —añadió Cassidy, haciendo que su atención se centrase de nuevo en él—. Me gustaría que hubiese otro modo de hacerlo, pero…

Negó con la cabeza.

—Lo haré —lo interrumpió—. Haré lo que haga falta para que esto se acabe.

—La oficina de Horus está insonorizada —informó Lucien al tiempo que deslizaba la mano por su espalda con mucha suavidad—. Allí podrán grabar tu declaración sin interrupciones.

Asintió.

—Daremos con ellos, con todos ellos —concluyó el hombre que la había rescatado, sus ojos se encontraron con los suyos y supo que tenía intención de mantener esas palabras—. Hasta entonces no te separes de tu guardaespaldas.

Él se levantó entonces, abandonando su lado en el asiento al tiempo que Damien, Lucien y ella misma hacían lo propio.

—Voy a darle un respiro al capullo que me sigue los pasos —chasqueó al tiempo que señalaba con un gesto de cabeza hacia el piso de abajo—. Debe ser aburridísimo quedarse en el coche montando guardia mientras espera a que yo acabe con la juerga.

Los hombres ahogaron una risita, pero ella fue incapaz de encontrar el humor.

—Ten cuidado ahí fuera, Cass —pidió Lucien, estrechando la mano de su amigo.

—Siempre —asintió. Miró a Damien y este asintió.

—Estaremos en contacto.

Con eso le tocó el turno a ella.

—Solo unas semanas más —le acarició la cara, resbalando los dedos por su mejilla—. *Sé fuerte, mi niña*.

Aquellas últimas palabras se las dijo en español, pero las entendió, pues no era la primera vez que las escuchaba.

—¿Terminamos con esto? —sugirió Damien una vez hubo partido su compañero.

Emily asintió y dejó escapar un cansado suspiro.

—Hagámoslo.

CAPÍTULO 28

Brownsville,
Nueva York

Emily estaba agotada. El solo hecho de sentarse y hablar sobre todo lo ocurrido, purgar las emociones de aquella manera, la había dejado exhausta. Todo lo que deseaba hacer era meterse en la cama y dormir una semana, olvidar todo aquello aunque solo fuese durante algunas horas, hacer como si nunca hubiese existido… algo que sabía no sucedería.

La puerta se cerró a sus espaldas y escuchó como giraba la llave en la cerradura.

Había advertido que ese simple gesto contribuía a tranquilizarla. Era como si el estar de nuevo en el área protectora de cuatro paredes, pudiese hacer que todos sus miedos y sus alterados nervios encontrasen el momento de descanso.

—Voy a hacerme un café, ¿quieres alguna cosa?

La voz de Lucien le llegó desde atrás, escuchó el tintineo de las llaves al abandonar la cerradura y notó el roce de su cuerpo al pasar por su lado, adentrándose en la casa.

—No, gracias —murmuró en respuesta. Estaba demasiado cansada como para sentarse en la barra de la cocina y entablar una conversación que no le apetecía lo más mínimo. Y el silencio en compañía de ese hombre tampoco era algo que pudiese tolerar en esos momentos. Su presencia hablaba por sí misma, decía mucho más que cualquier puñado de palabras—. Creo que me iré a mi habitación…

Él se giró y la miró durante más tiempo del que consideraba necesario antes de llevarse las manos a las caderas y comunicarle.

—No, te irás a la mía.

Sus palabras la hicieron parpadear varias veces, pensando en si habría escuchado bien.

—¿Disculpa?

—Te mereces un buen descanso después de lo de esta noche y ambos sabemos que no lo obtendrás así como así —replicó, lo cual solo contribuyó a que su recelo entrase en acción.

—No voy a…

—Te vendrá bien meterte en la bañera un rato —la interrumpió con una pícara mirada en esos ojos azules—. Un baño caliente, una copa de vino y dormirás como un bebé.

Su mente visualizó rápidamente aquella escena y su cuerpo acusó el impacto.

Echaba de menos poder meterse en la bañera y dedicarse unos momentos para sí misma, permitirse aunque solo fuese durante unos instantes relajarse, algo que no había podido hacer desde que abandonó el piso en el que había residido los últimos ocho meses.

Su bañera no había sido nada del otro mundo, pero le daba *su momento*, ese lugar en el que podía dejar atrás todo, cerrar los ojos y relajarse.

—Te lo has ganado, Emi —aseguró con voz suave—. Mereces tener un momento de SPA para ti sola. Puedes cerrar la puerta por dentro… aunque te aconsejo dejarla abierta por seguridad.

La oferta era tremendamente tentadora de no ser por un pequeño escollo; se trababa del baño privado del dormitorio de ese hombre.

—Me iré a la cama ahora…

—Terca como una mula —lo escuchó barruntar antes de avanzar hacia ella en dos zancadas y detenerse frente a ella—. Voy a ser magnánimo y te daré… dos opciones, *grumetillo*. O andando por tu propio pie o sobre mi hombro, ¿cuál eliges?

Sintió la inmediata necesidad de echarse hacia atrás, pero se resistió a ello.

—Ninguna —replicó con la boca pequeña, entonces se aclaró la voz y añadió—. No son horas para darse un baño…

—No sabía que existiese un horario para relajarse —declaró sin moverse un solo centímetro—. Siempre he ido por libre…

—Se nota.

Su irreflexiva respuesta puso una particular sonrisa en esos labios.

—*Tic, tac*, Emi, sigo esperando una respuesta —le recordó—. Si tardas mucho más en dármela, tomaré yo las decisiones.

Le sostuvo la mirada unos instantes, entonces la apartó y dejó escapar un pequeño suspiro.

—No me quedan fuerzas para discutir, ni siquiera quiero hacerlo —admitió en voz alta y añadió—. Si me meto ahora mismo en una bañera con agua calentita, me hundiré como el *Titanic* sin necesidad de chocar con un iceberg.

—No te preocupes, cariño, yo seré tu *Jack*.

—No sé cómo ese idiota no tiró a Rose de la tabla para subirse él.

Una estruendosa carcajada reverberó en el pasillo a raíz de su comentario, la risa brillaba en los ojos azules y tiraba de la comisura de la boca masculina.

—Es posible que al guionista le pareciese poco romántico.

—¿Y el que se hundiese un transatlántico lo es? —chasqueó llevándose las manos a las caderas—. A ver, en serio, ¿qué hay de romántico en una película en la que un barco va a pique y la palman mil quinientas personas? Eso es una tragedia, no un romance…

La sonrisa de Lucien aumentó aún más.

—Dios, eres la horma de mi zapato —aseguró al tiempo que le encerraba el rostro entre las manos—. ¿Dónde has estado metida hasta ahora, Emily Dillinger?

—En problemas —respondió de forma automática—. Y ninguno tiene que ver contigo, así que, no te intereses en ellos.

—Demasiado tarde, cariño, ya es demasiado tarde para eso —aseguró bajando sobre su rostro, solo para detenerse a escasos centímetros de su boca—. Voy a besarte, *grumetilla*, tal y como prometí… te aviso sobre ello.

Si la primera vez la había cogido por sorpresa, esta vez no fue menos.

La dulzura y delicadeza con la que la trataba contrastaba con la pasión y el ímpetu con los que poseía su boca. Saboreaba sus labios para luego iniciar un íntimo baile con su lengua, bebía de ella como si estuviese sediento y no le daba un solo segundo para pensar, pues terminaba el beso con la misma premura que lo había empezado dejándola en un estado de aturdimiento general.

—Podría acostumbrarme muy fácilmente a tu sabor —murmuró a escasos centímetros de sus labios. Se retiró poco a poco, buscando sus ojos, examinando su rostro como si buscase algo en él—. A toda tú, en realidad.

Se quedó callada sin saber cómo responder. El corazón le palpitaba frenético en el pecho y por primera vez en meses, no lo hacía a causa del miedo.

—Entonces, ¿qué va a ser, Emi? —su voz bajó una octava, volviéndose mucho más profunda y sensual—. ¿Caminas o te llevo?

Un inesperado escalofrío le bajó por la espalda, tragó con dificultad y optó por hacer lo más inteligente; echar a andar.

CAPÍTULO 29

Emily se hundió en la bañera y estiró las piernas maravillada de que pudiese dejarse ir cuan larga era en el agua.

Cuando Lucien dijo que se merecía pasar un tiempo en un SPA, dio por hecho de que lo decía en sentido figurado, pero cuando traspasó la puerta que conectaba la habitación con el cuarto de baño se encontró frente a lo que solo podía considerarse como un moderno y elegante SPA.

Deslizó los brazos fuera de la bañera y paseó la mirada por el agradable y elegante espacio que se abría ante ella. Estaba claro que el cuarto de baño era masculino, no solo por los tonos elegidos para la decoración o los azulejos, sino por los artículos personales que descansaban sobre la encimera de un lavabo doble o el enorme albornoz oscuro que colgaba del secador de toallas.

Todo allí dentro hablaba de Lucien y olía como él, todo a excepción del champú con aroma a jazmín y el gel de ducha floral que formaban parte de una pequeña cesta con artículos destinados claramente al público femenino; una cesta que había preparado para ella.

«Encontrarás todo lo que necesitas en una cesta de mimbre al lado de la bañera». Le había dicho tras abrirle la puerta y hacerse a un lado. *«Disfruta de tu baño»*.

No había hecho ademán alguno de quedarse, ni siquiera se le insinuó o hizo alguno de sus típicos comentarios, se limitó a guiñarle el ojo y abandonar el dormitorio canturreando alguna cosa. Él, que parecía haber convertido en un juego el hecho de besarla, que a menudo la chinchaba con sus inesperados comentarios y que no se cortaba un pelo en insinuarse, había actuado como un amigo, como alguien a quién le importase su bienestar por encima de sus propias necesidades.

Alguien en quién podría atreverse a depositar su maltrecha confianza.

Dejó escapar un suspiro y se hundió un poco más en la bañera, sumergiéndose bajo el agua y conteniendo la respiración unos cuantos segundos antes de volver a emerger.

Ojalá pudiese deshacerse de los recuerdos con la misma facilidad que el agua se llevaba la suciedad, sin el equipaje que llevaba a las espaldas podría ser una persona normal, tener una vida normal, pero su mochila era de las que siempre estarían ahí.

—Un club erótico —murmuró rememorando cada instante que había pasado entre las paredes del mentado *Blackish*. Resbaló la mano sobre el rostro y rastrilló el pelo húmedo hacia atrás, exprimiendo al mismo tiempo el agua que resbaló sobre sus hombros—. Olvídate de los tornillos, estos tíos han perdido la caja de herramientas al completo.

De todos los lugares posibles en los que concertar una reunión, tenían que elegir el único al que ella no podía ni imaginarse entrando por su propio pie. No después de todo lo que había pasado. Y sin embargo lo había hecho, confió en el criterio de su guardaespaldas y permitió que la adentrase en un lugar que podría haber despertado todas sus pesadillas.

Y no podía evitar preguntarse por qué no lo había hecho.

En cuanto fue consciente de dónde estaba su miedo regresó, su mente activó al momento las alarmas y le gritaba que diese media vuelta y saliese huyendo de aquel lugar. Podía tener otro

aspecto, incluso poseer cierta elegancia, pero no dejaba de ser un club nocturno; un lugar en el que había dado comienzo su propio calvario.

Y sin embargo, había permanecido buena parte de la noche en sus instalaciones, en compañía de tres de los hombres más sexuales que había conocido en su vida.

Podía estar a dieta, pero eso no quitaba que reconociese una buena materia prima cuando la veía. El problema era que mientras la veías de lejos, no te hacía daño, pero que te la dejasen sobre la mesa y te pusieran el tenedor en la mano, ya era otro cantar.

Testosterona en estado puro, eso eran esos tres juntos y ella había estado justo en el medio, limitándose a verlos pasar.

—Al menos sigues siendo una mujer —murmuró para sí, sonriendo ante su propio comentario, poniendo en palabras un miedo que había permanecido mucho tiempo alojado en su interior.

Sí. Había tenido miedo de que todo lo que había pasado la anulase por completo, que le arrebatase la capacidad de sentir de nuevo, que los traumas que había desarrollado la convirtiesen en una persona huraña, solitaria y temerosa del sexo opuesto y la intimidad compartida.

Sabía que todavía le quedaba un largo camino por delante, que sus problemas no iban a desaparecer como por arte de magia de la noche a la mañana, pero el hecho de ser capaz de tener a esa montaña humana de ojos azules todo el día a su alrededor y no salir corriendo, le daba esperanzas para el futuro… al igual que sus besos.

Se llevó los dedos a los labios y frunció el ceño.

La había besado. Dos veces. Y en ninguna de ellas se había sentido violada, intimidada o aterrada. ¿Sorprendida? Sí, por supuesto. ¿Irritada? Como para no estarlo… Pero el recuerdo de esos fugaces momentos no la habían hecho vomitar, solo la turbaban lo bastante como para que se le encendiesen las mejillas.

Resbaló un poco dentro de la bañera y apoyó la cabeza en la toalla que hacía la función de almohada. Deslizó los brazos fuera de la bañera y clavó la mirada en el techo sin ver realmente el curioso diseño de este.

—Eres un hombre extraño, Lucien Ratcliffe —murmuró mientras recordaba su rostro con nitidez—. Quizás si hubiese sido en otro momento, yo…

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Pero qué de estupideces digo y en voz alta además.

El agotamiento de las últimas horas se unió al que venía arrastrando desde hacía días, el calor del agua le había aflojado los músculos y tal y cómo había predicho momentos antes, acabó por sucumbir a los brazos de Morfeo.

Lucien llevaba unos minutos viéndola dormir.

Había llamado a la puerta y al no obtener contestación, entró esperando tener que esquivar cualquier proyectil lanzado en su dirección, pero en cambio se topó con la escena que ahora contemplaba.

Estaba en paz, dormía plácidamente, sin esas líneas de tensión que a menudo le crispaban el rostro incluso durante el sueño. Se preguntó cuántos momentos como estos habría tenido en los últimos ocho meses, si alguna vez se habría sentido lo bastante segura en algún lugar cómo para permitirse dormir de esa manera. Suponía que su piso había sido uno de esos lugares, de algún modo debió de sentirse a salvo allí, a juzgar por como parecía añorarlo. O quizá lo que

añorase fuese su independencia, una que se había visto comprometida con su presencia y esta nueva situación.

En honor a la verdad, no quería despertarla. Quería que descansase, que aprovechase al máximo estos momentos de paz, pero sin duda la bañera no era un lugar adecuado para ello.

Se acercó con cuidado, pensando en la mejor manera de despertarla, de llamar su atención para que ella misma emergiese del sueño, pero en el momento en que estuvo de pie junto a la bañera se olvidó de todo.

Un creciente sentimiento de horror y rabia se mezcló al momento con uno de protección absoluto hacia esa mujer al ver por primera vez unas rosadas líneas atravesándole los pechos y el esternón. El agua distorsionaba las marcas que había también en su vientre, huellas que había visto demasiadas veces en víctimas de malos tratos que habían sido atacadas con saña. Sabía que sus piernas estaban surcadas por alguna que otra pequeña cicatriz blanca, pero no eran ni remotamente parecidas a las que lucía en el torso.

Así que para esto es el tubo de maquillaje que pidió online, pensó recordando los artículos que había pedido a través de su cuenta y que le habían entregado en mano.

Esas cicatrices no habían estado ahí antes y seguro como el demonio que no era algo que pudiese aparecer y desaparecer como por arte de magia.

Se obligó a apartar la mirada del cuerpo que lo llamaba como una sirena, esa pequeña merecía ser honrada por sus heridas de guerra, valorada por su férrea voluntad, no le quitaría lo poco que sentía que le quedaba; su dignidad.

Llegaría el momento en que podría recrearse en esas curvas, aprender la textura de su piel, en el que podría recorrer con los labios cada una de esas líneas; porque estaba decidido a hacerlo, pero no era este y lo sabía.

Respiró profundamente, rescató una de las amplias toallas que había dejado para que ella utilizase y la agitó hasta abrirla por completo.

—No hay una buena manera de hacer esto… —masculló para sí, consciente de que hiciese lo que hiciese, ella iba a llevarse un buen susto. Se apostó de nuevo al lado de la bañera y sujetó la toalla de modo que pudiese atrapar a su sirenita cuando decidiese saltar hacia fuera, porque apostaba su maldito coche a que lo haría—. ¡Iceberg a la vista!

Tal y como esperaba, se despertó sobresaltada. Con lo que no contó fue con que ella se hundiese al segundo siguiente y emergiera al momento escupiendo y luchando para apartarse el pelo de la cara.

Sus movimientos hicieron que el agua rebosara y acabase mojándole también en sus chapoteos mientras intentaba aferrarse a algo para no volver a hundirse.

—Todavía nos queda algún lugar en los botes salvavidas, ¿le interesa, *miladi*?

Ella parpadeó como si no pudiese creerse que él estuviese allí, como si sus palabras no tuviesen el menor significado. Su mirada era de absoluta confusión, cómo si no fuese consciente dónde se encontraba, así que aprovechó esos momentos para ceñirle la toalla sobre los pechos y rodearla con ella.

—Tranquila, el *Titanic* todavía no se ha hundido —declaró, cerrando los brazos a su alrededor para tirar a continuación de ella hacia arriba y arrancarla del agua—, aunque tú has estado a puntito.

Tanto como hubiese preferido quedársela en los brazos, la posó sobre el suelo, dejándola sobre sus inestables piernas. Esos bonitos ojos castaños empezaron a abrirse entonces de par en par, su rostro acusó un creciente rubor que le coloreó al momento las mejillas y supo que había llegado el momento de ponerse a salvo.

—Tú… tú… ¡Tú!

—Yo, sí. El mismo.

—¡Lucien!

El escuchar su nombre de esos labios lo puso instantáneamente duro. No podía esperar a ver cómo sonaría cuando lo gritase presa de un orgasmo.

—Vaya, al fin consigo que pronuncies mi nombre —replicó con su habitual desparpajo. Prefería verla así, viva y enfrentándole, que hecha un ovillo y llorando en alguna esquina—. Eh, sujétate la toalla. Si me haces un desnudo integral… tendré que besarte otra vez… Eso como mínimo.

Con toda la premura de la que fue capaz, se envolvió mejor en la toalla mientras el exceso de agua formaba un charco a sus pies. La indignación empezó a surgir en sus ojos, mezclada con la vergüenza y un ligero tinte de temor que posiblemente viniese de algún episodio de su traumático pasado.

—No quería que te hundieses… —replicó con suavidad, moviéndose ahora hacia ella, sabiendo muy bien que estaría atenta a cada paso que diese, a cada movimiento que hiciese—. Mira que yo no tengo tabla en la que mantenerte a salvo…

—Ni esto es el *Titanic*… —masculló ella en respuesta. Su voz tembló, la garganta volvió a traicionarla y las palabras salieron con una gravedad que si bien a ella le molestaba, a él le parecía de lo más erótico.

—Mejor —aseguró deteniéndose ante ella—. Así nos salvaremos los dos.

Lucien pudo ver como se estremecía, notó al momento el ligero temblor que recorría sus hombros y sintió la necesidad de posar sus manos sobre ellos.

—Me gustas mucho, Emi —confesó con naturalidad, apretándola suavemente con los dedos, observando la respuesta a sus palabras en sus ojos, en su lenguaje corporal y preguntándose interiormente qué hacer para borrar esa incredulidad, ese gesto de desconfianza. Quería abrazarla, pero sabía que no podía, no en ese momento, no si quería que aprendiese a confiar en él. Así que dio un paso atrás, dejando caer las manos y sonrió con su habitual petulancia—. Y por supuesto, tú estás loquita por mí. Pero, desgraciadamente, esta noche estoy demasiado cansado para hacer algo más que roncar… Aunque si quieres dormir conmigo…

La inmediata y energética negativa de cabeza de la chica le arrancó una genuina carcajada.

—De acuerdo, cariño, no es necesario que seas tan efusiva en tus emociones hacia mí —soltó atento en todo momento a sus reacciones—. Con *«esta noche no, señor»* me habría valido.

Los labios femeninos se abrieron, un poco temblorosos, vio como resbalaba la punta de la lengua entre ellos y replicaba a sus palabras con una contundente respuesta.

—Sigue… soñando —declaró apretando la toalla con fuerza contra su cuerpo, entonces miró la puerta y se dirigió hacia ella como una duquesa que acaba de desdeñar a un pobre don nadie.

No pudo hacer otra cosa que echarse a reír al escuchar el golpe que dio la puerta de su dormitorio al cerrarse. Sacudió la cabeza, bajó la mirada sobre la erección que le ceñía los pantalones y sonrió para sí.

—Esta noche no, pero… pronto.

Y con esa idea, se desnudó y se fue directo a la ducha para meterse debajo del chorro del agua fría.

CAPÍTULO 30

Sede central de la Agencia de inmigración y control de Aduanas (ICE)
Washington D.C.

Dos días después…

«Yo, Emily Dillinger, en pleno uso de mis facultades mentales y sin estar sometida a coacción, amenaza o chantaje alguno, declaro que el señor Lester Zimmerman, presidente de Zimmerman Corporation, ha formado parte de la operación de trata de personas de la que he sido víctima».

La puerta de la oficina estaba cerrada, las persianas se habían bajado para mantener la privacidad de la reunión de urgencia convocada esa misma mañana.

Carson no podía sino mirar la pantalla del monitor y contemplar estoico el vídeo que había llegado de manera simultánea a la sede de la *ICE* y a su propio departamento. La protagonista de la declaración era nada más y nada menos que Emily Dillinger, la mujer que todavía permanecía en paradero desconocido y que ahora sabía tenía que contar con ayuda externa.

«Lester estaba presente en la subasta a la que llegué tras ser secuestrada y entregada a Elías Greyson. Él fue consciente en todo momento de mi presencia e identidad. Se negó a prestar atención a mi súplica de ayuda y no dudó en acercarse a mí para decirme que aquello era lo que nos merecíamos las mujeres como yo, que esto era lo que nos ocurría cuando alguien no veía las oportunidades que teníamos delante y que al menos ahora yo le serviría de algo».

La mujer hablaba con una voz ronca, dañada, sin duda producto de las torturas a las que había sido expuesta, pero no había vacilación, no estaba interpretando un papel ni leyendo un guion, lo hacía de memoria, como si estuviese poniendo en palabras algún suceso que le había acontecido.

Se fijó en su aspecto, en su lenguaje corporal, en cada pequeño detalle que dejaba traslucir a través de aquella pantalla. No, no era un truco, ni un montaje, esa era la mujer a la que todo su departamento estaba buscando y con esas palabras, dejaba claro que era lo mejor que tenían para deshabilitar un entramado que prometía ser mucho más extenso de lo que habían pensado en un principio.

«Durante todo ese proceso, el señor Zimmerman mantuvo una cercanía familiar con Elías Greyson. Si bien no estaba cerca para escuchar en ese momento su conversación, su cercanía y la manera en la que gesticulaban y se trataban dejaba claro que tenían, como mínimo una relación de negocios. Mis sospechas se vieron confirmadas tiempo después por el propio Greyson, quién hizo alusión a una transacción con Lester Zimmerman, mediante la cual le había entregado en pago por una deuda a una mujer. Yo».

La declaración continuó reafirmándose en lo que ha había declarado en la primera vista, en lo que había visto, en cuántas mujeres como ella misma habían asistido a esa subasta, cómo ya no volvió a tener noticias sobre ellas y el infierno que vivió a manos de un hombre de ascendencia árabe que respondía al nombre de *El Sultán*.

Era él. Tenía que serlo. El mismo hijo de puta que llevaba intentando desenmascarar desde hacía tanto tiempo.

La descripción que había aportado la chica se asemejaba bastante a lo que sabía, los desplazamientos que había hecho el hijo de puta concordaban con las fechas en las que se presuponía se había llevado a cabo la subasta, pero no era alguien a quién se pudiese acusar sin pruebas, no si querías seguir vivo después de hacerlo.

Por eso necesitaba encontrar a esa mujer. Ella era la única que podía confirmarle si el rostro de la bestia que la torturó coincidía en nombre e identidad con su sospechoso.

Sin Emily Dillinger, solo podía moverse entre sospechas y corazonadas, no tenía nada más que las declaraciones de un puñado de personas demasiado asustadas, algunas de las cuales habían desaparecido de la faz de la tierra, así que necesitaba dar con la mujer.

—Hemos analizado el vídeo y es auténtico —comentó Fox Popper, quién estaba al mando de la *ICE*—. Esa mujer es Emily Dillinger. Es su voz, su rostro y no parece que haya hecho esta declaración bajo coacción alguna.

—Desde luego, parece sincera —respondió alguien desde su posición frente a la puerta.

Cassidy Ortiz había sido uno de los últimos en entrar en la oficina, optando por quedarse en la parte de atrás. La noticia del vídeo no parecía haberle causado sorpresa, como tampoco las palabras de la mujer, por otro lado, era difícil saber qué afectaba realmente al latino, era realmente bueno ocultando sus emociones y actuando como un frío y calculador hijo de puta.

Estaba convencido de que él era el único responsable de la desaparición de la mujer y el que esta repentina declaración hubiese llegado ahora a las dos agencias no hacía sino afianzar todavía más sus sospechas. El agente de la *ICE* había sido uno de los hombres que habían entrado en aquel sótano, sabía por el informe que había sido él mismo, junto con uno de los agentes externos del FBI los que habían sacado a la mujer, medio moribunda, de la jaula en la que había sido encontrada. Él había estado al lado de la chica en todo momento, le había puesto vigilancia durante su estancia en el hospital y la había acompañado durante el proceso judicial, haciéndose a un lado tan solo después de que esta hubiese ingresado en el programa de protección de testigos.

Era difícil imaginarse que, después de haberse involucrado tanto con una testigo, se comportase de forma tan despreocupada tras su partida. No, ese hombre estaba al tanto del paradero de la mujer, posiblemente incluso tuviese que ver con esta nueva declaración, así que no le quedaba otra que seguir vigilándolo… Al menos un poco más.

—¿Podría presentarse esta declaración como prueba? —preguntó el jefe de la *ICE* al fiscal del caso, que mantenía la mirada sobre la pantalla.

—Sería preferible que la señorita Dillinger hubiese hecho esta declaración en persona —comentó sin apartar la mirada del monitor—. Será indispensable que lo haga en el próximo juicio… pero por el momento, presentaremos esto ante el juez para solicitar el inmediato ingreso en prisión del señor Zimmerman bajo los cargos de trata de personas.

—Le sugiero que solicite la orden a alguien que pueda darse un poco de prisa —comentó Cassidy llamando la atención sobre él—. Ya sabemos cómo funciona la burocracia últimamente…

—Ortiz… —lo censuró su jefe, impidiendo que fuese más allá. El agente se limitó a levantar las manos en señal de sumisa rendición antes de volver a cruzarse de brazos.

—Yo solo digo…

—A ninguno nos ha gustado demasiado el cambio de juez, agente Ortiz —aseguró el fiscal sin andarse con rodeos—. Por no hablar de la rapidez con la que ocupó el lugar de su

predecesor…

—Un allanamiento demasiado conveniente. —No pudo menos que coincidir con las opiniones de los presentes—. Ejecutado con una violencia extrema.

—Veo que los aires de Washington empiezan a sentarle bien, Carson.

Cruzó la mirada con Ortiz y se la sostuvo.

—Le sentarían igual de bien si pasase más tiempo en la ciudad, Ortiz.

La reciente escapada que había hecho a Nueva York no obedecía solo a cerrar algún asunto de la *ICE*, de eso estaba completamente seguro. Había ordenado seguirle, pero los informes al respecto lo habían situado en las oficinas de inmigración de allí y en un club nocturno, del que había salido a altas horas de la noche para ir a pasar la noche a un hotel y regresar a la central de Washington en el primer vuelo de la mañana.

Y ahora aparece este video…

Cassidy tenía que ser la clave. Lo sabía. Así que tendría que seguirle muy de cerca y hacerlo él mismo.

—Quizá lo haga, pero por el momento nos vamos a Baltimore —respondió antes de volverse hacia el fiscal mientras avanzaba hacia la puerta—. Consiga esa orden ya.

—Con sumo gusto —declaró el fiscal, quién por una vez, debía estar encantado de trabajar con el *FBI* y la *ICE* ya que compartían su misma meta; meter a esos cabrones entre rejas.

—Ortiz, muévase —lo miró al tiempo que abría la puerta—. No tengo todo el día.

—Déjeme adivinar, no le pagan las horas extra.

Optó por morderse la lengua e ignorar al petulante latino, no tenía ni tiempo ni ganas de discutir con él, pero quería mantenerlo cerca pues si alguien podía llevarle con la señorita Dillinger, era él.

CAPÍTULO 31

Gimnasio Chaser
23 de Belmont Ave,
Brownsville.

—Si es que no hay nada como tener ganas de arrearle a alguien para ganar intensidad en cada golpe.

Lucien sonrió para sí al ver la mirada que le dedicó Emily antes de volver a adquirir la posición que le había enseñado y golpear el sacó. Todavía se desestabilizaba en algunos golpes, sobre todo cuando perdía la concentración, pero al menos estaba logrando que hiciese algo de ejercicio y liberara con ello la tensión que la agarrotaba.

Tenía claro que la reunión con los hombres en el *Blackish* la había ayudado a soltar lastre, grabar la declaración que Damien se encargó de hacer llegar a las dos agencias de manera anónima, le permitía decirse a sí misma que estaba en el camino correcto y que la pesadilla en la que vivía terminaría antes o después.

Lo viese o no era una luchadora capaz de sobreponerse a los más duros golpes y seguir avanzando. El miedo podía paralizarla en según qué ocasiones, pero intentaba superarlo o bordearlo de alguna manera, consciente en todo momento de sus problemas y que tenía que solucionarlos.

—Deberíamos dibujarle una cara al saco, eso te ayudaría a visualizar mejor a tu oponente —añadió moviéndose a su alrededor, procurando mantenerse en todo momento lejos de sus golpes—. Aunque es posible que Dain nos mate a los dos por joder con su equipación.

—Yo no soy… —golpe—, la que quiere —golpe—, hacerle dibujitos al saco —golpe.

Emily dio un par de pasos atrás y se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre las rodillas para descansar unos segundos. En esa posición las benditas mallas de licra le marcaban el culo de una manera que lo hacía salivar.

—No puedo más —resolló ella tirando de la camiseta hacia abajo, comprobando que no la cubría completamente.

Había conseguido que dejase la sudadera a un lado, quedándose con una holgada camiseta sobre el sujetador deportivo. Ahora comprendía porque no quería llevar nada escotado ni que dejase a la vista su vientre, las cicatrices eran demasiado recientes y si bien había visto como intentaba disimularlas con cremas de maquillaje, prefería llevarlas cubiertas.

Y sus pechos y vientre no eran los únicos que habían sufrido daños, su espalda… Apretó los dientes al recordar las marcas que había visto entre la toalla y su pelo cuando abandonó el baño. Solo había sido un atisbo, pero había sido más que suficiente para intuir lo que encontraría debajo.

Ese cabrón merecía morir lentamente, que lo torturasen del mismo modo en que él torturaba a sus víctimas y aun así, sabía que no sería suficiente.

—Esto es peor que correr como una idiota alrededor del gimnasio.

Sus palabras le devolvieron al presente. Se obligó a hacer a un lado sus pensamientos y chasqueó la lengua, prestándole toda su atención.

—No te viene mal echar unas carreras a modo de calentamiento, aunque no sé si podríamos llamar correr a arrastrar los pies a mitad de la primera vuelta.

—¿Y lo dice el que se ha limitado a quedarse de brazos cruzados en medio de la sala diciéndome lo que tengo o no tengo que hacer?

—Alguien tiene que señalarte lo que estás haciendo mal para que puedas corregirlo —aseguró todo lleno de razón—. Deberías darme las gracias, Emi.

—¿Por hacer que eche los pulmones por la boca? —replicó incorporándose para llevarse a continuación las manos a las caderas—. Claro, lo haré… cuando vea que predicas con el ejemplo.

—No soy yo el que está en baja forma, cariño —le lanzó un guiño.

Ella puso los ojos en blanco, bajó la mirada a los guantes y no dudó ni dos segundos en llevar la boca sobre la muñeca.

—Eh, para el carro —la frenó nada más leer sus intenciones—. Vas a dejarte los dientes si haces eso. Si quieres quitártelos, me lo dices y te los quito.

—Puedo hacerlo sola.

—No, no puedes —tiró de sus manos hacia él, impidiéndole escapar—. Y es algo que ya sabes.

Esquivó su mirada como lo hacía cada vez que no tenía argumentos para rebatirle.

—Tienes que aprender a pedir ayuda, Emi —le dijo abriendo el velcro que aseguraba el guante a la muñeca femenina—, y sobre todo, aceptar la que se te ofrece.

Esos ojos castaños volaron sobre él, vio la manera en la que apretaba los labios, como si quisiera decir algo y se arrepintiese al momento.

—No serás menos valiente por hacerlo —concluyó. Le retiró el guante y le abrió el segundo, dejando que fuese ella quién se encargase de quitárselo.

—No todo el mundo está dispuesto a ayudar, Lucien, no todos son como tú —la escuchó murmurar—. No toda la gente está dispuesta a arriesgarse por alguien más...

Le colocó el índice bajo el mentón y se lo levantó para poder mirarla a los ojos.

—Eso es porque todavía no te habías cruzado con la gente correcta, Emi —aseguró inclinándose sobre ella—. Ahora eso ha cambiado. Te has cruzado conmigo o mejor dicho, has saltado delante de mi coche.

—Tú me atropellaste.

—Semántica, cariño —la interrumpió apretándole el mentón con suavidad—. Lo que importa es que lo has hecho y por suerte para ti, estoy dispuesto a arriesgarme contigo todas las veces que sean necesarias…

Le guiñó el ojo y resbaló el pulgar hacia su labio inferior, rozándolo con cuidado al tiempo que seguía su huella con la mirada.

—Y también con tus besos.

—Eso no es algo con lo que tengas que…

No la dejó terminar la frase, capturó sus labios con suavidad y los degustó una vez más.

—Me gusta besarte —aseguró separándose apenas unos milímetros de ella—, y me gustaría todavía más si me devolvieras el beso…

—Cuando las ranas vuelen… —musitó ella con las mejillas encendidas.

Se rio ante su respuesta, le mordió con suavidad el labio inferior, tironeando de él entre sus dientes hasta soltarlo y finalmente se lo sopló.

—¿En primera clase o en turista? —preguntó con palpable diversión.

Su pregunta la descolocó por completo, sus ojos lo miraron con visible sorpresa y sus labios se movieron sin conseguir dar con una respuesta adecuada.

Le dedicó un guiño, recogió los guantes del suelo y se los enseñó.

—Guardemos esto. Te presentaré a tu nueva profesora de defensa personal en… —miró el reloj—. Diez minutos.

—Espera, ¿qué?

—Te lo dije. No te vendrá mal refrescar los conocimientos que adquiriste en los últimos meses y reforzarlos —le dijo al tiempo que dejaba los guantes en su sitio y se volvía hacia ella —. Y conozco a la persona adecuada para enseñarte. Da clases aquí un día a la semana a las mujeres del barrio.

—¿Y cuándo pensabas avisarme? —protestó llevándose las manos a las caderas.

—¿Ahora? —se volvió hacia ella—. Necesitas una rutina y a pesar de que me halaga que me quieras para ti sola, un poco de compañía femenina no te hará daño… O sí. Depende de lo que jodas a Sophie.

—¿Sophie?

Sonrió ampliamente.

—Te va a gustar… no es como si no la conocieras ya.

Con esa última acotación, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Vamos, Emi, a tu nueva profesora no le gusta que sus alumnas lleguen tarde.

CAPÍTULO 32

«No es como si no la conocieras ya».

Emily no fue consciente de lo premonitorias que resultaban esas palabras hasta que Lucien la hizo cruzar el gimnasio para reunirse con una risueña rubia, vestida con vaqueros, deportivas y una camiseta que llevaba el logo del gimnasio y charlaba animadamente con Dain. Con el pelo recogido en una coleta alta y sin pizca de maquillaje, la mujer ante ella no tenía nada que ver con la chica que había conocido dos noches atrás en el *Club Blackish*.

Kitty, como le había sido presentada noches atrás, respondía al nombre de Sophie Joyce. Era una mujer segura de sí misma, con cierto aire a calle, pero con una dicción perfecta que solo desaparecía cuando compartía alguna broma o replicaba con energía, como ocurría ahora en torno a las seis mujeres que se reunían en torno a ella en el área principal del gimnasio.

De distintas edades y etnias, eran un reflejo de la vida que podía llegar a darse en algunos barrios marginales, de la falta de escolarización, de las rígidas normas culturales, de la falta de autoestima y las erróneas elecciones que se llegaban a tomar en algunos momentos. Pero también lo eran de la necesidad de superación, del valor que requería plantar cara a la vida, a los problemas y pedir ayuda; seis personas a las que la vida les había puesto obstáculos y que estaban dispuestas a luchar por superarlos o derribarlos.

Estaba claro que todas ellas se conocían entre sí, ya fuese por haber compartido antes estas clases o por pertenecer al mismo barrio y se notaba en la manera en que se comportaban.

—¿Es la primera vez?

La inesperada pregunta hizo que se sobresaltara, su instinto la llevó a reaccionar dando un paso atrás y mirar con recelo a una chica que debía tener su edad. La mujer todavía tenía un difuminado cardenal amarillo sobre uno de los pómulos, sin duda producto de un golpe, vestía de manera conservadora, con un chándal que prácticamente llevaba abrochado hasta la garganta y unas mangas demasiado grandes a través de las que asomaban unas uñas cortas pintadas de rosa. Y a pesar de todo, su sonrisa no dudó en curvarle los labios.

—Perdona, no quería asustarte. —Se disculpó esbozando una tímida sonrisa, entonces estiró lentamente una mano en su dirección—. Soy Keisy.

Miró su mano extendida y cómo venía sucediéndole regularmente desde hacía meses, se quedó quieta sin atreverse a corresponder.

—Está bien, no pasa nada —comentó la chica en voz baja, recogiendo la mano—. Yo he estado ahí…

Sacudió la cabeza, se aclaró la garganta y procuró hablar en voz baja, sabiendo que de ese modo su voz no sonaría tan ronca.

—*Erika* —se presentó con su nombre ficticio, uno al que se había acostumbrado a pesar de todo—. Soy Erika… Perdóname tú a mí… estoy…

—¿Nerviosa? —sugirió la chica con amabilidad.

—Sí.

—Todas lo estamos —admitió haciendo un gesto hacia el resto del grupo, quienes parecían haber sido atraídas por su conversación.

—Y tú de dónde has salido, ¿eh? —Preguntó una desafiante mulata, con demasiado maquillaje en el rostro y una actitud que no hacía otra cosa que enmascarar su propia inseguridad —. No eres del barrio.

Negó con la cabeza, respiró profundamente y dio un paso adelante.

—No, no lo soy —admitió con suavidad, pendiente en todo momento de su voz, algo que había dejado de hacer en compañía de Lucien.

La mujer entrecerró los ojos sobre ella durante unos segundos, entonces chasqueó la lengua y caminó hacia ella.

—Espero que el hijo de puta que te ha hecho eso esté a dos metros bajo tierra —declaró mostrando una comprensión que solo otra víctima de violencia entendería, entonces le dio de nuevo la espalda dejando ver una larga melena llena de trencitas de colores y se dirigió a Sophie —. Lo reconozco, tía. No esperaba que fueses capaz de hacerlo… y aquí nos tienes a todas.

—No a todas —replicó la chica con sencillez—, pero no me quejaré del pedazo ejército que acabo de reunir. Patearemos culos de aquí a Rhode Island.

—Yo me conformaría con patear el de ese capullo si se atreve a asomar de nuevo la nariz por mi barrio —chasqueó una de las mujeres—. O al menos con evitar que patee el mío.

—Te garantizo que el tuyo no volverá a patearlo nadie, Tasha —declaró Sophie al tiempo que levantaba la mano para que la mujer se la chocase, entonces se volvió hacia las demás, ella incluida—. Os enseñaré a defenderos, a reducir a vuestro oponente e incapacitarlo y así tengáis tiempo para alejaros del peligro y pedir ayuda.

—Prefería aprender a romperle los huevos para que no pueda volver a utilizarlos en su puta vida —rumió alguien más.

—Esa no me parece una mala idea —comentó alguien más—. Algunos cabrones no deberían volver a respirar.

—Estoy de acuerdo —comentó alguien más.

El nivel de ira en ese grupo empezaba a escalar rápidamente.

—Claro, busca una pistola y pégale un tiro. Con suerte solo irás a la cárcel unos años y dejarás que Jake se críe solo en las calles. —Las interrumpió Sophie con firmeza—. O mejor aún, pon el arma en sus manos y deja que sea él quién acabe con ese bastardo… Podrás tener… No sé… ¿Un año de gracia? Antes de que alguna banda lo reclute y seas tú la que esté llorando su muerte.

La crudeza con la que Sophie retrató cada uno de los escenarios le puso los pelos de punta, pero aquellas palabras eran lo que esas mujeres necesitaban escuchar para darse cuenta de que la violencia no engendraba más que violencia.

—Sobrevivir para poder luchar otro día —dijo en voz alta, mirándolas a cada una de ellas —. Eso es lo que debéis tener presente. Vosotras sois responsables de vuestros actos, unos que no solo os afectarán a cada una de forma individual, en ocasiones, repercutirá también en vuestras familias. La vida es demasiado preciosa para perderla en un momento de estupidez o a manos de un hombre que no vale nada.

El silencio se instaló en la sala.

—Sois fuertes, sois valientes, cada una de vosotras ha superado un infierno que no puede compararse con ningún otro. Cada una tiene una historia propia, unas vivencias que puede que no tengan nada que ver con las de la persona que tenéis al lado, pero todas tenéis algo en común… Sois unas supervivientes —declaró volviéndose también en su dirección—. Nada ni nadie podrá quitaros eso que compartís.

Las palabras de Sophie le hicieron recordar una de las sesiones de los grupos de apoyo a

las que la había obligado a asistir su primer terapeuta, la sensación de que se encontraba en un lugar que no era para ella, que lo ocurrido a aquellas víctimas, si bien era horrible y trágico, nada tenía que ver con sus propias vivencias, con lo que había vivido y que nadie podría entender jamás por lo que había pasado.

Nadie se había molestado en buscar un punto de unión, un nexo en común que los uniera y que Sophie acababa de describir con meridiana sencillez.

—No estáis aquí para contarme vuestras historias, ni siquiera para compartirlas con la persona que tenéis al lado si no os apetece, no somos un grupo de terapia y yo no soy terapeuta… Que más quisiera —continuó con tono más ligero, haciendo que las mujeres sonrieran ante su última coletilla—. Pero si me dejáis, os enseñaré a defenderos, a parar una agresión y reducir a vuestro oponente si es necesario y si ya después alguien quiere tomarse un café o simplemente charlar… ¡Qué demonios! Por si no lo habéis notado, hablo por los codos.

Aquel chascarrillo volvió a arrancar alguna risita y disipó los nervios que había en el ambiente.

—Bien, ¿empezamos, chicas?

Una hora más tarde, Emily todavía intentaba recuperar el aliento tirada sobre la colchoneta. Estaba empapada de sudor y le dolían partes del cuerpo que no sabía ni que tenía, pero se sentía bien, probablemente mucho mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Sophie le tendió la mano y la ayudó a levantarse con una amplia sonrisa.

—¿Estás bien?

Asintió, se lamió los labios y buscó su voz a través de los jadeos.

—Estoy… desentrenada —admitió. De todas las presentes era la que tenía algunas nociones básicas del entrenamiento gracias a sus previas lecciones, pero no era ni de lejos suficiente ser un digno oponente de esa mujer—. ¿De dónde sacas tanta energía?

Ella se rio.

—Horus —respondió en un susurro, como si eso tuviese que significar algo para ella. Entonces recordó al enorme vikingo del club y cómo Lucien le había dicho que Sophie era su chica—. Intenta hacer caer una mole semejante y verás.

Negó con la cabeza.

—Ni siquiera sabría por dónde empezar.

Ella asintió y, al igual que había hecho durante la última hora, mantuvo una prudencial distancia para no invadir su espacio personal.

—Al principio… yo tampoco lo sabía.

Con esa enigmática respuesta, se volvió hacia las demás y anunció el final de la clase. Se tomó su tiempo en felicitar a cada una de las participantes, comentó con ellas los puntos flacos que debían mejorar, se interesó por sus vidas dejando claro que conocía el barrio de varias de ellas y cuando todas se despidieron, prometiendo acudir la semana siguiente, Sophie regresó junto a ella.

—¿Un café? —Sugirió y señaló con el pulgar hacia el pasillo—. Ni siquiera tendremos que ir lejos, hay una máquina al lado de los vestuarios.

Emily vaciló, se miró a sí misma y señaló lo obvio.

—Estoy sudando, preferiría cambiarme…

La rubita levantó la mano interrumpiéndola.

—Nos duchamos, nos cambiamos y tomamos ese café —resumió inclinándose hacia delante—. No tendrás que hablar sino quieres, como ves, soy capaz de marcarme yo sola un monólogo.

Antes de darse cuenta se encontró esbozando una tímida, pero verdadera sonrisa.

—¿Podría ser un té?

Sophie asintió y señaló con un gesto de la cabeza.

—Vamos antes de que Dain quiera que le eche una mano también en su clase —dijo con una risita—. No es tan divertido hacer morder el polvo, como que te lo hagan morder… Y el *sensei* es buenísimo en su disciplina.

CAPÍTULO 33

Zimmerman Tower
Baltimore, Maryland.

—Señor Zimmerman, tal y como solicitó, el coche le espera en la puerta principal.

Lester levantó la mirada del portafolios en el que se aseguraba de llevar todo lo necesario para su salida y asintió en dirección a su secretaria.

—Gracias, Nancy.

La mujer volvió a salir por la puerta, cerrándola con suavidad tras de sí, dejándole de nuevo con los preparativos de su viaje.

Oficialmente iba a asistir a un Congreso en Columbus. Tenía los billetes de avión comprados, el hotel reservado, había confirmado su asistencia a la cena y haría acto de presencia el tiempo suficiente como para ser visto y después desaparecería como por arte de magia.

La visita del agente del FBI cuatro días atrás no había hecho otra cosa que confirmar sus sospechas de que esa perra seguía con vida y el hacerlo significaba grandes problemas para él.

Si bien se había librado de los cargos que habían presentado contra él en la primera vista, sabía que una nueva declaración por parte de Emily podía sacar a la luz su participación en el secuestro y ser acusado por tráfico humano. Por no hablar de Greyson, quién hasta el momento había permanecido callado para proteger su propio pellejo, pero si esa mujer volvía a abrir la boca y cambiaba su declaración añadiendo más leña al fuego, el hijo de puta no dudaría en hablar y embarrarlo también a él.

Los últimos días habían sido un infierno de estrés, siempre mirando por encima del hombro, haciendo llamadas, intentando averiguar sobre el paradero de la chica, pero la falta de resultados se convirtió en una agorera cuenta atrás.

No esperaría más. Tenía los recursos y el dinero necesario para desaparecer, saldría de escena durante algún tiempo y esperaría a ver como se resolvía todo. Si era necesario, se inventaría una nueva identidad en algún otro lugar, lo que fuese con tal de no acabar entre rejas por culpa de un hijo de puta como Greyson.

Tenía que haber supuesto que su asociación con un hombre semejante le traería problemas, pero la idea de incrementar su cuenta bancaria y obtener ciertos beneficios para sus negocios era demasiado tentador como para dejarlo pasar.

Y luego estaba la satisfacción personal de hacer que esa maldita mujer se postrase a sus pies, que aprendiese cuál es el lugar que le correspondía, pero la perra había tenido que llamar en la subasta la atención del árabe desbaratando todos sus planes.

Había tenido intención de pujar por ella, de hecho lo había estado haciendo a través de terceros, pero aquel hombre había elevado el precio hasta límites absurdos y ninguna mujer valía tanto dinero.

Retirarse de la puja lo había enfurecido y lo llevó a cometer un grave error mostrándose enfadado con ella, cuando lo que debería haber hecho era adoptar el papel de su salvador.

Ahora ya nada de eso tenía importancia. Esa mujer se había convertido en la clave de su

destrucción, en la de todos ellos y si nadie lo solucionaba metiéndole una bala en la cabeza, algo poco probable dado el celo con la que la custodiaban ahora, todos ellos acabarían con sus huesos en la cárcel.

Bajó la tapa del maletín y lo cerró, comprobó que no quedaba nada que necesitase sobre la mesa o en la oficina y se dirigió a coger la chaqueta del perchero en la que colgaba cuando llamaron a la puerta.

—Disculpe, señor, pero hay aquí un par de agentes del FBI preguntando por usted —le informó su secretaria con gesto visiblemente preocupado.

Sin dejar traslucir su fastidio por la interrupción, terminó de ponerse la americana.

—Hazles pasar, Nancy —pidió con voz firme, dispuesto a recibir a la indeseada visita y deshacerse de ella lo antes posible.

—Sí, señor.

Escuchó como su empleada intercambiaba un par de palabras con los recién llegados y acto seguido la puerta se abrió por completo, dejando pasar a dos hombres.

—Agentes, me temo que me cogen a punto de salir —los recibió mientras se estiraba los puños y echaba mano del maletín, dejando clara su intención de marcharse—. Tengo un coche esperándome para ir al aeropuerto. Esta noche debo estar en Columbus.

—No le robaremos mucho tiempo, señor Zimmerman —declaró uno de ellos con un marcado acento que captó al momento su atención—. Tenemos una orden…

Apretó los dientes y se maldijo interiormente por no haberse largado antes, pero mantuvo una actitud estoica mientras esperaba a que el agente sacase el maldito papel del interior de su chaqueta.

CAPÍTULO 34

Cassidy seguía pegado al teléfono, poniendo a su jefe al día de los recientes acontecimientos mientras Carson movilizaba ya a sus hombres, los cuales habían ocupado la planta de presidencia de la Zimmerman Tower.

Lester Zimmerman estaba muerto.

Su propia secretaria lo había encontrado sentado en la silla de su escritorio con un tiro en la cabeza después de la visita de unos tipos que se habían identificado como agentes del FBI.

Y todo ello había ocurrido hacía apenas una hora.

Cuando ingresaron al edificio se encontraron a la Policía de Baltimore restringiendo el acceso al inmueble y a uno de sus inspectores tomando nota de las primeras declaraciones en el piso superior.

La secretaria de dirección estaba visiblemente afectada, temblaba como una hoja y repetía una y otra vez que su jefe estaba muerto. Según había declarado, no había escuchado nada, ningún sonido que la alertase de lo que ocurría al otro lado de la puerta.

La mujer les informó de la reciente visita de dos agentes del FBI, cómo se habían identificado y habían pedido hablar con su jefe, el cual estaba a punto de marcharse para el aeropuerto, pues iba a asistir a una conferencia en Columbus.

Según su declaración, Zimmerman los había recibido en su despacho, la puerta se había cerrado tras los recién llegados y estos no habían salido hasta unos cinco minutos después. Todo había sido de lo más normal, los hombres le dedicaron un gesto de despedida y se marcharon tal y como habían venido.

Fue la ausencia de sonidos y el aviso del conductor del coche que llevaría a su jefe al aeropuerto, preguntándole si el señor Zimmerman seguía necesitando ir al aeropuerto, lo que llevó a Nancy Sandino a llamar a la puerta y entrar para a su jefe sentado tras su escritorio, con la cabeza caída hacia atrás y un tiro en la frente.

El hecho de que dos personas cualquiera se hubiesen colado en el edificio haciéndose pasar por agentes del FBI y hubiesen dejado detrás el cadáver del importante empresario era algo que la Agencia Federal de Investigación no podía pasar por alto. No podían permitirse la mala prensa asociada a tal escándalo, así que Carson se había hecho inmediatamente cargo de la investigación, haciendo que la Policía lo dejase todo en manos de los federales.

Él mismo seguía allí tan solo porque estaba a sus órdenes y ambos sabían que aquello no se trataba de un ajuste de cuentas fortuito; sospechaban que esto tenía que ver con el asunto que los había llevado hoy allí para arrestar al que ahora era un fiambre.

—Agente Ortiz —lo llamó alguien. Al girarse vio que se trataba de uno de los miembros de la seguridad privada del edificio, con quienes se había coordinado desde el principio—. Tenemos las imágenes…

Asintió y alzó la voz llamando al federal.

—Carson, ya tenemos las primeras imágenes.

El edificio contaba con un circuito de videovigilancia que monitorizaba las entradas y salidas del edificio, así como algunas zonas sensibles. Habían tenido que tirar de algunos favores

para obtener una orden que les permitiera el visionado de las cámaras de seguridad, pero ahora que lo tenían solo era cuestión de ver las grabaciones e intentar dar con los presuntos responsables del asesinato.

—Que la científica revise todo el escenario con lupa —ordenó el federal, impartiendo un par de órdenes más a alguno de sus hombres para finalmente salir en post de él hacia el pasillo que llevaba directamente a los ascensores—. Quiero saber quiénes son los hijos de puta que se han hecho pasar como federales.

Cassidy se limitó a mirarle de soslayo, captando al momento su inmediata respuesta. No hacían falta las palabras, ambos habían llegado a la misma conclusión y preferían mantenerse en silencio delante de aquellos hombres.

—Tenemos las imágenes de las cámaras de la entrada, así como la del hall que da a los ascensores y esta —señaló uno de los guardias de seguridad, indicando con un gesto una pequeña cámara de vigilancia camuflada por encima de las puertas de los ascensores. El ángulo debía cubrir prácticamente todo el pasillo hasta el puesto de la secretaria de dirección, tras el cual se encontraba la oficina presidencial.

—Veamos si podemos descubrir quienes se han colado y ha perpetrado el crimen —comentó Carson siguiendo a los hombres al interior del ascensor.

Visionaron un par de veces las imágenes, hicieron varios pases y repitieron las secuencias hasta cubrir el mismo recorrido que habían hecho los falsos agentes.

—El arco de seguridad falló a su paso —siseó Carson señalando lo obvio sobre la pantalla del monitor—. Han podido colar una bomba y nadie se habría enterado hasta que esta hubiese saltado por los aires… ¡Joder!

Y sin embargo, cuando ellos habían llegado, el arco había pitado como si no hubiese un mañana, pensó Cassidy, recordando como tuvieron que ir con la identificación por delante para que no los retuviesen innecesariamente.

En las imagen observaron a un par de hombres de estatura media, vestidos de manera bastante formal y que mantuvieron el rostro bajo en todo momento.

—Sabían exactamente dónde estaban las cámaras… —comentó en voz alta.

Siguieron su periplo desde que entraron en el ascensor, hasta que aparecieron en la planta de presidencia. Vieron al fondo de la pantalla el breve intercambio que tuvieron delante del escritorio de la secretaria, como esta desapareció unos segundos y acto seguido los hizo pasar al interior del despacho.

Contaron cuatro minutos por el reloj antes de que las puertas volvieran a abrirse y la pareja saliese, manteniendo de nuevo la cabeza baja para volver a subir al ascensor y, finalmente, abandonar con total parsimonia el edificio.

—¡Maldita sea! —siseó Carson, dando un golpe sobre la mesa.

—Ha podido ser cualquiera. —Cassidy puso en palabras lo que todos habían visto, pues la identificación era prácticamente imposible. Los hombres se habían encargado de mantener un cierto anonimato en todo momento y algo le decía que ni ese pelo, ni su color, ni la barba que parecían lucir, eran reales y sí parte de un disfraz.

—Quiero saber en qué dirección se fueron —declaró en voz alta, volviéndose hacia él—. Quiero las imágenes de las cámaras de bancos, tiendas, tráfico… Lo que sea que pueda darnos una pista del vehículo que cogieron o se marcharon a pie.

—Estamos en ello. —Ya se había adelantado y tenía a su propia gente trabajando en eso —. Tan pronto tengamos algo… lo sabremos.

El federal volvió a mirar los monitores y siseó. Se levantó como un resorte y salió del

pequeño cuarto de vigilancia soltando tacos en el proceso.

Tras agradecer a los guardias su colaboración, salió en post del federal, quién claramente estaba de un humor de perros. Su actitud no hizo más que aumentar sus sospechas, cada vez estaba más convencido de que Leslie Carson se guardaba algo.

—Zimmerman no era lo bastante importante como para que lo ejecutaran —lo escuchó mascullar para sí mientras iba y venía, formando un surco imaginario en el suelo—. Y de querer hacerlo, ¿por qué esperaron hasta ahora? ¿Por qué no sacarlo antes del tablero de juego? ¿Acaso poseía información que no querían que se supiera? ¡Mierda! ¡Joder!

Lo vio mesarse el pelo, entonces dejó caer ambas manos a los lados y respiró profundamente en un intento por dominarse y guardar la compostura.

—Sé que sabes dónde está ella. —Sus palabras fueron apenas un susurro, pero quedó claro a quién iban dirigidas cuando se volvió en su dirección—. Quiero verla.

Cassidy se cruzó de brazos.

—Si supiera de su paradero, que no es el caso, ¿qué le hace pensar que le diría dónde está? —Hizo un gesto con la cabeza refiriéndose al lugar—. Sabe, no me gusta coleccionar cadáveres y esta aventurilla… promete darnos algunos.

El hombre se fue hacia él, cerró los dedos en su americana y lo enfrentó.

—Quiero verla —siseó sosteniéndole la mirada con fiereza—. Si quieres que siga con vida, será mejor que me lleves con ella.

Posó las manos sobre las de él para quitárselo de encima.

—¿Me está amenazando, Carson?

Él lo soltó de golpe, todavía furioso.

—No es una amenaza, Ortiz, es una realidad —declaró con un siseo—. Si quién está detrás de todo esto es quién creo que es… El que esa mujer siga con vida es la única oportunidad que tenemos de ponerle las manos encima a uno de los hijos de puta más grandes que existen en esta era.

Aquello captó su atención.

—¿De qué está hablando? Greyson está en…

Vio como Carson apretaba la mandíbula, siseaba una par de veces más y volvía a lanzarse hacia él, pero esta vez se frenó antes de ponerle la mano encima.

—Greyson solo es un lacayo en todo esto —masculló entre dientes, conteniéndose a duras penas—, un títere cuyos hilos han sido movidos con mucho cuidado por un maestro titiritero acostumbrado a no dejar huellas tras de sí.

Levantó la cabeza y permaneció inmóvil, buscando algo que le dijese que al hombre no se le había ido la cabeza por completo y que su estallido no tenía nada que ver con el hecho de que no pudiese echarle el guante a Emily.

Entonces, como si la respuesta fuese tan obvia que era imposible negarla, le dio voz.

—*El Sultán*.

La expresión de Carson lo dijo todo.

—Sabes quién está detrás de ese apodo.

Y entonces lo entendió. El interés que tenía el FBI en aquel caso, su insistencia en que Emily Dillinger pasase a la custodia de los federales… No se trataba del juicio, ni siquiera de colgarse una medalla a la hora de desmantelar una importante operación de tráfico humano y posible blanqueo de dinero, era algo personal…

—¿Quién es? —preguntó sintiendo que su propia rabia aumentaba, consciente de que lo único que había buscado ese hombre no era la protección de una testigo, sino el utilizarla para

llegar a alguien más—. ¡Quién es!

El hombre miró a su alrededor, como si quiera asegurarse de que nadie podía escucharle, entonces dio un paso hacia él y respondió.

—Su nombre es Melik Al-Kazir. Si él resulta ser el *Sultán* al que la señorita Dillinger hizo referencia en sus declaraciones… —declaró en voz baja, pero lo suficientemente grave como para que acusara su importancia—, entonces ella es la clave para que ese malnacido comparezca al fin ante la justicia por sus crímenes.

Sus palabras eran una declaración de intenciones, una que goteaba verdad en cada sílaba.

—Así que, ¿vas a decirme dónde demonios la tienes escondida o dejamos que quién quiera que esté limpiando sus huellas llegue también a la mujer?

Cassidy le sostuvo la mirada unos segundos más, entonces lo miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Me lo pensaré mientras nos tomamos una copa y me cuentas, con todo lujo de detalles, quién es Melik Al-Kazir y por qué tienes tanto interés en verlo entre rejas —declaró con total sencillez—. Y quiero la verdad, Leslie, no la mierda destinada a los informes.

El hombre asintió sin más.

—Te diré todo lo que sé… —admitió—, tan pronto como terminemos con esto.

Cassidy no tuvo nada que objetar. Podía esperar a escuchar su relato, siempre y cuando este fuese la verdad.

CAPÍTULO 35

Washington County Jail,
Washington.

—Está hecho.

Deslizó el teléfono desde la oreja, lo ocultó en el interior de la mano y dejó que se introdujera de forma disimulada en el bolsillo del pantalón.

Dos palabras. Eso era todo lo que hacía falta para dar por concluido el trabajo, lo único que el tipo que se encontraba al otro lado del teléfono necesitaba saber.

Mientras lo decía, Elías Greyson no pudo evitar preguntarse cuando llegaría su turno, cuando se colaría alguien en esta maldita prisión para cortarle la garganta, clavarle un pincho o sencillamente romperle el cuello.

Este era el riesgo que se corría al hacer tratos con bastardos como aquel, lo que te obligaba a estar alerta incluso mientras dormías o tener un buen guardaespaldas que vigilase tu sueño para evitar que te despertases con la garganta rajada.

Deslizó la mirada por la sala común y supo que allí dentro no había un solo hombre que no fuese a venderle a la primera oportunidad, sobre todo si el dinero que le ofrecían para ello era lo bastante sustancioso.

Tendría que seguir vigilante, recurrir a cada uno de sus contactos en el exterior y esperar que alguno de ellos fuese lo bastante inteligente para conseguir sacarlo de ese lugar lo antes posible.

No se fiaba de la palabra de ese sádico bastardo. Nadie en su sano juicio lo haría, pero exponerle era exponerse a sí mismo y tentar a la Parca en esos momentos no era algo que estuviese en su lista.

No le importaría ver caer a ese hombre, pero delatarlo sería poner una instantánea pistola apuntándole a la cabeza. Por el momento sería mejor mantener la boca cerrada, fingir no conocerle y esperar a ver hacia dónde se inclinaba la balanza.

El juicio era, de todos los males, el único que podía reportarle algo bueno, solo necesitaba que cada uno de los actores que le daban vida hiciesen el papel para el que estaban destinados.

CAPÍTULO 36

«Está hecho».

Una frase breve y concisa, una cuyo significado arrojaba una nueva luz sobre la información que acababa de recibir.

Elías Greyson acababa de convertirse en el brazo ejecutor de alguien más, no había sido él el ordenante, sino el intermediario para llegar a un fin; dar muerte a lo que presuponían era un cabo suelto.

Al final del día las sospechas que tenía su compañero con respecto a este caso no iban tan desencaminadas. Estaban ante una organización o sociedad ilegal en el que la impunidad venía dada por la cantidad de recursos y economía de la que podías disponer, dónde el poder y el dinero decía hasta dónde podías ascender y qué podías obtener a cambio.

Y lo único que habían conseguido hasta el momento era desmantelar uno de los brazos.

La cabeza seguía ahí fuera, oculta en algún lugar, gestionando cada movimiento con precisión milimétrica, moviendo los hilos de esa complida urdimbre hasta que no quedase ni un solo cabo suelto del que las autoridades pudiesen tirar.

Alguien había pecado de exceso de confianza, había sido descuidado en sus actos y el que saliesen a la luz ciertas actividades ilegales y que estas pudiesen comprometer a sus socios más influyentes, era algo que no podían permitirse.

—Sin cuerpo, no hay delito —murmuró para sí.

O lo que era lo mismo, si hacían desaparecer a todos y cada uno de los peones que habían formado parte de ese tablero de ajedrez, nadie podría acusarles de haber iniciado siquiera una partida.

Entrecerró los ojos sobre el hombre que se encontraba al otro lado de la sala de recreo. Por primera vez desde que ingresó en aquel módulo, vio cierta preocupación en su rostro, una inquietud que si bien pronto desapareció bajo su acostumbrada máscara, ponía de manifiesto que no se sentía seguro; nada le aseguraba que no fuese el siguiente.

Recorrió la sala con la mirada y tomó nota de cada uno de los reos que la ocupaban, entonces cruzó una mirada con el guardia que hacía su ronda por el lugar y le indicó con un movimiento de los ojos lo que necesitaba. Solo entonces cerró el libro que había estado leyendo, se levantó de la incómoda silla que ocupaba y cruzó la estancia sin dedicarle una segunda mirada al hombre al que debía vigilar.

Había llegado el momento de abandonar aquella tapadera y recuperar de nuevo su placa y credenciales. No sacaría nada más de aquel juego de espionaje, tenía todo lo que podía necesitar para unir las piezas de ese enrevesado puzle, ahora solo tenía que conseguir que ese hijo de puta durase lo suficiente como para ser juzgado por sus actos delante de un tribunal.

CAPÍTULO 37

Gimnasio Chaser
23 de Belmont Ave,
Brownsville.

Para Emily, utilizar un vestuario comunitario, incluso si las únicas mujeres que había en él en esos momentos eran Sophie y ella misma, seguía suponiendo un enorme escollo a superar. Si antes del secuestro había tenido reservas en cuanto a su físico, ahora, con todas las marcas y cicatrices que marcaban su piel, no lo llevaba mucho mejor.

Había aprendido a aceptar lo que veía en un espejo, a dar gracias porque por encima de todo, seguía viva, se había habituado a utilizar cosméticos para disimular las marcas más visibles, un truco propuesto por su terapeuta para ayudarla a recuperar su autoestima, pero aún no se le daba demasiado bien lidiar con las reacciones de otras personas al ver sus cicatrices.

Así que cuando salió de la ducha envuelta en una enorme toalla y fue al taquillero para ponerse la muda de ropa limpia que traía consigo, se mentalizó para enfrentarse a las típicas e inevitables preguntas que siempre surgían y las miradas incómodas.

—¿Todo bien? —preguntó Sophie, quién se había secado ya con la toalla y lidiaba con la ropa interior. La chica se limitó a echarle un vistazo al verla llegar, pero no hizo gesto alguno que denotara sorpresa o incomodidad—. A veces esas duchas son como el demonio y escupen fuego… Me olvidé de decírtelo, pero como no te oí soltar tacos…

Negó con la cabeza.

—Me gusta el agua caliente —admitió ciñéndose la toalla algo cohibida. Se sentó en el taburete y empezó a secarse—. Para mí estaba bien.

—Estupendo —sonrió la chica poniéndose en pie para sacar ahora una camiseta del taquillero abierto ante ella—. Si necesitas alguna cosa… Cremas, desodorante, maquillaje, labial, tampones… Tengo un neceser bien surtido en la taquilla.

Sacó un bolsito y lo agitó para mostrárselo.

—Una chica nunca sabe cuándo va a necesitar algo de esto —continuó con lo que empezaba a entender que era una naturalidad vivaz en ella.

—Tengo lo que necesito, pero gracias —asintió, agradecida con su gesto.

—No hay problema —le dedicó un guiño, entonces se dedicó a vestirse.

La chica empezó a canturrear por lo bajo mientras se enfundaba a saltitos en unos ajustados jeans, se dedicó a sí misma como si ella no estuviese allí, cosa que agradeció, pues le permitió dedicarse unos minutos a sí misma sin tener que dar explicaciones.

Rebuscó en su bolso hasta encontrar la crema de maquillaje que siempre utilizaba, un mejunje vegetal que le hidrataba la piel al tiempo que disimulaba las marcas más significativas que afeaban su piel. Empezó a aplicársela con pequeños toquecitos, utilizando un pequeño espejo de mano para poder extenderla correctamente y conseguir un aspecto natural.

—¿Quieres que te ayude?

La pregunta la sobresaltó, levantó la cabeza y se quedó paralizada al ver a Sophie pasando la mirada sobre sus cicatrices.

—Creo que tengo un espejo un poco más grande en el neceser, espera.

Su tono y la forma tan despreocupada con la que le habló, así como la ausencia de interés o horror en su rostro, hizo que soltase el aire que no sabía ni que estaba conteniendo.

En un abrir y cerrar de ojos, la rubia apareció con un espejo de mayores dimensiones y lo sujetó, poniéndolo en posición para que pudiese verse mejor y terminar con el maquillaje.

—Mejor, ¿no?

Emily tragó saliva y asintió, fue todo lo que pudo hacer, pues sus manos se habían negado a colaborar, siguiendo en posición estática.

—Muchas personas tenemos cicatrices… —comentó su compañera, bajando ahora un poco el tono de voz—. Algunas son visibles y otras no, pero ambas pueden llegar a ser igual de dolorosas. Solo tú sabes cómo puedes lidiar con ellas, nadie debería opinar al respecto.

Sus palabras aliviaron un poco la tensión que la había atenazado y dejó caer las manos sobre el regazo.

—Me he dado cuenta de que te sientes incómoda ante el contacto, así que, yo sujeto el espejo y tú te maquillas, ¿te parece?

Su observación y el tacto con el que se conducía hicieron que le picasen los ojos, tuvo que parpadear varias veces e incluso limpiarse un par de escurridizas lágrimas antes de asentir con la cabeza y continuar con su cotidiana tarea.

Durante unos minutos se mantuvieron en un cómodo silencio, eso le permitió terminar con la cobertura de la zona superior de sus pechos y garganta, dejando tras de sí la simulación de una piel prácticamente intacta.

—Oye, eres realmente buena.

El inesperado comentario hizo que levantase la mirada y viese a su compañera señalando con un gesto de la mano el maquillaje.

—¿Esa crema sirve para todo tipo de cicatrices?

Su interés pasó de su persona al botecito que tenía en las manos.

Asintió y se lo tendió.

—Cubre imperfecciones y se puede usar también como base de maquillaje, es semipermanente —respondió y para su propia sorpresa, su voz sonó más suave y estable de lo que solía hacerlo cuando estaba nerviosa—. Es hidratante y está hecha a base de plantas.

—¿Puedo? —pidió permiso para probarla.

—Claro. —Se la tendió y la chica no dudó en mojarse los dedos en la crema y, tras levantar la camiseta, aplicársela en una larga cicatriz que tenía en el costado y en la que ni siquiera había reparado—. Extiéndela con las yemas de los dedos… como si masajeases la piel.

En cuestión de segundos, la cicatriz dejó de ser visible ya que su tono de piel era similar al suyo.

—¡Vaya! —se rio—. Me encanta y huele tan bien… ¿Podrías decirme dónde te la compras? Si no es un secreto…

¿Un secreto? Sus palabras la hicieron sonreír.

—La compro online —señaló—. Pero creo que puedes encontrarla también en herboristerías…

—Le sacaré una foto a la etiqueta —mencionó y se puso a buscar el teléfono mientras ella terminaba de vestirse—. A Luna le vendría tan bien… —comentó y antes de que se le ocurriera preguntar quién era esa tal Luna, Sophie lo explicó—. Es una amiga. Tiene una enorme cicatriz a causa de un accidente y siempre anda probando cosas para disimularla…

—Espero que le sirva.

—Seguro que sí —admitió dejándose caer en el banco a su lado—. Si Lucien vuelve a traerte por el *Blackish*, seguramente la conozcas… Tiene el pelo azul.

La mención al nombre del club en el que se habían conocido días atrás la atragantó.

—No, yo no creo que… Eso fue… —No sabía cómo decirlo, no era como si pudiese revelar el motivo de su presencia allí—. Es… complicado de explicar.

La chica sacudió la cabeza haciendo volar el pelo húmedo.

—No te preocupes, como dije en la clase, si quieres hablar, soy buena escuchando —le aseguró inclinándose hacia delante, entonces ladeó la cabeza y la miró—, pero si no quieres, también soy buena con los silencios.

—Gracias.

Negó con la cabeza y señaló la puerta del vestuario.

—¿Nos tomamos ahora ese té? —sugirió poniéndose en pie.

Emily sonrió y lo hizo de verdad. Se sentía a gusto en compañía de Sophie, era como si de algún modo ella fuese capaz de ver a través de sus silencios.

—Hagámoslo.

CAPÍTULO 38

—Deberías tener una nevera con cervezas en la oficina —comentó Lucien dejándose caer sobre una de las sillas próximas al escritorio—. Serviría como bebida reconstituyente para mi ego.

Lucien escuchó a su hermano soltar una carcajada mientras dejaba ante él una lata de cola fría y abría para sí mismo una de isotónico.

—Ejercicio y alcohol —resumió dejándose caer en la butaca detrás del escritorio—. Sí, puedo ver lo bien que iba a funcionar eso…

—Siempre puedes traerlas sin alcohol y solo para los profesores y sus ayudantes —replicó abriendo la lata y dándole un buen trago.

—¿Te refieres a esos ayudantes que no suelen pisar el gimnasio a menos que vengan acompañados de una bonita y curvilínea mujer?

Le enseño el dedo corazón de la mano libre a modo de respuesta, algo que arrancó una nueva risita de su gemelo.

—Solo espero que haya sobrevivido entera a la clase de Sophie —comentó en voz alta.

—A juzgar por lo que me encontré junto a la máquina del café, diría que Sophie ha acogido bajo su ala a un nuevo pajarillo —le informó Dain—. A esa pequeña revoltosa se le da casi tan bien como a ti derribar muros, solo que ella lo hace con más sutileza.

Si bien no era algo que le cogiese por sorpresa, si le aliviaba el hecho de que Emi hubiese permitido a otro ser humano acercarse a ella. Necesitaba volver a conectar con el mundo, retomar la vida que se había interrumpido bruscamente a causa del secuestro o en su defecto, intentar crear una nueva que le permitiese salir de la burbuja de seguridad en la que se había encerrado.

—A *tu* chica le vendrá bien interactuar con otras personas de su mismo género —continuó haciendo hincapié en el posesivo—. No quiero decir que no hayas hecho un buen trabajo con ella hasta el momento. Su lenguaje corporal cambia cuando estás a su alrededor, incluso su expresión se relaja considerablemente… Sigue con la terapia que quiera que estés llevando a cabo, porque funciona.

Enarcó una ceja ante el tono jocoso que detectó en la última frase de su hermano y resopló.

—¿Yo fui tan capullo contigo con respecto a Faith?

—Más —sentenció Dain con tal firmeza que no pudo evitar soltar una risita—. Pero en tu defensa diré que mi profesora no arrastraba los problemas que tiene Emi.

No respondió, no era necesario, pues ambos sabían cuál era la realidad.

—Te conozco, Luc —continuó él—. He visto como la miras, cómo te comportas a su alrededor y dado que no me estás mandando a la mierda y riéndote a carcajadas, deduzco que no te estoy descubriendo nada nuevo.

Dejó escapar un resoplido y negó con la cabeza.

—Me gusta más de lo que debería —admitió en voz alta—. Y no me refiero solo al plano sexual… Tengo la necesidad primaria de protegerla, de procurarle consuelo… Me gustaría poder acercarme a ella sin verla encogerse de miedo, tocarla sin que tiemble como una hoja… Y quiero matar al hijo de puta que ha hecho que su vida ahora sea esa.

—Ese es un sentimiento que conozco realmente bien —admitió Dain y sabía que lo hacía. Su hermano tenía que lidiar casi cada día con él al tratar con las víctimas de violencia a las que

respaldaba.

—Emi tiene una visión distorsionada de sí misma —continuó retratando lo que él había percibido de ella en el tiempo en que llevaba bajo su techo—. Siente y cree que le falta coraje, que no luchó lo suficiente. Y sus cicatrices… Dios, Dain, es un milagro que siga viva. Esa pequeña ha tenido que luchar como una maldita guerrera para poder sobrevivir a ese infierno. Quiero matarlo. Quiero apretarle la garganta con mis propias manos para que sienta lo que ella ha debido sentir… ¡Voy a encontrar a ese hijo de puta y matarlo!

Sabía que había gritado esas últimas palabras, pero era lo que deseaba. Ese monstruo merecía la muerte, una realmente lenta en la que sintiese cada una de las torturas con las que él había obsequiado a su mujer.

—¿Y de qué le serviría eso a ella? —Como siempre, su hermano se convirtió en la voz de la razón—. ¿Crees que el que tú te manches las manos hará que todo desaparezca? Emily necesita aprender a pactar con lo que le ha pasado, saber que puede seguir adelante, que es lo bastante fuerte como para superarlo. ¿Quieres hacer algo por ella? Ayúdala a seguir adelante, enséñale que no es menos mujer por tener unas cuantas cicatrices…

—Sus cicatrices me importan una mierda —bufó—. Es un bomboncito…

—Sí, bueno, tú lo sabes, incluso yo lo sé… pero por previas experiencias con víctimas de violencia puedo asegurarte que ella no se verá así —aseguró con un profundo suspiro—. Necesitas reforzar su autoestima, que vea las cosas como tú las veces… —acabó chasqueando y recordándole—. Joder, Luc, lo has hecho con cada sumisa que te ha caído en el regazo, ella solo necesita unos cuidados más… específicos y paciencia.

—Emi no es una sumisa…

—¿Dirías que Faith sí lo es? —preguntó Dain sin vacilar—. Mi mujer insiste en que no y sin embargo se somete a mí de la manera más deliciosa que existe y lo hace porque es un rol del que ambos disfrutamos. Estoy acostumbrado a otro tipo de relaciones, lo sabes, pero conocerla y enamorarme como un loco de ella me ha obligado a amoldarme… Y créeme, no cambiaría nada de lo que tengo ahora mismo con esa mujer.

Y aquella tenía que ser la confesión más personal que su hermano le habría hecho desde que descubrió que era dominante por naturaleza y quería explorar ese mundo, pensó Lucien.

—Ahora mismo, Emi solo te tiene a ti —continuó él sin darle opción a réplica—. Mantente cerca de ella y sigue haciendo lo que quiera que hayas hecho porque funciona.

Asintió y levantó la lata de cola que todavía tenía en la mano.

—Gracias por los consejos, Dr. Ratcliffe.

Dain hizo una mueca al escuchar el título que ostentaba el padre de ambos y sacudió la cabeza.

—Si quieres que te eche cianuro en la bebida, vuelve a llamarme así.

Lucien se echó a reír, alzó la bebida y se la terminó de un par de tragos.

—No, gracias —apretó la lata, estrujándola para luego encestarla en la papelera destinada al reciclaje—. Me gustaría seguir vivo unos cuantos años más…

Sacudió la cabeza y abrió la boca para decir algo cuando su móvil empezó a sonar.

Lo rescató del bolsillo del pantalón y frunció el ceño al ver el nombre en la pantalla.

—Es Cassidy —informó al tiempo que dejaba el teléfono sobre la mesa, activaba el manos libres e iba directo al grano—. Cass. Dame buenas noticias. ¿Habéis arrestado a ese hijo de puta de Zimmerman?

Hubo un resoplido al otro lado de la línea que no supo cómo interpretar.

—Esa era nuestra intención, pero… —Su amigo hizo una pausa antes de soltarle—.

Alguien se nos adelantó. Lester Zimmerman está muerto.

De todas las posibles respuestas que esperaba escuchar de la boca del agente de la *ICE*, esa no era una de ellas.

—¿Es una broma?

—Ojalá lo fuera —escuchó resoplar al hombre antes de continuar—. Le han metido un tiro en la cabeza.

—Joder… —siseó Dain.

—¿Quién coño ha podido…? —Las palabras se fueron diluyendo a medida que la respuesta cobraba forma por sí sola—. Greyson.

—Es probable que las cosas sean… un poco más complicadas de lo que pensamos en un principio —declaró Cassidy—. Carson acaba de… desvelar cierta información con la que no contábamos…

Entrecerró los ojos al escuchar el nombre del agente del FBI que traía a su amigo de cabeza.

—Luc —continuó—. Es posible que tengamos la identidad de ese al que llaman *El Sultán*…

Aquello hizo que se tensara y la rabia que bullía en su interior empezase a bombearse a través de sus venas.

—¿Quién es?

Solo necesitaba un nombre.

—Carson tiene un posible sospechoso, alguien tras el que llevan años y si resulta ser él, las cosas podrían ponerse mucho más turbias de lo que ya están —le advirtió.

—Su nombre, Cassidy, su maldito nombre.

Su amigo le conocía bien y sabía que su insistencia solo podía responder a una cosa, así que precavido como era, no respondió.

—No vas a ir tras él.

—Maldita sea, Cass, déjate de gilipolleces, quiero saber quién coño es ese hijo de puta.

—Y yo que permanezcas junto a Emily —sentenció él—. Creemos que ese bastardo está buscando silenciar a todas y cada una de las personas que pudiesen identificarlo y relacionarlo con el *Caso Evory*… Y ella podría ser su principal objetivo.

Apretó con fuerza los puños y luchó por no darle un puñetazo a la mesa.

—¿Ahora confías en el federal? —preguntó, sabiendo que tenía que haber un buen motivo para que su amigo hablase sobre él.

—No es santo de mi devoción, pero ahora sé por qué tiene tanto interés en este caso —admitió con un resoplido—. Quiere ver a Emily.

Lucien no pudo evitar soltar una sarcástica carcajada antes de replicar con un:

—Ni hablar.

—Ese fue mi primer pensamiento —le informó Cassidy con cierta ironía—, hasta que expuso los motivos por los que quiere verla. —Dejó escapar un resoplido y añadió—. Le he concedido un encuentro bajo mi supervisión y según mis términos.

Gruñó, odiaba la burocracia de los agentes de las agencias gubernamentales.

—Necesitamos tener algo con lo que capturar a ese bastardo, Lucien.

—Dame su nombre y me encargaré de buscarlo —siseó en respuesta.

—No dudo de tus capacidades, *hermano*, pero tengo las manos atadas en estos momentos —admitió con un resoplido—. Así que échame un cable, te garantizo que todos queremos lo mismo.

Cruzó la mesa con la mirada y enarcó una ceja pidiendo opinión a Dain, quién se había mantenido en silencio. Este asintió lentamente y pronunció un único nombre.

—El viernes a las diez en el *Blackish* —sentenció poniendo fecha y hora—. Que lo tome o lo deje. Y yo estaré presente en esa reunión.

—Como si pudiese sacarte… —creyó detectar cierta diversión en su voz—. Lo tomará. Si quiere tener esa reunión, no le quedará más remedio.

Hubo una pausa, entonces su amigo añadió.

—Comunícale lo de Zimmerman —pidió Cassidy con voz algo más profunda—. Dile que uno de sus fantasmas ya está bajo tierra.

Asintió con la cabeza a pesar de que él no podía verle.

—Lo haré —respondió y acto seguido escuchó el pitido de la línea al cortarse. Cassidy había colgado—. Me la llevaré a casa.

Dain, quién había estado en silencio hasta ahora, asintió.

—Llamaré a Damien y le pondré al corriente —se ofreció—. Si necesitas alguna cosa… Ya sabes dónde encontrarme.

Asintió, respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—¿Alguna vez se hace más fácil?

Su hermano sonrió de soslayo.

—Solo cuando estoy con ella —respondió haciendo alusión a su propia mujer—. *Que la fuerza te acompañe*, Luc.

No pudo más que poner los ojos en blanco.

—Más vale que lo haga, *Obi-wan.*

CAPÍTULO 39

Brownsville,
Nueva York.

Muerto. Lester Zimmerman estaba muerto.

La noticia debería de aportarle algún tipo de emoción. Alivio, triunfo, paz… pero sentía absolutamente nada.

Emily levantó la cabeza y se encontró de nuevo con esos inquisitivos ojos azules. Intuía que Lucien buscaba algún tipo de respuesta a la bomba que acaba de dejar caer sobre ella, pero ya fuese porque se le había frito el cerebro o que la noticia no acababa de ser procesada del todo, era incapaz de dársela a él o a sí misma.

—Muerto —repitió por enésima vez, al menos—. Está… muerto.

Parecía que si lo decía en voz alta aquello se haría más real, que todo lo que aquel malnacido le había hecho se desvanecería como por arte de magia, pero no era así. Ese hombre era el culpable de todo. Desde el momento en que había aparecido en su vida, todo, absolutamente todo, se había ido a la mierda y no existía forma de volver hacia atrás y cambiarlo o impedir que sucediese.

Quería que pagase por cada uno de sus pecados, por el daño que le había hecho, quería ver cómo caía todo el peso de la ley sobre él y así poder plantarse delante y decirle *«esto es lo que se merece alguien como tú»*, pero una bala en la cabeza le había arrebatado esa posibilidad.

Lucien le había informado de que alguien se coló en el edificio de oficinas haciéndose pasar por agentes del *FBI* y que, presumiblemente, fueron los que le pegaron un tiro; un ajuste de cuentas.

Su guardaespaldas había puesto sobre la mesa sus cartas y les había dado la vuelta.

Alguien estaba deshaciéndose de los implicados en el *Caso Evory*, estaba borrando sus huellas para que no pudiesen señalarle o relacionarle con lo que allí había ocurrido y todo parecía apuntar a una persona, alguien que creían podía estar incluso por encima de Greyson; el Sultán.

Un escalofrío le bajó por la columna al pensar en ese hombre. El hecho de que pudiese tratarse de él le ponía la carne de gallina y hacía que el corazón amenazase con detenerse.

—Emi.

La mano que se posó sobre su rodilla la sobresaltó, parpadeó varias veces y asintió lentamente.

—Esto no es lo que yo… —negó con la cabeza—. No… no esperaba recibir este tipo de noticias.

Tenía la secreta esperanza de que le dijesen que había sido arrestado, que estaba dónde merecía, entre rejas, pero… ¿muerto? Aún si había deseado eso mismo cientos de veces en los días en los que estuvo cautiva, aun cuando lo odiaba con todo su ser, sentía que le habían arrebatado la posibilidad de… ¿vengarse?

Sacudió la cabeza. No. Ella no era una persona vengativa, no buscaba venganza, solo justicia y sin embargo, esta le había sido arrebatada de algún modo en el caso de ese hijo de puta.

—Quería verlo entre rejas… —admitió en voz alta—. Quería poder… mirarle a la cara cuando lo juzgaran y lo declarasen culpable. Quería que sufriera y sin embargo… se ha ido.

Dejó escapar un profundo suspiro y sacudió la cabeza una vez más.

—Me he convertido en un monstruo, ¿no es así? —levantó el rostro para mirarle—. Ellos me han convertido en un monstruo por desear pagarles con la misma moneda.

Lo vio negar con la cabeza.

—No. Eso solo te hace humana —respondió con sencillez—. Te han herido, te han arrancado aquello que solo te pertenecía a ti; tu voluntad, tus decisiones… Me preocuparía mucho más el que no deseases arrancarles la cabeza, romperles el cuello o querer ver cómo comparecen ante la justicia, eso sí que me preocuparía.

—Quiero que paguen por lo que han hecho —afirmó con absoluta seguridad.

—Lo sé —admitió llevando los nudillos sobre su mejilla en una suave y tranquilizadora caricia.

Cerró los ojos ante el contacto. Era un acto reflejo, pero en vez de encogerse se encontró ladeando el rostro en busca de ese consuelo que le era tan ajeno.

Tan pronto como llegaron, sus dedos se retiraron poniendo de nuevo distancia entre ellos, una que se encontraba deseando acortar.

—Cassidy tenía también noticias sobre *él*. —Sus palabras se volvieron más frías, aunque seguía manteniendo la misma cautela y vigilancia sobre ella, siempre pendiente de sus reacciones —. O más bien, quién tiene noticias es el agente Carson, del *FBI*.

La manera en que utilizó el pronombre personal hizo que se tensara; sabía bien a quién se estaba refiriendo.

—¿Qué noticias? —No pudo evitar que le temblase la voz.

Lucien hizo una pausa, su expresión cambió y durante un instante pareció bastante cabreado con lo que quiera que tuviese que decir.

—El capullo del *FBI* parece saber quién está detrás de ese *Sultán* —siseó, mientras ella se quedaba impactada por su afirmación—. Cassidy se ha negado a darme un jodido nombre… Carson quiere reunirse contigo…

—No. No más reuniones. —Se negó en redondo. Si ese monstruo seguía ahí fuera y, tal y como había mencionado su guardaespaldas, estaba eliminando todos los cabos sueltos del *Caso Evory*, antes o después iría a por ella. No podía volver a enfrentarse a eso ni a él—. Ya les dije que declararía, que me presentaría al juicio… ¿Qué más quieren?

Esas fuertes manos cayeron sobre las suyas, impidiendo que siguiese estrujándoselas, algo que había estado haciendo de manera automática.

—No estoy al tanto de los detalles, pero si Carson conoce realmente la identidad de ese bastardo, si sabe cómo llegar a él, te juro que no disfrutará durante más tiempo de la luz del sol —declaró con una frialdad que le provocó escalofríos—. Ese hijo de puta responderá por sus crímenes, Emi, por todos y cada uno de ellos.

Quería creerle, quería aferrarse a esas palabras, a la implacable seguridad que emanaba de ellas, pero había escuchado demasiadas promesas vacías en su vida como para arriesgarse de nuevo. El miedo seguía presente y mucho temía que jamás se iría del todo. Por más que luchase, por más que hiciese terapia, por más que quisiera algo… el temor a perder y caer de nuevo en el abismo estaba ahí.

—Si ese agente sabe quién está detrás de la identidad de ese monstruo, ¿por qué no van a por él? ¿Por qué no lo arrestan? —Su voz sonó ansiosa—. ¿Qué quiere de mí? Os he dicho todo lo que sé, todo lo que recuerdo… No quiero… ¡No puedo volver allí!

Se libró de sus manos, saltó del sofá y se puso a pasear nerviosa de un lado a otro del salón.

No, no podía volver a resucitar esos pensamientos, no podía arriesgarse a romperse ahora en mil pedazos. Le había llevado demasiado tiempo recomponerse después del primer juicio, pactar con las pesadillas que la asediaban incluso de día, si tenía que volver a pasar por aquello delante de un juez o un jurado, solo podría hacerlo una vez…

Esperaba que la fecha del juicio se mantuviese y no la retrasaran. La espera y esta horrible incertidumbre pesaban demasiado.

—Todavía no lo sé, pero lo descubriré —respondió a sus preguntas al tiempo que se interponía en su deambular, obligándola a frenar de golpe—. Sé que quieres que todo esto termine lo antes posible, pero para que eso suceda, tienes que colaborar con nosotros.

—Y qué es lo que he estado haciendo hasta ahora si no eso, ¿eh? —protestó abiertamente —. He hecho todo lo que me habéis indicado…

—Sé lo que te estoy pidiendo, Emi.

—No, no lo sabes, Lucien —negó con brusquedad, clavando el dedo en el pecho masculino—. No tienes la menor idea… ¡Ninguno la tenéis, maldita sea!

—No soy tu enemigo, pequeña.

—¿Y qué eres? —bajó los brazos frustrada—. ¿Qué eres, Lucien?

Él se la quedó mirando en silencio, examinando su rostro como tantas otras veces, pero hoy había una intensidad que le provocaba escalofríos que nada tenían que ver con el miedo.

—Lo que necesites que sea, Emi, en cualquier lugar y en cualquier momento, seré lo que necesites que sea.

—¿Y si no sé lo qué es?

Estiró el brazo y le acunó un lado del rostro con la palma en una delicada y tierna caricia.

—Te ayudaré a descubrirlo… si me dejas —declaró acercándose poco a poco a ella hasta que solo el aire podía pasar entre ellos—. ¿Qué me dices, Emily Dillinger? ¿Me dejarás intentarlo al menos?

Sabía muy bien que sus palabras nada tenían que ver con lo que habían estado hablando, la corriente que corría entre ellos en esos momentos estaba lejos de tener que ver con todo el asunto de su protección y custodia.

—¿Esta es tu forma de pedir permiso para besarme? —musitó.

Él sonrió, le acarició la mejilla con el pulgar y se inclinó muy despacio sobre su boca.

—Es mi manera de pedirte que me dejes cuidar de ti —admitió en un susurró, mirando sus labios y sus ojos alternativamente—. ¿Puedo?

Asintió casi con vergüenza.

—Déjame escucharlo en voz alta, Emi.

—Por favor, hazlo.

—Siempre —asintió él también antes de bajar sobre su boca y besarla con una suavidad que la derritió por dentro.

CAPÍTULO 40

Adoraba esa boca.

Le gustaba la forma en la que sus labios se curvaban cuando pensaba, cuando su rostro se llenaba con una expresión de desconcierto e incluso cuando era de recelo. Había saboreado en contadas ocasiones, pero en su mente había ideado ya todo tipo de maneras en las que reclamaría esa renuente y bonita sonrisa.

Besarla era uno de los placeres más asombrosos de su vida, uno para el que siempre tendría tiempo y al que pensaba hacerla adicta.

Emi era reservada, poseía una timidez adorable, pero debajo de esa primera capa, cuando se permitía asomar la cabeza y desprenderse un poco de la cautela, asomaba también una mujer con anhelos, hambrienta de contacto y afecto.

Esa dualidad aparecía también en sus besos. La timidez, el tanteo, la contención y por fin ese pequeño suspiro con el que su cuerpo se relajaba y su lengua se entrelazaba con la suya en busca de una íntima caricia.

—Me estoy haciendo adicto a tu boca.

—¿Eso es malo?

—No desde mi lado. —Lucien sonrió al escuchar el tono de preocupación en su voz—. Adoro besarte.

Una suave sonrisa tiró de sus labios y volvió a sucumbir a ellos. Resbaló los dedos hasta hundirlos en su pelo y rodearle la cabeza, acercándola más a él, reduciendo durante un par de latidos de corazón el espacio que todavía quedaba entre ambos.

Notó la instantánea rigidez en su cuerpo, pero esta duró lo que le llevó a sus dedos empezar a masajearle el cuero cabelludo y enlazar los de su mano libre con una de las de ella. Llevó los dedos de ambos sobre su propio pecho, apoyando su mano sobre él, todo ello sin dejar de besarla.

Su curvilínea mujer, pues ya la consideraba suya, se relajó poco a poco, sus músculos se aflojaron y recibió el valioso regalo de sentir como se aflojaba contra él. Pegó esos dulces pechos a su torso, las caderas a sus muslos y para su buena suerte, no se apartó de golpe cuando su sexo se endureció aún más bajo su contacto.

Rompió el beso para darle un respiro. No quería avasallarla, ella necesitaba saber que tenía el control de la situación, que cada una de las decisiones que tomara serían suyas y no anularía su voz.

—¿Sigues queriendo esto? —preguntó con voz ronca, deslizando los dedos entre su pelo en dirección a su espalda, descendiendo por esta hasta su cintura dónde en la cual se detuvo.

Esos ojos castaños se abrieron poco a poco, cómo si despertase de un sueño. La manera en que lo miró le encogió las entrañas y tuvo que contenerse para no mandar todo a la mierda y arrastrarla de nuevo hacia él. En ellos vio cierta cautela y miedo, la incertidumbre de quién no se cree merecedor de este tipo de atenciones y finalmente la conformidad que trae consigo el desapego.

—¿Lo quieres tú? —replicó ella. La voz le tembló, la garganta le falló y ese falsete le arrancó un sonrojo de vergüenza.

La mano que tenía a su espalda, posada en la circunferencia de su cintura, la ciñó más contra él y los dedos que todavía sujetaban la suya contra el pecho la apretaron ligeramente.

—Solo para que conste en acta, cariño, te enumeraré exactamente qué es lo que yo quiero —le informó con la ronquera que le otorgaba el deseo a su voz—. Besar esta boca una y otra vez, mordisquearte los labios y lamerlos después. Deslizar mi lengua sobre cada centímetro de tu piel, perfilando cada hueco, cada curva y hundirla dónde me dejes… así tenga que ingeniármelas para convencerte de que me dejes hacerlo. Quiero… Y una mierda. *Muero* sería la palabra correcta… por enterrarme justo aquí… —Ilustró sus palabras restregándose contra ella y bajando hasta encajar su sexo entre la uve de sus muslos durante un segundo—. Profundo, tanto como se pueda, con estas largas y deliciosas piernas ciñéndose a mi alrededor. Quiero ver cómo tiemblas debajo de mí, de lado, encima… me da igual la postura, escuchar tus jadeos, porque jadearás… y con un poco de suerte, es posible que incluso pronuncies mi nombre… Porque lo harás, ¿a que sí?

Esa preciosa carita se había ganado color y sus ojos reflejaban ahora una mezcla de azoramiento y deseo que le resultaba de lo más sexy.

—Y por encima de todo, Emi, quiero que tú también desees que te haga cada una de esas cosas —sentenció sin dejar de mirarla a los ojos—. Así que, te lo repito. Después de mi detallada lista de lo que quiero hacerte, ¿sigues queriendo esto?

Esos labios se movieron como si quisieran dar una respuesta, pero su garganta parecía incapaz de colaborar. Las mejillas cobraron un rojo intenso, pero antes de que pudiese hacer cualquier comentario para aligerar el momento, esos suaves y dulces labios buscaron su boca. Emi lo besó por iniciativa propia, la punta de su lengua rozó la suya y se bebió su suspiro en el momento en que le respondió, aceptando de esa manera su tácita respuesta.

Sus manos, hasta el momento quietas, subieron por su pecho y descansaron allí. Lucien sabía lo mucho que le costaba a la chica confiar y más aún decidirse por el contacto físico, así que esa concesión era un paso de gigante para ella.

Gimió en su boca, agradecido por su confianza y deseando poder retribuírsela en cada caricia, en cada mimo que pensaba prodigarle. Succionó su lengua y se perdió durante unos gloriosos instantes en su boca, degustándola, bebiendo de ella como un hombre sediento.

Le mordisqueó los labios, le besó la punta de la nariz y se permitió recorrer su rostro con suavidad. Tocó con la lengua ese punto detrás de la oreja con el que le arrancó una pequeña risita, la deslizó haciéndola jadear y le mordió el lóbulo, deteniéndose ahí unos segundos antes de cambiar el rumbo hacia su cuello.

La tensión en su cuerpo fue inminente, el rechazo instantáneo, así que se detuvo y se limitó a abrazarla, acariciándole con suavidad la espalda.

—Soy yo, Emi —le susurró al oído—. Nadie más que yo tiene permiso para acariciarte, para besarte y degustar esta piel de vainilla.

Sus palabras tardaron en hacer efecto, pero no tenía prisa, si tenía que esperar empalmado una maldita hora hasta que ella se relajara, lo haría; solo esperaba que su polla y sus pelotas aguantasen el tirón.

—Voy a besarte justo aquí. —Señaló un punto con el dedo y a continuación lo besó, provocándole un escalofrío—. Y ahora aquí. —Repitió el proceso—. Y creo que me detendré un momentito aquí… —Hizo un alto en el punto en que la línea de su cuello se desviaba hacia el hombro y lo pellizcó con los dientes arrancándole un nuevo sobresalto—. Sí, deliciosa. ¿Repetimos?

Volvió a realizar el mismo juego, cambiando de dirección y, con el paso de los minutos,

notó como no solo se había ido relajando, sino que incluso empezaba a tragar.

—Creo que vamos bien de momento, ¿eh?

Una sonrisa, esos labios se curvaron en una sonrisa y el leve asentimiento que lo acompañó lo sacudió de nuevo.

¿Cómo podía alguien ser tan tímida y sensual al mismo tiempo? ¿Cómo podía ponerle tanto una mujer como ella?

Tenía que admitir que si bien no le importaba entrenar a sumisas inexpertas, prefería con mucho mujeres que sabían lo que querían, que se movían en el mismo círculo alternativo que él, pero con esta mujer sus preferencias se iban al garete.

Emi no formaba parte de su comunidad, con toda probabilidad ni siquiera la entendería y podría incluso llegar a conclusiones erróneas, pero había algo en ella que lo atraía como un imán.

Sí. A la luz de lo que estaba viendo, esta deliciosa mujercita poseía una naturaleza sumisa en el terreno íntimo, prefería ser guiada, conducida, que imponer sus necesidades, pero para llegar a esta Emi había tenido que escarbar. Se había tenido que ganar su confianza, una que no le entregaba a todo el mundo.

—En voz alta, por favor —pidió acariciándole los labios con un dedo—. Tienes una voz de lo más sexy…

—Menudo embustero —replicó ella en voz alta, tal y como le había pedido.

—¿Me acabas de llamar mentiroso? —fingió absoluta sorpresa—. ¿A mí? ¿El *Dios Supremo de la Sinceridad y el Buen Gusto*?

—Sí —contestó sonriendo—. Deberías añadir… *Y con un Ego del tamaño de Australia.*

—Te voy a enseñar yo a ti que tengo exactamente del tamaño de Australia.

Sus dedos cayeron directamente sobre sus cosquillas y ella se encogió entre risitas, retorciéndose para escapar de él.

—Para… Lucien… ay dios… para… —intentaba alejar sus manos sin éxito—. Tú ganas… ¡Tú ganas! Eres el *Dios Supremo de la Sinceridad y el Buen Gusto*.

—Y sí, tienes una voz de lo más sexy —apuntó sujetándola para evitar que acabase cayendo sobre el sofá. En su juego, habían terminado casi enroscados y muy cerca de caer sobre el mueble—. Puede que tú no lo veas así, pero hace que suenes de lo más sensual…

—Gracias.

—Mi dulce y apetitosa Emi —dijo bajando la mirada sobre su cuerpo—. Tienes demasiada ropa puesta… Y aunque me encanta el culo que te hacen esos jeans, me gustaría mucho más verte sin ellos. Y sin ese suéter y sin… Qué demonios, quiero verte sin nada.

Sus palabras hicieron que algo cambiase en su rostro, fue tan sutil que a punto estuvo de pasarle por alto.

—Debería advertirte que no… —Hizo una pausa, respiró profundamente y continuó con más confianza—. Me han quedado cicatrices… Algunas se han ido con el tiempo, se han aclarado, pero otras… las que no están ocultas…

—Nadie atraviesa el infierno y sale con vida sin traer consigo las marcas que lo acreditan como un valiente guerrero —sentenció.

—Lucien, no son…

—Te vi en la bañera —confesó con absoluta sinceridad—. Sé lo que esconde el maquillaje, al menos aquí delante —posó un dedo en el cuello del suéter y tiró de la prenda hacia abajo—, y eso no te hace menos atractiva a mis ojos, ni disminuye las ganas que tengo de follarte.

Entonces, sin previo aviso, dio un paso atrás y se deshizo al momento de la chaqueta, la

lanzó a un lado del sofá e hizo lo mismo con la camiseta, quedándose desnudo de la cintura para arriba.

—Sé que no es lo mismo, pero soy un tipo orgulloso, así que nada de comparaciones, ¿eh? —le advirtió con ese tonillo que sabía lo convertía en un capullo pomposo. Acto seguido empezó a enumerar y señalar cada una de las viejas cicatrices que llevaba encima—. Esta fue de mi primera captura… —Señaló una línea blanca en el antebrazo—. El tipo era un gilipollas, ¿te puedes creer que me atacó con una navaja suiza? Y va el muy imbécil y acierta a cortar… —Pasó a señalar otra cicatriz un poco más visible en un costado—. Esta es un recuerdo de una de mis colaboraciones con la Policía, me dispararon —continuó con el recorrido y le dio la espalda, señalando con el pulgar encima de su omóplato, dónde tenía una fea cicatriz y justo debajo un tatuaje tribal—. Esa fue un regalo de una mujer… No quieras saber con qué me atacó la hija de puta… —volvió a darse la vuelta, se llevó las manos a la cintura de los pantalones, se los desabrochó y bajó ligeramente la tela y la ropa interior hasta mostrarle una cicatriz en la ingle—. Apendicitis. La más jodida de todas. Así que, como ves, no eres la única con cicatrices, cariño.

Podía decirse que Emi había pasado de ser estar azorada a totalmente descolocada, su rostro se había quedado clavado a la altura de su ingle, algo que hizo tremendamente feliz a su polla, la cual apretaba contra sus pantalones en una clarísima erección.

—Emi… —canturreó—. Vista arriba, amor, a menos que quieras saltarte el resto de la clase…

La forma en la que levantó la cabeza y deslizó la mirada castaña sobre su cuerpo fue como añadir combustible a su excitación. Esa pequeña lengua rosada emergió de entre sus labios, mojándose el inferior antes de volver a desaparecer.

—Y tienes un *piercing*… —murmuró con ese tono sensual que lo ponía a cien.

—Esto fue voluntario —aceptó moviendo el aro dorado que tenía en el pezón con un golpe del dedo—. La culpa la tuvo una borrachera… Algún día te lo explicaré y te diré quién se hizo uno a juego, pero ahora… —Avanzó hacia ella, enganchó un dedo en el cuello del suéter y tiró de él para atraerla más cerca—. ¿Te lo quitas para mí?

Se mordió el labio inferior y no sabría decir si lo hizo por recelo o coqueteo, pero fue sexy, tanto o más que verla arrancarse esa prenda del cuerpo.

—Y la camiseta, por favor… —ronroneó sin dejar de mirarla.

Esta vez vaciló, pero su valiente mujercita cogió el bajo de la prenda y se la quitó también, quedándose solo con el sujetador.

Lucien admiró a la hembra que tenía delante, no solo por lo bonita que era o por lo mucho que lo excitaba, sino por el valor que demostraba al combatir sus demonios.

Oh, tenía miedo, podía verlo en el temblor que dominaba sus manos, en los esporádicos escalofríos y en sus ojos, sobre todo en sus ojos, pero no estaba dispuesta a dejarse dominar por él y eso la hacía magnífica a su mirada.

—Un bombón —suspiró como si lo hubiesen dejado delante de una tienda de chucherías y ella fuese el premio gordo—. Y pensar que todo esto lo escondes…

En un momento la estaba admirando y al siguiente tenía las manos sobre ella, acariciándole el rostro, besándole los labios, resbalando los dedos hacia sus pechos, atrayéndola tan cerca de él que pronto estuvieron piel con piel.

—¿Sigues queriendo esto? —la pregunta escapó entre sus labios apenas rompió el beso, mirándola a los ojos, leyendo en su rostro la respuesta incluso antes de que ella la pusiera en palabras.

—Lo quiero todo.

Sonrió y la besó, aquello era lo único que necesitaba escuchar.
—Bien, porque yo te quiero en mi cama —admitió sin rodeos—. Y solo es el comienzo.

CAPÍTULO 41

Decadente. Si había una palabra que podía describir a ese hombre, era decadente.

No se trataba solo de que físicamente estuviese para mojar pan, sino que su actitud, ese desparpajo y falta de vergüenza, el que se mostrara tal cual era estaba convirtiendo este momento íntimo en una continua montaña rusa de sensaciones y emociones a las que apenas podía dedicarles tiempo.

Lucien se preocupaba de que estuviese cómoda en todo momento, le permitía decidir… Dejaba que fuese ella. Y Emi no recordaba la última vez que se había sentido de esa manera, en la que todo era normal.

Ese hombre la excitaba como ningún otro. Sus besos la embriagaban, sus palabras la hacían sentir hermosa, confiada y esas tonterías que hacía para hacerla reír, para disipar sus miedos eran… una adorable locura.

Por supuesto que quería aquello. Lo quería todo y lo quería con él.

Escuchar de su boca lo que deseaba, lo que buscaba en ella la había dejado mojada y temblorosa, se le habían endurecido los pezones y su sexo latía de necesidad.

¿Cuándo había sido la última vez que se había excitado de esa manera? ¿Que había deseado tener relaciones y acostarse con alguien?

No desde antes del secuestro, antes de… de todo aquel infierno.

Sabía que tenía que sentirse afortunada por no haber sido violada, pero si bien su cuerpo no había sido profanado de esa manera, sí la habían violado de muchas otras formas y ese tipo de agresión era igual o incluso más brutal para ella.

Habían hecho que sintiese repulsión de sí misma, que el solo hecho de sentir el contacto sobre su piel le produjese arcadas. Una caricia, un roce y su mente volvía a aquella habitación, a los golpes del látigo, al olor a orín y sangre, al de sus propios vómitos.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a desterrarlos de su mente.

—¿Emi?

Su voz, unida a la sensación de esos brazos a su alrededor la devolvieron al presente.

—Todo —respondió levantando el rostro para encontrarse con esos ojos azules oscurecidos por el deseo—. Y tu cama me parece una… buena opción.

Los dedos masculinos volvieron a rozarle la mejilla y no pudo evitar inclinarse hacia ellos, disfrutando de la caricia.

—Supuse que te lo parecería —sonrió y esa sonrisa era arrebatadora y la ponía a cien.

Dejó que la cogiese de la mano y la arrastrase hacia el dormitorio que hasta ese momento solo había cruzado para usar su baño. Apenas recordaba el mobiliario que había o dónde estaba cada cosa, solo que olía como él y que su cama dominaba una buena parte de este.

La puerta estaba abierta, Lucien entró de espaldas y tiró de ella con suavidad, acercándola de nuevo a ese desnudo torso que se moría por volver a tocar.

Su piel era suave, áspera únicamente en la zona en la que destacaba alguna cicatriz o estaba salpicada de un suave vello castaño, poseía unos músculos bien definidos y que convertían ese pecho y abdomen en el campo de juegos perfecto. Ahora entendía cuál era el resultado de darle puñetazos al saco o formar parte de las clases que daba en el gimnasio y tenía que decir que en él marcaban la diferencia.

El piercing en el pezón era algo muy de Lucien, en cierto modo encajaba con él y debía admitir que tenía curiosidad por esa historia de la borrachera.

—Espero que te guste lo que ves.

El ronroneo masculino y esa petulancia que a veces añadía a su voz hizo que levantase la cara y se encontrase con la risa bailando en sus ojos.

Se sonrojó al momento, acababa de ser pillada comiéndose a su guardaespaldas con los ojos.

—A mí me gusta lo que veo yo —continuó sin esperar respuesta, deslizando esa caliente mirada sobre ella—, y sé que me gustará aún más cuando nos libremos de esos vaqueros… y todo lo demás.

Luchó para no bajar la mirada hacia su entrepierna, dónde ya había notado la dura y grande erección que ostentaba él. Tenía que admitir que se le hacía la boca agua, pero ni loca iba a decir eso en voz alta.

Al contrario que él, quién parecía no tener filtros en prácticamente nada, ella era bastante pudorosa y a menudo no sabía cómo responder ante cierto vocabulario.

—¿Puedo? —La pregunta llegó con las manos masculinas bajando sobre la cintura de su propio pantalón, moviéndose con cuidado y una lentitud hipnótica. Vio como saltaba el botón del ojal, la cremallera bajaba y acto seguido esos dedos tiraban de la tela para arrancársela de las piernas.

Verle a sus pies, ayudándola a salir de la prenda le pareció algo súper erótico y bonito.

—Perfecta.

Esos ojos azules vagaban ahora por sus piernas y subían sobre su tripa en dirección a sus pechos y a su rostro. Recibió un guiño y apartó la mirada un poco azorada.

Conocía su cuerpo, sabía que la parte posterior de sus muslos tenían una telaraña de cicatrices blanquecinas y algún que otro verdugón que no se había curado bien. Sus nalgas estaban cruzadas por alguna línea blanca y su espalda… esa jamás volvería a tener el aspecto que tuvo en su día.

Cobrar conciencia de todo eso hizo que se tensara de nuevo, que sintiese la necesidad de cubrirse y huir, pero ese hombre siempre parecía ir un paso por delante, leyendo sus emociones e interpretándolas antes de que ella misma fuese consciente de ellas.

—Mírame —Su orden llegó con el índice de su mano derecha levantándole la barbilla—. Eres perfecta. No hay nada en ti que no lo sea y me importa una mierda si tienes cicatrices, si te has hecho un horrible tatuaje o te apasionan los *Teletubbies*… Me gustas, Emi, me gustas muchísimo. Y cuando termine contigo, cosa bonita, no te quedará duda de ello.

Dejó caer el dedo que tenía bajo su barbilla y lo hundió en la unión de las copas de su sujetador, tirando de ella hacia delante para devorarle la boca. La besó profundo, succionó su lengua y le arrancó un jadeo de placer. Se le aflojaron las piernas y no le quedó más remedio que apoyarse en él para no caer.

Notó como el sujetador se aflojaba cuando el cierre a su espalda se soltó, gimió de nuevo al sentir la tela abandonando su cuerpo un segundo antes de que un par de callosos pulgares resbalasen sobre sus ya duros pezones.

Los labios masculinos abandonaron los suyos para viajar a través de su cuello, deslizándose por el arco de su garganta y continuar hacia sus pezones, los cuales se habían endurecido bajo el contacto de sus dedos.

Se quedó sin aliento mientras veía la cabeza de Lucien descendiendo sobre su pecho, su lengua asomó entre los labios para enroscarse alrededor del duro pezón y ese simple toque la

estremeció de la cabeza a los pies.

Gimió al notar como succionaba el pezón y lo chupaba, devorándola sin piedad. La arañaba con los dientes, azotándola con la lengua, enviando pequeños destellos de placer que iban directos a su sexo.

Apretó los muslos inconsciente de lo que hacía, demasiado aturdida por las sensaciones que le provocaba aquella boca sobre el pecho. Tembló cuando notó como la succión cambiaba de ritmo, su lengua seguía atormentándola, lamiendo y mordisqueando su pezón.

Se arqueó hacia él al tiempo que hundía los dedos en su pelo, acariciando el cuero cabelludo en un intento por aferrarse a algo. Apenas era consciente de las fuertes y grandes manos que le acariciaban la piel, deslizándose sobre sus caderas, enganchando el elástico de las bragas y arrastrándolas por sus piernas sin darle tiempo a objetar.

El aire acarició su húmedo sexo, podía notar ese sordo latido en su interior demandando atención mientras él le levantaba los pies, uno a uno, para liberarla de aquel último pedazo de tela.

Su boca abandonó entonces sus pechos y la sensación de abandono fue tal que no pudo hacer otra cosa que bajar la mirada. Se encontró con esos ojos azules llenos de deseo paseando por su cuerpo con genuina admiración, un hambre descarnada bailaba en sus pupilas y se reflejaba en el gesto que hizo al lamerse los labios.

—Cuanto más te miro, más me gusta lo que veo y más deseo hacerte mía.

Cruzaron una fugaz mirada. Arrodillado ante ella, parecía un suplicante ante una deidad, pero Emi se consideraba cualquier cosa menos eso. Notó y vio sus manos ascendiendo por sus piernas, sus dedos llegaron a la parte de atrás de sus muslos y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse atrás cuando sintió las yemas delineando las cicatrices que afeaban la piel.

—Para… por… favor.

Negó con la cabeza.

—Date la vuelta.

La negativa brotó de sus labios de manera inmediata, el deseo que había dominado su cuerpo empezó a enfriarse.

—No.

Los dedos masculinos se cerraron sobre su carne y juraría que el corazón le dio un vuelvo.

—Lucien…

—¿Confías en mí, Emi? ¿Vas a dejarme darte lo que quiero?

Cerró los ojos durante una milésima de segundo e hizo lo impensable, obedeció. Se movió con mucho cuidado, volviéndole la espalda al tiempo que contenía el aliento en espera de su reacción, aunque esta no llegó, no de la manera que esperaba.

Esa boca que la enloquecía y la hacía arder se posó sobre sus muslos, con el tacto de una mariposa empezó a besar cada una de las líneas, trazando un camino que serpenteó entre ambos muslos y su trasero.

—Mi pequeña y dulce guerrera —escuchó su voz por encima de los latidos de su propio corazón.

Emi cerró los ojos y se concentró en cada una de esas caricias, en la emoción que brotaba en su pecho y le llenaba los ojos de lágrimas, unas que se obligó a hacer a un lado. Atesoró cada uno de esos besos, dejó que cada contacto de sus labios borrase los cortes, los bastonazos y el restallido del látigo que vivían en su mente y respiró, se llenó los pulmones de aire como nunca sintiendo que al fin podía volver a respirar.

Su cuerpo volvió de nuevo a la vida, el calor empezó a extenderse por su piel, notaba los pechos pesados, sus pezones cada vez más duros y una ola de humedad brotó de su sexo.

—Lucien… —jadeó echando la cabeza hacia atrás.

La perezosa boca lamió el punto justo encima del nacimiento de sus nalgas, le propinó un mordisquito y, ciñéndola con las manos, volvió a girarla de modo que ahora quedase de cara hacia él.

—Mi nombre suena a pecado en tu boca, cariño… —murmuró con la voz ronca. Vio cómo se lamía los labios y esos inquisitivos ojos azules bajaban ahora sobre su rasurado monte de venus—. No puedo esperar a averiguar cómo suenan tus gemidos…

No tuvo tiempo para analizar sus palabras, para que su cerebro le comunicase lo que quería decir, pues en un abrir y cerrar de ojos se encontró de espaldas sobre la cama, con las piernas por encima de los hombros del hombre y esos hambrientos y confiados labios sobre su sexo.

—Luc… —jadeó su nombre, pues era todo lo que su garganta dejó pasar.

Él la acarició con la lengua. No le cabía duda de que sabía dónde lamer, qué punto acariciar, cómo mover la lengua y hasta dónde hundirla, sabía exactamente qué tecla apretar para que ella se arquease sobre el colchón, empujando las caderas hacia esa deliciosa tortura, mientras gemía de placer.

La torturó con lentas y tortuosas succiones de su boca mientras la lengua paladeaba a su alrededor, alternó entre sus labios y la cada vez más húmeda entrada de su sexo para finalmente recalar en su hinchado clítoris.

Emi no podía pensar, no podía hacer otra cosa que sacudir la cabeza contra el colchón, gimiendo desesperada, murmurando ininteligibles súplicas mientras él se daba un festín entre sus piernas. Notó las manos masculinas ahuecándole el trasero y levantándola un segundo antes de que codiciosa lengua se hundía en su coño.

Perdió la batalla con la cordura, a partir de ese momento solo fue consciente de esa lengua empujando dentro de ella, de los gruñidos de satisfacción y placer que vibraban contra su sexo, de la succión de su boca y el enroscado calor que iba in crescendo y que amenazaba con hacerla pedazos.

Gimió con cada empuje, farfulló su nombre mientras se aferraba a la colcha de la cama ante la necesidad de un ancla, pues sentía que iba a la deriva, arqueó las caderas en un intento por tener más de esa lengua, por acelerar la tortura y obtener la ansiada liberación que prometía la ruptura de la presa que se formaba en su interior.

—Luc... por… por favor… no… no puedo…. Más…

Como si sus palabras fueran un aviso para cambiar de táctica, la codiciosa lengua abandonó su sexo y sus labios se cernieran de nuevo sobre el hinchado clítoris. Lo succionó con fuerza y aplicó apenas un pellizco de sus dientes, pero fue suficiente para que un fogonazo de luz estallase detrás de sus párpados cerrados y todo su cuerpo sucumbiese presa de un potente orgasmo que gritó a pleno pulmón.

CAPÍTULO 42

No hay nada más bonito que una mujer entregada al placer.

Lucien se lamió los labios, reconociendo en estos el sabor femenino que acababa de degustar. Emi era como una fruta madura, lista para ser recolectada y que fuese él quién lo hiciera lo convertía en un hombre muy afortunado.

Se deleitó contemplando su cuerpo tendido sobre la cama. Con el pelo revuelto, la colcha enredada en sus manos y los senos subiendo y bajando al compás de su agitada respiración era toda una tentación. Su mente conjuró la imagen de esa voluptuosa mujer prisionera de sus cuerdas, atada a su cama, dispuesta a su placer y sin poder hacer otra cosa que aceptar lo que le daba. También la vio como un lienzo sobre el que dar salida a su creatividad con el *Shibari*, la vestiría con un corsé hecho a base de nudos, uno de un intenso color azul que destacase sobre esa blanca piel.

Su polla engrosó ante la sola idea, le parecía de lo más excitante, pero este no era ni el momento ni el lugar para llevar a cabo tales travesuras.

Se puso en pie bajo la atenta mirada de esos ojos castaños velados por el deseo, la excitación que veía en ellos acicateaba la suya y no dudó en dirigir las manos a la cintura del pantalón, desabrochándolo con premeditada lentitud.

Su polla empujaba ya contra la cremallera, estaba tan duro y notaba los testículos tan pesados que no quería rozarse siquiera por temor a correrse allí mismo. Se quitó los pantalones, tirando al mismo tiempo de los bóxer que llevaba debajo, la tela resbaló sobre sus duros muslos y liberó la pesada longitud de su polla ante la atenta mirada de su chica.

No eran necesarias las palabras, sus ojos hablaban por sí solos, decían todo lo que estaba seguro no lo haría su boca. La había escuchado gritar su nombre, así que imaginaba que tenía la garganta lo bastante sensible cómo para privarse a sí misma de las palabras… por el momento.

Estaba duro, deslizó un dedo sobre el grueso eje sonriendo perezoso al ver como esas pupilas se ensanchaban, su garganta se movía espasmódicamente por la acción de tragar y la rosada lengua aparecía entre sus labios. Continuó hasta el pesado glande dónde una gota de líquido preseminal acariciaba ya la punta, la recogió con la yema y se la llevó a la boca, chupándose el dedo para sorpresa de la chica.

Le dedicó un guiño y posó una rodilla sobre la cama, entre sus piernas abiertas, impulsándose sobre ella, cubriéndola con su cuerpo sin llegar a tocarla de momento. Entonces bajó la cabeza sobre ella, deteniéndose a escasos centímetros de su boca, sosteniendo su propio peso sobre los brazos apuntalados sobre el colchón.

—Eres una mujer sexy y muy deseable, Emi, me consume el hambre con solo mirarte —le dijo con la voz ronca por el deseo. Se lamió los labios y descendió lentamente sobre los suyos, privándola aún del beso que ella deseaba—. Me encanta tu sabor, toda tú y volvería a disfrutar del húmedo banquete entre tus piernas si mi polla no estuviese llorando ya por estar dentro de ti.

—Lucien… —Su voz sonó rasgada, confirmando sus sospechas.

Le sopló los labios y negó con la cabeza.

—No te esfuerces, cariño, solo necesito de ti un sí o un no —contestó recorriendo su rostro con la mirada, viéndola completamente desnuda, sin máscaras, sin barreras entre ellos—. Este es tu momento, es tu cuerpo, tu deseo, tu voluntad… y solo tú puedes decidir si me permites

acceder a ellos, si me das permiso para hacerlos míos y convertirte en mi patio de juegos privado. A cambio, mi dulce Emi, prometo hacerte gritar de placer.

Descendió unos centímetros más y rozó los jugosos labios de la chica con su aliento.

—Y bien, ¿qué va a ser? —preguntó—. ¿Sí o no?

Esa rosada lengua volvió a emerger y dejó una línea de brillante humedad sobre aquella lujuriosa boca.

—Sí… *Por favor*.

Gruñó pletórico y agradecido por que depositase en él su confianza, una que había sufrido a manos de verdaderos monstruos.

—Buena elección —habló con cierta ronquera—. Mi polla y mis pelotas, las cuales creo que ya están azules, te agradecen inmensamente esa respuesta.

Capturó su boca con un beso duro, erótico, destinado a conquistar y someter, a arrancar de ella esa respuesta que sabía podía darle. Ella se arqueó debajo de él, rozándole el pecho con los pezones, provocando que gruñese de satisfacción y trepase por completo a la cama, empujando la rodilla entre sus muslos hasta que notó la humedad de su sexo sobre la piel y ella se movió en busca de un mayor contacto.

Rio en su boca y la dejó hacer. Se despegó de sus labios y descendió sobre su pecho, capturando de nuevo uno de esos duros pezones, mordisqueándolo antes de cerrar los labios y succionar con fuerza. Un nuevo gemido se arrastró fuera de la maltratada garganta, le encantaba ese sonido, hacía que su polla engrosase incluso más y latiese de rabiosa necesidad deseosa de enterrarse profundamente en su coño. Pasó al otro pezón y le prodigó la misma atención, haciendo que ella se arquease de nuevo bajo él antes de descender por su vientre, dejando tras de sí un sendero de besos y algún que otro mordisquito.

Le separó los muslos con las manos, se abrió paso entre ellos y se relamió ante la húmeda y brillante visión de su empapado sexo. No se lo pensó dos veces, descendió sobre ella y le prodigó un duro lametón sobre el clítoris. La respuesta femenina no se hizo de esperar, echó la cabeza hacia atrás y gimió mientras apuntalaba los pies en el colchón y elevaba las caderas en busca de más. Separó los pliegues con los dedos, sopló sobre su caliente y mojada carne y lamió una vez más su clítoris antes de ir más allá.

Temblorosa y jadeante temblaba debajo de él, gimiendo su placer en voz alta, rindiéndose a sus caricias y entregándole el poder sobre su cuerpo aún si no era consciente de ello.

Continuó degustando su sexo, volviéndola loca con largos lametones, jugando con su clítoris, succionándolo y soltándolo rápidamente. Quería llevarla al borde, aumentar su placer poco a poco y hacer que sintiese que podía tocar el orgasmo sin concedérselo todavía. La quería desesperada, necesitaba que su mente no pensase en nada más que en el placer que le daba, que no hubiese espacio para nada más que él y las sensaciones que le provocaba. Iba a desterrar todas y cada una de las pesadillas que la mantenían prisionera del miedo, borraría cada una de las cicatrices en su cuerpo a base de besos y lametones, iba a follarla tan profundamente que en lo único que podría pensar a partir de ahora era en él.

Cerró los labios sobre el hinchado brote y lo succionó en su boca, acariciándolo con la lengua, jugando a su alrededor hasta que notó como se tensaba un instante para gritar finalmente su nombre y derramarse en su boca.

Lucien la lamió mientras se corría, recogiendo aquella preciada humedad con la lengua y succionándola a través de los espasmos. Satisfecho, se retiró de entre sus piernas el tiempo justo para coger un condón y desenrollarlo sobre la longitud de su polla. Un segundo después volvía a estar entre sus piernas, sujetándola de la cadera y tirando de sus muslos hacia él, empujando la

pesada anchura de la punta de su polla a través de los pliegues de su sexo.

—Luc… —gimoteó ella, elevando las caderas para salir a su encuentro, permitiéndole entrar en ella.

Empujó lentamente, disfrutando de aquel tortuoso camino, prometiéndose a sí mismo que más adelante lo haría a su modo; rápido y duro. Se empaló completamente en ella y tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no correrse ya mismo. Sabía que estaba resollando como un toro, sentía las pelotas más pesadas que nunca y podía sentir ya el semen deseando emerger a chorros de su polla.

—Oh… Dios…

Sonrió para sí ante el descarnado jadeo femenino.

—Gracias, cariño, pero me temo que solo soy un mortal —canturreó buscando su boca, reclamándola en un profundo beso mientras dejaba que se acostumbrara a su tamaño.

Ella lo ceñía, parecía dispuesta a arrastrarlo más y más profundo en su interior y eso lo estaba matando, tanto como no moverse.

—Oh… por Dios… muévete… —gimió con la voz desgarrada, mucho más grave que de costumbre.

Rio contra sus labios y los delineó con la lengua.

—Todavía no —gruñó, torturándola.

—Lucien… por favor…

Él resbaló la boca hacia un lado, acariciándole el oído con el aliento.

—¿De quién es la polla que te llena? —preguntó con voz ronca.

—¿Qué… qué clase de… pregunta… es… esa?

Se rio y le chupó el lóbulo de la oreja.

—Responde, Emi —insistió, empujando las caderas para hacerla más consciente de su presencia.

Ella gimió y graznó un:

—Tuya.

—Mía —corroboró y empezó a retirarse muy lentamente—. Soy yo el que te folla, el que te posee, ¿lo has entendido? No hay nadie más…

—Lucien… por favor…

—¿Quién te folla, Emi?

—Ay Dios… —Ella se revolvió debajo de él, buscando aquello que le estaba negando—. Tú. Eres tú…

—Buena chica —le besó la oreja—. Piensa en ello cada vez que me entierre dentro de ti. Di mi nombre en cada jadeo, porque no habrá nadie más que te toque, que te posea, que reclame para sí lo que eres, Emi —pronunció con un gruñido, poniendo su sello de propiedad en cada una de sus palabras, en cada acción mientras su polla se enterraba más profundo, separando su carne y dejando tras de sí el eléctrico placer de la cópula.

Se retiró solo para deslizarse más profundo, empujando dentro de ella lenta y pausadamente, saboreando cada una de las sensaciones que le provocaba estar en su interior, luchando con la necesidad de dejarse ir y cabalgarla a placer.

Le sujetó las caderas mientras se movía contra ella, su polla deslizándose hacia atrás para volver a entrar en lentos y suaves empujes que iban ganando velocidad e intensidad a medida que el deseo corría por sus venas y la necesidad se escapaba de sus riendas.

Estaba perdiendo el control y lo sabía, esa bendita mujer lo tenía en sus manos, lo excitaba tanto que solo podía pensar en poseerla, en grabarse a fuego en ella para que sus palabras se

convirtiesen en una realidad.

Se retiró hasta la entrada de su sexo y permaneció inmóvil unos segundos, resollando, luchando consigo mismo, dejando que ella se impacientara debajo de él solo para sujetarla más fuerte. Su humedad lubricaba la carne cubierta por el condón y se preguntó cómo sería hundirse en ella sin ninguna barrera de por medio.

—Emi… voy a follarte duro y profundo —gruñó descendiendo sobre su boca, buscando su mirada velada por el deseo—. Voy a derribar cada una de las barreras tras las que te escondes, me sentirás tan hondo que no sabrás dónde empiezas tú y termino yo. Eres mía, Emily Dillinger. Me has elegido, me has permitido llegar a ti, ya no hay vuelta atrás, eres mía.

Empujó con fuerza en su interior, enterrándose hasta la base y volvió a salir para repetir la misma operación. Se hundió en ella todo lo profundo que podía, notó sus piernas envolviéndose ahora alrededor de sus caderas, sus manos aferrándose a sus hombros mientras dejaba escapar un nuevo grito de placer. Se movió con fuerza y rapidez en su interior, sin aflojar el ritmo, sin detenerse, sintiendo que ya no podía refrenar su propio placer, que necesitaba más de ella y que no tenía suficiente.

—Luc… Luc… Luc…

Sus gemidos se mezclaban con su nombre creando una curiosa cancioncilla que pensaba atesorar, saboreó sus labios, imitó con su lengua el movimiento de sus caderas y finalmente deslizó la boca hacia la columna de su cuello a sabiendas de que era un movimiento arriesgado por su parte.

Notó como se tensaba a su alrededor, pero no aflojó el ritmo, tampoco se apartó, se dedicó a prodigarle besos, a rozarle la piel con los dientes, a mordisqueársela mientras empujaba en su interior. Pronto la incomodidad y el temor fueron hechos a un lado y el placer ocupó su lugar, ella gemía y se retorcía debajo de él, saliendo a su encuentro, entregándose con generosidad olvidada ya la prudencia. Ladeó el cuello sin ser consciente de ello para darle acceso a sus caricias, estaba completamente perdida en la lujuria del acto tal y cómo él deseaba, su cuerpo se preparaba ya para remontar un nuevo orgasmo y supo que esta vez no se correría ella sola.

Clavó los dedos en sus caderas, apretando la dulce carne entre sus manos mientras se empujaba profundamente en ella y le pellizcaba la piel del cuello con medida fuerza. Su mujer estalló al momento, apretándose alrededor de su henchida polla, succionándola con fuerza y propiciando con ello su propia liberación.

Con el corazón latiéndole en los oídos, la respiración acelerada y el último gramo de fuerzas que logró reunir después de ese explosivo orgasmo, Lucien se las arregló para salir de ella, deshacerse del condón y acomodarse en la amplia cama. La atrajo de espaldas a su pecho, maravillándose de lo bien que encajaba junto a él y pasó el brazo con gesto posesivo sobre su cadera, manteniéndola cerca.

Emi no emitió protesta alguna, notó como se pegaba a él y, tras tomarse unos cuantos minutos para recuperar el aliento, posaba suavemente una mano sobre la suya dejando escapar un suspiro.

—¿Estás cómoda? —le preguntó al oído, acariciándola distraído con la mano que descansaba cerca de su vientre.

—*Aja.* —Se limitó a hacer un ruidito con la boca, acompañado de un suave movimiento de su cuerpo.

Disimuló una sonrisa y se movió lo suficiente para que ella resbalase hacia abajo y pudiese verle el rostro.

—¿Aja? ¿Qué clase de respuesta es esa?

Una perezosa sonrisa curvó esos hinchados y rojos labios, su expresión era totalmente relajada y en sus ojos empezaba a asomar ya la somnolencia.

—Tu cama… es cómoda… —consiguió articular con la voz algo tomada—. Y tú… la manta… perfecta.

—Esa respuesta ya me gusta más —admitió bajando sobre su boca para darle un suave y fugaz beso que ella le devolvió a duras penas—. Te estás quedando frita, ¿no es así, cariño?

Ella asintió, sus párpados empezaban a descender por sí solos.

—Te tengo, Emi —la abrazó, apretándola suavemente contra él—. Duerme tranquila.

No tuvo que decir nada más, pues la chica cerró los ojos y suspiró cayendo inmediatamente dormida. Estaba agotada, llevaba tiempo agotada y la fogosa sesión que acababan de protagonizar no había hecho otra cosa que sobrecargarle los circuitos.

Sonrió satisfecho consigo mismo, rescató la colcha que había terminado medio fuera de la cama y los cubrió a ambos. Veló su sueño durante algún rato y finalmente cedió a su propio cansancio, pero no sin aferrar antes a la mujer que tenía en su cama, una a la que ya sabía que nunca podría renunciar.

CAPÍTULO 43

Emily no podía dejar de mirar la marca oscura que tenía en el cuello.

Sabía cómo había llegado ahí, cómo se había producido, pero todavía le sorprendía que no se hubiese muerto de miedo por ello. La tocó con el dedo, podía ver cómo le temblaba la mano en el reflejo del espejo del cuarto de baño, pero eso no la disuadió a la hora de examinarla. No le dolía, con toda seguridad desaparecería en unos días, pero lo más sorprendente de todo era que no estuviese lidiando ya con las arcadas que a menudo aparecían.

Bajó la mirada, siguiendo la línea de las cicatrices que se notaban más después de la ducha matutina. Lucien las había visto, las había tocado, besado e incluso seguido con la lengua, pensó enrojeciendo automáticamente, ese hombre la había vuelto loca en cuestión de minutos, le volatilizó el cerebro y le obsequió un placer que a duras penas podía empezar a comprender.

Era, con diferencia, el mejor sexo que había tenido en toda su vida.

—Y ahora tienes que salir ahí fuera y hacer frente a ese polvazo —le dijo a su reflejo. Se ciñó más la toalla al cuerpo y se mordió el labio inferior.

Sí, vale, era tímida. Siempre lo había sido. Pero no era una adolescente que acabase de echar su primer polvo, ya había pasado por esto en alguna ocasión, aunque ninguna de ellas había sido tan memorable como para darle vergüenza mirar a su amante a la cara.

Se apoyó en el lavabo y dejó escapar un suspiro.

—Será mejor que pienses en vestirte.

Había aprovechado que estaba sola en la cama al despertarse para meterse en el cuarto de baño, pero se le había olvidado el pequeño detalle de la ropa. Ni siquiera encontró la suya tirada por la habitación, algo que no le sorprendió demasiado, ya que eran más de las diez cuando se despertó. Por primera vez en meses, había dormido la noche de un tirón, sin despertarse presa de pesadillas o malestar alguno.

Las alternativas que le quedaban era usar la toalla con la que estaba envuelta o el oscuro albornoz que colgaba de una percha y que tenía el tamaño de su amante.

—De perdidos, al río —musitó para sí. Descolgó la prenda y se envolvió en ella.

Olía a él y le quedaba enorme, pero al menos la cubría del cuello hasta las pantorrillas.

En estos momentos se sentía algo vulnerable. Sabía que su encuentro sexual había sido plenamente consentido, él incluso le había dado la posibilidad de decir que no, estaba dispuesto a detenerse si ella no deseaba seguir. Había disfrutado de cada momento en sus brazos, había gritado hasta quedarse afónica, por no hablar de los dos orgasmos que le había dado y que le erizaron hasta los dedos de los pies.

No había motivo alguno para que tuviera que sentirse nerviosa, pero era incapaz de dejar de temblar.

Sacudió la cabeza y se peinó el pelo húmedo con los dedos, respiró profundamente y avanzó decidida hacia la puerta. Quitó el pestillo, abrió y se encontró con esos ojos azules al otro lado del dormitorio.

—Buenos días, cariño —la recibió apoyado en el umbral de la puerta del dormitorio, con un flojo pantalón deportivo, una taza humeante en una mano y un iPad en la otra. Levantó la cabeza, abandonando lo que quiera que estuviese mirando en la pantalla y la recorrió de la cabeza a los pies con una sensual mirada—. ¿Café?

Emily estuvo tentada de dar media vuelta y volver a esconderse en el baño, pero sabía que era una actitud no solo cobarde, sino también absurda. Echó mano de toda su fuerza, adquirió una postura más recta y empezó a cruzar la habitación.

—Buenos días —respondió con la voz mucho más clara que al final de la noche. Su garganta se había recuperado gracias al descanso—. Me voy a vestir y…

Lucien se movió con agilidad, abandonó su postura y estiró el brazo que sostenía el dispositivo, bloqueándole la salida.

—¿Café o té? —le preguntó mirándola con esa particular sonrisa curvándole los labios—. Hay pan recién horneado, queso fresco, salmón ahumado y algo de mermelada esperándote en la mesa de la cocina.

—Será suficiente con el café —acertó a responder.

Su respuesta fue bajar la taza y acercarla a sus labios.

—Dale un sorbo.

Sin saber muy bien cómo responder, aceptó lo que le ofrecía y le dio un pequeño sorbo. El líquido amargo le estalló en la boca y bajó por su garganta calentándola por dentro.

—¿Mejor?

Asintió con la cabeza y se lamió los labios.

—Está bueno —admitió.

—Tú sí que estás buena —declaró él bajando ahora sobre su boca en un duro beso que la dejó sin aliento—. Me gusta cómo te queda mi albornoz —añadió bajando la mirada a la tela que se había abierto y mostraba sus pechos—. Estás para comerte enterita.

Antes de que pudiese decir algo al respecto, se encontró con los labios de Lucien sobre su cuello, bajando hacia su clavícula y depositando un húmedo beso sobre la parte más oscura de las cicatrices que surcaban la parte superior de sus pechos.

—A desayunar, pequeña —mencionó dando un paso atrás para golpearle el culo después con la tableta—. Ya te vestirás después… Si llegamos a ello.

Esperó a que cruzase el umbral y la acompañó a la cocina dónde esperaba un apetitoso desayuno. Nada más captar el olor del pan recién hecho, Emi se encontró salivando, deseosa de poder hincarle el diente a todo aquello.

—Vamos, siéntate y sírvete —pidió al tiempo que dejaba el dispositivo a un lado de la mesa. En la pantalla pudo reconocer el logo de la cabecera de uno de los periódicos de tirada nacional, al parecer su amante había estado leyendo las noticias—. Ahora te pongo un café.

—Puedo hacerlo yo, Lucien.

Él se limitó a mirarla por encima del hombro.

—Yo ya estoy de pie —le dijo y le guiñó el ojo. Puso una cápsula nueva en la cafetera, colocó un tazón y la accionó—. ¿Qué tal te encuentras?

Mejor que nunca, pensó, pero se guardó esa respuesta para sí misma.

—Bien —admitió en voz baja—. Es, posiblemente, la noche que mejor he dormido…

—De nada —le soltó con un guiño.

—Tu ego madruga mucho, ¿no?

—Solo cuando lo alimentan bien, como hiciste tú anoche, cariño —aseguró divertido.

Optó por no responder y empleó su tiempo en prepararse una tostada con queso y mermelada.

—Esta noche no has tenido pesadillas… —El comentario hizo que se quedase con el cuchillo de untar en la mano y le mirase.

—¿No he… gritado?

Negó con la cabeza. Se volvió para coger la taza y la puso ante ella en la mesa.

—Dormías como un angelito, con ese precioso culo pegado a mi po…

—Suficiente, gracias.

Se rio mientras ocupaba su lugar en la mesa.

—*Polla*, Emi, pegado a mi polla —concluyó la frase con diversión—. Tiendes a ruborizarte mucho cuando escuchas cierto tipo de lenguaje…

—Hay maneras y maneras de decir las cosas…

—Una polla es una polla.

—Lo que tú digas, Lucien —declaró con intención de terminar la disputa de palabras.

—Me gusta más cuando me llamas Luc —aseguró preparándose él mismo una tostada—. Lo pronuncias de una forma mucho más… sensual… sobre todo cuando gimes.

Motivo por el que no pensaba hacerlo ahora, pensó atragantándose casi con el pan al escuchar sus palabras.

—Despacio, Emi —le puso delante un vaso de zumo de naranja—. Bebe.

Lo hizo solo para poder bajar el pan.

—Si pretendes que desayune… será mejor que… dejes ciertos comentarios… fuera de la mesa —sugirió carraspeando para aclararse la voz.

—De acuerdo, lo dejaré para luego —declaró levantando las manos a modo de rendición, entonces añadió—. Me alegra verte así.

—¿Escupiendo el café?

—Relajada —dijo recostándose contra el respaldo del asiento—. Y me refiero a tu lenguaje corporal, no a ese vergonzoso y tierno reparo que tienes con respecto al sexo…

—Yo no tengo reparos con respecto al sexo —replicó en un susurro, pues las palabras surgieron solas de su boca.

—Has debido de tener una educación bastante conservadora, ¿no? —continuó derivando el tema hacia otro sector.

—No dirías eso si hubieses conocido a mi madre antes de que ese hijo de puta se cruzase en su camino —admitió y se sorprendió de ser capaz de mencionar a ese hombre sin sentir absolutamente nada—. Él la cambió… O quizá ella cambió por él… No lo sé y tampoco me importa.

—Ella es la única responsable de sus elecciones, no tú —murmuró recuperando su taza de café para darle un largo trago—. ¿Qué edad tenías cuando se conocieron?

—Dieciséis —contestó—. Me faltaban dos meses para cumplir los dieciocho cuando abandoné *su* casa. Tendría que haberme ido incluso antes.

Debería haberlo hecho en el mismo momento en que ese cabrón empezó a mirarla como algo muy distinto a una hijastra, pero se había quedado con la esperanza de que su madre abriese los ojos y lo echara. En vez de eso, fue ella la que se marchó y rompió relación con su progenitora a la larga.

—Él ya no volverá a ser un problema ni para ti ni para ella.

El recordatorio de su muerte hizo que levantase la cabeza de nuevo y se encontrase con sus ojos.

—Habría preferido que siguiese con vida y verlo pudrirse en la cárcel —confesó en voz alta—. Siento que me han arrebatado la posibilidad de… hacer justicia.

—Lo sé. —La seguridad con la que lo dijo Lucien la hizo apartar la mirada—. He tenido esa sensación más veces de las que puedo recordar.

Sus palabras la tomaron por sorpresa y cuando volvió a buscar su rostro, pudo ver en sus

ojos que decía la verdad.

—Al final todo sucede por algo o eso quiero creer —sentenció con practicidad.

Emily continuó desayunando en silencio durante algunos minutos más, entonces arriesgó una mirada al otro lado de la mesa dónde su amante parecía disfrutar tan solo con el hecho de mirarla.

—¿Ocurre algo?

Lucien se limitó a sonreír de esa manera perezosa y que prometía toda clase de travesuras, deslizó sus ojos azules sobre ella con tal sensualidad que no pudo evitar cerrar los muslos al notar como se le humedecía el sexo.

—Estoy intentando averiguar cuál sería la mejor manera de arrancarte de esa silla y bajarte el albornoz lo suficiente para aprisionar esos brazos de modo que no puedas evitar que ponga mi boca en esos suculentos pechos que asoman por la abertura —declaró con la voz tan ronca que le provocó un escalofrío de absoluto placer—. Y me estoy debatiendo entre pedirte permiso o advertirte de cuales son mis intenciones y hacer lo que me dé la gana… Siempre y cuando me dejes, claro.

Tragó con dificultad ante sus palabras, de repente se le había secado la garganta y su cuerpo vibraba ante la posibilidad de recibir justo lo que acababa de mencionar.

—Creo que… deberíamos dejarlo… para… ¿después?

La manera en la que enarcó una ceja y clavó esos ojos sobre ella fue suficiente respuesta.

—O quizás no.

Su cuerpo cobró instantánea vida con solo ver como se levantaba de la silla. Notó un sutil hormigueo en los pezones, como su piel parecía despertar y su sexo se empanaba aún más. Debajo del albornoz estaba completamente desnuda, no llevaba ni siquiera ropa interior y eso lo hacía todo mucho más decadente.

—Dejémoslo en un «mejor ahora» —sentenció deteniéndose a su lado.

Le levantó la barbilla con un dedo y la miró desde arriba. En aquella posición, él parecía mucho más grande, más peligroso y sobre todo, más sexy.

—¿Cuál es tu respuesta, Emi? —preguntó otorgándole de nuevo el poder de decidir si aceptar lo que ahora sabía podía obtener de él o negarse a ello.

Tragó saliva y respondió con un susurrado:

—Mejor ahora.

La sonrisa que apareció en esos labios un segundo antes de que entraran en contacto con los suyos fue suficiente advertencia de lo que la aguardaba.

CAPÍTULO 44

Verla con su albornoz había superado sus fantasías.

Lucien estaba dispuesto a darle un respiro, a dejar que lidiase con lo que había pasado entre ellos a su manera, pero cuando la vio vistiendo aquella prenda, con las mejillas sonrojadas y esa deliciosa timidez provocada por la vergüenza, no pudo evitar meterse con ella.

Y por dios, estaba realmente sexy como para no fantasear en arrancarle ese pedazo de toalla y follarla de nuevo.

Emily era preciosa. No solo le gustaba su físico con esas curvas llenas, con ese voluptuoso cuerpo en el que podía perderse durante horas, también le llamaba su forma de ser, la prudencia con la que elegía las palabras, con la que se conducía y esas pequeñas explosiones que la hacían enfrentarse con él sin armadura.

Ahora que sabía lo que se ocultaba detrás de esa coraza, deseaba más y más sacarlo a la luz, mostrarle lo maravillosa que era, que no necesitaba nada más para hacer que alguien la quisiera o se enamorase de ella… Pues él ya lo estaba.

Ella le había llamado la atención desde el principio, le había gustado como mujer, la había encontrado interesante, pero no fue hasta que empezaron a convivir y que pudo ver lo que ocultaba, que comprendió que estaba hecha a su medida.

Se había enamorado de esta tímida y cariñosa mujer e iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para procurarle una vida en la que conociese solo la felicidad.

La besó con suavidad, persuadiendo a su lengua de salir a su encuentro, enlazándola con la suya antes de chuparla y arrancarle con ello un gemido.

—Sabes a queso y fresas —le lamió los labios—. Qué rico.

Volvió a poseer su boca, ahora con dureza, respirando su aliento mientras resbalaba el albornoz por sus hombros, desnudando sus pechos y ciñendo lo bastante la tela como para que no pudiese mover los brazos.

Las cicatrices en su cuello y senos ahora eran perfectamente visibles, se arrodilló delante de ella, manteniéndola pegada a la silla de la cocina y se relamió ante la visión de los duros e hinchados pezones que parecían pedir a gritos el contacto de su boca.

—Di *Bon Appétit, Luc* —ronroneó buscando su mirada.

Ese sonrojo volvió de nuevo a sus mejillas, la vio mover los labios con cierto temblor, pero finalmente emergieron esas palabras.

—*Bon Appétit*, Luc.

Su ronca voz le provocó una descarga de placer que fue directa a su polla.

—Dios, tu boca y tú vas a hacer estragos conmigo —declaró y antes de que ella pudiese replicar, se zambulló a por una de esas bayas.

La succionó en su boca, tironeando con sus dientes y flagelándola con la lengua. Usó sus manos para masajearle los pechos, atormentando con el pulgar la cúspide de uno de ellos mientras se amamantaba del otro. Se tomó su tiempo en saborearlos, notando como se endurecían cada vez más contra su lengua, escuchando los roncos gemidos mientras se revolvía sobre la silla.

Entonces fueron sus dedos los que entraron en escena, torturando esos botones mientras su boca trazaba un sendero sobre las cicatrices, recorriéndolas con la lengua, dejando tras de sí una

serie de besos y mordisquitos que la hicieron saltar en más de una ocasión de la silla.

Pellizcó con suavidad, comprobando hasta dónde podía llegar, estirando sus pezones y añadiendo gradualmente un pico más alto de placer-dolor, doblegándolo con lánguidos lametones que la llevaron a apoyar la espalda en el respaldo, dejando caer la cabeza hacia atrás y presentarse a sí mismo como una descarada ofrenda.

Era tan bonita en su placer, su piel blanca contrastaba con la oscuridad de la tela que la cubría a medias, pues con los movimientos, el albornoz se había abierto dejando a la vista el rasurado monte de venus.

Le separó los muslos todo lo que le permitía la silla y bajó sobre su sexo, posando la boca en los desnudos pliegues de su húmedo coño recibiendo como premio un nuevo jadeo femenino.

La lamió lentamente, con pasadas largas de su lengua, resbaló las manos por debajo de sus nalgas y la hizo resbalar hacia su boca, colocando una de sus piernas por encima de su hombro para así tener un mayor acceso al botín que se ocultaba entre sus muslos.

Su clítoris recibió entonces una atención especial, lo chupó y mordisqueó con suavidad, aumentando su placer hasta que prácticamente se estaba restregando contra su boca en busca de esa liberación que estaba retrasando a propósito.

Jugó con él, succionando el pequeño botón en su boca, rodeándolo de nuevo con la lengua, chupándolo en un profundo y caliente beso solo para luego derramar su aliento sobre él. La torturó a placer, escuchando sus gemidos, esos soniditos carentes de sentido y que lo ponían duro.

—Luc… por favor, dámelo…

Sonrió contra su sexo y pronunció un ahogado:

—Todavía no, amor…

Volvió a la carga, pero esta vez dos dedos se deslizaron dentro de su sexo. Empujó con suavidad al principio, preparándola, ensanchándola, entonces se dedicó a follarla con profundos y duros golpes mientras seguía lamiendo y chupando su clítoris, llevándola cada vez más alto.

Lloriqueó, gimió, se revolvió bajo él, sabía que estaba cerca del orgasmo, pero no iba a dárselo todavía, no sin él dentro de ella.

La abandonó tan solo unos segundos, pero fue suficiente para que ella protestase. Lucien extrajo un condón del bolsillo, rasgó el papel con los dientes y tras bajarse la cintura lo suficiente como para dejar su polla libre, se lo enfundó.

Entonces tiró de ella, poniéndola en pie. Estaba algo desorientada y frustrada, sobre todo cuando la giró sobre sí misma y, sin previo aviso la empujó, restringida como estaba, sobre la mesa en la que habían estado desayunando.

—Luc… —jadeó ella, visiblemente asustada.

—Shh, amor —le habló al oído al tiempo que hacía a un lado la tela del albornoz y deslizaba la mano sobre su trasero con suaves caricias—. Estoy aquí. No hay nadie más que tú y yo aquí. Eres mía, Emi, ya lo fuiste anoche… y vas a volver a serlo ahora…

Buscó su boca, tranquilizándola con un profundo y erótico beso que solo rompió cuando posicionó la punta de su polla en la entrada de su coño.

—Esto es para ti —gruñó deslizándose en ella, abriéndose paso a través de las apretadas paredes de su sexo, conduciéndose hasta el fondo—. Sí… así… tan dulce, tan mojada, tan apretada…

La agarró de las caderas, sosteniéndola en el lugar mientras trabajaba dentro de ella, entrando y saliendo con largas y profundas embestidas, empujándose con fuerza, haciendo que la mesa bajo ambos rechinase.

—Luc… Oh Dios…

—Estoy aquí, cariño —la tranquilizó—. Te tengo, mi vida, eres mía, solo mía… Tómate entero, Emi, dame todo lo que eres… Entrégate a mí y te juro que no te dejaré caer, no dejaré que vuelvas a estar sola…

—Más… —gimió ella echando las caderas hacia atrás, saliendo a su encuentro en cada empuje—. Más fuerte… más… ¡Luc!

Se echó hacia delante y enredó su pelo en una mano, manteniéndola dónde quería mientras la guiaba con la mano en la cadera y ahondaba en ella, dándole lo que había pedido, poseyéndola con más fuerza, dejándose ir al punto de que algunas de las cosas que había sobre la mesa acabaron cayendo al suelo a causa del frenesí de su cópula.

—Luc… Oh Dios, Luc… ¡Oh, Dios!

El escucharla gritar su liberación, unida a la férrea presa de su sexo convulsionando alrededor de su polla al llegar al orgasmo destruyó su propio autocontrol y no tardó en unirse a ella derramándose en el condón.

Jadeando y con las piernas temblorosas, se arrancó del húmedo interior, se quitó el preservativo, atándolo y dejándolo caer en el cubo de la basura, se subió los pantalones. Dos segundos después era ella la que resbalaba de la mesa a sus brazos. La recogió en su regazo, la envolvió con los brazos y sostuvo su tembloroso cuerpo que todavía sucumbía a los últimos espasmos del orgasmo.

—Creo que vas a necesitar otra ducha, cariño —declaró él viendo el desastre de comida que manchaba el albornoz, el pelo e incluso la mejilla de su amada—. Pero esta vez, yo te acompañaré.

Emi se las ingenió para abrir los ojos y mirarle.

—Entonces sí que no vamos a terminar nunca.

Lucien se rio entre dientes y le informó.

—Bueno, cariño, los domingos se hicieron para follar, ¿no?

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Descansar, Luc, se hicieron para descansar.

—Pura semántica.

Ninguno iba a descansar mucho el día de hoy, pensó secretamente complacido, pensando ya en cómo podría follársela de nuevo en la ducha.

CAPÍTULO 45

Oficinas Centrales del FBI
Distrito de Columbia, Washington

Al día siguiente…

Erik Castillo salió del ascensor y atravesó a paso vivo el pasillo que lo separaba del despacho de su jefe. Volver a moverse con libertad y llevar algo encima que no fuese un insulso chándal o unos vaqueros tan ajados que parecían haber atravesado una trinchera, hacía que volviese a sentirse como un agente del FBI y no un presidiario.

El trabajo encubierto que lo llevó a pasar los últimos tres meses en la cárcel, vigilando los movimientos de Elías Greyson, no dio los resultados deseados, pero tampoco podía decirse que hubiese salido de allí con las manos vacías.

Tenía claro que Greyson recibía órdenes de arriba. Él no era otra cosa que un cabeza de turco en el *Caso Evory*, el hombre que había puesto el dinero, el lugar y los medios. El tipo no era otra cosa que el perro faldero de Melik Al-Kazir, al que en esta ocasión apodaban «El Sultán», un hombre lo bastante peligroso como para tener al *FBI* siguiendo cada uno de sus pasos desde hacía cinco años.

El tipo era como un fantasma. Aparecía y desaparecía sin dejar rastro, dejando tras de sí tan solo los desechos de sus turbios negocios y ni un solo testigo que pudiese acreditar su procedencia. Hasta ahora.

Una mujer. Emily Dillinger. Ella era el único cabo suelto que el cabrón había dejado hasta el momento, uno que Greyson tenía la obligación de rematar. El único problema era que la chica estaba en paradero desconocido.

Al parecer el agente de la ICE que la había encontrado en el sótano de aquella mansión, había hecho suya la tarea de mantener a la testigo bien escondida, sobre todo después de que su propia gente permitiese que la apuñalaran a la salida del primer juicio por dicho caso.

La señorita Dillinger había pasado los últimos ocho meses bajo una identidad falsa, como parte del *Programa de protección de Testigos*, pero hacía aproximadamente dos semanas, esta se había esfumado como por arte de magia y nadie conocía su paradero.

El resultado de todo eso era que ahora el *FBI*, junto con el agente de la *ICE* encargado de la custodia de la única testigo, estaban tras la pista de la muchacha… al igual que los hombres de Greyson.

Todo se resumía a quién llegaría antes hasta ella… y no podían permitirse que fuese el bando contrario.

El trabajo y la investigación de los últimos cinco años se reducía a un solo tiro, uno que no podían permitirse fallar. Ya era hora de que ese mal nacido acabase entre rejas, Leslie no aceptaría otra cosa, no cuando había perdido a su hermana a manos de ese hombre.

Casandra había sido intérprete del gobierno en los Emiratos Árabes, por aquel entonces llevaba casi un año destinada en Abu-Dabi, solía acompañar al embajador americano a todos los

eventos y fue en una de esas lujosas fiestas en la que presuntamente desapareció.

Secuestrada, como tantas otras mujeres extranjeras, para ser vendidas y/o prostituidas a hombres de alto poder adquisitivo; un lucrativo negocio en el que Al-Kazir ocupaba el máximo escalafón.

Ella había sido una de las víctimas de ese sádico.

Jamás podría borrar de su mente aquella mañana en la que los llamaron avisándoles del hallazgo, el momento exacto en el que la vio. No tuvo tiempo de parar a su compañero, quién le seguía de cerca, convencido de encontrarla todavía con vida.

Ese día Leslie había jurado que encontraría al responsable y lo mataría con sus propias manos, una promesa de la que no se había desviado ni un solo segundo y que solo ahora estaba cerca de poder cumplir.

Se habían conocido durante su estancia en Quántico y si bien al principio no se soportaban, el paso del tiempo y el roce los convirtió en amigos, casi hermanos. En toda su vida no había conocido a un hombre más íntegro y leal que Leslie Carson y Erik sabía que mientras siguiese respirando, siempre estaría al lado de su hermano.

Esperaba poder encontrarse hoy con él. Había sido su contacto durante su estancia en la cárcel, el que lo llamaba cada semana y se personaba bajo un conveniente disfraz para recibir el reporte correspondiente y comprobar que nadie le había pegado un navajazo ahí dentro.

Si bien había contado con el conocimiento del alcaide de la prisión y el de algunos guardias, por seguridad y para que pudiese mantener su tapadera, había sido tratado como un preso más… lo que en ocasiones incluía algún que otro golpe de porra y tener que dormir con un ojo abierto.

Con todo, se había visto en situaciones peores. Él no estaba hecho para sentarse detrás de un escritorio, prefería la acción, así que se había preparado a conciencia para ello.

La puerta de la oficina de su jefe estaba abierta y a juzgar por la irritada voz que escuchó por encima de la suya, no estaba solo.

Sonrió, sacó las manos del bolsillo y golpeó con los nudillos sobre el cristal antes de anunciar en voz alta.

—Hola, cariño, he vuelto.

Los dos hombres presentes en la habitación se giraron hacia él con distintas expresiones. Su jefe se limitó a reconocer su presencia y darle la bienvenida, mientras que su hermano dejó escapar un resoplido y avanzó hacia él con decisión.

—Llegas tarde —lo acusó Leslie, pero su mirada decía todo lo que sus palabras no hacían —. Vámonos.

—Carson —ladró su jefe—. Limítese a encontrar a esa mujer y ponerla bajo custodia hasta el juicio. No haga ninguna estupidez.

—Sí, señor.

Erik sonrió divertido ante el tono empleado por su amigo, pues era el equivalente a un *«que te jodan»*.

—Castillo. —Fue su turno de recibir el ladrido de su jefe—. Quiero una declaración pormenorizada de todo en mi mesa antes de que acabe el día.

—Ya la tiene en su bandeja de entrada, jefe —anunció levantando la mano en un gesto de momentánea despedida. Antes o después tendría que volver a esa oficina.

Regresó al pasillo acompañado de Leslie, quién tras verse libre de la presencia del perro del *FBI*, tiró de él en un fraternal abrazo.

—¿Sigues de una pieza? —Aquella era su manera de preguntarle si se encontraba bien.

—Por ahora —correspondió a su abrazo con unas palmadas antes de que se separaran—. Pero me sentiré mucho mejor después de tomarme una copa.

—Vamos, te la has ganado.

Sin más, abandonaron su lugar de trabajo y se marcharon a uno de los locales que solían frecuentar los hombres de su camarilla, el único que sabían era lo bastante seguro como para hablar sin que nadie les espiara.

CAPÍTULO 46

Bushwick,
Nueva York

Emily bajó del coche y se quedó mirando el edificio ante ella con una sensación extraña.

Hacía tan solo siete días había estado en ese mismo punto, observando el inmueble al igual que ahora, pero hoy era distinto. La ansiedad, el miedo, la sensación de que no serviría de nada aquella visita parecían haberse esfumado o al menos reducido en cierto modo.

—¿Qué ocurre?

La mano de Lucien deslizándose sobre su espalda no la sobresaltó, ni siquiera le provocó un ligero temblor. Se había acostumbrado a su presencia, a su voz y… Bueno, había tenido una fabulosa terapia de choque en lo que se refería al contacto con ese hombre durante todo el bendito día de ayer.

No volvería a ver los domingos del mismo modo, pensó sintiendo como sus mejillas se calentaban.

Sacudió la cabeza, respiró profundamente y levantó la cabeza para encontrarse con esos ojos azules que la fascinaban y embaucaban en cada oportunidad que tenían.

—Nada —negó acompañando sus palabras con un gesto—. Acabo de darme cuenta de… algo.

Él enarcó una ceja en respuesta.

—¿De lo buenísimo que estoy? —sugirió con su habitual despreocupación—. Siempre he dicho que el blanco es mi color… Pero claro, con esta percha…

A estas alturas, sus estrambóticas respuestas empezaban a resultarles naturales. Empezaba a entender que era una manera de distraerla, de hacer que olvidase lo que estaba pensando y se concentrase en algo más inocuo.

Estaba ante un hombre extremadamente inteligente y camaleónico. Era capaz de pasar de la más absurda payasada a una seriedad absoluta y lo hacía con una facilidad pasmosa.

—En realidad estaba pensando en mí, no en ti.

Su guardaespaldas se llevó la mano al pecho como si hubiese recibido un balazo.

—*Auch*. Eso duele, Emi.

Puso los ojos en blanco y señaló el edificio ante ella con un gesto.

—Mis niveles de ansiedad… han bajado.

—Si llegas a seguir estresada después del maratón de ayer… dimito —le soltó muy digno.

—No me refería a esa clase de ansiedad, capullo.

—Mi gatita saca las uñas —ronroneó—. Eso me gusta —añadió dejando a un lado esa particular comedia para centrarse—. Has estado sometida a mucho estrés y no es sencillo lidiar con todo lo que has tenido que lidiar sola. Necesitabas ganar confianza y si bien no es algo que vayas a adquirir de la noche a la mañana, tú misma te has dado cuenta de que el mundo no es solo para ocultarse de él.

—¿Lo he hecho?

Señaló la calle con un gesto de la mano.

—No soy psicólogo, cariño, pero es obvio que algo ha empezado a cambiar —admitió—. Ya no miras a tu alrededor tan seguido ni con tanta ansiedad, caminas con paso más vivo y no pegas saltitos cuando te pongo las manos encima. Diría que es un pequeño pasito en la dirección correcta.

A medida que enumeraba esas circunstancias, se daba cuenta de que era algo que siempre había hecho de manera inadvertida. Se había acostumbrado a esperar que el peligro viniese de cualquier lado, a pisar con cuidado como si eso pudiese prevenirla de cualquier ataque, viviendo en una continua ansiedad que le había afectado al ciclo del sueño e incluso al de sus periodos.

Con todo lo ocurrido en las dos últimas semanas, había dejado de tomar la píldora que le habían recetado para controlarlos, así como los suplementos vitamínicos que había comprado en una herboristería. Si bien eran cosas cotidianas, que obedecían a una rutina, quedaron relegadas cuando su vida se puso de nuevo patas para arriba.

Tendría que volver a tomarlas, al menos las anticonceptivas, sobre todo si iba a continuar durante algún tiempo más en compañía de ese hombre, pues él había dejado claro que disfrutaría de su compañía siempre y cuando ella se lo permitiera.

La fecha del juicio se acercaba inexorablemente, no sabía que pasaría después de que declarase, si podrían encontrar a ese monstruo y meterlo entre rejas, ni siquiera estaba segura de qué ocurriría esa semana, si conseguiría llegar viva al final de esta, por eso pensaba aceptar lo que le ofrecía y disfrutar de ello mientras durase.

—Y ese pensamiento que acaba de cruzar por tu mente, tíralo a la basura.

Sus palabras la arrancaron de sus pensamientos, devolviéndole toda su atención.

—¿Qué?

Él entrecerró los ojos sobre ella y chasqueó la lengua.

—Te ha cambiado la cara. —Señaló al tiempo que resbalaba los dedos por su mejilla, apartándole el pelo a un lado—. Qué te ha pasado por la cabecita, ¿eh?

—Nada —negó rápidamente—. Nada que merezca siquiera un segundo pensamiento.

—Emi… —Conocía ese tono de voz y la advertencia implícita en sus palabras; estaba exigiendo una respuesta.

—Me ha venido a la cabeza el juicio, eso es todo —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Preferiría no pensar en ello, pero es complicado hacer como si no existiese cuando la fecha del juicio se acerca.

—Los culpables terminarán en prisión —replicó con firmeza, usando ese tono frío que a veces le provocaba escalofríos—. Todos ellos.

Asintió. Deseaba creer en sus palabras, pero sobre todo, que estas se hicieran realidad.

—Veré si Damien tiene algo de información nueva que nos pueda ayudar —continuó él, recordándole la conversación telefónica que había mantenido en algún momento del día de ayer. La melodía del teléfono les había interrumpido en plena cena, si podía llamársele cenar al hecho de estar desnudos en la cama y picoteando en una bandeja con lo que Lucien había rescatado de la nevera. Su amante había respondido tan solo después de ver el identificador de llamada, manteniendo una conversación breve, a base de monosílabos que concluyó con una cita para hoy —. Si ese cabrón está ahí fuera, lo encontraremos, Emi, levantaremos cada maldita piedra hasta encontrarlo y llevarlo ante la justicia.

Asintió de nuevo. Estaba aprendiendo a confiar en él y en sus palabras, unas a las que de momento nunca había faltado.

—Hasta que ese momento llegue, tú seguirás trabajando —la sorprendió con esa rotunda orden—. Sé que lo que te pido es difícil, pero no lo haría si no supiera que puedes hacerlo. Eres

una guerrera, cariño, métetelo en la cabeza.

Sonrió con cierta renuencia, pero lo hizo. Quería hacerlo, era algo que simplemente deseaba hacer.

—Lo intentaré —prometió en voz alta.

—No lo intentes, hazlo —exigió con esa petulancia suya tan sexy—. Y puedes ir empezando por hacerlo ahí dentro. Deja que te ayuden. Esta batalla no tienes que librarla tú sola. Estoy aquí. Cassidy y Damien están aquí. Tu terapeuta está aquí. Te ayudaremos a luchar y a ganar.

Se lo quedó mirando durante unos segundos, entonces dejó escapar un profundo resoplido y le dedicó un burlesco saludo militar.

—Señor —declaró imitando un saludo militar—. Sí, señor.

La comisura de los labios masculinos tiraron de estos hasta formar una particular y sexy sonrisa que le provocó un escalofrío de placer.

—No tienes idea de lo mucho que me gustaría escuchar esas dos palabras en un contexto muy distinto —declaró en un tono profundo, erótico, puramente sexual—. Espero que algún día confíes en mí lo suficiente como para hacerme ese regalo.

La forma en la que pronunció esas palabras y el anhelo que vio en sus ojos durante una breve fracción de segundo movió algo en su interior.

—Yo…

Se encontró con su dedo índice sobre los labios acallando su respuesta y un travieso guiño.

—No es el lugar ni el momento —dijo con suavidad, entonces retiró el dedo y la besó en los labios. Un beso ligero y fugaz que le supo a poco—. Por ahora tú tienes trabajo que hacer ahí dentro y yo tengo que acercarme al *Chaser*. Te acompañaré dentro y te recogeré cuando salgas, así que sé buena y espérame, ¿oído, señorita?

—Oído, señor.

Asintió satisfecho y la acompañó a través de la calle hacia el edificio, escoltándola como la primera vez hasta la puerta.

CAPÍTULO 47

Gimnasio Chaser
23 de Belmont Ave,
Brownsville

—¿Dónde está ese cabronazo?

Lucien atravesó el gimnasio y entró directamente en el despacho que solían compartir Dain y Horus, al ver que ninguno de los dos había empezado todavía sus clases. Hoy era este último el que estaba detrás de la mesa comprobando algunos papeles que tenía sobre esta.

—Hola a ti también —replicó levantando la mirada del trabajo—. ¿A qué cabronazo buscas exactamente? ¿El que es igualito a ti o el que tiende a dejar sumisas atadas en mi club?

La alusión a la noche en la que Damien ingresó al club acompañado de Sophie le indicó que ya andaba por allí.

—A mi hermano lo tengo muy visto —aseguró con un resoplido—. Damien. Dónde.

El hombre señaló con un dedo la puerta por la que acababa de entrar.

—En la sala del fondo —indicó—. Ha reunido a los chicos para darles una charla de lo más entretenida. Ya sabes *«o te comportas o pasarás el resto de tu vida en una celda»*.

Una de las charlas favoritas de su amigo, pensó poniendo los ojos en blanco.

Desde que Faith cayó en el regazo de su hermano y el proyecto V.I.D.A. empezó su andadura, la galletita se había esforzado en ofrecerles a los chicos del barrio una alternativa a la vida que conocían. La labor que tanto Horus como Dain, con el apoyo del Reverendo John, habían comenzado con el gimnasio, empezaba a cobrar nuevas dimensiones gracias a la profesora y a Sophie, quién conocía de primera mano los problemas existentes en los barrios.

Sus compañeros del *Blackish* habían ofrecido a través del deporte de contacto una salida a esos chavales. Les ayudaban a lidiar con la rabia, con la desesperación y a canalizar toda esa furia hacia algo bueno, algo que pudiese procurarles un futuro; y estaba funcionando.

El *Chaser* estaba siendo tomado como modelo para rehabilitar gimnasios en otras zonas del país. Sabía que se había abierto uno en Chicago y otro en Filadelfia, ambos gestionados por un ex boxeador y un maestro de kárate que se habían retirado de las competiciones por lesiones y otros problemas. Incluso la liga juvenil se había interesado por alguno de los chicos, ofreciéndoles becas deportivas con las que poder cursar estudios universitarios, algo que muy pocos podían permitirse.

Quizá no pudiesen salvarlos a todos, pero cada hombre y mujer que saliese de estas instalaciones con la mirada puesta en el futuro y lejos de las armas, era una victoria para todos ellos.

—Damien me ha pedido que os reserve un espacio en el piso de arriba para el próximo viernes —comentó, haciéndole saber que estaba al tanto del nuevo encuentro—. ¿Todo bien con *tu Emi*?

«Tu Emi». No pudo menos que esbozar una perezosa sonrisa de satisfacción al escuchar aquello. No había nadie más observador que un Dom, pensó, además de que no era como si no hubiese actuado como un auténtico cancerbero a su alrededor. Era su trabajo, claro, uno que

había llevado más allá del terreno profesional.

—*Mi mujer* ha hecho algunos avances en el camino correcto —admitió, dejando claro de ese modo que ella era suya—. Solo espero que lo que viene a partir de ahora no haga que retroceda.

Hizo una mueca ante el solo pensamiento, entonces, cómo si hubiese recordado algo se volvió hacia él.

—¿Max va a impartir el taller de este jueves en el *Blackish*?

Horus enarcó una ceja ante la inesperada pregunta y asintió.

—¿Por qué? ¿Crees que podrás sacar tiempo para hacer una demostración de *Shibari*?

Se rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—No creo que Emi esté preparada todavía para ello —admitió—. Pero si necesitas al *Maestro Skywalker*… podría ingeniármelas para dejarme caer por allí.

—Mira que bien, ya te pones títulos tú solito —replicó Horus con palpable diversión—. No te preocupes. Concéntrate en tu chica. Max estará esta semana en la ciudad, así que si quieres hablar con él, el jueves es un buen día. Creo que mencionó que saldría de viaje el domingo… Te juro que no soy capaz de seguirle la pista a ese tío. Empiezo a plantearme seriamente el hacer cuadrantes para el club… Es eso o buscar nuevos Doms que quieran colaborar.

—No me digas que te estás quedando sin voluntarios…

—Es complicado atender a tus deberes con todos los sentidos, cuando tienes una sumisa a cargo de la que estar pendiente… —admitió. Una manera de decir que había un buen porcentaje de socios que estaban ya comprometidos o en una relación estable—. Con los talleres podemos arreglarnos, pero los fines de semana… Brian y yo hemos estado hablando sobre el tema, de si debiéramos privatizar completamente el *Blackish* y quedarnos simplemente con los socios que tenemos.

Lo que suponía cerrar el ingreso a nuevos posibles socios y mantener el club como una sociedad privada para el uso de los que ya estaban dentro.

—De todas formas, antes de tomar cualquier decisión al respecto, preferiría contar con vuestras opiniones —concluyó y señaló los papeles—. Por eso me pillas en medio del papeleo, estaba aprovechando que tengo un rato libre para ver cómo van las membresías antes de mandar una circular a todos los socios.

—Lo que decidáis me parecerá bien —asintió sin reparo alguno—. Puedo hablar por Dain con respecto a esto. Ambos nos sentimos parte del *Blackish*, es como nuestra segunda casa, una *kinky*, si decidís privatizar, nosotros estamos conformes.

El dueño del club asintió.

—Lo tendré en cuenta —asintió. Entonces señaló de nuevo la puerta—. Por cierto, el viernes el club mantendrá la dinámica habitual.

Lo que significaba cuero y BDSM, comprendió tomando ya nota mentalmente sobre cómo abordar ese nuevo paso con su mujer.

Levantó el pulgar a modo de respuesta y abandonó la oficina para ir en busca de Damien.

Tal y como su amigo le había mencionado, encontró al agente charlando cómodamente con un puñado de chavales. Su postura distendida, el que ocupase un lugar a la misma altura que ellos, hacía que el grupo se sintiese cómodo, que lo vieran como uno más de ellos; la clave a la hora de llegar a esos chavales.

Lucien echó un fugaz vistazo al reloj y calculó mentalmente el tiempo del que disponía antes de recoger a Emily. Satisfecho se cruzó de brazos y se apoyó en la pared cercana a la puerta dispuesto a esperar a que el poli terminase con su exposición.

Era curioso, pues ninguno de esos chicos sabía que están hablando con un agente del gobierno, para ellos no era otra cosa que un poli de barrio más, sin duda porque esa era la cantera de la que Damien había mamado toda su vida.

—…y hasta aquí voy a daros el coñazo —le escuchó dar por terminada la charla—. Si tenéis preguntas al respecto o necesitáis algún tipo de información adicional, no dudéis en atosigar a vuestros senséis con ellas.

Los chicos rieron ante esa aparente ausencia de compromiso.

—Bueno, venga, también podéis atosigarme a mí —añadió con un chasquido de la lengua —. ¿Preguntas?

Una de las chicas levantó la mano con gesto coqueto.

—Agente Knight, ¿actualmente está saliendo con alguien?

La pregunta arrancó una sonrisa tanto en él como en el aludido, quién levantó la cabeza y cruzó la mirada con la suya.

—Pues verá, señorita, en estos momentos, tengo una complicada relación con el tío grande de ahí abajo —lo señaló, haciendo que todos se giraran a mirar.

Lucien levantó las manos a modo de rendición.

—No soy celoso, *amor*, sabes que me gusta compartirte —replicó con fingida indiferencia —. Pero solo un poquito, Tasha, que me lo gastas.

La chica puso los ojos en blanco, mientras los demás se reían a carcajadas, dándose empujones entre ellos.

—Joder, tía, cómo te pasas.

—Bueno, tenía que intentarlo —replicó la chica sonriendo con un encogimiento de hombros mientras le dedicaba un guiño a su amiga.

—¿Alguna pregunta más y que no sea de índole personal? —preguntó Damien mirando a los chicos allí reunidos.

Tras responder a un par de interesantes y genuinas preocupaciones, así como darles un par de teléfonos a uno de los chicos que se había interesado en el tema, el puñado de chavales abandonaron la sala dejándolos solos.

—¿Emily?

—En su cita con la terapeuta —informó—. Lo que me recuerda, ¿qué coño pasa con esa evaluación psicológica que ha pedido el puñetero juez?

—Cassidy se está encargando de ello —chasqueó—. El nuevo juez ha sido informado que la señorita Dillinger no está disponible, no le ha gustado, como tampoco le ha gustado demasiado recibir la nueva declaración como prueba que inculpaba a Lester Zimmerman. Digamos que le ha dado una rabieta y exige que dicha declaración sea ratificada personalmente por la testigo. El fiscal le ha enseñado el dedo corazón con todo cariño y le ha dicho que la testigo la ratificará delante del tribunal cuando se presente a declarar en el juicio.

—Menudo circo.

—No te haces ni una idea —resopló y sacudió la cabeza—. En fin. ¿Qué tal lo lleva? ¿Le has dicho ya lo de Zimmerman?

Asintió.

—Lo sabe —confirmó encontrándose con su mirada—. También está al corriente de que ese tal Sultán puede ser el verdadero cabecilla de toda la trama.

Su amigo correspondió a sus palabras con un ligero asentimiento de la cabeza.

—Ahora, lo que yo quiero saber es quién es ese hijo de la gran puta y por qué ese agente Carson del FBI está tan desesperado por hacerse con la custodia de Emily Dillinger —exigió sin

andarse con rodeos—. Quiero esa respuesta y la quiero ya.

—Cassidy…

—¡A la mierda Cassidy! —siseó enfrentándose a él—. Me importan una mierda los tejemanejes y los jueguecitos que se traigan entre las dos agencias, lo único que quiero es saber cómo coño proteger a *mi mujer*.

No tenía tiempo para andarse con rodeos ni subterfugios, se trataba de la vida de su chica y no pararía hasta asegurarse de que el cabrón que la había torturado y dejado todas esas cicatrices sobre su cuerpo estuviese a dos metros bajo tierra a poder ser.

—Permaneciendo cerca de ella —contestó su amigo—. Esa es la mejor manera que tienes de protegerla.

—Damien…

Levantó una mano para frenarle.

—Ese tipo ha resultado ser un viejo conocido del *FBI*, uno bastante escurridizo —continuó dándole la información que había pedido—. Tiene el dinero y el poder suficiente como para comprar armas, ejércitos y la misma ley, cosa que hizo hace cinco años.

Esperó paciente a que fuese desgranando la información a fin de obtener algo que le resultase útil.

—Se le han conocido varias identidades, pero la que suena con más fuerza es la de Melik Al-Kazir —le dio lo que había venido a buscar, un nombre—. Se cree que fue el que estuvo detrás del secuestro de la intérprete del embajador americano en Abu-Dabi, la cual apareció muerta, junto a otras dos mujeres extranjeras a los pocos días del asalto que sufrió el convoy en el que viajaban. Carson fue el que encontró su cuerpo desfigurado y con visibles señales de tortura; ella era su hermana.

Jesús. Siseó en voz baja al comprender el alcance de todo aquello.

—Carson ha estado moviendo cielo y tierra desde entonces para dar con el culpable del asesinato de la chica —continuó Damien—. El tipo consiguió un testimonio que apuntaba directamente a Melik Al-Kazir, uno que había visto a una mujer con las características de la interprete en una de las muchas propiedades del árabe, pero cuando llegó la hora de llevar al testigo a declarar, el testigo había desaparecido. Lo encontraron al día siguiente al borde de la carretera, con una bala en la cabeza.

Y sin testigo, no hay testimonio ni acusación, no cuando las autoridades de la zona deben además responder por un asesinato de un ciudadano extranjero en suelo nacional.

—¿Cómo es posible que algo así no saltase a la prensa? —Sabía que era una pregunta retórica. Tal y como le acababa de decir, ese hijo de puta tenía el poder y el dinero suficiente para comprar a quién hiciera falta—. Olvídalo… No hace falta que contestes.

—Si ese tipo es el mismo que ha… retenido y torturado a Emily —continuó Damien eligiendo las palabras con cuidado—, significa que lo ha hecho aquí, en los Estados Unidos. Si ella consigue identificarlo, si puede señalarle como el único responsable de lo que le ha ocurrido y se comprueba que ese cabrón ha estado en este país durante ese periodo de tiempo… Tendríamos todo lo necesario para acusarlo formalmente y obligar a las autoridades del país en el que esté, a que colaboren o que sean acusadas de dar asilo a un asesino.

Apretó los dientes porque lo que decía no solo tenía sentido, sino que también era factible. Pero Dios, no era algo que pudiese hacerse de un día para otro, ni siquiera era una garantía de que ese monstruo acabase ante la ley.

—Carson debió encontrar paralelismos entre el caso de Emily y el de su hermana, la primera declaración de tu chica y su descripción del culpable de las agresiones debieron alertarlo

y a partir de ahí se aseguró de que sus sospechas fuesen una realidad —concluyó—. Cassidy no puede darle largas durante más tiempo, el FBI está presionando para hacerse con el control del caso y si todavía no lo han hecho es solo porque la *ICE* tiene ganas de joder a los federales.

—¿Eso es todo lo que quiere? —preguntó mirándole de soslayo—. ¿Qué ella confirme la identidad de ese hijo de puta?

Asintió y vio en sus ojos que creía realmente en que esa era la razón por la que Carson estaba tan interesado en dar con el paradero de la chica.

—Carson puede ser un auténtico coñazo hijo de puta —aseguró Damien sin darle más vueltas—. Pero su hoja de servicios es intachable. Es leal a su país y un agente de campo realmente bueno. No he oído una sola palabra que no fuese de elogio de sus compañeros, alguno incluso daría su vida por él. Puede que no me gusten sus métodos, que no los comparta, pero si te sirve de algo mi palabra, si tuviese que confiar en alguien dentro del FBI, él sería el primero.

Y viniendo de alguien tan desconfiado como el hombre que estaba delante de él era toda una declaración.

Respiró profundamente y tomó una decisión que sabía no le correspondía, pero que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte para su mujer.

—Dile a Cassidy que tiene su reunión —le informó con un resoplido—. Que traiga a Carson y podrá hablar con Emi.

Ahora solo faltaba que su mujer accediese a esa reunión.

CAPÍTULO 48

—No.

De todas las cosas que podían estropear un buen día, la pregunta que Lucien acababa de dejar caer sobre ella era la primera en cualquier lista.

La sesión de esta tarde con la terapeuta fue más intensa de lo que esperaba. Cuando se dio cuenta, estaba hablando y hablando, poniendo en palabras las dudas, los miedos, la incomprensión y sacando a la luz una rabia tan profunda que le sorprendió haber terminado gritando.

La muerte de Lester la había afectado, no era tan inmune a su destino como habría deseado y todo porque este también la implicaba a ella. Se sentía furiosa consigo misma por no haber declarado antes, por haber reprimido esos recuerdos y dejar que el miedo la mantuviese cautiva.

Después estaba la incomprensión de por qué le había ocurrido todo aquello, la ausencia de respuestas a los motivos que movían a la gente a perpetrar tales crímenes y su propia mala suerte.

Vertió todos los insultos que tenía en su haber en la consulta mientras la doctora aguantaba el chaparrón con estoicidad, entregándole de vez en cuando algún pañuelo de papel e incluso ofreciéndole un vaso de agua cuando su garganta llegó al límite.

Había purgado sus emociones y tenía que admitir que fue un buen ejercicio. Terminó agotada, pero se encontró mucho más liviana y con la mente más clara de lo que lo había estado en mucho tiempo.

Se sentía en paz consigo misma y lo único que deseaba era disfrutar de ese extraño momento que no sabía si duraría.

Lucien ya la esperaba cuando atravesó la puerta de la consulta, intercambió un breve saludo con la doctora y la acompañó hasta el coche, aceptando sin más su deseo de volver a casa y saltarse la paliza que se empeñaba en que le diese al saco de boxeo.

La idea de sentarse en el sofá con un enorme bol de palomitas y ver alguna película le parecía el final perfecto para un día emocionalmente agotador, pero el plan se fue a la mierda tan pronto llegaron a casa y él le habló del encuentro que había tenido con Damien Knight.

—No me reuniré con nadie —insistió con voz firme, sintiendo como se le aceleraba el pulso y sus nervios volvían a la vida—. Quiero que me dejen tranquila, que se olviden de mí. Ya tienen mi declaración, ¿qué más quieren?

—Lo mismo que tú —respondió él con su habitual franqueza—. Llevar ante la justicia a ese hijo de puta.

—¡Han tenido ocho meses para hacerlo! ¿Y está en una celda? ¿Le han metido un tiro en la cabeza? No —replicó elevando la voz, luchando con la rabia y los temblores que empezaban a sacudirla—. No han hecho absolutamente nada. ¿Por qué eso habría de cambiar ahora? Les he dicho todo lo que sé al respecto, se lo he detallado y no han conseguido nada.

—Emi, sé cómo te sientes, pero…

—No, no lo sabes —lo cortó y al momento se arrepintió de la brusquedad con la que replicó—. Nadie podrá saber jamás lo que he sentido, lo que he tenido que pasar… —Levantó la cabeza y lo miró a los ojos—. Estoy cansada de que me compadezcan, Lucien. No quiero compasión, no quiero que empaticen conmigo… Quiero que cojan a ese hijo de puta y le abran en canal.

Le sostuvo la mirada durante unos segundos y finalmente dejó escapar una especie de suspiro.

—Hace cinco años, una intérprete estadounidense que trabajaba para el embajador americano fue secuestrada y torturada… —le informó y su voz perdió todo borde amable para convertirse en una placa de hielo—. Hallaron su cuerpo sin vida un mes después… La mujer era la hermana del agente del FBI que quiere encontrarse contigo, Leslie Carson. Está convencido de que el culpable del asesinato es el mismo monstruo.

Emily sintió que el color se le esfumaba del rostro, de repente las piernas le flaquearon y se tambaleó. Habría caído al suelo de no ser por la rápida reacción del hombre junto a ella, quién la sentó en el sofá.

—¿Qué? —Le miró intentando asimilar lo que acababa de decirle.

Lucien se acuclilló delante de ella y le sostuvo ambas manos entre las suyas.

—El *FBI* lleva todo este tiempo rastreándolo, pero dada su nacionalidad y el lugar en el que se produjo el primer asesinato… se han encontrado hasta el momento con las manos atadas —le explicó—. Las circunstancias que rodean ese caso se asemejan demasiado al tuyo, las pruebas que se encontraron, la manera en que esa mujer… —Hizo una pausa, pero ella sabía que se refería a su muerte, un destino que ella misma habría compartido si las cosas no se hubiesen torcido de algún modo para ese monstruo.

—Él la mató —respondió en su lugar—. Ellas entraban en aquella habitación y no volvían a salir… y si lo hacían… —Se estremeció ante el solo recuerdo, cerró los ojos con fuerza y se obligó a respirar a través de la bilis que le subía por la garganta—. Ya no estaban con vida.

Las manos masculinas empezaron a frotar las suyas con suavidad, procurándole el calor que había perdido.

—Pero… cinco años… —Su mente se había quedado anclada en ese dato—. Es demasiado tiempo…

Demasiado para alguien que disfrutaba golpeando, vejando y destrozando el cuerpo de una mujer, arrancándole la vida a latigazos mientras se reía.

Se encogió. No quería volver allí, no podía revivir aquello.

—Luc, no puedo… —susurró buscando el único apoyo que había encontrado, la única roca sólida a la que aferrarse—. No puedo volver allí…

Las fuertes y callosas manos dejaron las suyas y le acunaron el rostro, obligándola a abrir los ojos y encontrarse cara a cara con él.

—No te dejaré hacerlo —sentenció con absoluta firmeza—. Tu lugar está aquí, conmigo, no dejaré que te sumerjas en una pesadilla como esa otra vez.

Tragó con dificultad, aferrándose a esa mirada, a la seguridad que veía en ella, a la inquebrantable fortaleza que siempre lo envolvía.

—Es tu decisión, Emi, siempre será tu decisión —le recordó con rotundidad—. Pero ahora mismo eres la prueba viviente más importante que tenemos para detener a ese engendro. Tú eres la única que puede identificarle, la que tiene el poder para terminar con esta pesadilla e impedir que se repita.

—Has dicho que le estaban… rastreando —recuperó otro pedacito de información que saltaba a través de su embotada mente—. Que conocen su nacionalidad… Esa mujer… hace cinco años… Ellos, ellos tienen un nombre.

El corazón le dio un vuelco cuando vio a Lucien asentir.

—Su nombre es *Malik Al-Kazir*.

Emily dejó de respirar, sintió que el mundo se detenía a su alrededor y en su mente el

rostro de la muerte tuvo por fin nombre y apellido. Dejó de ser alguien anónimo, el mal en sí mismo y cobró forma humana, una malvada, dañina, pero finita como era la humana.

—Emi —Apenas notó las manos de Lucien bajando a sus brazos, frotándoselos. Estaba en shock, se había quedado totalmente ida, su mente había dejado de funcionar durante algunos segundos—. ¿Emily?

Se las ingenió para girar el rostro y levantarlo, para centrarse de nuevo en esa mirada azul visiblemente preocupada.

—Él… me pegó, me golpeó hasta dejarme sin sentido, me… me arrancó la piel a golpe de látigo… —murmuró dejando escapar las palabras—. Malik… Su nombre… Él era una persona, no un monstruo, ni una pesadilla… Era un hombre de carne y hueso. ¿Cómo es posible que un ser humano sea capaz de tanta maldad, Lucien? ¿Cómo es posible?

—Puede que tenga el aspecto de un ser humano por fuera, el de un hombre, pero en su interior no existe alma alguna —declaró su amante con firmeza—. Es un monstruo, no le des otro nombre, no lo humanices, lo que te hizo, lo que os hizo… No es de alguien al que se pueda llamar hombre.

Asintió, pero ni siquiera sabía si lo hacía porque comprendía sus palabras o solo para tranquilizarlo. En todo el tiempo que llevaba a su alrededor, jamás le había visto tan nervioso y preocupado.

—Está bien… —murmuró y llevó la mano sobre la barbuda mejilla—. Soy una guerrera, ¿recuerdas? He sobrevivido al infierno… Y sobreviviré a esto.

—Eres *mi* guerrera —declaró cogiéndole la mano y besándole la palma—. Estoy orgulloso de ti.

Se tomó unos segundos para tomar una profunda bocanada de aire y alejar un poco el temblor que todavía la dominaba.

—¿Cuándo vamos a verle? —preguntó intentando volver a centrarse—. Si hay… aunque sea una mínima posibilidad… de que ese monstruo sea apresado… Haré lo que sea.

—He pedido a Damien que los convoque a Cassidy y a Carson el viernes en el *Blackish*.

La mención del club erótico la sobresaltó, espabilándola un poco más.

—¿El *Blackish*? —repitió y la pregunta surgió como un graznido de su garganta.

—Es el lugar más seguro. —Lucien abandonó su lugar a sus pies, se sentó en el sofá y tiró de ella hasta sentarla sobre sus piernas y poder así rodearla con los brazos—. No voy a arriesgar tu seguridad. Tendrás que confiar en mí y soportarme, porque voy a ser la única persona a la que veas las veinticuatro horas del día hasta que todo esto se aclare.

—Veinticuatro horas al día —repitió acurrucándose en sus brazos, sintiéndose segura entre ellos—. Bueno, vale.

Notó como él se reía por la vibración de su pecho.

—Nunca he tenido una cautiva tan bien dispuesta.

—¿Soy tu cautiva? —preguntó levantando la cabeza para mirarle.

—Eres lo que quieras ser, cariño —aseguró devolviéndole la mirada—. Nada más y nada menos.

Permanecieron en silencio durante un rato. Emi se permitió disfrutar del calor del cuerpo masculino, dejando que este le devolviese el suyo y calmara el nerviosismo que todavía la recorría.

—No voy a disfrazarme de nuevo.

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiese detenerlas. No podía dejar de darle vueltas al lugar de reunión elegido, así como al hecho de que todos ellos pareciesen tener ese

punto de conexión.

Cada una de las personas con las que se había cruzado en las últimas semanas parecían estar relacionadas con ese lugar y no lograba ver cómo podían encajar, cómo funcionaba esa comunidad.

—No tendrás que hacerlo, el viernes el club funcionará con su dinámica habitual.

Levantó la cabeza para encontrarse con sus ojos.

—¿Y esa sería?

Lucien no respondió enseguida, parecía estar buscando las palabras correctas.

—No tienes que adornarlo, así que dispara.

—¿Sabes lo que es el *BDSM*?

—¿Más allá de lo que se puede leer en las novelas románticas?

Él puso los ojos en blanco.

—Si me dices que eres fan de esa *novelucha* del tres al cuarto, te zurro el culo.

Enarcó una ceja y negó con la cabeza.

—No soy fan de *noveluchas* —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Me gusta leer cosas con un poquito más de peso. Y mucho me temo que mi interpretación del *BDSM* sería: *Borrachos Desquiciados Sedientos de Merlot.*

Una sonora carcajada brotó de la garganta masculina. Podía notar su risa verberando en su pecho, una que tiró al mismo tiempo de sus labios.

—Pero supongo que ese no es el verdadero significado del acrónimo —concluyó un poco avergonzada por haber dicho aquello para empezar.

—No, pero deberían patentarlo en algunos clubes —replicó sin parar de reír—. Por dios, que bueno.

Ocultó una sonrisa propia y esperando a que él se serenase antes de preguntarle:

—Supongo que el hecho de que conozcas el club es porque eres uno de sus usuarios —murmuró en modo reflexivo.

—Soy uno de sus socios —admitió buscando su rostro, cogiéndole la barbilla con los dedos y levantándosela hasta que se encontraron sus miradas—. Soy dominante.

—Eso salta a la vista —musitó—. Mandón eres un rato.

Sus labios se curvaron y se inclinó sobre sus labios, aunque sin tocarlos.

—Dominante sexual —especificó—. Habrás notado que me gusta llevar la voz cantante en el dormitorio.

—Um… Sí.

—Bien, pues esa es mi naturaleza —admitió con sencillez—. Es mi estilo de vida. Me excita tener el control en el sexo, el de mi pareja, ver como se somete a mí y a mis deseos y conducirla a una satisfacción plena y absoluta.

Sus palabras, pronunciadas con esa sensual cadencia que tenía su voz le provocó un escalofrío de placer e hizo que su sexo palpitara, humedeciéndose.

—Soy partidario de los juguetes sexuales, pero mi especialidad es el *bondage*, más concretamente el *Shibari*.

—El arte oriental de la atadura —reconoció la palabra. Recordaba haber visto unas fotografías artísticas sobre el tema en una galería de arte cuando estaba en la universidad. Le habían parecido muy sensuales y artísticas.

—Muy bien —asintió complacido de que conociese el concepto—. Originalmente fue inventada como una técnica de tortura e inmovilización de los prisioneros. Requería de unos conocimientos y movimientos muy específicos y solo podía ser ejecutada y enseñada por un

guerrero samurái. Con el paso del tiempo se ha ido modificando y adaptando, derivando en una forma de arte erótico y sensual dentro de la cultura japonesa, aunque hay quién también lo considera un tipo de restricción erótica dentro del bondage.

—Así que se te da bien hacer nudos con cuerdas.

Lucien volvió a reírse.

—Se me da un poquito mejor que bien —replicó con esa petulancia tan suya. Entonces le dio un breve cachete en la nalga y la empujó sobre sus pies—. El segundo cajón del mueble de la esquina —le indicó con un gesto de la mano—. Te dejo que elijas el color.

Emi no pudo evitar fruncir el ceño, pues no tenía idea de lo que le estaba hablando.

Curiosa por ver a qué se refería, cruzó el salón y abrió el cajón encontrándose en su interior un buen surtido de juguetes sexuales perfectamente colocados y una pequeña caja transparente en la que había tres cuerdas de bondage.

Se quedó congelada en el sitio. Sus ojos omitieron los juguetes y se quedaron clavados en las cuerdas mientras un sudor frío le bajaba por la espalda.

—¿Emi?

Sabía que había pronunciado su nombre, pero hizo caso omiso. Su mente se había cortocircuitado, volviendo a aquella habitación, a los gritos, a las súplicas y al horrible dolor que solo desaparecía cuando se desmayaba.

Empezó a temblar tanto que tuvo que aferrarse al mueble.

—Te ató, ¿no es así? —La voz de Lucien sonó a su espalda. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había levantado, pero estaba allí con ella—. Te inmovilizó para golpearte.

Tragó y consiguió mover la cabeza en una tiesa afirmación.

—Grilletes… cadenas… cu… cuerdas… —Le costaba bajar la saliva—. Me… me encadenó… muchas veces… Él… él lo hacía y lo disfrutaba. Su risa… Se reía como un maníaco…

Cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás, chocando con su pecho, quedándose así, totalmente quieta mientras luchaba por respirar.

—¿Se irán alguna vez? —musitó con voz entrecortada—. ¿Este miedo se irá? ¿Estos recuerdos?

No pudo contener un escalofrío al sentir las manos masculinas resbalando por sus brazos. Sus dedos se cerraron en sus muñecas y esa boca que conocía tan bien, por la que se moría, cayó sobre su cuello.

—Si no podemos hacer que se vayan, crearemos otros que los sustituyan —declaró tras besarla en el cuello—. ¿Confías en mí, Emi?

Asintió. A estas alturas, él era el único en el que se atrevía a confiar.

—Entonces deja que te ate.

Su petición la puso de nuevo rígida.

—Te prometo que no habrá dolor, solo placer —continuó deslizando los labios hacia el lóbulo de la oreja, chupándoselo y arrancándole un jadeo—. No te lastimaré la piel, aunque dejaré sobre ella marcas que te recordarán durante un tiempo que yo y solo yo te he atado.

—Lucien…

—Déjame amarte como deseo —insistió y sus palabras le provocaron una punzada en el pecho—, déjame que te enseñe otra manera de sentir placer. Déjame hacerte mía una vez más.

Sus palabras eran como un afrodisíaco, debilitaban sus defensas, la hacían desear más, le hacían desearle a él.

—¿Qué me dices, Emi? —le ronroneó al oído—. ¿Dejarás que te haga gritar de placer?

Se lamió los labios y asintió.

—En voz alta, cariño, quiero oírlo de tu boca.

Respiró profundamente y encontró su voz.

—Sí —murmuró volviéndose en sus brazos, encontrándose con esos ojos azules llenos de deseo y eróticas promesas—. Hazlo, por favor.

Sonrió, le dedicó esa sonrisa que prometía toda clase de pecaminosas cosas y bajó sobre su boca con una única frase.

—Entonces te haré gritar mi nombre una y otra vez.

CAPÍTULO 49

Un regalo. Toda ella era un regalo pensó Lucien mientras bajaba la boca sobre la suya y planeaba ante esos deliciosos labios. Resbaló las manos una vez más por sus brazos, acarició sendas muñecas con los dedos y se las aferró, moviéndolas hacia su espalda. La sujetó así, con una sola mano, mientras le envolví la cintura con el brazo y la empujaba contra él.

Notó al momento la rigidez en su cuerpo, lo que aquella posición sin duda le recordaba, así que se tomó su tiempo para hacer que la olvidase y se concentrarse en algo más.

—Tranquila —la acarició con su aliento—. Estás conmigo.

Le pellizcó el labio inferior con los dientes, deslizó la punta de la lengua sobre el mordisco y la sumergió en su boca en un caliente beso. Ella gimió contra sus labios, perdiendo un poco de su previa rigidez al tiempo que intentaba liberarse de su asimiento y correspondía a su lengua con una caricia de la suya.

Lucien gimió ante su sabor. Podía pasarse la vida besando esos labios y nunca tendría suficiente, de hecho, no veía la hora de poder verlos alrededor de su polla, haciendo desaparecer su carne poco a poco. Como si compartiese su pensamiento, su sexo se irguió aún más bajo la cremallera del pantalón reclamando atención, pero tendría que esperar a que llegase su turno. Por ahora, esa húmeda cavidad era toda suya y no tenía intención de saciarse demasiado pronto.

Ella era dulce y caliente, poseía una sensualidad arrolladora que se ocultaba debajo de esa preciosa timidez, una que derribaba con cada respiración compartida. Le permitió explorar el interior de su boca, enrollar su lengua con la de ella y disfrutó de ese creciente temblor que recorría su cuerpo y que ya nada tenía que ver con el miedo y sí con el deseo.

Deseaba arrancarle la ropa del cuerpo, deslizar las manos sobre cada centímetro de su piel, perderse entre esos apretados muslos y descubrir si estaba ya tan mojada como suponía. Quería ver el deseo bailando en sus ojos oscurecidos por la necesidad, sus labios gesticulando en una hambrienta súplica, deseaba fervientemente que se sometiese a él, que se entregase voluntariamente a sus juegos y para conseguirlo tendría que ser tan paciente como astuto.

Gruñó al romper el beso, despegándose de sus labios y la miró a la cara. Esos bonitos ojos lo miraban con un aturdimiento y una expresión tan sensual que sus próximas palabras surgieron solas.

—¿Estás ya mojada por mí, Emi? —la tentó con un beso fantasma, una caricia de los labios que no llegó a tocar los suyos—. ¿Puedes notar lo húmeda que estás?

Sus mejillas, ya arreboladas, aumentaron de intensidad, su mirada se escabulló y no tuvo más remedio que recuperarla. Le cogió la barbilla y le sujetó el rostro de modo que lo mirase a la cara.

—Dímelo —ordenó en un tono bajo, sensual—. Quiero saber cuán mojada estás.

Los ojos castaños se abrieron de par en par cómo si no pudiese creer que le hubiese hecho esa pregunta. Le temblaban los labios y respiraba mucho más rápido mientras intentaba encontrar una respuesta a la indiscreta pregunta.

—Yo…

Sonrió perverso y bajó la mano que previamente le sujetaba la barbilla bordeando su cuerpo, ciñéndole las costillas, la cadera, deslizándose hacia sus nalgas para bajar entre estas y

aferrarle el sexo a través del pantalón.

—¿Tengo que averiguarlo yo? —chasqueó mirándola a los ojos—. ¿Quieres que deslice los dedos dentro de tus braguitas y lo descubra por mí mismo?

Resbaló el talón de la mano sobre la costura de los vaqueros, apretándola contra su sexo, para escucharla gemir de nuevo.

—Podría hacerlo, pero ¿sabes? —bajó la mirada sobre el cuerpo femenino antes de volver a subir y capturar sus ojos—. Quiero que lo hagas tú.

—¿Qué?

La sorpresa que se reflejó en su cara era tan tierna que le dieron ganas de comérsela a besos.

—Quítate la ropa —ordenó liberando sus manos. Dio un paso atrás y se sentó cómodamente en el sofá—. Te quiero desnuda.

Un pequeño temblor recorrió el cuerpo femenino. Lucien estuvo atento a cada reacción posible, controlando en todo momento su respiración, el color de su piel, la expresión en sus ojos y en su rostro. Si entraba en pánico lo sabría y actuaría en consecuencia.

Optó por permanecer en silencio, controlándola tan solo con la mirada, contemplando su reacción. Vio como su rostro pasaba de la sorpresa a la incertidumbre y de esta a la vergüenza. Entonces, sus pechos se alzaron al compás de una profunda respiración y Emi empezó a desprenderse poco a poco de las prendas.

Gracias a dios que solo llevaba unos ceñidos tejanos, el suéter y una camiseta encima de la ropa interior o tendría que atarse a sí mismo para evitar ponerle las manos encima.

Prenda a prenda fueron abandonando su cuerpo y quedando en un montoncito a su lado. La luz de la lámpara del salón iluminaba esa curvilínea y voluptuosa figura, convirtiendo las cicatrices en extraños tatuajes que decoraban sus pechos, muslos y vientre en la posición en la que estaba ahora.

—Pero mira que eres bonita… —la galanteó y se relamió con toda intención—. Ahora el sujetador, cariño.

El deseo destelló en sus ojos, el rubor cubría ahora su cuerpo y pareció incrementarse cuando el pedazo de tela que le cubría los pechos cayó al suelo. Sus pezones despuntaban erguidos sobre las aureolas color canela, se pasó la punta de la lengua por los labios y recordó lo mucho que le había gustado succionarlos.

—Las bragas fuera. Ahora. —Su voz sonó oscura y ronca, una orden directa que no permitía ser ignorada.

Por dios. Tuvo que aferrarse disimuladamente al sofá para no saltar sobre ella cuando la vio meter los pulgares en el elástico de las braguitas y empezar a deslizarlas por esas largas piernas hasta quitárselas por completo.

Era toda una visión verla de pie en el medio de su salón, completamente desnuda, respirando a duras penas y lo bastante azorada como para que no supiera que hacer ahora con las manos.

Sin mediar palabra, abandonó el asiento y caminó hacia ella. Le cogió de nuevo la barbilla y se la levantó para mantener sus miradas a la par.

—Separa las piernas.

El golpe de sus palabras causó que abriese completamente los ojos, su cabeza intentó dibujar una inmediata negativa y al ver que no podía, el color de sus mejillas aumentó.

—No… no puedes… esto es…

—Separa —puntualizó cada palabra con firmeza—, las —continuó—, piernas. —Y

concluyó con un—. Emi.

Ella tembló bajo suya, apartó la mirada todo lo que le permitía la posición y notó como obedecía. Su mano libre cayó sobre su muslo provocándole un sobresalto, sus dedos iniciaron un ascenso por el lateral y fueron cambiando de rumbo gradualmente hasta acariciar el rasurado monte de venus para al fin introducirse entre sus piernas y bañarse en los jugos que ya le cubrían el coño.

—Respira para mí, amor —pidió mientras observaba su rostro, viendo en él cada reacción a su toque—. Si te desmayas ahora, te perderás la diversión.

Su mirada voló entonces a la de él, detectando ese tono más ligero en su voz y él la premió resbalando los dedos a través de sus labios vaginales, sin llegar a penetrarla.

—Me gusta la forma en la que lloras por mí —declaró con voz ronca—. Estás tan mojada, tan caliente y todo es por mí. ¿Tienes idea de lo encantador que es eso?

Vio cómo se mordía el labio inferior e intentaba negar de nuevo con la cabeza.

—Intenta a decirlo en palabras, Emi.

—No, no… tengo… idea…

Jadeó cada palabra, lo que la convirtió en una cosita temblorosa, caliente y malditamente sexy a sus ojos.

—Haces que pierda el control —confesó retirando los dedos de su sexo—. Haces que desee atarte a mi cama y mantenerte abierta para mi placer. Que quiera tenerte siempre disponible para mí. Qué clase de bruja eres, ¿eh?

—No… no soy una bruja.

Sonrió ante el puchero que apareció en sus labios.

—Oh, mi Emi, lo eres, una brujita encantadora y seductora —afirmó al tiempo que le soltaba la barbilla y volvía a admirar su cuerpo desnudo—. Creo que estarías increíble con un *Takate Kote* en color azul, sí… estarías increíblemente sexy… Pero por el momento, nos conformaremos con derribar otra de tus barreras. —Volvió a su rostro, le acarició la mejilla con un dedo y bajó la boca sobre la de ella con un suave y largo beso con la que trató de borrar las dudas que veía en sus ojos—. A la cama, señorita. Quiero verte tendida sobre el colchón, lista para mí, para que pueda disfrutar de este precioso cuerpo y hacerte gritar de placer.

Le dio un ligero azote en la nalga, lo bastante fuerte como para que notara la picazón y al mismo tiempo sirviese tan solo de instigación para que se moviese.

—Me están entrando ganas de pegarle un mordisco a ese culo, Emi —aseguró relamiéndose al ver ese precioso trasero moviéndose delante de él—. Y esta vez no pediré permiso.

Ella le echó un vistazo por encima del hombro que decía «ni te atrevas» y no pudo sino reírse.

El dormitorio estaba recogido y la cama hecha, algo de lo que se había encargado ella esta mañana, aunque le había dicho que no lo hiciera. No era su tarea y sí la de él. Encendió las luces y le indicó el lecho con un gesto de la barbilla.

—Colócate de espaldas sobre la cama —le indicó, comprobando que seguía sus instrucciones mientras se movía por la habitación, deshaciéndose de su propia ropa al tiempo que abría algunos cajones y empezaba a sacar de ellos un par de condones y varias cuerdas de distintos colores.

Emi siguió sus pasos con la mirada y abrió la boca al ver que los papelitos de colores de los preservativos caían a su lado.

—Yo… esto… he empezado… de nuevo con la píldora —le informó. Su voz empezó en

un tono alto y empezó a bajar progresivamente—. Es solo… para que lo sepas…

Lucien asintió y se acercó a ella, quedándose a su altura.

—Gracias por decírmelo, cariño —la besó fugazmente en los labios—. ¿Sin condón, entonces?

Sus ojos brillaron y esas mejillas se arrebolaron, pero esta vez contestó con confianza.

—Si a ti te parece bien…

—¿Follarte sin nada entre mi polla y tu coño? ¿Dónde tengo que firmar? —replicó lanzándole un guiño.

La idea de tomarla sin nada entre ellos era un regalo añadido, deseaba sentirla completamente.

Tras deshacerse de la camisa, los calcetines y los zapatos, quedándose todavía con el pantalón puesto, dejó sobre la cama unos rollos de cuerda y empezó a desenrollar el que tenía entre las manos.

—Emi, mírame —pidió y le dio a su voz un claro tono de orden. Su mujer se había quedado con la mirada clavada en las cuerdas y había palidecido considerablemente. Necesitaba sacarla de ese estado al momento—. ¡Emi!

Ella se sobresaltó al escuchar el pellizco en su voz y se giró a mirarle.

—Respira —pidió ahora que tenía toda su atención—. Soy yo. Voy a estar a tu lado y a tu alrededor todo el tiempo. Vas a verme, vas a sentirme, vas a correrte cuando yo quiera que te corras y lo vas a disfrutar.

Vio el temor asomando en sus ojos, uno justificado por todo lo que había pasado.

—Luc… No sé, no sé si podré…

Se acercó a la cama y se sentó a su lado, resbalando la mano sobre su vientre y bajando entre sus piernas sin previo aviso.

—Mi cielo, si no te mojas aún más de lo que ya lo estás, si no te pones caliente y te excitas cuando te toque, cogeré unas malditas tijeras y haré pedacitos estas cuerdas —prometió con toda la sinceridad de la que fue capaz—. Pero si por el contrario gimes y te revuelves por más, entonces, Emi, esto solo será el principio, ¿queda claro?

Ella asintió con la cabeza.

—Emily, en voz alta —le advirtió—. No lo repetiré.

Vio como tragaba y esta vez respondía alto y claro.

—Queda claro —aceptó, se lamió los labios y miró a su alrededor—. ¿Dónde dices que tienes las tijeras?

Sonrió y para que ella estuviese tranquila, sacó las mentadas tijeras del cajón de la mesilla de noche y las dejó sobre esta.

—Aquí estarán siempre a mano —le guiñó el ojo—. Ahora, ¿me das tu mano? No en matrimonio, es un poco pronto para eso…

—Demasiado pronto… —jadeó ella, atragantándose casi con la palabra.

—Primero deberíamos comprometernos, ¿no? —Se rio cogiendo su mano y envolviendo alrededor de su muñeca la suave cuerda, montando un intrincado brazalete, asegurándose de que no le cortase la circulación—. O al menos tener una cita como Dios manda…

—Estás loco —aseguró ella mirándole con una expresión curiosa.

—Supongo que es lo que pasa cuando te gusta mucho una chica —le dijo con absoluta sinceridad, mientras maniobraba para llevar el extremo libre de la cuerda hacia una de las esquinas de la cama y asegurarla en una argolla que tenía el cabezal—. Primero la atropellas. Luego la conoces. Después te la tiras… y te la vuelves a tirar. La atas. Te la vuelves a tirar. Y

entonces tienes una cita. —Repitió la operación en la otra muñeca—. ¿Podría considerarse una cita nuestras salidas al gimnasio? Porque entonces ya tendríamos parte del trabajo hecho…

—Por favor, dime que no te has drogado o algo —pidió ella intentando no romper a reír a carcajadas. Un ejercicio de contención en toda regla.

—Nah, nada de drogas en esta casa —aseguró terminando rápidamente el nudo y asegurándolo al otro lado del cabecero—. De todas formas, todavía estamos en la parte de *«la atas y te la vuelves a tirar»*.

Emi no supo cómo responder a aquello, se lo quedó mirando como si empezase a pensar que toda aquella sarta de estupideces que está diciendo en voz alta, no lo fueran tanto.

—Tranquila, cariño, te lo diré cuando llegue el momento.

—¿Decirme… el qué?

Sonrió con ese secretismo que sabía la sacaba de quicio y hacía que quisiera descubrir lo que se traía entre manos.

—¿Luc?

No respondió. Utilizó esa inesperada conversación para terminar con su obra de cordajes y atarle también los tobillos y mantenerla de ese modo extendida sobre la cama.

—Perfecta —declaró admirando su obra de arte desde los pies de la cama.

Estaba extendida por completo con los brazos y las piernas abiertos de modo que toda ella formase una equis. Había dejado las ataduras un poco más holgadas de lo que solía preferir, pero dados los recuerdos que traían consigo las restricciones, esto era lo mejor que podía hacer en estos momentos.

Paso a paso, Lucien, paso a paso.

Había conseguido que se relajara visiblemente, distrayéndola con sus comentarios hasta el punto de que solo ahora se daba cuenta de que no podía moverse.

—Luc… No. No quiero… Suéltame… Esto no va a funcionar. Por favor…

Se quitó el pantalón y lo lanzó a un lado, entonces chasqueó los dedos llamando su atención, encontrándose con ese rostro sofocado y el temor bailando en sus ojos.

—Emi —llamó su atención—. Eres mía. Mía para cuidarte, para follarte, para atarte, para… todo contigo. ¿Entendido?

Ella sacudió la cabeza.

—Cariño, te estoy diciendo que te quiero —confesó con su habitual franqueza, viendo que sus palabras la sorprendían y la dejaban en un creciente estado de nerviosismo—. Ya hablaremos de ello después. Ahora… quiero que gimas para mí.

No le dio tiempo a pensar, accedió a ella por la parte inferior de la cama y acomodó entre sus muslos extendidos, relamiéndose ante la humedad que mojaba aquella roja carne, para finalmente bajar su boca sobre ella y devorarla.

CAPÍTULO 50

Emily había perdido la capacidad de pensar, no era capaz de hilar un solo pensamiento con esa lengua azotando su vagina, chupándola como si fuese un caramelo, bebiendo de ella como si estuviese sediento.

¿Ese mentecato acababa de decirle que la quería? ¿A ella?

Tenía que ser una broma. ¿Por qué iba a quererla? ¿Qué podía tener que llamase la atención de un hombre como Lucien? Él podría tener a cualquier mujer, a alguna mucho más adecuada, sin tantas cicatrices y sin los problemas que la convertían en un cadáver andante.

¿Y por qué demonios se lo había dicho en ese preciso momento? ¡Eso no se le decía a una en medio de un polvo! Y desde luego, no estando atada a su cama, con su cara entre las piernas y comiéndole el coño.

Jesús. Esto era una locura. Todo él era una locura y sin embargo… Si la quisiera, si de verdad la quisiera…

¿Qué? ¿Estaba enamorada de él acaso? ¿Por qué? El amor nunca había sido una prioridad en su vida, no es cómo si lo hubiese conocido de antemano como para poder decir que había llamado a su puerta y sin embargo…

Un relámpago de placer se extendió desde su sexo a sus pezones. Notaba los pechos hinchados, las puntas duras como guijarros, con solo imaginarse esa boca sobre ellos… Gimió y movió las caderas dándose cuenta de que era poco lo que podía hacer.

Estaba atada. De pies y manos. Él podía hacer con ella lo que le diese la gana, podía follarla, golpearla, marcarla…

No es él, Emily, no es él.

Lucien siempre la trataba con respeto, se ocupaba de que estuviese bien, la cuidaba, la hacía sentirse segura, era el único hombre al que le había permitido traspasar sus barreras… El único del que estaba enamorada.

Jadeó al notar su lengua empujando en su entrada, acariciándola y lamiéndola, extrayendo los jugos de su cuerpo mientras notaba el vibrato de su voz contra su carne que suponía se traduciría en alguna palabra o frase a al que no estaba prestando atención.

Le quería. Claro que le quería. ¿Cómo no hacerlo? Él no le hacía daño, podía resultar irritante algunas veces, pero siempre se las ingeniaba para hacerla reaccionar. A su lado estaba aprendiendo a ser ella misma otra vez, ese hombre había ido derribando una a una todas sus barreras e incluso ahora seguía haciéndolo.

—Luc… —jadeó su nombre, arqueándose lo que le permitían los cordeles.

Sus dedos se deslizaron alrededor de los labios de su sexo, separándolos de modo que su lengua pudiese hundirse todavía más. La lamía como un helado, succionando con fuerza un momento, para soplar su caliente y húmeda carne al siguiente.

Desesperada empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro, la estaba volviendo loca, empujándola hasta el borde solo para mantenerla ahí, dejando que se enfriara lo suficiente antes de volver a atacar de nuevo.

—Oh… Por favor… Luc… Por favor…

No conseguía suficiente de él, quería más, quería correrse, pero ese maldito no la dejaba.

Gimió y se revolvió, apoyó los talones sobre el colchón y empujó, pero las cuerdas le impedían moverse.

—Lucien… Joder…

Él se rio contra su sexo un segundo antes de notar como sus dedos resbalaban de sus pliegues y se deslizaban a través de la hendidura de su trasero hasta rozar la entrada de su ano. Un inesperado relámpago la recorrió haciéndola jadear. Cesó toda lucha y permaneció completamente quieta.

Un frío y helador terror la recorrió de la cabeza a los pies, los recuerdos acudieron a su mente y tuvo dificultades para respirar… hasta que algo le golpeó el muslo y escuchó su voz.

—Emi, respira. —Era Lucien. Él era quién la tocaba, quién la hacía jadear, el único que tenía las manos sobre ella—. No tiene cabida en esta cama, ni en tu mente. Eres mía, vas a serlo de todas las formas posibles. Solo mía. Me perteneces a mí. No tienes otro dueño. Dilo.

Se mordió el labio, sus dedos seguían trabajando en ella con más suavidad, la punta que apretaba contra su ano seguía allí, inmóvil. Una nueva punzada en la nalga, un cachete que la espabiló al momento.

—¡Emi! ¡Dilo!

Unas solitarias lágrimas se escurrieron de sus ojos.

—Soy… tuya. Te… te pertenezco. No… no tengo otro dueño.

Sintió como le acariciaba la cara interna del muslo con suavidad, entonces su boca volvió a la carga.

—Otra vez, amor, otra vez.

—Soy… tuya —musitó cerrando los ojos, aferrándose a su voz, a su contacto—, soy tuya…

El dedo en su ano volvió a resbalar hasta su coño, lubricándose entre sus jugos solo para volver de nuevo a su culo y perforar la fruncida apertura mientras su lengua volvía a penetrarla.

Gimió, se obligó a borrar aquellos recuerdos, a sacarlos de su mente y dejar en su lugar que su amante ocupase su lugar.

Jadeó su nombre, se debatió contra las ataduras y luchó por alejarse de ese dedo invasor penetrando en su ano, pero las ataduras no se lo permitían, no había modo alguno de escapar a él. Dejó que el desbordante placer la consumiese, se entregó completamente a la posesión que Lucien reclamaba sobre ella y gimió su nombre una y otra vez.

El tándem que hacían su boca y su dedo, en su coño y en su ano, la estaba enloqueciendo. Él se estaba cargando una a una todas sus defensas, estaba conquistando su cuerpo con la única intención de hacerse propietario de él y expulsar cualquier rastro que hubiese podido dejar algún otro.

El placer crecía en su interior mientras él se daba un festín entre sus piernas, el dedo enterrado en su trasero la estaba enloqueciendo, estaba segura de que acabaría sucumbiendo a la locura. El maldito, sin embargo, todavía no había terminado de atormentarla, lo supo cuando su mano libre empezó a dejar un ardiente sendero sobre su piel y sus dedos se enroscaron en uno de sus pezones, torturándolo hasta el punto en el que no pudo diferenciar el placer de ese punzante y ardiente pellizco de dolor.

No podía moverse, no podía hacer nada por retirarse, ni por acercarse más y eso la estaba frustrando enormemente.

—Lucien… ya no puedo más… Necesito correrme, por favor…

—Todavía no, amor —declaró el maldito con lo que solo podía ser una risita—, pero pronto.

Emily tiró de las cuerdas, levantando la cadera en un intento por acercarse más a esa codiciosa lengua, pero el muy maldito no solo no le dio lo que quería, sino que se apartó por completo.

—¡Lucien Ratcliffe! ¡Ni se te ocurra dejarme así, perro!

Una sonora carcajada salió de la garganta masculina.

—¿Perro? Mi pequeña y deliciosa Emi, ¿acabas de llamarme perro?

Y más que lo llamaría como se le ocurriera dejarla así, pensó con lágrimas en los ojos.

—Shh. Ya, cariño, ya… —La acarició ahora con los dedos, una caricia lenta, demasiado ligera para poder disparar su liberación.

—Por favor… No me dejes así, por favor…

—Mi pequeña —trepó sobre ella, limpiándole las lágrimas de los ojos—. Te juré que jamás te haría daño, ni dejaría que nadie te lo hiciera. Te prometí placer en esta cama y en mis brazos. Y Emily Dillinger, ¿todavía no has aprendido que yo siempre cumplo mis promesas?

Lo miró a través de los vidriosos ojos y jadeó al notar finalmente la punta de su polla empujando contra su necesitada abertura.

—Te dije que te haría gritar mi nombre, amor —gruñó hundiéndose poco a poco en su interior, abriéndola, estirándola, impidiéndole hacer otra cosa que recibirle—. Así que… prepárate.

—¡Oh, Dios, Luc!

Se arqueó bajo él, moviendo sus caderas, conduciéndolo más hondo dentro de ella, gimiendo cuando su amante volvió a salir hasta la punta solo para volver a penetrarla con fuerza y hundirse por completo en ella.

—¡Luc!

Gritó su nombre. Lo hizo una y otra vez mientras se movía con fiereza dentro de ella. No era suave, pero tampoco lo quería suave. Estaba desesperada por él, necesitada al punto del dolor, atada y sin poder hacer nada más que dejar que la tomase como le diese la gana.

—Dámelo ahora, amor —oyó que gruñía—. Dámelo ahora, córrete para mí.

Como si su cuerpo hubiese sido consignado para responder a sus demandas, explotó. El orgasmo atravesó su cuerpo aprisionándolo en su interior, apretando su polla, convulsionando a su alrededor mientras él seguía ahondando en su interior sin bajar el ritmo.

Cada roce de su miembro acariciaba las ya de por sí saturadas terminaciones nerviosas de sus paredes, prolongaban su orgasmo haciendo que no tuviera fin, haciéndola lloriquear por que pusiera fin a esa dulce tortura.

—Uno más, cariño mío, dame uno más.

Sacudió la cabeza, negó desesperada.

—No puedo… por Dios… esto es demasiado.

Y sin embargo, para él no era suficiente. Lucien hundió la mano entre sus cuerpos y cuando sus dedos dieron con su clítoris y lo atormentaron, Emi pensó que iba a morir allí mismo de placer. Su cuerpo convulsionó una vez más y volvió a correrse con fuerza alrededor de la gruesa polla, gritando su nombre con tanta fuerza que le dolió la garganta. Quedó inmóvil como una muñeca debajo de él, sintiendo sus últimos golpes, cada vez más rápidos y fuertes hasta que un fiero gruñido emergió de su pecho y su semen explotó inundándola completamente.

Emi cerró los ojos y se dejó ir, demasiado cansada para hacer cualquier cosa que no fuese quedarse allí tendida, satisfecha y enamorada.

CAPÍTULO 51

Emily no podía dejar de mirarse las muñecas ahora libres de las cuerdas, pero con las marcas temporales de sus ataduras. Las había recorrido con los dedos, pensando en cómo el estar restringida le había provocado un placer tan extremo que prácticamente se había quedado sin voz.

Las culpables permanecían tiradas de cualquier forma a los pies de la cama, Lucien las había dejado allí después de deshacer con mucha paciencia cada uno de los nudos, mientras le susurraba palabras tiernas y le repetía una y otra vez lo orgulloso que estaba de ella.

Ese hombre había convertido uno de sus más horribles recuerdos, en algo borroso, cambiando su significado de tal manera que no podía esperar a ver qué era lo próximo que tenía guardado en la manga.

Se recostó contra las almohadas y levantó la cabeza cuando la puerta del dormitorio se abrió de nuevo y apareció su desnudo amante, con una nueva erección tomando forma y una taza de té en las manos.

—Hazme sitio —pidió. Por lo que apartó las sábanas para que él pudiese reunirse con ella en la cama—. Vale. Vamos allá. A sorbitos.

Cogió la taza en sus manos, olisqueó el líquido y tanteó con los labios para darle el primer sorbo a ese mejunje que le había preparado para su garganta.

—Gracias —su voz sonó mucho más ronca de lo normal y he hecho de hablar le raspaba un poco.

—De nada —la rodeó con el brazo y la atrajo hacia él con sumo cuidado, para que no tirase el líquido. Entonces le cogió la mano libre y frotó las marcas de su muñeca con el pulgar —. ¿Todo bien?

Asintió con la cabeza.

—¿Te gustó estar atada de esta manera?

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Fue… distinto… —admitió en un susurro, más por la vergüenza que sentía al admitirlo, que por su garganta—. Tuve… miedo al principio…

—Lo sé —admitió sin dejar de mirarla—. Pero lo superaste. Eso es lo más importante. Ya has conseguido una pequeña victoria.

—¿Pequeña?

Sonrió y se inclinó para besarla en los labios.

—Paso a paso, Emi, soy bueno, pero no hago milagros —declaró divertido—. No podemos borrarlo todo en una sola noche, pero podemos ir haciéndolo noche tras noche, ¿qué me dices?

Enarcó una ceja, imitando ese gesto tan suyo y se lamió los labios.

—¿Esto es lo de *«lo hablamos después»?* —sugirió ella en voz baja.

Él le quitó la taza, la dejó en la mesilla cercana a él y se inclinó sobre ella.

—Empezaste gustándome, Emi, te fui conociendo y me fuiste gustando más y más —admitió con su habitual sinceridad—. Y cuanto más tiempo pasaba contigo, cuanto más iba viendo lo que había debajo de este precioso cuerpo, detrás de esos fabulosos ojos castaños, bajo ese pelo rubio teñido, me di cuenta de que no solo me gustabas, de que eras alguien que encajaba

conmigo y a quién quería proteger, a quién quería abrazar, la mujer con la que podía verme teniendo un futuro. Me enamoré de esa mujer y creo que puedo hacerla feliz… si me lo permite.

—Idiota.

—¿Perdona? Me declaro a ti y eso es todo lo que tienes que decir al respecto.

—¿Por qué ibas a querer a alguien como yo? ¿Por qué ibas a interesarte en alguien como yo? —admitió en voz alta, todo lo que le permitía su lastimada garganta—. Podrías tener a alguien mucho mejor.

—No quiero a alguien mejor, te quiero a ti —sentenció con ese tono que no admitía réplica—. ¿He sido claro?

Asintió con la cabeza y antes de que pudiera considerar una respuesta o incluso saltar de la cama y escapar de ese lugar para no tener que darla, se echó sobre él y lo abrazó.

—Nunca me he enamorado antes, no estoy muy segura de qué significa querer a alguien porque nunca he sentido que me quisieran, pero si te sirve de algo… —murmuró buscando su mirada—. Tú haces que quiera volver a ser la persona que era, haces que quiera volver a sonreír, que quiera confiar de nuevo en las personas… —Se lamió los labios y añadió—. Tú haces que quiera ser Emi y no creo que pueda serlo si no es junto a ti…

—Vaya dos nos hemos juntado, ¿eh? —sonrió él, reclamando su boca en un lánguido beso.

—Los dos que teníamos que hacerlo, supongo —admitió con una pequeña sonrisa.

—Venga, dímelo —la instó resbalando las manos bajo las sábanas por su cuerpo—. Quiero oírlo de esa boquita, porque luego te obligaré a permanecer callada el resto de la noche… Aunque todavía no sé cómo me las ingeniaré.

Se rio ante sus ocurrencias.

—Te quiero, Luc Ratcliffe —murmuró sonrojada, algo avergonzada por pronunciar aquello en voz alta, pero sintiendo una felicidad indescriptible al hacerlo—. Suena bien, ¿no?

—Suena a paraíso, amor, suena a paraíso.

Dicho eso recuperó la taza de la mesilla y se la tendió.

—Vamos a por otro sorbito —la ayudó a beber—. ¿Mejor?

—Ayuda, gracias —aceptó, se acomodó contra su pecho y ladeó la cabeza para fijarse mejor en el piercing que le atravesaba el pezón—. ¿Dolió cuando te lo hiciste?

Él bajó la mirada sobre sí mismo y chasqueó la lengua.

—Reconozco que estaba demasiado borracho como para recordarlo —admitió con una mueca—. Esa noche estaba haciéndole compañía a un amigo, había tenido recientemente una pérdida importante en su vida y no acababa de levantar cabeza. Salimos a tomarnos unas copas y parece que se nos fue un poco la mano. Nos despertamos en la playa, cada uno con un piercing en el pezón. Al menos no se me ocurrió hacérmelo en la polla.

Emi levantó la cabeza para poder mirarle a la cara.

—¿En serio?

—Palabra de Ratcliffe —asintió levantando la palma de la mano.

Volvió a mirar su pecho y luego a él.

—¿Puedo?

Él sonrió y puso esa cara de pilluelo que prometía toda clase de deliciosas perversiones, se llevó las manos detrás de la cabeza y le pegó un par de patadas a las sábanas hasta mostrarse como dios lo trajo al mundo.

—Soy todo tuyo, amor, explora todo lo que quieras.

El rubor volvió a sus mejillas y el calor se extendió sobre su propia piel ante la perspectiva

de resbalar las manos sobre esa montaña de masculinidad. Se mordió el labio inferior al echar un vistazo a su henchido sexo, el cual volvía a estar erecto, la boca se le llenó de saliva y tuvo que tragar ante la imagen que le pasó por la cabeza.

Deslizó los dedos con suavidad sobre el amplio pecho y tocó con las yemas de los dedos el aro dorado que le adornaba el pezón.

—Si le das un lametón, no solo no me quejaré, sino que te recompensaré después.

Sus palabras hicieron que lo mirase y se encontrase en su mirada esa cruda sexualidad que la licuaba, haciendo que se mojase ante la sola idea.

—¿Quieres una clase práctica de cómo lamer un pezón? —ronroneó bajando la mirada sobre sus pechos desnudos y pellizcando al mismo tiempo una de las duras cúspides haciéndola jadear.

—No, gracias… —Se las ingenió para replicar—. Creo que esa… me la sé.

Él se rio y volvió a adquirir esa postura indolente.

—Vamos, cariño, dame un mordisquito.

Señor, no tenía que decírselo dos veces.

Emily cedió a sus propias necesidades, a la curiosidad, al deseo de tocarlo, de aprender sobre él del mismo modo en que él aprendía sobre ella. Se recogió el pelo detrás de la oreja y descendió sobre su pecho, dejó que su lengua emergiese entre los labios y jugó con los duros pezones planos, sonriendo contra su carne al notar como el cuerpo debajo de ella se estremecía. Se deleitó con la tibieza de la carne en contraste con el duro metal y lo encontró realmente erótico, se tomó su tiempo en acariciarlo, besarlo, en recorrerlo con la lengua. Notó como cada una de sus atenciones tenía un efecto en Lucien, la forma en la que cambiaba su respiración, cómo siseaba y sobre todo, la contención que ese hombre demostraba.

Las manos masculinas acariciándole la espalda y los hombros le dieron mayor confianza, animándola a continuar su viaje a través de los marcados abdominales hasta el ombligo, siguiendo la línea de vello que bajaba hacia la pesada erección que se erguía contra su vientre como un mástil.

Dudó unos momentos sobre cómo proceder. Si dentro de ella lo sentía grande, verlo así imponía. Empezó a preguntarse si podría hacerlo, si sería capaz de darle placer, pensamientos fugaces que fueron quedando atrás a medida que sus dedos envolvían la longitud de su eje. Lo sentía cálido y suave entre sus dedos, completamente duro mientras los deslizaba de arriba abajo, una gota de líquido preseminal ya coronaba la congestionada cabeza y la llamaba a lamerlo.

—Bonita, si quieres matarme, lo estás haciendo de puta madre —jadeó Lucien resbalando una mano sobre su cuerpo hasta acariciarle el rostro con un dedo y volverlo hacia él—. Es todo tuyo, así que no te cortes.

Su voz sonó más grave de lo normal, sus ojos habían adquirido un azul mucho más oscuro y hablaban de un hambre puramente sexual que acicateó su propio deseo.

Emi sonrió en respuesta e hizo lo que más le apetecía en esos momentos, se apartó el pelo a un lado y abrió la boca y lamió la gota con la lengua. Su sabor salobre la excitó, la dura carne bajo su boca estaba caliente y se permitió jugar un rato con ella.

Volvió a envolver los dedos alrededor del falo y los deslizó al tiempo que abría la boca y engullía la cabeza, humedeciéndola y lubricándola con su saliva.

Detrás de ella escuchaba los gruñidos de satisfacción de su amante, podía notar como temblaba en cada sacudida de sus caderas, las manos habían quedado relegadas al colchón, aferrando las sábanas sin duda para dejarle a ella hacer lo que quisiera con él.

Se tomó su tiempo en atormentarlo, tal y como él solía hacer con ella, mientras le

acariciaba el eje con los dedos de una mano, la otra se trasladó al saco, apretando su escroto y raspándolo con las uñas.

—Amor, tu boca merece una condecoración —susurró él mientras ella le succionaba la cabeza, haciendo que se pusiera tenso—. Por Dios, eso es condenadamente bueno.

Gimió alrededor de la apretada carne. Chupársela la estaba poniendo cachonda, la excitaba tanto que podía notar sus propios jugos empapándola, su sexo latiendo de pura necesidad.

—Luc… —jadeó alrededor de su carne, sorbiendo con lujuria.

Pronto notó unos dedos hundiéndose en su pelo y la otra mano acariciándole la mejilla. Levantó la cabeza sin sacarle de la boca y se encontró con su lujuriosa mirada.

—Joder, Emi, eres condenadamente sexy —tiró de ella, arrancándola de su sexo para tomar su boca y devorarla con un hambre feroz. Entonces, tras romper el beso, señaló su polla con un gesto—. Móntame. Quiero ver como ese pequeño coño caliente me traga entero, quiero ver cómo te entregas completamente al placer.

Bajó la mirada sobre su orgullosa erección y no se lo pensó dos veces, se colocó sobre él, rodeó su polla con los dedos y la dirigió a la entrada de su sexo antes de descender lentamente sobre esta.

Gimió ante la sensación de su miembro abriéndose paso en su húmedo interior, cerrándose alrededor de su carne mientras bajaba hasta terminar prácticamente sentada sobre sus caderas, con él llenándola por completo.

—Lucien —jadeó echando la cabeza hacia atrás, disfrutando de la sensación de tenerle dentro.

—Tócate, amor, juega con esos bonitos y duros pezones que tanto me gustan —le dijo con ese tono de voz que no dejaba lugar a réplica y que la invitaba a obedecer.

Ella obedeció, se llevó las manos a los pechos y empezó a sobarlos, se pellizcó los pezones y los hizo rodar entre sus dedos sintiéndose completamente decadente.

Las fuertes manos se cerraron entonces sobre sus nalgas, tirando de ella hacia delante, uniéndoles todavía más.

—¡Luc! —gimió desesperada.

Él elevó las caderas, moviéndose en su interior.

—Muévete despacio —la instó a ello, ayudándola a impulsarse hacia arriba para luego tirar de ella hacia abajo con fuerza, empalándose por completo.

—Oh Dios —gimió sin dejar de jugar con sus pechos.

Repitió la operación una y otra vez, la ciñó de la cadera y empezó a empujarse dentro de ella, marcando el ritmo, haciendo que el lento comienzo se convirtiese en algo más duro, más fuerte, hasta que estuvo gimiendo desesperada.

—Luc, por favor, necesito…

No tenía la menor idea de lo que necesitaba, pero quería más, necesitaba más y sabía que él era el único capaz de dárselo.

Sin salirse de su interior la levantó en vilo y la tumbó de espaldas en la cama, enlazó los brazos por debajo de sus rodillas y empezó a empujar en ella con largas y duras embestidas. Su cuerpo se elevaba con cada empuje, la cama crujía bajo ellos, pero no le importaba lo más mínimo, solo lo hacía el hecho de que la estaba poseyendo, que la estaba marcando con una necesidad primitiva y que era suya, solo suya.

Se aferró a sus hombros y salió al encuentro de cada uno de sus empujes, recibiéndole con jadeos, gimiendo su nombre, gritándolo hasta que un potente orgasmo la hizo explotar y un par de empellones después él se unió a su éxtasis derramándose en su interior.

Emi se dejó ir, jadeando en busca de aire, disfrutando del peso del cuerpo masculino sobre ella durante el tiempo que este necesitó para recuperar el aliento. Lucien se arrancó entonces de ella, dejándose caer de espaldas y llevándosela con él.

—La próxima vez… —jadeó él—. Me correré en tu boca.

Emi escondió el rostro contra su pecho y se echó a reír, una carcajada genuina que la recorrió por entero y dejó una enorme sonrisa en su boca.

CAPÍTULO 52

Washington County Jail,
Washington.

Tres días después…

Alister Carmody recogió el maletín y su identificación después de pasar el detector de metales. Continuó por el corredor que daba a la siguiente puerta de seguridad y la traspasó con un ligero reconocimiento de cabeza hacia el guardia.

En días como hoy se preguntaba por qué había escogido la carrera de derecho penal, su vida y la de su familia habría sido mucho más sencilla si se hubiese dedicado a cultivar la tierra o al teatro. Pero no podía culpar a nadie más que a sí mismo de las decisiones que había tomado a lo largo de los últimos años, el que hoy volviese a este lugar para sentarse a una de las mesas de la sala de visitas y reunirse con su cliente era prueba de ello.

A Elías Greyson no le iba a hacer ni pizca de gracia lo que traía consigo, una transcripción exacta de la nueva declaración que había hecho llegar Emily Dillinger al fiscal del caso y al propio juez. La mujer había echado más leña al fuego, suficiente para que el fiscal hubiese extraído nuevos cargos y alguno de ellos señalaba directamente a su cliente.

Y no era el único vuelco que había dado el caso. Lester Zimmerman, quién había sido acusado formalmente de orquestar el secuestro y contribuir a la compraventa de la que fue víctima la señorita Dillinger había sido encontrado muerto en su propia oficina con un tiro en la cabeza. Si bien no conocía todos los detalles de la investigación, el solo hecho de que el FBI fuese el que se hubiese hecho cargo de esta hablaba por sí solo.

Algo turbio estaba sucediendo en torno a este caso. Primero la muerte del juez a cargo de la investigación, el cual fue sustituido por Eneas Dagio, ahora la de Zimmerman… Parecía que aquellos que podían echar tierra sobre su cliente estaban destinados a desaparecer y eso era suficiente peligroso como para que él mismo sufriese por su propio pellejo.

Respiró profundamente y esperó a que abriesen la puerta que daba a la sala de reuniones, se aflojó levemente la corbata, enderezó los hombros y cruzó el umbral directo a la mesa en la que siempre recibía a su cliente.

Echó un vistazo al reloj y suspiró, dejó el maletín sobre la mesa y tomó asiento.

Había ensayado varias veces lo que le diría a Greyson. Seguían necesitando un milagro para que lo declarasen inocente, más aún para que se librara con todos los cargos que había en su contra, más aún después de la reciente declaración de la única testigo del caso.

Dejó escapar un resoplido y levantó la cabeza al escuchar el sonido que anunciaba la apertura de la puerta al otro lado de la sala. Estaba preparado para que esos ojos se clavasen en él como pequeños y mortíferos dardos, no había visita en la que no se fuese de allí con la sensación de que había estado jugando a la ruleta rusa con la muerte.

—¿Señor Carmody?

Escuchar su nombre en boca de uno de los guardias de la prisión fue lo primero que le

alertó de que algo había ocurrido. Miró más allá del hombre y no encontró a su cliente, lo cual solo podía significar dos cosas, o lo habían metido en una celda de aislamiento o estaba en la enfermería.

—Sí, soy yo —se levantó, abandonando la silla—. He solicitado una visita con mi cliente, el señor Elías Greyson. ¿Ha ocurrido alguna cosa?

El hombre le dedicó una rápida mirada, entonces señaló con el pulgar hacia la puerta que acababa de atravesar.

—El Alcaide lo pondrá al corriente de lo ocurrido.

¿El director de la prisión? ¿Qué coño estaba pasando allí?

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha habido alguna pelea? ¿Está en aislamiento? Exijo ver a mi cliente…

—Su cliente está en la morgue —lo interrumpió el guardia con sequedad.

Si le hubiesen dado una bofetada no se habría sorprendido tanto como de escuchar aquellas palabras.

—¿Perdone?

—Elías Greyson se ha colgado en su celda esta misma mañana —dijo como quién está dando la hora—. El Alcaide le pondrá al día sobre los detalles. Sígame.

Colgado. Un suicidio. Greyson estaba muerto.

Un inesperado escalofrío le bajó por la columna estremeciéndolo hasta el alma. No podía decir que le apenase la muerte de ese cabrón, el mundo sería un lugar mejor sin él, pero conocía a ese hombre y era del todo improbable que hubiese recurrido a algo como el suicidio.

Guardándose sus pensamientos para sí mismo, recogió el maletín y acompañó al guarda al interior de la prisión.

CAPÍTULO 53

Club Blackish
Chelsea, NY

Emily atravesó por segunda vez las puertas del *Club Blackish* sintiéndose igual de insegura que la primera vez, solo que en esta ocasión sabía lo que iba a encontrarse.

Su novio, pues así se había autodenominado Lucien, le había explicado a lo largo de los últimos tres días lo que ese lugar significaba para él, cuál era su rol como dominante y lo que esto le había aportado a su vida. No esperaba que ella fuese su sumisa, ni que llevase un collar o quisiera participar de la vida nocturna del club, solo le había pedido que mantuviese la mente abierta y compartiese todas sus dudas con él.

El sometimiento sexual en el dormitorio era una cosa, pensó, pero pasarse las veinticuatro horas del día pendiente de las directrices de un hombre… No podía, no después de todo lo que había pasado, no si quería seguir avanzando y recuperarse a sí misma.

Estaba dispuesta a formar parte de sus juegos de alcoba, siempre que fueran consensuados y hablados previamente. Había disfrutado de estar atada, la había excitado, pero también la había asustado a morir, trayendo a la vida momentos que quería olvidar.

Todavía vivía en un precario equilibrio y su amante era muy consciente de ello, tanto que había ideado una especie de «terapia sexual» con destruir a cañonazos ciertos límites que se le hacían insoportables por sus reminiscencias a su cautiverio. Y a pesar de sus reservas iniciales, tenía que admitir que hasta el momento, sus maliciosos y eróticos truquitos habían dado resultado.

Bajó la mirada sobre sus muñecas y suspiró al ver el intrincado patrón de nudos con los que su amante había tejido una especie de pulseras para ella. Una mañana lo había encontrado concentrado en unos hilos, moviéndolos y haciendo nudos, creando un intrincado y bonito patrón que acabó por convertirse en un juego de pulseras.

En el momento en que se las había puesto, los fantasmas volvieron y con ellos una situación verdaderamente dramática. No soportaba llevar nada en las muñecas o en el cuello pues le recordaba a los grilletes que le habían lastimado la piel, el dolor que había padecido gracias a ellos, así que su reacción había sido desmesurada.

Si bien le había rodeado las muñecas con las manos y también los tobillos, lo había hecho dentro de un contexto sexual, le había prometido hacer trizas las cuerdas si resultaba demasiado para ella y se encargó de que durante todo el tiempo que estuvo atada, pensase en otras cosas o directamente no le diese tiempo de pensar en nada. Pero las pulseras… Si bien no le ceñían las muñecas, el hecho de verlas allí, de notarlas, la hizo entrar en pánico.

Desde ese momento se empeñó en que las llevase puestas a modo de terapia, ocupándose de distraerla e incluso de que se fijase en ellas viéndolas como un complemento o un elemento útil para sus pervertidas maniobras. Así, había terminado llevándolas durante breves periodos, poniéndoselas y sacándolas, llevándolas muy flojas al principio y ciñéndolas un poquito más con cada día que pasaba hasta hoy, que prácticamente estaban pegadas a su piel, pero sin que eso le produjese marcas.

Tiró ligeramente del patrón, moviéndolo alrededor de una de sus muñecas, respirando profundamente al hacerlo antes de levantar la cabeza y encontrarse con esos ojos azules clavados en ella. Había abierto la puerta principal y la sostenía en espera de que le diese alcance.

—¿Todo bien, amor?

La manera en que la llamaba «amor» le provocaba un revoloteo en el estómago, todavía le parecía irreal que un hombre como él estuviese interesado en ella.

—Sí —asintió y acortó la distancia que había quedado entre ellos—. Uno de mis momentos de fuga, ya sabes.

O lo que era lo mismo, uno de esos instantes en el que se quedaba sumida en sus pensamientos e ignoraba todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Las pulseras? —No se le escapaba ni una, pensó divertida y asintió en respuesta—. Piensa que están hechas de oro macizo, que cuestan una pasta y que si alguien te las roba me daría un ataque.

Se rio por lo bajo ante semejante resumen.

—Si pesasen tanto, ni siquiera tú podrías hacer que las llevara puestas —admitió en voz alta.

—¿Ni siquiera por mí, Emi?

La respuesta a esa pregunta era difícil. Le gustaba ser útil, se sentía bien haciendo algo por los demás, sobre todo por él, pero llevar dos grilletes… No estaba segura de sí sería tan fuerte como para soportarlo de nuevo, ni siquiera por él.

—No lo sé —admitió en apenas un hilo de voz—. Supongo que dependería del peso, ¿no?

Los dedos masculinos le acariciaron la mejilla.

—Me las ingeniaré para que no notes su peso —le dedicó un guiño.

—En ese caso… es posible que lo hiciera por ti.

La satisfacción que brilló al momento en esos ojos azules la calentó por dentro.

—Esa es mi chica —declaró y señaló con un gesto la puerta abierta—. Vamos, entra. Si llegamos tarde, Max me usará a mí de modelo y yo prefiero estar al otro lado de las cuerdas.

Shibari. Se estremeció, pero no de miedo, sino de placer. Lucien la había usado de modelo para practicar y el resultado había sido tan erótico como relajante.

Toda una contradicción, pues no soportaba que le atasen las manos, pero se había quedado quieta y había dejado que la *vistiese* con cuerdas, que le inmovilizase incluso los brazos al cuerpo dentro de todo aquel patrón.

Notó como la cara se le encendía ante el recuerdo, no solo de las sesiones, sino de las fotos que le había sacado en una de ellas. Jamás se había visto a sí misma como un modelo de belleza o sensualidad, pero en esas instantáneas… se encontraba no solo guapa, sino preciosa. Si no hubiese estado presente cuando se hicieron, si no hubiese sido la modelo, habría pensado que tenían una cantidad absurda de Photoshop.

Cuando él le dijo que podía resultar relajante también para la modelo, prácticamente se rio en su cara. Al final, acabó resultando cierto.

Los jueves solían impartir talleres de iniciación en el club, solían asistir a ellos algunos de los socios interesados en iniciarse en la dominación, la sumisión o el *Shibari*, como era el caso. Eran los maestros, como los había denominado Lucien, quienes los impartían, aquellos que estaban más versados en el temario o que llevaban más tiempo dentro de aquel estilo de vida.

Su chico se había comprometido a impartir la clase de hoy y por supuesto, no tenía la más mínima intención de dejarla sola en casa, ni siquiera aunque tuviese las ventanas y las puertas cerradas con candado, así que aquí estaba.

Traspasar el umbral de aquel lugar la llevó de nuevo a la noche en la que vio a Cassidy, parecía mentira que solo hubiese pasado una semana desde entonces, pues a ella le semejaba toda una vida. Dejaron atrás el corredor, pasaron frente al mostrador de la recepción que hoy estaba vacío y Lucien desnudó la muñeca para acercar la pulsera electrónica que le daba acceso al interior del club.

Al contrario que la otra vez, no emergió música alguna del interior y las luces eran algo más opacas. Solo se escuchaba el sonido de vasos y botellas al otro lado y algún que otro murmullo de gente al final de la enorme sala principal.

—Está cerrado. —Lucien pareció leerle la mente, ya que le posó la mano en la espalda llamando así su atención—. El *Blackish* no empieza su actividad hasta las diez y el cierre de puertas se hace a las doce.

—Ah.

Sonrió ante su parca respuesta y le dio una palmada en el culo.

—¿Quieres un refresco o agua antes de que me meta en materia?

Enarcó una ceja ante su forma de exponerlo y sacudió la cabeza. Entonces se lo pensó mejor, tenía la boca seca aunque sabía que se debía al nerviosismo.

—Un botellín de agua, si no es molestia.

Asintió y señaló al hombre que sacaba botellas de las cajas y las dejaba sobre el mostrador antes de dirigirse hacia allí.

El tipo era un armario empotrado, enorme y ancho. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta y cuando quitó una caja para poner encima la nueva todavía llena, pudo apreciar su musculatura. Si le dijesen que se trataba de uno de los luchadores de la WWE, no le sorprendería nada.

—A.J. ¿Agua fría? —preguntó Lucien echando un vistazo dentro de la barra.

—En el mismo lugar de siempre, si alguno de vosotros no lo ha cambiado —repuso él con un tono de voz profundo—. El próximo que me cambie las cosas de sitio, se queda sin manos.

Su pareja se limitó a soltar un divertido bufido antes de meterse por detrás de la barra y abrir una nevera.

—Emi, él es A.J. Kells o el *Maestro Kells*, cómo se le conoce por aquí —se lo presentó al tiempo que ponía la botella encima de la superficie de la barra—. Tío, Emi.

—Bienvenida, *mascota*.

—¿Mascota? —No pudo evitar repetir la palabra un poco sorprendida por su elección.

El hombre entonces le prestó atención, clavando esos ojos oscuros sobre ella, recorriéndola con la mirada para luego volverse hacia Lucien.

—Es tu sumisa, ¿no?

Los labios de este se estiraron con esa perezosa satisfacción.

—Es mi novia.

No sabría decir quién de los dos se quedó más sorprendido por esa afirmación.

—Joder, faltas por aquí un par de días y os revolucionáis —declaró el hombre, entonces extendió la mano en su dirección—. Hola, Emi.

Ella se tensó mirando la mano extendida, se la quedó mirando unos instantes, entonces vio como el hombre cerraba los dedos en un puño y la recogía muy despacio, cómo si intuyese que algo le pasaba.

—¿Tu primera vez por el *Blackish*, encanto? —preguntó con toda naturalidad, como si no acabase de rechazar el tocarle.

—La… segunda —admitió un poco avergonzada, cogiendo el botellín de agua—.

Perdón… Tengo… problemas con el contacto físico. No es personal, de verdad.

Él levantó una mano silenciándola en el acto.

—Está bien, *gatita*, no tienes que disculparte —le dedicó un guiño—. Disfruta de tu agua. Si luego quieres algo más, te vienes y me lo pides, ¿ok?

Asintió al tiempo que dejaba que sus labios se curvasen en una tímida sonrisa.

—Gracias.

A.J. se limitó a asentir con la cabeza, entonces se volvió hacia Lucien, quién se había limitado a verlos interactuar apoyado en la barra.

—Tienes a Brian en su despacho. Horus y Max están hablando ya con los asistentes al seminario de hoy; te esperan —enumeró el barman señalando con un gesto al fondo de la sala desde la que habían procedido las voces—. Hay un par de sumisas nuevas… Y las traviesas del club también están aquí… en algún lugar. Creo que Kitty iba a prestarse de modelo para la clase…

Kitty. Emi reconoció el nombre y su mente trajo al momento la imagen de su instructora de Defensa Personal.

Por supuesto, pensó recordando cuando la conoció la semana anterior en este mismo lugar, ella era una sumisa.

—¿Nuestra Kitty de modelo? —Lucien soltó una carcajada—. Esto sí que va a ser interesante.

Su mirada voló entonces sobre ella, le tendió la mano y esperó sin decir una sola palabra a que se la cogiera.

—¿Lista? —preguntó cuando deslizó los dedos en la callosa palma.

Asintió con la cabeza, pues la garganta se le había secado.

—¿Qué hemos dicho sobre las respuestas? —le recordó con ese tono que solía usar siempre que quería toda su atención en él.

—En voz… alta —respondió con un carraspeo—. Lista.

—Dale un sorbito —señaló la botella y esperó a que obedeciera—. Si en algún momento te sientes incómoda, espero que me lo digas, ¿entendido?

Era algo en lo que había insistido, al extremo de recalcárselo varias veces, antes de salir para el club.

—Sí, señor —replicó con un burlesco saludo militar.

—Sigue así, que vas por buen camino —murmuró acercándose lo suficiente para darle un breve beso en los labios.

Emily aprovechó la distancia que los separaba del pequeño grupo reunido en una esquina de la planta baja para deslizar la mirada sobre el lugar. Sin la decoración temática de la vez anterior, a primera vista parecía un elegante club nocturno, con su área de descanso, una pequeña pista de baile en la que incluso habían implementado algunas barras de pole, su bar y algunas grandes y frondosas plantas que parecían dividir las zonas, creando ciertas áreas de intimidad. Pero fue el extraño mobiliario que encontró en alguna de las paredes, así como unos curiosos apliques la que la llevó a tensarse y apretar la mano de Lucien.

—¿Qué ocurre?

Tragó para encontrar la voz y trató de ser lo más abierta posible al comentar.

—Tenéis un mobiliario… de lo más… ah… ¿*chic*?

Él siguió su mirada y soltó una sonora carcajada.

—Amor, solo tú podrías considerar *chic* el mobiliario de un club de BDSM —aseguró riendo con genuino buen humor.

—Unas cuantas obras de arte en las paredes y podemos salir ya en revistas de decoración.

El irónico comentario surgió desde detrás de ellos.

Emi se volvió para ver a un sonriente desconocido con cara de pilluelo. Era igual de alto que Lucien y vestía una camiseta negra con el logo del club en la que destacaba un título: *Maestro Fire.*

—Max estaba a punto de preparar una cuerda para ti —declaró el recién llegado tendiéndole la mano a su novio, quién todavía reía al estrechársela—. No hay manera de que llegues puntual a los sitios, ¿eh?

—Ya me conoces. —Se encogió de hombros, entonces la señaló con un gesto—. Emi, Brian… El *Maestro Fire* es copropietario del *Blackish* junto con Horus. Tío, ella es Emi.

—Sí, he oído hablar de la preciosidad que te ha tenido lo bastante ocupado y debo decir que se han quedado cortos —admitió el chico de buen humor. Entonces se inclinó hacia delante y, antes de que pudiese leer sus intenciones, le dio un toquecito en la punta de la nariz con el dedo—. Hola, Emi, bienvenida.

—Hola. —Se las ingenió para responder, demasiado aturdida como para hacer algo más.

—¡Emi!

El chillido femenino reverberó en la sala, se volvió hacia la dirección de la que procedía y se encontró a una exuberante Sophie avanzando hacia ella en compañía de una chica, igual de imponente, con el pelo azul recogido en una larga cola.

—Maestros —saludó la chica con voz más moderada al llegar ante los hombres.

—Yo no he sido —declaró automáticamente la chica de pelo azul mirando a Brian.

—No me digas —replicó él con visible diversión.

—Nena, un día de estos nos dejas sordos —aseguró Lucien sacudiendo la cabeza.

—Tapones —sugirió Brian acogiendo a su costado a la chica que se acercó a él cojeando ligeramente—. Funcionan divinamente…

Su comentario le valió un pellizco de parte de su compañera.

—¿Acabas de pellizcarme, Luna?

—No, señor, ha sido solo un cariñoso toque de atención.

Él entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella, planeando sobre su boca de la manera más sexy.

—Te voy a enseñar yo a ti lo que es un toque de atención cariñoso, traviesa, solo espera.

La chica se encogió, pero no parecía en absoluto preocupada por ello, sino más bien todo lo contrario.

—Me alegra verte —continuó entonces Sophie, sonriéndole abiertamente—. ¿Todo bien?

Asintió y sintiendo el apretón de Lucien en su mano, añadió en voz alta.

—Sí, gracias —aceptó encontrando su voz—. Es… agradable encontrarme alguna cara conocida… aquí.

—No te preocupes, cariño, estos chicos pueden imponer de primeras, pero son las personas más respetuosas que te encontrarás en la vida.

Su declaración cogió por sorpresa a los hombres presentes, que carraspearon y miraron hacia otro lado.

—No cuela.

—Ni de coña.

El murmullo que intercambiaron ambos dominantes le arrancó una risita.

—Amo Luc, ¿me la puedo llevar? —preguntó Sophie con una voz melosa e inocente que era completamente falsa.

—Acaban de decirme que ibas a ser mi musa, ¿ya te estás rajando? —llamó la atención de la chica, pero al mismo tiempo notó el pulgar acariciándole la mano.

Ella se volvió hacia Emily, quien se sintió de repente observada.

—¿Te importa? —El hecho de que se lo preguntara la cogió por sorpresa—. Lucien es el mejor maestro de *Shibari* que he visto en la comunidad, hace unos diseños preciosos…

Sonrió y sacudió la cabeza.

Sabía que él iba a utilizar a una modelo para la exhibición, sobre todo porque ella se había negado en redondo a serlo, más aún cuando le dijo que habría otras personas mirando. Habiendo visto en qué consistía y sabiendo que lo haría encima de la ropa… estaba dispuesta a tener la mente abierta.

—He visto… lo que es capaz de hacer —admitió tocándose inadvertidamente las pulseras de las muñecas—. Y me parece precioso.

—Gracias, amor.

Levantó la cabeza y le sonrió en respuesta.

—Haz algo bonito para ella.

La manera en la que la miró, el orgullo que encontró en sus ojos y la forma en la que, ignorando a todos los presentes, la atrajo a sus brazos y la besó, le dijo todo lo que necesitaba saber; que él era suyo.

—Prometido.

CAPÍTULO 54

Ella no tenía ni idea del valioso regalo que era, de lo mucho que su presencia lo llenaba. Emi se había convertido en el poco tiempo que la conocía en su esperanza para el futuro.

Lucien siempre había considerado que con su trabajo, su forma de vida y la manera en que se enfrentaba a esta, encontrar a alguien que encajase con él sería un proyecto a largo plazo. Se había convencido de que debía aprovechar el momento y su soltería para hacer lo que desea, para disfrutar de lo que el mundo le ofreciese, que ya habría tiempo de pensar en tener mujer, hijos… una familia propia.

La llegada de Faith a la vida de su hermano y a la suya propia había cambiado su perspectiva. Veía la manera en la que esa morenita miraba a Dain, la intensidad de su pasión, lo bien que encajaba en su vida y deseo poder disfrutar de lo mismo.

Deseaba que alguien le esperase al llegar a casa, con quién pudiese hablar después de pasarse semanas en alguna misión, alguien que le regañara por dejar la tapa del váter levantada… Quería una mujer a quién pudiese considerar suya y entonces Emily se cruzó delante de su coche.

Enamorarse de esa mujer había sido inevitable. Ella cubría esa inclinación natural que tenía de proteger a la gente, era lo bastante inteligente y valiente como para mantenerse a su lado como una igual, para presentar batalla y decir no si ese era su deseo. Su pequeña guerrera había tenido que vérselas con la peor cara de la humanidad, había sido lastimada, la habían destrozado, pero nada impediría que siguiese adelante. Y él estaría ahí para ayudarla, para sostenerla cuando pensase que ya no podía mantenerse en pie. Sería su compañero, su amante y su amigo, la familia que le habían arrebatado. Nadie, se juró, nadie volvería a hacerle daño otra vez, no mientras viviese.

Sabía que tenían una larga lucha por delante, que todavía pasaría tiempo hasta que Emi se encontrase bien al cien por cien, pero cada pequeño paso que daba por sí misma era una pequeña victoria que celebraría junto a ella.

La había arrastrado a su mundo sin saber si encajaría en él. No deseaba ocultarle nada, ni tampoco esconder o negar lo que era, lo que siempre había sido; un dominante. Era una necesidad que corría por sus venas, el estilo de vida que había elegido y así como ella estaba aprendiendo a entenderlo, a entenderle a él, Lucien sabía que debía hacer lo mismo y adaptarse a ella y a sus necesidades.

Su pequeña Emi era sin duda sumisa en la cama. Confiaba en él para que la guiase, para que la pusiese a prueba y la empujase, se ponía en sus manos para ser moldeada, para descubrir el placer que él deseaba darle y ese era un regalo invaluable. Juntos estaban descubriendo donde estaban sus límites, cuáles eran sus temores, qué demonios seguían viviendo bajo su piel y cuáles podían ser exorcizados al momento.

No cambiaría nada de lo que tenía en esos momentos y después de haberla tenido junto a él durante esa sesión de bondage, de sentirla cerca y encontrarse con su mirada serena mientras realizaba las ataduras sobre el voluptuoso y dulce cuerpo de otra sumisa, estaba más deseoso que nunca de mostrarle lo mucho que la amaba.

Kitty era una sumisa inteligente y también empática. Había leído claramente a Emi desde

el momento en que se conocieron. Le debía a esa chica mucho más de lo que ella sabría jamás, sobre todo porque gracias a ella su pequeña se estaba abriendo a otras personas, algo que dos semanas atrás había parecido impensable.

Ahora que el taller había finalizado y el club se preparaba para abrir en una hora más las puertas, los participantes en el taller, así como los asistentes, se estaban tomando unos momentos para reflexionar e intercambiar comentarios sobre la clase.

—Se la ve mucho mejor que la semana pasada.

El comentario de Horus hizo que abandonase el grupo formado por Sophie, Luna y Emi y prestara atención a sus compañeros.

—Tiene más confianza en sí misma —continuó su amigo—. Kitty quiere adoptarla; literalmente.

Su comentario arrancó un par de risitas entre los asistentes.

—La ha calado hondo —aseguró Horus—. Aunque dice que tiene unas cicatrices internas tan profundas que tardará un tiempo en ser ella misma de nuevo.

Asintió. La pequeña gatita era realmente buena leyendo a la gente y a la chica la había clavado.

—No entiendo como alguien puede ser inhumano —añadió Brian, quién había sido puesto al tanto de lo ocurrido. Todos ellos sabían por lo que había pasado la chica, aunque no conocían toda la historia y debería seguir siendo así hasta que el juicio pasara y todo estuviese arreglado —. Torturar a una mujer… ¡Maldita sea su alma!

Miró al *Inspector de Incendios*, cuya mirada estaba puesta sobre las chicas.

—¿Habéis dado ya con el responsable? —preguntó volviéndose hacia él—. Si necesitas ayuda… La *Crossroad Company* tiene una buena red extendida por todo el mundo.

Sonrió de soslayo ante la mención de la compañía que habían fundado un grupo de hombres que tenían en común un pasado tortuoso y a la mujer que los había salvado de sí mismos y encauzado sus vidas en el camino correcto.

Sin duda poseían una de las compañías más boyantes del país y también de la que menos se sabía. Sus campos eran lo bastante extensos como para ser incapaces de situarla en un solo sector e intuía que además de mantenerse en línea con la ley, contaban también con recursos que navegaban en el lado oscuro.

—Exactamente, ¿qué tal extenso es el alcance de rastreo que tenéis?

Brian esbozó una lenta y perezosa sonrisa de lo más enigmática.

—¿A quién deseas encontrar?

Lucien notó como un escalofrío le bajaba por la columna, pero cuanto más cavilaba en aquella repentina idea, más dispuesto estaba a arriesgarse.

—Es alguien que suele usar bastantes alias, alguien que cuenta con los recursos y la economía suficiente como para esconderse incluso de las agencias gubernamentales de este país —mencionó bajando el tono de voz, ya que era algo que no quería que saliese de esa mesa—. Y necesito dar con su paradero. Sin intervenciones. Solo su paradero.

La sonrisa de Brian desapareció, los ojos de su amigo volaron hacia las chicas y finalmente volvió de nuevo hacia él.

—¿Tienes algún nombre?

Asintió.

—Uno —admitió.

—Dámelo —pidió el bombero tendiéndole una servilleta y sacando un bolígrafo del bolsillo—. Si está ahí fuera, Jax es el único que puede dar con él.

Lucien garabateó rápidamente el nombre, dobló el papel y lo resbaló sobre la mesa.

—Así que esto es más jodido de lo que parece a simple vista —comentó Max, que también se había fijado en las chicas, las cuales charlaban y sonreían ajenas a lo que estaban comentando —. ¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

El reproche en la voz del Maestro de *Shibari* hizo que enarcase una ceja.

—Damien Knight. —Solo necesitó un nombre para que él pusiera los ojos en blanco y asintiese.

—Debí suponerlo —chasqueó—. ¿El *FBI*?

Asintió.

—Y la *ICE*.

—Joder —siseó al mismo tiempo A.J. que había permanecido en silencio hasta el momento—. ¿Y no han conseguido nada?

—Están en ello —aceptó sin dar más datos—. Mañana tenemos una reunión. —Miró a Brian al decirlo—. Si lo que se baraja se confirma, el paradero de ese nombre… es la clave.

Su amigo acusó la información con un gesto de asentimiento.

—Le daré prioridad —declaró levantándose. Echó un vistazo hacia el grupo y le hizo un gesto a Luna, quién se levantaba al ver que su prometido se ausentaba—. Sé buena, traviesa, te dejo al mando.

—Sí, hombre, para que luego me zurres —declaró la chica en voz alta, arrancando unas risitas en ellos, lo que distendió también la tensión del momento—. Señor.

—Esta sumisa no aprende —chasqueó Horus con una risita—. Es bueno verla de nuevo dando guerra.

—Mientras no monten una parecida a la de los unicornios… —aseguró A. J.

—Ah, el famoso momento *brilli-brilli* del que me ha hablado Quinn.

—La que te perdiste —añadió mirando a Max—. Purpurina por todos lados, un peluche feo como el demonio colgado en una pared, pegatinas de unicornios cubriendo la *Cruz de San Andrés*…

—Y las botellas de cerveza —le recordó Horus—. Kells todavía no lo ha superado.

—¿Quién coño puede superar eso? —dijo el aludido poniendo los ojos en blanco.

—Si es que… dios las cría…

—Y nosotros las juntamos —concluyó Horus dejando claro lo obvio, entonces se volvió hacia él—. Podemos suponer que el grupo de traviesas del *Blackish* se incrementará, ¿no?

—El tiempo lo dirá —admitió volviendo la mirada en dirección a las chicas para encontrarse con una amplia sonrisa en la cara de Emi, quién respondía a algo que le decía Luna —. No la arrastraré al club si no es lo que ella desea…

—Has caído —aseguró Max con un bajo silbido—. Enhorabuena y suerte.

Enarcó una ceja en dirección a su amigo quién le dedicó un guiño en respuesta.

—Es oficial, ¿entonces? —añadió Horus.

—Para nosotros sí —admitió dedicándole él mismo un guiño a Emi cuando esta miró en su dirección—. Y eso es todo lo que me importa en estos momentos.

—Dios, ni Dain cayó tan fuerte.

—En el fondo Luc es un romántico.

—¿Quieres flores o bombones para nuestra próxima cita, amorcito? —replicó él volviéndose hacia Max con una caía de ojos y un aleteo de pestañas que les arrancó a todos una carcajada.

—Payaso.

—Y con certificado —asintió de buen humor.

En el último mes y medio que estuvo fuera haciendo de guardaespaldas había echado de menos esto, la camaradería que tanto Dain como él habían encontrado en el club. Esta era la gente con la que le gustaba estar, los amigos con los que sabían que podían contar y esa amistad y apoyo también se extendía sobre las sumisas, novias y esposas que tenían a su cargo.

Era curioso, pero en muchos aspectos, todos los *Maestros del Blackish* se habían convertido en una familia.

—Bueno, chicos, habrá que ir poniéndose en marcha —declaró A.J. abandonando su silla —. Abrimos en menos de una hora.

—¿A quién le toca hoy la recepción? —preguntó Max.

—¿Tú miras el cuadrante que os envío a todos? —replicó Horus con ironía.

—No, lo hace Quinn —aseguró divertido—. Si fuese mi turno, ya me lo habría dicho.

—Le toca a Reid —informó A.J. caminando hacia su zona de acción para la noche—. Que alguien me mande a Camden cuando llegue, necesito que me explique qué coño son esos garabatos que ha dejado en la carta de los nuevos cócteles.

—El Chef y sus innovaciones —suspiró Max—. Si el hijo de puta no cocinase tan bien…

—¿Te quedas? —Horus le puso la mano sobre el hombro, llamando su atención.

—Emi ha tenido suficiente terapia para el día de hoy —declaró señalándola con un gesto —. Necesita un descanso. Mañana será una noche difícil.

El propietario del club asintió.

—Si necesitas alguna cosa, no dudes en contactarnos —le recordó—. Estamos aquí para vosotros.

Su abierto ofrecimiento reforzó sus pensamientos de antes.

—Gracias, hermano —le devolvió el gesto—. Disfruta de la noche.

—Tú también.

Dicho eso, cada uno siguió su camino.

Emi se levantó de la mesa que ocupaba con las chicas tan pronto como lo vio acercarse a ellas, algo que también hicieron las dos sumisas.

—¿Lista para irnos?

El alivio bailó al momento en sus ojos.

—Sí.

—Espero que volvamos a vernos pronto —le deseó Luna, sorprendiendo a la chica con un abrazo que la puso instantáneamente rígida. Pero para su sorpresa, Emi sonrió y se relajó visiblemente—. Amo Luc. *Que la fuerza te acompañe.*

—Lunita, ¿tanto extrañas tu mondadientes? —replicó en respuesta a su comentario.

La sumisa de pelo azul sonrió ampliamente y negó con la cabeza.

—Ni un poco, señor —aseguró, pero no parecía para nada contrita—. Nos vemos, Emi.

—Cuídate mucho —Sophie se limitó a cogerle las manos y apretárselas suavemente—. Tienes mi teléfono y el de Luna. Cualquier cosa que necesites, nos llamas. Y espero verte la semana que viene en el *Chaser*, ¿eh?

—Gracias, Kitty —asintió su chica con una confianza que no había visto antes en ella.

—Luc. —La sumisa se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Gracias por la lección de hoy, señor. Ha sido precioso.

La besó suavemente en los labios, tan solo una caricia y le pegó una palmada en el trasero.

—Vete, Horus te espera.

—Sí, señor —declaró y se despidió de Emi con la mano.

Solo entonces se volvió hacia su mujer y tras rodearle la cintura con el brazo para atraerla a él, reclamó su boca en un beso genuino.

—¿Todo bien?

Su sonrisa fue lo más bonito que vio esa noche.

—Sí —asintió al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. Mejor que bien.

—Estupendo, amor —la aferró contra sí—. Vámonos a casa.

CAPÍTULO 55

A la noche siguiente…

Faltaban cinco minutos para las diez de la noche cuando Cassidy bajó del coche en compañía de Leslie Carson. El agente del FBI estaba en aquellos momentos tan nervioso como cabreado y no era para menos; Elías Greyson había sido encontrado muerto en la cárcel dos días atrás.

Se había suicidado.

Y una mierda.

Un hombre como Greyson era demasiado cobarde para llevar a cabo algo así, máxime cuando el tipo estaba pasando su estancia en prisión como si se encontrarse en un resort vacacional.

La noticia había entrado en las dos agencias casi de forma simultánea, apenas habían podido retrasarla cuarenta y ocho horas antes de que esta saliese en la prensa nacional.

Primero Zimmerman, ahora Greyson, los titulares de los periódicos y los programas de actualidad de la televisión empezaban ya a hablar de ajuste de cuentas y de muertes por encargo. Empezaban ya a preguntarse si el próximo juicio del *Caso Evory* se llevaría a cabo y si la testigo principal seguiría con vida.

Maldita prensa.

Lo último que necesitaban era tener a periodistas husmeando por ahí o intentando obtener declaraciones del abogado de Greyson, el cual ha había aparecido negándose a hacer comentarios.

Al menos alguien tenía el buen sentido de mantener cerrada la boca.

—¿Así que aquí es dónde la has mantenido escondida hasta ahora?

El comentario hizo que se volviese hacia el agente.

Ahora que había tenido tiempo para indagar en la historia de Carson y en el asesinato que se había producido cinco años atrás, entendía mucho mejor la desesperación que motivaba al hombre. No podía imaginarse lo que era perder a una hermana de esa manera y no poder llevar a su asesino ante la justicia.

Todo lo que rodeaba a aquel incidente era demasiado turbio, se había gestionado de una forma irrisoria, como si el país en el que había tenido lugar quisiera sacarse de encima cuanto antes el problema y evitar un conflicto internacional. Se había adjudicado el atentado contra el convoy a uno de los regímenes terroristas de la zona y el posterior encuentro del cadáver de la señorita Carson como un daño colateral.

Leslie había tenido que utilizar canales no legales para llegar a dónde había llegado y no solo eso, por lo que sabía también se había infiltrado en el país de forma clandestina para poder obtener las pruebas que ahora estaban en su poder.

Ese hombre había pasado dos años en zonas en las que cualquier extranjero, más aún un agente del gobierno, sería asesinado, mutilado y devuelto a su país en pedacitos o enterrado en el desierto dónde nadie volviese a encontrar su cadáver.

Tenía que respetarlo por lo que había hecho, por lo que había arriesgado y esperaba por su bien y el de todos los implicados en el caso actual, que sus sospechas se viesen confirmadas y la identificación de Emily pudiese darle lo que necesitaba para cerrar ese episodio.

Cassidy estaba convencido de que las recientes muertes no iban a quedarse solo ahí, no cuando había una testigo mucho más importante y que seguía con vida.

«Malik Al-Kazir está detrás de estas muertes».

Carson estaba convencido de ello y si estaba en lo cierto, la vida de Emily seguía estando en peligro y lo estaría hasta que ese tipo fuese arrestado o alguien les hiciese el favor de meterle una bala en la cabeza.

—Deduzco que la señorita Dillinger podría tener algo que decir con respecto a este lugar si hubiese decidido ocultarla aquí —replicó dejando el aparcamiento para dirigirse a la puerta principal—. Y no sería nada agradable.

El agente lo siguió, comprobando sus alrededores como lo haría alguien acostumbrado a tener que mirar siempre por encima del hombro.

—Pero es uno de los lugares más seguros a la hora de evitar miradas indiscretas —continuó mirándolo de soslayo—, aunque eso ya te lo habrá dicho el idiota que enviaste a seguirme.

Cruzaron miradas y no se molestó en negar lo evidente.

—No me fiaba de ti.

—¿Y ahora te fías? —Esbozó una irónica sonrisa.

—Has mantenido a la muchacha a salvo y totalmente oculta, eso te otorga un voto de confianza —replicó con un ligero encogimiento de hombros.

—Vas a hacerme llorar con tanta emotividad —repuso con cierta ironía, entonces señaló la puerta y le indicó que lo siguiera—. Una única advertencia. Procura mantener la boca cerrada y tus comentarios para ti cuando entremos.

—Me importan más bien poco tus gustos sexuales, Ortiz —declaró dejando claro que sabía de qué iba la cosa—. Solo estoy aquí por un motivo.

—Joderme —repuso abriendo la puerta y entrar finalmente en el edificio.

El local estaba empezando a recibir a sus socios, por lo que no le sorprendió encontrarse con algunos miembros ya pululando por la recepción, donde Reid se encargaba de comprobar que nadie entrase sin tener las credenciales adecuadas.

Esta noche el *Blackish* se vestía con su esencia, así que muchos de los presentes iban vestidos de cuero o licra, como era el caso de Jessica, la preciosa sumisa que canturreaba sentada sobre el mostrador. Su cortísimo vestido de licra negra dejaba poco a la imaginación y sí mucho que ser admirado.

—Jess, ¿haciendo otra vez de pisapapeles?

Tanto Reid como la chica levantaron la cabeza. El Dom sonrió al reconocerlo y le dedicó un gesto con la cabeza y la chica entrecerró los ojos y saltó vivaz al reconocerle.

—¡Amo Cass!

Ese bomboncito se giró sobre la superficie mostrando un generoso escote que a duras penas cubría sus pezones.

—Cuanto tiempo sin verte por el *Blackish*, Maestro —lo saludó ella con esa voz cantarina —. ¿Todo bien por Washington?

—Todo bien, preciosa —la saludó—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo te va con la carrera?

—A puntito de terminar —aseguró orgullosa—. Te avisaré cuando me den el título para celebrarlo, ¿verdad, señor?

Su pregunta iba dirigida a su dominante, quién terminaba de anotar algo en el registro.

—Sí, nena —replicó este para finalmente extender el brazo por encima de la barra y chocar los cinco con él—. Bienvenido, tío —lo saludó y echó un vistazo fugaz a su acompañante —. Os esperan dentro. En el piso de arriba, ya sabes.

—Estupendo —asintió y, como dictaba el protocolo, se deshizo de la pistolera e indicó a su compañero que hiciese lo mismo—. Nada de armas ahí dentro. Tampoco teléfonos. Aunque en nuestro caso harán una excepción.

—¿Y es seguro que se queden aquí? —preguntó en voz baja, echando un vistazo a la chica y el resto de los presentes sin hacer comentario alguno a mayores.

—Estarán en la caja fuerte y podréis recuperarlas a la salida —respondió Reid por él—. Lo tomas o lo dejas.

Carson se llevó la mano a la espalda y recuperó su propia arma. Le quitó el cargador y dejó ambos encima de la mesa sin más.

—Gracias —agradeció el Dom antes de coger ambas armas, sus respectivos cargadores y abrir la caja de seguridad que tenía bajo el mostrador y meterlas dentro—. Podéis entrar. ¿Llevas la pulsera o te abro?

Cassidy desnudó la muñeca.

—La tengo. —Se volvió hacia su acompañante y señaló la puerta—. Andando.

Nada más abrir la puerta del club la música potente y oscura que reinaba en el ambiente los recibió. Gemidos, gritos de placer, el olor a cuero y a los aceites corporales impactaron directamente en su nariz y los respiró con sumo gusto. Si fuese otra noche cualquiera, no le habría importado jugar un rato, Dios sabía que necesitaba quitarse toda la mierda de estrés que venía arrastrando. Pero no estaba aquí para jugar. Echó un vistazo a su compañero, quién si bien examinaba el lugar con detenimiento no parecía ni alarmado ni escandalizado.

—Arriba —levantó la voz por encima de la música y señaló la escalera central que llevaba al piso superior.

Él asintió con la cabeza y lo siguió a través del local. Saludó a algunos conocidos con un gesto, le guiñó el ojo a alguna de las sumisas que conocía y a otras que le encantaría conocer y guio a su invitado a través del club.

Al igual que la vez anterior, habían ocupado uno de los reservados más alejados y con mayor privacidad. Damien levantó la mano en señal de aviso, a su lado estaba Emily, a quién le faltaba poco para subirse al regazo de Lucien, dada la manera en que se pegaba a él.

La chica estaba claramente nerviosa, no dejaba de dar respingos y miraba de un lado a otro, pero la proximidad física que mantenía con su guardaespaldas hablaba por sí sola; estaba claro que esos dos habían pasado a un nuevo nivel. Con el pelo rubio recogido en una coleta, la cara totalmente limpia de maquillaje y un ceñido vestido azul eléctrico con escote palabra de honor enmarcándole los pechos, era una cosita preciosa y digna de admirar. Lo único que rompía ese conjunto de sensualidad e inocencia, eran las cicatrices blancas que asomaban en su escote, así como las que dominaban su garganta y esternón.

Cassidy intercambió una rápida mirada con Lucien, quién se limitó a devolvérsela.

Él había visto esas cicatrices sobre el cuerpo femenino, pero entonces estaban prácticamente en carne viva, ensangrentadas, medio perdidas en medio de la mugre en la que reposaba.

—Hijo de la gran puta —escuchó el comentario a su espalda y se detuvo, cerrando su mirada en la de Carson. Durante un breve momento vio el horror y la pena en sus ojos, sin duda estaba pensando en su propia hermana, supuso.

—Aquí no. —Lo avisó en apenas un hilo de voz.

El hombre se limitó a asentir con un levísimo gesto de cabeza y al momento adquirió una expresión totalmente neutra.

Respirando él mismo en profundidad y poniendo sobre su rostro una expresión afable, se volvió de nuevo hacia el reservado y avanzó hacia ellos.

—Buenas noches a todos —saludó y se inclinó sobre la mesa para mirar a la chica a los ojos—. Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Agente Ortiz —replicó ella con suavidad, manteniendo una forzada familiaridad—. Estoy bien.

—Cass —lo saludó Lucien, entonces miró más allá de él y recorrió al agente del FBI con la mirada—. Carson. Veo que sigue de una pieza.

Sin duda el aludido tenía que recordar a Lucien de la visita que hizo semanas atrás a la Central de la ICE.

—Veo que sigues igual de viejo que la última vez que nos vimos, Leslie —saludó también Damien, el cual sabía que conocía bien al agente—. ¿Qué tal Castillo?

—Knight —lo reconoció y a juzgar por su tono de voz no le alegraba precisamente verle allí—. Así que tú también has estado enredando en la sombra.

—Qué puedo decir, me gusta más que la oficina —señaló este y los invitó a ambos a ocupar los asientos vacíos. Entonces se giró hacia la chica y los presentó—. Señorita Dillinger, este es el agente del *FBI* Leslie Carson. Agente Carson, la señorita Emily Dillinger, a quién lleva un tiempo buscando.

—Agente Carson —murmuró ella con una seguridad que no esperaba encontrar tan pronto en su voz—. Es un placer conocerle y… Lamento mucho… su pérdida.

Aquello los cogió a todos por sorpresa, a todos menos a Lucien, quién obviamente debía haberle contado todos los pormenores a la chica.

—Emily Dillinger —escuchó que decía Carson nada más sentarse a su lado—. Ha sido usted difícil de encontrar.

Ella se limitó a sostenerle la mirada, pero no dijo una sola palabra.

—Gracias por acceder a este encuentro —continuó el federal con un tono de voz más ligero—. Lo crea o no, sé que esto no es fácil, que lo que voy a pedirle no es algo que usted quiera recordar, pero… Necesito que me confirme la identidad de una persona. Si es quién creo que es, si coincide con el hombre que la agredió y que responde al apodo de El Sultán, podremos cogerlo al fin. Ahora más que nunca es importante que obtengamos una orden en su contra y procedamos a su detención. Después de la muerte de Elías Greyson…

—¿Elías Greyson está muerto?

La sorpresa fue general. Cassidy resopló, le lanzó una mirada a su acompañante y se dirigió a Lucien, que fue quién habló.

—Se quitó la vida en su celda —respondió procurando no dar demasiados datos con la joven presente. Esta había perdido el color de su rostro y los miraba con los ojos como platos—. Lo encontraron hace dos días.

—Muerto. —A Emily le falló la voz. Se giró hacia Lucien en busca de confirmación y este le cogió la mano, apretándosela—. ¿Él también está muerto?

—Me estoy enterando al mismo tiempo que tú, cariño —aseguró el hombre volviéndose hacia ellos—. ¿Cómo…?

—Suicidio.

—Venga ya —chasqueó Lucien.

—Eso es lo que aparece en el informe forense.

—Pero…

—Posiblemente alguien lo liquidó del mismo modo que hicieron con Zimmerman —añadió Damien, quién parecía estar al tanto.

—¿Lo sabías?

—Lo escuché en la radio al venir para aquí —admitió él mirándole—. La prensa ya habla sobre ello.

—Hemos retenido la noticia tanto tiempo como hemos podido —declaró Carson, afrontando parte de su propia responsabilidad en todo aquello, entonces se volvió hacia la chica —. Pensé que estaría al tanto… De todas formas, lo que ha ocurrido hace que sea cada vez más urgente dar con ese eslabón perdido en la cadena.

—¿Piensa que ha sido él quién… ha ordenado… esos crímenes? —A Emily le temblaba la voz al hacer la pregunta, pero se estaba esforzando por mantenerse en pie y dispuesta a colaborar.

—No solo lo pienso, señorita Dillinger, lo sé —declaró rotundo—. Uno de mis compañeros ha estado infiltrado en la prisión los últimos meses. Elías Greyson ha estado impartiendo órdenes desde la cárcel, las cuales venían del exterior.

—Joder.

El federal se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó el teléfono móvil. Trasteó en él unos momentos hasta encontrar lo que buscaba; unas fotos.

—Emily —pronunció su nombre con sumo cuidado—. Esto puede resultarle… difícil, pero necesito… Necesito que me diga si reconoce al hombre que aparece en estas instantáneas.

Posó el teléfono encima de la mesa y dejó que la chica lo cogiera.

A ella le temblaban las manos cuando puso los dedos sobre el dispositivo y lo acercó hacia sí.

No hubo mayor respuesta para cualquiera que estaba allí que la de ver a la mujer jadear, apartarse del teléfono como si la hubiese quemado con una expresión de puro terror cubriéndole el rostro. Los ojos se le llenaron de lágrimas, se llevó la mano a la boca y solo la rápida reacción de su compañero, quién cogió una pequeña papelera a su lado y se la puso delante evitó que acabase vomitando sobre la mesa.

—Shh, está bien, amor, no pasa nada, él no está aquí.

Cassidy escuchó la voz de Lucien tranquilizándola. Sus palabras desde luego no eran los de un guardaespaldas, esos dos parecían haber conectado de un modo mucho más profundo.

—Emily, cielo, ¿puedes confirmar si ese hombre es al que llamas *El Sultán*? —pidió Damien, apartándole a la chica el pelo de la cara al tiempo que le pasaba un pañuelo para que pudiese limpiarse la boca.

Temblando como una hoja, con el rostro pálido y los ojos todavía llenos de terror, asintió muy despacio. Entonces, para sorpresa de todos volvió a coger el teléfono, respiró profundamente y miró de nuevo la pantalla. La tensión fue inmediata, pero esta vez el miedo empezó a dejar paso a otra emoción, una más cruda, más virulenta.

—Es… es él. —Señaló el hombre de la fotografía—. Es… él… Ese monstruo…

Los delgados dedos femeninos se cerraron alrededor del dispositivo.

—Es… su rostro… —aseguró entre dientes—. Su… postura… Su pelo… Su pelo era más corto y de otro color… Negro. No claro como aquí. Pero… Es él. Este es el hombre… —Se volvió temblorosa hacia su compañero y levantó el teléfono con las lágrimas resbalando por su rostro—. Es él, Lucien, es él. Él es el monstruo…

Su amigo le quitó el teléfono de las manos y volvió a dejarlo sobre la mesa, empujándolo hacia Carson, para luego ocuparse de la chica.

—¿Es suficiente, Carson? —La voz de Lucien no podía ser más fría.

El agente asintió y clavó la mirada sobre la chica.

—Este hombre es Melik Al-Kazir —dijo en voz alta—. Y es también responsable de la tortura y muerte de otras mujeres… entre ellas, una intérprete de la embajada americana en Abu-Dabi. Ninguna ha podido… vivir para denunciarle, para señalarle tan claramente… hasta hoy.

Sus palabras hicieron que Emi se volviese hacia él con el rostro bañado en lágrimas.

—Ahora que tengo… Que tenemos su confirmación, señorita Dillinger, podremos apresarlo.

—Eso si dais con su paradero —añadió Damien, sabiendo que ese era el mayor inconveniente de todos.

—Sabemos dónde ha sido visto por última vez en los últimos meses —admitió Carson—. Ahora solo es cuestión de obtener una orden internacional… y traerlo ante la justicia.

—¿Una orden internacional? —Damien chasqueó la lengua—. Tal y como están las cosas ahora mismo por allí… Será complicado…

—Lo sé —asintió, pero eso no parecía preocuparle. Volvió a mirar el teléfono y su rostro se volvió más fiero—. Pero ahora no podrán negarse a ello…

—Vas a necesitar una declaración jurada y firmada para proceder —añadió Damien, mirando a la chica a su lado—. Cariño, ¿te ves con fuerza para hacerlo? Solo tendrás que firmar, Cassidy y yo podemos testificar su validez.

Ella asintió y echó un fugaz vistazo en dirección al teléfono.

—Haré… cualquier cosa… para que ese monstruo… termine… entre rejas… o bajo tierra.

El último par de palabras sonaron a través de los apretados dientes, pero nadie hizo observación alguna, sabiendo por lo que había pasado ella, cualquiera de los presentes miraría hacia otro lado si ese tipo aparecía muerto.

—Bien. —Se organizó Damien—. Papel… bolígrafo…

—Grábalo —Emily alzó la voz atrayendo su atención hacia ellos—. No me importa… Lo diré en voz alta… No… No me seguiré escondiendo… de nada.

—Deberás hacerlo —añadió Carson mirándola a los ojos—. Hasta que él comparezca ante la justicia… o esté muerto, tendrás que hacerlo. —Dicho eso se volvió hacia Lucien, intuyendo que él era quién la había mantenido a salvo hasta ahora—. Que siga oculta, que siga muerta para todo el mundo.

—Leslie, el juicio es en dos semanas… —le recordó Cassidy—. Si no declara…

El hombre asintió.

—Será suficiente —dijo con voz fría—. Hasta ese momento, que siga oculta.

Cassidy supo que detrás de sus palabras había una decisión inquebrantable, solo esperaba que esta no trajese consigo un desenlace funesto para el agente del *FBI*.

CAPÍTULO 56

En algún punto de Yemen.
Oriente Próximo

Nueve días después…

—¿*Syid?*

Se volvió y le hizo un gesto al hombre que acababa de presentarse en una puerta con un gesto de la mano para que entrara.

—¿La tenemos?

Hubo un incómodo silencio que decía mucho más que cualquier palabra.

—Todavía no hemos dado con ella, pero…

Levantó de nuevo la mano y le ordenó marcharse.

Casi nueve meses y seguía sin saber de su paradero. Había sido descuidado, esperaba que muriese cómo tantas otras lo habían hecho antes, pero su espíritu era lo bastante fuerte como para resistir a sus deseos, a sus necesidades.

Cerró los ojos. Si se concentraba podía escuchar todavía esa dulce melodía, los jadeos, los gritos, la manera en la que suplicaba. Y su cuerpo, voluptuoso, de curvas generosas, perfecto para que la marca de su látigo permaneciera, para convertirla en una obra de arte.

Oh, cómo le había satisfecho, cómo le había gustado ver esas líneas de rojo escarlata corriendo por su espalda, por sus muslos… Someterla había sido tan placentero, mucho más que estar dentro de cualquier perra.

Pero entonces la infiel le había marcado el rostro con las uñas, recordó llevándose la mano a la cara, al lugar exacto en el que todavía perduraba una delgada cicatriz, había hecho correr su sangre y despertado la bestia en él.

Sus ojos a punto de salirse de las órbitas, los delgados dedos intentando librarse de la presa de sus manos sobre esa dulce garganta. Había querido estrangularla, romperle ese delicado cuello, pero eso haría que su diversión terminara demasiado pronto.

Oh, el sonido de sus alaridos cuando vertió el caliente brebaje en su boca, obligándola a tragar antes de que escupiese el líquido que la abrasaba. La correa alrededor de su cuello, asfixiándola, su cuerpo cayendo al suelo, retorciéndose como la serpiente que era, llevándose por delante los vasos que se hicieron añicos. La sangre que corría por su garganta, la misma que lamió con fruición entre risas…

Sí, había tenido un maravilloso momento con ella, pero entonces su voz dejó de resultarle atractiva. Ya apenas lograba hablar, sus gritos no tenían la misma cadencia y acabó usándola para descargar su frustración.

Tenía toda la intención de devolverla a ese imbécil de Greyson, se la mandó en una bonita caja después de que sus hombres la descolgaran de los soportes. No pensaba ni que llegase a él con vida, estaba dispuesto a pedir que le devolviese el dinero o le consiguiese a dos mujeres más

dispuestas a compartir su placer, pero ¿qué había hecho? La había dejado en aquel mugriento sótano y esos perros de la agencia del gobierno americano dieron con ella.

Si hubiese muerto cuando tenía que hacerlo, no habría tenido que gastar tanto dinero y recursos en limpiar aquel asunto.

Greyson le había asegurado que lo arreglaría, que la encontraría y se desharía de ella, que nunca le relacionarían en aquel caso… Pero el solo hecho de que ese americano supiese de él, que conociese su rostro ya era bastante riesgo.

Había demasiados implicados y todos ellos tenían un denominador común; la mujer de pelo dorado.

Esa hembra poseía más vidas que un gato, se las había ingeniado para sobrevivir y testificar, se había atrevido a poner en palabras sus encuentros, en describirle aunque sin un nombre, sin una identidad real que lo identificase, no eran más que palabras vacías.

Ella había señalado con el dedo a sus captores, le había señalado a él, convirtiéndolo en una ficha más, dando a lo que debería haber sido un simple caso de compra y venta de ganado, unas dimensiones mucho mayores, conectando unos hilos que deberían seguir enterrados.

Oh, sabía bien que ese agente del FBI volvía a estar tras sus pasos, llevaba los últimos cinco años olfateando el suelo, pero jamás encontraba el rastro y cuando lo hacía, se pasaba meses dando vueltas persiguiendo su propia cola.

Nadie entraba o salía de la ciudad sin que él lo supiera, nadie extranjero entraba en el país sin que le fuese comunicado. Siempre supo del paradero de ese perro mientras estuvo en su territorio, se había encargado de monitorizarlo en todo momento, de dejarle migajas… y cuando se desviaba del camino marcado por él, se encargaba de que los responsables lo pagasen con sus propias vidas.

No había llegado a ostentar el poder que tenía sin hacer sacrificios, sin mover los hilos que le resultaban más convenientes. Ni los más grandes dirigentes de su país se atrevían a hacerle frente por miedo a las represalias, así que, ¿qué podían hacer un puñado de americanos a los que ni siquiera apoyaba su gobierno?

Se acercó al ventanal de su despacho desde cual tenía una amplia visión de la ciudad. Le gustaba el desierto, le gustaba sentirse el gobernante y en aquella pequeña parcela de tierra lo conseguía. No era necesario estar en una gran capital, ni frente al mando de un gran ejército, no cuando podía tener y hacer uso de ese poder desde un lugar como aquel.

Sonrió para sí, deslizó la lengua sobre los labios y deslizó la mirada hacia la puerta cerrada que daba a una habitación contigua. Se excito ante el solo pensamiento de envolver los dedos alrededor del puño del látigo y hacerlo restallar en el aire, de llenarse los oídos con la melodía celestial de los gritos de la hembra que lo aguardaba; una bonita muchacha que acababa de llegarle desde el norte de Europa.

Giró sobre sus pies, dándole la espalda a la ventana, listo para disfrutar de una de sus sesiones más liberadoras cuando un enorme estallido hizo temblar los cimientos del palacete.

Con los ojos abiertos como platos, giró de nuevo a la ventana y observó una enorme columna de humo elevándose en el horizonte. Una segunda explosión siguió a la primera y voló el edificio en el que su milicia personal guardaba la munición.

Se apoyó en el alfeizar, clavó los ojos en aquella dirección y una tercera explosión hizo saltar por los aires dos edificios más lo bastante importantes como para que supiese sin lugar a duda de que aquello era un atentado hacia su persona.

Dio media vuelta, listo para llamar a su gente y tomar las medidas oportunas para salir de allí en ese preciso instante cuando la puerta del despacho se abrió. Se encontró con un hombre

vestido como un nativo, el rostro completamente cubierto y unos fríos ojos mirándole a través de la ranura que dejaba la *kufiya* mientras le apuntaba con un arma.

—Tus víctimas te mandan saludos desde el más allá —dijo en un árabe con marcado acento extranjero.

No tuvo tiempo de hacer o decir nada, ni siquiera de llegar al arma que mantenía siempre en la cintura del pantalón, lo último que escuchó fue el sonido del disparo antes de que la bala se le incrustase en la frente.

CAPÍTULO 57

District of Columbia Courts,
Washington.

Quince días después…

—Cariño, si sigues paseando de un lado a otro de ese modo, acabarás haciendo un surco en el suelo y el gobierno se ha quedado sin presupuesto para remiendos.

Emily se detuvo en seco y giró sobre los altos tacones. Su novio la miraba dedicándole esa perezosa sonrisa que le provocaba taquicardias, entre otras cosas.

—Y eso lo dices porque todavía no te han pagado, ¿no?

Dain y su mujer, Faith, se habían presentado en los juzgados para acompañarlos en un día tan importante como era el de hoy; el día del juicio.

Las dos últimas semanas habían sido un periodo de auténtica psicosis, empezando por la reunión que tuvieron con el agente Carson y que había despertado la paranoia de ambos.

La posibilidad de que ahí fuera hubiese alguien dispuesto a terminar con el trabajo, deshaciéndose de todas las personas involucradas en el *Caso Evory* la había hecho retroceder en sus progresos, haciendo que desarrollase una tremenda fobia a poner un solo pie fuera de la casa por temor a volver a ser secuestrada o peor, a que le metiesen una bala en la cabeza.

Lucien no se lo había tomado mejor puesto que se negaba a perderla de vista. Se había convertido en su guardián las veinticuatro horas del día, la agobiaba de tal manera, que acabó por amenazarle con atarlo a la maldita cama para así poder tener un poco de tranquilidad; ni que decir tenía que la que terminó atada, una vez más, fue ella.

Dada la cercana fecha del juicio y con las recientes noticias de las muertes relacionadas con el mismo, los noticieros habían empezado a especular sobre si iría a declarar o no. Algunos sugerían que llevaba muerta desde el día en que la apuñalaron a la entrada a los juzgados, otros que la habían secuestrado de nuevo e incluso los había que apuntaban al *FBI* y a la *ICE* como responsables de su desaparición. Un sinfín de noticias sensacionalistas que no hicieron más que llegar a su punto álgido doce días atrás.

Recordaba estar sentada en el sofá intentando recrear unos nudos que su novio había estado haciendo en una cuerda, cuando llamaron al timbre y apareció Cassidy en el umbral con la más impactante de las noticias.

Melik Al-Kazir estaba muerto.

Ella solo había sido consciente de haber dejado el sofá, haber caminado descalza hasta el pasillo y encontrarse con los ojos marrones del latino, quién le dedicó una sonrisa tranquilizadora y asintió con la cabeza corroborando la noticia que acababa de comunicarle a Lucien.

Se desmayó. No supo cómo, ni por qué, pero en ese momento su mente se apagó y se pegó la hostia del siglo contra el suelo; todavía le dolía la cabeza al deslizar los dedos por la parte de atrás.

Se había despertado poco después con una toalla húmeda sobre la frente, con Lucien dando órdenes como un general al teléfono y Cassidy mirándola y preguntándole cuántos dedos veía.

Habían tenido que repetirle la noticia varias veces hasta que su mente entendió lo que aquello significaba y las lágrimas inundaron sus ojos, haciéndola berrear como un bebé.

El alivio que le suponían aquellas palabras la había hecho al fin libre, sintió que al fin podía volver a respirar y que el infierno por el que había pasado, todo lo que había perdido, al fin tenía justa venganza.

El agente de la *ICE* no había sabido explicarles cómo había sucedido aquello, todo lo que sabía era que un grupo de milicianos había atentado contra el lugar en el que se ocultaba Al-Kazir, que habían hecho volar por los aires unos supuestos arsenales y otros edificios comprometidos y que el hijo de puta había sido encontrado en su guarida con un tiro en la frente.

Lo más sospechoso de todo era que no había ningún grupo terrorista que se hubiese adjudicado la autoría y que los habitantes de la ciudad en la que se ocultaba ese monstruo no habían dicho ni pio al respecto. Todos guardaban silencio o decían no haberse enterado de nada; aquello solo ponía de manifiesto, había dicho Cassidy, lo sometidos que deberían haber estado por ese hombre que ni siquiera quisieron señalar a los culpables de su asesinato.

Fuese como fuese, el monstruo había muerto y ella era libre.

—Todavía estoy esperando a que la *ICE* me pague por el reciente trabajo de guardaespaldas —declaró Lucien, devolviéndole al presente.

Se volvió hacia él y se señaló a sí misma.

—¿Te refieres al que te llevó a atropellarme?

—Ese fue un fallo en mi infalible plan, amor.

Dain y su mujer ahogaron a duras penas una risita.

—Tus planes últimamente hacen aguas, Lucien —aseguró Faith.

Faith Valentine era profesora de instituto público, una mujer agradable y tranquila que le había caído inmediatamente bien.

—¿Solo últimamente? —añadió el gemelo de su chico y le dedicó a ella un guiño—. Menos mal que Emi sabe nadar, ¿no es así, dulzura?

—Lo intento —admitió con la boca pequeña, arrancando una nueva risa a Dain.

—Gracias, amor, esa te la tendré en cuenta —añadió al mismo tiempo Lucien.

Sonrió. Hacía tanto tiempo que no tenía realmente motivos para sonreír, que hacerlo ahora era casi un milagro.

Y hablando de milagros…

—¿Alguno sabe si el agente Carson ha aparecido ya?

Días atrás había escuchado una conversación entre Luc, Cassidy y Damien, los cuales estaban perfilando los últimos detalles sobre el juicio. Al fin se había comunicado la hora y el juzgado en el que se llevaría a cabo. En realidad se trataba de una mera formalidad, ya que los principales acusados habían muerto en una u otra circunstancia, pero tanto el *FBI* como la *ICE* habían hecho un buen trabajo de rastreo encontrando a algunos de los hombres que habían escapado de la redada o que habían colaborado en el secuestro y traslado de las mujeres. Hombres que trabajaban a sueldo y que para escapar de una larga condena, habían empezado a cantar como pajarillos.

El caso es que el agente había desaparecido de la faz de la tierra. Después de recuperar el cadáver del monstruo, había presentado su dimisión, dejado su identificación y su arma y nadie había vuelto a saber nada más de él.

—No que yo sepa —admitió Lucien—. Pero yo no me preocuparía por él… Me da la sensación de que es el tipo de hombre que sabe cuidarse solo.

—¿Quién es Carson?

—El capullo del *FBI* que ha estado incordiando a Cass desde el principio para que le diese la custodia de mi muñequita —declaró señalándola.

—En vez de hacerlo, te la endosó a ti —resumió Dain y se volvió a ella—. No te ofendas, cielo.

—No me ofendo —admitió—. Si no lo hubiese hecho, es posible que ahora no estuviese aquí.

—Estás dónde tienes que estar —le dijo Lucien rozándole la mejilla con los dedos—. A mi lado. Es el mejor sitio de todos. Aventuras, diversión, sexo a raudales…

—Gracias, amor, es posible que se hayan enterado hasta la docena de periodistas que están ahí fuera —replicó ella sonrojándose.

—No te pongas nerviosa —la tranquilizó—. Solo entra ahí dentro y dile al juez todo lo que sabes. Nadie va a juzgarte, no tienen huevos para hacerlo y si acaso lo intentan… Bueno, les dices que ahí fuera está tu novio esperando y que sabe hacer unos nudos cojonudos.

Se cubrió la cara con las manos echándose a reír.

—Pero cómo demonios he ido a enamorarme de ti, estás loco.

—Esa pregunta me hago yo cada vez que te miro y solo tengo una respuesta, Emi —aseguró caminando hacia ella, cogiéndole el rostro con ambas manos y bajando finalmente sobre sus labios—. Y es esta.

Le dio un beso largo y húmedo que la puso caliente y la dejó suspirando.

—Yo también te quiero, Luc —susurró ella en respuesta, mirándole con amor.

Como si el aguacil de la sala estuviese esperando detrás de la puerta a que terminasen con sus arrumacos, la puerta se abrió y pronunció su nombre.

—Señorita Dillinger, si me acompaña.

Respiró profundamente y dejó escapar el aire muy despacio.

—Esto se acaba aquí y ahora, Emi —la llamó Lucien—. Tan pronto como vuelvas a salir por esa puerta, todo habrá terminado. ¿Lo has entendido?

Asintió y contestó en voz alta, tal y como él deseaba que lo hiciera.

—Sí, Luc, lo entiendo.

—Te estaré esperando —la dejó ir—. Es una promesa.

Y él siempre cumplía sus promesas, pensó sintiéndose inmensamente feliz por ello.

Levantó la cabeza, giró sobre sus talones y acompañó al aguacil dentro de la sala dispuesta a dar carpetazo a aquella pesadilla de una vez y para siempre.

EPÍLOGO

Club Blackish,
Chelsea, Nueva York.

Tres meses después…

Lucien no podía quitarle los ojos de encima, no era solo porque estuviese locamente enamorado de esa mujer, sino porque verla vestida con el intrincado patrón de su cuerda y nada más cubriendo ese delicioso y lujurioso cuerpo era el regalo más hermoso de todos los que alguna vez había recibido.

Emi le había regalado esa noche con su confianza, con su entrega y sumisión, lo había acompañado voluntariamente a un lugar que significaba mucho para él y se había entregado con una generosidad que le humedecía los ojos.

Le habría gustado mostrarla ante el mundo para que supieran que ella era suya, que le pertenecía a él y solo a él, pero no estaba preparada para ello todavía. Así que aquí estaban, en una de las habitaciones temáticas del piso de arriba, a punto de embarcarse en lo que prometía ser una noche memorable.

—¿Todo bien, amor mío? —preguntó descendiendo sobre ella, recorriéndola con la mirada como un lobo hambriento.

—Sí, señor —musitó mirándole entre azorada y excitada, con ese bonito color tiñéndole las mejillas—. Todo bien.

—Sabes que voy a hacerte gritar, ¿verdad, mi Emi?

—Cuento con ello, Amo Luc —respondió ella vergonzosa, mordiéndose el labio inferior. Y no era un ardid, no era teatro, esta era su mujer, su sumisa en la cama y la dueña de su corazón.

—Bien, pues acabemos de derribar cada una de tus barreras, mi amor.

Y lo haría, empezando esa noche y hasta el fin de sus días.

[1] FCS: Desafío anual que atrae a cientos departamentos de incendios municipales de los Estados Unidos y Canadá. Recientemente también se ha extendido a algunos otros países como Nueva Zelanda, Alemania, Argentina o Sudáfrica. El desafío busca realzar las aptitudes de los bomberos y demostrar los rigores de la profesión en público. Para ello se cuenta con una serie de pruebas que simulan las exigencias físicas a los que se ven sometidos los bomberos en la vida real, así como las diferentes situaciones a las que deben enfrentarse.

[2] *Esclerosis lateral Amiotrofia.*

[3] OMG: Oh my God! (Oh dios mío)

[4] Término en inglés para «azotes».

[5] *Juego de rol sexual en la que la sumisa o el sumiso adopta la conducta de un animal o mascota y se disfraza como tal.*

[6] ***U.S. Immigration and Customs Enforcement's*** en inglés.